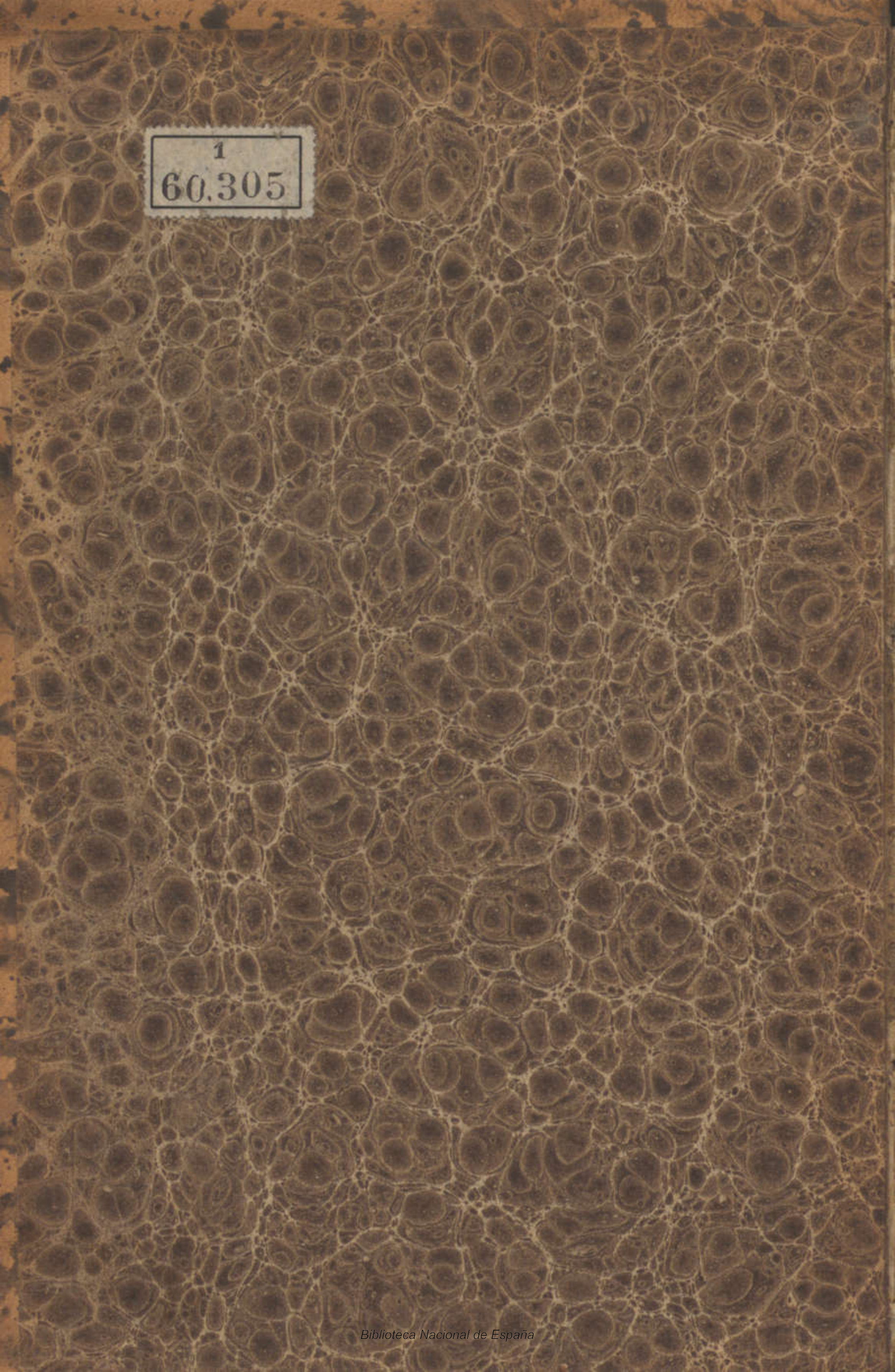
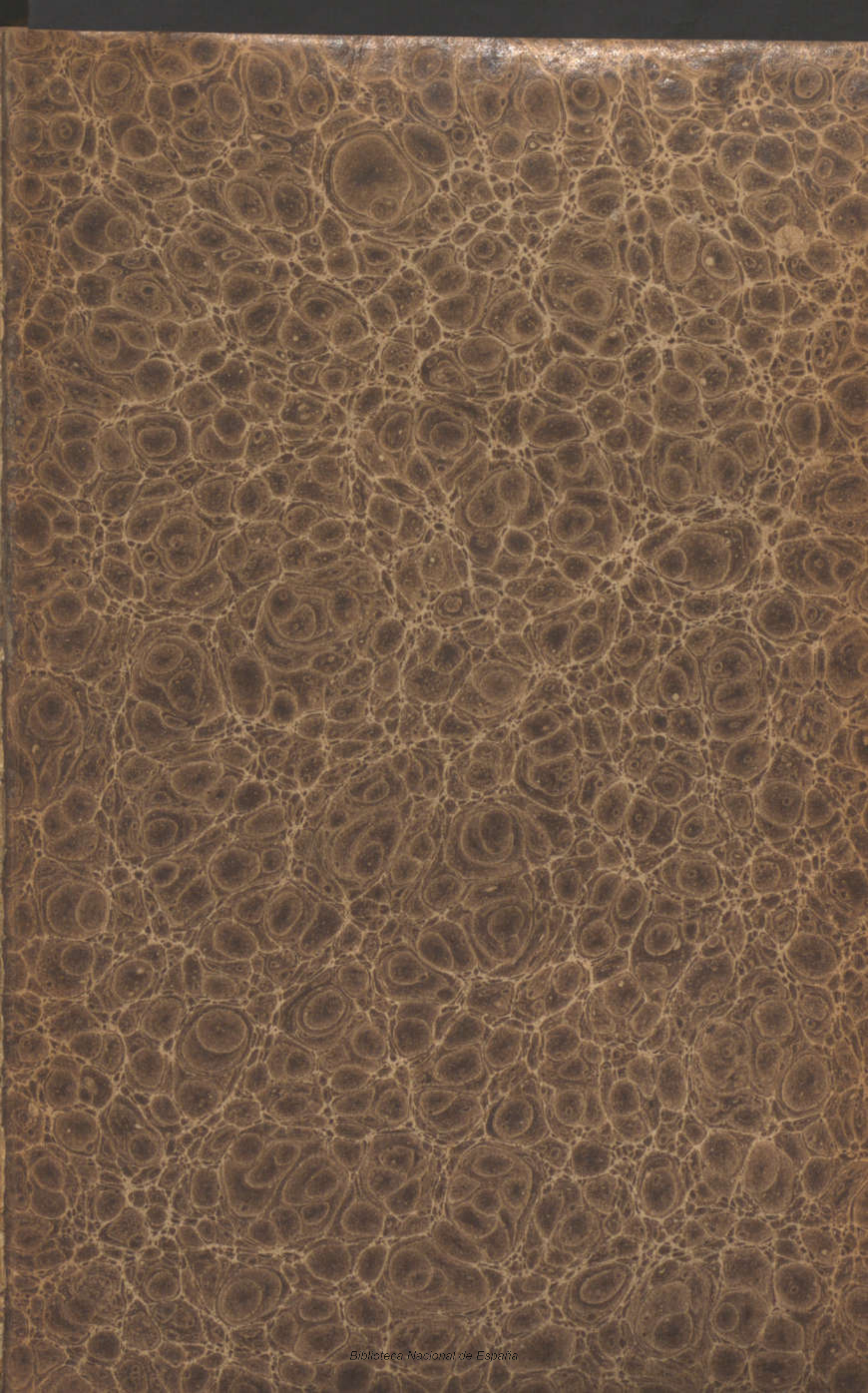

MIR
LA
PROFECÍA
3
1
60305


1
60.305



LA
PROFECÍA

POR EL

P. JUAN MIR Y NOGUERA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



TOMO TERCERO

MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO
Calle de la Paz, núm. 6.

1904

LA PROFECÍA.

LA PROFECÍA

POR EL

P. JUAN MIR Y NOGUERA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

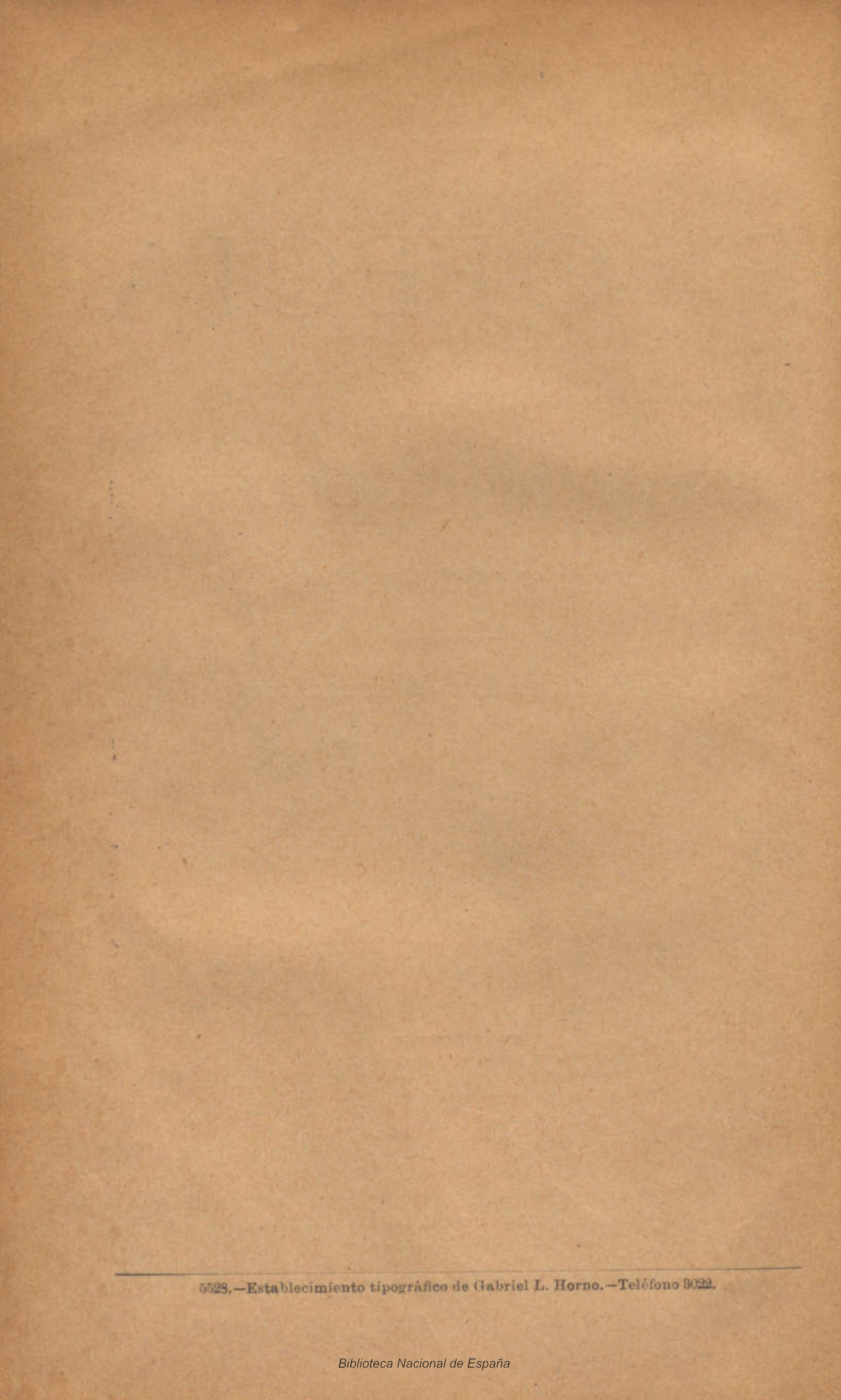
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



TOMO TERCERO

MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO
Calle de la Paz, núm. 6.

1903



5528.—Establecimiento tipográfico de Gabriel L. Horno.—Teléfono 3022.

LIBRO TERCERO.

LA PROFECÍA EN APARIENCIA.



CAPÍTULO PRIMERO.

Astrología judiciaria.

ARTICULO PRIMERO.

1. Preámbulo al libro tercero.—Tres causas que podrían influir en la profecía.—2. La naturaleza.—La Astronomía.—3. Principio y fundamento de la Astrología.—El alma del mundo.—4. Doctrina de los Padres y Doctores teólogos sobre la influencia de los astros.—5. Influencia admitida por los astrólogos.—6. Los figuristas en qué concepto sostenían el influjo sideral.—Enseñanza de Santo Tomás.—7. Cuatro clases de efectos, en que los astros pueden tener alguna influencia.—8. Quinta clase de hechos, en que más estriban los astrólogos.

1. La verdadera profecía es un hecho averiguado, según que los documentos históricos lo demuestran palmariamente; tanto, que poner en ello sospecha, sería ponerla en la luz meridiana. Quiso la divina providencia vincular la profecía en la religión revelada, dándosela por prenda de santidad y verdad. Pero poco sería quedar la religión católica ennoblecida con tan señalado blasón, si no fuese peculiar y propio suyo. Esta propiedad sin consorcio es el timbre augusto que levanta á un grado divino la religión sobrenatural; las demás religiones, aun contando la mahometana, cuanto más las gentílicas é idolátricas, carecen de tan precioso ornamento. Esta es la verdad que falta demostrar para el total desenvolvimiento de la materia. El presupuesto principal se apoya en la definición de la profecía, en que todos convenimos, es á saber, en la predicción de cosas ocultas procedente del seguro é infalible conocimiento de ellas. Si á la predicción síguese la realidad histórica de lo prenunciado, la profecía llega á su colmo y merece la admiración de todos los entendimientos.

Importante, cuanto necesaria, es esta tercera parte de la obra, si se atiende el deseo natural que muestra el hombre de saber lo por venir. Más viva bulle en todos el ansia de conocer lo futuro, que de informarse de lo presente ó pasado. El bruto se acomoda á lo que tiene delante, conserva memoria de cosas acaecidas; las venideras ni las columbra ni le dan la menor congoja. Animales hay que ha-

cen sus provisiones para lo futuro, mas no se mueven por previsión, sino sólo por instinto; el hombre, capaz de razón, no contento con la noticia de las cosas que fueron y no son, ni con la de las presentes, que pronto dejarán de ser, vive solícito por alcanzar las que han de venir, como quien juzga pertenecerle á él la averiguación de los sucesos ocultos. ¿Quién hay que no pase ratos de ocio revolviendo curiosamente en su imaginación, qué será de mí dentro de veinte años? Mas, ¿quién no gasta la mayor parte de su vida en penar lo que le ha de suceder? Ocupación, que tal vez se denomina prudencia, en especial cuando se aplica á proveer ó deliberar en cosas pertenecientes á cargo ó á gobierno de súbditos; pero entre tantas curiosidades como al hombre solicitan, una cosa es más que cierta, á saber, la dificultad, ó digamos mejor, la imposibilidad de inquirir con certidumbre lo que ha de acontecer en tiempo determinado, sobre todo en cosas dependientes del libre albedrío.

Faltándole al hombre fuerzas para conocer lo futuro, no le queda otro arbitrio sino remitirse á la sabiduría de Dios, en cuyo clarísimo entendimiento, como en tersísimo espejo, reverberan los rayos de las criaturas todas, pasadas, presentes y venideras. De aquí nacieron aquellas supersticiones de los antiguos paganos, que en sus agüeros, oráculos, sortilegios y adivinaciones parecían llamar á las puertas de la divinidad para pedirle solución de sus dudas, que ellos con humana industria no acertaban á rastrear. De la vanidad de semejantes operaciones hemos de tratar aquí, probando cuán lejos están de la profecía hasta el presente demostrada.

De tres causas podría nacer la predicción que no procediese directamente de Dios: de agente natural, de agente moral, de agente diabólico. Detengamos la consideración en estas tres maneras de predicciones, y veamos qué punto de comparación tienen con el vaticinio que se deriva inmediatamente de Dios.

2. Natural se llama aquel vaticinio, que estribando en causa ó señal necesaria y no libre, infiere la noticia de cosas arcanas, para predecirlas con seguridad. Digo causa ó señal, porque no pudiendo alcanzarse las cosas futuras secretas sino en cuanto son ó están de algún modo patentes á los sentidos (porque lo por venir y lo absolutamente secreto á solo Dios está presente), síguese que para tener de ellas noticia debe el hombre conocerlas, ó en una causa natural productora necesaria de tales efectos, ó en algunas señales necesarias y no libres que tengan relación mediata con los naturales agentes.

El primero y principal agente de la naturaleza, capaz de guiar al conocimiento de cosas futuras ó arcanas, es el sistema planetario. De aquí nació la Astrología, ó ciencia de los astros. Dividiéronla en dos partes bien distintas: teórica y práctica, Astronomía y Astrología. La Astronomía teórica se ocupa en discurrir por la máquina celeste, en señalar la situación, movimiento, curso, mole, índole y demás circunstancias de los planetas y astros más notables;

la Astrología se deleita en contemplar las *complexiones* y *naturalezas*, los *sexos* y *afecciones* de los astros y constelaciones, para de su especulación deducir los eventos futuros ó los secretos arcanos que pueden ser útiles á la curiosidad para gobierno del hombre. La Astrología así entendida llamóse *judiciaria*, porque en el sugerir el pronóstico de lo futuro venía á ser como la archivera de los secretos naturales y humanos. No iban tan fuera de camino los astrólogos. ¿Quién negará la influencia de los cuerpos celestes? ¿De dónde vienen sino del cielo los torrentes de luz y calor que desenvuelven, fomentan y propagan la vida en los reinos naturales de la tierra? La diferencia esencial entre el día y la noche, respecto de los vivientes animales y vegetales, á la presencia ó ausencia del más visible de los astros se debe en grandísima parte adjudicar. En los seres animados, aun en el mismo hombre, tristeza y alegría, fertilidad y esterilidad, abundancia y escasez, mortalidad y vitalidad, enfermedad y salud, ¿cómo se podrá negar que estén trabadas con los movimientos y cursos de las estrellas? Especialmente las estaciones con los varios aspectos de los planetas causan dolencias periódicas, enfermedades espasmódicas, trastornos mentales, ó al contrario, benéficas influencias en la sanidad general; de suerte que así como el otoño siembra lutos en las familias acabando con muchas saludes, el verano las alegra con su venida apacible, haciendo se estén ellas gozando con la promesa de seguridad y bienandanza. En conclusión, los cuerpos celestes, con sus revoluciones y aspectos, rigen el buen ser del mundo vegetal, animal y humano.

3. Esta máxima proverbial, puesta al arbitrio de los astrólogos, fué manantial de extrañísimas consecuencias. Paganos y cristianos, guiados por la Astrología, descubrieron en las estrellas el arte de predecir. Los paganos, que no pecaban de lerdos, pusieron diferencia entre los globos celestes y sus motores. Los rayos de luz y calor despedidos por las estrellas, destinados á producir organización vital ó mortal destrucción, procedían de un principio diferente de los cuerpos mismos: quien daba vida á los astros era el alma del mundo, el espíritu divino. El mundo consta de alma y cuerpo; cuerpo es todo lo sensible, alma la divinidad: tal era la doctrina pagana. Cantábala el poeta Manilio, contemporáneo de Augusto, en su *Astronomia,* diciendo:

> Hoc opus inmensi constructum corpore mundi
> Vis animae divina regit, sacroque meatu
> Conspirat Deus, et tacita ratione gubernat.

Y el poeta Virgilio la exprimía con más viveza y con más estro poético:

> Principio coelum et terras camposque liquentes,
> Lucentemque globum lunae, titaniaque astra,
> Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
> Mens agitat molem et magno se corpore miscet (1).

(1) *Eneida,* lib. VI, vers. 723.

El alma del mundo, influyendo espíritu vital en todos los cuerpos celestes, modificando su influjo según la calidad y postura de cada globo, producirá en el universo efectos admirables. El sol, asiento principal del espíritu divino, derramará luz y calor vivífico, proporcionando su largueza á la posición que ocupe en el cielo. En las noches, de invierno sobre todo, sepultados sus fuegos en la región tenebrosa, apenas hará impresión en la naturaleza; atizada la llama en primavera encenderá rayos en la vegetación, y volviendo ésta sobre sí preparará la mies á los segadores; en estío recobrarán sus ardores todo el lleno de la fogosidad, y desnudarán la hermosura de los árboles y agostarán la lozanía de los campos disponiéndolos á la siembra de otoño, en que se irán otra vez apagando para cobrar de nuevo fuerzas durante el sueño del invierno.

Al paso del sol caminarán los planetas. La luna, de semblante voltario, dulce y melancólico, esparcirá blanduras y tristezas en las noches, alternando según las estaciones sus saludables efectos. Saturno, viejo y estéril; Marte, belicoso y fiero; Venus, apacible y fecunda; Júpiter, gallardo y dominador; Mercurio, prudente y cauteloso; en fin, los siete planetas (pues no contaban los astrólogos más que siete con el sol y la luna), animados por el alma del mundo despedirán de sí y comunicarán á los vivientes aquellas calidades que les son propias. Síguese la acción de las constelaciones zodiacales: el León con su vigor y magnanimidad presidirá á las fortunas reales, la Balanza pesará la justicia y equidad, Aries hará mercedes á la casta ovina, Taurus dará favor á la bovina, el Escorpión propinará veneno de mala vida, Cáncer visitará con funestas enfermedades, y así los demás signos del Zodíaco, influidos por el alma del mundo, que reside en el sol; el cual cuando visita las casas zodiacales, en ésta excita turbonadas terrestres, en aquélla induce serenidades, aquí fecundiza campos, allí carga de frutos los árboles, acá promueve la generación de los animales, acullá los extermina y extingue, ora brinda con finezas y saludes, ora fulmina rayos de enfermedades, ya alienta los enfermos con lozana vida, ya arrebata los sanos con súbita muerte, siendo en una parte autor de infinitos bienes, causa en otra de infinitos males.

4. Lo que más conviene aquí es declarar qué juicio hicieron los escritores cristianos del influjo y eficacia que tienen los cielos en las cosas de la tierra. No fueron pocos los que sustentaron por firme y asentada la ninguna influencia de los astros en las cosas humanas (1), concediéndoles cuando mucho una cierta eficacia general é indeterminada, cuya determinación dependía de los agentes particulares, como lo indicó San Agustín (2). Orígenes trató de inicuos

(1) ORÍGENES, *In cap. I Genes.*—EUSEBIO, *Praepar. Evangel.*, lib. IV, cap. IX.—S. AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, lib. V, cap. I.—S. JUAN DAMASCENO, *De fide orthod.*, lib. II, cap. VII.—SIXTO SENENSE, *Biblioth.*, lib. VI, not. 1.—MIGUEL MOLINA, *De recta in Deum fide*, lib. II, cap. I.—PICO DE LA MIRÁNDOLA, *Advers. astrolog.*, lib. III.

(2) *De Civit. Dei*, lib VIII, cap. II, VI.

á los que achacaban á la virtud de las estrellas las enfermedades humanas (1), cual si las estrellas fuesen homicidas y acarreasen fatal infortunio á los hombres por ciega necesidad. Al dictamen de Orígenes se ajustó el de San Agustín (2), de San Basilio (3) y de casi todos los cristianos escritores.

En un punto desbarró Orígenes, en estimar los astros por signos ciertos de cosas futuras. Eusebio en su *Preparación Evangélica* (4) conmemora ese parecer. Concebía Orígenes el cielo estelar como un gran libro, donde el dedo de Dios tenía delineados los sucesos que en el discurso de las edades habían de sobrevenir. Los aspectos, carreras y conjunciones de los astros, no eran causas eficientes, en opinión de Orígenes, sino señales de cosas futuras, es decir, unas como letras y figuras que leídas por un observador diligente, avisaban de antemano lo por venir. Esforzó su opinión Orígenes con el dictamen de un libro intitulado *Narración de José*, apreciado por muchos, desechado de los más por apócrifo. Plotino, condiscípulo de Orígenes, quedó tan apasionado por este sentir, que hablando un día con Porfirio, á quien dióle la humorada de acabar con su vida, díjole había visto en el cielo su funesta determinación, con que le quitó las ganas de poner en sí las manos. A la opinión de Orígenes y de Plotino arrimóse Julio Sireno en su libro *De fato* (5), no sólo apoyándola en lugares de la Escritura, sino aun en la autoridad de San Agustín. No daba en el punto Julio Sireno; porque los textos de la Escritura, como aquel *Coeli enarrant gloriam Dei*, han de tomarse en sentido figurado y no propio, como se ve; y el texto de San Agustín (6) se refiere, no á las estrellas materiales, sino á los cuerpos gloriosos de los santos, que después de batallar en este mundo con las miserias de la vida caduca, brillarán en la inmortal con fulgores vivísimos, más que las estrellas del firmamento (7). ¿Cómo podía San Agustín ser partidario de esa opinión, si confuta grave y copiosamente en la *Ciudad de Dios* (8) no sólo la eficiencia, sino también la significación de los astros?

Fuera de camino anduvo, pues, Orígenes en esta manera de discurrir, como en tantas otras, entremetiendo la necesidad del hado, que la Iglesia reprobó hace siglos. Dije la necesidad del hado, porque si las estrellas celestes son signos de sucesos futuros, éstos de-

---

(1) niquorum sententia est ex efficentia stellarum provenire causam infirmitatum aut in generali aut in particulari. *Hom. IV in Matth.*

(2) *De Civit. Dei*, lib. V, cap. I.

(3) *In Hexaemer.*, hom. VI.

(4) Lib. VI, cap. IX.

(5) Lib. IX, cap. XXXV. Cítale PEREIRA, *Advers. fallac.*, lib. III, cap. XXVIII.

(6) *Contra Manichaeos*, lib. II, cap. XXI.

(7) PEREIRA: Quare cum Augustinus satis explicate et aperte loquatur de corporibus hominum glorificatis, non autem de coelis vel astris, demiror sane Julium Sirenum tam incogitanter et oscitanter hunc locum legisse, ut propter eum maxime, Augustino affinxerit hujusmodi sententiam, cujus nec ullum eo loci vestigium apparet. *De divinat. astrolog.*, cap. XXIX

(8) Lib. V, cap. I.

berán por fuerza acontecer; de otra suerte serían aquéllos vanos y falaces signos. El arco iris signo es de serenidad, no por sí destinado á representarla, sino porque sólo se deja ver cuando llueve, y cesa en habiendo llovido. Ni es fuerza que al arco iris suceda tiempo sereno, pues con arco iris y sin él podrá seguir la turbonada con igual ó mayor furia. Los textos de la Escritura, citados por los defensores de la dicha opinión, pueden verse expuestos en los libros de los comentaristas (1). Más adelante acabaremos de aclarar esta cuestión.

La sentencia de algunos otros que pusieron en la cuenta de efectos celestes ciertas alteraciones naturales ocasionadas en la tierra por virtud del sol y demás planetas, no se opone á lo dicho. San Agustín afirmó no ser absurdo, decir que ayudan á las variaciones de los cuerpos terrestres ciertos influjos siderales (2), como lo vemos en la diversidad de estaciones y en los menguantes y crecientes de la luna. Esta doctrina no ofreció dificultad á los expositores del Génesis, como San Crisóstomo (3) y San Basilio (4), pues veían claro que los luminares del cielo estaban puestos por Dios para señalar tiempos y vicisitudes en las cosas de la tierra.

Más adelante quisieron otros pasar. Porfiaron que no pudiendo reducirse los efectos naturales á las propiedades de sus nativos elementos, era de necesidad buscar en el cielo su causa. Así explicaban la formación de los metales, la propiedad del imán, la generación de insectos y sabandijas, las virtudes de muchas plantas: en estos *juegos de natura* complicaban la actividad de los astros. Los Escolásticos entraron por este camino (5), y penetrando hasta los dominios del hombre trataron de concluir, como concluyó el P. Cristóbal de Castro, que *así como se concede al cielo facultad para obrar particulares efectos en los metales, minerales y piedras preciosas, no obstante su mayor resistencia á las acciones celestes, igual eficacia se le deberá conceder tocante á los cuerpos humanos, más blandos y fáciles de impresionar; luego cierta cosa es que los cuerpos humanos reciben de los celestes alteración y mudanza* (6). Santo Tomás escribió con pluma suspensa en esta investigación, sin poner en aventura su autoridad de filósofo cristiano y eminente, pues en todo cuanto discu-

---

(1) Suárez, *De religione*, lib. II, cap. XI.—Del Río, *Magic.*, lib. IV, cap. II, quaest III.—Lessio, *De Justitia*, lib. II, cap. XLIII, dub. 6.—Maldero, *De virtut. theol*, tract. X, cap. VII, dub. 6.—Torreblanca, *Juris spir. pract.*, lib. VII, cap. III.—Pereira, *De Astrolog.*, cap. XXXII.

(2) Cum non usquequaque absurdi dici possit ad solas corporum differentias afflatus quosdam valere sydereos, sicut in solaribus accessibus et recessibus videmus, atque decrementis augeri et minui quaedam genera rerum, sicut echinos, et conchas et mirabiles aestus occeani. *De Civit. Dei*, lib. V, cap. VI.

(3) Hom. VI, *in Genes.*

(4) *In Hexaem.*, hom. VI.

(5) Sto. Tomás: In primis oportet scire quod virtus corporum coelestium ad immutanda corpora inferiora se extendit, dicit enim Augustinus 5 de Civitate Dei: non usquequaque absurde dici potest ad solas corporum differentias afflatus quosdam sydereos pervenire. *Contra Gent.*, lib. III, cap. LXXXV.

(6) *De Vaticinio naturali*, cap. III.

rrió sobre el influjo de los cielos (1), á duras penas se limita á conceder á la luz de los astros una virtud especial para obrar particulares efectos. Fuera de la luz sidérea, casi no contempló el Angélico Doctor otro influjo celeste. En el dar voto con tanto acierto y discreción mostró la fuerza de su excelente ingenio, cuya filosofía no han osado los modernos físicos y astrónomos tildar de contraria á las actuales enseñanzas.

Mas en el sujetar los fenómenos sublunares á la acción de los cuerpos celestes, procedían los Escolásticos con grandísimo recato. Primeramente, unánime sentir de todos fué, que los milagros estaban exentos de la jurisdición sideral; ora los milagros versasen sobre movimientos planetarios, como el de Josué, de Isaías, ora se ejecutasen dentro de la atmósfera terrestre, como el diluvio de Noé, la estrella de los Magos, las tinieblas de Egipto y semejantes. En segundo lugar, eximían los doctores teólogos de las influencias celestes el alma humana con todas sus potencias y operaciones espirituales. Santo Tomás procuró también con instancia negar al influjo del cielo las formas de los vivientes, vegetales y animales, y sus nativas operaciones. Y aunque le pareció al Santo Doctor (2) que sustancias separadas, es decir, angélicas, movían los globos celestes en orden á facilitar las operaciones orgánicas de los vivientes; pero Escoto (3) prefirió atar las manos á la turba angélica del sistema estelar, poniendo en las de Dios las riendas del inmediato gobierno del mundo viviente, y quitando á los ángeles el oficio de instrumentos y motores de la gran máquina. Lo tercero, también puso Santo Tomás debajo de la dirección inmediata de la adorable providencia los efectos llamados casuales y fortuitos, que acontecen fuera de la intención humana, de un modo contingente y sin apercibimiento. Estos casos raros y extraordinarios sometiólos Santo Tomás á la disposición divina inmediata y peculiarmente (4).

5. La doctrina del Angélico no pudo sentar bien á los avicenistas enemigos de la Providencia, que descubrían en el curso de los astros el cauce único por donde han de correr todas las contingencias naturales, ordinarias y fortuitas. A juicio de Avicena, la razón de hallarse casualmente un tesoro escondido en las entrañas de la tierra, á influjo del cielo pertenece, no á providencia particular de la divinidad. Así como los ortos y ocasos del sol y la luna, las conjunciones y oposiciones de los planetas, los eclipses y pasos, los halos y parhelios, los meteoros en fin con sus lluvias, aguaduchos, arcoiris, ciclones, ventisqueros, y también las pestes, sequías, esterilidades, fecundidades, y demás turbulencias terrestres y atmosféricas se han de prohijar á la acción poderosa de los cielos; por igual razón, de todo cuanto se ejecuta en la sobrehaz de la tierra, y aun en

(1) In II, Dist. XV, q. I, a. 2 ad 5.—I p. q. LXX, a. 1 ad 2.—*De spirit. creat.*, a. 8 ad 12. —*De coelo*, lib. II, lect. X.
(2) Opusc. X, cap. XI.—Opusc. XXXIV.
(3) II Dist., XVIII.
(4) I p. q CIII, a. 5 ad 1.—Art. VII.

las entrañas de ella y en los senos más profundos, del todo ó de parte reconoce Avicena por agente principal el sistema de los astros, cuyo conocimiento abrirá los ojos al contemplativo para no sólo conocer, sino antever con entera certidumbre cuanto entre nosotros ocurra ó deba ocurrir.

Tal es el fundamento de la Astrología judiciaria, admitido y enseñado por muchos autores de la Edad Media y aun por no pocos después del Renacimiento. En verdad, aquel Pico Mirandulano arremetió con tan brioso denuedo contra el principio de los astrólogos, asentando no haber en las estrellas ninguna otra cosa sino lumbre y movimiento, con cuya luz calientan, con cuyo movimiento mueven, que ambos hechos admitidos, rechazó toda virtud celestial, imputando las varias mudanzas que vemos, á la sola materia terrestre (1).

Haciendo aplicación de su fundamento al hombre constante de alma y cuerpo, investigaron los astrólogos qué influjo ejercían las estrellas en la parte sensitiva y orgánica de los seres racionales. Dos cosas daban por averiguadas: primera, que los astros imprimen virtud directamente en los órganos corpóreos; segunda, indirectamente y de un modo accidental influyen en las potencias del alma. *El cielo,* dice Cristóbal de Castro, *fabrica el cuerpo tan bien dispuesto y tan templado, que las fuerzas sensitivas, tanto de la parte irascible como de la concupiscible, hagan menos dificultoso el estudio de la virtud, y nazca el hombre de tan buena índole que fácilmente crezcan en las semillas de las virtudes cuando las dirija la razón* (2). De la manera que los cuerpos inanimados reciben de las estrellas alguna eficacia y fuerza, también al hombre por la impresión de un cuerpo celeste le nace alguna eficacia en el obrar, como al médico en curar, al labrador en plantar, al soldado en pelear; eficacia, que le ayuda poderosamente á poner por obra sus deliberaciones y voluntades.

Pero indirecta y accidentalmente influyen los astros en las potencias espirituales del alma, en cuanto éstas dependen de la buena disposición del cuerpo. *La disposición corporal que proviene de los cuerpos celestes, inclina á la elección en cuanto es origen y fundamento de donde procede aquel juicio que tiene una cosa por buena y conveniente.* Esto se llama influir indirectamente (Castro, ib.). Pero es de notar la diferencia entre el entendimiento y la voluntad. El entendimiento tiene dependencia de la fantasía, la voluntad no; y pues la fantasía posee órgano corpóreo con que ejercita su obra, de él dependerá su acción directamente, y la del entendimiento indirectamente. Si pues las estrellas impresionan el cerebro y los órganos sensitivos, la impresión correrá por la fantasía, de la cual se derivará al entendimiento, el cual obrará necesariamente según las especies ofrecidas por la fantasía. La voluntad es dueña absoluta de

(1) *Contra astrologos,* lib. III.—Medina, *De recta in Deum fide,* lib II, cap. II.
(2) *De Vaticinio,* cap. V.

sus actos; ora las estrellas impulsen el apetito sensitivo, ora impresionen la fantasía, la voluntad queda muy á sus anchas para seguir ó contrariar el influjo de los astros. Generalmente hablaba el P. Fr. Juan Bautista Fernández á fines del siglo XVI, cuando decía: *No se deben negar las virtudes y calidades que los astros tienen para causar en estas cosas inferiores; porque conforme á buena razón muchos efectos experimentamos entre nosotros, de los cuales no puede ser otra la causa sino la influencia, pues vemos que en las entrañas y corazón de la tierra se engendran metales de oro, plata, estaño, hierro y plomo, en ciertas y determinadas partes, en una parte unos y en otra otros; lo cual no puede hacerse con el movimiento (de los astros...), ni con el calor de la luz...* (1).

6. Lo dicho hasta aquí es como preámbulo á lo que más interesa averiguar en este libro, con qué certeza pueden conocer los astrólogos los efectos de las estrellas. Uno de los más acérrimos defensores de la Astrología judiciaria, el célebre Lucio Bellancio en la Edad Media, insistía en sostener que las estrellas, ya que no sean causa de ciertos efectos, pueden ser señales é indicios. Habla Bellancio de aquellas cosas, como son las pasadas y futuras, en cuya ejecución no tienen influencia los astros, de las cuales juzga que al menos pueden significarse y figurarse en la disposición y orden de las estrellas. *¿Qué dificultad puede haber*, dice, *en que Dios pinte en la piel del cielo todas ó algunas cosas futuras, como las señales que habrá en el sol, luna y estrellas significadoras del último día* (2)?

Muy adentro se metió Alberto Magno en las profundidades de la Astrología judiciaria cuando por su demasiada afición á los árabes, no solamente escribió que nuestro Señor Jesucristo había nacido debajo de la constelación de Virgo, sino más aún que el misterio de la Encarnación se había significado por la divina providencia en la misma constelación zodiacal, que suele representarse por una doncella con dos espigas en la diestra y un niño á su lado (3). Mucho achicó su nombre el Maestro de Santo Tomás al emplear su credulidad en semejantes bagatelas, si no fuera mejor llamarlas profanidades.

Lo que más duele es que un hombre de la suposición de Alberto Magno, hiciera tanto caudal del mahometano Albumasar, corifeo de los astrólogos. Tal vez cuando escribía el *Speculum astronomicum* se estaba ya verificando aquel *ex philosopho asinus*, que la tra-

---

(1) *Demonstraciones católicas*, lib. III, cap. I, § 1.

(2) Quid obstat Deum in coeli pelle omnia aut aliqua futura depinxisse, sicut signa quae erunt in sole, et luna et stellis, extremum diem significantibus, non tamen efficere? *Apolog. contra Jo. Pic. Mirand.*, cap. XIV, art. VI.

(3) Et jam scimus quod sub ascendente Virginis, natus fuit Dominus Jesus Christus, cum hoc quod aequatio motus octavae sphaerae in tempore nativitatis ejusdem fuit octo gradus et triginta septem minuta et duorum secundorum, secundum calculationem certissimam... Non quod coeli figura esset causa quare nasceretur, sed potius significatio, imo verius ipse erat causa quare modus admirandae suae nativitatis significaretur per coelum. *Speculum astronomicum*, cap. XII. Edic. Vives, 1891, t. X, pag. 644.

dición y leyenda le dedicó (1). Porque es indubitable que Albumasar fué un solemnísimo trapacero por la manía de sus cálculos astrománticos, inventando revoluciones de Saturno para hacer que el nacimiento de Cristo coincidiese con el término de ellas, con esta peregrina invención, que desde Alejandro Magno hasta Cristo, pone seiscientos años intermedios.

Largamente prosigue Alberto Magno la materia de su afición, llegando á sostener que aun las libres voluntades humanas podía Dios dibujarlas en las constelaciones del cielo, como en un lienzo colora el pintor las pasiones de un personaje histórico ó fantástico (2). De esta manera el cielo estrellado sería el mapamundi, en que la divina providencia presenta en perspectiva las figuras de lo por venir á la contemplación de los hombres.

Contra esta manera de opinar alzó la voz Santo Tomás de Aquino (3) con sólidas razones. La principal es, porque si Dios señala de lejos en las constelaciones los futuros libres y los misterios sobrenaturales, podrán ellos ser conocidos por los astrólogos; y conocidos, anunciados; consecuencia contraria á la doctrina de todos los Santos y Doctores Ni hay para qué hacer insistencia en cosa tan clara. El cielo no tiene figurería, no manifiesta sino lo que hace; si alguna habilidad poseen los astros, no es para hacer señas ni esguinces en la bóveda de los cielos, sino para producir efectos, destellando luces, arrojando ardores, atrayendo cuerpos, beneficiando la tierra y suministrando al hombre indicios con que ordenar las estaciones y tiempos. Los Santos Padres que llamaron las estrellas signos, de ningún modo las calificaron de signos morales representativos, sino de signos meramente naturales (4). Cuando quiso Dios hacer en los cielos alguna demostración representativa de su voluntad, nos avisó de antemano para que supiésemos qué inteligencia se había de dar á la señal divina. Hacer de las constelaciones un libro de representación es entregar el mundo al antojo de los necios y delirar de la cabeza á los pies.

7. De aquí es fácil paso el determinar qué noticia ofrecen los cielos sobre las acciones por ellos producidas, y qué suerte de predicciones podrán originarse de ese conocimiento. El primer lugar obtienen los efectos causados cierta é inmediatamente por los astros en sus propias órbitas. Tales son los ortos, ocasos, culminaciones, pasos, eclipses y semejantes; de estos fenómenos puede la ciencia astronómica tener anticipada noticia, porque van sujetos á *leyes* invariables, si leyes pueden llamarse las de Keplero, modificadas por tantas menguas. Pero no tiene duda que el que las conociere, podrá

---

(1) GONZÁLEZ, *Hist. de la filos.*, t. II, § 50.

(2) In his quae operatur Deus per coelum, nihil aliud est coeli significatio quam divina providentia; in his vero quorum nos scimus principium, nihil prohibet, etiam coelo non causam sed significationem inesse. Ibid., cap. XIII.

(3) 2.ª 2.ª q. XCV, a. 5.

(4) EUSEBIO, *Praep. evang.*, lib. VI, cap. IX.—S. AGUSTIN, *De Civit. Dei*, lib. V, cap. I.—S. DAMASCENO, *De Fide orthod.*, lib. II, cap. VII.

predecir, sin ser profeta, muchos fenómenos extraordinarios, cuya predicción cause asombro á los ignorantes y legos en el oficio. Predecir Leverrier la aparición de un nuevo planeta, Neptuno, consideradas las perturbaciones de Urano, y señalar las coordenadas celestes donde se debía hallar, pudo parecer profecía á los inexpertos en ciencia astronómica; mas no fué sino hallazgo científico, muy hacedero á los contempladores del campo sideral. Pero predecir Isaías, sin ser astrónomo, que la sombra del sol retrocedería diez líneas en el reloj de Acab, fué vaticinio verdadero, no aprendido de ciencia humana, sino de la ciencia infinita de Dios revelada al hombre.

Donde se ha de advertir, que así como entre los efectos naturales y su causa hay necesaria dependencia, tan indubitable que de ninguna manera puede faltar, y por eso tan cierto es que había de haber eclipse el año 1900 en Mayo, como que en Junio las noches serían brevísimas en España aunque se engañase en la cuenta el calendario; pero en el predecir estas cosas, aunque naturalmente deban suceder, podrá alguna vez caber engaño de parte del hombre, pues de parte de Dios podría haber razón para estorbarlas con su divino sobrenatural poder, como acaeció en tiempo de Josué, del rey Ezequías y de la muerte de Cristo nuestro Redentor.

Ocupan segundo lugar los fenómenos atmosféricos, que dependen menos directamente del sistema planetario, como ciclones, lluvaceros, terremotos, hambres, pestilencias, sequías, temporales y otros parecidos. La noticia de estos efectos pertenece á la meteorología, ciencia más informe y falta de principios ciertos que la astronomía bien escasa de verdades. Guiado el meteorólogo por las experiencias propias y por inducción de otras observaciones lejanas, podrá pronosticar con alguna probabilidad el acaecimiento próximo de una tempestad. El valor del pronóstico penderá de la suma de pormenores y de la solidez de principios en que el pronosticador estribe. A los ojos de la ciencia merecerán los pronósticos tanto mayor aplauso cuanto más diste su ejecución, porque, prometer agua de un cielo encapotado, á los labriegos se les alcanza; pero predecir lluvia copiosísima sin señales atmosféricas, anunciar hambre en región extensa sin indicios suficientes, notificar el cambio de abundancia en esterilidad, y de esterilidad en abundancia, no es acertijo de astrólogos, ni de meteorólogos, ni de físicos; es negocio de solo Dios, obra de sus santos Profetas, como en Elías echóse de ver, según lo dicho en el libro segundo, pág. 36. ¡Cuánto más dignos de reprensión serán los astrólogos si, en vez de templarse en sus juicios respecto de los futuros libres, osan afirmarlos con certeza, á vista de una aurora boreal ó de un simple terremoto, cual si hubieran infaliblemente de efectuarse! Muy bien hizo San Agustín en baldonar semejante osadía (1). No importa que rara vez

(1) *De Civit. Dei*, lib. XVI, cap. VII.

acierten; acertar casi nunca y acaso da materia de risa á los discretos.

En tercer lugar se colocan los efectos acaecidos en los temperamentos humanos. Los astrólogos derivaban de las influencias celestes las inclinaciones naturales, las complexiones de los temperamentos, los períodos de la vida, las pasiones y vicios, las virtudes y condiciones individuales. En este particular los defensores de la Astrología asentaban proposiciones con incomparable gravedad, tales como éstas: *Absolutamente hablando, se debe decir que más cierto es el juicio del astrólogo que el del médico. — El médico no será cabal médico si no fuere astrólogo. — Conocida la causa celeste, el efecto se conocerá sin falta.* Estas y otras parecidas proposiciones se enseñaban á principios del siglo XVII, tocante á las complexiones de los hombres (1), achacadas en gran parte á la virtud de las estrellas. Consiguiente á esta doctrina era esta otra: las propensiones naturales del temperamento y los períodos de la vida humana se pueden conocer anticipadamente en sus causas, que son las estrellas, con certidumbre de ciencia física, aunque á veces será defectible el juicio. *Con todo,* añade Castro, *cuanto más perito fuere el astrólogo, más cosas conocerá de las dichas, y predecirá las que conozca* (2).

El cuarto lugar toca á los movimientos de los animales y plantas, y á los actos espontáneos y orgánicos de los hombres. Las estrellas hacen su oficio alterando con impresiones los organismos; alterados éstos, síguese alteración en las potencias vegetativas y sensitivas de los seres organizados. Mas porque en los actos de las potencias dichas suele intervenir causa extrínseca que contrarresta ó desvía el influjo celeste, por eso será incierta la noticia de los actos vegetativos, sensitivos é indeliberados; y, por tanto, será necesaria mucha y larga observación para predecir algo de verdad en esta parte. Esta conclusión es del mismo Castro en el lugar arriba citado.

8. En postrer término vienen las acciones humanas, hechas con conocimiento y plena deliberación. Aquí los astrólogos hallaron cerrado el libro sideral y arrugada la piel de los cielos. No obstante su ignorancia, osaron afirmar seriamente esta proposición: *los actos libres, elícitos ó imperados, pueden conocerse y predecirse por los astros con certeza de ciencia moral, en común, sin notar tiempo, lugar y demás particulares circunstancias.* De ella tenemos por autor al mismo Castro (3), que saca su doctrina de las disposiciones é inclinaciones dadas por los astros á cada individuo. Cita Santo Tomás la autoridad de Tolomeo en esta forma: el astrólogo no debe decir la cosa especialmente, sino en general, porque la impresión de las estrellas hace efecto en muchos hombres que no resisten á la inclinación corpórea; mas no le hace en éste ó en aquél, que tal vez por

(1) Cristóbal de Castro, *In Proph. Min. Isagog. De Vaticinio,* lib. I, cap. VII.
(2) *De Vatic.,* cap. VII.
(3) *De Vatic.,* cap. VIII.

medio del natural discurso resiste á la inclinación (1). Esta fué común sentencia de los escolásticos: los astrólogos leen en las estrellas las costumbres y hábitos de los hombres, porque leen en el astro del nacimiento las cualidades y propensiones del niño.

Pero ¿puede un astrólogo, conocidas las inclinaciones de un individuo, preconocer y predecir en particular los actos libres de su vida? Responden los escolásticos todos que no, si hablamos de certeza; pero por vía de conjetura y barruntando, sí. Añade Cayetano: si el astrólogo ve que una estrella insiste en influir á una persona una inclinación determinada, tendrá más indicios para predecirla en particular. Pero fuera de estos casos raros, las acciones libres, ora dependan de voluntad propia, ora de voluntad ajena, ni por conjetura, ni por barruntos, se pueden conocer ni pronosticar; la ciencia de los astros es vana é insuficiente para tales noticias. Y por igual razón tampoco podrá leer el astrólogo en la bóveda del cielo la buena ó mala suerte del hombre con alguna certeza, porque en la buena ó mala suerte entra la deliberada elección de medios, en que ninguna parte tiene la astrología. A solo Dios toca dirigir la humana fortuna, y al hombre procurársela con su libre voluntad.

El sutilísimo Escoto enseñaba que, por la inclinación que tenemos á seguir el apetito sensitivo, inclinación causada por los cuerpos celestiales, se ponen los astrólogos á veces á decir cosas de las costumbres de un individuo (2), que salen verdaderas. Este dictamen se ha de entender de los actos propios de la tal inclinación, no de los remotos y totalmente libres; y si los próximos predicen los judiciarios, no lo hacen atalayando el cielo, pues nada con él tienen que ver nuestras inclinaciones, sino buscando otra más segura luz, si ya no fuere casual su dicho.

ARTICULO II.

1. Las revoluciones astrológicas.—2. Los nacimientos judiciarios.—3. Preguntas curiosas.—4. La judiciaria acerca de las elecciones.—5. ¿Pueden los astros figurar cosas futuras?—6. Qué fundamento tiene la división de las doce casas.—7. En qué se funda el pronóstico del nacimiento.—8. La Astrología vituperada por los antiguos y condenada por los Sumos Pontífices.

1. La Astrología judiciaria, cuanto al ejercicio y práctica de pronosticar, contiene cuatro partes, en que se trata de *revoluciones*, de *nacimientos*, de *preguntas*, de *elecciones*. Demos una sumaria noción de cada parte, conforme lo enseñaban los astrólogos de la Edad Media. Alberto Magno consideró en las *Revoluciones* tres cosas, á

---

(1) *Contra gent.*, lib. III, cap. LXXXV.—II dist., XV, q. I, a. 5.—1.ª 2.ae, q. IX, a. 5 ad 3.—I p. q. CXV, a. 4 ad 1.—Opusc. XXVII! *De sort.*, cap. IV.
(2) II dist. XIV, q I.

saber, las ciento veinte conjunciones de los planetas con sus eclipses; las alteraciones de paces, guerras, diluvios, terremotos, etc., que han de acaecer en la tierra según el orto, ocaso, rumbo y retroceso de los planetas, hecho hincapié en el signo de Aries, que señala el punto de los nacimientos, y por eso se llama el *Señor del año;* la mudanza meteorológica de los tiempos que ha de sobrevenir en virtud de las impresiones causadas por los planetas en las regiones superior é inferior del aire. Estas tres cosas, conjunciones de planetas, revoluciones de los años y alteraciones de tiempos, servían de norma á los astrólogos para hacer pronósticos sobre lo por venir, como puede verse en el *Espejo Astronómico* de Alberto Magno, capítulo VI.

Uno de los más denodados campeones de la Astrología fué Pedro de Ailly, en el siglo XIV, doctor en teología, llamado *águila de los Doctores de Francia,* creado Cardenal en 1411, después de ocupar la silla episcopal de Cambray. Defendía este astrólogo que el diluvio de Noé fué prefigurado en el cielo por una notable conjunción; que de igual forma significaron las estrellas en sus conjunciones la Ley dada por Moisés, el Evangelio predicado por Cristo, la futura venida del Anticristo. Ni fué sólo Pedro de Ailly, también Alberto Magno defendió astrológicas conclusiones como ésta: por la revolución del año puede señalarse en el cielo el nacimiento de un gran profeta; y otras tales proposiciones, que si bien no las da el cielo por ejecutadas, las muestra significadas en las conjunciones de los globos celestes.

Algunos neoplatónicos del siglo quince arrancaron con denuedo contra los astrólogos realistas mostrándoles lo disparatado de sus teorías. Juan Pico de la Mirándola se esforzó acremente contra Pedro de Ailly en el siglo XV, si bien su impugnación padecía un achaque radical análogo, esto es, de la cábala, en que libró Juan Pico todo su fárrago filosófico (1). Sin embargo de su viciosa demostración, razón tenía en llamar delirantes á los astrólogos que presumían leer en la bóveda de los cielos las verdades reveladas. No es maravilla que muchos católicos se atreviesen á notar de sospechosos en la fe y de herejes á los astrólogos que semejantes desatinos defendían, como se podrá ver en la *Biblioteca* de Sixto Senense (2).

2. La segunda parte de la Astrología trata de los nacimientos. El artificio para hallar el horóscopo de una criatura recién nacida, es como sigue. Determine el astrólogo en su astrolabio el andar del cielo, en el momento de venir á esta luz el niño. Aquí fuera más acertado, dicen otros astrólogos, acechar el instante de la concepción, por ser éste el punto inicial de la vida humana, porque en tal

(1) Proposiciones suyas eran éstas: Qui negat coelum esse animatum, totius philosophiae fundamenta destruit.—Nulla est scientia quae nos magis certificat de divinitati Christi quam Magia et Cabala.—Qui conjunxerit astrologiam Cabalae, videbit quod sabbatizare et quiescere, convenientius fit post Christum die dominico quam die sabbati.

(2) Lib. V, ad not. XXXXI.

coyuntura podrá salir de las entrañas maternales que sea casual la coincidencia de su nacimiento con un astro determinado. Mas, en fin, el astrólogo examina el momento de entrar en el mundo la criatura. Para esto, forma en el papel un cuadrado perfecto; con los puntos medios de sus lados consigue un segundo cuadrado, corta otra vez por mitad los lados de este segundo cuadrado, y describe otro tercero de cuyos vértices tira líneas á los vértices del primero, quedando asi formados doce triángulos rectángulos iguales entre sí. Hecha esta operación preliminar, y llamando *casas* los doce triángulos, fija en el medio superior la *casa del nacimiento*. Allí planta el sol y el signo zodiacal en que moraba el sol cuando el niño empezó á vivir, procurando dar á este signo el grado de elevación que tenía en aquel momento sobre el horizonte. Los otros once signos del zodíaco se reparten por orden en sus respectivas casas, con sus grados de elevación; y los planetas toman también asiento en los signos que ocupaban al tiempo de ver esta luz la criatura.

Por la complicadísima construcción de esta figura, y teniendo gran cuidado de señalar á cada signo el grado de elevación correspondiente, se descubrirá á ojos vistas qué signos y qué planetas hieren con su influencia más próxima la *casa del nacimiento*. También se verá la relación que guardan entre sí y con la *casa del nacimiento* las otras once casas. En la primera se notarán figurados los acaecimientos infantiles de la tierna edad; en la segunda, *casa de la vida*, se sabrá qué temperamento, qué vicios ó virtudes acompañarán la vida del niño; en la tercera, *casa de la fortuna*, se distinguirá si ha de ser haragán ó trabajador, dichoso ó desgraciado, millonario ó pelafustán, ó de mediana fortuna; en la cuarta, *casa paterna*, se conocerá si ha de vivir con sus padres mucho ó poco tiempo, y cómo le irá con su compañía; en la quinta, *casa fraternal*, se entenderá si ha de tener muchos ó pocos hermanos, si los enterrará á ellos, ó ellos á él, si heredará de alguno y en qué tratos y trabacuentas andará con ellos; en la sexta, *casa del sepulcro*, se advertirá qué género de muerte le espera, violenta ó natural, y sus postrimerías terrenales.

Este repertorio podrá parecer muy sencillo y de fácil aplicación; pero con tantos enredos y embolismos lo embarullaron los miles de astrolabiadores que metieron en él la mano, que no hay laberinto de más extraña algarabía. Crece sin comparación la dificultad cuando los astrónomos tratan con sus figuras geométricas de pronosticar por los signos del zodíaco la futura suerte de las ciudades, reinos, naciones, tomando principio del punto Aries, es decir, de la hora en que comenzó á ser la ciudad, reino ó gente. Mas ¿qué imposible pone en aprieto la temeridad del Astrólogo? Nos está más á cuenta dejarle por necio. La verdad sea que en esta parte de la astrología judiciaria los Santos Padres se mostraron inexorables por extremo. Nunca jamás llevaron con paciencia que de la hora del nacimiento se pudieran prejuzgar los sucesos de toda la vida. La

razón de su repugnancia era ésta. Dos niños nacerán mellizos, y viniendo al mundo con la misma estrella, hacen vidas, acciones, profesiones, muertes, por entero diversas y tal vez contrarias. Esta razón esforzaban San Agustín, San Gregorio y San Basilio (1). Otros Padres daban otras razones contra los genetlíacos (2), desarmando con ellas la virtud de las constelaciones y desbaratando los influjos estelares sobre la humana libertad. Sujetar al curso de los planetas las operaciones libres, gentílico empeño es; pretender por la vista de los cielos levantar figura de casos fortuitos, como la elección de un rey, es absurdísima pretensión; y sobre absurdo es herético el nivelar por los astros la ejecución de los misterios sobrenaturales.

3. Otro capítulo, el de las preguntas curiosas, hacen los astrólogos dependiente de la influencia estelar. La humana curiosidad, deseosa de enterarse de todo, no se cansa de apretar con preguntas, si fulano vive ó ha muerto, si la carta llegó á manos de zutano ó se perdió en el camino, si la mujer parida dió á luz hembra ó varón, dónde se halla el ladrón que se alzó con el tesoro, si mengano logrará la pretensión del cargo que ambiciona, si se restituirá á roviñano la cantidad de dinero robado y cosas semejantes. A ellas satisfacían los astrólogos cumplidamente con solo levantar los ojos al cielo y contemplar la posición de los planetas. Pero distinguían preguntas acerca de cosas actuales y preguntas de cosas futuras. De las presentes respondían afirmando que el cielo da buena razón de ellas. Esto leemos en Alberto Magno. El astrólogo listo y despierto leerá fácilmente en las figuras celestes quién es el ladrón, dónde está la cosa robada, quién de los litigantes lleva razón, y cosas tales (3). Pero acerca de las cosas futuras pone el astrólogo esta diferencia. Si las cosas futuras no son dependientes del libre albedrío ni tienen que ver con él, se podrán prejuzgar por el horóscopo del sujeto de que se trata. Cuando se pregunta, por ejemplo, si fulano logrará buena cosecha, basta conocer con qué estrella nació; si eso se ignora, hay que remitir la respuesta á la ansiedad y congoja que el preguntante muestra en el tiempo de la pregunta. Mas si la cosa tiene dependencia del libre albedrío, entonces el cielo no la mostrará cierta, pero la representará de algún modo; entonces está en la pericia del astrólogo la averiguación de este secreto. El modo de adivinar es atender á la luz de los planetas. La de Saturno, pálida y cenicienta, y la de Marte sanguínea y turbulenta, no son propicias; lo que suceda debajo de estos dos planetas será desastroso. Pero Júpiter, cuya luz es cándida y alegre, y Venus que la tiene viva y rosada, ofrecen fe-

---

(1) S. Agustín, *De Genes. ad litt.*, lib. II, cap. XVI.—*De Civit. Dei*, lib. V, cap. I.—S. Gregorio, *Hom. de Epiph.*—S. Basilio, *Hom. VI in Hexaener.*

(2) Eusebio, *Praepar. evang.*, lib. VI, cap. VIII.—Tertuliano, *De Idol.*, lib. VI, cap. IX.—Teodoreto, *Quaestion in Genes.*—S. Damasceno, *De fide orthod.*, lib. II, cap. VII.—S. Isidoro, *Etymolog.*, lib. VII, cap. IX.—*Recognition.*, lib. IX.

(3) *Spec. astronom*, cap. VIII y cap. XIII.

liz pronóstico. Mercurio, que participa de todos estos colores, hará también todos los enjuagues necesarios. El Sol y la Luna, por ser luminares mayores, según con quien se combinen, ó conciliarán, ó templarán, ó destemplarán y echarán á pique la suerte de los nacidos. Pero ay del que haya nacido con la nebulosa de las Pléyades, ó con la de Orión, ó con el cuerno del Toro, ó con la jara de Sagitario, ó con la malignidad del Cáncer; tenga por segura ceguera, infortunio, vida corta, mal año, azar tras azar, ajes sin fin. Por esta pauta se guiaban los judiciarios para pronosticar las cosas por venir.

Contra esta doctrina hay una evidente razón. Las preguntas que envuelven la intervención de voluntad ajena, claro está que no se pueden satisfacer sin conocimiento de la ajena voluntad; de la cual el cielo ni es causa ni da indicios. Luego, por vía natural, no es posible dar con las respuestas ajustadas á verdad. Pensar, como pensaba Alberto Magno, que en el cielo se ven representadas en figura las respuestas sobre actos libres, es aventurado discurso, ó digamos mejor, capricho de astrólogo, doctrina punible y reprobable, reprobada por la Iglesia. Alejandro III, á un sacerdote bien intencionado que levantando figura por medio del astrolabio quería recobrar un hurto hecho á una iglesia, condenó su acción de pecado gravísimo (1).

4. Finalmente, los astrólogos someten las elecciones al influjo de los cielos. En qué hora deberá emprenderse un viaje, en qué momento convendrá empezar tal pleito para lograr feliz sentencia, qué ocasión será favorable para solicitar el despacho de un negocio; á esta suerte de elecciones daban los astrólogos segura solución poniendo los ojos en la esfera planetaria. San Isidoro en sus Etimologías (2) llamaba *horúspices*, como inspectores de las horas, á esta clase de astrólogos. San Agustín se puso á razones con ellos (3), plantándoles este dilema: ó el horóscopo indica que en esta hora te has de sentir movido á hacer tu elección, ó no lo indica; si lo indica, ¿para qué andar buscando y escogiendo hora? Si no lo indica, más inútil será el escudriñarla, pues no está en tu horóscopo. Luego es superstición andar á caza de horas y momentos para tomar resolución. Anden tras la oportunidad de las horas los médicos para aplicar medicinas, los navegantes para entregarse al mar, los campesinos para sembrar ó cortar troncos de árboles; en semejantes operaciones podrá el cielo, es decir, la estación, estado atmosférico, creciente ó menguante lunar, tener su parte maléfica ó benéfica; pero fuera de estos lances hacer del cielo un santuario de oráculos con que dirigir el rumbo de nuestras elecciones personales, es manía supersticiosa inductiva á error.

5. Al capítulo de las elecciones juntan los astrólogos las figuras

(1) *De Sortileg.*, cap. *Ex tuarum.*

(2) Lib. VIII, cap. IX.

(3) *De Civit. Dei*, lib. V, cap. VII.

que fingen formarse en el cielo entre las estrellas de una constelación. Especial atención emplean en el zodíaco, por cuyas casillas corren los planetas. Es gracia peregrina ver cómo enhilan razonamientos los astrólogos sobre las imágenes celestes. Alberto Magno, descartadas las imágenes idolátricas y nigrománticas, no tan solo defiende la virtud de las representaciones astronómicas, como va dicho, sino que á las imágenes modeladas de la tierra conforme al ejemplar de las del cielo, concédeles virtud celestial con efectos admirables. Un escorpión de metal recibe virtud de la constelación llamada Escorpión, para destruir los escorpiones terrestres (1). Santo Tomás no anduvo muy lejos de su maestro en el conceder á las imágenes hechizas alguna virtud por la influencia de los cuerpos celestes (2).

Basta examinar qué linaje de figuras ofrecen á la vista las constelaciones, para entender cuánto embeleco se encierra en la doctrina de los astrólogos. Las constelaciones llamadas Aries, Géminis, Virgo, Toro, León, Capricornio, Sagitario, Escorpión, Libra, etc., son cúmulos de varias estrellas, diseminadas y distantísimas entre sí, colocadas en planos diversos, sin coordinación natural de unas á otras. Apiñólas la humana fantasía, así apiñadas dióles figura y apelación; apelación y figura trazadas por el antojo de los hombres. Los astrólogos inventaron esta máxima: varias estrellas unidas tienen más virtud que una sola, según aquel apotegma: *vis unita fortior*. Aplicada la máxima á las constelaciones, resulta que Aries posee virtud especial distinta de Virgo, éste la suya diferente de Libra, ésta otra particular que no es la de Cáncer, éste otra diversa del León, á este tono el Escorpión, Capricornio, los Gemelos, el Sagitario, y por igual raciocinio la Lira, la Liebre, el Dragón, la Osa, la Corona, las Cabrillas, Orión, Perseo, etc., etc. De dónde deriven los astrólogos esa eficiencia estelar, no hay para qué indagarlo; basta que á Tolomeo se le pusiese en la testa.

Lo digno de asombro es, que *las figurillas fabricadas en la tierra por los astrólogos á semejanza de las constelaciones zodiacales, boreales y australes, poseen alguna virtud, emanada del cielo, para obrar algo*. Así lo enseña expresadamente Cristóbal de Castro (3). Por tanto, si sabe un astrólogo que mañana á las doce entra el Sol en Libra, y formando una balanza de alambre ó de alcornoque, la aplica al punto donde quiere esperar la influencia celeste, resultará tan en provecho suyo la influencia de la balanza de alcornoque en virtud de la Balanza del cielo, que experimente medra incompara-

(1) Imagines quae inveniuntur in hoc mundo sensibili ex quatuor elementis, obediunt coelestibus imaginibus. Cap. XVI.—Eas nancisci virtutem a figura coelesti, juxta verbum Ptolomaei nonum. *Specul. astronom.*, cap. XI.

(2) Non videtur autem omnino negandum quin in praedictis ex virtute coelestium corporum aliquid virtutis esse possit, ad illos tamen solos effectus quos virtute coelestium corporum aliqua inferiora corpora producere possunt. *Contra Gent.*, lib. III, cap. CIV.

(3) *De vaticin.*, lib. I, cap. XIII.

ble de su experimento artificial. Y efectos tan seguros, ¿quién impide se predigan y anuncien de antemano?

Esta manera de discurso tiene su principal vicio en el fundamento que le sirve de tema. Dado que los cuerpos celestes influyan alguna acción sobre la tierra y sobre los cuerpos que en ella hay, no probarán jamás los astrólogos que una constelación, el Cáncer, por ejemplo, prepondere con influencia determinada sobre el individuo que debajo de este signo nace ó acomete una empresa; pero mucho más imposible les será probar que las constelaciones figuradas en cera, plomo ó alambre, estén dotadas de virtud especial debida á las constelaciones celestes, que son tan imaginarias cuanto á la forma como las imitadas y hechizas. *A priori* proceden los astrólogos en todo cuanto pronuncian. La razón es muy obvia. Si alguna estrella de la Corona boreal, verbigracia posee virtud específica para pegar bríos en los hombres, ¿quién le asegura al astrólogo que las demás que concurren á componer la linda Corona, concurren también al influjo de la constelación, y que no hay algunas que deshagan y dejen burlado el influjo benéfico de las otras? Y si esto queda en el aire, ¿dónde quedará la Corona sino en la cabeza del astrólogo, coronando su estolidez é idiotismo?

6. La experiencia nos avisa, en verdad, que, según sean las lunaciones, así son diferentes las impresiones que en una misma estación y punto de la Tierra se experimentan; por donde parece probarse que, siendo los astros los mismos, no son unas las influencias, y que alguna novedad hay en el cielo y en los astros de que nace la variedad de sus influencias. Este es el principal argumento de los astrólogos, realmente facilitado por el Sol y la Luna, y no por otro planeta, mucho menos por las estrellas fijas. Aunque no sea decoroso al siglo presente, tan pagado de su ciencia, hacer caso de razones tan baladíes, todavía, sin emboscarnos en la mecánica celeste, podemos demostrar su futilidad é incoherencia. Lo primero, preguntémosles á los astrólogos de dónde sacaron la división y naturaleza de las doce casas celestes. La división del zodíaco en doce casas ó signos, la determinación de las calidades pertenecientes á cada signo, la dignidad de un planeta cuando se mete en una casa, la caida de otro cuando sale de ella, todas estas son suposiciones gratuitas desnudas de fundamento, no sugeridas por la experiencia, sino fraguadas en los cascos del primero que esta tramoya soñó. Aun admitidos los efectos celestes, las causas que los produzcan podrán ser sin número, y tan complicadas entre sí, que se haga del todo improbable el atribuirlos á peculiar parte del cielo, á éste ó aquél signo, á éste ó aquél planeta. Dicen, por ejemplo, el signo del León es igneo cuando el Sol camina por él; ¿quién no ve que sus ardores provienen de la latitud terrestre? En otra mayor altura del polo el León se quedará tiritando de frío, ni le bastarán los pasos del Sol para derretir sus irremediables hielos. Así de los demás signos.

7. Si carece de fundamento la división de las doce casas, menos fundado está el pronóstico del nacimiento. Concedámosles á los astrólogos que no sea para la criatura lo mismo nacer en Aries que en Libra; pero ¿quién no ve que el temperamento del recién nacido estaba ya fraguado en las entrañas de la madre mucho antes de salir de ellas? ¿Quién no entiende que el tema natalicio debería concertarse con el tema de la concepción, para el acierto del pronóstico? El tema de la concepción vence la ciencia de los astrólogos, no hay uno que le alcance; por eso echan mano del genetlíaco sin tiento ni probabilidad ninguna. ¿Qué será, pues, oir á un astrólogo, á vista del tema natalicio, pronosticar, no lo presente sólo, sino lo futuro, las enfermedades que al nacido acometerán, las desgracias que le han de sobrevenir, los cargos que ha de tener, los años que le ha de durar la vida, la dicha gloriosa que le espera, la muerte y final acabamiento, como si los influjos que al nacer le vienen de las estrellas, quedasen tan actuados y sellados en las partes del cuerpo, que compitiese su virtud con las contingencias de la vida y con las mudanzas libres del mísero mortal? ¿Cómo no veían los astrólogos que las influencias astrales, si las hay, se muestran de presente en el acto de estar el planeta en su casa, y que altibajan luego, en mudando el planeta de domicilio? Formaron un día el horóscopo del Papa Alejandro VI (así cuenta el chiste Juan Pico de la Mirándola), y por último acuerdo señalaron á su muerte el año 1495. Pero el Papa no se dió por entendido, la muerte se hizo de pencas. Los astrólogos aplican el astrolabio y le alargan la vida hasta el año siguiente. Tampoco el Papa se quiso morir, antes triunfaba fuerte y remozado contra las sentencias astrológicas, hasta el año 1503, en que, atalayando y atisbando por todas las rendijas del cielo los astromantes concluyeron á vista del pronóstico que había hombre para largos años. En mala sazón levantaron figura, porque aquel mismo año 1503 los sacó mentirosos, con el fallecimiento del Papa contra la nómina de los judiciarios. Otro caso refiere el P. Dechales, sucedido al rey de Francia Luis XI. Creyéndose de un astrólogo, salió á cazar en día apacible y sereno, cuando un zafio carbonero avisó á su Majestad, al verle, se dignase recogerse, porque iba á llover pronto. Acertó el carbonero con su pronóstico vulgar, y recibió del rey la recompensa que al farandulero almanaquista tenía señalada.

Por estas elementales razones podrá notarse cuán fuera de tino anduvieron los astrólogos en su sistema, y cuán ciegamente se ponían á pronosticar. Dar ventura era multiplicar dislates; amagar con malas nuevas, era mentir á velas desplegadas. El P. Tosca, en su *Compendio Matemático* (1), al propio tiempo que va desmantelando con recios golpes los castillos de la astrología judiciaria, deja más en pie sus torreones de lo que fuera menester, por el afán de dar

(1) T. IX, trat. XXVIII, lib. IV, prop. XX.

algo á la acción de las estrellas, tocante al nacimiento (1). Ningún motivo razonable tenemos para dar soga á la fama de los astros siguiendo los humores de los que les conceden acción notable en los nacimientos ó concepciones. Si los judiciarios eso afirman, dicen más de lo que saben; mas si aciertan alguna vez en su pronóstico, no es por lo que supieron. En casos podrá ser intervenga arte de magia en los aciertos (2). Con más resolución, aunque más brevemente, en dos cortos capítulos (3), antes que el P. Tosca, había anulado los influjos celestes el sobredicho P. Nieremberg, haciendo ver cómo la configuración de las constelaciones ha dependido siempre del albedrío é invención de los pueblos. Más de raíz arranca el error de los judiciarios en el libro sexto, donde sentencia á muerte infame la animación y la influencia de los astros. Finalmente, en la *Oculta filosofía* (4) da mate á los figuristas que con Orígenes decían ser el cielo como un gran libro en que estaba representada proféticamente toda la historia del mundo: *Las estrellas no figuran con semejanza los sucesos tan extraordinarios del mundo.*

En este estado dejaba la controversia de la judiciaria el P. Nieremberg á mediados del siglo diezisiete. Donde él la dejó, se ha quedado, sin ganar un palmo de tierra. Algunos hicieron punta; su porfía sirvió para acarrear la última infamia á las influencias celestes. El P. Feijóo tomando á cargo la misma censura (5), dejó atravesadas con los dardos del rigor las vanas observancias de los almanaquistas presumidos, que so capa del *Dios sobre todo,* se árrojan á predicciones desaforadas, sin fundamento ni autoridad.

8. Cuando no hubiera más razón para condenar la Astrología judiciaria que el ver con cuánto menosprecio la trataron los filósofos antiguos, era suficientísima causa para argüirla de necedad. Los caldeos y los egipcios fueron, según parece, sus primeros inventores (6); siguieron sus pisadas los judíos y mahometanos: callemos sus enrevesados nombres, cuya articulación suena á locura. Tan vano como los inventores fué el invento. Los filósofos griegos y latinos, Pitágoras, Demócrito, Séneca, Cicerón, Platón, Aristóteles, Plotino, ó la menospreciaron, ó la condenaron, ó la tuvieron por indigna de sus escritos. Hombres tan diligentes en escudriñar las propiedades de los cielos, ¿cómo iban á mostrarse desdeñosos con esta

---

(1) «Pero advierto que no por esto niego la dependencia que de alguna manera tienen muchos de estos sucesos de la disposición del cielo al tiempo de la concepción y nacimiento; sólo digo no poderse pronosticar por ellas, lo que explico más en la proposición siguiente.» Ib., prop. XX.

(2) «Si acierta el matemático, dice Nieremberg, es por el mayor yerro que podía cometer, que es por arte del demonio; de modo que, quien consulta á un judiciario, ó ha de creer á Satanás, ó ha de errar, recibiendo por aviso un engaño, con que es necesario quede burlado de un hombre ó de un diablo. Si el matemático dice lo que se le antoja, ya se burla de él. Si responde lo que dice el diablo, ya el demonio se burla de entrambos, para perdición de sus almas.» *Epistolario,* Epist. LV.

(3) *Curiosa filos.*, lib. III, cap. III, IV.

(4) Lib. II, cap. LXXXIII.

(5) *Teatro Crít.*, t. I, Astrología judiciaria y almanaque.

(6) CICERON, *De divinat.*—FILON, *De Abraham Patriarcha.*—DIODORO, lib. II, cap. II.

arma, si por ella podían apear, como tan rasamente pronuncian los judiciarios, los nacimientos, virtudes, intenciones, quereres, fortunas, sucesos de los futuros mortales y juntamente los secretos de la divina Providencia?

El Profeta Isaías, vaticinando contra los caldeos, que andaban como gallos de cien crestas con la vana invención, dice así: *Estén de tu parte y sálvente los adivinos del cielo que contemplaban los astros y contaban los meses para notificarte las cosas por venir. Mira que han de ser semejantes á la estopa; el fuego los abrasará. No librarán sus almas de la potestad del incendio* (1). Llámalos la Vulgata *agoreros*, y los setenta *astrólogos*, y por lo que luego el Profeta añade se ve, condena la temeridad de los que pensaban hallar en la contemplación de las estrellas el arte de prevenir su dicha contra los futuros peligros. En Jeremías hallamos parecida reprobación (Jer. X) y menosprecio (2).

Ocho capítulos gasta San Agustín (3) en desacreditar esta vana superstición, reparando mucho en el caso trilladísimo de Esaú y Jacob, cuyo horóscopo, astrológicamente hablando, no debiera ser desigual, como lo fué vida y fortuna. Otros Padres embistieron con vehementes razones contra los genetlíacos y adivinadores que venden pronósticos de nacimientos. No hay para qué mencionar los Papas Martín I, Alejandro III, Sixto V, que prohibieron severísimamente los juicios astrológicos. Para que veamos cuánta vanidad y mentira se encierra en el arte de hacer pronósticos, no obstante el sinnúmero de profesores que juntó entre judíos, moros y cristianos de la misma harina (4).

---

(1) Stent et salvent te augures coeli, qui contemplabantur sidera, et supputabant menses, ut ex eis annuntiarent ventura tibi. Ecce facti sunt quasi stipula, ignis combussit eos; non liberabunt animam suam de manu flammae. Is. XLVII, 13.

(2) E. Pannier: Plus tard les représentans dégénérés de la vieille science chaldéenne n'en retinrent plus que la partie astrologique ou superstitiense, qu'ils colportèrent dans tout l'occident, et le terme de *chaldéen* ne signifia plus autre chose que devin on astrologue (*Dictionn de la Bible*; art. *Chaldée*, pag. 508). Por esto Cicerón llama á la astrología vana, y mentirosa á la ciencia de los caldeos (*De divinat.*, lib. II).

(3) *De civit. Dei*, lib. V.

(4) Véanse en Torreblanca (*Jur. spir. pract.*, lib. VII, cap. V), las listas de autoridades eclesiásticas y profanas que condenaron la astrología.

ARTICULO III.

1. La judiciaria creció con el Renacimiento.—2. Causas de tan nueva pujanza.– España vióse libre del contagio.—Impugnaciones de la Astrología.—4. La judiciaria cunde en Francia.—5. Los astrólogos ignoraban el estado del cielo.—6. Ignoraban las influencias celestes.—7. Muchedumbre de astrólogos notables.—8. Respuesta á una dificultad.—Predicciones del astrólogo Marín.—9. Por qué pudieron algunas ser verdaderas sin pertenecer al ramo de la Profecía.

1. Llevamos dicho con qué deleite los fautores del Renacimiento se andaban solazando en carearse con las estrellas para leer los secretos de lo por venir y las arcanidades más íntimas de la humana voluntad. El Renacimiento fué una verdadera revolución, una vuelta á las doctrinas paganas, socapa de cultivo literario. La caída de Constantinopla puso en manos de los occidentales los manuscritos de los griegos; el descubrimiento de nuevos países engolosinó á los amigos de andar á sus anchas; la imprenta hinchió el ojo á los ánimos turbulentos: estos tres inesperados sucesos sacando de harón la libertad de pensar, propagaron el espíritu revolucionario contra las creencias, costumbres, instituciones y estudios de la Edad Media. El protestantismo nació del Renacimiento por consecuencia necesaria. El Renacimiento fué un funestísimo árbol á cuya sombra habían de guarecerse pájaros de mal agüero. El Protestantismo tuvo por aposentadores á Abelardo, á Arnoldo de Brescia, á Juan Huss, á Jerónimo de Praga; pero por carecer de pabellón donde abarracarse, hicieron poco estrago en el mundo de los ingenios. El Renacimiento dió guarida á todos los semiincrédulos, semiescépticos, semicristianos, y convirtiólos en herejes y en totalmente paganos. El medio fué destrizar los lazos de la tradición.

La filosofía, auxiliada por la literatura y las artes, pónese en campo abierto con la fe. Pedro de Albano resucita la eternidad de la materia; Juan de Jundano sublima á grado divino el alma del mundo; Gemisto entroniza de nuevo las fantasías del platonismo; Marsilio Ficino enciende á Platón una lamparilla de aceite; Pomponazzi sube al fastigio de lo sobrenatural las fuerzas ocultas de la naturaleza, hasta ornar la imaginación con habilidad taumatúrgica; Zarabella por arrebatar al alma la inmortalidad, la sobredora con la postura de achacarla á iluminación divina; otros acumulan piedras para la torre de Babel, cada cual la suya, Vanini, Porta, Bonamico, Escaligero, Bárbaro, Porzio, Palmieri, Nifo, Vernia, italianos los más, dejando en el alcázar de la ciencia cristiana abierto enorme boquerón por donde entraban errores sin cuento y desaforadas teorías.

La astrologia fué recreo y solaz común á estos nuevos reformadores del humano saber. Pedro de Ailly, canciller de la universidad

parisiense, filósofo, teólogo, canonista (defensor de la tesis sobre la Concepción Inmaculada de la Virgen María, en nombre de la Sorbona contra los Padres Dominicos), fué uno de los astrólogos más opinados de la Edad Media, pero con tan mala ventura, que de cada predicción astrológica sacaba una humillación palpable. El año del Concilio general, celebrado en Constanza para acabar con el cisma, dejó escrito que el estado del cielo y la configuración de las constelaciones amenazaban graves disturbios con detrimento y ruina de la religión cristiana. Quiso Dios que en aquel mismo año quedase extinguido el fuego del cisma recobrando la Iglesia su alterada tranquilidad, contra el dictamen astrológico. No escarmentado con tan pública derrota, en una muy celebrada predicción, sacada de sus cómputos zodiacales, señaló al fin del mundo el año 1588, número que los amigos de la broma feroz subieron hasta el año 1788, como se dirá en otra parte.

2. El movimiento astrológico era muy natural y proporcionado con los intentos de las nuevas enseñanzas. El primer extravío de las naciones fué la adoración de los astros. Los globos celestes, en particular el sol y la luna, han obrado á ojos vistas sabrosos efectos en el andar de la tierra. La luz y el calor son agentes innegables, la gravitación de entrambos globos sobre las aguas, ¿quién la desmentirá? Las corrientes atmosféricas, los efectos varios causados por el vapor de agua, los fenómenos meteorológicos emanados de la luz y calor solar y lunar, la fuerza magnética complicada con la acción de ambos cuerpos, los movimientos de la tierra dependientes asimismo de la luna y del sol; todos estos productos astrales sin duda alguna habían de entremeter su obra en los reinos orgánicos, en el vegetal, animal y humano, para ser manantiales de leyes, imaginadas ó verdaderas, por donde se gobernasen los hombres en el trato con el reino sideral. Desde la más remota antigüedad llevó el hombre los ojos clavados en tan patentes influjos. No le faltaba sino dar espíritu y vida á las estrellas, como se la dió, para despedir dudas de sí llamándolas á consulta en el conflicto de las cuestiones incógnitas. De esta suerte en los cielos animados halló sus maduros consejeros. Aquí tuvo origen el error donde comenzaba el extravío. Los efectos físicos indubitables parecieron no naturales, sino espontáneamente nacidos de cuerpos que poseían alma, el alma del mundo, alma inteligente, poderosísima, universal.

La naturaleza muda aquí de aspecto. Las fuerzas físicas suben á la dignidad de divinizadas, el sol es el rey de la creación, la luna su compañera en el mando, la luz de entrambos se convierte en alegre visión, el calor en entusiasmo profético, la gravedad en atractivo espiritual, el cielo en fuente de vida, los astros en veneros de felicidad, las constelaciones en causas ó figuras de los humanos sucesos; en suma, el firmamento estrellado es el padre de los hombres, cuyo favor deben ellos tener propicio, cuyas iras han de aplacar con ofrendas y plegarias.

El culto de los astros en la gentilidad, nació del gravísimo error que daba espíritu y animación á los cielos (1); culto, que veríamos tal vez hasta nuestros días perpetuado, si la religión cristiana no le hubiera abolido por siempre jamás. El Renacimiento, imprudente, tomó á pechos restituir á las estrellas la vida que el cristianismo le había con justísima razón quitado. ¿Qué podía el mundo prometerse de tan feo desorden, sino el imperio de las estrellas, la astrología judiciaria que es una especie de culto, un sabeismo embozado? Por esta pendiente fué á resbalar el reino de Francia el día en que pactando con hugonotes y calvinistas por abrir la puerta á los desvaríos de la Reforma, fomentó las manías del Renacimiento, cuya loca afición era despertar de la muerte el sepultado paganismo con su rancia y trasnochada astrología.

La gente española vióse libre en gran parte del contagio, por su tradicional fe, sin embargo de haber cundido entre los árabes residentes en Toledo el arte de tomar los astros por guías de la vida práctica. Entre los libros de astrología judiciaria cita Casiri (2) los *Pronósticos sobre figuras y contemplaciones celestes*, de Albumasar, astrólogo muy recomendado por Alberto Magno. De Juan Hispalense sabemos que interpretó libros de astrología, mereciendo reputación de *insigne en arte mágica y en ciencia astrológica*, como Gil de Zamora le llamó (3). Intérprete fué también de la escuela toledana Miguel Scoto (4); sin contar algunos más que cooperaron á la propagación de la judiciaria en la península. No es maravilla que al Rey Alonso el Sabio, tan aficionado á la astronomía, se le pegara la peste astrológica. Con todo eso, contados fueron los hijos de la Iglesia española que aplicasen los labios á la bebida atosigada, en comparación de los muchos musulmanes y judíos que apestaban la tierra con el asqueroso veneno. Más en número parece serían los nigromantes españoles que los astromantes, aunque sea dificultoso distinguir hasta dónde llegaban las doctrinas de unos y de otros, como se ve en la impugnación del P. dominico Fr. Nicolás Eymerich (5). La supersticiosa doctrina hizo mella en D. Pedro el Cruel y en D. Pedro el Ceremonioso, quienes, sin abrir los ojos á la malicia, rendidos á las influencias astrológicas se dejaban aconsejar por hebreos y árabes (6), sin recatarse de los siniestros avisos. Más adelante, en el siglo dieziséis, se nos presenta Miguel Servet, graduado de médico en París y dedicado al estudio de la astrología, cuya cátedra regentó en el colegio de los Lombardos (7).

---

(1) Görres, *La mystique*, t. III, chap. VIII. (2) *Bibl. arab. hisp.*, t. I.

(3) Nicolás Antonio, pág. 370. (4) Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, t. I, p. 576.

(5) *Contra astrologos imperitos atque contra nigromantes, de occultis perperam judicantes*, de 1395.

(6) Menéndez Pelayo, t. I, p. 597.

(7) Menéndez Pelayo: «Como hubiera dicho en la clase que eran ignorantes los médicos que no estudiaban astrología, no lo llevaron á bien los de París, y acusaron á Servet como sospechoso de mala doctrina, primero ante el inquisidor y luego ante el Parlamento de París. Otro de los cargos era haber publicado una *Apologética discepatio prot*

3. Cuán poca afición reinó al sistema astromántico, y cuán escasos discípulos en España tuvo durante el siglo dieziséis, échase bien de ver en la impugnación publicada por el Maestro Ciruelo con el título *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*. En este libro se enoja el docto autor con todo cuanto huele á ciencia oculta. De la astrología asienta, que *es vanidad querer aplicar las estrellas á cosas de que no pueden ser causa*. Aserción, que se compone mal con aquel augurio que promete de los astros, *cuyo aspecto dirá si el niño que nace será de bueno ó de rudo ingenio*. Esta misma confusión pone en harta claridad que la astrología era en España ciencia casi del todo olvidada. Mayor necesidad sentían las costumbres españolas de la refutación que Ciruelo hizo de los diversos grados de las artes mágicas, agüeros, ensalmos, conjuros, brujerías y demás supersticiones.

No es esto significar que anduviera España tan limpia de astrólogos cual á su gran cordura cuadraba. Astrólogo fué aquel ínclito sevillano Pedro Mejía, varón erudito y culto; así lo dice Pacheco en su *Elogio* por estas palabras: *Por excelencia fué llamado el Astrólogo, como Aristóteles el filósofo; con este conocimiento predijo muchas cosas, y su mesma muerte veinte años antes* (1). En el siglo XVII no faltan ejemplos de astrólogos españoles, más inclinados á brujulear el cielo que á pronosticar cosas venideras.

Contra los descabellados principios de los astrólogos extranjeros mostró el doctísimo P. Benito Pereira la excelencia de su saber en el libro tercero *Contra las artes falaces y supersticiosas*, obra publicada á fines del siglo dieziséis, patentizando con razones de Escritura, de Disciplina Eclesiástica, de doctrina teológica y de buena filosofía, la falsedad, impiedad y disparatado proceder de la astromántica judiciaria. Las ocho razones con que aprieta el pie de su poderío á los discursos de los astrólogos, en el capítulo tercero, son tan dignas de consideración, que valen aun para enseñanza de los tiempos modernos. En el capítulo cuarto dispara el autor espeso granizo sobre los figuristas, que soñaban representarse, ya que no causarse, por las constelaciones celestes las cosas futuras. Este libro, como todos los de Pereira, contiene fondo de bien digerida erudición y abundante selección de razones, enderezadas á lograr el intento.

No echó por alto el erudito Nieremberg la refutación de la astrología judiciaria. *Es argumento contra los judiciarios*, decía, *que las estrellas naturalmente no figuran con semejanza (que es la revelación natural) los sucesos tan extraordinarios del mundo. Por otra parte, no se*

Astrología, en que anunciaba un próximo eclipse de Marte por la Luna, y con él grandes catástrofes, pestes, guerras y persecuciones contra la Iglesia. Su abogado le defendió bien, alegando que Servet no había dicho una palabra de astrología judiciaria, sino sólo de la que concierne á las causas naturales, subordinadas siempre á la voluntad de Dios, como lo indicaba la frase *quod Deus avertat*.» *Heterodoxos*, t. II, p. 270.

(1) *Retratos de ilustres y memorables varones*, *El Docto caballero Pedro Mexia*, por Francisco Pacheco, 1599.

ha revelado sobrenaturalmente á ninguno, que signifique más una cosa que otra; y así es fuerza ser vanas y sin fundamento sus reglas (1). En otra parte con gentil desenfado pronunció: *Mil potajes hacen de estas estrellas, conforme el antojo de los primeros supersticiosos. Algo hemos dicho en otras partes contra ellos; ahora me conformo con San Basilio, que juzga no estar en su juicio quien se pone seriamente á contradecir los astrólogos, porque están (dice) todos sus dichos llenos de ignorancia é impiedad* (2). No será necesario citar autores, como Suárez, Oviedo, Medina, Bañez, La Torre, Valencia, Torquemada, Simancas, Lara, Vallés, Mariana, Sánchez, Villalpando y otros españoles de gran nombradía, que dieron valientes asaltos á los dislates de los astrólogos.

4. Por empeñada que fuese la lucha y dignos de elogio los esfuerzos de los combatientes, la astrología judiciaria usó de maña por no volverse atrás de su porfía. Aunque el cristianismo en todo tiempo se hubiese declarado contra sus aforismos, ya desde la primera edad, pero en el siglo quince y dieziséis los astrólogos del Renacimiento usaron de tanta diligencia en el convidar con el reclamo de sus dictámenes, que los introdujeron en los estrados de los señores y en los palacios de los príncipes, enseñándoles á decidir por los embustes de los astros los negocios más graves de la república. Melanchton, en el prefacio que puso á la obra *De judiciis nativitatum* de Schoner, mostróse adicto á esta ciencia oculta. ¡Qué más! Catalina de Médicis llevó consigo de Italia una colonia de astrólogos, con quienes tomar sus ratos de placer librando en sus decisiones los asuntos escabrosos de la nación. Uno de los más afamados consejeros suyos fué Lucas Gauric, hombre político de gran nombradía astrológica, á fines del siglo dieziséis. La reina Catalina dió en Francia el escándalo mayor convirtiéndose en astróloga, y gobernando el reino con los aforismos de la astrología judiciaria. *Ella,* dice Lecanu, *puso la astrología de moda* (3). No sólo subía al observatorio á brujulear las figuras de los astros y á pedirles consejo en lo que al día siguiente había de hacer, sino que mandó levantar el horóscopo de todos sus hijos, pegándoles á ellos la figurería astrológica. A Luis XIII llamóle *justo* porque había nacido so la influencia de *Libra,* constelación zodiacal.

La liviandad de semejantes pronósticos había de hundir la nación en el abismo de iniquidades, que hicieron famoso el reinado de esta desgraciada mujer. Los escritores franceses la pintan con muy negras sombras; bastaba que fuese napolitana para que no les cogiera en gracia. La pedantería astrológica debió de serle muy mala consejera. Fruto de sus combinaciones celestes fué la mortandad del día de San Bartolomé, funesta acción que envolvió á muchos inocentes en la causa de los culpados.

(1) *Oculta filos.*, lib. II, cap. LXXXIII. (2) Ibid., lib. I, cap. XXXIV.
(3) *Dictionn. des miracles*, t. I, pág. 297.—GUERIN, *Dictionn. des Dictionn.*, art. *Cathérine de Médicis.*

Para atajar los devaneos de los astrólogos publicó el Papa Sixto V la Bula *Coeli et terrae Creator*, donde condenaba especialmente la opinión de los que veían en el cielo siquiera las figuras, ya que no las causas, de los sucesos por venir. Luego vino la Bula de Urbano VIII, *Inescrutabilis*, á remachar el clavo en la frente de los astrólogos. Ambos documentos, por ser modernos y fundarse en decisiones muy antiguas de los Concilios de Braga y Toledo, habían de lograr ver desterrada la variedad de los astrolabiadores. Así fué; de una mano á otra desaparecieron los judiciarios, como con el viento se deshace el humo, quedando la astrología con tan infamante nota de invención ridícula y de presunción desatinada, que en el día de hoy sólo puede estimarse lunar vergonzoso en la historia de la ciencia humana.

5. Tres cosas eran menester para dar los astrólogos, no digo predicciones de futuros libres, sino de efectos naturales con alguna probabilidad de acierto: primera, conocimiento de la verdadera astronomía, de la situación exacta de estrellas y planetas en el firmamento; segunda, conocimiento de las influencias celestes para componerlas entre sí y sacar la resultante; tercera, el uso de instrumentos acomodados para tan delicadas observaciones. Sin estas tres condiciones érales imposible á los astrólogos dar en el punto sin caer en mil errores, como de hecho caían por faltarles todas tres. No tenían noción del cielo, con estarse todo el día asomados á la atalaya. Sólo contaban siete planetas. Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio, Luna; no les había pasado por el pensamiento la noticia de los planetas Urano y Neptuno; no hacían cuenta que Júpiter se acompañase de cinco satélites, que á Marte le siguiesen dos, á Saturno ocho, ni soñaban que Urano hubiera de poseer otros ocho, y Neptuno un par tal vez; no daban en la sospecha de la nube de planetillas vagabundos que hay entre Marte y Júpiter, mucho menos atisbaban las infinitas estrellas que pueblan el firmamento. En una palabra, vivían embelesados mirando sin saber lo que miraban. Los caldeos alegaban que la ciencia del cielo les había costado cuatrocientos setenta mil años de observaciones; así lo testifica Cicerón (1), aunque no lo crea. No hilaban mal los caldeos, porque la verdadera sabiduría fundada en experiencia, á poder de siglos se ha de lograr; pero en una cosa entre muchas erraban, y es la fundamental, en pensar que el aspecto del cielo vuelve á ser el mismo totalmente alguna vez.

En esta parte el conocimiento de las estrellas fué tan vario entre caldeos, egipcios, persas, chinos, griegos y latinos, que se dividían en pareceres acerca de los más elementales principios de astronomía. Sobre el número de los cielos, ¿cuánta diversidad de sen-

(1) Nam quod ajunt quadringenta et septuaginta millia annorum in periclitandis experiundisque pueris, quicumque essent nati babylonios posuisse, fallunt; si enim esset factitatum, non esset desitum: neminem autem habemus auctorem, qui aut fieri dicat, aut factum sciat. *De divinat.*, lib. II.

tires no reinó? Quién ponía el solo cielo empíreo, quién para salvar las apariencias admitía tres no más, quién se alargó á ocho, quién llegaba á nueve, quién fijaba el número diez. Y de los movimientos, situaciones, concursos, ¿cuántos alborotos no se armaron en la antigüedad y en la Edad Media? Todos, ¿qué otra cosa eran sino frutos de la ignorancia, muy atrevida en aquellos planetarios?

Faltándoles el conocimiento elemental de estrellas, planetas y satélites, venía al suelo el aparato de reglas fundadas en el corto número; desvanecíanse las categorías de planetas masculinos y femeninos, de tanta importancia para medir por sus cualidades activas los sucesos por venir; turbábase con la presencia de los satélites la acción de los planetas al entrar en su casa zodiacal, porque la compañía del satélite anulaba la exaltación del planeta y convertíala en detrimento, según fuese la virtud de sus propios satélites, y, por consiguiente, el trono ó carpento de un planeta con todas sus dignidades pendía del aspecto favorable ó siniestro de sus satélites, y de las conjunciones, oposiciones, trinos, cuadrados y sextiles que guardasen entre sí. En una palabra, los orbes y posituras de los satélites habían de bastar para poner desorden en la influencia de los planetas, y para dar por de ningún valor el tema de cada uno.

6. ¿Qué decir ahora de las influencias celestes? Tres reglas prescribían los astrólogos: obsérvese el estado feliz del planeta; de su estado feliz prométanse felicidades, así como desdichas de su mala colocación; paréense las varias causas que concurren opuestas en sus significados, y luego anúnciese felicidad ó infelicidad. *Después de todo esto,* concluye Tosca, *será más seguro el error que el acierto en lo que pronosticare* (1): ¿qué concluyera el inteligente autor si hubiese caído en la cuenta de los elementos sin número que les faltaban á los astrólogos para poder parear causas concurrentes, por no conocer los satélites? Si la virtud de un planeta es contrarrestada ó modificada por la de sus satélites acompañantes, ¿con qué razón podrá el astrólogo fallar que en pasando Saturno con sus ocho planetillas por la constelación de Aries, á miles de leguas de distancia, tendremos tiempo tempestuoso, por Tauro cálido y seco, por Géminis templado, por Cáncer algo nebuloso, por Leo excesivamente seco y cálido, por Virgo tonitruoso, por Libra vario, por Escorpión borrascoso, por Sagitario huracanado y húmedo, por Capricornio benigno, por Acuario frío, por Piscis frío también, pues todas estas son predicciones aforísticas de los astrólogos? Cuando dicen que Mercurio con sus influencias hace ladrón, y que Pedro lo es por haber nacido con aquel mal planeta, ¿por ventura Mercurio reinaba solo en el cielo? Por los influjos de los demás astros bien se podía impedir la inclinación á hurtar con virtudes contrarias. Saturno y Júpiter puestos en conjunción, oposición ó cuadrado causan mutación en el aire, que dura muchos días; mas puede ser tal en sig-

(1) *Compendio matemático*, t. IX, trat. XXVIII, lib. I, cap. VII.

nos cálidos que aumente notablemente los ardores, y en signos fríos la frialdad, y en signos húmedos las lluvias é inundaciones. Estos aforismos proceden de ignorancia de las causas concomitantes, cuales son los satélites y planetas desconocidos por los astrólogos: luego son aforismos gratuitos, llenos de necedad, aunque los tales planetas poseyesen alguna eficacia.

No es necesario pasar más adelante. Los aspectos de los astros en el tema natalicio, los deflujos de la luna, las posturas de los planetas respecto de constelaciones zodiacales y extrazodiacales, carecen de significación y de fundamento para rastrearle. Otro tanto se debe decir cuanto al juicio conjetural de la vida, cuanto al temperamento del cuerpo, cuanto á las enfermedades, ingenio, inclinaciones, fecundidad, esterilidad, dirección; todo esto se funda en falsa presunción, en cimiento de arena sin estabilidad. No hablemos de las cosas que dependen de muchas voluntades. Porque prometer los astrólogos á uno que será Obispo, á otro que será Papa, es concluir un presagio consideradas las constelaciones que reinaban al nacer el que mereció sus votos para esa dignidad: disparatado juicio, necedad de cal y canto.

Lo que saca á barrera la vanidad de la astrología es la reforma gregoriana. Reposaban á sueño suelto los astrólogos sin recelar engaño persuadidos á que el equinoccio de primavera entraba en 21 de Marzo, en cuyo presupuesto levantaban figura y echaban pronóstico. ¿Qué jarro de agua fría les hubo de llover encima en el siglo dieziséis cuando andaban más calientes con los influjos celestiales, al saber lo decretado científicamente en 1582 por el Papa Gregorio XIII, que el equinoccio primaveral había ocurrido en aquel año el día 11 de Marzo, y que para hacerle venir bien con el día 21, era preciso añadir diez días más, de suerte que el 5 de Octubre, época de la publicación de la bula pontificia, se contase por el 15 del propio mes porque realmente lo era? Aquel día hubo de clavarles el susto la lengua á los astrolabiadores, vista su garrafal ignorancia, y la torpeza con que en sus cómputos procedían. No era éste el peor engaño. Suponían que el equinoccio de primavera se conservaba en punto inmóvil, ni les cabía en el pensamiento que *Aries* supiera retozar, chozpar y hacer pinillos y casquetadas en el campo de los cielos, y mucho menos que saliendo de su aprisco pudiera meterse en el toril del signo *Taurus*, y éste colarse en el retrete de *Géminis*, y así de los demás, por causa de la precesión de los equinoccios; de suerte que cuando ellos anunciaban, ahora el sol entró en *Aries*, no entraba sino en *Piscis*, así como al decretar un nacimiento en pleno *Taurus*, el nacimiento comenzaba á ser en *Aries*, en un signo posterior al que ellos fantaseaban. ¿Cómo no supieron los malaventurados pronosticar leyendo en las estrellas que, andando el tiempo, los astrónomos los habían de tomar á ellos de sobresalto para dar de repente sobre las doce casas zodiacales con tanta estulticia fabricadas, haciéndolas añicos por

viejas y ruinosas, como en efecto las han hecho ya, demostrando que la precesión de los equinoccios los tiene cogidos como pájaros tomados con red? ¿Y en tan anticientíficos fundamentos levantaban los astrólogos sus fallos, pronósticos, venturas y azares? De vergüenza se le cae la cara á un astrónomo del siglo XX, cuando considera la pedantería y petulancia de los astrólogos del siglo XVI.

7. Sin embargo de tan donosos tártagos, los hombres de saber que en el campo de la milicia celeste ganaron reputación de valerosos fueron sin número. Renaud de Saint-Agnan, que introdujo este ejercicio militar en la corte de Luis IX; Simon de Châteaudun, arcediano de Dunois; Gervasio Christiano, á quien Carlos V fundó el colegio de Bayeux; Simon de Pharès, padre de la célebre Cristina de Pisan; Guillermo de Loury, amigo del rey Juan; Andrés de Sully, favorito de la corte de Carlos VI; Miguel de Saint Mesmin; Ibon de Saint-Brandin; Juan Laurens; Nicolás de Pagnica; Montano, alemán; Diego de Tortona, médico de Carlos el Malo; Luis de Langle; Angel Catto, prelado italiano, á quien Luis XI brindó con la mitra de Viena en el Delfinado; Juan Copinel, Gui Bonati, Juan, sajón; Pontano, Gaspar Pencer, Juan y Miguel Morin, Jerónimo Cardano, Agripa, Gaffarel, Postel, Paracelso, Arbatel, Gerardo de Cremona, Nostradamus; nombres de varones ilustres en la república de las letras y en el manejo de la política, más ilustres aún por el marcial estrépito en la ciencia astromántica que profesaron en los siglos XIV, XV y XIV, y por la credulidad pasmosa con que se desojaban por ver escritos en las constelaciones siderales los sucesos venideros con todos sus connotados y fechas (1).

Cosa increíble parece llegase la tema de los hombres á tal grado de frenesí, que dieran nombre de arte ó ciencia á lo que es puro embeleco, contra razón, contra experiencia, contra autoridad. El gran fundamento de los adivinadores es que á veces aciertan. Las causas de los aciertos, ¿quién no ve cuán varias y complicadas son? Algunas notaremos en breve; mas ninguna tiene correspondencia con la virtud y posición de los astros.

8. Porque se podría aquí parapetar algún discursista, y sin intención de volver por los astrólogos, mostrar extrañeza de que reinase tantos siglos la astromancia sin ningún provecho de pronóstico seguro. ¿Es posible que tantos hombres de ciencia diesen de ojos en un error groserísimo? ¿Los pronósticos de los astrólogos fueron todos vacíos de verdadera predicción?—R. Esta dificultad recibirá total respuesta más adelante, cuando demos cuenta de las predicciones de algunos astrománticos más afamados. Por ahora bástenos hablar de Juan Morin, que, trocando la profesión de médico por la de astrólogo, pensó hallar la luz que en la medicina le faltaba para subir á mayor fortuna. El P. Feijóo entra en la consideración de sus pro-

(1) LECANU, *Dictionn. des Miracles*, t. I, p. 298.—FERNÁNDEZ, *Demonstraciones católicas*, p. IV, lib. III, *Disc.* I, § 10.

nósticos y adivinaciones (1) en las Cartas, que sirven de complemento al *Teatro Crítico*, en cuyo tomo primero tapia las puertas de la indulgencia al disparatado sistema de los astrólogos.

La primera gracia de Morin fué presagiar la prisión de su amo el Obispo Claudio Dormi, en cuya casa vivía. El hecho de la prisión fué notorio. La predicción de ella no es tan evidente; quiero decir, la predicción cierta de que la prisión indefectiblemente se haría, no consta con certidumbre. Una cosa es la medrosa insinuación de la posible desgracia que amenazaba al Obispo Dormi, y otra cosa es el aviso palmario de que la prisión tendría efecto. Esto último se requiere para la verdadera predicción. Pero la mengua más notable está en el enlace entre el suceso y la predicción, que, como en su lugar se dijo (2), es el punto importante de la gracia profética. En esta parte al astrólogo, íntimo confidente del Obispo, no se le ocultaba la tirantez de relaciones entre el Obispo y el Cardenal Richelieu, Ministro de Estado. Le bastaba al astrólogo conocer las condiciones de entrambos sujetos para argüir con alguna probabilidad que la cuerda se rompería por la parte más flaca. Pero cierta cosa es que no predijo la prisión sin temor de lo contrario; luego fué predicción casual.

Otra se cuenta de él, y es haber pronosticado la mejoría de Luis XIII, enfermo en Lyon, cuando los demás astrólogos le daban por muerto. Para esa predicción no hacían falta las estrellas, la medicina sobraba. Y si los demás astrólogos desacreditaron la verdad mirando al cielo, él pudo dar con ella sin salir de los síntomas y curso de la enfermedad. Si Morin no vió indicios positivamente mortales, ¿por qué había de fallar contra la vida del monarca?

La tercera predicción fué haberle avisado al Rey que, si salía de casa, los planetas le amenazaban con un desastre; salió el Rey después de comer, y dió una leve caída. La caída fué por habérsele enredado el pie con un cordel tendido para cazar pájaros. Quien de semejante pronóstico hace caso, más puntas muestra de vano que de astrólogo. El planetario no llama desastre un levísimo tropezón que ningún daño causa; pero al hombre vano se le antojan barrancos y desastres todas las molestias de la vida.

La cuarta predicción fué señalar al mismo Rey el día de la muerte. Estaba el Rey enfermo de gravedad, los médicos le habían desahuciado, el mal crecía por momentos; antes de acabarse el Abril, le daban los facultativos pocos días de vida. En este intermedio pronuncia Morin que el Rey morirá el 8 de Mayo, añadiendo que podía tirar hasta el 16. El Rey falleció el día 14. ¿Dónde está el acierto de la astrología?

La quinta predicción fué la hecha al Cardenal Richelieu, de que daría en brazos de la muerte á tal hora. Si estaba el Cardenal muy adelantado en su enfermedad, debía un astrólogo que sabe de acier-

(1) Carta XXXVIII.

(2) Lib. I, cap. VII, art. II.

tos haber adivinado la hora en punto, y no cometer yerro de diez horas, como le cometió Morin en esta predicción.

La sexta, notificada al gran Gustavo, es todavía más negra. El desacierto de Morin fué de algunos días. Estando Gustavo robusto y en la flor de la edad, anocheció y no amaneció. Pero Morin, para resguardo de su nombre y fama, declaró que el horóscopo de Gustavo discrepaba algunos minutos del verdadero. Su declaración bastaba para dar por nulo todo pronóstico sobre su muerte, pues sabida es la influencia de un horóscopo en todo el resto de la vida, según los astrólogos, y con especialidad en la muerte. Pero á Morin los pocos minutos de error en el nacimiento no le intimidan. Por haber errado en solos tres ó cuatro días sobre la muerte del príncipe, picándose de muy resabido, cree haber acertado, y da el acierto á las estrellas.

La última predicción de Morin fué el anunciar, á vista del horóscopo del Marqués de Cinq-Mars, que moriría degollado. Si los pronósticos de los astrólogos pudieran examinarse al viso de las menudas circunstancias que los acompañan, caería el velo enigmático que los levanta al falso honor de predicciones proféticas. Aquí los astros son el Ministro Richelieu y el Marqués, preso por crimen de lesa majestad; del aspecto de entrambas lumbreras depende la buena ó mala ventura, el cadalso ó la libertad. Estando preso el Marqués, visto el odio con que le miraba Richelieu, dueño absoluto de la voluntad del Rey francés, fácil se hacia entender el desenlace fatal. No era menester especular el cielo para observar la positura de Júpiter ó de Marte respecto de las casillas zodiacales. Si Morin, enterado de los intentos políticos del Cardenal, al inspeccionar el horóscopo del Marqués, previó que moriría en el cadalso, no debió la previsión al aspecto de los planetas, sino á las nuevas que de los dos hombres diplomáticos tenía. El acierto no fué astrológico, sino de prudencia humana.

9. Los astrólogos eran hombres muy ladinos. No se cansaban de predecir, á todas horas pregonaban pronósticos. ¿Es cosa de maravilla que, entre mil predicciones falsas, se les escapasen unas cuantas verdaderas? Gran campo coge el error, el camino del acierto uno es; los que faltando en cien veredas, en una siguen buen derrotero, no es porque roben el acierto al archivo de Dios, sino porque les salió felizmente su temeridad. *Antes sería una rarísima contingencia que todas saliesen falsas,* dice bien el P. Feijóo (1); el cual, al fin de la carta sobredicha, apunta cuatro yerros de Morin entre los muchos vaticinios errados de que el docto benedictino tenía noticia. De consiguiente, nada prueban las predicciones astrológicas, mientras no se demuestre que las hacían los astrólogos con persuasión íntima del incontrastable suceso.

Pero no cerraremos esta enojosa materia sin hacer una reflexión

(1) Carta XXXVIII, n. 5.

importante. Hay hombres tan listos y prudentes por índole ó por práctica, que pocas veces se engañan. Calan el temperamento de sus amigos, sus inclinaciones y habilidades, sus aficiones y estudios, sus negocios y facultades, con tanta destreza, puntualidad y tino, que casi siempre dan en el hito. El acierto en estos lances no es cosa de profecía, sino fruto de atinada discreción, trabajo de gran diligencia. No es de muchos el ver cómo ciertos efectos están contenidos en sus propias causas; el ojo atento que lo rastrea, bien puede significarlo, así como quien penetra la rectitud de un alcalde, pronosticará luego, sin titubear, que el ladrón duerme ya en la cárcel á buen reposo, y que por sus pasos contados parará en la horca. A la perspicacia del prudente júntase la estulticia del consultante. Gente crédula, si la prometen montes de oro, saca fuerzas de flaqueza por alcanzarlos, así como si la denuncian calamidades se apoca hasta sacarlas verdaderas. Llena está la historia de semejantes ejemplos. ¿Qué hace el judiciario? Explota la disposición de ánimo de sus clientes en beneficio de su artimaña. A uno prenuncia honras ó riquezas; el necio no ve la hora de meter trabajo en procurarlas: si sale con ellas, lo echarán todos á pronóstico del planetario. A otro amenaza con muerte próxima; el crédulo, rendido á la desconfianza, no tarda en contraer una dolencia: si muere, pondrán todos en las nubes el acierto del matemático. El cual, ni en un caso ni en el otro se gobernó por reglas de Astrología, sino por el arancel de su incalificable astucia. Esta facilidad de embelecar al vulgo necio, ha sido la causa principal de propagarse la astrología judiciaria por tantos siglos.

No dejemos en tinieblas la famosísima predicción del astrólogo Albumasar, de quien va hecha memoria al principio de este capítulo. No quitando ojo á Saturno, predijo que el año 1789 sería notable por sus revueltas sociales, á causa de una gran conjunción del planeta (1). No fué esto lo más grave: la paparrucha corrió de siglo en siglo.—En 1454, el Cardenal Pedro de Ailly, estribando sin duda en la dicha predicción, amenazaba para el año 1789 con alteraciones espantables, en especial acerca de las leyes civiles. —Más adelante, en 1531, Pedro Turrel, filósofo y astrólogo escribía: *Parlons de la huictième maxime et merveilleuse conjonction que les astrologues disent estre faicte enuiron les ans de Nostre-Seigneur mil sept cent octante nuef, avec dix revolutions saturnelles; et oultre vingt-cinq ans après sera la quatrième et dernière station de l'altitudinaire firmament. Toutes ces chouses considérées et calculées, concluent les astrologues, que si le monde jusque là dure, qu'est à Dieu tout seul cogneu. de très grandes et admirables mutations et altercations seront au monde, mesmement des sectes et des loix* (2). Un poco más abajo designa la aparición del Anticristo por los años de 1789, como conjetura vero-

(1) *De magnis conjunctionibus*, tract. XI, differ. VIII.
(2) *La periode, c'est-a-dire, la fin du monde*, 1531.

símil.—Ricardo Roussat decía veinte años después: *Maintenant je dis que nous sommes en l'instant et approchons de la future renovation du monde, enuiron deux cent quarante trois ans, selon la commune supputation des historiographes, en prenant à la date de la compilation de ce présent traicté* (1). Aquí el canónigo Roussat saca el año 1793 (1550 + 243), y luego en la página 162 copia lo dicho por Turrel sin mentar su nombre. Eco hizo esta predicción en el ánimo de la gente plebeya y docta, como lo expresó Antonio Couillard el año 1560 en su libro *Contredicts*, diciendo: *Il courait une prophétie par laquelle le monde planétaire, emblème du monde politique ou social, était menacé d'une immense révolution, qui commencerait en 1789, dont l'effet serait arrêté on détruit ving-cinq ans après* (2).

¡Tanta fué la boga que dieron los doctos al dicho de Albumasar! Los años 1789 y 1793 habían de ser fecundos en revoluciones. El caso está que no llegaron á serlo, como creían los astrolabiadores, porque la revolución francesa, si puede estimarse semillero de infinitas calamidades, no fué revolución universal. Aun á la predicción le faltó que hubiese parecido el Anticristo á fines del siglo XVIII. ¿Debe ser llamado Profeta el moro Albumasar? Ni por pienso, como tampoco merecen nombre de tales los autores alegados, de su misma laya. Por casualidad concurrió con la verdad histórica respecto de Francia el anuncio astrológico, así como respecto de España, Italia, Alemania, Inglaterra y otras naciones del mundo no tocó la raya de la verdad. Un caso particular, por asombroso que parezca, no hace ley ni sirve á la conclusión general. La astrología decide con dudosa y caduca sentencia, trayendo al retortero á sus alumnos sin dejarles asentar el pie en fundado dictamen, porque la naturaleza de los cuerpos celestes no influye, ni mucho ni poco, en los acaecimientos humanos de este mundo sublunar.

(1) *Rhapsodie de l'Etat et mutation des temps*, 1550, pag. 86.
(2) V. LECANU, *Dictionn. des miracles*, vol. II, pag. 340.





CAPÍTULO II.

La humana previsión.

ARTICULO PRIMERO.

1. Qué sentían los filósofos antiguos sobre la facultad de adivinar.—2. Opinión de los Santos Padres.—3. Los filósofos del Renacimiento atribuyeron al alma humana la virtud de adivinar.—4. Diferencia entre el entusiasmo poético y el don de profecía.—5. Refútase la previsión natural de lo por venir.—6. A los dioses atribuíanla los paganos.—7. Los poetas gentiles no fueron profetas.—8. El estro de los dramáticos no fué profética inspiración.

1. Sin ninguna comparación, de más importancia que la astrología, por más acomodada á nuestro intento, es la previsión humana. Consiste en la facultad que posee el alma racional de ver con anticipación las cosas venideras. Según sea en el alma la extensión y viveza de su rara habilidad, muy cerca andará de poder con acierto predecir lo futuro. Detengámonos en este capítulo á examinar hasta dónde alcanzan á ver los ojos del humano entendimiento, para de ahí colegir el valor de la profecía.

Los filósofos paganos sintieron tan magníficamente del alma humana, que le atribuyeron virtud profética para registrar cosas secretas y futuras. Ciertamente la *divinación* (así la llamaban nuestros clásicos españoles, aunque por condescender con los melindrosos de nuestros días empleemos también *adivinación)* suena á veces en las Escrituras *acción divina* (1); pero lo más ordinario es dar título de adivinos á los que astutamente ó por arte del demonio predicen cosas ocultas (2). Así se echó siempre la *divinación* á mala parte. Los griegos y latinos solían llamar *divinación* á lo que los cristianos llaman Profecía. Aunque los escritores eclesiásticos tomen la divina-

(1) Divinum responsum. Rom. XI, 4.—Divinatio in labiis regis, in judicio non errabit os ejus. Proverb. XVI, 10.

(2) Levit. XX.—Num. XXII.—Deut. XVIII.—I Reg. VI.—IV Reg. XVII.—Is. VIII — Ezech. XIII.—Mich. III.—Jac. X.—Eccli. XXXIV.

ción en mal sentido por la predicción ilícita y falsa, conforme lo enseña Santo Tomás (1); pero aquí, acomodándonos al lenguaje de la ciega gentilidad, no coartaremos el vocablo divinación, le extenderemos á denotar predicción en común. Dos modos admitían los gentiles de adivinar: artificial el uno, natural el otro. A la adivinación artificial pertecían los agüeros, portentos, suertes, pronósticos, auspicios; á la natural los sueños, furores, estros, oráculos, respuestas de pitones y pitonisas: la artificial le venía al hombre del exterior, la natural le nacía del interior; si bien disputaron de entrambás variamente los filosófos, celebrando unos con aplausos todas las maneras de adivinación, otros regateando elogios y tasando formas, y otros, en fin, haciendo burla de todas ellas. Bástenos aquí reducir á breve suma las opiniones de las cuatro escuelas griegas, siguiendo á Plutarco que en su libro *De placitis philosophorum* dejónos de ellas suficiente noticia.

La escuela estoica daba paso libre á todo linaje de adivinación, artificial y natural. Demás de tener por averiguado los estoicos que residía en ciertos hombres la facultad de adivinar, atribuían igual certidumbre y firmeza á los auspicios, agüeros, suertes y demás, condenando por temeridad el no mirar atentamente las entrañas de los animales, el vuelo y canto de los pájaros, para aprovecharse de ello en asuntos de importancia. Los argumentos en que fundaban la verdad de la adivinación eran tres. Primero, el común consentimiento de todas las gentes, que á Cicerón le pareció ley de naturaleza, pues apenas se hallaba provincia ó pueblo que careciese de personas que ó soñando ó velando no hubiesen manifestado las cosas que serán. Segundo, la experiencia cotidiana: así como los médicos, cuando aplican la atención con cuidado á los síntomas de un enfermo, pronostican si morirá ó curará, y los labradores del canto de las ranas, del gruñir de los puercos, de los saltos ó vuelos de las aves sacan que lloverá ó nevará, y los marineros por el color del mar y movimientos de los peces barruntan la tempestad inminente; así, ni más ni menos, los sacerdotes atentos á las entrañas de las víctimas, y los arúspices mirando á qué lado voló el ave, y los agoreros notando la rareza de los portentos, no pueden tildarse de temerarios, pues en predecir eventos usan de discurso fundado en ciertas señales, y no son indignos de crédito, aunque no estén informados de las causas, comoquiera que alguna han tener cosas tan ajenas de la humana previsión. Tercera, indudable cosa es que hombres en sueños ó arrebatados con furor é insania atinaron á decir cosas futuras, y no les salió en blanco su predicción: ¿qué significa esto, sino que posee el alma humana una virtud particular para sentir las cosas futuras, como tiene sentido para las presentes y memoria para las pasadas? Ni obsta que yerre alguna vez, porque también á veces no vemos ó vemos mal con los ojos abiertos, y la

(1) 2.ª 2.ae q. XCV, art. I.

memoria nos hace trampa, lo cual no es argumento para negar la potencia. Con estas razones, ó mejor digamos disparates, intentaban probar los estoicos la facultad de adivinar y de predecir cosas futuras.

Los epicúreos al revés, echando por el atajo hacían donaire de todo cuanto oliese á pronóstico y divinación. Las cosas por venir, decían, carecen de ser actual, luego no pueden ser conocidas. Apoyados en este principal argumento, fisgaban de cualquier pronóstico. Si algún suceso ocurría pronosticado antes, dábanle á casualidad, pues lo contrario podía haber sucedido.

A la desdeñosa burla de los epicúreos se arrimaban los peripatéticos tocante á la divinación artificial, pasquinándola como cosa vana: pero de la natural pensaban con los estoicos, convencidos de que las adivinaciones de los durmientes, moribundos y furiosos son obra del humano espíritu. Aristóteles, cuando disputa de las sibilas y de las bacantes, atribuye sus prenuncios al calor encendido en el asiento del alma, al cual da nombre de *inspiración divina* (1).

Los platónicos recibían, como los estoicos, entrambos modos de adivinar; pero enseñaban que á los dementes ha concedido Dios la facultad de predecir sucesos futuros. Platón daba del vaticinio este concepto: *es la facultad de adivinar las cosas que piensan los dioses*. Así en su tratado *De las leyes*. En el *Dialogo de natura* la prueba que propone para persuadir que la virtud divinativa viene de Dios, es que el hombre sano y despierto no logra hacer vaticinios; que éstos sólo tienen cabida en soñadores, en dolientes, en extáticos. Finalmente, en su *Apología de Sócrates* ratifica las palabras socráticas que *los hombres vecinos á la muerte profetizan* (2).

A este dictamen parecía inclinado Cicerón; explicando las dos maneras dichas de adivinación, artificial y natural, de ésta dice así: *Carecen de arte los que presienten lo por venir no por discurso de razón ó conjetura observando y notando signos, sino por concitación de ánimo, ó por movimiento espontáneo y libre; lo cual á los que sueñan á veces sucede, y á veces á los que vaticinan por furor, como el Bacante Beocio, Epimenides Cretense, la Sibila Eritrea. A esta clase pertenecen los oráculos que por instinto divino y por soplo se hacen* (3).

De manera que en el sistema platónico el hombre que está en su juicio no alcanzará verdadera adivinación, sino es que se halle impedido con sueño, oprimido con enfermedad, ó apartado de su sólita

---

(1) Problem. XXX, prob. I.

(2) ἄνθρωποι χρησμῳδοῦσιν ὅταν μέλλωσιν ἀποθανεῖσθαι. XXX.

(3) Carent autem arte ii qui non ratione, aut conjectura, observatis ac notatis signis, sed concitatione quadam animi, aut soluto liberoque motu futura praesentiunt; quod et somniantibus saepe contingit, et nonnumquam vaticinantibus per furorem, ut Bacchis Boeotius, ut Epimenides Cres, ut Sybilla Erithraea. Cujus generis oracula etiam habenda sunt quae instinctu divino afflatuque funduntur. Cum somno sevocatus animus a societate et contagione corporis, tum meminit praeteritum, praesentia cernit, futura praevidet. Jacet enim corpus dormientis ut mortui, viget autem et vivit animus. Quod multo magis faciet post mortem, cum omnino ex corpore excesserit, itaque appropinquante morte multo est divinior. *De divinat.*, lib. I.

lucidez con algún arrobamiento. Al prudente tócale entender las visiones ó predicciones del furioso y enajenado, porque éste no puede juzgar, sino sólo pronunciar, lo que vió ó soñó.

La opinión de los griegos y latinos, derivada del sistema platónico, fué común á los neoplatónicos. Entre ellos Jamblico, en sus *Misterios*, hablando de Porfirio dice: *Porfirio admite ser el vaticinio una cierta pasión de la fantasía, ó nacida de nuestros pensamientos, ó sobrevenida en nosotros por instinto de la naturaleza corpórea; á los frenéticos les acaece vaticinar* (1).

Saquemos en limpio de lo expuesto, que los filósofos griegos y latinos, fuera de los epicúreos, admitían en el hombre alguna facultad natural de antever lo por venir, inserta en el alma humana, siquiera en lo tocante á las artes divinatorias hubiese entre ellos diversidad de pareceres (2).

2. Los Santos Padres anduvieron más prudentes en la consideración del instinto natural, aunque no dejaban de descubrir en él un misterioso agente, bien que muy diverso del espíritu de profecía. San Gregorio Niseno (3) reconoce en el hombre una virtud de presentir y percibir oblicuamente y por barruntos las cosas futuras; llámala enigma. Lo mismo observó San Agustín (4).

Esta suerte de vivo presentimiento y de previsión natural era facultad muy notada de los Santos Doctores. En prueba de ello, San Gregorio Magno relata el hecho siguiente: *Un cierto legisperito, que en esta ciudad hace dos días murió de dolor de costado, poco antes de morir llamó á su sirviente y mandó le aderezase los vestidos para salir. El criado, pensando que su amo estaba loco, no hizo caso de sus órdenes; mas él se levantó, se vistió y dijo que iría por la vía Apia á la iglesia de San Sixto. Al poco rato, acrecentadas las fuerzas del mal, falleció. Deliberóse si enterrarían su cuerpo en la iglesia del mártir San Januario. Mas pareciéndoles á los encargados de su entierro cosa larga, de repente prevaleció entre los que le llevaban á enterrar el dictamen de darle sepultura, en la iglesia de San Sixto, por la vía Apia. Y como hemos abido que este hombre andaba metido en cuidados seculares y buscando ganancias terrenas, ¿por dónde pudo predecir esto sino porque la misma fuerza del alma y la sutileza del espíritu le hizo prever lo que había de acaecer* (5)?

---

(1) Porphyrius inquit vaticinium esse passionem quandam phantasiae, subortam vel ex cogitationibus nostris, vel instinctu corporalis in nobis naturae, vel similiter inidentem, ut et phreneticis contingit vaticinari.

(2) PLUTARCO, *De Placit. philos.*, lib. V.—PLATÓN, *In Timeo, in Phedro, in Symposio.*—CICERÓN, *De divinat.*, lib. I.

(3) Praeter eam quae in corporis est temperamento crassitiem, habet quiddam per naturae subtilitatem quo res perspicere possit. Neque tamen illa est vis, ut directe futura declaret, deque iis dilucide atque aperte nos doceat; sed est tantum quaedam obliqua et ambigua futuri eventus significatio quam enigma vocant, qui in interpretandis versantur. *De opificio homin.*, cap. XIII.

(4) Anima habet quandam vim sortis, ut ex sua natura possit futura cognoscere; et ideo quando retrahitur a corporeis sensibus, et quodammodo revertitur ad seipsam, fit particeps notitiae futurorum. *Confession.*, lib. XII.—STO. TOMÁS, I p. q. LXXX, VI, a. 4, ad 2.

(5) Ipsa animarum vis subtilitate sua aliquid praevidet, aliquando autem exiturae

3. Estas sentencias de los Santos Padres dieron audacia á los filósofos del Renacimiento para levantarse contra la filosofía escolástica, en vez de restaurarla, y para plantar en las escuelas del cristianismo el sistema platónico, inaugurado por Jorge Gemisto, el nuevo Platón del siglo XV. Discípulo de Gemisto fué Marsilio Ficino, médico afamado, literato eminente, propagador de las obras de Platón, de Plotino, de Porfirio, de Jámblico y de otros neoplatónicos (1). Tan extremado anduvo en probar la inmortalidad del alma, que no sólo hizo animadas las esferas celestes, mas aun en los cuatro elementos, tierra, agua, aire, fuego concibió almas, en cada uno la suya, dignas de toda consideración (2). Pero donde se mostró más platónico fué en dar al alma humana la virtud de adivinar. Exprésalo en esta forma: *Cuando el alma esté separada del cuerpo, abarcará, como lo tienen los egipcios, todo lugar y todo tiempo. Aún más, tal es el alma de su propia condición, que vive en todas partes y siempre, y muchos lugares registra, y recuerda el tiempo pasado, y anticipa el futuro, sin tener necesidad de salir fuera de sí; pero al dejar el cuerpo lo conseguirá totalmente, ya porque de su naturaleza está en todas partes y siempre, ya porque al recogerse en sí propia se une luego con el Numen que comprende todos los términos de lugares y tiempos* (3).

Regulaba Ficino su filosofía con la de los gentiles en esta parte. En Cicerón leemos: *toda la fuerza divinativa dimana de Dios, del hado y de la naturaleza* (4). De Dios se comunica al alma del mundo, del alma del mundo á las almas humanas mediante los cuerpos celestes; luego natural es la adivinación, y muy accesible al hombre el conocimiento de lo por venir. En el mismo Cicerón hallaba Ficino el apoyo de su doctrina. Trae el orador romano la sentencia de Posidonio en esta forma. De tres maneras sueña el hombre por impulso de los dioses: primero, con el conocimiento que el alma tiene de Dios; segundo, por el contacto de otras almas de que está henchido el aire; tercero, por los coloquios que tiene Dios con los durmientes. De estas tres maneras resulta en el hombre una clara noticia de lo futuro, que le viene de fuera por inmisión divina (5).

---

de corpore animae per revelationem futura cognoscunt; aliquando vero jam dum juxta fit ut corpus deserant divinitus afflatae in secreta coelestia incorporeum mentis oculum mittunt... Et cum eumdem virum curis saecularibus obligatum lucrisque terrenis inhiantem fuisse noverimus, unde hoc praedicere potuit, nisi quia id quod futurum erat ejus corpus, ipsa vis animae ac subtilitas praevidebat? *Dialog.*, lib. IV, cap. XXVI.

(1) CARD. GONZÁLEZ, *Hist. de la filos.*, t. II, § 101.

(2) Animam suam habet aer, suam ignis, eadem ratione qua terra suam et aqua. Similiter octo coelorum globi animas octo. *De immortalit. animae*, lib. IV, cap. I.

(3) Quando animus erit sejunctus a corpore, omnem, ut est apud Ægyptios, comprehendet locum et omne tempus. Imo vero, jam pene est talis animus suapte natura ubique et semper; quia ut multa loca et remotissima circumspiciat, atque ut totum recolat praeteritum tempus et futurum anticipet, non cogitur extra se progredi; sed relicto corpore in se reversus, id prorsus assequitur, aut quia natura sua ubique est et semper, ut arbitrantur Ægyptii, aut quia cum in naturam suam se recipit, statim Numini conjungitur omnes et locorum et temporum terminos comprehendenti. *De immortal. animae*, lib. XIII, cap. II.

(4) Omnem divinandi vim a Deo, a fato et a natura dimanare. *De divinat.*, lib. I.

(5) Inest igitur in animis praesagitio extrinsecus injecta atque inclusa divinitus; ea

Cuando comparaban los antiguos el estro de los poetas con la facultad de predecir, casi no hallaban diferencia. El estro ó furor poético pasaba por manifestación divina. Daba de esta creencia tres razones el filósofo Platón: primera, porque los poetas hablan en sus poemas de cosas nunca aprendidas; segunda, porque los animados de estro cantan maravillas, y después cuando les pasó el furor poético no acaban de admirarse de haberlas proferido; tercera, porque por muy diligentes y aplicados que sean en la poesía, si carecen de furor y entusiasmo nunca llegaran al honor de buenos poetas. El poeta ha de nacer para eso, y el conquistar lauro de tal es cosa divina; regalo hace Dios al mundo cuando le envía un esclarecido poeta. Demócrito solía decir, y tráelo Cicerón: *sin furor no es posible ser uno gran poeta. Está Dios en nosotros, y con su agitación nos calentamos* (1).

4. El entusiasmo poético, ciertamente, natural cosa es y apta disposición para la poesía: causa en el hombre una cierta enajenación que le arrebata las potencias y se las lleva tras sí á pensamientos divinos por campos tan ignotos, que entonces el poeta parece ser hombre nuevo, diferente de los demás mortales, porque á elevarle á esfera superior ayudó el hervor cerebral. Un hombre de cabeza helada y tiritando de frío, á malas penas será versificador, cuanto menos poeta notable. Horacio no necesitaba más calefactorio para dar alma á sus odas que purgar la bilis (2); Juvenal caldeaba su musa con los ardores de la indignación (3); Platón recetaba por medicina el fuego del amor á los flacos de cabeza para metrificar (4), porque del amor se prometía poetas perfectos. Pues al modo que los poetas se sienten arrebatados por el estro y ven cosas nuevas y nunca pensadas; así también podrá ser que naturalmente sean ilustrados para ver cosas secretas y futuras. Dícelo Aristóteles por estas palabras: *Muchos al calor que en sus mentes arde se enfervorizan con instinto linfático, y de aquí provienen las Sibilas, las Bacantes y todos los que parecen instigados de divina inspiración, lo cual acontece no por enfermedad, sino por natural disposición* (5).

---

si exarsit acrius furor appellatur cum a corpore animus abstractus divino instinctu concitatur.

(1) Sine furore negat Democritus quemquam poetam magnum esse posse. *De divinat.*, lib. I.—Saepe audivi poetam bonum neminem sine inflammatione animorum existere posse et sine quodam afflatu quasi furoris. Nam est Deus in nobis, agitante calescimus illo. Lib. II.—Pro Archia poeta, Oratio: A summis hominibus liberalissimisque accepimus... poetam natura ipsa valere et mentis viribus excitari, et quasi divino quodam spiritu afflari.

(2) O ego laevus
Qui purgo bilim sub verni temporis horam:
Non alius faceret meliora poemata. Verum
Nil tanti est.
(Arte poét.)

(3) Si natura negat, facit indignatio versum,
Qualecumque potest.
(Satyr.)

(4) Quilibet licet antea rudis, poeta evadit cum primum amor afflaverit, ex quo perspicue conjectare licet amorem peritum esse poetam. *In conviv.*

(5) Multi propterea quod ille calor sedi mentis iis vicino est, morbis vesaniae im-

Pero diferencia notabilísima va entre la predicción humana y la profética. La humana despierta en ciertos oyentes asombro á vista de la sagacidad del pronosticador, la profética causa admiración profunda á vista del anuncio contenido en ella; porque los hombres extrañan la habilidad de otro hombre que por su previsión traspasa la esfera común, pero no les da tanta materia de admiración el profeta como su predicción, porque saben no ser suya la previsión de lo por venir. Oyen con la boca abierta el pronóstico humano, sin reparar en lo vago, obscuro, ilimitado de su expresión, con ser así que lo admirable de la profecía está en anunciarse con claridad y en cumplirse totalmente, siquiera vaya acompañada de obscuridad para el que no la ve cumplida. El pronóstico por previsión natural, aun después de cumplido, muestra su origen terreno; la profecía le muestra celestial antes y después de verificarse.

5. A esta filosofía se levantó el ingenio pagano, para dar razón de los dichos raros que envuelven previsión ó presentimiento natural; dichos raros en sí, pero muy vulgares y de baja estofa si con los proféticos los comparamos. Antes de entrar en la comparación, será oportuno examinar qué suerte de operación divina se incluye en la llamada por los gentiles divinación, y que nosotros podemos apellidar sencillamente barrunto de lo por venir.

Principio general é inconcuso en esta materia es, que el alma humana no puede alcanzar noticia de los efectos, sino es que tengan ser de algún modo, ó en sí mismos ó en sus causas, ó producidos ó por producir. Aplicado este principio á las cosas futuras y secretas, débese pensar que ó no son para quien las ha de predecir, ó son como si no fuesen. Antes de predecirlas, deberá formar de ellas concepto. El concepto ¿de dónde le podrá venir si las cosas no son? ¿De la misma alma? No, porque el alma del hombre no es ningún mapa donde estén descritas de antemano las ideas de las cosas, antes bien, es una tabla rasa, donde sólo imprimen su huella las cosas que son actuales con la ayuda de los sentidos. Los platónicos que ponían las ideas por causas de las cosas mundanas, quisieron espantar el mundo con los vuelos de su fantasía, pero al fin licenciaban la pluma en disparates poéticos cuando fingían un mundo ideal activísimo y omnipotente. ¿Podrá el adivino adquirir concepto de lo por venir por soplo de los dioses inmortales ó de los genios de que está relleno el aire, como enseñaban los griegos? No, porque esa aglomeración de deidades es pura fábula, y aun cuando fuera verdad, faltaría demostrar la realidad de esa extraña comunicación. ¿Podrá nacer de los sentidos la noticia de lo por venir? Mucho menos; los sentidos sólo transmiten la impresión recibida de la presencia corporal; impresión, que sometida á la acción del en-

plicantur, aut instinctu lymphatico infervescunt; ex quo Sybillae efficiuntur, et Bacchae, et omnes qui divino spiraculo instigari creduntur, cum scilicet non id morbis sed naturali intemperie accidit. Problem. I.

tendimiento engendra la especie ó imagen de la cosa percibida. Mas un hecho no percibido, como el que está por venir, ¿qué linaje de impresión podrá dejar de sí en los órganos de los sentidos?

Pero miremos este punto á otra luz y declaremos más la sobredicha imposibilidad. Los adivinos ¿cómo predicen las cosas? De dos maneras: ó considerando las causas y señales, ó procediendo sin señales ni discursos. Si discurren según la consideración de las causas y señales, han de inferir lo que será por lo que es ó ya fué; mas eso no se llama profetizar, sino conjeturar, ó pronosticar, pues les falta entera certidumbre, propia de la profecía. Aprovéchense norabuena los médicos de sus diarias experiencias para curar enfermedades, válganse los agricultores de sus observaciones cotidianas para el acierto del sembrar, ármense los expertos marinos de conocimientos prácticos al emprender su navegación, estriben los prudentes generales en razones de ciencia y experiencia al salir á la batalla, administren los avisados repúblicos el reino teniendo ojo á la enseñanza de largos años; en todos estos casos la razón natural, el ingenio agudo, la discreción y prudencia descubren de lejos en las causas dichas motivo de conjeturar suerte ó azar, provecho ó daño, muerte ó vida, triunfo ó derrota, y por eso no serán vanas las conjeturas, aunque á veces no toquen tecla, pero nunca llegarán á total certidumbre. A este modo, el que dice lo por venir teniendo delante las causas y signos usuales, no puede formar sino mera conjetura, á menos que tuviese ya conocido de antemano el suceso. No adquiere noticia de él entonces mismo cuando le testifica futuro, porque esa noticia no le puede nacer sino de la presencia del objeto, el cual ni es, ni fué, ni tiene ser actual en sí, ni potencial en causa necesaria, por tanto no puede estarle presente como objeto del entendimiento; luego sólo tendrá de él barrunto, conjetura falible, incierta, muy engañosa.

A lo sumo podrá reponerse, que el adivino tenía archivado en su alma el conocimiento de lo que adivinó. Mas eso no puede ser, entre otras razones, por ésta. Si así fuese, no de una ni de veinte, sino de todas las cosas ocultas podría el adivino echar pronósticos. Porque así como la memoria, de su cosecha, abarca todas las cosas pasadas, pues guarda impresas las imágenes de los sucesos transcurridos, así también, si la adivinación fuera potencia natural entrañada en el ánimo del hombre, podría de su parte extenderse á todas las cosas secretas y futuras, para lo cual habría de tener el hombre impresa en su alma la noticia de todos los acaecimientos que con el andar de los siglos han de sobrevenir, y también de los que no acontecerán, para bien distinguir la verdad de la mentira, pues ha de hacer de lo por venir concepto adecuado y seguro. De manera que la potencia adivinadora presupone en el ánimo limitadísimo del hombre una capacidad ilimitada, una sabiduría poco menos que infinita, especialmente si consideramos que á los hombres de hace cinco ó seis millares de años les cupo tan incomparable poder. Cuando

Tarquino quiso abrir los cimientos del Capitolio en Roma, cuentan que se halló en lo más profundo de las zanjas una cabeza de hombre, sangrienta, caliente y con señales de vida, pero tan ciega que no tenía rastro de ojos. Demos que sea verdad el hallazgo, referido por autores latinos (1), no nos detengamos en su examen. Publicado el gran suceso, júntanse en consulta los agoreros, y se alargan á resolver que la cabeza hallada significa que aquella ciudad ha de venir por tiempo á ser cabeza del mundo. Pero en llegando á la falta de ojos, pronostican entre dientes que será cabeza ciega, sin ojos que miren por el buen ser de los miembros; en fin, cabeza tal que se le anuble el juicio y quede cieguísima. Y estos hombres ¿tenían luz para rastrear los siglos por venir, cuando tal juicio echaron? ¿no estaban más ciegos que la propia cabeza? Porque cuando Roma fué señora del mundo, no tenía perdidos los ojos, sino muy claros para mirar por la gloria de la patria, tómese como se quiera el señorío de Roma.

Dirá por ventura alguno: el alma humana sepultada en la mazmorra de este cuerpo mortal no puede trascender por los espacios de lo futuro; pero destrabada de los lazos corpóreos, suelta de sus mortales prisiones, podrá tener á la vista los acaecimientos ocultos que ahora no le están presentes.—R. Los que así discurren, echan á un lado la condición del alma unida al cuerpo, y la del alma desasida del cuerpo. La condición presente demanda que estando el alma en el cuerpo no pueda soltarse á conocer cosas que no dependen de los sentidos, pues por ellos le vienen encañadas las noticias de los conceptos, quier espirituales, quier sensitivos. Ni hay miedo que aun cuando le fuese lícito volar y sacudir de sí las pihuelas corpóreas, cobre tanta ufanía que reciba en sí el conocimiento de cosas futuras, necesario para el ser de verdadero Profeta.

6. Esta imposibilidad viéronla tan luciente los filósofos griegos, que para sostener la verdad de la divinación, no hallaron camino razonable sino dejar el campo á los genios ó demonios, medianeros entre Dios y los hombres. En el *Banquete* lo afirma Platón bien claro por estas palabras: *Todo vaticinio proviene de los dioses mediante los dáimones, y lo mismo la divinación y la magia, porque Dios no se mezcla con el hombre.*—Cicerón, resumiendo la doctrina griega, resuelve: *En los ánimos está el presagio extrínsecamente inducido y divinamente excitado; si se inflama, llámase furor cuando el alma abstraida del cuerpo se siente movida por divino instinto* (2).- Jamblico, neoplatónico, en esto corrige á Porfirio la plana, mostrando cómo debe entenderse el vaticinio, esto es, nó como operación artificial, ni natural, ni espontánea, ni producida por disposición humana, sino por sola comunicación de Dios (3). En otra parte pone tres suer-

---

(1) PLINIO, *Hist.*, lib. III, cap. V.—TITO LIVIO, *Dec.* I, lib. V.

(2) Inest igitur in animis praesagitio extrinsecus injecta, atque inclusa divinitus; ea si exarsit acrius, furor appellatur, cum a corpore animus abstractus divino instinctu concitatur. *De divinat.*, lib. I.

(3) Vaticinium ipsum non ab arte, nec a natura, ec a naturalibus vel animalibus ra-

tes de opiniones sobre el origen del vaticinio, á saber, el alma, el cuerpo, y el compuesto de alma y cuerpo. Pero Jamblico á ninguna de las tres opiniones dobla su brazo. La razón es porque *el soplo fatídico obra, sea en el predecir, sea en el hacer, sobre toda costumbre de la naturaleza humana; pero no le es dado al hombre traspasando sus propios términos, adelantarse á los divinos* (1).

En los autores paganos que menos desatinadamente razonan, es muy de notar el oficio que conceden á la divinidad en la adivinación, confesando paladinamente que por eso solicitan la divina sabiduría por descubrir en solo Dios la ciencia de lo por venir. Si miran las entrañas de las reses sacrificadas, es porque esperan, en recompensa del sacrificio hecho á su dios, recibir del cielo alguna señal del suceso que desean saber. La sola institución de los sacerdotes agoreros (que adivinaban por las aves, sentados en el templo cubierta la cabeza, báculo en mano) es argumento bastante de la parte religiosa que en los agüeros cabía. *¿Para qué tanto aparato de sacerdotes*, dice muy á nuestro propósito el P. Fr. Juan Bautista Fernández, *para qué tantas ceremonias, para qué templo, si no pretendieron solicitar á la divina naturaleza á que con señales les mostrara su voluntad? Si ellos se persuadieran que sin sacrificios hechos á Dios, sin actos de religión, que son los que negocian con Dios, naturalmente se pueden saber las cosas por venir, ¿para qué instituían colegios de sacerdotes, y por ellos granjeaban divinos oráculos y respuestas* (2)?

No tiene fuerza contra lo dicho la razón de los filósofos paganos, es á saber, que para probar el efecto de la divinación natural basta que el hombre haya acertado una sola vez. No concluye bien el intento esa razón, porque toda potencia natural ejercita sus actos por sí, frecuentemente, sin embarazo de parte suya. El que una ú otra vez da en el blanco, casual ó accidentalmente acierta, no porque tenga en sí la facultad de adivinar. Antes al contrario, cabalmente porque da con la verdad una que otra vez, se ha de inferir que no está en su mano el predecirla.

Tampoco sirve el argumento que de la memoria se hace en favor de la previsión. Conservamos recuerdo de cosas pasadas y presentes, porque en ellas hay rastro por donde columbrar noticia segura, pues la dejaron impresa en la memoria; al revés, de las cosas venideras no hay rastro ni dejo alguno por donde sacar conocimiento provechoso, fuera de la conjetura, sospecha, vislumbre, ó barrunto que se logra poniendo la consideración en las presentes ó pasadas. De donde en fin concluyamos, que la adivinación ó previsión cierta

---

tionibus motibusque efficitur; tota potestas praesaga refertur ad Deos, et omnis hujus auctoritas consistit in eis, atque inde traditur. *De Mysteriis Ægiptior.*

(1) Verum nec opus est animi, nec corporis, nec compositi, nam afflatus ille fatidicus agit tum in praedicendo, tum in faciendo, super omnem humanae naturae consuetudinem: Non potest autem homo, vel aliquid hominis ultra terminos suos progredi ad divinos.

(2) *Demonstraciones católicas*, 1593, lib. III, disc. I, § 6.

de las cosas futuras, dependientes de humana voluntad, no puede ser natural.

7. Entremos con los poetas. Bunsen no se cansa de llamar profetas á los poetas griegos. En verdad, entre todos los poetas del mundo pagano, más que los indios, los griegos merecen la palma de excelentes é inimitables. Las mejorías que Atenas alcanzó con los auspicios de Pericles, facilitaban la medra de los ingenios y prometían cultura consumada en todos ramos. La elocuencia, el arte, la historia, la filosofía subieron á un grado de perfección, que ni se vió después, ni es fácil se vea jamás en ninguna civilización pagana. La poesía fué el más exquisito fruto de la cultura helénica. Entre los poetas, los líricos y los dramáticos, Píndaro y Esquilo, son los cantores de Grecia, los más *inspirados* de todos los poetas gentiles.

Mas ¿á qué se reduce todo su entusiasmo poético? ¿Qué *inspiraciones* son las suyas para condecorarlos con el título de *profetas del mundo griego* (1)? Triviales, prosaicas, erróneas, panteísticas, inmorales, como puede verse en los poemas que nos dejaron. ¿Qué vaticinios hicieron? Ninguno. ¿Qué sucesos predijeron? Ninguno. ¿Qué verdades desenterraron? Ninguna, que no estuviese archivada en la capacidad de la humana razón. Pero á los incrédulos les conviene llamar *profetas* á los que salen del uso ordinario, por dar el nombre sonoro de *inspiración* á una máxima caducada ó á un principio moral que en el oleaje supersticioso había padecido naufragio. Píndaro se declara por la inmortalidad del alma (2), espiritualiza la mitología homérica (3), somete el hombre al poder de los dioses (4), promete galardón á los valerosos y de pecho noble (5), pone distancia entre los mortales y los inmortales (6); mas ¿qué suerte de inspiración necesitan semejantes máximas? ¿Por qué Píndaro, si la inspiración de Dios le movía, cae en la miserable metempsícosis pitagórica tan deplorablemente (7)? ¿Cómo no descubre el desorden de los misterios Eleusinos, en vez de subirlos á tanta exaltación y gloria con su galana lírica?

8. ¿Qué diremos de Esquilo, el dramático más audaz y extremado tal vez que se conoce? El *Prometeo encadenado*, el *Prometeo robador del fuego*, el *Prometeo libertado*, ¿qué predicciones y promesas anuncian? La substancia de los tres poemas es el dictamen de toda conciencia razonable, á saber, la culpa merece castigo, y la insolencia no hará venturoso al rebelde; verdades llanas, que el dramático griego pone en escena con gallardía y despejo sin igual. En verdad, el titán Prometeo mezcla con sus insolencias algunas predicciones que consuelen su mal domada soberbia (8); mas ¿cómo deja resguardado su cumplimiento? ¿Quién da carta de creencia á Es-

(1) Bunsen, *Dieu dans l'histoire*, livre IV, chap. III.
(2) Nem. XI, 13.—Olymp. VIII, 77.
(3) Olymp. I, 54.—Pyth. II, 49.—Isthm. IX, 60.
(4) Pyth III, 145.—X, 41.
(5) Nem. VI, 1.
(6) Isth. VII, 3.
(7) Isth. V, 23.
(8) *Prometeo encadenado*, vers. 914.

quilo, certificándole que Júpiter Olímpico tendría por bien reconciliarse con su insolente adversario? El culpable y facineroso, ¿no tiene, por ventura, bien merecida la venganza del Supremo Juez?

A esto ha venido á parar el estro de los poetas más *inspirados* que conocemos. Estos son los frutos de la poesía más divina del paganismo. No llegan á más los esfuerzos de la naturaleza. ¿Qué significan, pues, los loores dados por los paganos á la poesía, al furor poético, al entusiasmo y estro de los poetas? Si Dios les calentaba el cerebro, si el cerebro divinamente calentado no acertó á levantarse de las tejas arriba, ni supo proferir sino cuatro verdades palmarias y vulgares, amén de los errores crasísimos que iban con ellas entreverados, ridícula, absurda y digna de mofa es la sacra *inspiración* de los poetas, que tan hombres y rastreros se mostraron en sus nociones y doctrinas. Y si de los poetas es esto verdad, también lo es de los vates gentiles, cuya *inspiración* está en igualdad con la de los poetas, por declaración de los mismos escritores profanos. Honrar con timbre de divina á la de los unos, es canonizar la idolatría de los otros, es envolverlos á todos en la misma oprobiosa condenación. Callen, pues, los poetas, no blasonen la inspiración del cielo; callen los vates, no se precien de leer lo por venir en el mapa de la naturaleza sensible. Si de adivinos se glorían, no en sí mismos, sino fuera de sí habrán de buscar el manantial de sus predicciones.

ARTÍCULO II.

1. Virtud de las potencias del hombre en el estado de sueño.—2. Ejemplos de sueños fatídicos naturales.—Sueños provenientes de causas internas.—3. Qué sueños merecen consideración.—4. Causas de los sueños.—Primera: el estado del organismo.—Segunda: el estado moral del hombre.—5. Tercera: el demonio.—Cuarta: Dios.—6. A quién compete el interpretar estas cuatro clases de sueños.

1. Acercándonos más al intento, queda la fantasía, gran señera, potencia mañosa para levantar signos y figuras de cosas enigmáticas. ¿Es capaz la imaginación de fraguar fantasmas representativos de sucesos futuros, con cuya noticia pueda el entendimiento vislumbrar siquiera las cosas por venir? Entremos en esta contienda, que dará luz á la profecía aparente.

La imaginación hace su oficio con grande espontaneidad en los sueños, donde atados los sentidos corporales, trabada la conciencia reflexiva, agarrotado el libre albedrío de la voluntad, la fantasía campa sin estorbo, ocupada en su propia labor, inventando maravillas tan estupendas, que parece producir de nada mundos nuevos poblados de seres nunca vistos ni oídos. ¿Quién creyera que hubiese habido en el mundo un Protágoras que enseñase debía darse fe á todos los sueños como á verdaderos? Refiérelo Diógenes Laercio en

su *Vida*. A cuyo error se arrimaron los estoicos, teniendo por muy firme que en todos los sueños hay virtud significativa de alguna cosa. Al revés de los epicúreos, que los reprobaban todos por falsos y vanísimos, como está dicho atrás.

A San Gregorio Niseno parecióle operación digna de estudio el sueño humano; durmiendo sobre él, discurrió dos maneras que tiene el hombre de antever en sueños lo por venir. Primeramente, cuando el hombre que duerme se ocupa en cosas que, despierto, lleva entre manos. En este caso, si se halla el durmiente cercado de dificultades para tomar partido en el negocio que maneja, lo natural será revolver en la cama con grande ansiedad la materia del asunto; el sueño le servirá como de Mentor. Al paso que crezca la congoja de la vigilia y se le recrezca la solicitud por arbitrar medios en orden á salir de apuros, á ese paso irá la fantasía presentando al entendimiento del dormido artificiosos lances en que jugar las armas del ingenio; con cuya soltura á las veces tan sutil y adecuado será el corte de la dificultad, que parezca venido del cielo. ¿Cuántas veces se acostó un matemático, fatigada la cabeza, por no haber dado con la solución del problema, cuando al despertar hállase con el problema resuelto, pues le había corrido la mano tan certera, cual si ángeles la hubiesen adiestrado en el desenredo del laberinto? La previsión nocturna recibe del entendimiento despabilado cabal aprobación; bueno está, dice; ni podía ser más oportuna la especie suministrada por el sueño.

Otras veces no es tanto la dificultad de la empresa cuanto la intervención de personas extrañas, la que trae afligido el ánimo con accidentes de recelo congojoso. Échase el hombre á dormir; no bien cierra los ojos, cuando comienza la batalla de pasiones respecto de las dichas personas; hacia las unas muévele el amor, hacia las otras guíale el odio; contra ésta despierta el miedo, contra aquélla suéltase la audacia; aquí bulle el deseo, allí la esperanza se alegra; todo pasa durmiendo, pero la verdad es que la lucha de pasiones, aunque fatigue allá dentro al dormido, le deja bien enterado de lo que le conviene hacer para el logro de su pretensión. En dejando el hombre la cama, sacudidos los ojos, hállase con nueva luz para acometer la empresa, para evitar un peligro, para prevenir una futura desgracia. No es esto decir que alguna vez no tenga parte la divina Providencia, por medio de sus ángeles, en cierta clase de sueños; mas quien hace cuenta con la almohada, no en vano se pone á roncar á pierna suelta, aunque tienda la raspa en un prado.

2. Sueños raros trae el P. Nieremberg; algunos van á la letra. *Vi á uno que durmiendo se quejaba que estaba sudando; y era así, que tenía un grande sudor. Estando una siesta durmiendo en una alameda junto á Tajuña, echados á la sombra mi padre y yo, que era muchacho, despertó mi padre dando voces, llamando á un esclavo que fuese á socorrer una haca en que yo andaba, porque se echaba en el río. Fué el esclavo, y hallóla que acababa de caerse en la corriente, llegando*

tan á punto, que de las riendas la detuvo no la llevase. El mismo día soñó que venían á hurtar el hato; con esto despertó, y halló al ladrón con el hurto en las manos. Al ángel de la guarda se podrían atribuir semejantes sueños, con relación á la persona á quien suceden, y otras circunstancias. Otras veces á suceso fortuito, porque podía uno echarse á dormir con cuidado y recelo, no le hurtasen entre tanto, y de ahí venir á soñarlo, y concurrir acaso que también viniese el ladrón..... (1). En estos ejemplos se puede notar que la coincidencia de lo acaecido con lo soñado, las más veces toma pie de una circunstancia personal, que estimula al sujeto á tejer un sueño conforme á la disposición en que actualmente se halla; entonces será casual la coincidencia para el que ignore la disposición del sujeto, no para el mismo sujeto que tiene las manos en la masa. Así se pueden explicar los sueños antecedentes.

Otra manera de presentir lo futuro en sueño natural, es cuando causas internas del estado corporal facilitan al durmiente imágenes relacionadas con efectos que le han de acaecer después y que de lejos se van fraguando en el mismo cuerpo. Así como el género de ocupación y la dirección habitual de las ideas dan lugar á una suerte de sueños, así también la salud enfermiza, el organismo destemplado, la súbita ocurrencia de achaques producen otro linaje de sueños que podrán incluir indicios ó prenuncios de cosas futuras. Un exceso extraordinario de tristeza ó de gozo, será manantial de sueños halagüeños ó fatídicos. En general, de estómago mal regido nacen sueños temerosos, por la relación que tiene con el estómago la cabeza, donde reside el órgano de la fantasía. Si el estómago cumple ordenadamente sus funciones, los sueños serán menos significativos. Lo cual suelen los médicos tener presente para guiar por el rastro de los sueños el diagnóstico de la dolencia que los ocasionó. Galeno escribió todo un libro sobre los presagios de los sueños, donde cuenta de una persona que, recogida á descansar, vió uno de sus muslos convertido en piedra; el muslo, al poco tiempo, se le paralizó. Cítanse muchísimos casos análogos, que parecen profecías soñadas. En estos lances no suele ser la predicción causa del mal; al revés, el mal es origen y causa de la predicción. Por eso sueña uno que la casa se arde, porque ó tiene calentura ó la teme. Otras veces no hay proporción ni conformidad entre lo soñado y lo acaecido, entre la causa y el efecto. Soñará que le hacen ministro, quien nunca pasó de covachuelista; soñará alguno que vuela por puestos honrosos, cuando no hay quien le dé la mano para un miserable empleo.

Han escrito quimeras no pocos autores interpretando á una parte sueños que se podían resolver á mil diversas interpretaciones. ¿En qué ley de cordura cabe la divinación por semejanza ó símbolo? Soñar uno que está sentado en peña viva, es para los tales signo de esperanza segura; soñar que le atan con grillos, aviso de tiranía

(1) *Oculta filosofía*, lib. II, cap. LXXXVII.

inminente; que trepa monte arriba, de vencida dificultad; que va rodando por peñas, de bancarrota vecina; que da en la calle de espaldas, de armada zancadilla; que ve estrellas y luces, de pronta felicidad. Buscar azares ó venturas en los sueños por los símbolos ó semejanzas de las cosas soñadas es ridículo achaque, porque el sueño natural es operación física, independiente de causas libres, sin relación con efectos morales, de forma, que así como la naturaleza física no puede por sí producir honras, empleos ni fortunas, cuya consecución depende del albedrío humano, así tampoco puede figurarlas en sueños de suerte que la sola imaginación de ellas ofrezca título para contemplarlas venideras. Por esta causa, á vana observancia y á superstición manifiesta debe darse la adivinación de los sueños.

Soñó el otro que tenía en las manos dos báculos. Como era ligero de imaginación, dió en aplicarla al sueño, cuya soltura parecióle denotaba que sería obispo de dos iglesias. Procurando por cuantos caminos pudo que no se le despintasen las mitras, puéstose en estado de solicitarlas, tomó un caballo poco seguro, despeñóse, quebróse ambas piernas, quedó de ellas tan baldado, que le fué preciso andar en dos muletas toda la vida: en ellas pararon los dos soñados báculos pastorales. Hombres fáciles de imaginación, inclinados á creer en sueños, están expuestos á burlas pesadas. Hablando Santa Teresa de semejantes cosas, decía de ciertos padres espirituales: *los hombres son muy amigos de esta manera de espíritu, y santifican fácilmente al alma que las tiene* (Aviso 9). Dios santifica las almas mediante las virtudes, los hombres medio letrados las santifican por las revelaciones, dándolas á la publicidad, y á vueltas de ellas canonizando por santas á las que las recibieron, con peligro de tener á las ilusiones por revelaciones. *Como si los ángeles hubieran de bajar de los cielos á hacer estas liviandades y cosas sin fin y efecto extraordinario,* decía con razón el P. Planes (1), hablando de los que cuentan les apareció un santo subiendo por una escalera, y que les asió de la manga ó falda de la ropa, ó que la Virgen les dió un golpecito en el hombro.

3. Por ser esta materia de particular importancia, convendrá darla más amplitud, tomando el agua de más arriba. Ante todas cosas, resolvamos qué linaje de sueños merecen estima. Porque aquel dicho de Protágoras, todos los sueños se han de creer, ora acaezcan á hombre de sana razón, ora al sepultado en los vapores del vino, es arrogancia de filósofo que medía la verdad de las cosas por el juicio de los hombres y no por la naturaleza de ellas; así como también lo es, sobre desmedida presunción, el quitar á todos los sueños fe y autoridad, como hacían los seguidores de Epicuro. Entre ambos extremos corre la verdad llana, dando por vacíos y faltos de crédito muchísimos sueños, y reservando para otros una cier-

(1) *Examen de revelaciones*, 1634, lib. III, cap. XI, § 2.

ta consideración. Dije muchísimos, y pudiera añadir los más, como la experiencia lo testifica. ¿Quién contará la infinita variedad de sueños que en una sola noche se fraguan en las cabezas de una sola población? La fantasía los teje y desteje, los altera y revuelve, los figura y desfigura con más ligereza que las nubes varían de forma, con más mudanzas que veleta de tejado, con más intercadencias que un Proteo, representando animales, árboles, montañas, hombres que en un volver de cabeza se convierten en monstruos ó se desvanecen del todo. Si á tanta diversidad de fantasmas hubiésemos de prestar atención, si en lo que se les antoja á los más durmiendo cupiese algún razonable sentido, sería forzoso confesar que irse á la cama y trabar las manos para dormir, equivale á entrar en un manicomio para aprender á dar lecciones de discreción y prudencia. Adviértelo la Sagrada Escritura, testificando los disparates cometidos por los que en antojos de sueños fiaron (1).

Mas como no sea la fantasía la única autora de los sueños, y aun cuando lo es, no siempre son telas de arañas las tejidas por su industria, de ahí nace que entre los infinitos sueños desvariados y sin substancia, los haya merecedores de estima por la parte de verdad que sus fantasmas encierran. La medicina, la historia, la relación bíblica nos aseguran la certeza indubitable de algunos sueños, sin que podamos razonablemente estimarlos meros juegos de fantasía (2).

4. Esta consideración nos guía á las causas productoras de los verdaderos sueños. Cuatro son los agentes que concurren á formarlos: el estado orgánico del hombre, su estado moral, el demonio, Dios. Por una de estas cuatro causas pueden explicarse todos los sueños estimables de algún modo por haber tenido efecto, según de la historia consta. La primera es el estado orgánico del hombre que sueña. A los médicos toca este capítulo, de cuyos lances, en efecto, se aprovechan para rastrear por los sueños la dolencia del paciente, como ya dijimos. Hipócrates filosofaba por los símbolos en esta forma: soñar un cielo de estrellas claras, es señal de salud, como también lo será si uno sueña que cae lluvia mansa; pero soñar que llueve recio y tempestuoso, denotará alguna dolencia en el soñador, como también lo demostrará si soñó diluvios ó aguaceros; soñar formas monstruosas y peregrinas que espantan al durmiente, es indicio de repleción de la comida y enfermedad peligrosa, porque las hartazgas hasta el gollete levantan en el cuerpo discordias que no paran en el entresuelo, sino que suben al piso de arriba á revolver la feria con notable alteración de fantasmas. Esto pronosticaba Hipócrates por la conexión que veía entre lo soñado y la disposición corporal. Si en hecho de verdad la hay ó no, allá se lo vean los

(1) Ubi multa sunt somnia, plurimae sunt vanitates et innumeri sermones. *Eccl.*, V, 6. —Multos errare fecerunt somnia, et exciderunt sperantes in illis. *Eccli.*, XXXIV, 7.

(2) Hipócrates (lib. *de insomniis*) y Galeno (*De praesagiis quae ducuntur in insomniis*) dieron abonado testimonio de esta verdad.

alumnos de Esculapio. Pero es indudable que de algunos sueños toman ellos noticia para regular el juicio de una enfermedad.

En general, el estado del organismo no es buen maestro para sentir y enseñar cosas que tienen principio de su ser fuera del hombre. Estando el durmiente en Madrid no es posible sienta que lloverá en París ni que habrá heladas el año que viene; lo cual, si aconteciere en hecho de verdad, no indicará natural previsión. Ahora, cuando abunde en el cuerpo del dormido algún humor maleante, que puede ser principio y causa de enfermedad, no será mucho que de ahí se origine un sueño fehaciente. Soñó uno que una pierna se le convertía en peñasco, y luego empieza á quedarse tullido; parecióle al otro durmiendo que un gato negro le mordía el pie, y al otro día le apunta un cáncer en aquel mismo lugar; imaginó el otro en sueños haber perdido la vista, y amanece de verdad sin ella; duerme zutano como piedra en pozo y soñando que no puede despertar, y esotro día le acomete una parálisis terrible; sintió fulano que era semejante á una imagen de metal con sólo el pellejo pegado á los huesos, y dentro de pocos días muere consumido y marchitado; dió mengano en fantasear durmiendo que come estaño ó cosa dura, y saltéale en despertando dolor de riñones. Mas el salir verdaderos esta clase de sueños no es porque el soñar con desaliño sea causa ú ocasión de enfermedad, sino al contrario, porque las enfermedades comenzadas ya á fraguarse en el interior de los cuerpos, van preparando los humores para aquella dolencia ó afección, y revueltos los humores causan pesadillas, ensueños, visiones, que son pronósticos de seguro mal. Pero el mal se les representa en la fantasía antes del letargo profundo, y vienen después á soñar durmiendo lo que pensaron velando, de modo que tienen los sueños conformes á las vigilias (1).

La segunda causa consiste en el estado moral. Mucho da que hacer la cama al hombre dominado de un afecto vehemente. Tenderse en ella es caer en manos de las pasiones dueñas del ánimo, para soñar lo que ama ó aborrece, lo que teme ó espera, lo que ocupa durante el día su pensamiento y corazón. Ciro, volando por el cielo de su fantasía con las alas de la ambición, mira en sueños el sol postrado á sus pies; va á cogerle tres veces con las manos, y se le huye otras tantas; después los magos persas interpretaron que reinaría treinta años, y los reinó. Aníbal, hidrópico de deseos y de imaginaciones, sueña en España con un cielo turbado y con un monstruo terrible que iba talando todo lo que se le ponía delante; señal del estrago que en Italia el guerrero había de hacer, como la visión le anunció. A Hécuba le pareció durmiendo que paría una antorcha cuya llama ocupaba todo el reino; en efecto, por su hijo Paris se ardió Troya.

(1) Véase cómo tocaron esta materia el P. Nieremberg en su *Filosofía natural*, lib. II cap. XX, XXI, y el P. Fr. Juan Fernández en sus *Demonstraciones católicas*, lib. III, disc. I, § 1 y 4; pues de los modernos corren obras ya conocidas.

Comienza el hombre en la cama á imaginar negocios, que de día le traían embargado; dormido consulta y delibera, da y toma, atina y resuelve; en despertando hállase como nacido un medio aptísimo para llegar al remate de su empresa. Cualquiera pensará que fué aviso de Dios, ó sugestión del ángel de guarda; y no fué sino efecto de causa natural (puesto caso que pudo provenir de Dios también). El que duerme, desocupado de los sentidos exteriores, más ceñido á los pensamientos interiores, más recogido dentro de sí (especialmente si el sueño es plácido y no turbado por repleción de cena sibarítica), está más dispuesto para deliberar perspicazmente en asuntos graves, no tan sólo porque la imaginación se aviva entonces más, sino porque las potencias superiores disfrutan de más brío y gallardía para ejercitar sus espirituales actos. Con razón San Agustín (1) refutó á Pitágoras y á Platón, que opinaban ser todos los sueños verdaderos gobernados por los dáimones y no por las potencias del hombre.

Pues porque la perturbación de ánimo, excitada por la pasión de amor ú odio, de temor ó esperanza, de cobardía ú osadía, forja en el silencio de la noche sueños varios, que por eso el pescador sueña comúnmente aguas y lagos, redes y peces, como el cazador montes y venados, bosques y fieras, y al soldado parécele en el catre oir son de cornetas, choque de armas; por esta causa los cuidados que en vigilia nos afligen con congoja, miles de veces se nos figuran en sueños y dan materia á concertados discursos. ¿Quién dudará que la visión nocturna de Aníbal tomó principio del aborrecimiento que tenía á los romanos, cuyo imperio deseaba aniquilar? Consigo mismo consultó, él propio se habló á sí mismo, llevado de su pasión, en aquellas demandas y respuestas, que parecen vaticinios y son cosas naturales.

5. Tercera causa de los sueños puede ser el demonio. Aquí se nos ofrecen Platón y sus alumnos por testigos abonados del hecho. En su *Banquete* no quiso admitir la acción directa de Dios en el mundo; y porque en el trato con los mortales no es decente á la Majestad divina franquear el pecho en coloquios familiares, sean los *dáimones* los internuncios divinos, que en sueño ó en vigilia notifiquen á los hombres la divina voluntad. Los vaticinios y toda suerte de adivinación son de incumbencia de los dáimones, ministros de Dios. Esto enseñaba Platón. Aristóteles, por hacer libro nuevo, quiso desterrar los sueños daimónicos, y solamente admitir los naturales. San Agustín (2) les dió á entrambos la postrera censura y lima, con la gravedad conveniente, poniendo fuera de duda la realidad de sueños sugeridos por el diablo, como los admitían los neoplatónicos Porfirio, Jamblico, que hacían diferencia de buenos á malos dáimones. San Gregorio Magno (3) enseñaba que el demonio

(1) *De civit. Dei*, lib. VIII. cap. XX, XXI.
(2) *De civit. Dei*, lib. IX, cap XX, XXI.
(3) *Dialog.*, lib. IV, cap. XLVIII.—*Moral.*, lib. VIII, cap. XIII.

urde á veces la tela de los sueños con engaños perniciosos, como lo hizo en los oráculos de Esculapio, Serapis y Anfiaraus, según lo que Filóstrato, Estrabón y Pausanias dejaron escrito. Tiene para esto el demonio dos habilidades: enseñar cosas ocultas, y alborotar la imaginación con representaciones vívidas. De ambos arbitrios pueden resultar interesantísimos sueños. Lo que él se sabe muy bien y es ignorancia en los hombres, se lo puede manifestar en sueños; de aquí gran ventaja para su codicia. Agitando la fantasía y conturbando el sistema nervioso, puede acarrear algún bienestar en la salud. El arte de los sueños será en ambos casos el queso con que coja en la ratonera á muchos tontos. Y se verá que son sueños diabólicos si indican cosas ocultas ó venideras para cebo de la vana curiosidad; si va envuelta en ellos mala obra, culpa moral, superstición, impiedad; si las representaciones son extraordinarias, gravemente inductivas á pecado, ó despertadoras de amortiguadas pasiones. En estos casos se tendrá algún motivo para echar á demonio los sueños (1).

Mas con todo eso, ardua cosa es discernir y calificar el sueño diabólico. La fantasía humana es gran trapacera para avivar la representación de cosas antes adquiridas por los sentidos, y con su viveza despertar pasiones dormidas. Las malas inclinaciones, no del todo muertas en el hombre, durante el sueño sienten la espuela de la pasión, que le solicita; así solicitado el hombre, sin más demonios, á veces maquina en sueños proyectos de venganzas, lances de amores, maldades nefandas, escalones para subir, ardides para medrar; trazas, que tal vez puestas por obra surten efectos ajustados al fin. No es siempre consejo seguro el reducir á demonio los designios trazados en lances parecidos.

La postrera causa es Dios, en cuya mano está ejecutar en la fantasía y en las potencias racionales del durmiente operaciones extraordinarias para efectos divinos, como sabemos lo hizo muchas veces conforme se trató en el libro primero (2). Más fácil será discernir los sueños divinos que los diabólicos, por ser limitado el conocimiento del demonio, y por extenderse el de Dios á los futuros libres, á los secretos del corazón, á los misterios de la fe, á ilustraciones sobrenaturales. Cuando un sueño da razón de semejantes cosas que entran en la jurisdicción de la ciencia divina, sin vacilación alguna hemos de graduarle por sueño divino, sin que le quepa al demonio la menor parte, según lo enseñan los Santos Doctores (3).

---

(1) P. PEREIRA, *Advers. fallaces et superstitios. artes*, lib. II, quæst. II.

(2) Cap. V, art. IV.

(3) SAN GREGORIO MAGNO: Sancti viri inter illusiones atque revelationes, ipsas visionum voces et imaginationes quodam intimo sapore discernunt, ut sciant quid a bono spiritu percipiant et quid ab illusore patiantur. Nam si erga haec mens hominis cauta non esset, per deceptorem spiritum multis se vanitatibus immergeret qui nonnumquam solet multa vera praedicere, ut ad extremum valeat animam ex una aliqua falsitate laqueare. *Dialog.*, lib. IV, cap. XLVIII.—*Moral.*, lib. VIII, cap. XIII.

No debe á nadie parecer maravilla que comunique Dios en sueños los arcanos de su Providencia, cual si el hombre dormido estuviese menos hábil que el despierto, para recibir las comunicaciones divinas. Al contrario, muy convenientemente enseña Dios sus secretos á los hombres en la quietud de la noche, cuando el reposo de los sentidos da más lugar á las profundas impresiones del ánimo, que provienen del habla divina, sin que el estrépito de las cosas sensibles sea parte para turbar su atenta contemplación. En el silencio sosegado de la sensibilidad el ánimo recogido dentro de sí, libre de impedimentos, tiénese más presente, pues halla en sí exentas de olas de fluctuaciones sus fuerzas, y sus facultades más vigorosas. Porque así como el hombre que vela suele aplicar la atención á los pensamientos que se le ofrecen, y con el peso de la razón los pondera, dispuesto á reprobarlos ó desecharlos si le parecen importunos; al revés, en el sueño recibe sin examen la revelación representada, tiene más facilidad en ser movido que en moverse, mejor oye que no discurre, mejor saborea la verdad aceptándola simplemente que inquiriéndola con desapoderado afán. Quédese para la humana industria el despertar á los dormidos, ya que hombre á hombre no le puede enseñar sino velando y prestando atentos oídos. Otro camino más alto tiene Dios para descubrir sus secretos á los mortales.

En los sueños divinos muéstrase Dios tal cual es. Ora conturba aterrando á Abimelec y á Labán; ora incita á Gedeón y á Judas Macabeo á empresas arduas y desesperadas; ya promete á Salomón dones altísimos y sobrenaturales; ya revela á Jacob y á Daniel secretos de soberana providencia; ya, en fin, alza el velo de lo por venir á Faraón y á Nabucodonosor (1) respecto de sus particulares personas. Absoluto Señor se ostenta Dios en los sueños, cuando inspira y enseña á la criatura noticias que el más sagaz entendimiento no pudiera, poco digo hallar por sí, ni aun sospechar ni conjeturar por asomo; pero mucho más absoluto se muestra cuando envuelve su revelación en obscuridades y sombras. La obscuridad de los oráculos gentílicos provenía de la poca destreza y sobrada malicia del demonio que solía sugerirlos; mas la de los sueños divinos tenía un intento digno de Dios, ya que inspirábalos el Señor para que los durmientes se vieran obligados á venerar á los santos intérpretes recibiendo de ellos la soltura de los sueños que no alcanzaban, ó impetrando con instancia de preces la luz que no les amanecía, puesto que Dios quisiera tener su esperanza por algún tiempo colgada de un hilo hasta procurarles el consuelo de la legítima interpretación. De todo lo cual dijimos en el lugar citado lo que basta para confirmación del intento.

6. Los sueños procedentes de las cuatro causas dichas tienen so-

(1) Gen. XX-XXXI.—Jud. VII.—II Machab. XI.—III Reg. III.—Gen. XXVIII.—Dan. VII.—Gen. XLI.—Dan. II, IV.

bre los demás que sólo nacen de imaginación desbaratada, la ventaja de poder ser atentamente examinados con utilidad del soñador y de los demás que escucharon los sueños: si vienen de Dios, para mostrársele reconocidos; si del demonio, para enseñanza y cautela; si de las pasiones, para conocerlas y mortificarlas; si en fin, del propio organismo, para aprender á regir sus funciones con prudencia. *El observar los sueños,* dice Pereira, *en razón de descubrir en ellos alguna verdad perteneciente á ciencias especulativas ó á la práctica de las cosas, ni de supersticioso ni de vano se ha de tachar* (1). Pero con tanta solicitud estar á la mira de los sueños, cual si entrañasen algo de divino, como pensaron los gentiles de los intestinos de los animales, con intención de echar pronóstico de cosas futuras, no sería sólo necedad grande, sino vana observancia y punible maldad, condenada con grave prohibición en las Sagradas Letras (2).

En semejantes casos, cuando se ofrezca un sueño que no sea de los vulgares, la interpretación de su significado dependerá de la clase misma. Los sueños naturales originados del organismo y temperamento, á médicos y facultativos toca el comentarlos; los sueños humanos, nacidos de pasión y estado moral, tendrán por idóneo glosador al mismo sujeto que los experimentó, si abre bien los ojos para advertir sus hábitos é inclinaciones espontáneamente patentizadas en el reposo de la noche; los sueños diabólicos requieren más agudeza y discernimiento, más experiencia y consejo, por las celadas que puede armar el enemigo para no ser descubierto en su tramoya nocturna, y así demandan el dictamen de persona diestra en el arte de la discreción; los sueños divinos, en fin, necesitan intérprete graduado por el mismo Dios, porque sin eso no hay hombre, por sagaz que sea en cosas espirituales, capaz de atinar con el consejo y voluntad del Señor que la revelación propuesta en sueño contiene. Lo cual se nota á las claras en Nabucodonosor, cuyo sueño ni magos, ni arúspices, ni astrólogos supieron descifrar, hasta que el Profeta Daniel tomó la mano y leyó el especial designio que Dios en aquella representación imaginaria quería significar, como lo vimos en otra parte (3).

Por esta razón, en los sueños divinos se requieren dos revelaciones: primera revelación de Dios, para saber que los tales sueños son divinos; segunda revelación de Dios, para entender que allí se significan cosas infaliblemente futuras. Puestas ambas revelaciones, la interpretación no puede ser natural, ha de ser profética, pues en ella se afirma con absoluta certeza la verdad de lo que será; verdad, que al humano entendimiento no se puede ofrecer. No pudiera José declarar al rey Faraón, al copero mayor y al príncipe de los despenseros sus visiones en sueños, á no estar divinamente inspira-

---

(1) *Advers. fallac. et superstitios. artes.*, lib. II, quaes. VII.
(2) Levit. XIX.—Deut. XVIII.—II Paralip. XXXIII.
(3) Lib. I, cap. VIII, art. III.

do. Mucho menos podía responder Daniel al rey Nabuco, á no haber recibido por divina inspiración el mismo sueño que al rey se le había olvidado; aquí á esta revelación juntóse la interpretación, inspirada también divinamente. ¡Qué confusos quedarían los adivinos caldeos al ver con qué gallardía y facilidad daba en el clavo el Profeta en cosa que á ellos se les hacía inapeable!

De aquí hemos de inferir que repudiar los sueños en común por vanos y falsos, no sería de hombre prudente; así como cobrar cariño con cualquier sueño, fuera retozar con el aire y su sombra. Sueño que molesta, turba y espanta, lícito y conveniente será tener cuenta con él reparando en las causas ocultas que pudieran concurrir á engendrarle, para librarnos de sus molestias. Pero pensar que en los sueños hay asomo de divinidad, con que poder rastrear cosas futuras, cual si con ellas tuviesen alguna conveniencia, sería necedad mezclada con impiedad, porque argüiría que todos los acontecimientos futuros cuelgan de causas naturales, sin concurrencia de causas libres: opinión falsísima, absurda y llena de impiedad. Así sería vituperable el estilo del católico que recibiese los sueños por regla de vida, dejando y tomando los negocios al tenor de lo que él ú otros soñaron; semejante proceder olería no poco á la creencia de los hados, tan condenada por la sabiduría humana y divina.

ARTICULO III.

1. Potencias del hombre en el estado de vigilia. — 2. Presagio sobrenatural en la elección de Rebeca para esposa de Isaac. — 3. Otro sueño interpretado por vía sobrenatural. — 4. El presagio natural va por camino opuesto. — Presagio de los embajadores de Benadab, contrario al del Profeta divino. — Caifás. — 5. Formas varias de la previsión natural.— Caso raro.— 6. Otros dos ejemplos de San Agustín. – 7. Trabajo mental en el sueño.—8. Cicerón se mostró refutador ridículo de la virtud adivinatriz por haberla estimado posible. - 9. Prenoción que nace de presunción humana.—10. Prenociones que vienen del instinto de los animales.

1. Resta, para acabar de ver hasta dónde se extiende la facultad de las potencias humanas respecto de predecir lo futuro, considerar al hombre en su estado de vigilia, cuando la natural capacidad logra el lleno de sus propias operaciones. ¿Alcanza á presagiar lo por venir? No, en manera alguna, si Dios no se lo da.

2. Presagio es el anuncio de cosa venidera nacido de alguna previsión. Las Sagradas Páginas refieren hechos de gran ponderación acerca de previsiones sobrenaturales, que prueban la incapacidad de la previsión humana. Cuando el anciano Abrahán, por no casar su hijo Isaac con mujer cananea, mandó su criado á Mesopotamia á buscarle mujer de su satisfacción, le aseguró de parte de Dios que la divina providencia le asistiria en la elección encomen-

dada (1). Con esta seguridad parte el criado; al llegar á Mesopotamia con sus camellos, se pone en oración junto á una fuente donde hace esta plegaria: *Señor, Dios de mi amo Abrahán, preséntame la esposa que busco, y haz misericordia á mi amo Abrahán. Aquí estoy arrimado á la fuente; las mozas de la ciudad vendrán por agua. La joven á quien yo dijere: inclina tu cántaro y beberé; y ella respondiere: bebe tú y yo abrevaré tus camellos, esa es la que apercibiste para tu siervo Isaac; y por ahí entenderé yo que has usado de misericordia con mi amo* (2).

El presagio de este fidelísimo siervo más parece supersticioso que contenido en los términos naturales de la humana previsión. Mas no es así. El instinto divino le gobernó. Había Abrahán prometido á su criado que Dios le daría favor, por medio de su ángel, en la comisión del casamiento; el criado, lleno de fe, pone en Dios toda su confianza, y sin encomendar la elección á los ojos, que sólo paran en lo somero de las personas y no entran á indagar sus prendas, costumbres y virtudes interiores, dejó el acierto á la mano de la adorable providencia, con la certidumbre de que ella miraba por la dicha de su señor (3). No andaba á ciegas el criado en su comisión, menos aún en la confianza. Como quien tenía bien conocida la índole de Isaac y la inclinación de Abrahán, buscaba doncella mansa, afable, cortés, benéfica, piadosa, compasiva, tal, en fin, que al lado de Isaac pareciesen los dos sacados por una turquesa, como lo pedía la honra del gran Patriarca.

Al presagio siguióse la ejecución. Rebeca, hija de Batuel, hermosa, casta y modesta, fué la primera moza que salió por agua y se la dió al criado y á los camellos. El diálogo trabado entre los dos acabó de echar el sello á la elección. Batuel y Labán su hijo, oída la relación del caso, confesaron que por divina disposición se había fraguado aquel casamiento (4), mediante el presagio dirigido por el soberano instinto.

3. Otra relación leemos en el libro de los Jueces, acomodada al mismo intento. Un soldado refería á otro un sueño en esta forma:

---

(1) Ipse mittet angelum suum coram te, et accipies inde uxorem filio meo. Gen., XXIV, 7.

(2) Domine Deus domini mei Abraham, ocurre, obsecro mihi hodie, et fac misericordiam cum domino meo Abraham.—Ecce ego sto prope fontem aquæ, et filiæ habitatorum hujus civitatis egredientur ad hauriendam aquam.—Igitur puella, cui ego dixero: inclina hydriam mihi ut bibam, et illa responderit: bibe; quin et camelis tuis dabo potum; ipsa est, quam praeparasti servo tuo Isaac, et per hoc intelligam quod feceris misericordiam cum domino meo. Gen. XXIV, 12-14.

(3) RUPERTO: Nec ipse petendae puellae judicium suis commisit oculis, qui solam faciem, non etiam mores aut virtutem pervidere possent, sed secundum herilem fidem credens quod domini sui curam haberet Deus, totam in illo possuit electionis spem. *In Genes.* XXIV.—FERNÁNDEZ DE BORBA: Sed quodnam signum eligendae puellae servus adeo prudens exposcit? Nempe ingenium mite, affabile, perhumanum, beneficum, et hospitalitatis studiosum; ut illa sponso futuro similis esse videretur. *Comment. in capitulum XXIV Genes.*, sect. II, n. 5.

(4) Responderuntque Laban et Bathuel: a Domino egressus est sermo, non possumus extra placitum ejus quidquam aliud loqui tecum. Ib., vers. 50.

parecióme ver una especie de pan de cebada, cocido al rescoldo, que bajaba al campo de los madianitas, y que habiendo caído á plomo sobre una tienda, la destrozó y echó á rodar. El que oía la relación del sueño, respondió: israelitas, esa no puede ser sino la espada de Gedeón; el Señor ha entregado en manos de Gedeón la hueste entera de los madianitas. Oído Gedeón el sueño y el presagio, adoró á Dios, y, vuelto al campo de Israel, dijo á los suyos: Animo, ha puesto Dios en nuestras manos las tropas de Madian (1). En este sueño y en su interpretación se pueden hacer varias consideraciones. No dice la Escritura quién le tuvo ni quién le interpretó; pero que ambas operaciones fuesen divinas, parece claro. Gedeón se hallaba presente á la narración del sueño. Permitir Dios que un caudillo tan esforzado como Gedeón se dejase encandilar por un sueño vano y por una interpretación engañosa, no cabe en las trazas de la adorable providencia, que le tenía escogido para martillo y ruina de Madian. Al contrario, quiso Dios que oyese contar el caso para fortalecer su alma con aquel vivísimo rayo de luz. El evento demostró que el adalid no se había alucinado, y que el presagio no era natural, humano ni diabólico.

Dirán los incrédulos: ¿qué relación tiene el pan con la espada? el pan de centeno, ¿cómo pudo figurar la espada de Gedeón? A la pregunta responde Bonfrère de varias maneras, que pueden verse en su *Comentario*. La principal es, que un ejército como el de Gedeón se puede muy bien asimilar á un pan amasado de muchos y pequeños granos. Digo como el de Gedeón, que por sólo constar de trescientos hombres de guerra, era fácil de desbaratar: á la manera que un pan sin tener hambre se engulle luego, así un puñado de hombres, aunque aguerridos, con gran facilidad se le traga un ejército numerosísimo y bien pertrechado como era el de los madianitas. El ver lo contrario, el entender que la masa de los pocos entraría en fervor y chocaría con los muchos tan gallardamente, que cargando sobre ellos se los merendaría como quien corta rebanadas de pan blando, sin darles tiempo ni facultad para hincar el diente en aquel durísimo y vilísimo pan de cebada; eso fué previsión divina, presagio del cielo, rayo de soberana inspiración (2).

4. Por caminos muy diversos van los presagios naturales y humanos: ó no muestran nada de extraordinario y divino, ó sobresale en ellos la cortedad propia del hombre. Cuando Benadab, rey de Siria, vencido por el rey Acab ocultó su derrota en la ciudad de Afec, se desplomaron los muros sobre veintisiete mil infantes que habían quedado. Algunos de los restantes resolvieron, y lo representaron á su rey, acudir en hábito de penitencia al rey de Israel

(1) Judic. VII, 13, 14, 15.

(2) Bonfrère: Porro gladium in bello devorare, in Scriptura usitatissimum est, et qui caeduntur quasi panem devorari, Scriptura indicat. Erat autem panis subcinericius, qui hic sub cinere coctus panis facili negotio et celerrime parabatur. *In Judic.*, VII, 13, 14.

á suplicarle perdonase la vida á Benadab. El rey Acab no les respondió más palabra que ésta: *si vive, es hermano mío* (1). Los mensajeros recibieron el dicho por señal de buen agüero, y tomándole la palabra, al fin palabra de rey, no hacían sino repetírsela, para empeñarle á cumplirla tratando á Benadab como hermano (2). Así en efecto le trató, concluyendo con él una alianza de paz honrosa.

Poco les costó á los embajadores coger al vuelo el presagio contenido en la voz *hermano mío*: no les habría pasado por el pensamiento á no haber salido de los labios de Acab. Intérpretes fueron, no previsores. El previsor sobrenatural fué un profeta, que noticioso de aquel acto de torpe condescendencia y vana cobardía, visto el grave mal que Acab había hecho no sólo perdonando la vida á un enemigo de Jehová sino tratándole como á hermano, halló traza de corregir al rey de Israel reprochándole su felonía y desatinada imprudencia. La traza que tomó fue ésta. En nombre de Dios dice al compañero: pégame. No quiso pegarle. Dícele el Profeta: no has querido cumplir la voz de Dios, yo te prometo que un león la cumplirá en ti. Así fué, cayó pronto en las garras de un león. Encontróse el Profeta con otro, y dícele: pégame. Descárgale un golpe, como Dios mandaba. Así herido se cubrió de manera cara y ojos, que el rey no le conociese. Cuando pasó el rey por allí, clamó el Profeta embozado: Salí yo á pelear, y me trajeron un prisionero para que le guardase pena de la vida si le dejaba escapar; el prisionero se me escapó, yendo yo y viniendo de aquí para allí. Respondióle el rey: tú mismo has dado contra ti la sentencia. Entonces el Profeta, oído el dictamen del rey, quitándose el embozo y dánsele á conocer, exclama: *Esto dice el Señor: por cuanto diste libertad á un hombre que merecía la muerte, lo pagarás con tu vida y con la de tu pueblo.*

¿Quién pensará que la condescendencia con Benadab considerada por los mensajeros como señal de feliz agüero, había de ser tan ominosa y siniestra al rey de Israel? A lo que no llegaba la previsión natural, llegó la previsión profética. No había Acab recibido mandamiento formal, como le recibió Saúl, de quitar la vida al enemigo de Israel; pero luz de Dios no le faltaba para escarmentar en cabeza ajena y entender el por qué le había dado Dios victoria contra el rey de Siria. Lo que Acab no ominó ominólo el Profeta, coligiendo que unirse en estrecha amistad con un enemigo de Jehová era conculcar los derechos divinos y tener en poco las voces del cielo. Y porque esto no lo entendía Acab, hubo el Profeta de ponérselo delante de los ojos con aquella acción simbólica de presentarse á él herido y disfrazado, para sacarle de la boca la sentencia de condenación.

---

(1) Et ille ait: si adhuc vivit, frater meus est. III Reg. XX, 32.

(2) Quod acceperunt viri pro omine, et festinantes rapuerunt verbum ex ore ejus atque dixerunt: frater tuus Benadab. Ib., vers. 33.—Clair, *Comment. Rois*, III, p. 356.

Tenemos aquí un presagio, de dicha para Benadab y sus amigos, de azar y desdicha para Acab y su pueblo. Aquella voz, *Benadab es mi hermano*, interpretada según la política de los sirios, parecía de buen agüero; según la política de Dios era azarosa y fatal. El día que Acab la pronunció echó la firma de su desgracia. No es maravilla que al entenderla saliese fuera de sí de coraje viendo se le anochecía el cielo de sus esperanzas (1).

Por este nivel se pueden llevar otros presagios de las Escrituras. Caifás al decir, *conviene que un hombre muera por todos*, articuló una palabra que contiene dos presagios, natural el uno, sobrenatural el otro. El natural estaba á la mano de todos, pues no pedía grande ingenio político el adivinar que para contener la sedición de la plebe convenía la muerte del hombre que ocasionaba los tumultos; sobrenatural no se le alcanzó á Caifás. ¿Cómo una razón tan concertada, cual era la muerte del justo por la salvación de los pecadores, podía salir de un pecho tan desconcertado? Palabra de tanta dulzura no la pudo producir un corazón tan amargo como el de Caifás, sino que pues era Pontífice de aquel año, el Espíritu Santo púsole en la boca aquella sentencia (2). Cuando arguyó á los presentes de necios con aquella voz, *vosotros no sabéis lo que os decís, Vos nescitis quidquam*, pudieran ellos alzar contra él la voz para tratarle igualmente de mentecato, pues decía lo que no entendía, aunque en lo que pronunciaba diese en el punto de la dificultad, por traza de la divina providencia. Por esta causa no fué Profeta; pero entendiólo el evangelista; avisando que el presagio infelicísimo para el pueblo judío se convirtió en dichosísimo para el pueblo gentil; resultas que sólo Dios podía prever y anunciar. De donde, concluyamos, el presagio natural y humano queda en la superficie, sólo atiende al sonido de las voces, mira al estado presente; el sobrenatural y divino cala más hondo, entra en el designio de la providencia, es expresión de lo decretado por Dios, atiende á lo por venir cierto y definitivo.

5. Las formas de la previsión natural son muy diversas, las más de ellas vacilantes é indeterminadas. En ciertos casos, después de sucedido un lance, solemos exclamar: el alma me lo decía. Otras veces sentimos un no sé qué misterioso barrunto de quebradero de cabeza que nos ha de sobresaltar, y decimos: no sé qué me tengo ni qué me da; pero cuando sobreviene lo barruntado, nos alzamos con el don profético, repitiendo: no me engañaba mi corazón. Otras veces andamos como á tientas buscando sin saber definitivamente qué, y no obstante la incertidumbre nos preocupa un asunto de ardua dificultad; ¿y por qué suerte de providencia acontece que llevando á un libro la mano, ó hablando con persona menos competente, hallamos resuelta la dificultad ó camino abierto para resolverla? De es-

(1) III Reg. XX, 32-43.—Clair, *Comment.*, p. 357.
(2) Hoc autem a semetipso non dixit. Jo. XI.

tos casos hay grande copia en la vida ordinaria. Son formas vagas con que se presenta la humana previsión.

Otra suerte de previsiones acaecen, partos de la imaginación, no en estado de sueño, sino de perfecta vigilia. Son casos raros. De una joven que hoy día vive en religión, se sabe el hecho siguiente. Las últimas noticias de su casa habíanla enterado de la poca salud de su padre, de quien un trecho de cincuenta leguas la tenía separada. Entra un día en una iglesia con ánimo de comulgar; se confiesa, oye misa; cuando el sacerdote se volvió de cara al pueblo para dar la comunión á los fieles, se le representó á la joven cual si con los ojos lo viera, la imagen de su padre difunto. Comulgó con aquella viva impresión; no pudiendo sosegar, acércase á comunicar al confesor con quien antes se había reconciliado, la inquietud de su ánimo. El confesor la sosegó como pudo, dando á juego de fantasía aquella extraña representación. El caso fué, como después se averiguó, que el padre de la joven aquel mismo día en que le había parecido difunto, entregaba su alma á Dios acaeciéndole la muerte sin dar lugar ni tiempo para avisar á la hija, de cuya veracidad yo no puedo tener sospecha.

Esta suerte de visión imaginaria no fué profética, sino efecto natural de la fantasía. A la imaginación de la doncella le bastó el saber que su padre estaba malo, para enhilar un cúmulo de aprensiones que representasen los varios trances por donde el enfermo, aunque no le constaba lo estuviese de gravedad, podía pasar; entre las cuales el amor y el temor, fijaron en la mente de la hija la última desgracia que le podía sobrevenir, la muerte de su anciano y querido padre. Dando y tomando, la fantasía fabricó en un momento aquel túmulo en que se le figuró cadáver. El hecho respondió á la imaginación. Pero porque ni hubo predicción, ni auténtica interpretación, ni certeza de vaticinio, ni indicios de cosa futura, ni le continuó á la joven la inquietud después de declarar su congoja; por estas causas el hecho no puede llamarse visión profética ni instinto profético; fué un golpe vivísimo de la imaginación, un rayo de luz que bien pudo haber parado en vanísima obscuridad. Lo que cacalifica la profecía es la certidumbre y convicción de ser de esfera superior, la luz que al Profeta asiste. De esta suerte de fenómenos haremos capítulo aparte, que será el capítulo XII.

6. El glorioso San Agustín toca é ilustra este punto con la llama de su privilegiado ingenio. En el libro XII de su obra *De Genesi ad litteram* trata de ciertas visiones en vigilia, que van acompañadas de alguna forma de predicción. *Sabemos,* dice, *que á personas que estaban despiertas, no afligidas por enfermedades ni agitadas de furor, se les ofrecieron pensamientos por un cierto instinto oculto, con los cuales se pusieron á adivinar de intento y de industria* (1). En

(1) Vigilantibus etiam neque ullo morbo afflictis, nec furore exagitatis, occulto quodam instinctu ingestas esse cogitationes, quas promendo divinarent, non solum

confirmación de su dicho cita dos sucesos en esta substancia. Ciertos jóvenes yendo de camino, antes de llegar á una venta, dieron en la flor de pasar plaza de astrólogos, sin saber ni aun si eran doce los signos del zodíaco. Como el huésped los viese tan picoteros y deseosos de echar pronósticos, entre otras preguntas pidióles parecer sobre la salud de un hijo que tenía ausente, cuyo andar le traía inquieto y muy solícito. Los flamantes astrólogos, sin meterse en lo que después de salir de la venta se pudiera ofrecer, deseando tener al ventero alegre y obligado, al despedirse, como quien lo echa todo á doce, le dijeron que el hijo estaba bueno y en camino, y que aquel mismo día pondría los pies en su casa. Con esta noticia tomaron la puerta los mancebos, pensando haberle dado al posadero culebrazo fino. No habían bien salido de la posada, cuando el hijo entró en ella. El segundo ejemplo es como sigue. En un salón de baile, á vista de muchos ídolos paganos, saltaban y danzaban unos mozos con grande algazara, cuando uno de ellos manda silencio, y rodeado de la turba joven, entre chicoleos y bernardinas, anuncia que aquella misma noche, en el bosque inmediato, un león mataría á un hombre, cuyo cadáver irían todos ellos á ver al día siguiente. Y así sucedió, tan á la letra, que el mismo gárrulo bachiller se pasmaba del mal chasco pronosticado sin intención por pura gana de bromear (1).

La explicación de San Agustín no deja de ser obscura (2). Parece introducir el Santo Doctor la operación de los ángeles en las representaciones dichas. Claro está que no tienen lugar los ángeles buenos entre juglares y fulleros, entre mozos que gastan bolina. De la verdad de los hechos nos es prenda segura la relación misma del Santo. El primer lance no ofrece tanta dificultad como el segundo. El demonio, que ya veía al hijo del ventero acercarse á la casa de su padre, pudo sugerir á los jóvenes la imagen del caminante y meterles en la fantasía aquella representación, si bien la aceptaron ellos con desconfianza, sin asegurar la llegada del hijo con formal promesa. El segundo caso es más escabroso, si no suponemos que la muerte del hombre á manos del león estuviese ya fraguada en la mente del demonio, ó se le trasluciese por indicios, ó fuera conjeturable. También se podría decir, que hubo aquí coincidencia casual entre la predicción y el suceso. Ello es que el vaticinador, estando en su sano juicio, no creyó lo que se decía, y todo lo llevaba por vía de floreo (3). Si intervención diabólica se ha de admitir, no puede ser

---

aliud agentes, sicut Caiphas pontifex prophetavit (Jo. XI, 51) cum ejus intentio non haberet voluntatem prophetandi, verum etiam id suscipientes, ut divinandi modo aliquid dicerent, novimus. *De Genes. ad litt.*, lib. XII, cap. XXII.

(1) *De Genes. ad litter.*, lib. XII, cap. XXII.

(2) Et scire difficillimum est, et si jam sciremus, disserere atque explicare operosissimum.

(3) Et factum est; cum satis cunctis qui aderant in omnibus ejus motibus claruisset, hoc eum ludendo et jocando umquam perturbata vel alienata mente dixisse; ipso etiam tanto amplius mirante quod accidit, quanto magis nosset quo id animo atque ore protulerit.

otra sino la manifestación del pensamiento que el demonio tenía del suceso; de la cual no consta hasta dónde llegaba, siendo cosa cierta que el demonio no conoce los futuros libres, aunque los pueda barruntar; aquí si el hombre tenía resuelto emboscarse en la selva, morada de leones, y el demonio lo sabía, pudo columbrar posible y casi cierta la desgraciada muerte (1).

Esto va dicho aquí, no porque San Agustín lo exponga de la manera insinuada, sino según se le pudiera ofrecer á alguno que desease tomar tan á la letra la insinuación del Santo Doctor. Pero mirándolo más de cerca, penetrada la mente del ingeniosísimo escritor, podemos asegurar no ser ese su pensamiento. Porque no admite él la acción del espíritu angélico sino en el caso de tener las imágenes alguna significación, la cual solamente tienen cuando se inspiran á los que duermen ó á los que padecen enajenación de sentidos. Y pues ni los mozos de la venta ni los del baile estaban durmiendo ni arrebatados de éxtasis, consecuencia legítima es, que nada tuvo con ellos que hacer el espíritu malo, puesto caso que al bueno fuera profanación introducirle en semejantes chocarrerías. Digamos, pues, con más verdad que, en concepto de San Agustín, las adivinaciones antedichas *se les ingirieron á los mozos por un cierto oculto instinto*, que el Santo escritor no acertó á calificar (2). Porque dice más abajo: *Cómo le vengan al espíritu del hombre estas visiones, si primero se forman en él, ó se le ingieren ya formadas... es cosa dificultosísima de saber, y para el que lo sepa trabajosísima de explicar* (3). Y no fuera negocio de tanta dificultad y trabajo si se echase á los ángeles ó á los demonios todo el peso de la carga.

Cuanto más, que ni hace el Santo aplicación de su *oculto instinto* á los dos casos propuestos, ni se ocupa en expender sus circunstancias. Por poco que detengamos la consideración en los relatos, notaremos las cosas siguientes: El ventero parece el único interesado en saber de su hijo; ¿no pudo acontecer que á los fingidos astrólogos, ó por la moza de servicio, ó por noticias de fuera les hubiese llegado la esperanza de la pronta venida del hijo, y se la diesen á su padre envuelta en figura de pronóstico matemático? ¿No había en el bodegón más persona viviente que el bueno del hombre? El

---

(1) Quonam modo haec visa in spiritum hominis veniant utrum ibi primitus formentur, an formata ingerantur, et quadam conjunctione cernantur, ut sic hominibus angeli ostendant cogitationes suas, et corporalium rerum similitudines, quas in suo spiritu futurorum cognitione praeformant...; et scire difficillimum est, et explicare operosissimum.

(2) Itaque bono quidem spiritu assumi spiritum hominis ad has videndas imagines, nisi aliquid significent, non puto... Sed tunc significant, cum inspirantur a demonstrante spiritu, sive dormienti, sive aliquid aliud ex corpore ut a carnis sensibus alieraretur patienti. Vigilantibus etiam neque ullo morbo afflictis nec furore exagitatis occulto quodam instinctu ingestas esse cogitationes quas promendo divinarent... novimus. *De Genes. ad litt.*, lib. XII, cap. XXII, 45.

(3) Quonam modo haec visa in spiritum hominis veniant, utrum ibi primitus formentur, an formata ingerantur... et scire difficillimum est, et si jam sciamus, disserere atque explicare operosissimum. Ibid., n. 48.

primer caso, como se ve, deja mucho que desear, aunque á San Agutín no le infundió sospecha alguna. El segundo es todo paja también; pero ¿quién sabe si alguno de los danzantes, á vueltas de trasiego festival, había cogido un lobo, y tenía pensado desollarle en el bosque vecino, donde correría riesgo de ser pasto de algún león, según lo avisó el truhán, que tal vez veía con los ojos la desgracia del pobre borracho? Lances como estos encierran multitud de circunstancias, que vistas de cerca quitan al pronóstico toda la admiración y asombro. Y pues San Agustín no los tuvo por dignos de explicación, quédense á la cortesía del curioso, á quien pedimos perdón de haberle dado mal rato con nuestra importunidad.

7. Otras imágenes forja la fantasía más ilustres y expresas. El hombre meditabundo cuando se encapota, siéntase á dar vueltas á un intento que trata de llevar al cabo. Su mente recogiendo varias noticias, que de la experiencia y estudio sacó, forma otras nuevas en orden al designio propuesto. Sucederá que al mejor tiempo se halle tan vivamente ilustrado, que crea ser de Dios la lumbre con que descubre lo por venir de su obra, en la cual dando y tomando, la figura de aquellas imágenes se le imprime con tanta fuerza, que durmiendo ó velando no apacienta su espíritu con otra meditación; habla consigo mismo, habla con diversas personas, oye sus pareceres, satisface á sus réplicas, suelta las dificultades: el caso es, que esta suerte de diálogos y monólogos, que pasan de puertas adentro, se asoman tal vez afuera y vienen á salir en público, casi conforme se habían soñado ó forjado en el interior.

El esfuerzo de esta labor mental demuestra la espontaneidad de la fuerza inteligente, estimulada por la potencia imaginativa. Ambas á dos labran una tela finísima, en silencio y á puerta cerrada. ¡Cuántas varas de tela se echan á perder por falta de dirección ó por sobra de negligencia! ¡Cuántas horas pasa el hombre soñando, y al despertar toca con las manos el sueño! ¡Cuántos años se le van al joven soñando paraísos, que cuando varón se le truecan en purgatorios! Tal es la meta de la humana previsión. Nada digamos de la negra melancolía, que con asombrar el corazón, á veces cambia en gozos los desconsuelos ó las lágrimas en cantares de mejor fortuna.

Profecía parece, y no lo es, sino fruto de natural sagacidad, el pronóstico imaginado por el ingenioso José de Maistre, varón lleno de fe y de rectitud natural, con que en su libro de *El Papa* y en sus *Veladas* predice lo por venir del catolicismo en esta substancia: *La Iglesia católica, y de consiguiente la verdad, vive en el mundo por el Pontificado Romano, que es el Vicariato perpetuo y viviente del Verbo de verdad. La Iglesia y la verdad lograrán el triunfo en la tierra cuando triunfe el Papado. Tres enemigos tiene éste contra sí: el galicanismo, la revolución y el protestantismo, padre de entrambos. Dejemos pasar un poco de tiempo, y veremos el triunfo de esta triple hidra. No acariciemos ilusiones. La revolución es el error; satánica es por*

esencia; no puede acabar sino á manos del Papado, el cual es la verdad, porque es Cristo en la tierra: el Papado la quebrantará. El protestantismo ya no existe en cuanto dogma; en el siglo XVI los príncipes dieron acogida á esta forma de herejía para derrocar la Iglesia: en el siglo XIX volverán á la Iglesia y se someterán al Papado para consolidar sus tronos minados por las doctrinas protestantes.

La previsión del católico publicista se fundaba en verdades dogmáticas y en algunos hechos de experiencia. A buen seguro que si el Conde de Maistre hubiera sido un monje contemplativo ó un ermitaño penitente, le habría todo el mundo aclamado á la sazón por profeta, como hizo con tantos otros. Pero la falsedad de la predicción y la cortedad del humano ingenio salen á vistas en público cuando promete el escritor lo que sólo por divina inspiración pudiera alcanzar, la vuelta de los príncipes herejes, en el siglo XIX, á la Iglesia Romana. De los tres enemigos señalados por De Maistre, sólo el galicanismo se ha derribado á los pies de quien podía avasallarle. Más falto de luz se muestra el escritor cuando un poco más abajo prosigue: *la nación francesa será el instrumento de la revolución moral, que viene á más andar con una rapidez que espanta.* ¡Buena anda la nación francesa para salir de harón! ¡Cuán de otra manera procedieron los Profetas en sus vaticinios! No por razón discursiva, sino por intuición infusa sabían lo que vaticinaban.

8. Los gentiles, como está dicho, colocaban en el interior del hombre una virtud divinatriz, prenunciadora de lo venidero. Lampridio, uno de los interlocutores en el diálogo de Plutarco sobre *Por qué cesaron los oráculos,* pensaba que en las potencias del alma, mediante los vapores de ciertas tierras, se desenvolvía la fuerza profética. El discurso de este filósofo es de lo más pedestre que se pudo inventar. *Así como el sol,* dice, *no comienza á brillar cuando sale de entre nubes, sino que siempre despide luz, pero á nosotros parece caliginoso y obscuro cuando la nube se le interpone; así también el alma no adquiere la virtud de adivinar cuando sale del cuerpo como de nube que la envolvía, sino que la llevaba consigo, aunque en cierto modo estaba ciega por la conmixtión del cuerpo mortal.* Con esta simpleza filosofaban los discursistas griegos. El mismo razonamiento entablaron los latinos, como se descubre en el primer libro *De divinatione,* en que gasta mucha fagina el hermano de Cicerón. Dos cosas se preciaban de tener por asentadas: residir en las potencias del alma la facultad de antever lo futuro, y desadormecerse esa ingénita facultad con ocasión de ciertos vapores y exhalaciones sutiles de la tierra cuando lo craso del cuerpo mortal la tenía amodorrada y marchita. Y por ahí explicaban estos filósofos el raro fenómeno del cesar de los oráculos. Habían cesado los de Delfos y de otros lugares célebres porque la tierra no despedía de sí aquellas exhalaciones vaporosas que sacudían de las potencias del alma la modorra de la dichosa facultad.

Contra tan risible filosofía levanta Cicerón el clamoreo de su

elocuencia con otra más risible argumentación. En el segundo libro *De divinatione* aturde con preguntas á los crédulos adversarios: ¿Por qué no se reciben oráculos en Delfos hace tanto tiempo? ¿Qué vejez pudo acabar con una cosa divina? ¿Qué cosa tan divina como un vapor terreno que agita la mente y hácela previsora de cosas futuras? ¿Cuándo esa fuerza se extinguió? ¿Por ventura, cuando los hombres comenzaron á ser menos crédulos? Así, con sacudidas elocuentes, acosa Tulio á sus contrarios, descogiendo las velas de su vivo ingenio, disparando fuegos sin pelota, arrojando sin cuenta parolina vana, y alborotando los aires con estruendo de orador, sin dar á cien leguas en el blanco. Parece victoria, y es derrota la suya, porque deja en pie toda la dificultad. No niega Cicerón, y debía haber negado, que los vapores terrestres atizasen la fuerza divinatriz; no niega, y debiera haber negado, que el alma humana sea capaz de alcanzar, por su propia virtud, noticia de lo por venir; no niega, y había de negar, que adminículos naturales tengan proporción alguna con la facultad de profetizar. Y porque no niega la posibilidad, antes implícitamente la concede, y sólo niega la verdad histórica de los oráculos, por eso raciocinó Cicerón como mal filósofo y redujo su disputa filosófica á cuestión de crítica histórica, en que el valor de la autoridad tiene más peso que el valor de las razones. Siquiera hubiese hecho caso de la presunción y de la prenoción, cuyo mérito vamos á examinar.

9. La presunción nace de indicios y conjeturas; y porque depende no sólo de conjetura, sino de raciocinio, hace la cosa verosímil, aunque razonable. Cuando la presunción queda al arbitrio del hombre, sin estar expresa en el texto de la ley, funda sólo probabilidad; mas si la ley la apoya, es tenida por cosa averiguada. Pero cualesquiera presunciones, por ser más como adivinaciones artificiosas de hombre privado ó público, distan infinito de la Profecía, por falta de luz celestial que dé prespicacidad al discurso.

La pericia enseña á los médicos el arte de predecir, mediante el diagnóstico y el pronóstico: el diagnóstico los guía para conocer, por los síntomas presentes, los antecedentes; el pronóstico los induce á prevenir, por los síntomas presentes y pasados, los efectos futuros de la dolencia. La medicina y la vaticinación se enlazan entre sí, de tal manera, que, como dice Huarte, *la medicina convida al hombre á ser hechicero, supersticioso, mago, embaucador, quiromántico, judiciario y adivinador, porque las enfermedades de los hombres son tan ocultas y hacen sus movimientos con tanto secreto, que es menester andar siempre adivinando* (1). El diagnóstico antecede al pronóstico en naturaleza y tiempo; el pronóstico lleva al diagnóstico gran ventaja en dignidad, por cuanto el antever las resultas de una dolencia es cosa tan admirable y casi divina, que no es mucho fueran tenidos los médicos en la antigüedad por semidioses, pues en su

(1) *Examen de los ingenios*, cap. XII.

mano estaba dar vida y salud ó acabar del todo con ella. Mas ¿quién no ve que todo el arte de la medicina cae dentro de los límites naturales? En el siglo XVI fué sentencia de muchos médicos que la crisis de una enfermedad dependía en gran parte del curso de la luna ó de las influencias planetarias. Los médicos españoles generalmente desecharon tamaño disparate (1). Sea como fuere, por otro más alto pronóstico se gobernaba Isaías cuando mandó aplicar al rey Ezequías, enfermo de gravedad, aquella masilla de higos; otros apotegmas guiaban á Eliseo cuando recetó al príncipe Naamán las aguas del río para curarle la lepra: entrambas curaciones repentinas salieron del orden natural (2).

Otras prenociones sirven al labrador para agorar tempestades y tiempo bonancible con alguna seguridad. Aconsejaba Plinio á las gentes del campo que tuviesen el ojo á la tierra si querían hallar á sus necesidades remedio seguro (3), sin haber de buscarle en los astros. Los frutales en sus hojas llevan estampado el curso de las estaciones, ni les faltan á los asiduos observadores de la vegetación señales que denuncien de antemano la fertilidad ó carestía del año, así como el canto intempestivo del gallo, las orejas caídas del jumento, el frotarse las cabezas los gatos, los movimientos de las moscas y de otros animalillos importunos, son signos de tempestad, y no lo son menos de serenidad las acciones de otros animales, de que habla el poeta Virgilio (4). Labriego habrá tan perito en el arte de adivinar, puestos los ojos en la campiña, que valga por diez meteorólogos fiados en la exactitud de los instrumentos.

10. ¿Qué diremos del que advierte con atención el instinto de ciertos animales? Faltos de razón y libertad que los incline á escoger lo conveniente, recibieron en su lugar la agudeza del instinto. Tal es el ímpetu con que el instinto los lleva á buscar su comodidad y á huir la molestia, que la antigüedad vino á concederles la gracia de predecir, siquiera de obra, la mudanza del tiempo (5). En el sentido del vulgo habló Jeremías cuando dióles en cara á los judíos el no ser siquiera como la tórtola, como la cigüeña, como la golondrina, como el tordo, que dan muestras de percibir la variación de las estaciones; de donde argüía el Profeta cuán lerdos eran los judíos y merecedores de repulsa, pues parecían más insensatos que los brutos destituidos de razón. Quien imaginare una ciudad populosa, devastada por la peste, asolada en breves días, desierta y con

(1) Francisco Valleriola: Desinant itaque astronomi et qui eos sequuntur parum cordati medici nobis suis fallaciis techniisque imponere, graveque facinus arbitrentur malum coelo ac astris tribuere, unde bona ad nos omnia ceu e fonte purissimo manant. *De locis commun.*, lib. III, cap. II.

(2) IV Reg. XX.—Is. XXXVIII.—IV Reg. V.—Luc. IV.

(3) Cur coelum intueris, agricola? Cur sydera quaeris, rustice? Ecce tibi inter herbas tuas spargo peculiares stellas. *Hist.*, lib. XVIII, cap. XXVII.

(4) *Georgic.*, lib. I.

(5) En Jeremías leemos: Milvus in coelo cognovit tempus suum, turtur et hirundo et cyconia custodierunt tempus adventus sui. Cap. VIII, 7.

sólo el olor de los cuerpos muertos, habrá de confesar también que, en un volver de ojos, se entran por las casas las fieras del monte, las aves sucias del aire, y que se avecindan y anidan á su placer, allí el sapo, acullá la culebra, allí brama el león, acá el cuervo grazna, aquí toma cueva el buitre, en otra parte hace nido el lagarto, y entre las ortigas que en los patios crecen y entre las telarañas de los salones, se aposentan infinitas sabandijas, que convierten la gran ciudad en espantoso desierto. ¿Quién hizo tal mudanza sino el instinto animal? Que así como los ratones huyen de la casa que amenaza ruina, así otros animales se gozan en invadir la soledad de un edificio, imaginando todos alguna comodidad en aquellas circunstancias.

Que presientan, no hay razón para afirmarlo. Ellos sienten, y no obran sino á impulsos del alma sensitiva (1), la cual ni prevé, ni presiente, ni presagia, ni previene, pues no hace más que sentir (2). Los que presentimos somos nosotros, que considerando sus acciones, ayudados de su experiencia, formamos leyes de prenociones para nuestra dirección y gobierno. Observar sus instintos, notar sus obras, advertir sus movimientos, lícito es sin duda alguna; pero pensar que las aves se entienden entre sí, que sus cantos contienen secretos, que las operaciones de los cuadrúpedos encierran algo de misterioso, que la corneja avisa con su parlera voz la llegada de la lluvia, que la hormiga enseña con su solicitud el arte de la prudencia, que la abeja pregona la exactitud matemática en la construcción de sus panales; pensar que en semejantes brutillos hay previsión de alguna suerte, sólo por licencia poética se puede consentir; filosóficamente, fuera desbarrar y dar razón á los que de ella carecen. Si el Espíritu Santo remite á los perezosos á la escuela de la hormiga á tomar en ella lección (3), no es para mostrarles su suficiencia en el manejo de los negocios, sino para aguijonearlos á tomar, como ella hace, el camino más expedito en el acopio de los granos (4), sin dejarse dominar de la pereza.

---

(1) Santo Tomás: Cum enim bruta animalia non habeant nisi animam sensitivam, cujus omnes potentiae sunt actus corporalium organorum, subjacet eorum anima dispositioni continentium corporum, et primordialiter coelestium, 22. q. XCV, a. 7.

(2) Torreblanca Villalpando: Irrationabilia sentire tantum, dicere possumus; nos autem praesentire. *Juris spirit. pract.*, lib. VI, cap. XI.

(3) Vade ad formicam piger. Prov. VI, 6.

(4) Salazar: Mittit ergo Salomon pigrum ad eam rem quae maxime prope est, ne si longum iter suscipere oportet, pigritia deterreretur. Pigrum certe hominem ire praecipit, ut vel sic desidiam solvere eundo incipiat. *Comment. in Prov. VI*, VI.

ARTICULO IV.

1. Presentimientos.—De dos géneros.—Casos de presentimientos razonables.—Calpurnia, mujer de César. 2. Presentimientos irrazonables.—Concilio de príncipes y fariseos en Jerusalén.—3. Observaciones sobre las varias suertes de presentimientos.—4. Presentimientos de superior calidad.—5. Predicciones de los moribundos.—6. Cómo se pueden explicar.—Dos causas.—7. Presentimientos providenciales.

1. Con la humana previsión frisan los presentimientos, de que convendrá dar noticia, aunque sean malos de definir. Se le antoja á fulano que mañana va á recibir nuevas de su amigo, y lléganle cartas de su amigo; siéntese mengano venir encima una desgracia, sin acertar á decir de dónde ni cómo, y lluévele encima la desgracia antes de ponerse el sol; dícele el corazón á zutano que un vecino suyo está á punto de llegar de lejos, y á las pocas horas tropieza con él en la calle; le sobresalta el temor á una mujer que su marido ha de tardar meses en volver á casa, y contra lo pactado asuntos imprevistos le detienen por largo tiempo lejos de la familia. Cuando cosas tan raras suceden, los que las imaginaron suelen decir: tuve presentimiento, lo adiviné antes que asomase, lo olí de antemano. Y como el presentimiento es cosa tan vulgar cuan frecuente, por lo común á nadie pone receloso, ni da sueños importunos, ni turba con nubes de congoja.

De dos maneras puede ser: razonable y antojadizo. Antojadizo será el presentimiento que carezca de razón bastante, y sólo ocupe la fantasía sin persuasión del entendimiento; pero si va acompañado de alguna razón acerca del temido suceso, será razonable, siquierá de la razón no haya si no mera sombra, ó sólo conjetura. El presentimiento caprichoso no merece consideración, pues solamente estriba en antojo de fantasía; al contrario el razonable, que va fundado en motivos prudenciales, es digno de estima, porque siendo parte de la prudencia precaver lo que ha de venir, según sea el peso de los motivos será también fundada la inclinación de la balanza hacia lo dictado por el presentimiento. Y siendo prudente el motivo, es muy natural que se verifiquen las fundadas sospechas. De modo que á presentimientos muy razonables responderán verificaciones frecuentes; á menos razonables otras menos frecuentes; á poco razonables otras rarísimas y del todo fortuitas. Rodeado el hombre de circunstancias determinadas, ó la previsión racional le pondrá en manos la seguridad de los hechos, ó la nimia credulidad le condenará de imaginativo é incauto. Mas como quiera que fuere, podrá, con razón, decir que presintió lo que no llegó á ver efectuado. En conclusión: quien influye en el presentimiento no es tanto la viveza de la fantasía, cuanto la previsión de la inteligencia.

De esta suerte se podrá dar razón de dictámenes que parecen

profecías. Célebre es en la historia romana el presentimiento de Calpurnia, esposa de Julio César. Soñó la mujer una noche que veía á su esposo cosido á puñaladas en público Senado; contóle á César el sueño, aconsejándole hurtase el cuerpo á la ocasión. ¿Cómo pudo urdir la fantasía de Calpurnia el tejido de un sueño tan atroz, cuyos hilos eran tan árduos de entrever? Fácilmente, discurriendo en vela sobre rumores que á la sazón andaban y representándoselos de noche con viveza mujeril. El amor y el temor metieron la mano en el sueño. Razonables eran los motivos del presentimiento, aunque soñado. César, nombrado Dictador por el Senado, sobre haber de luchar con centenares de enemigos que se la tenían jurada y con sesenta senadores envueltos en la conjuración, amenazaba con grillos al pueblo y al Senado, respondiendo al odio general con apretar el puño cual si en él hubiese de ahogar la república romana. A los oidos de Calpurnia no podían menos de llegar los populares rumores; oirlos y prever el inminente riesgo del Dictador, era cosa natural. Más natural fué sentirlo, y, en consecuencia, soñar los puñales que en el Senado esperaban al marido. Temblando se haría piezas su corazón de sólo verle. El haber César oido sin miedo el presagio de su esposa, burlando de ella, no quita el valor á la verdad del presentimiento, porque ó él ya se lo temía todo, ó fiaba mucho de sí, ó se tenía por muy seguro, ó no quería apearse de su altanero orgullo por visiones mujeriles. Otro tanto le pasó á Pilato en el punto de dar sentencia contra Cristo, cuando su mujer le representó los sueños congojosos que aquella noche había tenido y las malas resultas que de aquella sentencia se les habían de seguir, como en hecho de verdad se les siguieron.

Una dificultad podría objetarse á la explicación natural del presentimiento de Calpurnia. Juntamente con soñar á César acribillado á puñaladas, vió en sueños cómo se cubría con la toga la cabeza antes de espirar. Ambas circunstancias se verificaron á la letra: ¿cómo pudo la mujer adivinarlas naturalmente? Esta objeción se puede soltar de dos modos: ó por vía de casualidad, ó por vía de exageración. Casual ocurrencia podía ser que entre tantas imágenes como se le habían de ofrecer á su imaginación, esta de la toga y del Senado se le representase con más viveza, y así coincidiese con la previsión soñada la acción ejecutada. Pero más probable es la exageración del relato. Suetonio en la *Vida de Julio César* da lugar á esta explicación. Suetonio, nimiamente crédulo y amigo de puntualizar menudas circunstancias, llegó á escribir la especie que Calpurnia había visto en sueños á César herido por el puñal de los asesinos en su propio seno (1). Si después la angustiada mujer, teniendo ya delante de sí el ensangrentado cadáver de su marido, al oir la exacta narración de la muerte, dió media vuelta á la de su sueño, entremetiendo las circunstancias de la toga y del Senado, que no

(1) Maritumque in gremio suo confodi, *Julius*, 18.

le habían ocurrido en el sueño, no por eso digamos quiso faltar á la verdad; pero ciertamente dista mucho de serlo, hubiese presentido aquellas particularidades del modo y del lugar del asesinato, que también podíamos poner á cuenta del historiador Suetonio.

Otros casos de presentimientos podrán verse en la *Civiltà Cattolica* (1), y la explicación que allí se da, no diversa de la precedente. Las circunstancias que anteceden á un suceso futuro dan margen á presentir su ejecución. A esto encamina sus dictámenes la prudencia auxiliada de la experiencia. Tan natural es á una mujer trastornada con temores el adivinar soñando, como al hombre presumido el despreciar por ensueños presentimientos razonables; pero también es muy natural á la mujer valerse de pormenores sabidos, para florear cautelosamente la forma de su *misterioso* sueño. Quede esto dicho aquí en prueba de que los presentimientos razonables, fundados en circunstancias de personas, de lugar y tiempo, se pueden explicar naturalmente, sin necesidad de extraña intervención.

2. Por otro estilo hemos de discurrir en los presentimientos no razonables, cuyos desatinos á la loquesca fabrica el antojo de la imaginación parlona. Mi corazón medía los pasos de los sucesos, mi alma lo adivinaba, ello me zumbó en los oídos, vivía yo receloso antes que asomase el caso fatal, el miedo me despertaba de continuo, no sucedió sin que yo lo barruntase: éstas y parecidas son las expresiones del presentimiento irrazonable. Preguntado quien así piensa, por qué se temía con tanta seguridad del evento, responderá que se le fijó en la fantasía tal cual luego vino á suceder, pero que razón de monta ninguna se le ofrecía.

Con todo eso, semejantes presentimientos vienen á tener efecto á las veces: ¿qué vínculo de causalidad guardan con los futuros sucesos? Ninguna, que valga un ardite. Las circunstancias de persona, lugar y tiempo no influyen, como aquí se supone, ni en la imaginación ni en el entendimiento del hombre; pesar las convenien cias y peligros presentes para sacar de rastro lo por venir, fuera ociosa ocupación. El ingenio más delicado habría de echarse á volar en alas de la fantasía para argüir alguna probabilidad: luego el acaecimiento futuro no puede ejercer influencia en la mente antes de salir á luz, porque la causa que no tiene ser no puede producir efecto. Si, pues, llegan á la ejecución ciertas dichas ó desgracias, nadie podrá con razón exclamar: yo las presentí de antemano. De aquí nace el salir frustrados miles de presentimientos irrazonables, siquiera uno entre mil tenga su objetiva realidad. En este caso lo que se llama fortuna, ventura, suerte, casualidad, es la causa del presentimiento y de su verificación: lo cual significa, en lenguaje filosófico, que el lance nos sale al camino sin correspondencia ninguna con el presentimiento.

En el capítulo once del Evangelio de San Juan hallamos un caso

(1) Serie XVI, vol. VI, 3 giugno 1899, pag. 531.

famoso. Los príncipes y fariseos juntan concilio en Jerusalén contra Cristo Nuestro Señor; tratan de condenarle á muerte, fundando la sentencia en razón de estado: *¿Qué hacemos?* dicen; *porque este hombre obra muchos milagros* (1). A los príncipes y fariseos el sonido de una hoja volando por el aire los hacía temblar, su corazón se hallaba ocupado con mil recelos, los sobresaltos traían inquieta su vida, cualquier ruidillo el miedo le interpretaba tumulto de armas, miraban pendientes sobre sus cabezas el golpe de una fatalidad. ¿En qué se fundaban sus presentimientos? En razones muy graves, de muchísimo tomo. Bien pesadas se las tenían los Escribas, como intérpretes de la Ley y de los Profetas. ¿Por qué no los llamaron á ellos al Concilio, para sacar en limpio la verdad de los razonables presentimientos, pues que de su dictamen debían hacer mucha cuenta, como la hizo Herodes acerca del nacimiento del Mesías? Porque los Pontífices y fariseos no buscaban quien les dijese la verdad, sino quien les fuese consejero de manga y les aderezase el consejo al gusto de su estragado paladar. Mas del presentimiento razonable hicieron un presentimiento irrazonable, dando en imaginar que la muerte de Cristo los aseguraría de la calamidad temerosa. Y así resuelven no perdonarle la vida, sino quitársela, porque si no se la quitaban, *vendrán,* decían, *los romanos y acabarán con nuestro reino y con nuestra nación*. Presentimiento infundado, contra razón y justicia. Muéreseles el corazón dentro del cuerpo, y buscan injusticia con que paliar su zozobra.

¿En qué motivos la apoyaban? En ninguno de peso, sino en el odio que contra el Salvador habían concebido; motivo imaginario, de puro antojo, respecto de los daños que les pintaba venideros su recelosa imaginación. Su misma conciencia, solícita y espantada por la representación de los males que merecían, les ayudaba á ser asombradizos, á traerles al ojo desventuras, á oler peligros á cada mudar de pie, aunque afectasen pisarlos con seguridad, pues los remordimientos de conciencia les turbaban la fantasía con sobresaltos de imágenes tan espantosas, que ya parece oían el fragor de las armas, el sonido de las trompetas, el tropel de los caballos, el ímpetu de las huestes romanas que venían á quitarles la vida y nacionalidad. La sinrazón estuvo en hacer dependiente del crédito de Cristo la desgracia de sus intereses terrenos. El presentimiento no podía ser más contrario á toda buena razón. Aunque les salió verdadero, no fué por razones humanas, sino por razones divinas; fué porque Cristo les había profetizado con cuidadosa insistencia la ruina de su ciudad, república y nación, que ellos sin dar lugar á discurso presentían inminente. Contra toda razón humana era que diese un inocente la vida por la salud de los judíos, como estos hombres desatinados fallaron; pero muy conforme á razones divinas era la

(1) Quid facimus? Quia hic homo multa signa facit. Si dimittimus eum [sic, omnes credent in eum; et venient romani, et tollent nostrum locum et gentem. 47.

muerte de Cristo por el bien universal de judíos y gentiles, como en el consistorio de la soberana Trinidad se había decretado.

No podía traslucirse con más claridad la falta de prudencia en este malhadado concilio. Si le dejamos obrar sin atajarle los pasos, decían, vendrán los romanos contra nosotros como contra gente que levanta motines, y nos perderán á todos. Con capa de celo querían solapar su pasión, como si el pueblo les hubiera de dar las gracias por lo buenos repúblicos que se habían mostrado. ¿Qué decís, fariseos, que si no dais muerte á Cristo vendrán los romanos, y harán y acontecerán? En esa misma trampa, por vosotros armada, os ha de coger Dios; en ese lazo quedaréis asidos, porque, por haber quitado á Cristo la vida, os quitarán los romanos tierra, haciendas, libertad, vidas, independencia, república, llevando cautivos á los escapados del fuego, del hambre y de las armas. ¿Dónde estuvo aquí la prudencia? La capa que tomaron por solapo de su pasión, cayóles á cuestas, los abrumó, los degolló, y fué causa de su total ruina.

3. A los príncipes y fariseos, cuarenta años después, les hubo de acontecer lo que suele á personas de ingenio, embargadas de presentimientos graves, obstinadas en su terquedad cuando ven desvanecidos cual burbujas de jabón los motivos de sus sospechas. Llámanse á engaño, porque ven con limpios ojos lo que antes la imaginación les representó como firme estribo de su confianza; pero los burlados son los mismos burladores que abusaron de su fantasía con menoscabo del entendimiento, á vueltas tal vez de una secreta pasión. ¡Cuántos vuélvense tristes y melancólicos de tanto imaginar desatinos! ¡Cuántos melancólicos pasan desmayos de recelos y paroxismos de temor por dar soga á su fantasía! Vienen á propósito estas palabras de un autor, citadas por la *Civiltà* en el tomo sexto de la serie diezisiete: *En casos bastante raros, en que los peregrinos que van al santuario de Lourdes parecen estar ciertos de su curación (autosugestionados los llaman los libres pensadores), muchos son los que quedan con su enfermedad; y los que sanan, no logran casi nunca la salud por los medios que ellos imaginaban. Quién no creía poder curar sino en Lourdes, y el mal huye del cuerpo antes de llegar allí, ó luego de haber salido con la resignación en el alma; quién aguarda el beneficio de la curación en la piscina, y en recambio recíbela en la gruta ó al pasar el Santísimo Sacramento; quién está esperando un milagro que le sane súbita y totalmente, y si bien se vuelve á casa con mejoría, mas la dolencia va cediendo con lentitud, como naturalmente, sin milagro* (1).

De lo dicho ha de inferirse, que en los presentimientos razonables lo que los traba con el suceso particular es aquel cúmulo de circunstancias tenidas en consideración por el hombre que discurre. Mas los presentimientos irrazonables, por ser engendros de la fantasía,

(1) CARLOS HÉLOT, *Necroses et possessions diaboliques*, 1897, pag. 269.

sin conexión prudencial con el evento, aunque por accidente alguna vez den su fruto en realidad, antes bien han de mirarse de medio ojo, al desgaire, y aun con total menosprecio, pues otra estimación no merecen. Comoquiera, ni los presentimientos razonables ni los irrazonables, en sí mismos considerados, poseen valor alguno para señalar con acierto la verdád de los sucesos por venir, como le tiene la profecía según lo dicho hasta aquí.

4. Otro género hay de presentimientos que por su índole traspasan los límites de lo ordinario y común. Un alma justa implora el favor de Dios, y en hecho de verdad le impetra: la invocación y la impetración andan íntimamente mancomunadas. Estos no se pueden llamar con propiedad presentimientos, porque los presentimientos ordinarios y naturales llevan conjunta, como está dicho, una cierta confianza, razonable ó antojadiza, que se promete la verificación de los sucesos; al revés de los presentimientos que decimos, en cuyo ser campea una confianza más firme, fundada en motivos de fe sobrenatural. En lugar de presentimientos deberían tener nombre de seguridades. ¿Quién denominará presentimiento aquella segurísima esperanza de los Profetas, que miran el evento futuro cual si les fuera presente, sin la menor perplejidad acerca de su puntual verificación? Tampoco merece título de presentimiento la oración del alma fiel, que estribando en las promesas del Salvador, se explaya en gemidos ante el acatamiento de Dios. Con menos motivo se intitulará así la esperanza del cielo, cuando el hombre halla en sí seguridad moral de haber hecho por conseguirle cuanto es de su parte. Estos actos, de entendimiento y voluntad, arraigados en la fe, no se pueden confundir con los presentimientos caducos y voltarios, que cuanto al entendimiento más son barruntos, y cuanto á la voluntad veleidades y antojos.

5. Pared en medio de unos y de otros hállanse aquellos presentimientos, que suelen sobrevenir á ciertas personas cuando se les va á soltar el nudo ciego de entre el cuerpo y el alma. Llenas están las Vidas de Santos de semejantes ilustraciones. Punto famoso fué este entre los filósofos griegos, originado del platonismo, que ponderaba la virtud del alma humana hasta concederla fuerza divinatriz. Aristóteles en sus *Problemas* y Tulio en sus libros *De divinación*, tocaron esta materia, como atrás queda referido.

El P. Nieremberg, citados algunos ejemplos, refiere uno muy suyo en esta forma: *Diré también lo que pasó á mi madre con un enfermo que fué á visitar estando ya para espirar, como sucedió luego. Entrando por la puerta mi madre, la dijo el agonizante: «Señora Regina (que así se llamaba), mañana le ha de nacer un hijo.» Ella lo extrañó, porque nunca se había hecho preñada después de muchos años de matrimonio, y diciendo al que estaba al lado: «Miren cómo ya no está en sí este hombre», repitió el enfermo: «No es desvario, que lo que digo es verdad, que mañana ha de tener vuestra merced un hijo.» Sucedió, pues, que al otro día yendo á misa mi madre por la mañana, halló*

á la puerta de la iglesia, que era el Carmen Calzado de esta Corte, un niño muy gracioso, que viéndole no pudo sosegarse, hasta que le hizo tomar de un esportillo en que estaba, y le adoptó por hijo criándole como tal, porque Dios le diera alguno; y después de estas obras de piedad que hizo, fué oída su petición, porque yo nací algunos años después y estuve diez años engañado, pensando tenía otro hermano, reverenciando por mi hermano mayor aquel que fué tomado de la puerta de la iglesia: tan como hijo le trataban mis padres, y como tal le quería mi madre, y perseveró siempre en hacerle bien (1). La ignorancia de la calidad del moribundo nos ata aquí las manos para calificar este presentimiento. Tal vez estaba el hombre en autos, ó sabía de buen original lo prevenido á la Señora Regina, siquiera respecto de la criatura que había de venir á dar en sus manos.

Otro ejemplo cita San Agustín, de un enfermo que en medio de su delirio notificó la muerte de una mujer, no como quien predice cosa futura, sino como quien recuerda cosa pasada, en esta forma: *Yo la vi llevar al cementerio; por aquí pasaron con su cadáver*. La verdad fué, que á los pocos días, estando buena y sana, dióle de súbito el mal de la muerte, y fué llevada por el sitio que el enfermo había anunciado (2). A este tono podríamos amontonar casos infinitos de personas que estando á punto de salir de la vida, dijeron ó sintieron cosas, declaradas por el suceso verdaderas.

6. Qué razón se deba dar de tales efectos, no es fácil declararlo. San Agustín quedó perplejo en esta materia, mostrando más deseo de oir que de dictar sentencia. Pero declara su parecer diciendo: *Yo comparo semejantes visiones á las de los que sueñan. Porque así como las visiones en sueños son á veces falsas, á veces verdaderas, ora alborotadas, ora tranquilas, y las verdaderas alguna vez son semejantes á las futuras, y las manifestadas con claridad á las veces se denotan con significaciones obscuras y con casi figuradas locuciones, así también se ha de pensar de las otras... Al que me preguntare de dónde procede que en éxtasis se ofrezcan visiones semejantes á las cosas corpóreas, le preguntaré yo á mi vez de dónde nace el ofrecérseles á los durmientes las cosas que cada día el alma percibe, y nadie tiene cuidado de inquirirlas* (3). Más claramente da el Santo Doctor su parecer

(1) *Oculta filos.*, lib. I. cap. LXXI.

(2) Novimus etiam sine dubitatione phreneticum futuram mortem cujusdam feminae praedixisse; non sane specie divinandi, sed tanquam factum ac praeteritum recolentem. Nam cum ejus apud eum commemoratio fieret, «Mortua est, inquit, ego eam vidi efferri, hac cum ejus corpore transierunt», cum illa incolumis viveret. Post paucos dies repente defuncta est, et per eum locum elata est, quem ille praedixerat. *De Genes. ad litt.* lib. XII, cap. XVII.

(3) Istarum visionum et divinationum causas et modos vestigare si quis potest, certoque comprehendere, eum magis audire vellem, quam de me expectari ut ipse dissererem. Quid tamen putem, ita ut nec docti me tanquam confirmanten derideant, nec indocti tanquam docentem accipiant, sed utrique disceptantem et quaerentem potius quam scientem, non ocultabo. Ego visa ista omnia visis comparo somniantium. Sicut enim aliquando et haec falsa, aliquando autem vera sunt, aliquando perturbata, aliquando tranquilla; ipsa autem vera, aliquando futuris omnino similia, vel aperte dicta, aliquando

cuando confiesa de plano que le falta de todo punto la luz. Pero puesto en la consideración de la fantasía, halla en ella mayor motivo de pasmo, al ver con qué facilidad y presteza fabrica el alma imágenes de cuerpos que por los sentidos percibió.

De dos causas pueden provenir los presentimientos de los moribundos: de sutileza interior del alma, de virtud exterior. Fuerza divinatoria no la posee el alma humana de su cosecha, como va dicho y probado atrás. A lo sumo podrá estar sospechosa de sucesos que están por venir, cuando tengan alguna relación con otros conocidos. También la disposición natural podrá mover la fantasía á representar remusgos de cosas futuras, que el enfermo echará á buena ó mala parte, no siempre cierta ni claramente.

Respecto, pues, de los moribundos, que dijeron de antemano que se habían ellos de morir ó que otros habían de hacer y acontecer tales y tales cosas, pueden explicarse sus dichos por la mayor sutileza de la discursiva. Hallándose con el espíritu más desembarazado de los sentidos, como lo está en sueños, pueden algunos penetrar con más particular fijeza, que otros ó que ellos mismos en otra disposición, el enlace de las circunstancias presentes con los sucesos futuros, siendo cosa llana que lo por venir anda eslabonado con lo pasado y con lo presente por cierto orden de causa y efecto; dependencia, que los moribundos, si gozan uso pleno de sus facultades, rastrean á veces con gran perspicacidad. Así se podrá dar razón de cosas por venir que anunciaron los dementes, los frenéticos, los furiosos, en quienes no es pequeña parte de su estado anormal el asegurar con certidumbre, sin fundamento razonable, la verificación de sus predicciones. ¡Pero cuántas veces oliendo el asunto dióles mala espina, y moviéndose por causas ligeras á denunciarle, les salió al revés la denuncia!

Fuera de esto, estando el alma del moribundo más sosegada, por menos sujeta á la acción de los sentidos, hállase más idónea para recibir de agente exterior sugestiones oportunas con que antever lo por venir y pronunciarlo á tiempo, á la manera que vemos en Jacob y en Moisés cuando en la cercanía de la muerte la imbecilidad misma del cuerpo les ayudó á percibir mejor las ilustraciones de lo alto. Muy de notar es aquí la advertencia del P. Nieremberg. *Esta disposición de la muerte vecina tiene*, dice, *otra circunstancia que no ayuda poco, y es que en aquel artículo tiene más peso cualquier dicho,*

obscuris significationibus et quasi figuratis locutionibus pronuntiata: sic etiam illa omnia...—Quisquis ergo ex me quaerit, unde visa corporalibus similia in exstasi appareant, quae raro accidit animae; vicissim quaero, unde appareant dormientibus quae quotidie sentit anima, et nemo istud aut non multum curat inquirere. Quasi vero ideo minus mira sit talium natura visorum, quia quotidiana est; aut ideo minus curanda, quia omnium est; aut si recte faciunt qui ista non quaerunt, non rectius fecerint si nec in illa curiosi sint. Ego vero multo amplius admiror, multoque magis stupeo, quanta celeritate ac facilitate in se anima fabricetur imagines corporum, quae per corporis oculos viderit, quam somniantium vel in exstasi visiones. Quaecumque tamen illa natura visorum est, procul dubio corpus non est. Hoc nosse cui non sufficit, unde etiam existant, inquirat ab aliis; me ignorare confiteor. *De Genes. ad litt.*, lib. XII, cap. XVIII.

y queda más en la memoria, por lo cual es más á propósito para autorizarse entonces lo que se inspirare (1).

De todo esto se concluye, que la vejez, la debilidad del cuerpo, la sutileza del alma son motivos naturales que dan lugar al presentimiento razonable, y le hacen tan digno de estima cuanto sea el peso de los motivos en que se apoya. Mas cuando los motivos para esperar la muerte de un individuo en tiempo determinado, traspasan la raya de lo natural, como se cuenta en muchas Vidas de Santos, el presentimiento recibe otra denominación y pasa á ser ó profecía ó siquiera instinto profético.

7. Otros presentimientos se pudieran aquí señalar, que sin pertenecer á operación mística, cuadran muy bien con la amorosa providencia de Dios. ¡Cuántas veces aprietan al hombre inquietudes de improviso, ó nacidas de un amigable consejero, ó resultantes de un sermón oído, ú ocasionadas de una conversación casual, ó estimuladas por un raro sueño! ¿Será imprudencia, á vista de semejantes estímulos, darse el hombre por avisado, y poner asiento en las cosas de su casa, extender el testamento, orillar negocios de familia, disponer, en fin, su alma para el viaje de la eternidad? De ninguna manera: aunque Dios no revele á cada paso, no cesa de gobernar las almas con secretísimas y maravillosas inspiraciones, de todos modos, valiéndose de mil trazas, con que asegurar la paz interior de las conciencias. Un hombre que entra en la persuasión de que la muerte le tiene ya echado el dogal al cuello, obrará prudentemente cediendo á los impulsos. *Este será entre los presentimientos el más razonable que se pueda imaginar*, dice *La Civiltà* con harta razón (Serie XVII, vol. VII, pág. 147).

Entra después *La Civiltà* en el examen de dos sueños, que hace al caso conmemorar. Santa Juana Francisca Fremiot de Chanta era todavía joven, cuando el barón, su marido, le contó un sueño muy raro. Parecióle soñando ver su hábito teñido de bermejo; al referírselo á su esposa dióle á entender que, según del sueño colegía, le tocaba quedar herido en alguna refriega y ver ensangrentadas sus insignias. Hizo burla del cuento la santa mujer, no sin hacerla también del sueño que ella propia aquella misma noche había tenido. *Soñé yo*, dijo, *que andaba cubierta con velo negro, al estilo de las viudas; pero hago cuenta que eso nace de vivas imágenes ocasionadas por tu larga enfermedad: á mí no se me da un alfiler de todo eso* (2). A la sencilla narración de la mujer respondió el marido alzando los ojos al cielo. La verdad del caso fué, que á los pocos días de haber soñado, un primo suyo le hirió al descuido en la caza; herida mortal, que solo dió lugar á confesarse. Murió cristianamente.

El presentimiento del barón ¿fué razonable? Por más que el re-

(1) *Oculta filos.* lib I, cap. LXXI.

(2) La relación de ambo sueños consta de fuente histórica muy pura, cual es el libro de las *Mémoires sur la vie et les vertus de S. Jeanne-Françoise Fremiot de Chantal* (1874 pág. 29), escrito por la Madre F.-M. de Changy, Secretaria de la Santa.

lato de la baronesa quedase encubierto con la capa del disimulo, hizo en él harta mella, la que podía esperarse de un militar denodado. No consta qué precauciones tomaría para hurtar el cuerpo al peligro; tal vez se daría por amonestado con aquel aviso. Si se halló perplejo en semejante conflicto, probaría que atribuyó estima al presentimiento de muerte cercana. Mas nada de eso nos consta. Es muy verosímil que al llamar al sacerdote para ponerse bien con Dios, se acusase de remiso en no haber hecho más caso de la divina providencia. Siendo esto así, parece que no hubo aquí presentimiento, porque faltó la persuasión de entrambos cónyuges.





CAPÍTULO III.

La adivinación

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Tercer agente de predicciones sobre cosas futuras.—El demonio.—La adivinación.—2. Juicio de los paganos.—3. Juicio de los cristianos.—4. Arte divinatorio: su limitación.—5. La *cleromancia*, usada en la gentilidad.—6. Tres maneras de cleromancia: divisoria, consultoria, divinatoria. 7. La Iglesia reprobó el sortilegio.—Casos notables.—8. Elección de San Martín.—9. Otras decisiones por la *suerte de los Santos*.—10. Los capítulos de San Ibón condenan la *cleromancia* por supersticiosa.

1. En la previsión y predicción de lo por venir han declarado los dos capítulos antecedentes qué parte pueda caber á la naturaleza y á la fantasía. La Profecía campea triunfante sobre lo natural y humano, porque la ciencia de Dios dista infinito de la ciencia estampada en el libro de la naturaleza y en el campo de la fantasía. Pero demás de estos dos agentes ejerce influjo en los hombres el espíritu del mal, el demonio, enemigo de la verdad, conocedor de muchos secretos. Hasta dónde puede llegar su previsión es lo que este capítulo va á poner de manifiesto, con el favor de Dios.

Si hubiéramos de tratar la divinación conforme pide la fuerza de su nombre, á sólo Dios debería tributarse, por ser propiedad peculiar suya todo cuanto atañe á ciencia de cosas arcanas. Pero tan mala fama cobró en todo tiempo la divinación, que sólo se halla en la Escritura Sagrada un lugar, que es el de los Proverbios (1), donde no se eche á mala parte. Llamaban los latinos *divinación* la elección que hacía el juez entre varios acusadores, prefiriendo á uno so-

(1) Divinatio in labiis regis; in judicio non errabit os ejus. Prov. XVI, 10.—El Padre Salazar, en su *Comentario*, toma aquí la voz *divinatio* en sentido de prudente consulta: Exhortatur Salomon principes ac reges, ut antequam aliquid pronuntient aut decernant aut demandent, per illam prudentiae vim praesagam futuros eventus animo et cogitatione antevertant; ex quo fiet ut nunquam in ferendis judiciis deerrent.

bre los demás para la prosecución de causa; elección que, por no estribar en ningún decreto de ley, sino en la sola conjetura humana, recibía el nombre de divinación, y así intituló el orador romano su primera acción contra Verres, en donde disputa entre dos acusadores cuál debía preferirse. De manera que divinación ha sonado siempre conjetura hecha al arbitrio, barrunto expuesto á error, previsión y premeditación prudencial, y por esta causa se aplica bien á las vaticinaciones mágicas, á las interpretaciones curiosas, á los oráculos falibles. La misma voz hebrea *kesem*, קֶסֶם, que corresponde á divinación, nunca se emplea para denotar Profecía.

Por eso, en las Escrituras, reciben nombre de adivinos los que por astucia fraudulenta ó por arte del demonio predicen cosas futuras ó secretas (1). Esto no obstante, no se ha de negar la adivinación natural, pues los hombres suelen ser muy curiosos en echar juicios y pronósticos sobre efectos, que puesta una causa natural han de seguirse, aunque la acción de dicha causa ande complicada con otras operaciones extrañas de dificultosa prenoción, como lo vemos en los astrónomos, médicos, químicos, agricultores, meteorólogos marinos, que suelen desbarrar en sus adivinaciones, no porque el diablo les arme trampa, sino por no atar bien los cabos de los efectos, ó por no tener bien penetrada la virtud de las causas naturales.

Estando tan entrañada en los tuétanos del humano ingenio la codicia de saber cosas ocultas, aprovechándose el hombre de la experiencia para prevenirse contra los futuros azares, so capa de mirar por su comodidad, según aquello de Virgilio

Todo el vate lo husmea;
Por lo presente y pasado
Lo que ha de venir rastrea (2),

y siendo muy arduas de alcanzar las más de las cosas futuras; no es maravilla que haya llamado á veces en su auxilio el favor del demonio, sin apenas echar de ver las consecuencias de su desatinado consejo. De la intervención diabólica y de la cooperación humana nacieron adivinaciones de singular importancia, que conviene poner en clara luz para dirección del escarmiento en honra de la profecía.

2. Primeramente, sentencia de filósofos paganos fué que la divinación era obra del demonio. Platón lo expresó abiertamente, diciendo: *Mediante los demonios procede todo vaticinio, porque Dios no se mezcla con los hombres* (3). Sostenía Platón que por cuanto Dios se desdeñaba de tratar con los hombres por sí directamente, serviase

(1) Levit. XX.—Num. XXII.—Deut. XVIII.—I Reg. VI.—IV Reg. XVII.—Is. VIII. 19.—Jer. XIV, 27.—Ezech. XIII, 21.—Mich. III.—Zachar. X.

(2) Novit namque omnia vates,
Quae sunt, quae fuerunt, quae mox ventura trahuntur.
Georgic., lib. II.

(3) Διὰ τούτου καὶ ἡ μαντὶς πᾶσα... Θέος γὰρ ἀνθρώπῳ οὐ μίγνουνται, ἀλλὰ διὰ τούτυο ἐστὶν ἡ ὁμιλία.—*Banquete.*

de los demonios ó espíritus subordinados, los cuales á fuer de mensajeros de las órdenes divinas, las transmiten á los que duermen ó á los que velan, indistintamente. A este lugar del *Banquete* platónico alude Apuleyo, esforzando la autoridad del maestro con exposición más declarada. *Por estos demonios, como Platón dice en su Banquete, se rigen todos los anuncios y milagros mágicos y especies de vaticinios. Los escogidos entre ellos cuidan próvidamente cada cual de su distrito, ya en el confirmar sueños, ya en el investigar intestinos, ora en el inspirar á los vates, ora en el lanzar de los rayos ó fulgurar de las nubes; de forma que por estas cosas conocemos lo futuro, conforme á la voluntad y numen de los celestes, pero mediante el servicio y acción de los demonios.* Señala Apuleyo varios prodigios, fabulillas de aguachirle, que atribuye á los demonios, y añade: *Todo esto, como dije, llevan al cabo las potestades medianeras entre los hombres y los dioses.* Así habla en el libro intitulado *Del Dios de Sócrates.*

Al tenor de este neoplatónico habla Porfirio, cuyo testimonio cita Eusebio en su *Preparación Evangélica;* sino que da á los buenos demonios el ministerio de vaticinar (1). Oportunamente avisa Porfirio que *no todos saben interpretar los vaticinios* de los buenos demonios, ni entender la significación de sus hablas y señales. Una carta cita el mismo Eusebio (2) del propio Porfirio, escrita al egipcio Anebón, en que propone varias dudas sobre la acción de los mágicos en las invocaciones de los demonios. La primera duda es por qué invocando los mágicos y rogando á los demonios como á superiores, con todo eso, les imponen precepto como á inferiores, obligándolos á cumplir lo mandado. La segunda, por qué los dioses de los magos ordenan que los hombres sean justos, y con todo, ellos, por orden de los magos, cometen injusticias y maldades. A este modo va poniendo Porfirio otros siete dubios, en que se descubre bien á las claras cómo el autor de las adivinaciones era el espíritu malo, aunque el platónico lo pareciese dudar.

A los dubios de Porfirio intentó responder Jamblico en su libro *De mysteriis aegyptiorum;* pero con tan mala gracia respondió, que hizo las respuestas más absurdas é increíbles que las mismas preguntas. No obstante la suma dificultad de descifrarlas, una cosa dejó en pie, la ingerencia del mal demonio en la adivinación pagana. *Cuando se logra un vaticinio por los cuerpos de los animales sagrados, no hemos de pensar,* dice, *que los dioses se les acerquen, sino los demonios* (3). Común sentir fué de los autores griegos, que la adivinación era obra de los dáimones, no de los hombres ni de los dioses.

3. En tales términos andaba acreditada esta opinión, en los primeros siglos del cristianismo, que los apologistas publicaron por

(1) Boni daemones officia sua numquam deserunt, sed imminentia passim a malis pericula pro facultate significant, tum in somnis ostendentes, tum per animos divinitus inspiratos, perque alia multa, sed non quivis significata cognoscit, lib. IV, cap. IV.

(2) *De Praepar. Evang.*, lib. V, cap. VI.

(3) PEREIRA, *De magia*, lib. I, cap. V.

verdad llana la procedencia diabólica de la divinación. Lactancio no puso el menor reparo en atribuir á los demonios toda esta parte de magia maléfica (1). Resume San Cipriano todos los estilos usados de adivinación en su libro *De idolorum vanitate;* allí describe cómo los demonios henchían de entusiasmo los pechos de los vates, cómo animaban las fibras de las entrañas animales, cómo gobernaban el vuelo de los pájaros, como, en fin, proferían oráculos mezclando cosas falsas con las verdaderas (2). Igual juicio formó San Agustín de la adivinación; expúsole en la *Doctrina cristiana* (3). Siguió su dictamen Teodoreto (4). Ni es necesario traer más autoridades en cosa tan conocida y común. Los apologistas del tercero y cuarto siglo anduvieron acordes en atribuir á los demonios el vaticinio artificioso. General opinión fué de los autores cristianos que los demonios, ambiciosos de honra, cuando los gentiles los brindaban con ella, volaban al punto á entronizarse en las estatuas y santuarios para desde allí seducir con embelecos á los hombres (5).

4. Podría ponerse en tela de juicio la realidad del arte divinatorio, si no hiciesen tanta fuerza las autoridades de gentiles y de cristianos, que no fueron dueños de negar los oídos á la verdad de las cosas. La adivinación, que con el andar de los tiempos vino á constituir toda la substancia del paganismo, apoderándose de todo lo sagrado y profano; la adivinación, común á griegos y latinos, á egipcios y caldeos, á indios y persas; la adivinación, que entretenía y sustentaba turba casi infinita de augures, vestales, pontífices, nigromantes, templos, santuarios, colegios, instituciones; la adivinación, que se llevaba los ojos públicos por la fama de obra religiosísima y santa, honrosa á los dioses, saludable á la república, necesaria y conveniente; la adivinación, acompañada de tantas maravillas, ruidos y aplausos, como la historia nos la presenta, no puede ser mero fantasma, cosa real hubo de ser, verdad histórica posee sin género de duda. Las reticencias y medias palabras con que ciertos escritores modernos (6) afectan desdeñarla, indican un concepto muy superficial acerca de la historia pagana.

Antes de proseguir en la exposición de este notabilísimo agente, será del caso repetir aquí lo asentado en otro lugar respecto de los

---

(1) Eorum daemonum scilicet inventa sunt astrologia et haruspicina et auguratio et ipsa quae dicuntur oracula, et necromantia et ars magica, et quidquid praeter ea malorum exercent homines, vel palam vel oculte; quae omnia per se falsa sunt. *De orig. error.*, lib. II, cap. XVII.

(2) Hi spiritus sub statuis atque imaginibus consecratis delitescunt; hi afflatu suo vatum pectora inspirant, extorum fibras animant, avium volatus gubernant, sortes regunt, oracula efficiunt, falsa veris semper involunt.

(3) Lib. II, cap. XIX.

(4) *Graecor. affection.*, lib. X.

(5) S. AGUSTÍN: Sicut spiritus signis per varia genera lapidum, herbarum, lignorum, animalium, carminum, rituum et ejusmodi, adsunt confestim allecti divinis honoribus, quos eis falso exhibent homines admiratione operum ac dictorum eorum correpti, suis fraudibus decepturi, id quod modis omnibus artibusque confictis pro hominum aviditate procurant. *De civit. Dei*, lib. XXI, cap. VI.

(6) LECANU, *Ditionn. des Prophetics*, art. *Divination*.

límites á que se extiende el conocimiento del demonio cuanto á las cosas futuras ó secretas (1). Su noticia no pasa la raya de los secretos naturales ajustados al curso de las leyes cósmicas. Los designios de la humana voluntad, y sin comparación los de la divina, le son tan del todo ajenos, que necedad y locura será todo cuanto diga ó anuncie acerca de los futuros libres. Pero habiendo el Señor revelado á sus Profetas descubiertamente muchas cosas tocantes al Mesías, no será de maravillar si alguna de ellas se le pegó al demonio á los oídos, con cuyos remusgos da soplo á los de sus mismos vates, como decíamos con San Agustín en el lugar citado del libro primero. De este suerte, si algún resabio de verdad sobrenatural se trasluce en los oráculos del paganismo, pertenece al tesoro de los Profetas hebreos, como hurto hecho por los demonios con apariencias de verdad propia.

Asentados estos preliminares, acerca de la adivinación, en cuatro partes podemos considerarla dividida, según los cuatro géneros de predicciones que de ella suelen resultar, esto es, suertes, augurios, oráculos, portentos. Porque unas veces se investiga lo por venir de una persona ó de un suceso por medio de la suerte; otras por medio de signos naturales ó artificiales; otras por medio de respuestas articuladas ó significadas; otras, en fin, mediante la aparición de cosas extraordinarias. De aquí nacen las cuatro maneras de adivinación que Santo Tomás trató y tuvo por comprensivas de toda la materia divinatoria (2).

5. La *Cleromancia,* adivinación por suertes, sortilegio, se entiende aquella manera artificiosa de descubrir las cosas ocultas y de predecir los sucesos futuros por medio de cartas, dados, números, letras, nombres y semejantes adminículos, no proporcionados con el efecto que se desea conseguir, cuya desproporción evidente hace reprobable el sortilegio. Sin embargo de serlo á todas luces, estuvo en vigor entre los paganos. Llamóse entre los griegos *suerte pitagórica* aquella en que se adivinaba la muerte ó la vida de un personaje, según que su nombre tuviese mayor ó menor número de letras que el de su competidor. Patroclo murió á manos de Héctor porque las letras de su nombre valían menos aritméticamente; y por la misma causa Héctor cayó vencido por Aquiles porque llevaba en su nombre letras de menor valor numérico. En esta suerte de divinación, ó es todo patraña, ó interviene demonio. Otra manera de adivinar era el dado. Poner en el tumbo de un dado la vida ó la muerte, la fortuna y el azar, ¡qué cosa más temeraria! Aunque el demonio sea la quinta esencia de la astucia, no siempre hace mal de socapa en la cleromántica adivinación, porque el hombre en muchos lances más sencillo que astuto mete la mano donde no debiera, abusando de su libertad. Pero en hartas ocasiones hácese agente del

---

(1) Lib. I, cap. V, art. II, n. 3.
(2) 2.ª 2.ªe q. XCV, c. 3.—Contra Gent. III, cap. CLIV.—Opusc. XXV, cap. III.

diablo, que si trae con acierto los dedos en el adivinar por las cartas, al demonio se lo debe, cuando no á su propia fullería.

Los chinos mostráronse curiosos en prenunciar las cosas secretas y futuras, como los demás gentiles. El sortilegio les era conocido, si atendemos al Shu-King, uno de sus libros sacros. El *pu* y el *chi* fueron las industrias de su *cleromancia*. El *pu* consistía en, asurada una tortuga, examinar las líneas y figuras que el fuego dejaba grabadas en el caparazón quemado; por ahí determinaban la voluntad del cielo. El *chi* era una hierba, cuyas hojas y fibrillas atentamente observadas se comparaban sus figuras con las figuras del libro I-King; revolvían la hierba otra vez, y examinadas las nuevas figuras, por ellas pronosticaban la voluntad de Dios. Condición indispensable para consultar el *pu* y el *chi*, era la virtud del sacerdote intérprete (1). De esta manera de sortilegio usaron algunos emperadores chinos para conocer anticipadamente los sucesores del trono, si bien parece haber sido éste en gran parte medio industrioso para satisfacer á la creencia popular.

La Rabdomancia, ó adivinación por medio de varas, redúcese al sortilegio, cuando con varillas, saetas, palillos, se inquiere lo futuro ó arcano. El Profeta Oseas reprende á los judíos su viciosa manera de indagar las cosas futuras (2). A un palo pedían favor, y el palo les descubría lo que estaba por venir; superstición, que parece se les había pegado de los caldeos á los judíos. Tomaban dos varas ó saetas, determinando antes cuál de las dos representaba la parte vencida, cuál la victoriosa; mientras las echaban en alto, pronunciaban versos y palabras de encantamiento; al caer cruzábanse en el suelo; la que caía debajo era reputada la vencida, y la que encima la vencedora. En Ezequiel hay una alusión á esta manera de adivinanza. Quería el Rey de Babilonia saber si iría primero contra Jerusalén ó contra Rabaad; detiénese en la encrucijada, toma dos saetas, arrójalas al aire, sale la suerte contra Jerusalén, por haber caído la una saeta debajo de la otra (3). Por eso decíamos que esta manera de adivinanza la tomaron los judíos de los babilonios.

---

(1) El abate Peisson, tratando esta materia, cita las palabras de un autor chino, en esta forma: «Si vous avez un doute important, examinez vous-même, consultez les grands, les ministres et le peuple; consultez le *pou* et le *chi*. Lorsque tout se réunit pour indiquer et faire voir la même chose, c'est ce qu'on apelle le grand accord: vous aurez la tranquillité, la force, et vos descendants seront dans la foi. Si les grands, les ministres et le peuple disent d'une manière, et que vous soyez d' un avis contraire, mais conforme aux indices de la *tortue* et du *chi*, votre avis réussira. Si vous voyez les grands et les ministres d' accord avec la *tortue* et le *chi*, quoique vous et le peuple soyez d'un avis contraire, tout réussira également. Si le peuple, la *tortue* et le *chi* son d'accord, quoique vous, les grands et les ministres vous vous réunissiez pour le contraire, vous réussirez dans le dedans, mais non au dehors. Si la *tortue* et le *chi* sont contraires au sentiment des hommes, ce sera un bien que de ne rien entrependre: il n' en résulterait que du mal.— *Revue des religions*, t. VII, 1895, p. 417.

(2) Populus hic in ligno suo interrogavit, et baculus ejus annuntiavit ei, spiritus fornicationum decepit eos. Os. IV.

(3) Statit enim Rex Babylonis in bivio, in capite duarum viarum, divinationes quaerens, commiscens sagittas. Ezech. XXI.

La manera de sortear usada por los Burenses se sabe por deposición de Pausanias. Entraban á encomendarse á la estatua de Hércules encovada en la obscuridad, cogían un puñado de dados, echaban cuatro sobre la mesa, y las figuras escritas en ellos daban razón de la divina voluntad (1). Cicerón nos entera del modo de sortear que se estilaba en Preneste. *Cada año,* dice, *á principios de Enero, se sacaban de una columna hueca, por un cierto orden, las suertes, y juntándolas todas por el mismo orden, se respondía con ellas á las preguntas* (2). Así se notificó á Domiciano la muerte, como lo escribe Suetonio. Conocida y vulgar era el echar de los dados para adivinar la suerte. El mismo Suetonio cuenta que los dados le avisaron á Calígula se recatase de Casio. Famosas se hicieron las suertes por versos de Virgilio. Alejandro Severo, siendo niño, dió con aquellos versos de la Eneida, libro sexto,

Tu regere imperio populos, romane, memento;

y no dudó que la fortuna le convidaba á empuñar el gobierno imperial. Por el mismo estilo muchos hombres fanáticos y mujercillas supersticiosas so color de religión, buscan la buenaventura en figurillas caprichosas, en rasguños y garabatos antiguos.

6. De tres maneras puédese entender el conocimiento de cosas futuras por medio de la suerte, según sea ésta, divisoria, consultoria ó divinatoria. Divisoria es la suerte que decide un derecho dudoso ó un litigio complicado, mediante la división, cuando no se ofrecen probanzas judiciales decisivas. Josué repartió á los hijos de Israel la tierra de promisión, echando suertes delante de Dios en Silo (3). La Iglesia condena la suerte cuando las circunstancias bastan para definir la elección entre dos ó más pretendientes (4). Pero una cosa es elegir por suerte, y otra decidir por el juicio de la suerte la elección hecha entre dos escogidos que son dignos por un igual: esto último no se opone á la equidad y recta razón, como se vió en la elección de San Matías. En la cual *fueron elegidos dos por juicio humano,* dice San Agustín, *y de los dos fué señalado uno por el juicio divino. De los dos fué consultado Dios cuál de ellos le agradaba, y cupo la suerte á Matías* (5). De ella se hablará luego.

Los romanos solían dividir por suerte los gobiernos de las provincias. En otras muchas naciones, para quitar rencillas viejas y

---

(1) Qui consultum venere, precatione peracta ad signum, votisque nuncupatis, talos ex ea quae in promptu est copia; injiciunt quatuor super mensa; inscripti sunt certis notis tali singuli, eorum illi notarum interpretationem in tabulis similitudinem secuti requirunt. *De rebus achaicis*, lib. VII.

(2) Quotannis enim kalendis Januarii ex cavata columna in qua reservabantur sortes eximebantur, illisque qua eductæ erant serie mutuo junctis, integra responsa absolvebantur. *De divin.*, lib I.

(3) Jos. XVIII, 10.

(4) Neque ex sortibus, neque ex fortuitis circunstantiis sed ex electione. — HONORIO II: Sortis usum in electionibus perpetua prohibitione damnamus. *Cod. de episc. et cler.*, I, 3.—*De sortileg.*, V, 21.

(5) *Super psalm.* XXX.

dirimir disputas, usaron de las suertes. Este género divisorio no es ilícito, sino al revés, muy útil para componer negocios gravísimos con beneplácito de entrambas partes. Y así se ha aplicado justamente el sorteo en el dirimir controversias y pleitos, en el repartir herencias y cargos, en el lograr magistrados probos, en las elecciones sagradas y profanas (1).

La suerte consultoria dícese aquella con que es Dios consultado acerca de la elección entre dos ó más personas. Entre las doce varas, que llevaban escritos los nombres de los doce príncipes de Israel, colocadas en el Tabernáculo del testimonio, la de Aarón floreció con hojas y frutos, dando á conocer que á él le correspondía el sumo sacerdocio (Núm. XVII). En suerte le cupo también á Zacarías la turificación delante de Dios (Luc. I). Si se echa la suerte con la debida reverencia, lo notó Santo Tomás (2), no se prohibe por la ley evangélica. San Agustín así lo enseña (3), y San Francisco de Asís lo ejercitó (4) ofreciendo plegarias á Dios para salir de perplejidad insoluble.

Solamente en casos graves dieron lugar los Santos á este linaje de suertes, cual fué, por ejemplo, la elección de San Matías. Ignorando los Apóstoles cuál era el escogido de Dios para llenar el vacío del traidor Judas, en negocio tan arduo, como era la elección de un Apóstol, que Cristo había reservado para sí antes de subir al cielo sin dejar señalada manera alguna de nombramiento, parecióles á todos echar á modo de suerte el juicio remitiéndole á solo Dios. Para el acierto, estimaron necesario, después de proponer los dos, Bársabas y Matías, solicitar la manifestación de la divina voluntad con la plegaria que en los *Actos* queda escrita. Después de la cual, *echaron suertes en ellos, y le cayó en suerte á Matías la elección y fué contado con los once Apóstoles* (5). En los Proverbios se dice: *Las suertes se echan en el seno, pero Dios las revuelve y baraja* (6); dándose á entender que no es arte ilícito el sortear con ánimo de conocer la voluntad y disposición divina: así fueron empleadas las suertes en el Viejo Testamento (7).

Mas si se emplean las suertes consultorias para satisfacer á una frívola curiosidad con supersticiosa confianza, la Iglesia las baldona y prohibe. Por este motivo son reprobables las *suertes de los santos* (es decir, de los *Santos Libros*), que consisten en abrir por acaso la Biblia ó libro de un Santo Padre, y tomar por respuesta á la pregunta el sentido del primer verso ó expresión que se halla en parte

---

(1) SUÁREZ, *De relig.*, lib. II, cap. XII.—SÁNCHEZ, *Decal.*, lib. II, cap. XXXVIII.—DEL RÍO, *Magic.*, lib. IV, cap. IV.—TORREBLANCA, *Jur. spir.*, lib. VIII, cap. VII.

(2) 2.ª 2.ªᵉ, q. XCV, a. 8.

(3) *In psalm.*, XXX.—*De doctri. christ.*, lib. I, cap. XXVIII.—*Epist. CVIII ad Honor.*

(4) S. BUENAVENTURA, *Vita*, cap. XIII.

(5) Et dederunt sortes eis, et cecidit sors super Mathiam; et annumeratus est cum undecim Apostolis. *Act.*, I, 26.

(6) Sortes mittuntur in sinum, sed a Domino temperantur. *Prov.*, XVI, 23.

(7) Levit., XVI.—Num. XXXIII.—Josué, XVIII.

determinada de la página. Al mismo género de prohibición pertenecen las *ordalias* de la Edad Media, cuyo uso la Iglesia mitigó y dirigió con notable acierto y cautela (1).

Para salvar la licitud del sortilegio, no ha de esperarse del hado, ni de las estrellas, ni del demonio, ni del arte, ni de otra causa el deseado efecto, sino de solo Dios, en cuyas manos está nuestra suerte (2). Tampoco se ha de emplear en el sorteo superstición ni cosa alguna sagrada, sin protervia ni intención de hacer á nadie daño, pues solo el celo de la voluntad divina y de la verdadera piedad ha de guiar á los sorteantes.

Finalmente, la suerte adivinatoria, al intento de descubrir cosas ocultas, predecir sucesos futuros, determinar secretos humanos, si no interviene la ciencia divina, es de todo punto supersticiosa. Gedeón confía en Dios cuando le pregunta si salvará al pueblo de Israel; y en prenda del favor prometido extiende en el suelo el vellón de lana esperando que el rocío la mojará y dejará seca la tierra (3), como en efecto así sucedió, en señal de la divina elección. De otros lances parecidos hace memoria la Sagrada Escritura (4), en que patentemente luce el instinto de la revelación divina, y no la fortuita conjetura, por señales visibles é indubitables. En la ley evangélica, en que la corriente de la revelación divina detuvo su curso, se hizo menos frecuente y aun perdió su vigor el uso de la suerte divinatoria, tornándose supersticioso.

Entre otros ejemplos, que se leen en las Vidas de los Santos, célebres son los de San Francisco y Santo Domingo. El primero, deseoso de agradar á Dios y de saber su beneplácito, después de mucha oración y penitencia, abrió los Santos Evangelios y lo primero que leyó fué aquel consejo dado por Cristo (Luc. X) á sus apóstoles de no llevar báculo ni alforja, calzado ni pecunia: tomó como por elección divina lo que acababa de leer, y fundó sobre ello su religión de pobres. Santo Domingo, oyendo un día en el Prefacio de la Misa aquellas palabras *collaudare, benedicere et praedicare*, sintióse movido por igual motivo á instituir su orden de Predicadores. Ejemplos son estos dos más admirables que imitables, por la gran prudencia y discreción que requieren.

7. Contra el sortilegio fué pronunciada sentencia por la Iglesia de Dios desde los primeros siglos, y fulminada de nuevo condenación en los posteriores. Con todo eso, en no pocos lances acudieron los fieles á la adivinación por suertes para averiguar lo que debían resolver. En el siglo VIII, por la violencia de un naufragio, fué arrojada á orillas de la Mancha una caja de madera, que contenía el *lignum crucis* y parte de la cabeza de San Jorge. Los que la recogieron, á imitación de los filisteos de Palestina, colocaron el relica-

(1) *Dictionn. de théol.*, art. *Sortilège*.

(2) *Psalm.*, XXX, 6.—*Prov.*, XVI, 33. — Lessio, *De justitia et jure*, lib. II, cap. XLIII, dub. 9.—Le Brun, *Pratiques superstit.*, 1750, t. II, pág. 563.

(3) Judic. VI.

(4) I Reg. XIV.—Jos. VII.—I Reg. X.

rio en un carretón, unciéronle dos vacas, y dejándolas ir á la dirección de la divina providencia, edificaron templo allí donde los animales detuvieron el paso (1). En otras ocasiones, para desvanecer dudas y determinar casos arduos, ponían el Salterio, el Evangelio y el Misal sobre el altar; celebrado el santo sacrificio de la Misa, y hechas preces públicas y abstinencias de tres días, abríanse los tres libros con la intención de aceptar por oráculo las palabras que se ofreciesen al primer aspecto en abriendo cada libro. Si los tres concordaban en la misma sentencia, no había más que pedir. A veces un solo libro bastaba para sosegar los ánimos (2).

8. No se puede poner duda en que ciertas elecciones procedieron en los primeros siglos de la Iglesia por vía de suertes llamadas *suertes de los Santos*. Lecanu cita la elección de San Martín. Refiérela Sulpicio Severo en el cap. IX de su *Vida*. El suceso pasó de esta manera. No eran de un parecer los fieles tocante á la persona de San Martín, pues un tal Defensor censuraba agriamente la elección. En medio del tumulto de voces que causó la llegada del Santo á la iglesia de Tours, un lector sube al púlpito, abre el libro de coro, y sin tener cuenta con la lección que aquel día tocaba, se pone á cantar el primer versículo de la Escritura que le vino á los ojos. El versículo decía: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos, ut destruas inimicum et defensorem* (3). Al oir el pueblo el versículo del lector, y entendiendo que el Salmo VIII, 3, notaba de menos avisado al *Defensor* que murmuraba la elección de Martín, rompió en aclamaciones y vítores al Santo Martín, cual si Dios por sí le hubiera encomendado la silla episcopal de Tours.

Aquí pregunta Lecanu: *Esta ocurrencia ¿fué superchería del atrevido lector? ¿fué un acaso feliz, ó un suceso providencial* (4)? Nada menos que eso. La elección de San Martín había sido aclamada antes de ahora, como Sulpicio lo testifica. Si quedaban aún algunos descontentos, como el Defensor, poca mella debían hacer sus ademanes de resistencia al dictamen del pueblo. El lector se ingenió dándose tan buena maña, no para echar suertes y sacar en limpio la elección, sino antes bien para de golpe cortar el nudo y alcanzar por aclamación el nombramiento de obispo, que estaba ya resuelto en el ánimo de todos. El escritor francés Darrás, que llama este acontecimiento *el más considerable de nuestra historia nacional* (5), podía haber detenido la pluma más despacio en la explicación del famoso nombramiento, manifestando que no entró en él la elección por suerte.

9. ¿Qué diremos de la elección de San Aignan? Deseoso San Emberto, obispo de Orleans, de nombrarle sucesor suyo en la silla,

---

(1) D'ACHÉRY, *Spicileg.*, t. III. Ann. Fontanell.
(2) LECANU, *Dictionn. des Prophéties*, art. Sorts des Saints, c. II.
(3) En la versión itálica, que después San Jerónimo enmendó, leíase *defensorem* en lugar de *ultorem*, que ahora en la Vulgata leemos.
(4) Art. Sorts des Saints, *Diction. des miracles*, p. 1.054.
(5) *Hist. de l'Eglise*, t. X, p. 348.

mandó preces y tres ayunos públicos para implorar la manifestación de la divina voluntad. Llegado el día de la elección, en medio de un profundo silencio, un diácono sacó de la urna el nombre de Aignan, y juntamente se abrieron los libros sagrados; notada la conformidad y la buena suerte, fué Aignan aclamado obispo de Orleans (1). Esta costumbre prevaleció en otros casos. Cuando en el siglo VIII trató la clerecía de Lieja de presentar á la veneración pública el cuerpo de San Huberto obispo, intimado que hubo los tres días de ayuno, y abiertos los Evangelios, salió aquella sentencia: *Ne timeas, Maria;* y abierto el Misal, aquella otra: *Dirige vias servi tui;* entrambas fueron expresiones de aliento, que dieron prisa á la ceremonia, como si quedase patente la aprobación de Dios.

Cuenta Ranulfo en la Vida de Lanfranco (2), que tres discípulos suyos buscando en los Evangelios la buena ventura, el primero se encontró con aquel versículo, *Euge, serve bone et fidelis;* el segundo con aquel otro, *fidelis servus et prudens;* el tercero con una sentencia desfavorable. El maestro Lanfranco columbró que el primero sería obispo, el segundo abad, el tercero de orden inferior. La conjetura salió verdadera. Pedro de Blois cuenta de sí que tuvo recurso á los Salmos de David para ratificarse en el nombramiento de Ranulfo para la sede episcopal de Bath, y se confirmó en lo resuelto cuando al abrir los Salmos vió le salía aquel versículo del noventa y ocho, *Moyses et Aaron in sacerdotibus ejus.*

El rey Clodoveo, antes de acometer la empresa contra los visigodos, entró en la basílica de San Martín de Tours, que venía á ser como el oráculo de toda la Galia. No bien hubieron los soldados puesto los pies en la iglesia, oyeron cantar la antífona del Salmo *Præcinxisti me, Domine, virtute ad bellum* (Psalm. XVII, 40). Notificada al rey la buena nueva, le fué ella señal bastante para pelear en campo abierto contra los enemigos de la fe cristiana. Venciólos, en efecto, con gloria de la monarquía. Así lo cuenta San Gregorio de Tours (3).

Otro suceso narra el mismo autor, en esta forma. El año segundo del rey Childeberto, Meroveo su hijo acudió al sepulcro de San Martín á pedir favor al Santo para conseguir en paz el cetro de Francia en lugar de su hermano Chilperico. No se hartaba de roer con diente agudo el nombre de su padre y de su madrastra Fredegunda. *Un día,* prosigue el historiador, *fuí yo convidado á comer con él, y estando juntos pidióme consejo. Abriendo yo el libro de Salomón, leí el primer versículo que se me ofreció, y decía así: «Oculum qui adversus aspexerit patrem, effodiant eum corvi de convallibus* (4).» *No caló él la fuerza del sentido, pero yo tuve el verso por dictado de Dios. Entonces Guntrano mandó un criado suyo á una mujer muy*

(1) IBON CARNOT., part. II, cap. LVII.—REGINO PRUM., *Chron.*, lib. II.
(2) Lib. VII, cap. VI.
(3) *Hist. Francor.*, lib. II, cap. XXXVII.
(4) Prov. III, 17.

conocida del tiempo del rey Cariberto, que tenía el espíritu pitónico, para consultarla sobre las cosas por venir. Ella había antes anunciado, como Guntrano decía, el año, día y hora en que Cariberto había de morir. La respuesta de la pitonisa fué la siguiente: El rey Chilperico acabará de reinar este año, y Meroveo se apoderará de todo el reino sin la compañía de sus hermanos. Tú, Guntrano, tendrás el mando de todo el reino por cinco años. El año sexto serás elegido por los votos del pueblo para la silla episcopal de una ciudad sita á la derecha del río Loira, y saldrás de este mundo lleno de días.—Guntrano me lo contó luego á mí. Yo me reí de la bachillería, y dije: A Dios se han de pedir esas cosas, y no se han de creer lás promesas del demonio. Una noche, celebrada la vigilia de San Martín, estaba yo durmiendo y vi en sueños un ángel que volaba por los aires, y al pasar por la santa basílica exclamó: ¡Ay!, ¡Ay!, hirió Dios á Chilperico y á todos sus hijos, y no quedará uno solo de sus descendientes que le suceda en el reino.—Tenía á la sazón de varias mujeres cuatro hijos, sin contar las hijas. Y habiéndose cumplido después esta visión, claramente conocí la falsedad de las promesas hechas por los adivinos. Hasta aquí San Gregorio Turonense (1), cuya visión tampoco fué profética, porque á Chilperico sucedió su hijo Clotario segundo.

Otras predicciones refiere el mismo historiador en el citado lugar y en el libro IV, cap. XVI, que se reducen á las *suertes de los Santos*, fundadas en versículos de la Escritura. El haberse ellas ejecutado puntualmente, no corrobora la opinión del espíritu profético que se atribuía en aquella edad á semejante proceder. Porque á los varios sucesos que coincidieron con las predicciones debiera añadirse el vínculo que los ata con ellas, de donde resultaría la verdad filosófica de la profecía. Decir uno que dentro de ocho días lloverá, y llover á los ocho días, no es profetizar mientras no se muestre la trabazón entre el llover y el decir. En los casos referidos no se descubre este enlace; los cuales si se escribieron, fué por haber coincidido los hechos con los dichos, quedando sepultados en el silencio los lances infinitos en que la coincidencia no se notó.

10. Conocidos son los capítulos de San Ibón, autor del siglo XI, que condenan todo linaje de sortilegio. El cap. LXIX dice así: *Algunos clérigos y legos se dedican á los augurios y socapa de fingida religión por medio de las llamadas suertes de los Santos Padres, profesan la ciencia de la adivinación, ó prometen cosas por venir con la inspección de las Santas Escrituras; cualquier clérigo ó lego que fuere hallado consultar ó enseñar estas cosas, téngase por extrañado de la Iglesia* (2). Siguen á esta otras cinco decisiones, tomadas de Concilios y de Santos Padres. La del cap. LXXIV es de San Agustín en esta forma: *Los que de las páginas evangélicas sacan suertes, aunque*

(1) MIGNE, *Hist. Francor.*, lib. V, cap. XIV, t. LXXI, p. 329.

(2) *Panorma*, lib. VIII, *De sortileggiis.*—MIGNE, t. CLXI, p. 1.321.—Conc. Agath., c. XLII.

es de desear que lo hagan así más por curiosidad que para consultar al demonio, con todo eso me desagrada esa costumbre, de querer aplicar los oráculos divinos á negocios seculares y á la vanidad de esta vida (1). Otros muy buenos documentos da el Santo en los capítulos restantes, en que define cómo pueden ó no deben echarse suertes para conocer la verdad. De los estrelleros ó astrólogos dice al fin: *la cristiana y verdadera piedad rechaza y condena sus consultas* (2).

ARTICULO II.

1. Adivinación por los agüeros, usada de los gentiles.—2. Cómo la aplicaban.—3. Crédito que tuvo, y descrédito que mereció.—4. Otras formas de adivinación.—Los arúspices.—5. Supersticiones contenidas en los agüeros.—6. Varias adivinaciones por agüero.—7. El *Urim-Thummim* de los hebreos.—8. La *geomancia, hidromancia, piromancia, aeromancia.*—9. La *quiromancia* cuán vana cosa es.

1. La segunda manera de adivinación es por los agüeros. El arte de augurar fué muy puesto en ejercicio entre los romanos, por haberle cultivado Rómulo, y constituido augures encargados de este oficio. A los augures los tenían en tan aventajada opinión de intérpretes de los dioses inmortales, que por este respeto ocupaban sitio de preferencia en el Senado, dictaban leyes, intimaban mandamientos, y no comoquiera ejercían autoridad imperiosa, sino que á su decisión habían de proponerse todos los casos dudosos y raros. La ley decía: *Prodigia et portenta ad etruscos aruspices, si senatus jusserit, deferunto.* Y determinando la jurisdicción de su ministerio, añade: *Etruriae principes disciplinam discunto; quibus divis decreverint, procuranto; iisdem fulgura et ostenta pianto; auspicia servanto; auguri parento.* Quiere decir: los príncipes de Etruria aprenderán el arte de los agüeros; se harán á los dioses los sacrificios que ellos designaren; se harán expiaciones, según los ritos que ellos determinen, á los rayos y prodigios; serán observados sus auspicios; se tendrá obediencia á sus dictámenes y mandamientos.

El título de augur concedía perpetuidad en el cargo, á menos que alguna mancha legal embarazase su ejercicio, porque condición esencial del ministerio era el gozar de buena salud y de hermosura corporal, en tanto grado, que cualquier fealdad, deformidad ó dolencia ponía entredicho al oficio de augur. Igual condición se imponía á los animales destinados á los agüeros; los enfermizos ó lisiados no servían para agorar.

2. Aruspicina se llamó el arte de vaticinar por agüero. El cam-

(1) Hi qui de paginis evangelicis sortes legunt, etsi optandum est ut ad id potius faciant quam ad daemonia consulenda concurrant, tamen ista mihi displicet consuetudo, ad negotia saecularia et ad vitae hujus vanitatem divina oracula velle convertere. Ad Januar. epist. CXIX.

(2) Ibid., cap. LXXIX.—MIGNE, p. 1.326.

po era aquella parte del horizonte que los ojos podían descubrir. Las aves que caían en aquella parte, con su vuelo, puntas, batidero, canto y movimientos varios, daban solución á las cuestiones propuestas. Mas no consistía la incumbencia de los augures en sólo observar el vuelo y el canto de los pájaros; debían también atender con grandísimo cuidado á todas las señales, prodigios, sucesos singulares y extraordinarios que ocurriesen, para conocer los bienes ó los males que el cielo anunciaba á la patria, y conocidos, denunciarlos á tiempo ó expiarlos con sacrificios. La ley de la agorería determinaba minuciosamente los casos en que el augur había de intervenir. No bastaba el dictamen de uno solo: la decisión tocaba al colegio de augures, de cuyos votos dependía la convocatoria ó disolución de los comicios, la ratificación ó anulación de los magistrados elegidos, la anulación ó mérito de las decisiones comiciales.

Sentado el augur de cara al Oriente, vestido con la toga de púrpura, cubierta la cabeza, santiguaba la región del cielo con el bastón liso y sin nudos llamado *lituus,* haciendo ante sí una línea de derecha á izquierda y otra perpendicular á la primera; así quedaba el horizonte dividido en parte izquierda anterior, en parte derecha anterior y en parte posterior. De estas dos últimas no hacía caso, sólo atendía á la izquierda, que se llamaba *templo*, y era el blanco de las miradas divinas. Aquí es donde el agorero concentra toda su atención. Después de ofrecer sacrificio y de purificarse con el baño sagrado, entra en sí cerrada la puerta de los sentidos y recogida á lo interior toda la fuerza del alma, con gran silencio observa si alguna avecilla anda volteando por aquella parte izquierda, si canta, si bate las alas con movimiento apresurado, si pasa de izquierda á derecha, si hace puntas tornando á mano siniestra, si hace su curso derecha sin descansar, ó con descansos, para enseguida predecir el agüero conveniente.

Era de mucha gravedad entre los romanos el oficio de agorero. No demandaba dignidad sacerdotal entre los que le ejercían; pero el *lituus* se convertía á veces en cetro, y la *aruspicina* en dignidad más que real. Al presidente del colegio augural tocaba conocer el estado del cielo, señalar los días propicios y determinar los parajes más acomodados á la agorería. Mientras andaba el augur engolfado en cumplir su ministerio, á nadie era lícito presentarle á los ojos espectáculos de tristeza, así como al volver al colegio no podía atravesar arroyo ni riada, porque habría perdido la virtud de agorar.

No todos los agüeros tenían validez; los había que caducaban al encontrarse con otro de grado superior. El del águila anulaba el de la paloma, el del rayo desvanecía el del águila. Distinguíanse los agüeros por el canto, que se llamaban *oscines;* los del vuelo, que se denominaban *praepetes*, y los del ruido fragoroso, que se decían *prestrepeutes*. La culebrina del rayo de izquierda á derecha, y el vuelo del águila de derecha á izquierda eran agüeros favorables. A

este linaje pertenecían el buitre, el gavilán, el neblí cuando andaban cerniéndose inmóviles en la cumbre de los cielos, ó cuando se oía el batir de sus alas al atravesar los aires. Pero el milano, la lechuza, la grulla. eran aves de mal agüero en todo caso. De los cuadrúpedos, el león, la zorra, el perro, solían dar buenas nuevas; el jumento casi siempre funestas con su desapacible rebuzno. Los roedores nunca las daban propicias.

3. La ciencia augural, con estar fundada en suma ignorancia de las cosas, gozaba de particular crédito entre griegos y romanos. Platón en su *Fedro* no la condenó; Jenofonte en su *Ciropedia* no la baldonó; Quinto, hermano de Cicerón, en el libro primero de la *Adivinación,* antes la defendió; Valerio Máximo recogió muchos ejemplos y casos que parecían autorizarla. Entre ellos cuenta éste: el rey Deyótaro, avisado por el vuelo de un águila, como suspendiese un viaje que tenía trazado, luego supo que la casa donde pensaba albergarse había venido á tierra aquella misma noche. De esta laya refiere Valerio cantidad de historias, con que en lugar de abrir á los ignorantes los ojos, se los tapa con la venda tupida de la gentil preocupación. A los filósofos, que así patrocinaban la ciencia de la agorería, ¿con qué linaje de razón los podemos purgar de la nota de insipientes? Porque tres torpezas cometían los augures, palpables á más no poder: primera, de un hecho accidental concluían otro que no tenía con él la menor relación ni dependencia; segunda, de un caso particular sacaban conclusión general; tercera, fundaban todo el tejido del razonamiento en una suposición gratuita, cual era pensar que el ave cantaba ó volaba porque á la república todas las cosas se le reían ó se le lloraban. Hombres que gozaban de una felicidad ficticia por no acertar á descubrir esas faltas de lógica, manifiestas á cualquier alumno imberbe, ¿cómo se podrá decir que eran filósofos y que sabían filosofar?



No todos, en verdad, cifraban la buena ventura en el arte de los agüeros. Cicerón, en su segundo libro *De Divinatione,* dicurre como hombre que sabe dónde tiene la mano derecha (1), poniendo escándalo contra la aruspicina con oportunas reflexiones. Con todo eso, el no hacer pie el orador romano en cosa cierta, llevado de su espíritu académico, fué causa de que sus razones y refutación pasasen inadvertidas é hiciesen poca ó ninguna mella en los romanos. Suyas son también aquellas otras palabras: *Creo yo que Rómulo, que fué quien dió felizmente principio á nuestra ciudad, tuvo por opinión que hay ciencia de agorar. Erraba en muchas cosas la antigüedad, la cual vemos en nuestros tiempos mudada con el uso y la doctrina. Consérvanse empero la religión, disciplina y escuela de los augures para la opinión*

(1) Quae natura est quae volucres huc et illuc passim vagantes efficiat, ut significent aliquid, et tum vetent agere, tum jubeant, aut cantu aut volatu? Cur autem aliis a dextra, aliis a laeva datum est avibus, ut vatum auspicium facere possint? Romanis enim sinistra videntur quae graecis dextra meliora? Quid quod aliis avibus utuntur, aliis signis, aliter observant, aliter respondent?

del vulgo y grandes utilidades de la república (1). Así el mal filósofo, al paso que reprueba los agüeros, los viene á tolerar por vía de prudencia civil, pareciéndole que eran convenientes al buen gobierno de la república para contener al pueblo en la observancia de alguna religión. Los que carecían de Profetas divinos, buscaban cómo suplir su falta con la vanidad de los agüeros.

Mas ¿de qué les sirvieron á los griegos y romanos los tratados sobre los animales, si al fin no sacaban de conocerlos sino desaforadas consecuencias? Los pájaros poseen el instinto de presentir las alteraciones atmosféricas; su exquisita sensibilidad les anuncia de lejos los accidentes y variaciones del tiempo; los hay que previenen con su vuelo y chillido la tempestad inminente; los hay que así vuelan rastreras como se encumbran sobre las nubes, según sea el aire húmedo ó seco, al compás de la columna barométrica; otras aves traen de lejos noticia de la próxima primavera ó del vecino invierno; otras pueden hacer de correos de alteraciones extraordinarias, de tal manera, que el meteorólogo, atento observador de la volatería, tiene en ella una corroboración palmaria de los indicios tomados en los instrumentos de su observatorio. Mas en el admirable instinto de los animales entra la influencia material de la naturaleza física, y por ninguna razón la influencia moral de los hombres. Dan las aves indicios de lo que en la naturaleza física ha de suceder, mucho antes que suceda. ¿Es eso profetizar? ¿Es eso vaticinar? ¿Es eso predecir? No, de ninguna manera. Eso, á lo sumo, será presignificar.

¿Qué hace el agorero? Pasa de lo natural á lo moral, del instinto de los animales á las costumbres de los hombres, y, cual si fuera él tan bruto como las aves, tómalas por oráculos, puesta en sus cantos, puntas y vuelos, tanta confianza como en el fallo de un prudente y sabio consejero. ¿Es creíble tanta ceguedad? Si no lo viésemos estampado en tantos libros, tentados estaríamos de tenerla por fábula. No parece sino que la ilusión se nació con el mísero del hombre.

4. La *ornitomancia*, adivinación por las aves, no pudo ser más ridícula cuando el augur tenía por sospechosos al cuervo, corneja, lechuza, y observaba con gran solicitud si el vuelo ó el canto de estos fatídicos pájaros se dejaba oir á derecha ó izquierda, mañana ó tarde. La *ololigomancia*, adivinación por el ladrido de los perros (ὀλολύζω, aullar, μαντεία, adivinación) también servía de entretenimiento á los augures; así como la *ofiomancia* (ὄφις, serpiente) y la *oomancia* (ᾠόν, huevo), que adivinaban cosas ocultas por el movimiento de las serpientes y por el escrutinio de los huevos enteros ó cascados y derramados en agua limpia (2).

(1) Et tament credo Romulum, qui urbem auspicato condidit, habuisse opinionem esse in providendis rebus augurandi scientiam. Errabat enim multis in rebus antiquitas, quam vel usu jam, vel doctrina, vel vetustate inmutatam videmus. Retinetur autem et ad opinionem vulgi et ad magnas utilitates Reipublicae, mos, religio, disciplina, jus augurum, colegii auctoritas. *De divinat*, lib. II.

(2) Bouché-Leclerc, *Hist. de la divinat. dans l'antiquité*, livre II, chap. II.

Parecidos á los *agoreros* eran los *arúspices* (1), cuya ocupación consistía en examinar los intestinos de las víctimas y leer en ellos terremotos, tempestades, desdichas, días nefastos, ó al revés, prodigios de paz, días felices, años de prosperidad, victoria, fortuna, bienandanza. Donosa burla hizo Cicerón de los arúspices. ¿Qué importa, decía, que las entrañas de una bestia sean de este ó de aquel color, y que á veces no se halle el hígado ó corazón, como no se les halló á dos bravísimos toros el día que Julio César fué muerto por los conjurados?

Esta clase de adivinación fué notoria á los hebreos. El Profeta Ezequiel describe al rey de Babilonia llegado á una encrucijada sin saber cuál de los dos caminos había de tomar, hasta que consultando los hígados de una bestia para dar con el verdadero (2), al fin la adivinación le señaló el de Jerusalén, como dice luego el Profeta. En Oseas, para significar que los judíos se habían de quedar sin culto de Jehová y sin culto idolátrico, dícese: *estarán sentados los hijos de Israel... sin efod y sin idolillos* (3). Así como el *ephod* pertenecía al culto de Jehová, el *theraphim* era una suerte de talismán á quien pedían oráculos los gentiles, penetrando por su medio en el hígado de las víctimas para dar alcance al feliz pronóstico.

El arte de los aruspicios es más supersticioso que el de los agüeros, porque menos correspondencia tiene aún con los naturales efectos aquella adivinación que esta. ¿Qué parte es la disposición, buena, monstruosa, desordenada, de los vientres de las bestias para adivinar los acaecimientos de las cosas? Las asaduras del animal, si se han de acomodar con la fortuna del que le sacrifica, habrán de tomar otro color, ó de trasegarse pasando á otro sitio, ó de recibir alteración orgánica, de modo que el hígado esté blanco, azul, seco, opilado, hinchado, según convenga al arbitrio y truhanería del arúspice. Y digo truhanería, porque lo que los arúspices buscaban en las vísceras del animal, no tanto era noticia de lo futuro, cuanto un garabato cualquiera con que desentrañar la bolsa del vulgo necio.

5. Este género de adivinación producía el presagio, llamado *omen* por los latinos, de la palabra *os*, y consiste principalmente en predecir lo futuro por ocasión de las voces humanas, estornudos, bostezos y otros signos notados en animales. Los gentiles, que no tenían fe en la divina providencia y lo daban todo al acaso, con singular contradicción columbraban en las cosas más livianas expresa la voluntad de los dioses y hacían reglas para interpretarla. ¿Cómo habían ellos de emprender viaje, trabar batalla, estipular

---

(1) La voz Arúspices parece derivarse de *ara* ó de *arvix*, víctima, y de *inspicio*; así como la palabra *augures* viene de *avis* y de *gerere*. Los arúspices metían los ojos y manos en las entrañas de los animales, los augures sólo atendían al canto y vuelo de los pájaros.

(2) Stetit enim rex Babylonis in bivio in capite duarum viarum, divinationem quaerens, commiscens sagittas; interrogavit idola, exta consuluit. Ezech. XXI, 21.

(3) Sedebunt filii Israel sine rege et sine principe, et sine sacrificio et sine altari, et sine ephod et sine theraphim. Os. III, 4.

pacto, sin primero tomar los auspicios y averiguar el presagio de la empresa? Aun el grave Catón no osaba entrar en casa si una musaraña le salía al encuentro en la calle. ¿Cacareaba la gallina remedando voz de gallo?, mal año para la república, desgracia para la ciudad. ¡Cuántas veces Roma fué sometida á purificación general por haberse oído á una gallina cantar con voz de macho! Andaban los augures á escuchagallo, por no poner la ciudad á riesgo de pestilencia. ¿Qué era ver un enjambre de abejas volando en busca de guarida? Desgracia segura. Pompeyo, al divisar uno dió por perdida la batalla de Farsalia. El ejército de Bruto, por haber visto un enjambre desperdigado, acudió á los arúspices; no le hallaron remedio, aunque mandaron retirada: Bruto había de sucumbir al funesto presagio. Más funesto era el enjambre de avispas. Al contrario, abejas asentadas en los labios de Platón dormido, cuando estaba aún en la cuna, presagiaron su divina elocuencia. Por lo común, el vuelo de pájaros se tenía á feliz auspicio. Pero ver un león muerto por un burro, como se vió en la muerte de Alejandro, era presagio azarosísimo (1).

¿Qué diremos de las palabras echadas al aire? Se tenían por proféticas, sin más ni más. Habiéndole tocado al cónsul Lucio Paulo el encargo de emprender la guerra con el rey Persa, entrando en casa por la tarde encontróse con su hija, que era muy niña, besóla, y hallándola triste, *¿qué tienes, Tercia mía?* le dijo. Ella respondió: *Persa murió*. Y Persa era el nombre de una gatilla que á Tercia se le había muerto. A la respuesta de la chiquita, el padre, apretándola entre sus brazos, dijo: *Hija mía, téngolo por presagio* (2). A este tono refiere Cicerón (3) muchos ejemplos.

A este género de adivinación por anuncios pertenece el decir una cosa por otra, el oir en saliendo de casa una palabra particular, el tropezar yendo á cumplir un negocio, el perder uno el norte cuando habla, el trocar los frenos de las cosas cuando obra, y semejantes; de los cuales sucesos pretendían los adivinadores gentiles inferir los futuros. *De lo cual ¡Dios bueno!, no pequeñas reliquias han quedado en el pueblo cristiano. Porque hay algunos, que si comienzan algún camino y encuentran con algún muerto ó andas, se les asienta que no les sucederá bien. Si cuando salen á la mañana, de casa, estropiezan, se pronostican algún mal suceso; si la primera persona con quien encuentran les es á gusto, se prometen buen día. Si oyen alguna palabra alegre, todo les ha de suceder alegre, si triste, triste. Si quieren emprender algún negocio y oyeron alguna palabra dicha á otro fin, pero que haga para su empresa, la toman por agüero de lo que será bueno ó malo, conforme á la voz* (4).

---

(1) LECANU, *Dictionn. des miracles*, art. *Auspicine*, p. 299.

(2) VALERIO MÁXIMO: Quid est mea Tertia? quid tristis? Mi pater, ait, Persa periit. Tum ille arctius puellam complexus, Accipio omen, inquit, mea filia. Lib. I, cap. V.

(3) *De divin.*, lib. I.

(4) FR. JUAN FERNÁNDEZ, *Demonstraciones católicas*, lib. III, disc. 3, p. VI, § 3.

Aquí no hemos de tejer discurso contra tan pueril vanidad. Harto hizo Tulio condenándola por ridícula con su punzante estilo. Pero sí hemos de reprobar la supersticiosa manía de los que comienzan ó dejan las ocupaciones, mudan ó enmiendan el propósito, por hacer regla de las tales cosas anunciadas. Ajeno de toda razón es ese modo de adivinar; para redargüir su necedad, basta poner atención á las cosas de que se originan las adivinanzas.

Con todo eso, las Sagradas Letras y las Historias Eclesiásticas ponen lances de dichos y hechos muy ordinarios, con que tuvieron cuenta personas respetables, tomándolos por présagos de cosas futuras. Eliezer, siervo de Abrahán, ve á Rebeca, hija de Batuel, doncella agraciada y hermosa; y al punto la cuenta por mujer de Isaac (1); Jonatás libra en unas palabras volanderas, que de sus enemigos había de oir, la seguridad del triunfo (2); el rey Clodoveo, por un Salmo que cantaban los clérigos, teniéndolo por buen anuncio, se prometió victoria y ganóla contra los godos. Estos y parecidos ejemplos demuestran haber prenuncios divinos que precedidos de oraciones y deseos del corazón y acompañados con obras buenas, llevan fines espirituales dignos de Dios. Si en tales casos el Señor manifiesta, bien que raras veces, su voluntad á varones santos, no por eso quedan menos reprobables los agüeros y presagios de que antes se hizo mención.

6. A este capítulo pertenece la *onomomancia*, adivinación mediante los nombres (ὄνομα, nombre), y el arte de los anagramas, que estuvo tan en boga en otro tiempo. Mezclábanse entre sí ciertas letras, de cuya combinación resultaban vocablos curiosos y mordaces, juegos de palabras sobre lo por venir de una persona ó sobre su condición y estado. De los infinitos modos de adivinar que emplearon los amigos de las ciencias ocultas, es imposible citar aquí ni tan siquiera los títulos. En *La Magia negra*, libro III, se hallarán un centenar de maneras adivinatorias; pero ese libro, publicado en 1897 por la Casa *editorial Maucci*, de Barcelona, no lleva cabeza ni pies, pues no hace distinción entre hechos falsos y verdaderos, entre fábula é historia, entre superstición y religión.

Muy de notar es la superstición que en general anda mezclada en el arte adivinatorio. A los antiguos hasta el estornudo servía de presagio. Cuéntanlo Plinio (3), Celio (4) y Alejandro (5). Aristóteles (6) daba la razón, y es que el estornudo expele de la cabeza el sagrado espíritu, indicio de sanidad, y si se hace por la mañana especialmente, presagia buena salud, y es digno de toda reverencia. Lo que aquí dice Aristóteles es una de tantas barbaridades y bernardinas de los gentiles. Ninguna razón da el Estagirita que pruebe ser el estornudo idóneo para presagiar. Tan vano es él para prede-

(1) Gen. XXIV.
(2) I Reg. XIV.
(3) *Hist. nat.*, lib. XXVIII, cap. II.
(4) Lib. XXIV, cap. XXVII.
(5) Lib. II, cap. XXVI.
(6) *De Problem.*, sect. XXXIII

cir buena suerte, como el salero derribado, el número trece, el martes de la semana, el reteñir de los oídos y cosas análogas para predecir azar. La superstición fabricó esa doctrina, ridícula y miserable.

Con esta suerte de superstición frisa la costumbre de nuestras mozas de cántaro, que en las mañanitas de San Juan, puestas á la ventana, rezan unos padrenuestros y aplican el oído á la primera voz que les llega. Si la voz sonó *Pedro*, ese nombre llevará el novio que ha de ser el marido de la ventanera. Semejante costumbre nos ha quedado del paganismo. En Acaya con la estatua de Mercurio, refiérelo Pausanias, obraban los curiosos de esta manera: susurrábanle en la oreja lo que querían saber, dejábanle en la mano derecha una moneda de cobre, tapábanse los oídos al retirarse, luego se los abrían, y la primera palabra que por ellos les entraba era la respuesta á la pregunta hecha al dios Mercurio. Los presagios que por esta superstición se logran, son risibles y propios del gentilismo. ¿Y por qué no diremos también que el demonio saca provecho de los presagios supersticiosos? Valerio Máximo, que ayudó más que ningún filósofo á propagar la superstición romana, viene á confesarlo, aunque con espíritu facineroso trueca los frenos de la verdad, llamando providencia divina lo que él inventaba con sagacidad inhumana (1). No; los presagios no se fundan en religión, sino en travesura valeriana; no son efectos providenciales, sino tramoyas de hombres creídas del vulgo necio. Si algún espíritu los sugiere, no es, por cierto, el de Dios, sino el del astuto enemigo.

7. No se nos oponga el modo de responder Dios á las consultas de los hebreos, por el *efod* y por *Urim-Thummim*. De estas dos maneras solía Dios manifestar la solución á las dudas. No siempre se valía de los Profetas; á veces eran sus consejeros los sacerdotes (2). Cuando éstos le consultaban, aplicábanse el *efod* (3), que era un lienzo no sencillo como el usado por los levitas y legos (4), sino de tres colores, adornado con doce piedras preciosas, guarnecido con gusanillos de oro. Llamábase *superhumerale*, porque colgaba de los hombros; y *rationale*, porque parecía estar dotado de razón, según era elocuente en aclarar dudas y significar respuestas (5). Vestido el sacerdote con el *efod*, proponía al Señor los deseos, asuntos y perplejidades ocurrentes; entonces daba Dios á entender, por medio del *efod racional*, lo que convenía hacer, y aun lo que había de suceder.

---

(1) Ominum observatio aliquo contactu religionis innixa est, quoniam non fortuito motu, sed divina providentia constare creditur. Lib. I, cap. V.

(2) Consuluitque Dominum, et non respondit ei neque per somnia, neque per sacerdotes, neque per prophetas. I Reg. XXVIII, 6.

(3) Dixit ad Aliathar Sacerdotem: applica Ephod. I Reg. XXIII, 9.—Et ait ad Aliathar Sacerdotem, filium Abimelech: applica ad me Ephod. I Reg. XXX, 7.

(4) Samuel accinctus ephod lineo. I Reg. II, 18.—David autem erat accinctus ephod lineo. II Reg. VI, 14.

(5) Tostado, *Comment. in Exod. XXVIII.*

De qué manera y por qué arte se conociese la respuesta del Señor, mediante el *Urim-Thummim*, es cosa obscurísima, pues ni Filón, ni Josefo, ni escritor sagrado dejólo expuesto. Parece ser que daba Dios oráculos, por este medio, con locución exterior, al Sacerdote revestido. Ello es, que ni al *efod* ni al *Urim-Thummim* se les hacían consultas, sino solamente al Sacerdote cuando se hallaba vestido con el sagrado indumento, porque sólo entonces lograba las oportunas respuestas de Dios (1). Véase lo dicho arriba (2) acerca de los modos de revelación usados entre los rabinos. El *Urim-Thummim* eran dos signos visibles; el uno significa *luz*, el otro *verdad;* ambos denotaban que consultada con ellos la obscuridad de un secreto, se abría camino al resplandor de la respuesta (3). San Jerónimo, en vez de *Urim* y *Thummim,* puso *doctrina* y *verdad* en los capítulos citados.

Los intérpretes se dividen en opiniones acerca de la índole del *Urim-Thummim.* Cristóbal de Castro, en su tratado *Sobre la Profecía* (4), pensó que eran dos figurillas ocultas en el pectoral que daban oráculos por signos escritos, no articulados, como quiso decir Lecanu (5), y fué antes bien opinión de Thyrrée (6). Los rabinos fueron de sentir que los *Urim* y *Thummim* no eran otra cosa sino el *tetragrammaton,* ó nombre de Jehová, grabado misteriosamente en el racional, y dotado de la propiedad de anunciar oráculos. Pero más vale abstenerse de indagar el cómo y el por qué de tan maravillosa figura; baste saber que Dios, por su medio, respondía á las consultas de casos dudosos, de suerte que el sacerdote consultante quedara enterado de la respuesta y saliese de perplejidad. San Agustín y San Gregorio nos dejaron á obscuras acerca de su parecer respecto de estos simbólicos nombres, demostrando que ignoraban su condición (7).

8. A este linaje de divinación se reduce la *geomancia* (γῆ, tierra), que abraza todos los presagios procedentes de cosas terrestres, de sus varias figuras y propiedades; la *hidromancia* (ὕδωρ, agua), que por la observación del agua y de sus corrientes adivina lo que será; la *piromancia* (πῦρ, fuego), que escudriña en el fuego y en el serpear de la llama por un cuerpo las incertidumbres de lo por venir; la *aeromancia* (ἀήρ, aire), que demanda al aire y á los meteoros aéreos noticias de cosas futuras. Detenernos en explicar cada una de estas formas del arte adivinatorio, sería ocupación impertinente y de ningún prove-

(1) Le Brun: Braunius, qui a parlé amplement de l'*Urim* et du *Thummim* dans l'ouvrage *De vestitu Sacerdotum hebraeorum*, croit que l'*ephod* n'était qu'une cause morale ou occasionelle, avec laquelle le Prêtre était éclairé intérieurement, et voyait la réponse qu'on lui demandait. Plusieurs auteurs habiles croient la même chose; et cela me parait tout-à-fait raisonnable. *Hist. des pratiques superstitieuse*, 1751, t. 4, pág. 29.

(2) Lib. I, cap. XI, art. I, n. 13.

(3) Exod. XXVIII, 29, 30.—Num. XXVII, 21.—Eccles. XLV, 10.—Levit. VIII, 8.

(4) Lib. III, cap. III.

(5) *Dictionn. des miracles*, t. II, art. *Urim.*

(6) *De apparition.*, lib. II, cap. XI.

(7) *Pastor.*, *In Exod.* quaest. CXVII.—P. II, cap. I.

cho, pues en el día de hoy no hay persona tan desnuda de sindéresis que no eche á risa, cuando menos, las adivinaciones por los medios indicados. Más ridículas son aún otras raras maneras de adivinar, como la aritmancia, la dactilomancia, la cefalomancia, la estoiqueyomancia, la coscinomancia, la onfalomancia, la catropomancia, la cristalomancia, la gastromancia, la onicomancia, pues no hay cosa en lo humano terrestre y celeste de que el miserable del hombre no haya abusado por conseguir respuestas á curiosidad sobre sucesos recónditos ó futuros. Quien deseare noticias acerca de semejantes artificios, podrá acudir al erudito y sabio Torreblanca (1), que le llenará las medidas.

El estudio de la fisonomía, encerrado en los cotos de la naturaleza, es laudable y provechoso. Con razón toman los jueces por indicios las facciones de los acusados, porque las cualidades del ánimo suelen retratarse en las disposiciones del cuerpo, como lo depone la Sagrada Escritura (2). Por la fisonomia juzgó San Gregorio Nazianceno acertadamente lo desgraciada que sería Roma con el imperio de Juliano (3). Mas la noticia de las costumbres adquirida por señas corpóreas, no impone al hombre necesidad, sólo manifiesta la inclinación natural con visos probables, mucho menos califica la futura suerte, y más lejos está aún de significar los designios de Dios sobre la notada persona; cosas todas independientes de la complexión corporal, dibujada en los signos externos. Fundados en los rasgos de la fisonomía, en las protuberancias del cráneo, en el ángulo facial y en otras partes del cuerpo han querido algunos fisiólogos y antropólogos descubrir el ingenio y la buena ó mala índole de los individuos. Si de su estudio no intentaron sacar prenociones adivinatorias, sino meras conjeturas, como las que nuestro Huarte sacó en su *Examen de los ingenios*, no deben tildarse de supersticiosos, bien que á cada paso habrán de confesar el error por no hallarse sus dichos ajustados á los hechos.

9. Pero la *quiromancia* (χείρ, mano), entre las artes de adivinación humana, merece más consideración que la *omomancia* (ὦμος, hombro) y la *onfalomancia* (ὀμφαλός ombligo). La *quiromancia* busca en la mano del hombre la suerte y fortuna que le ha de caber. No puede ser sino vanísima la observación de las líneas y eminencias que forman la palma de la mano, para sacar de ellas dicha ó azar. Las líneas generales son cuatro. La primera nace entre el dedo pulgar y el índice y corre hasta la base opuesta: esta es la *línea de la vida*, la más interesante de todas, pues en ella colocan los quirománticos la duración y el rumbo de la vida individual. La segunda se llama *línea de cabeza*, que atraviesa la mitad de lamano cruzando la línea de vida. La tercera, *línea de corazón*, arranca de la base

(1) *Juris spirit.*, lib. VIII.
(2) Sap. IX, 15.—Prov. VI, 12.—Eccli. XIX, 26.
(3) Nicéforo: Deus bone quantum malum Romanum fovet imperium. Lib. X, capitulum XXXVII.

del índice y se extiende al pie de los demás dedos paralelamente á la línea del medio. La cuarta denota el paso del brazo á la mano, y se llama *línea de muñeca*. Otra línea quinta tienen algunos, dicha del *triángulo*, que corta la de corazón y de cabeza encaminándose del medio de la muñeca á la base del dedo meñique. A estas líneas vinculan los quirománticos notable relación con la vida, salud, dicha del sujeto, y también con su desventura, enfermedad y muerte. Para utilizar estas nociones, á las protuberancias, ó montes carnosos señalan sus planetas protectores. Júpiter señorea la parte muscular del índice, Saturno la del dedo cordial ó medio, Apolo la del dedo anular ó cuarto, Mercurio la del auricular ó meñique, Venus la del pulgar, Marte la del triángulo. Finalmente completan las líneas y las protuberancias las cuatro partes principales de la palma, á saber, la tabla, la percusión, el triángulo y el monte del pulgar, cuya noción puede verse en los autores (1).

Asombrosa es la frescura con que los quirománticos del siglo XV, los hombres del Renacimiento, disertaban sobre la mano, definiená su vista la salud ó enfermedad futura, la dicha ó desgracia, la vida larga ó corta, las virtudes ó vicios, los bienes ó males, la historia, en fin, de cada individuo con todas sus peripecias, encuentros y tracamundanas. Los aficionados á esta clase de investigaciones, ¿tenían fe en su *ciencia*? Ardua cosa es concebirlo. Este ramo de ciencias ocultas era entonces lo que son ahora tantos otros ramos de arte recreativos, estratagemas con que las malas cucas limpiaban á los bobos la bolsa, y ardides para ganar fama de estudiosos los ignorantones. ¿Por ventura en el día de hoy no reina igual frivolidad, igual ó mayor falsedad, mayor corrupción y lubricidad, sin duda, y sin ninguna comparación mayor descaro y truhanería en los escritores mañeros? Sino que las necedades que en aquellos siglos de ignorancia propaló la filosofía del Renacimiento, hoy, en el siglo de las luces, las propala con más desenvoltura la incredulidad. La quiromancia moderna es más desastrosa que la antigua.

Volviendo los ojos á la *quiromancia* supersticiosa (con la cual se ha de juntar la *pedomancia*, ó adivinación por medio de los pies, y la *metopomancia* ó adivinación mediante las arrugas de la frente ó los delineamientos del rostro), vanísima cosa es por las rayas de las manos pretender sacar el pronóstico de las condiciones y costumbres que el hombre ha de tener, y de los sucesos futuros, que más están en las manos de personas ausentes y distantes que en las de las presentes é interesadas. Que tal mujer se casará tres veces, más va en las manos de los maridos que en las de la propia mujer; porque si el primer marido acierta á tener la raya de la vida más larga que la mujer, á buenas noches se quedarán los otros dos. Las líneas de una mano dicen que el dueño de ella será canónigo: ¿qué dicen

(1) LECANU, *Dictionn. des miracles*, art. *Chiromancie*.—*Hist. de la Magie*, chap. VI.—TORREBLANCA. *Juris. spirit. pract.*, lib. VII, cap. IX.—DEL RÍO, *Magic.*, lib. IV, cap. III.

las manos de los que le han de dar la canongía? ¿Y no es éste juego de manos?

Más cierto sería el pronóstico en los animales que en los hombres. Los animales no tienen más indicatorio que su desnuda naturaleza, al paso que los hombres poseen la educación, la libertad y la gracia divina, que pueden falsear todos los indicios naturales. El domador conoce el instinto de la fiera, el albéitar entiende el siniestro del bruto: cotejadas señales con señales, podrían ambos, discurriendo, aplicar á los hombres sus experiencias; pero, aunque según la parte sensitiva pueda caber la comparación, y de ahí la semejanza de pasiones, como en la frente erguida se retrata la soberbia, en los ojos halconeros la furia destemplada, en los pies inquietos la liviandad, en la nariz misma el menosprecio, en el rostro pálido la tristeza; todavía, las disposiciones y pasiones sábelas el hombre encubrir con tanto artificio, usando de su natural discurso, que el más diestro fisonomista se hará cruces viendo cuán al revés le salieron los pronósticos, aun teniendo á la vista un diagnóstico cabal. ¿Quién desbarata los juicios sino la manía de adivinar sucesos casuales dependientes de la humana libertad?

No parece sino que la cabeza humana era para los gentiles la brújula por donde rastrear cosas secretas. Entre los griegos corría por adagio que los sucesos ausentes sentíanse en los oídos, los venideros en los ojos antes de sobrevenir. El refrán *oculus dexter salit mihi*, lo daba bien á entender. Así también Plinio escribió, que en su tiempo se tenía por cosa averiguada entre las gentes del vulgo, que cuando alababan á alguna persona ausente, percibíase ruido en la oreja derecha; cuando la vituperaban, en la izquierda. Por esta causa Luciano dió la bienvenida á cierto amigo suyo por estas palabras: *¿Sentiste, acaso, ayer algún rumor en tus oídos* (1)? Casi otro tanto entendían de la comezón de los ojos. Imaginaban que por ella se brujuleaban de antemano nuevas de lo por venir, con esta diferencia, que el experimentar comezón en el ojo derecho era pronóstico de cosa buena; el sentirlo en el izquierdo, señal de cosa mala. Teócrito, hallándose con vivos deseos de ver á cierta persona, decía: *el ojo derecho me está dando comezón; presto la veré* (2). Por excusado aviso hemos de tener el observar que todas estas clases de adivinaciones fueron mera vanidad y superstición de griegos y latinos, fundada en juicios del vulgo necio, de cuyas ignorancias y necedades nos había de librar el advenimiento de nuestro divino Salvador Cristo Jesús.

No es fácil señalar los cotos á que está ceñida la vivacidad del humano ingenio. ¿A qué aciertos no llegan los hombres prudentes en la república? La larga experiencia junto con la perspicacia y

(1) Num vobis tinniebant aures, Parmeno? Nam heri assidue cum lacrymis vestri memineram. *Dial. meretr.*

(2) En oculus dexter salit mihi; illam videbo. *In Amaryllida.*

discreción colige el suceso de cosas venideras, cual si fuera obra de instinto profético. Y es que movido el hombre por algunas señales ocultas, que los demás no alcanzan, conjetura y llega á pronosticar sucesos que en realidad acaecen al pie de la letra. Don de Dios especial podrá ser esta facultad en algún caso; entonces pertenece al instinto profético, en que el hombre pone agudeza, aviso y prudencia, y Dios el influjo de su gracia. Pero generalmente hablando, el presagiar sucesos futuros nace de una prudencia y perspicacia de ánimo, asistida de experiencia y manejo. Aun así, al presagio le falta la certidumbre é infalibilidad, necesarias para hacer balanza con la verdadera profecía.

ARTICULO III.

1. Adivinación por los oráculos.—Su existencia.—2. Su autor, el demonio. —3. Escritores gentiles y cristianos lo comprueban.—4. Oráculos pronunciados por personas despiertas y furiosas.—5. Oráculos recibidos en sueños.—6. ¿Los demonios se introducían en las estatuas?—7. La *nigromancia*.—8. Diferencia entre los nigromantes y los ventrílocuos.— 9. Predicciones de los posesos.

1. La tercera suerte de adivinación se hace por medio de oráculos, proferidos de viva voz ó con signos, ora las emisiones provengan de ídolos, de árboles, de seres inanimados, ora también de hombres furiosos que tengan arrebatos en sueños ó en vigilias. Punto es de principal importancia asentar la realidad de los oráculos en el paganismo. La sola definición que de ellos daban los gentiles bastaría para demostrarla. Decía Séneca en el prólogo de sus *Declamaciones: oráculo es la voluntad divina proferida por boca del hombre*. Cicerón apellidó oráculos, en sus dos libros *De Divinatione, las cosas que se profieren con instinto y soplo divino*. En los *Tópicos* los universalizó con más general noción: *oráculos se llaman, singularmente, por contenerse en ellos la oración de los dioses* (1). De aquí recibieron título de oráculos aquellos adoratorios, templos, estatuas, parajes, de donde salían respuestas artificiosas, ora fuese humano el artificio, ora diabólico. Plinio lo testifica (2).

A Cicerón le llegaba al alma se dijese haber habido oráculos en las naciones paganas; quiso barrerlos todos y echarlos á fábula. Todo el segundo libro *De Divinatione* dedica á demostrar su intento. A la verdad, bien se bandea Tulio en el calor de la disputa; en muchos casos que propone lleva razón de sobra, porque más limitado fué el número de los oráculos de lo que creyó la fatuidad del vulgo. Pero el raciocinio de Cicerón, por probar demasiado, pecaba en la consecuencia. Estorbábale el escepticismo, propio de los académi-

(1) Oracula ex eo ipso appellata sunt, quod inest iis deorum oratio.
(2) *Hist.*, lib. XII, cap. XXIII.

cos, para separar la paja del grano y dar á las cosas su justo valor. En este sentido débese decir que escribía Cicerón á humo de pajas, y no á los rayos del sol; por eso no dió con toda la verdad, aunque atinó con parte de ella. Fabulosos, hechizos, increíbles invenciones fueron muchos oráculos que corrían con fama de verdaderos; en recambio los hubo innegables, ciertos y de ninguna manera sospechosos, aunque no fuera su autor el único y verdadero Dios. La fama y rumor de ellos llegó á oidos del Profeta Isaías, quien hubo de exclamar: *Consultarán á sus simulacros, á sus adivinos, á sus pitones, á sus agoreros* (1). Búrlase el Profeta de los egipcios, de su resabida ciencia, de su sabiduría arcánica; con hermosa y oportuna ironía demuestra la vanidad de sus artificios, pues no les ha de valer contra el brazo de Dios que amaga dar en ellos terriblemente, como lo vimos en otra parte (2). ¿Qué fuerza tendría el discurso del Profeta si los oráculos egipcios fueran meros embustes? A Cicerón le bastaba satirizar algunos oráculos griegos, mostrándolos inverosímiles, increíbles, falsos del todo, para dar en tierra con todos los oráculos de la gentilidad; menguada lógica del latino orador, ignorante de lo que pasaba fuera del recinto romano en todo el resto del mundo.

2. Complicadísima es y llena de escabrosidades la controversia de los oráculos. La tratamos, según nuestra poquedad, en otro lugar (3). El abate Lecanu (4) discute el pro y el contra largamente. En el calor de la disceptación se le caen de la pluma expresiones poco meditadas, tales como éstas: *el atribuir los oráculos á los demonios, se compone muy mal con el silencio de la Escritura, porque parece que Dios, en vez de callar, había de prevenir los judíos y cristianos contra semejante seducción procedente de un principio tan poderoso y superior á ellos, siquiera por su propia honra, para que nadie se los atribuyese á él. Por otra parte, los Profetas, David entre ellos, echan en cara á los paganos que sus dioses «tienen boca y no hablan». Y resultaría, al revés, que los ídolos habrían sido muy palabreros* (5). El silencio de las Escrituras no es tan absoluto como al autor francés le parece. *Los dioses de las naciones son demonios.—Los sacrificios que las gentes hacen, á los demonios los hacen y no á Dios* (6). Estos lugares definen la religión pagana. Sus dioses eran demonios, esto es, espíritus ó genios dotados de poder para amparar y asistir á sus servidores. Así concebía los demonios la gentilidad, sin atribuirles malicia ni odio satánico. Pero en hecho de verdad, no eran genios inocentes, sino ruines y maléficos, los *demonios* de los paganos. Los apologistas no les conocían otro ser (7).

(1) Et interrogabunt simulacra sua et divinos suos et pythones et ariolos. Is. XIX, 3.
(2) Lib. II, cap. II, art. II, n. 2.
(3) *El Milagro*, lib. III, cap. I-V.—*La Religión*, cap. IX, X.
(4) *Diction. des Miracles*, art. *Oracles*. (5) Ibid., p. 442.
(6) Omnes dii gentium daemonia. Psalm. XCV, 5.—Quae immolant gentes daemoniis immolant, et non Deo. I Cor. X, 20.
(7) Lactancio: Spiritus qui praesunt ipsis religionibus condemnati et abjecti a Deo per terram volutantur, qui non tantum nihil praestare cultoribus suis possunt, quoniam

De esto se colige que si en la verbosidad de los oráculos había parte no humana, tenía que ser diabólica, efecto del mal espíritu que *presidía á las religiones* de la gentilidad, según frase de Lactancio. Muy creíble es que las presidiese; su afán de remedar la grandeza de los vaticinios hebreos le hacía la cama á las mil parlerías que cantaba, ora por hombres, ora por estatuas, ora por cavernas. Sin esto, sería inexplicable aquella tan celebrada borrachez de pitones y pitonisas antes de echar oráculos; costumbre, no solamente frecuentada por griegos y romanos, sino también por los indios de América. Cuando los sacerdotes mejicanos, metidos en cuevas, emborrachados por el humo del tabaco, se ponían furiosos, entonces sin ser dueños de sí daban respuestas á las preguntas que se les proponían. El tabaco, la nicotina, la *hierba santa* (así la llamaban) eran los narcóticos que con su humo les desvanecía las cabezas cuando querían saber algo del demonio acerca de cosas ocultas. Este hecho es innegable, contestado por historiadores fidedignos (1).

Cuando, pues, las Escrituras Sagradas mencionan pitones y pitonisas, no otra calaña de hombres mencionan sino de los dementados por el demonio para mejor alterar su fantasía y sugerirles internamente, ó dictarles externamente, las respuestas que á su astucia diabólica importaba proferir (2). Porque sentencia común fué de los antiguos, que sin estar furiosos los hombres no podían echar flores de oráculos. Así lo enseñó Platón *in Phedro*, Virgilio en sus *Georgias*, 6, y en su *Eneida*, lib. 6, Plutarco en su libro de *Pythiæ oraculis*, Séneca en su *Agamemnon*, donde estos autores testifican que las palabras así proferidas no eran humanas sino demoníacas (3), no forjadas por hombres mortales, sino por espíritus de esfera superior.

3. Si, pues, los autores paganos (4) no pueden estar más contestes en afirmar la emisión de los oráculos, si á los escritores gentiles juntamos los apologistas cristianos (5), resulta por argumento irre-

rerum potestas penes unum est, verum etiam mortiferis eos illecebris et erroribus perdunt, quoniam hoc illis quotidianum est opus tenebras hominibus abducere, ne quaeratur ab illis verus Deus. *Instit. Divin.*, lib. II, cap. XVIII.

(1) AGUSTÍN DÁVILA, *Hist. de Méjico*, lib. I, cap. X.—ANTONIO DE HERRERA, *Hist. general de las Indias*, Década III, lib. IV, cap. XVII.—ALFONSO FERNÁNDEZ, *Hist. eclesiást.*, libro I, cap. III.—FRANCISCO DE LEIVA, *Contra el mal uso del tabaco*, Introd., p. I.—JUAN DE SOLÓRZANO, *Del derecho de las Indias*, lib. II.—TORREBLANCA, *Juris spirit. pract.*, lib. VIII, cap. I.

(2) Neque qui pythones consulat. Deut. XVIII.—Pythones et ariolos. IV Reg. XXIII 24.—Quaerite a pythonibus. Is. VIII, 9.—Divinos suos et pythones. Is. XIX, 3.—Quaerite mulierem habentem pythonem. I Reg. XXVIII.—Erit quasi pythonis de terra vox tua. Is. XIX, 4.—Qui pythones habebat in ventre. I Reg. XXVIII, 3.

(3) VIRGILIO: Nec vox hominum sonat. *Eneida*, lib. I.—Nec mortale sonans afflata es numine quando jam propiore Deí. Ib., lib. VI.—Divini assimilat capitis, dat inania verba, dat sine mente sonos. Ib., lib. X.—SENECA: Vasto fragore major humano sonus. *In Oedipo.*

(4) ESTRABÓN, *Geograph.*, lib. IX, XVII.—LUCIANO, lib. *de Dea Syria.*—VALERIO MÁXIMO, lib. I, cap. VIII.—PLINIO, lib. XII, cap. XXIII.—PSELLO, lib. *de daemonib.*—PAUSANIAS, lib. X.—DIODORO SÍCULO, *Biblioth.*, lib. XVI.—PLUTARCO, *De cessat. orac.*—VIRGILIO, *Eneid.*, lib. VI.

(5) EUSEBIO, *De Praepar. Evang.*, lib. V, VI.—S. CIRILO ALEJANDRINO, *Contra Julian.*,

fragable haberse proferido entre los gentiles sentencias tocantes á cosas futuras. Y si eran de cosas futuras no podía su predicción ser obra de industria humana, á menos de juzgarse tramoya baladí.

Cierto, más desembarazado camino fuera al apologista católico poder aseverar que todo el asunto de los oráculos consistió en la inventiva de los sacerdotes, y que ninguna parte le cabía al demonio en su composición. A la verdad, Nicéforo, Cedreno y Suidas, citan sentencias pitónicas, que habían de ser notorias á los apologistas de los primeros siglos, los cuales con todo eso las ignoraron. Razón bastante para estimarlas apócrifas. Mas quedan otras muchas de cuya autenticidad no es lícito dudar. ¿Cómo se le podía ofrecer á Plutarco la traza de escribir un libro sobre los motivos de haber cesado los oráculos, si en hecho de verdad fuera todo ello artimaña sacerdotal? ¿Por qué habían de enmudecer los oráculos, si los sacerdotes no paraban de ser ladinos? Pero por más saliva que ellos tragasen, las respuestas que no se dejaron oir en un templo, se continuaban en otros, donde menos se lo imaginaban ellos, como consta de los mismos paganos. Con el de Delfos pasó una cosa muy rara. Lucano (1), Plutarco (2) y Cicerón (3) declararon que no daba razón de sí hacía tiempo; pero hete aquí que Suetonio en la Vida de Nerón, Dión Crisóstomo y Luciano certifican que había vuelto á las andadas, conforme lo comprueba Eusebio citando un dicho suyo. Lo cual demuestra que si algunos oráculos perdieron el habla antes de venir Jesucristo, la recobraron después tomando nuevos alientos. Este es un hecho histórico indubitable, en que el médico alemán Van Dale hizo poco asiento cuando quiso sostener que todo el negocio de los oráculos se reducía á sagacidad de los sacerdotes. El tener años de huelga y volver á la bachillería de antes no es astucia sacerdotal.

Basta considerar el número sin número de lugares en que se proferían oráculos, para convencer de inadmisibles las travesuras del sacerdocio. El oráculo de Dodona, el de Delfos, el de Delos, el de Júpiter Ammón, el de Apolo en Trofonio, de Apolo en Dídimo, de Belo en toda el Asia, de Serapis en Alejandría, de Apolo en la isla de Creta, el de Esculapio en Anfiaraus, de Serapis en Canope, de Carrón en Tralla, de Isis en Egipto, de Venus en Pafos, de Mercurio en Acaya, de Gerión en Padua, de Fauno en la Enotria, de Hércules en Tívoli, de las Musas en Trezena, de Júpiter en Agesípolis, y otros infinitos esparcidos por Europa, Asia, África, frecuentados de monarcas esclarecidos, de varones prudentes, de filósofos autorizados; es de todo punto inconcebible que en tanta multitud de santuarios no reinase sino la fullería y solercia de los sacerdotes y adivinos, sin efecto alguno que mereciera la consideración de los concurrentes. La perspicacia del ingenio griego no consiente la solapada di-

lib. III.—S. GREGORIO NAZIANCENO, *Apolog. II, Contra Julianum.*—TEODORETO, *De Graec. affection.*, lib. X —S. AGUSTÍN, *De Genesi. ad litt.*, lib. XII, cap. XIX.

(1) *Farsal.*, lib. V. (2) *De cessat. oracul.* (3) *De divinat.*, lib. I.

simulación que los enemigos de los oráculos quieren suponer. El sentido común reclama contra semejante supuesto.

Resulta, pues, que se predecían en los oráculos cosas futuras y secretas, y no las predecían solos hombres. El demonio, el espíritu maligno, entremetía en las predicciones su ominosa voz. El demonio no conoce lo por venir con ciencia absoluta; hasta dónde llegue su saber está dicho en otro lugar. Con lo que él sabe y lo que conjetura puede formular sentencias sobre cosas venideras y ocultas; añadida á su tal cual ciencia su indomable astucia y su odio mortal, bien se echa de ver cuán fácilmente despachará respuestas á quienquiera que se las pida.

4. Una suerte de oráculos parece debemos admitir: los que se daban por sujetos furiosos. En Delos había un antro, de donde salía un vapor que ponía fuera de sí á hombres y animales. Pausanias (1), Diodoro (2) y Plutarco (3) refieren que antes de erigirse el templo se notaba la hendedura dicha, cuyas exhalaciones hacían saltar las cabras y poner como dementes á los cabreros. Construido ya el templo, Estrabón testifica que colocada la pitonisa en la boca de la caverna con su trípode delante, clamoreaba respuestas en prosa y en verso (4). Otros lugares eran teatros públicos de furiosos meneos y gestos con que los oráculos se mostraban liberales de sentencias. Virgilio, en el libro VI de la *Eneida*, pinta una de las escenas rabiosas. Tan frecuente era el furor de los oráculos, que *los antiguos,* dice Platón en su «*Fedro*», *llamaron al vaticinio «manía», «furor», porque solamente los arrebatados de divino furor vaticinaban.* De aqui vinieron á llamar *extáticos,* esto es, arrebatados, fuera de sí, enajenados, á los que proferían vaticinios. De suerte que *éxtasis* y *vaticinio* significaban una misma operación, como efecto del soplo divino. Esta doctrina hallámosla admitida por Cicerón en sus dos libros *De Divinatione*, con una singular circunstancia, y es que llama divinación natural á la que va acompañada de furia y frenesí.

No se les pasó por alto á los Santos Padres esta rareza, que veían autorizada por la firma de los filósofos griegos. Fundado en su dictamen San Crisóstomo, señala muy al justo la diferencia entre los vates profanos y los verdaderos Profetas, diciendo: *Propio del vate es sentir agitada su mente, y verse compelido por necesidad, como de furias incitado; el Profeta no obra así, con mente sobria y modesta y firme, conoce todo cuanto habla. Así lo dijo Platón: los vates dicen muchas cosas y lindas, pero no saben lo que se dicen* (5). El argumento de

---

(1) Lib. X. (2) *Biblioth.*, lib. XVI. (3) *De cessatione oracul.*

(4) Auctores certi memorant divinum domicilium, profundam et curvam speluncam esse, non admodum late patentem, atque hinc, auram reddi sacro afflante numine; excelsum autem ostio eminere tripodem, quem simul ac Pythia vates inscendisset, hausto divinitatis spiritu responsa edere, partim metro, partim oratione libera. *Geograph.*, lib. IX.

(5) Divinationem inter et prophetiam differentiam ponit Paulus sic dicens: Scitis quod cum gentes essetis, ad simulacra muta ducebamini euntes. Id est: in idolis, inquit, si quis abreptus esset a spiritu immundo et vaticinaretur, quasi abductus sic ille

San Crisóstomo es perentorio y demostrativo sin dar lugar á réplica: está tomado de San Pablo. La substancia es ésta: los vates gentiles cuando echan oráculos salen de sí, no saben lo que se dicen, no usan de su razón con sosiego; esta es la fama común abonada por todos los paganos. Al revés, los Profetas proceden con gran señorío, bien actuados en las cosas que profieren; esta es fama corriente entre todos los cristianos. Luego gran diferencia va de los profetas á los vates. La diferencia proviene del espíritu que mueve á los unos y á los otros; espíritu contrario, bueno el de los Profetas, malo el de los vates. En toda esta preciosa Homilía no sale el Santo Doctor del tema propuesto. La autoridad de Platón está tomada de la *Apología de Sócrates;* la del otro poeta se reduce á varios fragmentos de oráculos píticos que se profirieron en Delfos, de que son fiadores Eusebio (1) y Teodoreto (2).

El espíritu que dictaba oráculos á los vates, era el espíritu diabólico; de lo contrario, ¿á qué venía el cifrar, en el modo de proferirlos, la diferencia entre unos y otros? No era, pues, el pitón de los ventrílocuos, ni el arte de trovar, ni la manía de echar coplas; otro espíritu, maléfico, desordenado, inhonesto, enemigo de la verdad, impulsaba á los vates; en suma, era aquel mismo espíritu que los apologistas de los primeros siglos (3) juzgaron estaba encerrado en las estatuas y en los oratorios del culto pagano. Porque esta fué persuasión común de los apologistas, una suerte de canon ó de postulado en que andaban todos á una: ¿es posible suponer que se habían convencido de esta verdad sin razones y por mero espíritu de escuela? No; fuera hacer agravio á la lealtad y perspicacia de aquellos escritores, el suponerlos tan cautivos del error, que no distinguiesen la verdad de la mentira. Ni en opinar eso seguían la doctrina platónica, aunque comprobasen su dictamen con autoridades de platónicos (4). Los autores de la adivinación lo eran del sortilegio,

---

trahebatur a spiritu vinctus, nihil sciens eorum quae dicebat. Hoc enim divinatori proprium est, ut mente excedat, vim patiatur, pellatur, trahatur quasi furens. Propheta vero non sic, sed cum vigili mente, cum temperanti constitutione illa sciens quae dicit omnia loquitur. Itaque etiam ante eventum hinc internosce vatem et prophetam. Quod enim non mentior, inquit neque temere ea quae gentium sunt traducam, fingens tanquam inimicus, vos ipsi mihi feratis testimonium; etenim ipsi scitis quomodo, cum essetis graeci, tracti abduceremini. Quod si quis hoc, utpote fideles, suspectos esse dixerit, age, etiam ab externis hoc vobis manifestum reddam. Audi ergo Platonem sic loquentem: quemadmodum divinatores et vates multa quidem et pulchra dicunt, eorum vero quae proferunt nihil sciunt. Audi alium quoque poetam eadem ipsa indicantem. *In epist I ad Cor. homil.* XXIX.—MIGNE, *Patr. graec.*, t. LXI, p. 241.

(1) *Praep. evang.*, lib. V.

(2) *De oracul.*

(3) TERTULIANO, *Apolog.*—S. CIPRIANO, *De idolor. vanit.*—LACTANCIO, *Divin. instit.*, lib. II, cap. XV.—MINUCIO FÉLIX, *Octavio.*—EUSEBIO, *Praep. evang.*, lib. IV, cap. V.—S. AGUSTÍN, *De civit. Dei*, lib. VIII, cap. XXIV.—S. HILARIO, *Advers. Constant.*

(4) Minucio Félix, en su *Octavio*, dice así: Isti igitur impuri spiritus, daemones, ut ostensum est a magis et philosophis et a Platone, sub statuis et imaginibus consecratis delitescunt, et afflatu suo auctoritatem quasi praesentis numinis consequuntur, dum inspirantur interim vatibus, dum fanis immorantur, dum nonnumquam extorum fibras animant, avium volatus gubernant, sortes regunt, oracula efficiunt falsis pluribus involuta.

de la aruspicina, del agüero, de toda la caterva de maleficios encerrados en la idolatría pagana. ¿Quién la gobernaba sino el demonio, á cuyo poder había Dios soltado las manos atreguadamente, hasta que viniera otro más fuerte que se las reatase y le echase del reino? Esta fué doctrina comúnmente recibida por los Santos Padres en sus disputas con los gentiles; doctrina que los mismos gentiles no supieron refutar, porque tenían contra sí los hechos, más elocuentes que las palabras. Por esto San Agustín decía sin rebozo: *Muchas veces el espíritu malo arrebata al espíritu del hombre, de suerte que por cierta mixtura oculta parezca uno mismo el espíritu paciente y el espíritu vejante* (1).

Ahora, ¿por qué el demonio arrebataba y sacaba fuera de sí á los vates adivinos? ¿por qué no los dejaba libres para entender lo que les sugería? Cierto, podía recrear y aguzar los entendimientos representándoles imágenes apacibles; pero cuadraba mejor con su malicia embotarles las potencias, á trueque de dar más aspecto de asombroso á su prestigio. Así embelecaba al vulgo ignorante, con ornar de aureola estupenda su diabólica adivinación.

5. Parte de la adivinación oracular es la *oniromancia* (ὄνειρος, sueño), que consiste en recibir el durmiente imágenes representativas de cosas futuras ó secretas. Esta habilidad no es natural; de fuera le viene al hombre, ora el agente sea el espíritu bueno, ora el espíritu malo. Confiésalo Jamblico en sus Misterios egipcios (2). Opinión de Sócrates fué que la parsimonia y sobriedad servía para fomentar los vaticinios en sueños, como lo narran Platón (3) y Cicerón (4); pero la experiencia les enseñó lo contrario. Más efecto producían los pellejos de las víctimas sacrificadas. En Anfiaraus y en Lebea había vates que con solo empellejarse con pieles de carneros, ó con solo dormir encima de ellas, soñaban cosas futuras ó conocían lo por venir. Fueron ambos parajes tan celebrados en Grecia, y tenidos en tanta veneración, que fué menester mandar por pública ley que ningún tebano durmiese ó vaticinase en el templo. Igual efecto se experimentó en Canope, en Pérgamo y en otros lugares de Grecia, donde Esculapio y Serapis tenían templos.

Los paganos se dedicaron á explicar las respuestas dadas en sueños. Máxima general era que los sueños provienen de los dioses infernales: *Los sueños verdaderos entran por puerta de cuerno; los vanos por puerta de marfil* (5), por ser el marfil opaco, y el cuerno transpa-

(1) Plerumque humanum spiritum rapit malus spiritus, ut quadam occulta mixtura quasi idem videatur esse et spiritus patientis et spiritus vexantis. *De spiritu et littera*, cap. XXVII.—Aliquo spiritu rapiente tollitur anima in hujusmodi videnda, seu commixtione alterius cujusdam spiritus. Cap. XXIII.

(2) Praesagia somniorum solum extrinsecus adveniunt, quia saepe studemus agimusque nonnulla ad hoc praesagium aucupandum, neque tamen datur, et saepe id non quaerentibus datur. Cap. XXII.

(3) *De republ.*, dial. IX.

(4) *De divinat.*, lib. I.

(5) HOMERO, *Odisea*, lib. XIX.—VIRGILIO, *Eneida*, lib. VI.—MACROBIO, lib. I, *Somnium Scipionis*, cap. III.

rente. En la interpretación de los sueños se extendió mucho Artemidoro, adelgazando en cinco libros la materia y dividiendo los sueños en alegóricos, generales, propios, ajenos.

Los estoicos daban á todos los sueños la virtud de presagiar algo; los platónicos, si bien otorgaban á algunos prenoción de cosas futuras, tenían por vanos los más, como lo enseña Platón en su libro V *De República*. Mas éste hizo á los demonios autores de los sueños adivinatorios, al revés de Aristóteles, que por parecerle cosa indigna de Dios el turbar con representaciones y espectros al hombre dormido, dijo que ningún sueño deja de ser natural. Pero es común sentir de los autores cristianos que hay sueños de tres clases: naturales, diabólicos y divinos (1). De los divinos y naturales va dicho ya, y se acabará luego de tratar.

Temeridad fuera negar que el demonio sugiere insidiosa y malignamente sueños, ya sea para perturbar el ánimo, ya para excitar alguna mala pasión, ó también para embaucar con predicciones de cosas futuras. Si así no fuese, no levantaría Dios con tanta energía la voz contra los observadores de sueños (2), pues los trata, no solamente como á hombres vanos, sino como á irritadores de la divina majestad. Y lo son, en efecto, los que dan créditos á sueños diabólicos. Por tales han de tenerse aquellos sueños en que el hombre recibe noticia de cosas futuras ó secretas, cuyo conocimiento trae más daño que utilidad. Porque el demonio, de ciertas causas puede antever los efectos, y como los prevé, los comunica representándolos en la fantasía del que duerme; otras cosas, que él se tiene premeditadas para más adelante, ó las está actualmente ejecutando en lugar apartado, puede indicarlas en sueños, para que el soñador, creyéndolas, dé en otras mil supersticiones que el tentador le arme luego con apariencias de religión. Señal clara de sueño diabólico será la vana ostentación de noticias curiosas ó la maldad enseñada en él. Así engañó el diablo á los montanistas, á los anabaptistas, á los swedenborgianos, á los mormones, á los espiritistas, y sigue embelecando á no pocos hipnotistas y telepatistas de hoy (3).

De manera, que no constando ser de Dios ó de la naturaleza los sueños, han de opinarse diabólicos, y como tales, prohibidos por

---

(1) S. GREGORIO, *Moral.*, lib. VIII, cap. XIII.—*Dialog.*, lib. IV, cap. XLVIII.—S. AGUSTÍN, *De civit. Dei*, lib. VIII, cap. XX.—SUÁREZ, *De religione*, lib. II, cap. XIII.—MEDINA, *Paraenes.*, *christ.*, lib. II, cap. II.—VALLES, *Sacra philos.*, cap. XXXII.—PEREIRA, *De Magia*, lib. II.—MAYOLO, *Dies canicular.*, t. II, colloq. IV.

(2) Nec observabitis somnia. Levit. XIX, 16.—Nec inveniatur in te, qui observet somnia. Deut. XVIII, 10.—Multos errare fecerunt somnia, et exciderunt sperantes in eis. Eccli. XXXIV, 7.—Nec attendatis ad somnia vestra, quae vos somniatis. Jer. XXIX, 8.

(3) PEREIRA, *De Magia*, lib. II, quaest. II.—SUÁREZ: Quando quis sine prudenti discretione et judicio facile credit hujusmodi somniis, non excusatur, per se loquendo, a culpa gravi, etiamsi temere diçat se credere ea esse a Deo, quia evidenti periculo daemonicae deceptionis se exponit; majorque erit culpa si jam alias quis expertus sit in his similibus casibus se esse deceptum, taliaque somnia falsa invenisse; illud est enim maximum signum illusionis daemonis, ut D. Thomas notat, 2. 2. q. CLXXII, a. 5, ad 3. *De superstit.*, cap. XIII.

supersticiosos. Igualmente pecado será acudir á un mágico ó al demonio por su interpretación, como acudió Nabuco á los adivinos (1). Otra cosa sería si los sueños fuesen solamente fútiles, vanos, exentos de mala doctrina, ajenos de superstición. Más adelante, al tratar de la telepatía moderna, acabaremos de ventilar esta clase de visiones nocturnas.

6. Cuestión incidental sería el averiguar si los demonios se albergaban en las estatuas de su propia industria ó por coacción del hombre. Lecanu impone á los apologistas cristianos una doctrina singular acerca de los demonios. *Juzgábanlos,* dice, *por substancias aéreas de naturaleza invisible, tenue y sutil, parecida al fuego etéreo, mas al fin corpóreas* (2). Que algunos escritores eclesiásticos, Lactancio, Tertuliano, hubiesen deslizado en ese error, no fuera maravilla; pero que los Santos Padres en general no reconociesen la patraña neoplatónica, es voluntario aserto, indecoroso al ingenio ilustrado de los Santos apologistas. Los neoplatónicos, Porfirio, Jamblico y otros, admitían que los demonios eran seres corpóreos, necesitados de comida, fáciles de ser atraídos con el reclamo de sacrificios olorosos y de víctimas aromáticas. Eusebio (3) y San Agustín (4) citan autoridades de dichos filósofos en comprobación de su dictamen: no es menester trasladarlas.

Presumían los neoplatónicos que los sacerdotes eran dueños de violentar á los demonios, de irritarlos con amenazas, de imponerles mandamiento y de precisarlos á la ejecución. Mas el imperio que sobre los demonios atribuían á la magia los neoplatónicos no era invención de ellos, sino de la antigüedad pagana. Lucano en su Farsalia ya ponía en la maga Ericto esa facultad, Homero la concedía á Proteo, Virgilio á Aristeo; de todo lo cual trae Eusebio testificaciones bastantes. Pero más peregrina novedad aún es ver á Marsilio Ficino en la época del Renacimiento otorgar á las cosas materiales influjo natural para cautivar y rendir al demonio. Así se expresa en su Apología de Sócrates el novato discípulo de Platón. Al revés, San Agustín (5) otorgando que el demonio se sienta á veces atraído con ofrendas, estatuas, ritos y ceremonias á morar en un oratorio, á proferir sentencias, á enunciar oráculos; no le concede esa codicia porque le reconozca ninguna suerte de cuerpo, sino porque le ve tan codicioso de honra vana y de ser tenido en predicamento de Dios, á trueque de engañar y embobar á los hombres. A este tono hablaban generalmente los apologistas cuando enseñaban que el demonio apetece sacrificios y olores, mas no al tono que Lecanu les achaca sin razón ni fundamento.

7. Finalmente, la *nigromancia* es la adivinación por los muertos, llamados *manes* por griegos y latinos (νεκρός, muerto, cadáver). *Pito-*

---

(1) Dan. II.—IV.
(2) *Dictionn. des Miracles.*, art. *Oracles.*, p. 467.
(3) *Praepar evangel.*, lib. V, cap. VI.
(4) *De civit. Dei.*, lib. X, cap. XI.
(5) *De civit. Dei*, lib. XXI, cap. VI.

nes eran los hombres dedicados al arte de consultar á los muertos; oficio abominable, y como tal vedado á los israelitas (1). El Levítico y el Deuteronomio condenan tanto á los adivinos y pitónicos, como á los que los consultaban, con terribles penas. La sola condenación demuestra la gravedad de la culpa. No era el arte de pitonizar un arte cualquiera, indiferente y de mero pasatiempo, como lo es el de hacer coplas, el del juglar ó bufonista. A Lecanu le parece que con llamar ventrílocuos á los pitones y pitonisas, salva todos los inconvenientes (2) Más adelante se atreve á dar por seguro que la Escritura no trata de demonismo la adivinación pitónica. Pero ¿por qué razón impone la Escritura tan recio castigo á los que consultan á los adivinos y pitones, sino por el peligro de idolatrar que en ese proceder se encierra? Merecedor de muerte es el hombre ó la mujer en quien reside el espíritu pitónico; en hecho de verdad Saúl desterró (3) y arrojó de sus casas á esa maldita chusma. Poco importa saber si eran ventrílocuos ó si albergaban en el vientre el mal espíritu, llamado *ob* en hebreo (4); poco importa que Josefo los denominase *ventrílocuos*, Plutarco *euricleas* (5), ó *engastrimitos;* lo importante no es el nombre, sino la cosa, la cual no podía ser más endiablada y execrable.

Error gentílico fué juzgar eternas las almas y partícipes de la esencia divina; á este error juntábase otro, y era, que libres las almas de la mole corpórea alcanzaban una suerte de divinidad que las habilitaba para enunciar respuestas sobre cosas futuras y arcanas; de donde procedía el celebrar con cantares de regocijo la muerte de los finados, como lo narran Plutarco y Plinio (6). De este error les nacía á los gentiles aquella ficción de espectros, sombras y fantasmas, cuya evocación no era en hecho de verdad sino la invocación del demonio, porque las almas no pueden hacerse ostensibles ni aun por obra del mismo demonio, aunque lo creyesen así los paganos, pues ellas ni tienen cuerpo en que dejarse ver, ni habilidad para forjarle, ni dependencia del demonio para inquietar á los vivos. Pero tiene el demonio en su mano, cuando Dios le da licencia, potestad para tomar figuras corpóreas con que presentarse al hombre haciéndole creer que es el alma de fulano, sin serlo en realidad. De esta suerte de adivinaciones así como están llenos los libros de los paganos (7), así los de los cristianos las muestran abominables y

(1) Vir, sive mulier, in quibus pythonicus vel divinationis fuerit spiritus, morte moriantur. Levit. XX, 22.—Non inveniatur in te qui pythones consulat, nec divinos, et quaerat a mortuis veritatem. Deut. XVIII, 11.

(2) L'esprit python est cette étrange faculté de la parole intérieure que possèdent les ventriloques. *Diction. des Miracles*, art. *Oracles*, t. II, p. 455.

(3) I Reg. XVIII.

(4) Isaías XXIX.—Job. XXXII.—Act. XVI.

(5) JOSEFO, *Antiq.*, lib. VII, cap. XV.—PLUTARCO, *De cessat. oracul.*

(6) *De consolat. ad Apolon.*—Lib. II, cap. LXIII.

(7) DIÓGENES LAERCIO, *In Vita Empedocl.*—HERÓDOTO, lib. I.—PLINIO, lib. XXXI, cap. VII.—VIRGILIO, *Egloga VIII.*—SÉNECA, *In Oedipo.*—CICERÓN, *De legib.*, lib. II.—HORACIO, lib. I, satyr. VIII.—LUCANO, *Pharsal.*, VI.—TIBULO, lib. I, eleg. II.

sumamente nefandas (1), pero no demostrarían su odiosa índole si no estuviesen bien certificados de la diabólica adivinación.

8. Ponerse un hombre en comunicación directa con los demonios del infierno para pedirles razón de lo por venir, ora la respuesta viniese por el vientre ó por la garganta, era abominable maldad. Para pintar las del rey Manasés dice la Escritura que *hizo pitones y multiplicó agoreros* (2). También el Profeta Isaias para armar á los judíos contra los desórdenes de la idolatría, y prevenir las calamidades que los amenazaban, les habla diciendo: *Cuando os dijeren: consultad á los nigromantes y adivinos, que barbotan en sus encantamientos, ¿por ventura el pueblo de Dios no tiene á quien acudir? ¿Acudirá á los muertos en lugar de los vivos* (3)? Bien llama Isaías *muertos* á los dioses gentílicos, para denotar que carecían de verdadera vida y mostrar la torpeza de la nigromancia. La voz *obot* ora se vierte magos y agoreros, ora encantadores, ora nigromantes y arúspices, ora adivinos (4); si los Setenta traducen *ventrílocuos*, no es para advertir la equivalencia del sentido, sino el ardid de los nigrománticos, que con la capa de ventrílocuos deslumbraban al pueblo haciéndole creer que evocaban los manes y recibían de ellos respuestas (5). No era, pues, la nigromancia un arte indiferente ó innocuo, como podía serlo el de poetizar, trovar y hacer bufonerías; contenía, al contrario, una violación de los derechos divinos y un escándalo para la conciencia humana. De tan grave ponderación como á este género de magia atribuye la Sagrada Escritura, se debe inferir la gravedad del pecado y el desorden de la nigromancia; de donde por tanto se concluye que este linaje de adivinación estaba en uso entre los gentiles, como escuela que fué de sus más depravadas costumbres.

Estos indicios bastan para dar por demostrada su existencia, sin que sea necesario detenernos en examinar si el oráculo de que hablan Homero (6) y Estrabón (7) fué patraña ó cosa hechiza, ni si otros oráculos, como el narrado por Virgilio (8), el poetizado por Lucano (9), el de la pitonisa de Endor (10), fueron obra de verdadera nigromancia. Pero una cosa es innegable en este ramo de magia, la carencia de vaticinio profético. Las predicciones nigrománticas se obscurecen y quedan eclipsadas, como las estrellas delante de la hermosura del Sol, si se parangonan con las predicciones proféticas.

La ocasión nos pone en el empeño de señalar una de las más

---

(1) Sto. Tomás, part. I, quaest. CXVII, a. 4.—Pereira, *De Magia*, lib. I, cap. XI.—Suárez, *in D. Thom.*, p. III, quaest. LIII.—Rafael de la Torre, *De vitiis opposit.*, q. CXV, a. 3.

(2) Fecit pythones et ariolos multiplicavit. IV Reg. XXI.

(3) Et cum dixerint ad vos: quaerite a pythonibus et a divinis qui strident in incantationibus suis; numquid non populus a Deo requiret, pro vivis a mortuis? Is. VIII, 19.

(4) Levit. XIX, 31.—XX, 6.—II Par. XXXIII, 6.—IV Reg. XXI, 6.—XXIII, 24.—Deut. XVIII, 11.

(5) Véase la interpretación del citado texto de Isaías en Maldonado, Osorio, Malvenda, Pinto, Sánchez, Tirino, Sa, Mariana, Sasbout.

(6) *Odisea*, lib. II. (7) *Geograph*, lib. V. (8) *Eneida*, lib. VI.
(9) *Farsal.*, lib. VI. (10) I Reg. XVIII.

peregrinas opiniones, que han fantaseado en nuestro tiempo los enemigos de la religión hebrea. Toda ella fué negocio de ventriloquía; consistió en el arte de suplir la voz divina por medio de la voz humana. Los ventrílocuos impusieron á todos los judíos la creencia de las comunicaciones celestes, valiéndose de su artificio ventrical. De manera que nigromancia, divinación, inspiración, revelación, profetismo, se reducen á ventriloquía; y sacerdotes, Profetas, nigromantes, vienen á sonar lo mismo que ventrílocuos. Tal es la invención de Pablo Garnault, que piensa con ella haber hecho un descubrimiento de importancia (1).

Lo que recomienda la sabiduría del autor no es, ciertamente, el conocimiento de las Santas Escrituras. Para fundar su opinión válese de traducciones de textos escriturales. Alegando uno de Isaías dice así: *Tú, sentada en el suelo, murmurarás en voz baja; tu habla débilmente saldrá del polvo; su voz será como la de un ob; del polvo se alzarán los sones agudos de tu voz* (2). Al representar aquí Isaías la costumbre de los que lloran sentados en tierra, cubiertos de ceniza, con voces entrecortadas y temblonas, compara las lamentaciones de la afligida Jerusalén con las voces de los nigrománticos, que parece susurran mamullando palabras entre dientes cuando dicen una adivinación. Pasemos por la versión de Garnault, aunque sea poco exacta. Pero en el texto de Isaías no hay indicio alguno de ventriloquía. Va dicho ya que *ob* אוֹב significaba entre los hebreos ó el alma de los difuntos evocada por los nigromantes, ó el mismo nigromante que por arte de magia las evocaba, ó el demonio que moraba en el evocador. El llamar los Setenta *ventrilocuos* (ἐγγαστριμύθους) á los *obot*, fué porque el arte de la ventriloquia engañaba al pueblo, significándole que el mágico veía las almas de los evocados muertos, mas no las oía; pero que la persona en cuya gracia las evocaba las oía mas no las veía (3). De modo que *ob* suena lo mismo que mágico, encantador, pitón, hechicero, adivino, como antes se dijo. Si se refiere al alma del difunto, significa la voz débil, ahogada y sin vigor, que salía del interior de la tierra, donde moraban las almas de los muertos, según la creencia popular. Mas ¿qué jaez de ventriloquia hay aquí? Para que la haya, atribuye Garnault á *ob* el significado de estatua, con que arma su razón diciendo que el sacerdote ventrílocuo, hablando con voz cavernosa, daba á entender al pueblo era la estatua la que hablaba. Mas ¿quién prohijó á *ob* esa acepción? Nadie, sino Garnault, que ninguna autoridad alega en su favor.

Al mismo tenor va el racionalista amontonando ventrílocuos en

(1) C'est le prodige de la parole des morts qui n'a pu être complet, patent, évident, qu'à l'aide de la ventriloquie, qui à imposé à tous les hommes la croyance à la conversation avec les morts, les espirits et les dieux. *Revue scientifique*, 1900, 26 mai, pág. 654.

(2) Vae Ariel, Ariel civitas, quam expugnavit David!... Humiliaberis, de terra loqueris, et de humo audietur eloquium tuum; et erit quasi pythonis de terra vox tua, et de humo eloquium tuum mussitabit. Is. XXIX, 1, 4.

(3) KNABENBAUER, *Comment. in Is.* VIII, 19.—HUMMELAUER, *Comment. in I Reg.* XXVIII 7.—GESENIO, *Thesaurus*, pag. 35.

el pueblo de Israel. Los idolillos que el patriarca Jacob mandó enterrar (Gen. XXXV, 4), denotan la ventriloquía del patriarca; la aparición de Jehová en la zarza ardiente (Exod. III, 2), representa acción de ventriloquía, porque las raíces de la zarza llegaban hondas cerca del infierno; la profetisa Débora, sentada á la sombra de la palmera (Jud. IV, 5), fué también ventrílocua por igual razón; la pitonisa de Endor, llamada ventrílocua por los Setenta, es confirmación admirable de lo mismo. No le importa á Garnault que la Escritura amenace castigos á los hebreos entregados á la nigromancia, hechicería y artes mágicas, como va dicho arriba, porque el incrédulo explica esos textos en un sentido contrario, hasta llegar á escribir que *por los años mil antes de nuestra era, entre hebreos Profeta y nigromántico significaban una mismísima cosa* (Ibid., pág. 652).

Finalmente, ¡acaso el Dios Jehová sería un muerto deificado! Responde primero Garnault, que es difícil de entender que lo fuese; después dice que poco más ó menos lo era; en fin, rotundamente afirma que la estatua del muerto divinizado que se llamó Jehová, profería oráculos por la invocación de los ventrílocuos (Ibid., página 646). Se le va la pluma al incrédulo licenciando en mayores dislates, cuanto más adelanta en su despropositado intento. No añadiremos más. El crítico Stade, defensor aguerrido del culto de los muertos en el antiguo pueblo de Israel, declara abiertamente que la religión de Jehová introducida por Moisés *tenía competencia y enemistad radical con los cultos anteriores* (1); ¿y luego querrá Garnault que el culto de Jehová fuese el culto de los muertos? ¿Por qué no se embravece crudamente contra Stade, á quien concedió tanta autoridad?

9. En comprobación de lo dicho hasta aquí, para que se vea cómo la astucia del demonio ha sido en todo tiempo la misma, sin que se haya perfeccionado su entendimiento en la escuela experimental de tantos siglos, parece oportuno hacer mención de ciertas predicciones, raras de todo en todo, y verificadas por extraña manera. Como el gato acecha al ratón para tragársele, así el demonio está de continuo acechando las costumbres de los pueblos con la intención dañada de promover la mala semilla, si Dios le diere licencia. Hace cosa de medio siglo trató el diablo de alborotar á los pacíficos moradores de Chile con un ruidoso acontecimiento. En la *Relación hecha al Señor Arzobispo de Santiago de Chile por el presbítero D. José Raimundo Zisternas, en Septiembre del año 1857*, leemos el caso en esta forma: Carmen Marín, joven de veinte años, enferma en el Hospicio de Santiago, solía predecir la hora de sus accesos. *Eran las cuatro de la tarde*, dice el presbítero Zisternas en su jerigonza americana, *cuando se resitó el Evanjelio i la enferma durante el acceso, respondiendo á una de las preguntas que le hicę, había contestado que dos horas después le volvería el ataque; como semejante*

(1) *Geschichte de Volkes Israel*, t. I, pag. 439.

anuncio se hubiese cumplido varias veces con toda exactitud, creí también que al presente sucediera lo mismo i me fuí entonces en persona en busca del doctor Sazie... Efectivamente á las dos horas cabales le principió i al momento la pieza se llenó de la jente que esperaba cerciorarse por sus propios ojos de lo que por otros se les había contado (1). Un poco más adelante particularizando el mismo testigo las señales observadas en la Marín, resume la 12 en esta forma: *Predice con toda exactitud el día i hora que el ataque le principia i el día i la hora en que concluye* (2). Más autorizada es, si cabe, la declaración del médico D. Benito García Fernández, que muy despacio examinó el caso para dar, como dió, su dictamen facultativo. *El día siguiente sábado 1.º de Agosto, era,* dice, *según había anunciado la enferma en el ataque locuaz del miércoles, el día grande por excelencia, pues estaría con el mal desde las siete de la mañana hasta las once de la noche: había anunciado más; que ese día sería el último hasta dentro de año i medio que volvería* (3). La predicción se verificó puntualmente.

Examinando el citado Doctor García lo raro de la enfermedad, prueba que no podía ser epilepsia, ni histérico, ni catalepsia, ni convulsión nerviosa, ni éxtasis, ni corea, ni demencia, ni magnetismo espontáneo, ni otra cualquiera de las enfermedades conocidas, ni tampoco probablemente una enfermedad nueva y natural. La razón más poderosa que alegaba el concienzudo facultativo, era que Carmen Marín, con sólo oir leer el Evangelio de San Juan, en medio de un furioso arrebato en que desenvolvía fuerza extraordinaria y profería con boca como de infierno blasfemias é injurias, quedaba al punto en paz, cual si fuera otra persona. A vista de tan raros síntomas y de tan extraño remedio, atrevióse el citado médico á declarar que *La Carmen Marín es endemoniada* (4).

Si ello es así, no cabe duda que quien le procuraba á la moza la terribilidad de los accesos, se los podía impedir, quitar, renovar á su talante; que por eso tenía en su mano el sugerirle la predicción de ellos con exactísima puntualidad, como le sugeriría la inteligencia de vocablos peregrinos que ella ignoraba. El demonio, cuando Dios por sus inescrutables designios se lo permite, dispone de su acción y se la podrá notificar á la persona en cuyo cuerpo hace morada temporal por permisión divina, aunque también podría salir con las manos en la cabeza viendo contrariados por Dios sus malignos intentos. Mas es muy de reparar que Carmen Marín no predecía otras cosas de importancia, excepto los arrebatos. Bien pudiera el demonio haberla amaestrado en el arte de adivinar cosas ocultas ó remotas que él se sabe; no lo hizo, porque Dios pondría coto á las travesuras diabólicas.

---

(1) *Relación*, pág. 7. (2) Ibid., p. 14. (3) Ibid., pág. 25.
(4) Ibid., pág. 36.

ARTICULO IV.

1. Portentos extraordinarios, naturales y sobrenaturales.—2. Cómo los calificaban los antiguos paganos.—3. En qué casos se podrá tener prenoción verdadera.—4. Tinieblas, eclipses, terremotos, inundaciones.—5. Meteoros.—6. Cometas.—7. Pretensas señales del fin del mundo.—8. Calamidades terrestres por los años de 1872.—Cómo las explicaba el vulgo de los escritores.—9. Cómo hablaba de ellas el Papa Pío IX.

1. A la materia de la adivinación pertenece la sacada de los portentos y señales extraordinarias. Llámanse *portentos* (del verbo *portendere* que suena *significar)* aquellos indicios ó demostraciones de cosas que más adelante han de acaecer. La misma fuerza tiene *ostento*, del verbo *ostendere* que es *mostrar*. *Fenómenos* ó fantasmas solían llamarse por los griegos, si bien no falta quien ponga diferencia entre estos diversos vocablos, que aquí usaremos sin ninguna distinción. Un halos solar, un cometa caudato, una aurora boreal, un bólido notable, la aparición de un cometa, una granizada de piedras como huevos de gallina, un terremoto en terrenos no volcánicos, una lluvia de sangre, un monstruo con tres cabezas, y cosas parecidas que raras veces se ven en el cielo, en la tierra, en el mar, llevan nombre de portentos é de ostentos, y también de prodigios, pues lo son siquiera respecto de la humana rudeza. Estos sucesos tienen la particularidad, de que cuanto menos razón natural puede darse de ellos, mayor admiración engendran con su extraordinaria rareza.

Conviene primeramente advertir, que entre tanta variedad de portentos los hay naturales y los hay también sobrenaturales. En las Sagradas Escrituras no se puede dudar, sino que el detenerse el sol en medio de su curso en los días de Josué (1), el volver diez líneas atrás en tiempo del rey Ezequias (2), el eclipsarse á la muerte de Jesucristo (3), fueron portentos y prodigios de superior calidad, á que sólo alcanza la divina omnipotencia; con suma razón quedó la tierra pasmada al contemplarlos. De igual manera hemos de hablar de aquella mano misteriosa que escribió en la pared del salón, donde el rey Baltasar banqueteaba á sus magnates, aquellas enigmáticas palabras *Mane, Thecel, Phares* (4); de aquel rasgarse del velo en la muerte del Salvador; del encontrarse unas con otras rompiéndose las piedras del Calvario (5); de aquel aparecimiento repentino en los aires de caballeros armados discurriendo por cuarenta días arreo en son de guerra, con movimientos de escudos, golpes de lanzas, resplandor de armas doradas, relampaguear de lorigas, como se cuenta en el libro de los Macabeos (6). Estas señales, que tuvieron

(1) Jos. X. (2) IV Reg. XX. (3) Matth. XXVII.
(4) Dan. V. (5) Matth. XXVII. (6) II Mach. V, I.

en su abono muchedumbre de testigos, causa mayor requieren para poderse explicar con entera satisfacción.

Otros portentos hay sencillamente naturales, acaecidos por solo concurso de causas necesarias según ley de naturaleza, la cual á veces hace extremos de valentía por producir monstruosidades portentosas. Lo que principalmente se ha de tratar en esta materia es, qué valor tienen los dichos fenómenos para pronosticar lo venidero, porque es increíble la facilidad con que el vulgo los califica de pronósticos: ¿lo son? Para dar competente respuesta á tan enmarañada pregunta, hemos de advertir que en los portentos milagrosos, testificados por la divina Escritura, no es lícito dudar que contienen en sí alguna significación de sucesos futuros determinados, como en los mismos lugares donde se narran se echa bien de ver. Mas con todo, no está en la mano de cualquiera el proponer por segura é infalible su particular declaración, por más admirables que parezcan. El portento de las letras escritas en la pared á los ojos del rey Baltasar, tuvo necesidad de un Daniel, intérprete alumbrado con el espíritu de Dios. Cuando falte autoridad al expositor, toda interpretación singular será vana y engañosa, por carecer de título legítimo; ¡en cuántos desbarros no caen los amigos de explicarlo todo científicamente, como dicen!

2. En esta parte muy torpes anduvieron los antiguos cuando querían dar razón de cosas, que los modernos tienen por muy sencillas y naturales. Oían cantar los gallos con ufanía de vencedores; prenuncio es, decían, de la victoria que Temístocles alcanzará del general Jerjes; alcanzada la victoria, porfiaban en su tema. Cicerón, que trata largamente de semejantes portentos, hace donosa burla de los intérpretes. Si cantaran los peces, decía, tolerable fuera la interpretación; pero el cantar gallos vencedores y callar los vencidos es cosa muy usada y natural (1). Prosigue después, apretando más la clavija del argumento: *Dióse noticia al Senado que había caído una lluvia de sangre, que el río Atrato había corrido sangre, que las estatuas de los dioses habían sudado sangre: ¿piensas acaso que Tales ó Anaxágoras ó un físico cualquiera habría dado crédito á semejantes embajadas?... Pero nosotros somos tan livianos y estultos, que si los ratones roen algo, pues este es su oficio, lo echamos á monstruosidad. Antes de la guerra con los Marsos, porque los ratones royeron los escudos de Lanuvio, los arúspices lo aclamaron por máximo portento. Cual si fuera de grande importancia el que las ratas, que no paran día y noche de desmenuzar con los dientes taladrantes, los hayan aplicado á los escudos como los aplican á los harneros. Entonces habré de estar todo tembloso y lleno de sobresaltos sobre la suerte de nuestra República, porque el dia pasado me echaron á perder la «Política de Pla-*

(1) An illae aves, nisi cum vicerint, canere non solent? At tunc canebant, nec vicerant: id enim inquies ostentum, magnum vero; quasi pisces, non galli cecinerint. Quod autem est tempus quo illi non cantent, vel nocturnum vel diurnum? *De divinat.*, lib. II.

tón»; ó si en su lugar hubiesen reducido á polvo el libro de «Epicuro sobre el placer», había de pensar que la carne se vendería más cara en el mercado (1).

Brioso tuerce la cuerda el académico, procurando atar de manos y pies con razones tan mordaces cuan convincentes á los crédulos romanos. ¿Qué significación tiene el caer de un rayo, que abrasó los sacrificios, para interpretar, como interpretaron los arúspices, que se seguiría luego mudanza en el reino de Macedonia, aunque efectivamente se siguiera, como lo narra Alejandro (2)? Los portentos naturales, las más de las veces no suenan otra cosa sino desconcierto en los agentes físicos, complicación de principios diversos, anomalías en la producción, trastorno local de los elementos, resultas próximas preparadas en causas lejanas; *todo lo cual, como no es ordinario, piensa el vulgo que significa cosas nuevas, como sea verdad que ninguna cosa signifique* (3).

Bien lo entienden los meteorólogos cuando desde sus observatorios anuncian al mundo sabio los pasos de planetas, el día de eclipse solar, la proximidad de terremotos, la irrupción de ciclones, la venida del temporal; las cuales nuevas con tanta certidumbre las anuncian, que los desconfiados ó burlones pagan á veces con la vida la pena de su temeridad. ¿Quién granjea credito á los anunciadores, quién culpa á los desgraciados? La ciencia hermanada con la experiencia, el conocimiento de las causas naturales aplicado con oportunidad. ¿Acaso los tales prenuncios se asemejan á profecías? No por cierto; no basta para la profecía el conocimiento infalible, si la causa del suceso no es oculta. ¿Es oculta la causa de los fenómenos antedichos para el sabio que los pregona por ciertos, á ley de buen entendedor? No lo es, subjetivamente al menos; que si yerra, á costa de su fama yerra, como en no pocos lances les acontece á temerarios y presumidos.

3. Los monstruos, engendros fuera del orden natural, en ciertos casos denotan algún intento determinado por disposición de Dios, bien que de su condición indiferentes. En esto regíase por antojos Cicerón, cuando pensaba que siempre las mônstruosidades significaban de suyo algo (4) extraordinario; pero sin razón deputábanse los Etruscos y Arúspices, entre los romanos, para intérpretes de las imaginadas predicciones, como leemos en la ley de las Doce Tablas (5). Algunos casos de prodigios y monstruos narra Valerio Má-

(1) Nos autem ita leves atque inconsiderati sumus, ut si mures corroserint aliquid, quod est opus hoc suum, monstrum putemus. Ante vero Marsicum bellum, quod clypeos Lanuvii, ut a te dictum est, mures rosissent, maximum id portentum aruspices esse dixerunt. Quasi vero quicquam intersit, mures diem ac noctem aliquid rodentes, scuta an cribra corroserint. Nam si ista sequimur, quod Platonis politiam, nuper apud me corroserint, de Republica debui pertimescere; aut si Epicuri de voluptate liber corrosus esset, putarem annonam in macello cariorem fore.

(2) *Alexander ab Alexandro*, lib. V, cap. XIII.

(3) Fr. Juan Fernández, *Demonstraciones católicas*, p. I, lib. III, disc. I, § 4.

(4) Quia ostendunt, praedicunt, ostenta, portenta, monstra vocantur. *De divinat.*, lib. I,

(5) Prodigia, portenta ad Hetruscos et Haruspices, si senatus jusserit, referunto.

ximo (1), fiado en los decires de las gentes; otros parecidos cuentan Lucano y Virgilio (2). Aunque muchos de ellos sean absurdísimos y de ningún valor, más imposible se hace la interpretación de los intentos, por falta de competente autoridad que los descifre.

Hay á veces, no lo neguemos, monstruosidades proféticas, significativas de algún celeste designio. El monstruo referido por San Pedro Damiano del rey Roberto, á quien le nació un hijo con cabeza y cuello de ganso, fruto de infame incesto, puede considerarse por indicio de la ira divina, como le consideraron los Obispos franceses, al fulminar contra el incestuoso sentencia de excomunión (3). La autoridad de tantos Prelados bastaría para interpretar e enojo de Dios significado en aquella monstruosidad. Otros casos se narran en las historias eclesiásticas (4), de monstruos parecidos, pero no siempre los historiadores son idóneos intérpretes de su verdadera significación. Cuando, por ejemplo, Simón Mayolo, atribuyó á ira de Dios la repentina aparición de monstruos marinos (5), dijo mucho más de lo que sabía, pues á nadie consta que nos hable Dios por semejantes señas. *Prodigio particular*, dice Nieremberg, *pretendido de causa superior, no es necesario señalarle siempre* (6). No sólo no es necesario, mas ni posible ni conveniente, por no ser un hombre cualquiera instrumento apto para interpretar las maravillas de los monstruos, cuya formación podrá depender de secretísimas causas naturales.

Que poco antes de la ruina de Jerusalén se oyeron en el Templo voces extrañas, son autores Josefo y Tácito (7), á cuya cuenta corre la verdad del caso. Mas para dar esas voces á operación preternatural y ver en ellas significación superior, más averiguada noticia de-

---

(1) Bovem voce humana locutum fuisse; carnis in modum nimbri dissipatas partes cecidisse, quarum majorem numerum praepetes diripuere aves, et reliquum per aliquot dies nec odore tetro neque deformi aspectu mutatum jacuit; puerum infantem semestrem dicitur in foro Boerio triumphum proclamasse; alium cum elephantino capite natum; in Piceno lapides pluisse; in Gallia lupum vigili e vagina gladium abstulisse; in Sicilia scuta duo sanguinem sudasse; et jam metentibus cruentas spicas in orbem decidisse; Cerites aquas sanguine mixtas fluxisse in bello Punico secundo; bovem dixisse: Cave tibi, Roma. lib. I, cap. VI.

(2) *Pharsal.*, lib. I.—*Georgic.*, lib. I.

(3) Robertus Gallorum Rex propinquam sibi copulavit uxorem, ex qua suscepit filium, anserinum per omnia collum et caput habentem, quos virum et uxorem omnes fere Galliarum Episcopi communi simul excommunicavere sententia. Rex igitur his coactus angustiis ad sanum consilium rediens divertit incestum, iniit legitimum conjugium. *De miraculis*, lib. I.

(4) *Metaphrastes*, die 30 septembr.—NICÉFORO, lib. XII, cap. XXXVII.—OLAO, *Hist. Septentr.*, lib. XXI, cap. I.—NIEREMBERG, *Curiosa filosofía*, lib. III.

(5) Censeo equidem haec monstra in mari prolata esse et populis notitiam referri, ut Deum iratum, sicut caetera in terra monstra ostendunt, cum tanta populi carnis luxuria diffluunt, ut piscium incognitum coitum superare videantur, aut mollitiem aquatilium animantium praeferre. *Dies canicular.*, colloq. IX.

(6) *Oculta filos.*, lib. III, cap. XI.

(7) Festo die quem Pentecostem vocant, nocte Sacerdotes intimum templum more suo, ad divinas res celebrandas ingressi, primum quidem motum quemdam strepitum, senserunt; postea vero subitam vocem audiverunt, quae diceret: migremus hinc. *De bello judaico*, lib. VII, cap. XII. — Expansae repentes delubri fores, et audita major humana vox: excedere Deos. Simul ingens motus excedentium. *Hist.*, lib. V.

biéramos tener. Porque entre los gentiles eran muy frecuentes los prodigios de aullidos nocturnos, de gemidos tristes, de voces insólitas á la muerte de ciertos personajes, como presagios lúgubres de infortunio, según lo cantan los poetas (1), imaginando que en semejantes prodigios andaba envuelta señal significativa de religión, cuando era antes bien superstición en hecho de verdad. Otro tanto pensaban los gentiles de los sudores de las estatuas (2); teníanlos por señal de azar. Nieremberg toca este punto en un lindo capítulo, donde recopila graciosas curiosidades: expresa su dictamen diciendo: *Por la humedad de las estatuas los sudores de muchas suelen ser naturales; otros (confieso yo) no lo serán, y se debe colegir de varias circunstancias ser milagrosas ó supersticiosas* (3). Mas no acaba de resolver el autor qué significa el sudor de un simulacro, cuando es sobrenatural, ni por qué el echar lágrimas ha de ser signo de pena y no de gozo: cosa muy árdua de averiguar, como luego se verá.

4. Parecidamente hemos de juzgar de las portentosas tinieblas, que á veces han acaecido en pleno día. Si las causare un eclipse total de sol, menos maravilla será, de ninguna importancia su significación. Que en tiempo del rey Alarico un eclipse solar dejase ver las estrellas en mitad del día, no ofrece el indicio temeroso que á Nicéforo tanto amedrentó (4). Ni á gloria ni á ignominia de Escipión se ha de achacar el que peleando contra Aníbal, quedase á obscuras la tierra por quebrársele al sol los rayos; sacar partido de este suceso, como Zonaras en su tomo segundo pretendió, es no entender lo que significa un eclipse total. En vano quiso Mayolo ver en semejantes tinieblas prenuncios de calamidades (5). Mas si las tinieblas fuesen como las espantosas de Egipto narradas en el Exodo, que duraron tres días (6); si el sol estando la luna llena, quedase totalmente obscurecido, como sucedió en la muerte de Cristo nuestro Salvador; entonces con razón se ha de presumir que el portento es anunciador de una gran novedad, como lo interpretaron los sagrados expositores (7)

En esta suerte de acaecimientos extraordinarios no es lícito apelar á la justicia divina, sin causa suficiente, porque pudiendo ser naturales, no la imaginación sino la bien fundada razón ha de juzgar por qué motivos Dios espanta con ellos lòs ánimos de los hombres. ¿Hay suceso más aterrador que un terremoto? ¿Puede haber señal

---

(1) LUCANO, *Pharsal.*, lib. I.—OVIDIO, *Metamorphos.*, lib. XV.—TIBULO, lib. II, Eleg. 5. —VIRGILIO, *Georgic.*, I.—*Eneida*, lib. IV.—ESTALIO PAPINIANO, *Thebaid.*, lib. III.—JUAN DE SALISBURY, *Polycrat.*, lib. II, cap. IV.

(2) CICERÓN: Herculisque simulacrum multo sudore manavit. *De divinat.*, lib. I.—APOLONIO: Cum quid mali imminet, consueverunt sudare simulacra. Lib. IV.—LUCANO: Urbisque laborem testatos sudore Lares. *Pharsal.*, lib. I.

(3) *Oculta philos.*, lib. I, cap. LVII.

(4) *Hist.*, lib. XIII, cap. XXXVI.

(5) *Dies canicular.*, t. I, colloq. I.

(6) Et factae sunt tenebrae horribiles in universa terra Ægypti tribus diebus: nemo vidit fratrem suum, nec movit se de loco in quo erat. Exod. XX, 22.

(7) S. CRISÓSTOMO, *In Matth.*, XXVII.—S. JERÓNIMO, *In Matth.*, XXVII.—STO. TOMÁS 3 p, q. XLIV, a. 2.

más expresiva del enojo divino que el bramido de las oscilaciones terrestres? Con el fragor del terremoto se denuncia en las Escrituras la ira de Dios (1), la majestad de Dios, la divina presencia; mas no se denuncia como señal infalible en todos casos, sino en aquellos para los cuales se profetiza este asolador azote, como en la muerte de Cristo, en la segunda venida de Cristo, donde recibe el terremoto su profética prenoción de aposentador de las iras celestes. En otros casos, en que no consta la ordenación de Dios, será preciso brujulearla, para no errar en la interpretación del suceso. Aquel espantoso temblor de tierra que sacudió casi gran parte de Europa y Asia, en tiempo del emperador Teodosio (2); el que en Judea acaeció, reinando Herodes, con muerte de treinta mil personas (3); el que en los días del emperador Martín asoló las ciudades de Amasea y Antioquía (4); el que en Roma, durante el imperio de Honorio, resquebrajó la tierra por tantas partes (5); estos y otros análogos cataclismos, en que tantos hombres suelen hallar sepultura, no se pueden referir á justa venganza del sumo Dios con tanta certidumbre como el que tragó vivos á Datán y Abirón juntamente con sus tiendas (6), porque éste sabemos fué ordenado á castigar la rebeldía y menosprecio de la divina autoridad, mas de aquéllos no tenemos indicios seguros de su verdadera prenoción. Los gentiles, que con su alma universal atribuían á cada cosa sensible su partecilla de espíritu divino, estimando los terremotos por demostraciones auténticas de la divinidad, no es maravilla les concediesen virtud profética (7); los cristianos, más informados que ellos en las doctrinas de la ciencia y de la fe, sabemos que Dios puede valerse de causas y efectos naturales para salir con sus soberanos designios, pero no argüimos á la ligera, de la terribilidad de los terremotos la ira y castigo de Dios, sin alguna particular razón.

En los estragos del agua, ora por inundaciones de ríos, ora por aguaduchos torrenciales, ora por acometimientos del mar airado, es muy frecuente opinión del vulgo que se encierra la vengadora mano de Dios. Torreblanca lo significó, diciendo: *El año pasado de 1627 nuestra España, contaminada con soberbia de la vida, con opresión de la justicia, y con concupiscencias de la carne, vió salidos de madre los ríos, las ciudades de Córdoba, Sevilla, Salamanca y otras arriadas de extraña manera; innumerables hombres perdieron la vida, los ganados perecieron, dando muestras de grandísima calamidad, porque el soberbio Faraón, entregado á todos los vicios, fué tragado en*

(1) Commota est, contremuit terra, fundamenta montium conturbata sunt et commota sunt, quia iratus est eis. Psalm. XVII, 8.—Et erunt terrae motus magni per loca. Luc. XXI, 2.—Et terra mota est. Matth. XXVII, 51.

(2) Nicéforo, lib. XIV, cap. XLVI.

(3) Zonaras, t. I.

(4) Nicéforo, lib. XVIII, cap. XIII.

(5) Nicéforo, lib. XIII, cap. XXXVI.

(6) Num. XVI.

(7) Cicerón: Cum terrae saepe fremitus, saepe mugitus, saepe motus multa nostrae Reipublicae, multa caeteris civitatibus gravia et verae praedixerunt. *De divinatione*, lib. I.

el Mar Bermejo con sus tropas en señal de la mudanza del reino (1). De qué premisas sacase el canciller cordobés la conclusión, se lo sabría él; mas no se ve que procediese con sana lógica al traer á colación la soberbia del rey egipcio. La historia de los israelitas no es la historia general del mundo. El estilo usado por Dios en el gobierno de la gente hebrea, iba por más alto rumbo que el usado en las demás naciones, como en otra parte dijimos (2). Si el Señor empleaba con frecuencia la vara del rigor para despabilar á los judíos los ojos, valiéndose para ello á veces de efectos naturales, que no acaecían seguramente á tumbo de dado, sino con consejo de Dios, esa vara no ha de servirnos para medir los sucesos azarosos de otras gentes sin que nos asistan graves motivos que autoricen su fatídica interpretación; especialmente, que los estimados por nosotros prodigios, son con frecuencia efectos muy naturales de causas no conocidas, cuando no sean sucesos mal averiguados por la credulidad del vulgo.

5. La meteorología, ¿á cuántos embelecos no da lugar, por ser tan complejo el concurso de agentes elementares? Cuando Cristo nuestro Señor decía que las nubes en el Occidente denotan lluvia, y el viento del Norte calor, no hacía alarde de meteorólogo; se allanaba al decir de la plebe (3), cuyas predicciones no siempre salen acertadas. Pero cuando la larga experiencia diese acierto en semejantes casos, el conocer el cielo de cara sería, en concepto de Cristo, como lo dice por San Mateo (4), argumento perentorio de la hipocresía de sus enemigos, los cuales, blasonando de adivinar el tiempo de calor y frío por señales inciertas y dificultosas, no adivinaban el tiempo del Mesías por sus vaticinios y milagros (5). La ciencia de los meteoros podrá suministrar al arte de predecir naturales efectos alguna facilidad dentro de ciertos límites de tiempo y lugar, mas no absoluta infalibilidad, libre de error y engaño, como cada día lo vemos.

Los fenómenos luminosos, rayos, coronas, halos, parhelios, arco iris y demás efectos engendrados en la atmósfera terrestre, no están deputados por Dios para hablarnos proféticamente. Cuando han de significar algún designio de la divina voluntad, no deja Dios de tenernos informados, como lo hizo con el arco iris (6), al escogerle sobre los demás portentos luminosos para señal de la perpetua cesación del diluvio. Porque el arco iris no es signo natural, sino

---

(1) *Jurist. spirit. prac.*, lib. VI, cap. XIV.

(2) Lib. II, cap. II, art. III.

(3) Cum videritis nubem orientem ab occasu, statim dicitis: nimbus erit; et ita fit. Et cum austrum flantem, dicitis: quia aestus erit; et ita fit. Luc. XII, 54.

(4) Faciem ergo coeli dijudicare nostis, signa autem temporum non potestis scire? XVI, 4.

(5) MALDONADO: Non enim primus meus adventus ex coelestibus signis solis et lunae, sed ex prophetiis et miraculis quae facio cognosci debet. *Comment. in Matth.*, XVI, 3.

(6) Cum obduxero nubibus coelum, apparebit arcus meus in nubibus, et recordabor faederis sempiterni, et non erunt ultra aquae diluvii operire terram. Gen. IX, 14.

solo convencional del decreto divino (1); en este sentido podía llamarse profético. Del valor anunciativo de estos efectos meteóricos no nos consta hasta el presente. Aquello que dice Torreblanca que los tres soles aparecidos en España el día del Nacimiento de Cristo simbolizaron la confesión de la Trinidad, en que la nación española había de sobresalir entre todas las naciones, no pasa de mera conjetura, aunque Santo Tomás la tuviese por cosa *creíble* (2). Algo más que la vista de tres soles (efecto muy natural y muchas veces acaecido) es menester para el mérito de diputación profética.

6. La providencia de Dios tiene cuidado de los hombres y de las cosas. Esta verdad llana, ¡cuántas veces se ha exagerado por los fieles so pretexto de ensalzar la hermosura del orden sobrenatural! El Profeta Joel anunciaba para el día del Señor prodigios del cielo y señales espantosas (3); repetía el divino Salvador las mismas amonestaciones, cuando representaba los extremos de la cólera divina. Pero ver en las alteraciones de los elementos, que en el mundo suelen acaecer, expresiones proféticas de indubitable seguridad significadoras de la justicia divina, es sacar de sus quicios las cosas y dar vislumbres sobrenaturales á efectos naturales muy comunes en las épocas geológicas. Sin argumentos sólidos no es dado atribuir significación profética al aire, al agua, al fuego, á los astros, cuando se revuelven fuera de costumbre con catástrofes temerosas. Barruntos de la mano vengadora de Dios podrán ser ciertas calamidades públicas en determinados tiempos; pero tanto como voces persuasivas, fuera exageración creerlo. Ni un cabello se nos cae de la cabeza sin la voluntad de nuestro Padre celestial; mas cuál sea esa voluntad, se nos esconde tan por entero en los más casos, que sería presunción rastrearlo, y superstición darlo por cierto.

¿Quién ignora la mala opinión que tenían los cometas en la antigüedad griega y romana? Muy común era entre los antiguos confundir con los cometas los meteoros. No á todos los cometas achacaban anuncios de suerte adversa; á veces los estimaban por pronósticos de felicidad. Lo más cierto es que unos tenían por afortunada su aparición, otros por desdichada. Pero hablando en general, decían como Plinio (4): *El cometa es un astro espantoso, y sólo anuncia efusión de sangre*. No es maravilla que de los cometas abusasen los historiadores para explicar las tiranías de los monarcas, como lo hicieron Josefo y Tácito. En la Edad Media la vista de un cometa imprimía general turbación, como presagio de sucesos tristísimos. El cometa de 451 ó 453 anunció la muerte de Atila; el de 455 la del emperador Valentiniano; el de 577 el fallecimiento del rey Meroveo; el de 632 la muerte de Mahoma; el de 814 la de Carlo Magno. Así á

---

(1) PEREIRA: Iris non ex natura, sed ex Dei voluntate ac decreto vim habet significandi nunquam futurum diluvium. *Comment. in Genes.*, lib. XIV, disput. III.

(2) STO. TOMÁS, p. 3, q. XXXVI, a. 3, ad 3.—TORREBLANCA, *Juris spirit. pract.*, lib. VI, cap. XV.

(3) Joel, II, 30, 31.

(4) *Hist.*, lib. II, cap. XXV.

otros muchos aparecimientos de cometas vinculábase la desgracia ó muerte de algún hombre ilustre, como parte del celeste duelo. Si fuéramos á relatar las pinturas que se hacían de los cometas cabelludos, barbudos, batallones, sangrientos, monstruosos, sería cuento muy largo. El erudito Bodin, en su *Universæ naturæ theatrum*, pasó los límites de lo creíble, opinando que *los cometas son las almas de los personajes ilustres, que habiendo vivido en la tierra largos años, son arrebatadas como en triunfo ó llamadas al cielo de las estrellas. Y por esto el hambre, las pestes y guerras civiles siguen á la aparición de los cometas, porque las ciudades se hallan entonces privadas de estos caudillos excelentes que se esmeraban en aquietar los furores intestinos*. Arcimis, que alega estas palabras de Bodin, hace burla del autor, como era razón que la hiciese (1). Por un igual podia muy á su sabor haberla hecho de Francisco Rojo (2), que no solamente estimó á los cometas por noticieros de tabardillos, catarros, causones, erisipelas, mas aun de riñas y sediciones, de crímenes y atrocidades, de conspiraciones y tumultos. A cuya opinion se arrimó Torreblanca, notando la concurrencia de un cometa sangriento, en el año 1621, con la muerte de Felipe III y de Paulo V (3). Mal hilada va la correspondencia de efectos tan distantes, si no se aplica una razón segura para casarlos.

Lo que decimos de la Edad Media puede aplicarse á la moderna. Extraño parece que en el lleno del siglo XIX haya habido quien patrocinase el error acerca del influjo moral de los cometas. El citado Arcimis no lo extraña; en son de reprensión pregunta: *¿No hemos visto ayer, como quien dice, en 1861, cuando apareció el gran cometa de ese año, que el rumor público consideraba el nuevo astro, en Italia sobre todo, ora como signo de la restauración de Francisco II en el trono de sus mayores, ya como presagio de la caída del poder temporal y muerte del venerable Pio IX* (4)? Cometas parecieron en la campaña de Rusia (1812) y en la de Italia (1858), cometas antes del cólera en 1853 y 1854, cometas antes de la *gloriosa* revolución de España (1868), cometas antes de la derrota de los franceses en Sedán (1873), un cometa en 1899 estuvo á pique, decian los temores populares, de dar al traste con nuestra tierra acabando con la raza humana: ¿en qué razones se fundaban semejantes discursos (5)? No hay hombre

(1) *El telescopio moderno*, t. I, pág. 524.
(2) *De cometis*. lib. II, cap. VI.—Lib. IV, cap. XIX.
(3) *Juris spirit. pract.*, lib. VI, cap. XVI.
(4) *El telescopio moderno*, t. I, pág. 541.
(5) Tomemos el cometa del año 1843, cuya cabellera medía más de 40° de longitud. Cuando estaba más próximo al sol llevaba la velocidad de 550 kilómetros por segundo. Con una masa más densa y una velocidad menor, si chocara con la tierra, habrían quedado los dos reducidos á vapor en el acto. Pero, aun dado caso que fuera probable el encuentro, el volumen del cometa es aparente, la masa ralísima, su rapidez casi nula, su cola más fenómeno luminoso que material. ¿No atravesamos, por ventura, en 1866, la cola de un cometa, sin experimentar molestia y aun sin echarlo de ver?—STAINIER: Les idées ont bien changé en astronomie au sujet des astres chevelus. On les considère généralement comme des corps d'une densité et d'un pois extrêmement faibles; et quant

en la tierra que pueda adivinar por sí qué significa el súbito aspecto de un cometa, en la mente de Dios, tocante al orden moral, si el mismo Dios no se lo declara. Porque no hay cometa que traiga de suyo suerte ni azar. Los cometas periódicos se dejan ver á tiempo fijo, el de Encke á los tres años, el de Biela á los seis, el de Faye á los siete y medio, el de Brorsen á los cinco, el de Arrest á los seis y medio, el de Tuttle á los trece, el de Winnecke á los cinco y medio, el de Tempel á los seis, el de Halley á los setenta y cuatro y medio, de forma que la predicción del tiempo probable en que estos cuerpos deban hacerse visibles á los habitantes de la tierra, podría determinarse con una cierta exactitud con sólo conocer los elementos de la órbita cerrada que recorren. En la predicción de los que no son periódicos podría lucir la ciencia sus conocimientos, pero por naturales causas será posible adivinarla (1).

7. ¿Qué diremos, pues, de las señales visibles que algunos autores han querido descubrir del próximo fin del mundo en los acaecimientos extraordinarios de nuestra edad? *El divino Maestro ha dejado consignados en su Evangelio los síntomas mortales del fin de la tierra. Son: hambre, peste, terremotos, predicación por todas partes del Evangelio y extinción completa de la fe. Sin duda, en todo tiempo estos azotes han asolado la tierra; sólo que antes sus apariciones eran parciales; empero hoy nos vienen simultáneamente y nos visitan de un modo general. Esta simultaneidad me espanta, porque es el anuncio cierto de la entrada próxima del mundo en agonía* (2).—Dejemos aparte la *predicación del Evangelio* y la *extinción completa de la fe*, de que hablaremos en otro lugar. Lo primero que aquí se ofrece es preguntar: ¿de dónde consta que Cristo predijese la *simultaneidad* de esos azotes, que tanto espanta al autor Noé? Ni aun San Gregorio Magno, que tuvo sus temores acerca de las calamidades de su tiempo, en la *Homilía XXXV sobre los Evangelios*, fué de parecer que las señales evangélicas hubieran de concurrir todas á la vez, pues ningún indicio da de semejante simultaneidad.

La cual ni era absoluta, cuando escribía Noé, ni general, ni tan terrible que no aflojase de algún modo. Ello es, que por los años

---

à leurs queues, qui ont joué un rôle si considérable dans l'imagination populaire, on va jusqu'à leur refuser toute existence matérieille. Bien loin qu'elles soient capables de nous incendier, ou tout au moins, comme le craignaient nos pères, de rendre notre atmosfère irrespirable, on les considère elles mêmes comme un simple phénomène lumineux. *Revue des quest. scientif.*, 2.ª serie, t. XIV, 1898, pág. 408.

(1) «El Papa Calixto III, que participaba del miedo general, dispuso que se celebrasen rogativas públicas y lanzó un tímido anatema al cometa y á los enemigos de la cristiandad Fundó la plegaria del *Angelus* del medio día, cuyo uso se ha perpetuado en todas las Iglesias católicas.»—A esta calumniosa imputación del físico Babinet, respondió el afamado P. Secchi en una *Memoria* de 15 de Febrero de 1875: «Los cometas están destinados á poner en el potro el cerebro de los astrónomos, y en especial de los aficionados, haciéndolos desbarrar de cuando en cuando, como Babinet, por ejemplo, que nos pinta al Papa Calixto anatematizando el cometa de Halley con el hisopo, puesto que el buen Papa nunca pensó en perseguirle.» Citado por Arcimis en *El telescopio moderno*, tomo I, pág. 531.

(2) De la Tour de Noé, *El fin del mundo*, 1895, cap. X, pag. 180.

de 1871 y 1872 corrió por la vieja Europa un espíritu de ilusión que traía fuera de sí los ánimos más serenos. No había suceso de alguna consideración que no se pusiese de bulto en los papeles diarios. Basta tomar en la mano *La Regeneración* (1), *El Pensamiento Español* (2), *La España Católica* (3), *La Epoca* (4), para quedar uno atónito leyendo las desgracias causadas por el hambre, por los terremotos, por las inundaciones, por los incendios, por las tormentas, por las pestes, por los ciclones; pero lo que más consternación causa es el desliñado discurso de los intérpretes de tan vulgares noticias. Digo vulgares, porque el que en la América del Sur, en las islas Filipinas, en Sicilia y en otros puntos ocasionados á frecuentes temblores de tierra ocurriesen tristes sacudidas, no debe sacar de quicio á ningún mortal que conozca la condición de los terrenos volcánicos.

8. El año 72 fué desastroso para muchos reinos de Europa. Lamentables inundaciones sumergieron centenares de kilómetros cuadrados, transformando en lagos las llanuras de Mantua, Ferrara, Módena, con ruina de millares de familias (5). Muchos ríos de Francia salieron también de madre, rebalsaron los sembrados, corrían arroyos por los campos y arrabales de las poblaciones. Igual desastre sobrevino á los Cantones de Suiza. En el mismo año las tierras de Austria viéronse oprimidas por las aguas del Vistula, del Alsa y del Ostrawetza (6). La furia de las aguas, dirigida por la mano de Dios, fué un azote espantoso, bien lo podemos considerar, que castigaba, avisando mayores castigos, á los muñidores de la revolución social.

Al agua juntóse el fuego. El incendio de Chicago, el de la torre de Boston, el de París, hablan muy alto de la justicia divina. La tea revolucionaria con cebarse en las Tullerías y en el Hôtel-de-Ville, centros de iniquidad, respetó la Santa Capilla y otras iglesias de París rodeadas de humareda. La catedral de Cantorbery, pasto de las llamas, fué preservada por disposición de Dios; no así la *Celda de Lutero*, cuna de la Reforma, en la villa de Erfurth, morada del heresiarca antes de colgar los hábitos; el incendio la devoró con tal rapidez, que no bastaron trazas humanas á salvarla de su voracidad (7). En la confulgencia de estas infortunadas luces nadie quita veamos resplandecer la mano de la divina providencia, que quiso consolar á los fieles en tiempos tan calamitosos y rematados.

Dejemos otras señales de la cólera divina: el hambre que segó á

(1) 17 de agosto de 1871.—12 Junio 1871.

(2) 10 enero 1872.—12 marzo 1872.—21 marzo 1872.—1.º abril 1872.—4 abril 1872.—20 abril 1872,—4 mayo 1872.—7 mayo 1872.—22 mayo 1872.—6 agosto 1872.—4 febrero 1873.—14 abril 1873.—1 julio 1873.—4 julio 1873.—10 julio 1873.—20 julio 1873.—26 agosto 1873.—3 noviembre 1873.

(3) 29 septiembre 1874.—2 octubre 1874.

(4) 27 abril 1874.—13 junio 1874.—14 junio 1874.

(5) *Bien public*, de Gante, nov. 1872.

(6) *Bien public*, 24 août 1872.

(7) *Bien public*, 7 mars 1872.

miles las vidas en Persia el año 72 (1); el cólera que diezmó las poblaciones del Asia y Europa (2); la peste animal, que no perdonó á ninguna suerte de brutos en Inglaterra y América; la filoxera, que acabó con florecientes viñedos en Francia y España; otros muchos enemigos que le han nacido al hombre en su propia casa. No mencionemos el cúmulo de desdichas que en los postreros años del siglo XIX han cargado sobre la familia humana, pues bastaría por sí solo el anarquismo brutal para compendiar la suma de males que amagan á la presente sociedad civil, y cifrar el espectáculo tristísimo que á los venideros aguarda.

Más digno de consideración es el raciocinio que á vista de semejantes portentos enhilaban á la sazón los creyentes. Hablando Caballero Infante del hambre que picó en el Asia Menor, notificada por *La Epoca* en 4 de mayo del 74, discurre de esta suerte: *Es de notar que aunque el sagrado texto no dice que esa carestía ó escasez haya de ser general en la tierra, es de inferir haya querido significar que al menos lo ha de ser en una gran parte de ella. Tampoco dice si esa hambre ha de presentarse á la vez en muchas naciones, ó ha de ser en ellas sucesiva ó alternativa; mas parece lo más natural suceda lo primero* (3). Primeramente, dado y no concedido que el texto de la Escritura hable de un hambre general respectiva, no consta de ningún documento que gran parte de la tierra padeciese hambre en el año sobredicho. Luego, ¿quién le da licencia al escritor Caballero para inferir del texto santo que el hambre no habrá de ser general en todo el globo? Después, ¿por qué le ha de parecer al escritor Infante ser más natural, y no más sobrenatural, que el hambre proféticamente anunciada se extienda á la vez á muchas naciones? Finalmente, el hambre de que tratamos, ¿ha proseguido haciendo estragos en las familias de Angora? ¿No ha dejado de picar? ¿En semejantes fruslerías había de ocupar la pluma un escritor Caballero?

El cual prosigue haciendo rayas en el agua, reniñándose todavía más, en son de acierto, cuando habla de los terremotos acaecidos en Sicilia y en Guatemala, conforme lo había pregonado *La España Católica* (4), diciendo así: *Aunque en otras muchas épocas haya habido grandes terremotos y calamidades, la frecuencia y gravedad de los que ocurren en la presente, le dan, sin duda, el carácter de extraordinarios y muy propios para poder calificarla como de los últimos tiempos* (5). La frecuencia y gravedad de los terremotos no se hallan notadas en las Escrituras por señales ciertas para calificar los últimos tiempos del mundo: ¿cómo no cita el autor Caballero el lugar ó las palabras del texto bíblico donde su rotunda aseveración se contiene?

9. Muy otro lenguaje usó el gran Pontífice Pio IX, por aquel

(1) *Bien public*, 8 mars 1872. (2) *Univers*, 30 oct. 1872.
(3) *La proximidad del fin del siglo*, 1875, pag. 47.
(4) 29 sept. 1874.—2 oct. 1874.
(5) *La proximidad del fin del siglo*, 1875, pag. 54.

tiempo, á vista de las comunes calamidades. *El Pensamiento Español* trajo el discurso pronunciado en 1872 el domingo cuarto de Adviento, donde entre otras cosas decía: *Dios que obra tantas maravillas admirables, parece hoy, no obstante, irritado contra nosotros. Parece que emplea todas las criaturas, aun las inanimadas, para castigar los pecados de los hombres, y que en este siglo, al que, á la vez, se puede llamar dichoso, si se tienen presentes los hechos que acabáis de exponer, y muy desgraciado si se fija la atención en el trabajo de los impíos, parece que Dios ha encomendado á ciertos elementos el imponer un castigo al hombre y significarle la orden de volver al ejercicio de sus deberes. Sí; creo que se puede públicamente decir: «ignis, grando, nix, glacies, spiritus procellarum»; también estas criaturas inanimadas han oído la voz de Dios, «audiunt vocem Domini». No puede negarse que en el aniversario del día fatal del 20 de septiembre, cuyas consecuencias subsisten hoy, Dios se ha servido de los elementos, no como un cariñoso padre, sino un juez severo. Ciudades incendiadas al Occidente y al Oriente de América, tempestades por todas partes, fuego vomitado por los volcanes ó encendido por mano de los impíos para incendiar y destruir las ciudades y los productos de la tierra; así es como Dios ha querido manifestar su enojo contra nosotros* (1).»

En este hermoso documento hácese palpable la gran cordura del Sumo Pontífice de la Iglesia. No del fin de los tiempos, sino del merecido castigo veía Pío IX en las frecuentes calamidades indicios manifiestos. Ni podía pensar de otra manera un Papa que siempre alentó en su paternal pecho esperanzas de mejora y restauración. Y es muy de notar aquella repetida voz *parece*, con que da á entender no estar del todo seguro de su rigurosa interpretación. Porque no toda calamidad es señal de enojo divino, pues Dios no siempre que azota con el látigo de terribles desastres, intenta meramente castigar á los pecadores; ¡cuántas veces pretendió purificar á los justos y perfeccionar á los virtuosos acrisolándolos en la fragua de la tribulación, de que hay ejemplos en las Sagradas Letras! Mas comoquiera que, según va dicho más arriba, el acierto de la interpretación de semejantes portentos esté librado en la competente autoridad, la cual es justo reconozcamos en el Romano Pontífice, de cuyo testimonio no se infiere otra consecuencia sino que las calamidades á la sazón acaecidas llevaban en sí el indicio de la mano justiciera de Dios, siempre llena de infinita misericordia. Otra cosa no se le caía de sus labios al inmortal Pío IX en tantas alocuciones como pronunció. ¿Por qué algunos escritores católicos pasaron más adelante metiéndose á intérpretes, sin abonada autoridad, sin más atendencia, sino para que viésemos al cabo de treinta años cuán fútiles eran sus interpretaciones?

(1) *El Pensamiento Español*, 28 diciembre de 1872.

ARTICULO V.

1. Prosigue la adivinación de portentos naturales.—Aurora boreal de 1870. —Su explicación.—Dictamen del Papa Pío IX.—2. Aurora boreal de 1872.—Otros meteoros.—Batallas aéreas.—3. Explicación razonable de estos fenómenos.—Coincidencias casuales.—4. Guarismos misteriosos al parecer.—5. Señales raras de cosas ciertas.—6. Números cabalísticos.—7. Prenociones de prodigios extraordinarios.

1. Lo dicho en el artículo anterior abre campo inmenso á la calificación de sucesos acaecidos casi á nuestros ojos. Su descripción nos obliga á detener un poco más la pluma para descubrir la flaqueza de las prenociones, que algunos ingenios han querido vislumbrar. No importa que deban repetirse cosas ya enunciadas. Insistamos en los portentos celestes.

Auroras boreales, ¿qué siglo no las presenció? Explique ó no la ciencia cabalmente su causa y formación, no dejan de ser efectos tan naturales como las manchas del sol, como los cometas caudatos, como los bólidos rapidísimos. Pero la aurora boreal es tan callada y muda como cualquier meteoro. En octubre del año 1870, embermejeció de súbito la atmósfera con carmín de grana tan vivo, que más parecía sangre á los ojos del vulgo. Extendióse por Francia, España, Italia, hasta Constantinopla el espantable encendimiento. ¿Con qué derecho vieron los franceses figurada en él la traición del general Bazaine? La artillería de los prusianos haría brindis, con igual razón, á la aurora boreal por la capitulación de Metz. ¿O solamente con los franceses hablan las cosas del firmamento? Muchos periodistas lo creyeron así (1); credulidad supersticiosa y fatalísima (2). En España causó parecidos asombros en los vulgares espectadores (3): empuñaron la trompa los papelistas públicos denunciando por castigo de Dios la aparición del meteoro. ¿Dónde está en la aurora boreal la razón de castigo? ¿Acaso en el tinte de su carmesí?

(1) *Journel de Lisieux*, 26 oct. 1870.—*L'ordre et la Liberté*, Caen, 27 oct. 1870.—*I Futuri destini*, 1871, p. 216.

(2) ARCIMIS: «Durante la aurora boreal del 24 de noviembre de 1870 un gobernador de provincia de una nación civilizada consultó á su gobierno sobre la conducta que debía seguir en vista de este fenómeno para él desconocido; el gobierno le contestó que estas manifestaciones celestes indicaban el momento en que los gobernadores de provincias debían presentar la renuncia de sus cargos.» (*El telescopio moderno*, t. 1, pag. 523.)

(3) LA REGENERACIÓN: «El espanto era general: la gente se agrupaba en las calles y plazas; las mujeres se lamentaban de los desmanes é impiedades de la gente revolucionaria, y los patriotas que ostentaban en sus cabezas gorras de voluntarios de la libertad, oían esos comentarios en silencio y con ojos espantados y rostro pálido. Mucha gente acudió á las inmediaciones del monasterio de las Salesas, creyendo que el meteoro brillaba sobre el edificio; y el nombre del Papa, villana y sacrílegamente despojado, salía de muchos labios, al par de otros nombres nacionales célebres en contrario sentido... El terror que anoche se difundió por Madrid, es el efecto natural del grito que resuena en todas las conciencias; es en unos la espectación de un gran castigo que atraen sobre el mundo con sus impías obras y palabras los *esprits forts*; y en éstos de que son hipócritas de impiedad y conocen que han merecido la ira del cielo.» 25 oct. 1870.

¿Qué estragos causó en los campos, en los edificios, en la atmósfera, en los mortales, aquel aparente incendio? ¿Qué digo causó? Ni los podía causar. Veámoslo, para de un golpe quitar á los meticulosos la razón de asustarse, como no sea que tomen sus mejillas paño de fina grana por el susto de la vergüenza.

No dice bien á nuestro siglo la opinión de los romanos que, con Plinio á la cabeza, miraban en la aurora boreal un presagio funesto. Tampoco nos cuadran los espantos de la Edad Media, que imaginaba en el inflamado meteoro antorchas ardientes, espadas cruentas, cabezas desmelenadas y horribles. Ya á primeros del siglo XVII comenzaron los doctos á pesar en su justo valor la realidad del fenómeno. Gassendi dióle el nombre de *aurora boreal*. Empezaron á publicarse explicaciones, que si vinieran á nuestro propósito ocuparían un largo capítulo (1). La más recibida descubre notable correspondencia entre la aurora polar y las perturbaciones de la aguja imantada, señal clara de su origen eléctrico, á causa de que las corrientes superiores de la atmósfera trasladan la electricidad hacia los polos. Lo que cumple aquí declarar es lo inofensivo de las auroras boreales respecto del reino vegetal, del reino animal y del reino humano. En esto convienen todos los físicos y meteorólogos. Más; no faltan quienes hasta den título de benéfica á la aurora boreal por las ventajas que procura á la vegetación en el desenvolvimiento de las plantas. ¿Dónde están, pues, aquellos motivos de espanto, ponderados por los escritores antedichos? Si la imaginación, y no la razón, ha de gobernar la pluma, el susto continuado jugará con nuestras vidas.

Si alguna autoridad podía adiestrar á los dichos escritores en la interpretación de este fenómeno sería la del Romano Pontífice (2), el día que intentase determinar, para común enseñanza de todos los fieles, su propia y peculiar significación; pero Pío IX se ciñó á estimar las auroras boreales de aquella sazón por prenuncios de nuevos castigos. Puesto caso que así fuesen en realidad de verdad, muy lejos estamos de ver pregonada en ellas la proximidad del fin del mundo como Caballero y Noé lo han intentado demostrar. No podemos poner duda en los fuegos y maravillosos prodigios que precedieron al asolamiento de Jerusalén, llevada al cabo por las águilas romanas, siendo fidedignos los testimonios que los certificaron; mas ¿quién ignora que no podía menos de ser así, cuando el Salvador tan menudamente lo había aseverado (3)? Los testimonios modernos ¿en qué autoridad valedera estriban, para concluir el fin del mundo? Dejémoslos en concepto de pías consideraciones; que pues

(1) Pueden verse algunas en Daguín, *Traité élémentaire de physique*, 1878, pág. 303.

(2) Una carta de Florencia, publicada por *L'Univers*, reproducía las siguientes frases pronunciadas recientemente por el Papa: «La sociedad se halla en una noche profunda, y todavía no se vislumbra el albor de la aurora: no vemos más que el siniestro resplandor de las auroras boreales, anunciando plagas y más plagas; pero nadie mira con atención estos signos de la cólera celeste.» *El Pensamiento Español*, 5 octubre de 1871.

(3) Luc. XXI, 10-28.

voluntariamente se publican, voluntariamente podemos también arrinconarlos.

Mas volviendo á la alocución de Pío IX, de gran ponderación es aquella palabra *las auroras boreales anuncian plagas y más plagas*, porque en verdad estos meteoros suelen ser aposentadores de temporales deshechos (1), que el Papa denomina *plagas y más plagas* con justísima razón.

2. Mucho más asombroso fué el espectáculo de la aurora boreal contemplada en ambos hemisferios el día 4 de febrero de 1872. Por grande espacio de la noche tuvo suspensos los ojos del mundo europeo, americano, asiático aquella luz rojiza, intensa y brillante, que se desvaneció á la madrugada, sosegando con su desaparición el aturdimiento general. El fenómeno fué notable por el movimiento de traslación del Este al Oeste y por la iluminación que produjo en el Ecuador y en la parte austral. Los papeles públicos dieron á porfía descripciones circunstanciadas. No faltaron plumas crédulas que por haberse visto la aurora boreal en la octava de la Candelaria, descubriesen un presagio del triunfo y consuelo general que la Virgen María, Aurora divina, preparaba á sus devotos. *El tiempo por venir, que está próximo, dirá si estamos en lo cierto*, concluía Curicque (2): el tiempo por venir le ha dado en la cara con el desengaño de la previsión pueril contenida en su meteorológica interpretación.

Del *halos* lunar observado á 8 de diciembre de 1870 en algunas diócesis de Francia, débese formar igual juicio. Fué raro el fenómeno por la cruz luminosa que se dejó ver en torno de la Luna durante treinta minutos; los brazos de la cruz concurrían á juntarse en el centro del satélite. El abate Curicque, entre otros, se puso, embelesado ante el halos lunar, á discurrir parangones entre los rayos de la cruz atmosférica y las esperanzas que prometía al mundo la proclamación reciente del misterio de la Inmaculada Concepción de María, en cuyo día festivo acaeció el meteoro (3). Si este sistema de interpretación ha de prevalecer entre católicos, buenos ratos les esperan de solaz á los incrédulos á costa de nuestra fe.

La interpretación liviana de los dichos meteoros hace excusable el relato de otros análogos ocurridos por el mismo tiempo. El día 31 de agosto del año 71 se divisó junto á Metz un nubarrón que á varios espectadores pareció serpiente descomunal. Los comentarios fueron tantos como cabezas: un culebrón viene á engullirse la Francia, decían unos; no, respondían otros, la Virgen María le magulló á la serpiente la cabeza; María, repetían otros con más resolución, ha de salvar el pueblo francés. El abate Curicque, privilegiando

(1) DAGUIN: On a constaté de plus, que les fortes tempêtes sont souvent précédées de l'apparition d'une aurore polaire, qui montre que de grands déplacements d'air ont produit des cirrus épais amassant de grandes quantités l'électricité, d'où sont résultées les décharges lumineuses observées. *Traité élement. de physique*, 1878, pag. 305.

(2) *Voix prophét.*, t. I, pag. 507.

(3) *Voix prophétiques*, t. I, pag. 512.

a negra nube con significación providencial, prefirió dejar escrito que aquella figura simbolizaba la Revolución, puesta figuradamente por Satanás en los ojos de los fieles para tenerlos amedrentados; mas que esos espantos se desvanecerían presto y se convertirían en confusión del propio Lucifer (1) por el favor de la Santísima Virgen.

¿Qué decir de las batallas aéreas, que se han dado en la atmósfera, ayudando no poco la devota imaginativa á su encendimiento y prodigioso desenlace? Algunas se narran en los libros sagrados (2), vistas en tiempo de Antíoco Epifanes; de otras se tiene noticia por relación de varones dignos de fe humana, como Josefo (3) y San Gregorio Magno (4). A los españoles es indubitable la presencia frecuente del Apóstol Santiago en sus luchas con la morisma. La virtud profética de estos aparecimientos depende, á buen seguro, de la libre voluntad de Dios manifestada con señales sensibles; pero sería temeraria presunción fundar en los aéreos espectáculos señales auténticas y divinas.

El 22 de enero de 1854 causó en Alemania gran sobresalto ver en el cielo una tropa de gente armada, puesta en marcha hacia el bosque de Schafhaus en Westfalia. Consultado Humboldt sobre el caso, le sentenció por efecto de espejismo (5). Otra batalla de tropas fantásticas presenciaron el día 2 de febrero del año 71 en los aires los habitantes de Golaze, distrito de Posen, por espacio de dos buenas horas; la lucha marcial fué compleja, según se lee en la *Gaceta de Posen*, que la describió largamente. A su vista los espectadores rompieron tan furiosamente en gritos de espanto, que las mujeres y niños huyeron de tropel á sus moradas (6). No menor turbación produjo el espectro visto en las nubes el día 22 de julio del propio año 71 por un pelotón de curiosos en Steinach, tierra de Bade; un hombre coronado cabalgaba en brioso corcel, seguíanle oficiales á caballo, tras ellos los batallones de línea: en describir esta visión gastaron columnas de papel muchos periódicos alemanes y belgas (7).

Estas apariciones ¿son acaso milagrosas? La física enseña que pueden ser efectos naturales. El divisarse las cosas en posición recta y no invertida, es indicio de formarse las imágenes por refracción (y no por reflexión, como sucede en el *espejismo)*, mediante la diversa densidad de las capas atmosféricas. El físico Daguin cuenta, entre varios casos, el siguiente: *En septiembre de 1835, fueron vistos por espacio de varios días continuos, en Inglaterra, sobre las cinco de la tarde, cuerpos de caballería desfilar por los aires en un ambiente que parecía cubierto de vapores harto densos: distinguíase muy bien el jinete y su caballo, y aun la andadura del animal* (8). Este fenóme-

---

(1) *Voix prophét.*, t. I, pag. 519.

(2) II Machab. V, 14.

(3) *De bello judaico*, lib. VII, cap. XII.

(4) *Hom. I in Evang.*

(5) *Saarbot*, 1854, n. 20.—*Dieustag*, 14 feb 1854.

(6) *Gazette de Posen*, févr. 1871.

(7) *Deutsche Volkblatt*, 6 aug. 1871.—*Badischer Beobachter*, 19 aug. 1871.—*Courrier de Bruxelles*, 24 sept. 1871.

(8) *Traité élément de Physique*, 1879, t. IV, p. 109.—GARNIER, *Traité de météorologie*, pag. 404.

no, llamado ***suspensión***, explica cómo se pueden á veces formar en la atmósfera imágenes representativas de cruces, de castillos, de templos, de ciudades y de mil otros objetos vecinos y aun algo distantes, cuya vista parecerá prodigiosa á la ignorancia popular, mas no será sino efecto óptico muy conforme á las leyes de la refracción. Para calificar de milagroso el espectáculo, han de concurrir circunstancias especiales incompatibles con las refracciones y reflexiones de las capas atmosféricas. Mas aun presupuesto el caso de aparición milagrosa, faltará determinar con acertado juicio la voluntad divina acerca de su verdadera y práctica significación: cosa de ardua dificultad expuesta á mil errores.

3. Aunque los fenómenos celestes y los meteóricos antedichos no deban servir de regla para presagiar cosas futuras, por ser desproporcionados y no instituidos de Dios para esa significación; con todo eso, muy á otra inspección se han de mirar las calamidades públicas que suelen afligir á los mortales con estrago desastroso. Contra los pecados de los hombres quiere Dios, ¿quién lo podrá dificultar?, á las veces que se armen los elementos enviando á la tierra tempestades, terremotos, tronadas, sequías, ciclones, hambres, pestes, con grandes torbellinos y estruendos que despierten á los dormidos y los hagan volver en sí. De semejantes castigos sobre estar llena la historia sagrada, de cuando en cuando se leen ejemplos en la historia eclesiástica, no por presagios de cosas futuras, sino por testimonios de culpas pasadas ó presentes, cuya enmienda pretendía el Señor con tamañas señales de enojo. Aunque naturales estos trastornos, no es contra razón pensar que Dios, autor de todo lo criado, los ha ordenado alguna vez á fines sobrenaturales de su amorosa providencia. Los Santos Padres no solamente lo entendieron así, mas aun con la elocuencia de estos accidentes movían los ánimos al conocimiento de la eterna bondad como qne los convidase al desagravio de la soberana justicia, irritada por los ultrajes de los hombres. Esta verdad llana pone en salvo la fe sencilla de los creyentes, con tal que no adelanten conclusiones en ella no contenidas. Incurriría peligro de errar quien contemplando los desastres públicos como castigos del cielo, pretendiese concluir que Dios escarmienta con ellos los pecados de determinadas familias ó una suerte particular de pecados, pues ningún título dan las sobredichas calamidades para esa interpretación, comúnmente hablando, como no incluyan circunstancias singulares de designación peculiar. Obscurézcase el cielo, bramen los vientos, salgan de madre los ríos, estremézcase la tierra, bamboléense los montes, saque el huracán de cuajo los robles, caiga el azote de Dios en una región; no hay motivo para cargar á familias particulares ni á género especial de culpas los efectos de la tormenta, que podían por Dios encaminarse á prevención y no á castigo.

Por otra parte, hemos de convenir en que ocurren en el mundo coincidencias dignas de gran ponderación; coincidencias, que lo son respecto de nuestra ignorancia solamente, no respecto de la sobe-

rana providencia del Altísimo, de cuya mano cuelga todo el proceso de acaecimientos futuros. Coincidencia fué el haber Francia experimentado el primer descalabro el mismo día en que sus tropas entregaban la ciudad de Roma á la avidez de los italianos; coincidencia fué el perder Francia su última batalla el día mismo en que el último de sus soldados abandonaba la Italia; coincidencia, el haber concurrido la caída de Napoleón en el décimo aniversario de su pacto con Cavour sobre la caída del Papado (1); coincidencia, el presentarse á vista de París los prusianos el día mismo en que se presentaban delante de Roma los italianos (2); coincidencia, el haber acaecido en día de domingo, consagrado al culto de Dios, los principales infortunios de Francia en su guerra última con Prusia (3); coincidencia fué que al entrar Víctor Emanuel en Nápoles (1860) por vez primera, menudeando el cielo cántaros de agua, estorbase las fiestas y echase á perder los preparativos oficiales; coincidencia, que al volver á Nápoles el rey de Italia, picase el cólera morbo (1865) con increíble estrago; coincidencia, que al nacer el hijo del príncipe Humberto (1869), se viniese el cielo abajo dando con su chaparrón un solemne baño á las luminarias y regocijos públicos; coincidencia, que en llegando á Nápoles Víctor Emanuel reventase el Vesubio (1872) con lluvaceros de piedras y espadañadas de fuego (4).

No fueron casuales estas coincidencias, sino previstas y predispuestas por Dios para dar ejecución á los decretos de su eterna sabiduría. De Profeta habría merecido lauro quien las hubiese predicho; mas después de acaecidas no dan lugar á ulteriores deducciones. Prosigue Dios, depositario de sus secretos, guardando en su divinal pecho el curso establecido á las vicisitudes mundanas. Todas las cosas lleva el Señor con número, peso y medida (5); á ningún mortal entregó la balanza; pesarlas en la balanza rastrera del humano entendimiento será temeraria presunción. Cuando vemos á los biógrafos entretenidos en rastrear por el día en que un hombre nació la fortuna que le ha de caber, cuando los vemos muy empeñados en sacar por la coincidencia del día del nacimiento, con el sábado, por ejemplo, que el recién nacido había de ser devoto de la Virgen María, ó en definir del día de su muerte en Viernes Santo que fué perfecto imitador de Cristo Señor nuestro, y cosas tales que se leen en ciertas Vidas de Santos, parécenos risible la deducción

---

(1) 4 sept. 1860.—4 sept. 1870.

(2) Estas coincidencias púsolas en clara luz el general F. du Temple, escribiendo al *Fígaro*, 24 Marzo de 1872.

(3) El día 14 de agosto, domingo, el Emperador Napoleón sale de Metz y dirige á la tropa su última arenga; el día 4 de septiembre, domingo, se divulga la capitulación de Sedán y la proclamación de la República; el día 18 de diciembre, domingo, dase la batalla de Nuits; el día 29 de enero, domingo, los prusianos ocupan los fuertes de París; el día 6 de marzo, domingo, la *Commune* de París queda elegida y sancionada. ERNESTO HELLE, *Jour de Signeur*, vol. en 18.

(4) CURICQUE, *Voix Prophét.*, t. I, p. 549.

(5) Omnia in mensura, et numero et pondere disposuisti. *Sap.* XI, 24.

y más risible aún el principio de que la derivan, como si los días natalicios ó mortuorios tuvieran en sí algún particular privilegio, concedido del Altísimo Dios.

Por lo aquí dicho, lejos está nuestra intención de negar que Dios con su eternal providencia haya determinado tales y tales circunstancias en que un hombre deba venir al mundo ó partirse de él, ó ejercitar cargos honrosos de grande importancia; solamente hemos querido notar lo infundado de las presuntas coincidencias en sí mismas. Tantas, ciertamente, podrán ser las particularidades que califiquen el orden de los sucesos relativos á una persona, que haya justa razón de presumir la verdad de los pronósticos, en especial si el tiempo los mostró verificados, como lo podríamos ejemplificar, oyendo á un escritor franciscano, nada sospechoso, que resume en esta forma diversos prenuncios. *Un hombre de quien tantos pronósticos había habido, no podía dejar de ser tal. Porque si miramos, estando preso en el castillo de Uceda, otro clérigo que allí estaba le dijo que había de ser Arzobispo de Toledo; cuando entró fraile el Cardenal, Don Pedro González de Mendoza dijo que del monasterio había de salir para un gran puesto; cerca de Ajofrín su compañero fr. Pedro Sánchez dijo que soñando le había visto vestido de pontifical y á la cabecera un capelo colorado; queriéndose embarcar de Gibraltar á padecer martirio á Africa, consultando á una santa monja que allí estaba, dijo que no pasase, porque Dios le tenia guardado para otras cosas; y aun dicen que la bendita Doña María de Toledo, que llaman María la pobre, fundadora del monasterio de Santa Isabel de los Reyes de Toledo, dijo lo mismo. De todo esto se colige que Dios crió á este santo prelado para tanto bien como á su Iglesia hizo* (1). Con estos prenuncios de diversas personas, abría Dios camino al P. Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, que fué Guardián de la Salceda, Provincial de Castilla, Confesor de la Reina Isabel, Arzobispo de Toledo, Reformador de todas las religiones, Primado de las Españas, Inquisidor general, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Gobernador de España dos veces, propagador y sostén del orden civil, eclesiástico y religioso en toda la nación española.

4. La aritmética ha sido ramo divertido para ciertos hombres curiosos y desocupados, que con el afán de descubrir misterios en los números han gastado largas horas. El número 14 se halla con frecuencia en los reyes Borbones. Enrique IV nació á 14 de diciembre y murió en 14 de mayo; el nombre francés *Henri de Bourbon* contiene 14 letras; Luis XIII murió el 14 de mayo; Luis XIV reinó 72 años, desde 1643 á 1715; estos dos guarismos componen la suma 14; los Borbones subieron, finalmente, al trono en 1814, cuyas cifras, sumadas, producen el número 14. En entretenimiento de cálculos como estos

---

(1) P. FR. PEDRO DE SALAZAR, *Crónica é Historia de la fundación y progreso de la provincia de Castilla*, 1612, lib. V, cap. XVI.—En los capítulos antecedentes da más entera razón el escritor de cada pronóstico en particular.

han cebado el ocio hombres graves y sesudos: tanto puede la credulidad.

Véase cómo discurría Curicque el año 1872. *Queremos indagar aquí los números misteriosos de Pío IX y los del triunfo de la Iglesia. —Pío IX nació en 1792, fué ordenado de misa en 1819, elegido Papa en 1846: sumados entre sí los guarismos de estas fechas, da cada una el número 19. Observemos que en el nombre de familia «Giovanni María Mastai» y en el renombre papal «Pius Pontificum Nonus» se contiene el número 19 de letras. El suceso más glorioso de su Pontificado es sin duda el Concilio Vaticano, que en la cuenta de los Concilios ecuménicos corresponde al 19. Este es el primer número misterioso, cuya importancia veremos quizá con más claridad en lo sucesivo.—Otro número, perfecto si alguno hay, se halla en la longitud de cada período de la vida de Pío IX, y es el número 27, cubo de la cifra 3, que es el más misterioso de todos los guarismos. Desde el nacimiento del ilustre Pontífice hasta su elevación al sacerdocio contamos veintisiete años; de su sacerdocio á su asunción á la cátedra de San Pedro van veintisiete años; Ana María Taigi le predijo veintisiete años de Pontificado, hasta el año 1873, cuyas cifras añadidas unas á otras, producen el número 19; y este es el número misterioso del hombre más extraordinario del siglo XIX* (1). Si el Papa Pío IX leyó antes de morir, en 1878, las cuentas alegres de Curicque, ó del *Eco de Roma*, ó de la *Frusta* que las calcularon, no podría tenerse de risa viendo que los veintisiete años de la Taigi se convertían en treinta y dos, y que los computistas y calculadores se quedaban tan menguados como fallidos en sus retartalillas. La ciencia de los números no es parte de la ciencia profética, ni tiene con ella cosa ninguna que ver.

Mucho han divertido sus ocios los aficionados á sumar. Así Luis XVI subió al trono de Francia el año 1774: sumados entre sí los guarismos absolutos hacen el número diezinueve; el cual añadido al dicho año, forma el 1793, año en que falleció el monarca francés. De igual modo: Luis XVI fué coronado en 1775 á los 11 de junio; reinó dieziocho años; era el 16 de su nombre. Sumados entre sí estos tres números en su valor absoluto, añadida la suma al 1775, darán el año de su desdichada muerte 1793. Napoleón III nació en 1808, su esposa en 1826, se casaron en 1853, él fué nombrado presidente en 1848, proclamado en 1852; sumados unos con otros los guarismos absolutos, dan el año 1869, último de su imperio. Faltaba aquí un Pitágoras que acabase de quedar con la boca abierta á la virtud de los números. Todo lo cual significa que se ofrecen coincidencias fortuitas en este mundo, raras y peregrinas, no porque lo sean respecto de Dios, sino porque miradas á la luz de pajuela de nuestra cortedad nos dejan á obscuras tocante á su íntima condición. Los amigos de guarismar hacen la ley de los números tan de tornillo, que cada uno le da las vueltas que á su antojo convienen.

---

(1) *Voix Prophét.*, t. I, p. 591.

5. San Epifanio en la *Vida del Anticristo* dejó, dicen, apuntadas las señales de su venida, por estas palabras: *Cuando viereis una montaña que está cerca de Babilonia á la parte del viento boreal, denegrida y ahumada, ya el fin amenaza en las puertas de Babilonia. Cuando advirtiereis ese mismo monte encendido, abrasado y arrojando llamas, es señal ha llegado el fin del mundo. Si el monte á la parte del mediodía arrojare cristalinas aguas, volverá el pueblo á su antiguo sitio, se reedificará Jerusalén con mayor magnificencia que hasta entonces. Pero si ese monte se ve cruento, convertido en sangre y manando humor sanguíneo, ya amenaza la venida del Anticristo, universal ruina, destrucción común y general del orbe.—Las cuales palabras de Epifanio creídas con piedad, podemos decir que la clemencia divina, deseando la salvación de los hombres, en aquellos días tan peligrosa, les dará por todos caminos avisos y noticias de la venida del Anticristo, no sólo por sus dos amigos Elías y Enoc, sino aun por las criaturas irracionales, hablando estas mudos silencios con señas y demostraciones en su posible, para que el hombre conozca las falsedades del Anticristo, huya sus engañosas promesas y menosprecie sus terrenas amenazas* (1). En la interpretación dada por el autor dominico á las palabras de San Epifanio se puede notar cuán cauto anda en certificar que las criaturas irracionales avisaran con señas anticipadas la venida del Anticristo, para resguardo de los fieles; pero al propio tiempo baja los ojos y no quiere señalar por sí la calidad de tales demostraciones, remitiéndose á las trazas de la divina clemencia. Mejor hubiera hecho el P. Fernández en remitirse á los críticos, y mejor aún, á las obras auténticas de San Epifanio, entre las cuales no ocupa lugar la *Vida del Anticristo*, más espuria que dudosa.

Sería este lugar á propósito para discurrir sobre ciertas señales, notadas por los historiadores en el nacimiento de algunos santos, en prenda de la perfección que más adelante habían de alcanzar, ó de la vocación que Dios les deparaba. Que la divina Providencia trate con particular regalo á los escogidos, previniendo amorosamente su vida mortal, nadie que tenga fe lo podrá poner en duda. Presagios se descubren en el nacimiento de algunos Santos, tan conformes con los sucesos posteriores, que no parece pueda caber disputa en el enlace del hecho con el prenuncio; pero en este linaje de cosas, la imaginación es gran fabricista, especialmente la de mujeres que están en días de parto. Como nadie suele irles á la mano en sus gustos y aprensiones, el servir á sus antojos no carece de inconveniente. Porque una vez ocupada la fantasía por una imagen de cosa vista, oída ó soñada, hace fuerza á la voluntad, ésta arrebata tras sí el juicio; entonces la madre así impresionada, toda se va á lo que tiene en el pensamiento y aun sin querer se halla allí; en tal caso muy fácil le será á la fantasía matizar de su tinte sus

(1) *Historia de la perversa vida y horrenda muerte del Anticristo*, por el P. Fr. Lucas Fernández de Ayala, 1649, trat. III, disc. 6.

obras, entre las cuales tiene lugar de preferencia la conformación del hijo que por mucho tiempo lleva en las entrañas. De las aprehensiones y pasiones de la madre se originan infinitos efectos, abortos, muertes de la criatura, enfermedades internas, deformidades externas, manchas y colores, monstruosidades y transformaciones extravagantes, que no hace á nuestro intento relatar; las cuales demostraciones, porque son efectos de causas naturales, no significan traza alguna de Dios respecto de lo por venir. Fuera de estos raros sucesos, hay los arriba insinuados, que parecen deberse á providencia especial, expresivos de futura disposición. No los llamamos proféticos porque no consta con certidumbre su prenuncio; si éste llega á juntarse con el evento, merecerá el título de coincidencia providencial.

6. Vendría aquí muy á cuento el discurrir sobre la Cábala, cuyos números han servido de pauta á no pocos ingenios desatinados para andar tras la averiguación de cosas futuras. *Ciencia misteriosa* de los judíos llamóse la Cábala, doctrina teosófica que exponía el origen de los diversos mundos por medio del Uno absoluto. Redúciase á un sistema simbólico de números, parecido al de Pitágoras, y de letras alfabéticas semejantes á las ideas de Platón, que designaban varias creaciones ó progresos en la formación de las cosas. El libro *Jezira* enseña que los diez guarismos y las veintidós letras del alfabeto representan los treinta y dos caminos de Dios, esto es, las mudanzas producidas en el mundo por la manifestación de los atributos divinos. Los actos con que hace gloriosa ostentación de sí la esencia inefable de Dios, se llaman *Sefirot*, y son los números primordiales, tipos de los números humanos, categorías fundamentales del universo, determinaciones infinitas, sin espacio y sin tiempo, de la acción divina. Diez *Sefirot* hay, correspondientes á los diez números dígitos; las veintidós letras del alfabeto son los signos sensibles de los *Sefirot* ó actos divinos.

Entre los diez *Sifirot* cuéntase Dios; porque los tres primeros de la década son superiores y los siete inferiores. Así consta del libro *Sohar*. El *Ensof*, representación de Dios sin forma ni figura, cuando se revela sensiblemente, entra ya en el denario, y es el primer *Sefir*, que no se distingue unas veces, y otras se diferencia de la unidad espiritualísima de Dios. La *Corona*, la *sabiduría*, la *inteligencia* componen los *sefirot* superiores. Los siete inferiores son: gracia, justicia, hermosura, triunfo, gloria, imperio, fundamento.

No consta con claridad la índole de los *Sefirot:* hay quien los iguale con los atributos divinos, otros los estiman instrumentos del divino poder, otros los identifican totalmente con el *Ensof*, otros, en fin, los juzgan manifestaciones ó revelaciones diversas del Ser infinito. El sistema cabalístico está lleno de sentencias fantásticas, sospechosas y atrevidas. Presumir, como presumen sus secuaces, que la Cábala fué revelada de Dios á Moisés en el monte Sinaí, por vía de interpretación de la Ley, es ambiciosa presunción desnuda de

fundamento. En verdad, la Cábala verdadera y original, cuyas fuentes son los libros *Jezira* y *Sohar*, se debe distinguir cuidadosamente de la parte talmúdica que se le agregó en la Edad Media, como va dicho más arriba (1). Aun así y todo, no convienen los críticos en si la doctrina de la Cábala original es emanatista, teística, semipanteística, neoplatónica, pitagórica, ó si es un fárrago compuesto de todos estos desatinos.

En la Edad Media monstráronse aficionados á la Cábala algunos sabios. Entre ellos son dignos de mención nuestro balear Raimundo Lulio, que habla de ella en su *Ars magna;* Marsilio Ficino, traductor de libros platónicos; los hermanos Juan y Francisco Pico de la Mirándula, que quisieron conciliar el rabinismo con el platonismo; Juan Reuclin, que propagó por Alemania los escritos platónicos y cabalísticos; Paracelso, Agrippa, Van Helmont, que compusieron libros sobre la Cábala; Jacobo Böhme, que llevó muy adelante sus desmedidas aficiones á los *Sefirot* superiores é inferiores. Los panteístas modernos Schelling y Hegel han deshojado muchas flores en elogio de Böhme, á quien dan el renombre de *filósofo alemán,* y aun Schlegel le prefiere á Platón. Ello es, que los *sabios* que en estos últimos siglos han divulgado nociones cabalísticas, han hecho á la ciencia desaprovechado servicio. A la luz de la exposición publicada por Franck, va perdiendo la Cábala su autoridad y tan ponderada grandeza. Ciertamente, tornando á nuestro propósito, la Cábala en concepto de ciencia oculta es un entretenimiento pueril, ocioso y perjudicial (2).

7. Para poner término á los casos de adivinación, deberíamos relatar infinitos sucesos que, por extraordinarios y prodigiosos, parecen de importante significación; pero la brevedad que en esta parte profesamos, no nos deja detener en cosas sumamente enigmáticas y de dificultosísima interpretación. Mencionemos algunas de paso, acaecidas en el siglo XIX.

El día 17 de diciembre de 1826, sobre tres mil personas vieron en los aires una cruz muy regular de vastas dimensiones. El astrónomo Cassini salió á responder á los que intentaban explicar el fenómeno por razones naturales. Era imposible su explicación sin acudir al milagro. Sea en hora buena milagro la cruz de Migné: ¿qué significación tenía? ¿era por ventura signo profético? Esta es la cuestión que se ha de resolver. El Cardenal de Poitiers, á la sazón obispo, en una Pastoral que publicó sobre el caso, hizo algunas advertencias tocantes al valor moral de aquella extraña aparición (3). ¿Creyó por ventura el sapientísimo Prelado que con su interpretación daba cabal cuenta de la aparecida cruz?

En la iglesia parroquial de Vrigne-aux-Bois, también de Francia, desde el mes de febrero hasta el de mayo de 1859, se hicieron

(1) Lib. I, cap. II, art. I, n. 3.
(2) JOEL, *Philos. de la relig. du Sohar.*—SCHLATER, *Dictionn. de théol.*, t. III, pag. 400
(3) *Discours et Instr. pastor.*, t. I, pag. 451.—*La Croix de Migné vengée*, 1829.

reparar en una hostia consagrada varias gotas de sangre, que dejaron salpicados los corporales del altar. La maravilla se repitió en diversas ocasiones. El Cardenal Gousset, arzobispo de Reims, no tuvo por conveniente declarar la autenticidad del milagro. Concedamos que le hubiera, ¿qué simbolizaban las hostias sanguinolentas? Napoleón estaba entonces á punto de arrojarse sobre Italia y de poner en grandes aprietos á la Silla Apostólica; la batalla de Sedán se dió al cabo de once años en los linderos de Vrigne-aux-Bois: el suceso de las hostias ensangrentadas ¿significa la maldad imperial y su castigo (1)? ¿Quién desatará el nudo ciego, aun otorgada la verdad del milagro?

El *Santo Bambino de Bari*, estatua del Niño Jesús venerada en Bari junto á Nápoles, sudó sangre el 19 de marzo de 1866, y prosiguió sudando por muchos meses, de tiempo en tiempo, dejando impresas con la sangre en los lienzos figuras emblemáticas de cosas devotas. Personas calificadas presenciaron los copiosos sudores de la estatuita, que es de cera blanca (2). Muchas interpretaciones se publicaron de tan extraña novedad, en especial de los emblemas que pintaban las gotas en los pañizuelos: ¿quién acertó con la verdadera interpretación, si es verdad que el caso la pidiese?

El corazón de Santa Teresa de Jesús, custodiado en Alba de Tormes, en un rico cristal, comenzó á echar de sí dos espinas el año 1836, otra en 1864, y después otras dos. Grande fué el asombro cuando la gente piadosa comenzó á comparar, notando la coincidencia de las dos primeras espinas con las tiranías de Mendizábal, y barruntando que el nacer de la tercera significaba la pronta caída de la reina Isabel. Si las espinas lo fuesen de veras, y no productos naturales, ¿quién se sentiría con capacidad de interpretar su significado?

La estatua de Santo Domingo, venerada en Soriano de Calabria, de madera maciza y de forma natural, á 15 de septiembre de 1870, fué vista moverse atrás y adelante, á una y otra mano, mudar colores, arrugar la frente, sudar y hacer cosas tales, que para dejar cortado al mundo sólo le faltaba hablar (3). Concedamos que fueran verdad los movimientos de la estatua, ¿qué secretos quiso Dios manifestar con ese prodigio? Nadie lo sabe, porque falta intérprete autorizado. Decir que el designio de Dios fué facilitar la conversión de los pecadores y el fervor de los devotos, es dejar en pie la dificultad, es adivinar sin dar en el clavo á ciencia cierta. Dígase otro tanto de la estatua de San Félix de Nola, que en mayo de 1872, cuentan que sin moverse de su pedestal volvio la cara á la parte del Vesubio, con los cinco dedos de la mano abiertos, pues antes tenía solos tres: si el relato es auténtico, ¿quién sabrá interpretarle (4)?

(1) Jules Morel, *Les hosties sanglantes de Vrigne-aux-Bois*, trois lettres, 1860.
(2) Rosier de Marie, 19 août 1871, pag. 647.
(3) *Année Dominicaine*, Bulletin de septembre, 1868, pag. 390.
(4) *Propagateur de la Dévotion à Saint Joseph*, juillet, 1872, pag. 349.

El corazón de Santa Juana Francisca de Chantal se conservaba antes de la revolución francesa de 1793 en el monasterio de Moulins, donde la Santa fundadora murió en 1641; con el tiempo se desecó y disminuyó notablemente. En 1789 se notó que había reco brado su antigua hermosura y ensancho. Habiendo sido trasladado á Charité-sur-Loire, volvió á mermar más de un tercio en 1828. Al principio del año 1830 creció de nuevo. Pasáronle al monasterio de Nevers, y allí conservó una lozanía admirable, sin perder ni ganar. *Hemos de confesar* (decían las monjas Salesas en carta escrita al abate Curicque), *que nosotras le tenemos encima los ojos por ver de alcanzar algunos pronósticos; mas pensamos en verdad que no merecemos ver ese milagro* (1). Qué pronósticos puedan formarse de un corazón que se dilata y encoge, se lo sabrán tal vez las monjas; pero los doctos asombrados enmudecen la lengua.

A este tenor podían relatarse apariciones y cosas extraordinarias en el orden sobrehumano, cuya interpretación quedará oculta en el pecho de Dios, si su divina Majestad no se digna comunicarla. Toda conjetura en semejantes casos está destituida de sólido fundamento. Los que dan título de voces proféticas á semejantes prodigios, deberían considerar que no puede caber significación profética donde no hay auténtica interpretación, la cual no puede señalarse sino por aquel á quien Dios le concede el don de Profecía ó la competente autoridad.

La doctrina asentada en los tres capítulos precedentes manifiesta cómo ni la naturaleza irracional ,ni la inteligencia humana, ni la traza diabólica se halla capaz de profetizar. Blasón de solo Dios fué siempre la profecía. La doctrina expuesta es general. Descendamos á particularizarla, poniéndola en medio de la historia y de las ciencias ocultas, para que haciendo un círculo de todos los vaticinios humanos y diabólicos, veamos cómo campea en el centro la profecía echando rayos de divina claridad que los ofuscan y eclipsan de todo en todo.

(1) *Les voix prophétiques*, t. I, pag. 361.





CAPÍTULO IV.

Pseudoprofetas hebreos.

ARTICULO PRIMERO.

1. Qué noticia dan las Escrituras de los pseudoprofetas hebreos.—2. Retrato que de ellos hace Jeremías.—3. Reyertas entre los falsos y verdaderos profetas.—4. Carta del Profeta Jeremías.—5. Otra turba de pseudoprofetas.—6. Los consejeros de Acab.—Pintura de Isaías.—7. Pseudoprofetas después del cautiverio.—Indole de los pseudoprofetas hebreos.—8. El *Bath-kol* de los rabinos.

1. Apellida la Sagrada Escritura *pseudoprofetas* á los hombres que presagiaban lo por venir sin tener inspiración de lo alto, ora forjasen de intento la mentira, ora se dejasen arrebatar de entusiasmo ilusorio teniéndole por divino. El proceder de los Profetas verdaderos estimulaba el ardor de los falsos, siéndoles ocasión de remedar la forma de sus predicciones para ganar opinión en el pueblo. Las patrañas y equivocaciones de los pseudoprofetas hebreos son la prueba más perentoria de la verdad constante de los Profetas, no de otra suerte que lo blanco á par de lo negro sobresale y campea mucho más. El Sagrado Evangelio los pinta al vivo con esta sola pincelada: *¡ay de vosotros cuando los hombres os bendijeren, porque por ese estilo procedían sus padres con los pseudoprofetas* (1)! No faltaron judíos que tuvieran por bueno todo cuanto les anunciaban los pseudoprofetas, cuyas voces sonaban paz, bienandanza, seguridad en la vida licenciosa y medio pagana; los seducidos de falsas promesas pagaban con lisonjas á los que se las ofrecían. De esta suerte la mentira de los unos y la adulación de los otros fueron dos desgracias terribles, que costaron lágrimas de sangre y sacrificios incomportables á los Profetas de Dios, llamados á desviar el pueblo judío de su fatal ruina.

---

(1) Vae cum benedixerint vobis homines, secundum haec enim faciebant pseudoprophetis patres eorum. Luc. VI, 26.

Quejábase amargamente el Profeta Ezequiel de los muchos aduladores que vendían la mentira por verdad, atentos á ganar la gracia de sus oyentes. Había Dios amenazado á los judíos por boca de los Profetas, en tiempo de Ezequiel, que asolaría la ciudad de Jerusalén con la llegada de Nabucodonosor. ¿Qué hacían los pseudoprofetas? Reirse de las amenazas, alentar el pueblo á fabricar edificios, asegurándole que bien se sabían ellos la paz que iba á reinar con la venida del rey babilonio (1). Reciamente se vuelve el Profeta contra ellos, llamándolos embusteros y adulones.

Lo más digno de consideración es cómo se les pegaban á las mujeres las roncerías de los hombres. Fingíanse profetisas. A la manera que Jeremías con las cadenas de palo, é Isaías con el romper del cántaro, prefiguraban los sucesos futuros, también las mujercillas lisonjeras ocupaban las manos en aderezar almohadillas, que luego arrojaban lejos de sí, dando á entender que las predicciones de Ezequiel y de Jeremías eran cosa de agua y lana, que ningún cuidado habían de dar (2). Con gran vehemencia les cardaba la lana el Profeta á las profetisas de nueva estofa, dándoles en rostro con su impertinente adulación. Hacían ellas almohadilla de los dichos de los Profetas, como echándose á cuestas por burla las grandes cargas con que ellos al pueblo judío atemorizaban; mas no reparaban las livianas en el peso que añadían con su desatentada insolencia.

2. Uno de los más graves obstáculos que hizo dificultosa la empresa de Jeremías fué el entretenimiento de los pseudoprofetas. Pinta el desorden y los males que causaban en el pueblo con gravísimas voces, diciendo: *Estupendos y donosos lances pasan en esta tierra: los profetas profetizan mentiras, y los sacerdotes las aplauden con las manos, y el pueblo mío se goza en ellas; ¿qué ha de resultar al cabo de todo* (3)? Los embustes de los pseudoprofetas consistían en halagar las pasiones populares prometiendo bienes y consintiendo males, con menosprecio de los que Dios enviaba á enmendar vicios y á predicar penitencia. *No os fiéis de las palabras mentirosas, diciendo: Templo del Señor, Templo del Señor, Templo del Señor* (4). Con vehementes voces enfrenaba el Santo Profeta la arrogancia de los presumidos, que teniendo puesta, como los gentiles, toda la gloria de su nación en la prosperidad y pujanza exterior, no se recataban de profanar el Santo Templo con abominables pecados, hurtos, adulterios, jura-

---

(1) Eo quod deceperint populum meum dicentes: pax; et non est pax: et ipse aedificabat parietem; illi autem liniebant eum luto absque paleis. Ezech. XIII, 10.

(2) Vaticinare super eas, et dic: Haec dicit Dominus Deus: vae quae consuunt pulvillos sub omni cubito manus, et faciunt cervicalia sub capite universae aetatis ad capiendas animas; et cum caperent animas populi mei, vivificabunt animas eorum. Ezech. XIII, 18.

(3) Stupor et mirabilia facta sunt in terra, V, 30.—Prophetae prophetabant mendacium, et sacerdotes applaudebant manibus suis, et populus meus dilexit talia; quid igitur fiet in novissimo ejus? Vers. 31.—Tirino, Knabenbauer, *in Jer.*, V, 30.

(4) Nolite confidere in verbis mendacii dicentes: Templum Domini, Templum Domini, Templum Domini est. Jer. VII, 4.

mentos, idolatrías, convirtiendo en cueva de ladrones la santidad de aquel venerable Templo (ib. vers. 8, 11). Tal era la enseñanza execrable pregonada por los falsos Profetas, destructiva de la celestial y divina, inculcada por los verdaderos.

En otra parte exclama el mismo Profeta: *Esto dice el Señor de los ejércitos: no deis oídos á las palabras de los profetas que os profetizan y os engañan, hablan al sabor del paladar ajeno, vendiendo visiones propias, no recibidas de la boca del Señor; ellos dicen á los que me blasfeman: habló el Señor, paz tendréis; y á los que andan envueltos en la maldad les dicen: no os vendrá mal ninguno* (1). Los aduladores del pueblo proponían blanduras y paces, como venidas de Dios, pero eran figmentos humanos, porque paz con la impiedad nunca Dios la pudo prometer, ¿cuánto menos inspirar? Con una sencilla razón deshace Jeremías la pretensión de los falsos Profetas. Prueben ellos, dice, con señales ciertas, que oyeron á Dios esa palabra de paz. No lo probarán, porque el vendaval de la indignación divina caerá sobre las cabezas de los impíos (2). Donde notan advertidamente los expositores, que para hablar en nombre de Dios, como lo hace el Profeta, son necesarios argumentos manifestativos de la divina inspiración. ¿Qué argumentos podían tener los pseudoprofetas en pro de la palabra divina, cuando todas las razones del mundo militaban contra la paz y anunciaban guerra de exterminio contra los pecadores é infieles á la Ley, mientras no diesen satisfacción á la santidad de Dios ultrajado (3)?

Otra prueba contra los pseudoprofetas es la falta de vocación. *Yo no enviaba profetas, y ellos corrían; yo no les hablaba y ellos profetizaban* (4). Dos condiciones requiere el ser de Profeta: que Dios le escoja para el ministerio profetal, y que hable él en nombre de Dios lo que Dios le pone en los labios. Los falsos Profetas se entrometían sin ser llamados, predecían sin que nadie les dictase las predicciones: ellos propios se alzaban con el oficio al vender palabras de hombre por voces de Dios; crimen de lesa ciencia y santidad divina, merecedor de ejemplar escarmiento. Arguye su temeridad Jeremías con esta irónica y amarga reprensión: *¿Piensas, acaso, dice el Señor, que yo soy un Dios que sólo conozco las cosas cercanas y no las lejanas* (5)? No está toda la ciencia de Dios en conocer las alturas del cielo, como dicen los negadores de su providencia; extiéndese á lo más hondo de la tierra, al secreto de los corazones, á lo íntimo de los pensamientos. Los falsos Profetas podrían inventar noticias de cosas ausentes y secretas; mas Dios que penetra el fon-

(1) Haec dicit Dominus exercituum: nolite audire verba prophetarum qui prophetant vobis, et decipiunt vos; visionem cordis sui loquuntur, non de ore Domini. Jer. XXIII, 16.—Dicunt his qui blasphemant me: locutus est Dominus: pax erit vobis: et omni qui ambulat in pravitate cordis sui dixerunt: non veniet super vos malum. 17.

(2) Ibid., vers. 18, 19, 20.

(3) San Jerónimo y Santo Tomás en este lugar.

(4) Non mittebam prophetas et ipsi currebant, non loquebar ad eos et ipsi prophetabant. Ib., 21.

(5) Putasne Deus e vicino ego sum, dicit Dominus, et non Deus de longe? Ib., vers. 23.

do de sus intenciones, sabe cuán lejos están de la rectitud y verdad. A él solo compete la ciencia de lo por venir.

En la apología que hace Jeremías del verdadero profetismo, no deja olvidado ningún argumento, porque Dios habla por su boca. *Llegó á mis oídos lo que andaban diciendo los Profetas que profetizaban mentiras en mi nombre, y decían: soñé, soñé* (1). Esta era otra vanidad de los pseudoprofetas, preciarse de haber recibido en sueños comunicaciones divinas. Sabían ellos, no sin razón, que una de las ocasiones de hablar Dios á sus ministros era la quietud de la noche en tiempo de sueño, ó también adormeciendo al hombre y representando á su fantasía, con figuras simbólicas ó palabras expresas, su soberana voluntad. A los imprudentes falsarios pareciales que con sólo decir: tuve un sueño, esto dice el Señor, podían á mansalva publicar sus delirios por visiones divinas, mancomunando la suma verdad con la pérfida mentira. Dolo funesto, que con el sobrescrito del nombre de Dios á vueltas de sueños, tira á pervertir el pueblo, borrando de su memoria el culto de la religión verdadera, y asentando en los ánimos el menosprecio de la divina voluntad (2). Narre sueños el que de verdad los tenga divinos, predique en nombre de Dios el que recibe su palabra (3); pero usurpar el ministerio de Profeta es, sobre exorbitante injusticia, peligrosísimo daño, digno de gravísimas penas. Y las va el Señor intimando por boca de su Profeta á los que le roban á Dios las palabras, á los que venden sus lenguas al despacho de la mentira, á los que culebrean con mil mañas, á los soñadores que con tramposas maravillas seducen la simplicidad popular (4).

Cierra Jeremías su vehemente discurso contra los pseudoprofetas con el aviso del cielo, con presentar la verdad en toda su simplicísima desnudez. Los falsos Profetas hacen burla de los verdaderos, sepan todos con certidumbre cuál sea el orden de la eterna disposición. *Si alguno te preguntare, sea plebeyo, sea sacerdote, sea Profeta, cuál es la carga del Señor, le dirás: la carga sois vosotros, yo os tengo de arrojar de mí, dice el Señor* (5). Esta era la pura verdad, el designio de Dios significado en mil formas y figuras, contenido en las profecías todas, comunicado al pueblo judío por la voz de los Profetas. No podían los judíos, en especial los sacerdotes y falsos vates,

---

(1) Audivi quae dixerunt prophetae prophetantes in nomine meo mendacium atque dicentes: somniavi, somniavi! Ib., vers. 25.

(2) Qui volunt facere ut obliviscatur populus meus nominis mei propter somnia eorum quae narrat unusquisque ad proximum suum, sicut obliti sunt patres eorum nominis mei propter Baal. Ib., vers. 27.

(3) Propheta qui habet somnium, narret somnium; et habet sermonem meum, loquatur sermonem meum. Ib., vers. 28.—San Jerónimo en este lugar: «Eorum est exponere somnium, qui Dei mereatur habere sermonem, et dicere haec dicit Dominus quibus locutus est Dominus, in quibus veritas est et non mendacium fraudulentum.

(4) Ib., 29-32.

(5) Si igitur interrogaverit te populus iste, vel propheta, vel sacerdos dicens: quod est onus Domini? dices ad eos: vos estis onus; projiciam quippe vos, dicit Dominus. Ib., vers. 33.

llevar en paciencia que Dios los hubiese de postergar á las naciones paganas; con brutal ímpetu se embravecían de sólo pensarlo, porque no se lo cocían allá dentro, antes cual lobos aullaban con fieros gemidos y hacían riza en la manada cubiertos con piel de oveja. Gracias á Dios, no estaban quedos ni mudos los mastines señalados por Jehová, único Pastor de la grey, para guardas fieles y centinelas perpetuos. Los ladridos de los canes contenían la furiosa rabia de los lobos, y hacían que tragasen las espumas de sus apetitos. Los falsos Profetas reprimían el aliento cuando los verdaderos alzaban la voz; pero siempre que la alzaban era para avisar con el castigo, para intimar la reprobación, para anunciar tiempos más felices en beneficio de la gentilidad. *Yo os entregaré al oprobio sempiterno, á perdurable ignominia que nunca jamás se borrará de la memoria* (1). ¿Cómo habían de dar su brazo á torcer los judíos, los hijos de Abrahán, los privilegiados con tantos honores, y resignarse á una carga tan pesada, á una reprobación tan insoportable, á un alejamiento tan vituperioso y perpetuo? ¿Era mucho que como leones rabiasen, rabeasen y rugiesen, bramando en defensa de sus vicios, los que no querían pensar en dar de mano á la idolatría y al trato de los gentiles? Si la institución de los Profetas no hubiese producido otro fruto sino cerrar la boca á los falsarios, merecía mil bendiciones del mismo pueblo judío, para cuyos restos salvados estaba reservada la gloria de dar al mundo el esperado Mesías.

3. Hemos visto en otra parte (2) la reyerta entre Jeremías y el falso Profeta Ananías; á este tenor eran los pleitos incesantes que los envidiosos é insolentes movían á los legados de Dios, con achaque de prometer al pueblo paz temporal, cuando Dios le brindaba con la espiritual por medio de la penitencia y esperanza en el Mesías. La mala semilla que el falso Ananías sembraba en Jerusalén, otros tan falsos como él esparcíanla en Babilonia entre el pueblo desterrado, lisonjeando con blanduras sus oídos y haciéndole creíble todo cuanto anhelaba, inverosímil é increíble cuanto le era enojoso y humillante. *El Señor nos dió Profetas en Babilonia;* así clamaban los descontentos, esto les echa en cara Jeremías (3). Y eso decían por empatar con baldón las amenazas de los Profetas verdaderos. Los falsos y engañadores harían sin duda hincapié en la perpetuidad prometida al trono de David, para fundar en ella sus vaticinios de paz y felicidad temporal. Respóndeles Jeremías quitándoles toda esperanza de volver y amenazándoles con eterna ruina, no obstante la promesa de Dios que ellos glosaban según la norma de sus torcidas intenciones. *Esto dice el Señor de los ejércitos al rey que está sentado en el trono de David, y á todo el pueblo de Jerusalén y á vuestros hermanos que no han salido al destierro: Mirad, yo les enviaré guerra,*

---

(1) Et dabo vos in opprobium sempiternum et in ignominiam aeternam quae nunquam oblivioni delebitur. Ib., 40.
(2) Lib. I, cap. VII, art. III, n. 9.
(3) Quia dixistis: suscitavit nobis Dominus in Babylone. Jer. XXIX, 15.

hambre y peste, y los pondré como higos pochos que no se pueden comer porque son pésimos; y los perseguiré con guerra, hambre y pestilencia, y los entregaré á la vejación de todos los reinos, á la maldición, estupor, mofa y vituperio de todas las gentes, precisamente porque no hicieron caso de mis palabras, dice el Señor, que yo les mandé anunciar por mis siervos los Profetas (1).

4. Precioso documento es esta carta de Jeremías para deshacer las astucias de los falsos vaticinadores; como si quisiera decir, según la interpretación de San Jerónimo: *En vano os cebáis de ilusiones pensando tener en Babilonia profetas que os aseguren la vuelta á Jerusalén y el restablecimiento de la república; oid lo que Dios dice á Sedecías que actualmente reina en Jerusalén, y á todos sus moradores, y á vuestros hermanos, que no quisieron obedecer á mi sentencia y voluntad; oid: habrán de tascar las cadenas del cautiverio, morirán maltratados de la peste, del hambre, de la espada; yo los tengo de perseguir de suerte que los restantes y fugitivos se derramen por toda la tierra* (2). Los falsos profetas prometían estabilidad y bienandanza; los verdaderos aseveran de parte de Dios exterminio y dispersión. ¿Quién sino éstos vieron cumplidas sus fatídicas promesas?

Gallarda prueba del espíritu divino que asistía al santo Profeta, se contiene en lo que luego añade la inserta epístola: *Esto dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, á Acab, hijo de Colías, y á Sedecías, hijo de Maasías, que profetizan en mí nombre mentirosamente: yo los entregaré á manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y los herirá en vuestra presencia; de ellos se tomará la maldición para todos los transmigrados de Judá que están en Babilonia, y dirán: póngate el Señor como á Sedecías y á Acab, cuyos cuerpos vivos mandó el rey freir en la hoguera* (3). Los que se ufanaban de profetas, por sus abominables vicios y por el abuso del nombre de Dios quedaron hechos padrón de ignominia y proverbial escarmiento á las generaciones hebreas. El rey caldeo les caldeó con fuego las lenguas, de que rebeldes habían abusado con estultos vaticinios (4).

No bastaba quitar el antifaz á los pseudoprofetas. A otros hombres insolentes enemigos de los Profetas divinos, extendióse el cas-

---

(1) Haec dicit Dominus ad regem qui sedet super solium David, et ad omnem populum habitatorem urbis hujus, ad fratres vestros qui non sunt egressi vobiscum in transmigrationem. Jer. XXIX, 16.—Haec dicit Dominus exercituum: ecce mittam in eos gladium et famen et pestem, et ponam eos quasi ficus malas quae comedi non possunt eo quod pessimae sunt. Vers. 17.—Et persequar eos in gladio et in fame et in pestilentia, et dabo eos in vexationem universis regnis terrae, in maledictionem et in stuporem et in sibilum et in opprobium cunctis gentibus ad quos ego ejeci eos. Vers. 18.—Eo quod non audierint verba mea, dicit Dominus, quae misi ad eos per servos meos prophetas de nocte consurgens et mittens, et non audistis, dicit Dominus. Vers. 19.

(2) *In Jer.* XXIX, 17.—Intérpretes: Malvenda, Sánchez, Alápide, Menochio, Calmet, Loch, Trochon, Schmeedorfer, Knabenbauer, Keil, Naegelsbach.

(3) Ecce ego tradam eos in manus Nabuchodonosor regis Babylonis et percutiet eos in oculis vestris; et assumetur ex eis maledictio omni transmigrationi Juda quae est in Babylone dicentium: ponat te Dominus sicut Sedeciam et sicut Achab quos frixit rex Babylonis in igne. Jer. XXIX, 21, 22.

(4) KNABENBAUER, *In Jerem.*, pag. 358.

tigo de Dios. Semeías, adulador y rebelde, escribió una carta al prefecto del Templo y á los demás sacerdotes, dándoles gentil repulsa porque no habían vilipendiado al Profeta Jeremías: desde Babilonia se metió á profetizar sin autoridad y á esparcir braverías por avivar con ellas la esperanza de los judíos. Por boca de Jeremías Dios le mandó sentencia de exterminio á él y á toda su casa (1).

5. No eran estos sólos, Ananías, Acab, Sedecías, Semeías, los pseudoprofetas que ponían estorbo á los oráculos divinos con rateras marrullerías; otros muchos había en Judá, ocupados en conspirar contra los Profetas de Dios con el fin de animar los judíos á redimir con la resistencia la opresión del rey caldeo No eran idólatras ni sacerdotes de Baal; eran judíos, adoradores fingidos de Jehová, vates famélicos que ponían en almoneda la mentira por servir á su ambición y codicia insaciable. Ezequiel los describe vivísimamente, según vimos en su lugar (2); no llora ni se lamenta, como Jeremías; dispara contra pseudoprofetas y pseudoprofetisas rayos de indignación, furibundos anatemas, merecidos por su felonía y avilantez.

No era invención de aquellos días la lucha de los falsos profetas. Mucho tiempo antes de la cautividad babilónica la chusma de revelanderos se empleaba en desviar la gente sencilla de la senda trazada por los Profetas de Dios. Miqueas los desenmascaró á la faz del público. *Esto dice el Señor sobre los Profetas que seducen mi pueblo, vaticinando paz á los que los brindan con banquetes, y amenazando guerra á los que no les ofrecen dones. Por esta causa la noche será el pago de vuestras visiones, las tinieblas serán el fruto de vuestros presagios, el sol se esconderá á los profetantes, y sobre ellos se anublará el día. Confundidos serán los que ven visiones, y avergonzados quedarán los adivinos, todos se cubrirán la cara de empacho porque sus oráculos no son los de Dios.* (3). A este proceso de acriminaciones justísimas y perentorias opone Miqueas los títulos de su ministerio, esto es, fortaleza, discreción y constancia en anunciar al pueblo sus pecados, como si dijera á los codiciosos vates: *Vosotros obráis así, pero yo no soy de esa condición; yo no puedo menos de publicar los pecados de Israel, porque la fuerza del espíritu divino se apoderó de mí*

(1) Jer., XXIX, 24-32.—Muchos rabinos, de que habla San Jerónimo (*In Dan.*, XIII), pensaron que Acab y Sedecías fueron ni más ni menos aquellos dos ancianos de la historia de Susana. El tiempo en que los dos pseudoprofetas y los dos jueces calumniadores vivieron, la semejanza de sus cargos, el fin trágico que tuvieron, aquella expresión de Daniel, XIII, 5, «de los cuales habló el Señor»; estas razones indujeron á los dichos rabinos á identificar las personas. Pero las diferencias notables entre los dos viejos y los dos pseudoprofetas, aquéllos condenados por el pueblo, éstos por el rey babilónico; aquéllos castigados con pedrea, éstos con fuego; han forzado los críticos á repudiar la identidad de personas (Dan., XIII, 62 —Deut., XIX, 18, 19.—Ezech., XVII, 40).

(2) Lib. I, cap. VIII, art. III, n. 4.

(3) Haec dicit Dominus super prophetas qui seducunt populum meum, qui mordent dentibus suis et predicant pacem, et siquis non dederit in ore eorum quippiam, sanctificant super eum praelium. Mich., III, 5.—Propterea nox vobis pro visione erit, et tenebrae vobis pro divinatione et occumbet sol super prophetas et obtenebrabitur super eos dies. Vers. 6.—Cristóbal de Castro, hic; S. Jerónimo, Haymón, Vatablo, Arias Montano, Remigio, conforme á la versión caldea.

ánimo y me fuerza á pregonar las amenazas de Dios, y sin miedo pregono y sin cesar con firme voz notifico al pueblo sus iniquidades y pecados (1). Porque este era el oficio de los verdaderos Profetas, contrario al de los falsos: en aquéllos campeaba la virtud divina, que los impelía á predicar sin pretender emolumentos temporales, en éstos reinaban la ambición y codicia, que les servían de estímulo; aquéllos usaban de discreción en el distinguir lo humano de lo divino, éstos no tenían otro criterio que el apetito de novedades y el afán de captar la benevolencia del pueblo; aquéllos salían constantes á la demanda, puesta la mira en el cumplimiento de la divina voluntad, éstos á cualquier viento blandeaban y torcían, inventando visiones, forjando sueños, fraguando adivinanzas y aderezándolas al sabor del paladar plebeyo. Hombres sin vocación, sin discernimiento, sin entereza; hombres que alargaban la rienda á la plebe, dejándola desbocar, bien merecida se tenían la indignación del cielo y la repulsa de los embajadores divinos.

6. Otro Profeta Miqueas los hubo de dejar humillados en ocasión solemne, de que más arriba se habló (2). Sedecías, hijo de Canaana, armada la frente de cornamenta de hierro, púsose á dar golpes al aire, á manera de toro bravo, diciendo al rey Acab: de esta suerte herirás, oh rey, la Siria hasta exterminarla.—Sí, sí, repetían en coro los demás; sube á Ramot, y el Señor te dará victoria. Así vaticinó la turba de profetas falsos. — Miqueas, consultado por el rey Josafat, á quien Acab quería llevar consigo á la guerra, como viese con la luz de Dios la desgracia de aquella empresa, no tuvo empacho de anunciarla públicamente, contra el dictamen de los aduladores (3). La fidelidad á la voz de Dios le valió un bofetón que á mano abierta dióle Sedecías en el carrillo. Emprendió Acab la guerra, conforme al parecer de los cuatrocientos pseudoprofetas, contra el aviso de Miqueas, que le había vaticinado derrota y muerte, la cual arrebató al rey Acab en el mismo punto de entrar en batalla. Así quedó abofeteada la insolencia de los vates, con honra del Profeta Miqueas.

No serán fuera de este lugar las astucias que los falsos profetas usaban para seducir á los verdaderos. Cuéntase en el tercer libro de los Reyes, que habiendo Dios enviado un Profeta á Bétel para dar en cara al rey Jeroboán con sus infames idolatrías, después de obrar en su presencia muchos milagros, como el rey le ofreciese hospedaje, le rehusó cortésmente, porque Dios se lo había prohibido. Pero en el camino salióle al encuentro un pseudoprofeta viejo, que se empeñó en llevársele á su casa, porque tenía por caso de menos valer el consentir que un predicador de aquella calidad, tras tan largo sermón como había hecho y tras tan ilustres maravillas

(1) Verumtamen ego repletus sum fortitudine spiritus Domini, judicio et virtute, ut annuntiem Jacob scelus suum et Israel peccatum suum. Mich., III, 8.
(2) Lib. I, cap. VII, art. III, n. 6.
(3) II Paralip., XVIII.

como le habían visto obrar, hubiese de salir de Bétel ayuno y sin probar bocado. *Ven á mi casa*, le dice, *á comer un pedazo de pan* (1). *No puedo*, respondió el Profeta, *no me es posible ir contigo* (2). Conoció el pseudoprofeta que el varón de Dios sentía escozor de conciencia por haberle Dios vedado toda comida en aquella aldea; pero usando de un embuste, dióle á entender que un ángel de Dios se le había aparecido para levantarle el entredicho, pues le había mandado que le hospedase en su casa para tratarle como á su autoridad convenía. A fin de encarecerle más la verdad de sus mentirosas palabras, le dijo: *También yo Profeta soy como tú, y el ángel me ha hablado por orden de Dios, diciendo: llévale contigo á tu casa, y coma pan y beba agua* (3). Cayó en la trampa del viejo el Profeta de Dios, dejóse llevar á su casa, comió, bebió; mas no tardó en recibir el pago de su desobediencia, porque saliéndole un león, le despedazó en un tris, dejando ileso al jumento en que iba montado. Lo más digno de advertencia es que estando los dos comiendo, avisó Dios al viejo el castigo que tenía preparado á la desobediencia de su Profeta, á quien el viejo dió parte del aviso antes de despedirle. Ahora, ¿qué leones no merecía el taimado que tal lazo le tendió? En esto se ocupaban los pseudoprofetas, en armar zancadillas á los siervos de Dios, con intención de poner trabas á su ministerio; en atravesarles el pie para hacerlos tropezar en el lazo; en quitarles la gravedad é inocencia de vida con su profanidad y desenvoltura.

No se nos vaya por alto el Profeta Isaías, uno de los que más al vivo pintaron la descarada insensatez de los pseudoprofetas, como lo vemos en el capítulo XXVIII de su Profecía. *El Sacerdote y el Profeta tienen la razón ocupada del vino; el vino sorbióles el seso, desconcertadamente hablaron en sus borracheces, no conocieron Vidente, ignoraron el juicio. Porque todas las mesas andan tan llenas de vómito y de inmundicias, que no hay lugar para más* (4). De semejantes hombres que, teniendo el entendimiento en los pies por la borrachera de sus vicios, andaban como papavientos, colgados del favor de los príncipes, no se podían esperar otras mañas sino las que entra el Profeta á describir de modo extraño. Cuando les enviaba Dios á decir, por boca de sus santos Profetas, que le esperasen un poco, pues presto había él de venir en la persona del Mesías, ellos, como esclavos rezongones que no quieren obedecer á sus amos, todas las palabras del Profeta zaherían con descoco, volviéndolas en burla y diciendo: Sí, ya nos comienza ese á quebrar los cascos con que esperemos un poco, gentil poco, esperar y más esperar, ¿hasta cuán-

(1) Veni mecum domum ut comedas panem. III Reg., XIII.
(2) Non possum reverti, nec venire tecum.
(3) Et ego Propheta sum similis tui, et angelus locutus est mihi in sermone Domini, dicens: Reduc eum tecum in domum tuam, ut comedat panem et bibat aquam. Ibid., 18.
(4) Verum hi quoque prae vino nescierunt et prae ebrietate erraverunt; sacerdos et propheta nescierunt prae ebrietate; absorti sunt a vino, erraverunt in ebrietate, nescierunt Videntem, ignoraverunt judicium. Omnes enim mensae repletae sunt vomitu sordiumque, ita ut non esset ultra locus. XXVIII, 7, 8.

do? Si luego el Profeta mandábales alguna cosa de parte de Dios, replicaban ellos, repitiendo por mofa: ya tenemos otra vez mandar y remandar, ¿cuándo se acabará la cantinela (1)? Tanto, que, enfadado el Señor de las desvergonzadas burlas, díjoles por el propio Isaías, con picante burleta á los burladores, que le habían de pagar muy caros los escarnios hechos á sus embajadas y el poco respeto con que á sus embajadores trataban (2).

¿Cúyos eran estos desatentadísimos insultos sino de los Sacerdotes y pseudoprofetas, contra los cuales alza luego el Profeta Isaías su elocuentísima voz, notándolos de insanos irrisores, no sin prometerles, en contracambio de sus mentirosas esperanzas, la piedra angular, el divino Mesías, piedra fundamental de la soberana Sión? (Vers. 14-22.)

7. Por manera que en todo tiempo, durante el cisma de las tribus, antes y después del cautiverio, aun en la época de Moisés y de los Jueces dejáronse ver pseudoprofetas contrapuestos á los designios de Dios. Su influencia y acción echaba traspiés por una parte á la obra de los Profetas divinos, pero realzábala por otra dando margen al cumplimiento de las verdaderas profecías. La maraña de los falsarios no se acabó con el cautiverio. Nehemías se lamentaba del óbice que ponían á su empresa cuando con mañas insidiosas cegaban el camino á sus intentos. Estaba el varón esforzado restaurando la ciudad de Jerusalén y acabando de reconstruir las murallas, cuando Sanabalat y Tobías comprando á un cualquiera mandáronle á Nehemías para que con terrores proféticos atajase aquella santa obra. Muy á tiempo entendido Nehemías el engaño, cauteló la astucia de sus enemigos (3). Entonces exclamó: *Acuérdate, Señor, de lo que he tenido que padecer de parte de Tobías y de Sanabalat, no eches en olvido sus maquinaciones; ten presente también al profeta Noadías y á los otros profetas que me arredraban con temerosas voces* (4).

De grandes dificultades había de estar erizada la reconstrucción de los muros: los profetas lo habían vaticinado. Las que Nehemías hubo de vencer desde el principio hasta el fin, dan fe de ser de Dios lo vaticinado por Daniel: *será edificada la plaza y la muralla en la apretura de los tiempos* (5). Contra la corriente proejó Nehemías hasta ver en pie las murallas. Los que más le embarazaron fueron los extranjeros Sanabalat y Tobías, moabita el uno, amonita el otro,

(1) Quia manda, remanda; manda, remanda; expecta, reexpecta; expecta, reexpecta; modicum ibi, modicum ibi. Vers. 10.

(2) Et erit verbum Domini: manda, remanda; expecta, reexpecta; modicum ibi, modicum ibi, ut vadant et cadant retrorsum, et conterantur, et illaqueentur, et capiantur. Vers. 13.

(3) Et intellexi quod Deus non misisset eum, sed quasi vaticinans locutus esset ad me, et Tobias et Sanaballat conduxissent eum. Nehem., VI, 12.—Acceperat enim pretium ut territus facerem, et peccarem, et haberent malum quod exprobrarent mihi. Vers. 13.

(4) Memento mei, Domine, pro Tobia et Sanaballat, juxta opera eorum talia; sed et Noadiae prophetae et caeterorum prophetarum qui terrebant me. Ibid., vers. 14.

(5) Aedificabitur platea et muri in angustia temporum. Dan., IX, 25.

ambos á dos hombres matreros enemigos de los judíos (1). Con burlas y chanzonetas procuraron primero impedir la construcción de los muros; mas cuando los vieron casi levantados, saltaron como víboras por meter todas las velas con tranquillas y cavilaciones á fin de empatar la prosecución. Escribió Sanabalat á Nehemías una carta en que le daba nuevas de los rumores que corrían, á saber, que los judíos intentaban rebelarse y nombrarle rey, que con ese fin reedificaban los muros, y que él había ganado la gracia á varios profetas para que le alzasen por rey. Estos eran los rumores del vulgo, que pasarían á oídos de Artajerjes, si no procuraba él entenderse con los principales, y así le rogaba una entrevista para conferenciar sobre el asunto. Nehemías recibió con desdén la carta del pérfido Sanabalat. Despechado éste le mandó un falso profeta, Semaía, con el recado de que se armaba un tumulto contra su persona, y que para librar bien le convenía esconderse en el templo. Respondió Nehemías: *A un hombre como yo no le está bien huir ni esconderse: No voy*. No cayó en la zalagarda el prudente y leal Nehemías, como va dicho (2).

De los textos bíblicos alegados podemos ya venir en conocimiento de la índole especial y característica de los pseudoprofetas hebreos. A la manera que el error y el abuso van derechamente contra la verdad y el uso legítimo, así ellos iban cara á cara contra los Profetas de Dios y contra las costumbres piadosas sancionadas por la ley. Moisés determinó en el Deuteronomio las señales con que el pueblo los debía distinguir y la pena capital debida á su profana intrusión (3). A la verdad, más fueron en número los Profetas afligidos contra ley con pena de muerte, que los pseudoprofetas á quienes se aplicase la ley mosaica. La condición peregrina y excepcional de la casta hebrea, inclinada á la apostasía y á la idolatría, cuyos instintos rebeldes fomentaban los falsos profetas, al revés de los verdaderos, da entera razón de esta anomalía, casi única en la historia del mundo. Con todo eso, los Profetas de Dios, aun odiados y perseguidos del vulgo, mofados y envilecidos por los magnates, fueron los adversarios más temibles de los pseudoprofetas. En vez de contemporizar con ellos, refutaban sus discursos, deshacían sus razones, baldonaban su ministerio, desautorizaban sus predicciones, llamábanlos á boca llena embusteros y embaidores, descubrían las mañas de su codicia y ambición, les hacían cargos públicamente de enormes pecados, amenazábanlos con las iras de Dios, hacíanlos odiosos al pueblo, ponían nota en su honor, en una palabra, influían con todas sus fuerzas en su descrédito y humillación.

No era excesivo este aparente rigor. La apostasía, camino para la idolatría, fué siempre crimen de lesa majestad entre los hebreos; por la pendiente de la apostasía é idolatría guiaban al precipicio

---

(1) Neh., II, 9. 10. (2) MEIGNAN, *Les derniers Prophètes d'Israel*, 1894, chap. III.
(3) Deut. XIII, 3-6.—XVIII, 20-22.

el pueblo los pseudoprofetas con sus fingidos oráculos: ¿á quién tocaba sino á los Profetas, ministros y embajadores de Dios, intérpretes auténticos de su voluntad, reportar con resolución la temeridad de los pseudovates, para dar refrenada á los extravíos de la plebe?

8. Restablecida definitivamente la nación judaica, faltaron en Israel Profetas. La historia tampoco habla de pseudoprofetas desde Nehemías hasta la fundación del cristianismo. Estaba madurando el Fruto bendito, sosegada y secretamente, sin contrariedad ni resistencia después de las luchas pasadas; pero así que se desprenda del árbol y caiga maduro en la tierra, tornarán los falsos vates á poner á pleito la verdad de su hermosísima entereza. Mas antes de hablar de ellos, viene á nuestro propósito insinuar lo que fué el *Bath-kol* de los rabinos (1).

El *Bath-kol* (בת קל), *hija de la voz*, era un grado ó modo de revelación que los rabinos forjaron, persuadidos á que la majestad divina no podía dejar de estar con ellos. El Antiguo Testamento no habla del *Bath-kol;* sólo el Talmud y los libros rabínicos encarecen su importancia. En el Gemara leemos: *Nuestros doctores nos informan que no bien dejaron esta vida los últimos Profetas, Ageo, Zacarías y Malaquías, el Espíritu Santo se alejó de Israel. Con todo eso, valíanse del* Bath-kol (2). *Jamás el don de profecía ó el* Bath-kol, *que hacía sus veces, se apartó de los hombres píos* (3).

En qué consistiese el *Bath-kol*, ellos propios, sus inventores, no acertaban á definirlo. Que no fuese la voz misma y directa de Dios, era común sentir de los rabinos, que por eso no le llamaban *voz,* sino *hija de la voz,* como una voz intermedia, como eco de voz lejana, acento angélico, sonido celeste, rayo reflejo y quebrado de la palabra divina. Y porque la palabra de Dios, venga de donde viniere y pase por donde quiera, no puede ser estimada ni desechada por falsa, por eso en el *Bath-kol* tenían los rabinos librado el conocimiento de la divina voluntad por el arte de profetizar. Los sabios, es decir, los rabinos de calidad, estaban dotados de esa forma de revelación, por la cual resolvían las dudas ocurrentes en casos graves y daban respuestas sobre cosas por venir. El modo de aplicar el *Bath-kol* era curioso y ridículo. Van dos rabinos á visitar á otro enfermo; oyen á una mujer en la calle que dice: *la luz se apaga*. Los dos rabinos visitantes interpretan que al enfermo se le acaba la candela de la vida. Otros rabinos desean ver á un tercero; pasando por una escuela de niños, oyen á uno que lee estas palabras del libro de los Reyes: *Y Samuel murió*. Aplican el *Bath-kol*, y sacan por su cuenta que al rabino le ha de coger la muerte en Babilonia donde iban á verle.

Esta manera de predecir ni es profecía ni pseudoprofecía; debe llamarse rapOSería rabínica, invención voluntaria, porque es una

(1) Véase lib. I, cap. XI, art. I.

(2) COCH, *Duo tituli talmudici*, p. 195.

(3) DANZ, *De inauguratione Christi*, p. 81.

de tantas tradiciones humanas como el Salvador reprendía en los fariseos de aquel tiempo. Véase cómo tratan del *Bath-kol* los autores que han gastado caudal de renglones y paciencia en su exposición (1). Mas no dejaremos de notar la ligereza del protestante Schoettgen, que dijo haberse oido el *Bath-kol* á orillas del Jordán cuando el Padre manifestó la complacencia que en Jesucristo recibía, como lo narra San Mateo, III, 17 (2). Si el *Bath-kol* era un comento judaico ó un prestigio diabólico, en opinión del propio autor, ¿con qué cara se atreve á profanar la historia evangélica, asentando que por el *Bath-kol* recibió Jesucristo el grado de Doctor universal?

ARTÍCULO II.

1. Los Esenios.—Sus imaginadas profecías —Pseudoprofetas hebreos después de la venida de Cristo.—Predicción esclarecida del Salvador.—2. Primeros falsos Cristos.—3. Avisos de los Apóstoles contra ellos.—4. Simón Mago.—5. En él se verifica la profecía de Cristo.—6. Tebulo, precursor de Simón.—7. Ruina de Jerusalén, presagiada por señales.—8. Amagos de profecía en el historiador Josefo. — 9. Otra más importante pseudoprofecía.

1. Este es lugar á propósito para sacar plaza las predicciones de los Esenios, cuyas costumbres y creencias van mencionadas más arriba (3). Cuenta Josefo lo siguiente: *Arquelao, antes de comparecer ante el tribunal de César, tuvo un sueño tal como éste, según dicen. Parecióle ver nueve espigas, llenas y grandes, comidas de bueyes. Y llamando á los adivinos y á ciertos caldeos intérpretes, preguntóles qué cuenta hacían de su sueño. Como cada cual le interpretase á su manera, un tal Simón, Esenio de linaje, dijo: «Las espigas parecen años, los bueyes mudanzas de cosas, porque cuando araban el campo revolvían la tierra; que por eso tantos años reinaría cuantas eran las espigas, y que al fin, tras varias alteraciones de negocios, moriría* (4).

Escudriñando con atención el relato de Josefo, miradas y remiradas las palabras que en él usa, hallamos las cosas siguientes: Primera, *se dice* que Arquelao tuvo un sueño; luego no consta con entera certidumbre que le tuviese. Segunda, *parecióle al rey haber soñado nueve espigas;* luego no estaba muy en ello. Tercera, *los bueyes se las comían, conforme le pareció á él,* dice Josefo en las *Antigüedades judaicas*, lib. XVII, cap. XV; luego tampoco podía el rey asegurarlo. Cuarta, *las espigas eran nueve,* en el lugar citado de las

---

(1) *Dictionn. de theol.*, art. *Bath-kol.*—LIGHFOOT, *Horae hebraicae*, cap. VIII —FR. RAMÓN MARTÍ, *Pugio fidei.*—DAVID KIMCHI, *Praef. in Psalm.*—MAIMONIDES, *More Nebuchim.*—THOLUK, *Comment. sur Jean*, XII.

(2) Hic vero in solemni Servatoris nostri promotione vere audita est Bath-kol, quae ipsum circumstante tanta hominum multitudine, dilectum Dei filium omnibus commendavit. *Horae hebraica et thalmudicae*, 1742, et II, pag. 889.

(3) Lib. I, cap. XI, art. II.

(4) *De bello jud.*, lib. II, cap. VII, n. 3.

Antigüedades dícese que eran *diez;* luego no hay seguridad en el número. Quinta, el *profeta* Esenio da la soltura del sueño como un parecer suyo, no por cosa infalible, cual debe hacer el verdadero Profeta; luego también por este lado flaquea la profecía. Sexta, en el capítulo XV de las *Antigüedades judaicas,* donde se refiere el mismo sueño, da el intérprete Esenio razones frívolas, á saber, que cada espiga representa un año, porque cada año brotan espigas; que los bueyes significan azar, porque el buey es animal laborioso; que el arar de los bueyes suena alteración de cosas, porque la tierra se revuelve arando; luego de su cabeza se sacaba el Esenio la soltura, y no de la divina revelación. Séptima, no insinúa Josefo si los otros intérpretes sugirieron al Esenio el hilo de su interpretación; luego no consta que fuese propia suya. Octava, finalmente, Arquelao no murió á los nueve años de su gobierno, como se puede ver en las *Notas* de entrambos lugares de Josefo, puestas por el erudito Juan Hudson; luego á tierra se viene todo el aparato, no hay profecía en el cuento soñado. Primero habrá de atar Josefo los cabos, ponga en limpio la relación, suprima los *decires* y *pareceres* y después diremos el nuestro á fe de justos apreciadores de profecías.

Otra predicción narra Josefo del Esenio Manahén, *varón bien reputado por su honradez y dotado de conocimiento por instinto divino de cosas futuras* (1). *Viendo un día á Herodes, todavía niño, que iba á la escuela, dijo que sería rey de los judíos. Herodes, pensando ó que no le conocía ó echaba chicoleos, le hizo presente que era niño de la plebe. Pero Manahén, sonriendo y golpeándole con la mano el salvohonor, sí reinarás, le dijo, y con felices auspicios comenzarás á reinar, porque has sido hallado digno á los ojos de Dios; y acuérdate de los golpecitos de Manahén, en señal de tu mudanza de fortuna. Lindo pensamiento será éste si amares la justicia y la piedad para con Dios y la clemencia para con los ciudadanos; pero yo, que todo lo sé, entiendo que no serás tal. Tendrás, sí, vida afortunada, cual ninguno, y granjearás eterna gloria, mas echarás en olvido la piedad y la justicia. Pero no se le encubrirán á Dios tus obras; por ellas recibirás castigo al fin de tu vida* (2). *No quiso Herodes á la sazón dar crédito á tan halagüeñas aventuras, como quien ninguna esperanza tenía de verlas cumplidas; mas después que por sus pasos contados fué subiendo en alas de la fortuna al trono con suceso feliz, estando encima de la rueda, un día mandó llamar á Manahén, y le preguntó que cuánto tiempo reinaría. A eso no dió respuesta Manahén. Visto el silencio, preguntóle Herodes si le duraría el reino siquiera diez años. A lo cual respondió que también veinte y aun treinta, sin señalarle término fijo. Herodes, muy satisfecho de la respuesta, apretando la mano á Manahén, despidióle, y en adelante trató con honra á todos los Esenios.*

La predicción de Manahén debió de hacerse muchos años antes del nacimiento de Cristo, pues Herodes reinaba ya cuando vino al

(1) *Antiquit.*, lib. XV, cap. X.

(2) *Antiquit.*, lib. XV, cap. X, n. 5.

mundo el Salvador, á quien él persiguió con matanza de los niños inocentes. Muchacho era cuando le oyó al Esenio la buena ventura, y sería rey de Judea cuando la recordó. De qué documentos sacaría Josefo su relación, lo ignoramos, porque él no lo expresa.

Vamos despacio haciendo anatomía de la relación de Josefo. Primera falsedad. Respondió el niño Herodes al Esenio que *era plebeyo*, esto significa la voz griega *idiotes;* ¿y éralo Herodes? No, sino hijo de Antipater, á cuyo padre, Hircán, había Julio César instituido rey de los judíos con derecho al Sumo Pontificado; dignidades ambas, que el decreto del Emperador romano extendía á Antipater, confirmándoselas con nuevas prerrogativas, como se saca del mismo Josefo (1). No era plebeyo Herodes ni hijo de familia vulgar cuando el Esenio Manahén le dijo aquella bachillería; al contrario, por ser hijo de rey y de sumo Sacerdote podía esperar un gobierno en Palestina, como se lo prometía Manahén; el cual, si le repitió que *reinaría* y con felices auspicios, no hizo sino expresar lo que estaba á vista de todos. Más ilustre profecía habría hecho si le hubiese anunciado al niño Herodes que con ser su padre rey no llegaría él á serlo sino muy adelante.

Segunda falsedad. Herodes, á la edad de veinticinco años, recibió el gobierno de Galilea, pero en vez de mostrarse amigo de la justicia, no contento con oprimir á los parciales de su contrario, llamados *forajidos* por Josefo, cortó la cabeza á Ezequías su caudillo; crueldad, que le obligó á presentarse en Jerusalén á dar cuenta de sí al Sanedrín, de cuyas manos se vió libre por haberse huido de noche á uña de caballo. Y como era tan cruel cuan ambicioso, no bien se hubo ceñido corona real, echó á pique el Consejo del Sanedrín, porque le había querido condenar. Pero antes de ocupar el trono de Hircán había bañado sus manos en la sangre de Malaquías sucesor de su propio padre, por apoderarse del cetro (2). Con estas fechorías alcanzó Herodes de Marco Antonio la tetrarquía de Judea. ¿Y se nos viene Manahén haciéndose lenguas de los *felices auspicios* con que Herodes había de inaugurar su reinado, y de la gloria eterna que en él había de lograr? Mentira todo, faramalla, treta vil.

Tercera falsedad. Díjole Manahén, que era *digno de ser rey á los ojos de Dios*. El Senado de Roma, habiendo hallado en Herodes un amigo leal, como á la romana ambición convenía, le aclamó por rey de los judíos. Así aclamado sube Herodes al Capitolio, ofrece víctimas á los dioses delante del pueblo, y acepta el cetro de rey de Judea. Aquel día fué el más solemne que han presenciado los siglos. En aquel punto y hora se le cayó á Judá de las manos el cetro pasando á las de un idumeo, de un extraño al pueblo judaico. Este profético traspaso es la señal más auténtica de que el Rey verdade-

(1) *Antiquit. jud.*, lib. XIV, cap. XVII.
(2) JOSEFO, *Antiquit.*, lib. XIV, cap. XVII-XXI.

ro, el Monarca de cielos y tierra, el Mesías, no puede tardar en venir al mundo, como el Patriarca Jacob lo tenía profetizado. ¿Y quería Manahén que *por ser Herodes acepto á Dios* lograse el reino de Judea? Trapacerías todas del historiador Josefo, como tantas otras que su pluma vendible esparció en sus escritos. Más indignación encienden en el ánimo de cualquier imparcial lector los elogios de Josefo que las infamias del tirano Herodes. Píntale Josefo como á prototipo de nobleza, á ejemplar de moderación, á modelo de justicia (1). Con disimulo podíamos pasar los ojos por tan incoherente pintura, mas lo que irrita es ver á un judío, á un descendiente del orden sacerdotal, á un hombre de abolengo nobilísimo, vendido por la vil adulación al papel miserable de encubridor de tantas atrocidades como en el pecho de Herodes se fraguaron.

Otra mengua se puede advertir en la predicción de Manahén. A la edad de setenta años acabó Herodes la vida, tan desastradamente, que en su postrera enfermedad *los médicos declararon ver señales evidentes de la mano de Dios en castigo de sus inauditas crueldades* (2). A los veinticinco años fué gobernador de Galilea, á los treinta y dos subió al trono de Judea, donde fué rey por espacio de treinta y ocho años. Pues ninguno de éstos tres sucesos determinó Manahén en su predicción; contentóse con decir que sería rey de los judíos: apretándole Herodes sobre cuántos años reinaría, dijo que veinte ó treinta. Pero acerca del gobierno de Galilea, no se le ofreció mención, porque la palabra *basileus, basileueo,* suenan *rey, ser rey* en griego. Conste, pues, que el Esenio Manahén dió porradas en vacío, si no se sacó el historiador Josefo de su cabeza la frívola predicción.

Aunque las cosas dichas debieran bastar para desempeño de nuestro propósito y para poner en buena luz la infidelidad de Josefo, bien podemos tenerlas por tortas y pan pintado en comparación del sabroso pastel que vamos á presentar á la mesa del lector. A continuación del relato sobredicho, añade el historiador: *Estas cosas, aunque parecen exceder la fe común, nos pareció manifestarlas á los lectores, y publicar de los nuestros, que muchos de ellos en casos semejantes por la bondad de sus costumbres se hallan enriquecidos del conocimiento de las cosas divinas* (3). Al principio del propio párrafo testifica el espíritu de profecía de que Manahén estaba dotado, como dijimos. Hemos visto que ni rastro de tal cosa tuvo. Mas lo que excede toda ponderación es la desvergüenza, permítase á la verdad la palabra propia, del escritor judío. En todos sus libros no cita

(1) DARRAS: Hérode avait été protégé d'Auguste. Aux yeux des romains, Hérode était un grand roi. Joséphe, qui dédiait ses *Antiquités juives* à Vespasien, le huitième successeur d'Auguste, flattait le vainqueur de Jérusalem en exaltant la mémoire d' Hérode. Le manteau impérial couvrait toutes les turpitudes, toutes les monstruosités des tyrans alliés de Rome: il se trouvait un descendant de la race sacerdotale de Jérusalem pour ajouter à l' infamie du héros celle d'un panégyrique intéressé! *Hist. de l'Église,* t. IV, pag. 135.

(2) JOSEFO, *Antiquit. jud.*, lib. XVII, cap. VIII.

(3) *Antiquit.*, lib. XV, cap. X.

más predicciones de los Esenios que las dos expuestas arriba, la una anterior al nacimiento de Cristo, la otra muy posterior á su sagrada pasión y muerte; entre ambas media casi un siglo de distancia. Si otras tuviera Josefo conocidas, no es de creer dejase de encajarlas en sus historias, pues se aprovecha de sueños y de vaticinios para ilustrarlas. ¿Quién creyera que Josefo de sólo alegar dos casos de predicción, que son los dichos, había de concluir reinaba entre los Esenios el don de profecía? Oigamos sus propias palabras: *Hay entre ellos quienes aun las cosas futuras prometen antever, acostumbrados como están desde niños á revolver los Sagrados Libros, á usar varias purificaciones y á leer los dichos de los Profetas. Muy rara es la vez que les salen fallidas las predicciones* (1). Que el anotador Hudson no sólo no zapatee, sino aun apoye con su tácita permisión, el arrojo de Josefo, no debe parecer extraño al que tenga calada la ley de tornillo usada por los protestantes. Pero que un escritor grave como Josefo caiga en tan despropositadas aserciones, sin pruebas, con pruebas en contra, con el afán de afamar á los suyos, sólo podemos explicarlo suponiendo su corazón encendido en llamas de odio mortal al cristianismo, que ya en su tiempo corría á pasos largos por todo el mundo civilizado (2).

El Profeta Zacarías, previniendo las novedades que habían de acaecer en el advenimiento del Mesías, pone entre ellas la aparición de pseudoprofetas y el descalabro que los aguardaba (3). Junta Zacarías los pseudoprofetas con los ídolos porque entrambos males fueron la perdición del pueblo israelítico, cuyo idolatrismo al Mesías tocaba desterrar exterminando el espíritu de mentira que le alienta y propaga (4). Tan encarecidamente describe Zacarías el vigor de la nueva institución, que llega á decir: *si alguno profetizare contra razón y sin ser llamado, sus mismos padres le darán muerte infame, poniéndole en un palo* (5). La pena prescrita por la Ley, no aplicada en la antigüedad, se aplicará en la nueva religión, en odio de los pseudoprofetas, en servicio de la pura verdad. Con esta viva pintura quiso el Profeta declarar, no tanto la falta de pseudoprofetas, cuanto la persecución y malos tratamientos que en la era evangélica habían de padecer.

Conforme á esta predicción, el divino Salvador, entre las seña-

---

(1) *De bello judaico*, lib. II, cap. VIII, n. 11.

(2) No hacemos mención de aquellos escritores católicos que, estando muy lejos de sospechar en el historiador judío infidelidad ni segunda intención, quisieron sacar de sus relaciones el don profetal de los Esenios, como si con tan manifiestos embustes pudiera probarse la continuación de la historia general profética de Nuestra Señora del Carmen.

(3) Et erit in die illa, dicit Dominus exercituum, disperdam nomina idolorum de terra et non memorabuntur ultra, et pseudoprophetas et spiritum immundum auferam de terra. Zach. XIII, 2.

(4) I Cor. X, 20.

(5) Et erit cum prophetaverit quispiam ultra, dicent ei pater ejus et mater ejus qui genuerunt eum: non vives, quia mendacium locutus es in nomine Domini. Et configent eum pater ejus et mater ejus, genitores ejus, cum prophetaverit. Zach. XIII, 3.

les de grave daño que habían de notarse en su primera y segunda venida, enumera á los pseudoprofetas (1), entendiendo los falsos doctores, los falsos pronosticadores, los falsos apóstoles, los ministros de mentira, los habladores de ventaja, que, á semejanza de los antiguos, han de prometer el cielo á los indignos de pisar la tierra.

2. En cumplimiento de la profecía, al poco tiempo de subir al cielo el divino Salvador, un tal Teodas y un tal Judas Galileo alzaron bandera con nombre de Mesías, si bien las muchedumbres que acaudillaban fueron pronto dispersadas. De todo lo cual dió cuenta el fariseo Gamaliel al Sanedrín de Jerusalén, por estas palabras que se leen en los Actos de los Apóstoles: *Hemos visto, no hace mucho, levantarse Teodas, diciendo de sí que era alguien; siguiéronle unos cuatrocientos hombres; pagó su alzamiento con la cabeza, y todos los que seguían su bando se dispersaron sin dejar rastro de sí. Luego levantó bandera el galileo Judas, en los días del empadronamiento, llevando la gente tras sí; pereció él y se deshizo la facción de los que le habían dado crédito* (2).—Oigamos ahora al historiador Josefo: *Cuando Fado era procurador de Judea, cierto hombre, llamado Teodas, persuadió á una gran muchedumbre de hombres, que, llevando consigo las riquezas, le siguiesen hasta el Jordán. Porque decía que era Profeta, y que dividiría con su imperiosa voz las aguas del río, para que pudiesen pasar el vado á pie enjuto más fácilmente. No dejó Fado que siguiese adelante esta locura, mandó contra él una cohorte romana que, arremetiendo de improviso á muchos dió muerte, y á los vivos prendió. El propio Teodas, cogido, lo pagó con la cabeza, la cual fué llevada á Jerusalén. Estos sucesos sobrevinieron á los judíos mientras Cuspio Fado era procurador* (3).

Tenemos á la vista dos relatos de un parecido suceso, concerniente el uno al año 45, el otro al 34 de la Era cristiana. El *Teodas* de Josefo ¿es el mismo que el de los Actos? Baronio responde que sí (4); Enrique Valois, en sus notas á Eusebio, por hacer de los dos uno, supone yerro involuntario, y aun mentira meditada en Josefo, ó anacronismo en San Lucas (5); Hudson no halla salida á la dificultad (6) sin echar la culpa á Josefo; Darrás admite dos distintos Teodas (7), porque le parece cosa recia cargar á Josefo una mentira tan palmaria. No por eso han de tenerse por diversos el Teodas de

---

(1) Et multi pseudoprophetae surgent, et seducent multos. Matth. XXIV, 11.—Surgent enim pseudo-Christi et pseudoprophetae et dabunt signa magna et prodigia. 24.—Marc. XIII, 22.

(2) *Act.*, V, 36.

(3) *Antiquit. jud.*, lib. XX, cap. IV.

(4) *Annal. eccles.*, t. I, an. 34.

(5) Eusebio, *Hist. eccles.*, lib. II, cap. XI. *Notas.*

(6) Aut dicendum duos fuisse *Theudas* cum Grotio aliisque; aut Theudam illum Josephi esse *Theudam* de quo Gamaliel, atque Josephum circa tempora ejus errasse. *Notas* á Josefo, t. II, p. 886.

(7) Le Théodas de Josèphe était donc un successeur du Théodas de Gamaliel. Le sens étymologique de ce nom (Dieudonné) nous fait très-bien comprendre l'intérêt qui poussait les pseudo-messies à se revêtir d'un titre aussi solennel. *Hist. de l'Église*, t. V, pag. 326.

Josefo y el de San Lucas, sino porque los relatos lo son si se leen atentamente, aunque los nombres parezcan iguales. Sea como fuere, tenemos á dos pseudoprofetas hebreos declarados por embaucadores.

El galileo Judas, de que habló Gamaliel, ni en los Actos ni en Josefo (1) hay indicio de haberse preciado de profeta. Su insurrección fué político-religiosa, en favor de la libertad é independencia judaica; *semilla de nuestros postreros males*, como Josefo la llama. Y si alguno pretende que Judas fué profeta, la injusticia de tan arrogante título se hace bien notoria por el desgraciado suceso.

Otro pseudoprofeta judío, Barjesu, familiar del procónsul Sergio Paulo, dejóse ver en la isla de Pafos, muy empeñado en desviar al procónsul del camino de la fe. El apóstol San Pablo desbarató sus enredos con sólo mirarle á la cara. *Hombre, lleno de dolo y falacia, engendro del diablo, enemigo de toda justicia, no paras de quebrar la rectitud de los consejos divinos: la mano de Dios sobre ti, ciego te quedarás, sin ver el sol hasta otra orden.* De repente cayeron sobre sus ojos las tinieblas de la noche tan del todo, que hubo de buscar lazarillo que le guiase. La milagrosa ceguera abrió los ojos á Sergio Paulo, quien creyó en la doctrina de Cristo (2).

El apóstol San Pedro, en su segunda carta, avisa á los fieles por estas palabras: *Se levantaron en el pueblo pseudoprofetas; así también se levantarán entre vosotros maestros de mentira, que introducirán sectas de perdición, negadoras del Señor que los redimió* (3). El distintivo de la lujuria con que San Pedro marca estos pseudoprofetas parece indicar la zahurda de los gnósticos, gente escandalosa y arrogantísima contra la verdad cristiana.

San Juan tuvo tiempo de presenciar su aparecimiento y de oir las perversas enseñanzas que propalaban. *Queridísimos míos*, escribe á los fieles, *no deis fe á toda suerte de espíritus, aseguraos antes si vienen de Dios. Porque muchos pseudoprofetas andan por el mundo. La señal para conocer el espíritu de Dios es ésta: todo espíritu que confiesa haber Jesucristo venido en carne, de Dios es; y todo espíritu que va contra Jesús, no es de Dios; y tal es el Anticristo, del cual habéis oído que viene, y está ya en el mundo* (4). En el número de ellos ha de contarse Jonatás, tejedor de profesión, miembro de una secta judía; en Cirene levantó los cascos á multitud de judíos que allí vivían gobernados por hombres de su nación. Con el reclamo de anuncios proféticos convidólos al desierto haciéndoles donosas promesas.

(1) *Antiquit.*, lib. XVIII, cap. I. (2) *Act.* XIII, 6-12.

(3) Fuerunt vero et pseudoprofetae in populo, sicut et in vobis erunt, magistri mendaces, qui introducent sectas perditionis, et eum qui emit eos Dominum negant. II Petr. II, 1.

(4) Charissimi, nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus si ex Deo sint; quoniam multi pseudoprofetae exierunt in mundum. In hoc cognoscitur spiritus Dei: omnis spiritus qui confitetur Jesum Christum in carne venisse, ex Deo est; et omnis spiritus qui solvit Jesum, ex Deo non est, et hic est Antichristus, de quo audistis quoniam venit, et nunc jam in mundo est. I Jo. IV, 1.

Unos dos mil de ellos murieron allí al filo de la espada romana, tres mil fueron ajusticiados en Egipto, Jonatás pagó en la hoguera la audacia de su rebeldía.

Daban nombre de pseudoprofetas los apóstoles á aquellos hombres enemigos de la verdad revelada, que, ó por ignorancia ó por malicia, no hacían sino chillar y bullir contra el Evangelio, ora negativamente no aceptando con reverencia las interpretaciones de los Profetas, ora positivamente prediciendo cosas contrarias al espíritu de Dios. De esta manera usaron muchos judíos en aquellos primeros años de la Iglesia. El apóstol San Pablo después de contemplarlos de cerca tuvo que habérselas con ellos á brazo partido. *Son operarios fraudulentos que se transfiguran en apóstoles de Cristo*: esto decía de ellos. *Y no es de maravillar*, añadía, *porque el mismo Satanás se vende por ángel de luz; no es mucho que sus ministros procuren transfiguración en ministros de la justicia; pero acabarán como sus obras requieren* (1).—*Mirad á los canes, mirad á los malos obreros, mirad el estrago* (2).—Con estas elocuentes voces mandaba el Apóstol cautela y vigilancia sobre los malos profetas (3).

3. En particular á Timoteo le avisa se recate de tratar con Himeneo y Alejandro, hombres blasfemos, que por no atenerse á las interpretaciones proféticas habían dado al través con su fe. *Esto te encargo, hijo Timoteo, conforme á las profecías precedentes, que milites buena milicia, con fe y buena conciencia* (4). Entiende aquí San Pablo por *præcedêntes in te prophetias* las exposiciones é interpretaciones que los Profetas apostólicos habían dado á los vaticinios antiguos, según lo expuesto en el capítulo diez del libro anterior. En este sentido quería decir San Pablo á Timoteo, que tomando por norma las declaraciones recibidas, enseñe é instruya á los fieles, despidiendo de su compañía á los díscolos y blasfemos. Con nueva instancia le descubre el misterio de iniquidad más adelante, insinuándole las máximas perniciosas de los falsos profetas contrarias á las interpretaciones de los santos. Espíritu de error en el prohibir casamientos y vedar la comida de ciertos manjares: estos dictámenes de los pseudoprofetas eran opuestos á los dados por los Profetas de Dios. Mándale San Pablo á Timoteo que tenga cuenta con los errores y cierre con ellos prestamente como fiel ministro de Cristo Jesús (5).

De aquí les nacía á los Apóstoles la vehemencia de afecto con que andaban fuertes y solícitos contra la temeridad de los pseudo-

(1) Nam ejusmodi pseudoapostoli sunt operarii subdoli, transfigurantes se in apostolos Christi. II Cor. XI, 13.—Et non mirum, ipse enim Satanas transfigurat se in angelum lucis. 14.—Non ergo magnum si ministri ejus transfigurentur velut ministri justitiae; quorum finis erit secundum opera ipsorum. 15.

(2) Videte canes, videte malos operarios, videte concisionem. Phil. III, 2.

(3) Col. II, 18.—Gal. V, 12.

(4) Hoc praeceptum commendo tibi, fili Thimothee, secundum praecedentes in te prophetias, ut milites in illis bonam militiam, habens fidem et bonam conscientiam. I Timoth I, 18.

(5) I Timoth. IV, 1-6.

profetas, no sufriendo que la tolerancia dogmática cobrase crédito entre fieles. Anatema lanzó San Pablo contra cualquier predicador, siquiera fuese ángel, que les anunciase doctrina contraria (1). A Tito le ordenó excusase la presencia de los herejes, como de hombres condenados por su propio juicio (2). Y San Juan, el mansísimo San Juan, no quería que á los tales los recibiesen en casa ni les diesen los buenos días (3). El apostol San Judas, en su Carta Encíclica, los pone bien de relieve: *acordaos*, dice á los fieles, *tened en la memoria las palabras que han sido predichas por los Apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo; ellos os decian que en los últimos tiempos vendrán hombres mofadores, que anden al paso de sus codicias en las maldades. Estos son los que hacen separación y cisma, animales, sin asistencia del Espíritu Santo* (4).

Con este prudente rigor lograron los Apóstoles lo que tanto cuidado daba á los antiguos Profetas, sin poderlo recabar del pueblo judío, esto es, limpiar la grey santa de lobos astutos y avarientos que la esquilmasen con visos de tímidas ovejas. Habían los antiguos Profetas dejado estampadas sus profecías, los Profetas modernos auténticamente las interpretaban; había el divino Redentor abierto sus divinos labios para enseñar al mundo los secretos de su Padre, pero si alguna duda quedaba sobre el sentido de los textos, los Profetas y Apóstoles se hallaban provistos de autoridad para el acierto de la explanación; todos los puntos dogmáticos estaban realzados con luces vivísimas que no consentían ambigüedad ni incertidumbre; sólo el pestífero aliento de un pseudoprofeta podía empañar el terso cristal de la purísima verdad; ¿qué les quedaba á los hijos de la luz, á los poseedores de la dulce claridad, sino arrojar de sí á las tinieblas exteriores los enemigos del resplandor tan mal hallados con los realces divinos que les cegaban la vista?

4. Ejemplar de pseudoprofetas fué Simón Mago. Samaritano era, no hebreo; mas tan mancomunados andaban los samaritanos con los judíos, y tan judíos querían ser cuando cuadraba á su conveniencia temporal, que bien puede Simón tener lugar entre los pseudoprofetas hebreos, siquiera en el odio implacable que al cristianismo profesaba. Fué un solemnísimo fullero, truhán de marca, embaucador de grandes y chicos (5), enemigo de Profetas, engendro de Satanás, primogénito de su ralea, como le llamó San Ignacio Mártir (6). Los Santos Padres le pintan con colores muy negros. En la Roma imperial supo usar de tantas fullerías ante el Senado y pueblo romano, que logró estatua y adoración divina (7). Conseguida entre los romanos gloria de dios, con estas ínfulas extendió sus

(1) Gal. I, 8. (2) Tit. III, 10. (3) II Jo. 10, 11.
(4) Jud. 16-19. (5) Act. VIII, 9.
(6) Fugite malas soboles diaboli, Simonem dico primogenitum sobolis ejus, et Menandrum, et Basilidem, et totam illam ipsius malitiae colluviem. *Ad Trallian.*
(7) S. JUSTINO: Apud vos in imperiali urbe Roma, sub Claudio Caesare, Simon fuit, et Sacrum Senatum populumque romanum eo perduxit stuporis, ut Deus haberetur, et statua, velut alii, quos colitis, dii, cohonestaretur. Apolog. II.

raposerías entre sus compatricios tan abellacadamente, que pretendió pasar por Padre, entre los judíos por Hijo, entre otras gentes por Espíritu Santo (1); si bien algunos Padres opinan que llamaba Espíritu Santo á su mujer, digo á su manceba, á quien sacó de la ramería pública por dinero para que le sirviese de rastra (2). La verdad sea que el gran embaucador no contento con denominarse á sí propio *virtud*, es decir, Sumo Dios (3), daba á su barragana el título de madre de todas las cosas, pues por medio de ella decía que había él formado los ángeles y arcángeles, y por éstos el mundo visible (4).

De tal sentina de corrupción ¿qué podredumbre no había de manar? Entre sus doctrinas colocaba la promiscuidad de mujeres y el uso de la detestable torpeza (5), á cuyo ejercicio prometía el infame impostor la salud y gloria eterna (6). Para acallar remordimientos mandaba á los de su zahurda no hiciesen caso de Profetas ni se empachasen de amenazas legales, pues libertad les competía de romper todo freno y atadura (7). Entre tanto les daba á besar y adorar su estatua y la de su concubina en lugar de las de Júpiter y Minerva (8), participándoles la gratitud que le debían á su Helena, porque por ella había bajado del cielo él para sacarla de la opresión y procurar la salud á los que en su doctrina creyesen (9).

La novedad exhorbitante de estos errores fué como un veneno

---

(1) S. Ireneo: Hic igitur a multis quasi Deus glorificatus est, et docuit semetipsum esse qui inter judaeos quidem quasi Filius apparuerit, in Samaria autem quasi Pater descenderit, et in reliquis vero gentibus quasi Spiritus Sanctus adventaverit. *Advers. haeres.*, lib. I, cap. XX.

(2) Tertuliano: Quasi pro solatio, fultus etiam artis suae viribus, ad praestigias virtutis alicujus Helenem quamdam Tyriam de loco libidinis eadem pecunia redemit, dignam sibi mercedem pro Spiritu Sancto. *De anima.*, cap. XXIII.—S. Cirilo de Jerusalen, *Catech.*, VI.—S. Epifanio: Turpitudine mulieri permixtus ille praestigiator, conjugem scortatricem Spiritum Sanctum dicere ausus est. *Haeres.*, XXI.

(3) S. Filastrio: Magicis vacans artibus multos fallebat dicens se esse virtutem quamdam Dei, quae super omnes virtutes esset. Qui et audebat dicere mundum ab angelis factum, angelos autem factos a quibusdam sensibus de coelo praeditis, eosque fefellise genus humanum. *De haeres.*, cap. I.

(4) Teodoreto: Et cum meretricem nescio quam, quae stabat in prostibulo, vocabatur autem Helena, secum habitare fecisset, eam esse mentis suae primam comprehensionem dicebat, et matrem omnium nominabat, et se per ipsam angelos et archangelos fecisse, ab angelis autem mundum esse architectatum. *Fabul. haeret.*, lib. V, cap. I.

(5) S. Agustín: Docebat autem detestandam turpitudinem indifferenter utendi foeminis. *De haeres. ad Quodvultd.*, cap. I.

(6) S. Ireneo: Secundum enim ipsius gratiam salvari homines, sed non secundum opera justa. *Advers. haeres.*, lib. I, cap. XX.—Teodoreto: Non enim per bonas actiones, sed per gratiam eos esse salutem consecuturos. Quocirca qui ejus sectae erant, se audacter omni libidini et intemperantiae dedebant. *Fabul. haeret.*, lib. V, cap. I.

(7) Teodoreto: Jubebat autem eos qui in ipsum credebant, Prophetas non attendere, nec legis minas pertimescere, sed eos tamquam liberos facere quae voluerint. Ibid.

(8) S. Juan Damasceno: Simulacrum suum pro illo Jovis, ac scorti sui pro Minervae discipulis suis adorandum exhibebat. *De haeres.*—S. Ireneo, *Advers. haeres.*, lib. I, cap. XX.—S. Agustín, *De haeres.*, cap. I.

(9) Nicetas: Quemadmodum se Deum Patrem, ita et illam aliorum matrem esse dicebat. In hujus gratiam coelo se descendisse subjungebat, ut eam a vinculis quibus detinebatur assereret hominibusque in se ipsum credentibus salutis auctor esset. *Orthodox.*, lib. IV, cap. I.

activísimo que esparciéndose por toda aquella masa podrida de la sociedad pagana, acabó de inficionarla, no sin provecho de la sociedad cristiana que vive de pureza y verdad. Los Padres á una voz llaman á Simón primer autor de todos los errores, cabeza de todas las herejías, caudillo de todos los adversarios de la ley cristiana, compuesto el más monstruoso de vicios y falsedades (1); como tal engendró herejías y desvaríos bastantes para cebar el afán de todos los enemigos de la Iglesia, presentes y venideros. En Simón comienza la lucha formal, que acabará con el cerrar de los siglos.

5. Pero, gracias sean dadas á la divina Providencia, en Simón empieza á verificarse la Profecía de nuestro divino Salvador, con estruendo público y escandaloso. Simón se intitulaba Mesías. Los Padres unánimemente lo contestan. San Hipólito: *Después de subirse á su Padre el Salvador, levantáronse algunos diciendo: yo soy el Mesías, como lo hizo Simón Mago y otros cuyos nombres no es oportuno relatar* (2).—San Agustín: *Aseveraba que era el Mesías* (3).—San Máximo: *Como este se llamase Cristo* (4).—San Damasceno: *Como Simón se apropiase el nombre del Mesías* (5).—No se adjudicaba el renombre de Mesías en su trato con los Samaritanos, porque bien sabía el astuto que los de su tierra no reconocían en Dios más que la Paternidad, por esto entre ellos tomaba Simón el título de Padre; mas cuando conversaba con los judíos, que esperaban al Mesías, al gran Profeta, no tenía reparo en llamarse Cristo por no malquistarse con sus persuasiones. Así lo dan por cierto los Padres (6), notando el descaro que usaba en negar la resurrección de la carne, timbre gloriosísimo del verdadero Mesías, que por sí solo bastaba para argüirle á él de falso profeta.

6. Acerca del heresiarca Simón sólo queda un escrúpulo, nacido de un texto de Egesipo, citado por Eusebio. Egesipo, vecino de los tiempos apostólicos, asienta por fundamento que en los principios de la era cristiana, cuando ninguna falsa doctrina había levantado cabeza, la Iglesia de Dios se llamó *Virgen* con término delicado y decorosísimo. Mas luego, un tal Tebulo, por haber llevado repulsa en la pretensión de una sede episcopal, comenzó á derramar secretamente la semilla del error con que zizañaba el campo de los fie-

---

(1) EUSEBIO: Simonem igitur primum cujuscumque erroris auctorem et quasi caput extitisse accepimus. *Hist. eccles.*, lib. I, cap. XII.—S. CIRILO JEROSOL., *Catech.*, VI.—S. EPIFANIO, *Haeres.*, XXI.—TEODÓRETO, *Fabul. haeret.*, lib. I, cap. I.—NICETAS, *Orthodox.*, lib. IV, cap. I.—ANASTASIO NICENO, *In Sacr. Script.*, quaest. XXIII.—EGESIPO, *Excid. Jer.*, lib. III, cap. III.

(2) Postquam ipse Salvator assumptus est ad Patrem, surrexerunt quidam dicentes: ego sum Christus; ut Simon Magus et reliqui, quorum nomina referre non est hujus temporis. *Orat. de Antichr.*

(3) Asserebat se esse Christum. *De haeres.*, cap. I.

(4) Cum enim idem Simon se Christum diceret. *Serm. V in natal. apost.*

(5) Hic cum sibi Christi nomen venditaret. *De haeres.*

(6) S. IRENEO, *Advers. haeres.*, lib. I, cap. XX.—S. EPIFANIO, *Haeres.*, XXI.—S. AGUSTÍN, *De haeres.*, cap. I —TEODORETO, *Fabul. haeret.*, lib. V, cap. I.—TEOFILACTO, *In Act.*, cap. VIII.

les. El ahilo se pegó á Simón Mago y á otros pechos rebeldes, de cuyas entrañas nacieron hálitos pestilenciales de diversas herejías. Esto narra Egesipo (1), otro tanto trasladó Nicéforo á su *Historia eclesiástica* (2). De Tebulo ningún Padre hizo mención; la causa pudo ser el haber quedado en la obscuridad la trama y el daño de este primer pseudoprofeta, que á hurtadillas con disimulo, *ex occulto*, principió á maltratar el majuelo virgen de la Iglesia jerosolimitana. Comoquiera que sea, á poco de rayar el alba del hermoso día, en que los oráculos proféticos comenzaban á cumplirse, dejáronse ver encapotados los pseudoprofetas, que con sus lenguas venales habían de poner más esplendorosa la verdad de los vaticinios.

7. Antes de seguir el hilo, algunas predicciones hebreas quedan por examinar. Tomemos del historiador judío la narración. En el punto más terrible del incendio se hallaba el Templo de Jerusalén, donde consumíanse multitud de judíos en las llamas pereciendo otros miserablemente por escapar su voracidad. *La causa de tantas muertes,* dice Josefo, *era cierto pseudoprofeta, que en aquel tiempo había anunciado al pueblo en la ciudad, que «Dios mandaba subiesen al Templo, donde les mostraría las señales de salvación». Dejáronse ver muchos profetas, cohechados por los tiranos, que persuadían al pueblo esperase de la mano de Dios el socorro, para que con esta persuasión la gente no se escapase, y con la esperanza de verse libre permaneciese más quieta. Pronto da fe á razones el apretado del contratiempo. Si el burlador promete libertad de los males que oprimen, el oprimido súfrelos con entera esperanza. Burlas eran estas con que los embaucadores, mintiendo ser enviados de Dios, persuadían á la mísera plebe. Entre tanto, de los prodigios evidentes que habían anunciado el asolamiento futuro, ni hacían caso, ni los tenían por creíbles. Atónitos y sin tino dejaban de atender á los avisos de Dios. Primero, sobre la ciudad apareció una estrella semejante á una espada, y por un año entero perseveró ardiendo un cometa. Después, antes de los primeros ímpetus de la guerra, cuando el pueblo se juntó á la fiesta de los ácimos, el día octavo del mes xántico, á la hora nona de la noche, tanta luz brilló en torno del altar y del Templo, que parecía claro día, y duró espacio de media hora; acaecimiento, que los ignorantes tenían por señal de buen agüero, pero los escribas juzgaron significaba las desgracias después sucedidas. En la misma solemnidad, una vaca, que el pontífice sacó para el sacrificio, parió un cordero en la mitad del Templo.*—Estos prodigios narra Josefo. Ceguera bien merecida la de los judíos, que no haciendo caudal de las proféticas señales notificadas por el Salvador, pres-

---

(1) EUSEBIO: Et quoniam Ecclesia nondum erat falsa perversae haereticorum doctrinae inanitate corrupta, idcirco Virgo appellata fuit. At Thebulis, propterea quod in petitione Episcopatus repulsam tulerat, eam erroris labe ex occulto inficere exorsus est: qui quidem unus erat ex eorum numero qui ex septem sectis in populo judaico proseminatis oriebantur. Ex quibus sectis originem erroris duxit Simon a quo Simoniani, et Cleobius unde Cleobiani, et Dositheus unde Dositheani, et Gortheus unde Gortheani, et Masbotheus unde Masbotheani. *Hist. eccles.*, lib. IV, cap. XXI.

(2) Lib. IV, cap. VII.

taban ahora adhesión á cualesquiera voces, naturales y humanas, tomándolas por presagios de su irremediable ruina.

Prosigue Josefo la narración, notando la diferente manera de interpretar los portentos que tenían los rudos y los sabios; aquéllos, echándolo todo á buena parte, éstos á castigo y venganza de Dios, como era la verdad, pues harto la conocían los taimados que se la habían oído á Jesucristo ó á testigos muy fieles. Dice, pues, Josefo así: *Pocos días después de la fiesta, el día veintiuno del mes de Artesisio, dejóse ver un prodigioso espectro superior á toda fe. Fábula parecería lo que voy á decir, si no lo hubiesen visto por sus ojos los que lo contaron, y no igualase á lo espantoso de los signos lo espantoso de las calamidades. Antes de ponerse el sol viéronse pasear por las nubes carros y tropas armadas y circunvalar las ciudades. En el día de la fiesta llamada Pentecostés, entrando los sacerdotes á la noche en el Templo á cumplir sus ministerios de costumbre, dijeron haber oído primero un movimiento y ruido, luego unas como voces de apiñada muchedumbre que clamaban á una: salgamos de aquí. Pero lo más horrible de todo es, que un hombre plebeyo y labriego, llamado Jesús hijo de Anano, cuatro años antes de declararse la guerra, estando aún en paz la ciudad y abastecida de todas las cosas, al acudir á la fiesta, en que suelen levantarse las tiendas junto al Templo á honra de Dios, de repente comenzó á clamar: «Voz del oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y contra el Templo, voz contra los esposos y contra las esposas, voz contra todo el pueblo.» Y voceando esto de noche y de día andaba recorriendo los barrios de la ciudad. Algunos de los principales del pueblo, llevando á mal la terribilidad del anuncio, prenden al hombre y le mandan tunda de azotes. Él, sin chistar en su defensa y sin quejarse de los que le azotaban, no desistió de dar los mismos alaridos de antes. Los magistrados judíos, haciendo cuenta que el alaridar de aquel hombre era cosa más que humana, preséntanle al presidente romano. Este mándale desgarrar las carnes hasta descubrir los huesos; mas él ni gemidos ni lágrimas echó; sino que, en tono lamentable y lúgubre, cuanto podía, quebrando la voz, á cada latigazo gritaba: ¡ay! ¡ay! ¡ay de Jerusalén! Preguntóle Albino (éste era á la sazón el procurador), quién y de dónde era, y por qué decía aquello: no respondió palabra. No parando de lamentarse de la ciudad, Albino le dió por libre porque le contó por loco. Pero él hasta el tiempo de la guerra ni visitó á ningun ciudadano, ni fué visto hablar con nadie, sino cada día lamentábase con su estribillo: ¡ay! ¡ay de Jerusalén! Cada día menudeaban sobre él los azotes; pero ni maldecía á nadie, ni bendecía al que le alargaba el pan; no salía de su boca más respuesta que el triste presagio. En las solemnidades eran mayores sus lamentos; ejercicio, que continuado por siete años y cinco meses, ni le puso ronca la voz ni le daba fatiga, hasta que en tiempo del sitio, á vista de la realidad de los agüeros, cesó. Porque paseando por las murallas levantaba la voz gritando: «¡ay! ¡ay de la ciudad, del Templo y del pueblo». Al llegar al extremo añadió: «¡ay de mí también!», y entonces herido de un guijarro arroja-*

do por una ballesta, cayó, dando el alma mientras tenia aún entre dientes la fatal exclamación.

Quien pusiere en estas cosas la consideración, ciertamente hallará que Dios tiene cuidado de los hombres, y que de todas maneras manifiesta de antemano lo que les conviene; mas que ellos son los que por su locura y maldades voluntarias perecen. Porque los judíos, aun después de asolada la fortaleza Antonia, fabricaron un templo cuadrado, donde tenian escrito este oráculo: «entonces vendrá á ser tomada la ciudad y el templo, cuando el templo recibiere forma cuadrada.» Hasta aquí la narración de Josefo, en el libro sexto *De la guerra judaica*, capítulo V, edición de 1720 anotada por Hudson. A continuación pone el historiador el vaticinio de que va hecha mención en el libro II, capítulo IV, art. II.

No merecen nuestra consideración los esfuerzos que hace el historiador por mitigar el castigo de la gente judía con paliativos de presagios mal entendidos por su diabólica ceguera. La profecía de Cristo contra Jerusalén *no dejarán en ti piedra sobre piedra*, tenia que verificarse literalmente, como en verdad se verificó, *domando el Emperador Tito la nación de los judíos y asolando la ciudad de Jerusalén, antes en vano combatida ó del todo respetada por todos los reyes y naciones*, según consta de la inscripción hallada en el Coliseo (1). Ahora, ¿qué juicio hemos de hacer de los portentosos prodigios narrados por Josefo? Dicho queda en el postrer artículo del capitulo antecedente, cuán dificultosa sea la interpretación de las señales celestes y terrestres cuando se ordenan á presagiar azares ó dichas. Dejando á la credulidad judía la vaca que pare un cordero, el astro en figura de espada, el cometa sobre Jerusalén por un año entero, las luminarias alrededor del Templo y cosas tales, parécenos deber rendirnos á la expresa manifestación de los soberanos consejos de Dios en el multiplicar signos de presagios, anunciadores de la total espantosa ruina del pueblo judío (2).

8. No cerremos el artículo sin dar antes razón de una travesura del propio Josefo con ribetes de profecía. Siendo Josefo gobernador de Galilea, Vespasiano emprendió el sitio en Jotapata. Esta plaza fuerte cayó en poder de los romanos con muerte de cuarenta mil judíos y mil doscientos prisioneros. De los pocos que escaparon con vida, fué uno el gobernador Josefo. El escapar consistió en esconderse dentro de una cueva con cuarenta judíos; pero no les valió el ardid, porque, descubiertos por una mujer, fueron denunciados á Vespasiano. Este, deseoso de echar mano á Josefo, mándale primero dos tribunos que rueguen salga del escondrijo, con promesa de tratarle con humanidad; después le envia un amigo antiguo que le

---

(1) *Annal. de philos. chrétienne*, t. XXXIX, pag. 460.

(2) Tácito conmemora algunos de los indicados portentos cuando dice: Evenerant prodigia, quae neque hostiis neque votis piare fas habet gens superstitioni obnoxia, religionibus adversa... et audita major humana vox, excedere Deos. *Hist.*, lib. V, § 13.—El tono gentil de Tácito confirma nuestra solución.

pondere la mansedumbre y piedad de los romanos. Dudoso Josefo sin saber qué hacer, viendo á los soldados resueltos á pegar fuego á la cueva, si no se rendían los encovados, usó de una treta muy propia de su ingenio, para evadirse del peligro. El mismo Josefo describe sus apreturas por estas palabras: *Como Nicanor instase con vehemencia, y entendiese Josefo las amenazas de los soldados, acordóse de los sueños que la noche antes había tenido, con que Dios le había significado las futuras calamidades de los judíos y las cosas que habían de sobrevenir á los reyes de los romanos. Más aún, hallaba en la interpretación de los sueños más clara inteligencia de las cosas que Dios ambiguamente le había insinuado. Al cabo, como Sacerdote é hijo de Sacerdotes, no ignoraba las profecías de los libros sagrados. Entonces en aquel punto, como por divina inspiración, penetrando las horrendas imágenes de los recientes sueños, presenta á Dios su plegaria, diciendo: «Comoquiera que has tenido por bien humillar la gente judía, la cual »creaste, y traspasar la fortuna por entero á los romanos, y escogiste »mi alma para decir las cosas futuras, me entrego voluntariamente á »los romanos y no rehuso la vida, pero testifico que no como traidor »sino como siervo tuyo, me paso á ellos.» Dicho esto, dió las manos á Nicanor* (1).»

Seis advertencias son muy de notar en la entrega voluntaria de Josefo: la primera es, que dice Josefo haber conocido en sueños enviados por Dios las calamidades futuras de los judíos y las victorias de los romanos; la segunda, que en el interpretar los sueños conocía mejor la verdad, que antes confusamente barruntaba; tercera, que á fuer de sacerdote y de hijo de sacerdotes, no ignoraba los vaticinios de los libros sagrados; cuarta, que adiestrado por las imágenes de los sueños, hizo oración á Dios, reconociendo que debía darse á merced de los romanos; quinta, que Dios tenía reservada su alma y vida para decir al mundo los sucesos futuros (2); sexta, en fin, que atento á lo dicho, podía dar testimonio, y le daba, de no ser traidor á los judíos ni á la causa de Dios, sino siervo y ministro suyo, cuando se rendía á los pies de los romanos. Muy compuestas razones para echar polvo á los ojos de los suyos y librar bien con su rendición. En todas ellas cabe engaño, ilusión y mentira. ¿Cómo no dice Josefo qué suerte de sueños eran los suyos? ¿Con qué señales nos prueba que le venían de Dios? ¿Quién le dió facultad para interpretar sus propios sueños? ¿Qué seguridad podía prometerse de su interpretación? ¿Qué tienen que ver aquí las profecías de los libros sagrados, pues ninguna de ellas determinaba que la victoria se hubiese de inclinar á los romanos? La profecía de Cristo era la única que le pudiera á Josefo dar luz, ¿cómo no la menciona? ¿Qué

(1) *De bello judaico*, lib. III, cap. VII, n. 3.

(2) El traductor y anotador Hudson vertió la expresión τὰ μέλλοντα εἰπεῖν por *ad futura praedicenda*; desdichada traducción, pues Josefo quiso decir lo que suenan las palabras griegas, esto es, que Dios le tenía escogido para *decir ó escribir los sucesos futuros*, como en efecto los escribió.

hace aquí el taimado judío sino abrir camino para luego avisar, como avisará al fin del capítulo arteramente, que el Mesías vaticinado por los Profetas no era otro que Vespasiano? ¿De dónde le consta á Josefo que Dios le tiene destinado á él para escribir los sucesos de la guerra judaica? Con maña dice que se resolvió á protestar á Dios la necesidad de entregarse, movido por divina inspiración en aquella hora, ἐπὶ τῆς τότε ὥρας ἔνθους γενόμενος, sin dar prendas del divino ilapso. Examinadas con atención las razones de Josefo, no se descubre en ellas otra cosa sino el prurito de ganar opinión con los suyos y de congraciarse con los romanos. Lo que le importaba era que el mundo aplaudiese la rectitud de su proceder en el dar las manos al tribuno de Roma, siquiera fuesen invenciones y embelecos los tapujos con que pretendía cohonestarla. Fino ardid para escapar la vida con honra.

9. Así que los judíos compañeros en la prisión vieron cómo el procurador de Galilea daba su brazo á torcer cediendo á las amenazas de los romanos, vuélvense como víboras contra él, baldonan su felonía, acúsanle de traidor, amenázanle de muerte. A los cargos responde Josefo con una elocuente perorata, en que ni media palabra les dice sobre sus sueños y revelaciones proféticas, como si ni él propio las diese crédito, pues todo el asunto consistía en demostrarles con razones oratorias la necesidad de poner la vida á buen cobro, procurando aquietar aquellos ánimos enfurecidos contra su persona. No bastó su elocuencia á sosegarlos. Blandían contra él las espadas, desesperados le acometían, llamábanle de vil y cobarde, como fieras encarnizadas no le dejaron sosegar. *No le faltaba en los aprietos sagacidad para inventar; poniéndose en las manos de Dios aventuró su vida con esta traza;* así lo narra él mismo. La traza fué echar suertes para ver á quién tocaba morir, pues todos estaban resueltos á ello antes que remitirse al servicio de los romanos. A cada suerte, tocábale á uno de ellos ser degollado por sus compañeros. Con tal arte llevó Josefo las suertes, que de los cuarenta nunca le cupo á él. Salió libre de trance. Como al fin sólo él y otro quedasen con vida, no le faltaron razones para persuadirle no librase al tumbo de la suerte el peligro de perderla. Sobrevivieron á los cuarenta los dos.

Saliendo de la obscuridad fueron presentados á Vespasiano. Aquí la solercia de Josefo pasó la raya de lo creíble. ¿Quién describirá la algazara de los romanos al saber la prisión de tan insigne caudillo? Salían á verle pasar, atónitos los unos de la mudanza, empeñados los otros en mandarle al suplicio, no había capitán que no saltase de placer con la presa; Tito, en particular, no sabía cómo ponderar el vuelco de la fortuna; Vespasiano, su padre, mandó le tuviesen bien argollado y preso, á punto para enviarle á Nerón. Entendiéndolo Josefo, pidió á Vespasiano breve audiencia. Otorgósela el general. Estando en presencia de Vespasiano, de Tito y de dos amigos habló Josefo de esta manera: *Tú, Vespasiano, sólo*

piensas haber cautivado á Josefo; mayores cosas vengo yo á participarte. Si Dios no me hubiera enviado á ti, sabría yo, al estilo de los judíos, morir como está bien á capitanes de ejército. ¿Me remites á Nerón? ¡Pues qué, tantos años de vida se prometen los que le han de suceder hasta llegar á ti? Tú, Vespasiano, serás César y emperador, tú y ese tu hijo. Mándame atar con más seguridad, guárdame para ti. Porque tú no eres señor de mí solo, sino también de tierra y mar, y de todo el linaje humano. Si en lo que aquí yo te digo falto á la verdad, aun delante de Dios merezco que me envíes á la muerte.

No daba Vespasiano entera fe á Josefo, sospechando que la astucia le ponía aquel vaticinio en la boca. Pero á creerle se inclinaba, pues veía que Dios le había movido á pensar en el imperio y mostrado que él sería Emperador. En otras cosas le hallaba verdadero. Porque preguntándole uno de sus dos amigos que estaban presentes, cómo no había antes vaticinado á los de Jotapata la ruina de la fortaleza, ni á sí propio la prisión, si no era fingimiento aquél para salir bien librado, respondióle Josefo que había predicho á los de Jotapata cómo la ciudad caería en poder de los romanos á los cuarenta y siete días de sitio, que él mismo sería preso, y que le tendrían vivo en su poder. Vespasiano hizo pesquisas secretas sobre el testimonio de Josefo, y, hallando que todo era verdad, acabó de dar fe á su profecía. Mas no aflojó en el rigor de su prisión, si bien le enviaba vestidos y otros presentes en señal de benevolencia. Tal es el relato de Josefo en el tercer libro *De bello judaico*, cap. VII, edición de 1720.

Falta tomar ahora el pulso al espíritu profético del historiador. Cada palabra es un embuste, cuando no dos. En el sitio de Jotapata no hubo manera de detenerle, trabajo les costó á los sitiados impedir que se les huyese por una senda escarpada, sin embargo de la obligación que le corría, como á gobernador, de cumplir con las leyes de la milicia, aunque Jehová le hubiese revelado el imperio de Vespasiano. En esta predicción lució su talento y astucia. No es posible averiguar con qué palabras anunció el vaticinio, porque habiendo él escrito la historia muchos años después, tuvo tiempo para componer, retocar y retoricar de modo que sentase bien cuanto narraba. Aun así fué mal Profeta, porque ignoró que antes de Vespasiano ocuparían el trono de Nerón tres emperadores, si bien insinuó revueltamente que serían algunos. Ni era difícil esto de antever, pues ya se sabía que Vindex, Galba y Boadicea andaban por Europa levantando facciones. Y de Neron, ¿quién ignoraba la crueldad? ¿A quién no era notorio el aborrecimiento con que el universo mundo conspiraba contra sus tiranías? Las circunstancias que habían concurrido en la elección de Vespasiano por general supremo, en Judea, le daban á Josefo harta luz para prever lo por venir. Adiestrado con tantas noticias, armó su predicción tan ladinamente, que para halagar con más eficacia las ambiciones militares y exaltar con más frenesí las supersticiosas creencias de los romanos,

dió á su predicción el color de profecía. ¿Cómo no se le había de hacer agua la boca al emperador Tito, en cuyos días escribió Josefo su historia, al leer después que el demoledor de Jerusalén había suplantado la familia de los Césares por altísima disposición de Dios revelada al *profeta* Josefo? ¡Cuánta mentira ha imputado á Dios el escritor fariseo en sus relatos!

ARTÍCULO III.

1. El gnóstico Dositeo.—2. Barcoceba y Akiba.—3. Pseudoprofetas de los siglos medios.—4. David Elroi: sus proezas.—Maliciosa invención de esta novela.—5. Profetas fingidos desde el siglo XIII acá.—6. Consideraciones nacidas de los casos históricos.—7. ¿Cómo se les apagó á los hebreos la llama de la inspiración profetal?

1. Las doctrinas del paganismo helénico, las del judaísmo y las del recién fundado cristianismo, sirvieron á no pocos hombres del primer siglo, mal dispuestos á abrazar la verdad evangélica, de tentación para hacerles probar la mano en el refundirlas en un crisol, de cuyo batuquerio sacar flamante una suma de creencias absurdas cuanto no inteligibles. De esta mescolanza salió el asqueroso gnosticismo. Uno de sus más fervientes defensores fué Dositeo, antes judío, samaritano después, hombre de vida austerísima, gran observador del sábado, en que mandaba á los suyos conservasen durante todo el día la postura con que le habían dado principio. A fuer de pseudoprofeta, vendióse por enviado de Dios; mas porque su pretensión cuadraba mal con los dichos de los antiguos Profetas, dióles de mano, nególes la autoridad, contentándose con sólo el Pentateuco de Moisés, cuyos libros alteró á su voluntad. Negó también el ser de los ángeles, en cambio afirmaba la eternidad del mundo. El gnosticismo de Dositeo fué muy peregrino. Apenas se podía dar título de hereje ni de sectario á un hombre de esta calaña, que sólo tropezó en la fatuidad de apellidarse Mesías.

Orígenes dejónos mención de este pseudoprofeta allí donde dice: *No fueron muchos en tiempo de los Apóstoles los que se adjudicaron el nombre de Cristo, fuera del Samaritano Dositeo, de quien proceden los Dositeistas* (1).—*Después de Jesús, más adelante un cierto Dositeo de Samaria, quiso persuadir á los samaritanos que era el Mesías anunciado por Moisés* (2).—San Epifanio le describe por estas palabras: *Dositeo, oriundo de los judíos, se mezcló con los samaritanos. Era diestro en la doctrina de la ley, y hacía ventaja á los judíos en el exponerla, mas porque no logró la cátedra y estimación que pretendía, se pasó á los samaritanos y allí fundó la secta. Después, habiéndose recogido á la soledad, porque la excelencia de su sabiduría se lo aconsejó, con fingida religión entregóse á rigurosos ayunos; así murió, dicen, por fal-*

(1) *Tract. XXVII in Matth.* (2) *Contra Cels.*, lib. I.

ta de pan y de agua, con voluntario propósito de mortificarse. Algunos días después acertaron ciertos hombres á ir á verle y hallaron su cadáver corrupto, hecho nido de gusanos y nubes de moscas que le devoraban (1).

Han reparado algunos críticos en aceptar los testimonios de Orígenes y de San Epifanio, pareciéndoles que Dositeo vivió antes de Cristo y fundó la secta de los Saduceos, negadores de la resurrección. Cierto está, no faltan Padres que hablen de un Dositeo anterior á Jesucristo: Tertuliano (2), San Filastrio (3) y San Jerónimo (4) le cuentan por caudillo de los Saduceos. Por otra parte, con Orígenes y con San Epifanio concuerdan Egesipo (5) y Teodoreto (6), tocante al Dositeo posterior á la era cristiana. El debate se compone bien si se admiten dos Dositeos, el uno anterior y el otro posterior á Jesucristo; el uno fundador de los Saduceos, el otro de los Dositeistas. Con justísima severidad increpó el docto Malvenda al arrogante Escalígero, por haber, con lengua viperina, mordido el buen nombre de San Epifanio (7) en su dictamen sobre Dositeo, cual si se le hubiese al Santo deslizado la pluma torpemente. Sea como fuere, tanto el Dositeo de Tertuliano como el de San Epifanio, ambos á dos fueros antiprofetas, pseudoprofetas, enemigos de la verdad revelada (8).

2. De muy otra condición fué el impostor Barcoceba, hombre nefando, origen de grandísimos desastres, juntamente con su familiar Akiba. Este Akiba había sido director de tres escuelas rabínicas de la Palestina septentrional á fines del primer siglo y principios del segundo. Antes de tomar la férula de maestro manejó el cayado de pastor de ovejas. Contraído matrimonio con la hija de su amo, comenzó á estudiar la Ley de Moisés, con cuyo fatigoso estudio ahondó tanto en la tradición mediante la lectura de los antiguos comentarios, que solían decir de él: lo que nunca supo Moisés, á Akiba se lo han revelado. A *doce mil pares* sube el Talmud el número de sus discípulos. Todo el afán del rabino se cifraba en trabajar sobre la ley tradicional, mal conservada hasta entonces, sólo transmitida de viva voz, cuyos estatutos Akiba afianzó en comentarios y explanaciones, que dieron por fruto el *Misna* y acabaron de asentar la doctrina del *Talmud*. A este infatigable doctor debió el judaísmo anticristiano su consolidación y definitivo establecimiento.

Si el fanatismo de Akiba acabó de calentar los cascos á los judíos, su influencia política les acarreó desgracias sin cuento, porque su mayor desdicha fué entrar en la facción de Barcoceba. Gloriá-

---

(1) *Haeres.*, XIII.
(2) *De praescription.*, cap. XLV.
(3) *Haeres.*, XIV.
(4) *Dial. advers. Luciferianos.*
(5) *Eusebio, Hist. ecles.*, lib. IV. cap. XXI.
(6) *Fabular. haeretic.*, cap. I.
(7) *De Antichristo*, t. I, lib. I, cap. XIII.
(8) Otras noticias de poco interés, relativas á las enseñanzas y prácticas del Dositeo que se alzó con el nombre de Mesías, podrá ver en Orígenes (*De Princip.*, lib. IV), y en San Jerónimo (*Epis. ad Algas.*, quaes. X), para entretener sus ocios el aficionado lector.—HILGER, *Histoire des hérésies*, pág. 144.—MIGNE, *Dictionnaire des hérésies*, t. I, art. *Dosithée*.

base éste de ser el Mesías; con ese rumor reclutó partidarios, Akiba se le dió por amigo. Aunque no paraba su cabeza de echar cálculos sobre la venida del profetizado Mesías, soñando despierto y yendo tras un imposible, con todo, andaba muy caliente en aplaudir á Barcoceba la traza, y aun metía fuego ayudando en la empresa por excitar los judíos á sacudir el yugo de los romanos. Por el manejo de Akiba en usar de todas armas, vióse Barcoceba al frente de tropas considerables, dueño de la ciudad de Jerusalén, señor de otras plazas fuertes de Palestina, temido del gobernador romano Rufo, tan pujante, en fin, y pagado de sí que el emperador Adriano hubo de mandar contra él á Julio Severo, general aguerrido, que cortase los pasos á los facciosos, como de verdad se los atajó, no solamente recobrando las ciudades y plazas perdidas, sino apoderándose de la fortaleza Bethar, centro de esta insurrección, una de las más ruidosas en aquellos siglos. En Bethar habían los judíos coronado á Barcoceba por rey de Israel; en Bethar se habían hecho fuertes teniendo en jaque las capitales de Cesarea y Jerusalén, defendidas por los romanos; pero Bethar, tras un largo cerco, fué tomada por asalto en agosto de 135.

En blanco le salieron á Barcoceba sus esfuerzos. La Palestina entera había acatado su dominación; la Siria y la Fenicia le habían abierto las puertas; aún trató de ganar partido entre los cristianos, pero porque no le seguían y no renegaban de Jesús, condenábalos á graves suplicios. También Akiba, fuera de reconocerle á él por Mesías, no solamente se llamaba á sí propio su precursor, el Elías esperado, sino que á título de tal aguijaba á la empresa con calor incomparable, como quien creía tener al rey por el pie. El emperador Adriano acabó con la rebelión, reduciendo la resistencia de los amotinados á la sola plaza fuerte de Bethar, que fué totalmente asolada con muerte de todos los habitantes. Aquí, á Barcoceba, se le eclipsó la estrella; rindió al demonio la posesión de su espíritu en el asalto de la plaza. Desde entonces el apellido *Barcoceba*, hijo de la estrella (בר־כוכבא), se trocó en *Barcozeba* (בר־חוזבא), hijo de la mentira, por las muchas que el redomado impostor había urdido por acreditarse de Mesías. Akiba fué preso y metido en la cárcel. Escarpiáronle después las carnes con peines de hierro, á cuya violencia en el atroz suplicio espiró articulando un verso de la Biblia.

Dos fuentes de verdad histórica suministran noticias sobre las proezas y felonías de Barcoceba: los escritos rabínicos y los patrísticos. Los libros rabínicos, Talmud, Cábala, Comentarios, convienen, sin discrepancia, en que Barcoceba quiso alzarse por Mesías y se preciaba públicamente de ese título (1). El sabio Malvenda recogió copia de textos sobre la vida del pseudoprofeta. Entre ellos figura uno relativo al fanático Akiba en esta forma: *Rabi Akiba*,

(1) TALMUD: Barchozba annis triginta cum dimidio regnavit; dixit enim magistris: Anna Messiach, hoc est. Ego sum Messias. *Sanhedr.* cap. Helec.

aquella escritura, «saldrá la estrella de Jacob», interpretábala así: «Saldrá Barcoceba de Jacob. Y al ver á Barcoceba, decia: Mirad, éste es el rey Mesías (1).»

Los Padres contestan la misma historia, con nuevas indicaciones acerca de la crueldad del pseudoprofeta contra los cristianos (2) que se resistían á renegar de Jesucristo, declarando que les daba muerte afrentosa con toda suerte de tormentos (3). Otras circunstancias se pueden ver en Eusebio (4), San Jerónimo (5), Pabio Orosio (6) y San Epifanio (7).

Nunca, en todo el curso del Antiguo Testamento, se dejó ver con tanta claridad como en estos primeros siglos la condición indómita, feroz y desalmada de la casta judía. Bien confesaban los hebreos, rabinos y plebe que el tiempo del Mesías había amanecido y llegado á su plenitud; pero la quieta expectativa de su *Rey*, en mal hora estimado por ellos temporal, atizaba su espíritu sedicioso con tanto frenesí, que los arrojaba á locas empresas, las cuales al fin venían á morir á manos de la pública autoridad. A todos los pseudoprofetas cúpoles la misma deplorable suerte. Tanta turba de falsos profetas y viles impostores demuestra una cosa palpable, y es, que el verdadero Mesías había ya venido al mundo. Este parécenos uno de los hechos históricos más demostrativos del cumplimiento de las antiguas profecías.

3. Pero los judíos carnales estaban tan ciegos, que no podían entenderlas, como de ellos estaba profetizado. En el siglo tercero levantóse el rabino Juda el Santo, llamado por esto *Hakkadosch*, descendiente de David. *Si hay Mesías en el mundo, Hakkadosch lo es sin duda:* esto leemos en el Talmud (8). Entre las pruebas de su Mesiazgo colocaba el rabino el haber padecido por trece años dolor de muelas, porque era cosa averiguada según las profecías, que al Ungido del Señor le tocaba no pasar día sin ajes. Exhaló el alma el presunto Mesías muy á lo trivial en el año 230.

Dos siglos más adelante dejóse ver otro judío llamado *Moisés de Creta*, porque presumía ser el enviado del cielo para introducir los israelitas en la tierra de promisión. Por seguir sus pisadas desampararon los judíos sus mujeres y familia, hasta llegar al cabo de Eritrea, donde les mandó arrojarse al mar. Así lo hicieron puntual-

(1) TALMUD: Rabbi Akiba scripturam illam, *Orietur stella ex Jacob*, ita exponebat: *Orietur Barchozba ex Jacob*. Et cum videret ipsum Barchozbam, dicebat: *En hic es Rex Messias.—De Antichristo*, t. I, lib. I, cap. XIV.

(2) S. JUSTINO: Barchochebas defectionis judaeorum dux et princeps, solos christianos ad gravia supplicia nisi Christum abnegarent et maledictis incesserent, protrahere jussit. *Apolog.* II.

(3) EUSEBIO: Chochebas, Dux Judaicae factionis, nolentes sibi christianos adversus romanum militem ferre subsidium, omnimodis cruciatibus necat. *Chonic.*, n. 2.149, anno 134.

(4) *Hist. eccles.*, lib. IV, cap. VI.

(5) *In Dan.*, IX.—*De Scriptor Agrippa*.

(6) Lib. VII, cap XIII.

(7) *Haeres.*, XXVI.

(8) *Sanhed.*, fol. 98.—*Neddim*, fol. 50.

mente, yendo de cabeza al abismo, como lo cuentan los historiadores (1), por increíble que parezca.

A otros muchos judíos entróles la manía de fundar el reino temporal de Israel, ora con intento de sacudir el yugo del imperio romano, ora con afán de avasallar á los discípulos de Cristo Jesús. Entre ellos se hicieron lugar señalado el árabe Dunaan, el samaritano Juliano, el sirio Moisés, el persa Mihr, que en los siglos sexto, séptimo y octavo revolvieron ciudades y comarcas so pretexto de profetizar la era feliz prometida á los hijos de Israel (2).

De otro pseudoprofeta dejó circunstanciada mención Sulpicio Severo; español era y judío como del contexto se convence. Así habla el escritor en la vida de San Martín: *En el mismo tiempo vivía en las Españas un mancebo que, habiendo granjeado autoridad con muchas señales, llegó al extremo de profesarse Elías. Creyéronlo temerariamente muchísimos y entonces añadió que era el Mesías. En lo cual usó de tantas roncerías, que cierto obispo, llamado Rufo, engañado por él, adoróle por Dios. Esta fué la causa de ser arrojado, como ahora lo vemos, de su sede episcopal* (3). Añade el historiador: *También nos han contado muchos hermanos que al mismo tiempo hubo en Oriente hombres que se jactaban de ser Juan Bautista. De donde podemos conjeturar que, con esta cáfila de pseudoprofetas está ya viniendo el Anticristo que obra en ellos el misterio de iniquidad.*

Gregorio Turonense escribe de un rústico francés, que habiéndose alzado con el blasón de Profeta y aun de Cristo, juntó más de tres mil hombres, entre los cuales había muchos sacerdotes; para mejor traslumbrarlos, repartía á los pobres el oro, plata y ropa que le daban. Pronosticaba las cosas advenideras, sanaba muchas enfermedades, en premio de lo cual después mandaba que le adorasen, robando á los que no lo hacían, hasta que le mataron y se esparció la gente que le seguía. El mismo autor que esto refiere (4) dice haber él conocido y procurado convertir algunos de los que de este falso Mesías habían sido engañados; del cual no dice fuese judío, pero lo sería, sin duda, atento á que de Mesías se picaba; así como lo sería también aquel otro Eum, de quien habla Sigiberto en el año 1148, que embaucó muchas gentes con hechizos y embustes, pregonando que á título de Mesías venía á juzgar á los vivos y á los muertos: el Concilio de Reims le metió en pretina, como era razón.

4. Por algunos siglos apagóseles á los israelitas la comezón de profetizar. No turbaron la paz pública los imaginados Mesías hasta el siglo XII, en que revolvieron el mundo diez profetas de la mentira, llenando con sus embelecos muchas ciudades de Europa, Africa y Asia. Por no cansar el ánimo del lector con tan insulsas relacio-

---

(1) EISENMENGER, *Le judaïsme dévoilé*, t. II, pág. 654.—CORRODI, *Hist. du Chiliasme*, t. I, pág. 242.—BEER, *Hist. des sect. relig. des Juifs*, t. II, pág. 202.

(2) De ellos habla Chassay, en su libro *Jesus vainqueur de la mort*, 1854, pág. 528, etc.

(3) *Vita B. Martini*, cap. XXV.

(4) *Hist. francor.*, lib. X, cap. XXV.

nes, detengámonos en la historia de uno de los más principales, David Eldavid, ó David Elroi, ó David Almusser, que con esta diversidad de apodos es conocido.

El hebreo Benjamín de Tudela, gran peregrinador del mundo, amigo de recorrer las sinagogas esparcidas por el orbe, dejó escrita una memorable historia, que Arias Montano vertió é interpretó. Dice así: *Doce años hace ahora* (en 1149) *que un cierto David Elroi, de la ciudad de Ghamana, discípulo que fué de Levi Jacob en la metrópoli de Bagdad, doctísimo en la ley de Moisés, versado en los libros doctrinales, provisto de sabiduría extranjera, perito en la lengua y escritura ismaelítica, diestro en los libros de los magos y encantadores, concibió el pensamiento de levantarse contra el rey de Persia, y haciendo levas de los judíos que moraban en los montes Hafton, apoderarse de Jerusalén abriéndose camino con las armas por todas las naciones. A fin de salir con su intento, se valió de señales mentirosas con que persuadía á los judíos la justicia de su causa, y para dejársela más asentada afirmó que Dios le había enviado con el cargo de expugnar la ciudad de Jerusalén, y quitarles de los cuellos el yugo de los gentiles. Muchos judíos le dieron crédito y le intitularon su Mesías.*

El rumor de tamaña empresa indujo al rey de los Persas á conferenciar con él. Presentóse intrépido al llamamiento. Preguntado si era el Rey de los judíos, confesó de plano que sí. Mándale el rey Persa prender de contado y meterle en la cárcel, que era condenarle á cadena perpetua, según la costumbre del país. La cárcel está en la ciudad de Debastan, junto al río Gozen. Pero al cabo de tres días, cuando el rey tenía convocado consejo de príncipes y ministros, para tratar de la novedad intentada por los judíos; de súbito se les pone delante David Elroi, salido de la prisión sin conocimiento de nadie. Al verle el rey allí presente, atónito le preguntó: ¿quién te ha traído aquí y librado de la cárcel? El respondió: Mi sabiduría y mi industria: yo no te temo á ti ni á los tuyos. El rey á grandes voces dijo: prended al hombre. Entonces los príncipes y ministros respondieron que su voz la oían todos, pero ninguno veía su figura. La respuesta de los presentes acabó de dejar espantado al rey, á vista de la sabiduría de Elroi. El cual dijo al rey: Mira, yo hago mi camino, anda tú delante de mí. Al rey siguieron los magnates y ministros, y tras ellos iba David. Llegados á la orilla del río, extiende sobre las aguas el lienzo que llevaba, y saltando encima pasó á la otra parte. Entonces le vieron y divisaron todos, asombrados de aquel espectáculo, mas no le pudieron coger, por más que lo procuraron; de todos los pechos salió la general aclamación, que en todo el orbe de la tierra no había hechicero comparable con David.

Cargo de conciencia sería proseguir la relación. Dicen que por virtud del nombre inefable de Jehová hizo otras mil maravillas. El rey Persa aconsejó al caudillo de los judíos procurase enfrenar los conatos de David. El príncipe del Sanedrín le despachó cartas, amén de otras muchas que le llovieron de todas partes, aconsejándole desistiese de su empresa, porque todavía no era llegado el tiem-

po de la redención judaica; que si resistía á los consejos, se diese por arrojado de Israel. Excusada fué toda diligencia. Elroi estaba en sus trece y no quería cejar. Al fin un rey de Turquía mandó al suegro de Elroi diez mil duros para que le presentase la cabeza de su yerno. A la luz de los doblones el suegro se entró en casa del yerno una noche, le cosió á puñaladas en su propio lecho, con que terminó la tragedia, cuya relación circunstanciada trae el P. Malvenda en su *Anticristo* (1).

Alguna extrañeza causa que el P. Malvenda deje á obscuras el relato del rabino Benjamín, sin insinuar su opinión acerca del crédito que merecía. Conviene, pues, añadir algo más para que no parezca gastamos tinta en cosas insulsas é increíbles. Los *Viajes* del navarro Benjamín, traducidos por Arias Montano y publicados en 1575, serán por extremo asombrosos, pero la historia de David Elroi es un retazo novelesco escrito con malísima intención. No nos detenemos en ponderar los yerros de Geografía, los rasgos fabulosos, los absurdos ridículos, las señales patentes de conseja que contiene. En sola una circunstancia queremos parar la atención, en la multitud de sinagogas y sanedrines que el autor dice haber visitado en Persia en el siglo XII, lejos de Europa, dependientes de una Cabeza constituida en Bagdad. Esta es patarata vanísima, mentira histórica descabellada. Los judíos perdieron la cabeza cuando se les deshizo la república, sólo les quedaron pies para correr desperdigados de un reino á otro en busca de sombra que los amparase. El califa residente en Bagdad era la Cabeza de los ismaelitas, secta musulmana, muy distinta de la secta judía, si es que Arias Montano interpretó correctamente el texto de Benjamín, como se ha de pensar de un varón docto versado en lenguas semíticas.

Sea como fuere, al rabino navarro le convenía mostrar á los judíos europeos la lozanía y prosperidad que gozaba el judaísmo en Asia; por eso lo que ellos no habían de ir á buscar, lo puso él de su cabeza. Pero concentró la malicia más refinada en la Carta que los Próceres de los Sanedrines escribieron al presunto Mesías para apearle de su pretensión. *Queremos que sepas que el tiempo de nuestra redención no ha llegado todavía, ni se han visto aún nuestras señales* (2). Estas razones, que habían de desarmar la arrogancia del falso Mesías, las inventó Benjamín para desfogar su rabia contra el cristianismo, pensando tal vez enflaquecer la fe de algún cristiano; pero son razones de hombre refalsado y astutísimo, que ni las creía ni las hacía creíbles á los mismos judíos españoles. Respecto de pseudoprofetas y pseudocristos, aunque sea verdad que los ha de haber y han de redundar en gloria del verdadero Mesías Jesucristo Nuestro Señor, no se ha de creer de ligero á un relator cual-

---

(1) Lib. I, cap. XV.

(2) Scias, volumus, liberationis nostrae tempus nondum venisse, neque signa nostra fuisse adhuc spectata

quiera; pruebas son necesarias para hacer fidedigno el relato de los sucesos: la crítica histórica las conoce (1). Relaciones de rabinos, aunque copiadas por católicos, merecen pasar por el crisol antes de pregonarse por verídicas (2). El Dr. Sepp, en su concienzuda obra intitulada *Die jüdischen Christus oder die Pseudomessiasse*, 1846, narra de Elroi algunas de las dichas proezas; pero bien se le echa de ver que las estima legendarias, como la de juntar en Persia multitud de judíos para con ellos llevar de calle todas las naciones y hacerlos entrar victoriosos en la santa ciudad. Hazaña tan poética no la vió el mundo en aquella sazón, que lo era de las cruzadas.

5. No perdamos tiempo en los profetas de burlas que en el siglo XIII engañaron á los bobos. En Worms hallóse preñada la hija de un judío, que daba título de sobrenatural á su preñez, mas cuando los judíos aguardaban impacientes el parto y suspiraban por su Mesías libertador, vino á parir una niña. Tan sin pies ni cabeza andaban por este tiempo los judíos, que cuando los mongoles inundaron la Europa, los estimaron precursores del Mesías, porque los tenían por descendientes de una tribu hebrea. A fines del siglo XIII, el rabino Abrahán Abul-Afia, no solamente quiso pasar por Mesías, mas también concibió el disparate de convertir al RomanoPontífice.

Otro Abrahán hallamos en el siglo XIV, Mesías de representación, que con sentencias cabalísticas, denominadas por él vaticinios, llevó tras sí gran número de sicilianos. La ciudad de Colonia tuvo también su Abrahán, alemán de nación, profeta extravagante, que corrido de serlo, mudó de nombre y llamóse Natán. A mediados del siglo XV, cuando muchos cristianos temían temblorosos la venida del Anticristo, los judíos esperaban tan de veras á su Mesías, que pusieron en Mahomed II los ojos, pensando hallar en él su propio libertador. Ábrese el siglo XVI en Viena de Austria con las predicaciones del rabino Lemlein, que á título de profeta y de precursor del Mesías discurre por los pueblos de Alemania y de Italia, imponiendo un día de ayuno general y prometiendo el advenimiento del Mesías en aquel propio año de 1500; la penitencia que entonces los judíos hicieron hasta 1502 fué extremada, comparable con la de los ninivitas: todos no veían la hora de celebrar en Jerusalén la fiesta de Pascua. El desengaño inclinó á muchos á la religión cristiana.

Los profetas hebreos del siglo XVI no desdicen de los antecedentes. David Moses toma en España el renombre de Mesías en 1534, época que una tradición rabínica señalaba á la destrucción del cristianismo y á la libertad de Israel. Era David Moses hombre pe-

(1) FELLER, *Dictionn.*, art. *Benjamín.*

(2) GENEBRARDO (*Chronograph.*, lib. 4), DIEGO STELLA (*Comment. in XVII Luc.*), RIVADENEIRA (*Trat. de la Tribul.*, lib. II, cap. XV), FEIJÓO (*Teatro crítico*, trat. VIII, disc. V), CHASSAY (*Jésus vainqueur de la mort*, 1854, Appendice 2.°), EISEMNENGER (*Le judaïsme dévoilé*, t. II), BEER (*Hist. des sect. relig. des juifs*, t. II) y otros, relatan casos de profetillas y cristillos hebreos; á merced del crítico quede la verdad de los relatos.

queño de cuerpo, negro de rostro, tan vacío de carnes como de cascos. No tocaba tecla en cuanto hacía y decía. Pregonaba que venía del Oriente, nombrado general de los ejércitos de Jehová, para subyugar á sus enemigos; convidó al rey de Portugal Juan III á la gloriosa conquista; el rabino Salomón Malcu, secretario de la reina, volviendo á Cristo las espaldas, se le adhirió por entero. Este Malcu, subiéndose á mayores, anduvo las sinagogas de Francia é Italia, predicándose por el Mesías, enviando epístolas á los judíos de todas las naciones y llenando el mundo de escritos estrambóticos, dictados, decía, por un ángel. El afán de alistar gente le indujo á proponer el nuevo reinado del Mesías al Papa Clemente y al rey Francisco I. En Mantua, acompañado de David Moses, quiso visitar al emperador Carlos V. La conversación de aquellos locos dejó al emperador tan resabiado y requemado, que á Malcu le hizo prender y morir en el quemadero. David Moses acabó en España sus días.

No tendría fin el cuento de hechizos profetas si hubiéramos de resumir las historias de los que lograron algún nombre en los siglos XVI, XVII y XVIII. Su narración dista poco de la que ofrece una casa de orates. Vea, si gusta de ello, el curioso lector la obra citada del Dr. Sepp, que recogió con esmero todas las noticias deseables en esta materia.

6. Pasando á las consideraciones que nacen de los espectáculos ofrecidos por los pseudoprofetas hebreos, es digna de advertencia la parte humana, quiero decir, la astucia, audacia y destreza, que les granjeó alguna celebridad. *Darán señales* (dabunt signa) dijo el Salvador de los falsos profetas; bien San Pablo explica la condición llamándolos *prodigios mentirosos* (1). Los pseudoprofetas posteriores á Cristo y los que acompañen al Anticristo, usarán de igual habilidad con el intento de seducir á los escogidos. San Pablo vió ya levantado el velo de su propia profecía, cuando divisó con luz superior el estrago que con sus engañosas predicciones los pseudoprofetas habían de hacer en el campo de la Iglesia. Todos sus artificios reduce el Apóstol á mentiras y falsedades. Apellidarse un hombre Profeta, y perder los estribos á cada paso, con decir más despropósitos que palabras, es proceder instigado por el espíritu de error. Pregonarse Mesías, y hacer obras contrarias á las que debían calificar al Mesías, desafuero es y desenvoltura grande. No les fué necesaria á los pseudoprofetas la astucia del demonio para embelecar á los judíos, cuando su propio atrevimiento les bastó acompañado del odio capital contra el verdadero Cristo, si bien no dejó Satanás de soplar la llama en los pechos de los fatuos engañamundos.

Pero una cosa merece toda nuestra ponderación en esta parte. Los judíos con no dar fe á los vaticinios de un Elías, de un Isaías, de un Jeremías, de un Ezequiel, se entregaban atadas las manos á la indiscreción de los falsos profetas antiguos, porque al paso que

(1) In omni virtute et signis et prodigiis mendacibus. II Thessal., III, 7.

los veían conformes á los Profetas verdaderos en el remedar sus ademanes, la forma del profetizar, la invocación de Jehová, les notaban que prometían bienandanza, que lisonjeaban el orgullo nacional, que halagaban las pasiones populares, que sobredoraban y no inquietaban las pasiones de los príncipes y las costumbres de los vasallos. Los pseudoprofetas posteriores á Cristo, por igual razón alcanzaron el mismo efecto en la masa popular. ¿Quién de ellos se acordó de legitimar su embajada, pues embajadores se intitulaban en nombre de Jehová, con cartas de creencia, con argumentos de credibilidad? ¿Quién dió pruebas de ser Dios el que le enviaba á declararse por Mesías? ¿Quién se las demandó? ¿Quién las examinó? ¿Quién las tuvo por valederas? Nadie, nadie, nadie. Y con todo eso, tan ciegamente fueron obedecidos, tan apasionadamente fueron escuchados, tan furiosamente fueron protegidos, tan por entero ganaron la adhesión de los pueblos, que más evidenciaron los judíos haber abdicado la razón procediendo á lo bruto, que ser hijos de Abrahán, depositarios de las grandes promesas. En el cantarles los pseudoprofetas la buena ventura al son de sus indómitas pasiones, consistió la señal única, señal mentirosísima, de su celeste embajada. El espíritu de mentira fué el principal castigo, y sigue siéndolo y lo será hasta el fin de los tiempos, con que Dios azotó al judaísmo, por haber crucificado la eterna y suma Verdad. En el primer siglo de la era Cristiana se efectuó en los judíos un trastorno tan espantable, cual nunca se había visto en todo el mundo pagano. Los pseudoprofetas representaron las asquerosas espumas de la revuelta marejada.

7. Y no les queremos preguntar á los judíos cómo se les agotó la vena profetal, á ellos los depositarios del don profético; por qué sus pseudoprofetas ni tan siquiera tuvieron valor para dejarles á ellos una suma de vaticinios que les sirvieran de consuelo en su irremediable soledad; en qué razones estriba el silencio de sus falsos vates, cuando las voces de los divinos los alentaban y sostenían antiguamente en las luchas con los paganos; cómo no han inventado, ya que no las recibieron por inspiración celeste, un fárrago de predicciones, halagüeñas y consoladoras. Impertinencia es cargar con preguntas á los que no pueden responder sin confesar su propia humillación. Los judíos no pueden profetizar porque vive de ellos desterrado el espíritu de verdad. El espíritu de error los tiene condenados á suprimir el aliento, sin dejarlos resollar, respecto de lo por venir. El silencio del judaísmo viene á ser una profecía viva, la más elocuente de todas. El judío sentado como estatua, pegada al paladar la lengua, es el predicador más eficaz de la verdad cristiana. Si abre los labios, ¿qué va á decir? Si calla, el silencio es su fatal ejecutoria. Tal cual fué el antiguo pseudoprofeta judío, es ahora el moderno, rebelde á la palabra de Dios.



CAPÍTULO V.

Pseudoprofetas paganos.

ARTICULO PRIMERO.

1. Intento de los racionalistas en sublimar la profecías de los paganos.—De qué depende el don profético.—2. Los falsos profetas de Baal y Astarte derrotados por Elías.—3. Sosiant, *profeta* de la religión zoroástrica.—Advertencias sobre su espíritu profético, según consta del Avesta.—4. Sosiant no merece el título de profeta.—Absurdos que del Yest resultan.—5. Impúgnase la sentencia del historiador Duruy.—6. La India carece de Profetas.—7. Los vaticinios de los Puranas son modernos.—8. Profecía sobre el fin del mundo.—9. La predicción acerca de Jesucristo en la India es pura patraña.

1. Entramos en la selva enmarañada de charlatanes gentiles, que ó nunca acertaron con la verdad, ó la usurparon á sus legítimos poseedores, y con todo bebían los aires por manifestarla al mundo. Por patronos suyos se han declarado los modernos incrédulos. Agua se les hace la boca cuando piensan, pues lo andan pregonando, que los Profetas del Viejo Testamento y algunos también del Nuevo, deben sus más hermosas luces á la cultura é *inspiración* pagana. Hagamos pausa en este punto, que es de importancia para afianzar lo dicho en los dos libros antecedentes.

Ante todas cosas, indaguemos en las Sagradas Páginas las proezas de los pseudoprofetas gentiles, estribando en la firme convicción de que no por ser un hombre gentil, está destituido del espíritu de profecía, puesto que ni el culto idolátrico, ni la gravedad de costumbres, ni la diversidad de creencias hacen al pagano incapaz de la iluminación del espíritu divino, como vemos en Balaán, insigne Profeta de Dios (1). Por otras vías se ha de averiguar, no por la cali-

(1) S. Pedro Damiano: Quidam se et prophetiae spiritum habuisse testantur, et tamen repulsionis sententiam subeunt, patenter ostendunt quod in quibusdam neque propter pravitatem vitae Spiritus Sanctus excluditur, neque propter Spiritum Sanctum quo irreverenter abusi sunt, vita damnabilis excusatur. *Lib. grat.*, cap. X.

dad del sujeto, el don gratuito de profecía. Tampoco sirve para rastrearle el título de *Profeta* que en muchos casos da la Escritura á los vates del paganismo (1), porque como dicen los Santos (2) hace sinónimo la Escritura al profeta falso con el verdadero respecto de que ambos á dos predicen algo, mas no respecto del espíritu con que predicen. El distintivo del Profeta verdadero está en los tres momentos explicados más arriba (3), á saber, predicción, evento y enlace. El pseudoprofeta no puede predecir cosa alguna que sea verdaderamente secreta, y se efectúe al tenor de la predicción; fáltale la luz de Dios, puesto que ni basta la sola luz natural para descubrir la verdad por intuición sin antecedentes indicios.

En muchas Escrituras vemos se habla de magos, de adivinos, de agoreros, de pronosticadores; de ninguna consta que profiriesen predicciones proféticas, si no es cuando expresamente el Espíritu Santo los movía á profetizar. Lo que sí consta con claridad es la derrota y humillación de los pseudoprofetas gentiles cuando entraban en liza con un Profeta de Dios.

2. Las hazañas de los pseudoprofetas gentiles se pueden rastrear por las que se hicieron notorias en los de Acab y Jezabel. El rey de Israel Acab había casado con Jezabel, hija de un sacerdote pagano, ministro de los dioses Baal y Astarte (4): el casamiento de un príncipe débil y veleidoso con una princesa audaz y turbulenta había de ser manantial de grandes desdichas, como luego se hechó de ver, porque bien pronto la mala hembra arrastró al marido á todo género de impiedades é idolatrías. El dios Baal tenía atareados á su servicio á cuatrocientos cincuenta sacerdotes; en el servicio de Astarte se ocupaban cuatrocientos: á todos la Sagrada Escritura los llama profetas. Acab y Jezabel los pagaban á su costa y se valían de ellos para dar malos ratos á los adoradores del verdadero Dios, tan malos á veces, que si querían salvar las vidas, les era forzoso buscar abrigo en la lobreguez de las cavernas (5).

El Profeta Elías mantuvo con los pseudoprofetas paganos un público certamen de grandísima importancia, para demostrar quién era el verdadero Dios, Jehová ó Baal, y quiénes eran los verdaderos profetas, Elías ó los sacerdotes idólatras. El desafío tuvo por campo el monte Carmelo; Elías, Profeta de Dios, contra ochocientos cincuenta pseudoprofetas (6). Así como ninguno de ellos había podido estorbar las predicciones de Elías, ni hacer otras contrarias, ni descubrirlas falsas ó imperfectas, así quedaron todos públicamente calificados de impostores, de charlatanes, de adivinos falaces y engañosos (7). El rey pareció, vista la derrota de sus cuatrocien-

(1) Jerem. XXVIII.—Thren. II.—Tit. I.—Ezech. XIV.—III Reg. XVIII.
(2) S. Jerónimo, *In Ezech.*, lib. IV.—*In Os.*, lib. I.—S. Gregorio, *Mor.*, lib. XXVII.
(3) Lib. I, cap. VII, art. II.
(4) Josefo, *Antiquit.*, lib. VIII, cap. XIII.—*Contra Apion.*, lib. I, cap. XVIII.
(5) III Reg. XVIII, 4, 13, 19.
(6) Véase lib. II, cap. I, art. III, n. 5.
(7) III Reg. XVIII.

tos cincuenta profetas, dar muestra de alguna rectitud, consintiendo que á todos se aplicase, y fué la primera vez que se aplicó, la ley del Deuteronomio, que mandaba pena de muerte á los convencidos de falsos profetas (1). Los cuatrocientos cincuenta que dependían de Acab fueron degollados á instancias del Profeta Elías; los cuatrocientos que vivían á expensas de Jezabel hallaron amparo en la hiena feroz, de cuya rabia hubo de huir luego Elías, por no dejar en sus uñas la cabeza.

Los cuatrocientos pseudoprofetas que después se presentaron al rey Acab para lisonjear su ambiciosa pretensión en la guerra que traía con el rey de Siria, no fueron gentiles, sino hebreos asalariados para ejercitar la adivinación y pronosticar cosas halagüeñas al descreído monarca. Por el contrario, los Profetas del Señor no se cansaban de echarle en cara sus maldades y atropellos, de prevenirle los futuros castigos, de avisarle de los daños de su falsa política, de suministrarle, en fin, argumentos de la divina bondad para que se animase á poner enmienda á su injusto proceder. El tribunal de la historia condenará en todo tiempo al rey Acab por haber tenido en más el antojo de una mujer execrable y de lisonjeros adivinos, que los consejos caritativos é ilustrados de los Profetas.

3. En la religión zoroástrica es célebre el profeta Sosiant, que ha de cerrar el curso de las cosas mundanas, si no le ha cerrado ya. Esto decimos, porque el mundo, según la cuenta de los mazdeítas, ha de durar tres mil años en su estado de lucha entre el bien y el mal. En el primer millar vino Zoroastro á establecer la ley mazdea. Desde que Zoroastro se dejó ver en la tierra, han pasado ya dos mil y quinientos años, por lo menos, porque los que más reciente le hacen le colocan en el siglo VI antes de Cristo (2). Están ya los zoroástricos caminando al término de su postrer millar; el gran profeta ó ha venido ya, ó está viniendo haldas en cinta, porque la brevedad del tiempo no da lugar para más tardanzas. Pero ciertamente han venido y desaparecido otros dos profetas, descendientes como el tercero, de Zoroastro. Según el sistema religioso de los mazdeitas, cada uno de los tres millares ha de echar el sello con la venida de un profeta, vástago del fundador. A cada uno de los dos profetas de los dos siglos zoroástricos ya fenecidos, tocóle la incumbencia de restaurar la ley degenerada en el millar anterior. De manera que dentro de cuatro ó cinco siglos, hacia el año 2400, habrá llegado á su fin el tiempo de lucha; entonces vendrá el último profeta Sosiant á cumplir su ministerio, que consistirá en fundar en el mundo la perdurable felicidad.

Todo lo dicho hasta aquí es purísima poesía. El Avesta, que se

(1) Deut., XVIII, 20.

(2) Las últimas investigaciones del americano Williams Jackson dan al nacimiento de Zoroastro el año 660 (A. C.), y á su muerte el de 583. (*Le Muséon*, 1900, nouvelle serie, vol. I, p. 94.)

tiene por libro sacro de los mazdeos, no reza de los dos primeros profetas; sólo el Yest, de fecha reciente, agregado á los escritos más antiguos, cita dos personajes de quienes ni dice sean profetas ni hijos de Zoroastro, como lo pretende la fábula (1). Mucho menos se relatan de ellos predicciones ni cosa tal.

En cuanto á Sosiant, que significa *Libertador*, tendrá por madre una virgen, que bañándose en el mar le concebirá y luego le dará á luz, treinta años antes de acabarse el tercer millar. Sosiant pasará largos coloquios con el supremo Dios Ahura Mazda, como los tuvo Zoroastro. Recibirá de la divina Majestad mazdea el don de milagros y de profecías con que persuadir á los hombres la verdad de la religión zoroástrica. El sol se estará quedo sin bullir por treinta días; entre tanto los hombres acudirán al profeta. Al frente de sus atropados secuaces presentará batalla decisiva á los malos espíritus, que huirán despavoridos y quebrantados, y con ellos la maldad desaparecerá de la tierra. El caudillo Sosiant, auxiliado de los genios celestes, acabará con el espíritu de mentira y con su maldita casta. Luego dará nueva vida á los cuerpos de los justos, renovará el mundo y hará que florezca en él la inmortalidad, incorruptibilidad y bienandanza perdurable. El demonio Anromanius con los devas y hombres perversos será encerrado en la mazmorra del infierno por siempre jamás.

Tal es, en suma, lo que dice el Avesta en el Yest, que consta, lo repetimos, ser libro reciente (2). Los libros antiguos no hacen mención de semejantes grandezas. Sólo el Yazna llama á Sosiant triunfador y vencedor (3). El Yest que las pregona, aunque respecto de los primeros capitulos sea posterior al rey Artajerjes y más le cua-

(1) Yest., XIII, 98, 128.

(2) «Honramos el fravashi de la doncella pura, Vanufedri; honramos el fravashi de la doncella pura Eredatfedri, llamada por otro nombre Vispataurvairi, porque engendró á aquel que quebrantará todo el odio de los devas y de los hombres, para atajar todo el daño causado por la Jahi. Yest, XIII, 142.—Ahura-Mazda creó las criaturas llenas de bondad y hermosura, tales, que no es posible contarlas, abundantes de vida y resplandor, XIX, 10.—Para que restauren el mundo y le constituyan sin vejez, inmortal, incorruptible, sin infección, siempre vivo, siempre próspero, dueño del poder á su gusto; para que los muertos resuciten y venga la inmortalidad del ser vivo, que renueva el mundo á pedir de boca. 11.—Serán inmortales los mundos que han percibido las enseñanzas de la pureza. La Druje perecerá en el acto de alcanzar al justo para derribarle, y él será la ruina de su centuplicada casta. 12.—Honramos el resplandor regio de los Amesha-Spentas, brillantes, que son criaturas de Ormuz, los constituidores y purificadores, formadores y directores, protectores y libertadores. 18.—Ellos restauran el mundo y le hacen inmortal sin vejez, incorruptible sin infección, siempre vivo, siempre próspero, dueño del poder á su gusto, para que los muertos resuciten y venga la inmortalidad del ser vivo, que renueva el mundo á pedir de boca. 19.—Honramos la poderosa magnificencia real, que pertenece á Sosiant, vencedor supremo, y á sus compañeros, para que renueve el mundo y le haga exento de vejez y de muerte, exento de corrupción y putrefacción, siempre vivo, siempre próspero, gobernado á pedir de boca. Para que los muertos resuciten y venga la inmortalidad del ser vivo: él reconstituye la renovación del ser al talle de los deseos. 89, 90.—Serán inmortales los mundos que recibieron las enseñanzas de la santidad. La Druje perecerá en el acto de alcanzar al justo para derrocarle, y esto será para destrucción de su innumerable raza.» 91.—Traslado del Avesta, que Harlez ha traducido y dado á luz.

(3) Yazna, XXVI, LVIII.

dre el siglo III (A. C.); pero respecto de los últimos es mucho más moderno y aun entra en la Era Cristiana. Comoquiera que esto sea, los judíos prisioneros fueron conducidos á la Media en tiempo de Salmanasar; entonces se dió principio á las relaciones religiosas entre persas y hebreos; entonces, y no antes, nació el Zoroastrismo con su doctrina dualista y con sus alardes de restauración mundanal (1); entonces las doctrinas proféticas de Israel hicieron resonancia en el pecho de los magos persas; entonces se apuntó la empresa de Sosiant en los Gatas, y se desenvolvió algo más en el Yest. El Libertador hebreo se convirtió en Libertador mazdeo.

4. Singular circunstancia es el no haber los primeros magos, fundadores del Zoroastrismo, sabídose aprovechar de las profecías hebreas, remedando siquiera la forma poética y grandiosa de los libros profetales. Sólo en la Edad Media, después de Cristo, y de la conquista árabe vemos en el libro Bundehesh promesas y predicciones sobradamente insulsas: por ejemplo, que al fin de los primeros mil años los hombres comerán una vez cada tres días, después solamente se alimentarán de leche y de vegetales, y poco después de agua pura; que cuando parezca Sosiant le acompañarán quince hombres y quince mujeres; que los metales entrañados en la tierra se fundirán y saldrán á la superficie; y otras porradas á este tono, que pueden verse en Harlez (2), el cual prueba con buenas razones que la noticia de la resurrección final no es propiedad de los tiempos antiguos del Avesta, pues que en los Gatas no se descubre rastro de ella, sino que se introdujo en el mazdeísmo en época más moderna.

Pero otra inconsecuencia y falsedad muy significativa conviene aquí notar. La predicción sobredicha repugna á los principios de la religión mazdea. Ormuz y Ariman se muestran irreconciliables, y como lo son ellos, lo han de ser también sus hechuras. El bien y el mal se dicen eternos, y por eternos han de pasar los efectos naturales de entrambos. Siendo esto así en la doctrina de Zoroastro, ¿cómo Sosiant puede poner fin á la muerte, á los males físicos, á los desórdenes del mundo, sin componerse antes con Ariman, autor y proveedor de ellos, y sin que Ormuzd entre en pacto con su inmortal enemigo? En hora buena que los libros posteriores de los persas introduzcan el *tiempo indefinido* como origen de todos los seres; pero la religión zoroástrica nunca reconoció la unidad de principio, siempre mantuvo la dualidad, principio bueno y principio malo. ¿Con qué lógica dice el Yest que el buen principio vencerá al malo en lo postrero de los tiempos? Luego ó cayeron en flagrante contra-

(1) Harlez: Nous pouvons donc légitimement conclure que le terme extrême de l'origine du dualisme mazdéen est le VIII[e] siècle de l'ère ancienne, et que l'*Avesta* a été composé succesivement entre le VII ou le VIII et le second. *Avesta*, 1881, introd. pág. CCVI. Toutefois, il est possible qu'il y ait par ci par là quelques restes d'anciens mythes, d'anciennes légendes d'une date plus reculée et que d'autres morceaux aient été écrits plus tard encore et même aux premiers temps de l'ère moderne.

(2) *Avesta*, introd., pag. CXLV.

dicción los secuaces de Zoroastro cuando hicieron omnipotente la ley predicada por Sosiant, ó es pura superchería todo cuanto reza el Yest respecto del fin del mundo. Si no es superchería, de otro manantial ó derivo tomaron el agua, y no de la propia fuente. La doctrina zoroástrica, al contacto de las tradiciones semíticas, se purificaba y esclarecía con nuevos raudales de luz, á cuyos resplandores dirigían los ojos los zoroástricos sin reparar en las contradicciones é inconvenientes que se veían forzados á devorar.

Lo dicho basta para quitar á Sosiant el lauro de profeta con que le quieren coronar los racionalistas. De Zoroastro nada digamos: ni fué profeta ni pseudoprofeta. La imaginación oriental compuso un centón de fábulas y leyendas atestadas de grandezas encomiásticas, más reíbles que creíbles. Los Parsis hacen de Zoroastro un criado del Profeta Jeremías (1); razón suficiente para despojarle del don profético. En fin, todo cuanto los griegos acumularon sobre la cabeza de Zoroastro, no basta á sacarle de mediano compositor de almanaques.

5. Esta es la verdad de las cosas. Con todo eso, ahí está el historiador Duruy, que sin ser eranista ni haber estudiado los documentos zoroástricos, se hace juez del Apocalipsis, y le deriva de los papeles persianos. *Los Apocalipsis*, dice, *que los judíos habían aprendido á saborear entre los mazdeítas durante el cautiverio, llegaron á ser su principal forma literaria. En casos graves expresaban de esta suerte sus sentimientos, amores ó esperanzas. El Apocalipsis de San Juan es la más notable expresión y ha permanecido por modelo de esas obras simbólicas, en que el Vidente relata los secretos del abismo, descubre los acuerdos del Altísimo y anuncia á los poderosos de la tierra los castigos que los aguardan. Muchos le habían precedido, muchos le siguieron; era un género literario de origen persa que ofrecía buenos lances al poeta y al creyente* (2).

Intención tuvo Duruy en estas palabras de probar el origen pagano del Apocalipsis de San Juan. Si todas las consideraciones que hace el escritor en sus libros de Historia pesan lo que las antedichas, merece la censura de autor liviano y baladí. ¿Dónde ha visto Duruy los Apocalipsis de los mazdeos? ¿Dónde están las visiones sublimes y misteriosas, las imágenes terribles y grandiosas, las expresiones encendidas y llenas de afecto? En todo el Avesta ni rastro de ello se descubre. Al contrario, la enojosa repetición de versículos, la frialdad en la exposición, la escasez de imágenes, lo vulgar de los conceptos, la monotonía de los afectos, hacen la lectura del Avesta insufrible al hombre europeo. Más fuerza de imaginación, de pensamiento, de afecto encierra un solo capítulo del Apocalipsis que todo el Avesta junto. Un solo retazo hay en el Yest en que se describe el combate final de Sosiant con los genios de la maldad; pertenece al capítulo XIX, donde se remeda en cierto modo el

(1) Harlez, *Avesta*, Introd., p. XXV.

(2) *Hist. romaine*, t. IV.

género apocalíptico. Pero, ¿es anterior á la era cristiana? No lo probará, cierto, ningún eranista con evidencia.

Lo que sí se prueba evidentemente, es la forma semiapocalíptica que introdujeron los parsis, después de la conquista árabe, en varios libros, como en el Bahman Yest y en el Yamashnameh, escritos, á lo sumo, en el siglo XII de nuestra era. Así lo resuelve el primer pehlevista de nuestro siglo, E. West, de Munich, en el prólogo á la versión inglesa que de dichos libros ha publicado (1). Vergüenza da deshacer los pueriles despropósitos de Duruy (2); pero cuando exaltan los incrédulos con tanto afán las luces de Zoroastro, llamándole profeta y comparándole con Moisés, sépase que lo sacan de las fábulas escritas parte en la Edad Media, parte en tiempo más antiguo, pero con la Biblia delante y con intento de igualar al caudillo de los magos persas con el Legislador de Israel (3). El remedo principió antes de la era cristiana; después, en la Edad Media, llegó á su colmo la arrogante comparación. Los griegos, que en imaginativa y labia aventajaron á todas las naciones, pero no en el estudio serio y profundo de la Historia, engalanaron la vida de Zoroastro con cuentos de cosas increíbles; más torpes han sido los deistas y racionalistas en aceptar sin sospecha relatos que en el día de hoy queman y enbermejecen las mejillas de cualquier mediano crítico (4).

6. Bajemos á la India. Entre los preclaros renombres que le ha regalado la incredulidad moderna, figura el de *profética*, como si el profetismo fuera el sello peculiar de la religión védica y bramánica. Parémonos un rato á examinar las profecías de estas falsas religiones. De la védica no hay que hablar. Los vedistas fueron cantores, poetas, trovadores, al estilo de los griegos; mas ni blasonaron de profetas, ni dejaron escrita una sola predicción, ni hay en todos los Vedas cosa que huela á profecía. Himnos, leyendas, preces, fórmulas conjuratorias, ritos y ceremonias componen los libros sacros de la India védica, cuya substancia es una mescolanza de naturalismo y panteismo. Vinieron después los Bramanes á ingerir en el tronco de la religión védica nuevas ramas de conceptos fundados en el *ser absoluto;* las Leyes de Manú constituyen, no solamente el código legal, sino también la metafísica y teodicea panteística del bramanismo. En todo cuanto la religión bramánica nos dejó, no parece resabio de predicción ni aun mero dizque sobre co-

(1) HARLEZ, *Dictionn. apolog.*, p. 244.

(2) HARLEZ: Qu'on ne parle donc plus, si l'on veut être sérieux, d'apocalypses mazdéennes, ni surtout du goût que les Juifs prirent chez les Mazdéens pour ce genre de composition. Ou, si l'on persiste à le faire, qu'on supporte alors les qualifications que mérite cette manière d'agir. Ibid.

(3) HARLEZ, *Dictionn. apolog.*, art. *Zoroastre.*

(4) DUPUIS: De toutes les formes du culte rendu au Soleil, c'est avec celle des Perses que la secte du Christ semble avoir plus de ressemblance. C'est pourquoi nous nous attacherons à les développer et à en faire saisir les rapports avec la religion chrétienne qui semble être une branche de la religion de Zoroastre. *Origine de tous les cultes*, 1794, t. III, chap. II.—Poca diferencia va del volteriano Dupuis al incrédulo Duruy, distantes un siglo entre sí.

sas ocultas ó venideras que sea de importancia. Los vaticinios se contienen en los libros puránicos.

En los Puranas rebosan los presagios de carretilla acerca de un futuro Libertador ó restaurador del mundo. En el *Padma Purana* leemos este vaticinio. El gigante Bali pidió una vez al dios Visnu le enviase la muerte para volar al paraíso. El dios le respondió dándole largas y añadiendo: *No puedes por ahora venir á mi paraíso. Has de aguardar á que yo me encarne en la forma de jabalí, á fin de efectuar en el mundo una renovación total, y establecerla y consolidarla en basa firme y permanente. Tienes que aguardar un «Yuga» entero, que substituya á la edad presente. Entonces irás conmigo al paraíso.* Tal es la predicción visnuita. Más claramente la expresa el *Skanda-Purana*, diciendo: *Cuando hayan transcurrido 3.100 años del «Kali-Yuga», vendrá «Saaeca» y libertará el mundo de la miseria y de todo mal.*—Del Salvador *Saaeca* ó *Saliváhana* reza el *Agni Purana* en estos términos: *En la santa ciudad de Pratishtana se dejará ver Saliváhana, grande, poderoso, de corazón recto y justo, sus palabras expresarán la pura verdad, su imperio se extenderá á todo el mundo, en su derredor se juntarán los pueblos todos; él llevará las almas á la morada de la eterna felicidad.*

7. La primera, única y decisiva investigación, para entender la fuerza é índole de estos vaticinios, se reduce á inquirir la fecha de los Puranas en que se contienen. Regla general: no hay libro puránico que no sea moderno, posterior á la fundación del cristianismo (1); los más fueron escritos en la Edad Media, con especialidad se debe esto decir de los tres Puranas citados, como lo demuestra monseñor Laouenan (2). De esta consideración se saca la naturaleza de los vaticinios puránicos. Saaeca ó Saliváhana es un personaje cuya existencia real frisa con el fin del primer siglo de la era cristiana. La leyenda de Saliváhana es un remedo de los Evangelios y de los libros profetales, en particular de Isaías (3). Wilfort, indianista afamado, opina que los autores de dicha leyenda confundieron á Saliváhana con el apóstol Santo Tomás, ó con el mismo divino Redentor Jesucristo, cuya vida, milagros y profecías predicó el apóstol en la India. Sea como fuere, Saliváhana no hizo

(1) Harlez: La date des Pourânas est, de l'aveu de tous, la seconde moitié du moyen âge, c'est-à-dire le VIIIe siècle et les siècles suivants. Les Pourânas sont au nombre de dix huit, comprenant 800,000 vers, mais beaucoup de passages ne contiennent que des litanies, invocations et autres prières. *Dictionn. apolog.*, art. *Brahmanisme.*—Wilson: «Los Puranas parece acompañaron ó siguieron las innovaciones de los siglos VIII, IX, XII, como libros destinados á sostener las doctrinas de los novadores. En verdad, esto es señalarles una fecha muy reciente; mas yo no creo se les pueda adjudicar con razón otra más antigua.» *Prefacio de su traducción del Visnu Purana.*—Wilkins: «Aunque sea arduo determinar la edad de los Puranas, se cree que ninguno de ellos es anterior al siglo VIII de la era cristiana.» *Hindu Mytholog.*, p. 77.—Hunter fija la composición de los Puranas entre el siglo VIII y el siglo XVI de nuestra era. *Indian Empire*, p. 135.—Monier Williams señala al más antiguo Purana el siglo VI. *Hinduism*, p. 116.

(2) *Du Brahmanisme*, 1885, t. II, p. 122.

(3) Laouenan, *Du Brahmanisme*, t. I, p. 52.

profecía ninguna en su vida mortal; los puranistas vaticinaron de él sin autoridad y por sólo afán de poetizar, llenando su vida de maravillas y portentos absurdísimos.

8. Para formar algún concepto de lo que valen estas predicciones, basta hojear la cronología de los indios. Dividen el tiempo del linaje humano en períodos de doce mil años de Brama, en el supuesto que un año de Brama contiene 360 años vulgares. El período consta de cuatro *Yugas* (edades). Los tres primeros períodos pasaron ya, es decir, yacen sepultados en el archivo de la fantasía oriental. Sólo queda el cuarto período en actual duración. Llámase *Kali-Yuga*, edad negra, que corre por el espacio de 4.320.000 años, como va indicado. Este período histórico y real contaba 3101 años en el principio de la era cristiana, de suerte en el año 1900 llegó á la raya de 5.000. Pues el año 1900, que corresponde al 5.000 del *Kali-Yuga*, había de ser año fatalísimo, de universal ruina, término del actual orden de cosas, como lo creían, fundados en predicciones antiguas, los habitantes del Himalaya hasta el Cabo Comorín (1); tanto, que en expectativa de tan grave catástrofe estaban aquellas poblaciones aterradas, suplicando á los siete planetas la dilación del estallido, que al mundo amagaba. ¡Qué olas y avenidas de sustos y sobresaltos pasaron por aquellos marchitos pechos, hasta que dió fondo sin cuidado el año 1900!

9. Volviendo á las profecías de los libros puránicos, no debe quedar en silencio una de las más notables, en estos términos: *Al fin del Kali-Yuya nacerá un braman en la ciudad de Sambala. Será «Visnu-Jesu». Poseerá las divinas Escrituras y las ciencias todas, sin haber gastado en aprenderlas más tiempo que el necesario para articular una voz. Por esta razón será llamado «Sarva-Buda», el que todo lo sabe con perfección. En aquellos días, cosa imposible á ningún otro mortal, el braman «Visnu-Jesu», conversando con los de su casta purgará la tierra de pecadores, establecerá el reino de la justicia y piedad, ofrecerá el sacrificio del caballo y someterá el universo al poder de los bramanes.*

Pero en llegando al tiempo de la vejez, se retirará al desierto á hacer penitencia. El orden que pondrá en todos los hombres será éste: determinará la verdad y la justicia entre los bramanes, y reducirá las cuatro castas á los términos de sus respectivas leyes. Entonces renacerá la edad primera. Este rey supremo hará tan general á todas las naciones el sacrificio, que llegue á las más remotas soledades. Los bramanes asentados en la virtud, sólo tendrán cuenta con las ceremonias de la religión y los sacrificios; harán reflorecer la penitencia y las otras virtudes anejas á la verdad y derramarán por doquier el resplandor de las divinas Escrituras. Con la ordenada sucesión de las estaciones, las lluvias regarán á tiempo las tierras. La mies oportuna fomentará la abundancia, manará la leche á voluntad de los que la ordeñen, y la

(1) *La Civiltà Cattolica*, I maggio, 1897, quad. 1125, p. 287.

tierra colmada de dicha y felicidad, como en los tiempos antiguos, convidará todos los pueblos con delicias inefables.

Esta es la profecía, recogida y publicada por el P. Calmette, misionero de Pondichery, en carta del 28 de septiembre de 1730 (1). En ella parece anunciarse la venida del Salvador Cristo Jesús; anuncio, de que se ha aprovechado el racionalista é impío Jacolliot en su *Jezeus Christna* para echar en cara á los cristianos el origen indio de la Persona de Jesucristo. Lo más digno de reparo es la fecha anterior al nacimiento de Cristo, que descubre en el texto el P. Calmette, quien dice le sacó de un poema intitulado Barta-Chastra, traduciéndole palabra por palabra.

La primera respuesta es ser de todo punto espuria y apócrifa la pieza y versión publicada por el P. Calmette. El texto alegado se contiene en el Mahabárata, y se diferencia totalmente del original sanscrito. No viene á nuestro propósito trasladar aquí la exacta versión hecha por M. Fausche; véala quien guste de ello en Laouenan (2). En ella falta la dicción *Visnu-Jesu,* y falta porque el sanscrito no posee la voz *Jesu,* como ya se lo han recantado á Jacolliot los muchos pasantes que le han deletreado la lección por él ignorada. En vez de *Jesu* dice el texto *Jasas,* que significa *gloria*. El descuido del P. Calmette podría achacarse á buena fe, sorprendida por algún trujimán ratero, que presentaría un texto corrompido á la curiosidad del dormitante jesuíta.

Lo segundo, yerro suyo fué pensar que el papel *profético* fuese anterior á la era cristiana. El Mahabárata no fué traducido al *telinga* hasta después del siglo séptimo de la era cristiana; ¿cómo podía la versión de Calmette tomarse del texto *telinga?* Precisamente este pasaje del poema Mahabárata va junto con otro sobre el fin del mundo, que se menciona en los Puranas.

Finalmente, aun en el caso que el texto telinga no fuese apócrifo, y la versión del P. Calmette fuera aceptable, siempre resultaría ser el documento posterior á la introducción del cristianismo en la India, como bien dice monseñor Laouenan (3).

Estas observaciones han de abrir los ojos á los apologistas cristianos, para darles á entender cuán fácil cosa es, si no anda muy sobre sí la crítica, suministrar armas á los enemigos de la verdad, por prurito de extremarla inconsideradamente. De la falsedad del P. Calmette nació aquella otra del P. Bouchet, comunicada al obispo de Avranches, respecto de haber corrido entre los indios la esperanza del Mesías antes de la era cristiana. Esta noticia del apologista Huet, trasladada á su *Demostración evangélica*, ha viajado por todos los libros apologéticos con fama universal de verdad autorizada, con haber sido y ser la más estupenda paparrucha que se podía imaginar. La verdad, con rodrigones refalsados, en vez de sustentarse, quiebra y desmerece, con descrédito de sus defensores.

(1) *Cartas edificantes, Misiones de la Compañía de Jesús,* t. II.
(2) *Du Brahmanisme,* t. I, p. 49. (3) Ibid., pág. 51.

ARTÍCULO II.

1. Obscuridad suma en la historia de los *profetas* gentiles.—2. Pitágoras no hizo una sola profecía que conste por auténtica.—Abaris, su fábula. —3. Aristeas no fué profeta.—4. Epiménides, tenido por profeta, qué profecías hizo.—5. San Pablo cita un dicho suyo que no es profético.—6. Un vaticinio suyo alegado por Platón.—7. Hermótimo.—8. El rey Minos, Numa Pompilio, Sócrates, qué casta de profetas fueron.

1. Entre las tareas históricas apenas se hallará una, respecto de la antigüedad, tan ardua como la averiguación de los profetas paganos. En tantas nubes de dudas andan envueltos, que más valiera tratarlos con lengua muda ó dejarlos por verdaderos pseudoprofetas, si acaso alguno presumió predecir algún evento. Plinio enumera cinco, Apuscuru y Zaratas medos, Marmaridio babilonio, Hippoco árabe, Zarmoénidas asirio; magos fueron, dice, mas no queda de ellos rastro de monumento (1), sólo dura en los oídos el rumor de sus nombres. En qué consistiese la magia de estos varones, si fué natural ó adivinatoria, es asunto de opinioncitas. Un poco más abajo alega Plinio á *Ostanes*, nombre tan manoseado por los críticos, que apenas se hallarán dos que formen de él igual concepto. *Esparció por todas las comarcas, de paso, las semillas de su arte portentosa* (2). Tampoco nos entera Plinio de la suerte de conocimientos que el arte de Ostanes enseñaba, aunque nos certifique de los viajes hechos por Pitágoras, Empédocles, Demócrito y Platón, para saborear los frutos de la ciencia ostánica.

Más ayunos de noticias nos dejó Diógenes Laercio cuando señaló á Ostanes por mágico, y juntamente á Astraficos, Gobrias y Pazatas, sin añadir la más ligera nota en su *Proemio* á las Vidas de ilustres. Menos explícito es Tertuliano nombrando con Ostanes otros cinco, Tifón, Dárdano, Damigeron, Nectabis, Berenice; sólo de esta Berenice acrecienta Tertuliano, que tenía la gracia de prometer que evocaría de la morada infernal las almas de los difuntos (3). Arnobio, aunque no hable de Ostanes, cita otra caterva de magos: Armonio sobrino de Zoroastro, Pánfilo, Apolonio, Damígero, Dárdano, Velo, Juliano, Babulas, *y si resta otro que obtuviera principado y nombre en tales prestigios, según dicen* (4).

(1) Quotus enim quisque auditu saltem cognitos habet, qui soli cognominantur, Apuscurum et Zaratum Medos, Babyloniumque Marmaridium, et Arabem Hippocum, Asyrium vero Zarmoenidam, quorum nulla extant monumenta. Lib. X, cap. I.

(2) Plinio: Ac veluti semina artis portentosae sparsisse, obiter infecto quacumque commeaverat, mundo. Ib.

(3) Osthanes, et Typhon, et Dardanus, et Damigeron, et Nectabis, et Berenice; publicae jam litteraturae est, quae animas etiam justa aetate sopitas, etiam proba morte defunctas, etiam prompta humatione dispunctas evocaturam se ab inferûm incolatu pollicetur. *De anima*, cap. LVII.

(4) Et si quis est alius qui principatum et nomen fertur in talibus habuisse praestigiis. *Advers. gent.*, lib, I.

Estas noticias dejan á la imaginación y al pensamiento cuanto se quiera conjeturar acerca de predicciones sólo fundadas en inciertos dizques; pero, en verdad, ni los podremos calificar de profetas ni de pseudoprofetas, hasta que los críticos, después de quebrarse las cabezas en su estudio, convengan entre sí sobre las profecías que les corresponden. Los literatos de los siglos últimos, Escalígero, Herauldo, Pierio, Giraldo, Erasmo y otros, por falta de libros consultaban los de los autores griegos y latinos, de cuyos fárragos concluían tanta diversidad de pareceres sobre los magos antedichos, que no hay manera de concertarlos. A los modernos no les da la gana de sudar gotas de sangre por descifrar aquellos fabulosos y mitológicos apellidos; cosas de más peso histórico se interesan en sus lucubraciones.

2. Pasando, pues, á la gente helénica, el que más renombre cobró fué Pitágoras. Pero todas sus proezas se fundan en decires del pueblo. Grandes maravillas pregonaba de él el rumor de la fama; cuéntanlas Plutarco (1), Laercio (2), Apolonio (3); Orígenes las conmemora también (4); mas ninguno de estos autores da por segura su autenticidad. Una cosa es de todo punto evidente, el no haber hecho una sola profecía que conste de testimonio irrefragable. Pasando en cierta ocasión un río, oyóse una voz extraordinaria, que decía: *Salve Pitágoras*. Espantáronse sus compañeros al oir el extraño saludo (5). No se dice en su Vida otra cosa tocante á vaticinios, si ese en verdad lo fué.

Con más especial mención son celebradas las predicciones del hiperbóreo Abaris. Platón le llamó *encantador* (6). Apolonio, en sus *Historias maravillosas*, dice así: *Abaris septentrional fué también teólogo. Escribió oráculos para las comarcas por donde anduvo, que en el día de hoy se conservan. Predíjoles también terremotos, pestes y semejantes, y además cosas celestes* (7). Suidas sólo apunta que escribió oráculos, llamados *Escíticos* (8); pero añade que el tiempo en que vivió es asunto de controversia. Hipóstrato le pone en la tercera Olimpiada, Píndaro en la veintiuna. Otros muchos autores ocupan sus libros con la memoria de este personaje (9). Hay lugar á graves dudas sobre las predicciones relatadas por Apolonio, ajenísimo de los tiempos en que Abaris vivió. Más vale el dictamen de Heródoto, en ésta forma: *De la fábula de Abaris, que se tiene por hiperbóreo, nada*

(1) *In Numa.*

(2) *Vita*, lib. VIII.

(3) *Hist. mirab.*, cap. VI.

(4) *Contra Cels.*, lib. V.

(5) Apolonio: Et fluvium qui intra Samum et transiens, vocem humanâ majorem audivit: Salve Pythagora. Unde summus comitibus incidit pavor. *Hist. mirab.*, cap. VI.

(6) *In Charmide.*

(7) Abaris ex hyperboreis ipse quoque theologus fuit. Scripsit oracula regionibus quas peragravit, quae hodieque extant; praedixit iis quoque terraemotus, pestes et similia ac coelestia. *Hist. mirab.*, cap. IV.

(8) Abaris, *Lexic.*

(9) Diodoro, lib. II, 91.—Estrabón, lib. VII.—Pausanias, *Laconic.*—Eusebio. *Chronic.*, 1454, 1568.—S. Gregorio Nazianceno, *Orat.*, X.—Julio Firmico, *De errore profan. relig.*, cap. XVI.—Orígenes, *Contra Cels.*, lib. III.

digo (1). No dejando nadie seguras sus predicciones, temeridad sería contarle entre los profetas ó pseudoprofetas. Orígenes se burla de la deidad que protegía al corredor Abaris en sus viajes por todo el mundo.

3. Otra narración parecida insertó Heródoto en su historia. Es como sigue: *Corre entre griegos y bárbaros esta relación. Un tal Aristeas, versificador, hijo de Castrobio, dejóse decir que había llegado á los Isenodas por inspiración de Febo* (2). Como se ve, la especie es de tercera mano. Otras ingiere el historiador que le entraron por los oídos, y sólo son de segunda mano. Juntamente con la muerte, desaparición y reaparición de Aristeas, un relato de Heródoto contienen cierto remusgo de predicción suya en esta forma: *Los metapontinos dicen que Aristeas, cuando se les apareció, mandóles construir un altar á Apolo, y al lado una estatua con el nombre de Aristeas, porque decía que Apolo había aportado á su tierra para ellos solos entre todos los italiotas, yendo él en su seguimiento; y el que ahora era Aristeas, fué cuervo entonces cuando acompañaba al dios. Y dicho esto desapareció. Añaden los metapontinos que enviaron á Delfos á preguntar qué significaba el encargo de aquel hombre; y que la pitonisa les mandó obedecer, porque les iría mejor haciendo lo encargado. Así lo hicieron. Y ahora se ve la estatua con el nombre de Aristeas junto al ara de Apolo, levantada en la plaza, rodeada de laureles. Hasta aquí de Aristeas.*

No añade más Heródoto, ni se mete en si les fué bien ó mal á los devotos de Aristeas con la dedicación de su estatua. Estrabón añade: *Aristeas fué autor de los Poemas que se llaman Arimaspeos, hombre sin segundo por sus prestigios* (3). Plinio, empero, lo echa todo á fábula (4). Y se conoce que lo es, porque Apolonio refiere de muy diversa manera las hazañas de Aristeas y el motivo de la erección de la estatua (5), siendo así que la autoridad de Heródoto debiera prevalecer contra la suya. Así lo entendió Orígenes cuando Celso le acometía con el cuento de Aristeas para desvirtuar la resurrección y las apariciones de Cristo; respóndele Orígenes que la relación es inverosímil, y por lo que Heródoto narra incierta y mal segura (6). Haciendo, pues, el resumen de esta historia, no podemos aseguradamente afirmar, por ninguna vía autorizada, las predicciones de Aristeas ni las de la pitonisa délfica; fabuloso es el relato. Los historiadores griegos solían dar oídos á toda suerte de narraciones, codiciosos de trasladarlas á sus libros, sin sospechar engaño y palpando tinieblas, si bien hemos de hacer honra á la discreción de

(1) HERODOTO: De fabula Abaris, qui fertur esse hyperboreus, nihil dico, lib. IV, 36.
(2) *Hist.*, lib. IV, 13.
(3) Proconnesus fuit Aristeas, auctor Carminum quae Arimaspeae dicuntur, praestigiis nemini secundus, lib. XIII.
(4) Aristaei etiam animam visam volantem ex ore in Proconneso, corvi effigie magna quae sequitur fabulositate, lib. VII, cap. LII.
(5) *Histor. mirab.*, cap. II.
(6) *Contra Cels.*, libro III.

Plinio en el descubrir la maraña que Orígenes le echó en cara á Celso.

4. Uno de los más famosos vates helénicos fué Epiménides. No nos detengamos en el sueño de cuarenta, cincuenta, cincuenta y siete años que durmió, pues en el cómputo varían los autores (1); pero insistamos en sus profecías. Suidas dice que, al despertar Epiménides de su larguísimo sueño, pensando que se había echado á dormir el día antes, se halló con la piel llena de garabatos que parecían letras. La misma circunstancia notó Hesiquio (2), y Apolonio, para darle más gravedad, hace cargo de ella á Teopompo. Con todo, Plinio llamó *fábula* lo del sueño (3), como había llamado al vuelo de Aristeas. Pero á Platón le pareció bien realzar la grandeza de Epiménides, á título de pariente suyo, lo cual hace por estas palabras: *Acaso habrás oído decir que Epiménides fué varón divino. Perteneció á mi familia, y diez años antes de la guerra con los persas, avisado por la voz de Dios, llegó á vuestra comarca y ofreció sacrificios, mandados por el oráculo de Dios. A los atenienses, que temían el ejército de Persia, les predijo que en diez años no se les presentarían los persas* (4).

5. Suspendiendo por un rato la lectura de Platón, tomemos la Sagrada Escritura, que nos sabrosee el gusto de la purísima verdad, estragada por lo desabrido y enojoso de las patrañas helénicas. El Apóstol San Pablo, escribiendo á Tito, obispo de Creta, le sugiere consejos para gobernar á sus ovejas, en particular respecto de la lengua y sobriedad. Para dar mayor fuerza á su exhortación, trae á la memoria el dicho de un filósofo cretense por estas palabras: *Dijo uno de ellos, profeta suyo: los cretenses, siempre embusteros, malas bestias, vientres perezosos. Ese testimonio no deja de ser verdad. Por esta causa, incrépalos duramente, para que sigan la sana doctrina de la fe* (5).

La sentencia general de los expositores es que en *su profeta* alude San Pablo á Epiménides, que fué cretense, aunque muchos prefieren á Calímaco. Poco va en ello. La dificultad está en llamar el Apóstol *propio profeta de ellos* á Epiménides. La solución de San Jerónimo es ésta: cuando dice San Pablo *de ellos (ipsorum)* no se refiere á los judíos, de quienes poco antes decía *et maxime qui de circumcissione sunt*, sino á los cretenses ó moradores de Creta, que eran charlatanes y embrollones, doblados y vagabundos (6). El llamar *profeta*

---

(1) Plinio, lib. VII, cap. LII.—Plutarco, *An seni sit gerenda republica*.—Pausanias, *Atticor.*, lib. II, 13.—Suidas, *Lexic.*—Apolonio, *Hist. mir.*, cap. I.

(2) *Declar. virt.*

(3) Quam equidem fabulositatem et in in Gnosio Epimenide simili modo accipio. Lib. VII, cap. LII.

(4) *De legib.*, lib. I.

(5) Dixit quidam ex illis proprius ipsorum propheta: Cretenses semper mendaces, malae bestiae, ventres pigri. *Tit.*, I, 12.—Testimonium hoc verum est. Quam ob causam increpa illos dure, ut sani sint in fide, 13.

(6) Justiniani: Nisi forte quis dicat, quod non nemo suspicatur, judaeos illos in Creta natos fuisse, atque ob id vere Cretenses appellari. *Explanat in Tit.*, I, 12.

á Epiménides no es graduarle de *Profeta divino*, ni extenderle el diploma de verdadero vaticinador, sino sólo acomodarse al estilo de los griegos, que solían dar renombre de *profetas* á sus poetas, á quienes consideraban agitados, cuando escribían, de un cierto *divino furor;* aún podría decirse que el Apóstol le denomina *profeta* con ironía oportuna, significando que á tales cristianos como aquéllos les convenían *profetas* como Epiménides.

Al cabo, el dictamen de este vate no es predicción ni aserto de cosa oculta, sino dicho proverbial que andaba en boca de todos; si á Epiménides se le ofreció formularle con viva expresión, fué porque, como hombre serio, no sufría que sus paisanos se gloriasen de tener en la isla el sepulcro de Júpiter; gloria que redundaba en ignominia del dios Tonante, pues era como dejarle en cuadro, sin la flor de la inmortalidad. El dictamen de Epiménides se confirma por el de otros autores (1), hasta el punto de usurparse la voz *cretizar* (κρητίζειν) por *mentir;* los otros dictados con que el vate, al decir del Apóstol, adjetivó la ferocidad y glotonería de los cretenses les cuadran por igual modo.

Ese testimonio es verdadero, añade el Apóstol, no porque se contenga en el libro *De los oráculos*, si acaso le escribió Epiménides, como algunas piensan, ni tampoco porque confiera crédito á las fábulas de los poetas, sino precisamente porque asevera una verdad práctica y moral contenida en un corto verso, sin que por él deba argüirse la verdad de todo lo que Epiménides escribió. El haber San Pablo incluido en su Epístola la sentencia de este gentil, no fué ligereza sino cordura, porque siendo cosa manifiesta y proverbial la condición de los cretenses, la autoridad de un varón tan celebrado resultaría en más pronta enmienda de costumbres y en mayor crédito de la verdad cristiana, como lo arguyen San Crisóstomo y San Jerónimo comentando este lugar.

6. Tornando, pues, al de Platón, á quien dejamos con la pluma suspensa, á las referidas palabras añade luego: *y aun cuando volvieren, se retirarán sin haber llenado la medida de sus esperanzas más maltratados de lo que hubieren maltratado ellos á otros* (2). Tal era la predicción de Epiménides en concepto de Platón; predicción ambigua y anfibológica, porque no define si al cabo de diez años arremeterán los persas á los atenienses, pues declara que podrá ser y podrá no ser; lo cual si aconteciere, sólo añade el pronosticador que saldrán los persas con las manos en la cabeza lamentando los golpes recibidos de los atenienses. Eso no es vaticinar con certidumbre lo futuro, eso es presumir, cuando mucho, regalando con melosa lengua á los atenienses, la derrota de los contrarios. Y pues nadie sabe el año en que Epiménides la predijo, tampoco hay manera de ve-

(1) TERTULIANO, *De anima*, cap. XX.—OVIDIO, *Ars amandi*, lib. I.—ESTACIO, lib. *Thébaid*.—CLAUDIANO, *De vict. Stilic*.

(2) Sed et postquam venerit, insectare discessuros, pluraque perpessos mala quam fecerint.

rificarla, puesto caso que Platón dijese verdad en el puntualizar la predicción.

El dictamen de Tulio ofrece algún rayo de luz en esta materia. Asentados los dos modos de predecir, por arte y por divinación, resuelve el orador romano que Epiménides pertenece á la categoría de los que vaticinaron por excitación de ánimo puesto en estado furioso (1). Según esto, el *profeta* cretense entra en el número de los soñadores, de los adivinos, de los arrebatados de furor poético, no de ardor profético y celestial. A lo sumo podría Epiménides ser contado por *profeta* al estilo de las pitonisas, que si predecían cosas realmente ocultas, pitonizaban con entusiasmo por virtud del demonio, como luego se dirá. Mas para darle esa denominación, es fuerza probar la autenticidad de las predicciones; tarea de suma dificultad, por no decir imposibilidad.

7. Con mucha más claridad ponderan los historiadores griegos las predicciones de Hermótimo Clazomenio. Gozaba este hombre de una rara habilidad. Al mejor tiempo su alma, rotos los lazos corpóreos, andaba cómo devanadera dando vueltas por el mundo, y albergada otra vez en el cuerpo anunciaba cosas estupendas; porque no sólo las anunciaba á la vuelta de sus viajes, mas también antes de tornar al cuerpo, cuando este yacía exánime, predecía en muchos lugares terremotos, pestes, sequías, aguaceros, turbonadas y cosas tales. En el relatarlas ocupan muchas páginas los escritores griegos (2). Con todo eso, Plutarco no quiso admitir por verdad que el alma de Hermótimo saliera del cuerpo (3); más aún, Apolonio llamó fábula toda la narración (4). Quien pretenda hacer de Hermótimo un Profeta formal, habrá de romper impedimentos y vencer dificultades de monta, entre las que no será la menor el poner en salvo la doctrina de Platón sobre la unión del alma con el cuerpo, en cuyo crédito se inventó la fábula de Hermótimo y otras muchas que no son de este lugar.

8. Diverso rumbo siguen las historias de otros griegos, celebrados por sus comunicaciones con la divinidad. El rey Minos pasó nueve años conferenciando con el dios Júpiter en su propia caverna; de la asidua conversación sacó leyes y consejos con que gobernar á los hombres. Esta noticia se la debemos á varios autores griegos (5), tal como suena sin reticencias ni repugnancias. Dionisio halicarnaseo, uno de los más fieles historiadores de Grecia, poniendo

(1) Carent autem arte ii qui non ratione aut conjectura observatis ac notatis signis, sed concitatione quadam animi aut soluto liberoque motu futura praesentiunt, quod a somniantibus saepe contingit et nonnumquam vaticinantibus per furorem, ut Epimenides Cres, ut Sibylla Erithraea. *De divin.*, lib. I.

(2) PLINIO, lib. VII, cap. LII.—PLUTARCO, *De genio Socrat.*—APOLONIO, *Mirab. histor.*, cap. III.—LUCIANO, *Musc. encom.*

(3) Hoc quidem verum non est, non enim egressa est a corpore anima. *De gen. Socrat.*

(4) De Hermótimo Clazomenio hujusmodi fabula narratur. Ib., cap. III.

(5) PLATÓN, *In Minoe.* - PLUTARCO, *Cum princip. viris philosopho esse disputandum.*—VALERIO MÁXIMO, lib. I, cap. II.—ESTRABÓN, lib. X, lib. XVI.

el dedo en la llaga, se atrevió á proejar contra la vulgar creencia, cuando dijo que Minos fingió su trato con Júpiter en la cueva, y dió en asegurar, porque le venía á pelo, que del dios había recibido el código de sus leyes (1). Bien á las claras demuestra Dionisio la superchería de Minos, y también la sofistería de Platón y demás historiadores, que por hacer el papo á la vanidad helénica no titubearon en consagrar con la traza de un embuste el origen de sus leyes. Ningún coloquio tuvo Minos con Júpiter, ni le arrancó al Tonante una sola señal de aprobación.

De Numa Pompilio, rey de los romanos, tejieron grandes encomios los mismos historiadores (2). Mas Dionisio, atento á la fidelidad histórica, se decidió á repurgar la relación de las maravillas, muchas y pasmosas que á Numa se adjudicaban en loa de su gran saber. El fundamento de todo era el trato con la Ninfa Egeria, que le daba lecciones de sabiduría superior. Arranca de cuajo Dionisio el fundamento, tachándole de fabuloso (3). Con su declaración quita Dionisio al rey Numa el lauro de profeta, y le hace rey de farsa, embaucador y travieso. Pero San Agustín opinó que estuvo dedicado á juegos de hidromancia (4), por cuyo medio veía, ó el demonio le hacía ver, las figuras de los dioses que le enseñaban el arte de gobernar el reino.

Semejante á la Ninfa de Numa fué el Demonio de Sócrates. El testimonio de Platón no necesita comentario. Dice que el *daimonion* era una cierta voz que avisaba á Sócrates lo que debía evitar, mas nunca le inducía á cosa buena (5). Si eso es ser profeta, de ellos habrá de llenarse el mundo. Diógenes Laercio añadió: *el* daimonium *también le indicaba lo futuro; eso decía Sócrates* (6). Bien hace Diógenes en remitir las predicciones al testimonio del mismo Sócrates, hombre arrogante, taimado y gran sofista. De los Padres, unos le estiman ilusó, otros endiablado, otros pseudoprofeta (7). Basta á

(1) Minos Cretensis quidem simulabat sibi esse cum Jove congressum; quare montem Dictaeum frequentans, in sacrum antrum descendebat, et leges ibi conditas in urbem afferebat, quas se ab Jove accipere affirmabat. Lib. II.—MÁXIMO DE TIRO, *Dissert.*, XXII.—LACTANCIO, *Divin. instit.*, lib I, cap. XXII.

(2) VALERIO MÁXIMO, lib. I, cap. II.—PLINIO, lib. I.—FLORO, lib. II, cap. II.—PLUTARCO, *In Numa*.—HESIQUIO, *De viris illustrib.*, cap. II.—CICERÓN, *De legib.*, lib. I.

(3) Sed qui res omnes fabulosas ex historia tollunt, Numam hoc quae de Aegeria dicebat, finxisse dicunt, ut qui numen divinum metuerent, facilius animum ad se adverteret, et leges quas ipse esset laturus, libenter ut a diis latas acciperent. Lib. II.

(4) Nam et ipse Numa, ad quem nullus Dei propheta, nullus Sanctus angelus mittebatur, hydromantiam facere compulsus est, ut in qua videret imagines deorum, vel potius ludificationes daemonum, a quibus audiret quid in sacris constitueret, aut observare deberet. Quod genus divinationis idem Varro a persis dicit allatum, quo et ipsum Numa, et postea Pythagoram philosophum usum fuisse commemorat. *De civit. Dei.*, libro VII, cap. XXXV.

(5) PLATÓN: Adest mihi divina quaedam sorte daemonium quoddam a prima pueritia me secutum; hoc enim vox est quaedam, quae cum sit, semper ejus rei quam facturum sum dissuassionem innuit, provocat vero numquam. *In Theage.*

(6) Daemonium quoque futura sibi ante significare dicebat. Lib. II.

(7) CLEMENTE ALEJANDRINO, *Strom.*, I.— TERTULIANO, *Apol.*, cap. XXII. — *De Anima*, cap. I.—S. CIPRIANO, *De idolor. vanit.*—LACTANCIO, *Divin. instit.*, lib. I, cap. XV.—S. AGUSTÍN, *De civit. Dei*, lib. VIII, cap. XXVII.

nuestro propósito lo dicho (1); quien desee volver por la fama de sus profecías, póngalas en limpio y entraremos á discutirlas.

No fué profecía aquella predicción de Séneca, quien, contemplando esférico el mundo terrestre, afirmó que andando los tiempos se descubriría inmenso continente á la otra parte del Océano (2). Lo que Séneca dijo, lo leería en el *Timeo* de Platón. Si en vez de hablar á bulto, hubiera determinado el número de siglos que habían de transcurrir hasta el descubrimiento de América, más gloria de vaticinador habría merecido.

ARTICULO III.

1. La Grecia careció de profetas, con haber sido madre fecunda de poetas líricos y dramáticos.—2. Los oráculos se han de examinar cuanto á su autenticidad.—3. El estado de furor en que los vaticinadores proferían oráculos, los acusa de falsos profetas.—4. Cítanse algunos oráculos: en ninguno resplandece la obra de Dios. — 5. El silencio de los oráculos con la venida y propagación del Evangelio.—6. Las Sibilas no fueron verdaderas profetisas.—7. Dos predicciones contienen los Versos Sibilinos: la venida del rey eterno y el juicio final del mundo. — 8. Ambos á dos vaticinios no fueron inspirados á las Sibilas, sino á los Profetas hebreos.

1. Haciendo pausa con la consideración en la Grecia, campo de la cultura más espontánea y abundosa del humano ingenio que admiramos en la gentilidad, ciertamente vemos careció de Profetas, por más que le sobrasen poetas. ¿Cómo los había de tener, si los maestros en filosofía se atrevieron á enseñar que los más dispuestos para la divinación eran los bobos y mentecatos? De esta doctrina, que fué la de Platón y Aristóteles, va hecha mención en otra parte, de corrida; tratémosla aquí más de asiento.

Pareciales á estos autores muy conforme á razón que los simples fuesen adivinadores, pues lo son en su tanto los brutos, que respecto de los hombres vienen á ser como los simples cotejados con los prudentes. Naturaleza concedió á los animales un como instinto y sabiduría en lugar de la prudencia de que carecen, para prenunciar las venideras mudanzas de tiempo; justo será, argüían los filósofos, que á los imprudentes é idiotas se les haya concedido la divinación en suplemento de la prudencia que les falta. La imprudencia de este raciocinio debiera haber calificado de adivinos á los filósofos

---

(1) *El Milagro*, lib. III, cap. VIII, art. IV.
(2) Las palabras de Séneca son las siguientes:

Venient annis
Saecula series, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Thyphisque novos
Detegat orbes.

de mayor calibre que Grecia poseyó, si no cojease por ambos lados su silogística razón. Porque ni los brutos adivinan, ni los simples son parecidos á los brutos. Los brutos no adivinan: cuando los ratones desamparan una casa, pasándose á otra antes de arruinarse; cuando los puercos gruñen en víspera de un terremoto; cuando los delfines andan inquietos poco antes de asomar la tempestad; cuando el gallinero se espulga al acercarse del temporal; cuando las cornejas dan voces en tiempo de lluvia; cuando calla el mochuelo al ponerse el sol, como pronosticando serenidad; cuando, en fin, como dice el Profeta Jeremías, *el milano conoce en el aire su tiempo, y la tórtola y la golondrina y la cigüeña observan el tiempo de su venida* (1); no adivinan estos animales, quien adivina es el hombre; ellos sienten en sí la diversidad del tempero, la mudanza del aire, pero el hombre, enseñado por la experiencia, conjetura, vistas las acciones animales, que habrá mudanza de tiempo (2). Si los brutos enseñan así al hombre muchas cosas que él con su agudo ingenio no alcanza, en contracambio no hay hombre, por simple que sea, que no pueda enseñar á todos los animales juntos infinitas cosas, que si llegasen á saberlas parecerían seres privilegiados. Con esto quedan Platón y Aristóteles convencidos de malos lógicos, cuando de las bestias quisieron concluir la adivinación de los hombres rudos y groseros.

Otros filósofos concedieron el don de adivinar á los dementes, y se le concedieron con más larga mano que á los simples, pareciéndoles que la melancolía tiene la virtud de prenunciar cosas por venir. Lo que hay aquí es que los melancólicos y dementes suelen ser locuaces, parleros y de juicio arrebatado; no es maravilla que, instigados por una parte con las continuas imaginaciones, y por otra ajenos de cobardía y disimulo, entre tantos golpes dados en la herradura acierten una vez á dar en el clavo. El decir los locos á veces cosas ocultas ó venideras, ni se ha de atribuir á la índole del negro humor, ni á inspiración de Dios, á cuya santidad no sienta bien tomar por órganos de sus palabras á hombres sin juicio y ajenos de discreción (3). Esto hemos querido dejar aquí declarado contra el discurso de los filósofos griegos, para probar que carecían de profetas, aunque presumiesen tenerlos.

Tampoco poseyeron el don de profecía sus poetas, si alguna vez anduvieron golosos por lograrle. Los dramáticos, líricos y épicos no vaticinaron. Sus composiciones se dedicaban á expresar conceptos morales conforme los dictaba la vida helénica, no profundidades sombrías de lo por venir. Teognis, puestas las manos en la lira de metal, envía á Júpiter dolorosos gemidos, porque no entiende cómo el justo pasa trabajo y el injusto goza de prosperidad. La misma

(1) Milvus in coelo cognovit tempus suum; turtur et hirundo et ciconia custodierunt tempus adventus sui. Jer. VIII, 7.

(2) NIEREMBERG, *Oculta filosofía*, lib. I, cap. LXIX.

(3) FERNÁNDEZ, *Demonstrac. catól.*, lib. III, disc. I, § 3.

solfa cantan otros poetas. ¿Cuándo en los Profetas divinos cupo semejante ignorancia? El vate que más alto vuelo tomó en la esfera moral es Píndaro. Los juegos olímpicos estimularon el ardor de su musa; allí fué el batidero de sus alas más vivo. Pero, ¿qué acentos exhala su lira?; triviales y comunes á todo hombre que usa de razón. Un mismo fin aguarda á todos sin diferencia, — el Hades á todos alcanza, —la gloria humana constituye lo sumo de la felicidad, —Dios no es comedor ni bebedor, —Dios, que todo lo ve, no se deja engañar del hombre,—Júpiter sabe castigar y perdonar (1).

Tales son los vuelos de Píndaro, no por cierto de águila real; vuelos de jilguerillo atolondrado, que tras rastrera corrida por el aire, vuelve al nido sin osar tender las alas por la región superior. Píndaro canta la inmortalidad del alma (2), mantiene la enseñanza de la justicia (3), recomienda el perdón de las injurias, la templanza, la rectitud, en una palabra, encamina los pasos por el camino de la sana moral. Pero al levantarse de la esfera terrestre, en salvando los términos de la vida humana, cuando busca la sanción de las acciones morales, se le cubren de nubes los ojos, sus plumas apenas se levantan del suelo, se está graznando y aleando un rato, tropieza, cae, y como no tiene gomecillo que le guíe, allí se queda con su revolear ratero en la necesidad de acudir á la metempsicosis pitagórica, que es la más grosera de las necedades filosóficas (4). De un vate tan desdichado, ¿qué profecías se pueden esperar? Quien apenas acierta con lo presente, ¿qué dirá de lo por venir? Muy ciego había de estar Bunsen cuando escribía su *Dios en la historia*, y ponía entre los Profetas á Solón y á Píndaro (5), confundiendo miserablemente al poeta con el profeta. Los poetas griegos carecían de la inspiración divina tan del todo, que apenas lograron levantarse á la noción del único verdadero Dios.

Por el mismo rasero han de pasar los dramáticos; nunca salieron de los aledaños de la moralidad más vulgar. La tragedia griega es el drama de las luchas morales. El infortunio persigue á los héroes, á los reyes y grandes de la tierra. ¿Dónde está un Isaías que prometa á la familia de Agamennón un consuelo en la adversidad? Esquilo no la promete. ¿Qué Jeremías hubiera tolerado en boca de Edipo aquella seca despedida sin ofrecer á los pedazos de su corazón el bálsamo del santo consuelo en su orfandad? Sófocles la tolera y no le ofrece. ¿Qué Daniel habría consentido arrebatos de cólera contra Dios al encadenado Prometeo? Esquilo se los consiente. Cuando el orgulloso Titán provoca á Júpiter con sus desvergonzadas blasfemias, por hacer mofa de las trazas del Olimpo, menester es confesar

---

(1) *Nem.*, XI, 13.— *Nem.*, VI, 11. — *Olymp.*, XV, 86. — *Olymp.*, I, 36. — *Pyth.*, III, 27.— *Isthm.*, III, 2.

(2) *Pyth.*, VIII, 134. (3) *Isthm.*, XII, 49. (4) *Isthm.*, VII, 76.

(5) Le premier de ces prophètes, c'est le poète lyrique qui descend dans son propre cœur, et sous la forme de la chanson ou de l'ode exhale les impressions que lui inspire l'observation du monde et de lui-même. Ici se dressent devant nous les belles figures de Solon et de Pindare. 1868, p. 274.

que la profecía andaba tan desterrada del ánimo de los griegos, que les había de parecer cosa de burlas y de todo punto imposible. No hay rastro de verdadero Dios en el fondo del drama griego. ¿Qué Profetas habían de ser los poetas? ¿Podían éstos calzarles las sandalias á los cantores divinos Ezequiel, Zacarías, Daniel, casi contemporáneos suyos?

2. Tras los poetas vienen los oráculos y las Sibilas, de que convendrá decir por separado. De los oráculos va dicho en el capítulo tercero la condición especial; falta ver qué forma y eficacia tenía. Porfirio, adversario mortal de la religión cristiana, escribió un libro *De oraculis*, que por la sola calidad del autor debería bastar para hacer sospechoso el contenido entero. Con todo, Eusebio copió de Porfirio los tres oráculos siguientes:—*Temblad, trípodes, Apolo os abandona, arrojado por una luz celestial.—La sacerdotisa tiene un nudo en la garganta, condenada está al silencio muy de atrás.—Desdichado sacerdote, no me preguntes por el Padre divino, ni por su Hijo único, ni por el Espíritu alma de todas las cosas, ese Espíritu me arroja por siempre de estos lugares.*—Que estos oráculos estuviesen escritos en los papeles de Porfirio, se sabe de Eusebio que de ellos los sacó, pues lo declara sin rodeos. Lo que importaría averiguar, y creo que jamás se podrá, es de dónde los tomó Porfirio, y con qué intención los publicó. Al filosofo sobrábale malicia, no digo para tergiversar, sino aun para inventar sentencias de Apolo.

Otros autores han dado á la publicidad oráculos. Suidas, Nicéforo y Cedreno, citan este dicho por la pitonisa de Delfos. *El Niño hebreo, á quien todos los dioses obedecen, me expele de aquí y me manda á los infiernos.* Suidas asegura que debía á la pluma de Eusebio este oráculo. Hasta la hora presente, no ha parecido papel de Eusebio que le contenga; pero cuando fuera verdad que Eusebio le escribió, tampoco bastaría su autoridad para darle crédito, especialmente que Suidas, Nicéforo y Cedreno allegaron todo arreo cuanto hallaban escrito, historias y cuentos, apañando y enfardelando papeles, sin poner diligencia en dejar acrisolada la verdad. Suidas trae la respuesta de Serapis á un rey de Egipto, que preguntaba al dios si había en el mundo hombre tan poderoso como él. Respuesta del oráculo: *Primeramente, Dios; luego, la Palabra y el Espíritu; estos tres hacen uno, y su poder es infinito.* Para aceptar la realidad del oráculo, sería menester que el rey citado por Suidas fuese posterior á la introducción del culto de Serapis en Egipto; mas no parece que lo fuera. Al estilo de Suidas, Cedreno acumuló en sus libros relaciones apócrifas, como la de la dedicación hecha por Augusto de un altar en el Capitolio *al único Hijo de Dios*. Por manera, que antes de examinar una predicción proferida por los oráculos, es preciso probar su autenticidad, por no aceptarla á cierra ojos.

3. Pero, dado que los haya auténticos, será necesario examinar con especialidad su forma y contenido. La forma, por lo común, era diferente de la profética. Platón, en su *Fedro*, da por cosa corrien-

te que los adivinos se ponían furiosos y fuera de sí en el acto de vaticinar, de suerte que, en estado de reposo y cordura, ó presagiaban turbio, ó poco ó nada. De aquí vinieron los platónicos y neoplatónicos, y todos los que filosofaron sobre el presagio, á concluir, como varias veces hemos apuntado, que vaticinar el hombre y encalabrinarse perdiendo los estribos de la razón, era una sola y misma cosa. Por esto San Crisóstomo, comparando los profetas con los adivinos, dice: *Propiedad del vate es el tener su mente agitada y necesariamente compelida y arrastrada como por furias; el profeta, empero, no es así, sobria, modesta y firmemente lo que habla, todo lo conoce cual conviene* (1). Aquí confirma su sentencia con la de Platón, antes apuntada. Después, trasladando otro lugar del Timeo, le interpreta así: *Los falsos profetas, como lo fueron los agoreros y vates de los gentiles, son agitados por malos espíritus y parecen furiosos y desatinados* (2). Más en particular señaló el Santo Doctor la condición del vaticinio platónico: *Al adivino*, dice, *toca sólo el preconocer las señales de las cosas futuras, ora amenace muerte, ora enfermedad; pero lo que á cada uno toque padecer ó no padecer de estas cosas, ¿por qué lo ha de juzgar mejor un adivino que otro hombre cualquiera* (3)? Lo dicho induce á concluir que los adivinos ignoraban lo que predecían, y que, cuando predecían verdad, no eran ellos los que la divisaban en su entendimiento, sino otro que se le encalabriaba primero para ingerir una verdad que los disponía á creer cien mil mentiras.

De esta doctrina estuvieron completamente enterados los Santos Doctores (4), pues por ella calificaban la condición de los oráculos. Ciertamente, los adivinos podían haber percibido la inteligencia de sus predicciones, profiriéndolas con ánimo sereno; ninguna repugnancia habría en ello, si al autor de los oráculos no le hubiese convenido más la agitación y furor, con que les dejaba mejor asentada la intervención diabólica, estimada por ellos divina. Con esto podemos dar por absuelta la cuestión de los oráculos. En el presupuesto que fueran genuinos y vaticinasen cosas por venir, no fueron fruto de espíritu profético, porque el espíritu de Dios no despoja al Profeta de su discurso racional, antes le aguza más la razón y la robustece con increíble firmeza en la verdad revelada.

4. Descendiendo á la expresión de los mismos oráculos, queremos tomarlos tales como los autores los ofrecen. No intentamos meternos en los antros misteriosos de Dodona, Serapis, Delfos, ni examinar los vericuetos ocultos, las cautelas de agujeros, prevenciones, brebajes, ni los ardides de las pitonisas, sacerdotes y agentes en explotar la credulidad del vulgo. Todo lo dejamos al estudio de

---

(1) *In I Cor.*, cap. XII, *Homil. XXIX.* (2) *In Matth.* XII, *homil. XLIV.*

(3) Ad vatem spectat solum futurorum portenta signaque praenoscere, sive mors cuique immineat, sive morbus; quid autem ex his cuique aut pati aut non pati praestet, cur vates potius quam quivis alius judicarit? *De fortitudine.*

(4) SAN AGUSTÍN, *De Genes. ad litt.*, lib. XII, cap. XI, XII.—*De spiritu et littera*, capítulo XXIII.—SANTO TOMÁS, I p. quaest. CIX, a I.—*Contra gent.*, lib. III, cap. CLIV.

los críticos. Pero nuestra firme convicción es, no haber un solo oráculo en toda la gentilidad que lleve indicios de verdadera profecía. Arde Alejandro con violenta fiebre; los cortesanos mandan preguntar á Serapis si convenía transportar el monarca al templo; responde el oráculo: *Quédese ahí*. La sentencia tiene dos sentidos, á saber, si Alejandro sana de su enfermedad, bien le está quedarse en casa; si muere, bien le está quedarse y excusar idas y venidas. El oráculo ni afirma ni niega, ni promete ni deja de prometer.—Trajano consulta el oráculo de Heliópolis, sobre la suerte de la guerra con los Partos. La respuesta fué enviar al emperador un sarmiento de oro hecho pedazos. Los trozos de sarmiento significaban, ó que Trajano quebrantaría la pujanza de los Partos, ó que los Partos harían añicos la de Trajano; en suma, nada.—Creso, con ánimo de experimentar la veracidad de los oráculos, manda embajadores Delfos, á Trofonio, á Júpiter Amon, á todos los lugares oracularios; á todos propone esta pregunta: *¿Qué hace Creso en la actualidad?* Heródoto narra el hecho. La respuesta fué: *Cobre arriba, cobre abajo; yo percibo el olor de una tortuga guisada en cobre con carne de oveja.* Era la verdad. Creso aquel día había mandado aderezar una tortuga en un perol de cobre con lonjas de carnero. Pasmado el monarca envió á Delfos un regalo de ciento diezisiete rieles de oro con otros donativos preciosos. El oráculo de Delfos se había lucido; ignoramos las respuestas de los otros. Cautivado Creso por la oportunidad de la respuesta, mándale otra embajada, cuál sería el remate de la guerra con los griegos. El oráculo: *Creso, si pasa el Halis, acabará con un grande imperio.* ¿Con qué imperio, con el de los Persas, ó con el de los griegos?, no lo define el dios délfico. Otra embajada: pregunta si su dinastía durará largo tiempo. Repuesta: *Hasta que el macho persa ocupe el trono medo.* El macho era Creso, que tenía una pierna persana de parte de padre, y otra meda de parte de madre. Machada bien oportuna.

Al rey de Macedonia Filipo avisó el oráculo de Delfos, *se guardase de la carroza*. Para mayor cautela, excusaba el acercarse al lugar que en Beocia se llama *Carroza*, ¡cuánto más ser en ella paseado! Valerio Máximo (1) y Eliano lo cuentan así (2). Cicerón se ríe de la bernardina (3). El rey murió al filo de la espada; quién dice que la llevaba pintada en el coche, quién que se la clavaron en un sitio llamado *Carro*. Así son los oráculos de la gentilidad. Podríamos gastar muchas resmas de papel en analizarlos; en todos hallaríamos, cuando no anfibología y ridiculez, gran falta de penetración, ninguna lumbre profética. Un solo oráculo de Isaías, en dos renglones, contiene más alteza y profundidad, más amplitud y verdad, que todos los oráculos del paganismo juntos.

5. Presupuesta la mención hecha en el capítulo tercero, dos períodos abraza la historia de los oráculos. El primero ocupa el tiem-

(1) Lib. I, cap. VIII. (2) Lib. III, cap. XLV. (3) *De Tato.*

po transcurrido desde la erección de cada uno de ellos hasta la fundación del cristianismo; el segundo corre desde que Cristo nació hasta que ellos totalmente cesaron. En estos dos períodos el demonio campea con diversidad de efectos. En el primer período los vaticinios, examinados con rigor crítico-histórico, son de poca importancia, dudosos, de más apariencia que verdad. El demonio, que con vara de hierro ejercía jurisdicción en la gentilidad, no necesitaba alarde asombroso de poderío para hacerse respetar y temer, de suyo se iban los hombres á reverenciarle teniéndole por deidad benéfica; si de cuando en cuando dábales alguna luz sobre lo por venir de cosas puestas en su mano, no era menester extremar su habilidad divinatoria para tenerlos rendidos. De manifestarse con más claridad podía resultar menoscabado su poder, porque la superstición hacía gran cogida de crímenes y de escándalos con las solas manifestaciones vulgares oportunamente trazadas.

Mas al sonar la hora prefijada en los designios de Dios, cuando el Mesías se dejó ver entre los hombres, á quienes su entrada en el mundo pareció solemnizada con himnos proféticos, con singulares predicciones, con vaticinios extraordinarios, cuando abriendo Cristo los labios mostróse verdaderísimo Profeta, enterado y sabedor de todos los secretos; entonces llegó el punto crudo de la lucha suprema con el antiguo poseedor, entonces levantó el demonio la voz á cielo descubierto, entonces empeñado en mantener su jurisdicción trató de ganar á gritos lo que no podía con razones. Los oráculos se muitiplicaron en el primero y segundo siglo, con tanta prodigalidad, que el que parecía mosca muerta, Beelzebub dios de las moscas, no tuvo adoratorios bastantes donde clamorear, prometer y predecir. Pero le aconteció lo que suele al que fía de sus labios la razón, y es hallar labios más poderosos que asistidos de ella le metan el resuello en las entrañas. Los oráculos perdían el aviso y discreción en presencia de un cristiano; los oráculos, constreñidos por un simple fiel, sentíanse forzados á declarar su condición, su autor, su malicia, su derrota. Estos lances fueron tan públicos, que los gentiles en ningún tiempo los desmintieron. Los desafíos ocurridos entre los oráculos gentílicos y las sentencias de los cristianos, dieron á éstos la decisiva victoria, tanto, que á fines del siglo cuarto apenas quedaba oráculo en el paganismo, porque á todos se les había trabucado el seso, todos se habían tornado estultos, sin hablar se estaban todos como postes, ni uno solo resollaba. ¿Quién les quitó la voz, sino la virtud del Evangelio?

Los Santos Padres, contestes, afirman que en su tiempo los vaticinios paganos se habían desvanecido. San Atanasio decía: *Antes, todas las tierras estaban henchidas de falsos vaticinios. Delfos, Dodona, Beocia, Licia, Egipto, Cabiria, Pitia, eran celebradas por semejantes maravillas, admiradas y veneradas por los mortales. Pero ahora, cuando la predicación de Cristo se dió á conocer al mundo, enmudecieron todos, sin quedar en ellos un solo vate, una sola vaticinación*

de gente furiosa (1). Tertuliano (2), Eusebio (3), San Gregorio Nacianzeno (4), San Cirilo Alejandrino (5), Teodoreto (6), confirmando la misma fama, dan del silencio la misma concluyente razón.

6. Acerca de las Sibilas y de los versos que corren en su nombre, no tendría fin el discurso si hubiésemos de tratar la materia con toda la posible amplitud. A nuestro propósito hace tan solamente demostrar este aserto: las Sibilas no fueron profetisas en realidad de verdad.

La tesis nos la dan demostrada los autores paganos cuando pintan las Sibilas arrebatadas de furor. *Muchos*, dice Aristóteles, *por tener aquel calor vecino al asiento de la mente, contraen enfermedades de locura, ó se calientan con instinto linfático, de que resultan las Sibilas y las Bacantes, y todos los que son creídos obrar por inspiración divina* (7).—Cicerón lo declara expresamente: *Respetamos los versos de la Sibila, que ella profirió estando furiosa, como dicen* (8). Esta advertencia debería bastar para excluir del coro de los Profetas á las Sibilas, si fuese verdad el *se dice* de Cicerón, el *se cree* de Aristóteles; esto es, si en hecho de verdad las Sibilas hubiesen pronunciado sus versos furiosa y arrebatadamente. Con esto podíamos dar por terminada la cuestión, porque el Profeta de Dios no entiende de arrebatamientos ni de pasmarotadas furiosas.

Pero ya que es indudable la resonancia de los versos sibilinos, anunciadores de cosas venideras, prosigamos con esta pregunta: ¿Ha habido en el mundo Sibilas? Aquí saldrían, sin duda, á resolver afirmativamente Platón, Aristóteles, Varron, Cicerón, Diodoro, Estrabón, Pausanias, Valerio Máximo, Dionisio de Halicarnaso, Plinio, Virgilio, Juvenal, Plutarco, Tácito, Suetonio, Tito Livio, Floro, Ovidio; en fin, la flota más escogida de escritores griegos y romanos, y tras ellos el escuadrón respetable de Santos Padres y escritores eclesiásticos, Clemente Romano, Justino, Teófilo de Antioquía, Atenágoras, Eusebio, Lactancio, Clemente Alejandrino, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Isidoro, Beda y otros muchísimos doctores teólogos de toda edad y escuela.

Sin embargo de tan grave nube de autoridades, una cosa es inquirir la realidad de los versos sibilinos, otra la realidad de las mujeres denominadas Sibilas. Ningún autor pagano, griego ó latino, tomó á su cargo el indagar ni demostrar la histórica entidad de las Sibilas; ningún Santo Padre ó escritor eclesiástico se calentó la ca-

---

(1) Olim omnia falsis vaticiniis utique plena erant. Delphis namque, Dodona, Boeotia, Lycia, Aegyptus, Cabiría, et Pythia, hujusmodi miraculis celebrabantur, erantque in admiratione et honore mortalibus. Nunc vero quando praedicatio Christi innotuit mundo, conticuere omnia, nec jam ullus apud eos vates, nulla furentium vaticinatio est. *De Incarnatione Verbi*, lib. II.

(2) Lib. *de Anima*. (3) *Praepar. Evang.*, lib. V, cap. VIII, IX.

(4) *Apol. II, in Julian.* (5) *Contra Julian.* lib. VI. (6) *De affect. graec.*, lib. X.

(7) Multi propterea quod ille calor sedi mentis in vicino est, vesaniae morbis implicantur, aut instinctu lymphatico infervescunt, ex quo Sibyllae efficiuntur, et Bacchae, et omnes qui divino spiraculo instigari creduntur. *Problemat.*, I.

(8) Sibyllae versus observamus quos illa furens fudisse dicitur. *De Divinat.*, lib. II.

beza en esa inquisición; tanto los gentiles como los cristianos daban por supuesto el ser real de las mujeres Sibilas. En tanto es esto verdad, que en el sólo investigar el número de ellas, Diodoro pone una, Plinio tres, Eliano cuatro, Varron diez, sin que se acaben de entender entre sí cuanto al número. Pasóle á Varron respecto de las Sibilas lo que respecto de los dioses, acrecentó su cantidad imponderablemente por hacer lisonja á la vanidad romana. Los Padres no disputaron del número, como quienes toda su atención llevaban puesta en los versos.

Si pues negamos la personalidad de las Sibilas, y conservamos la realidad de los versos sibilinos, no será ése gran pecado contra las leyes de la crítica-histórica que manda recibir por real un personaje cuando pruebas fehacientes le demuestran histórico. Tal es nuestro caso. Dejando, pues, pasar las personas, hagamos asiento en las cosas, en las predicciones atribuidas á las Sibilas. ¿Quién las pronunció? ¿Quién las compuso? ¿Quién las publicó? Tres preguntas que tienen diversa respuesta. ¿Quién las pronunció por primera vez? Los Profetas de Israel. ¿Quién las compuso en forma de libro? Los terapeutas, ó los judíos, probablemente los de Alejandría en el siglo tercero antes de Cristo. ¿Quién las divulgó entre los gentiles? Los mismos que las compusieron ó sus adherentes. Estas tres soluciones parecen las más aceptables en esta materia. Aquí no entramos á considerar el acrecentamiento que el libro de los oráculos sibilinos recibió en el siglo segundo y tercero de la era cristiana; sólo tenemos presente la parte más antigua y original de las llamadas Sibilas. No nos salgan los adversarios con la autoridad de Cicerón, de Aristóteles, de Platón. Sólo Cicerón alega parte de los dichos de las Sibilas; Platón y Aristóteles solamente las nombran sin citar un solo verso.

7. Dos cuadros bastarán para demostrar la primera solución: la venida del rey eterno, y el juicio final del mundo. En el Carmen tercero se lee esta profecía: *Dios enviará del Oriente un rey que apague la llama de la guerra en el universo mundo. Será el siervo del Altísimo. En los días de su reinado los hijos del Omnipotente florecerán abastecidos de todos los bienes. Cantares de regocijo resonarán en todas las islas y ciudades. Venid, dirán los pueblos, postraos de rodillas delante del Rey inmortal de los cielos; celebremos con cantares la gloria del Criador; paseemos por toda la tierra, y haciendo gran montón de las armas bélicas, escudos, flechas, cascos y lanzas, encendamos dilatada hoguera de alegría.*

En esta composición se ven notablemente cifrados los vaticinios de Ezequiel cap. XXXIX, y los Salmos XLV y LXXV. A Cicerón se le requemaba la sangre cuando leía en la Sibila el anuncio del profetizado rey, y preguntaba: *si eso se halla en los libros, ¿á qué hombre y á qué tiempo se refiere* (1)? Y prosiguiendo mostraba sus ins-

(1) Quorum interpres nuper falsa quadam hominum fama dicturus, in senatu puta-

tintos de republicano con la protesta diciendo: *procuremos de los sacerdotes que nos saquen cualquiera cosa de los libros sibílicos menos un rey; en Roma ni los dioses ni los hombres, de hoy más, le sufrirán* (1). Donosa veneración tenía Tulio á la Sibila; pretender anular la profecía, era hacer mofa del don profético (2). ¿Qué dijera Cicerón si le hubiesen asegurado que al cabo de dos siglos se había de sentar el gran Rey, ó su Vicario, en la silla del imperio? La Sibila cantó verdad porque era el eco de los Profetas, de los cantores divinos; pero cotorrear no es profetizar.

Otro capítulo de la Sibila es el que se refiere al fin del mundo y juicio final. Dice así: *Espadas lloverán del cielo como teas encendidas; con su mano el Eterno sacudirá la tierra. Terrorífico pavor salteará animales y hombres. Torrentes de sangre inundarán las llanuras. Alaridos de moribundos sonarán por doquier. Vendrá luego un silencio horroroso; todos yacerán bañados en su propia sangre.* Esto se lee en el Carmen quinto, con otras descripciones del juicio final y del establecimiento definitivo del reinado eterno. Las cuales descripciones son tomadas parte del libro llamado de Enoc, parte de Daniel, parte de Isaías; cuya mezcolanza demuestra el espíritu materialista, que ya antes de Cristo achacaban los terapeutas al reino del futuro Mesías.

8. Para acabar de entender qué mérito acompaña á los versos sibilíticos y cuán lejos están las Sibilas de la dignidad profetal, bastará traer á la memoria lo atrás asentado en el libro primero, capítulo IX, art. I, sobre la vida de los esenios y terapeutas. Los documentos históricos nos enteran de las ocupaciones de entrambas sectas judías, muy distantes entre sí. Aunque Josefo alegue, como se

---

batur, eum, quem revera regem habebamus, appellandum quoque regem si salvi esse vellemus. Hoc si est in libris, in quem hominem et in quod tempus est? *De divinat.*, lib. II.

(1) Cum antistibus agamus, ut quidvis potius ex libris illis quam regem proferant, quem Romae post hac nec dii nec homines patientur.

(2) Los textos de Cicerón se han de entender de la manera siguiente. El oráculo de la Sibila anunciaba próximo el aparecimiento de un rey, que restaurase el orden de cosas amenazado por aquella condición de la república romana. Julio César era el presidente con autoridad suprema. Siendo Cota el intérprete público y oficial de los libros sibilinos, corrió la voz que quería proponer al Senado la conveniencia de conceder á César el título de rey, para sacar á salvo la república. No le pareció bien á Cicerón el intento de Cota, amostazado mostró desafecto al nombre de rey como en su tratado *De divinatione* lo significa, y al oráculo de la Sibila. Sabido es cómo el emperador Diocleciano, en el año 302, mandó echar al fuego los libros de Cicerón en que censuraba este oráculo. Pero Suetonio volvió por la honra de la Sibila en la Vida de César Augusto diciendo: «Auctor est Julius Marathus, ante paucos quam Oct. Caesar August. nasceretur menses, prodigium Romae factum publice, quo denunciabatur regem populo romano naturam parturire; senatum exterritum censuisse nequis illo anno genitus educaretur; eos qui gravidas uxores haberent, quo ad se quisque spem traheret, curasse ne senatus consultum ad aerarium deferretur.—De dónde sacó Julio Marato noticia tan estupenda, no lo dice Suetonio, aunque debió de importar mucho á los triunviros Octavio, Antonio y Lépido la verdad de aquel rumor, puesto que el Senado, conmovido á vista del *prodigioso rey que la naturaleza iba á dar al pueblo romano*, decretó que no se diese educación ni crianza á los niños que aquel año naciesen; decreto, que los maridos de las mujeres preñadas procuraron no se inscribiese en los públicos registros, por no defraudar á sus familias de aquella gloriosa esperanza.

dijo en el capítulo anterior, varias *profecías* de esenios, que bien examinadas no merecen ese augusto renombre, la vida de estos solitarios era totalmente diversa de la vida contemplativa de los terapeutas. En el retiro de la soledad vacaban éstos al estudio de la Ley y de los Profetas, á la contemplación de las cosas celestes, al ejercicio de las alabanzas divinas, á la composición de himnos religiosos, acompañando la piedad de sus ocupaciones con abstinencia y silencio. Constaban sus monasterios de hombres y de mujeres, con la conveniente separación en sus juntas y rezados. Guardaban todos continencia y estado de virginidad. Estas noticias debemos principalmente á Filón, como en su lugar queda largamente declarado.

No sería temeridad afirmar que al estudio y trabajo de los terapeutas se han de prohijar las composiciones piadosas intituladas *Libro de Enoc, Apocalipsis de Moisés, Libro tercero* y *Libro cuarto de Esdras, Salmos de Salomón*, y otras parecidas obras anteriores á la era cristiana, escritas con criterio menguado, con exagerado misticismo, aunque encaminadas, según parece, á enmendar la rigidez de las exterioridades farisaicas; literatura particular que, si bien tal vez resume las enseñanzas tradicionales de la Cábala judía, carece entre nosotros de autoridad doctrinal, pues es tenida por apócrifa y de ningún valor entre los hijos de la Iglesia católica. A los autores de estos libros atribuyen los modernos la composición de los versos sibilinos, no sin probable razón. Porque como los terapeutas vivían derramados por Egipto, Grecia, Roma y tierras de bárbaros, según el relato de Filón; puesto que admitían en sus conventos la compañía de mujeres que profesaban virginidad como los varones; no es maravilla que ó ellas escribiesen las composiciones de su cosecha, ó ellos se las dictasen compuestas con su varonil estudio, ó siquiera escritas por uno de ellos se publicasen con el nombre de una de ellas. Con lo cual tenemos aquí fácilmente explicado el origen y ser de los versos sibilinos, su propagación por el mundo pagano, su fama de profecías, su noticia veneranda en la antigüedad, dos ó tres siglos antes de la era cristiana.

En verdad, la noticia que Filón nos da sobre los terapeutas, no incluye la esperanza del Mesías Rey, como va dicho en el lugar antes citado; pero el confundirse en los poemas sibilinos el aparecimiento del Mesías Rey con el gran día de Jehová y con el día del juicio final, y el pertenecer la substancia de los dichos versos á Isaías, Ezequiel, Daniel, Zacarías, Joel y á otros Profetas hebreos, son pruebas suficientes para señalar por autores de la composición sibilítica á los terapeutas de Alejandría ó de cualquiera otra región, pues eran ascetas más fanáticos que buenos intérpretes, más adictos que los fariseos al espíritu de la Ley y de los Profetas, más aferrados á la buena Cábala que los rabinos de siglos posteriores.

Esta parece ser la explicación más probable, muy conforme con la corriente actual de opiniones acerca de los apócrifos dichos. Quien porfíe en juntar con los terapeutas á los esenios en la obra

de las Sibilas, no por eso le tendremos por adversario, con tal que distinga ambas sectas entre sí, y las tenga por totalmente apartadas del cristianismo, como en verdad lo fueron. Falsa es la sentencia de los deístas y racionalistas (Watcher, Gfrorer, Graetz, Cohen) que han intentado descubrir en la institución de los terapeutas y esenios las primeras semillas del cristianismo. Tampoco dificultaremos que demás de los terapeutas, entre los cuales nunca se levantó un solo Profeta, se cuente en el número de los compositores de versos sibilinos á los judíos de Alejandría ó de la dispersión; con tal que se tengan por de origen hebreo las *Sibilas*, bastantemente se cumple con las sentencias de los Santos Padres y con las calificaciones de los escritores paganos. Extraña cuanto admirable sentencia la de San Agustín, quien con la viva penetración de su soberano ingenio dos cosas de gran ponderación dejó asentadas acerca de las Sibilas, conviene á saber, que si sus dichos valen para convencer la verdad de los paganos, no valen para conciliar crédito á su autoridad (1); cual si hubiera el glorioso Doctor tenido por cierto, en el poner distinción entre verdad y autoridad, que no tocaba ésta por sí, antes les venía de otra parte, á los dichos de las Sibilas, cuantoquiera verdaderos.

El amor de la verdad bíblica indujo los hebreos á franquear á los gentiles, á los griegos en particular, el tesoro de la Cábala tradicional encerrándole en misteriosos versos. Para lograrlo con más disimulo, recogiendo las predicciones más vivas de los libros profetales, pusiéronlas en boca de una *Sibila*, al estilo de los griegos, que dieron ese nombre á las tenidas en opinión de profetisas del helenismo (2), celebradas por sus vaticinios desde el tiempo de Heráclito en el siglo VI antes de la era cristiana. Los que se ocuparon en tejer esta piadosa trama, fueron los terapeutas, dados más que los esenios á la vida contemplativa (3); los cuales engalanando con estilo enigmático las expresiones proféticas, presentaron á los gentiles los oráculos, como si les quisieran persuadir que las profetisas helénicas habían vaticinado al futuro eterno Rey y Salvador de los hombres. La Sibila, ideada por los autores anónimos, fué pregonada por la nuera de Noé, salvada con él del diluvio, llamada por Dios á notificar al mundo la historia humana desde el principio hasta el fin.

La devota estratagema no produjo los efectos que los autores pretendían. Parto del ingenio humano fué la invención de la Sibila, que al par de las invenciones humanas tuvo poca ó ninguna resonancia en los pechos de los paganos. Virgilio, en aquel verso

Ultima Cumaei venit jam carminis aetas.

---

(1) Sibyllæ, et Orpheus, et nescio quis Hermes, et siqui alii vates, vel theologi gentium de filio Dei vera praedixisse perhibentur, valet quidem ad paganorum veritatem revincendam, non tamen valet ad istorum aucthoritatem amplectendam *Contra Faustum*, lib. XIII, cap. XV.

(2) *Sibila* parece componerse de la voz eólica σοῦ (en vez de θεοῦ) y de βνλὴ (por βουλή): significa σιβύλλη lo mismo que *voluntad ó decreto de Dios*.

(3) FILÓN, *Quod omnis probus sit liber. De Vita contemplat.*

parece haber caído en la cuenta de los tiempos gloriosos que empezaban á rayar. Pero, bien considerado, todo cuanto en la Égloga cuarta escribe, se puede entender muy bien de la era Saturnal, al modo que ios griegos la concebían, sin rastro de bienes espirituales y sin relación al divino Mesías, como en *La Religión* dijimos. Pero si admitiésemos que los tiempos Saturnales, cantados por la Sibila de Cumas, eran los tiempos del Rey Mesías (no en concepto de los romanos, sino en concepto de los Profetas), ningún inconveniente naceria de ahí, fuera de tener que tildar á Virgilio de adulón zalamero, porque quiso regalar con su melosa lengua los oídos del Cónsul Polión aplicando á su niño recién nacido los oráculos de la Sibila, pronunciados á otro más alto intento. Mas de ahí no se sigue que Virgilio viese de verdad llegado el cumplimiento del oráculo sibilino; sólo se sigue la mentira poética del cumplimentero sibilista.

Esta es la opinión que sobre las Sibilas prevalece en estos postreros años. Distinguiendo, pues, los libros sibilinos del paganismo de las predicciones sibilíticas que en el siglo II se fraguaron á costa de la laboriosidad de algunos cristianos ó semiherejes, podemos dejar asentado que los oráculos sibilinos, si contienen profecías, débense por entero, parte á los divinos Profetas hebreos, parte á la industria de los terapeutas judíos; mas no á mano alguna pagana. Cuando, pues, la Iglesia católica, en la Secuencia de los Difuntos, canta aquella estrofa,

> Dies irae dies illa
> Solvet saeclum in favilla,
> Teste David cum Sibyll

no usurpa á los gentiles la obra de sus manos; usa del derecho de propiedad, ratificando por suyos los ecos de los Profetas.

En conclusión; mujeres que escribiesen ó pronunciasen oráculos proféticos, no las hubo en el paganismo; hubo, sí, hombres hebreos que, sin espíritu de profecía y sin llamamiento divino, escribieron y propagaron sentencias profetales, entresacándolas de libros auténticos y de libros apócrifos. A la sola autoridad de la Iglesia Romana compete el decidir qué parte merece respeto, qué parte reprobación, puesto caso que hasta el presente no ha reprobado los textos de las Sibilas (1).

(1) PERMANEDER, *Dictionn. de théol*, art. *Sibyllins* (livres). — LECANU, *Dictionn. des Miracles*, art. *Sibylles*.—CARD. MEIGNAN, *Les derniers Prophètes*, 1894, p. 565.





CAPÍTULO VI.

Pseudoprofetas herejes.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. El pseudoprofetismo entre herejes.—Los gnósticos.—2. El gnóstico Marco.—3 Montano se tuvo por profeta divino.—4. Profetisas montanistas. —5. Tertuliano se dejó seducir del pseudoprofetismo.—6. Juliano apóstata estimó los oráculos más que las profecías.—7. Extraña predicción que cundió á fines del siglo IV.—8. Otro impostor de Francia.—9. Un *profeta donatista*.—10 El *profeta* Mahoma.—11. Pronóstico astrológico de Albumasar.

1. Si entre los gentiles no hallamos verdaderos Profetas en toda la historia de las naciones, más excusada diligencia será buscarlos entre los herejes, enemigos de la verdad sobrenatural, obligados al censo perpetuo de sustentar la mentira. No es esto decir que no pudiera la divina luz penetrar en el entendimiento de un hereje para sacar de sus labios verdades ocultas, si el Señor lo hubiese querido; pero afirmamos que la historia de las herejías no nos ofrece casos de verdadero vaticinio, porque Dios no tuvo por bien dar señales de sus franquezas á gente díscola y contumaz.

Los gnósticos, por lo común, no fueron dados á vaticinios, sin embargo de tenerse por ilustrados con lumbre y *ciencia* extraordinaria. Ya San Pablo avisaba á su discípulo Timoteo, que no se envolviese en la novedad de la *gnosis,* por cuyos laberintos se habían muchos desviado de la fe. También le prevenía no malgastase el tiempo en cuentos de genealogías interminables, que dan harta materia á la disputa y poca luz á la verdadera ciencia de Dios. En estas expresiones parece haber el Apóstol notado á los gnósticos que imaginaban turbas de eones ó genios, á cuya acción atribuyeron las varias producciones de seres y efectos mundanos; á la manera que Hesiodo puso el *amor* por agente principal de las cosas visibles, así ellos ponían el *Nus*, el *Logos,* la *Fronesis,* la *Sofía,* la *Dynamis* por autores y administradores de las cosas materiales y espiritua-

les, sin que fuera necesaria la Encarnación del Verbo para iluminar á los hombres y enseñarles la verdad. Este principio fundamental de los gnósticos nos consta por lo que de ellos dejaron escrito los Padres (1).

2. A la escuela del gnóstico Valentino perteneció Marco, hombre aficionado á la Cábala, á cuyos símbolos daba tanta virtud, que no reparó en profesar que Jesucristo era el *Alfa* y el *Omega*, principio y fin del alfabeto, en cuyas veinticuatro letras se contenía la suma de fuerzas mundanas, resumidas todas en el nombre de Jesucristo (2). Todos sus desvelos encaminó á estudiar en los números las virtudes de los eones; mas viendo que abajaba el lomo sin utilidad al trabajo del estudio, prefirió acicalar su ingenio con el ejercicio de predecir cosas ocultas, por arte de trampantojo.

No era Marco sacerdote; pero, valiéndose de un artificio secreto, halló traza para convertir en sangre el vino de misas por medio de dos vasos, el uno menor engastado en el mayor, con tal arte, que echado vino en el vaso pequeño, y hecho un ensalmo y dicha una oración, caía el líquido hirviendo en el vaso mayor de modo que parecía sangre en vez de vino. La ridícula trampa, secreta para la plebe, granjeó al truhán la gloria de taumaturgo, de cuya fama se aprovechó para blasonar de poseer en sí la plenitud del Sacerdocio y el carácter peculiar de Pontífice cristiano.

No fué menester otra ejecutoria ni más recomendación. Las matronas más ilustres fueron de tropel á mía sobre tuya en su seguimiento, apellidándose dichosas las que lograban convertir el vino en sangre. No se mostraba el hereje esquivo ni escaso con ellas. Asegurarles que tenía potestad del cielo para comunicar el don de milagros y profecías, era atizar en ellas el natural espíritu de vana curiosidad. A la que se le rendía por discípula, alargábale el cáliz preparado con vino por el artificio antedicho; del vaso menor mandábala trasegar el líquido al vaso mayor, acompañaba el trasiego con una plegaria, y quedaba á vista de todos la estupenda maravilla. La neófita, espantada y fuera de sí, estimándose poseída del Espíritu Santo, sacaba á luz un furor ciego que le encendía el rostro, le erizaba los cabellos, le ponía la faz horrenda, y en medio de su entusiasmo profetizaba la gloria del nuevo taumaturgo.

Los desórdenes que de esta infernal impiedad nacieron, no son para escritos. Marco, á las dóciles feligresas propinábales pócimas que les excitasen los nervios, y cuando las tenía fuera de tino les revelaba el gran secreto con este récipe: *En mí está la fuente de la gracia, y yo comunico su plenitud á las que me son aceptas*. Cubramos con el velo del casto silencio las desvergüenzas á que

---

(1) TERTULIANO, *Apolog.*, cap. XVI.—S. EPIFANIO, *Haeres.*, XXVI.—S. AGUSTÍN, *Haeres.*, cap. VI.—*Epist.*, XXVI, cap. X.—CLEMENTE ALEJANDRINO, *Strom.*, I.—S. IRENEO, *Advers. haeres.*

(2) S. FILASTRIO, *De haeres.*, XLII.—TEODORETO, *Haeres. fabul.*, lib. I, cap. IX.—S. EPIFANIO, *Haeres.*, XXXIX.

daba lugar la arenga del impudentísimo hereje. San Ireneo y San Epifanio se extendieron en su relato, como testigos fidedignos. Los vaticinios de las sectarias, ¿quién no los calificará de espurios? Una verdad, con todo eso, déjase entrever en la ridiculez de tanta mentira, y es la creencia en el dogma de la transubstanciación, fundamento de la herejía valentiniana.

3. Montano es la figura más acabada del pseudoprofeta. Primero gentil, después cristiano, luego sectario, en fin, tan del todo fascinado por la ambiciosa manía de ser algo en la Iglesia de Dios, que no paró hasta llamarse embajador del Espíritu Santo, que Jesucristo había prometido á los Apóstoles. Sobre esta promesa, siniestramente interpretada, fundó la escala de su propio engrandecimiento. Contemplaba, siendo neófito, cómo la divina Providencia guiaba el desenvolvimiento de la Iglesia por pasos lentos, descubriéndole gradualmente los dogmas y verdades reveladas, puesto que Jesucristo, en lugar de manifestárselas todas á sus discípulos, les había prometido el Espíritu Consolador que se las sugiriese cuando la Iglesia estuviera en sazón para recibirlas. La sazón ha llegado ya, dijo Montano para sí; yo soy el profeta escogido por el Espíritu Santo para pregonar las virtudes sólidas que en la niñez de la Iglesia los hombres no podían digerir. Y, diciendo y haciendo, divulgó que Dios le había constituido *instrumento* de su Santo Espíritu, órgano de su divina luz, mano ciega de su soberana voluntad, profeta de sus altísimas comunicaciones, para gloria y amplificación de la Santa Iglesia. Tal fué el origen del montanismo, conforme resulta, no de los escritos de Tertuliano, que, á fuer de alumno montanista, vistió con aparentes colores el principio de la secta, sino de los testimonios de varios Padres contemporáneos, cuyos fragmentos conservó Eusebio (1), comoquiera que los de otros Padres posteriores (2) sean de menor momento y gravedad.

Es muy posible, que el temperamento nerviosísimo de Montano y la suma viveza de su ardiente fantasía fuesen la causa física de sus enormes disparates. Ello es que tomando cartas la ambición, comenzó á sentir accesos extraordinarios, éxtasis prolongados, arrebatamientos mentales, visiones estupendas, en cuyos actos de frenética agitación se ponía á profetizar y á enseñar cosas nuevas nunca oídas en la Iglesia de Dios. Dividiéronse los pareceres. Quién le tenía por energúmeno, ó siquiera por demente; quién le contaba por profeta inspirado de Dios, varón providencial y extraordinario; los unos trataban de apagar aquella mal encendida llama, los otros atizaban el fuego; el entusiasmo de Montano es un furor, decían unos, que priva al hombre de la conciencia libre, contrario al don augusto de los Profetas de ambos Testamentos; el ardor de Monta-

(1) *Hist. eccles.*, lib. V, cap. XVI-XIX.
(2) S. Epifanio, *Haeres.*, XLVIII.—Teodoreto, *Haeres. fabul.*, lib. III.—S. Filastrio, *De Haeres.*, cap. XLIX.

no, respondían otros, proviene de la violencia espiritual que el don profético le impone, la profecía se compadece con la demencia; así argüía el infeliz Tertuliano (1), que se dejó llevar á jorro de la arrebatada corriente.

4. Los Obispos del Asia Menor entendieron en la causa de la flamante secta. Conferencias, Sínodos, tentativas de reconciliación precedieron á la condenación de los montanistas. Antes de verse excomulgados tuvieron por mejor separarse de la Iglesia, la cual finalmente declarándolos herejes formales los lanzó de su gremio (2) á fines del segundo siglo. Cuando Tertuliano (3) dice, que un Romano Pontifice favoreció á los montanistas, no añade las astucias que ellos usaron para armarle traspié, si bien les salió muy mal contada la pretensión (4). La verdad sea, que el montanismo en obra de un siglo agostó la pujanza de la religión católica en la iglesia de Tiatira y en otras regiones de Frigia y Galacia.

No tardó el nuevo *profeta* en despertar fanáticos que volasen tras sus descabellados intentos. Maximila, mujer casada, y Prisa ó Priscila doncella, según consta de los documentos (5), entrado que hubieron en la escuela de Montano, como él *profetizaban* á más y mejor. El contagio cundió con tanta rapidez, que en breve no tenían tasa ni modo ni límite los *profetas* y *profetisas* herejes. Observancia de tres cuaresmas, ayunos extraordinarios, abstinencias de carnes, prohibición de segundas nupcias, condenación sin remedio de los grandes pecadores; estas y otras parecidas eran las materias de los oráculos que entre convulsiones y contorsiones epilépticas proferían los *profetas* y *profetisas* de Montano.

Dicen que Montano dejó escrito un libro de predicciones, y que sus dos compañeras Priscila y Maximila escribieron también las suyas Si eso es verdad, como lo insinúan San Epifanio y Teodoreto, aunque no nos toque discurrir sobre las fábulas que algunos escritores de la Edad Media compusieron con ocasión de la secta montanista (6), impórtanos probar que Montano y sus secuaces fueron pseudoprofetas y visionarios ilusos. Falso era el fundamento en que se apoyaba el hereje, cuando persuadía la necesidad absoluta de florecer en toda sazón profetas dentro de la Iglesia para el crecimiento del dogma cristiano. Porque la sola asistencia del Espíritu Santo, prometida por Jesucristo á su Esposa, basta por sí para la seguridad é infalibilidad del desenvolvimiento dogmático. Además, Maximila expresaba formalmente *que en pos de ella no vendría otra profetisa;* fuera de que tanto ella como Priscila, como el mujeriego Montano, todos veían y anunciaban muy próximo el fin del mun-

(1) Eusebio, *Hist.*, lib. V, cap. XVII.—S. Atanasio, *Orat.*, IV.—Tertuliano, *De Monogamia; De Pudicitia; De Jejunio.*

(2) Eusebio, *Hist.*, lib. V, cap. XVIII, XIX.—S. Epifanio, *Haeres.*, XLVIII.—Mansi, *Collect. Concil.*, t. I, p. 691, 724.

(3) *Contra Praxeam*, cap. I.

(4) Tillemont, *Mémoires*, t. II, p. 194.

(5) Eusebio, *Hist.*, lib. V, cap. XVIII.

(6) Dr. Schwegler, *Le Montanisme et l'Église chrétienne du IIe siècle*, 1841.

do (1): predicciones desatinadas y frustradas. Después, estos nuevos *profetas*, cuando soplaba el espíritu caían en arrobos sin conciencia refleja, que á veces degeneraban en involuntario furor (2), á la manera de violín raspado con violencia por arco invisible que hace rechinar las estridentes cuerdas; que así se explicaba Montano, según San Epifanio lo escribe (3). Despojar al profeta de la atención reflexiva, es destruir la índole del don profético.

5. Tertuliano, á pesar de su varonil y raro ingenio, se dejó seducir por una de las dos visionarias con increíble facilidad. *Tenemos*, dice, *entre nosotros una hermana favorecida de un precioso carisma. Durante los divinos oficios recibe favores celestiales. Queda arrebatada en éxtasis, habla con los ángeles, y á veces con el mismo Señor; ve y oye cosas extraordinarias, penetra el interior de los corazones, dicta remedios á los dolientes que se los piden. Cuando se lee la Santa Escritura, en tiempo de cantar Salmos, mientras se predica, ó durante las preces públicas, tiene visiones nuevas. Un día en que estaba ella arrobada, hablé yo de la naturaleza del alma; después de misa, cuando la gente hubo salido de la iglesia, me dijo á mí, entre otras cosas que había visto, ésta que yo anoté con cuidado y atención para luego compulsar sus palabras: «me fué mostrada el alma corporalmente, y se veía como un espíritu, no de cualidad inane y vacía, sino de suerte que podía ser asida, delgada, lúcida, de color aéreo y de forma totalmente humana* (4)». *Tal es la visión de esta hermana. Yo pongo por testigo al Señor y á su Apóstol que prometió que los dones del Espíritu Santo permanecerían en la Iglesia.*

La caída de Tertuliano provino, en gran parte, de haber sido crédulo en demasía, por no recatarse de la imaginación mujeril. Por ahí perdió el seso, no solamente abandonando la verdad católica, mas también despidiéndose de la sana filosofía, pues de ahí le nació el estimar el alma de corpórea condición y el atribuir parte de materia á los espíritus. *Con tanto rendimiento se sujetó al imperio de esta mujer*, dice el Cardenal Baronio, *que pospuso los dogmas católicos y la verdadera ciencia á los devaneos de una ilusa* (5). El poseer Tertuliano talento aventajado no le libró de dar crédito á una mujercilla visionaria, para que se entienda cuán fácil les es á los sabios desviarse del recto camino, si no aplican con oportunidad las reglas de discreción de espíritus (6).

Derribado torpemente en la herejía, estableció Tertuliano este orden entre las profecías montanistas y las enseñanzas de Cristo: primero se echa la semilla, prende luego el germen, después la raíz

(1) S. Epifanio, *Haeres.*, XLVIII, 2.—Eusebio, *Hist.*, lib. V, cap. XVI.
(2) Eusebio, *Hist.*, lib. V, cap. XVII. (3) *Haeres.*, XLIII, n. 4.
(4) Ostensa est mihi anima corporaliter, et spiritus videbatur, sed non inanis et vacuae qualitatis; imo quae etiam teneri repromitteret, tenera et lucida et aerei coloris et forma per omnia humana. *De Anima*, cap. IX.
(5) *Annal. Dom.*, 201, n. 13.
(6) Ce qui arrive encore aujourd'huy, comme on pourrait alléguer d' autres exemples, decía de su tiempo el P. Saint-Jure. *L'homme spirituel*, I, p. chap. XI.

se afianza en la tierra, en fin el árbol rompe en flor y se deja ver cargado de fruto. Este camino sigue la justificación. En la edad patriarcal se esparció la semilla de la salud, en la edad profetal encepó, en la edad evangélica fué medrando y abrió en flor, en la edad paraclética y montanista llegó á perfecta madurez. Casi á la letra lo dice Tertuliano en su libro *De velandis Virginibus*, cap. I: dícelo así manifestando que el montanismo era un progreso vital de la religión cristiana; por consiguiente las profecías montanistas, en su opinión, eran como el sol, el aire, el riego, y los demás adminículos necesarios que hacen florecer y fructificar la planta, la cual sin ellos quedaría condenada á perpetua esterilidad. Agravio manifiesto hacían á Cristo los montanistas cuando en hecho de verdad, aunque de palabra dijeran otra cosa, trataban de menguada é insuficiente la institución de la Iglesia. *Profetas* que deshacen la obra de Dios edificada por los sudores de sus santos Profetas, y la desmoronan con tanta insolencia y contumacia, más que pseudoprofetas merecen ser llamados antiprofetas, corruptores de las venerandas profecías (1).

6. El emperador Juliano, después que apostató de la religión cristiana, tuvo por maestros y guías á Mardonio y á Máximo de Efeso, eunuco el uno, filósofo el otro (2), los cuales, con tan fingidas razones le torcieron la inclinación á las cosas de la Iglesia, en que había ejercido el grado de Lector en las órdenes menores (3), que se abalanzó sin miedo á extirpar, si pudiera, la universal plebe cristiana (4). No es este el lugar á propósito para tratar de los ardides empleados al intento. El que había leído públicamente de oficio las Sagradas Escrituras en la iglesia de Nicomedia, se pasaba después noches enteras en hacer de ellas donaire y escarnio (5).

Lo que más hace á nuestro intento es la fe que tuvo en los oráculos del paganismo quien desdeñoso fisgaba de los Profetas hebreos. *Puesta la confianza en los comentos de los oráculos,* dice Teodoreto, *amenazaba con plantar en las iglesias de los cristianos el simulacro de la lasciva Diosa* (6). Especialmente confiaba acabar con el cristianismo después de la guerra que traía con los persas (7).

---

(1) *Dictionn. de théol.*, art. *Montan.*—*Dictionn. des hérésies.*, art. *Montan.*—SCHWEGLER, *Le Montanisme*, 1841.—MÜNSTER, *Effata et oracula Montanistar.*, 1829.

(2) SÓCRATES, *Hist.*, lib. III, cap. I. — PAULO DIÁCONO, *Miscell.*, lib. XI, cap. XXIV.—NICÉFORO, *Hist.*, lib. X, cap. I.—SOZOMENO, *Hist.*, lib. V., cap. II.

(3) S. GREGORIO NAZIANCENO, *Orat.*, I.—TEODORETO, *Hist.*, lib. III, cap. I.

(4) AMIANO MARCELINO: Quod agebat ideo obstinate, ut dissensiones augente licentia, non timeret unanimitatem, postea plebem, nullas hominibus infestas bestias, ut sunt sibi ferales plerique christianorum. Lib. XXII, cap. VII. — Semejante á éste es el impío dictamen de Zósimo. Lib. 3.

(5) SÓCRATES: Imperator libros illos qui hominem a Palestina oriundum Deum et Dei filium esse confirmant, diligenter evolvens, longa disputatione et firmis argumentis convincebat esse ridiculos. *Hist.*, lib. III, cap. XIX.—Lo mismo testifican Nicéforo *Hist.*, lib. X, cap. XXXVI), S. Jerónimo (*Epist.*, LXXXIV, ad Magnum orator.), S. Cirilo (*In Julian.*, lib. praefat.

(6) Atque oraculorum commentis fidem adjungens, minabatur se in ecclesiis christianorum lascivae Deae simulacrum collocaturum. Lib. III, cap. XVIII.

(7) S. GREGORIO NAZIANZENO, *Orat.*, II.—OROSIO, lib. VII, cap. XXX.—S. CRISÓSTOMO, *Orat. advers. gent.*

Agradecidos se le muestran los incrédulos de hoy, por haber intentado la restauración del paganismo; por eso le miran con tanto agrado que le suben por los aires con parabienes. En mal hora le pasó á Juliano por el pensamiento una empresa que sin el favor del demonio no lograra. Con todo eso, dedicóse al servicio de los dioses con ciega pasión, como quien imaginaba conseguir por arte del diablo el conocimiento de lo futuro. San Gregorio Nazianzeno, que conoció al emperador apóstata, en el año de su muerte pronunció un discurso, en que da razón de sus bellaquerías. *Bajaba*, dice, *á una caverna subterránea no visitada por el vulgo, llevando de compañero á un «sabio», mejor digamos, á un sofista é impostor. Porque esta suerte de adivinaciones suelen los tales usar, escondiéndose en cuevas lóbregas con los demonios, para averiguar cosas futuras. Mas como le diesen miedo y asombro las que se le ofrecían (pues dicen que en tales casos se perciben sones desusados y olores pestilentes y espectros ígneos y no sé qué burlas y delirios), temblando de pies á cabeza, pues no las tenía todas cabales, á vista de aquella novedad echó mano de la cruz, se santiguó para verse libre del miedo. La cruz le valió, los demonios cedieron, sacudió el temor de sí. Mas ¿qué?; vuelve á concebir audacia, cae otra vez de pavor y espanto, se santigua y cesan los demonios... Sale, en fin, hecho un Lucifer, mostrando en los encendidos ojos á qué amo hacía servicio. Desde aquel día llevó el demonio en el cuerpo* (1). Parece cosa averiguada que Juliano tenía fe en los espíritus, que él llamaba sus *dioses*, y eran los del espiritismo actual, los demonios, ni más ni menos. Muchas veces clavó el cuchillo en el corazón de niños y doncellas para conseguir la evocación divinatoria; pero se quedó tan idiota como antes respecto de lo por venir.

7. Aquí se nos viene á la memoria aquel oráculo famosísimo que corrió por todo el orbe civilizado á fines de la cuarta centuria, sobre la inminente ruina del cristianismo. El año 400 era el límite señalado al reino de Cristo; después, había de campear la idolatría otra vez con sus pasiones desenfrenadas. Qué antro, qué trípode, qué sibila, qué vestal hubiese aclamado la muerte de la Iglesia en el año 400, se ignora, ni hay rastro de documento que lo signifique. San Agustín, en la *Ciudad de Dios* (2), da razón de la fatídica sentencia. *Los idólatras atribuyen á sus dioses*, dice, *ciertas respuestas que señalan cotos fijos á la duración de la religión cristiana. Al ver que las persecuciones, en vez de mellar su constancia, daban mayores creces á su pujante vida, han imaginado yo no sé qué versos griegos proferidos por un oráculo de mucha nombradía que declaran haber el Apóstol Pedro usado de prestigios para hacer fuese adorado el nombre de Jesucristo. Pero añaden que el encantamento ha de durar trescientos sesenta y cinco años, cuyo término le pondrá á la religión y*

---

(1) Ab eo quidem die, quo tam nefaria in animum induxit, daemonibus oppletus est. MIGNE, *Patrol. graeca*, t. XXXV, p. 579. *Orat.* IV, n. 56.
(2) Lib. XVIII, cap. LIII.

nombre de Cristo.—El glorioso Doctor, discurriendo sobre el mérito de esta predicción, demuestra su evidente falsedad, pues á la misma hora que él escribía (en 428), con haberse evacuado la cuarta centuria, el nombre de Cristo había conquistado inmensidad de almas y el culto de los ídolos perdido adoradores sin cuento.

Esto no obstante, en los primeros años del siglo quinto se nota en los gentiles de Oriente y Occidente una firme credulidad y confianza de ver cumplido el vaticinio, á expensas de la sangre cristiana. El diácono Marcos, biógrafo de San Porfirio, obispo de Gaza (1), refiere lo acaecido en la antigua capital de los filisteos, con las proezas maravillosas de la religión cristiana, contra las recantadas promesas del dios Marnas, de cuya virtud esperaban los idólatras amparo y segura protección (2). Pereció en su verdor la esperanza, con que la protección del dios volvióse en humo, como tesoro de duendes.

8. De un impostor francés escribe así Gregorio Turonense: *Un cierto hombre de Burdeos, como él propio lo confesó, habiendo entrado en un bosque á cortar leña para acabar una obra, vióse acosado de un enjambre de moscas. Dos años le tuvo la gente por loco. Pasó luego á la provincia de Arlés, y allí, todo empellejado, poníase en oración como un santo, y para que se le quedase asentada la ilusión más por entero, amanecióle la facultad de adivinar. Adelantando en audacia, dejada aquella ciudad pasó á otra, donde entre las fantasías que de sí contó, dijo que era el Mesías en persona, pero entre tanto se familiarizó con una mujer, á quien apellidó María, y la tenía por hermana. Visitaba al flamante Mesías buen golpe de gente con enfermos, á quienes con el contacto devolvía la salud. Regalábanle oro, plata, vestidos, y él, para hacer mejor su hecho, repartíalo todo á los pobres, reservando para sí el postrarse en tierra, hacer oración con la mencionada María; y en levantándose, mandaba á los presentes que le adorasen. Predecía cosas futuras, y á ciertas enfermedades pronosticaba peligro y daño, á pocas pronta salud. Estas cosas hacíalas él con no sé qué artificios y prestigios diabólicos.*

Inmensa fué la muchedumbre de pueblo que sedujo con sus embustes, y no de labriegos sólo, mas también de sacerdotes y eclesiásticos, en número de tres mil y más. Comenzó á ratear y pedir la bolsa á los que hallaba en los caminos, y daba los despojos á los necesitados. A los obispos y caballeros que no le querían venerar, amenazaba pena de muerte. En Annecy formó un escuadrón de gente, para intimar guerra al obispo, echando delante de sí hombres desnudos, que retozando y haciendo pinillos y niñerías notificasen su llegada.

Lleno de asombro el obispo, envióle varones esforzados á preguntarle qué significaba aquel aparato de cosas. Uno de ellos, que era de más edad, habiéndose inclinado, como para besarle las rodillas, mandó que

---

(1) MIGNE, *Patrol. graec.*, t. LXV, col. 1.219.
(2) DARRÁS, *Hist. de l'Église*, t. XI, p. 362.

cerrasen con él y le echasen grilletes. Al punto desenvaina otro la espada, y le parte en menudos pedazos. Así murió aquel Cristo de burlas, quedando dispersos todos los que le seguían. Á María aplicáronle varios tormentos, donde cantó de plano las visiones y diabluras que le pasaban. Los hombres á quienes había él reducido á creerle, jamás recobraron perfecto sentido; siempre le tuvieron á él por Mesías, y á María por dotada de parcial deidad (1).

9. Escribir la historia de las herejías es sacar del polvo los cuentos de proféticas visiones y predicciones con que los rebeldes al dogma católico se imaginaron favorecidos en crédito de sus particulares errores. Porque apenas hay heresiarca que no se ufane de tener en su favor aprobaciones del cielo, ó soñándolas ó fingiéndolas, por necedad ó por malicia. Interminable se haría y enojosa la relación si hubiéramos de probar con hechos esta importante verdad, resplandeciente en la Historia eclesiástica. Baste por ejemplo, el proceder de los donatistas.

Las iglesias africanas veíanse invadidas de la pestilencial roña de Donato. Un día corrió la voz en Constantina, que un ángel había aparecido á un sacerdote de la secta, y dictádole un papel, en que se fulminaban excomuniones contra los católicos. Ejemplares de dicha carta se derramaron por toda la provincia; uno de ellos llegó á manos de San Agustín. Tan mal parado quedó el *angelical* escrito, con la fina sátira y con la copia de razones con que el Santo Doctor solía sazonar sus respuestas (2), que la tentativa del visionario hubo de convertirse en ridículo papel. Pero, como no hay desventura que no logre sus patronos, hallóle ésta en Petiliano, obispo donatista de la misma ciudad, hombre de ingenio, que, gateando por la ventana, en un tris se había subido de catecúmeno á presbítero, de presbítero á la sede episcopal; todo por trapazas y enredos de los donatistas. El tener que medir Petiliano sus fuerzas con las de Agustín, aunque le pareciese cosa recia, lisonjeaba en gran manera su pueril vanidad. Para excusar el riesgo de la derrota, escribe una apología del cisma, en forma de circular secreta, con prohibición de extender su noticia sino á determinadas personas. Seis meses tardó San Agustín en ver un ejemplar de la defensa de Petiliano, de quien era fama que había deshecho con su poderosa maza la doctrina católica. La circular del hereje ocasionó la publicación de *Tres libros contra Petiliano* y *Siete libros contra los Donatistas* (3), donde el Doctor africano, con agudísimo ingenio y con implacable vehemencia, rebate una por una las palabras textuales del obispo donatista, sin dejarle resquicio de escapatoria. ¿En qué vino á parar la revelación celeste del visionario de Constantina? En sal y agua; apenas osó Petiliano mentar la visión en su contienda con San Agustín.

(1) *Histor. francor.*, lib. X, cap. XXV.
(2) *Epist.* LIII, MIGNE, t. XXIII, col. 405.
(3) MIGNE, *Patrol.* LXIII, col. 246, col. 107.

10. Las revelaciones y visiones de Mahoma se pueden ver en los autores (1) que de su vida trataron. Pongamos algunas, para descubrir qué linaje de *profeta* fué el que de tal hacía alarde. Cuatro años tenía de edad cuando dos ángeles le abrieron el pecho y le sacaron del corazón un cuajarón de sangre negra, que después lavaron con nieve; pusieron en una balanza el corazón, y pesó más que todos los de los árabes juntos. Esto se lo contó á Mahoma en visión el ángel Gabriel.—Estaba reparándose en la Meca un templo cristiano, cuando por no andar entre sí acordes los principales del pueblo, en quién pondría en el ángulo una piedra negra, determinaron que la colocase el primero que entrara por la puerta llamada Bayssayha. Acertó á entrar el primero Mahoma, el cual fué escogido para poner la sobredicha piedra, como en hecho de verdad la puso con aparato de ceremonias. Los que esto vieron, le aclamaron por profeta: tenía, á la sazón, treinta y cinco años de edad. Así lo cuenta D. Rodrigo en el lugar citado.

Arraigóse más su crédito de *profeta* con esta ocasión, según lo refiere Landulfo y Sagax (2). Engañados ciertos judíos por la religión de Mahoma, le creyeron por el Mesías; mas al ver que comía carne de carnero, llamándose á engaño, no osaron entregársele del todo. Mas como se hubiese desposado con una viuda muy rica, al notar ella que el marido era epiléptico, se quejó de su desgracia con él, quien le respondió que aquellas molestias provenían de las visiones con que le visitaba el ángel Gabriel. Contó la respuesta la parlera mujer á un solitario con quien andaba envuelta deshonestamente, el cual la sosegó, asegurándole que Mahoma decía verdad, porque el ángel Gabriel comunicaba con todos los Profetas. Esta otra declaración la cucó vivamente, aguijándola á esparcir entre sus amigas y paniaguadas el rumor de que era profeta su marido. De las mujeres corrió la fama entre los hombres, judíos é ismaelitas, con quienes Mahoma trataba las Escrituras (3).

La misma materia cuenta Anastasio Bibliotecario (4). Zonaras la expone más circunstanciadamente, y luego añade: *Así, el hombre deshonesto consiguió entre sus populares nombre de Profeta, y, enriquecido con la hacienda de su difunta mujer, fué estimad príncipe, doctor y legislador de la ismaelítica gente, seduciendo con palabras á los unos, forzando alfanje en mano á los otros que se se mostraban rehacios* (5). Otro tanto narra Cedreno, con la circunstancia de haber Mahoma arteramente escrito un libro, lleno de embustes y ficciones, divulgan-

(1) MARIANA, *Hist.*, lib. V, cap. XII.—AMBROSIO DE MORALES, lib. XI, cap. LXXIII.—RODRIGO, Arzobispo de Toledo, *Hist.*, cap. I.—ZONARAS, *Annal.*, t. III.—LUCAS DE TUY, *Cron.*, lib. III.

(2) *Hist. Miscellan.*, lib. XVIII, cap. LVIII.

(3) Ipsa ergo suscepto pseudomonachi verbo credidit eí, et praedicabat in aliis mulieribus contribulibus suis, prophetam eum esse. Et taliter ex foeminis fama pervenit ad viros.

(4) BARONIO, *Annal.*, anno 630, n. 3.

(5) *Annal.*, t. III.

do que le había llovido del cielo (1). De esta suerte, la viuda, el falso monje y el bellacón de Mahoma, fueron los autores del profetismo de que se gloría la secta; impostura, debida á la vanidad mujeril, á la torpeza del adúltero y á la tacañería del histérico marido.

11. De tan corrompido tronco no podían brotar ramas generosas. Los musulmanes cultivaron con frenesí la astrología judiciaria, pensando hallar en los cielos inspiraciones que no recibían del Rey de cielos y tierra. Notabilísimo y digno de consideración es el crédito que le procuró al moro Albumasar el arte de contemplar las estrellas. Alberto Magno hacía gran caso de sus computaciones, como en otro lugar se dijo (2). Los cálculos astrológicos le sugirieron al mahometano el pronóstico siguiente: *El año 1789 será fecundo en revoluciones sociales, á causa de una grandísima conjunción de Saturno* (3). El astrólogo acertó en parte: el año 1789 fué, en hecho de verdad, uno de los más funestos que cuenta la historia del mundo, miradas las cosas desde la cúpula del observatorio francés. Mas el pronóstico de Albumasar, que podía ser una coincidencia notable y rarísima, ciertamente, quedó convertido en noticia de calendario, cuando otros astrólogos, fundados en observaciones planetarias, decretaron que en el sobredicho año de 1789 se dejaría ver el Anticristo y se hallaría el mundo en la vigilia de su acabamiento final (4).

La vanidad, error y puericias de los judiciarios, no podían quedar más patentes en el pronóstico de Albumasar. Las conjunciones de Saturno dejaron el sistema planetario en su perfecto equilibrio; la posición de los cuerpos celestes ningún influjo ejerció en el curso de los sucesos terrestres; la revolución francesa no alteró el estado de los reinos asiáticos, africanos, americanos, europeos; el mundo político y social no padeció la mudanza formidable, profetizada por los astrólogos. Estas cuatro aserciones, evidentes é indisputables, delatan esa profecía astrológica por temeraria y errónea, en especial si el astrólogo del siglo X quiso vincular en la conjunción de Saturno la venida del Anticristo.

(1) Ubi vero sibi semel innotuisse scisset et creditum se esse prophetam, sibi ipsi per imaginem quamdam effinxit, eademque ut divinitus accepta, curioso atque simplici populo facile persuasit; ac volumen vanis figmentis plenum conscripsit quod e coelo sursum acceptum effinxit, suisque tradidit sectatoribus observandum. *Annal.*, ann. 21 *Heraclii.*

(2) Lib. III, cap. I, art. III, n. 9.

(3) *De magnis conjunctionibus*, tr. II, dissert. 8.

(4) Pedro Turrel: Alors avec les révolutions saturnelles, sera la conversion et révolution du supérieur ciel firmament, par laquelle les choses devant dictes et mutations de sectes, les astrologues concluent que par adventures et environ les temps devant dicts, l'Antechrist avec sa loy et damnable secte à la loy des chrestiens contreviendra. *Le Periode, c'est-à-dire, la fin du monde*, 1531.

ARTICULO II.

1. Los falsos profetas de la Reforma.—Münzer.—2. Lutero.—Sus profecías contra el Papazgo. Luteranos.—3. Los Davidistas.—4. Otro pseudocristo polaco. 5. Los Camisardos.—6. Exposiciones varias de estos hechos.— 7. Los cuákeros.—8. Difúndense por Inglaterra.—Progresos de la secta.—9. El jansenismo tuvo sus asomos de pseudoprofetismo.

1. Las sectas de los protestantes no habían de carecer de embelecadores, falsarios y quimeristas que al son de predicciones echadizas quitasen y pusiesen á su talante lo que les venía á cuenta para crédito de sus errores. Si alguna profecía en los protestantes se notó fué ó compuesta maliciosamente después del suceso, ó de ningún modo verificada, ó pronunciada á la ventura.

Tomás Münzer, acostumbrado á revolver los libros místicos de Taulero y de Joaquín de Flora, sin acabar de penetrarlos, se desquició la cabeza con la mal digerida lectura hasta el punto de perder la serenidad del racional discurso. Teniendo cerca de sí compañía de hombres que pasaban por profetas, viéndose al frente de los anabaptistas en Altstädt, se empeñó á todo riesgo de afanes por salir profeta inspirado, tan por extremo, que con la cooperación de Haferitz fundó un instituto de personas cuya traza era constituir en el mundo un reino de gente piadosa y santa. *Yo tengo recibida de Dios,* clamaba, *la comisión de extirpar el poder usurpador; el derecho de la espada al pueblo toca y no á los príncipes de la tierra.*

Lutero, quejoso de ver á Tomás, ya alabando, ya baldonando su doctrina, declaróle ó loco ó borracho; mas no pudiendo llevar en paciencia que Tomás le volviese en polvo la gloria con denuestos divulgando que hacía guerra al Romano Pontífice con el intento de arrebatar la tiara para sí, tras de darse al diablo mil veces de puro enojo, escribió al elector Federico y al Consejo se recatasen de aquel pseudoprofeta, que debajo de la piel de cordero escondía las uñas de lobo. Vano fué el efecto de las cartas. De Nurenberg le disparó una Münzer, en que le daba en rostro, entre otros baldones, con que se hacía Papa más intolerante que el de Roma.

Durante estas vergonzosas reyertas, donoso era el concepto que Münzer formaba de la divina revelación, con estimarse profeta. *¿Acaso me preguntarás,* decía, *cómo viene el Verbo á nuestro corazón? Respondo: baja de Dios en un estado de admiración profunda. El hombre que estas cosas no ha sentido, y no las conoce por el vivo testimonio de Dios, nada puede hablar sobre Dios con solidez, siquiera hubiese devorado cien mil Biblias* (1). El vivo testimonio experimental de Dios, la palabra interior del Espíritu Santo en el alma de los fieles, tal es el criterio, superior á la misma Escritura, inventado por Münzer,

(1) *Comment. in Daniel.*, t. III, 1524.

con el fin de convertir en revelaciones los sueños de su fantasía. *Bibel Babel*, exclamaba el fanático, cuyo furioso guay fué el grito de guerra con que amenazó espantosa conflagración á toda la Alemania, como refiere Meláncton en su *Vida*. A su ejemplo, los que le seguían se gloriaban de tener revelaciones, en cuya virtud trataban de falsos profetas á los predicantes luteranos.

¿Qué vaticinios se podían esperar de tales monstruos, hostiles á la sacrosanta verdad? Sirva de modelo aquella que hizo Münzer á los suyos cuando les prometió que en las mangas de su hábito recibiría los tiros y pelotas de sus enemigos. Todo le salió al revés.

2. De los vaticinios de Lutero da fe el libro de Cochleus (1), fuera de otras colecciones de documentos fidedignos. En el año 1522 predijo lo siguiente: si nos conceden á mí y á los míos dos años más para predicar el nuevo evangelio, pararán en humo el Papa, los Obispos, Cardenales, curas, frailes, monjas, campanas, torres, misas, etc., etc. No dos solos, sino veinticuatro años enteros le quedaron al heresiarca, que feneció la vida en 1546, para derramar el veneno de su doctrina, como le derramó sin intermisión ni descanso. Su predicación se deshizo como nube, porque azotando el aire con sus sermones no logró que el Papado dejase de sobrevivir, pues ha florecido hasta el presente con Obispos, Cardenales, frailes y monjas, torres y campanas, misas é indulgencias; todo en descrédito del presumidísimo *profeta*.

Entre otras célebre fué aquella profecía, con que amenazó de muerte á la Iglesia Católica, por estas arrogantes voces:

«Oh Papa, tu peste fuí
En vida; cuando me muera,
Oígalo la Roma entera,
Seré muerte para ti (2).»

Lutero se fué al otro mundo; el Papa prosigue con las riendas del gobierno eclesiástico ocupando su Sede Pontifical, y riéndose de las baladronadas del zaque tudesco.

Vivía Lutero en su patria con entera salud, cuando se le antojó este vaticinio: *En tornando á Wittemberg me recostaré en la tumba, y así entregaré un mofletudo Doctor á la voracidad de los gusanos* (3). Al revés le salió el oráculo. Pensando volver á Wittemberg sano y salvo, á los dos días de vaticinar su vuelta, le cogió la muerte de sobresalto en Eisleben, su patria, el 22 de febrero de 1546.—Tenía Meláncton sus pujos de profeta; habiendo vaticinado que el emperador Carlos V alargaría la vida hasta el año 1584, Lutero le quiso argüir de falso profeta con esta predicción: *No dura el mundo tanto*

(1) *Commentaria de actis et scriptis Martini Lutheri*, 1525.

(2) Pestis eram vivus; moriens ero mors tua, Papa.—Esta ronca echó Lutero después de escanciar largo, entre vapores de malvasía; se contiene en los discursos recogidos por Juan de Amsterdam, n. 31.

(3) Cum Wittembergam rediero, tunc me in tumba reponam, sicque vermibus pingüem Doctorem devorandum tradam. Consta en los citados *Discursos*, publicados en Francfort, p. 446.

como eso. Ezequiel lo contradice. Vencido y desbaratado el Turco, cumplióse la profecía de Daniel, y entonces sin género de duda el postrer día del juicio está cerca (1). Tan mal profeta fué Lutero como Meláncton. Carlos V falleció el año 1558. Doce años antes llamó Dios á Lutero al riguroso juicio de su tribunal, que fué para él acabarse el mundo, aunque no lo esperase.—En otra ocasión, por ciertas señales del cielo prometió á una facción de labradores la victoria en una escaramuza. Aquí mostró su torpe ignorancia, según que lo prueba Lindano en su *Diálogo* tercero.—Ardía la guerra entre Carlos V y algunos príncipes del imperio. Lutero, al leer la inscripción de una moneda belga, que decía: *Ad alligandos reges eorum in compedibus*, aplicó el sentido al Duque Enrique de Brunswich amigo del César, afirmando que el Sajón y los suyos, enemigos del César, no quedarían cautivos. El efecto contrario le confirmó por pseudoprofeta, como Lindano en su *Diálogo* lo refiere.

Parece cosa de risa ver á Lutero con la copa de cerveza en la mano echando brindis á la salud de la Reforma, y en el calor de la sibarítica mesa, al son del ronco regüeldo entre sus *inspirados* compadres, atreviéndose á remedar la infinita ciencia de Dios con estas destempladas voces: *Cierto estoy que tengo del cielo mis dogmas.—Mis dogmas permanecerán en pie, y el Papa caerá.—Dios sabe cuál de los dos desfallecerá primero, el Papa ó yo.—Cristo me dotó de un espíritu esclarecido.—A mí me toca sudar con todas las fuerzas, para que el Mesías* (Lutero) *anuncie al Mesías* (Cristo).- *Isaías soy yo, Felipe Meláncton es Jeremías.—San Juan* (Huss) *profetizó de mí cuando de la cárcel de Constanza envió cartas á Bohemia, diciendo: ahora asarán un pato (Huss* significa *pato), y á los cien años oirán cantar un cisne, cuyo canto habrán de recibir* (2). En otras ocasiones, la evidencia de los hechos le ponía en los labios estas verdades, que no eran profecías: *El diablo á veces me anda zumbando por la cabeza y dentro del cerebro con zumbido tan temeroso, que no hay manera de escribir ni de leer.—El diablo se me pega en la cama y compone un cuerpo conmigo; le siento á él más contiguo que á mi Catalina.—Tengo dos admirables diablos que me hacen guarda, diligentes y muy despiertos; no son diablos ordinarios por ahí, sino grandes demonios, y entre los diablos notables Doctores en Teología* (3).

Las malas mañas del maestro hallaron en sus alumnos muchedumbre de imitadores. El año de 1533, los luteranos, atentos á ganar fama de profetas, derramaron por el vulgo la voz de que tal día, como el que fijaban, había de entablar Dios el juicio final. El espanto de la novedad indujo á los ricos á estarse mano sobre mano

(1) El P. Tanner: Ita refertur ia citatis Symposiacis germanicis Francofurtensibus, tit. 70. *Disp. I de Fide*, quaest. II, dub. IV, n. 89.

(2) Estas brutales fanfarronadas se hallan con letra de molde en los *Escritos de Lutero*, contra el rey de Inglaterra; en la *Glosa*, contra el edicto imperial; en los *Coloquios de Lutero*, publicados por Rebenstock, t. II, págs. 28 y 199.

(3) *Carta al Elector de Sajonia.—Discursos de mesa.*—Cítalas Malvenda, *De Antichristo*, t. I, lib. I, cap. XXVI.

sin edificar casas, á los labriegos á desamparar el cultivo de los campos, y á los más á disponer sus ánimos con la Eucaristía. *La vana persuasión de los falsos profetas paró en risa y ludibrio, pues el mismo efecto enseñó cuán donosos profetas tenían los luteranos* (1). Escandaloso fué el suceso, de cuyas resultas, conforme le narra Tilman Bridenbach, no podían los luteranos quedar más confusos y humillados. Había el evangélico Stifel predicho que el día 3 de Octubre de aquel mismo año, 1533, á las diez de la mañana, se abriría el juicio universal. *Llega el dicho día,* dice Bridenbach, *ocupa Stifel el púlpito, exhorta á los campesinos que tengan buen ánimo, porque se acerca el momento en que todos, calzados y vestidos, con almadreñas y pedorreras, habían de volar al cielo. Mas, como la hora señalada se fuera deslizando, de suerte que los gañanes comenzasen á cabecear perplejos, y aun el mismo predicador no las tuviese todas seguras, enmedio de la perplejidad estalló en las nubes una tormenta furiosa, de cuyo fragor aprovechándose Stifel, apretó con más vehemencia al auditorio, notificándole que aquella turbonada era la señal celeste de darse comienzo al universal juicio. La tempestad se fué serenando, el cielo se abrió, la atmósfera quedó limpia; lo cual visto por los labriegos, llenos de rabia, echan mano á Stifel, le derriban del púlpito, le atan de pies y manos, le meten en un carro para llevarle á Wittemberg y para delatarle al juez, esperando cobrar del burlador parte de las pérdidas que les había ocasionado.* Todo esto cuenta Bridenbach (2). El remate de la ridícula farsa fué quedarse Stifel, por obra y elección de Lutero, al frente de aquella iglesia, no obstante la reclamación de los burlados labradores.

3. En la mitad del siglo XVI floreció David Georgio, hombre de baja suerte, que no reparó en tomar alas de ambición para levantarse sobre la coronilla de las estrellas, haciéndose, no igual, sino superior en divinidad á Jesucristo redentor del mundo. Las enseñanzas promulgadas por Moisés, por los Profetas, por Cristo Jesús, por los apóstoles y discípulos, estimábalas este impío embaucador como las coplas de Calaínos, inútiles y escasas para alcanzar la verdadera felicidad; al contrario de las suyas, que consistían en pregonarse por verdadero Mesías, Hijo de Dios, nacido, no de carne, sino del Espíritu Santo, enviado á este mundo para sacar á los hombres de laceria y llevarlos á la vida bienaventurada. En abono de su personal dignidad, publicaba que todo pecado contra el Padre y contra el Hijo lograría en este mundo perdón; mas un pecado contra el Espíritu Santo es, á saber, contra David Georgio, que por Espíritu Santo se vendía, ni en este mundo ni en el otro alcanzaba remisión.

(1) LORENZO SURIO: At ea pseudoprophetarum vana persuasio in risum et ludibrium abiit, resque ipsa docuit quam sint isti praeclari prophetae. Accidit hoc Wittembergae et in aliis nonnullis oppidis. *Commentar. rerum gestar.*—COCCLAEUS, *Acta Lutheri*, anni 1533.

(2) *Sacrarum Collat.*, lib. VII, cap. XXXII.

Tan horrendas barbaridades no parecería creíble hubieran salido de humana cabeza, si no las refiriesen varones concienzudos y doctos (1), entre los cuales el Beato Canisio llama á David Georgio, el muñidor de los impíos, que en el siglo XVI se mostraron adversarios de la religión cristiana. Rebosaba santidades y sabidurías por la boca, reventaba por lozanearse con sus espirituales poderes, hacía estremecer la tierra con su poderosa voz de mando; con estos cascabeles en la caña de pescar sacaba honra y reverencia de los simplecillos tudescos (2). Otros falsos profetas menciona el Beato Canisio, como Juan de Leyden, Agustín Weber, Juan Fette, á quienes les salieron alas por ambición de dominar, para apoderarse como buitres alevosos, de la santa doctrina, mas al fin cayeron ícaros despeñados en el abismo del descrédito. El que menos sed de gloria tenía fundaba su honor en ser hijo de David, con ejecutorias y credenciales para gobernar todo el ámbito de la religión.

4. Lugar oportuno tiene aquí el suceso escandaloso que el Padre Del Río sacó de los Anales de Polonia en esta substancia. Reinando Sigismundo I, rey de Polonia, se le asentó en la cabeza al alcalde de Brezmi, llamado Jacobo Melstinki, el humor de alzarse con el renombre de Mesías, á vueltas del cual, escogiendo á doce foragidos por apóstoles, dió en correr campos y aldeas con maravillas pueriles que parecían al vulgo milagros, como el sacar panes de un horno y peces de albercas cenagosas en nombre de Cristo. Entre otras casquetadas para engatar al vulgo con más veras, trataron que uno de ellos se fingiría endemoniado. Acudieron á un santuario muy célebre de la Virgen Santísima, donde el fingido poseso, con grande sagacidad desempeñaba el oficio de ladrón, metiéndose en las posadas sin más llaves que las uñas, ganzuando arcas y despensas, arrebatando de las cocinas tasajos de vianda, frutas y vinos, con que procurar á los compañeros un buen rato solaz.

A fin de representar mejor la farsa y dar satisfacción al pueblo, que no se podía averiguar con el *energúmeno*, los apóstoles lleváronle á la iglesia, con voz de hacerle los exorcismos. Entre tanto le habían armado de dos vestidos con sendas bolsas, las del interior vacías, las del exterior llenas de piedrezuelas. Empieza la ceremonia de los conjuros al pie del altar, que por ser día de gran solemnidad estaba ricamente adornado de preseas y donativos. Entró el imaginado poseso en tan desapoderada furia á las primeras oraciones, que arremetiendo al altar, puso en huida al capellán, de cuya ausencia prevista se aprovechó para apoderarse de alhajas y dinero, metérselo todo en los senos del vestido interior, con tal

---

(1) CANISIO, *De novis sect. Praemonit.*—THUANOS, *Hist.*, lib. XXII.—BELARMINO, *Chronic.*—COCK, *Thesaur. cathol.*, t. I, lib. VIII, art. 7.

(2) De Davide Georgio impiorum hujus aetatis omnium, qui Christo adversantur, quondam veluti primipilo non possum non meminisse. Is post hominum memoriam, horresco referens, veri Messiae personam, doctrinam, spiritum et officium in Germania sibi sumpsit.

cuidado, que cuando los sacristanes fueron á prenderle y á desceñirle, se le cayeron en tierra las piedrezuelas, que ellos creyeron serían las alhajas del altar así transformadas por arte del demonio.

Largo fuera de contar, y tiempo muy mal gastado, si se hubiesen de poner aquí las aventuras de estos *doce apóstoles*. Faltos de apoyo en la autoridad pública, dieron en manos de los campensinos, quienes después de zamarrearles las costillas con una gentil tunda, á fin de examinarles el espíritu profético les decían por donaire: ¿profetizadnos en qué carrascal nacieron estos palitroques? Al fin, cansados de su mala vida trocaron las burlas en veras, viendo cuán mal les iba con la intentada ficción. De este suceso sale fiador el Padre Del Río en sus *Disquisiciones Mágicas* (1).

5. Suceso peregrino, casi único en la historia, es el de los fanáticos de Cevennes, cuya verdadera condición no se conocerá mientras haya en el mundo protestantes, interesados en falsearla con quiméricas pinturas. Un vidriero, por nombre Duserre, morador del monte Peyrat en el Delfinado, dedicóse al arte de experimentar en su cuerpo convulsiones epilépticas y de fomentarlas en otras personas. Abrió escuela; él daba lecciones á los niños, su mujer á las niñas, sobre el artificio de las agitaciones corporales; tan buen maestro salió Duserre de esa maléfica invención, que en breve llegó á formar discípulos que la propagaban por aquella provincia. A todas horas tenían los montañeses en su mano la habilidad de embravecerse con estremecimientos, de hacer pasmarotadas, de caer en accidentes nerviosos, de alborotar con desmayos, paroxismos, éxtasis y arrobamientos el vecindario de cortijos y aldeas. La curiosidad, que suele hacer cabriolas en el apetito del vulgo, metía en calor la sangre de los más pacatos y despertaba terrible fuego en las pasiones más dormidas. El fin de tan pernicioso oficio era alaridar con grandes clamores contra la religión católica y representar con disimulo revelaciones y profecías en favor del protestantismo que inficionaba el Delfinado, á cuyas partes más remotas fueron despachados por Duserre un tal Gabriel Astier y una tal Isabeau, discípulos suyos, con orden de sacar á plaza todas sus habilidades en medio de la rústica gente.

En particular la joven Isabeau, llamada por otro nombre la *pastora de Cret*, tuvo por de grandísimo negocio el erigir cátedra de *profetas*. Así como los que hallan qué roer, no dejan el hueso de la boca, antes muestran afán de chuparle sin descanso; así la *pastora de Cret*, por no perder el granillo que con sus tramoyas cogía, á trueque de comerse las manos tras el oficio, llegó á extremos al parecer increíbles. En Grenoble, el año 1688, sacó de sus casillas á innumerable gente con sus convulsiones y vaticinios, so pretexto de enseñar al mundo las comunicaciones del Espíritu divino, levantando las crestas y bríos á cuantos la oían. Bien pronto se vieron juntas de

(1) Lib. II, quaest. VIII.

profetas y profetisas, que por el hecho de llamarse así, quedaban eximidos de toda ley, con licencia para todo género de desmanes. Por orden de los magistrados los corchetes echaron mano á la *pastora*, metiéronla en la cárcel; allí vuelta en sí, lloradas sus bellaquerías, tornó al seno de la Iglesia católica.

El instigador de toda esta barahunda fué Jurieu, quien asiendo la ocasión por la melena, escribió un libro intitulado *Accomplissement des prophéties*, ó en otros términos *Délivrance prochaine de l'Eglise*, en que trataba de probar que las voces de los *profetas*, resonantes por doquier, de boca de niños y niñas, y aun oídas en los aires y en los templos, mandaban se alzase en Francia el protestantismo sobre las ruinas del catolicismo. El libro del taimado Jurieu echó aceite en el fuego. El escándalo subió de punto. La pastora de Cret había profetizado, antes de darse á prisión, que el Espíritu Santo se derramaría en los corazones de los niños. Ella, que los había impuesto en el artificio de las convulsiones, sin poder la autoridad atajar sus pasos, vió bien pronto centenares de niños trocados en *profetas*, pueblos enteros que como casas de orates amanecían tocados del *Espíritu divino*. Los sujetos de toda edad y condición sentíanse primero como indispuestos, á la indisposición preliminar seguíase el prurito espasmódico, al prurito la convulsión con sacudidas histéricas, á las convulsiones el rodar por la nieve, por los baches, sin sentido ni consideración, sin dejar en medio de su trastorno mental de lanzar al aire alocados despropósitos en forma de vaticinios con tan porfiado frenesí, que ni hierro ni fuego bastasen á sacarlos de su insensibilidad y desvarío. Los principales vaticinios se reducían á determinar para fines del año 1689 la constitución universal del protestantismo, la caída definitiva del papismo, la conversión de los monarcas, el triunfo del flamante Evangelio.

Los alborotos del Delfinado parecían haber tenido fin, sofocados por mano de la autoridad pública, cuando á principios del siglo dieziocho recrudecieron con síntomas mucho más formidables después que Abrahán Mazel, fanático montañés, amotinó las gentes del campo. Entonces los montañeses de Cevennes se levantaron en armas con más furia que los del Delfinado, resueltos á saltear, saquear é incendiar iglesias y castillos, al clamor de *el fin del mundo se acerca;* en especial así que á Mazel juntáronse luego Cavalier, Roland, Catinat, Ravanel, Marion, que capitanearon en pandillas á los amotinados, los cuales todos podían callar con Cavalier, panadero, el más dispuesto por su temperamento á éxtasis y visiones. Cuando este hombre astuto y embaucador había de administrar á otros la *comunión*, es decir, conferirles la inspiración y consagración del Espíritu Santo, si los consideraba indignos de la merced, encogía los brazos que antes había extendido, para no volverlos á extender hasta que con la oración y penitencia fuesen hallados dignos del celestial favor. Llevaba de compañera á una joven llamada la *grande María*, que haciendo sus veces se ponía extática y daba

oráculos en crédito de Cavalier. Entrambos tenían largos coloquios con Dios y con los ángeles, en que sonaban de rato en rato inflamadas exhortaciones, frenéticos vaticinios, sentencias de exterminio y de muerte.

El contagio de los éxtasis y profecías corrió velocísimamente hasta inficionar á los ancianos y á los niños. Las criaturas en brazos de sus madres se retorcían inquietas voceando: *Misericordia, misericordia, convertíos; el fin del mundo se acerca; dígote, hijo mío, dígote que el fin del mundo se acerca.* Los éxtasis duraban á veces día y medio sin interrupción. Algunos casos fueron notables por las lágrimas de sangre que hilo á hilo destilaban los ojos de los convulsos. En salteándolos el Espíritu, caían extáticos, daban chillidos espantables, echaban feos espumarajos, con las caras hacían gestos y garambainas, hablaban entre sí con meneos de brazos, se desgañitaban á voces, aun los niños que apenas conocían el dialecto y jerigonza de sus padres, atronaban los oídos hablando en buen francés no sin extrañas momerías, pero con más singular extrañeza todos pronunciaban discursos elocuentes y sublimes. En 1703, las comarcas de Cevennes, de Velay y del bajo Languedoc eran hormigueros de convulsionarios. Los hermanos *caían* (palabra usada para explicar aquel peregrino estado) en presencia de sus hermanas heridos del mal; á los padres y madres se les pegaba el accidente de sus niños cuando los asistían; los católicos con sólo mirar los éxtasis de los protestantes caían extáticos también. Aquella región parecía exhalar vapores pestilentes, que derramaban la infección en los cuerpos y en las almas, como si la inmundicia del error hubiese evaporado sus exhalaciones ponzoñosas en aquella mísera gente.

Los vaticinios que de sus labios salían, si hemos de ceñirnos á probanzas auténticas, eran de dos clases: ó se oponían de punta en blanco al catolicismo en favor de la herejía, ó anunciaban la llegada de amigos lejanos, ó el hallazgo de cosas perdidas y extraviadas. Conocimiento de lo interior de las almas no se notó en ninguno de los convulsionarios; al menos no hay prueba de ello.

Antes que la autoridad civil tomase la mano contra esta extrañísima rebelión, hubieron los jueces de secuestrar los niños, metiéndolos en cárceles y conventos, donde aun así encerrados, dieron no poco que hacer á los alcaldes. La comisión de médicos nombrada para examinar el estado de los trescientos niños encarcelados en Uzés, concluyeron que ni estaban endemoniados, ni enfermos, ni inspirados, sino que eran unos infelices fanáticos. Desde aquel punto los extáticos y *profetas* de Cevennes comenzaron á llamarse *camisardos*. Al fin cedieron á la fuerza armada, no sin gran daño de los rebeldes. En 1704 pareció extinguido el incendio. Elías Marion tornó en 1705 á inquietar los humores levantando otra vez la llama, que luego se fué en humo á vista de la horca, presidios y hogueras que la justicia ofreció en castigo á los facinerosos impostores.

En 1707, huidos de su patria los camisardos, se refugiaron á Inglaterra, donde hallaron al pueblo inglés muy frío para semejantes revueltas. Cuéntase de un viajero, que poseía buena porción de idiomas, la anécdota siguiente: A un camisardo que se preciaba de hablar todas las lenguas, le rogó que pronunciase algunas palabras de una de tantas como sabía. El *profeta* le respondió: *Tring, trang! suing, suang! huing, huang!; esta es la terrible sentencia que fulmino yo contra mis enemigos.* En obra de treinta años los protestos y tumultos de los camisardos dieron fin mostrando á la posteridad el escarmiento de los falsos profetas (1).

6. Dos exposiciones, opuestas entre sí, han presentado los filosofantes sobre la naturaleza de estas hazañas: la una materialista, la otra espiritualista. Los materialistas son de opinión que los camisardos comenzaron sus éxtasis y arrobamientos por causas naturales, los continuaron por profecías falsas, y los terminaron por los mismos medios que el temperamento, estado mórbido, astucia refinada les suministró. Los espiritualistas, al contrario, ponen al demonio por autor de toda la comedia, que remató en tragedia; mas para hacerlo creíble ponderan la intuición de los pensamientos, las fuerzas sobrehumanas, la anunciación de misterios ocultos, el estado irregular del organismo, la infestación general de las convulsiones; circunstancias, que en los camisardos del Delfinado y de Cevennes arguyen superior poder, influencia diabólica, fomentadora de la herejía.

Revocado el edicto de Nantes por el rey de Francia en 1685, estaba el calvinismo boqueando y tan deshecho, que los postreros residuos se habían visto en la necesidad de ocultarse, desesperanzados de recobrar la perdida libertad de conciencia. Se fingían voces celestes, cantares de salmos al estilo protestante, la trompa de la fama pregonó profecías y visiones en tono calvinista, Jurieu con vivas ansias publicaba la extinción de la religión romana por el triunfo de Calvino, muchos ministros protestantes cooperaron á la empresa con persuasiones y dinero; en una palabra, la malicia humana no dejó piedra en su asiento por lograr el auge de la herejía en la nación francesa. Tal era el premeditado intento. El arte de profetizar fué la traza que se inventó para salir con él (2).

La historia de los camisardos tiene echadas más profundas raíces de lo que á primer aspecto parece; no es la representación de una mera farsa de fanatismo, sino la encamisada más furiosa y descomunal contra la Iglesia de Dios que han presenciado los siglos. *El Papa es el Anticristo,* exclamaba Lutero echando raspas de furia, y quiso plantar esta clamoreada entre los artículos del Sínodo celebrado en Smalcalda el año 1537 (3). *El Papa es el Anticristo, y el*

(1) LECANU, *Hist. de la Magie*, chap. VIII.—*Dictionn. des Miracles*, art. *Fanatiques.*—BANIER, *Hist. des cérém. relig.*, t IV.

(2) LECANU, *Dictionn. des Miracles*, art. *Camisars.*

(3) BELARMINO, *De Romano Pont.*, lib. III.—BOSSUET, *Hist. des variat.*, lib. XIII.

hijo de perdición señalado en las Sagradas Letras, y la bestia vestida de púrpura que el Señor destrozará, decretó el Sínodo de Calvinistas congregado en Gap del Delfinado, el año 1603. Estos delirios se les imprimieron tan en lo íntimo de los tuétanos á los protestantes, que muy despacio haciendo cómputo de los años que había de durar la dominación del Anticristo, los aplicaban al gobierno de los Papas. El calvinista Jurieu, el más furioso adalid de la secta, tomó por fundamento el año 450, pues que antes de ese tiempo no le parecía que la Iglesia anduviese fuera de camino. Según sus cálculos, en el año 450 empieza el imperio del Anticristo; el cual porque ha de durar 1260 años (así lo sueña el hereje), viene á coincidir con el año 1710 la ruina del Anticristo (1), á saber, la ruina de los Papas y de la Iglesia Romana, y por tanto el triunfo del protestantismo. Esto escribe el calvinista. Sin embargo de sus cuentas galanas, receloso de verlas fallidas añade: *No parece que las cosas estén maduras el día de hoy para suceso tan grande, ni se debe imaginar que el reino del Anticristo y de la idolatría se venga abajo así como así, á ojos cerradillas, y desaparezca en cuatro ó cinco años...; pero no veo yo que pueda durar sino es tal vez hasta el año 1714* (2). Si en lugar de irse al otro mundo Jurieu el año 1713, vive dos años más, se nos caía muerto de pura vergüenza, si vergüenza puede caber en hombres tan descarados.

No dejó el ministro calvinista cosa por intentar en orden á salir con su perversa pretensión. El fué el principal muñidor de la camisardía; los delirios de los *profetas*, ó inventados ó interpretados por él cooperaban maravillosamente á la verificación de sus cálculos; pero mientras daba él cuenta á Dios de sus tropelías y embustes, el Romano Pontífice continuaba calentando el asiento de su inconmovible roca con los ojos muy serenos, bien persuadido á que de los nublados sale el sol y de las tormentas la bonanza.

Si, pues, hemos de apuntar parecer en materia tan deleznable, en cuya relación suelen cargar de sombras y borrones la pintura los católicos, y exagerar con resplandor de luces los protestantes, creemos no ser posible dar cabal razón de los referidos hechos sin introducir la acción del demonio, como causa siquiera concomitante sobreañadida á la sagacidad, astucia y truhanería de los agentes y á la conmoción histérica de los pacientes. Mas una cosa campea con evidencia en lo extraño de estos sucesos, y es la realidad del pseudoprofetismo, que se muestra por sí á los ojos del menos apasionado lector (3). Los vaticinios no parece fueran diabólicos, sino fraguados en la oficina de Jurieu, cortados al talle de su endiablada malicia.

7. Los cuákeros, secta compuesta de fanáticos, que por imaginarse inspirados se ponían á temblar de pies á cabeza, tuvieron por

(1) *Apoc.*, XI, 2.
(2) *Accomplissement des prophéties*, t. II, chap. II.
(3) *El Milagro*, lib. III, cap. VI, ofrecerá pormenores que completen los relatos de esta interesante materia.

caudillo al zapatero Jorge Fox en el siglo XVII, que en sus ratos de ocio aprendió de memoria casi toda la Biblia, aunque apenas supiese leer. Su temperamento hipocondriaco hízole malquisto de todos. Con el retiro de la soledad le puso tan encapotado la negra melancolía, que dió en juzgarse cercado de demonios tentadores. Extenuado por el rigor de los ayunos oyó una voz del cielo entre arrebo-les de una luz hermosa, que le disipó las tinieblas y turbaciones del alma. Así se lo pintaba la fantasía al maestro de obra prima. En consecuencia, arreciaron visiones, raptos, éxtasis, revelaciones, con tanta copia de lumbre *divina*, que viendo que los cuidados domésticos le estorbaban el gozo, arrinconó la horma, arrojó el tirapié, sentó plaza de apóstol, de profeta, de reformador, bien persuadido á que Dios le tenía destinado para encauzar el verdadero culto de Dios que andaba salido de madre, lleno de corruptelas y desconciertos. Porque el verdadero culto religioso, decía, ha de ser espiritualísimo, interior, consistente en el solo sacrificio de las pasiones y en la fragancia de las virtudes, sin esas recancanillas de sacramentos, ceremonias, ritos, imágenes, solemnidades, coro, indulgencias, jubileos, grados jerárquicos y demás exterioridades que la Iglesia Romana y el judaísmo instituyeron: la verdadera Iglesia de Cristo es una virgen modesta, sobria, paciente, caritativa, sacrificada al descanso y paz de los fieles, toda ocupada en interioridades continuas.

Tal era la doctrina que el zapatero Fox predicaba en las tabernas, ventorrillos, plazas, templos, con lágrimas y sollozos, animando las turbas á la regeneración espiritual del cristianismo, de cuya predicación nació en breve un cuerpo religioso, sin culto externo, sin liturgia, sin ministros ni sacerdotes. Los nuevos *cristianos* más caso hacían de la profecía que del milagro. Si la profunda meditación había bañado de resplandores el alma de Fox, por el mismo camino llegaron sus discípulos á lograr el don profético. En las juntas ordinarias entraban los cuákeros dentro de sí con recogimiento profundo, no sin estar alerta á las operaciones del Espíritu. El primero que sentía ensanchado el corazón, encendido el rostro, lágrimas de alegría, pensando que todo aquello era obra de secreta inspiración, rompía el silencio para manifestar á los concurrentes sus vivas conmociones; al calor de la elocuente plática, todos los oyentes sentíanse por un igual *inspirados*, comenzaban á dar diente con diente, tenían sobresaltos de corazón, pasaban terribles bascas, mas no cabiéndoles el corazón en el pecho daban cuenta de su estado á los demás, en cuya presencia no hallaban alivio sino predicando justicia, beneficencia, abnegación, desprendimiento, y dilatando sus discursos cuanto les era posible. Terminada la tremolina de razonamientos, salían silenciosos, cabizbajos, recogidos, venerando cada uno en el otro un templo del Espíritu Santo, al revés en las honras, riquezas y dignidades miraban mundanerías dignas de menosprecio y eterna reprobación.

8. Con la turba de *profetas temblones*, pronto Inglaterra vióse invadida de predicantes, que buscaban compañeros de su locura entre magistrados y teólogos, entre soldados y labriegos, entre damas y damiselas. Los discípulos de esta manía temblabam como unos azogados, daban dentelladas sin parar, se desataban furiosos contra la Iglesia anglicana y contra los pingües sueldos de sus pastores. Mal año para los cuákeros con el predominio de Cromwel, que á la sazón mandaba en Inglaterra. El hábil político hízoles guerra sorda, prohibiendo las juntadas públicas, pero ordenando no se les hiciera daño; prohibición y ordenanza, que por haber sido desatendidas quedaron sin efecto, hasta que muerto Cromwel, se les aplicó á los temblones con gran firmeza la vara del rigor, á que se sometieron ellos, de puro medrosos y ajudiados, con un tesón muy semejable á paciencia.

El cuakerismo no salió de mantillas hasta que Penn y Barclay, recibidos en la secta, la fundamentaron en principios teológicos dignos de tales maestros. Su máxima principal era, que el testimonio del espíritu es el camino único para adquirir verdadero conocimiento de Dios. Entendían por testimonio del espíritu cualquiera manifestación exterior ó interior, por sueños ó apariciones, por luces internas ó por movimientos del corazón. A ésta llamaban revelación divina, evidente y clara por sí, no sujeta á discusión ni á duda, conforme en un todo con el testimonio externo de las Escrituras, regla única é infalible de la divina voluntad, puesto que las Santas Escrituras derivan toda su excelencia y autoridad de la fuerza poderosa del espíritu, pues por eso ocupan el segundo lugar, después del testimonio del espíritu, en la regla de la fe.

Esta doctrina del cuákero Barclay es muy vieja en el protestantismo, la principal que le da vida y le tiene separado de las enseñanzas católicas (1). Los mismos protestantes que aguzaron sus ingenios para confutar la teoría de Barclay (2), nos excusan el trabajo de insistir en la refutación de este insipiente sistema, según el cual todo el tesoro de Profetas y Profecías del Antiguo y Nuevo Testamento se convertiría en un cuadro de antojos, sin solidez ni realidad, si fuera verdadero el principio del cuakerismo teológico, puesto que el histórico se ajusta á la horma del zapatero Fox, hombre hipocondríaco, neciísimo y soñador.

9. El Jansenismo tuvo también sus *profetas*. Secta más taimada no la conoce la historia. El espíritu de finísima soberbia señoreó con tanto poderío á sus afiliados, que los puso frenéticos, convulsos, dementes con una locura más diabólica que humana. El cementerio de San Medardo, en donde estaba enterrado el cuerpo del diácono Páris, fué el teatro más extraño y ridículo de lances indecentes, im-

(1) Véase cómo la expone Pluquet, *Dictionnaire des Hérésies*, art. *Quakers*.

(2) BROWN, *Le Quakérisme*.—ARNOLD, *Exercitation contre les thèses théologiques de Barclay*.—BAJER, *L'origine de la véritable et salutaire connaissance de Dieu*.—LOLTUSIUS, *Anti-Barclay allemand*.—REISSER, *Anti-Barclayus*.

píos, escandalosos. En este número entran *profecías* que nunca se verificaron, predicciones y vaticinios amenazantes contra la Bula *Unigenitus*, que había puesto el dedo en la llaga heretical, blasfemias arrogantes de los orgullosos enemigos de la autoridad eclesiástica, demostraciones de ceguera y endurecimiento, sólo propias de fanáticos infernados. Basta remitir la curiosidad del deseoso de más especificada noticia á los documentos contemporáneos, para tachar de pseudoprofetas á los convulsionarios del jansenismo (1).

ARTICULO III.

1. Los Eleristas.—2. Otros falsos profetas alemanes.—3. Los Mormones.—4. El *Libro de Oro*.—5. Los Armonistas.—Los Perfeccionistas.—Los Adventistas.—6. La *Obra de la Misericordia*.—7. El fanatismo origen del pseudoprofetismo.—8. El fanatismo es propio de los herejes. 9. La Iglesia Romana enemiga del fanatismo.—Las sectas disidentes le fomentan, como fruto de la ignorancia religiosa.

1. Los herejes modernos, que guardan por herencia de los pasados el odio al nombre católico, no les van en zaga en la vanidad de predecir y en el escándalo de sus predicciones. Todos han mostrado siempre tener taravilla y apetito de soltar la lengua á borbotones; pero si alguna vez con disimulo han procurado hacer la causa á sus mentiras, revocando y cubriendo la falsedad, la misma verbosidad con su arrogancia los desacreditó y deshonró.

La escuela de Molinos, que en España había quedado por estéril al golpe del anatema, dió en Alemania renuevos de tan mala echadura como lo dicen á voces las comunidades de Eleristas ó Sionistas. Eller, su fundador, prenunciaba el advenimiento del reino del Mesías en bien parloteadas arengas que hacía á sus oyentes, á quienes solía convidar con su mesa. Casado con una viuda de cuarenta y cinco años, recibió en la secta á la hija de un panadero, llamada Ana de Buchel, muchacha tan facilitona como parlera, que entre otras visiones y apariciones señaló para el año 1730 el reino de los mil años, la primera resurrección general y el dominio visible del Mesías con su escogidos. La viuda esposa de Eller murió en 1729 abrasada de vivísimos padecimientos y echando maldiciones á su marido; el cual, con perfidia diabólica, hizo correr la voz de que su difunta mujer estando poseída del demonio había muerto cual sus obras merecían. Tomó el viudo por esposa á la *profetisa* Ana.

Las cosas que esta fanática predijo, pasan los términos de lo creíble, á saber, que los dos esposos eran llamados á fundar el reino

(1) Picot, *Mémoires*, 17 févr. 1733, t. II.—Ribet, *La mystique divine*, t. III, chap. VIII.

milenario, que ella sería la novia del Cordero, destinada á dar al mundo el Salvador en su segunda venida, que en 1770 el nombre del Señor resonaría por el ámbito del orbe, que la hora de la perfecta libertad había llegado ya, que los que pusiesen trabas al nuevo orden de cosas serían castigados con vara de hierro. Estos vaticinios dieron campanada por Alemania, Suiza, Holanda y comarcas del Norte. Mas hete aquí que cuando todos los secuaces de Eller aguardaban impacientes el nacimiento del nuevo Mesías, Ana parió una niña, que aguó las esperanzas de la secta, y habría echado á pique todos los designios si al año siguiente no hubiese dado á luz un niño, en 1733, que recibió el nombre de Benjamín, y fué adorado por hijo de Dios, pues por tal le predicaba Eller su padre. Solía presentar en la asamblea su Benjamín con inefable cariño; si la criatura bostezaba, decía era señal de que el Señor le había hablado. El Benjamín de un gran bostezo dió la última boqueada; no por eso perdió Eller su inalterable serenidad. En 1738 nacióle en su lugar otra niña, que llamó Sara, de quien profetizó su padre que haría proezas varoniles, en razón de las cuales merecía ya honores divinos, como en verdad se los tributaban los Eleristas. Exponer aquí las cautelas, proyectos y ardides que Eller usó para acreditar y autorizar su disparatada enseñanza, sería traspasar los términos de una sucinta reseña. Ana murió de repente, de resultas de haber asistido á un solemne convite, en 1744.

Eller prosiguió con tiranías y liberalidades dioseando entre los suyos, cual si fuera un ser sobrenatural en su nueva Jerusalén, que había hecho construir en la aldea de Rousdorf. *Los lances*, dice Gams, *acaecidos en los banquetes, que cada día celebraba Eller, y que remataban en la adoración del héroe, son casi increíbles. Las fiestas de familia de Eller eran las de la comunidad; solemnizábase en ellas la Asunción de Santa Ana de Buchel* (1). Hagamos aquí punto, y quédense para la vana curiosidad las aventuras, persecuciones, enjuiciamiento, muerte y muerte estoica del alocado Eller (1750): su secta se extinguió en 1768.

2. Quien tuviese paciencia y valor para escribir la historia del fanatismo religioso, hallaría colmada materia en la descripción de los pseudoprofetas herejes. Los sectarios, por lo común, dan en una credulidad fanática tan pueril, que no parece sino que por falta de criterio católico se convierten las sectas en manadas de borregos. Cosas se han visto en el siglo diezinueve, que á no ser tan frescas, parecieran increíbles. Tropas de alemanes, desterrándose de Wurtenberg su patria, fundaron en 1818 y 1819 colonias en la Georgia rusa, con el intento de vivir más cerca de Jerusalén y estar preparados para el día del juicio final, que veían ya muy cercano. La profetisa Spohn alentaba los ánimos con sus soñadas visiones, á vender, como en hecho de verdad vendieron, sus casas y haberes, esperando

(1) *Dictionn. de théol.*, art. *Fanatiques*, t. VIII, p. 358.

el maná del cielo que proveyese á su subsistencia. Con esta confianza emprenden un viaje trescientos y más de ellos, acompañados de su profetisa. El gobernador, resuelto á cortar los pasos á aquel desvarío por vía de prudencia, les amenaza con despachar una columna de cosacos que les estorben la salida. ¿Qué puede un general del emperador contra las órdenes de Dios? decían los fanáticos fiados en los vaticinios de Spohn. Júntanse en Katharinenfeld los peregrinos, pónense en orden para caminar, sólo aguardan la nube en que el Salvador había de dejarse ver, para dar principio á la marcha; la nube tardaba en llegar; mejor dicho, cada cual la tenía en los ojos, y al frotárselos no conoció la ceguera de sus intentos. Los cosacos caen sobre la turba ciega; no por eso desfallecen los falsos devotos, póstranse de rodillas, entonan un cántico de su liturgia; como á las voces no se siguiese el esperado milagro, un sastre, Daniel Maier, recita versos de San Pablo; ni por esas. La profetisa bambalea temblando como hoja de árbol, los niños hacen pucheros, las mujeres gruñen, los hombres se dan á mil satanases por ver malograda la hora de su partida. Así se les deshizo á los mentecatos la rueda de sus visiones (1).

3. La pureza del catolicismo ha excusado á la nación española en todo el curso del siglo diezinueve los escándalos que han dado tanto que hablar en los países protestantes, como en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Si alguna centella pareció en el cielo de la península ibérica, á poco rato se tornó ceniza, sin dejar rastro de sí. Muy de otra suerte se han de tratar los incendios cebados por mormones, armonistas, perfeccionistas, adventistas y otras cáfilas de revelanderos en tierras de protestantes.

Los Mormones admiten por fundador á Joé ó Josef Smith, hijo de un minero, que creyó de sí que era el Mesías. Con grande estruendo esparció á pregones, como se lo creyeron los Americanos, que había descubierto la *Biblia de oro*, así llamaba el *Libro de Mormón* traducido en lengua vulgar. Cuenta Smith cosas de sí tan altas cuan peregrinas; la más importante es, que estando en oración le vino del cielo una clarísima luz con que tras de convencerse de la falsedad de todas las religiones actuales, entendió cómo Dios le quería revelar el purísimo Evangelio. No le fué dificultoso á Smith dejarse ir tras el hilo de su propia arrogancia, atizada por las prédicas de Wesley. Contemplaba Smith las divisiones intestinas del protestantismo, dábale disgusto el espíritu de codicia vil reinante en los Estados Unidos, miraba con desdeñoso desabrimiento la propensión del anglicanismo á comerciar con la verdad religiosa, sentía en sí la necesidad de las comunicaciones divinas; meditando á vista del caos indigesto y tenebroso que en el protestantismo descubría, llegó á pensar de sí que Dios le tenía escogido entre millares para

(1) Mauricio Wagner, testigo presencial, describió estas historias en su libro *Voyage en Colchide et dans ses colonies allemandes d'au delà le Caucase*. Leipzig, 1850.

alumbrar al mundo y poner orden en aquel maremano de confusos elementos, entre los cuales su torpeza y ceguedad no le dejaban abrir los ojos á la lumbrera vivísima de la religión católica.

4. En 1823 recibió visita de un ángel, que le sopló en los oídos era llegada la hora de anunciar al mundo el Evangelio en toda su llenura, con el principio de los mil años; cuatro años después el dicho ángel depositó en sus manos la *Biblia de oro*. A fin de entender á buena luz las revelaciones del precioso libro, le fueron enviadas del cielo dos piedras luminosas, *Urim* y *Thummim*, encerradas en un riquísimo estuche. Por este medio no había en el *libro celestial* cosa que á Smith le fuese nueva, tocante á la vida de Jesucristo, á la historia de la religión cristiana, á sus misterios y dogmas, al origen de los americanos desde la torre de Babel. El caso es, que el *Libro de oro* había estado por largo tiempo escondido en las entrañas de la tierra, cuando el ángel le avisó á Smith el paraje donde le hallaría; hallado que le hubo, dióle orden de traducirle en inglés y de proponerle á los suyos por norma de su ley y religión.

Nadie ha visto jamás la *Biblia de oro* en su ser propio y original; pero los Mormones recantan de ese libro lo que á Smith se le puso en la testa contarles. El origen verdadero del libro parece ser el siguiente. Un clerizonte anglicano, Salomón Saulding, que tenía por oficio andar de zoca en colodra mundaneando, dióse á componer una novela sobre los primitivos pobladores del continente americano, cuya relación quiso tejer con las aventuras de las tribus israelitas desparramadas por América. El manuscrito, que no salió á pública luz porque la muerte le cogió al autor las manos en la masa, vino á dar en las de Smith, el cual le trasladó secretamente, le adornó con párrafos bíblicos, y quedándose con la copia, condenó el original á eterno olvido. Fácil tarea fué para Smith juntar con su traslado otro libro de revelaciones y asegurar que las tenía recibidas de un ángel. En suma, Smith granjeó fama de flamante profeta, á vueltas de la cual fué tenido por el príncipe de los *santos de los días postreros*, pues así se llaman á sí propios los Mormones. (The Latter-Day-Saints.)

Una corporación como ésta, fundada para dar al traste con el protestantismo, á quien acusaba de tronco sin vida y sin dones espirituales, no podía crecer ni medrar sino en la soledad, lejos del mundanal bullicio. En las riberas del Mississipi erigieron los Mormones su Sión, con templo magnífico, donde Smith reinaba con ínfulas de rey y profeta, aconsejando á todos la poligamia, la comunidad de bienes, la vida á sus anchas, la poltronería sin rienda, á toda ella el deleite. Poco tiempo le duró en las manos el cetro real, si bien creció la secta incomparablemente, por la anchísima puerta que abría á la holganza corporal. A Smith le cosieron á puñaladas en la cárcel. Sucedióle Young, que acabó de torcer el juicio á los sectarios, cuyo número dicen ascendía en 1853 á 300.000. Después se han extendido por Suiza, Cerdeña, Alemania, Escandinavia, Ingla-

terra, islas de Malta y Sandwich, Gibraltar, Chile, Japón, China, Australia, con nuevas creces de sus principios comuneros (1).

5. Los *Armonistas* son un agregado de secuaces del *profeta* alemán Müller, famoso belitre que habiendo prometido fundar una monarquía puramente espiritual, por haber temido las cosquillas de la autoridad civil, tuvo que esconder su miedo en un rincón de América. Allí trabó amistad con el protestante Rapp, que administraba patriarcalmente con absoluto poder todas las propiedades, hasta los matrimonios, de una comunidad de pietistas. El *profeta* Müller supo insinuarse en el ánimo de Rapp con tal maña, que tomó en breve las riendas de los Armonistas, entre quienes Rapp había metido un espantoso desconcierto. Müller fundó la nueva Jerusalén, con mil protestos de que á su abrigo habían de guarecerse los que deseaban escapar los rayos vengadores de Dios. Cuando el *profeta* hubo juntado buen número de creyentes, después que sacó de sus bolsas el provecho que pudo, por gozar de su cucaña, dejándolos bien rapa dos declaróles en nombre de Dios que cada cual llegase al puerto de salud por donde mejor pareciese (2). Culebrazo bien merecido.

Más reciente es la secta de los *Perfeccionistas,* cuya residencia principal es el Estado de Nueva-York. Tienen por base fundamental el comunismo con ilimitada libertad de soltar á las pasiones las velas, por darse verdes con azules á satisfacción de los sentidos. Carecen de código legal, pues su única ley es la inclinación y gusto. Las mujeres llevan el cabello tendido por las espaldas, no trenzado ni sujeto, por parecerles más conforme al consejo de San Pablo. El escándalo de su traje hombruno quería introducirse en Inglaterra, pero la moda *perfeccionista* halló la puerta cerrada. El fanatismo de esta gente pasa la raya de lo creíble. En el profetizar no tocan tecla, aunque no dejan de hacer ensayos.

Menos asco dan, aunque más risa, los *Adventistas*, así llamados porque oyendo decir á William Miller en 1833 que el fin del mundo estaba cercano, y que convenía prepararse con la penitencia á la segunda venida del Señor, dieron fe cándidamente. Al tenor de las cuentas de Miller el término fatal del mundo caía en 1843, mas como no sobreviniese, dilató el estallido para el 23 Octubre de 1847; todo conforme al capítulo octavo del Profeta Daniel. La loca necedad de este badulaque llegó al extremo de aconsejar á los suyos la venta de muebles, alhajas, vestidos, y la compra de trajes blancos de última moda, para celebrar con solemnidad la ascensión del 23 Octubre. *En Boston, la muchedumbre cándida llenó toda la noche la tienda, esperando el sonido de la trompeta que debia dar la señal de partida* (3). Sin embargo de tan patentes desengaños, los Adventistas de

---

(1) Caswall, *The Prophet of the* XIX *Century*, 1842.—Turner, *Mormonisme in all ages*, 1842.—*Dictionn. de Théol.*, art. *Fanatiques, Mormons*.

(2) Bonnhorst, *Description des aventures de Proli*, 1834.—Wagner, *Hist. de la Société de l'Harmonie*, 1833.—*Dictionn. de théol.*, art. *Harmonistes, Fanatiques*.

(3) Gams, *Dictionn. de théol.*, art. *Fanatiques*, t. VIII, p. 372.

los Estados Unidos siguen en sus trece aguardando la aparición del ángel, que al mejor día los llame á seguir en cuerpo y alma al Salvador glorioso que ha de juzgar al mundo infiel.

6. Hará sobre setenta años, en 1839 pareció en Francia un nuevo *profeta*, Pedro Miguel Eugenio Vintras, hombre de baja suerte, sayagués y de corto ingenio. Declarándose digno sucesor de los Profetas Elías, Ezequiel, Daniel, sacó á la publicidad un librejo sobre la *Obra de la Misericordia* (1), que sirvió de fundamento á la Asociación bautizada con ese título, con fin de facilitar medios pecuniarios para sostener una fábrica de papel y para apoyar el partido del hijo de Luis XVI, heredero de la corona francesa. El libro sobredicho era parto de un cura de Tours, á quien su obispo había quitado las licencias, pues que Vintras era inepto para tomar la pluma.

Pedro Miguel fingía tener en su trato con el cielo éxtasis, revelaciones, visiones, tras las cuales al despertar de sus arrobos dictaba en diversas lenguas las comunicaciones celestes. A machamartillo le creían los curiosos, como quienes eran testigos de sus convulsiones, temblores, sudores de sangre, llagas de pies y manos, fragancias aromáticas, que anunciaban, decía el fullero, la presencia del arcángel San Miguel, encargado de intimarle en nombre de Dios las voluntades del cielo. Mas no sólo le transmitía el arcángel las soberanas voluntades, sino también cosas de devoción bendecidas por mano del mismo Padre eterno en persona, como rosarios, medallas, estampas, muy en particular hostias consagradas, que el impío repartía á sus alumnos con frecuencia, sin demandarles preparación alguna, pues les aseguraba que él tenia poder para perdonar por sí toda suerte de pecados, no obstante cualquier género de fechorías que en su vida hubiesen cometido.

Esta secta fué un remedo de los delirios montanistas. El reino del temor floreció desde Moisés á Jesucristo, el de la gracia campeó desde Jesucristo acá; pero en estos últimos tiempos se consagra el reino del amor por la *Obra de la misericordia. El Padre reinó en la Ley, el Hijo en el Evangelio, el Espíritu Santo en este siglo de luz y caridad. El instrumento escogido por Dios para propagar el amor de misericordia es Pedro Miguel Vintras, profeta divino extraordinario.* Tal es el resumen del opúsculo antes citado. No quedó por el *profeta* el cumplir con su ministerio: vaticinios espantables sonaban en sus labios, de castigos terribles de Dios en los pueblos infieles, de venganzas horribilísimas contra las ciudades prevaricadoras, de amenazas á los malos, de premios á los buenos, de luchas de ángeles con demonios, de trastorno de elementos, de cataclismos exterminadores; pero al fin el arcángel Miguel echará grillos y cadenas á Satanás, lo cual acabado, el reino del Espíritu Santo florecerá en la purificada tierra. Este fué el tema de sus profecías, indeterminadas y

(1) *Opuscule sur des communications annonçant l'œuvre de la miséricorde*, 1839.

generales. El remedio para excusar los efectos espantosos era alistarse á la *Obra de la Misericordia* y llevar siempre encima la *cruz de gracia* revelada á Pedro Miguel. El blanco de los sectarios iba más adelante de lo que á simple vista parece creíble. Un pontífice santo se había de concertar con el rey de Francia para extender la nueva religión, mediante la convocación de un concilio ecuménico que sancionase las doctrinas de Pedro Miguel. Milagros y profecías no le habían de faltar al hombre arrogante para merecer el aplauso general de embajador divino. Quien desee más cabal noticia de estos disparates, acuda á Lecanu (1), que le dará sabrosos ratos de buen humor.

Los magistrados de la ciudad de Caen, bien enterados de lo que intentaba Pedro Miguel, cuando no cesaba de venderse en público por arcángel del orden de los serafines, le cortaron las alas por sentencia judicial, pusiéronle á la sombra, allí le tuvieron cinco años seguidos con prisiones infames por malversación de bienes confiados, por estafas y por fraudes. No le valió al truhán la apelación á la Corte real; la sentencia de presidio fué plenamente confirmada. Según indicios demostrativos, la secta de los Miguelistas cayó después en tan viles torpezas de inmoralidad, comparables con las de los gnósticos y maniqueos, que el Concilio de Rouen baldonó en 1850 las doctrinas y prácticas de la secta, dignas de suyo de sepultarse en la sima del olvido. El año 1851, á 10 de Febrero, expidió la Santa Sede un Breve, que denuncia á la faz del mundo cristiano la temeridad, arrogancia, descaro y absurdo de los delirios miguelistas, en cuyo número entraban algunos miembros del estado eclesiástico.

7. Deteniendo la consideración en la muchedumbre de pseudoprofetas, que desde Jesucristo hasta hoy han sido los principales autores de las turbulencias religiosas, podremos desenvolver un poco más la especulativa de esta materia para dar alcance á la causa original del fanatismo, que tantos desórdenes ha producido, produce y producirá en el mundo. *Fanatismo* de suyo denota fervor engendrado por cosa sagrada; pero ya el uso ha ceñido la voz á expresar una pasión de ánimo, manifestada en acciones á consecuencia del erróneo ó exagerado concepto que en materia religiosa se tiene formado. Cuando el concepto religioso sea justo y verdadero, habrá entusiasmo, heroísmo, fervor; fanatismo no podrá haber. El fanatismo es hijo del error ó de la exageración; flaqueza humana, que sólo halla remedio en la verdad religiosa seriamente decretada. La Iglesia católica es la única depositaria del remedio con que se ahuyenta el mal del fanatismo, porque calumniadores son los que la pregonan por madre y fautora de fanáticos. Levántese un católico, simple ó letrado, dé en extravagancias y santerías, propóngalas en público, trate de embelecar al vulgo; el fanatismo podrá correr vergonzante de mano en mano, pero no faltará el sil-

(1) *Dictionn. des Miracles*, art. *Vintras*.

bido del pastor que avise á las ovejas la presencia del pasto sospechoso para desviarlas del peligro. Si el fanático presta oídos á la autoridad eclesiástica, su fanatismo quedará atajado de manera que su conciencia esté saneada; si resiste á la voz maternal, el fanatismo seguirá haciendo riza, fuera del seno de la Iglesia, cortada á cercén la raíz de los males. El fanatismo procedente de error dogmático no puede ser durable en una porción de la Iglesia católica; el fundado en exageración, tampoco tendrá vida larga, tarde ó temprano habrá quien le denuncie y quien le enfrene. La historia de los Concilios y la publicación de las Bulas Pontificias son argumentos irrefutables de esta luminosa verdad.

8. Al contrario, el fanatismo casi por necesidad ha de reinar en las sectas disidentes. Dejemos aparte las locuras y violencias propias del fanatismo religioso; ellas solas más sangre han derramado, más bolsas han agotado, más haciendas han saqueado, más patrimonios han desgaldido y disipado, más desgarros y fieros han hecho que las guerras civiles más encarnizadas. Propiedad del fanatismo es la soberbia arrogante, que presume ser la llamada del cielo á nobles empresas, á remediar los daños presentes, á reformar las costumbres públicas, á restaurar el orden mundano, á fraguar nuevos cielos y nueva tierra. Si fuera de la Iglesia católica el error campa como en su propio elemento; si á fomentar el error ayuda el orgullo pagado de sus propias luces; si por no doblar el cuello al yugo la vana presunción, alza la cresta entonada contra toda autoridad; si el apetito de salir con la suya incita al soberbio á romper con todas las consideraciones humanas y divinas; si á trueque de poner en ejecución sus designios no repara el presuntuoso en fingir visiones y revelaciones, tiranizando la libertad ajena para hacer creederos sus desvaríos; si por la presunción llega al extremo de aceptar el título de profeta un hombre taimado é ignorante, que nunca supo glosar las Escrituras de un modo pasadero; si el juicio privado sacando al orgulloso de sus casillas le pone la bandera en la mano para acaudillar un puñado de mandrias, recoger holgazanes, emborrascar aldeas, meter bulla en pueblos sencillos, por traer al redopelo á sus pies las voluntades de pacíficos moradores; si por estos pasos camina el fanatismo hasta revolver de alto abajo una entera nación, no es de maravillar que los montanistas, donatistas, albigenses, luteranos, calvinistas y demás sectarios modernos hayan hallado en sus torpísimos errores el arte de traslumbrar y enloquecer tantas cabezas como individuos contaban en sus fanáticos gremios. El fanatismo en las sectas no es caso accidental, sino fruto esencial y propio del árbol malo. El ahijarse á sí propio un fanático el renombre de profeta, el pregonarse Cristo y Mesías, no era negocio de pura farsa; en los más fué efecto y castigo de su redomada soberbia, fué consecuencia natural del fanatismo que vive de engaños, multiplica falsedades, triunfa á poder de yerros, se entontece más cuanto más yerra, y no para ni se detiene hasta que la fantas-

magoría de sus soñados embustes le delata al tribunal del sentido común por vil depravador de la sana razón.

9. Por fuerza han de ser fanáticos los herejes. Entre católicos el fanatismo podrá ser local, individual, transitorio, más ó menos encubierto; pero general, estable, emprendedor, hazañoso, nunca, de ninguna manera; el error no da alas para tanto, ni la exageración es suficiente dentro de la Iglesia para traer embaucada la devoción de los fieles. Pocos han sido los pseudoprofetas que permaneciendo adheridos al gremio de la Iglesia católica, hayan traído revuelto el mundo con visiones peregrinas; si alguno de ellos salió á la publicidad, no tardó la sentencia eclesiástica en quitarle la máscara con reprimir su fanatismo. Pero ¿qué cosa más natural y más creíble que ver á un Münzer guiado por su espíritu individual, engolosinado con las Escrituras, porque leía en ellas los más exorbitantes errores, y hallaba tontos que se los solemnizaran, dispuestos á pasarlo todo á sangre y fuego por sustentar aquellas que se les antojaban verdades cuando eran desaforadas mentiras? ¿Qué cosa más concebible que un Juan de Leyde á la cabeza de una tropa de fanáticos saqueando la ciudad de Munster, apellidándose rey de Sión, legalizando la poligamia como privilegio de la reformada *santidad?* El error, condición de la herejía, estos y parecidos frutos tiene que producir, cuando se apodera de cabezas contumaces que suplen con la astucia lo que les falta de instrucción, para comunicar á la plebe más necia la furia de su errada persuasiva.

Semillero de falsos profetas ha sido siempre la herejía, y lo será hasta que el mundo se acabe. Viólo con divina claridad nuestro Señor Jesucristo, viéronlo con especialísima luz los apóstoles; viéronlo, y lo predijeron; sus predicciones constituyen la vida práctica de todos los herejes. ¿Con qué derecho se llamaban estos el nuevo Mesías? ¿Qué razón asistía á Lutero para tachar de Anticristo al Pontífice Romano? ¿Qué motivos tenían los anabaptistas para preciarse de enviados de Dios con orden de fundar el reino de la inocencia? Hombres de rotas costumbres y de pasiones desenfrenadas habían menester motivos de credibilidad bien sólidos para creerse y hacerse creer por embajadores del cielo: ¿dónde están? ¿quién se los oyó proponer? ¿quién los pesó en la balanza de la recta razón? ¿con qué obras los autorizaban? ¿O hemos de tener tan absoluta fe en la palabra de un mortal, que por estimarse á sí mismo profeta de Dios, debamos oir de rodillas ó pecho por tierra, y recibir con acatamiento cuanto nos quiera enseñar? ¿Para qué nos dotó el Señor de razón, sino para usar libremente de ella en cosas tan sagradas como las tocantes á religión? Porque los Hermanistas prediquen el asesinato de los sacerdotes; porque los Davidistas ensalcen su doctrina por muy superior y por más acendrada que la de ambos Testamentos; porque Hacket, Fox, Swedenborg, Smith y otros fundadores de sectas fanáticas, pierdan la vergüenza llamándose Mesías, Hijos de Dios, Profetas santos; porque los camisardos, en fin,

mormones, y demás pseudoprofetas, llenos de ardiente celo, temblasen como espiritados, hiciesen momerías, gesticulasen con aspavientos, barbotando visiones y comunicando su espíritu visionario á otros temblones tan histéricos como ellos; no por eso todas estas fantásticas escenas denotaban ser efectos del espíritu divino, antes en prueba de no ser fruto de fanática impiedad, razones eran menester convincentes, palpables, accesibles al conocimiento de los ingenios vulgares, seguras y sólidamente fundadas, ya que la extravagancia de las dichas sectas llevaba por blanco disolver la religión romana á trueque de fundar un nuevo culto, un nuevo orden de verdades religiosas.

Mas, por desgracia, las sectas del fanatismo de lo que menos se pueden gloriar es de haber tenido por cabezas hombres versados en el estudio de las Escrituras, varones consumados en la meditación de las cosas celestes, personas amigas de Dios y acostumbradas á tratar con él en la quietud de la oración, sujetos de mortificadas pasiones y celosos de la honra divina. Es decir, los *profetas* del fanatismo han sido en todo tiempo hombres de mediano saber, de virtud sospechosa por lo menos, de astucia y destreza notable, de pasiones indómitas, malos filósofos, peores teólogos; en una palabra, diametralmente opuestos á los Profetas de Dios.





CAPÍTULO VII.

Falsas profecías entre católicos.

ARTICULO PRIMERO.

1. Falsos profetas hállanse á veces entre los hijos de la Iglesia católica.—El sabio Merlín.—2. La afamada Profecía concerniente á los Romanos Pontífices.—No fué su autor San Malaquías.—3. ¿Quién la compuso?—4. Expónese la Profecía papal. — 5. Discusión y consideraciones.—6. Otras colecciones de Profecías concernientes á los Papas. —7. El abad Joaquín: su sistema y la falsedad de su espíritu profético.—8. Arnoldo Vilanova.—Rupescisa.

1. Siendo la verdad en sí purísima y sin sombra de mácula, como emanación de la ciencia divina, grande aprecio se habrá de hacer de los Profetas, que siempre vaticinan verdad. El gentilismo tuvo falsos profetas que daban muy lejos de la verdad en las predicciones de cosas ocultas ó venideras; al pueblo hebreo tampoco le faltaron pseudoprofetas, en contraposición de los Profetas divinos para quienes reservó el Espíritu Santo la inteligencia y comunicación de los dogmas sobrenaturales; la herejía nunca pudo blasonar de haber engendrado un solo profeta genuino, con haberlos tenido falsos en tanta abundancia; ninguna secta separada del tronco evangélico, hizo ostentación de poseer por vía profética noticia de cosas apartadas de la previsión humana. Aunque la gracia de profetizar no esté vinculada en ninguna categoría de sujetos, ni dependa de buenas ó malas costumbres, ni se conceda á nadie por contemplación de sus méritos ó de su profesión religiosa; el hecho indubitable que resulta de los documentos históricos, es ser la profecía don tan peculiar y distintivo de la Iglesia católica, única verdadera, que no han participado del divino carisma hasta el presente las religiones ajenas de la apostólica unidad.

No es esto significar que la católica religión se haya visto en todo tiempo libre de falsos profetas, conviene á saber, de miembros suyos, tal vez ilustres, expuestos á ilusión ó vencidos del engaño. La

Iglesia católica oyó sus predicciones, corrieron éstas por entre el vulgo, llegaron á lograr fama de profecías; pero ni la Iglesia las recomendó con su definitivo aplauso, ni merecieron por ellas sus autores lugar honroso en el catálogo de los héroes: quedáronse en la triste opinión de pseudoprofetas, porque el tiempo, crisol seguro en que se apura y refina la verdad histórica, hallólos faltos de luz, de inteligencia menguada para predecir las cosas que según es fama predijeron. A los católicos y verdaderos hijos de la Iglesia, que erraron en sus vaticinios, pareciónos muy conveniente dedicar este capítulo, por la importancia del asunto, para que se acabe de entender mejor quién es el autor único de toda profecía, y de cuánta excelencia ella es.

Aquí será razón advertir, que todo espíritu que una sola vez instila ó revela alguna cosa falsa ó mala, se ha de tener por evidentemente malo ó de ilusión, siquiera haya sugerido muchas verdades. El espíritu de Dios es purísimo y santísimo sin mezcla de falsedad; dondequiera que inspire, no puede dar lugar á efectos contrarios á la verdad de las cosas. *Mas no por eso hemos de pensar*, añadamos con el P. Lapuente, *que todas las demás inspiraciones ó revelaciones que tiene la tal persona, sean de mal espíritu, ni la hemos de calificar por ilusa, como bien lo advirtió Gerson; antes es costumbre ordinaria del demonio, para desacreditar las verdaderas hablas y revelaciones de Dios y afligir á las personas que las tienen, mezclar con ellas alguna de las suyas, para que todas las demás se tengan por sospechosas, y no las admitan ni se aprovechen de ellas. Mas todo esto suele nuestro Señor convertir en bien de sus escogidos, dándoles luz para distinguir la variedad de estos movimientos y sacar provecho de todos* (1). Sirvan estas observaciones de cauteloso aviso para hacer cabal concepto de las pseudoprofecías y de los pseudoprofetas de que al presente tratamos. No es nuestro ánimo demostrar que todo lo contenido en ciertos vaticinios de personas muertas en olor de santidad, haya sido *sueño y paja* (2); mas decimos que se halla en algunos mucho *sueño* y mucha *paja*, ora la acarrease con su malicia el enemigo de todo bien, ora la acumulase la imaginación loca del devoto profetante.

Echemos antes un velo sobre el sabio Merlín. De este famosísimo personaje se publicaron en el siglo XII varios vaticinios. Godofredo de Montmouth y Alano de Lila diéronlos á luz con sus correspondientes comentarios. Merlín, personaje fabuloso, cuyo nacimiento suele colocarse en el siglo V, dió materia á poetas y novelistas para escribir muchos libros llenos de consejas y donosas predicciones. El rey Vortigerne tiene un sueño maravilloso el año 465; Merlín, hijo de un demonio y de una bruja, á guisa de explicar el sueño, con figuras emblemáticas y expresiones simbólicas describe los futuros acaecimientos del mundo. Tal es la base cimental en que estriban

---

(1) *Guía espiritual*, t. I, trat. I, cap. XXIII, § 3.

(2) Jer. XXIII, 26.

los poetas para introducir en los siglos medios la nueva é incomparable ficción del rey Arturo, de los caballeros de la Tabla Redonda, del sabio Merlín, de la brujería, y de otras grandes invenciones literarias, que fueron pábulo á la curiosidad y ocupación á privilegiados ingenios.

La *profecía* de Merlín no se compuso en el siglo v, pues contiene reminiscencias de los siglos IX y X. Cuando Godofredo de Montmouth la añadió á sus crónicas (1), y cuando el monje Alano de Lila tornóla á publicar casi al mismo tiempo, con escasas variantes, parece claro que no fueron autores de ella; que si lo fueron, no hicieron sino poner en forma de vaticinio los acontecimientos ocurridos en Inglaterra, y en forma alegórica los sucesos futuros, sin prever cosa alguna relativa á las tragedias levantadas en tiempo de Enrique VIII. Los que han creído que Merlín *vaticinó* las proezas de la heroína Juana de Arco, han caído en la torpeza de ver en Merlín un personaje histórico y de atribuir á sus palabras sentido profético: ambas proposiciones están faltas de argumentos comprobativos. En verdad, al paso que Merlín se multiplicó (2), crecieron las colecciones de *profecías* que se le ahijaban: obras todas de fantasía novelesca.

Ello es la pura verdad, que desde que el inmortal Cervantes empozó juntamente con Don Quijote en aquella profunda cueva de Montesinos (3) la caballería andante y toda la gavilla de encantadores y encantamentos, se les acabó á los novelistas la gana de sacar á Merlín á pública luz. No sin razón sugirió Cervantes al encantado Montesinos aquellas palabras: *A mi amigo Durandarte tiénele aquí encantado, como me tiene á mí y á otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador, que dicen fué hijo del diablo, y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino*. Mucho alarga la pluma Cervantes en esta oculta predicción; pero acaba de dar al traste con Merlín cuando pone en boca del empozado Don Quijote estas palabras dirigidas al venerable Montesinos: *Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y veréislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlín, aquel Don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería...* (4). Así quedó enterrada con honra, con la honra del lenguaje español, en el sepulcro del sempiterno olvido la memoria de Merlín y de sus fantásticas profecías. Mejor adivinó Cervantes que no Merlín.

2. Dejando estas niñerías, vengamos á otras que no lo parecen y lo son, pues no de otras parvuleces se ha de componer este libro.

---

(1) *Britannicæ utriusque regum et principum origo et gesta insignia*, en 1175

(2) Ambrosio Merlín Camber, Merlín Caledonio, Merlín Cocayo fueron los Merlines más celebrados.—FABRICIUS, *Bibl. lat. mediæ et infimæ latinitatis*. Art. *Merlinus*.

(3) *Quijote*, parte segunda, cap. XXII y XXIII.

(4) *Quijote*, p. II, cap. XXIII.

La profecía concerniente á los Papas, célebre desde fines del siglo XVI, no conocida en siglos anteriores, en mal hora se prohijó á San Malaquías, que vivió en el siglo XII. El primer autor que la puso en los ojos públicos, fué el benedictino Arnoldo Vion en su *Arbol de la Vida* (1). San Bernardo, biógrafo de San Malaquías, á quien trató familiarmente y cerró los ojos en Francia, con haberse detenido en exponer el don de profecía y de milagros, de que estuvo adornado su amigo el irlandés San Malaquías, arzobispo de Armagh, no hizo mención de este tan notable vaticinio, que á fines del siglo XVI se pregonó por el orbe con atabales y trompetas. Llegó el pregón á oidos del P. La Reguera, autor del siglo XVIII, quien no reparó en achacar *origen ficticio* al divulgado documento, citando en comprobación de la tramoya la autoridad de Papebroquio (2).

Para explicar el abate Curique la omisión de San Bernardo, trae dos razones, de todo punto improbables (3), inadmisibles en buena crítica. San Bernardo conservó en la *Vida de San Malaquías* predicciones no aún verificadas, recibidas no del Santo Profeta, sino de los monjes bernardos de Irlanda; ¿cómo se le pudo ir de la memoria ésta de los Papas, siendo tan importante y tan ilustre? Y si San Bernardo la pasó en silencio, ¿cómo no rezó de ella ningún autor del siglo doce, ni del trece, ni del catorce, ni del quince? Porque, ¿cómo es posible que se ocultase á la erudición y perspicacia de los afamados Juan de Salisbury, Oton de Frisinghen, Pedro el Venerable? De providencial socorro hubiera sido el conocimiento de la Profecía Papal á fines del siglo XIV, durante aquel pavoroso Cisma, en que la Iglesia pasó por la prueba más terrible de cuantas ha padecido hasta hoy; porque cuando la guerra porfiada entre dos Papas traía revueltos á los católicos, cuando las rentas eclesiásticas y las gracias espirituales se consagraban á galardonar el celo de los partidarios, cuando las naciones católicas sentían en sí la fermentación de elementos hereticales, que amagaban al cuerpo entero con un trastorno general, por no saberse quién era la Cabeza legítima; ¿quién duda sino que importaba escudriñar, averiguar, sacar á plaza el testimonio de un Profeta, cuya autoridad habría sido de gran peso para sosegar los ánimos, restituir la paz, definir el derecho, señalar la línea de sucesión en asunto tan enmarañado, si en realidad de verdad hubiese habido rastro en el mundo de tal profecía? Pero cuando á los autores del siglo XII, XIII y XIV no se les dejase ver de los ojos la noticia, ciertamente antes del año 1595 á la muchedumbre de historiadores, críticos y eruditos, como Mariano Scoto,

(1) El libro *Lignum vitæ*, 1595, dedicado por el monje cisterciense al rey de España Felipe II, con notas del Padre dominico Francisco Chacón, en el publicar la *Prophetia de futuris Pontificibus Romanis*, t. I, p. 307, no señala el origen y fuente de donde procedió.

(2) PRAXIS, *Theol. mysticæ*, lib. 10, q. 5, num. 607.

(3) La Saint Docteur ne parle pas en particulier de la célèbre Prophétie de la succession des Papes, soit parce que le temps n'avait pas encore fourni l'occassion de la vérifier, soit plutôt parce que Saint Malachie, l'ayant faite à Rome, comme il est fort probable, n'en aurait par humilité rien dit à son illustre ami. *Voix prophétiques*, t. II, p. 36.

Bordini, Platina, Masson, Panvini, Joannel, Bzovio, Baronio, Spondano, Raynaldi, no les había de faltar luz para rastrear el secreto y origen de la Profecía Pontifical. Con todo eso, nunca les dió en los oídos la fama de tan grave documento, siempre huyó la publicidad, nunca vió ni sol ni luna, siempre estuvo mal con la luz. Tampoco le conocieron el rincón los hagiógrafos irlandeses, solícitos por colocar en su punto la gloria de los santos nacionales, hasta que Tomás de Messinghan le copió á continuación de sus *Vidas de los Santos de Hibernia,* publicadas el año 1644. De forma, que la celebridad universal que la Profecía de los Papas granjeó y conserva aún en el día de hoy entre algunos críticos de baja estofa, carece de fundamento histórico, pues sólo estriba en la autoridad del monje Vion y en el dictamen de otros escritores del siglo XVII.

3. Quién haya sido el inventor de la *Profecía Papal,* no consta con entera claridad. *La generalidad de los críticos,* dice Gams, *opina que las imaginadas profecías de Malaquías fueron inventadas en el Cónclave de 1590, por el partido del Cardenal Simoncelli, que quiso designar á los que deseaba ver elevados al trono pontificio* (1). No parece verdad lo asentado aquí por Gams, por más que haya sido esa la opinión de algunos críticos, en especial del abate Vallémont (2); porque el P. Jesuíta Menestrier, tal vez el primero que se declaró abiertamente contra la Profecía Pontifical (3), opinó haber sido obra de un partidario del Cardenal Simoncelli, mas no de todo su partido (4), puesto que habiendo el Cónclave durado cuarenta y nueve días, dió lugar al invento de semejantes pataratas, que dijeran mal con la gravedad de todo el partido, dado que fuesen menos impropias de un particular, como los que suelen acudir á Roma á la creación de un Papa, con el designio de ocupar los ratos de ocio en hacer calendarios y pronósticos políticos, cada cual á su talante. La verdad sea, que los motes relativos á los Papas anteriores al siglo XVII, son más vivos y determinados, menos vagos y ambiguos que los tocantes á los Papas posteriores. La *Profecía Pontifical,* en resolución, es obra de un pseudoprofeta, y no parto legítimo de divina ilustración. Bintérim le concede algún valor (5), Feller sólo descubre relación notable entre alguna predicción y los hechos históricos del Papa correspondiente (6); mas esas coincidencias casuales no bastan para el mérito de la Profecía. A los ojos de todo el mundo parece claro, que las dedicatorias de los Papas puestas antes del siglo XVII se ajustan con gran propiedad y facilidad al nombre, patria, armas, familia de los sujetos; pero desde principios del siglo XVII hasta el fin no es posible interpretar las dedicatorias sin suma violencia y

(1) *Dictionn. de théol.,* t. XIV, art. *Malachie.* (2) *Eléments de l'histoire,* pag. 201.

(3) *La réfutation des Prophéties touchant l'élection des Papes, attribués à Saint Malachie,* 1689.

(4) Je dis donc que ces prétendues Prophéties sont l'ouvrage d'un partisan du Cardinal Simoncelli, qui au Conclave de 1590 était le plus âgé des Cardinaux, petit neveu du Pape Jules III. *Ibid.*

(5) *Memorab.,* lib. III, p. 107. (6) *Biograph. univers.,* art. *Malachie.*

sin mucha impropiedad, pues parecen echadas á la ventura, como luego se dirá.

4. Las predicciones de la Profecía Papal, se expresan en la forma siguiente (1):

E castro Tiberis	Celestino II.
Inimicus expulsus	Lucio II.
Ex magnitudine montis	Eugenio III.
Abbas suburranus	Anastasio IV.
De rure Albo	Adriano IV.
Ex tetro carcere.	Víctor IV, antip.
Via transtiberina.	Pascual III, antip.
De Pannonia Tuscia	Calisto II, antip. (2).
Ex Ansere custode.	Alejandro III.
Lux in ostio	Lucio III.
Sus in cribro.	Urbano III.
Ensis Laurentii.	Gregorio VIII.
Ex schola exibit	Clemente III.
De Rure bovensi.	Celestino III.
Comes signatus	Inocencio III.
Canonicus ex latere	Honorio III.
Avis Ostiensis.	Gregorio IX.
Leo Sabinus	Celestino IV.
Comes Laurentius	Inocencio IV.
Signum Ostiense.	Alejandro IV.
Jerusalem Campaniae	Urbano IV.
Draco depressus.	Clemente IV.
Anguineus vir	Gregorio X.
Concionator gallus.	Inocencio V.
Bonus comes	Adriano V.
Piscator Tuscus	Juan XXI.
Rosa composita	Nicolao III.

(1) El primer autor que la dió á la estampa fué, como va dicho, Arnoldo de Vion, monje flamenco de la Orden benedictina, en el cap. XL, lib. II de su obra *Lignum vitae*, impresa el año 1595. En la lista de los Papas es de notar que la columna de las empresas ó motes *proféticos* pertenece al presunto San Malaquías, así como la columna de los nombres papales fué compuesta por el P. Dominico Alonso Chacón, según que el propio Arnoldo lo declara diciendo: «Quae ad Pontifices adjecta, non sunt ipsius Malachiae, sed R. P. Fr. Alphonsi Ciaconii Ord. Praedicatorum, hujus Prophetiae interpretis.»—De dónde sacó el monje Vion que el P. Chacón era el intérprete de estas profecías, no lo dice él, como parece debiera, porque las obras de Chacón se dieron á la imprenta en 1601, en 1630, en 1677, sin mención ninguna de la Profecía Pontifical, no obstante las diligencias empleadas por Nicolás Antonio en recoger todos los escritos del P. Chacón en su Biblioteca de Escritores Españoles. De lo cual se colige que las interpretaciones de los términos *proféticos* puestas á la mano derecha, no pueden ser del P. Chacón Si en verdad lo fuesen, ¿quién le dijo al Padre Dominico que era de San Malaquías el texto *profético*? Mas, ¿cómo no nos hizo Vion la merced de explicarnos en qué escondrijo había hallado ese tesoro después de cuatrocientos años de entierro?

(2) Notable anacronismo se descubre aquí en el colocar los tres antipapas delante de Alejandro III, Papa legítimo, quien fué elegido el mismo día que Víctor IV, con cuadruplicado número de votos; cinco años después nombraron Papa al Pascual unos cuantos Cardenales; á su muerte fué Calisto III aclamado Papa, no siéndolo, por el emperador y los de su facción. El intérprete de las empresas *proféticas* parece fundó sus discantes en las *Vidas de los Papas* compuestas por Panvini, historiador poco esmerado en el computar el orden de los tiempos, como se lo han echado en cara los críticos.

Ex telonio liliacei Martini	Martín IV.
Ex rosa leonina	Honorio IV.
Picus inter escas	Nicolaó IV.
Ex eremo celsus.	Celestino V.
Ex undarum benedictione	Bonifacio VIII.
Concionator patareus.	Benedicto XI.
De fasciis Aquitanicis.	Clemente V.
De sutore Osseo	Juan XXII.
Corvus schismaticus	Nicolao V, antip. (1).
Frigidus abbas	Benedicto XII.
Ex rosa atrebatensi	Clemente VI.
De montibus Pammachii	Inocencio VI.
Gallus vicecomes	Urbano V.
Novus de Virgine forti	Gregorio XI.
De cruce apostolica	Clemente VII.
Luna Cosmedina	Benedicto XIII.
Schisma Barcinonicum	Clemente VIII.
De inferno Pregnani	Urbano VI (2).
Cubus de mixtione.	Bonifacio IX.
De meliore sidere	Inocencio VII.
Nauta de ponte Nigro.	Gregorio XII.
Flagellum solis	Alejandro V.
Cervus sirenae	Juan XXIII.
Columna veli aurei	Martín V.
Lupa celestina	Eugenio IV.
Amator crucis	Félix V.
De modicitate lunae	Nicolao V.
Bos pascens	Calisto III.
De capra et alberga	Pío II.
De cervo et leone	Paulo II.

(1) Si los motes de la Profecía Pontificia fuesen inspirados de Dios, deberíamos tener por Papas legítimos á los antipapas, como Nicolao V, pues por haberlos el Espíritu Santo nombrado Cabezas de la Iglesia poseerían ellos en su favor una autoridad de gran momento. No repongan los adversarios, que á fin de evitar confusión y gobernar el acierto, los apodó el Espíritu divino con infames baldones, como fué llamar á Nicolao V *Cuervo cismático*, á Clemente VIII *cisma barcelónico*, á Víctor IV *de negra cárcel;* porque con semejantes oprobios trató igualmente á Papas legítimos, apellidándolos *gente perversa, bestia insaciable, de preñado infierno*, sin regatear dicterios denigrantes. ¿Qué luz profética se echa de ver en esa indigna barahunda de apodos?

(2) Grave yerro histórico es colocar al Papa Urbano VI detrás de Clemente VII, de Benedicto XIII, de Clemente VIII, porque consta ciertamente haber sido Urbano coronado Papa el 18 de Abril de 1378, mucho antes que ninguno de los otros tres, cuyo nombramiento dió lugar al Gran Cisma de Occidente, que por eso son conocidos por *antipapas*, aunque en verdad su antipapismo merece otra denominación. Salembier: «Por su parte, Pedro de Luna, el futuro Benedicto XIII, había enviado á muchos obispos de España cartas en que contaba y aprobaba en todo la elección de Abril, y todos los días rezaba en la misa la oración *pro Papa*, por Urbano. «Hemos elegido un verdadero Papa», escribía el 8 de Abril. (*El Gran Cisma de Occidente*. 1902, pág. 63).—Clemente VII no sólo fué elegido, mas también falleció mucho después que Urbano VI.—¿Qué diremos del famoso Gil Muñoz, nombrado Papa con apellido de Clemente VIII en 1423 á la muerte de Benedicto XIII, dado que en 1429 se reconcilió con el legítimo Pontífice Martino V?—Por manera que no sólo Urbano VI, mas también Gregorio XII, Alejandro V, Juan XXIII y Martino V deberían ocupar asiento en la lista antes de Clemente VIII. Si tal es el desconcierto que reina en las interpretaciones de la Profecía Pontifical, ¿cómo podrán llamarse inspiradas de Dios las empresas que esos desórdenes históricos traen consigo?

Piscator minorita	Sixto IV.
Praecursor Siciliae.	Inocencio VIII.
Bos Albanus in portu	Alejandro VI.
De parvo homine	Pío III.
Fructus Jovis juvabit.	Julio II.
De craticula politiana	León X.
Leo florentius.	Adriano VI.
Flos pilei aegri.	Clemente VII.
Hyacintus medicorum.	Paulo III.
De corona montana	Julio III.
Frumentum floccidum	Marcelo II.
De fide Petri	Paulo IV.
Æsculapii pharmacum.	Pío IV.
Angelus nemorosus	Pío V.
Medium corpus pilarum	Gregorio XIII.
Axis in medietate signi	Sixto V.
De rore coeli	Urbano VII.
De antiquitate urbis	Gregorio XIV (1).

Pia civitas in bello.	Inocencio IX.
Crux Romulea	Clemente VIII.
Undosus vir	León XI.
Gens perversa	Paulo IV.
In tribulatione pacis	Gregorio XV.
Lilium et rosa	Urbano VIII.
Jucunditas crucis	Inocencio X.
Montium custos	Alejandro VII.
Sidus olorum	Clemente IX.
De flumine magno	Clemente X.
Bellua insatiabilis	Inocencio XI.
Poenitentia gloriosa	Alejandro VIII.
Rastrum in portu	Inocencio XII.
Flores circumdati	Clemente XI.
De bona religione	Inocencio XIII.
Miles in bello.	Benedicto XIII.
Columna excelsa	Clemente XII.
Animal rurale	Benedicto XIV.

(1) Aquí para su corriente el flujo *profético*. Una vez fenecidos los días del Papa Gregorio XIV, van las sentencias, dedicadas á los Papas siguientes, con menos puntualidad histórica. Las que á la suya preceden, entallan con los sucesos acaecidos, salvo en los yerros históricos mencionados, que nacen de la ignorancia del inventor, por haber bebido en fuentes turbias, comoquiera que la historia de los Romanos Pontífices no había aún, á los fines del siglo dieziséis, recibido tantos rayos de luz, como hoy, de los fidedignos documentos. Mas de Gregorio XIV en adelante anda el *profeta* á tientaparedes. Gregorio XIV, antes Simoncelli, era natural de Orvieto, en latín *Urvebetum*; por eso el autor *profetista* ingirió la empresa *Ex antiquitate urbis*, con el intento de persuadir que el Espíritu Santo había dado el voto al Cardenal Simoncelli de Orvieto. A esta traza están forjados los motes antecedentes; pero en los siguientes hasta el fin ya no suenan nombres personales, ni lugares de nacimiento, ni condiciones de familia, ni cargos honoríficos, ni títulos cardenalicios, ni escudos de armas, sino sentencias tan vagas, tan anfibológicas, tan enigmáticas, tan idóneas á venir de molde á varios Pontífices, sin distinción histórica, que se les anubla el juicio á los ingenios deseosos de glosarlas.

Rosa Umbriae	Clemente XIII.
Ursus velox	Clemente XIV.
Peregrinus Apostolicus	Pío VI.
Aquila rapax.	Pío VII.
Canis et coluber.	León XII.
Vir religiosus.	Pío VIII.
De balneis Hetruriae	Gregorio XVI.
Crux de cruce	Pío IX.
Lumen in coelo	León XIII.
Ignis ardens	Pío X.
Religio depopulata.	
Fides intrepida	
Pastor angelicus	
Pastor et nauta	
Flos florum.	
De medietate lunae	
De labore solis	
De gloria olivae.	

In persecutione extrema Sacrae Romanae Ecclesiae sedebit Petrus Romanus, qui pascet oves in multis tribulationibus; quibus transactis, civitas septicollis diruetur, et judex tremendus judicabit populum (1).

5. En la lista de fórmulas *proféticas* es muy de considerar que casi todas, desde la primera hasta la correspondiente á Gregorio XIV, señalan los símbolos heráldicos de los Papas, demás de las alusiones pueriles que en varias de ellas se advierten; cosa indigna de un Profeta divino y aun de un católico serio. Además, seis antipapas andan confundidos con los legítimos Pontífices. Y lo que más es, los tres antipapas Víctor IV, Pascual III y Calisto II se anteponen al legítimo Alejandro III, y debieran proponérsele según el orden cronológico; al revés de Urbano VI que habiendo precedido históricamente á los antipapas Clemente VII, Benedicto XIII y Clemente VIII, se les posterga en la lista. Estos anacronismos manifiestan la poquísima luz histórica que poseía el *profeta*, y lo á obscuras que el negocio se fraguó.

Si atentamente hacemos consideración de los calificativos, muy fácil le era al compositor del siglo XVI formar de *Montemagno*, lugar donde nació Eugenio III, el mote *ex magnitudine montis;* del nombre *Caccianemici*, perteneciente á la familia de Lucio II, su letra *inimicus expulsus;* del apellido *Scolari* propio de la familia de Clemente III, su blasón *Ex schola exibit;* del nombre *Conte Segni* que tenía Inocencio III, la dedicatoria *Comes signatus;* así como Alejan-

(1) Con estas graves palabras, que expresas se leen en el libro de Arnoldo, pone el *profeta* término á los anuncios pontificios de porvenir. Digna de atención es esta *profecía* final. A ningún Papa pronosticó el autor su futuro, á sólo Pedro Romano (que por lo visto se deberá llamar Pedro II) promete que alcanzará los términos de la postrera edad, edad del Anticristo; el cual, si hemos de juzgar por los nueve Papas que restan venideros, ó está ya á la puerta llamando, ó ha hecho ya su entrada en el mundo.

dro IV casi por igual razón recibió la letra *Signum ostiense;* como Adriano V fué intitulado *Bonus comes*, porque se llamaba antes Othobone y era Conde; como Juan XXII fué nombrado *De sutero osseo*, porque era zapatero de Osea; como el antipapa Nicolao V, que se llamaba Corbario, por eso le dieron el lema *Corvus Schismaticus;* como Benedicto XII fué vaticinado *Frigidus abbas*, porque fué abad de Fonfría; como Gregorio XII fué saludado *Nauta de ponte nigro*, porque era obispo de Negroponte; como Pío III adquirió el timbre *De parvo homine*, porque se llamaba Piccolomini. En fin, no hay un solo mote en los 77 primeros Papas hasta León XI electo en 1606, que no corresponda por sus cabales al escudo de armas, al apellido de familia, ó al nombre patronímico.

Este constante estilo del *profeta*, al asomar el Papa León XI hace un mal trueque, recibe forma nueva, dejada la antigua, con que busca el arte de encubrir la ignorancia por términos indeterminados para señalar los Papas hasta el fin. En ninguna de las inscripciones entran armas ni apellidos, la heráldica se ve arrinconada, cual si los Papas de los siglos XVII, XVIII y XIX no hubieran de usar, como los precedentes, sus propios y particulares escudos. En su lugar se les ponen lemas generales, baladíes, faltos de sentido, impropios y aun indecorosos á la dignidad pontificia, como vamos á ver.

Motes generales. *Undosus vir*, de León XI (1606); *In tribulatione pacis*, de Gregorio XV (1623); *Jucunditas crucis*, de Inocencio X (1655); *Miles in bello*, de Benedicto XIII (1730); *Columna excelsa*, de Clemente XII (1740); *Ursus velox*, de Clemente XIV (1774); *Canis et Coluber*, de León XII (1829); *Vir religiosus*, de Pío VIII, (1830); *Crux de Cruce*, de Pío IX (1878); *Ignis ardens*, *Fides intrepida*, *Pastor angelicus*, *Pastor et nauta*. Ninguno de estos renombres es peculiar á un solo Papa. A bulto tiran todos, sin apuntar más á éste que aquél, pues denotan excelencias generales aunque muy propias del Vicario de Cristo.

Motes indecorosos. *Gens perversa*, dedicado á Paulo V (1621); *Bellua insatiabilis*, á Inocencio XI (1689); *Animal rurale*, á Benedicto XIV (1758); *Ursus velox*, á Clemente XIV (1774); *Aquila rapax*, á Pío VII (1823); *Canis et coluber*, á León XII (1829). Estos dichos ó apuntan á los Papas, ó á los que tuvieron que ver con ellos. Si á los Papas, son indignos de la Santa Sede. El abate Noé de la Tour, interpretando el lema *Bellua insatiabilis*, consagrado á Inocencio XI, dice así: *Este Pontífice y el Cardenal Cibo eran inseparables. No pudiendo vivir un momento uno sin otro, ciertamente á este viso era «bellua insatiabilis» dicho Pontífice* (1). A interpretaciones tan violentas y mal sonantes como ésta han de acudir los defensores de la Profecía papal. No menos denigrante es el apodo *Animal rurale*, atribuido á Benedicto XIV, Pontífice sapientísimo, que con sus dieziséis volúmenes en folio prueba ser calumnia la empresa *bruto del campo*. Pero si los lemas se refieren á los monarcas con quienes tuvieron

(1) *El fin del mundo*, 1895, p. 73.

los Pontífices que lidiar, entonces la Profecía no reza con Papas sino con príncipes, y es cantar fuera del coro. Si el *Aquila rapax* se entiende de Napoleón y no de Pío VII; si el *Bellua insatiabilis* se refiere á Luis XIV y no á Inocencio XI; si el *Crux de cruce* corresponde á Víctor Manuel y no á Pío IX; si el *gens perversa* habla con el Japón y no con Paulo V; ¿qué parte les toca á los dichos Papas de la Profecía pontifical? No solamente son indecorosos á los Papas, mas aun indignos de Dios aquellos motes mitológicos de Julio II, *Fructus Iovis juvabit;* y de Pío IV, *Aesculapii pharmacum*. ¿Qué dirémos de aquel juego de palabras, pueril por demás, *De Petri fide,* dirigido á Paulo IV, que se llamó Pedro Carafa, como si sonase *de fe cara, cara fides,* pues así lo interpretan los defensores?

Motes impropios. Impropiedad es plantar al Papa Urbano VIII el timbre *lilium et rosa*, porque *se veían en sus armas abejas que gustan de estas dos flores,* como dice Noé (1). Impropiedad, el marcar al Papa Alejando VII con el emblema *Montium custos*, porque *sus armas llevaban un monte con seis crestas coronadas de una estrella que le da luz y la guarda* (2). Impropiedad, el honrar al Papa Clemente X con la empresa *De flumine magno*, por haber nacido durante la inundación del Tíber, como pretende el mismo autor (3). Impropiedad, el dar á Clemente XI *las flores en torno, flores circumdatae,* porque en el reverso de sus armas había una corona de flores. Impropiedad y parvulez, condecorar al Papa Clemente XII con *Rosa Umbriae,* por haber florecido la Orden Franciscana durante su pontificado. Impropiedad más risible, el tributar á León XIII el blasón *Lumen in coelo,* por ostentarse en las armas de su familia un astro en campo azul, con un pino y una azotea. Estas impropiedades no se amoldan bien con el espíritu profético, que debía haber manifestado el intento de Dios respecto de los Romanos Pontífices, porque bagatelas semejantes no cuadran á la gravedad de la germana profecía.

Motes ambiguos. El signo de *Bona religione,* aplicado á Inocencio XIII (1724), el *poenitentia gloriosa* de Alejandro VIII (1691), el *Sidus olorum*, de Clemente IX (1669) suenan algarabía y tropel confuso de cosas, cuyo sentido no es posible apear aun conocida la historia real de los sobredichos Papas.

Algunos autores han querido dar alguna razón de los términos simbólicos empleados en la Profecía; pero tan traída por los cabellos ha sido la explicación y tan inepta para satisfacer á la historia de los Papas aludidos, que más sirve de menoscabo y desdoro que de lustre y defensa á la misma profecía. *La Civiltà Cattolica,* hablando de una erudita disertación, publicada por un hombre docto del siglo XIX, atento á demostrar la invención y apócrifa índole del catálogo profético de los Papas, no deja de confesar la fuerza com-

(1) *El fin del mundo*, p. 71.
(2) *El fin del mundo*, p. 72.
(3) Ibíd., p. 73.

probativa de hartas razones; pero se atreve á oponerle la evidencia de los hechos. ¿Qué hechos? El *Peregrinus apostolicus*, que viene como nacido para Pío VI; el *Aquila rapax*, tan apto para representar el robo hecho por Napoleón á Pío VII; el *Vir religiosus*, que dibuja la devoción y santidad de Pío VIII; el *De balneis Etruriae*, en que se cifra el origen de la Camáldula; el *Crux de cruce*, que pinta al vivo al gran Pío IX. Estas son las razones esforzadas por *La Civiltà* (1) en favor de la Profecía Pontifical.

Antes de dar á estos reparos respuesta categórica, es de saber que el autor de la Profecía Papal tenía bien estudiadas las predicciones de los siglos antecedentes así como andaban en público. En la de Werdin, llamada *Vaticinium memorabile*, del siglo XIII, se anuncia que el Papa, traspasando los mares, al fin de los tiempos, *llevará la señal maravillosa á la tierra de promisión* (2). En la de Galatino, del siglo XIII, se habla de un *Pastor angélico, y de doce hombres apostólicos* (3). En la del ermitaño Telesforo, siglo XIV, se describen las hazañas del *Pastor angélico*, acometidas con sus doce apóstoles. En la de Botino, siglo XV, se dice que antes de terminar el siglo XVIII *el Pastor será herido y el ganado dispersado* (4). En la de Savonarola, siglo XV, se designa la ciudad de Jerusalén por asiento del Pontificado, y se promete un *Pastor santo* (5). En la de Bernardino de Bustis, siglo XV, se nombra al *Papa angélico*, se promete un cisma antes del Anticristo, gran desolación de la Iglesia, y al fin el gozoso triunfo (6). En la del B. Amadeo, siglo XV, vemos desterrados los Obispos y el clero, inauditas calamidades, paz al fin de todo (7). En otra achacada á San Vicente Ferrer, siglo XV, se asegura que *el Sumo Pontífice será conducido desde la ciudad del Sol á Babilonia; pero morirá no lejos de ésta* (8). En la de Vatiguerro, siglo XVI, se participa que el Papa andará predicando los pies descalzos sin miedo á los príncipes (9).

Teniendo estas predicciones á la vista, pudo con facilidad y destreza forjar el compositor la hechura de la Profecía respecto de los últimos Papas. De ellas se infiere que ha de haber un Papa á quien cuadre el título de *Peregrinus apostolicus*. ¿Pero cómo le vino á tocar á Pío VI, que precisamente emprendió el viaje de Roma á Viena de Austria de su propia voluntad, y por forzosa jornada hubo de peregrinar de Roma á Valencia de Francia, donde fué á morir prisionero? Como podía haber tocado á Gregorio XVI, que también hizo la romería á la ciudad de Aviñón, ó á Pío IX que tuvo que salir de Roma, ó á Pío VII que estuvo cautivo en Fontainebleau. Al cabo el Papa Pío VI no anduvo peregrinando *á la apostólica*, predicando como apóstol, bordón en mano, por montes y despobla-

(1) Serie VIII, vol. VI, 1872, p. 8.
(2) *Las Profecías*, p. 123.
(3) ALÁPIDE, *Comment. in Apocal.*, Prol., cap. XX.
(4) Ibid., p. 151.
(5) *Las Profecías*, p. 155.
(6) Ibid., p. 157.
(7) Ibid., p. 162.
(8) Ibid., p. 179.
(9) *Liber mirabilis*, 1524.

dos, conforme lo pedían las predicciones de los siglos medios; ni su viajar fué peregrinar, ni por imaginación. Luego la letra *Peregrinus apostolicus* no arguye lumbre profética.

Igual razonamiento podíamos entablar acerca del *Aquila rapax*. Las predicciones antedichas claman que en los últimos tiempos ha de venir un Pontífice que arrebatando á sus perseguidores la presa, triunfe de su tiranía. Por eso convinieron los forjadores de la Profecía Pontifical en entremeter un Pontífice que fuese *aquila rapax*. La rapacidad del águila no se ha verificado en Pío VII, sino en Napoleón, quien tras de alzarse con los Estados Pontificios, le cautivó á Pío VII la persona en Fontainebleau. Si por haber sido robado de rebatiña el Papa, le conviene el *Aquila rapax*, ¿á quién se ajustaría mejor que á Pío IX y á León XIII?

¿Qué diremos de *Crux de cruce* aplicado á Pío IX (dejando en silencio el *religiosus vir* de Pío VIII que se amolda igualmente á infinitos Papas)? ¿Qué significa la bárbara expresión *Crux de cruce*? Si suena crucifixión, ¿qué Papa no pasó por ella? ¿Fué mayor la cruz de Pío IX que la de León XIII (1)? Otro tanto deberá decirse del mote *Lumen in coelo*. ¿Qué significa? En la mente del compositor había de significar aquella misteriosa señal que se dejaría ver en el cielo al fin de los tiempos, para humillación de los enemigos y consuelo de los fieles; señal, que no se ha visto en el pontificado de León XIII, cuya gloria antes bien se cifra en haber sido *Lumen in terra*, por sus admirables Encíclicas y por sus bien logrados afanes de dilatar la jerarquía eclesiástica en ambos mundos. Con igual propiedad compete el *lumen in coelo* á Benedicto XIV, á Inocencio III, á Urbano VIII, á León X (excomulgador de Lutero), á quien la Profecía le regaló el triste ridículo emblema (2) *de craticula politiana*, pero con no menor justicia corresponde á Pío IX, que definió el dogma de la Inmaculada Concepción, publicó la condenación de los errores modernos en el *Syllabus*, convocó el Concilio Vaticano, y edificó al mundo con magistrales Alocuciones.

De balneis Etruriae díjose de Gregorio XVI, significando que de los baños de Toscana subiría al Pontificado. ¿Qué tienen que ver los baños de Toscana con el Papa Gregorio XVI? Esto solamente, que entraría en la congregación monástica de los camaldulenses, fundada en Etruria, y luego sería coronado Papa. En la intención del inventor del catálogo pontifical, hacia fines del mundo, los Papas se habían de ver en grandes apreturas, como lo pregonaron los vaticinios de la Edad Media: á insinuarlas van encaminados los mo-

(1) Si el gobierno subalpino, so pretexto de unidad italiana, comenzó el año 1850 á crucificar á Pío IX y en 1872 acabó de ponerle en cruz, en ella tuvo clavado el gobierno del rey Humberto al gran Pontífice León XIII, no obstante los resplandores de *Lumen in coelo*.

(2) El Papa León X era hijo de Lorenzo de Médicis, y fué discípulo de Angel Policiano. Tomada de Lorenzo la *parrilla*, y de Angel Policiano el apellido, formó el *profeta* la *parrilla policiana*, que aplicada al Papa León X, sólo podía valer para freir á Lutero, si el heresiarca se hubiera dejado tostar como el Santo Mártir español

tes *peregrinus apostolicus, aquila rapax, canis et coluber, crux de cruce*, lo mismo que *de balneis Etruriae;* de suerte que esta postrera denominación había de sonar violenta subida al Pontificado, y sentara bien á cualquier Papa que de la cárcel, como de baño de persecución, hubiese ascendido al solio Pontificio. Ni sería cosa de milagro que entre tantos palos de ciego diesen los inventores á cierra ojos una vez siquiera en el blanco (1). Repásense las *profecías* de la Edad Media, en las cuales se verá con qué facilidad podían los autores de la Pontifical tejer la lista de los lemas dedicados á los postreros Pontífices. Si algunas letras ofrecen afortunadas coincidencias, en su misma amplitud abarcan calificaciones ambiguas, aplicables á muchos Papas (2).

Al tenor de esta profecía pudiera un chocarrero estudiante buscar en la Zoología unas cuantas docenas de nombres de animales, los que suelen expresar condiciones humanas, y escribiendo *lobo voraz, buitre insaciable, raposa afortunada, dragón fiero, paloma sin hiel, camaleón variable, atún afamado, conejo medroso, elefante benigno, gato montés*, etc., etc., dejaría á cada reino de Europa un catálogo de leyendas que á buen seguro hallarían los venideros verificadas, si no en todos, en muchos de los reyes que han de gobernar las naciones europeas. Donosa manera de fingir profecías. Para que de una vez se convenzan los patrocinadores de la Pontifical, oigan lo que decía Curicque el año 1872 en vida de Pío IX: *Las dos sentencias «Lumen in coelo, Ignis ardens» anuncian dos reinos prósperos; el primero toca al gran Papa de que hablan tantas Profecías, el cual aparecerá en el caos de nuestras revoluciones como una amorosa luz para disipar todos los errores y vencer todas las preocupaciones hostiles á la Iglesia; el segundo ha de coronar la obra de su predecesor por medio de un reinado fértil en obras de caridad* (3). Ignoramos aún qué fortuna le espera al Papa Pío X sucesor de León XIII; el Papa León inmortalizó su larga vejez con gloriosas empresas, pero no fué el Papa que Curicque imaginaba ni el que la leyenda promete. Tan *crux de cruce* fué León XIII, como Pío IX fué *lumen in coelo:* ambos á dos tuvieron que pasar tragos amargos, no obstante los rayos de divinas enseñanzas que entrambos esparcieron por el mundo. Toda la manía de los vatífilos no será parte para torcer el rumbo de los acontecimientos (4).—En estos últimos años le ha salido á la Profe-

(1) Decía á este propósito el abate Vallemont: Si on ne savait pas ce que le hazard fait tous les jours, on serait porté à croire qu'il y a du merveilleux et du surnaturel dans cette Prophétie *Éléments de l'Histoire*, t. III, page 201.

(2) Léase el estudio crítico-histórico del abate Cucherat, en la *Revue du Monde catholique*, 1871, n 64, y se verá por cuántas partes claudica.—*Les Voix prophetiques*, t. II. p. 34.

(3) *Voix prophétiques*, t. II, p. 45.

(4) Tuvieron por apócrifa la *Profecía de los Papas* los autores siguientes: BOUILLET, *Dictionnaire universel*, 1871, art. *Malachie.*—MENESTRIER. *Réfutation des propheties attribués à S. Malachie*, 1689.—VALLEMONT, *Elementos de la historia*, 1758.—LECANU, *Dictionnaire des miracles*, 1855, art. *Papes.*—GAMS, *Dictionn. de théol*, t. XIV, art. *Malachie.*—GERMANO, *Vita, genti et predicazioni del P. S. Malachia*, 1670 —SCHRÖCK, *Hist. de la Iglesia*, t. XXVI.—PERU-

cia Pontifical un modesto campeón, escritor de la *Revista Eclesiástica*, publicada en Valladolid. No presenta razones nuevas, resume las manoseadas, mas para señalar con piedra blanca su dicho, añade que San Malaquías *en rigor no ha hecho una profecía, sino tantas cuantos Papas habían de sucederse en el trono Pontificio. Y del mismo modo que se cumplió su profecía en todos los Papas anteriores, se ha cumplido en los tres últimos, á quienes nosotros podemos haber conocido* (1). La donosura más pasmosa de este escritor está en meterse á sagrado acudiendo al amparo de *La Civiltà* como á famosa y segurísima peña. No reparó el nuevo Doctor, que la peña se tornó torre de armas arrojadizas cuando el año 1895 hizo pedazos con gentil rociada la *Profecía Pontifical*, con ocasión de disparar flechazos á un opúsculo de Felipe Zanetti, cuyo título es: *Mille e non più mille, ossia la celebre profezia di S. Malachia*, de 1894 (2). Habiendo *La Civiltà* corregido la antigua opinión, porque era vidriada y peligrosa, deberemos volver por pasiva la autoridad alegada por el novel escritor.

6. Para poner término á esta enojosa materia y acabar de mostrar la futilidad de la *Profecía Pontifical*, es de saber que en varios tiempos se han dado á buena vida los amigos de la sátira, dedicándose á componer horóscopos sobre la condición de los Papas (3). Fuera del catálogo antedicho imputado á San Malaquías falsamente, tenemos noticia de tres catálogos, que no se dieron á la publicidad. El primero comienza por Pío II (1464) y termina en Sixto V (1650); á él sucede el *Pastor angélico*, en cuyas manos da el mundo la última boqueada; este primer catálogo está de mano. El segundo, corregido por Paracelso y por Escalígero, se imprimió en Colonia el año 1571; corre desde Nicolao III á Urbano VI. El tercer catálogo empieza por Nicolao III y va hasta Sixto V; es parto del ingenio de Jerónimo Joanini, sacado á luz en 1600 Los tres catálogos se hallan impresos en el Diccionario de Lecanu, tom. II, art. *Papes*. Las predic-

---

jo, *Diccion. de ciencias ecles.*, t. VII, art. *Malaquías*.—Feller, *Diction.*, art. *Malachie*.—Moreri, *Le grand dictionnaire historique*, 1747, vol. VI pág. 53.—Novaes, *Storia de' Sommi Pontefici*, 1802, t. III pág. 40—Moroni, *Dizionario di erudizione storica-ecclesiastica*, 1852, vol. LV, pág. 287.—Zimmermann, *Kirchenlexicon*. 1893, vol. VIII, pág. 541.—Francisco Carriére. *Hist. chronol. Pontificum rom ex S. Malachia*, 1602.—Angel Gastaldi, *Nuova raccolta degli opuscoli scientifici*, 1787.—Bolandistas, *Act. Sanctorum* app. IV, propyl. part. I. —*La Civiltà Cattolica*, serie XVI, vol. III. 1895, pág. 430.

(1) Dr. Rafael Pijoán, vol. VI, n VIII, 30 de Abril de 1900, p. 370

(2) *La Civiltà*, serie XVI, vol. III, pág. 430.

(3) Entre otros mil lances, cuando hubo cerrado los ojos á la luz de esta vida Clemente IX en 1669, nombrado Papa en la Cámara de los Cisnes, cuyo astro había de ser, conforme á la profecía profetal, *Sidus olorum*, los poetas buscaban exquisitos modos de hacer versos, de esparcir coplas, de discantar pasajes de la Escritura, con el fin de persuadir al pueblo que el Cardenal Bona convenía fuese Papa. Al son de los cuatrines centenares de guitones se desgargantaban junto á la puerta de San Pedro voceando, *Fate Papa Bona*, mientras los poetastros pedían á la Gramática licencia para poner al fin de sus ridículos estrambotes este pueril pentámetro: «Esset Papa bonus, si Bona Papa foret.»—P. Menestrier: On fit ainsi des prophéties en vers, des pasquinades, et cent plaisanteries durant le Conclave qui suivit la mort de Clement IX, parce que ce Conclave dura plus de quatre mois. *La réfutation des Prophéties touchant l'election des Papes*, 1689, pag. 16.

ciones de las tres piezas no distan mucho, cuanto á la forma, de la *Profecía pontifical* achacada á San Malaquías, que merece el nombre de cuarto catálogo.

Pero lo más singular es que algunos emblemas de los cuatro catálogos convienen entre sí aun en cuanto á la substancia. Así, de Calisto III dicen dos catálogos por su orden: el 1.º, *Bos faeno gaudet, sed mente viget et ardet;* el 3.º, *Bos erit ab occidente, et ostendet virtutem senectutis suae;* el catálogo 4.º, *Bos pascens.*—De Martino V, dice el 1.º, *Columnae tractum crux locum tradidit aptum;* el 3.º, *Erigetur columna fortis;* el 4.º, *Columna veli aurei.*—De Alejandro VI, dice el 1.º *Taurus undequaque furens dissipabit gregem;* el 3.º, *Bellua rubra revertitur ab occidente, et cornibus dissipabit oves;* el 4.º, *Bos albanus in portu.* Si pues las predicciones de los tres catálogos primeros son apócrifas, denigrativas, sarcásticas y maleantes, ¿cómo podrán las del 4.º eximirse de tan fea nota, teniendo varios motes idénticos en lo substancial?

Muy hacedero les era á los compositores llevar al cabo la meditada empresa. Insinuemos cómo, porque la ejecución nos pondrá de manifiesto la patraña. Puesta la consideración en los 72 Pontífices fallecidos desde el tiempo de San Malaquías hasta el año 1590, pudieron reparar que cada uno había vivido sobre siete años. Si hubieran los compositores sabido cuántos años había de durar el mundo, fácil les fuera dividir por siete los años que restaban del 1590 hasta el fin, para sacar en limpio el número de Pontífices. ¿Qué partido tomaron? Lo que ignoraban, lo adivinaron, echando barruntos, fundados en la opinión entonces común, de que el mundo ha de vivir seis mil años, cuatro mil antes de Cristo, dos mil después de Cristo. Desde 1590 hasta 2000 van 410 años. Ahora 410 divididos por 7, dan 58. Mas como en los últimos tiempos del mundo ha de acaecer tanta barahunda de cosas, por sí ó por no, en vez de 58 Pontífices hallaron por su cuenta que serían 36, tal vez pensando que al mundo se le iba á cerrar el plazo de la vida antes de los dos mil años. Hete aquí el designio pintiparado: demos á los 72 Papas el mote que á sus armas, nombre patronímico ó de familia, históricamente corresponde; á los 36 restantes dediquémosles una letra indeterminada, suene lo que sonare, procurando á los últimos aplicar dichos tales que designen por grados el acabamiento de la humana mortalidad, conforme se nota en las *profecías* de la Edad Media. ¿Dónde está la mano del gato? En los seis mil años. Aquí cogemos infraganti al usurpador, al impostor, al mal profeta. No hay mediano estudiante que ignore haber el mundo, hace siglos, muchos siglos, traspasado la edad de seis mil años; sólo el abate Noé, que á vueltas de sus veinte ediciones pregona la *Profecía Pontifical*, parece ignorar una cosa tan sabida y demostrada (1), como la que

(1) «Las autoridades que acabo de citar condenan al mundo á perecer después de 6.000 años de existencia, y no le quedarían ya más que 107 que vivir según su cálculo

cada año nos canta la Iglesia en la Calenda de Navidad. No decimos más; ha llegado ya el día en que conviene sepa el mundo quiénes le traen embobado para explotar en provecho propio su incorregible credulidad. La sentencia de reprobación la dará en breve el mundo mismo. El Papa que sigue al Pontífice actual, lleva por mote *Religio depopulata*, que significa *religión devastada* (no *despojada*, como vierte el escritor Pijoán, *Revista eclesiástica*, 30 abril de 1900, pág. 370). Los que dentro de veinte años vean la religión católica, no *devastada*, ni *talada*, sino tan floreciente como hoy, condenarán por unos fulleros á los inventores, y por unos papanatas á los defensores de la *Profecía Pontifical*.

7. El abad Joaquín, antes que lo fuese de Flora, atravesó de parte á parte la Turquía y la Palestina, á pie descalzo en traje de romero rodeó los Santos Lugares, ayunó cuarenta días en el monte Tabor, se consagró á la vida monástica en la Orden del Cister, entrando en un monasterio de Calabria; en fin, después de recogerse en aquella soledad, tornó á dejarla para fundar un nuevo instituto en Flora, más austero que el cisterciense. Tan gran nombre dejó de sí en todo el siglo XII el abad Joaquín, que al cabo de siglo y medio los monjes de su instituto solicitaron su canonización. Estancóse la causa por los inconvenientes de su libro sobre la Santísima Trinidad, condenado por Inocencio III en el Concilio de Letrán.

Más fama que su santidad le ocasionó el arte de profetizar. Arte digo y no don; porque el abad Joaquín nunca fué Profeta ni recibió de Dios celestiales revelaciones. Al estilo de ciertos expositores como Pastorini y Holzhauser, intentó en el comentario de los libros profetales aplicar á las naciones cristianas los vaticinios pronunciados por los antiguos Profetas contra las naciones paganas. La *carga* que Isaías pronunció contra Babilonia, la disparó Joaquín contra Roma; la fulminada por Isaías contra Caldea, él la ballesteó contra Alemania; la de los filisteos, desatóla contra Lombardía; las de Moab y Ammón, asestólas á griegos y latinos; la de los idumeos, arrojóla á los mercaderes judíos; la de la Arabia, á los españoles; la de Egipto, á daneses y franceses; la de Damasco, á los toscanos y moradores de la Liguria; la de Tiro, á los pueblos de Sicilia; yendo siempre en la falsa suposición que los sucesos de la primera edad antes de Cristo se habían de repetir en la segunda edad después de Cristo.

El morar consigo tan recogidamente con poner á los sentidos guardas continuas de soledad le fué ocasión de secársele el cerebro, achaque muy apropósito para dar en fantasías de *profeta*. Acusáronle sus enemigos de hereje y de fanático (1). No lo probaban su-

Sólo que las fechas que me ofrece la vida media de los Papas, adelantan algunos años la nefasta sentencia. Con todo, yo afirmo la identidad de esas dos épocas fatales... Toda la existencia de la humanidad se compone, pues, de tres períodos de dos mil años cada uno.» *El fin del mundo*, 1895, p. 151.

(1) Menéndez Pelayo escribe con buena razón: «Sin necesidad de suponerle profeta

ficientemente las incesantes quejas que despedía de sí contra todas las órdenes del clero, contra Papas, cardenales, obispos, á quienes prometía durísimos castigos, sin recatarse de determinarlos por menudo. Además, cayó en un misticismo extremoso, falso á todas luces, concibiendo la revelación de Dios como repartida en tres edades: el Antiguo Testamento corresponde al Padre, el Nuevo toca al Hijo, al Espíritu Santo pertenece una edad más perfecta de amor purísimo, de vida contemplativa, de ley más santa, que ni los Apóstoles alcanzaron, ni el mismo Jesucristo experimentó en sí, estado de gloria anticipada, *Evangelio eterno* que florecerá hasta la perpetuidad de los siglos.

El artificio del abad Joaquín manifiesta la falta de inspiración profética. Por eso envolvía las predicciones en fórmulas apocalípticas, llenas de confusión y anfibología, no sólo sin puntualizar con exactitud los hechos, mas sin definir los tiempos en que las predicciones se habían de verificar; pero la obscuridad de su estilo demuestra que no pretendió moralizar, sino profetizar y describir la historia de los acontecimientos futuros. Cayó en la tema común á muchos intérpretes del Apocalipsis, que dividieron en siete edades la duración de la Iglesia; pero Joaquín creyó que la suya era la sexta, después de la cual, según el cómputo que él hacía, la séptima edad, la del fin del mundo, había de haber fenecido hace ya largo tiempo (1).

De este discurso le nació la traza del *sabatismo*. La séptima edad de la Iglesia será un descanso absoluto, un sábado perenne, libre de trabajos y penas. En él los fieles pasarán en compañía de Cristo glorioso una vida semejante á la del paraíso, entre cantares y regocijos santos. A esta séptima edad dábale Joaquín duración indefinida, no como los milenaristas que le concedían la precisa longitud de mil años, falsa cuenta en opinión del abad (2).

No nos toca averiguar si el abad Joaquín se preciaba de profeta ó si solamente ciñó su estudio á comentar los antiguos profetas. Lo que consta por cosa indubitable es, que sus predicciones no se ajustaron á la realidad de los sucesos. La virtud y devoción del escritor dió margen á sus discípulos para graduarle de inspirado, como si varón espiritual y profeta fueran una misma cosa. Que al abad no le pareciese mal su oficio de adivinador, apenas se puede poner en duda, visto el poco recato y la facilidad suma que mostraba en predecir guerras, muertes, hambres, que nunca llegaron á la realidad de hechos (3).

---

ni iluminado, puede sostenerse que no erró á sabiendas, y que sometió una y otra vez sus escritos al juicio de la Iglesia, ofreciendo retractar lo que aquélla desaprobase.» *Heterodoxos españoles*, t. I. p. 463.

(1) Vielmio: Abbas Joachim floruit, si Vincentio Bellovacensi credimus, anno 1185; si vero Trithemio, 1200. Ita Apocalypsim interpretatus est, ut mundi terminum definiret esse futurum intra annos sexaginta. *De sex diebus conditi orbis*, lect. VI.

(2) Abrazaron el sistema del abad Joaquín pocos autores de los siglos siguientes; entre otros, Ubertino de Casalis (*De septem statibus Ecclesiae*), Nicolás de Cusa (*Conjectura de diebus novissimis*), Vieira (*De regno Christi*; msc.).

(3) Los presagios del abad Joaquín se imprimieron en 1625 con el epígrafe *Prophetie*

Este orden de ideas mal interpretadas dió ocasión á los Fraticelos y á otros herejes para con insolencia deslenguarse contra el dogma católico y contra la constitución de la Iglesia, si bien el *Evangelio eterno* se atribuye por algunos á otro escritor diferente del abad Joaquín (1). Con todo eso, á los joaquinistas siempre los apasionó la golosina á las tres épocas de la revelación, hasta que Alejandro IV condenó el *Evangelio eterno*. Mayor descrédito le vino á Joaquín de resultas de haber sido condenada la obra que dijimos sobre la Trinidad, en el Concilio de Letrán de 1215. En dicho libro hacía el autor profesión de triteísta, porque con reconocer sólo de palabra la unidad de substancia en las tres divinas personas, afirmaba una tal concordia de voluntades que no era incompatible con la trinidad de esencias. El Concilio que anatematizó la obra, se abstuvo de mencionar la persona del autor, el cual había sometido su tratado al juicio de la Sede Apostólica.

Más crédito perdió el nombre del abad con las muchas profecías que se le achacaron. El mal estuvo en pasar él las marcas del recato, atreviéndose á vaciar en público sus previsiones sobre lo por venir con excesivo candor; de que resultó no sólo venderse por suyas hartas predicciones inverosímiles, mas aun publicarse con su nombre escritos heretícales que nunca brotaron de su pluma (2), si hemos de dar fe á los críticos modernos. Rogerio Bacon, en el siglo XIII, aconsejaba á la Iglesia que consultase las profecías de Joaquín, para llegar á conocer con más certeza la época del Anticristo (3). Tan á rienda suelta andaba Rogerio Bacon como el abad Joaquín si cosa tal profetizó. Pero los joaquinistas divulgaron sin tiento sus chismerías y relaciones falsas, como aquella, que en 1300 una inglesa imaginó que el Espíritu Santo se había humanado en sus entrañas para redimir el sexo femenino (4). Además, los errores de Juan de Oliva, fraile menor, que se igualaron á los del abad Joaquín, dieron campanada por el reino de Italia. Por todas estas causas el Concilio de Viena hubo de reiterar en 1311 la condenación de los joaquinistas, especialmente porque las soñadas esperanzas del Evangelio eterno redundaban en menoscabo del Evangelio de Cristo (5).

Disparate fuera ocupar la preciosidad del tiempo en discutir las

---

dell abbate Giachino, é incorporadas en el *Liber Mirabilis*, juntamente con otros que no son suyos, aunque lleven su nombre.

(1) NATAL ALEJANDRO, *In saecul.*, XIII, cap. III.—El autor ó compilador parece haber sido Juan de Parma, general de los Frailes Menores, depuesto por el Capítulo general de la Orden de 1256, á causa de haber publicado la dicha obra VIGOUROUX, *Les livres saints*, t. I, p. 362.—ARGENTRÉ, *Collectio judicior*, t. I, p. 119.

(2) VIGOUROUX, *Les livres saints*, t I, chap. V.

(3) Si Ecclesia vellet revolvere prophetias sibyllae, et Merlini, Joachim, et multorum aliorum inveniretur sufficiens suspicio vel magis certitudo de tempore Antichristi. *Opus majus*, 1733, p. 169.

(4) D'ARGENTRÉ, *Collect. judic.*, t. I, p 263.

(5) FLEURY, *Hist. eccles. aux ann* 1190.—NATAL ALEJANDRO, *Hist. eccles. saec.*, XIII, cap. III.—ENGELHARDT, *Dissert. sur l'hist. de l'Église*, 1832.—SCHORÖDL, *Dictionn. de theol.*, art. *Joachim*.—PLUQUET, *Dictionn. des hérésies*, art. *Joachim*.

Profecías de los Papas desde Martino V hasta el Anticristo, atribuidas al abad Joaquín, tan desdichadamente compuestas, que más parecen compendios históricos que presagios de lo por venir. Sea cual fuere su autor, bastaría el ver al Anticristo asomar luego después de Gregorio XV, para quitarle el lauro de profeta (1).

8. Emulo del abad Joaquín fué Arnoldo de Vilanova, médico español, natural de Cataluña, profeta de representación, intérprete famoso de sueños, condenado por la autoridad de la Iglesia. Tantas opiniones, repugnantes entre sí y contradictorias, se han divulgado acerca de este personaje, uno de los más célebres en la historia científica de España, que será fuerza dejarlas aparte, por ceñir el discurso á los hechos positivos que hacen á nuestro propósito (2).

La manía principal suya fué la de vaticinar. Siguiendo el hilo, que el abad Joaquín había tomado, cuando andaba con el hipo de señalar fechas y especificaciones á las cosas futuras vistas por San Juan en su Apocalipsis, Arnoldo quiso enlazar las predicciones apocalípticas con cálculos astrológicos, de cuyo maridaje nacieron la *Exposición del Apocalipsis*, la *Introducción al libro de semine Scripturarum*, *De adventu Antichristi et fine mundi* y algunos otros libros, donde en son de profetizar, desatina con errores dogmáticos y se desata en diatribas contra las costumbres del clero. Como en una de sus profecías avisase el advenimiento próximo del Anticristo, no solamente exhortó á los religiosos de varias Ordenes, mas aun al Sacro Colegio de Roma trató de estimular para deshacer las tramas del enemigo común. Un médico convertido en teólogo y en predicador, no podía menos de despertar quejas mezcladas con denuncias, como en verdad las despertó, siendo ellas ocasión de levantarse una polvareda espantosísima entre los agraviados y el agraviador, pues como tal se presentaba Arnoldo en sus escritos y censuras.

No obstante la condenación de su libro *De adventu Antichristi*, hecha por la Sorbona, el Papa Bonifacio VIII, atento más á su ciencia médica que á sus extravagancias teológicas, después de mandarle retractar, nombróle médico pontificio, avisándole primero que no se metiese en teologías si quería medrar en palacio. Sirvióle de freno la benignidad del Papa; mas poco tiempo le duró al visionario la quietud y silencio. La causa de romperle fué una visión *que conviene contar como él la cuenta*, dice Menéndez Pelayo, *porque acaba de darnos idea del triste estado de su cabeza. Paseábase en verano por cierta capilla, meditando si escribiría ó no sobre el fin del mundo, cuando se le apareció una «maravillosa escritura», ó (según otra relación suya) oyó una voz que le decía: «Sede cito et scribe». Para convencerse más abrió una Biblia y leyó: «Sede cito et scribe quodcumque cogitas»; pareciéndole que estas palabras eran de letra do-*

(1) LECANU, *Dictionn. des Miracles*, art. *Papes*.

(2) Salió al campo de la luz la persona de Arnoldo, libre de nubes y confusiones biográficas, por obra del escritor Menéndez Pelayo en sus *Heterodoxos españoles*, t. I, lib. III, cap. III.

ble más gruesa que lo demás del texto. Y abriéndole después vió que estaban en la misma letra que lo restante, y entonces «se convenció» de que había sido milagro, en vez de convencerse de que la primera vez había visto visiones. Prosiguió registrando el libro, y halló este lugar de los Proverbios: «homines pestilentes dissipant civitatem»; y como si estas palabras hubiesen sido para él un rayo de luz, tomó papel, tinta y pluma, y comenzó á escribir con gran rapidez un tratado, al cual sirven de lema estas palabras, donde uno por uno intentaba deshacer los reparos que el Papa había puesto á su opinión de la próxima venida del Anticristo tachándola de temeraria. Pensó ocultar aquel escrito; pero apenas lo había acabado, se le anunció que el refrendario apostólico subía á su habitación. Procuró Arnoldo esconder el manuscrito, mas no pudo. El Cardenal lo leyó todo, y se quedó con él, después de alguna resistencia del médico. Y al cabo de un año «se había multiplicado el libro por todas las partes del orbe cristiano», lo cual (dice Arnoldo) estaba profetizado en el capítulo XXXVI de Jeremías (1).

Conforme al relato de esta *visión*, no fueron la humildad y la mansedumbre (virtudes propias á los que se mueven por el espíritu de Dios) las que más descollaron en el hombre que blasonaba de tener del cielo comunicaciones inmediatas. Mal hallado con la compañía del Papa, sin soltar de la mano la pluma ni de los labios la queja, trabó amistad con los reyes de Aragón y de Sicilia. Aquí logró fama de intérprete de sueños. El rey D. Fadrique de Sicilia había tenido en su mocedad ciertos sueños, en que se le mostraba la reina su madre con el rostro cubierto, diciéndole: *Hijo mío, te doy mi bendición, para que en todo procures servir á la verdad*. Consultado el sueño con teólogos, le dieron por vano. Tornó su madre á visitarle en sueños, mandándole que llamase á Arnoldo y le comunicase la visión. A ésta siguióse luego otra, en que se le dejó ver su madre á cara descubierta, rodeada de gran resplandor, en la mano una corona preciosísima, y díjole: *esta corona llevarás en la cabeza*.

A la consulta del rey no halló Arnoldo la menor dificultad en responder que aquella visión en sueños no había sido ilusión sino cosa del cielo (2); lo cual va confirmando con lugares comunes de Escritura, que ninguna correspondencia tienen con el caso actual. Pero la simpleza del intérprete, si no queremos darle nombre de mirlado orgullo, échase más de ver cuando hombreándose Arnoldo con los teólogos de su tiempo, llega á confesar que ninguno, sino sólo él, había atinado con la verdadera interpretación (3); especialmente, que para dar color á su arrojo alega los merecimientos de entrambos reyes de Aragón y de Sicilia, cual si se los hubiera Dios

---

(1) *Heterodoxos españoles*, t. I. p. 471.

(2) Quod enim videbatis in somnio tam frequenter non erat illusio, sed coelestis visio. Ibid., *Apéndice*, p. 724.

(3) Unde non debetis mirari si visio non fuit accepta vel intellecta per illos quibus communicastis. Mihi vero non meritis meis, sed solo beneficio pietatis aeternae suffragantibus, et puto meritis fratris vestri et vestris datus est intellectus visionis. Ibid., p. 725.

á él revelado. Estas señales deberían ser bastantes para contar al doctor catalán en el número de los falsos intérpretes y de los profetas ilusos, tanto más cuanto en la visión imaginaria (si ésta fué algo más que puro sueño) cabe falsedad é ilusión, pero Arnoldo no sospechó que podía haberla, ó si lo sospechó no la tuvo por digna de ser examinada con más cuidado y recelo.

Lo que acaba de dar al traste con su espíritu profético, es aquella furia con que procede en la interpretación de este sueño y del de D. Jaime II, algo parecido al de su hermano Fadrique. De poca entidad era, cierto, la materia de entrambos sueños; mas el intérprete con sus puntas de hereje, á manera de cernícalo, se fué subiendo á las nubes de su destemplada cólera, y desde allí, sin más motivo que su habitual manía, comienza á embestir con arañazos á frailes, á predicadores, á inquisidores, acusándolos á todos de inicuos jueces, de corruptores de la sana doctrina, sin exceptuar de repelones á la Sede Apostólica, porque al remate de su furibunda carda suelta el trueno gordo contra el Romano Pontífice con estas amenazas: *Si la Silla Apostólica mira con descuido las denuncias de los negligentes, estad seguros que Dios dentro de tres años ejecutará en ella castigos tan terribles, que los orientales y occidentales se llenen de estupor; y yo os los diré en particular antes de ausentarme* (1).

Con esto se graduó Arnoldo de falso profeta, de mal reformador, más de loco que de cuerdo, siquiera le admitiesen á particular amistad D. Jaime y D. Fadrique. Errores dogmáticos no se le notan en los escritos que nos han quedado. Secuaz suyo fué el franciscano Juan de Rupescisa, Peratallada, Rippacisa, Ribatallada, que por todos esos nombres se le conoce. Mostró inclinación á profecías y visiones. Heredó los pujos de Arnoldo; señalar fechas y nombres á los vaticinios del Apocalipsis, y esgrimir la espada de su elocuencia contra las costumbres de los eclesiásticos, fueron sus dos principales temas. Fué milenarista rabioso. El primer Anticristo había de ser Luis de Baviera, en el año 1366. Después viene un cisma espantable. A la muerte del Anticristo seguirán cuarenta y cinco años de guerras. Luego convertidos los judíos, habrá mil años de paz, en que todos los hombres han de ceñir el cordón de San Francisco metiéndose cofrades de la tercera orden. Al fin de todo lloverán á cántaros las abominaciones y torpezas. En lo más recio del pesti-

(1) Si vero neglexerit, certi sitis quod Deus intra praedictum triennium faciet in ea terribilissima judicia, ut sint orientalibus et occidentalibus ad stuporem, et qualia dicam vobis ante recessum meum in speciali. Ibid., *Apénd.*, p. 734.—RIVADENEIRA: «Otra señal ponen algunos hombres experimentados y grandes siervos de Dios, para tener por sospechosas las revelaciones ó instintos, que alguna gente seglar y lega dice que tiene de Dios, para reprender ó avisar de alguna cosa secreta á tercera persona, y mucho más á sacerdote ó prelado, ó semejante persona á quien se debe particular reverencia ó respeto; porque no es éste su oficio, y parece que se confunde y turba con esto el orden que Dios tiene puesto en su Iglesia.»—«Y aún no es menor señal de ser falso profeta cuando siembra en el pueblo poca obediencia y respeto á los mayores y superiores que Dios nos dió, ahora sean espirituales, ahora temporales, porque nunca el espíritu de Dios es contrario á sí mismo, ni pone división ni desacato y falsa libertad.» *Tratado de la tribulación*, lib. II, cap. XX.

lencial diluvio saldrá el segundo Anticristo á revolver y turbar la tierra con los argaviesos de su furiosa corrupción. Pero descargarán las nubes lluvaceros de rayos y centellas que le consuman á él y á sus partidarios. Tras esto el fin del mundo y el juicio final (1). A la hora de ahora deberíamos hallarnos nadando en el Jordán de la paz y cofradía milenaria, si el alquimista franciscano no hubiera sido un profeta de farsa.

ARTÍCULO II.

1. La Edad Media.—Rogerio Bacon.—2. Falsos profetas durante el Cisma de Occidente.—3. Predicciones astrológicas.—Pedro de Ailly.—Pedro Turrel.—Ricardo Roussat.—4. Miguel Nostradamus.—5. Cornelio Agrippa.—Cardano.—Paracelso.—6. Regiomontano.—Keplero.—Diego Arias.—7. Vaticinios sobre la Compañía de Jesús.

1. En la Edad Media no faltaron predicciones falaces, compuestas por hombres vanísimos, que si bien no presumían de profetas, hacían alarde de antever las cosas futuras por la contemplación de los astros. Rogerio Bacon, de cuyo arrojo en elogiar al abad Joaquín va dicho poco ha, puestos los ojos en el cometa de 1264 profirió el siguiente dictamen: *Siendo producido el cometa de 1264 por la influencia de Marte, es su aparecimiento belicoso que amenaza al mundo entero con discordias, tumultos, batallas, etc. Si este cometa volviese á aparecer, nos hallaría prevenidos, tanto más, cuanto que no habiendo síntomas de otra nueva aparición, su influencia se ha hecho sentir ya, según hemos visto, en Febrero y Junio para la Francia, y en Marzo y los demás meses para la Alemania é Italia. Este cometa anuncia grandes acontecimientos; estad prontos para que los sepáis sobrellevar* (2).—Como Bacon formaba en la fantasía la planta de su discurso, no es de maravillar le saliesen al revés los pronósticos, pues es gran verdad que habló esta vez adefesios como otras muchas.

2. Entre las más lamentables desventuras del Cisma de Occidente, poderosas á postrar los ánimos más curtidos en el sufrimiento, ha de contarse la osadía de los falsos profetas, cuyo número iba en aumento al paso que crecía la dificultad de distinguir al Papa legítimo, porque el dolor de esta incertidumbre tenía las almas en congojosa inquietud, cual si se hallase la Iglesia santa á dos dedos de su ruina. Voz común era, que el Anticristo había llegado ya, y que el mundo estaba en vísperas de tener fin. ¿Quién era el Anticristo del Apocalipsis? El Papa, respondía un inglés, sin rodeos, en

(1) MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos españoles*, t. I, p. 500.

(2) Predicción copiada á la letra, de *Las Profecías en relación al estado actual y al destino futuro del mundo*, libro impreso en Lérida, año 1871, sin nombre de autor, pág. 372.

un escrito del año 1390; respuesta, que se fué presto derramando, en son de profecía, por Italia y otras naciones, hasta hacer efecto en personas de reconocida virtud (1). No fuera eso lo peor si so capa de semejantes predicciones no hubiesen prevalecido otras mucho más perjudiciales, de que se aprovechaban los herejes para convertir en interés propio el infelicísimo estado de la Iglesia, porque cuando andan revueltos los humores, las falsas profecías suelen ser en manos de díscolos el instrumento más á propósito para zizañear entre los fieles, con achaque de reducir el clero á la estrechez de la pobreza apostólica.

Ejemplo de tamaña osadía descúbrese en el ermitaño Telésforo, cuyos vaticinios son tanto más dignos de memoria, cuanto fueron más en número los ejemplares que de ellos se divulgaron, como lo prueban los diezisiete manuscritos citados por el alemán Pastor en su *Historia de los Papas*. La suma de la profecía se compendia en los puntos siguientes.—El Cisma es el castigo de los pecados y vicios de la Iglesia Romana y de todo el estado clerical. En el año 1393 llegarán las cosas á su fin. En ese año al Antipapa (quiere decir, al Papa de Roma, que era Urbano VI) le cortarán el hilo de la vida en Perusia. Muerto él, vendrá la renovación total de la Iglesia, con la vuelta del clero á la pobreza apostólica. Pero la persecución de los eclesiásticos durará por más tiempo. Después sobrevendrá un nuevo Emperador y un nuevo Papa. El nuevo Papa, que se llamará *Pastor angélico* (2), quitará á los alemanes la corona imperial, y se la pondrá al rey de Francia. Entonces Jerusalén será conquistada, con que se efectuará la unión de la Iglesia latina con la Iglesia griega.—Tal es, en resumen, la profecía del solitario Telésforo, que dicen nació en Cosenza y moró en Tebas de Egipto.

El intento del *profeta* pica más alto de lo que á primera faz parece. El Gran Monarca francés y el Pontífice Santo son los dos quicios en que toda la profecía se revuelve, conforme á las trazas ambiciosas de la nación francesa, que en el capítulo próximo veremos campear con más claridad (3). No le podía faltar al ermitaño vati-

(1) PASTOR: Giovanni delle Celle, qui fu béatifié par la suite, croyait alors, comme tant d'autres, à la prophétie de la fin du monde.—La croyance à la venue de l'Antechrist et d'un faux Pape se propagea de nouveau dans le nord de l'Italie. *Histoire des Papes*, trad. 1888, t. I, pag. 163.

(2) El renombre *Pastor angelicus* se inventó para significar, que en los postreros años del mundo ilustrará la Silla Apostólica un Pontífice santo y angelical, quien apretadamente vinculado en religioso afecto con el Gran Monarca ha de preparar el mundo al advenimiento de Jesucristo. Los catálogos de empresas papales, de que hablamos en el artículo antecedente, núm. 6, dan oportuno lugar al *Pastor angelicus*; especialmente la Profecía Pontifical ahijada á S. Malaquías le coloca entre los seis postreros Pontífices. Al ermitaño Telésforo no se le podía pasar por alto ese *Pastor angelical*, tan á propósito para campanear el fin del mundo. Pero los compositores de almanaques políticos se hubieron de llenar de empacho después de levantar tanta cantera. Sobre el *Papa Angélico* véase DOELLINGER, *Weissagungensglaube*, 1871, pag. 369.

(3) PASTOR: Cette prophétie n'est, dans son ensemble, autre chose que le programme des espérances et des ambitions politiques de la France, revêtu d'une forme prophétique très en faveur au moment où il se publiait. *Hist. des Papes*, t. I, pag. 165.

cinador quien le diese cruel mancuerda. Poco habría sido mostrarle la falsedad de aquellas arrogantes predicciones, de cuya verificación no había entonces suficientes indicios, como no los hubo después; más adelante pasó el valeroso impugnador Enrique de Langenstein en su libro *Contra quemdam eremitam de ultimis temporibus vaticinantem nomine Telesphorum* (1). Yendo á la raíz de las cosas, alza primero el docto alemán la voz contra el prurito de *profetizar* que á la sazón señoreaba los ánimos; después condena por ridículos los vaticinios del abad Joaquín y de Cirilo, remedados por Telésforo, parto de soñadas visiones; luego hace mucho hincapié en la reforma del estado eclesiástico, demandada por el ermitaño *profeta*, mostrándole que si los clérigos abusaban de sus bienes, no era razón esa para metérselos á saco, pues la misma había para despojar á los legos, que no los empleaban mejor; señaladamente, que esa confiscación de bienes eclesiásticos no se encaminaba á reformar la Iglesia, sino á deformarla y destruirla, como la quisieron destruir los sectarios de los dos siglos antecedentes, so pretexto de echar mano á las rentas eclesiásticas, con doctrinas pestilentes envueltas en forma de vaticinios.

Lo que en este linaje de contenciones hay que tener siempre á la vista, es el origen de los escritos. Ni el ermitaño hablaba por sí, ni el teólogo alemán discurría por su cuenta: ambos á dos representaban, cada cual, su partido; aquél el clementista, éste el urbanista; aquél abogaba en favor del Papa de Aviñón, Clemente VII, amparado por Francia; éste en favor del Papa de Roma, Urbano VI, patrocinado por Alemania. Comoquiera que ello fuese, las resultas de la *profecía* del ermitaño, á pesar de la maciza refutación del doctor alemán, fueron dar alas á una desaforada chusma de falsos profetas, que con color de vaticinar lo por venir, pregonaban la victoria del un Papa contra el otro, no sin echar á los eclesiásticos la culpa de aquellas discordias (2). El confutador Langenstein señala con el dedo las osadías de los muchos pseudoprofetas, que tumultuariamente algareaban, los unos en pro, los otros en contra. Además, sabemos cómo un tal Gamaleón notificaba al mundo, que el emperador alemán, después de apoderarse de Roma, trasladaría al imperio de Alemania la Silla del Papazgo (3). *Una «Profecía» de 1395*, dice Pastor, *termina con un aviso á los que la den á conocer, amonestando á todos que trace cada cual la prevención necesaria, escoja abrigo seguro en las cuevas ó en la cumbre de los montes, antes de descargar la tempestad, y haga provisión de mantenimientos para todo un mes* (4). En ninguna edad había adquirido tanta opinión el espíritu

(1) Publicóle en 1721 el diligente Pez en su *Thesaurus anecdot. noviss.*, t. I, p. 2, pag. 505.

(2) PASTOR: Presque toutes les prophéties du temps, repètent le cri: Malheur au clergé!—Voyez, par exemple, la *Prophecie de l'an 1396*, dans le Cod. 269 de la Bibliothèque d'Eichstaedt. *Hist. des Papes*, t. I, pag. 166.

(3) PASTOR, ibid., pág. 167.—SALEMBIER, *Gran Cisma*, pág. 196.

(4) Ibid., pag. 167.

de mentira, fomentado por las voces *proféticas*, como en aquel tiempo de confusión, á fines del siglo XIV, cuando las escuelas teológicas andaban divididas en puntos de suma importancia, cuando los obispos no hallaban camino por donde rastrear la legitimidad del supremo Pastor, cuando las naciones cristianas padecían agonía suspensa, sin norte fijo á donde volverse, por la mal segura obediencia á Pontífices entre sí contendientes.

¿Qué diremos, cuando los predicadores convertían la cátedra del Espíritu Santo en trípode pitónica, donde romper en extravagancias de fantasía, á título de profetas? El obispo de Cambray, Pedro de Ailly, dejándose llevar del rum rum esparcido por los falsos místicos, no reparó en notificar un día desde el púlpito, que dentro de quince años reinaría el Anticristo. *Habrá señales*, decía, *en el sol, en la luna y en las estrellas; el sol son los prelados, la luz de su sabiduría se apaga; la luna son los príncipes, el fulgor de su justicia se obscurece; las estrellas son los numerosos vasallos, la gracia se va extrañando de todos ellos* (1). Ponderado el desacierto del atrevido predicador en este jaez de predicciones, añade el escritor francés Salembier en su defensa: *Ailly fué más afortunado cuando fundándose en cálculos astrológicos, predijo en 1414 la revolución de 1789* (2). No la predijo él, sino por manganilla, recantando la predicción del mahometano Albumasar, como luego se dirá.

Hasta qué punto de frenesí hubiese el arte de pronosticar encendido los cerebros, decláralo otro sermón predicado por el mismo Pedro de Ailly, en que sostuvo el orador que Cirilo (falso profeta) y Joaquín de Flora (otro iluso) podían ladearse con San Juan Bautista y con San Juan Evangelista. Más; Clemengis, amigo y discípulo del predicador, compuso un tratado especial *De Antichristo, ortu ejus vita, moribus et operibus*, donde le describe con sus propias señales, cual si le conociera de trato. Lo mismo hizo Thierry de Niem; el cual preguntado si el cisma y sus circunstancias eran los verdaderos indicios precursores de la venida del Anticristo, respondió: *Sin duda, si hemos de dar fe á los historiadores y profetas*. No es aquí para echado en olvido un romero que preciándose de ser el Profeta Elías, con ínfulas de tal anunciaba para muy en breve un terremoto que cerraría el plazo de la vida humana (3). El desorden, que en aquel aciago tiempo reinaba, hacía corriesen sin tino estas y semejantes *profecías*, con tanto más general aceptación, cuanto la gente se hallaba menos dispuesta para distinguir la verdad de la mentira. *En una palabra*, concluye Pastor, *aquella fué una verdadera inundación de profecías, concernientes al fin del cisma, las cuales todas resultaron en vergüenza y confusión de sus autores* (4). ¿Qué pensaría luego el Papa Martino V de los pseudoprofetas y pseudoprofecías, que

(1) Sermo III, *De Adventu Domini*.
(2) *El Gran Cisma de Occidente*, 1902, pág. 157.
(3) SALEMBIER, *El Gran Cisma*, pág. 157.—PASTOR, *Hist. des Papes*, t. I, pag. 167.
(4) *Hist. des Papes*, t. I, pag. 167.

tantas cabezas habían calentado, cuando en 1417, después de treinta y nueve años de trastornos, sentado en la Silla pontifical vió restituida la paz á la Iglesia, trocada en mar de leche la marejada, tabaola y confusión de tan espantoso cisma?

3. Lugar es éste muy á propósito para dar cuenta de varias predicciones astrológicas, que van insinuadas al fin del capitulo primero de este tercer libro. Principiemos por el pronóstico que propuso el judiciario Cardenal Pedro de Ailly, en su curioso libro, *Tractatus de Concordia Astronomiae cum Theologia*, de 1390, en esta forma: *Si el mundo llega á durar hasta aquellos tiempos* (hasta el año 1789), *lo que sólo Dios sabe, habrá de haber entonces muchas, grandes y maravillosas alteraciones y mudanzas en el mundo, y particularmente acerca de las leyes* (1). Hablaba el Cardenal astrólogo con esta aseveración, teniendo puesta la mira en una de las conjunciones del planeta Saturno, que se había de cumplir el año 1780, conforme lo tenía pronosticado en el siglo X el famoso Albumasar, cuya predicción no podía ignorar el sapientísimo astrónomo, según lo dicho más arriba, pág. 41.

Del pronóstico hecho por Pedro de Ailly, fundado en el de Albumasar, se aprovechó, un siglo después, el maestro Pedro Turrel, astrólogo y rector de las escuelas de Dijon, en su libro intitulado *La periode, c'est-à-dire, la fin du monde, contenant la disposition des chouses terrestres par la vertu et influence des corps celestes*, 1531. El texto francés vuelto en romance dice así: *Dejemos de hablar de las cosas acaecidas y de las que acaecen, sabidas de todos si no son ignorantes, y hablemos de la octava máxima y maravillosa conjunción, que los astrólogos dicen se cumplirá por los años del Señor 1789, con diez revoluciones saturnales; y además, veinticinco años después, será la cuarta y última estación del altitudinario firmamento. Consideradas y calculadas todas estas cosas, concluyen los astrólogos que si el mundo llega á durar hasta aquellos tiempos, lo que sólo Dios sabe, grandísimas y maravillosas mudanzas y alteraciones habrá en el mundo, aun en las sectas y en las leyes. La razón es, porque entonces con las revoluciones de Saturno se efectuará la conversión y revolución del superior cielo firmamento, por la cual las cosas antedichas y las mudanzas de sectas han de sobrevenir; de donde concluyen los astrólogos, que cerca de los años sobredichos el Anticristo con su ley y condenable secta se armará contra la ley de los cristianos. Y aunque no esté determinado el tiempo de su venida, y no pueda saberse con humana certidumbre, con todo eso, indeterminadamente hablando, puede formarse probable sospecha y verosímil conjetura, que en los tiempos arriba dichos vendrá el Anticristo, atento que, en opinión de aquellos astrólogos, después de Mahoma ha de venir un hombre poderoso, que constituirá una ley inhonesta, mentirosa y mágica. Por esto puede opinarse, por pare-*

(1) Si mundus usque ad illa tempora duraverit, quod solus Deus novit, multæ tunc magnae et mirabiles alterationes mundi et mutationes futurae sunt, et maxime circa leges.

cida inducción, que tras la secta de Mahoma, no vendrán otras que las del Anticristo (1).—Más adelante pasó el Maestro Turrel en la predicción moruna, asentando la venida probable del Anticristo en el año 1789, sin estar en la cuenta de la secta luterana, más funesta que la mahometana; doble engaño que cubre de oprobio la arrogancia del astrólogo francés, con haber sido plagiario.

Repitió el mismo plagio en el año 1550 el canónigo Ricardo Roussat, en su obra intitulada *Rhapsodie de l'état et mutation des temps, prouvant par auctoritez de l'Escripture sainete et par raisons astrologales la fin du monde estre prochaine.* La predicción está contenida en estos términos: *Ahora digo yo, que nos hallamos en instante y nos acercamos al punto de la futura renovación del mundo, dentro de unos 243 años (conforme al cómputo común de los historiógrafos), contados desde la fecha de la compilación del presente tratado* (2). En otra parte añade: *Vengamos á tratar de la grande y admirable conjunción que los señores astrólogos dicen acaecerá en los años del Nuestro Señor 1789, con diez revoluciones de Saturno; y además, unos 25 años después será la cuarta y última estación del altitudinario firmamento. Imaginadas y calculadas todas estas cosas, concluyen los astrólogos sobredichos, que si el mundo dura hasta aquel tiempo, que á sólo Dios es conocido, grandísimas, maravillosas y espantables mudanzas y alteraciones habrá en este mundo universo, aun en las sectas y en las leyes* (3).—La predicción del canónigo Roussat no se diferencia, como se ve, de la de Turrel, y con la de Pedro de Ailly tiene común la segunda parte. Estos pronósticos iban cobrando fama en el siglo XVI por el reino de Francia, como lo avisaba Antonio Couillard en su libro *Contredicts,* impreso en París el año 1560, diciendo: *Andaba de boca en boca una profecía, en virtud de la cual el mundo planetario, emblema del mundo político ó social, estaba amagado de una inmensa revolución que empezaría en 1789, cuyos efectos quedarían atajados ó destruidos á los 25 años* (4).

Las tres predicciones antecedentes dan de sí tres números notables, 1789, 1793, 1813: el primero representa el año de la gran revolución francesa, el segundo el reinado del Terror, el tercero la caída de Napoleón y el restablecimiento de los Borbones. ¿Fueron, acaso, profetas los astrólogos que predijeron cosas al parecer tan puntualmente verificadas? No, por cierto: no fueron profetas porque las cosas predichas no se verificaron como ellos las imaginaban. Ellos presumían que el Anticristo iba á venir á fines del siglo XVIII; en eso erraron, porque no vino: ellos anunciaban una revolución universal; en eso se equivocaron, porque fué sólo particular del

(1) El texto francés, de estilo anticuado, que tenemos á la vista, está mal entendido, y peor traducido en castellano por el autor incógnito de *Las Profecías,* p. 374.—Parte de él va copiado arriba, p. 40.

(2) Quiere decir el canónigo de Langres, que habiendo impreso su libro en 1550 y añadiendo 243 años, en 1793 tocaría el mundo á su remate final.

(3) Págs. 86 y 162 de la edición hecha en Lyon el año 1550.

(4) Véase lo dicho más arriba al fin del capítulo primero.

reino de Francia: ellos asentaban que por aquel tiempo haría Saturno su postrera revolución; en eso se engañaron, porque sigue aún dando vueltas en su carrera, sin ganas de parar: ellos dieron por averiguado que después de la secta mahometana seguiría la del Anticristo; en eso anduvieron ciegos, pues no barruntaron la secta de Lutero, mucho más fatal que la de Mahoma. ¿En qué acertaron, pues? En declarar, medio á tientas, que en los años 1789 y 1793 ocurrirían en el mundo grandes y admirables trastornos; y aunque fueron grandes en Francia, dejaron en paz las demás naciones de Europa. Medio á tientas dije, porque el mundo estelar no es emblema del mundo terrestre, ni es posible sacar de la revolución física de Saturno la revolución política y social de la mínima parte del globo terráqueo.

4. Entre los pseudoprofetas cristianos se levantaron en el siglo XVI, hasta dar en las estrellas con su fama, los médicos astrólogos tan empinados como ignorantes, tan temerarios como duchos, sólo hábiles en el arte de encantar al vulgo necio. Miguel Nostradamus ganó fama de profeta, no obstante los yerros graves que le notaron sus compañeros de profesión en el conocimiento de las estrellas; él, con todo, prosiguió componiendo almanaques, insertando en ellos predicciones sobre asuntos públicos, y haciendo alarde de listo conocedor de lo por venir. Por fortuna, no dejaron algunos sucesos de coincidir con el texto de sus predicciones; razón bastante para que sus calendarios no solamente anduvieran en las manos de todos con reputación de proféticos, sino hallasen gran aceptación en los palacios de los príncipes. Ardid del astrólogo fué hurtarse á lo público, emparedarse en su casa, tomar la soledad por compañera, propalar que tenía su estudio en el escondrijo de un profundo sótano, donde trabajaba á la luz de una lamparilla inextinguible y donde ningún mortal podía descender sin exponerse á muerte segura. La vida misteriosa del meditabundo charlatán hizo que los curiosos le mirasen con cierta veneración, acompañada de grave terror. A las zumbas de sus contradictores respondía desdeñoso, mostrando no sentir el escozor de la matraca. La experiencia de sus frecuentes *lapsus linguae*, enseñóle la traza de hacer impenetrables sus conceptos, que fué entraparlos con enigmáticas voces, sin nunca poner en claro el conocimiento de la cosa. Porque tenía por máxima, con los necios hablar en necio; con lo cual daba al vulgo lugar para descubrir honduras de misterioso sentido en la algarabía de sus palabras (1).

Escribió el libro de las *Centurias*, donde con ponderativo lenguaje intentó entregar á los venideros de pe á pa descrita la histo-

(1) El epitafio de su sepulcro contiene lisonjas pueriles de su espíritu profético, en esta forma.—D. M. Ossa Clarissimi Michaelis Nostradami, unius omnium mortalium judicio digni, cujus pene divino calamo, totius orbis ex astrorum influxu futuri eventus conscriberentur. Vixit annos LXII, menses VI, dies XVII. Obiit Salone CIO IOLXVI. Quietem posteri ne inyidete.

ría de los dos mil años siguientes (desde 1555 hasta 3797). Comprende el libro entero diez Centurias, cada Centuria consta de cien redondillas á la francesa; en todo, cuatro mil versos, disparatados á más y mejor, sin sentido ni cohesión, llenos de barbaridades y gazafatones (1).

A pesar de los desatinos y ficciones de las *Centurias*, increíble parecería se hubiesen hecho de ellas tantas ediciones, hubiesen logrado tantos comentadores y hubiesen conseguido tanta reputación, si no constara el ardoroso afán que lleva los hombres á conocer lo por venir aun á costa de dolorosos escarmientos (2). Nostradamus escribía versos fuera de propósito, echaba predicciones de bobilis bobilis con mil impertinencias, que si alguna vez daban en el blanco, no era porque el autor adivinase ni tratase de ello, sino por pura tontedad suya. Cuando en las dedicatorias de las *Centurias* significa que por arte de astrología vino en conocimiento de lo que predice, no hace sino venderse por iluminado y exagerar sus propias fantasías; pero, en realidad de verdad, ni entiende palabra de lo por venir, ni conoce por el forro la historia del mundo venidero. La astrología fué la nube vagarosa en que el vate se envolvió; aplicar la luz á la nube y deshacerse como por encanto, es todo uno (3).

Pero su fama creció imponderablemente al resplandor de una redondilla de la primera Centuria, escrita después de sacar el horóscopo de Enrique II, cuya muerte trágica querían todos leer pre-

---

(1) He aquí algunos ejemplos:

Estant assis de nuict secret estude,
Seul reposé sur la selle d'aerain,
Flambe exigue sortant de solitude,
Fait prosperer qui n'est à croire vain.

La verge en main mise au milieu des branches,
De l'onde il moulle et le limbe et le pied;
Un peur et voix fremissent par les manches:
Splender divine. Le divin pres s'assied.

Quand la lictiere du tourbillon versée,
Et seront faces de leurs manteaux converts,
La republique par gens nouveaux vexée,
L'ors blancs et rouges jugueront l'univers.

Par l'univers sera faict un monarque,
Qu'en paix et vie ne sera longuement;
Lors se perdra la piscature barque,
Sera regie en plus grans detriment.

Chassés seront pour faire long combat,
Par le pays seront plus fort grevez,
Bourg et cité auront plus grand debat,
Carcas, Narbonne auront cœur espronez.

L'œil de Ravenne sera destitué,
Quand à ses pieds les aisles failliront,
Les deux de Bresse auront constitué
Turin, Versel que Gaulois fouleront.

De esta hechura son los mil cuartetos.

(2) *Dictionnaire des Miracles*, art. *Nostradamus*.

(3) GUINAUD, *Concordance de l'histoire avec les Centuries*.—THÉODORE BOUYS, *Nouvelles considérations sur les Oracles*.

dicha en los cuatro versos (1) de Nostradamus, á quien Catalina de Médicis había encargado este agüero y los de los príncipes. Pero en realidad el astrólogo presenció la muerte de Enrique II, y nunca quiso dar un comino por su misma predicción (2).

5. Cornelio Agrippa de Nettesheim, nacido en Colonia el año 1486, de familia principal, se pasó del tumulto de las armas al retiro de las ciencias. No le procuró descanso la soledad, porque su natural inquieto y extravagante en todas partes le deparaba reyertas y sinsabores. Luisa de Saboya, madre de Francisco I, nombróle médico suyo; pero tuvo que desprenderse de él, porque con verle tan aficionado á leer en las estrellas la suerte futura de los reinos, no le podía sacar, como deseaba, el pronóstico de los acaecimientos de Francia. De hechicero le acusaron los que leyeron su *Tratado de la Filosofía oculta*. Ello es que pasó casi toda su vida á la sombra. Bien merecida tuvo la cárcel un hombre alocado, que atribuía sus infortunios á la envidia de sus enemigos. Llegó su bobería hasta el caso de ofrecer al emperador Carlos V inmensos tesoros por arte de magia. Semejante propuesta basta para entrever qué linaje de profecías serían las suyas. Bodino cargó la mano sin piedad sobre el libro cuarto de *La Filosofía oculta*. Juan Wier, aunque defendió como pudo á su maestro, llamó abominable y blasfemo este famoso libro cuarto, que parece bien auténtico. Con gran cautela rehusó Agrippa confiar á la prensa sus revelaciones, que le habían traído espinado el corazón toda la vida. Algunos ocultistas han creído que los ritos de los modernos magos provienen de Cornelio Agrippa (3).

A la categoría de estos filósofos pertenece Paracelso, médico entonadísimo, tan pagado de sí, que en la primera lección que explicó á sus alumnos, mandó quemar las obras de Galeno y de Avicena, protestando que el cielo le había enviado al mundo á él por *reformador de la medicina*. Dios le había revelado el secreto de la alquimia y el arte de prolongar la vida sin término: con semejantes embelecos daba papilla á sus discípulos. Erasmo, en la *Vida* que de este empírico escribió, relata hechos singulares sobre el trato que tuvo con el demonio. Sea de esto lo que fuere, si Paracelso cosas ocultas adivinó, de mil erró novecientas, y las que acertó más fué por yerro que por tino (4).

---

(1) El cuarteto dice así:

Le lion jeune le vieux surmontera;
En champ bellique par singulier duel
Dans une cage d'or les yeux lui crevera,
Deux plaices une, puis mourir: sort cruel!

En un torneo, Montgommeri sacó los ojos al rey Enrique II con la punta de la lanza.

(2) FELLER, *Biograph. univers.*, art. *Nostradamus*.—LECANU, *Diction. des miracles*, art. *Nostradamus*.

(3) FELLER, *Biograph. univers.*, art. *Agrippa*.—JULIO BOIS: Le IV[e] livre de la *Philosophie occulte* fit à Cornelius Agrippa une réputation universelle d'archi-sorcier. On sait l'histoire de son chien noir qui était, paraît-il, le diable. Elle a servi à Goethe. Bodin est pour lui sans pitié. *Le Satanisme et la Magie*, 1895, p. 389.

(4) FELLER, *Biograph. univers.*, t. IX, p. 376.

Contemporáneo suyo fué Jerónimo Cardano, nacido en Pavía el año 1501, tan loco y rematado como él, tan dado á la astrología como el que más, de forma que el P. Kircher en su *Mundo subterráneo* le pinta dominado de la demonomanía, y Bayle, en su *Diccionario*, le describe charlatán, fullero, bellacón y gran canalla. De sus profecías hemos de pensar serían tales cual era el espíritu familiar de que presumía andar acompañado.

A los astrólogos de la Edad Media les pasó por el pensamiento la traza de usar figuras emblemáticas para predecir con menos descrédito cosas futuras; los emblemas abren á la fantasía campo vastísimo y exponen menos la autoridad del profeta. Juan Liechtenbergers, tomando pie de la conjunción astronómica que había de efectuarse á primeros de Abril de 1484, comenzó á *profetizar* describiendo con imágenes una historia fantástica de pestes, guerras, hambres, exterminios y muertes qne debían verificarse en todo el discurso de aquel siglo hasta el año 1567. No será menester trasladar aquí sus profecías: véanse retazos de ellas en Lecanu (1). Una cosa es en ellas de notar, de singular consideración, la omisión del protestantismo, que en este intervalo había de trastornar la Europa y ser el suceso más importante de la época. ¿Cómo el presunto profeta no barruntó la próxima rebelión del fraile apóstata? Sin embargo de este silencio, todos clamaban reforma, todos la tenían por necesaria; sólo el *profeta* alemán hace caso omiso, con no caérsele de la pluma la paz, concordia, reformación de costumbres. Digo mal: la figura de un fraile que lleva á caballo sobre sí un demonio, parece aludir á Lutero; mas al pintar después al diablo huyendo del fraile, se pone en contradicción con la historia, y malbarata el *espíritu profético* que se gloriaba de poseer.

6. A Regiomontano, llamado así de Königsberg, en la Franconia, donde nació en 1436, se le atribuye una insigne profecía. Astrólogo era, famosísimo en su tiempo, consultado, por sus conocimientos astronómicos, de sabios y próceres. La profecía del Regiomontano Juan Müller fué ésta: *el año 1588 será desastroso para todo el universo, por la conjunción de los planetas mayores que en dicho año se ha de efectuar*. No faltan escritores que prohijen este pronóstico á Gaspar Bruch, que fué el primero que le publicó (2). Sea de esto

---

(1) *Dictionn. des miracles*, t. II, p. 700.

(2) En su *Odoeporicon* testifica haber hallado en la abadía de Castel, en el alto Palatinado, los versos de Müller, que dicen así:

Post mille expletos a partu Virginis annos
Et post quingentos rursus ab orbe datos,
Octuagesimus octavus mirabilis annus
Ingemet et secum tristia multa feret.
Si non hoc anno totus malus occidet orbis,
Si non in nihilum terra fretrumque ruent,
Cuncta tamen sursum volventur et alta deorsum
Imperia; et luctus undique grandis erit.

Pero muchos críticos juzgan que el autor de los versos latinos fué el propio Brusch;

lo que se fuere, los versos del astrólogo se acomodaron después con sus respectivas alteraciones, á los años 1788 y 1789, en que acontecieron los trastornos de la revolución francesa (1). Mas ni aun vienen bien á los fines del siglo XVIII los desastres vaticinados, porque ni fueron universales, ni las conjunciones dichas los llamaron sobre Francia. Cuando los estrelleros intentaban dar á comer sesos de asno, los primeros en rebuznar eran ellos, con las garatusas de líneas y colures imaginarios.

5. De la misma harina son las predicciones de Keplero, dictadas por el cometa que se dejó ver el año 1604. *Conocidos son,* dice, *varios vaticinios de los mahometanos, por los cuales se quiere probar que va llegando el tiempo en que ha de acabar su religión. Paréceles á ellos que Dios ha querido indicar eso mismo con el encuentro de la nueva estrella en Sagitario con el Sol y Júpiter, que ellos dicen favorece á los cristianos, mientras que Marte favorece á los turcos, de lo cual se concluye astrológicamente la victoria total de la religión cristiana contra la secta de los mahometanos* (2).—La predicción de la ruina del mahometismo por la aparición de un cometa, es desatinada predicción, tan desatinada como las del Dr. Diego Arias, que hablando del antedicho cometa, dice así: *Influye este cometa grande seca, grandes vientos, terremotos en el aire, grandes encendimientos de fuegos, varias figuras, muertes de todas clases y suertes de ganado, extraños animalejos que consuman gran parte de los frutos de la tierra, particulares enfermedades de sequedad, de tabardillo, cámaras coléricas y de sangre, fiebres ardientes, causones, erisipelas vejigosas, enfermedades carbunclos. Dios nos guarde de peste; particularmente amenaza á la gente mal mantenida; y porque el signo donde está este cometa es Sagitario, trabajo pasarán las dignidades eclesiásticas y religiosas de particulares enfermedades, muertes y pérdidas de hacienda. Habrá algunas muertes repentinas; amenazan á los fuertes y robustos, á los sanguíneos y los ricos, á gobernadores de provincias y ciudades, á letrados, procuradores y médicos, peligrosos partos y notables trabajos á las preñadas. Las ciudades y reinos donde más efecto tendrá este cometa serán en los sujetos al signo de Sagitario. En general amenaza á nuestra España, porque la gobierna el Sagitario, pero será poco el daño; algo más será en el de Andalucía, menos en Castilla, más en Lisboa, Galicia é Indias Occidentales por razón de que se*

---

si bien Regiomontano lo sería del pronóstico, que no puede ser más pedestre y ridículo. El haber presenciado en aquella época turbulencias civiles de gran momento, pudo dar pie á Brusch para componer el pronóstico.

(1) LECANU, *Dictionn. des miracles*, art. *Regiomontanus*.—Véase cómo el libro *Las Profecías*, pág. 375, trae la forma de la predicción: «Después de mil años cumplidos desde el parto de la Virgen, y transcurridos además setecientos años, el año octogésimo octavo será admirable y traerá consigo tristes infortunios. Si en este año no es herida de muerte toda la raza perversa, si la tierra y el mar no se reduce á la nada, á lo menos todos los imperios del mundo serán trastornados, y en todas partes habrá gran llanto.»—Los *setecientos años* en lugar de *quinientos* muestran la interpretación hecha por los comentadores de Albumasar, que en el año 1789 esperaban el universal trastorno del mundo.

(2) Tomado de *Las Profecías*, p. 376.

inflaman estas exhalaciones en la cuarta meridional, y cortan á la occidental. Tiene este cometa con su planeta Júpiter dos ruines acólitos que le oprimen, uno meridional que es el planeta Marte, otro peor ó tal es el planeta Saturno occidental. Marte influye á Africa guerras civiles, robos, crueldades, muerte de gente noble y poderosa... El otro acólito, que es el planeta Saturno occidental influye también á la miserable Africa más trabajos de los que yo por escrito puedo decir (1). Y los va especificando el Dr. Arias con igual flema que la que tuvo Keplero cuando con el mismo cometa quiso dar un bote de pala á toda la morisma. ¡Cómo los ingenios echan á perder las prendas con que naturaleza los dotó! Que un triste médico, Diego Arias, se desentonara subiendo de punto las influencias cometales, alguna excusa merece; pero que todo un Keplero, astrónomo tan envirotado (á quien debe la ciencia la memorable hazaña de haber fijado su asiento en la masa del sol para regir desde allí con sus leyes inmortales los cursos de los planetas), cediendo á la corriente común, en vez de enfrenarla, diese cuerda á la crasa ignorancia de los plebeyos, es cosa para quebrar el cuerpo de risa.

6. Séanos lícito romper aquí el hilo de los tiempos, para anudarle después, pues viene á buena sazón el mencionar una profecía rara del abad Joaquín, de quien va hecha memoria hartas veces. En su interpretación del Apocalipsis, comentando la figura del Angel de Filadelfia, dió el abad calabrés la noticia de una Orden religiosa que había de florecer en la Iglesia de Dios. He aquí literalmente sus palabras: *Es razón que la Iglesia conciba un cierto entendimiento espiritual nuevo, es á saber, hijos de promisión, y prole más espiritual que las otras, esto es, la misma orden designada por Jesús; la cual orden, más amable y esclarecida que las muchas que la precedieron, ha de principiar en el límite del estado segundo, es decir, en la sexta edad, si ya no se han visto algunos comienzos de ella, lo cual no me consta á mí, porque los comienzos son siempre obscuros y de poca monta; pero esta Orden se ha de multiplicar y extender en aquel tercer estado del siglo, que vendrá en los últimos tiempos. Esta Orden tomará su principio desde la sexta edad del estado segundo, y recibirá más acrecentamiento en la edad del tercero. Grandes son estos misterios, y se han de escudriñar con diligente consideración.*—Hasta aquí la predicción del abad Joaquín.

Por estados de la Iglesia entiende el autor épocas largas: el primero corre desde Abrahán hasta Juan Bautista; el segundo desde el Bautista hasta la Edad Media; el tercero desde la Edad Media hasta el fin del mundo. Llama sexta edad, ó *sexto tiempo,* el que va de la venida de Cristo hasta el remate final. Supuestas estas nociones, es de saber que no faltaron varones graves por su virtud y letras, que viesen profetizada la religión de la Compañía de Jesús en el vatici-

---

(1) *Breve tratado del cometa que apareció á 26 de Octubre de 1604*, fecho por el Dr. Diego Arias, médico de Cádiz. Citado en *El Telescopio Moderno*, 1878, t. I, p. 537.

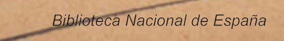
nio del abad Joaquín, especialmente porque dice que Jesús sellará la nueva religión con su propio nombre; los cuales discurriendo por lo que San Juan debía participar al Angel de Filadelfia, lo aplican á nuestra Compañía, gozándose en ver á sus pasos abiertas las soledades de la gentilidad y adelantada la conversión de los judíos, con todo lo demás que en el cap. III, vers. 7 13, se halla escrito. Ya el P. Viegas dió lado á esa interpretación, por no convenir los hechos con los dichos (1), y aun puso sospecha en la verdad del vaticinio. Lo que va dicho antes sobre la poca gracia en el profetizar que hallamos en el abad de Flora, sirve para dar por ninguna la profecía de que tratamos.

Otra predicción hay de San Vicente Ferrer, en el librito que el santo escribió intitulado *De vita spirituali*, por estas palabras: *Tres cosas hemos de meditar singularmente y cuasi de continuo: Primera, Cristo crucificado, encarnado; segundo, el estado de los apóstoles y de los frailes pasados de nuestra orden, con deseo de conformar nuestra vida con la suya; y tercero, el estado de los varones evangélicos que ha de venir. Y esto debes meditar de día y de noche, conviene á saber, el estado de los pobrísimos, simplicísimos y mansísimos, humildes, abyectos, unidos entre sí con ardentísima caridad, que no piensan, ni hablan, ni saborean otra cosa sino á Jesucristo y ese crucificado; que no hacen caso de este mundo, olvidados de sí, contempladores de la gloria celeste de Dios y de los bienaventurados, y que por ella suspiran de lo íntimo de sus entrañas, y que por su amor siempre están aguardando la muerte, y dicen como San Pablo: Deseo estar desatado y estar con Cristo. Esta imaginación te inducirá, más de lo que se puede creer, á un impaciente deseo de ver llegados aquellos tiempos.* Hasta aquí son palabras de San Vicente en el capítulo postrero del sobredicho opúsculo.

El escritor de la *Vida de San Vicente Ferrer* propone la interpretación del vaticinio antedicho en esta forma: *San Vicente vió en espíritu profético con gran consuelo de su alma (templando con esto sus penas ocasionadas de las culpas de aquellos infelices tiempos) la esclarecida Religión de los Carmelitas Descalzos, su santa Reforma de aquella primitiva Religión y la del mundo por medio de la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús y sus Hijos; cuyo espíritu pintó el Santo en lo que dejó escrito en su tratado de la Vida Espiritual, capítulo último* (2). Aunque el Padre dominico apruebe la interpretación del vaticinio, no se la saca de la cabeza, sino publícala de parte de otro escritor, del doctísimo Gonet, grave teólogo de su Orden, quien sobre decir que *San Vicente se consolaba con esta profética visión*, añade ser tradición comprobada en la historia de los Carmelitas Descalzos

(1) Nostrum autem erit, vel ob eas praecipue laudes, quas in nobis minime agnoscimus, ejusmodi expositionem habere suspectam; quare nos modo nihil de vaticinii hujus sive veritate sive expositione definimus. *In Apoc*, cap. III, comment. II, sect. III.

(2) P. M. Fr. Francisco Vidal y Micó, *Historia de la portentosa Vida y milagros de San Vicente Ferrer*, 1735, lib. II, cap. XXVIII, n. 331.



que en ellos se verificaba la antedicha profecía; así lo asegura en el mismo lugar el P. Vidal y Micó.

Bendita sea la bondad de Dios, si tuvo por bien abrir la boca á tan insigne taumaturgo y profeta para poner en sus labios un encomio digno de la Reforma carmelitana. Lo que no sufre la razón ni la justicia es, ver aplicado á la Compañía de Jesús el vaticinio de San Vicente Ferrer, como algunos varones piadosos pretendieron. Porque (fuera de que aquella grandeza de virtud, expresada superlativamente en las palabras del Santo, preferimos admirarla en cualquiera otra religión) el no mencionarse en ellas el designio de predicar, enseñar, administrar sacramentos (que es el blanco de nuestro instituto), antes bien el de vida contemplativa perfecta, parece significar que no quiso la profecía hablar con nosotros, ni en nosotros verificar su cumplimiento. Con lo cual no tuvo bien cuenta el Comentador Viegas cuando declinó la honra de la dicha interpretación (1); pero mucho menos lo notaron, según era razón, los que nos señalaban con el índice como á religiosos evangélicos aludidos en la profecía. Si mucho la religiosa humildad, más la verdad de las palabras exime á nuestra Compañía de la profética alusión.

ARTICULO III.

1. Ilusión en el espíritu de profecía. - Casos vulgares.—2. El Padre Méndez.—3. Nicole Tavernier. 4. Visión de San Alonso Rodríguez.—5. Amenazas de Cazotte.—6. Sor Natividad, sus predicciones.—Elena Wallraff.

1. Enojosa tarea sería y de ningún provecho, desarrinconar las predicciones de otros astrólogos de los siglos XV y XVI, porque todas descubren la misma hilaza, aunque cada autor hiciese muy del profeta. La arrogante presunción, la natural perspicacia, la imitación servil, la estólida vanidad eran las *inspiradoras* de aquellos vaticinios, cuando no los entablase la simulación á regla y plomo después de acaecidos los hechos.

Antes de entrar en los siglos XVII y XVIII, no estará demás apuntar algunos ejemplos de ilusión notados en gente visionaria. Ofrecióse un día á Santa Teresa de Jesús un labrador, tenido en opinión de santo por personas de cuenta, á manifestarle cómo Dios le hablaba y le descubría secretos sobrenaturales. Entendió luego la

(1) Sunt sane haec ita magna et praeclara, ut ob eorum magnitudinem summae sit arrogantiae velle quempiam eorum partem vel minimam sibi assumere, magnaque praeter modum fuerit illorum pietas, qui tam praeclarum vaticinium posse in nostram Societatem cadere, sibi in animum induxerunt... Atque haec quidem pro sua in nos pietate et propensione sibi persuaserunt viri et litteris et dignitate gravissimi, quos nominare hoc loco non est necesse, quae tamen nos ob eorum magnitudinem minime in nobis agnoscimus, et ad alium quempiam potius ordinem, quam nostrum, referenda esse existimamus, quippe qui minimos nos omnium et inutiles servos esse fateamur. *In Apocal.*, cap. III, comment. II, sect. III, n. 5, 6.

Santa, que no era aquel espíritu de Dios, y remitiéndole á varones doctos de su confianza le encargó se ocupase en trabajo corporal. El buen hombre no se ajustó al consejo, mas en breve echóse de ver que todo era vanidad y antojo (1). De análogos lances se podrían relatar muchos, si no fuesen harto sabidos (2).

Más que vulgar es el referido por el P. Fr. Jerónimo Planes, Franciscano, en esta forma: *En los principios que comenzaba á florecer la inclita Orden de los Premonstratenses, el demonio, envidioso de tanto bien, como aquella santa familia hacia y prometía en la Iglesia de Dios, embistió como espíritu engañador y venció con este embuste y engaño algunos idiotas y llenólos de sus ilusiones, haciendo que no sabiendo antes apenas leer en los libros, dijeran grandes pedazos de la Sagrada Escritura. Profetizaron de las cosas venideras muy grandes y espantosas profecias, y uno de ellos afirmaba que sabía las Profecias de Daniel, y hablaba de ellas algo, siguiendo su maestro y capitán mentiroso. Y así trataba de los cuatro, siete y diez cuernos de los reyes, y del Anticristo, con los cuales embustes ya había cogido los corazones de algunos más sencillos y simples, y si fuera posible* (añade Surio) *hubiera engañado al varón de Dios, el venerable abad Simón de San Nicolás, porque ya había llegado á tanta arrogancia, que predicaba en el capítulo á los demás religiosos.*

Y fué cosa donosa; tomaba por tema aquellas palabras: «estad fuertes en la batalla y pelead con la antigua serpiente»; pero no podía decir lo que se sigue y «recibiréis el premio eterno». De esta manera tenía engañado y ensoberbecido el demonio á este pobre, y por él á los demás con estos y otros embelecos. Y perseverando en ellos vino á caer en una gravísima enfermedad, y puesto en ella, lo estuvo más su alma. Porque el que profetizaba antes y daba respuestas de las cosas visibles, daba oráculos ya de las celestiales, invisibles é inefables.

Corrieron los religiosos á darle Extremaunción, y para oir lo que decía; de sí hablaba grandes cosas, pero de muchos de los circunstantes decía mayores. De sí profetizaba, que aquella misma tarde ó había de estar con los ángeles en el cielo, ó con ellos sano en el coro. De los otros, considerando las buenas prendas de cada uno, decía: á este, estando poco ha arrebatado en la iglesia en contemplación de las cosas superiores, le vi llamado á la eternidad. Y á este tono decía mil lisonjas, y con ellas procuraba el demonio desvanecerlos. Otros profetas había á este tono de estos idiotas, en los cuales había puesto el demonio apetito desordenado y envidioso de saber como los otros, y por él permitió Dios les engañase Satanás.

Pero viendo los religiosos que todo esto eran ilusiones, vencieron al demonio y á sus falsos profetas, diciendo que ellos no querían creer ni oir á ninguno hasta que viniese su Padre y Prelado Norberto; y con eso los dejó Satanás, y se fué vencido de la humildad y obediencia (3).

(1) *Vida de Santa Teresa*, por el P. Ribera, lib. IV, cap. XXV.—*Fundaciones*, cap. VIII,
(2) SAINT-JURE, *L'homme spirituel*, sect. IX, chap. III.—AMORT, *De revelationibus* part. II.
(3) *Tratado del examen de las revelaciones verdaderas y falsas*, 1634, lib. II, cap. XXIV, § 4.

2. No sin profunda atención escribía el P. Rivadeneira, hablando de lo que en su tiempo pasaba: *parece que algún espíritu de ilusión anda suelto y desencadenado, y que en la gente hay mucho aparejo para ser engañada é ilusa* (1). Lo que refiere D. Juan de La Sal, obispo de Bona en sus *Cartas* al Duque de Medinasidonia, parecería fábula si no lo acreditase la pluma de tan autorizado escritor. Un sacerdote seglar, por nombre el P. Méndez, en el año 1616 metió en Sevilla grandísima revolución con sólo publicar que el día 20 de Julio pasaría de esta vida á la eterna. La predicción fué cundiendo entre la gente principal, como cosa revelada por Dios, con tanto alboroto y desconcierto, que hasta religiosos cayeron en la trampa sin echar de ver la ilusión. No se ahorraba el P. Méndez de profecías, á montones se las echaba á quienquiera, como en las dichas Cartas se puede ver. *Pregunto yo: ¿qué fines razonables puede tener Dios, que es la misma sabiduría, para obrar juntas todas estas maravillas? ¿qué confirmación de los misterios de nuestra santa fe? ¿qué conversión ó beneficio de las almas? ¿qué reformación de costumbres? Yo soy un tonto, y si por un cuarto de hora fuera Dios, se me cayera la cara de vergüenza de que pensaran de mí, que sin provechos manifiestos y sin razones urgentísimas, me andaba haciendo juegos de pasa pasa, mediante mi omnipotencia, como palillo de suplicacionero. Más tiene Dios en qué entender que estarse regodeando con una beata ó con un clérigo, para venirles con chismes y avisos impertinentes de cuándo se han de morir, en tiempos que ya su Iglesia no tiene necesidad de estos reparos.* Así explicaba el obispo D. Juan de La Sal la pena de su corazón en la carta segunda. Y en la cuarta añade: *Va revelándole Dios, á vueltas de su tránsito, el de otros. A una señora muy dama, que tiene buenas ganas de vivir, le dijo el otro día que irá tras él muy en breve, y está para echarse en un pozo, de tristeza. Más alegre está otra, á quien ha descubierto que en el cielo le está aparejado un trono de gloria especialísimo.* En la Carta sexta refiere otras profecías de Méndez, en esta forma: *De una señora que ha días murió, dijo muy mesurado: penando está en el purgatorio, y estará allí hasta que yo muera y la saque. A otra que le contaba sus duelos, la consoló con decirle: Mire, aunque yo me muera, llámeme cuando se viere afligida, que yo la visitaré.*

En la Carta séptima pinta el docto escritor el espectáculo del anunciado fallecimiento. Luego añade: *Pues cuando vieron que era pasada la hora y no se moría, todos, uno en pos de otro, se fueron cabizbajos á sus casas, dejándolo en el altar, donde acabada la misa se halló sólo en su cabo; y sin decir palabra ni despedirse de sus hijas, se fué á esconder á otro retiramiento de mujeres ruines, que llaman la Galera.* A propósito de este suceso, ingiere La Sal por vía de entretenimiento otros muchos lances de falsas profecías, que dan harta luz para reconocer el espíritu de ilusión, antes insinuado por Riva-

(1) *Trat. de la tribulación*, lib. II, cap. XV.

deneira. Después manifiesta su parecer respecto de Méndez por estas graves palabras: *Si no es Dios, ni aun el demonio, quien le dice á la oreja tan grandes desatinos, y si él no tiene malicia ni habilidad para fingirlos, queda sólo que se los represente su misma imaginación, que se apodera de él con tanta violencia, que le da á entender que es Dios quien le revela este secreto, y es otro, con otros mil trampantojos, al modo que vemos cada día en la casa de los orates, á uno que dice que es Dios Padre, y otro que es el Gran Turco.* Falleció Méndez no á 20 de julio, sino á 30 de octubre, después de muchos días de cama, sin aquel pretal de cascabeles, con que trajo al retortero toda la ciudad de Sevilla, como asegura La Sal en su Carta octava. Lo que más espanta en todo el curso de esta tramoya es, cómo no hubo en una ciudad tan principal quien fuese á la mano al iluso, ni le diese un caritativo consejo, con haber tribunales á quien tocaba de derecho impedir, ó siquiera examinar, las causas de tanta revolución y escándalo como en aquel mes padeció la gente devota de Sevilla (1).

3. Salgamos de España para asombrarnos de lo celebrada que era Nicole Tavernier en París por la reputación de santa y de profetisa admirable. Hablando de las cosas de Dios, explicaba lugares de Escritura dificilísimos con tanta lucidez, que los doctores más famosos la oían hechos estatuas de piedra, atónitos y espantados. Predecía lo futuro, penetraba lo más secreto, hasta avisar á los moribundos los pecados que habían omitido en la confesión. Cayó enferma de gravedad, diéronla por muerta, estaban á punto de enterrarla, cuando vuelta en sí, súbitamente, manifestó que de aquélla no moriría.

Estos y otros semejantes hechos, fuera del estilo ordinario, esparcieron por doquier la fama de su virtud. Los grandes del reino se encomendaban en sus oraciones, los eclesiásticos la consultaban con respeto, los religiosos la reverenciaban humildes, no había quien hubiese en ella reparado falta ni imperfección alguna. Entre otros avisos, participaba al pueblo, que si se arrepentía de sus pecados, presto amainarían las calamidades públicas. Por su dicho acudía la gente á confesar y comulgar. En muchas ciudades de Francia se mandaron rogativas públicas, porque á Nicole le parecía bien. En París se hizo una, á que asistió el Parlamento, acompañado de embajadores y magnates, con infinita turba de fieles,

(1) RIVADENEIRA: «Estos años pasados han sido muchos los ejemplos en Lisboa, Sevilla, Zaragoza, Valencia, Córdoba, Murcia, y en la misma corte del Rey, pareciendo unas mujeres con llagas, otras con raptos y arrobamientos fingidos, otras con otros embustes, y algunos también haciéndose profetas falsos y verdaderos embaidores; y algunas cosas de estas con tanta apariencia de verdad, que no solamente la gente vulgar quedó engañada y persuadida, sino también muchos varones graves, letrados y siervos de Dios las creyeron, acreditaron y predicaron y extendieron por el reino y fuera de él; y si el Santo Oficio de la Inquisición no pusiera la mano, y no averiguara la verdad, y castigara los culpados, por ventura duraran más estos artificios y embustes. Pero con el castigo se atajó el mal, y se deshicieron los enredos y marañas que en muchas partes habían comenzado.» *Vida de S. Ignacio*, lib. V, cap. X.

porque se atrevió la Nicole á intimar al arzobispo que si no se efectuaba la procesión, lo pagaría él con la vida antes de acabarse el año.

Una dama, por nombre Acarie, que en religión se llamó después Sor María de la Encarnación, oyendo y viendo las maravillas de Nicole Tavernier, entró en sospecha de mal espíritu, pues se le ofreció que no podía ser de Dios, sino del demonio aquel extraordinario aparato de santidad, si bien no podía negar que las predicciones de la joven se habían hallado conformes con los efectos. A la conjetura de la dama, que estaba en sus trece, juntáronse luego ciertos barruntos de otras personas que observaban de cerca las cosas menudamente. Los barruntos y conjeturas al fin trocáronse en total certidumbre, cuando la señora hubo sometido la doncella á una prueba perentoria. Con ocasión de haberla hospedado en su casa, púsole en las manos una carta cerrada y sellada, donde había antes metido pedacitos de papel menudísimos casi invisibles. A cabo de algún tiempo pídele á Nicole la carta, y le pregunta si se le había ofrecido tentación de leerla. Responde la joven redondamente que no; mas los papelitos, que al abrir ella la carta se le habían caído sin estar en la cuenta, eran irrefragables testigos de su curiosidad y de su embuste, pues mostraban que su negativa á la pregunta era mentira de á dos, duplicada falsedad. Entonces acabaron de palpar con las manos que Nicole Tavernier distaba mucho de aquella tan pompeada santidad. Esta caída en el tendido lazo, fué principio de otras mayores.

El demonio, corrido de verse al sol, se escondió dejando libre el campo de sus travesuras. Y digo el demonio, porque desde aquel punto perdió Nicole la apariencia pomposa de su virtud tan por extremo, que en lugar de la lumbre extraordinaria notábase en ella una ignorancia crasísima, en vez de la exquisita devoción ni humor le quedó para pasar una hora en la iglesia. Casó contra la voluntad de sus padres, hízose calvinista, bien que después abjuró la herejía. De esta historia tenemos abonados testigos (1), que prueban cómo sabe la humana miseria sacar del pecho ficción y falsedad, y también cómo alcanza el demonio soplar al oído verdades que él se conoce, vistiéndolas con vislumbres de claridad para engañar más al seguro con disimuladas mentiras.

El glorioso San Francisco de Sales, hablando de Nicole, dice así: *En tiempo de Sor María de la Encarnación, una joven de baja ralea padeció un engaño de los más dificultosos de imaginar: el enemigo, en figura de Nuestro Señor, se entretenía con ella rezando con voz tan melodiosa que la tenía de continuo arrobada y fuera de sí... Tantas revelaciones tuvo, que la abundancia hizo á muchos varones espirituales caer en sospecha. Una muy peligrosa recibió, que indujo á hacer prueba*

(1) P. SAINT-JURE, *L'homme spirituel*, t. I, chap. III.—P. POUPLARD, *Un mot sur les visions*, 1883, p. 30.

de la santidad de esta criatura. Para esto, pusiéronla en casa de la Beata Sor María de la Encarnación, que á la sazón era casada. Estando de camarera, con el trato desabrido del difunto señor Acarie, descubrióse que la doncella no era santa, y que su mansedumbre y humildad eran de oropel, de que el enemigo se valía para dorar las píldoras de su ilusión; en fin, todo el mundo entendió que era aquello un amasijo de falsas visiones. Tocante á ella, se echó de ver que no sólo no engañaba por malicia, sino que ella era la engañada, no teniendo de su parte más culpa que la complacencia en estimarse por santa, y el gasto que hacía de algunas ficciones y dobleces por sustentar la fama de verdadera santidad. Todo esto me contó á mí la Beata Sor María de la Encarnación. Para que veas, hija mía, la astucia y sagacidad del enemigo, y cuántas cosas extraordinarias hay que deben infundir sospecha (1).

4. En las Vidas de los Santos lanzan rayos de claridad las predicciones al justo verificadas, según consta de lo dicho en el capítulo postrero del libro anterior. Mas como el autor de la profecía sea Dios, permite á las veces la divina Majestad en sus fieles siervos apariencias y asomos de predicciones que están muy lejos de ser en hecho de verdad profecías. Algunos casos harán mostrable esta proposición. San Alonso Rodríguez, que fué verdadero Profeta (2), estando, por los años de 1606, á vista del mar tuvo una rara visión, que nos dejó escrita con sus propios caracteres en esta forma: *Más le aconteció á esta persona, que estando un día donde vía la mar, vió en ella una grande armada, y sin darse cato de tal cosa no habiéndosele ofrecido pensamiento alguno de tal cosa, á deshora que vió la armada vió también que en ella iba Jesús á la delantera della, y la armada como llena de un ejército de ángeles, y á la postre la Virgen María; de condición que el primero era Jesús y á la postre de todos la Virgen María que la guardaban como por guarda y retaguarda. Sobrevínole á esta persona sobre esto la declaración, y es que con este tan gran socorro del cielo había de venir el Rey con su propia persona con grande ejército, y que había de conquistar toda la morisma y sujetarla, y ella se convertiría con gran facilidad á la fe de Cristo Nuestro Señor. Y á esta persona allá dentro de su corazón se le asentaba que pasaría ansí, sin poderlo contradecir y echar de sí del todo. Y con haber pasado algunos años esta visión, y él la desecha de sí, con todo eso no puede desecharla de su corazón que no haya de ser y haber efecto por más que hace, y que la victoria será tan grande cual por ventura Rey cristiano haya tenido jamás, y resultará en gran gloria de Dios y bien de las almas.* Hasta aquí el santo escritor en un libro de su mano marcado con la letra *N*, pág. 144.

Los coevos de San Alonso no ponían duda en que el piadoso vaticinio había de tener efecto. El P. Nieremberg dice de él lo siguien-

(1) *Épitres spirituelles*, livre II, ép. XXIII.
(2) Véase lib. II, cap. XII, art. IV, n. 1.

te: *Le fué dicho al Venerable Hermano Alonso Rodriguez de nuestra Compañía de Jesús, que aquella armada era figura de una que había de hacer el Rey de España, en la cual él mismo en persona había de pasar á conquistar todo el paganismo é infidelidad. Conviene esta Profecía con la del Bienaventurado Nicolás Factor, de la religión del Seráfico P. San Francisco* (1). No se alarga á tanto como el de Nieremberg el texto de San Alonso; cíñese á la morisma, que era la que hacía estrago á la sazón en el Mediterráneo con sus corsos contra las naves cristianas. Tampoco dice el Santo que el monarca hubiese de ser español, bien que el P. Marimón en la *Vida* manuscrita lo da por averiguado, como quien podía saberlo del mismo Vidente, cuya alma dirigió por largo tiempo. El P. Colín en la *Vida* impresa de San Alonso está contento con un Rey cristiano; Arcangeli no se pone en dar alcance al misterio, aunque apunta la visión. Los biógrafos franceses, casi todos, aun el trasladado por los PP. Bolandistas, la pasaron en silencio: recelarían que resultase en desdoro del Gran Monarca, sobre quien se han echado cuentas alegres en todo el último siglo, como luego se dirá.

El escritor Furió, compendiador de Colín, ve cumplida la profecía en la conquista de Marruecos por la escuadra francesa en 1830. Seguramente que los musulmanes no han entrado en el gremio de la Iglesia hasta la hora presente, ni llevan camino de entrar. Antes que entreguen al cetro de la Iglesia católica las comarcas que le han arrebatado, tiempo y mucha gracia de Dios será menester. La predicción de San Alonso no señala número de años: el sentido más obvio parece ser que la España católica de entonces, así como era señora de ambos mundos, haría también que la Media Luna adorase al Sol de la eterna verdad. Si tal es el sentido de la predicción (y es fácil hallarle otros), hemos de concluir que por más asentada que tuviese el Santo en su pecho la conversión de los moros, no se ha obrado hasta hoy. La predicción, aunque asertiva, careció de efecto, y una predicción sin efecto pierde el timbre de profecía y pasa á la condición de piadosa creencia. El celo fervorosísimo que le dictaba esa creencia, no traía envuelto el rayo de la divina revelación; muy superior es el espíritu de profecía al espíritu de celo apostólico.

La predicción de San Alonso no puede explicarse por la del Beato Nicolás Factor. San Alonso hizo la suya en Mallorca, el año 1606, como consta del manuscrito citado; el Bto. Nicolás hizo otra parecida en Valencia en octubre del año 1571, tres meses después que el santo Hermano pasó de esta ciudad á las Baleares (2). San Alon-

(1) *Curiosa filos.*, lib. I, cap. LIII.

(2) Refiere el P. Fr. Joaquín Company en la *Vida del Bto. Nicolás Factor*, que dedicado el siervo de Dios Nicolás á los rigores de la penitencia, llamó un día al enfermero y le dijo, que hallándose las armas católicas en inminente peligro, convenía acudir á la oración y rogar por el feliz suceso. Recógense los dos en la iglesia á orar. A las altas horas de la noche desencadénase un viento huracanado, mata las lámparas repentina-

so anunció la ruina total del islamismo, el Bto. Nicolás profetizó la derrota del Islam en las aguas de Lepanto. Esta fué verdadera profecía, aquélla no lo pudo ser. Quizá el Santo Hermano Alonso tenía conocimiento de los vaticinios divulgados sobre la destrucción de la morisma por un monarca francés, y añadiría su voto á los deseos de tantos fieles. Ello es que ó interpretó mal su visión, ó no la recibió del cielo.

Muy de reparar es la simplicidad de los españoles que en el siglo XVII se coronaban con el pensamiento de ver al monarca universal del mundo sentado en el trono de España. El P. Fr. Pedro de Santiago, en un sermón que predicó en la *Traslación de las reliquias del Apóstol Santiago*, el año de 1638, trajo á este propósito el vaticinio de la Sibila Eritrea: Leo conteret regionem Assiae, ut confringat capita bestiae. *Confirman lo dicho*, añade, *con lo que profetizó así San Nicolás Factor, referido de Navarra de Játiva. Y el P. Fr. Antonio Daza, cronista de la sagrada Orden de San Francisco, apoya una revelación, que en el día de la Visitación tuvo la Hermana María, monja lega de Santa Clara y de célebre santidad, en que le dijo Cristo: «Yo levantaré á España, y le daré cetro y corona sobre todas las provincias del mundo, y acabaré en ella la grandeza que está comenzada del fuego de mi amor.» Que porque ésta no sea sola, diré otra del Hermano Alonso Rodríguez, religioso lego de la Compañía de Jesús.* La va el orador exponiendo y aplicando á la monarquía universal de España. Luego acude al capítulo LX del Profeta Isaías, donde se lee: *Qui sunt isti, qui ut nubes volant, et quasi columbae ad fenestras suas?* Fundado el predicador en varios autores, no solamente opina que el nombre de *paloma* alude á Cristóbal Colón, pues en latín se dice *Columbo,* sino que el Profeta Isaías promete á los españoles el dominio universal. *Y da la razón,* dice, *el haber escogido Dios al pueblo español por instrumento de su gloria.* Finalmente, aquel ángel que vió San Juan en el Apocalipsis con el pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra, señala á un rey de España, según lo intérpreta Vechieto, cuyas palabras alega el orador, concluyendo: *Este es el lenguaje de este autor, y no español.* No se apura el P. Fr. Pedro al considerar que la monarquía española en tiempo de Felipe IV más estaba dando vaivenes para caer que ostentando esfuerzos para aumentarse. Al contrario, aquí es donde aprieta con más ardor la fuerza del argumento, sacando de Isaías que *un pueblo mínimo como el de España podrá contra mil generacio-*

---

mente, azota las paredes con estruendo: «No te asustes», dice Nicolás al compañero espantado del fragor Al poco rato prorrumpe en alta voz: «¡Victoria! ¡victoria! ¡victoria! Mahoma será humillado y nuestras armas exaltadas.» Calló entonces el compañero, y al día siguiente le preguntó qué significaban aquellas voces de la noche. Respondió el Bto. Factor: «D. Juan de Austria alcanza hoy cabal victoria contra la armada turca; de aquí ha de provenir el restablecimiento de la paz y la seguridad del cristianismo, con gloria de nuestro monarca Felipe. Guárdame secreto esperando á que la nueva se divulgue.» El día 7 de octubre de 1571 pronunciaba Nicolás las palabras dichas; en el propio día ganó España la famosa victoria de Lepanto. *Biografía eclesiástica*, 1853, t. VI, p. 116.

nes, y vencerá lo fortísimo del mundo, y que esta acción se la apropia Dios á sí. Con esa libertad de interpretar se deleitaban aquellos hombres. ¡Cuánto tiempo perdido! El rey Felipe IV, que en su capilla real oia este sermón, no dejaría de hacerse cruces.

5. De otra laya son las *profecías* de Cazotte, hombre probo, aunque de imaginación vivísima y de religión harto dudosa. En las *Obras póstumas* de Laharpe insertaron los editores una conversación sostenida por Cazotte de sobremesa con ciertos filósofos en 1788. Tomando la mano, en tono muy serio, dijo: *Señores, huélguense sus mercedes en buen hora, verán ustedes toda esa grande y sublime revolución que tanto ansían. Bien saben ustedes que yo soy algo profeta. Digo y torno á decir que la verán; pero, ¿saben ustedes lo que vendrá á ser esa revolución, para ustedes, para los que están presentes aquí? ¿Saben ustedes la consecuencia inmediata de ella? Usted, Condorcet, espirará tendido en el suelo de una cárcel; usted morirá del veneno que trague para escabullirse del verdugo, del veneno que la fortuna del tiempo le obligue á traer siempre consigo.—¿Qué diablos le han metido á usted en la cabeza*, le dijeron, *esa cárcel, ese veneno, ese verdugo? ¿Qué tiene que ver todo eso con la filosofía y con el reino de la razón?—Eso es lo que digo yo, en nombre de la filosofía, de la humana gente, de la libertad, en el reinado de la razón acabarán ustedes así como digo; y ese ha de ser el reino de la razón, porque entonces ella tendrá templos, y no habrá en toda la Francia sino templos de la razón.—A fe mía*, dijo Champfort con risa desentonada, *no será usted uno de los sacerdotes de esos tiempos.—Creo que no; pero usted, M. Champfort, que lo será y á justo título, se cortará las venas con veintidós navajazos, y con todo eso tardará meses en morir. Usted, M. Vicq d'Azir, no se abrirá las venas por sí, pero después de mandárselas abrir seis veces en un día por acceso de gota, acabará á la noche. Usted, M. de Nicolai, morirá en el cadalso; usted, M. Bailly, en el cadalso; usted, M. de Malesherbes, en el cadalso; usted, M. Roucher, también morirá en el cadalso.—Pues qué, ¿habremos de caer en manos de turcos y tártaros? Mejor fuera.—No, señor, se lo tengo dicho á ustedes, serán ustedes gobernados por la filosofía, por la razón, ni más ni menos. Los que tratarán á ustedes así como digo, serán todos filósofos; tendrán de continuo en los labios las mismas expresiones que ustedes están hace una hora ensartando; todos repetirán idénticas máximas. Antes de seis años se habrá efectuado cuanto digo yo á ustedes. Usted, M. de Laharpe, se hallará allí presente por milagro extraordinario; será usted entonces cristiano.—¡Ah!*, repuso Champfort, *respiré; si hemos de perecer cuando Laharpe dé esa vuelta, hay para rato, inmortales somos.—Felices nosotras*, dijo la duquesa de Grammont, *nosotras las mujeres, que no nos metemos en barajas de revoluciones.—Ustedes, señoras, aunque no se metan en esas barajas, serán barajadas como los hombres, sin diferencia ninguna.—¿Qué dice usted, M. Cazotte? Nos está usted predicando el fin del mundo.—Yo no lo sé, sólo sé que usted, señora duquesa, será llevada al cadalso, en compañía de otras damas, las*

manos atadas á las espaldas.—¡Ay! Yo confío que en ese caso no me faltará un coche fúnebre.—No, señora; señoras más encopetadas que usted irán como usted en carreta, atadas las manos como usted.—¡Señoras más encopetadas! Pues, ¿las princesas reales?—Más encopetadas aún.—La duquesa de Grammont no replicó á la última respuesta, y se contentó con decir en tono de zumba: *Ustedes verán cómo me va á dejar sin confesor.—No, señora, ni usted ni nadie tendrá confesor; el último sentenciado que le tenga, será... Paró un momento; á los que preguntaban ansiosos quién sería el mortal feliz, digno de tan singular merced, respondió: el rey de Francia.*

Tales son las *profecías* de Cazotte. ¿Qué valor tienen? Cuanto á la autenticidad del relato, los editores de Laharpe le publicaron, sin firma y sin comprobación. Lo único que parece cierto es, que se divulgó su noticia en tiempo del Directorio, después de los acaecimientos anunciados. Propuso Deleuze, en su *Mémoire sur la faculté de prévision*, rehabilitar la fama de estas profecías, mas no logró su pretensión; sin embargo de lo fácil que le era á Cazotte antever los desastres de la revolución francesa y anunciar en términos generales los desafueros del filosofismo, no le fué dado bajar á cosas tan concretas sin lumbre sobrenatural. ¿La tuvo? Es lo que faltaría demostrar, y hasta el presente nadie lo ha demostrado. Luego las *profecías* de Cazotte carecen de todo valor (1) histórico y filosófico.

6. Los sucesos de la gran revolución francesa excitaron en los ánimos vivas centellas de sentimiento que tomaron forma de *visiones proféticas*. Una de las más celebradas *Videntes* de aquel tiempo fué Sor Natividad, monja de Santa Clara en la diócesis de Rennes, donde había nacido á 24 enero de 1731, de padres pobres pero muy cristianos. Desde los más tiernos años comenzó á tener sueños terribles, que sus confesores procuraban quitarle de la cabeza. Mas cuando hubo entrado en el convento de Santa Clara, en 1752, encontróse con un confesor de la comunidad, el abate Genet, que contra el dictamen general de los confesores antecedentes (2) no sólo dió por buenas las revelaciones de Sor Natividad, sino que trató de recogerlas de su misma boca, púsolas por escrito, y las apostilló con glosas en el tiempo mismo en que el drama de la revolución se hallaba en el trance más crudo de su desenvolvimiento.

Obligada la monja á refugiarse á la Chapelle-Janson, lugar de su nacimiento, en 1794 vivió en casa de su hermano sujeta á muchos achaques y accidentes, que le alteraron el temperamento, hasta que el fuego de la revolución se fué apagando, pues entonces volvió

(1) FELLER, *Biograph. univers.*, art. *Cazotte.*—LECANU, *Diction des miracles*, art. *Cazotte*, t. I, p. 431.

(2) M. CURICQUE: Le premier d'entre eux entra d'abord dans ses vues, rédigea ses révélations, mais sur les conseils qu'il reçut, il les brûla ensuite, pendant que la Sœur de la Nativité, se croyant coupable d'orgueil et d'hérésie, s'enfonçait à loisir dans l'humilité et le silence pour expier ce qu'elle estimait être de sa part une présomption impardonable Les directeurs qui suivirent, lui furent tous défavorables. En fin, l'évidence se fit *Les voix prophétiques*, t. II, p. 244.

á su convento, donde falleció á 15 de agosto de 1798. El confesor Genet murió en 1817, dejando sus manuscritos, que se dieron á la estampa con el epígrafe *Vie et révélations de la Sœur Nativité*. El valor de estos documentos es nulo, en cuanto se refiere á profecías. Escribiría de buena fe, sin duda alguna, el abate Genet; pero el haberse publicado las revelaciones muchos años después de los sucesos, el constar su autenticidad de sola una firma contra el dictamen de tantos confesores, el contenerse en el libro predicciones por entero falsas, son argumentos bastantes para negarle todo crédito y hacer desaprovechada su lectura. Cinco ediciones van ya hechas en Francia, traducciones se han publicado en otras lenguas: ¿cómo la Iglesia había de honrar el libro con sanción oficial?

El texto consiste en solos emblemas y jeroglíficos: nubes tempestuosas, fieras que braman y engullen, montañas llenas de pueblo, campos dilatados y luminosos; de estas imágenes se aprovecha la *Vidente* para predecir el estrago futuro y la mudanza de cosas que la revolución ha de causar. Deteniendo la consideración en las visiones, son escasos los pormenores y muy vagas las pinturas. Entre ellas digna es de atención la siguiente: *Yo veo en Dios una asamblea de ministros de la Iglesia, que cual escuadrón ordenado en batalla, y cual columna firme é inquebrantable, volverá por los derechos de la Iglesia y de su Cabeza, restablecerá la antigua disciplina; en particular yo veo dos ministros del Señor que se señalarán en este glorioso combate, por la virtud del Espíritu Santo, que encenderá centellas de ardoroso fuego en los corazones de tan ilustre asamblea* (1).

En esta pintura no falta sino la realidad de las cosas. El designio general de la Sor Natividad era que el fin del mundo estaba ya cercano, que antes del Anticristo parecerían los dos personajes ilustres, que primero se juntaría un gran concilio ecuménico, para poner orden y paz en el mundo cristiano. Estas ideas generales no necesitaban inspiración, se podían barruntar de lejos, en aquellas circunstancias; pero ciertamente no dió en la verdad la *Vidente*, pues que el Concilio tardó un siglo en juntarse, y de la venida del Anticristo nadie puede razonablemente asegurar que esté tan próxima como á Sor Natividad se le antojaba. Cuando dice que *todos los falsos cultos serán abolidos, los abusos de la revolución desarraigados, los altares del verdadero Dios restablecidos, las antiguas costumbres puestas en vigor y la religión en estado más floreciente que nunca*, describe lo que todos sabemos ha de pasar en los postreros días del mundo; pero esas miradas retrospectivas no constituyen Profeta al mortal que en ellas ocupa su pensamiento. Á este tenor son todas las profecías de Sor Natividad, á vista de cuya grandeza quedaba embelesado el crédulo Curicque (2).

---

(1) *Vie et révélations de la Soeur Nativité*, 2ᵉ édit., t. I, p. 308.
(2) *Voix prophétiques*, t. II, livre II, chap. IX.—Lecanu, *Dictionn. des Miracles*, t. II, art. *Nativité*.

7. Al mismo capítulo pertenecen las profecías de Elena Wallraff, nacida por los años de 1775 en Brüggen, á tres leguas de Colonia, muerta en 1801 á los catorce de Septiembre. Fué casada y tuvo cuatro hijas. Dictó sus revelaciones, pues ella no sabía leer ni escribir, á su propio marido (1). Sobre la autenticidad de los papeles no hay cosa cierta. por confesión de sus admiradores. Comoquiera, las *profecías* principales son las siguientes:

Los malos serán aniquilados por los malos, muchos buenos perecerán también, mas para su provecho y salvación.—El estado militar no será permanente. La tercera parte de los hombres quedará envuelta en la borrasca.—Estas calamidades no tardarán en sobrevenir.—Dios hará insignes milagros por este tiempo.— La vida común reinará entre el clero secular, prescrita con todo rigor.—Los empleos y cargos no se alcanzarán por derecho de nacimiento ni por vía de protección, sino conforme al valor de los méritos.—Los cuarteles se transformarán en conventos, y la entrada en religión será gratuita.—La enseñanza se dará á los niños por los capellanes.—Entonces tornará la edad de oro de los sacerdotes, aunque se vean reducidos á las veces á usar cálices de madera.—Todos los estados de la sociedad civil recibirán vida nueva por el temor de Dios.—La justicia y la paz reinarán en la tierra.—Un príncipe, no conocido hasta la sazón, tras de haber su casa padecido infortunio, traerá al mundo la paz verdadera (2).

Estos renglones bastan para descubrir los engaños de la pseudoprofetisa. Ninguna de sus partes se ha verificado en todo un siglo. No es mucho que padeciese la *Vidente* contratiempos en toda su vida, aun de la policía pública que la mandó comparecer en Colonia á dar razón de sí. Los que han puesto en parangón las revelaciones de Santa Brígida con las de Elena Wallraff, han perdido la piedra de toque en asunto de mística. Quedan á la cortesía del lector los dislates, incongruencias, desvaríos, desconciertos de doña Elena.

ARTICULO IV.

1. Otros vaticinios de tiempos pasados.—El P. Mancinelli.—2. El P. Nectou.—3. El P. Calisto.—4. Magdalena Porsat.—5. El ermitaño Antonio.—6. Sor Imelda del Sacramento.—7. La Vidente de la Vendée.—8. Sor Bertina Bouquillon.—9. Palma Mattarelli.—10. Consideraciones generales sobre los antedichos oráculos. 11. Necesidad de discreción en las relaciones de vaticinios. 12. Ejemplos de ilusión.—13. Aplicación de las consideraciones á los tiempos recientes.—14. La Vidente Conédon.—15. Profecía de la Saleta.

1. Nombre famoso y de estruendo han conseguido, en el discurso de los tiempos pasados, ciertas predicciones, que en el nuestro quedan deslucidas y con razón murmuradas, por haber parado

(1) Con el título *Kurzer Begriff, Trost der Betrübten; Sumario, Consuelo de los afligidos* publicóse en Euskirchen, 1849 y 1850, la vida y cosas de Elena Wallraff.
(2) CURICQUE, *Voix prophét.*, t. II, p. 258.

en humo aquel golpe de centellas que al principio chispearon. Acabemos de hacer memoria de algunos vaticinios de católicos, señalados en otro tiempo con piedra blanca, cuyo examen nos llevará del aplauso á la duda, de la duda al menosprecio.

Volviendo unos pasos atrás, al siglo XVII, nos encontramos con las visiones del P. Luis Julio Mancinelli, natural de Macerata, en Italia, Misionero de la Compañía de Jesús, fallecido, á la edad de ochenta y un años, lleno de virtudes y merecimientos, el día 14 de Agosto de 1618. Entre otras representaciones suyas, campea la que una noche tuvo sobre la conversión de Inglaterra. En una visión simbólica, entendió que la nación inglesa tenía que pasar por el trance de una cruel persecución religioso-política; mas que Dios, al fin aplacado, escogería este reino para obrar grandes cosas en bien de la fe católica, principalmente respecto de los turcos y paganos. Añade más el P. Mancinelli: *Con el auxilio de la divina gracia, los ingleses convertidos merecerán la admiración del universo, y día vendrá en que pueblos enteros les den los plácemes por los singulares favores y santos insignes que á este reino concedió.*—Tres siglos lleva la data de la predicción; escribióla en italiano el P. Mancinelli el año 1608, copióla el Hermano Felipe Beaumont, fué traducida en latín y en inglés; el texto inglés cayó en manos del abate Curicque, quien cuidó de verterle en francés, como podrá el curioso lector informarse (1).

Cuanto al valor de la predicción, respetada la autenticidad del documento alegado por Curicque, al cabo de tres siglos no se trasluce señal alguna de las indicadas en el presagio. Las turbulencias nefastas, las convulsiones sociales, las guerras y calamidades que Mancinelli tuvo por necesarias para reducir el anglicanismo al yugo de la fe católica, no han principiado aún, ni ha habido asomo de ello de entonces acá. Por otra parte, la predicción del *Vidente* no se ciñe á tiempos; tal vez Dios se los quería encubrir.

2. Igual juicio podremos formar de las profecías que hizo el Padre Nectou acerca de los sucesos modernos, hace ya más de un siglo. El texto dice así: *Después de los exterminios y estragos de la revolución, vendrá una reacción, que muchos estimarán por contrarrevolución; esto durará algunos años. Creerán por consumada la contrarrevolución, mas sólo será un remiendo, un pedazo mal zurcido. No habrá cisma, pero tampoco la Iglesia triunfará.—Acaecerán en Francia nuevos disturbios. Un hombre odioso á la Francia ocupará el trono. Un Orleans será rey. Después de esta usurpación vendrá la contrarrevolución; en ella no tendrán parte los extranjeros.—Levantarán bandera en Francia dos partidos, que se harán guerra sin piedad. El uno constará de más gente que el otro; pero el triunfo se inclinará al más flaco. Vendrán á tal extremo las cosas, que piensen los hombres ha llegado el fin del mundo. La sangre correrá en muchas ciudades; los elementos se tras-*

(1) *Voix prophét.*, tomo II, pag. 193.

tornarán; será un como remedo del juicio.—Fenecerá en la catástrofe gran muchedumbre de gente, pero los malos no cantarán victoria. Llevarán, sí, la intención de echar á pique la Iglesia; les faltará tiempo para ello, porque este horrible período será de corta duración. Cuando parezca todo perdido, todo se salvará.—En medio del aterrador trastorno, que, según parece, será general y no para Francia solo, la ciudad de París quedará por entero destruida. El asolamiento será tan total, que á cabo de veinte años los padres se pasearán con sus hijos sobre las ruinas, y para satisfacer á sus preguntas, les dirán: Hijo mío, aquí estaba una gran ciudad; Dios la destruyó por sus maldades.—Tras estos horrorosos sucesos, todas las cosas entrarán en el orden, á todo el mundo se hará justicia; la contrarrevolución habrá llegado á su fin. Entonces el triunfo de la Iglesia será tal que nunca se habrá visto otro semejante. Los cristianos que hayan sobrevivido á la primera revolución francesa, darán gracias á Dios de haberlos conservado para contemplar un triunfo tan cabal de la Iglesia.—Inminente será la catástrofe, cuando Inglaterra comience á estremecerse. En esta señal se conocerá, como se sabe la proximidad del verano cuando la higuera empieza á echar botones.—Inglaterra pasará por una revolución más terrible que la francesa, y durará largo tiempo para que Francia le tenga de rehacerse. Francia será quien auxilie á Inglaterra en el restablecimiento de la paz.

La autenticidad del documento consta de varios autores (1); temeridad fuera ponerla en duda. No así la verdad filosófica de la predicción. En todo el contexto de ella se supone que el triunfo de la Iglesia no se había de diferir por largo tiempo, pues aun los sobrevivientes á la gran revolución le habían de presenciar. Por manera que la *profecía* del P. Nectou colocaba el triunfo extraordinario y final de la Iglesia no sólo dentro del siglo XIX, sino en la primera parte de él; triunfo que había de llevar por trofeos la destrucción y ruina de París con el trastorno general de Inglaterra. No hacen falta más comentarios para descubrir la falsedad de estas predicciones, que corrieron con fama de genuinas hasta hace treinta años. El tiempo, fiscal inexorable, las delata por engañosas.

3. Háganlas cortejo las del P. Calisto, monje de Cluny. *La Profecía del P. Calisto es sin disputa de las más notables que conocemos,* dice Curicque (2). Tomada de buenas fuentes, es como sigue: *1. La venganza de Dios está al canto de caer, el tiempo no da lugar á plazos; penitencia, pecadores.—2. La maldad inundó la tierra, no hay en ella sino cieno de iniquidad. ¿Qué santos rogarán por nosotros?—3. La venganza del cielo alcanzará á todos los grados.—4. Hemos abusado del sacrificio, el sacrificio cesará.—5. Nos hemos pegado á la tierra, la tierra nos será quitada, y nosotros desapareceremos de ella.—6. Las trazas de los malos se ejecutarán. La muerte segará los cuellos de sa-*

(1) LYONNET, *Histoire de Mgr. d'Aviau*, t. I, chap. VIII.—CURICQUE, *Voix prophét*, t. II, p. 238.
(2) *Voix prophét.*, t. II, p. 228.

grados y profanos.—7. Las cumbres se vendrán al suelo; tres flores de lis de la corona real caerán en la sangre, la cuarta en el lodo, la quinta se eclipsará.—8. Los malos se comerán unos á otros; sangre, sangre, mucha sangre se beberá.—9. Una espada refulgente se levantará del mar, y teñida en sangre tornará á zabullirse.—10. Dos veces los despojos de un gran naufragio serán arrastrados por las olas del norte.—11. Las misericordias de Dios quedarán echadas en olvido, creerán los hombres poder vivir sin el divino favor, y Dios encogerá la mano; abandonará pueblos y reyes, los administradores del poder serán dispersados.—12. Iglesia de Dios, tú gemirás; ministros del Señor, vosotros lloraréis á vista de nuevas profanaciones.—13. Sangre, sangre, mucha sangre beberán, mucha...—14. La tierra pecadora será purgada por el hierro, y devorará al que se asentó en la iniquidad. 15. Una flor de lis resplandeciente brota de una nube.—16. ¡Gloria á Dios! La fe renace; un hombre, instrumento de Dios, encendió en ella la antorcha...—17. ¡Dichosos los que hayan sobrevivido! ¡Gloria á Dios!

En esta profecía sobresalen dos conceptos: castigo ejemplar del mundo culpable, gloria de la fe, restablecida por un rey francés. Ni el castigo ha sido tan desastroso, ni la flor de lis ha brillado, al cabo de siglo y medio. No disputemos sobre la autenticidad del citado instrumento. La obra *I futuri destini*, impresa en 1871, publicó el texto, algo diferente del publicado por Curicque en 1872 (1), aunque conforme en la substancia de las cosas. Al día siguiente de haber el P. Calisto, hombre sencillo y fervoroso, pronunciado las predicciones antedichas, asaltado de fiebre dió su alma á Dios. Si el golpe de sangre que le dió en la cabeza, fué parte para sugerirle la sangrienta pintura que en la profecía nos dejó, no nos toca averiguarlo. Cierto, las amenazas terroríficas dibujadas en ella no han llegado á ser efectivas; mucho menos hay rastro en el siglo XIX de la restauración prometida mediante el socorro del rey legítimo del reino francés. La profecía del P. Calisto ha quedado en ciernes.

4. Falta enderezar la atención á otros oráculos del siglo XIX, en cuyos autores se nota luz defectible y turbada para presagiar los futuros acontecimientos. Mujer de humilde nacimiento fué Magdalena Porsat; sus predicciones parecieron estampadas en dos libros parisienses (2). El punto principal de las apariciones consiste en que la Santísima Virgen, Madre de Dios y Señora nuestra, una vez en la iglesia de las clarisas de Lión la mandó predicar al pueblo que el fin de los tiempos estaba cerca. Esto pasaba el año 1843. El escritor del *Mémorial catholique*, por nombre *Deseado Laverdant*, tomó de boca de la sencilla mujer, en 1866, las revelaciones proféticas. Tenía á la sazón Magdalena sesenta y cuatro años de edad, por lo menos.

Oid, hijos míos, lo que María nuestra Madre me manda anunciaros.

---

(1) *Voix prophét.*, t. II, p. 230.

(2) *Mémorial catholique*, juin 1866, p. 228.—*Prophétie de Madeleine, l'Avènement de Marie*, 1872.

Llegamos al fin de la jornada.

Este es el término del mal y el principio del bien.

La tercera época, grande y extraordinaria, va á comenzar.

María baja del cielo, viene cortejada de una legión de ángeles.

Los escogidos de la tierra deberán levantarse por electricidad espiritual (sic), *para recibir á los enviados de Dios.*

He aquí el ejército del Señor; ¡muchas santas mujeres, pocos Santos Juanes!

He aquí las armas de Dios; ¡no fusiles, no palos, no cerrojos, no mastines!

Fuerza material ninguna, favor humano ninguno.

Yo os anuncié, hará veintiséis años, los siete quebrantos, las siete heridas y dolores de María, que han de preceder á su triunfo y á nuestra curación; contratiempos é inundaciones, enfermedades en bestias y plantas, el cólera morbo en los hombres, revoluciones, guerras, bancarrota universal, confusión.

Las plagas precedentes se mitigaron, por obra de María que detuvo á su Hijo el brazo.

La sexta plaga, ruina del comercio. El comercio se va á pique, porque la rueda del carro perdió el eje, la confianza.

Entre la sexta plaga y la séptima no hay suspensión; el progreso será rápido.

El 89 revolvió la Francia; lo que viene revolverá el mundo entero.

La séptima fase parará en el alumbramiento. Las gentes lo creerán todo perdido, aniquilado...

Revuelta inmensa en el mar encrespado. El que no se halle en la Barca irá á lo más hondo.

La Barca hace así y así (Magdalena indica con la mano los vaivenes y relances del buque en la tormenta).

Pedro, ten confianza. El arca surge de la tempestad, y amanece el sosiego.

Pío IX es el postrer Papa de la Iglesia oprimida. «Cruz de las Cruces». A él tocó la aflicción, á el también toca él gozo. En pos de él la bonanza. «Lumen in coelo»; es el ojo de María.

Largamente prosigue Magdalena su elegía *profética*, fijos los ojos en Pío IX, que pareció á visionarios y visionarias el hombre escogido por Dios para poner término al malestar general. No han menester comento los versículos de esta *profecía*. Decida el discreto cuál de los dos pone en venta más sueños, la Vidente ó el escribiente. Aquí dejamos en silencio el estado enfermizo en que Magdalena fué visitada por la Madre de Dios; puede verse en Curicque (1). De puro empacho se les cayera á los tres la cara, si hubiesen llegado á ver lo que vemos.

5. El ermitaño Antonio, terciario de San Francisco, contó á su hermano y á un religioso de Lieja sus visiones y revelaciones. Vea,

(1) *Voix prophét.*, t. II, p. 473.

quien tenga tiempo que malbaratar, el texto de ellas en Curicque (1). Entre sus asertos van los siguientes: la guerra de Francia con Prusia terminará en pocos meses; la paz entre Francia y Alemania será una simple tregua; la Prusia se mostrará vivamente adicta á la Santa Iglesia; los franceses querrán salir á batalla, pero los prusianos huirán el cuerpo al combate; los franceses salen siempre victoriosos, y los prusianos llevan lo peor de la guerra, y saldrán siempre derrotados hasta que se queden sin vigor para afligir á la Santa Iglesia. - La pujanza de Prusia y la humillación de Francia acusan de visionario y soñador al ermitaño Antonio, y de embelecadores á los que quieren ponderar el mérito de sus revelaciones y profecías.

6. No así contaba las suyas Sor Imelda del Sacramento, hermana terciaria de Santo Domingo, nacida en Francia el 15 de agosto de 1847. Pasó la vida en visiones imaginarias y simbólicas, cuya inteligencia descubría en la misma contemplación. En una de las más importantes se le dió á entender que la Virgen María se esforzaba en prolongar la vida del Papa Pio IX. Dos lunares son de notar, sin embargo de tan graciosas vistas, en las interpretaciones de Sor Imelda: primero, las quejas exageradas sobre el lastimoso estado del clero católico; segundo, la promesa de pronta restauración. En lo demás, no ofrecen las visiones de Imelda cosa de particular interés, fuera del empeño en exhortar á la oración, que podía nacer también de un falso supuesto y de intención menos pura.

7. En fin; la vidente de la Vendée, Magdalena, labriega rústica y sin instrucción, madre de cuatro hijos, favorecida desde el año 1854 con apariciones de una Augusta Señora, que dijeron sus confesores era la Santísima Virgen Madre de Dios, recibió de la Aparecida y de las almas del Purgatorio, que también la visitaban, muchos encargos en beneficio espiritual de los fieles. Añaden los encomiadores que sin saber leer ni escribir, tenía mano admirable para responder con cartas á los que la consultaban. En ellas, sin hacer gala de profetizar, recomienda con instancia la oración, y alienta la esperanza. En carta de 23 de junio, 1872, entre otras cosas escribía: *Esperemos y oremos... No se apure usted por lo que dicen del Gran Monarca. Muchas profecías hay, que merecen poco crédito; las verdaderas no son las más evidentes.*—En 15 de agosto decía á la misma persona: *No es malo dejar de creer las cosas sobrenaturales que me pasan á mí, porque eso no es artículo de fe; pero malo es ridiculizarlas y mofarlas, porque es poner duda en el poder de Dios.*—A primeros de Septiembre añadía: *Pierda usted cuidado respecto del Padre Santo; ningún recelo tiene él, no teme á los hombres, descansa totalmente en la providencia de Dios, quien galardonará su sumisión y resignación en su Santa Voluntad, no permitiendo á sus enemigos la ejecución de sus intentos* (2).

(1) *Voix prophét.*, t. II, p. 521.
(2) CURICQUE, *Voix prophét.*, t. II, livre III, chap. IX.

Haga el discreto los comentarios que bien le parezca de los retazos transcritos. La verdad práctica, que deshace las trazas de los compiladores de profecías, es el ser sin número las que no merecen crédito, como dice la *Vidente* vandeana; y por tanto, el haber sido muchísimos los pseudoprofetas cristianos, según que lo acabará de probar este artículo y los demás del capítulo siguiente.

8. Sor Bertina Bouquillón nació en Saint-Omer, diócesis de Arrás, hizo los votos á los veintidós años de edad en el hospicio de San Luis, donde comenzó á tener frecuentes visitas de una Sor, fallecida en la misma casa, cuyas apariciones le ocasionaron llagas dolorosas y otros accidentes extraordinarios. En Curicque, puede verse la suma de todos ellos (1). Limitando el discurso á las revelaciones proféticas, he aquí las principales: 1.ª *La Orden de los Frailes Predicadores reflorecerá en Francia.*—2.ª *El fin de los tiempos se acerca, y el Anticristo no debe de tardar en venir.*—3.ª *El último rey de Francia, que reinará cuando venga el Anticristo, perecerá en una batalla, y su cuerpo quedará insepulto y desamparado.*—4.ª *El fin del mundo no acontecerá en este siglo, sino desde 1900 á 1950: entonces el mundo será juzgado.*

Estas son las predicciones de Sor Bertina, muerta en 25 de enero de 1850. Explicando la segunda, expresamente dice que el Anticristo vendrá á fines de este siglo ó á principios del siguiente (2). Según eso, vivimos ya debajo la férula del Anticristo, por manera que el último rey de Francia va luego á morir en la refriega. Estas aserciones valen tanto como aquella otra: *después de mi muerte será corto el número de estigmatizadas.* Sólo Curicque cuenta seis. No sin razón el Obispo de Arrás, Monseñor La Tour d'Auvergne, en las visitas que hacía á Sor Bertina, recomendábale el ejercicio de la santa humildad. La comisión de teólogos y médicos, que informó sobre la verdad de las llagas, no pudo dar su justo valor y estimación á las profecías. Si éstas se han de tomar por medida de aquéllas, menester será confesar que no consta del carácter sobrenatural de los fenómenos que en Bertina se dejaron ver, como la comisión certificó que constaba (3).

9. Palma Mattarelli, natural de Oria, ciudad episcopal de Tarento, en Nápoles, hija de padres pobres, viuda sin hijos, recibió en su viudez, en 1857, á la edad de treinta y dos años, las llagas y la corona de espinas. La extática echó varias profecías. El resumen es como sigue: 1.º *La república será proclamada en Francia, en España y en Italia; á ella seguirá la guerra civil.*—2.º *A Luis Napoleón le amenaza una muerte violenta lejos de las Tullerías.*—3.º *A los disturbios de la Revolución se juntarán otros castigos, como la peste y el*

(1) *Voix prophét.*, t. I, p. 416.
(2) Nous ne le verrons pas, à la verité, ni les consœurs qui nous succèderont; mais celles qui viendront après tomberont sous sa domination.. Ce qui arrivera à la fin de ce siècle ou au commencement de l'autre.—Palabras auténticas de Bertina, citadas por Curicque., *Voix prophét.*, p. 427.
(3) *Voix prophét.*, ib., p. 420.

hambre.—4.° Señales extraordinarias se dejarán ver en el cielo.—5.° Roma se verá en particular puesta á prueba, y algunos próceres de la Iglesia serán allí inmolados por los malos.— 6.° En el acto de apoderarse los demócratas de la Santa Ciudad, sin duda después de la caída del Rey-Ladrón, serán detenidos á las puertas y huirán despavoridos y quebrantados á los golpes del Angel exterminador, que en tiempo de los judíos sacrificó los 185.000 hombres del ejército de Sennaquerib.—7.° Finalmente, tras una guerra de corta duración, se asentará la verdadera paz, y el Papa de la Inmaculada Concepción verá aún el principio del triunfo de la Iglesia.—En estos puntos dice Curicque, convienen las variantes de las predicciones atribuidas á la extática Palma (1).

Para descubrir la vaciedad, bastan ojos á los que vivimos en el siglo XX. Hace treinta años podía calificarse el valor de los vaticinios. Documentos alegados por Curicque (ib., pág. 453), prueban que la estigmatizada aseguró dos cosas: primera, que el triunfo de la Iglesia tendría efecto antes del año 1873; segunda, que la señal del último golpe víspera del deseado triunfo, sería la proclamación de la república en España. Ambos sucesos pararon en humo; luego las predicciones de Palma son carecientes de verdad, hazañerías de mujer, trápalas de embaidores.

Con las profecías de Palma pueden ponerse en competencia las llagas de la belga Luisa Lateau, venida al mundo en 30 de enero de 1850, para dejar asombrada con su peregrina estigmatización la sabiduría de los centenares de médicos que la visitaron. La extática belga nunca profirió una sola predicción. Con todo eso, en una carta del director espiritual de Palma, escrita en nombre de la *Vidente,* citada por Curicque (2), se asegura que Luisa Lateau *hablaría y se le podrían preguntar las cosas que se le hubiesen á ella manifestado*. Resulta de los hechos acaecidos, que si la estigmatización de Luisa Lateau no se puede explicar naturalmente por ser un caso evidente de mística divina (3); al contrario, el predicir de Palma, dista mucho de satisfacer á las condiciones elementales del profetismo.

Los conceptos contenidos en las últimas predicciones, que se acaban de exponer, sirvieron de tema á otros vaticinios sin cuento, que en gran parte del siglo XIX han traído las gentes alteradas, como olas de mar océano, hasta dar con la gavia de la fantasía en las estrellas; todo, con el intento de mirar más por la gloria de Francia que por los fueros y gloria de la pura verdad, como lo dirá el capítulo siguiente.

10. Mas antes, por vía de preámbulo, conviene hacer pausa, para descansando de relaciones históricas entrar en algunas consideraciones filosófico-místicas, que apeen la nimia credulidad de los ánimos poco hechos á descubrir en la hierba la serpiente.

---

(1) *Voix prophét.*, t. I, p. 451. (2) *Voix prophét.*, p. 496.
(3) SALIS-SEEWIS, 1892, *Le estasi, le stimmate e la Scienza,* XXI.

El peligro de comprar y vender por manifestaciones divinas, cosas que, ó son partos de imaginación ó frutos de astucia diabólica, se ha hecho en el día de hoy más pernicioso que en otras edades, ya por la ojeriza con que miran los incrédulos el orden sobrenatural, ya por la oposición de ciertos católicos contra la credulidad de los muchos. En todo tiempo, al lado de la obra divina metió el diablo su ruin remedo; en el siglo pasado se ha visto esto con más claridad. A las verdaderas operaciones de mística divina, que la Iglesia reconoció por piadosamente creíbles, se han acumulado cuentos de apariciones, profecías, revelaciones, milagros, llagas, éxtasis, en forma tan varia, cual apenas se habian conocido en las vidas de los Santos, de modo que el aparato de la novedad despertó en el vulgo crédulo un no sé qué furioso frenesí, como si por parecer un hecho superior á las fuerzas del hombre, no quedase más remedio que reputarle divino, en especial si algún médico ó personaje científico aprobó la realidad de la sobrehumana operación, siendo así que ni todo espíritu se ha de calificar de bueno, ni toda operación extraordinaria se ha de mirar con desdén.

11. El Apóstol San Juan alza la mano y alarga el dedo para enseñar á los fieles la necesaria discreción. *No os fieis*, dice, *de cualquier espíritu; averiguad si son de Dios, porque muchos profetas falsos han paseado por el mundo* (1). Donde la autoridad eclesiástica no emitió aún el fallo, gran prudencia ha de usar el varón cuerdo, por no caer en el lazo armado traidoramente, ó por no sucumbir al vil interés con que ciertos hombres tramoyistas pretenden comerciar con la credulidad de los católicos. El divino Redentor muy á tiempo avisaba á sus Apóstoles del riesgo que había de correr la buena fe de los escogidos (2), para que luego no se llamasen á engaño, con detrimento de las santas creencias. *La ilusión más peligrosa*, dice el P. Surín, *y la de más difícil cura en la vida espiritual, es cuando el demonio llega á persuadir á las almas, que todo cuanto él sugiere, viene inmediatamente de Jesucristo, de la Virgen Santísima, ó de otro Santo. Acostumbradas las almas virtuosas á las visitas de Nuestro Señor, no aciertan á reconocer el engañoso artificio* (3).

Por manera, que el estar las almas devotas acostumbradas al trato con Dios y á recibir de su Majestad favores, antes bien les es ocasión de estimar por divinas las hablas que sienten, aunque las cosas habladas contengan desatinos palpables. Ejemplo notorio es Santa Catalina de Bolonia, como consta de los Bolandos (4). Queriendo el Señor arraigarla en profunda humildad y desprenderla de la confianza en sí misma, permitió que el demonio le apareciese en figura y traje de la Virgen Santísima, y que ora con halagos y pro-

---

(1) Nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus si ex Deo sunt; quoniam multi pseudoprophetae exierunt in mundum. I Jo., IV, I.

(2) Matth., XXIV, 23-25.—Marc., XIII, 22.—Luc., XVII, 23.

(3) *Catéchisme spirituel*, IIe partie, chap. V.

(4) *Acta Sanct.*, martii XIX, t. VIII.

mesas, ora con amenazas y regaños no la dejase vivir en paz. Consumíase la pobre Catalina de amarga tristeza, al verse zaherida, como de graves ofensas, por las imperfecciones ordinarias de su vida, tanto, que á no haber creído que el desaliento era culpa, se habría dejado acobardar á vista del excesivo amor propio, que la visión le representaba como causa original de las ponderadas ingratitudes. Por cinco años mantuvo esta lucha cruel erradamente, pensando que la Virgen María le mostraba aquel ceño rabioso. Al fin entendió era mártir del demonio, con que recobró la paz perdida.

12. Infinitos son los ejemplos de engaños que en esta materia podrían traerse. *Una vez vino á mí,* dice Santa Teresa, *un confesor muy admirado, que confesaba una persona, y decíale que venía muchos días Nuestra Señora y se sentaba sobre su cama, y estaba hablando más de una hora y diciendo cosas por venir y otras muchas: entre tantos desatines acertaba alguno, y con esto teníase todo por cierto. Yo entendí luego lo que era, aunque no lo osé decir, porque estamos en un mundo que es menester pensar lo que pueden pensar de nosotros para que hagan efecto nuestras palabras. Y ansí dije, que se esperasen aquellas profecías si eran verdad, y preguntase otros efectos, y se informase de la vida de aquella persona. En fin, venido á entender, era todo desatino* (1).—Añade á continuación la Santa Doctora: *Pudiera decir tantas cosas destas, que hubiera bien en qué probar el intento que llevo, á que no se crea luego un alma, sino que vaya esperando tiempo, y entendiéndose bien antes que lo comunique, para que no engañe al confesor sin querer engañarle; porque si no tiene experiencia destas cosas, por letrado que sea, no bastará para entenderlo* (ibid.). Otros autores ofrecen casos semejantes de gran ponderación y enseñanza (2).

Siendo tanta la sagacidad y astucia del demonio y tan profunda la malicia del corazón humano, parece increíble que hombres de estudio y experiencia presten oídos fáciles á las revelaciones proféticas de una *Vidente* cualquiera, sin primero examinar con atención el espíritu que se las sugirió. En oyendo contar, ó en averiguando por sí mismos, que una mujer sencilla tuvo éxtasis, se levantó del suelo, manifestó secretos, predijo cosas futuras, fué recreada con visiones sublimes, experimentó afectos de extraordinario fervor, aconsejó determinaciones heroicas; de contado la canonizan por Vidente y veneran sus predicciones como oráculos del mismo Dios, sin reparar que esos y semejantes efectos pueden provenir del demonio, y algunos también ser resultas meramente naturales. Mas, puesto caso que los éxtasis fueran sobrenaturales y divinos, no por eso podían inferir el privilegio de la profecía. Es de tan alto linaje la profecía, que no admite el consorcio de las potencias intelectuales en su formación, porque á sólo Dios pertenece, él sólo la inspira y revela. El alma, elevada al estado místico más su-

(1) *Fundaciones*, cap. VIII.
(2) P. Gagliardi, *De discret. spirit.*—P. Pouplart, *Un mot sur les visions*, 1883, p. 17.

blime, conserva, siquiera en los intervalos, el pleno uso de su libertad, de su imaginación, de su facultad discursiva. En estos intervalos, por breves que sean, puede, es muy sin duda, juntar á la operación divina efectos emanados de su propia actividad, y, por consiguiente, modificar y transformar en cierto modo la índole de la mística operación. ¿Quién quita, pues, que en medio del accidente extático, se le ofrezca á la sierva de Dios añadir de su posible palabras y conceptos propios, no sugeridos por el espíritu divino, y predecir cosas no reveladas y anunciar acontecimientos que Dios no le inspiró?

¿Qué diremos del momento en que Dios pone término á sus sobrenaturales comunicaciones? Aquí es donde cabe más el temor de la ilusión. Calentada el alma al contacto de la divina virtud, queda con ciertos vibramientos gloriosos, que la exponen á peligro de errar; sea por el hábito contraído, sea por la agitación de espíritus que la mueven, sea por su espontánea buena fe, ello es que siente luces, forma designios, delibera y juzga cosas, que por no venir directamente de Dios exigen maduro examen, antes de estimarse por divinamente reveladas (1).

A nuevos errores están ocasionados los mismos cuando refieren de viva voz ó ponen por escrito sus revelaciones. O la lengua les escatima palabras propias, ó la memoria les niega la fidelidad de las imágenes, ó Dios les acorta la ración de su gracia. Revelación divina tuvieron meses atrás; luego que traten de manifestarla á los directores espirituales, lo natural será que se hayan alterado ya las nociones antecedentes, que se hayan debilitado y aun desvanecido las impresiones recibidas, y que so color de dar entera cuenta de lo acaecido inventen circunstancias ajenas de la divina intención. Si á esto se añade el papel de intérpretes, que en hartas ocasiones se arrogan los directores, tal vez ignorantes de la teología mística, generalmente afanosos de mirar por la honra de sus dirigidas, sin perder de vista la negra honrilla que de su dirección les ha de caber, ¿quién no ve las inexactitudes, ilusiones, yerros, falsedades y locuras que pueden deslizarse en una relación de profecías, dictada ó escrita con la más sana intención del mundo?

Según esto, nadie deberá extrañar que á las veces entre las profecías y revelaciones privadas de los Santos, se hallen asertos vacíos de verdad, predicciones no cumplidas, indicios de ilusión, presagios de previsión humana, maleza, en fin, nacida en el huerto de nuestra mortalidad. Papebroquio, en ninguna manera quería ajustarse á calificar de divinas las revelaciones del Beato Hermán José; otros bolandistas se niegan á admitir las revelaciones de Santa Isabel de Schonau sobre el martirio de las once mil vírgenes (2); el P. Toulemont testifica, y es un hecho evidente, que *varios críticos han levantado objeciones graves contra las revelaciones de Santa Hil-*

(1) P. Toulemont, *Études*, 1866, p. 59.
(2) *Acta Sanctor.*, t. IX, octobr.

degardis, de Santa Brígida, de Santa Catalina de Sena, sin embargo de haber sido hasta cierto punto aprobadas por la Iglesia (1): lo cual no es privar de la veneración debida á tan santas almas, porque irreverencia sería mostrar desdén ó menosprecio sin motivo razonable, que no les faltó á los sabios que decimos, comoquiera que parte de la prudencia cristiana sea no aplaudir á la ligera toda visión ó revelación profética, sin cuidar de poner en huida las sombras buscando resquicio por donde podría entremeterse el error, pues conviene conservar una cierta desconfianza hasta ver indicios seguros de divina intervención. ¿Qué se ha de esperar de aquéllos y aquéllas, que no ven la hora de cacarear sus visiones, cual si hicieran á Dios agravio con madurar la publicación, sino un desencanto oprobioso cuando vean convertidos en vaciedades sus reputados vaticinios? Ya lo decía de su tiempo el esclarecido Gravina (2) hace dos siglos y medio.

13. En el nuestro, ¿qué es lo que hemos visto? Una turba de *Videntes*, sin humildad, ni obediencia, ansiosos del aura popular, acordes en solas dos cosas: en denunciar desgracias á las naciones y triunfos á la Iglesia por medio de un monarca francés. A estos dos puntos se reducen los centenares de *profecías* que por todo el siglo XIX se han publicado con timbales y clarines. Un campanero de la publicidad, el opúsculo intitulado *A la veille des événements*, en 1881 decía con muestras de regocijo: *La mayor parte de las profecías que se refieren á nuestro tiempo, y que son tenidas por auténticas, se han verificado en su conjunto hasta la hora presente, y nos ofrecen para lo por venir un precioso argumento de verosimilitud*. ¿En qué se funda el argumento? En que *según todas las apariencias, el advenimiento del gran Rey al trono francés había de acaecer á fines del agosto del año 1881, á más tardar*, como lo expresa el citado folleto. El siglo XIX dió hace tiempo la última boqueada, han corrido impasibles veinte años arreo, y el monarca no parece. ¿Con qué sombra de razón se solemnizan por verdaderas las predicciones que salen faltas de ley tan por entero? ¿Qué deberemos pensar, pues, de la turbamulta de profetas y profetisas, de estigmatizadas y extáticas, de *santos* y *santas*, que con escritos centonados traían alborotadas las cabezas de muchos clérigos hace cosa de treinta años? *Un eclesiástico, noticioso del asunto que me interesaba*, dice el P. Pouplart, *me escribió á fines del año 77, que una Vidente creída por santa anunciaba que Pío IX moriría en Francia, y que Víctor Manuel fallecería en Méjico. La misma profetisa daba por cierto que se sentaría en el trono de Francia el vástago de una dinastía que no es ciertamente real* (3). Pío IX acabó sus días en Roma, su perseguidor Víctor Manuel no tuvo que extrañarse de Roma para dar cuenta á Dios, el hijo de Na-

(1) *Études religieuses*, 1866, t. I, p. 61.
(2) Quod utinam non quotidie experiremur, his praesertim temporibus, quando sunt qui revelationes et visiones somniant. *Reg. pract.*, 20.
(3) *Un mot sur les visions*, 1883, p. 131.

poleón se la dió en Africa; ¿qué se hizo de la profecía ponderada por el celoso eclesiástico?

Filosofando *a priori* no se saca conclusión. Vistas las cosas que en el siglo XIX han pasado, grandes y estupendas, vejaciones incesantes y persecuciones porfiadas de todos los poderes, de todas las naciones, de todos los órdenes sociales contra la Iglesia de Cristo, no es lícito concluir que la victoria de la Iglesia deba tener efecto repentino, universal, entero, en próximo número de días. Los que colocaron en el siglo XIX el colmo de sus esperanzas, dieron la prima á su propio juicio, anteponiéndole al de Dios, como se lo va diciendo en alta voz el desengaño. Vendieron lo que hilaban, aunque la hilaza fuera estopa, que el fuego consumió. Nuestro siglo es siglo de transición, preludio de otra edad. El siglo XIX, siglo de materialismo, preparó el camino á otro siglo de más alto vuelo, á un siglo de progresos más positivos, más razonables, más conformes á la condición del ser racional; las ciencias físicas, mecánicas, astronómicas, fisiológicas, naturales, que han sudado hasta el presente sin lograr apenas dar un paso en la investigación de sus íntimos secretos, razón es que se desenvelvan holgadamente hasta persuadir al hombre su innata incapacidad, su limitadísima pequeñez. ¿Por qué nos han de quitar la esperanza de ver al frente de cada ramo científico hombres de fe, que consagren sus sudores al servicio de la Iglesia Santa? ¿Repugna en Dios esta providencia? Y quien da hombres de saber, ¿negará hombres de gobierno? ¿Entre escollos y bonanzas no puede la Iglesia seguir su rumbo uno y más siglos, al soplo del Espíritu Santo que la gobierna, hasta arribar al puerto de su eterna glorificación? Locuras hablan los que en sus progresos materiales piensan preparar al catolicismo el sepulcro; el trono antes bien le fabrican, cetro y corona le labran, triunfos indefectibles le están apercibiendo.

Con mucha razón decía el Canciller de París: *No es posible declarar á cuántas personas engañó la curiosidad de conocer cosas futuras y secretas, ó de ver y hacer milagros, y á cuántas apartó de la verdadera religión* (1). Si la innata curiosidad ha sido en todo tiempo tan ávida de conocer lo por venir, ¿qué diremos del apetito de novedades que forma el distintivo de la moderna generación? ¿A qué antojos no se ha arrojado, qué repetos ha tenido, qué consideraciones ha guardado por satisfacer su ambiciosa pretensión? ¿Será aventurado juicio creer que tanta almoneda de vaticinios, tanto alarde de visionarias, tanta turba de escritores de profecías, han sido redes armadas por el enemigo de nuestra fe para robársela á los crédulos dejándolos cascados y perdidos?

14. La prensa periódica empezó en marzo de 1896 á tratar de la nueva Vidente, Conédon, moza de 25 años, de buena salud, no his-

(1) GERSON: Dici non potest quantum curiositas vel cognoscendi futura et occulta, vel miracula videndi vel faciendi, fefellit plurimos, et a vera religione frequenter avertit. *Tract. de probat. spirit.*

térica ni neurótica, sesuda y de honrada familia. El hecho, raro y nuevo, es que al adormecerse, cuando le entraba el sueño, hablando con otro timbre de voz predecía cosas ocultas, grandes castigos á París y á Francia, una guerra general en otoño del 96, cosas en fin espantosísimas; lo ordinario era empezar sus predicciones descubriendo los sucesos y lances pasados de los que la visitaban, por secretos que fuesen. Porfió que el Arcángel Gabriel hablaba por su boca, y que vuelta á su estado normal de vigilia, perdía los memoriales de las cosas sugeridas por el Arcángel. La casa de la joven Conédon, *calle del Paraíso*, en París, hallóse atestada por muchos meses, de curiosos, sabios, médicos, clérigos, los cuales, importunándola con preguntas, no lograban dar en la causa de aquel fenómeno, especialmente notando en la joven sinceridad de respuestas, ningún hipo de honrilla, ningún indicio de fraude. El rumor de muchas predicciones verificadas y de los actos personales adivinados, traía en gran revolución la ciudad de París, dando harto que hablar á los diarios y revistas, con tanto mayor empeño, cuanto la Conédon ofrecía más seguras señales de persona cristiana y honesta.

La Sociedad de Ciencias Físicas cometió á un cuerpo de seis sacerdotes y seis médicos el cuidado de dar alcance con diligencia á las maravillas de la moza. Después de maduro examen la comisión vino á sacar de rastro las siguientes conclusiones.—La Vidente está sana de cuerpo y alma, no padece histerismo ni otra dolencia física ó psíquica; muchas de sus predicciones se han efectuado, no pocas veces se engañó torpemente; está fuera de toda duda que no puede hablar por boca del ángel Gabriel ni de otro espíritu bueno, pues que á las veces manifiesta ojeriza contra la Iglesia, contra el Sumo Pontífice, contra cosas de religión; animó una vez al duelo, prometiendo á uno de los retadores que saldría sin lesión.—Este fué el dictamen del Consejo, el cual, aunque por el hilo sacó el ovillo del engaño, se recató por prudencia de echar las cosas de la Conédon á espíritu diabólico.

La *Revue Générale* puso en los ojos públicos un artículo de Próspero Sacy, en agosto de 1896, en que entre otras cosas decía de la joven: *Sin detenernos á juzgar sus intenciones, pongamos los ojos en el espíritu que le mueve, en su opinión, que es el ángel Gabriel. El ángel no es cosa terrestre; con todo eso, levanta caramillo y cantera en el vulgo, y le trae confuso y turbado. Obligación nuestra es tener al pueblo libre de peligros de error. Acaso la joven tenga ingerido el espíritu de ilusión. Comoquiera, necesario es reconocer conveniencia entre sus predicciones y ciertas profecías divulgadas hace tiempo por doquier; y aunque el ángel que la inspira fuese un demonio, no dejaríamos de sospechar que sus cosas llevan una traza. El espiritismo es consecuencia del materialismo; no puede menos de efectuarse esa reacción. Y los espíritus que mueven á la Conédon, buenos ó malos, confirman la realidad de otro mundo, á cuya jurisdicción pertenecen.* Hacerse pública

esta declaración y acabar la fama de almonedear las cosas de la Vidente, fué todo uno (1).

15. Ponga remate al presente capítulo la Profecía de la Saleta. Notoria es á todo el orbe la aparición de la Virgen Santísima á los dos pastorcitos Maximino y Melania en los montes del Delfinado el año 1846. La Reina del cielo comunicó á cada uno de por sí un importante secreto. Después de recibirle, dijo Maximino á Melania: *La hermosa Dama tardó mucho en hablar... yo la veía menear los labios, mas ¿qué decía?*—Repuso Melania: *Eso no te lo diré yo; ella me mandó que no lo dijera.*—Replicó Maximino: *También á mí me dijo algo; mas tampoco te lo digo yo.* Ambos á dos sabían que cada cual había recibido su secreto.

El secreto de la Saleta fué manifestado por ellos en 1851 al Papa Pío IX, pues para esa manifestación le habían ellos recibido de la Virgen. En sendas cartas le dieron á conocer al Romano Pontífice lo que la Virgen cinco años antes les había confiado. Al leerlas Su Santidad dijo en alta voz lleno el semblante de tristeza: *Grandes azotes amenazan á Francia; no es ella la sola culpable; Alemania, Italia, la Europa entera merece castigo* (2).

En esto y en solo esto consiste lo que se sabe del llamado *Secreto de la Saleta*. Mas hete aquí al abate La Tour de Noé, que nos informa de mucho más diciendo: *Anunció también la reaparición de Enoch y de Elías en la tierra, la predicación del Evangelio en todo el mundo, el nacimiento, reinado y persecución del Anticristo, su muerte, y después el «fin de los fines»* (3). Cómo ha podido el señor abate apear el contenido cabal del *Secreto de la Saleta*, es para cualquiera un misterio impenetrable. El propio confiesa: *El 8 de marzo de 1887 fué el día en que se me comunicó* (4). Y como quien ha ahondado en las profundidades de la sabiduría de Dios, nos presenta el cuadro siguiente:

El Secreto de la Saleta hace nacer el Antecristo por los años de......	1924
Comenzará todavía joven la conquista del mundo, es decir, hacia la edad de años..........	20
Empleará seis años en sojuzgar la tierra......	6
La persecución del monstruo infernal debe durar años..............	3 1/2
Llego con este cálculo al año..................	1953 1/2

Doy mil acciones de gracias á mi muy misericordiosa Madre, por dignarse permitir que nuestros números anden acordes... Si me engaño yo,

(1) *La Civiltà Cattolica*, serie XVI, vol. VI, p. 638.—Ibid., vol. IX, p. 380.
(2) Arturo Loth, *Le miracle en France au XIXe siècle*, 1894, p. 162.
(3) *El fin del mundo*, 1895, p. 153.
(4) Ibid., p. 155.

será con la Esposa del Espíritu Santo. Yo no cometo error porque María es infalible (1).

El abate de La Tour de Noé, comete muchos errores, sin embargo de ser infalible la Virgen María Madre de Dios. La razón héla aquí. Melania escribió una carta ó varias cartas, en el año 1872; los escritos de Melania crecieron hasta convertirse en un librillo, que corrió por las librerías con boato de vivas recomendaciones. Pero la Sagrada Congregación de Roma reprendió con rigor el librillo ó carta de Melania; reprensión, que los papeles públicos de los católicos no han dejado de dar á conocer con grande acatamiento (2). Además, *el Santo Oficio prohibió á Melania repetidas veces que no escribiese palabra de la aparición y de lo tocante á ella, encargando al obispo X que la vigilase de cerca* (3). Siendo esto así, de nadie es conocido, fuera del Romano Pontífice, el *Secreto de la Saleta*. Porque el *Secreto de la Saleta* no se contiene en las cosas que Melania pueda haber divulgado después de la aparición, sino en las que comunicó por orden de la Virgen al Sumo Pontífice Pío IX, de cuya presencia saliendo los dos niños después de cumplida la celestial ordenación, ningún doctor teólogo, ni el Papa mismo, les podía asegurar la verdad de lo que ellos en adelante quisieran divulgar acerca del caso, porque desde aquel día pudieron ambos, con la libertad que les quedaba, ora por ilusión, ora por mala fe, decir y hacer cosas que el espíritu de Dios ni inspiró ni aprobó. Esta es la doctrina católica, enseñada por los místicos. Doctrina, que vemos, con gran gusto, profesada por el abate Curicque en estas voces: *En conclusión, Sor María de la Cruz (Melania), no goza al presente del don de profecía* (4). Por consiguiente, ni facultad tenía, después de la aparición, de interpretar las palabras de la Virgen Sacratísima; mucho menos pudo en lo sucesivo anunciar proféticamente predicciones tocantes á los sucesos que pasaban en Italia ante sus ojos; por manera, que las que ella profirió ó en su nombre se divulgaron, carecen de auténtico valor, aunque llevasen la aprobación del Ordinario. Tal es nuestro humilde parecer.

Conforme á lo dicho, el abate Noé no podía estribar en ninguna declaración de Melania, como estriba, para sacar á puerto seguro su negocio del fin del mundo para el año 1953. Ni él ni otro alguno, fuera del Romano Pontífice, es sabedor del *Secreto de la Saleta*. Tampoco merece crédito la revelación alegada por el autor anónimo de *Las Profecías*, donde habla de una monja á quien la Virgen dijo: *Las predicciones de la Saleta van á cumplirse... Dios quiere conceder sus socorros á las oraciones que se me hagan, y cuanto más se*

(1) *El fin del mundo*, p. 154, 155.
(2) Véase el comunicado del Arzobispo de Cambrai, en el diario *L'Univers*, 2 febrero de 1881.
(3) Palabras de una carta de Roma, citada por el P. Pouplart, p. 74, en su libro *Un mot sur les visions*, 1883.
(4) *Voix prophét.*, 1872, t. II, p. 673.

multipliquen, tanto más los socorros serán abundantes. Yo vendré y salvaré á la Francia y á la Iglesia (1). No contento el autor anónimo con apoyar esta *revelación,* añade, como dictada por la Virgen, la plegaria *Augusta Reina de los cielos,* que deja más asentada la falsedad de la interpretación sobredicha.

---

(1) *Las Profecías en relación al estado actual y al destino futuro del mundo,* 1871, p. 315. Este libro, impreso en Lérida, sin nombre de autor, y sin autoridad eclesiástica, está escrito en lenguaje tan bárbaro, que nuestra mayor mortificación ha sido tener que copiar al pie de la letra, por respeto á la fidelidad, aquella sarta de galicismos é incorrecciones abominables. Sirva este aviso de descargo para las muchas veces que le habremos de citar.





CAPÍTULO VIII.

Pseudoprofecías políticas.

ARTICULO PRIMERO.

1. Los pseudoprofetas políticos.—Su condición especial.—2. Savonarola: su ojeriza con la casa de los Médicis.—3. Sus predicciones políticas.—4. El Papa le llama á Roma.—Delaciones.—5. Muéstrase rebelde al Papa.—Su condenación.—6. El *Liber mirabilis* y las profecías que contiene.—7. El *gran Monarca francés.*—8. El *Liber mirabilis* y Savonarola.—9. Mariana Lenormand: sus predicciones.—10. Trátase de la profecía atribuida falsamente á San Remigio, fundamento de otras modernas.

1. A la sombra de este epígrafe queremos colocar una buena cantidad de predicciones que miran al régimen de la humana sociedad. En todo tiempo las hubo, especialmente en épocas de grandes revueltas. Las crónicas nacionales guardan en sus páginas muchos nombres de personas, que sin inspiración del cielo se tuvieron por escogidas para representar á las naciones el orden de los acontecimientos futuros. Al hacer sus embajadas con proposiciones paradójicas, ó la ilusión se las aconsejaba, ó la voluntad nacional se las dictaba, ó el interés privado se las sugería; ello es que predijeron por cosa cierta lo que con certidumbre no podían saber, lo que sólo barruntando les era posible conjeturar.

Este linaje de hombres constituye en el ámbito del cristianismo una cáfila de pseudoprofetas, tan ajenos de los Profetas divinos como lo negro de lo blanco, la tierra del cielo, la previsión humana de la inspiración divina, porque ora avisan el término de una revolución, pero ignorantes del fin adecuado vaticinan el que se les antoja más verosímil, y Laus Deo; ora con más solercia cogen el hilo de un intento provechoso, confiando que á poder de vaticinios inclinarán la balanza pública á la parte de sus ambiciosas aficiones; ora engañados por las mañas de su fantasía alocada ponen en cuento de revelaciones celestes los delirios de sus cabezas, sin pasarlos por el

crisol del examen; ora, en fin, tal es el fondo de la humana miseria, no reparan en fabricar mentiras de repente para engañar á los bobos, sin esperar ni anhelar lo que vaticinan, satisfechos con apagar la antorcha de la verdad con el soplo de la lisonja en obsequio de los simples y mentecatos. Mas como la turbamulta de los necios sea infinita en el mundo, cuando los forjadores de vaticinios debieran volver de presto sobre sí, á vista del desproporcionado cumplimiento, prefieren limar con arte sus dichos, por confesar que no acaban de espulgar el sentido enigmático de la predicción, antes que abrir la puerta franca al desengaño.

En el capítulo precedente se han insinuado varias predicciones, que tocan al régimen y señorío de los pueblos; en éste juntaremos las principales, más de propósito hechas en orden al gobierno político, al esplendor de las naciones, á la futura gloria de la potestad gubernativa. Henchidas las unas de amenazas y desdichas, llenas otras de presumida felicidad, todas pretendieron la gloria de proféticas, sin serlo ni por asomo.

2. Ejemplo de pseudoprofetas políticos hallamos en el dominico Savonarola, nacido en Ferrara, á 21 de Septiembre de 1452. Hombre de condición áspera y taciturna, varón tan estudioso y activo cuan arrojado y terco. A vista del estado de las costumbres eclesiásticas, puestos los ojos en las profecías del Apocalipsis, arrastrado por fanática ambición, muy pagado de sus propias luces, dió en creer de sí que Dios le mandaba anunciar el inminente azote que iba á descargar sobre la Iglesia para purificarla con la vara del castigo. Todo su achaque estuvo en persuadirse á sí propio que sus previsiones y presentimientos eran inspiración de Dios. El hombre que llegó á este punto, del seso adolece, de loco no escapa; en desatinos por fuerza ha de dar nunca pensados.

Savonarola subido en la cátedra sagrada parecía un *profeta* al talle de los paganos; esto es, un hombre arrebatado de furor ciego, sin ciencia en sus discursos, sin arte en sus arengas, sin reglas de retórica en sus sermones; así nos le pintan sus contemporáneos, en especial Juan Pico de la Mirándula, su perpetuo admirador y patrono. Locuela viva y ardiente, estilo fogoso y espontáneo, sembrado de imágenes escriturales, empedrado de frases apocalípticas, que pronunciadas con ímpetu, con voz atronadora, con gesto vehemente de brazos representantes de lo que la lengua decía, llenaban de horror, turbaban la sangre, espeluzaban los cabellos al auditorio de sabios é ignorantes amontonados en torno del púlpito, cuando le oían anunciar próximas catástrofes y lúgubres cataclismos.

Blanco de sus tiros fué la casa de Médicis, á cuya pujante fortuna debía Florencia su actual engrandecimiento, el cual con la vida opulenta que gozaban los Médicis influía en el rumbo general de toda la población. No supo Savonarola irse á la mano en el baldonar el influjo de los Médicis, y en tenerle por desastroso. Tan lejos de señorear su pasión impetuosa, que empeñado en reformar el

estado presente, comenzó por el convento de dominicos llamado de San Marcos. Si hubiese permanecido en su puesto de Vicario General, más fecundo habría sido su apostolado.

Para pelear contra el viento más á sus anchas, engolfóse en el mar profundo del régimen eclesiástico. Aquí fulminó espantosos castigos. *La espada del Señor va á herir la tierra. La espada del Señor amaga ya las cabezas de los malos prelados y de los predicadores de sabiduría humana. Pidan los pueblos á Dios buenos pastores y buenos predicadores. Entonces yo predigo por divina inspiración, que atravesaría los Alpes y vendría á Italia un hombre semejante á Ciro, de quien dijo Isaías: ecce servus meus, suscipiam eum. No ponga Italia la confianza en sus castillos y ciudades fortificadas; él las tomará sin disparar un tiro solo. Yo profetizo además que el gobierno de Florencia sería bien pronto derrocado, quiero decir, en el punto en que el Monarca venturoso hubiese llegado á Pisa* (1). Estas predicciones furibundas,

(1) Van á continuación las prediccionesde Savonarola, conforme las publicó el libro italiano *I futuri destini*, y las vertió el libro *Las Profecías*, de autor anónimo, p. 152.

«1. Uno pasará los montes y vendrá á Italia, y con la espada y vaina tomará los peñascos, y las ciudades y los reinos con los meluzze. Un barbero solo no rasura tanta gente como debe morir; pero vendrán después otros barberos.

»2. Dios quiere castigar á la Italia, si no hace penitencia. Florencia, si hicieras penitencia, Dios te haría la ciudad más feliz de Italia, y de ti como de tu corazón, se derramaría la luz del Señor en todos los otros miembros y por todo el mundo.

»3 ¡Oh Italia! La red no se te quitará por ese tiempo. Los futuros bárbaros que deben venir á rasurar la Italia, tendrán muchas navajas afiladas, y echarán fuera á todos los malvados.

»4. Enviará Dios tanta pestilencia, guerra y hambre, y tantos ejércitos de todas las partes del mundo guiados por ángeles y Santos, como S. Silvestre, S. Cenobio, S. Gregorio, S. Antonino y otros, que de los hombres quedarán diez por ciento.

»5. Dios ha deliberado mudar gobierno en todos los estados de la Iglesia, esto es, en los sacerdotes, en los religiosos y en los seglares.

»6. ¡Oh Italia! ¡Oh Roma! Dios os entregará á manos de una gente que os disipará hasta los fundamentos. Enviará á Roma tantos hombres bestiales y crueles y hambrientos, como leones y osos, y morirán tantos, que parecerán prodigios los que queden. No habrá gente bastante para enterrar los muertos, sino que se llevarán en carros y se quemarán á montones.

»7. ¡Oh Prelados! Os serán quitados vuestros beneficios y vuestras dignidades, y en pago recibiréis ignominia. ¡Oh príncipes de Italia! vuestras tierras os serán quitadas y entregadas á otros. ¡Oh Roma! tú llorarás más que ninguna otra ciudad, y serás convertida en establo de caballos.

»8. Roma no hará penitencia, porque es obstinada y reprobada por la multitud de sus pecados. Por Roma entiendo el gran número de romanos perversos. Cuando verán los azotes, querrán convertirse, y tal vez no podrán; buscarán visiones, y no hallarán profetas.

»9. En lugar de Roma reprobada, Dios escogerá á Jerusalén otra vez. Roma tendrá tribulaciones, mas de Jerusalén vendrán los consuelos.

»10. Además de los azotes de pestes y hambres, vendrán á Italia hombres crueles y bestiales, y no tendrán otra voluntad que de matar, y su gloria será decir: esta espada ha dado la muerte á ciento, esta á mil. Sin distinción alguna harán toda suerte de males, y no tendrán miramiento ni á Cardenales, ni á Obispos, ni á Sacerdotes, ni á religiosos, ni á hombres, ni á mujeres, ni á viejos, ni á jóvenes. Con esto quedarán tan pocos hombres, que la hierba crecerá por las ciudades.

»11. Cuando se haya derramado la sangre de los hijos de Babilonia, los ángeles encerrarán á los diablos en el infierno, y no tendrán ya potestad de obrar como antes, y entonces el espíritu bueno estará sobre la tierra, pues que renovada la Iglesia, los hombres se aplicarán á vivir bien, y Dios quedará aplacado.

»12. En aquel día, dice el Señor, levantaré el tabernáculo de David. El tabernáculo en que David reinó es Jerusalén, que debe ser visitada otra vez, y se deben convertir los infieles. También los turcos deben venir al bautismo, cuando se verá un Pastor Santo,

casi todas disparadas contra la Roma papal, parte contienen las doctrinas del abad Joaquín, parte nociones comunes á los teólogos; pero miradas por junto fuera de delatar al falsario, denotan el estado lastimoso de un pecho apasionadísimo y corajudo. Lo que dijo de la traslación de la silla pontifical á la ciudad de Jerusalén, es chufleta picante, recontada en cien pseudoprofecías.

3. La predicción principal de Savonarola fué meramente política. Como los diplomáticos florentinos buscasen en Carlos VIII de Francia el remedio á los desmanes y atentados que tenían consternada la Italia entera, al llegar este designio á noticia de Savonarola (1), la traza gitaneó á su amor propio vivísimamente. No bien olió que Carlos VIII apercibía su expedición para entrar en Italia, cual si viese puesto en obra su sueño dorado, confundiendo las nuevas fomentadas por los indiscretos políticos con sus naturales previsiones de lo por venir, dió tan por hecha la profecía que la divulgó sin empacho.

Llega á Pisa Carlos VIII en 1494. La diputación de los florentinos se presenta á besarle la mano, después de alzada la ciudad contra los Médicis. Savonarola rompe el silencio con una elocuente oración, en que hablando al rey, entre otras cosas, le dice: *Tiempo ha que el Señor había revelado á éste su siervo el arcano que va á cumplirse; yo sabía que Dios enviaría á los pueblos un azote para restauración de la Iglesia; por espacio de cuatro años estuve predicando esta celestial revelación á los florentinos, sin jamás salir de mis labios el nombre del rey, porque la voluntad de Dios no lo consentía; pero vuestra Majestad, ¡oh rey de Francia!, era la persona designada en la revelación*. Añadió que le decía mil veces salud como á la esperanza de todos los hombres piadosos, y que recomendaba los florentinos á su hidalgo y compasivo pecho.

4. Tal es la profecía de Savonarola. Contar ahora la idea de reformación que propuso á los florentinos debajo de la sola dependencia de Dios, las novedades que fraguó en orden á proseguir y consolidar la ideada restauración, las leyes y cautelas que discurrió contra los abusos y malas costumbres, excedería los términos de nuestro propósito. El Papa Alejandro VI, cuyo proceder mordía y fisgaba el predicador en el púlpito soltando libremente la lengua, le envió una paulina ó mandato de comparendo en Roma, para que justificase la verdad de sus visiones y revelaciones celestes. El visio-

y habrán llegado los tiempos dichosos. Dios edificará su tabernáculo, como estaba en tiempo de los Apóstoles, y los hombres vivirán en una verdadera y santa comunión.

»13. Se difundirá entonces la fe por todo el mundo, y sólo habrá un solo rebaño y un solo Pastor.

»14. Durante este estado de cosas, se hará la preparación para el Anticristo; pues que en Jerusalén, á donde él ha de ir á combatir, es preciso que encuentre á la Iglesia y á los cristianos establecidos allí »

(1) Burchard, cronista de la Corte Romana, dió en pensar que la noticia le había venido á Savonarola del confesonario; otros, como el historiador Comines (*Mém.*, livre VIII, chap. XXVI), creen, y parece lo más probable y verosímil, que se la transmitieron sus amigos de la Señoría de Florencia.

nario se desenvolvió, como el niño díscolo contra el padre, tiró coces, no vino en ello, porque *yo no puedo engañarme en esta materia*, repetía en su *Prédica* sobre Amós. Vista la resistencia del hijo avieso, el Sumo Pontífice le vedó severamente la predicación, mandándole de nuevo comparecer ante el tribunal de Roma. Ya entonces los hechos habían demostrado la falsedad de la profecía tocante á Carlos VIII, que al tenor de ella debía ser el reformador del clero en Italia, viendo, en prenda de la verdad, sojuzgada la ciudad de Pisa al dominio de Florencia. De todas partes alzaron la voz contra el visionario enemigos poderosos, mal hallados con los rigores de su imprudente celo, hasta que á 12 de mayo de 1497, cayó sobre su cabeza el rayo de la excomunión, justamente fulminada contra el agresor que había en sus sermones afrentado con ultrajes al Vicario de Jesucristo y violado la expresa prohibición de predicar. Tampoco le hizo mella la excomunión. Prosiguió diciendo misa, calentando el púlpito y desatándose como raudal de molino contra Roma. *Quienquiera que reconozca la excomunión lanzada contra mí, se declara ipso facto contra el reino de Jesucristo, y se cuenta por hereje* (1): con este desacato respondía á la autoridad de la Iglesia.

El año siguiente (1498), la Señoría de Florencia puso coto á sus sermones. El clero junto, en señal de reprobación, salió de madre contra el rebelde, que fué procesado al fin por falso profeta. En el tormento nunca quiso confesarse por tal, dicen sus amigos y patrocinadores, atentos á enmarañar el proceso de la causa, enmarañada en efecto con tales alteraciones, que es casi imposible, en el día de hoy, descubrir el juego y poner aparte la verdad de sus declaraciones en aquel postrer artículo de su vida. Los autos fueron remitidos á Roma. En virtud de lo en ellos substanciado, le condenaron juntamente con otros dos Padres, dominicos como él, por perturbador del orden público, por cismático y seductor del pueblo. Los tres, oídos en Florencia sus descargos por segunda vez, fueron relajados al brazo seglar. El Colegio de los Ocho falló contra ellos sentencia de muerte, fundada en los autos del proceso, en las deposiciones de los acusados, en la condenación del Papa y en el rescripto que los entregaba á la justicia seglar. A 23 de mayo de 1498 los subieron á la horca, sus cadáveres fueron entregados al fuego (2).

5. La inobediencia le arrastró á la rebelión. Imaginó que revolviendo la república florentina, llevaría al cabo las reformas que juzgaba necesarias á la Iglesia. No le tomemos en cuenta las voces acaloradas, hijas de la pasión, con que midiendo mal sus razones, cargaba de afrentas al Primado de la Santa Sede. Savonarola no profesó errores manifiestos contra la fe; pero si no fué hereje formal, fué un pseudoprofeta presumido y porfiado (3). Benedicto XIV

(1) *Predica sopra l'Esodo.*
(2) PICO DE LA MIRÁNDULA, *Vita Hieron. Savonarola*, 1674, t. II, pag. 425.
(3) BURLAMARCHI, *Vita del P. Girol. Savonarola*, 1764.—AUDIN, *Vie de Léon X.*—MEIRE, *Savonarola*, 1836.—*Diction. de théol.*, art. *Savonarole*, t. XXI.

le juzga de la forma siguiente: *Hemos dejado en su ser, sin hacer juicio ninguno, la propuesta de sus virtudes y la opinión de su santidad; pero hemos admitido la justicia de la sentencia con que le condenaron á muerte. Mucho tiempo después de morir, se entabló controversia sobre obras por él escritas. Se pronunció sentencia contra su libro «De veritate prophetica», mas queda el «Compendium revelationum» que no ha sido condenado aún* (1).

A propósito viene el juicio crítico del P. Rivadeneira, que servirá de resumen: *En Florencia,* dice, *en tiempo del Papa Alejandro VI, un religioso, llamado Fray Jerónimo Savonarola, de Ferrara, varón docto y tenido por santo, y que con sus sermones hizo notable fruto en aquella ciudad, comenzó á desvanecerse y hacerse Profeta, y muchos le tenían por tal, y á querer gobernar el estado de aquella república por revelaciones y profecías. Por esta causa hubo en ella grandes turbaciones y divisiones; las cuales, queriendo atajar el Papa, le mandó que no predicase, y él no quiso obedecer, porque decía que estaba más obligado á obedecer á Dios que á los hombres. Excomulgáronle, y no hizo caso de la excomunión; llamáronle á Roma, y burlóse de ella; prendiéronle y quemáronle, con razón, porque no solamente no obedecía él, pero enseñaba que no estaba obligado á obedecer á la Cabeza de la Iglesia y Vicario de Jesucristo nuestro Señor, diciendo que se encontraba con el mismo Cristo, que le mandaba que predicase, lo cual era falso. Y por esta misma razón el Santo Oficio de la Inquisición en Roma y en España ha vedado algunos sermones y obras de este Padre, por hallarse en ellas sembrada esta mala doctrina. Y al cabo él mismo se reconoció, y confesó que la vanidad le había trasportado, y el deseo desordenado de su gloria y propia estimación cegádole y héchole fingir profecías y revelaciones. Tanto puede un apetito desenfrenado y desvariado de ambición que derrueca á los que se tienen por sabios y los despeña en los abismos* (2).

6. El pseudoprofeta Savonarola allana el camino al *Liber mirabilis,* archivo de predicciones antiguas y nuevas que corrieron por Italia y Francia, revolviendo humores en aquel lastimoso estado de cosas que dijimos. La primera edición del *Liber* es posterior al año 1514, la segunda pertenece al 1523, la tercera al 1524. La suma de las predicciones va expresada en esta forma: *Cualquiera que ponga los ojos atentos en estas profecías y revelaciones echará de ver que ha de salir en breve del religiosísimo reino de Francia un Sumo Pontífice de consumada santidad, que con el favor de Dios establezca la paz entre todas las naciones cristianas; reforme las costumbres de los fieles alteradas por el discurso de los siglos, principalmente las del clero; recobre la Palestina, llamada con razón Tierra Santa en las Sagradas Escrituras; conquiste los imperios de los griegos, turcos y otros; convierta al Evangelio las naciones que no vieron todavía la luz de la fe, y reciba la obediencia de los reyes que aquí van expresa-*

(1) *De servor. Dei beatif.*, lib. III, cap. XLV, n. 5.
(2) *Tratado de la tribulación*, lib. II, cap. XX.

dos (pónese una lista de veinte y más príncipes). *Al mismo tiempo el rey de Francia será sublimado sobre las coronas de todos los reyes, y reconocido por señor de los más poderosos reinos del orbe, porque tiene la Francia preeminente lugar entre todos por su devoción y riqueza, pues con buenas razones se puede probar que el cielo y la tierra la han favorecido más que á otra cualquiera nación.*

Tan pomposa como esta es la prefación del *Liber mirabilis*. El achaque de más monta se reduce á que tan desmesurados excesos descritos con tan campanudas voces se fueron todos en hojarasca juncianil. El *profeta* deshizo con la obra lo prometido de palabra.

7. Una sola predicción, dejadas aparte las demás, conviene señalar en el *Liber mirabilis*, por la aplicación que de ella se ha hecho en todo el curso del siglo XIX, y es la tocante al Gran Monarca francés llamado por Dios á pacificar la tierra juntamente con el Santísimo Pontífice encargado de trabajar en la reforma y purificación de la Iglesia. De la profecía, algo larga por cierto, trasladamos aquí la última parte, conforme la trae Lecanu, en esta substancia: *Mas mirad, que hacia el año del Señor 1515, poco antes ó después, un joven cautivo recobra la corona de los lises; acude al socorro de las desdichadas provincias, y establece su dominación sobre el mundo entero. Llegado á la pacífica posesión del mundo, destruye los hijos de Brutus y la isla, de suerte que sólo quede de ello la memoria. Tales son las tribulaciones que precederán á la restauración del cristianismo.—Al mismo tiempo escogerá Dios, para que gobierne la Iglesia, un pontífice entre los salvados de la persecución; modelo de santidad, de perfección y de virtudes; será coronado por los ángeles, y puesto en la Silla de Pedro por sus compañeros de destierro y dolor.—Este gran Papa reformará el mundo, en especial por la eficacia de sus ejemplos y por la veneración profunda que su virtud le granjeará. Reducirá los eclesiásticos al estilo de los tiempos apostólicos, predicará los pies descalzos, y se mostrará inflexible con los príncipes temporales. Atraerá los cismáticos al gremio de la Iglesia, convertirá casi todos los infieles, y en particular gran número de judíos.—Será poderosamente auxiliado por un piadoso monarca de la santísima cepa de los reyes de Francia; éste, en buena amistad con el Pontífice, trabajará igualmente en la reforma de la tierra. El mundo se dejará reformar, porque los enojos de Dios se habrán aplacado. Entonces habrá una sola ley, una fe, un bautismo, un solo modo de vivir. Todos los hombres formarán un corazón y un alma. La paz profunda reinará por larga duración de años.—Mas luego la malicia de los hombres despertará, las naciones tornarán á sus antiguas mañas y caerán en extravíos más deplorables. Nuevas señales se dejarán ver en el firmamento, prenuncios de la destrucción del mundo. Dios abreviará el término, y todas las cosas tendrán fin* (1).

(1) *Dictionn. des Miracles*, t. II, pag. 53.

8. Este cantar, sacó de su arpada lengua el Vate del *Liber mirabilis*. Firma su nombre, *Joannes de Vatiguerro*, con denominación pseudónima, que parece ser anagrama de *Jeronimus de Savonarola*, hecha una sencilla variación de consonante. Por esta causa muchos críticos achacan á Savonarola la composición de la *profecía*. Todo el contexto se ajusta bien á las enseñanzas del falso profeta y á los designios del revoltoso predicador, que á fuer de *Vate-guerrero* se las había con todo el mundo. Demás del vaticinio expresado, encierra el *Liber mirabilis* otros quince; parte son cierto de Savonarola, parte de compositores de la Edad Media con firma de Padres antiguos (1); mas en toda la colección á duras penas hay escrito que no sea espurio, fuera de los de Savonarola y contemporáneos; demás de que los asuntos en ella tratados son ridículos, mal digeridos y de sobra jactanciosos, porque todo lo contenido en las predicciones huele á hipo desatinado de reforma universal, á picante sátira contra la Corte Romana, á celo intempestivo del bien de la Iglesia, á censura furiosa del Papa y Cardenales, á lisonja vil de la nación francesa; pero lo más de notar es, que en todas las predicciones descúbrese un desorden y desconcierto entre lo prenunciado y lo acaecido, que bien da á entender la ninguna lumbre sobrenatural de los vates acerca de lo por venir.

Carlos VIII era un rey tocado de vanidad, muy á propósito para dejarse meter en el lazo de las imaginadas profecías. Savonarola, como queda dicho, revolvió medio mundo por tirar de la cuerda; al fin llevóle cautivo. Cuando el rey acometió la empresa de Italia, en ademán de glorioso Libertador movido de Dios, no faltaron poetas y prosistas que en sus escritos y coplas engrandeciesen á públicos pregones con artificio lisonjero la celebridad del Libertador prometido á Italia y al universo mundo (2). La verdad sea que su viaje triunfal de París á Roma, se le volvió todo humareda (3), pues los sucesos trocaron las esperanzas en crueles desengaños, porque cosa de aire eran los vaticinios.

9. La predicción del *Liber mirabilis* perteneciente al Monarca

---

(1) La primera parte del *Liber mirabilis*, está en latín, y contiene las piezas siguientes: 1.ª Profecía atribuida á Bemachobus, óbispo de Patara y mártir.—2.ª Diálogo entre la Sibila Casandra y el rey Turpín.—3.ª Fragmento del *Tratado sobre el Anticristo*, atribuido á S. Agustín falsamente.—4.ª La predicción de San Severo.—5.ª Tratado de la certeza de la adivinación astrológica y de las revelaciones privadas.—6.ª Imprecación contra la ciudad de Roma y corte pontificia.—7.ª Predicción llamada *Del Pastor angélico*, prohijada al abad Joaquín.—8.ª El vaticinio de Juan de Vatiguerro.—9.ª Compilación de profecías imprecatorias contra Roma y Florencia.—10.ª Carta profética de Fr. Jerónimo de Ferrara, dominico (Savonarola).—11.ª Diálogo del Salvador con la Virgen.—12.ª Profecías de Juan de Rocatallada (Rupescissa).—La segunda parte, que está escrita en francés, contiene las cosas siguientes: 1.ª Profecía relativa á la república de Venecia.—2.ª Dos vaticinios concernientes al Gran Papa y al Gran Rey, que gobernarán el mundo y obligaran á todos los incrédulos á convertirse.—3.ª Un capítulo del libro llamado *Lucidario*.—4.ª Vaticinio revelado á Martín Guerín, sacerdote de Loches.

(2) Andrés de la Vigne escribió su *Vergier d'honneur*; Guilloche su *Prophétie du roy Charles VIII*; Juan Michel su *Vision divine*.

(3) LECANU, *Dictionn. des Miracles*, art. *Proph. polit.*

francés, colocado por la diestra de Dios en el cargo de salvar el mundo, recibió mengua en los siglos XVI y XVII, como si fuera creciendo en disminución hasta rematar en punta de pirámide é irse toda en floreo. A fines del siglo XVIII salió á la publicidad, tras los horrores de la revolución francesa, un personaje célebre á refrescar su memoria. Porque no deja de ser cosa peregrina, que la gran revolución del volterianismo apenas hallase profetizador de algún nombre, que anteviera y prenunciara las desastrosas calamidades futuras. Fuera del pronóstico de Albumasar, recantado variamente por los astrólogos, según consta en el capítulo primero de este libro, muy poca noticia ha quedado de predicciones particulares alusivas al gran fracaso, comoquiera que poco antes del año 1789, todos los hombres que discurrían con meditación, pronosticaban los acontecimientos próximos, porque los veían á ojos abiertos. Voltaire daba nuevas de la gran revolución de cosas preparada por su diabólico ingenio; los predicadores avisaban en sus sermones la cercanía de la temerosa borrasca; buenos y malos, éstos deseosos, aquéllos aturdidos, repetían la canción *Turgotina*, que corrió de boca en boca por Francia entera:

On verra tous les états
Entre eux se confondre,
Les pauvres sur leurs grabats
Ne plus se morfondre.

Des biens on fera des lots
Qui rendront les gens égaux.
Du même pas marcheront
Noblesse et roture.

Les français retournercnt
Au droit de nature.
Adieu parlements et lois
Et ducs et princes et rois.

Etant ainsi vertueux
Par philosophie
Les français auront des dieux
A leur fantaisie, etc.

Predecían las gentes lo que iba á venir con sólo echar los ojos, y tocaban los sucesos con solo alargar las manos.

Una sola voz se levantó entre el tumulto de clamores horrendos, que renovase la profecía del *Liber mirabilis;* la voz de Mariana Lenormand. Nacida el año 1772 en Alençon, recibió educación en el convento de benedictinas y en el de Santa María. Las predicciones le granjearon renombre de *Sibila Normanda*. El Dr. Gall, que la trató, al descubrir en su cráneo marcas notables de prodigioso ingenio, la prometió que sería la primera pitonisa del orbe. Dedicóse Mariana al estudio de la Cábala, de la astrología, magnetismo, quiromancia y demás ramos de ciencias ocultas. Concurso de visitas honraba sus estrados día y noche. Orgullosos tribunos, hombres de ciencia, políticos y nobles, un Marat, un Robespierre, Mirabeau,

Hébert, Lefebure, Legendre, la princesa de Lamballe, Luis XVIII, Napoleón y otros semejantes prohombres hacíanse del ojo por consultarla esperando luz de su consejo. Pedíales ella la mano, y por sus líneas como por los rasgos del rostro, al uno condenábale á muerte violenta, al otro á destierro infalible, á éste decretaba honores divinos, á aquél cadalso inminente; si bien de los muchos que á sus puertas llamaban, parte se despepitaban en bendecir su buena mano y consejo, parte concebían odio capital contra aquellas sus decisiones, que la costaron más de una prisión.

No queda espacio para discurrir sobre la calidad de las predicciones (1) á nuestra satisfacción. A los sucesores de Luis XVI predijo una época de gloria y bienandanza que no llegó á cuajar. Los oráculos antiguos sobre el Gran Monarca francés la indujeron á librar sus esperanzas en la rama borbónica. Bien se vió que sus discursos tuvieron falencia: ojalá hubiera el engaño servido de escarmiento á los falsos profetas del siglo XIX. En varios libros y librejos (2) vino casi á soñarse inmortal, pues se preciaba de asegurar indemne é incólume su vida hasta la edad de 124 años, como si la decrepitud ordinaria no se hubiese hecho para su endiosada lozanía. Mala galenista fué, porque no llegó á ochentona. A los 72 años estaba ya con un pie en la huesa, en el 1843 entró la muerte por su casa, 53 años antes de lo que había presumido.

De donde infiramos que la Sibila Normanda no fué Profetisa, ciertamente. Sus vaticinios constan sólo de lo que ella dejó escrito, su palabra es el único norte del acierto. Ninguna de las predicciones se dió á la estampa antes de la verificación. Si algunas parecieron quedar comprobadas, débenlo no solamente á su destreza y perspicacia mujeril, mas también al trato continuo y visitas frecuentes de varones que la enteraban de lo actual, cuando ponían en su conocimiento las contingencias que de lejos se preparaban en los gabinetes y palacios de Europa. Una verdad llanísima no se puede poner en duda, el haber la sibila Lenormand resucitado á nueva vida el vaticinio de Vatiguerro acerca del Gran Monarca francés; trasnochada predicción, que no cesarán de solemnizar las *voces proféticas* del siglo XIX, como lo dirá el artículo siguiente.

10. Mas antes viene bien á nuestro propósito indagar el origen de esta forma de vaticinios. Hallámosle en la presunta *Profecía de San Remigio,* arzobispo de Reims, que vivió en el siglo V, de cuyo espíritu profético se habló en su lugar (3). Entre las obras de San Agustín ocupa lugar el *Libro sobre el Anticristo,* remitido al tomo

(1) LECANU: Mlle. Lenormand, selon nous, doit dans tous les cas être considérée comme une femme d'un mérite remarquable, d'une érudition profonde, et d'une conduite quelquefois hardie, mais toujours pleine de noblesse et de dignité. Et si elle sut habilement exploiter le pénétrant que l'esprit de l'homme a pour le merveilleux, si les évènements lui vinrent puissamment en aide, avouons aussi qu'elle sut habilement s'en servir. Ibid., pág. 42.

(2) Entre sus escritos se cuentan los siguientes: *Sibylle au tombeau de Louis XVI, Souvenirs prophétiques, L'ange protecteur de la France au tombeau de Louis XVIII.*

(3) Lib. II, cap. XII, art. II, n. 3.

sexto por los editores benedictinos, y en la colección de Migne al tomo cuarenta. En el tratado *De Antichristo* leemos estas palabras: *Algunos doctores nuestros dicen que uno de los reyes Francos reinará sobre todo el imperio romano, y que será en los últimos tiempos el máximo y postrero de todos los reyes; el cual después de haber gobernado felizmente su reino, al fin irá á Jerusalén y depondrá en el monte Olivete su cetro y corona. Este será el fin y consumación del imperio de los romanos y cristianos* (1).

Del contexto se saca bien, ser uno el autor del libro, otro el autor del presagio. Que el autor del libro *De Antichristo* no sea San Agustín, el mismo estilo y lenguaje lo dicen á voces; tanto, que muchos críticos le prohijan al monje Adson del siglo x, abad de Derby, capellán de la reina Gerberga, mujer de Luis IV de Francia, puesto que varios manuscritos muestran la Carta dedicatoria, copiada por Migne (2), con que Adson ofrece á la reina Gerberga el tratado *De Antichristo* (3). En cuanto á la misma predicción, ciertamente se compuso antes del siglo x: el abad Ruperto, escritor del siglo IX, la cita sin nombre de autor (4); Rabano Mauro también la alega como voz de algunos doctores, sin estimar á Ruperto por autor de ella; Alcuino la insertó entre sus escritos, mas no la atribuye á vate determinado; los Bolandistas, que hicieron sutil y esmerada discusión de la Vida de San Remigio (5), ni por pensamiento la mencionan. ¿Es creíble que el nombre de San Remigio se hubiese borrado por la injuria de los tiempos, á ser suya la predicción que lleva su autorizada firma? Los escritores que metieron en crédito el hurtar de bibliotecas, podrán encubrir el hurto, mas de ninguna manera autorizarán con capa de tan honrosa reputación un escrito como el presente.

El abate Curicque trae la autoridad de Hincmaro, arzobispo de Reims, escritor del siglo IX, varón digno de todo respeto. Mas, ¿qué dice Hincmaro? Refiriendo la exhortación hecha por San Remigio á los reyes Clodoveo y Clotilde, cuando los disponía á recibir el santo bautismo, se expresa en estos términos: *Habiéndolos el varón santo instruido en los capítulos mencionados, lleno del espíritu profético, predíjoles todas las cosas que á ellos y á sus descendientes habían de sobrevenir: conviene á saber, cómo su posteridad propagaría y gobernaría noblemente el reino, y sublimaría la Santa Iglesia, y se apoderaría de*

(1) Quidam vero nostri doctores dicunt quod unus ex regibus Francorum Romanum imperium ex integro tenebit, qui in novissimo tempore erit et ipse maximus et omnium regnum ultimus: qui postquam regnum suum feliciter gubernaverit, ad ultimum Hierosolymam veniet, et in monte Oliveti sceptrum et coronam suam deponet. Hic erit finis et consummatio romanorum christianorumque imperii. MIGNE, t. XL, p. 1133.

(2) Ibid., p. 1130.

(3) No obstante ser esto así, vemos al autor anónimo de *Las Profecías*, 1871, p. 25, muy terco en vender por propia de San Agustín la predicción antedicha. Igual censura ha de aplicarse á los retazos de las páginas 77 y 78, que el mismo anónimo autor publica despropositadamente en nombre de los Santos Jerónimo y Cesáreo. Con semejantes liviandades se han levantado en el siglo XIX testimonios á los Santos Padres de la Iglesia.

(4) *In Apocal.*, lib. VIII, cap. XIII.

(5) *Acta Sanctorum.*, 1 oct., t. I.

la dignidad y reino romano, y alcanzaría victorias contra las invasiones de las otras gentes, á menos que degenerando tal vez del bien comenzado, abandonasen el camino de la verdad y siguiesen las varias sendas de los vicios, por donde suele tenerse en poco la enseñanza de la Iglesia y Dios es gravemente ofendido, y por eso suelen los reinos ir á pique y traspasarse de nación en nación (1).

Esta, y no otra, fué la profecía que el glorioso arzobispo San Remigio vaticinó á los reyes de Francia, el año 496. Tal como la pronunció, corrió por auténtica entre los escritores y críticos del siglo VI hasta el cardenal Baronio. Pero ahora nos sale el autor de *Las Tradiciones y Profecías francesas* con la traducción del texto de Hincmaro en la forma siguiente: *Dijo San Remigio á Clodoveo: Sábete, hijo mío, que Dios ha predestinado el reino de Francia para la defensa de la Iglesia Romana, que es la sola Iglesia verdadera de Cristo. Este reino será un día grande entre todos los reinos de la tierra, y comprenderá en sí todos los límites del Imperio Romano, y sojuzgará á su cetro todos los otros reinos; durará hasta el fin de los siglos; será victorioso y pujante mientras permanezca fiel á la fe Romana, y no se haga reo de aquellos crímenes que son la ruina de las naciones, pero será terriblemente castigado cada y cuando que se muestre infiel á su vocación* (2). No dice el texto de Hincmaro que *el reino de Francia tenga que durar hasta lo postrero de los siglos,* como el autor sobredicho lo interpreta. Tampoco habló San Remigio del *reino,* sino de los descendientes de aquellos dos reyes, Clodoveo y Clotilde, fundadores de la monarquía francesa cristiana. Añade el traductor: *este reino someterá á su mando todos los otros reinos;* nada de eso pronunció San Remigio. En fin, termina amenazando con *castigo al reino cada y cuando sea infiel á su vocación;* esas amenazas terribles échanse menos en la profecía de San Remigio, en cuyo tenor sólo se vaticina á los dos regios esposos y á su prosapia el generoso gobierno de la nación, el engrandecimiento de la Iglesia, el señorío del imperio romano y la victoria sobre las demás naciones: las glosas, aditamentos y comentarios son sentidos parafrásticos procedentes de ligeras conjeturas, que por no haberlos el Espíritu de Dios autorizado, salen de los términos en que la profecía de San Remigio se ha de contener y explicar.

Por estas razones debemos sostener que el texto de Hincmaro se cumplió cabal y suficientemente en el emperador Carlo Magno y en otros sucesores suyos; mas los que sacudieron de sus cervices el

---

(1) Cumque vir sanctus de talibus eos sufficienter instruxisset, prophetico repletus spiritu, cuncta quae eis vel semini eorum eventura erant, praedixit: qualiter, scilicet, successura eorum posteritas regnum esset nobilissime propagatura atque gubernatura, et Sanctam Ecclesiam sublimatura, omnique Romana dignitate regnoque potitura, et victorias contra aliarum gentium incursus adeptura, nisi forte a bono degenerantes, viam veritatis reliquerint et diversos vitiorum fuerint secuti anfractus, quibus negligi ecclesiastica solet disciplina, et quibus Deus offenditur, ac per hoc regna solent subverti, atque de gente in gentem transferri. *Vita Sancti Remigii,* § XXXVII.—MIGNE, *Patrol. lat.*, t. CXXV, p. 1159.

(2) Chap. II, p. 44.

yugo de la católica fe con viciosas costumbres y con odio á la Iglesia de Dios, perdieron la gloria de vencer á sus enemigos y de regir el imperio romano, únicas preeminencias que el vaticinio les otorgaba. Según esto, con mucha razón llamó Rivet *famosa é insulsa* la predicción contenida en el *Anticristo* de Adson, en Rabano Mauro y en Alcuino (1); que por eso Le Bœuf observó, que no hay rastro de ella en el ejemplar custodiado en la abadía de San Víctor de París (2). Concluyamos de aquí, que los expositores de la profecía de San Remigio, dejado el oficio de intérpretes, no tan solo tomaron el de parafrastes, mas aun se metieron en la cofradía de pseudosprofetas inventando lo que al santo obispo no le había inspirado Dios. Así se explica cómo la profecía de San Remigio (que no encerraba privilegios de gran monta, antes imponía cargas de mucho peso) cayó en lo más hondo del olvido durante la Edad Media, pues solamente estuvo en vigor la parte apócrifa, dictada por el interés nacional y contenida en el *Antichristo*, con que los adulones quisieron hacer el papo á los tontos indignamente (3).

Para determinar la condición temporaria de la verdadera profecía de San Remigio, nótese con gran cuidado cómo trababa la fortuna de la nación francesa con su profesión cristiana tan apretadamente, que la prosperidad, grandeza y señorío de Francia habían de correr parejas con la protección, reverencia y sumisión de sus reyes á la Iglesia católica: por el contrario, la decadencia y humillación del reino respondería á la iniquidad y desafecto con que sus reyes á la Iglesia de Dios tratasen. La historia nos muestra con documentos justificativos el infatigable celo de los monarcas franceses, atentos á proteger los derechos de la Iglesia Romana; mas también nos pone á la vista los azotes espantosos que el brazo de la justicia divina descargó sobre la nación entera, cuando sus gobiernos abrieron portillo á la loca licencia del catarismo, calvinismo, galicanismo, filosofismo, liberalismo, jansenismo y demás sectas hereticales, de que Francia fué abominable teatro con escándalo de las naciones.

Ningún siglo habia presenciado, como el XVIII, una apostasía tan descarada en el reino de los antiguos francos. Las trabazones de religioso amor y servicio que le encadenaban antiguamente con la Iglesia Romana quedaron tan rotas, que en todo el curso del siglo XIX apenas se tornaron á eslabonar. Desde Pío VI hasta Pío X no ha habido Romano Pontífice que, por la desenvoltura de la *hija primogénita*, no haya tenido que gemir con llanto amargo de acerbo dolor. Ella entronizó los *derechos del hombre* con menoscabo de los *derechos de Dios;* traición, que desde el año 1793 hasta hoy la

(1) MIGNE, *Patrol. lat.*, t. CI, p. 1205.—*Histoire littéraire de France*, t. VI, p. 480.

(2) *Recueil de divers écrits*, t. II, p. 41.

(3) Sin razón se esfuerza Curicque (*Voix prophétiques*, t. II, livre IV, chap. I) en sustentar la autenticidad de este documento. Más perdido fuera el tiempo empleado en abogar por la tradición mil veces encarecida y otras mil falseada, que asienta haber de presentarse el Gran Monarca francés en el monte Olivete á dejar allí su corona, poco antes de consumarse el imperio de la religión cristiana.

conserva en una instable libertad, más de adúltera política, de apóstata religiosa, de revolucionaria social, de enemiga de Dios, que de hija devota, obediente y sumisa (1).

Las turbulencias, invasiones, muertes, incendios, dilapidaciones, desastres, atropellos que en las dichas formas de gobierno han afligido en el siglo XIX á la nación prevaricadora pasan los términos de lo imaginable. Sobre su cabeza pendiente está de un hilo la espada vengadora de Dios. ¿Romperáse el hilo algún día? ¿Rompióse ya? Las *profecías* modernas dicen que no; la de San Remigio no ofrece seguridad. El *Christus amat Francos* semeja anacronismo. Si Francia conserva en el día de hoy la nacionalidad é independencia, las tiene tan postradas y contingentes, que tal vez no esté lejos la hora de perderlas del todo. Los acaecimientos tristísimos presenciados en el sitio de Paris (1870-1871), dejaron la orgullosa capital tan temulenta con los escándalos y profanaciones como antes, enterrada quedó con sus infernales deseos, comoquiera que los vaticinios que le pronosticaban el incendio cual vislumbre de su conversión, distan mucho de haberse cumplido, porque no fueron profecías verdaderas. El caso es, que romper Dios con la Francia, no sería poner la Iglesia Santa á pique de perecer, como algunos temerariamente han imaginado (2).

(1) Los gobiernos que han pasado por Francia desde el año 1792 son los siguientes, después de una monarquía cristiana de 1.372 años:

DURACION	Años.	Meses.	Días.
La Convención	3	1	7
El Directorio	4	»	15
El Consulado	4	6	8
El Imperio	9	11	6
Restauración 1.ª	»	11	13
Los Cien días	»	3	2
Restauración 2.ª	15	»	21
Monarquía de julio	17	6	14
República del 48	4	9	21
Segundo Imperio	17	9	2
República del 70 hasta hoy	?	?	?

(2) MONS. PIE: «L'incendie, l'égorgement, le pillage voilà les seules perspectives du présent, voilà les effroyables réalités d'hier et de demain. Sous le coup de ces appréhensions nous restons insensibles et comme hébétés. La France conservatrice et libérale, à l'heure actuelle, ne ressemble pas mal à un homme en profonde léthargie, qui, les oreilles et les yeux ouverts, assisterait aux apprêts de son enterrement sans pouvoir remuer ni s'aider de ses membres. Armés de tout ce qui est nécessaire pour la défense, nous entendons proférer les menaces de mort, et nous demeurons dans la stupeur, immobiles devant le sort fatal qui nous attend. Voilà ce que c'est qu'une société chrétienne qui s'est posée politiquement en dehors de Jésus-Christ, de son Evangile et de son Église.» *Panégyrique de Sainte Radegonde*, 1871.—MONSEÑOR GUIBERT: «Ils se sont emparés des provinces qui appartiennent à l'Église; puis, entrés en conquérants et par la force des armes dans la Ville Sainte, ils ont dit au Pontife-Roi: «Descends, descends du thrône, et retire-toi au fond de ton sanctuaire; nous règnerons à la place au nom du droit moderne, qui ne veut pas que le Christ règne sur nous.» Cet acte sacrilége d'intrusion a désolé les peuples catholiques; mais n'a pas ému les gouvernements: Ils sont demeurés spectateurs immobiles, quand ils n'ont pas été complices...» *Lettre Pastorale*, 10 mars 1872. *(Bien public*, de Gand, 28 août, 1871.—17 mars, 1872.)

ARTICULO II.

1. Prosiguen las profecías políticas.—San Angel.—2. Beata Catalina de Racconigi.—Venerable María Taigi.—3. Venerable Holzhauser. - 4. Sor Mariana de Blois.—5. Ana Catalina Emmerich.—6. El sacerdote Souffrand. 7. El presbítero Mattay.—8. La monja trapista de Anjou.—9. María Lataste.—10. Sor Rosa Colomba. - 11. El P. Fr. Bernardo María Clausi.—12. La Peregrina.—El P. Coma.

1. Quien haya fijado la consideración en la *profecía* amplificada con extraños comentos por los intérpretes de San Remigio, entenderá fácilmente el valor de otras que corrieron á rienda suelta con fama de legítimas en la carrera de los siglos hasta el último tercio del pasado. El Gran Monarca francés ha de recuperar la Tierra Santa, ha de ser el componedor de la paz universal, ha de vivir hasta la víspera del Anticristo, ha de restituir á la Iglesia el esplendor y la bonanza; de estos capítulos se componen innumerables vaticinios, que justamente por estribar en falso fundamento no podían salir más contrarios á la verdad de los sucesos. El Gran Monarca fué pregonado como una suerte de Mesías terrenal, sus pregoneros ni aun visos de creíble pudieron dar á su soñada venida.

Comencemos la labor desde San Angel, religioso carmelita, hijo de padres judíos. Como viera la ciudad de Jerusalén en manos de infieles, deseoso de saber quién sería su libertador, esforzó el afecto con oración prolongada, hasta que recibió de Jesucristo por respuesta la siguiente declaración: *El libertador sera un rey Santo y poderoso de la casa de Francia. Como bienquisto de todos los monarcas de la cristiandad y de todos los que profesan la verdadera fe, recogerá gente debajo de su bandera para hacer juntamente con mi Vicario una nueva conquista de la Tierra Santa, acompañado de muchedumbre de fieles, que en gran número derramarán la sangre por mi amor y merecerán así la gloria eterna.* Los Bolandistas traen esta predicción, *conservada,* dicen, *por los compañeros del glorioso mártir* (1). En ella son dignos de reparo estos dos capítulos: el rey de la casa de Francia emprenderá la conquista de Jerusalén; el rey de la casa de Francia librará la ciudad Santa del poder de los infieles. La primera parte se cumplió, la segunda quedó por cumplir. La respuesta de Cristo satisfacía el deseo de San Angel, que andaba solícito por saber quién sería el Libertador. Pero el Libertador no fué el rey de la casa de Francia, porque la cruzada tuvo fin desastroso con muerte del rey francés. Habiendo la predicción quedado sin el debido cumplimiento, fué profecía falsa y menguada, ó por no haber habido cosa tal, ó por haber sido mal interpretada, ó por haberla compuesto quien no la supo inspirar.

A la verdad, el P. Maestro Fr. Cristóbal de Avendaño publicó

(1) *Acta Sanctor.*, maji, t. II, p. 34.

en 1630 *Otro tomo de sermones para muchas festividades de los Santos,* en donde colocó el de San Angel. En este sermón panegírico, tratando el P. Fr. Cristóbal de las revelaciones que el Santo recibió de Dios en el monte Carmelo, sólo pone entre ellas haberle Cristo mandado *hiciese saber á Honorio III, que entonces regía la Iglesia, cómo se habían de perder muchos cristianos y la Tierra Santa que él con su sangre consagró; lo cual el Santo sintió mucho, é hizo su jornada como Dios se lo mandó* (1). No dice más el padre carmelita, con ser así que especificadamente describe los hechos gloriosos del santo mártir de su Orden. Lo cual significa que á principios del siglo XVII no tenían nuevas los Padres Carmelitas de la susodicha revelación sobre el monarca francés, y que si el P. Lezana la refiere en sus *Anales, año 1219,* la tomaría fraguada ya, sin meterse en averiguar su origen. San Angel fué matirizado en 1225, el rey de Francia San Luis acometió la cruzada en 1248; si San Luis sabía que la Tierra Santa se había de perder, como lo sabía San Angel, no iría allá en representación de Libertador, sino en ademán de víctima haciendo holocausto de sí. ¿Qué figura hace el Gran Monarca en la toma de Jerusalén, habiendo salido en blanco la intentada conquista? Los autores que abogan por la causa del Gran Monarca (2), deberían primero demostrar la autenticidad del documento en que la predicción de San Angel se contiene.

2. La Beata Catalina de Racconigi el año 1544 tuvo esta visión. *Vi,* dice, *un tallo de azucena con flores que no estaban abiertas, representativas de las victorias futuras del rey de Francia. Algunas de las flores parecían estar á punto de abrirse, y una se ha abierto con esta victoria (de Carignan): lo mismo harán las otras azucenas. Dentro de trescientos años un descendiente del actual será engrandecido al talle de Carlo Magno* (3).—Quién sea ese descendiente del rey Francisco I, que ha de venir el año 1844 y correr parejas con Carlo Magno, nadie lo cala ni hay disposición para conjeturarlo. La descendencia de Francisco I se extinguió con el entronizamiento de Enrique IV. Han pasado más de trescientos cincuenta años, y el Carlo Magno prometido no parece en el mundo. Luego la predicción no es profética. No es ocioso avisar que el Conde Pico de la Mirándula escribió la Vida de la Beata Catalina, y que su confesor el P. Morelli, dominico, le dió la última mano (4).

La Venerable Ana María Taigi vino á la vida en Roma el año 1769. El P. Calisto, religioso trinitario, recogió sus predicciones (5). Nota-

(1) Ibid., disc. IV, fol. 97.

(2) CURICQUE, *Voix prophétiques*, t. II, p. 46.—*Las Profecías*, p. 117.

(3) Passati trecent' anni, disse che un figliuolo di esso Principe doveva esser aggrandito a guisa di Carlo Magno.

(4) Otras muchas predicciones hizo la Beata que parecen algarabía, en especial respecto del Concilio de Trento, como puede verse en Curicque (*Voix prophét.*, t. II, p. 94.—*Las Profecías*, p. 210). De los turcos dijo que antes de la restauración de la Iglesia conculcarían el reino de Italia; otros *profetas* al revés dicen que convertidos á la fe irán á rendir al Papa vasallaje de sumisión.

(5) *La Vénérable Anna Maria Taïgi, ses vertus, ses dons surnaturels et ses prédictions*, 1872.

ble es entre todas la siguiente: *Acabadas las tinieblas, bajarán del cielo San Pedro y San Pablo, predicarán en todo el mundo, y designarán el Papa sucesor de Pio IX, «Lumen de coelo». Un gran resplandor salido de sus personas irá á reverberarse en el futuro Papa. San Miguel arcángel, apareciendo entonces en figura humana, tendrá al demonio aherrojado hasta la época de la predicación del Anticristo* (1).—*Este estado de desolación durará hasta que el pueblo francés vaya á postrarse á los pies del Sumo Pontífice, para suplicarle ponga fin con su autoridad soberana. El Papa entonces mandará á Francia un Legado, que se informe de la disposición de los ánimos; y según el tenor de las informaciones que reciba, nombrará para ocupar el trono de Francia un rey muy cristiano (cristianísimo)* (2).

Bastan estos retazos por sí solos para entender la índole de las predicciones de la Venerable Taigi. Los papeles públicos de Bélgica (3) hablaron largamente de esta *profetisa,* cuyos vaticinios no han sido aún calificados por la Silla Apostólica. Otros muchos habrá ella de calificar si lo tiene por bien. Citemos algunos: Rusia, Inglaterra y la China se convertirán á la religión católica; la Santa Casa de Loreto será trasladada por ángeles á la iglesia de Santa María la Mayor de Roma. Todos estos ruidosos acontecimientos han de efectuarse durante el Pontificado de León XIII, según la mente y la letra de la Venerable (4); pero las espesísimas tinieblas que han de cubrir con su manto el mundo entero sobrevendrán antes de la elección de León XIII. Como no vinieron las tinieblas, tampoco salieron á luz los otros dos notables sucesos antes que muriese el Papa León. Del Gran Monarca francés no hay nada que añadir. No siendo nuestro oficio fiscalear profecías, baste indicar que la hazaña del San Miguel va conforme á la interpretación de ciertos expositores del Apocalipsis.

3. El Venerable Bartolomé Holzhauser, de patria alemán, muerto en olor de santidad á los 20 de mayo de 1658, célebre por varias predicciones, en otro lugar mencionadas, hizo conmemoración del poderoso Monarca que dilatando su poder de oriente á poniente traerá la paz á la Iglesia. La predicción se contiene en estos términos: *La Iglesia y sus ministros serán hechos tributarios, los príncipes derribados de sus tronos, los monarcas muertos y sus súbditos entregados á la anarquía. Entonces el Todopoderoso intervendrá por una admirable disposición que nadie podía imaginar. El poderoso Monarca que ha de venir de parte de Dios aniquilará las repúblicas, subyugará todos sus enemigos, derrocará el imperio de los franceses y reinará del orto al ocaso. Con su gran celo por la verdadera Iglesia de Cristo cooperará esforzadamente á los designios del futuro Pontífice para llevar á buen término la conversión de infieles y herejes. Debajo de ese Sumo*

(1) Ibid., livre III, p. 244. (2) Ibid., p. 244.

(3) *Bien Public,* 27 sept., 1870.—*Journal de Bruxelles,* 6 juillet, 1871.—*Gazzette du midi,* 23 juillet, 1871.

(4) CURICQUE, *Voix prophétiques,* t. II, p. 171.—*Las Profecías,* n. CXVI, p. 307.

Pontífice que Dios deparará al mundo, el reino de Francia y las otras monarquías, tras las sangrientas luchas que las dejaron desoladas, deberán concurrir entre sí y á las órdenes del gran Papa en orden á la conversión de los infieles; y de esta suerte las naciones todas adorarán á su Señor Dios (1).

No define la predicción que el Gran Monarca deba ser francés; pero todo el hilo del discurso descubre que la victoria de la Iglesia será permanente hasta la venida del Anticristo, antes de acabarse el siglo XIX. El Venerable Holzhauser, como en otra parte dijimos (2), para dar alguna explicación del Apocalipsis, dividió en siete épocas el tiempo transcurrido desde la fundación de la Iglesia hasta la consumación de los siglos. En el remate de la quinta edad, que empieza por León X y Carlos V, introduce el autor al Gran Pontífice y al Gran Monarca, por apercibidores del triunfo de la Iglesia, que toca á la sexta época. De arte que la predicción más es hija del sistema abrazado por el intérprete, que de su espíritu profético. El expresarse con tanta viveza cuando da por seguro que *lo dicho se cumplirá, no porque lo diga yo, sino porque Dios así lo ha decretado, resuelto y absolutamente mandado,* como lo escribe al fin de la Carta, significa las seguridades que tenía cifradas en la verdad de su sistema el siervo de Dios, á cuyas razones han hecho punta muy buenos teólogos, notándolas de poco acertadas y tan improbables como las de los otros dos sistemas de que en su lugar se habló.

En una circunstancia se diferencia éste de otros vaticinios análogos, y es en decir que *un potentado al frente de un formidable ejército venido del Norte con toda la Alemania, derribaría del trono al emperador francés.* Contrapunteó Holzhauser á la tudesca, conforme al adoptado método de interpretación apocalíptica. En el cual podría censurarse, como ya se notó, la suposición hecha por los que le sostienen, cuando imaginan que frisamos ya con los postreros años del mundo, como si desde Carlos V acá nos hallásemos en víspera del final fracaso. Echar así la sonda no es profetizar, sino sólo discantar el Apocalipsis con exégesis moderna, no conocida de los Padres antiguos; mas porque Holzhauser no limita tiempos ni señala personas determinadamente, y en las generales determinaciones que introduce no va al pie de la letra de los hechos históricos acaecidos en los tres últimos siglos, concluyentemente hemos de inferir que sus prenuncios van gobernados por luces de ciencia humana, no por inspiración de lumbre sobrenatural y divina.

Sobre su exposición del Apocalipsis, han derramado copiosas flores de elogios los aficionados á su persona. *Es la mejor interpretación que jamás se ha visto del Apocalipsis,* decía el canónigo Wuilleret siguiendo el sentir del Dr. Haneberg (3). Exagerado dictamen, ajeni-

---

(1) Esta profecía se contiene en la Carta del Venerable escrita al Bto. Amadeo, que se halla en la pág. 258 de la *Vida latina del V. Holzhauser,* impresa en 1734.

(2) Libro II, cap. XI, art. III, n. 10.

(3) *L'interpretation de l'Apocalypse,* 1856.

simo de la verdad, si ponemos el comentario de Holzhauser al lado de los de Viegas y de Alcázar. Cuando comenzó á rayar la aurora del imperio de Napoleón III, los católicos franceses pensaron ver en él verificada la predicción de Holzhauser. No ponían mal sus bolos aquellos encomiadores (bien que luego los vieron trocados), pues sabían que el comentador colocaba la venida del Anticristo en el año 1855 y el fin del mundo en el año 1911; con que de un golpe caballo y caballero se despeñaron en el barranco de la humana incapacidad (1).

4. Sor Mariana, tornera del convento de las ursulinas de Blois (donde cerró los ojos el año 1872, á los noventa y cinco de edad), predijo la venida del Gran Monarca con estas enfáticas voces: *Vosotras*, decía á las monjas, *cantaréis un «Te Deum», tal como jamás se ha cantado. De la prosperidad ni vosotras ni las que vivan con vosotras verán el fin.—Por algún tiempo nadie sabrá quién es su rey; pero el rey no será el que crean todos, sino el Salvador concedido á Francia, sin que nadie le esperase.—El príncipe no estará allí, irán en su busca. Habrán de transcurrir de quince á veinte años para que Francia se reponga de sus desastres. Con todo, entrarán las cosas en reposado sosiego, y desde entonces hasta la paz perfecta y hasta que Francia se halle más floreciente y con más paz que nunca, pasarán unos veinte años.—El triunfo de la religión será tal, que jamás se vió cosa parecida; todas las injusticias quedarán satisfechas, las leyes civiles se ajustarán á las de Dios y de la Iglesia, la educación de la juventud será grandemente cristiana, las corporaciones de jornaleros quedarán restablecidas* (2).

Los pronósticos de Sor Mariana ponían arrebolado, lleno de resplandores, hace más de treinta años, el triunfo de la Iglesia, solemnizado por un nunca visto *Te Deum* de acciones de gracias. De entonces acá no pareció rastro de luz. Pasan los años, y el alba no acaba de reir; riámonos del hipo de vaticinar. El caso es que Sor Mariana anunció *la muerte de un gran personaje que estará oculto tres días*, en medio de los desastres primeros; pero á nadie llegó noticia de semejante aventura. La inopinada aparición del Príncipe y la grandeza del triunfo son dos maravillas celebradas por muchos vaticinadores del siglo XIX, que parece se tomaban unos á otros de la boca la misma cantinela. Aire todo. Tan de aire la borrasca predicha por la Mariana de Blois como las tinieblas de la Taigi (3).

5. Más celebrada ha sido Ana Catalina Emmerich, natural de

(1) Las grandezas cantadas al *profeta* Holzhauser por los escritores Antonio Sanz (*Daniel*, pág. 118). Curicque (*Voix prophétiques*, t. II, pág. 195) y el autor anónimo (*Las profecías*, pág. 1) podían reservarse para méritos más positivos.

(2) El capellán de las ursulinas de Blois. M. Richandeau, publicó las predicciones de Sor Mariana, con el título *La Prophétie de Blois*. El periódico *Le Constitutionnel*, en 1870, insertó en sus columnas la misma *Profecía*. En ambos papeles se verán los párrafos copiados arriba.

(3) *Las Profecías*, p. 295.

Westfalia, hija de un piadoso labriego (1). Dejadas aparte las operaciones místicas de que hablan sus biógrafos (2) y las revelaciones tocantes á la Palestina, el año 1822 tuvo una visión en que se le representó el Papa venidero echando llamaradas de caridad por el bien de la Iglesia. Más adelante, la visión del Gran Pontífice se enlaza con el denuedo belicoso de la Iglesia hija del Rey celestial y con la presencia de San Miguel, acompañado de muchos Santos del cielo. Descrita la lucha sangrienta, prosigue diciendo: *Entendí que Luzbel ha de quedar suelto cincuenta ó sesenta años antes del año 2000 de Cristo, si no me engaño. Muchos otros números me dijeron, se me han ido de la memoria. Algunos demonios andarán libres antes de ese tiempo para tentar y traer la gente al retortero. Algunos, pienso yo, han debido de salir en nuestros días de sus mazmorras y prisiones, otros saldrán después* (3).

No saca la Emmerich á plaza el gran Rey francés, aunque bien se le nota que el fin próximo del mundo le hacía sangre y le atravesaba el corazón. El siglo XX ha de ser el postrero de todos; esta es la conclusión práctica de las visiones dichas; las otras circunstancias son vagas, generales, indeterminadas. Entre ellas hay una digna de consideración. El día 2 de Febrero de 1821 supo en visión que muchas Santas habían padecido amarguísimas perplejidades por la torcida dirección de sus confesores. Entendió que el efecto de sus visiones se había en gran parte malogrado, á causa de haber en ellas metido la pluma, mutilándolas ó interpolándolas, sacerdotes doctos, pero faltos de sencillez y mal enterados de las operaciones místicas (4). La queja de Sor Emmerich no va mal fundada, porque es cosa de todos sabida, que los confesores y padres espirituales suelen retocar las relaciones de las personas devotas que no saben escribir, interpretándolas cada uno por su santiscario y según su arte de entender el Evangelio, como ya lo dejó avisado San Juan de la Cruz (5). Mas cuando la *profetisa* escribe por sí ó dicta las visiones, no hay paciencia que baste á leer el fárrago de representaciones prolijas sin substancia y sin concierto. Pinta Emmerich una visión en que concurren el Papa, su confesor, el vicario general de su diócesis, beatas que rezan sin atención, hombres que derriban un edificio, gente que trabaja por levantarle otra vez, un hombrecillo negro empeñado en arruinar la Iglesia; ¿quién va á juntar en uno tantos cabos sueltos, sin dar á fantasía la pintura de todo el cuadro (6)?

6. En este linaje de vaticinios muy de advertir es el recato que

(1) Publicó sus visiones el dominico Duley, el año 1864, en tres tomos, con el epígrafe *Visions d'Anne Cathérine Emmerich sur la vie de Notre Seigneur.*

(2) SCHMÖGER, *Das Leben der gottseligen Anna Catherina Emmerich*, 1870.

(3) *La douloureuse Passion*, p. 387.—*Vie de Jesus-Christ d'après les révélations d'Anne Cathérine Emmerich*, trad. de M. de Cazalès.

(4) CURICQUE, *Voix proph.*, t. II, p. 281.

(5) *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, cap. XVII y XVIII.

(6) CURICQUE, *Voix proph.*, t. II, p. 296.

guardan sobre el Monarca francés los vaticinadores no pertenecientes á Francia, así como el encarecimiento de los franceses panegiristas. El abate Souffrand, cura párroco de Maumusson, granjeó fama popular por sus predicciones (1). Muchas versaban sobre el restablecimiento de los Borbones. Llegó el embebecimiento del cura á un grado tan extremo, que por ojeriza á Bonaparte ponía toda su confianza en manos de Luis XVII, hijo del infortunado Luis XVI. No reparaba el bueno del hombre que Luis XVII, á quien apellidaba Rey suyo á boca llena, había entregado ya su alma á Dios en la Torre del Temple cuando el *profeta* echaba vaticinios sobre la futura restauración. A su parecer, después de destronado Napoleón habia de venir la república, pero pasaría volando. Decía: *Oiréis muchos vítores; los tres principales serán éstos: «¡Viva la República! ¡Viva Napoleón!» El último será: «¡Viva el Gran Monarca que Dios nos tiene apercibido!»—La venida de este Gran Monarca estará á dos pasos cuando el número de legitimi tas fieles sea tan corto que se pueda contar con los dedos. Antes que venga el Gran Monarca habrá desdichas notables. La sangre correrá á torrentes por el Norte y Mediodía. El Occidente se verá libre por su mucha fe. Pero la sangre andará por el Norte y Mediodía tan copiosa, que la estoy viendo caer como lluvia en día de tempestad; y tal que les llegue á los caballos hasta las cinchas. La ciudad de París será asolada, y por el allanado suelo pasará la reja del labrador. Entonces, entre las voces de «todo está perdido» y de «todo está salvado», no habrá intermisión de tiempo. En tales circunstancias, los buenos se lo hallarán todo hecho, porque los republicanos se despedazarán á bocados unos á otros.*

Estos galanos decires se habían de ver cumplidos hace ya setenta años, según el tenor y la cuenta de las predicciones. El abate Souffrand aseguraba á una joven, que ó vería ella por sus ojos los acontecimientos predichos, ó los presenciarían los hombres de aquel tiempo; por los cuales acontecimientos entendía él las proezas del Gran Monarca Borbón, de Luis XVII, conviene á saber, el exterminio de todas las herejías, la extinción de las supersticiones paganas, la propagación y triunfo de la religión católica en todo el orbe, fuera de Palestina. Que de tantas cosas como Souffrand anunció se haya cumplido alguna, fuera del tiempo señalado por él, no debe causar maravilla: la maravilla está en que un hombre que nunca tuvo bien puesta la mira, haya pasado plaza de profeta.

No pocos puntos de analogía tienen las predicciones de Souffrand con las de Holzhauser, cuyo interrumpido comentario del Apocalipsis continuó él y dejó sin darle á luz; mas respecto del Anticristo fué más generoso que Holzhauser, en cuanto habiendo retardado su nacimiento hasta el año 1856, no le quiso quitar la vida hasta el año 1917 (2). Después de Napoleón habia de entrar el Gran Monarca,

(1) Publicáronse en Nantes el año 1872 con la portada *Vie et prophéties de M. Souffrand ancien curé de Maumusson.*

(2) *Las Profecías*, p. 277.—CURICQUE, *Voix proph.*, t. II, pág. 314.

cuya dominación habria á estas horas acabado con todas las sectas hereticales, con todas las supersticiones paganas, y dilatado, juntamente con el Pontifice Santo, la religión católica por el ámbito del globo, menos por Palestina, tierra de maldición. En el remate de tanta gloria vendrá un Concilio general. Entonces sólo habrá un aprisco y un pastor (1). Cada predicción demuestra que lo por venir era noche cerrada á la mente del santo varón.

7. Émulo de Souffrand fué otro cura párroco de Bretaña, el abate Mattay. En 1870 se publicó un libro intitulado *Le livre des Prophéties*, donde se leen las predicciones de Mattay, que concuerdan con las de Souffrand en muchos capítulos. A la caída del usurpador Napoleón Bonaparte, asomará la república, que no hará sino sacar la cara y en un torcer de ojos desaparecer, porque se irá toda en volandas sin quedar de ella ni grudo ni menudo. Entrará luego á tomar las riendas del gobierno francés el Gran Rey, piadoso y prudente; morirá en venerable vejez; mas la nación francesa gozará de gran dicha debajo de su cetro. *Tomará título de emperador, porque en adelante no tendremos más reyes. Hacia el fin del reinado del usurpador (Napoleón), el Papa fenecerá, y tendrá por sucesor un Papa joven que sabrá corresponder á la primacía de su dignidad. Durante su pontificado nos tocará la suerte de presenciar grandes sucesos. El emperador de Rusia abrazará la religión católica, por un no sé qué de milagro, y la extenderá por sus dominios. Yo no puedo determinar con exactitud la época de estos hechos. Todo cuanto yo sé es, que si la república llega á entronizarse, durará tres solos días. Pasados los cuales, el Emperador tomará posesión del reino. Entonces en un punto la Europa entera será una hornaza de fuego atizada por las parcialidades y discordias, mas entre el ruido y confusión cuando se dé todo por perdido, abonanzará de repente el tiempo, reinará la serenidad y en un abrir y cerrar de ojos se hará mudanza total.—Si el rey de España no queda destronado, en poco estará de caer; pero subirá otra vez al trono á los quince días de haberse efectuado en Francia la restauración sobredicha* (2).

Si las predicciones son auténticas, como parece, encierran la más gentil burla de la historia actual. Lo peregrino en esta cáfila de *profetillas*, es la poca ó ninguna mención que hacen de Dios y del Nombre del Señor, que nunca se les iba del pensamiento ni de los labios á los Profetas divinos. Aquí los falsarios embaidores, locos de solemnidad, no eran Mattay, Souffrand y semejantes, sino los editores, impresores y encomiadores de tales supercherías que parecen de la más vil estofa, los cuales por traer la mano por el cerro al vulgo ignorante, no sólo promovían el deslumbramiento de los visionarios, mas aun les echaban á cuestas necedades nunca soñadas, como si con un *Placebo Domino* de vísperas pudiesen abrir camino á los *Laudes* de gloriosa Pascua.

(1) CURICQUE, *Voix proph.*, t. II, pag. 316.
(2) Ibid., t. II, pág. 323.

8. No rematan aquí los prenuncios del Gran Monarca francés. En la diócesis de Anjou vivía una monja trapista, que acabó en 1828 de profetizar, si alguna vez empezó (1). Porque la mayor desdicha que suele acompañar á esta clase de predicciones, es la comezón de los directores espirituales en realzar el mérito, santidad y espíritu divino de las Videntes, cual si les tocase á ellos y no á Dios el cuidado de glorificarlas. El confesor de la trapista de Nuestra Señora Des Gardes, aunque viese con claridad la incongruencia de las predicciones, no se dió por entendido á trueque de levantar del suelo el nombre de su hija espiritual. En una visión recibida el año 1816, día de Todos los Santos, se le representó á la monja una nube que arrebozaba toda la nación francesa; de la nube salían voces confusas que clamaban: ¡Viva la república! ¡Viva Napoleón! ¡Viva la religión y el Gran Monarca que Dios nos tiene guardado (2)! El Gran Monarca francés que ha de suceder al emperador Bonaparte, se aliará con el de Rusia, éste se convertirá al catolicismo, y en cosa de tres meses se habrá efectuado la mudanza, de donde resulte el triunfo admirable de la Iglesia (3). No es maravilla que el director de la monja se haya traspuesto á todo buen discurso, á trueque de sacar airoso el espíritu profético de su confesada (4), sin advertir la falsa verificación de los vaticinios.

Cuando uno considera, terminado ya el siglo XIX, las promesas otorgadas al principio, como la destrucción total de París, las proezas del Gran Monarca, la conversión de las naciones, la prosperidad y triunfos extraordinarios de la Iglesia, la vuelta de todos los herejes y cismáticos al gremio del catolicismo, y otras parecidas grandezas, campaneadas por los Videntes para mediados ó fines del siglo XIX, se acaba el lector de convencer que más se debe achacar el desvarío de los pseudoprofetas al interés y credulidad de los clérigos que á la vanidad y bobería de legos y legas. El propio Curicque parece mostrar vacilante su fe en dichas visiones (5).

9. María Lataste nació en Landes, el año 1822, y murió el de 1847 en Rennes, religiosa del Sagrado Corazón. Conocidas en la Europa entera son sus *profecías* (6). La primera determina confusamente la

(1) El canónigo Théard buscó las profecías de esta religiosa y las publicó por primera vez el año 1829 en un libro cuyo frontispicio decía así: *Tableau des trois époques, ou les philosophes avant, pendant et après la révolution*. La segunda edición es del año 1857, y va sin firma de autor.

(2) En la primera edición del libro se lee lo del Gran Monarca, pero en la segunda se suprimió porque debió de parecer no hacía al caso. Las supresiones de cláusulas en una ó en otra edición, son muy significativas para entender el juego de los editores.

(3) Añade Théard en la segunda edición, pág. 48: «La religieuse qui a fait cette prédiction m'était particulièrement connue depuis dix-huit ans, pendant lesquels j'ai toujours admiré ses éminentes vertus. L'accomplissement exact de sa prédiction des cent jours est un préjugé pour l'accomplissement des autres événements qu'elle a annoncés.»

(4) La predicción de los cien días (caída de Napoleón) se hizo en el mismo mes en que Napoleón cayó, cuando á todo el mundo se le alcanzaba la próxima caída, como se echa de ver en la pág. 426 de la primera edición. De una predicción mal demostrada por divina, deducir la divinidad de las siguientes, no parece buena lógica.

(5) *Voix prophét.*, t. II, pág. 326.

(6) *La vie et les œvres de Marie Lataste*, chez Bray, 1862, 1866, 1870, 1872.

definición del dogma de la Inmaculada Concepción. Léese en la edición segunda, tomo II, libro III, pág. 173. Dijo Jesucristo á su sierva: *Se acerca el día en que el cielo y la tierra concurran para dar á mi Madre lo que es debido á la más alta de sus excelencias. Su concepción fué pura y sin mancilla, como su vida toda. Yo quiero que en la tierra esta verdad sea aclamada y profesada por todos los cristianos. Yo tengo escogido un Papa, y he sugerido á su alma esta determinación. La tendrá en el pensamiento por todo el tiempo que sea Papa.* En la vaguedad de las expresiones no se determina el tiempo, ni la índole del Sumo Pontífice, ni la ejecución del celestial designio. Lataste murió un año después de la elevación de Pío IX; la predicción podía nacer de presunción devota, pues no asegura que Pío IX sea el escogido para definir el dogma de la Virgen Inmaculada, el cual ya en el siglo XVII se consideraba ciertamente definible (1).

Lataste insinúa después el torbellino que ha de descargar con furia sobre la ciudad de Roma. Díjole Cristo: *Esta ciudad parecerá sucumbir por espacio de tres años, y un poco más de tiempo después de los tres años. Pero mi Madre bajará á la ciudad, y asiendo de las manos al anciano sentado en el trono, le dirá: Esta es la hora, levántate; mira á tus enemigos, yo los echo de aquí unos tras otros, ellos desaparecerán por siempre. Tú hiciste glorioso mi nombre en el cielo y en la tierra, yo haré glorioso el tuyo en la tierra y en el cielo.*—En esta predicción caben las advertencias siguientes: Los tres años, ¿cuándo empiezan á contarse?; no lo dice la monja. Si el 20 de Septiembre de 1870, en que los italianísimos le robaron á Pío IX el postrer pedazo de territorio pontifical, es el principio de la cuenta, no tres, sino treinta y tres han pasado ya, sin traza, á lo que parece, de recobrar lo perdido. ¿Cuándo descendió la Virgen para cumplir aquellas galanas promesas? Tampoco lo dice Lataste. *Profetisas* que sacan mentirosa á la Madre de Dios, algo más que el desprecio merecen de todos los católicos, si ya no las llaman ilusas de solemnidad.

¿Qué diremos ahora de los vaticinios correspondientes á Francia? Muy de asiento se puso Jesucristo, dice Lataste, un domingo después de haber ella comulgado, á tratar de Francia, y lo hizo por estas graves palabras: *El primer rey, el primer soberano de la Francia soy yo. Yo soy el dueño de todos los pueblos, de todas las naciones, de todos los reinos, de todos los imperios, de todas las dominaciones; yo soy particularmente el Señor de Francia.* Aquí se extiende la pluma de Lataste en recontar las glorias de la nación francesa, que le granjearon el timbre de hija primogénita de la Iglesia, pasando en silencio los gravísimos y amarguísimos tragos que la nación ha dado á la Iglesia de Dios, sin mentar las herejías y maldades de que se hizo fautora y encubridora, pues sólo se detiene Sor María en los males presentes, como si los del jansenismo, calvinismo, galicanismo, filo-

(1) El P. Cristóbal de Vega asentó y demostró esta proposición: «La verdad de la inmaculada Concepción de María tiene el estado próximo para ser definida por de fe.» *Devoción á María*, 1655, lib. II, cap. II, § 6.

sofismo fueran de agua y lana. Descrito el estado actual, encarga Jesús á su sierva oraciones por la Francia, sobre cuya futura suerte encierra en su pecho generosos designios, contra la rabia de Satanás, que pugna por hundir el reino francés. *¡Oh Francia!*, exclama Cristo, *tu gloria se extenderá á lo lejos, tus hijos la llevarán allende los anchos mares, y los que te conozcan de nombre, orarán por tu conservación y prosperidad.*—¿Se ha verificado esta predicción? Quede la respuesta al juicio del imparcial lector; pero las palabras más suenan á deseo devoto que á vaticinio formal, por cuanto mal cuadraban cánticos de grandezas con las ruindades futuras, que ya están á la vista de frailes y monjas presentes. Bien es verdad que al terminar la carta escrita al señor cura, añadió Lataste lo siguiente: *Yo solamente oí las palabras que he referido; quiero decir, yo no recibí conocimiento interior en el acto de oir, mas después que el Salvador me habló las palabras dichas, encendióse en mí una como lumbre espiritual y celeste.* Qué le diera á entender esa lumbre espiritual, no lo explicó la monja del Sagrado Corazón.

Acerca de la destrucción de París tampoco determina cosa cierta. Lo que se saca de sus escritos es que la intercesión de la Virgen María detuvo el brazo de la justicia vengadora (1). En la Carta 66 (2) pinta á su director espiritual los magníficos triunfos del tiempo venidero. *Hija mía*, le dijo el Señor, *una voz se dejará oir en el desierto, el eco repetirá allá lejos las palabras de esa voz.* Gasta una página entera en describir el timbre y los efectos de la voz sobredicha. Prosigue: *Ella está hoy oculta debajo de tierra, pocos la oyen; cuando venga el Señor, la desenterrará.* Después pregona días de gran prosperidad para las futuras generaciones. Al fin da cuenta de otras visiones, declarando no haber pedido al Señor su explicación, pues no las calaba del todo. Parecerá cosa peregrina que Lataste no haga memoria del Gran Monarca francés; pero se explica todo con decir que ella nunca determina fijamente circunstancias, pues siempre se queda en el aire con expresiones anfibológicas que consienten vario sentido. Lataste más asomos tiene de poetisa que de profetisa, pero en las licencias poéticas que á veces se toma, persuade estar desavenida con la histórica realidad.

¿En cuántas predicciones modernas no vemos expresada una admirable y repentina mudanza de cosas? En ésta de Lataste, como en otras ciento, se descubre una cierta imitación del Salmo (3). Así dice nuestra poetisa: *La impiedad alza su soberbia frente, y andando cuellierguida obra con entera libertad; pero, yo lo repito, esa será despeñada, sus trazas deshechas, sus intentos le saldrán al revés á la hora menos pensada* (4). Al cabo de sesenta años, ¿dónde se ve cum-

(1) Ib. t. I, lettre IX, p. 229.—T. III, lettre LXXXIV, p. 412.
(2) 2.ª edic., t. I, p. 368.
(3) Vidi impium superexaltatum et elevatum sicut cedrus Libani; transivi, et ecce non erat. Psalm. XXXVI, 35.
(4) CURICQUE, *Voix prophét.*, t. II, p. 348.

plido ese dorado sueño? ¿Qué se hizo la *espada del Angel exterminador*, vista por ella en una plaza de París (1)? ¿En qué vino á parar la mortandad y maldición de los parisienses, que ella oyó contar á nuestro Señor Jesucristo (2)? Esta manera de profetizar más indicios da de entusiasmo poético que de espíritu profético; repitámoslo para instrucción de los fieles. El solo mérito de Lataste se reduce á haber pronosticado no sin cierta obscuridad la futura definición dogmática de la Concepción sin mancilla de la Virgen; definición, que ya en su tiempo se podía barruntar por muy probable, y que ella dejó en una suerte de irresolución, como quien no la tenía cifrada en la uña por el dedo de Dios.

10. Sor Rosa Colomba Asdente salió á gozar de la vida en 1781 y halló la muerte en 1847. Piamontesa de origen, religiosa del convento de las dominicas de Taggia, diócesis de Ventimilla. Sus predicciones se publicaron en la Revista americana *Metropolitan* de Baltimore por un tío suyo, Vivaldi, misionero apostólico. Del rey piamontés Carlos Alberto dijo dejaría la vida en país extranjero, en la frontera de España, como en verdad la dejó en Oporto á los 28 de julio de 1849. Si todas las profecías hubiesen salido como ésta, podíamos poner aquí punto final.

Después de Carlos Alberto seguirá un reino de niños que rematará en varias tragedias y en el destronamiento del nuevo rey. Brava persecución contra la Iglesia. Uno de sus mayores enemigos será el precursor del Anticristo, y tomará el nombre de Redentor. El Episcopado se mostrará firme, si bien algunos obispos andarán perplejos. Muchos protestantes volverán al seno del catolicismo. Inglaterra dará de sí un grande espectáculo. La democracia feroz se sentará en el trono, atraída por la codicia de los bienes eclesiásticos. Muchos nobles serán echados en prisión. Los jesuítas pasarán los tragos peores y más amargos; serán después restablecidos, pero acabada la última persecución, que parece pertenecer á tiempos remotos, serán finalmente aniquilados. La revolución se ha de extender á toda la Europa. No reinará la paz hasta que la flor blanca suba otra vez al solio de Francia. Los imperios de Austria, Rusia y Prusia se aliarán contra las fautores de la revolución. Los rusos, cediendo á los designios del Romano Pontífice, mostrarán un proceder más equitativo con los católicos. La Prusia entrará en el redil de la Iglesia Romana. Los turcos se convertirán después.

En este resumen de las profecías de Sor Colomba, estampadas por el abate Vivaldi con nombre de auténticas, de todo hay, menos claridad y distinción de circunstancias. Todo cuanto ahí se dice podrá ser verdad, según sea el orden y tiempo, pero la cronología nos embaraza grandemente. Las naciones cismáticas y protestantes no dan muestras, hoy por hoy, de querer acogerse á la sombra del catolicismo; el precursor del Anticristo, que debe de haber ya llegado á viejo, no da señales de sí; la democracia no ocupa aún todos los tronos; la flor blanca parece mustia cuando no casi del todo mar-

(1) Curicque, *Voix prophét.*, t. II, p. 352. (2) Ibid. p. 353.

chita; los turcos en la mano de Dios está que confiesen sus errores y muden de parecer con el tiempo. En una palabra, profecías como las de Sor Rosa, no hay beata ó novicia que no las pueda hacer corregidas y aumentadas. Eso, en el caso que el texto goce de autenticidad.

Para entender el mérito de lo dicho, bastará aplicar el oído á esta noticia: *Napoleón será presto derribado del trono, y le sucederá un rey legítimo* (1). En este avisón denota la *profetisa* que se le voló del pensamiento la república que por tantos años había de gobernar la nación francesa, con el favor de los judíos, cuyas inveteradas mañas no sospechó la Sor Colomba. También es de notar el precursor del Anticristo, que con el renombre fastuoso de *Redentor* se había de entremeter en los negocios públicos después de la caída de Napoleón; el cual *Redentor* dista mucho de haber asomado en la tierra (2). ¿Qué se hicieron aquellos estragos de la revolución que había de cundir por toda la Europa? Aire todo, cosa de viento. La alucinación de Sor Colomba llegó al extremo de no consentir que su comunidad levantase iglesia, porque los rusos y prusianos (así se lo decía á las monjas) la habían de convertir en establo (3).

11. El P. Fr. Bernardo María Clausi, por otro nombre *Paolotto*, muerto en olor de santidad en el año 1849, pronunció vaticinios que se recopilaron en la *Ruota simbolica*, libro publicado en Turín el año 70. El principal y más significativo se contiene en estos términos: *Vendrá un grande azote, será terrible y encaminado solamente contra los impíos. Será azote nuevo, de que jamás se ha tenido noticia. Descargará su furia en todo el mundo con tanta terribilidad, que los que sobrevivan piensen haber sido los únicos perdonados* (4).—En qué tiempo hubiesen de llover sobre los impíos los males anunciados el año 31 y 49, lo declaraba Fr. Bernardo asegurando que no los vería él, pero los presenciaría con inefable gozo de su alma Sor María Margarita Landi, monja de San Felipe, confesada del mismo Clausi, la cual el año 1863 tenía ochenta y dos años de edad por lo menos, como consta de su deposición jurada en el lugar citado. Por manera que la monja *testigo* ha dado ya cuenta á Dios antes de acreditar con su firma la gran novedad *profetizada* por su padre confesor. Cómo no se le cayó de las manos la pluma al abate Curicque cuando el año 72 copiaba sin glosa ni reparo la sobredicha predicción entre las *Voces proféticas* (5), es negocio malo de entender. Claro está, lo dicen todos los pronosticadores, al castigo terrible, de sólo Dios conocido, había de suceder *la reformación general y el gran triunfo de*

(1) CURICQUE, *Voix prophét.*, t. II, p. 360.

(2) Ibid, p. 360.—El autor anónimo de *Las Profecías*, pág. 218, pensó que el *Redentor* era Garibaldi, llamado *Redentor de Italia*; mas no consta que el *Redentor* de nuestra *profetisa* deba ser italiano. Si en verdad el *Redentor* fué Garibaldi, todo cuanto Colomba pronosticó de él es niñería y cosa de burla, porque ya se acabaron aquellas fúnebres campanadas.

(3) *Las Profecías*, p. 319.—CURICQUE, *Voix prophét.*, t. II, p. 362.

(4) Questo flagello sarà instantaneo, momentaneo, ma terrible. *Ruota simb.*, p. 208.

(5) *Voix proph.*, t. II, chap. XIX.

la Iglesia (1); de todo lo cual había de dar fe y testimonio á ojos vistas la hija espiritual del P. Bernardo, la cual podía haber durado por peñas, cuarenta años más, sin estar presente al tremebundo azote.

12. Antes de poner fin á la enfadosa tarea, añadamos dos predicciones políticas de los dos solos *profetas* españoles de que ha quedado noticia en el siglo XIX. La apellidada *Peregrina* tuvo por nombre de pila María Antonia Gimeno, nació en la provincia de Salamanca el año 1786, casó con Andrés Rodríguez en 1807, de quien tuvo dos hijos. Dejóla viuda su marido á los treinta y cuatro años. Anduvo largas romerías por Italia, vagueó por otras regiones, dos veces visitó los Santos Lugares. Murió monja á los 17 Mayo de 1863. Fué mujer de muchas visiones. En una de ellas se le representó tan á las claras que Pío IX sería mártir, que no le cabía en ello la menor duda (2). Otras visiones suyas de persecuciones y desafueros contra la Iglesia de España pueden verse en *Las Profecías*, pág. 349.

El otro *profeta* español es el P. Fr. Jacinto Coma, religioso franciscano, varón de doctrina y virtud. Predicando un día en Manresa á las monjas de la Enseñanza, el año 1849, les propuso varias sentencias sobre los sucesos que á la sazón pasaban. No le cae bien el título de Profeta porque nada vaticinó. Entre todos los pronosticadores del siglo XIX, tal vez fué el P. Coma el más discreto y remirado. *Los gobiernos*, decía, *que hoy empuñan las riendas de la raza latina, están envilecidos, y lo peor es que envilecen á sus pueblos. Italia es esclava de una demagogia endiablada. La Francia de San Luis se ha convertido en la Francia de Voltaire. Nuestra pobre España ha venido á ser un pueblo de ilotas, que por hacer trizas sus tradiciones, su historia y su mismo ser, vuela al precipicio de su ruina.—Las semillas del 93 brotaron ya. Napoleón primero las sembró en todos los rincones de Europa; natural era que diesen su fruto. La negación del principio de autoridad en política guía de necesidad á la negación del mismo principio en religión.—Por esta causa, mis queridas Hermanas, no os admiréis de ver á un rey joven é inexperto destronado por tramas tenebrosas y precisado á buscar abrigo en la Ciudad eterna. No os asombréis si llegáis á ver la vana é ignorante torpeza de una mujer, derribada por los mismos que la adularon, y expuesta á guarecerse en un foco de corrupción. No os espante ver cómo la soberbia y la hipocresía, que debían á la espada su fortuna, acuden luego, bien que en vano, á la misma espada para sostenerse. No os maravilléis de ver la flaqueza, ya antes viciada, después derribada por aquellos que derribaron la vana é ignorante torpeza de una mujer. No os cause extrañeza el ver á un ladrón coronado cayendo vergonzosamente en aquel mismo punto en que va á perpetrar, aunque forzado, un nuevo robo sacrílego. Esto que acabo de deciros, Hermanas mías, no lo entendéis ahora, pero más adelante muchas de vosotras verán cómo se cumplen mis palabras* (3).

(1) *Voix proph.*, t. II, pags. 364 y 365. (2) *Voix proph.*, t. II, pag. 380.
(3) *Voix proph.*, t. II, pág. 383.

A este tono son las predicciones del Padre franciscano, conjeturas bien fundadas, sin porfía en la verificación. Aquí ni media palabra del Gran Príncipe, ni amenazas de castigos públicos, ni esperanzas de conversiones extemporáneas, ni guerras calamitosas de los pueblos entre sí, ni fantasías lisonjeras sobre acontecimientos remotos. Todo cuanto el P. Coma prenunció se podía argüir fácilmente de lo que en el año 49 pasaba. Una cosa añadió: *La providencia divina tiene reservado para sí un medio imprevisto, que de un golpe hará lo que en muchos años no hiciera el curso natural de las cosas. Entonces los hombres abrirán los ojos á la realidad, y todos se levantarán contra los usurpadores y opresores del humano linaje* (1). Esta predicción les sale á la pluma á todos los *profetas* del siglo XIX: cuándo se haya de cumplir no lo promete el Padre orador; pero bien se le nota que se le había pegado la trivial golosina de la milagrosa intervención del cielo en los disturbios políticos.

Cuanto al valor del documento, podíamos preguntar: ¿De dónde sacó el abate Curicque la profecía del P. Coma, que acabamos de trasladar á la letra? Oigamos la respuesta del abate: *Nous la donnons intégralement sur une copie fournie par un compatriote du saint religieux, copie qui date de 1863, d'où le texte suivant a été littéralement traduit de l'espagnol* (2). Catorce años después de vaticinar el P. Fr. Jacinto, recogióse en un papel su predicción. Si la fama del vaticinio corrió por Francia y por Bélgica, según que el propio Curicque lo afirma, ¿cómo no llegó á oídos del colector español de *Las Profecías*? ¿Cómo al biógrafo de Fr. Jacinto se le pasó por alto en la Vida publicada el año 1893? Porque el licenciado Sr. D. Isidro Vilaseca y Rius, con haber hecho las diligencias necesarias para averiguar y apurar la verdad de las cosas, no mostró estar enterado de la profecía divulgada por Curicque. Especial consideración merece la nota que al fin añade. *No extrañen*, dice, *algunas buenas personas que no se hayan puesto en los hechos maravillosos del P. Jacinto relaciones que nos hayan hecho, pues en un libro de la índole del presente solamente pueden tener cabida hechos que revistan cierta gravedad y probada autenticidad* (3). El testimonio de Vilaseca parece tan desfavorable á la autoridad de Curicque, que pone en balanzas la autenticidad de los documentos (4).

---

(1) *Voix proph.*, t. II, pág. 385. (2) Ibid., t. II, pag. 382.

(3) *Biografía del P. Fr. Jacinto Coma y Galí, mínimo*, 1893, p. 52.

(4) La devota mujer Librada Ferrarons, natural de Olot, diócesis de Gerona, fué ilustre por dones extraordinarios de profecía y éxtasis. Después de la exclaustración de los frailes anunció que volverían á florecer en España las comunidades religiosas, con triunfo de los principios católicos sobre los principios liberales. «Pero ¿cuándo brillará este inspirado triunfo? Los pecados del mundo tienden á diferirlo indefinidamente; pero la misericordia de Dios abreviará los días de prueba, y es fácil que muchos de los contemporáneos, antes de bajar al sepulcro, vean gozosos la aurora del suspirado día. Tales eran las esperanzas que alimentaba Librada en su corazón, y que esparcía entre los atribulados que lamentaban los estragos causados en España por el liberalismo y la impiedad.» (P. Francisco Butiñá, *La devota artesana*, 1890, p. 60.)—Librada Ferrarons falleció á 21 de Junio de 1842.

ARTÍCULO III.

1. Rodulfo Geltiker.—2. M. María de Jesús.—3. M. de Bourg.—4. Fundamento general de semejantes predicciones.—5. La extática de Niederbronn.—6. La monja de Belley.—7. Mariquita de Terreaux.—8. Mariana Galtier de Saint-Afrique.—9. Josefina Lamarine.—10. La profecía de Orval.—11. Demuéstrase su falsedad.—12. Advertencias sobre los vaticinios políticos.—13. Documentos de San Juan de la Cruz.—14. Ilusiones evidentes.

1. El juicioso lector que caree las pseudoprofecías pasadas unas con otras, extrañará tal vez la escasez de conceptos, la igualdad de prenuncios, la repetición de promesas, la reiteración de amenazas; pero no se hará de nuevas al ver faltos de la puntual verificación vaticinios hechos por gente de bien. Guarde algunas cruces para luego, aunque se las haya hecho ya á millares porque aún queda novedad y extrañeza para buen rato, pues vence á todo pensamiento la libertad de los vaticinadores, cuando el Espíritu de Dios no los mueve ni encamina, si en especial el espíritu regalador les hace el plato á poder de halagueñas caricias. Antes de abrir sus repertorios, demos lugar á la predicción de Rodulfo Geltiker, tomando el texto del libro *La proximidad del fin del siglo*, pág. 116, donde se trata largamente su origen, su valor, su comentario. La pieza pertenece al siglo XVII, como lo tienen para sí sus defensores. Es del tenor siguiente: *Antes de la mitad del siglo* XIX *habrá sediciones por todas partes en Europa, especialmente en Francia, en Suiza y en Italia.—Se erigirán repúblicas, serán maltratados los reyes y los prelados, y los religiosos serán expulsados de sus conventos. El hambre, la peste y los terremotos devastarán nuestras ciudades.—Roma perderá el cetro por la persecución de los falsos filósofos.—El Papa será aprisionado por sus propios súbditos.—La Iglesia de Dios, que será despojada de sus bienes temporales, será puesta bajo tributo.—Después de un breve tiempo no habrá Papa.—Un príncipe del Norte con un copioso ejército recorrerá la Europa, destruirá las repúblicas y exterminará á todos los rebeldes; su espada, movida por Dios, defenderá eficazmente la Iglesia de Jesucristo; combatirá en favor de la fe ortodoxa y someterá el imperio mahometano.—Un signo celestial precederá al nuevo pastor de la Iglesia, que será sencillo de corazón y enseñará al pueblo la doctrina de Jesucristo, y se restablecerá la paz en las naciones.—Feliz el que viva cuando esto suceda.*

Consulte quien tenga humor las páginas gastadas por Caballero Infante en la exposición de estas predicciones, escritas en latín por el principal autor. El publicador innominado de *Las Profecías* échales también su contrapunto. Parécenos que todas ellas huelen á protestantismo. Iglesia de Dios sin cabeza visible, es Iglesia de protestantes; Iglesia de Dios desposeída de bienes temporales, viene á ser la que ellos tanto anhelan; muerte de prelados eclesiásticos y libertad monacal, son sus aspiraciones más vivas. No es mucho, pues,

que ninguna cláusula de la *Profecía* haya tenido efecto hasta la hora presente, en que por verlas todas cumplidas debiéramos hacer brindis al acierto del vaticinador. ¿Dónde están las repúblicas, dónde los reyes muertos antes del 1850? ¿Cuándo Roma perdió el cetro? ¿Cuándo la Iglesia quedó sin bienes temporales? ¿Ha faltado Papa á la Iglesia de Dios (1)?

2. La *Profecía* de Geltiker ha sido como la turquesa en que se han vaciado los más de los modernos vaticinios, si bien sus inventores han procurado figurarlos con artificiosa labor de hechizos y con encubiertas menos desagradables. Dije los más, porque no todos van por un camino. La Madre María de Jesús, de la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora, del monasterio Des Oiseaux de París, nació en Bongival á 15 marzo de 1797 en las cercanías de la ciudad. Fué devotísima del Sagrado Corazón de Jesús. Entre otras palabras le dijo un día nuestro Señor Jesucristo: *Yo tengo apercibido para la Francia un diluvio de mercedes para cuando se haya consagrado á mi divino Corazón.—La fe y la religión reverdecerán en Francia por la devoción á mi Corazón divino* (2).

No contienen cosa particular, fuera de lo dicho, las predicciones de María de Jesús. A 15 de enero del año 54 entregó su alma á Dios sin haber visto la consagración nacional apetecida. Después de su muerte varias diócesis del reino se consagraron á la devoción del Sacratísimo Corazón. Finalmente, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús ha logrado de la Iglesia Romana el enaltecimiento á rito de primera clase. Pero pensar, como la Madre María pensaba, según parece en sus escritos, que el orden político ha de ir en este mundo al compás del orden religioso, es meterse muy adentro en los secretos ocultos de Dios. No hace alusión al Gran Monarca; pero se le haría muy nuevo el estado actual de la nación francesa (si hubiese de volver á la vida), aun después de tanta gloria como ha dado al divinísimo Corazón de Jesús.

3. La Madre De Bourg, fundadora de la Congregación de las Hermanas del Salvador, en Limoges, tuvo revelaciones particulares sobre el Gran Monarca (3). En una ocasión dióla en los oídos esta promesa: *La justicia castigará, pero la misericordia vendrá, y seremos salvos. Sobrevendrá un fracaso terrible; pero me dijeron que pasado el tiempo de prueba, el Señor traería al Príncipe Dios-Dado.*— En el año 1857 escribía lo que sigue: *Los castigos del Señor van á descargar sobre*

(1) El recopilador anónimo, no pudiendo llevar en paciencia las hazañas del Príncipe del Norte, que sería inglés, dinamarqués, ruso, protestante ó cismático, pone esta apostilla ridícula por lo candorosa: «En ninguna otra predicción se encuentra ésta del *Príncipe del Norte*; pero cuanto en ella se dice parece que conviene antes bien al Gran Monarca. Tal vez en lugar de *princeps aquilonaris* debe leerse *princeps australis*» *Las Profecías*, p. 221.

(2) Estas comunicaciones las tomamos del libro *Voix prophétiques* (t. II, chap. XX) y de la *Reseña* que de la Madre María de Jesús se halla en la *Vida de la Madre María Ana de la Fruglaye* publicada en París

(3) Púsolas por escrito intitulándolas *Vues intérieures*, y se hallan en la obra *Le Grand Pape et le Grand Roi*, París, impr. Palmé.

nosotros en diversas maneras. Azotes, turbulencias, sangre derramada. En nuestra Francia habrá un cataclismo espantable. Pero estos días se abreviarán en favor de los justos. Dios pondrá en el trono un rey ejemplar, un rey cristiano. El hijo de San Luis amará la religión, la bondad, la justicia. El Señor le dará luz, sabiduría y poder. Dios le fué preparando por largo tiempo, y le pasó por el crisol de la tribulación y trabajo; mas ahora va á llamarle del destierro. El mismo Señor le dará la mano y le subirá en brazos al trono cuando suene la hora. Su oficio es reparar y regenerar; entonces la religión alentada revivirá, y todos los pueblos bendecirán al pueblo del Príncipe Dios-Dado.

¡Qué desencanto! Cuando el lector más lerdo se pone á pensar el infinito floreo de elogios que sobre las elevaciones y arrobamientos de la fundadora tolosana vertieron tantos papeles públicos, si luego entra á reconocer la hojarasca de sus predicciones, dirá convencido para sí: cierto, del 50 al 70 hizo mucho estrago en los buenos el espíritu de ilusión. ¿Y quién sabe si el galicanismo no escondió su cola serpentina entre las hierbas de semejantes verjeles?

4. Para tomar un poco de huelgo, antes de proseguir, no estará demás poner los ojos en un documento hallado por David Pareus, á principios del siglo XVII, é interpoaldo en su Comentario del Apocalipsis (1). La substancia del vaticinio es como sigue: *Un rey de la flor de lis levantará grande ejército y acabará con todos los tiranos del reino; subyugará los turcos y bárbaros sin resistencia alguna, porque el brazo de Dios le asistirá de continuo; poseerá el señorío de la tierra; su nombre será solaz y descanso de los santos cristianos* (2). Glosa puede estimarse este vaticinio de todos los que hasta aquí hemos visto y más adelante se pondrán pertenecientes al Gran Monarca. Lo que dice de los turcos y bárbaros es estribillo común á muchas otras predicciones. La gracia está en cómo la destrucción y aniquilamiento de los mulsumanes y su reducción á la fe de Cristo por medio de un monarca francés, han corrido por el Oriente en forma profética de tradición universal (3). El documento, en verdad, no determina tiempo ni nombre de personaje francés, mas tantos son los libros que

(1) El documento se lee en la pág. 390 del Comentario impreso el año 1618.

(2) Surget rex ex natione illustrissimi lilii. Is congregabit exercitum magnum et omnes tyrannos regni sui destruet. Turcos et barbaros subjugabit, et non erit qui possit resistere ei, quia brachium sanctum Domini semper cum eo erit, et dominium terrae possidebit. Sanctorum requies christianorum vocabitur.

(3) Or queste profetiche tradizioni suo numerosissime. Monsignor Macarios, vescovo di Damasco ed illustre orientalista, ha certificata l' originale autenticità della seguente predizione, che venne a luce in molti fogli francesi, l' anno 1861.—«Damasco rivedrà in un tempo non lontano macelli che gitterranno lo spavento fino a Beyruth I cristiani si ricovereranno in cima al monte Libano. Un gran re dal fiordaliso ne sarà il defensore, ed accorrerà in loro aiuto con esercito numeroso. Una grossa battaglia si darà fra Aleppo e Gerusalemme, nella quale il sire d' Egitto, con ottantaquattro mila mulsumani, sarà annientato. Il Sultano si ritirerà in Damasco, nella cui moschea perirà: la Mecca sarà diroccata e l' Islamismo tolto dal mondo.» —Un altro antico presagio reca che: «I cristiani traverseranno il mare con tanta celerità e in tale copia, che tutto il Cristianesimo sembrerà trasferirsi in Oriente. La fede di Cristo trionferà; i Turchi l' abbracceranno, e la credenza di Maometto sparirà.»—Todo esto publicaba la *Civiltà Cattolica* el año 1872 (serie VIII, vol. VI, p. 17).

han derramado por el mundo semejantes lisonjas de encomios á la nación francesa, que no es de maravillar haya ella pensado de sí cosas tan altas, cuantoquiera superiores al humano concepto (1).

5. La extática de Niederbronn, Alfonsa María, muerta en 1867, hizo lamentosos trenos á las miserias de aquella edad. El abate Busson dió á la imprenta las Cartas en 1849 y 1852, por cumplir con la *Vidente*. En la noche del 10 al 11 diciembre de 1848 oyó la extática que la decían: *Hija mía, yo castigaré á todos esos grandes que no creen y se burlan de mí. Yo les daré á conocer mi poderío. Ninguno de ellos conservará el mando por mucho tiempo* (2). El día mismo salió Napoleón nombrado Presidente de la República, y después fué coronado Emperador, como si Dios hubiera trazado así las cosas para dar tiempo á la extática de reconocer los pueriles devaneos de su fantasía. Mas ni por esas. *Los malos*, prosigue en otra parte, *purificarán la Iglesia con sacudidas terribles; ahí pararán sus efectos. El orden renacerá, la fe se reanimará, la religión tornará á florecer.* Semejantes vaticinios, ó nada dicen, ó suenan lo contrario de lo que en verdad sucedió. A soslayo habla la extática, con cautela, sin determinar tiempos, contenta con lamentar en tonos lúgubres la ceguera general; mas no le hubiera sido fácil al abate Busson demostrar, que Dios, en hecho de verdad, castigó en este mundo á los adalides incrédulos del año 48.

6. La monja de Belley, que rindió su alma á Dios en 1820, había predicho también grandes cosas. Sus predicciones se insertaron en el *Livre des prophéties*, publicado en Rennes el año 1870, después de correr de mano en mano manuscritas é impresas. El no constar la autenticidad del texto original infunde sospechas de haber sido retocadas por mano extraña. La primera parte describe al dedillo lo acaecido hasta el año 1870; la segunda es una tiramira de disparates históricos, á cuya enmienda no alcanzó la mano del corrector. Dejemos las alusiones que ciertos escritores han querido descubrir en la primera parte á la *Commune* de París. La segunda parte dice así: *El día de la justicia ha llegado ya. Yo veo al mundo postrado y derribado en presencia de Aquél cuya autoridad no quiso reconocer. Una mujer le salvó, una mujer le sigue, un ministro del Altísimo le sostiene, este ministro acaba de ser ungido con el óleo santo. Dios los acompaña. He aquí vuestro Rey.– Se presenta entre la confusión de la borrasca. ¡Atroz momento! Los buenos, los malos caen. Babilonia es hecha pavesa. ¡Mal hayas, ciudad maldita!—Entonces vi parecer hacia el Norte las llaves luminosas. Un santo levanta las manos al cielo; aplaca la ira divina. Sube al trono de San Pedro.—El Gran Monarca sube al trono de sus padres. El trono está asentado en el Mediodía.—Todo se aquieta á*

---

(1) He aquí algunos autores que alegan las dichas predicciones: DOMENECHI, *Profezie maomettane*, 1548.—*Anales de la propagación de la fe*, vol. V. *Profecías abisinias*.—DOELLINGER, *Disertaciones sobre la religión de Mahoma*.—EUGENIO BORÉE, *Mémoires d'un voyageur en Orient*, t. II.—*Prognosticon D. Magistri Antonii Torquati, de eversione Europae*, 1552.

(2) *Lettres*, t. I, p. 57

sus voces. Los altares se levantan otra vez. La religión renace, los malos son deshechos y confundidos, las injusticias se reparan. El Gran Monarca lo salvó todo con su reparadora mano.—No ha hecho sino pasar, su gloria es breve (1), *nació en la desgracia.—En el año 18..., el niño desterrado le sucede. Entonces la paz se restituirá á Francia; pero el fin de los tiempos no está lejano.*

Quien colocado dentro del siglo XX contempla imparcial el orden de los sucesos acaecidos después del año 1870, no puede menos de dar á pura ilusión las líneas antecedentes, ora sean de mano mujeril ó de puño varonil. La piedra de toque de la profecía son los hechos conformes á los dichos. Aquel vacilante número 18... es la condenación más formal de todo el vaticinio.

7. La ardorosa llama de las pseudoprofetisas caldeó también el pecho de sus padres espirituales con tan vivas centellas, que fueran increíbles á no relucir en letra de molde (2). Testigo el abate Talorel, confesor de la apellidada Mariquita des Terreaux, muerta en Lion el año 1843 á los setenta de edad. Estando Talorel á punto de muerte, dijo á su hija espiritual que más adelante profetizaría el término de la revolución (3). Dar un hombre á una mujer el recado de que profetizará en materia determinada, es lo sumo del don profético. Veamos con qué jaez de profecías despertó la atención del mundo la humilde Mariquita, que sin saber leer ni escribir estaba predestinada, en opinión de su confesor, á revelar en tono profético las grandes revueltas de aquel extraño conflicto de cosas.

La visión de más tomo se lee en el libro *Derniers avis prophétique*, pág. 118. Allí resuena el empalagoso estribillo *tout est perdu, tout est sauvé* de otras análogas predicciones, á vista de una descomunal batalla entre buenos y malos, en que éstos quédanse caídos casi todos y aquéllos salen en paz sin saber cómo. Prosigue luego la Mariquita en esta forma: *En el mismo punto en que la Francia será tratada con terrible severidad, lo será por un igual el mundo entero. No me dijeron de qué manera. Me anunciaron que vendría un suceso espantoso, tal que los que se hallen desapercibidos crean haber dado la hora postrera y llegado el fin del mundo. Mas de repente la revolución rematará en un tris con un gran milagro, que deje absorto y helado al universo mundo. Los pocos malvados que hayan sobrevivido se volverán de rebeldes en penitentes. Los sucesos que acaezcan serán una representación de los que han de venir al fin del mundo; serán tan tremendos, que se queden los hombres secos de espanto. Dijéronme: los que estén de mi parte, no perecerán, no perecerán, no perecerán, tres veces. Entonces repuse yo: es imposible que no perezcan algunos buenos. Me*

(1) El autor anónimo de *Las Profecías* (pág 274) añade este comentario: «su gloria parecerá breve siendo muy grande».—Así hacen fuerza á los textos los gallardos comentadores.

(2) El *Nouveau Liber Mirabilis*, escrito por Adriano Péladan en 1871, y el libro intitulado *Derniers avis prophétiques*, del 1872, contienen documentos fidedignos en testimonio de las ilusiones sobredichas.

(3) *Nouveau Lib. Mirab*, p. 286.—*Dern. avis prophét.*, p. 106.—*Voix prophét.*, t. II, p. 401.

respondieron: podrá ser que el turbión se lleve algunas almas, pero no las tendré Yo perdidas.—Puesto fin al gran combate, todos reconocerán y acatarán la legitimidad, y todos se darán ósculos y abrazos de paz sin asomo de rencilla. La religión tornará á florecer, y los pueblos volverán á la felicidad de los primeros siglos; los fieles vivirán entre sí como hermanos.

No hagamos memoria de otras especies ridículas, pero el *gran milagro* debió de antojársele á Mariquita un si es no es parecido al narrado en el segundo libro de los Macabeos, pues las circunstancias del primer tercio del siglo XIX no eran muy diversas de las que concurrían en tiempo del rey Apolonio, perseguidor de los hebreos. Á este tono esperaría la visionaria que iba á descender de las nubes súbitamente un ángel en figura de hombracho, montado en un gran frisonazo ricamente encubertado con gualdrapas, arnés y demás arreos de oro bruñido; y otros dos ángeles al lado en forma de gallardos mozos, recios y fornidos con muy buenos rebenques en las manos. Mientras el de á caballo atropellaba la gente perversa haciendo calle, apellidando plaza, plaza, y dando con todos en tierra, los dos mancebos membrudos cargaban la mano de su furor sobre los aterrados menudeando azotes hasta dejarlos aplomados y por muertos, como á violadores de los derechos divinos. Los Heliodoros azotados, las turbas espantadísimas, los tesoros restituidos al templo, los sacerdotes vengados, los buenos saltando de placer, los malos caripálidos y llorosos, los desafueros escarmentados, la honra de Dios justificada y satisfecha; semejante tragedia debió de pintársele en la imaginación á la Mariquita y á todos los falsos prometedores, que daban por revelación divina el milagro repentino y estupendo que se dijo atrás y se acabará luego de encarecer.

En otra visión se le ofreció una bandera blanca con seis flores de lis y otra pequeña en un ángulo del lienzo. Preguntó qué papel hacía allí aquella azucenita arrinconada: *Una voz celeste, muy conocida de Mariquita, le respondió: es el Duque de Normandía.*—Luis XVII, hijo del desgraciado Luis XVI, se llamó Duque de Normandía. Por la virtud del vaticinio Luis XVII era el escogido de Dios para restablecer el orden público y contrastar los desmanes de la revolución. El caso histórico es, que las flores de lis se marchitaron ya, desbaratado el aliño de sus hojas, que yacen secas y sin lustre ornando los sepulcros de los *profetizados* redentores; el caso más patente es, que el milagro predicho no dió de sí muestras en todo el siglo, sin embargo de las promesas frecuentes; el caso indubitable es, que la revolución continúa con las armas en la mano, sin hacer verdaderas, sino falsas, á todas las visionarias; el caso práctico es, que no bien hubo cerrado los ojos el Conde de Chambord, cerraron sus bocas todos los extáticos y extáticas, quitándoseles las ganas de contrapuntear grandezas; el caso más ejecutivo y significante es, que después de la ignominia de Sedán y de la estabilidad de la república francesa, nunca profetizadas por Videntes, se

les develó y desconcertó á los padres espirituales el tino, con que se les acabó á las hijas el prurito de echar profecías ni en pro ni en contra de Francia. Con esto se quedan en jolito el confesor Talorel y su confesada Mariquita: ¡gentil chasco!

8. Mariana Galtier, de Saint-Afrique, diócesis de Rodez, dijo también á Francia la buena ventura el año 1830. Era una pobre pastora, que aunque no puso por escrito sus predicciones, no faltaron clérigos que las rebuscasen, para darlas á conocer, cuarenta años después (1). No es hacedero testificar su autenticidad sino remitiendo al lector á la hombría de bien de los colectores.—Mariana anuncia guerra entre Francia y Alemania. *Este es el principio de la tercera y última plaga. ¡Desdicha tres veces á Francia! ¡Desdicha tres veces á Alemania! ¡Desdicha tres veces á Italia!* De estas tres triplicadas cargas no se infiere quién llevará la mejor parte en la lucha. Cierto, la derrota de Sedán no se deja traslucir en los concisos renglones.

Porque un poco más abajo añade la sayaguesa: *Un Príncipe, conocido de solo Dios, ocupado en hacer penitencia en el desierto, llegará como por obra de milagro. Será de la sangre de la vieja Cape. Se llamará Luis Carlos. Reinará sólo un año, y cederá la Corona á un Príncipe que carece de sucesión.* Si á estas incoherencias juntamos el incendio de París, acaecido con fuego misterioso, después que los justos reciban del cielo con un ángel aviso de salirse de la ciudad malvada, donde todos los malhechores han de quedar hechos pavesa, se formará cabal concepto de los dislates expresados en la *profecía* de Mariana Galtier. En ella se notará, como en todas las de su laya, que cuanto más lejanos son los sucesos predichos, vienen á insinuarse con términos más vagos, más enigmáticos y más contrarios á la verdad histórica, que se está con las manos palpando. El autor anónimo, que la llamó Gallier (2), hace esta oportuna reflexión. Si Mariana da por señal de la última plaga la guerra entre Alemania y Francia, *estamos ya en el principio del fin.* Y podemos añadir: debiéramos estar ya en el punto crudo del mismo fin. Con saber que el abate Charbonnel no tuvo nuevas de la Mariana hasta el año 1870, está dicho todo (3).

9. Josefina Lamarine vino al mundo en Darney, departamento de los Vosgos, el día 23 de noviembre de 1787. Vivió enfermiza largo tiempo, aquejada de penas interiores; murió en abril de 1850. Sus predicciones están parte en verso, parte en prosa enigmática y enrevesada. Su hermana, que no sacaba el pie de la habitación durante sus dolencias, pensó hacer servicio á la religión sembrando, como sembró, de notas y postilas todo el escrito. El abate Curicque cifró en siete párrafos la nata de los vaticinios de Josefina (4). Sobresalto

(1) En especial habló de ellas el abate Charbonnel autor del libro *Pensées de Louis Veuillot*.

(2) *Las Profecías*, pag. 343.

(3) *Voix proph.*, t. II, pag. 405.

(4) *Voix prophét.*, t. II, chap. XXIX.

causa la destrucción de París y la venida del Anticristo. De sustos nos inunda Josefina cuando dice: *El Anticristo vendrá el año 1900, de Jerusalén, de un musulmán. Reinará en Roma, y dará muerte al Sumo Pontífice.* El Anticristo no tendrá ya pelo negro en su cabeza ni vigor en los brazos para tan atroz fazaña, porque ya en 1838, en día de Viernes Santo, le vió Josefina en figura de niño de seis años de aspecto horrible, como de sus papeles consta en el lugar citado.

Todas las visiones siguen igual rumbo, henchidas de incongruencias, cargadas de reticencias, de enigmas y teclas rotas. Una histérica de la Salpêtrière podría sacar profecías de igual hechura. Al abate Curicque se le hacía conciencia publicarlas; herido del escrupulete remitió á la discreción de sus lectores el decidir si hizo bien ó mal en rescatar del olvido las visiones de Josefina (1). Ellos darán parecer; el nuestro es, que la verdadera profecía más gana que pierde con la publicación de las falsas, como la verdad al lado de la mentira sobresale mucho más. Pero los libros como *Les voix prophétiques* están condenados á las tinieblas del olvido. El continuador de Darrás, Monseñor Fèvre, se contentó con insinuar el hecho de *las Voces proféticas*, no verificadas aún canónicamente, sin emitir juicio acerca de su valor (2). El dictamen que sobre ellas manifestó el Cardenal Pie al autor de *Vois prophetiques,* parece el más ejecutivo y prudente: *donde no les parezca á los lectores posible el discernir la verdad, aguardarán la luz que de sí despidan los sucesos* (3). En este breve círculo de palabras cifró el doctísimo y cuerdísimo Cardenal la regla que ha de seguirse en el definir el valor de toda profecía, conviene á saber, la consonancia de los hechos con la predicción. Y pues los sucesos hasta el presente efectuados no conforman con los anuncios de tantas predicciones como hasta aquí se han leído, justo es tenerlos por rayas hechas en el polvo, por partos de inteligencia humana y no por inspiraciones de luz profética. Tal es nuestro humilde sentir, mientras la Iglesia Romana no los apruebe canónicamente ó no los proponga como piadosamente creíbles.

10. Eche el sello á nuestro discurso la *Profecía de Orval*, que ha sido campo de Agramante, donde los críticos lidiaron, los unos por la autenticidad del documento, los otros por su apócrifa condición. Nadie la tomaba en la boca, cuando medio siglo ha comenzóse á tejer disputa sobre su valor y genuina procedencia. Consulte quien gustare de ello los dos bravos ligantes (4). A nuestro propósito bastará copiar la parte última del texto, que á juicio de sus defensores anuncia los sucesos acaecederos después del año 1872. Dice así la letra, tomada de Curicque (5).

¡Dios quiere la paz! Ven, joven Príncipe, abandona la isla del cau-

(1) Ibid., pag. 416. (2) *Hist. de l'Eglise*, t. XLII, pag. 530.
(3) *Voix proph.*, t. I, pag. XI.
(4) LECANU, *Diction. des miracles*, t. II. p. 721.—CURICQUE, *Voix prophét.*, t. II, p. 587.
(5) *Voix prophét.*, t. II, p. 616.

tiverio; junta el león á la flor blanca, ven.—Lo que está previsto, quiérelo Dios.—La antigua sangre de los siglos pondrá fin á largas discusiones.—Entonces se dejará ver en la Galia un solo pastor de los pueblos.—El hombre, poderoso por la virtud de Dios, se sentará seguro; prudentes ordenanzas convidarán con la paz.—Creerán las gentes que Dios guerrea junto con él, tan prudente y cuerdo será el vástago de la Cape (1).—*Gracias al Padre de las misericordias, la Santa Sión entona otra vez en sus templos himnos á la grandeza del único Dios.—Muchedumbre de ovejas descarriadas vendrán á beber en el arroyo cristalino.—Tres príncipes ó reyes depondrán el manto del error y verán claro en la fe de Dios.—En este tiempo un gran pueblo del mar tornará á la verdadera fe en sus dos terceras partes.—Dios es bendito por catorce veces seis lunas, y seis veces tres lunas.—Cansado está Dios de derramar sus misericordias, y con todo eso quiere, por amor de los buenos, prolongar la paz por diez veces doce lunas.*

11. No pasemos más adelante. En el papel que acaba de leerse, se anuncia que después del año 1872 el triunfo de la Iglesia se deberá al brazo de los Borbones, por cuya cooperación la fe católica se extenderá á los herejes, cismáticos, gentiles, especialmente á Inglaterra y Escocia. Los guarismos lunares de la *Profecía* señalan dice Curicque, el triunfo del Anticristo para el año 1911 (2). Un Vidente, que no antevió cómo la república francesa podía durar treinta y más años, ó se hallaba embelesado con la imaginada glorificación de los Borbones, ó estaba sin ojos para brujulear lo porvenir del reino francés. ¿Y querrán los orvalistas que veneremos por dictadas del Espíritu divino palabras tan reñidas con la verdad de los hechos?

La *Profecía de Orval* ha de contarse en el número de las supercherías inventadas en el siglo pasado para hacer violencia temeraria é impía á los decretos de Dios. ¿No había, por ventura, el obispo de Verdun, Ilmo. Sr. D. Luis Rossat, á 6 de febrero de 1849, levantado la voz pastoral contra las orválicas predicciones, notándolas de meramente humanas, indignas de crédito y consideración? ¿Qué dirían ahora los que entonces sacudieron la lengua contra la energía del prudentísimo Prelado, mordiéndole malignos, si viesen la torpeza del vaticinador mofada con razón de las gentes por irremediable

(1) El colector anónimo de *Las Profecías* adorna el primero y el presente versículo con un comentario digno de memoria. «El vástago legítimo, dice, de la antigua familia de Capeto ó de Borbón. Este es actualmente el Sr. Duque de Burdeos, y como no tiene familia viene á ser heredero de sus derechos el Sr. Duque de Madrid.—¿Cómo se formará esta unión? ¿Representa el *león* á la Bélgica, y se unirá ésta á la Francia representada por la *flor blanca*? ¿O representa á España? ¿No significa, antes bien, esta unión el reunir el Sr. Duque de Madrid en su persona los derechos legítimos á las dos coronas de España y de Francia? La historia fijará su significado. Vivir para ver.» (*Las Profecías*, p. 199).—Ya le fijó; floreo todo, parolina vana.

(2) En additionnant les différents nombres lunaires, on arrive, semble-t-il, pour l'année du triomphe de l'Antechrist, à 1911, qui est aussi l'anne que le venerable Holzhauser y assigne dans son interprétation de l'Apocalypse: «au milieu de l'année de Jésus-Christ, 1855, dit-il, dans le XIXe siècle, naîtra l'Antechrist et il vivra cinquante cinq ans et demi.» *Voix prophétiques*, t. II, p. 619.

necesidad de las cosas (1)? Profetizar de esta suerte, no sólo es trasoir, sino trasoñar y poner en almoneda los sueños.

El abate Jaugey, reputado por su espíritu y saber de apologista católico, en 1882 predicó en la ciudad de Lion una conferencia *Sobre el uso de las profecías modernas;* habló de la de Orval, enalteciendo la prudencia empleada por el Ilmo. Sr. Rossat, cuando la desautorizó dejándola sin reputación ni estima (2). La mayor desdicha de la nación francesa en el siglo XIX, especialmente en sus dos primeros tercios, fué la ignorancia crasísima de muchos sacerdotes, que, ora impelidos por el espíritu galicano, ora codiciosos de inmortalizar la flor de lis, no pusieron reparo en almonedear interpretaciones apocalípticas, que en el día de hoy muestran el desacierto y ceguera de los intérpretes. Véase cuántas nulidades hizo en pocos renglones el folleto intitulado *A la veille des grands événements*, por estas palabras: *Entre las predicciones que tocan al tiempo presente, la Profecía de Orval de 1544 parece una de las más auténticas, la que se ha cumplido con más puntualidad hasta hoy, casi la única que señala fechas algo puntuales. Es como la flor y nata del Apocalipsis* (pág. 27). Bien sucia dejan la honra del escritor estos dislates (3).

12. Lo que á los explotadores de vaticinios les hace más falta es el estudio de la teología mística. Muy poco trabajo cuesta arremeter á la pluma y en numerosos períodos extender el elogio de un personaje con ponderaciones de su eminente santidad, de su inspiración profética, de sus gracias sobrenaturales; pocas expensas de trabajo impone el oficio de encomiador, cuatro colores retóricos bastan para sacar la pintura. La tarea trabajosa y de importancia está en el argumento histórico en que debe fundarse el panegírico. La realidad de los hechos ha de anteponerse á la gallardía de flores y figuras. Hacer buena letra y ensartar mil mentiras no es de cuerdo escritor. Antes de dejar en el escrito una profecía, deberá constar cierta é indubitablemente su autenticidad; fundamentada la autenticidad, viene la prueba de su divina inspiración. Lo primero pertenece á la crítica histórica, lo segundo á la teología mística. ¿Qué diremos de tantos profetas y profetisas, cuyas visiones y revelaciones han sido celebradas con elogios, en el discurso del siglo XIX, por confesores y directores, por personas destituidas de nociones históricas y místicas, cuyas travesuras se hacen ya notorias al público

(1) La Carta del obispo de Verdun fué publicada por el P. Pouplard (*Un mot sur les visions*, 1883, p. 161); ella misma da á conocer que la *Profecía de Orval* salió de la pluma de un clérigo extraviado y ganoso de abusar de la credulidad pública.

(2) El P. Pouplard quiso trasladar á su libro parte de la dicha conferencia, y mereció del autor esta palabra de aliento: «Excelente obra hará usted, Reverendo Padre, en asentar la mano sobre tantas personas que han dado en tener por palabra de Dios tantas niñerías é imposturas como andan por ahí sin nombre en traje de profecías.» (*Un mot sur les visions*. 1883, p. 143.)

(3) El P. Pouplard añade, por vía de comentario: «Según las interpretaciones del autor, los mayores infortunios habían de dar principio en mayo ó siquiera en septiembre de 1881. Hemos corrido hasta enero de 1883. Evidente cosa es, que el intérprete tendrá que revolver y alterar las datas; poco cuidado les da la faena á semejantes intérpretes.» *Un mot sur les visions*, p. 141.)

y llenarían de empacho á sus propios autores si hubiesen alcanzado los postreros ahogos de la centuria, pregonada por ellos como era final del desorden político, y comienzo de universal restauración? La sana crítica los acusa de traidores á la verdad, la teología mística se lamenta con razón de no reconocerlos por alumnos. Las que ellos solemnizaron por Videntes, por almas contemplativas, regaladas de la divina Bondad, eran mujeres vulgares, ilusas y visionarias, pagadísimas de sus luces, si no es que siendo de probada virtud las echasen á perder los directores con el afán de levantarlas estatua, por carecer del arte de dirigir, como tantas veces aconteció, de lo cual podíamos poner ejemplos recientes que más de una vez han venido á parar á nuestras manos.

13. Pero más vale traer aquí el dictamen de San Juan de la Cruz, varón muy experimentado y de probadísima doctrina. *Paréceme á mí*, dice, *y es así, que si el padre espiritual es inclinado al espíritu de revelaciones, de manera que le hagan mucho peso, lleno ó gusto en el alma, no podrá dejar, aunque él no lo entienda, de imprimir en el espíritu del discípulo aquel mismo gusto y estimación; si el discípulo no está más distante que él, y aunque lo esté, le podrá hacer harto daño si persevera en él. Porque de aquella inclinación que el padre espiritual tiene y gusto en tales visiones, le nace cierta manera de estimación, que si no es con gran cuidado de él, no puede dejar de dar muestras ó sentimientos de ello á la otra persona; y si la otra persona tiene el mismo espíritu de la tal inclinación (á lo que yo entiendo), no podrá dejarse de comunicar mucha aprehensión y estimación de estas cosas de una parte á otra.*

Pero no hilemos ahora tan delgado, sino hablemos de cuando el confesor, ahora sea inclinado á eso, ahora no, no tiene el recato que ha de tener en desembarazar el alma, y desnudar el apetito de su discípulo en estas cosas, antes se pone á platicar de ello con él, y lo principal del lenguaje espiritual (como habemos dicho) pone en estas visiones, dándoles indicios para conocer las visiones buenas y las malas. Que aunque es bueno saberlo, no hay para qué meter al alma en este trabajo, cuidado y peligro, sino en alguna apretada necesidad, como queda dicho. Pues en no hacer mucho caso de ellas, negándolas, se excusa todo esto, y se hace lo que se debe.

Y no sólo eso, sino que ellos mismos, como ven que las dichas almas tienen tales cosas de Dios, piden que rueguen á Dios les revele tales ó tales cosas tocantes á ellos ó á otros, y las buenas almas lo hacen pensando es lícito quererlo saber por aquella vía. Que piensan que porque Dios quiere revelar algo sobrenaturalmente como él quiere ó para lo que él quiere, que es lícito querer que nos revele y aun pedírselo. Y si acaece que á su petición lo revela Dios, asegúranse más para otras ocasiones y piensan que Dios gusta de este modo de tratar con él, y á la verdad ni gusta ni quiere. Y como ellos están aficionados á aquella manera de trato con Dios, asiéntaseles mucho y allánaseles la voluntad naturalmente en ello. Porque naturalmente gustan, naturalmente

se allanan á su modo de entender, y en lo que dicen yerran muchas veces, y ven ellos que no les sale como habían entendido, y maravíllanse, y luego nacen dudas en si eran de Dios ó no, pues no acaece ni lo ven de aquella manera. Pensaban primero dos cosas. La una, que era de Dios, pues tanto se les asentaba; y puede ser el natural inclinado á ello el que causaba aquel asiento, como habemos dicho. La segunda, que siendo de Dios, había de salir así como ellos entendían ó pensaban. Y aquí está un grande engaño; porque las revelaciones ó locuciones de Dios no siempre salen como los hombres las entienden ó como ellas suenan en sí. Y así no se han de asegurar en ellas ni creerlas á carga cerrada, aunque sepan que son revelaciones, respuestas ó dichos de Dios. Porque aunque ellas sean ciertas y verdaderas en sí, no es menester que lo sean siempre en nuestra manera de entender, lo cual probaremos en el capítulo siguiente. Y también diremos después cómo aunque Dios responde á veces á lo que se le pide sobrenaturalmente, no gusta de ello, y cómo á veces se enoja aunque responde (1).

Todo esto enseña San Juan de la Cruz, cuya doctrina, fundada en autoridad y experiencia, si la hubiesen bien entendido y puesto por obra los padres espirituales y compiladores de *Profecías*, no hubieran padecido en el siglo XIX tan afrentosos desengaños.

14. No somos, por cierto, nosotros los encargados de enseñar á directores espirituales, someternos al discipulado de los doctos es nuestra obligación; pero cuando vemos á cierta clase de personas, mal fundadas en la humildad evangélica, deseosas de dejar rastro de sí, atareadas en estimular la curiosidad del vulgo, irritadas con los superiores eclesiásticos porque no sancionaron sus devaneos, razones poderosas nos asisten para dudar de su buen espíritu, para temernos de sus visiones proféticas, pues nos dan pie para calificar sus predicciones de vanas y hechizas. Una Vidente recibe visita de una conocida suya, á quien pone en pico la relación de sus celestes comunicaciones. Al ver que la dama no queda atónita y sin pulsos de admiración, dícele en tono severo: *Señora, parece tiene usted poca fe. Pues sepa, que dentro de dos años habrá usted dado cuenta á Dios*. La noble señora salió enterada de la santidad de su amiga. El P. Pouplard, que refiere el caso, testifica haberle oído contar á la misma señora tres años después de la amenaza profética (2). La dicha Vidente (nárralo el propio autor) amenazó al Obispo diocesano, enfermo á la sazón, que no saldría de aquella enfermedad, porque no acogía con buen rostro sus visiones. El Prelado, convaleciente ya, la mandó avisar que estaba del todo bueno, y que esperaba ver el remate de sus desdichadas comedias.

Otra profetizó la curación de un fulano, y el fulano amaneció transformado en cadáver. Anunció que ella propia acabaría de una grave enfermedad el 19 de Agosto de 1881, y su mal no le dejó escu-

(1) *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, cap. XVIII.
(2) *Un mot sur les visions*, 1883, pág. 133.

pir el alma. En fin, predijo que iría á cantar maitines al cielo después de catorce comuniones, y llevaba más de quince sin haber llegado á vísperas. Otra, rogada por el Obispo de su diócesis que se negase á visitas no consetidas por él, respondió hurtando el cuerpo á la obediencia; mas cuando el Prelado la señalaba confesor, excusaba la merced alegando sordera. Otra, en fin, apremiaba al cura párroco á que hiciese extremos en busca de Enrique V y le coronase por rey de Francia; pero como el señor cura, que era marrajo, fuese y viniese en estas y estotras, y al fin de puro cansado le pidiese á la Vidente prendas de sus instancias, ella le respondió: *Yo soy la que tengo recibidas de Nuestro Dios las mayores mercedes del mundo. Sí, verdad es, porque él me ha revelado ocultísimas cosas. Usted me preguntó si era éste, el año 1880, el de los grandes acontecimientos. Yo respondí: Usted lo verá. Pues ahora digo y redigo que sí; ya estamos en el año famoso, andamos á pasos largos, á pasos de gigante.*

De la verdad de las resumidas relaciones tenemos por fiador el testimonio del P. Pouplard (1), que guardaba en su poder los documentos comprobativos cuando las dió á la estampa en 1883. De todo lo cual, y de las consideraciones precedentes, resulta cuán petulante anduvo el padre de la mentira en todo el discurso del siglo XIX, y con cuánto recelo han de recibir relatos de profecías los directores de conciencias, si no quieren tener parte en la inveterada malicia del enemigo común (2).

---

(1) *Un mot sur les visions*, pág. 133-139.

(2) No sin motivo se lamentaba de semejantes abusos el P. Fr. Pedro Navarro, de la Orden de S. Francisco, en la *Historia de la vida de Sor Juana de la Cruz*, publicada en el año 1622; en cuyo libro I, cap. VII, refiere el hecho siguiente: «Llega á tan gran rompimiento el extremo de estas vanidades, que murió en esta corte un caballero muy principal y conocido mío, pocos días ha, á quien con muy gran trabajo y dificultad se pudo persuadir que recibiese los sacramentos, y se dispusiese para dar cuenta á Dios. Y la ocasión desto fué el tenerle trabucado el juicio una mujercilla, en hábito de beata, que acudía cada día á su casa á contarle los embelecos que había soñado y pensado de parte de noche. Entre los cuales le había hecho en creyente que había de privar muchos años con el rey nuestro señor Felipe III, con tan gran aplauso y felicidad, que á él sólo había de someter la conquista de la Tierra Santa, y que la había de ganar. Y porque este enredo fuese bien tramado, para asegurar la sucesión á este caballero (que no la tenía por ser su mujer estéril y en aquella sazón de más de cincuenta y seis años), le persuadió un día que había visto bajar una luz del cielo sobre su vientre y sabido por revelación que estaba preñada de un hijo, el cual había de suceder en la grandeza y felicidad de su padre. Tenían creídos estos desatinos, tan sabrosos á su inclinación, como si fueran el Evangelio; y en particular, el triste caballero andaba ya tan empeñado en la conquista de Jerusalén, que había hecho retratarse de punta en blanco y con bastón en las manos de Capitán general, y tenía el retrato en su aposento. Cogiólo, en fin, la muerte entre estos buenos deseos, antes que su Majestad le encomendase negocio de tanta importancia; y no fué poca misericordia de Dios morir con los sacramentos, porque cuando el confesor y personas espirituales le aconsejaban que se confesase y hiciese testamento, respondió riéndose: no es esta enfermedad de muerte, padres míos, que lo mejor de mi vida me resta por pasar. No aprehendió menos porfiadamente la buena señora su prodigiosa preñez, puesto que el mal suceso y muerte de su marido la pudiera desengañar; antes hizo gastar muchos dineros en pleito á un hermano del difunto que heredaba aquel estado, diciendo que estaba preñada y que aguardasen nueve meses al hijo póstumo que sucedía en él. Concluyamos con que dilatando el parto de hoy á mañana se pasaron quince meses, sin que saliese á luz aquel preñado fantástico, hasta que, viéndose defraudada de sus esperanzas, experimentó á costa de muchas lágrimas que la beata era una enredadora, y ella y su marido unos necios en haberla creído.»

Demos á todo lo dicho hasta aquí nudo con una sentencia del P. Poulain, que no necesita comentario. *Lástima grande*, dice, *que esta doctrina de San Juan de la Cruz no sea más conocida. No veríamos tantas personas eclesiáticas y legas ocupadas en discutir con gravedad profecías políticas ó visiones anunciadoras de la pronta renovación de la Iglesia. En tiempo de la guerra de 1870 y años siguientes esta enfermedad picó en grado sumo. Los hombres preocupados pedían consejo á mujeres que tenían llagas. No se daban á manos las ediciones de libros que contenían la profecía de Orval, y otras sin cuento se pesaban y medían palabra por palabra. Los acontecimientos han mostrado que todo era embeleco. En vez de rechazarlo todo «a priori», como lo enseñan los documentos de San Juan de la Cruz, al revés se recibía todo en montón, sin examen, sin meterse los lectores en averiguar ni aun si el profeta era persona conocida y ofrecía prendas de santidad. A menudo el autor se designaba con solos estos vocablos generales: «una monja siciliana, un labrador bávaro, un manuscrito del siglo XIII». Y puesto caso que el autor hubiera tenido virtud extraordinaria, y se hubiesen verificado algunos dichos suyos, ¿qué razones había para no dar todos los demás á enredos ó antojos? Aun supuesto que no lo fueran, ¿acaso interpretaba el hombre de un modo razonable los indicios indeterminados que Dios le insinuaba? El texto mismo, ¿no estaba retocado y ajustado á los sucesos posteriores por mano caritativa?*

¡Ojalá estas profecías, aun destituidas de valor sobrenatural, hubieran sido de algún provecho! ¡Ojalá hubieran alentado á los católicos á luchar, á juntarse unos con otros para el asalto; á valerse de todos los medios legales, á entrar en los negocios y cargos públicos, con el fin de llevar á buen término el cumplimiento de las promesas de restauración monárquica y cristiana! Pero no; por desgracia (y aquí es donde se descubre la cola serpentina, según el dicho de San Ignacio) tan donosas profecías no iban dictadas por un espíritu ejecutivo. Muy al contrario, pregonábase en ellas que «el Gran Monarca que Dios nos tiene guardado» vendría al mundo al mejor día, á despecho de los hombres facinerosos, con un puñado muy diminuto de hombres fieles; que en un torcer de ojos el vicio llevaría somanta y la virtud galardón; que los malos se dejarían anonadar con facilidad nunca vista.

De gran consuelo había esto de ser á los conservadores, que podían aguardar sentados á la bartola que el Angel exterminador se las hubiese á solas con el mundo. Cuanto más arreciaba la tormenta, más alegre confianza mostraban sin menearse del sillón. Porque las profecías notificaban que «cuando todo pareciese perdido, todo estaría salvado». Mejor les iba en ser inminente la ruina. ¡Cuántos católicos no colgaron las armas, sin recatarse, engañados por tan falsas promesas! Al parecer se les servía un cordial, en hecho de verdad se les propinaba un narcótico (1). Estos hermosos párrafos resumen y coronan cuanto en todo el capítulo se ha dicho. Providencia de Dios fué, que allí

(1) *La mystique de Saint Jean de la Croix*, 1893, p. 47.

donde el furioso frenesí traía desapoderadamente atabardillados los ánimos de los buenos católicos, hasta el extremo de pensar que no darían señales de verdadero catolicismo si no se levantaban con el don de vaticinar, allí les tuviese el Señor puesta la mano para esquina de sus ambiciones, como sea verdad que las aves nocturnas no se suben á mayores, á empinos de águilas, sin pagar la pensión del orgullo con miserable despeño.

ARTICULO IV.

1. Consideraciones acerca de los vaticinios políticos en general.—Varios géneros de falsos profetas.—2. Colecciones de profecías.—Los joaquinistas.—Los astrólogos.—3. Los protestantes.—El Monarca francés.—Abuso de los compiladores.—En el siglo XVIII merman las profecías.—4. Después de la revolución francesa álzase una turba de vaticinadores.—El tema principal fué la aclamación de la paz absoluta de la Iglesia.—5. Como aposentadores de la paz preceden castigos terribles.—6. El incendio de París.—7. Intervención de Rusia.—Conversión de Inglaterra.—Conversión de la morisma.—8. El Sr. Duque de Madrid.—9. El poder temporal del Papa.—10. La gran batalla.—11. El Papa Pío IX.—12. Consideración final.—Juicio sobre las pseudoprofecías cristianas y políticas.

1. Antes de dar lado á las pseudoprofecías pertenecientes á hechos históricos, no será fuera de intento resumir en artículo separado la misma historia de las falsas predicciones que hemos llamado políticas, para acabar de nivelarlas con cauteloso ajustamiento. Primeramente, ha sido sentencia de escritores modernos opinar, que en épocas de ruidosas alteraciones del orden político y civil suele parecer en público una turba de Profetas, inspirados por el soplo de Dios, que les confía la delicadeza de sus secretos, para dar de ellos parte á los demás hombres y apercibirlos mejor al cumplimiento de los eternales designios. Los autores que esto discurren son de opinión, que tanto será más acertado el curso de los sucesos, cuanto con más sonora trompeta le hubieren de antemano predicho los vaticinadores. De altísima prez hacen estos escritores la profecía según parece, pues la solicitan en el curso de cosas humanas para acatarla con más fervor. La credulidad de los pueblos crece, dicen, con la misma grandeza de las cosas. En verdad, la solicitud de los pueblos frisa con el frenesí cuando el ardor político alcanza su más alto punto de apasionamiento. Entonces los apasionados, mirando más á lo futuro que á lo presente, echándose á las espaldas los escarmientos de lo pasado, ya que carezcan de luz para conocer, tienen fe para conjeturar, y cuando no, sencillez para consultar y arrojo para esparcir por la publicidad los papeles de las consultas. Engolosinados los ánimos con promesas, ocupadas las almas por la afición de saber secretos, ganados los corazones con el reclamo de

las profecías, si no fuesen éstas inspiradas de Dios, á qué colmo de males llevaría á los hombres la innata curiosidad, no es fácil imaginarlo.

Por las veredas de este discurso andaba Maquiavelo cuando decía: *Antes de sobrevenir grandes acontecimientos á una ciudad ó provincia, déjanse ver señales que los presagian, ó personas que los predicen. De dónde esto proceda, lo ignoro; pero se advierte por ejemplos antiguos y recientes, no haber jamás acontecido accidente alguno grave, que no haya sido anunciado primero ó por individuos, ó por revelaciones, ó por prodigios, ó por signos celestes* (1). De esta sentencia, tomada de un libro donde Maquiavelo estampó enseñanzas perversísimas, hacía grandes misterios el autor anónimo de *Las Profecías* ponderándola en esta forma: *Apenas se encontrará trastorno alguno en los imperios, cuya violencia lleve consigo la ruina de muchos y la efusión abundante de sangre, que no haya sido anunciado de tiempos remotos ó con señales, ó con prodigios, ó con especiales revelaciones* (2). El Conde de Maistre en sus *Veladas de San Petersburgo* no sólo aplaudió la máxima de Maquiavelo, pero aun pareciéronle cortos los encarecimientos que de ella hacía. Del mismo parecer fué Curicque cuando en tono de hiperbólica piedad añadió, cargando la razón de la balanza, esta devota consideración: *El espíritu profético se muestra principalmente en la víspera de las grandes catástrofes, porque Dios no castiga sino á más no poder y va dilatando los castigos con su misericordia infinita, procurando prevenirlos y apartarlos de nosotros por el temor de los males que nos habrían de sobrevenir si prosiguiésemos por la senda del pecado* (3).

Por más que falsa juzgamos la opinión maquiavélica, porque no la abonan los sucesos históricos, fuera de aquellos gravísimos casos en que Dios tiene puesta la mano con especialísima providencia. La luz profética se comunicó á los fieles del Nuevo Testamento con más abundancia que á los del Antiguo, en orden á autorizar las prerrogativas de la Iglesia de Dios con más visibles argumentos, mas no para favorecer las trazas de un bando político ó para mirar por el triunfo de una causa terrena. *En las presentes circunstancias (del año 1871) se buscan las profecías con cierto furor, según escribía un corresponsal de Roma á un periódico francés* (4): quien así habla, bien muestra no conocer el fin de Dios en la profecía. Muy á la vista de todos están los sucesos que sacan falsa la sentencia de Maquiavelo y de sus defensores. Sin volver los ojos atrás á los trabucamientos de monarquías y repúblicas, que no tuvieron vaticinadores que les apuntasen con preámbulos proféticos la fatal ruina en tantos siglos, la revolución francesa fué ciertamente un trastorno extraordinario; ¿quién profetizó sus desastres? La pérdida de los estados pontificios por aleve usurpación, y juntamente la vida de treinta y dos años

(1) *Discursos sobre Tito Livio*, cap. LVI.
(2) Ibid. prólogo, p. VIII.
(3) *Voix prophétiques*, t. I, p. 39.
(4) *Las Profecías*, prólogo, p. IX.

que Pío IX sobrellevó en la Silla Apostólica constituyen dos hechos famosísimos, nuevos en la historia é inopinados en el mundo; ¿quién los vaticinó? Un rey que no es el Papa tiene trono hace tiempo en Roma, entre tanto que León XIII singulariza su celo pontifical con maravillosas Encíclicas; ¿qué profeta barruntó entrambos rarísimos hechos? La república francesa, gobierno jamás visto en la nación, lleva ya largos años de vida; ¿qué profecía dió nuevas de su inconcebible duración? ¿No eran estos acaecimientos dignos de ser vaticinados? Más: ese toro madrigado, de los Estados Unidos, que de dos cornadas se llevó sendos florones de nuestra corona, dejando pública y afrentosamente desmelenado y abatido al león español, ¿no era merecedor de una solemne profecía? Y esa vaca mostrenca de la China, que trajo al estricote los perros alanos de Europa, ganosos de chuparle la sangre, ¿cómo nadie le había dicho la buenaventura? ¿Acaso los sucesos acaecidos después del año 70 no son tan graves como los antecedentes? ¿Y para aquéllos se habían de reservar los preludios de tantas prevenciones, y para los posteriores ni siquiera una nota de indicación, con ser así que quien lleva el compás en la profana capilla del mundo político y civil es la masonería, de nadie profetizada? Luego falsa es la sentencia de Maquiavelo, como tantas otras esparcidas en sus libros.

Los que dan hilo á su discurso como le daba él, hacen cuenta que la divina Majestad administra las cosas humanas por medio de Profetas como de instrumentos pasivos. En especial creen ser eso verdad en el gobierno del cristianismo. De la manera que la divina Providencia gobernó al pueblo judío mediante Profetas y profecías, de esa misma suerte ni más ni menos imaginaron los sobredichos autores, que ha trazado la soberana Majestad llevar adelante hasta el fin el régimen de la república cristiana con un designio secreto, cuyos intérpretes deban ser, siquiera en casos de grave conflicto, personas inspiradas del cielo. Las luces, dicen, de los Profetas antiguos que iluminan el campo de la Iglesia, no bastan para guiarnos por camino seguro en épocas de turbulencias; tampoco son suficientes las luces de la misma Iglesia santa para regir á los mortales en la lobreguez de los ocultos derroteros: comunicaciones directas son menester del mismo Dios para la seguridad, rayos de lumbre divina y palabras inmediatas del Señor nos han de librar de los escollos en que á veces encalla la navecilla de San Pedro.—Los que eso arbitran, á pique están de naufragar en la fe (que es obscura y pide adhesión firme de entendimiento), pues tan deslumbrados los llevan las ansias de divina luz; bien merecida se tienen la tenebrosa ilusión en que viven.

Porque *profetas* en todos los siglos del cristianismo los hubo de varia estofa. Con previsión natural conjeturaban por casi segura la alteración de cosas; mas ignorantes del desembrollo final, llamaron á consulta su propio deseo, y según él *profetizaron* lo que anhelaban. Otros vaticinaron lo que les sugería su personal ambición, intentan-

do traer al retortero las inclinaciones del antojadizo vulgo. Otros arrastrados de su fantasía voltaria, canonizaron por revelaciones los desvaríos de sus sueños, tal vez pensando hacer servicio á la buena causa. Otros, amigos de especular, quemáronse las cejas estudiando, calculando, comparando, y al fin llamaban sucesos futuros las conclusiones erróneas de su mal encaminado razonamiento. Hasta *profetas* hubo, y no pocos, embusteros sin vergüenza, mofadores públicos, invencioneros de marca, que ni temían ni esperaban, pero campaneaban *profecías* para negociar con la bolsa de los simples. Castigo bien ajustado á la credulidad de los necios, que cuando salen las cosas al revés de las *profecías*, en vez de abrir los ojos al saludable escarmiento, se excusan con la falta de vista y remiten á siglos por venir la verificación de los pronósticos. Acaéceles á semejantes cristianos lo que á los antiguos hebreos. Nunca se vió el pueblo judío cencerreado de tantos pseudoprofetas como en tiempo de la profetizada ruina de Jerusalén, ni los judíos cayeron tanto en la red como entonces, por dar más fe á los falsos amigos que á los amigos de Dios. Así los cristianos que decimos, se gozan en comprar baratijas á los buhoneros de fruslería, sin temerse de ellos ni de ellas, por ver henchidas, siquiera de aire, sus soñadas aspiraciones. A cuántos desórdenes vaya expuesto el arte de profetizar, no hay palabras que lo digan como ello es.

2. Si fuéramos á examinar uno por uno los centones de *profecías*, impresas en los pasados siglos, sería cosa de entretenimiento sabroso ver las necedades que corrieron de mano en mano en son de predicciones divinas. El *Liber mirabilis*, el *Liber prophetiarum*, el libro *Vaticinia seu praedictiones illustrium vivorum*, el libro *Voci profetiche*, el libro *I futuri destini*, el libro *Il vaticinatore*, el *Livre de toutes les prophéties et prédictions*, el libro *Voix prophétiques*, el libro *Las profecías en relación al estado actual y al destino futuro del mundo*, el libro *Revelaciones y Pronósticos*, y otros parecidos repertorios contienen tan desaforados dislates, respecto de cosas políticas (que en la actualidad debieran haberse logrado, y todavía están en berza, ó nunca vendrán á sazón), que bien merecían el desprecio del siglo XIX, como habrán de llevar justamente el oprobio y afrenta de todos los siglos venideros.

Cuando el abad de Flora fué á buscar en el Apocalipsis y en los Profetas del Antiguo Testamento, la declaración de las turbulencias que desquiciaban su siglo, para descargar contra la corrupción del pueblo cristiano los anatemas fulminados por los antiguos Profetas de parte de Dios contra los pueblos idólatras, ¿qué otra cosa hizo sino cebar su coraje destempladamente, sin atender al espíritu humano que señoreaba su pecho y meneaba su pluma? ¿Qué provecho sacó el rabioso monje de sacudir la Iglesia Romana con el inclemente látigo de predicciones, sino hartar su desapoderado encono, cual un hijo insensato si vuélvese contra su amorosa madre? Discípulos tuvo el abad Joaquín, tan audaces como su maestro; Te-

lésforo, Juan Liechtenberger, Savonarola, Vilanova, Botin, Werdin, Hermann, Olivario y otros muchos en los siglos medios llenaron los aires de voces, atronaron los oídos de las gentes, prometiendo felicidades y desventuras próximas, el advenimiento del Antícristo, la ruina de Islam, la gloria del Gran Monarca, la devastación de boyantes naciones, los desastres de la Iglesia, la pujanza incomparable del reino francés, mil años de paz perfecta, la edad de oro de la Iglesia santa, y otras cosas de este jaez, tan raras y sobre toda ponderación tan increíbles, que sólo faltó verlas acaecidas para tenerlas por divinamente profetizadas. Cuando el ánimo del hombre se exalta hasta la cima del frenesí, no reconoce freno en su manía de loquear, á rótulo tendido hemos de darle por iluso.

Tras esta turba de adivinadores vino la de astrólogos, gente profana por lo común, no eclesiástica como solía ser la antedicha. Los astrólogos, tomando por brújula suputaciones cabalísticas, procedimientos de alquimia, observaciones astronómicas, textos escriturales, con el gobernalle de su propio interés en la mano, se metieron á dirigir la nave política (en cuyo servicio acaudalaron incomparables riquezas), no reparando en poner su proa á los golpes de peligrosísimas olas con inconstantes vaticinios. Versaban éstos, generalmente, sobre la venida del Anticristo y sobre el acabamiento del mundo. Los desvaríos que en esta parte echaron, habrían sido de sobra para cargar de oprobio á los más afamados varones, si el pueblo menudo no fuera siempre muy propenso al terror servil que le infundía con sus dichos la traza de los judiciarios. ¿Qué había de sentir el vulgo, si los hombres de letras no las tenían todas seguras? Cuando el célebre médico español Vilanova hubo arrojado crecida la erudición para asentar el fin del mundo en el año 1355, los astrólogos, visto que se tardaba en llegar atentos á poner coto al run run que de todas partes sonaba, amontonaron cálculos y cómputos por ver si portándose como magnánimos y generosos con la dilatación, darían doscientos treinta y tres años de plazo á la confianza popular, como, en efecto, lo divulgaron extendiendo el fin del mundo al año 1558, que lo era de notables conjunciones planetarias. Con esta divulgación fué tan general el susto, que un catedrático de jurisprudencia tenía aprestado un buque con jarcias y bastimentos para salvarse con su familia, porque hacían cuenta los más entendidos astrólogos que echaría Dios al universo cerradura de golpe con un gran diluvio, ocasionado por la conjunción de los planetas superiores con el signo de Acuario. Así lo relata Lecanu (1).

3. De la ciencia astrológica se aprovecharon los protestantes para alborotar más los ánimos, diciendo por las plazas el día fijo en que el mundo tocaba á su término. ¿Quién contará las infinitas predicciones de esta índole (2)? No contentos los luteranos con pronos-

(1) *Diction. des miracles*, t. II, p. 704.
(2) Véase el lib. III, cap. VI, art. II.

ticar el fin del mundo, daban por averiguado el inminente fin del *papismo*, así apodaban insolentes la consumación y remate de la Iglesia católica (1).

Mas el estro de los vaticinadores caldeaba los corazones con ardor tan furioso, que parecían los hombres del siglo XVI haber perdido los estribos de racionales. Cuando comenzó á correr la fama como lo prometía el *Liber mirabilis*, que un rey francés conquistaría la Tierra Santa, y que hermanado con el *Pastor angélico*, Pontífice de consumada santidad, asentaría la paz entre las naciones cristianas, y convertiría á la fe todas las naciones paganas, quedando con sus proezas sublimado sobre todas las coronas de los más poderosos reinos; en aquel mismo punto en que al rey de Francia le regalaban los *profetas* el cetro universal del orbe, y para hacerle las crines ambiciosas y volverle más loco le cantaban en prosa y verso tan donosos vaticinios, acaeció la jornada de Pavía, Francisco I vióse cautivo, y hubo de morderse terriblemente los labios al oir al emperador Carlos V con qué sorna le rezaba las *profecías* del Gran Monarca francés.

Los humores que en el mundo removieron el *Liber mirabilis* y el *Liber prophetiarum* durante el siglo XVI, acabando de levantar á los crédulos las crestas, no es fácil decirlo en breves páginas. En esos libros se prohijan á Santos Padres oráculos que nunca salieron de sus inmortales plumas, se exageran dichos de Sibilas que ni por pensamiento soñaron semejantes predicciones, se traen á colación escritos espurios de monjes no conocidos por la historia, se dan interpretaciones caprichosas á textos de enigmáticas figuras, se concede autoridad irrecusable á documentos apócrifos, todo en orden á encumbrar la gloria del Gran Monarca honrándole con la conversión de la morisma, con la toma de Jerusalén, con el mando de toda la tierra, poco antes de llegar á su fin. No sería lo más trabajoso concertar entre sí las diversísimas predicciones de cosas tan diferentes; lo arduo, lo imposible de efectuar es la conciliación de cualquiera de ellas con los hechos de la historia, porque las desmienten sin género de duda.

Al asomar el siglo XVIII apagóse la llama *profética* de repente. *Profetas* como los del siglo XV y XVI no los vió nacer la revolución de Francia. Y parece cosa peregrina, de las más peregrinas que se han visto. Los artífices de *profecías*, como los augures en tiempo de Cicerón, no daban crédito al arte, hacían mofa del cetro *profético*. En recambio, todos, filósofos y creyentes, pronosticaban trastornos espantables, sacudimientos políticos, tiempos aborrascados, altera-

(1) Demos lugar á uno de tantos vaticinios como corrieron por Francia, que debía cumplirse el año 1545:

Soudainement le pape se mourra,
Puis après partout Cesar régnera,
Ainsi prendra fin du clergé la joye,
Car oppressé sera par toute voye.

LECANU, *Dictionn. des miracles*, t. II, p. 705.

ciones profundas en todos los órdenes de la vida social (1). No eran menester ojos de lince para antever las fatalísimas consecuencias de aquellos principios, como las antevieron Cazotte y Mariana Lenormand, que no podían menos de presentirlas; pero ¿quién las vió venir de lejos, treinta ó cuarenta años antes de tocarlas con las manos?

4. Mas una vez llevada la revolución al cabo, comenzaron á mostrar pujos de *profecía* los noveleros, siquiera para mitigar la amargura que en todos causaba la prolongación de los desastres. Entonces cobraron nueva fama las predicciones antiguas. La del *Gran Monarca*, sepultada en tinieblas por más de un siglo, tornó á la pública luz, no sin melindrosa timidez (2). La tímida va á tomar nuevas alas para encumbrarse, hasta que se las queme el sol con su meridiana luz.

Entramos ya en el siglo XIX, que bien podia llamarse el *siglo profetal*, el más liviano de todos los siglos. Porque más cantores ocuparon sus lenguas en tonos proféticos durante diez lustros, que no conocieron los hebreos en más de diez siglos; pues más abultan los volúmenes de predicciones publicadas en solo el siglo XIX, que las de todos los Profetas juntos desde David hasta Malaquías; cosa facilí

(1) Conocido es el soneto que el P. Vicente Alcoverro, natural de Calatayud, expulsado por Carlos III, hizo al chulo que para darle matraca le dijo, *adiós ex-jesuita*, en esta forma:

«No me llames el ex por caridad;
Después que lo aceptó la Convención,
Debe la Europa á Francia la invención,
Y fué su primer fruto ex-piedad.
Siguióse ex-Rey, ex-Reina, ex-sociedad,
Ex-Papa, ex-cura, ex-culto, ex-devoción,
Ex-fraile, ex-monja, ex-templo, ex-religión,
Ex-trono, ex-altar, ex-cristiandad.
Mira si el *ex* que tú me llamas hoy
Un *ex* fatal para la Francia fué:
Otro menos fatal buscando voy.
Y de encontrarlo tengo viva fe,
Pues me parece que escuchando estoy,
Ex-París, ex-nacion, ex-liberté.»

(2) Recitábase con frecuencia la siguiente profecía que llevaba siglo y medio de hechura:

«En 1693, terremotos en la tercera parte de Sicilia, y se libra de ellos con gran trabajo.
En 1697, grande guerra en toda la Italia.
En 1700, el Africa arderá y Roma rebosará de sangre.
En 1755, Europa, Asia y Africa temblarán.
En 1790, la cólera de Dios sobre la tierra.
En 1800, Cristo será de pocos conocido.
En 1845, ya no habrá pastor.
En 1886, se levantará un grande hombre.
En 1894, los infieles conocerán á Dios.
En 1900, se apagarán los luceros, habrá un solo pastor y un solo rebaño.»

(*Profecías*, § 70, p. 225.)

Esta predicción viene á ser la copia casi exacta de otras dos que se hallan en los párrafos 71 y 42 del mismo repertorio: las tres opuestas de punta en blanco á la verdad de los hechos.

sima de comprobar con sólo juntar papeles. Lo que más importa advertir es el terrero principal á donde amagan todos los vates sin acertar un solo tiro. El terrero principal, y casi único, es prometer á la Iglesia la edad de oro, conviene, á saber, el triunfo y la paz universal; como si no hubiese de ser militante la Iglesia de Dios antes de coronarse con el triunfo; como si cada paso que da la Iglesia católica no fuera un nuevo triunfo, pues midiendo siempre las armas con enemigos desalmados, habrá de prevalecer contra ellos, bien que el definitivo triunfo sólo en el cielo la aguarda. Al triunfo de la Iglesia concurren el Gran Monarca y el Pontífice Santo. Esta es la suma de todos los vaticinios que forjó el gran siglo del progreso.

Detengamos la pluma en este delicado asunto, aunque se deban repetir algunas cosas ya dichas, porque las hay de tal naturaleza, que si no se repiten, apenas se perciben; que por eso manda San Agustín (1), que se repitan las más notables de cuando en cuando. Valdrémonos de *Las Profecías*, ciñéndonos á la letra de la desdichadísima versión; así se notará mejor la diferencia de textos, y lo que va de Curicque al autor anónimo.

La monja de Belley, en 1810, anunciada la venida del Gran Monarca y del Pontífice Santo, dice: *Renace la religión, quedan confundidos y destruidos los malvados, se reparan las injusticias. El Gran Monarca lo pone todo en salvo con su mano reparadora. El fin de los tiempos no está muy lejano* (2).—Panighetti, en 1812: *Estallará una guerra universal. La Iglesia padecerá mucho. Finalmente, Dios dará una paz muy grande con suma utilidad para la Iglesia, que se verá reformada y embellecida en el Santuario con maravilla universal* (3).—El cura párroco Souffrand: *Bajo el imperio del Gran Monarca y del Gran Pontífice, la paz deberá quedar restablecida por todas partes, en Francia y en Rusia* (4).—Una monja, en 1816: *La religión florecerá luego de un modo maravilloso. Yo he visto cosas tan bellas sobre esto, que no tengo palabras con qué describirlas* (5). La joven María Nieudan, en tiempo de Luis XVIII: *Después de esta época la religión triunfará de sus enemigos, y será más floreciente que nunca* (6).—El labrador Ignacio Tomás Martín de Gallardon, por el mismo tiempo anunció: *la paz, la piedad y la dicha reinarán después en Francia* (7).—El abad Eugenio Pecci, antes del año 1835: *Grande será el asombro del mundo cuando llegue á saber que hay en París un Rey que vive escondido entre el pueblo, y que será restablecido en su trono en 1.º de enero. El primer correo que llegará á Roma, traerá esta feliz noticia, y*

(1) *De baptismo*, cap. I.
(2) *Profecías*, n. 95, p. 274.
(3) *Las Profecías*, p. 276.
(4) *Las Profecías*, p. 277.
(5) *Las Profecías*, p. 281.
(6) *Las Profecías*, p. 296.
(7) *Las Profecías*, p. 301.—Engañosa fué la predicción del labriego, pues desde 1840 hasta 1850 no gozó de paz el reino francés, contra lo predicho por él. Sus devotos quisieron que el Prelado hiciese información de sus vaticinios, mas nunca lo pudieron conseguir, por el ningún crédito que al Prelado le merecían. Véase cómo habla del *espíritu profético* de este personaje el escritor Lecanu (*Dictionn. des miracles*, t. II, p. 191).

este Rey será el defensor de la Santa Sede. La guerra cesará en el momento mismo que se crea va á estallar, y no habrá efusión de sangre (1). —Sor María Lataste: *En tiempo del sucesor de Gregorio XVI la paz volverá á reinar en el mundo, porque María soplará sobre las tempestades y las disipará* (2).—Sor Rosa Colomba Asdente: *No volverá la paz hasta que la flor blanca de los descendientes de San Luis vuelva á estar en el trono de Francia. La Iglesia, purificada en las persecuciones, se levantará más hermosa; se verán disminuidos los fieles, pero serán más fervorosos que antes* (3).

En el libro *I futuri destini* se cita la predicción siguiente, hecha en el año 1859: *La bienaventurada Virgen María, por haber sido adornada en este siglo con la dogmática definición de su Concepción Inmaculada, quiere procurar al mundo una paz nunca vista. Uno de los cooperadores de esta paz será uno de aquellos ángeles nombrados por San Juan en el Apocalipsis, que si no hubiese nacido aún, estaría ahora para nacer* (4).—*Il Vaticinatore* publicó en la pág. 26 esta predicción: *Los pueblos, en fin, respiran y saludan el nuevo iris de paz. La Iglesia vuelve á derramar sus benéficos influjos* (5).—En el año 1866 un misionero, confesor de la llamada *extática de Nápoles* (porque estaba en éxtasis todos los viernes por tres horas continuas), avisó de parte de su confesada se dijera á la Santidad de Pío IX lo siguiente: *Que estallará la guerra entre quienes y en donde Él ya sabe. Que el Gran Sire morirá fuera de las Tullerías, y morirán también altos designatarios de la Iglesia. Los enemigos del Pontificado llegarán hasta las murallas de Roma, pero el ángel del Señor los exterminará, y Su Santidad saldrá incólume de todo. Terminarán todos los trastornos en el presente año de 1866, y se mostrará el 1867 con paz estable* (6).—Un joven neófito de la misión de Damasco, estando en oración, oyó á Jesucristo que le decía: *Después de la Pascua darán principio las primeras señales con las que yo empezaré á descubrir mi obra. Vete al presidente y le dirás lo que has visto, añadiéndole también que la mies está para sazonarse, pronta á la cosecha, y el tiempo cercano para manifestaros cristianos, que ya lo sois, en efecto. El triunfo de la Iglesia es también cercano; no temáis, y amadme* (7).

5. Las predicciones antecedentes, y otras análogas que se podían traer, demuestran que los *profetas* prometieron, para dentro

---

(1) *Las Profecías*, p. 306.—Este acontecimiento ha de venir hacia fines del siglo XIX, según la interpretación del compilador anónimo.

(2) *Las Profecías*, p. 313.

(3) *Las Profecías*, p. 319.

(4) *Las Profecías*, p. 322.—Quiere decir, que mucho antes de acabarse el siglo XIX había de nacer.

(5) *Las Profecías*, p. 324.

(6) *Las Profecías*, p. 325.—En este vaticinio se pone la muerte de Napoleón antes de la insurrección de los garibaldinos contra los Estados del Papa; no hay olor de república francesa, ni asomos de cautiverio papal por largos años. Esta falta de olfato profético sería pasadera, si hubiese llegado en 1867 la bienaventurada paz, aunque por males de nuestros pecados se hubiera desvanecido.

(7) *Profecías*, p. 353.—La promesa contenida en estas palabras se debió de hacer el año 1870, por cuanto la carta donde se refiere lleva la data de 16 de enero de 1871, como consta de *La Convicción*, día 13 de marzo de 1871.

del siglo XIX, una paz absoluta y nunca vista, á la Iglesia de Dios. Pero la paz de la Iglesia se ha de lograr á costa de mucha sangre. No sin razón los vaticinadores amenazan espantosos castigos, que precedan como apercibimientos al solemne triunfo. Oigamos algunos amagos.

El ermitaño piamontés Pedro Negri en 1833, estando para morir dijo: *El día del Señor está cerca, día de espanto y horror, en que Dios derramará el cáliz de sus iras sobre toda la Italia... Vosotros seréis testigos de los azotes con que la mano de Dios castigará las repúblicas. No amainará su cólera sino con el exterminio de los malos, en quienes vengará con gran rigor los ultrajes hechos á su nombre santísimo, ni aun á la sangre de los justos perdonará en aquel día. Mas el Señor envainará otra vez su cuchillo, y mirad lo que os dice en este día: Infinita es mi misericordia; yo sacaré de la obscuridad de la tierra al siervo fiel que tengo guardado, al súbdito obediente, al hijo de los Santos; yo le infundiré mi espíritu, y él cumplirá mi voluntad* (1).—Ana María Taigi: *El Señor enviará dos castigos, el uno de la tierra, el otro del cielo, el cual será terrible, espantoso, universal, y vendrá de improviso, y los impíos serán destruidos. Cuando la tierra quede desahogada con guerras, revoluciones y otras calamidades, empezará el azote del cielo, que después tendrá fin con un trastorno general de meteoros los más espantosos y con grande mortandad* (2). Al tenor de lo predicho por la Venerable, todos estos castigos habían de preceder á la muerte del sucesor de Gregorio XVI, esto es, de Pío IX, que con haber llegado á tan extremada ancianidad no los alcanzó de vista.

En otra predicción sin título, traducida de un manuscrito francés léese lo que sigue: *Cuando Nápoles sea tomada y los Estados de la Iglesia sean invadidos, el reino del mal empezará, y parecerá que Dios haya abandonado por un tiempo el mundo á Satanás. Después, conflagración general, guerra civil en Italia, en Francia, en Alemania. La Europa se coligará contra Francia, y la aplastará. París será saqueado, y tres grandes ciudades quemadas. El Papa será preso y muerto. Muchos Cardenales, religiosos y religiosas serán mártires; grande persecución religiosa. La tempestad será violenta, pero corta, y del seno de este caos renacerá súbitamente la calma por la evidente intervención divina* (3).

6. Entre las calamidades y purgaciones que han de ser vigilia de la paz universal, pónese el incendio y destrucción de París, que es la Babilonia moderna, fragua de crímenes, antro de perdición, causa original de pública injusticia y maldad; pues por todos estos

(1) *Il Vaticinatore*, pág. 284.—Murió luego el ermitaño á los setenta y ocho años de edad.

(2) *Las Profecías*, pág 310.—El director espiritual de la Ven. Taigi aseguró que la sierva de Dios había anunciado tres días de tinieblas por todo el mundo. Además, y es lo más importante, aseguradamente afirmó que la Ven. Taigi nunca había padecido engaño en sus predicciones: consta del mismo libro.

(3) *Las Profecías*, pág. 346.—El haber de cumplirse estas cosas luego de invadidos los Estados de la Iglesia, es señal de que ya pasaron, como sabemos.

títulos la entregan los vaticinadores á la voracidad de las llamas. Oigamos los plañidos que predicen la *carga* de Paris.

Un aldeano flamenco en 1792 entre otras voces daba esta: *París será ocupada, vaciada y quemada* (1). Un lorenés amenazaba por el mismo tiempo la pronta destrucción de París (2). Un bretón apretaba con más fuerza la carga del incendio (3), sin dejar esperanza, como el flamenco, de reparación, si bien usó de mañosa perplejidad en el señalar el tiempo. El P. Nectou describía el total asolamiento de París *antes de venir el rey cristiano que hará á su pueblo dichoso y hará florecer la religión, y reinará poco tiempo* (4). Otra profecía francesa daba á los parisienses del año 1787 cincuenta y cinco más de tiempo (5), no exhortándolos á penitencia por sus pecados, ni á ablandar las entrañas de Dios con humildes súplicas, sino teniéndolos por perdidos sin remedio. La monja de Belley miraba *la nueva Babilonia reducida á pavesa* (6), á primeros del siglo XIX. La misma fatal ruina anunciaba el cura Souffrand para antes del año 1856, en que debía nacer el Anticristo (7). Una monja hacia el año 1830 dijo: *París perecerá y dirán: había subterráneos en la ciudad, y pusieron en ellos fuego; y se endurecerán* (8).

Otra *profecía*, que señala el año 1856 á la venida del Anticristo, dice lo siguiente: *Unos soberanos invaden á la Francia, que está desolada por la guerra civil; pero no habrán llegado á París antes que esté destruida por el fuego. Antes de esto habrá en París hambre, peste y guerra civil* (9). Igual incendio predijo Mariana Galtier, pastora de Saint-Afrique, por estas palabras: *La prostituta será destruida por el fuego, y caerá en ruinas. Allí irán á beber todos los pájaros impuros, de donde salen las revoluciones. Los transeuntes dirán, al ver sus ruinas: Tú, gran ciudad, cubierta de seda y piedras preciosas, hete ahí cubierta de lodo, caída en ruinas. Todos los justos serán an-*

---

(1) *Las Profecías*, pág. 244.

(2) «¡Oh París, París, pronto dejarás de ser! Todos tus moradores perecerán en las llamas... De tu pasado esplendor sólo se verán ruinas y cadáveres esparcidos por tierra. Tus enemigos entonces te abandonarán; y después de muchos años, gracias á la Providencia que hará brotar de tus ruinas un genio regenerador, te levantarás de nuevo más espléndida y majestuosa. No creas, no, que tu destrucción tarde mucho; espérala, porque de aquí á algunos años sucederá: mi oficio es anunciarla, y ya le tengo cumplido.» (*Las Profecías*, pág. 245.)

(3) «En cincuenta, en sesenta, en cien años, ó tal vez más, esta ciudad tan vasta, rica y admirada... será destruida en medio de las llamas, y torrentes de sangre correrán por sus calles... Y durante un mes entero la pirámide de humo gravitará sobre la superficie del viejo París anonadado para siempre.» (*Las Profecías*, pág 247.)

(4) *Las Profecías*, pág. 236 —Las promesas del P. Nectou habían de verlas cumplidas los que sobrevivieron á la gran revolución de Francia, como lo dice el texto. (Ibid., página 235.)

(5) «Habitantes de Lutecia: no se trata ya de edificar palacios para vuestros hijos, bien pronto no os quedará tiempo para eso; dentro de once lustros no os quedará más que la ruina de vuestros edificios.» (*Las Profecías*, pág. 273.)

(6) *Las Profecías*, pág. 274.

(7) «París será consumida por el fuego.» (*Las Profecías*, pág. 277.)

(8) *Las Profecías*, pág. 299.

(9) *Las Profecías*, p. 327.—El autor anónimo, que sabía menos castellano que francés tradujo sin sentido el segundo miembro de la primera cláusula. Quiso decir: antes que lleguen á París, se habrá convertido la ciudad en ceniza.

tes advertidos. El ángel del Señor les dirá: sal, sal, pueblo mío, Babilonia va á ser destruida. Nadie sabrá de dónde vendrá el fuego que consumirá á París. Todos los malvados perecerán allí, las desgracias que caerán sobre Francia serán tan grandes, que muchas personas se morirán de espanto; pero esto no durará mucho tiempo (1).

7. No todo han de ser lástimas y lloros; para consuelo de los creyentes introducen los vaticinadores la cooperación de Rusia, como instrumento de la divina providencia para facilitar la restauración de la paz. El abate Souffrand comenzó á sacar el ruso á plaza, cuando dijo: *Después, la llegada del Gran Monarca, conducido por el emperador de Rusia, el cual se habrá detenido en las fronteras del Rhin por un suceso tan milagroso, que hará abrir los ojos á todo el mundo, y producirá la conversión del emperador de las Rusias* (2). Algo contraria á la precedente es otra predicción no menos digna de memoria, que dice así: *Habrá una segunda guerra, en la cual los rusos se apoderarán de Constantinopla, y los austriacos tomarán á Jerusalén. Entonces los rusos acamparán en el Piamonte, y el rey Víctor Manuel habrá perdido el reino, y será general ruso. El Anticristo vendrá al mundo en 1856* (3).

A la buena mano de Rusia agregan la conversión de Inglaterra. Sor Rosa Colomba Asdente en 1847 predijo: *Muchos ministros protestantes volverán á la verdadera fe. La Inglaterra volverá también á la unidad católica. El turco ofrecerá al Papa dones, en señal de obsequio, y por fin se convertirá. La Prusia se someterá á la Iglesia* (4). - La *profetisa* añade en contracambio estas desdichas: *que la persecución empezaría por la expulsión de los jesuitas, los cuales, después de haber sido otra vez restablecidos, serían por fin suprimidos para no levantarse más; que las órdenes serían reducidas á dos, esto es, capuchinos y dominicos* (5).—Savio Domenico, muerto en 1857, tuvo un éxtasis, en que se le puso de manifiesto la conversión de Inglaterra. *Aquella antorcha es la religión católica, que debe iluminar de nuevo á los ingleses* (6). Al decir esto el extático mocete (que acabó la vida á los 15 años), veía en su arrobamiento al Pontífice Pío IX con la antorcha en la mano adelantándose hacia el país de Inglaterra, en señal de que toda la nación entraría en el gremio del catolicismo durante la vida de Pío IX. Prosigue diciendo: *Luego la Inglaterra se hará católica, y también dos soberanos de Alemania. La Francia y otros países de Europa no serán ya cristianos. Los Borbones habrán concluido en Francia. Los*

(1) *Las Profecías*, p. 345.—El compilador de estas predicciones, considerado el contexto de la presente, añade por vía de comentario: «estamos ya en el principio del fin». ¿Dónde estaremos ahora, pasados ya más de treinta años? Quiso manifestar, que la conflagración parisiense había de efectuarse antes de acabar el siglo XIX.

(2) *Las Profecías*, p. 227.—Porque este suceso ha de tener verificación antes que venga el Anticristo, que nacerá, dice Souffrand, el año 1856, se pueden contar en el vaticinio cinco notables yerros, que á cualquier lector se le alcanzan.

(3) *Las Profecías*, p. 327.

(4) *Las Profecías*, p. 319.

(5) *Las Profecías*, p. 317.

(6) *Las Profecías*, p. 320.

judíos se harán cristianos. Las grandes ciudades serán destruidas. El Anticristo empezará á darse á conocer (1).

De Sor Filomena de Santa Coloma dice su confesor: *Asimismo el Señor le dió á entender que de los enemigos que tan rudamente perseguían al que en la tierra hace sus veces, Pío IX, parte tendrían un fin desastroso y otros se convertirían, y que una grande nación entraría en el seno de la Iglesia católica.—Los acontecimientos religiosos, políticos y sociales que desde aquella fecha acá vienen desarrollándose en casi toda la redondez de la tierra, son patentes testigos de la predicción de la sierva de Dios* (2).—Si Sor Filomena hacía alusión á la gente inglesa, padeció engaño; si á otra nación, también. Más engañado anduvo el P. Dalmau, que lo nivelaba todo con el nivel de su buen deseo. Fué esta una de las pocas veces que Sor Filomena dió en decir extravagancias, si es verdad lo que su confesor refiere. Y debe de serlo, porque el canónigo D. Tomás Sucona, en el *Compendio de la Vida* de la Venerable, publicado en 1897, dice en la pág. 82 lo siguiente: *De la Iglesia, dijo (la Venerable) al P. Confesor, cuando se lo preguntó, que pasaría por grandes tribulaciones, que se convertiría una gran nación, que Su Santidad Pío IX no saldría de Roma, y que ciertamente la Iglesia triunfaría, no de repente sino paulatinamente.* En ninguno de los varios escritos de la sierva de Dios hemos hallado el triunfo paulatino de la Iglesia; esa más parece pía interpretación del biógrafo Sucona. El cual, más adelante (pág. 104), aquella gracia que Sor Filomena había de conseguir con el ayuno de los tres conventos (3), la comenta diciendo era *la suspensión de las desgracias y castigos que amenazaban al mundo.* Y no parece era esa la gracia, sino el triunfo pronto y ejecutivo de la Iglesia, como en el lugar citado dijimos, según consta de los papeles auténticos de la propia Sor Filomena. Esperemos que la Sagrada Congregación de Ritos, en cuyas manos está la causa de la Sierva de Dios, saque de duda estas discordancias. Pero débesele honra crecida á la Venerable, porque salvo las tres predicciones apuntadas (que sólo nos constan de segunda mano), ninguna otra se halla en sus papeles que huela á cosas políticas, ni á venida del Anticristo, ni á postreros días del mundo.

No se les han ido por alto los moros á los vaticinadores. Ya hemos visto en otro lugar (4), cómo á San Alonso Rodríguez se le representó que un rey cristiano conquistaría el Africa y reduciría á la fe la gente musulmana, capitaneando las tropas el rey en persona (que esto parece significar aquella palabra *el rey*, no *el rey de España)* y no fiando la empresa al arbitrio de sus generales. Mas

(1) *Las Profecías*, p. 327.—Si el Anticristo nació el año 1856, como dice Domenico, al fin del siglo XIX tenía 44 años; ya era tiempo de mostrarse al mundo. Pero antes de sacar la cara en público, se habían de cumplir los desafueros y contrafueros que ahí señala el *profetilla*.

(2) Vida de Sor Filomena por el P. Narciso Dalmau, 1880, cap. XVI, p. 69.

(3) Véase lo dicho atrás, lib. II, cap. XII, art. IV.

(4) Lib. III, cap. VII, art. III, 4.

no determina el Santo quién deba ser ese rey, ni cuándo se ha de emprender la conquista. *La Civiltà* citó un antiguo prenuncio, donde se dice que al fin de los tiempos *la fe de Cristo triunfará, los turcos la abrazarán y la creencia de Mahoma se irá á pique* (1). Mas tampoco se declara en el vaticinio qué rey ni en qué tiempo determinadamente ha de llevarse al cabo la conversión de la morisma. El P. Alápide, cuya credulidad se enternecía á vista de cualquier papel, admitió por revelación de Dios el prenuncio de la conversión de los moros que corrió con la fama de hecho por San Francisco de Paula (2). No reparó el P. Alápide, que las ochenta Cartas atribuidas á San Francisco de Paula, aunque traducidas en parte por el P. Montoya, son espurias, indignas de crédito y llenas de falsedades, como los Bolandos lo pusieron fuera de duda (3).

Aunque los documentos antedichos no derramen rayos de claridad sobre la conversión de la morisma, bastará oir la voz de Sor Rosa Colomba Asdente, para entender lo que les ha de pasar á los musulmanes. *El turco*, dice, *ofrecerá al Papa dones en señal de obsequio, y por fin se convertirá* (4). Como la conversión de los turcos se pone en la *profecía* antes de la venida del Gran Monarca, parece independiente de su cooperación. Mas, comoquiera, el texto de Sor Colomba, al igual de los demás textos, se había de ver cumplido en todo el discurso del siglo XIX; de modo que ya podemos dar por convertidos á la fe cristiana los secuaces de Mahoma. De todo el contexto de las predicciones columbinas se puede sin temeridad inferir, que el que las compuso tenía delante de sí las Cartas, apócrifas, de San Francisco de Paula, que el autor anónimo de *Las Profecías* venera cual si fuesen puro Evangelio.

8. Faltaríamos á la fiel historia de las pseudoprofecías políticas, si condenásemos al silencio las predicciones individuales pertenecientes al Conde de Chambord (que debía llamarse Enrique V) y al Duque de Madrid (que se había de intitular Carlos VII). El monje Jerónimo Botin, de la abadía de San Germán de París, muerto en olor de santidad á 10 de julio del año 1420, dejó puestas por escrito sus predicciones, recopiladas y resumidas en 1817 por el obispo de la Luisiana Monseñor Bourg, que fué después arzobispo de Besanzón. Una de ellas dice así: *Pasados cuatro siglos y más (desde el año 1410, en que Botin escribía), la tierra quedará desolada y la Iglesia en triste llanto; herido el Pastor se descarriarán las ovejas. Pero bajará del cielo el rocío, los altares de Belzebú rodarán por el*

(1) La fede di Christo trionfera, i turchi l' abbracceranno e la credenza di Maometto sparira. 1872, serie VIII, vol. VI, pág. 17.

(2) Las palabras del vaticinio, según las cita Alápide, son éstas: «Ex te (o Simon) descendet fundator novae religionis, quae tres habebit partes: prima erit equitum armatorum; secunda, sacerdotum; tertia, hospitalariorum. Erit haec religio omnium ultima, magnum fructum afferet Ecclesiae, extinguet maledictam Mahometis sectam, quin et haereses omnes, ut fiat unum ovile et unus pastor. In toto mundo non erunt nisi duodecim reges, unus Imperator et unus Pontifex, et pauci principes, qui omnes erunt sancti.» (*Comment. in Apocalyps.*, cap. XVII, n. 17.)

(3) *Acta Sanctor.*, april., t. I, pág. 197, 215.

(4) *Las Profecías*, pag. 319.

suelo y los obradores de iniquidad serán atajados, todos perecerán malamente. Vivirá un hijo de la sangre de los reyes que da la casa de Artois, y gobernará la Francia con prudencia, y honra, y el espíritu del Señor estará con él. Los hombres que treinta años ha descubrían en este oráculo (1) una alusión manifiesta al malogrado Enrique V, vean ahora si pueden conchabar y poner en paz con los dichos los hechos.

Un religioso, que vivía en Gerona durante la exclaustración, predijo lo siguiente: *que después de la reina Isabel, dos pretenderían ser reyes de España; que esto duraría poco; y que luego D. Carlos ocuparía el trono de España con general satisfacción; y que se notaría en su reinado una sólida y profunda paz* (2).—En una visión, que se le ofreció á un sacerdote de Turín, de recomendable virtud, el día 29 de octubre de 1861, se le representó el Gran Monarca, como el Nuevo Manasés en su recuperado trono, en ademán de tender la mano amigable á otros príncipes. Entre ellos divisó *á un joven Monarca sentado en el trono de San Luis, que imitaba su celo y concurría con prudencia, valor y piedad á tranquilizar el mundo entero, y en particular á volver el esplendor y la libertad debida al Santo Padre* (3).

La *Peregrina*, que es (como decíamos en el art. II, n. 12) casi la única almanaquera que en España hemos tenido, hallándose el día de San Juan Bautista del año 1855 en profunda contemplación, oyó al Arcangel San Miguel que le decía: *Vengo de parte de Dios á comunicarte que la España ya está perdonada; pero nosotros no podemos hacer más que pedir, no podemos satisfacer.*—Añadía su confesor el día 20 de febrero de 1857: *Me ha dicho ya por dos veces la «Peregrina», que el Señor le ha dado á entender que no se han acabado los disturbios y persecución de la Iglesia española; que sucederá una grande, aunque no muy duradera, después de la cual se asentarán las cosas* (4).

El folleto *La solución española en el Rey y en la Ley*, publicó la siguiente predicción: *Hemos oído referir á personas de verdad, pero ni ellas garantizaban ni nosotros garantizamos el hecho, que viendo un día un augusto y venerable personaje á D. Carlos, cuando éste sólo*

---

(1) *La Civiltà Cattolica*, que le alega, añade la postilla siguiente: Notano i francesi contemporanei che Carlo X, avo del presente conte di Chambord, portava, innanzi di salire al trono, il titolo di conte d'Artois; e quindi argomentano che egli debba essere il re in quest' oracolo vaticinato. 1872, serie VIII, vol. VI, pag. 16.

(2) *Las Profecías*, pag. 304.—La *profecía*, publicada en *La Convicción* (12 de noviembre de 1870), no dice si los dos pretendientes aspirarían al trono de España antes ó después de perder ésta sus colonias, pues no barruntaba el *profeta* que las hubiese de perder; quédanos todavía lugar á la satisfacción y al goce de la profunda paz.

(3) *Las Profecías*, pag. 333.—Nota del compilador anónimo: «Este joven será el Gran Monarca, y es diferente del Sr. Duque de Chambord, que á los 50 años que tiene, ya no puede ser llamado joven.» (Ibid.)—La traza del dicho compilador es buscar profecías que autoricen el trono del Sr. Duque de Madrid, el cual tampoco puede ser llamado joven, como en quien han hecho ya los años su obra.

(4) *Profecías*, pág. 349.—*Asentarse las cosas* significa, en el lenguaje místico de aquella gente, venir D. Carlos VII á encerrar en su puño el cetro de España. Si España en el año 55 estaba ya perdonada, tal vez no lo esté ahora después de los gatuperios del liberalismo, que la tienen hundida en el atolladero de la mayor infamia. Poca luz tuvo la Peregrina para hadarla de lejos.

contaba tres años, fijó en él su mirada, que muchas veces ha leido en el libro del porvenir, y dijo: Este niño es la esperanza de España (1). Sea como fuere, si D. Carlos llegase hoy á sacar la pobre nación española del revolcadero en que el liberalismo la chapuzó, no por eso haría verdaderas las predicciones pronosticadas en su favor, porque otros tiempos, otros andares, otras esperanzas designaban entonces ellas, muy diferentes de las que el mismo D. Carlos pudiera en la actualidad de sí prometer.

9. Por andar el poder temporal del Sumo Pontífice íntimamente enlazado con la venida de los reyes dichos, francés y español, destinados á sustentarle con la fuerza de sus armas, tampoco echaron en olvido los pronosticadores esta parte importantísima, porque no habían de permitir que el remolino de la revolución se sorbiera la nave con sus jarcias y todo. El abad del Císter, Eugenio Pecci, muerto en olor de santidad antes del año 1835, hizo las predicciones siguientes: *El Papa estará á punto de perder la soberanía temporal, pero las tentativas de sus enemigos serán vanas. Cuando el aspecto de los sucesos parezca desesperado á los ojos del mundo, entonces se hará visible y manifiesto el cambio de la situación. Los franceses llevarán á cabo la plena restitución á la Santa Sede, la cual hará algunas nuevas adquisiciones. Todo esto terminará con el triunfo de la religión y con un suceso milagroso; los franceses vendrán por fin á ser defensores del Papa* (2).

Asunta Orsini, fallecida en opinión de santidad á los 17 de septiembre de 1860 junto á Florencia, predijo en 1859: *que si bien Pío IX podía ser quitado de Roma, sería vuelto después en el lugar en que Dios lo ha tenido; que después de no mucho tiempo le serían restituidos los bienes que le hubiesen tomado los revolucionarios. No estará lejano el tiempo en que reinará en la Toscana un príncipe de muchísima bondad* (3).

---

(1) *Profecías*, pág. 350.—Añade el compilador lo que sigue: «El Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro confirma en su folleto *El Rey de España*, el cumplimiento de esta predicción. «He visto, dice, ya al joven, le he conocido, le hé tratado por largos días, y yo, que nada sé en el mundo, si no sé lo que es el corazón humano, me atrevo á saludar en don Carlos de Borbón y de Este á la *esperanza de España*.»—Ya que hablamos del Sr. Aparisi, no será fuera de intento dejar aquí en letra de molde la predicción hecha por él en las Cortes algunos años antes. «Se espera, dijo, al hombre; no se sabe cuándo vendrá, si antes ó después de la revolución; pero se sabe que vendrá.»—En el antedicho folleto declara que dió con el *hombre* en París, y que el *hombre* era D. Carlos. «Yo le he buscado, dice, y en mi conciencia lo encontré, y revelo al pueblo español que en una casa modesta de Chaveau Lagarde tiene su Rey.»—Aun después que el Sr. Duque de Madrid haya leído la suma de papeles compuestos en honra suya, tal vez declare que ni las gracias rezaban con él ni los almanaqueros conocían al hombre por el forro.

(2) *Profecías*, pág. 305.—Acrecienta el compilador, glosando este lugar: «Creemos poder distinguir dos triunfos: el primero menos principal con la venida del Papa *Lumen in coelo*; y el otro completo en tiempo del *Pastor angélico*, del cual hablan Santa Brígida y San Francisco de Paula y que debe obtenerse hacia el último decenio del presente siglo.»—Ya va dicho antes que las siete *Cartas*, que el compilador traslada en la página 164, en mal hora se achacaron á San Francisco de Paula, porque ni son suyas ni podían serlo, como los Bolandistas lo demostraron hace dos siglos.

(3) *Las Profecías*, pág. 322.—Lo tosco y bárbaro de la versión española corresponde á lo resabido y necio de la predicción.

10. Antes del triunfo solemne ha de trabarse una descomunal batalla que decida la suerte postrera del mundo. El lugar donde las huestes enemigas han de encomendarse á las manos, es la encrucijada de Bouleau junto á Wert de Westfalia (1); el combate, conforme le anuncian varios vaticinadores de fines del siglo XVIII, ha de ser titánico y formidable; los del Norte y Oriente europeo unirán las armas contra los del Occidente y Mediodía; estos últimos, guiados por un valeroso caudillo, apenas dejarán hombre á vida de todo el campo opuesto. Apoyaba la desaforada lucha aquella Sor Natividad (2), cuyas cantinelas cebaron al principio la curiosidad pública, mas luego el polvo del olvido borró su memoria.

En 1816 se prometió la batalla campal en estilo de profética visión, como cosa hecha, de la siguiente forma: *Al mismo tiempo se dió un gran combate, pero tan violento, que nunca se había dado otro semejante, la sangre corría como la lluvia cuando cae fuerte, sobre todo, desde el Mediodía hasta el Norte, porque el Oeste nos pareció más tranquilo* (3).—Otra predicción, de igual calibre, avisaba la guerra campal, en estos términos: *Después de unos quince años que París haya sido destruida, la paz de la Iglesia y de la Europa será turbada por los rusos, que llegarán hasta Westfalia, cuando los soberanos de Francia, Austria y Alemania darán una batalla á los rusos, y esta batalla durará tres días, entre Minden, Hostun y Wert. A los tres días el combate será decisivo en la colina llamada Bouleau, y los rusos quedarán deshechos* (4).

11. Finalmente, el Sumo Pontífice Pío IX, de perpetua memoria, recibió de los vaticinantes loores tan estupendos, fué blanco de tan vivas esperanzas, y tema de tantos vaticinios, que sería imposible juntarlos aquí todos sin exceder los límites del capítulo que ya va largo. Apuntaremos algunos, los más principales. Sor María Lataste, del Sagrado Corazón, por los años 1847, aludiendo al sucesor de Gregorio XVI, que fué Pío IX, escribía: *Mi Madre (María Santísima) bajará á la tierra, y tomará la mano al Anciano sentado en el trono, y le dirá: Llegó la hora, levántate; mira á tus enemigos; los ahuyento unos tras otros, y desaparecen por siempre. Me glorificaste*

(1) «El conflicto quedará terminado en algunos días, y tendrá lugar en Otoño. La batalla definitiva será dada en la encrucijada de Bouleau, junto á Wert. Después reinarán de nuevo la paz y prosperidad. Los Sacerdotes serán asesinados, y quedarán muy pocos en número. Pero una sola religión unirá á todos los hombres. Un príncipe poderoso del Mediodía llegará ser emperador de Alemania» (*Las Profecías*, pág. 249). Así dice la *profecía* que *La Época* llamó *alemana* (10 agosto de 1870).—La de Spielhach se ajusta bien con ella en la parte que dice: «Los enemigos vencidos huirán á la encrucijada de Bouleau, en donde seguirá la última lucha» (*Las Profecías*, pág. 251). Otras dos, de Abedul y Jasper, dicen lo mismo (*Las Profecías*, págs. 252 y 253).

(2) Véase cap. VII, art. III, 4, 7.

(3) Profecía de una ochentona echada del claustro por la revolución francesa (*Las Profecías*, pág. 281).

(4) *Las Profecías*, pág. 327.—Por cuanto estos gravísimos sucesos habían de cumplirse antes de venir el Anticristo, que según reza la misma *profecía*, nació el año 1856, resulta ser todo fábula. La *profecía* entera salió estampada en el libro *L'avenir*, compuesto por Enrique Langdon en 1870.

en el cielo y en la tierra. Mira á los hombres. Veneran tu nombre, tu valor, tu poder. Vivirás y yo viviré contigo. Anciano, enjuga tus lágrimas, yo te bendigo (1).

A un sacerdote de Turín, el día 29 de octubre de 1861, le sobrevino la aparición siguiente, entre otras representaciones. *Entonces, la Virgen se inclinó hacia los dos Pontífices, y les habló secreta y misteriosamente; y éstos se levantaron luego muy alegres, y dirigiéndose á Pío IX, le dijeron en voz alta: «Sed vencedor.» Y al momento levantó éste las manos al cielo, y radiantes los ojos de alegría, quería dar gracias á María Santísima; pero en una brillante nube fué elevado hacia el trono de la Madre de Dios, enmedio de Sixto IV y Gregorio XVI, ceñido también él de igual resplandor, después de haber depuesto su trireño en un purpurado, que si bien de avanzada edad, era todavía de robusta y gallarda complexión, y de haberle dicho: prosigue la obra á través de duras, pero breves penas* (2).

La Venerable Ana María Taigi, que pasó á mejor vida en 1837, dijo muchas cosas tocantes á Pío IX. Dificultosa tarea sería averiguar la autenticidad de las predicciones, que corrieron de boca en boca como suyas, hace treinta años. Notemos algunas de singular consideración. *El sucesor de Gregorio XVI será elegido por manera extraordinaria. El brazo de Dios le sostendrá y defenderá contra los impíos, los cuales serán humillados y confundidos. Al fin de su vida tendrá el don de milagros. La Iglesia, tras dolorosas vicisitudes, alcanzará un triunfo tan resplandeciente, que los pueblos quedarán atónitos á su vista* (3).—Otra importantísima predicción es aquella que concedía á Pío IX veintisiete años de Pontificado. Los papeles públicos la testifican (4); hasta cuentan que al saber el Romano Pontífice que la Venerable alargaba su vida papal hasta el año veintisiete, borró la frase porque sonaba mal á sus piadosos oídos. Bien borrado estuvo el guarismo, no por excesivo, sino por menguado, pues la vida de Pío IX en la Sede Pontifical se había de extender hasta los treinta y dos años; longevidad, que ningún vaticinador ni á tientas barruntó, porque á ninguno se la quiso Dios revelar.

Hagamos aquí alto para tomar luz y descubrir en las predicciones antedichas la hilaza del humano discurso. A la sombra de las virtudes cristianas y religiosas suelen criarse, en gente espiritual, vicios secretos de confianza propia, de vana inquisición, de presunción y vanagloria, que se disimulan con capa de espíritu divino. De esto han tratado largamente los dos libros anteriores. El ejemplo de Natán, de Eliseo y de otros Santos (que con haber sido Profetas de Dios, erraron en hartas predicciones, pensando que lo que

---

(1) *Las Profecías*, pág. 313.

(2) *Las Profecías*, pág. 331.—*Las breves penas*, han sido avenidas de amarguras y hieles, que cubren todavía de quebranto el corazón de Pío X. Cuánta verdad sea que del dicho al hecho hay gran trecho, lo prueba el vaticinio del sacerdote turinés.

(3) CURICQUE, *Voix prophétiques*, t. II, p. 163.—*Las Profecías*, pág. 307.

(4) *Bien Public*, de Gante, 27 sept., 1870.—*Journal de Bruxelles*, 6 juillet, 1871.

su pensamiento les decía era revelación de lo alto) debería bastarnos para no extrañar que los más de los vaticinadores del siglo XIX, como la Venerable Taigi, tuviesen por espíritu de Dios la trama de sus naturales pensamientos, ni que los devotos de saber cosas nuevas los celebrasen por divinos. Ello es la verdad, que de tantas predicciones como en este capítulo se han trasladado, apenas hay una sola que dé buena cuenta de sí, porque en todas se echa menos la debida correspondencia del suceso con la letra del prenuncio.

El inmortal Pío IX manifestó más de una vez hallarse algo seguro de no acabar la vida sin ver antes el triunfo de la Iglesia, por tantas voces prometido. *La Esperanza*, en 2 de febrero de 1865, insertó una carta de Roma en que se leían estas palabras dichas por el Papa á un Cardenal: *Tranquilizad á todo el mundo; yo sé que no moriré hasta ver el triunfo de la Iglesia*.—En el discurso que Su Santidad hizo á los predicadores de la cuaresma del año 1871, les decía: *Que vendrá la paz, es cierto; si será pronto, no lo sé, y no sé tampoco si tendremos que sufrir todavía otros dolores... Nos resucitaremos del abismo en que por permisión divina Nos han arrojado. Seremos, ciertamente, glorificados por una venganza digna de Dios* (1).

Muchas ponderaciones se han hecho de la valentía con que el Papa Pío IX se afirmaba sin recelo en el próximo triunfo de la Iglesia. *Dios Nos dará el consuelo de ver bien pronto vueltas todas las cosas á su estado normal. Sí, vendrá este cambio, este triunfo, no será en vida mía, en vida de este pobre Vicario de Jesucristo; pero sé que debe venir. Se hará la resurrección y veremos el fin de tantas impiedades* (2). —*Yo no os diré que todos estos males tengan un inmediato término, no os diré que estemos precisamente en la víspera de la libertad y del triunfo; pero sí os diré que Dios os ha de hacer ver un gran prodigio, por más que no sepa el momento en que ha de verificarse* (3).—*Poco ó nada debemos esperar de los hombres; entreguémonos en manos del Señor. Ya se ven los signos precursores de su misericordia; el milagro será grande y admirará á todos* (4).—*No consentirá Dios que duren mucho estas violencias contra la justicia y contra la única religión del Dios verdadero* (5).

El P. Arribas decía que conforme al secreto confiado por la Virgen María á los dos pastorcitos de la Saleta, *el Anticristo vendrá á fines de este siglo XIX, ó á principios del que viene* (6). Si en esta interpretación se fundaba Pío IX, no sería de maravillar esperase el *gran milagro*, bien que no le hubiera él de presenciar. Pero ya decimos en otra parte, que el *Secreto de la Saleta* nunca fué secreto á voces, ni hay hombre de razón que se atreva á probar que la Virgen

(1) *Las Profecías*, p. 352.—Otras parecidas locuciones del propio Sumo Pontífice pueden verse en el mismo lugar, § 130

(2) *El Pensamiento Español*, 8 de octubre de 1872.

(3) *El Pensamiento Español*, 17 de octubre de 1873.

(4) *La Regeneración*, 27 de junio de 1871.

(5) *La España Católica*, 17 de septiembre de 1874.

(6) *El misterio de iniquidad*, p. 346.

comunicó palabra sobre el Anticristo. El Santo Pontífice sentía su corazón combatido de penas, las más amargas que en pecho humano caben. Turba de revelanderos y revelanderas acudía á su sagrada persona con relatos de revelaciones, visiones, apariciones y prodigios. La misma bondad del cariñosísimo Pontífice, que no se alteraba con temores bajamente, daba margen á la osadía de los narradores de cosas raras. En especial las revelaciones de la Venerable Taigi, si bien algunas parecían ajustarse á la verdad de los hechos, eran sonadas con adjetivos atronadores, aunque nunca vinieron á quedar totalmente cumplidas. Aquel estado de cosas, la confusión y bullicio de los pueblos, las revoluciones de Francia, Italia, Hungría, la guerra de Francia con Rusia en 1854, de Austria con Prusia en 66, de los Estados Unidos entre sí en 67, de Francia con Alemania en 70, los comuneros de París en 71, la revolución de España en 68, los conflictos entre Rusia y Turquía, la Europa entera levantada en armas del uno al otro confín, el fatal desorden de la nación italiana, sin mentar los estragos terrestres dichos en otro lugar (1); sucesos eran éstos ocasionadísimos para imaginar cercano, no diré un prodigio extraordinario de la Virgen Sacratísima glorificada por Pío IX solemnísimamente, mas aun los prodigios anunciados en las Escrituras como precursores de los últimos tiempos. Apretado el corazón del magnánimo Pontífice por el temor y por la confianza, aunque sus pensamientos le atormentasen, no cayó en la nota de crédulo, ni se dejó llevar de la corriente común, porque aun aturdido por tantas voces, que en son de proféticas tentaban su credulidad, nunca dió grado de certeza á lo que sentía en su paternal corazón, pues nunca afirmó rasamente que la lindeza de aquellos dichos quedaría ejecutoriada con la realidad de los prodigiosos hechos.

12. Podría hacer alguno aquí esta objeción: las predicciones del siglo XIX no eran absolutas, sino condicionadas, cuya verificación dependía de condiciones que por no haberse llevado hasta la ejecución, desviaron el cumplimiento de los prenuncios.—R. A la dificultad la respuesta es bien sencilla. La oración, penitencia, vida santa de algunas almas podían impetrar de Dios la remisión de los castigos, consiguiendo que París, por ejemplo, escapase del incendio prometido. Pero no todas las predicciones, de que tratamos, son conminatorias ó condicionadas. Las hay absolutas, las cuales forman el mayor número, en que no hubo dicho y hecho, como ya no cabe dudarlo. Pero aun demos que todas hubieran sido condicionales; increíble cosa es, que de tantos vaticinadores ni uno solo sospechase que no tendrían efecto, siendo tantos los que con enfática aseveración pregonaban el orden, grandeza y brevedad de las cosas. ¿Qué diríamos si Jerusalén hubiese quedado en pie con su Templo indemne, tras de haber anunciado con tanta formalidad su asolamiento los

(1) Lib. III, cap. III, art. IV, n. 7, 8.

Profetas? Y nunca fueron ellos tantos en número como los que amenazaron á París de parte de Dios con la ruina y el incendio. Porque según la norma adoptada por la Iglesia católica en el calificar las verdaderas profecías, cuando son condicionadas, al Profeta le incumbe saber si su predicción quedará en solos amagos ó pasará adelante, pues que si Dios le confió el secreto de lo futuro, debió declarársele cabalmente, y no dejarle, como dice el español, á media miel (1). De forma, que aun en el caso de haber sido condicionadas todas las profecías del siglo XIX, siquiera uno ó dos vaticinadores habrían recibido del cielo suficiente luz para entender que aquellos pensamientos representados en visiones ó en hablas imaginarias no vendrían á la ejecución de las obras.

Demás de lo dicho, entra aquí otra consideración de gran momento. A más de cincuenta asciende el número de falsos profetas que publicaron sentencias muy graves, tocante á cosas políticas y no políticas, en el discurso del siglo XIX (2). Duerme en el Señor el Papa Pío IX tras larga y penosísima vida; á su muerte las voces todas se quedan en silencio, las lenguas todas pegadas al paladar, á nadie le vienen ganas de abrir la boca, nadie vaticina la longevidad de León XIII, nadie la prolongación del robo sacrílego de los Estados Pontificios, nadie la duración de la república francesa, nadie las fazañas de los Estados Unidos, nadie las trabacuentas de la China con las naciones de Europa, nadie los conflictos de Rusia con el Japón, nadie, en fin, entre los bosques cerrados de estos últimos tiempos, no digo ofrece camino abierto, mas ni aun levanta aquí ó allí un solo dedo que sirva de padrón en viaje tan escabroso. A todos les faltó luz para ver la boqueadita del siglo, no obstante que todos se preciaban de tenerle bien andado del un cabo al otro con el farol profético. ¿Qué es esto sino repugnancia, contradicción, absurdo? No así mostró la Iglesia católica estar dotada del don de profecía.

¡Ojalá saque recato el siglo XX de los yerros del siglo XIX! ¡Ojalá, en el desengaño del uno, aprenda el otro escarmiento y enseñanza! El Profeta Zacarías, entre otras felicidades prometidas para la era del Evangelio, señaló el asolamiento de las manadas de profetas falsos, tan grandes y numerosas, que, en su comparación, las de los Profetas verdaderos serán muy pequeñas. Añade luego (3): En aquel día, los que se mientan Profetas verdaderos, para encubrir su mal-

(1) Véase lib. I, cap. I, art. IV, n. 1.—Cap. VIII, art. V.—Cap. X, art. IV.

(2) He aquí sus nombres abreviados: Belley, Panighetti, Souffrand. Jaer. Bug, Sor Mariana, Nieudan, Korceniceki, Martín, Negri, Pecchi, Taigi, Lataste, Colomba, Savio Dominico, Orsini, Galtier, Peregrina, Werl, Moerl, Bouquillon, Emmerich, Canori-Mora, Mattay, Clausi, María de Jesús, Coma, Burg, Niederbronn, Ferreaux. Lamarine, Porsat Imelda, Magdalena, Broteaux, una religiosa, la joven de Remini, un sacerdote, una devota italiana, la estática de Nápoles, la monja trapista, el ermitaño y algunos más, cuyos vaticinios pueden verse en *Las Profecías*, en *Voix Prophétiques*, en *I futuri destini*, en *Livre de toutes les prophéties*, en *Il Vaticinatore* y en otros repertorios modernos

(3) Et erit: in die illa confundentur prophetae, unusquisque ex vissione sua cum prophetaverit. Zach., XIII, 4.

dad, serán conocidos por el cumplimiento de su profecía, y por falta de ella, corridos y avergonzados. Grandes son, cierto, los males que en todo tiempo acarreó el hipo de profetizar sin espíritu de Dios. No es pequeño el que saca el diablo cuando, en especial, se cobija el lobo con piel de oveja. Sabiendo el malvado que su obra no tendría recibo sin máscara de bondad, ayúdase de almas buenas; súbelas, por escala de engaños sutiles, á región lúcida llena de resplandores, como con Cristo hizo en el desierto, para que luego, bajando, abran las bocas de sus naturales apetitos y levanten en el pueblo caramillos de vistosísimas quimeras. De aquí, lastimosísimo es el daño, no siendo de poca consideración el de las propias almas cuando se arrojan con temeraria locura á los peligros de la vana complacencia. Por esto, con más grave sentimiento se quejaba Dios de los pseudoprofetas judíos que de los pseudoprofetas idólatras, como atrás queda dicho.

A muchos católicos del siglo XIX les ha venido á pasar lo que sucedió á los judíos después del cautiverio babilónico, bien que en inversa forma. Cuando los Profetas de Dios habían vaticinado, muy á la llana, que Nabucodonosor asolaría la ciudad y templo de Jerusalén, los pseudoprofetas, no doblándose á las voces divinas, algareaban el pueblo atronando los corrillos con clamores: Nabuco no viene, Jerusalén no será asolada, habrá paz, paz, paz. Los pseudoprofetas católicos del siglo XIX tomaron la palabra: el Gran Monarca viene, milagro tendremos, el triunfo de la Iglesia es indubitable, á las puertas está el socorro del cielo. Esa palabra, como santo y seña de la divina voluntad, fué pasando de uno en otro, sin caérsele de la boca á ningún falso profeta, como hasta aquí hemos visto. En reiterando la palabrilla, se echaban todos á dormir, porque habían hecho de ella refrán y estribillo popular, puesta su ilimitada confianza en el nuevo Mesías terreno, de suerte que el campo de vaticinantes semejaba campo de durmientes que provocaban con su descanso la modorra de los despiertos. Entre tanto, así como los judíos se daban muy buen verde oyendo las voces halagüeñas de los profetas falsos, en vez de enmendar las vidas y disponerse al recibo del azote; de esta misma suerte, ciertos católicos del siglo XIX, hechizados con las caricias de cincuenta farfulladores que prometían suceso feliz con triunfo glorioso, mediante un milagro estupendo, en lugar de oponer dique á la furia de malas doctrinas y peores costumbres para ser parte de la salvación común, dejándoselo todo á Dios durmieron reposadamente en brazos de una indolencia punible; roncaron tan seguros, como si nada les tocara; dieron lugar á que el mal serpease desenvueltamente, y cuando á esos católicos que decimos, el fin del siglo les sacó de los ojos el sueño, halláronse manuvacíos, con profecías mendaces, con esperanzas fallidas, con palabras sin obras, campanas de solo ruido, y lo peor fué, con la obra de Satanás adelantada, con la masonería pereciéndose de risa, con el poder de la autoridad minado, con la anarquía por

las nubes, con el mal entronizado, casi sin humano remedio. Esta sí que fué diabólica traza, éste sí que fué artificio endiablado. ¡Ojalá, repitámoslo, aproveche al siglo XX el escarmiento del siglo XIX (1)!

(1) S. León Papa: Apocryphae scripturae... penitus auferendae sunt atque ignibus concremandae. Quamvis sint in illis quaedam quae videntur habere speciem veritatis numquam tamen sunt vacuae venenis, et per fabularum illecebras, hoc latenter, ope, rantur, ut mirabilium narratione seductos laqueis cujuscumque erroris involvant. Epist. XCIII ad Thurib. cap. XV.





CAPÍTULO IX.

Luces del mesmerismo.

ARTICULO PRIMERO.

1. Curiosidad científica.—Estado de la cuestión.—2. El sonambulismo natural.—3. El sonambulismo magnético no difiere del natural.—4. Maravillas del sonambulismo magnético.—Vista interior del propio cuerpo. —5. Trasposición de sentidos.—6. Lectura de escritos sin noticia del arte.—7. Dictamen vario de los mesmeristas sobre los fenómenos lúcidos.—8. Realidad de los hechos.—9. Especial providencia de Dios en el permitir los fenómenos del magnetismo lúcido.

1. Con el hombre se nació la curiosidad ansiosa de penetrar secretos, como tantas veces decimos. Llega á tal extremo su golosismo, que no bastándole todas sus potencias para rastrear los pasos de lo desconocido y oculto, el ingénito afán de golosinear le incita con nuevos ardores á buscar fuera de sí en lo científico trazas, á veces peligrosas, por donde asomarse á oler las causas de los sucesos futuros. Por profecías arde y afana, de antojadizo revienta, de cien ojos y de otras tantas orejas se previene para penetrar secretos imperscrutables; tanto, que cuando no se los puede comprar á dinero, anda curiosamente tras quien se los enseñe, siquiera salgan de mal maestro, con tal que ceben su apetito de saber, aunque no le satisfagan. De curioso el pobrecillo del hombre nunca escarmentó.

Pero la curiosidad científica á otro blanco asesta sus tiros en el día de hoy, porque otro es el achaque de que adolece. La escuela psiquicista, más paniaguada de la espiritualista que de la materialista, amenaza á los católicos defensores de la Profecía con los destellos de lo *maravilloso positivo*, palabra inventada para significar los triunfos del magnetismo, hipnotismo, espiritismo, de cuyas operaciones provienen rayos llenos de luz natural, comparables, dicen, y aun equivalentes á los de la lumbre profética sobrenatural. La pretensión de los psiquicistas es ambiciosa por extremo. Presumen

alzarse con la *teología independiente*, con la *mística independiente*, con la *virtud profética independiente*, esto es, con una teología, mística y virtud profética, que no deben nada á Dios, ni tienen rastro de cosa divina, sino todo natural, todo humano, todo de las tejas abajo, como si la ciencia en sus gabinetes y laboratorios diese ya entera razón de lo sobrenatural maravilloso, que por eso denomínase *positivo*, por estar encerrado, á juicio de los psiquicistas, en los linderos de las ciencias naturales (1).

Espacioso campo nos abre aquí la *teología independiente*, que ni es teología, ni filosofía, ni teodicea, ni mística, ni cosa tal, sino un opinar voluntario, un errar voluntario, un desbarrar voluntario, sin más norte que el antojo en el interpretar las valentías de la ciencia, á cuyas interpretaciones señalan los *independientes* por presupuesto forzoso aquel principio mil veces refutado, á saber: que *hay ciertos estados fisiológicos que desprenden el alma de las ligaduras del cuerpo y la hacen más capaz de gozar su propia naturaleza. Esta es exactamente la doctrina de Sánchez Cálvo* (2). Los cuatro capítulos que se siguen, servirán para poner á la vista lo *maravilloso positivo* de la *teología independiente*, á fin de especular qué linaje de virtud profética contiene en sí la ciencia natural, tan ponderada por la moderna incredulidad. No hablamos ya, pues, con astrólogos, ni con adivinos, ni con hebreos, ni con herejes, ni con paganos, ni con cristianos, ni con falsos devotos, como hemos hecho hasta aquí, sino con hombres que blasonan de científicos, en su mayor parte incrédulos, enemigos jurados de la verdad revelada.

2. El magnetismo animal, vulgarmente llamado *mesmerismo*, del autor que le inventó, con el andar del tiempo ha parecido á los curiosos brújula bastante cierta para aportarlos en paz del piélago de ignorancias á la ribera de la verdad. Los mesmeristas nunca se alabaron de Profetas, pero sí de formar planteles de Profetas, que es gracia de mayor calibre, porque pensaban haber puesto muy alto el nido de su habilidad cuando conseguían constituir á ciertas personas de su natural bien dispuestas, en estado tal de visión lúcida, que supiesen conocer por la pinta de los efectos lo más oculto de las causas

(1) El escritor Edmundo González Blanco, exponiendo las enseñanzas de la *Filosofía de lo maravilloso positivo*, compuesta por Sánchez Calvo, dice de este moderno autor, á quien Dios ha juzgado ya: «Su conciliación de la religión con la ciencia no parte, como el sobrenaturalismo, del hecho de que la segunda no puede reducir á sus leyes los fenómenos de la primera, ó como el racionalismo, de que no hay nada sobrenatural y sólo es conciliable con la ciencia una religión vaga é intelectual, no; Sánchez Calvo admite que la inspiracion, los milagros, la virtud profética, el don de lenguas, la teurgía y todas las prácticas en que se funda el arte de ejercer una acción sobre la voluntad del alma del universo y de lograr sus favores, son otros tantos hechos religiosos, comprobables, por vía científica, en el terreno de la sugestión, del hipnotismo, del magnetismo animal, del sonambulismo provocado. Este punto de vista es nuevo en la teología independiente y representa un progreso bastante considerable para que lamentemos que no le haya dado Sánchez Calvo mayor amplitud y desarrollo.» Revista *Nuestro Tiempo*, 1903, octubre, p. 489.—Un poco más abajo añade el mismo escritor: «Hoy, con el nombre de *clarovidencia*, *visión mental* y *doble vista*, nos refieren hechos parecidos, autores que no pasan plaza de crédulos, ni fácilmente se dejan engañar por vanas apariencias.» Ibid., p. 490.

(2) González Blanco, Ibid., p. 490.

y anunciar anticipadamente las cosas secretas ó por venir. Tal es, en resumen, la conclusión que propugnaban los mesmeristas antes que amaneciese el hipnotismo. Para cuya inteligencia conviene fijar la consideración en el sonambulismo magnético, agente de tantos hechizos.

Aserto importante en esta materia es, que el sonambulismo magnético no difiere del sonambulismo natural. Sonambulismo natural dícese el estado de un hombre que sin dejar el sueño ejecuta operaciones que no suele sino en perfecta vigilia. Así como el durmiente ordinario no mantiene trato con el mundo exterior por medio de los sentidos, porque el nudo que en ellos se hace y la soledad en que le dejan, le tiene como ajeno de sí y de cuanto le circuye; así, por el contrario, el durmiente sonambúlico, á pesar de hallarse tiranizado por el agarrotamiento de los sentidos, no sabiendo gobernarse con la soledad, entra en comunicación con las cosas y personas de una manera espontánea, aunque sin uso de libertad, de forma que ejercite sentidos, reciba de fuera sensaciones, á ellas responda fielmente, y no sólo ande por sitios obscuros y escabrosos, mas también hable, vea, entienda, quiera, razone; en una palabra, ponga en ejercicio las facultades sensitivas é intelectuales, sin diferenciarse de una persona despierta, sino sólo en la libre determinación de sus actos.

No es este lugar á propósito para tejer largas historias en comprobación de tan rara habilidad. *El Milagro* podría dejar satisfecho al curioso lector (1). Pero es muy para advertida una circunstancia en los sonámbulos naturales. A veces se les aguzan las potencias tan vivamente, que acciones insuperables á su ordinaria facultad, las efectúan con tanta ligereza en el sueño, que no acertaran con ellas en vigilia. Porque muestran estar dotados de retentiva mayor, discurren con distinción y claridad, pesan las cosas con mucho ajustamiento, tal vez su rudeza habitual se convierte en perspicacia, son bien hablados en el producir conceptos, parlan con más elegancia que de ordinario, hilan trazas oportunas con gran facilidad, hasta sienten con más tino los senos de su interior, semejan, en fin, otros hombres, con hábitos nuevos, de educación más esmerada, pues no parece sino que el sonambulismo, con meterlos en el tráfago de las cosas sensibles, les retiró más adentro las potencias mentales procurándoles vivienda apartada de ruido; reconcentración, que suministra al entendimiento discursos notables, á la memoria riqueza de especies, á la fantasía copia de imágenes, á la voluntad esfuerzo y conato en vencer dificultades, porque las vence el sonámbulo con tanto acierto y valentía, que los espectadores se miran tal vez unos á otros asombrados de ver resueltos por él problemas árduos, de oirle razonamientos juiciosísimos, de presenciar obras de arte ejecutadas por sus manos con no esperado primor (2). En verdad, entre

(1) Lib. III, cap. XII, art. II.

(2) P. COCONNIER: Un fait, qu'il nous importe de remarquer à propos de cette activité des sens chez les endormis, c'est que leurs perceptions, comme on l'a dit, sont souvent

muestras de superior ingenio soltarán á veces los sonámbulos extravagancias con despropósitos de marca, hablarán de sí como de otra persona, levantarán contra su cuerpo los puños cual si á otro dieran gaznatada, se tendrán por moradores de lugares muy lejanos, descubriendo en la extrañeza de su proceder que no los guía la razón perfecta y concienzuda; mas eso no deshace lo antes asentado, á saber, que en el sonámbulo se despabilan con inusitada actividad las potencias intelectuales. Tal vez el sosiego del sistema sensitivo y el reposo del sueño ayuden al acrecentamiento de las fuerzas intelectivas, como Dupau lo pensó (1); especialmente, que desembarazado el cerebro de aquel continuo vaivén causado por las sensaciones, estará dispuesto á dar la mano con más holgura á la obra del entendimiento. Mas no teniendo el sonámbulo junto á sí su juiciosa compañera, la conciencia refleja, la voluntad deliberada, la despierta libertad, no es mucho diga y haga desconciertos y desvaríos como quien no sabe lo que se hace, al modo de los brutos, que, sin embargo de obrar por instinto, resbalan sin tiento por disparatadas acciones.

3. Descendiendo al asunto principal, no intentamos entrar en largos razonamientos sobre el origen, historia, variaciones, escuelas, peligros y demás particularides del magnetismo animal, pues no nos incumbe tratar materias tan complicadas; pero hace á nuestro propósito declarar en qué consiste el sueño magnético y á qué fenómenos daba lugar el sonambulismo de los mesmeristas. Pretensión especial suya era introducir el sueño en las personas, valiéndose del arte de *tocarlas* por un cierto tiempo con determinada atención, con voluntad de procurarles algún bienestar. El contacto no consistía en la sola aplicación de la mano, mas también en tenerla aproximada á corta distancia, ó en usar de conductores de cristal ó acero, y también en aojarlas con la mirada fija. Comoquiera que se ejercitasen los tocamientos, el magnetizado quedábase totalmente vencido del sueño, así dormido se pasaba á sonámbulo las más de las veces. Con todo, gran diferencia se ha de admitir entre los fenómenos ordinarios del mesmerismo y los del sonambulismo magnético. Componen ambos dos clases de efectos muy diversas, mas porque los del sonambulismo excitaban la curiosidad de sabios é ignorantes con más viveza, hízose de ellos más caudal que de los puramente

---

électives, c'est à dire restreintes à certaines catégories d'objets à l'exclusion de tous les autres. Un abbé, pendant son sommeil, relisait ses sermons, les corrigeait ou les annotait. Il voyait les objets dont il avait besoin, comme son encrier, mais il ne voyait point les personnes présentes. Si l'on substituait une feuille blanche de même dimension à celle sur laquelle il avait écrit, il ne s'en doutait pas, et faisait sur cette nouvelle feuille des corrections et des annotations, comme il l'eût fait sur l'autre. Voilà un des cas de *vision élective*. Un phénomène analogue se produit souvent dans les perceptions de l'ouie. Il est d'expérience quotidienne qu'une infirmière qui s'est endormie, entend sonner l'heure marquée pour servir la potion au malade et demeure insensible au tapage et aux cris de la rue. Une mère se réveille au plus leger mouvement de son petit, tandis que des bruits bien plus forts ne la tirent point de son sommeil.» *Revue Thomiste*, janv. 1897, p. 775.

(1) «Parece que fuera del dominio de los sentidos las fuerzas intelectuales del sonámbulo adquieren mayor virtud.» *Lettres physiol. et mor. sur le magnétisme animal*, p. 136.

mesméricos, sin reparar los mesmeristas que en el sonambulismo confundían y barajaban la causa ocasional con la causa eficiente. Pero una cosa parece del todo averiguada, y es que los fenómenos de los sonámbulos magnetizados eran semejantes, si no iguales, á los que en todo tiempo se echaron de ver en los sonámbulos naturales, salvo aquella suerte de influencia y cuasi dependencia á que el magnetizado se hallaba sometido respecto del propio magnetizador.

Esta proposición no ha menester largas baterías de pruebas. Para graduarla por evidente bastará traer el testimonio de los mesmeristas, que en la defensa del sonambulismo artificial alegaban los efectos del sonambulismo natural, como si entre éstos y aquéllos no interviniese esencial diferencia. El Dr. Ricard, magnetizador afamado, solía decir: *Las facultades que se desenvuelven en los sonámbulos magnéticos son totalmente las mismas que se notan en los sonámbulos naturales, en las histéricas y en los catalépticos... Y pues hay sonámbulos naturales, no se ve razón ninguna para dudar que los haya magnéticos... Éstos difieren de aquéllos en que la crisis sonambúlica les proviene á los magnetizados de una acción combinada, y á los naturales de una causa independiente de la voluntad. Las facultades maravillosas que á unos y á otros se atribuyen, ofrecen, como dije, grande analogía entre sí; pero á los sonámbulos artificiales ayúdalos, sostiénelos y rígelos una voluntad poderosa, que sin aniquilar su libre albedrío, los tiene sojuzgados y rendidos* (1).—El Dr. Teste: *Yo no acabo de entender cómo autores dotados de buen juicio y de talento observador han querido poner diferencia absoluta entre el sonambulismo natural y el sonambulismo magnético. La única circunstancia que tal vez justifica su pretensión, es la permanencia de aquella relación nerviosa ó magnética, por decirlo así, ó aquella especie de asociación orgánica, que en muchos lances parece pone al sonámbulo magnético en dependencia explícita del magnetizador* (2).—El abate mesmerista Loubert: *El estado magnético, llamado con impropiedad sonambulismo, llamado también estado de lucidez ó de vigilia magnética, es análogo al sonambulismo natural* (3).—De la suma de autoridades, que pudieran vaciarse aquí á montones, colegía el escritor Dupau: *Algunas cosas de los sonámbulos naturales son tan extraordinarias como las producidas por los magnetizadores; lo cual prueba no haber entre ambos estados más diferencia que los errores propios de estos últimos* (4).

4. Para especificar ahora las maravillas que son de notar en los magnetizados cuando caen en profundo sueño, es digna de mención la memoria discursiva y aquella facilidad en componer conceptos, más felizmente por ellos ejercitada que en su estado normal. Pero aquí se ha de proceder muy sobre los estribos. No todos

---

(1) *Traité théorique et pratique du magnétisme animal*, 1841, p. 236.
(2) *Man. prat. du magnét. anim.*, chap. XIV.
(3) *Défense théol. du magnétisme humain*, 1846, p. 90.
(4) *Lettres physiol. et mor. sur le magnét. anim.*, p. 130.

son discursos retóricos los de los sonámbulos, no es todo subirse á las nubes sobre los coturnos de numerosas cláusulas, no todo es pasmar a mundo con bien concertadas razones; al contrario, se desatan á veces en necedades desaforadas, dignas más de lástima que de risa. Rostan lo reconoce así. *Los sonámbulos más lúcidos,* dice, *disparan á menudo grandes desatinos; más diré, los casos en que necean son los más frecuentes* (1). Y Rostan, uno de los médicos mesmeristas de más fama, sabía bien lo que se decía.

Otra habilidad muy ponderada en los sonámbulos magnéticos es la *lucidez* ó *clarovidencia,* que les facilitaba la vista interior del propio cuerpo y del de las personas con quien trataban. Inestimable privilegio, si fuese averiguado por cierta pesquisa. Lo que pudiera acaecerles, sin ser cosa de asombro, es que aquella viveza de sensibilidad que á vueltas de su estado nervioso crece en ellos notablemente, les abriese camino para lograr de las sensaciones más cabal y especificada noticia, como les acontece á los histéricos; pero afirmar que á los sonámbulos se les allana el conocimiento del propio organismo, y que les asiste particular destreza para hacer la descripción anatómica de un aparato, fuera como persuadir fábulas á gente ducha. Sobran aquí testimonios de los mismos magnetizadores. *Es cosa sumamente rara,* dice Rostan, *que los sonámbulos, aun los «lucidísimos», vean poco más ó menos su interior. Los más tienen de sus cuerpos noticias absurdas, semejantes á vanos sueños, y no más* (1).—Deleuze: *A menudo acaece que los sonámbulos ó nada ven ó ven imperfectamente, ó ven mal; si les otorgamos fe ciega, corremos peligro de quedar burlados* (2).—Ricard: *Adviértase esto: los sonámbulos, lúcidos aun en grado superior, por no estar siempre bien dispuestos, ó por hallarse sometidos al influjo de una causa antimagnética, pueden adulterar la verdad por espacio de sesiones enteras* (3).

De aquí fácilmente consta, qué estima se deba hacer de los remedios sugeridos por un sonámbulo magnético para curar enfermedades. Al que no tiene ojos para verlas ni capacidad para rastrearlas, al que ni siente ni conoce en sí la raiz de una dolencia, el diagnóstico le es imposible, la receta inaplicable. ¿Qué mérito había de concederse al dictamen de aquella sonámbula, que en una ténia aposentada en los intestinos de un enfermo divisaba huesos, ojos y dientes (4)? El conde de Lutzeburg, que se dedicó á la práctica del mesmerismo con toda el alma, amaestrado por la experiencia resolvió que se han de estimar en dos ardites todos los récipes dictados por los sonámbulos, porque *los yerros en que incurren sin estar en la cuenta pueden costar á otros la vida* (5). Si el Dr. Teste se dejó llevar de una credulidad inconsiderada dando fe á los medicamentos indicados por sonámbulos, hasta el punto de preferirlas á los re-

(1) Citado por *La Civiltà,* 1851, t. VII, p. 170. (2) *La Civiltà,* ibid., p. 172.
(3) *Biblioth. du magnét. animal,* oct. 1819, p. 46. (4) *Traité théor. et prat.,* p. 241
(5) *La Civiltà,* ibid., p. 172.
(6) Citado por Deleuze en su *Histoire critique du magnétisme animal,* 1813, vol. II.

cetados por médicos, tuvo que hacer frente á la oposición de sus conmilitones y tragar las vergonzosas consecuencias de su porfía. Las noticias experimentales sazonan los documentos de la escuela, cuando los experimentos se tocan y prueban con las manos.

5. La tercera gracia de este jaez de sonámbulos es la imaginada *trasposición de sentidos*. Ver por la nuca, oir por el epigastrio, saborear por la punta de los dedos, oler por los carcañales, maravillosa función de sentidos sería si lo que se dice uso de ojos, oído, lengua, olfato, no se redujese á sola representación mental ó imaginativa. Claro está: *ver* es, en su sentido recto, percibir las cosas exteriores mediante la imagen formada en la retina del ojo por los rayos de luz; donde ni hay retina, ni coroides, ni cristalino, ni nervio óptico, ni luz, ni la conveniencia admirable de partes orgánicas que la divina mano juntó para la visión natural, es imposible divisar imagen de objeto exterior. Otro tanto se entiende respecto del oído, gusto, olfato y tacto. Mas si desovillada y excitada extraordinariamente la sensibilidad de algunos nervios, se figuran con viveza en la imaginación los objetos que solamente por los ojos suelen dar al alma noticia de sí; entonces diremos, no que se *ven*, sino que se perciben y se imaginan, á la manera que el durmiente piensa *ver* lo que sólo en la fantasía se le representa.

6. Finalmente, los sonámbulos de los magnetistas leen cualquier papel, sin haber aprendido el alfabeto de la escritura. Esta prodigiosa habilidad, con que algunos mesmeristas regalaban á sus magnetizados, tuvo por enemigos á otros doctores muy diestros en la materia, como Teste y Loubet (1), que sostenían denodados no haberse jamás hecho demostración de poder un sonámbulo leer ó escribir si ignora el arte. Con mayor fuerza de razón se deberá mantener la imposibilidad de descifrar letras ó de ponerlas por escrito á obscuras, á ojos cerrados ó vendados, etc., etc. No nos cansemos en sutilizar más esta materia. Siguiendo los sonámbulos magnetizados unos mismos tenores que los naturales, sin poderse entre ellos señalar un ápice de diferencia esencial, aquéllos han de consonar con éstos en la imposibilidad de predecir ni descubrir cosas ocultas.

7. Si los principales fenómenos, que se hacían reparar en el sonambulismo mesmérico, eran muy conformes con los hasta la sazón advertidos en el sonambulismo espontáneo, ambos á dos géneros de efectos se habían de estimar por naturales, como lo eran sus causas eficientes. No nos incumbe ahora averiguar si á las bachillerías de los gárrulos magnetizadores respondían los magnetizados con aspavientos de graciosas farfantonadas; tampoco hace á nuestro propósito examinar si Mesmer era médico acreditado ó picudo curandero, como lo fué Puysegur; menos falta nos hace inquirir el arte de magnetizar usado por Faria en 1815, aprendido en su trato con los fakires de la India, según dicen; ningún peso damos ahora al anatema

(1) *Manuel pratique du magnétisme animal*, p. 76 —*Le magnét. et le somnambul.*, p. 572.

fulminado contra el magnetismo animal por la comisión de médicos franceses en 1825; en fin, no queremos notar ni ponderar aquel período de silencio y desencanto, que al dictamen de la ciencia sucedió después en los salones de los mesmeristas. Lo importante, lo dignísimo de notar es la substancia y entidad de los raros efectos, convulsiones, modorras, lucideces, extravagancias, visiones, prenuncios y demás peregrinas gracias, que, ó levantadas sobre las nubes por la parlería con estilo florido, ó fingidas con sorna por sonámbulos del virotismo, ó celebradas por doctores comodistas que anteponían el propio interés á toda razonable consideración, ó representadas por agentes mercenarios que llevaban puestos en la paga los ojos, contenían y atesoraban muchísima parte de verdad, notabilísimo meollo, que conviene hacer público para bien y provecho de la ciencia médica y para honra é interés de la legítima profecía (1).

Muy mal indicio es en esta parte ver á los mesmeristas encontrados y desavenidos entre sí. Porque los unos estrujan la discreción de los sonámbulos haciéndola saltar hasta la coronilla de las estrellas, otros amainan velas hasta hundirla en el abismo. Deleuze decía: *El sonámbulo está iluminadísimo acerca de sus deberes, y no dirá ni hará cosa que les sea contraria* (2). Otros autores daban á impostura y embaucamiento cualquiera operación algo extraordinaria. Entre las exageraciones de los unos y los apocamientos de los otros, puede entrar el dictamen de Teste, que dice así: *Gran cuenta se ha de tener con las trampas de los sonámbulos y con la inclinación que los lleva á engañar, ¡aun cuando en estado de vigilia sean hombres de bien* (3). En la cautela aquí recomendada por Teste podía caber encarecimiento. El magnetismo animal es muy vidrioso agente. De sus fenómenos quisieron aprovecharse los incrédulos para descargar sobre las operaciones místicas de los Santos el peso de su desapoderada malicia, sin reparar en hacer sospechosa la buena fe de los sonámbulos, con tal de extender la sospecha á las profecías, visiones y efectos sobrenaturales de la mística verdadera. En la *Revista de París* corrió Esquirós, en 1852, la cortina á esa especie de

---

(1) No fueron pocos los médicos interesados en magnificar con elogios la virtud del magnetismo animal, hasta contemplarle como suma y cifra de todas las fuerzas entrañadas en el reino orgánico. GUIDI, decía: «Il magnetismo è il piu possente motore della natura.» (*Luce magnetica*, 1857, n. 10 genn)—DELAUSANNE: «Le Magnétisme est l'action de l'intelligence sur les forces conservatrices de la vie.» (CHARPIGNON, *Physiologie*, 1851, p. 15.)—RICARD: «Le Magnétisme est la manifestation de la faculté volitive que possèdent tous les êtres.» (*Almanach populaire*, 1846, p. 2.)—GAUTHIER: «On entend par Magnétisme l'action qu'un homme peut exercer, non seulement sur ses semblables, mais encore sur lui même, sur les animaux, les végétaux et la matière.» (*Introduction au Magnétisme*, 1840, p. 7.)—CHARPIGNON: «Nous tenons à comprendre sous la dénomination de Magnétisme humain toute influence qui a son centre d'action dans l'homme.» (*Physiologie, Médecine et Métaphys. du Magnétisme*, 1851, p. 46.)—CHARDEL: «El Magnetismo es una proyección ó transmisión que de su vida propia hace el hombre en los seres sujetos á su influencia.» (*Ensayo de psicología fisiológica*, 1831, p. 205.)—Juicios todos, ó erroneos, ó incoherentes, ó extraviados á más no poder.

(2) *Hist. crit. du magnét. animal*, vol. I, p. 212.

(3) *Manuel prat. du magnét. animal*, chap. XIV.

farsa que los mesmeristas representaban á la sazón. *Los médicos,* decía, *tienen generalmente del magnetismo dos opiniones, la una pública, y la exponen y profesan en sus cátedras; la otra privada, y la guardan para sí, ó la comunican al corto número de sus paniaguados. La primera de dichas opiniones es contraria al magnetismo, la otra le es favorable. Yo he conseguido esta confesión de varios médicos muy acreditados. Cuando se les echa en cara su proceder versatil, responden con aquella sentencia de Fontenelle: si tuviera yo el puño lleno de verdades, no abriria la mano.*

8. Podría alguno pensar que el aparente desdén, mostrado por los médicos con el sonambulismo, se reduce solamente á calificar la nulidad científica de las teorías forjadas para sostener el invento, ó á desdorar la irregularidad é inconstancia de los fenómenos mesméricos; pero visto con qué porfía digladiaban los críticos en defensa de hechos patentes, no es posible esparcir dudas sobre la realidad de ellos, siquiera los baladrones para hacer la cama á sus intentos entremetiesen otras muchas operaciones vacías de valor y entidad. Dieron en llamar *comedia* al magnetismo animal, á tuertas ó á derechas forcejaban por mantenerle esa reputación: ¿quién dirá que tanto papel y tinta gastada por médicos graves y autorizados en defender la realidad de ciertos fenómenos no fuese de ninguna estima? Cuando la flor de los astrónomos, de los químicos, físicos, médicos, un Faraday, un Cuvier, un Laplace, un Franklin, un Berzelius, un Arago, un Malfatti, un Orfila, un Klaproth, un Babinet, un Elliotson, un Gregory, y otros más que por su prestancia en los ramos científicos se podrían aquí celebrar, pesada con diligencia la verdad de los efectos, la aclamaron públicamente; cuando otros adversarios desdeñosos del magnetismo animal, como los médicos Loubert, Bellanger, Hufeland, Bosker, Stoffreghen, Passavanti, se trocaron, á vueltas de la irresistible persuasiva, en propugnadores de los hechos mesméricos que por los ojos les entraban; cuando las prensas andaban siempre como de parto, mayormente en Francia y en Italia, imprimiendo lo último de su potencia en papeles periódicos, entre los cuales figuraban *Les Annales du Magnétisme, Bibliothèque de Magnétisme, Hermes, Le Magnétiseur spiritualiste, Magie du XIX siècle, Journal du Magnétisme, Somnambule, Union Magnétique, Magnetofilo, Mesmerista, Luce magnetica, Cronaca del magnetismo animale,* en donde á innúmeras familias se brindaba con anuncios varios de fenómenos magnéticos; cuando Francia, Inglaterra, Alemania, América abrían círculos, ateneos, academias, hospitales, donde aplicar, discutir, enderezar el nuevo método de curación á utilidad del humano linaje; cuando varones y cuerpos de tanta capacidad y mérito científico, por no mencionar aquí los teólogos y moralistas de gravísimo peso y de fidedignidad indubitable, acreditaron con sus testimonios la realidad de las predicciones y los fenómenos de lucidez sonambúlica juntamente con los otros hechos de mesmerismo vulgar, ¿ó hemos de resolver que no hay cosa cierta en

el mundo, ó hay que confesar que los efectos alegados del magnetismo animal eran ajenos de toda duda, sin sospecha de falsedad, aunque no fuesen tan ciertas las causas que en las explicaciones teóricas á los efectos se señalaban (1).

No todos los médicos convencidos, mostraban estarlo de veras. Los había que por hacer aplauso al resplandor de la fama común, no osando romper las trabas del respeto humano, se mantenían, como neutrales, á la sombra de una aparente perplejidad, alejados de los anfiteatros científicos. Mas considerada la nube de testimonios fidedignos y sinceros, ¿quién pensará que la descarga de baldones, encaminada en son de burla por los desleales á hundir en la sima del desprecio y del olvido el imaginado *fantasma*, fuera merecedora de atención? El magnetismo animal fué un descubrimiento positivo, que muy en breve bastardeó de sus naturales efectos por obra de los mesmeristas.

No habían los médicos dado bien en la cuenta cuando se les presentaban casos de sonambulismo natural; fué conveniente que viniese el sonambulismo magnético á darles un vuelco eficaz, despertándolos de aquella soporífera ofuscación. Los durmientes artificiales habían de enseñar á los medio amodorrados á ser gente de buena maña en materia de mística divina.

9. A principios del siglo XIX eran tildados de *retrógados*, de *neos*, de *obscurantistas* los hombres que mostraban afición á engrandecer con encarecido reconocimiento cosas extraordinarias y admirables acaecidas en la Edad Media. Por chismerías de fábula se reputaban los relatos de visiones y apariciones; quien estuviese persuadido de su verdad histórica, veíase tentado á sellar con el silencio los labios, por no sentir la dentellada del crítico mordaz que dejara con mofa por ridícula su buena fe. El magnetismo animal, gracias sean dadas á la divina Providencia, los libró de tan terrible conflicto. La sorna de los escépticos ha tenido que ceder. Los magnetizadores mesmeristas han sido los apologistas más elocuentes de la verdad históri-

(1) El Dr. Rostan, facultativo de gran renombre, miraba al principio de reojo las cosas del magnetismo. La gravedad de su profesión púsole en la demanda de experimentar la certeza de los fenómenos; tan convencido quedó, que tuvo á mucha honra el dar parte de su convicción en su *Diccionario de Medicina*. «Cuando yo, dice, en mis mocedades oí por vez primera hablar del magnetismo animal, las cosas que me contaban me parecieron tan poco ajustadas á los fenómenos fisiológicos entonces conocidos por mí, que me dieron lástima las personas, desatinadas en mi sentir, que en ellos tenían puesta la confianza, porque á mí se me hacía muy recio de entender cómo gente sesuda podía dar crédito á semejantes quimeras. Por espacio de diez años hablé y escribí con ese convencimiento. Deplorable ejemplo de ciega preocupación, que desechado el único medio de investigación rigurosa, el uso de los sentidos, nos arrebata lejos de la verdad á errores tal vez irremediables. Pero amaneció el día en que por curiosidad y por vía de ensayo comencé á poner las manos en el magnetismo. ¡Cuál no fué mi sorpresa cuando á poco de experimentar, me dan en los ojos fenómenos tan singulares é insólitos, que por no parecer hombre ridículo preferí sepultarlos en lo más hondo del silencio! Mas no fué posible tenerlos ocultos, cuando hube llamado para testigos de mis experimentos á personas de varias condiciones, á literatos, á alumnos de medicina, á epilépticos, á damas de corte, á doncellas, y notado en los más fenómenos dignos de gran ponderación.» *Dictionn. de Médecine*, t. XIII, art. *Magnétisme*.

ca, que la incredulidad deslenguada no quería recibir. De los sonámbulos magnéticos han dicho y creído cosas tales, que si las vieran los incrédulos estampadas en las páginas de la Santa Escritura, se habrían retorcido como culebras y azotado los aires con movimientos asquerosos de satánico furor. Mas porque el magnetismo se las dejaba entrever ó barruntar por creíbles, á lo menos por probables, diéronlas, no sólo por ciertas, sino aun por de condición superior á las contenidas en la Sacrosanta Biblia.

La ejecutiva confesión no era sino muy favorable á la creencia del dogma católico. Con su acostumbrada persuasiva declarábalo el P. Lacordaire el año 46 en una de sus conferencias, por estas palabras: *Por un apercibimiento divino contra la soberbia de los materialistas, por un insulto á la ciencia que pasa la lindera de lo lícito, dispuso Dios que la naturaleza atesorase virtudes irregulares, no reducibles á fórmulas de matemáticas; quísolo Dios así, para probar á los hombres atollados en el cieno de los sentidos, que aun fuera de la religión quedaban rayos de orden superior, débiles y espantosos destellos que iluminan el mundo invisible, una suerte de cráter por cuya boca nuestra alma desatada de los lazos terrenos, vuela á los espacios que no puede sondar, de donde no trae ninguna reminiscencia, pero sí bastantes avisos para entender cómo el orden presente entraña en sí un orden futuro, respecto del cual es el nuestro sombra y nada* (1). No le ponga ceño al ingenioso orador el moderno lector al oirle ese tramo de requiebros modulados con voz alegre en obsequio de la realidad de las visiones mesméricas. Otros autores pensaban á la sazón con el Padre dominico. Otros muchos, y más en nuestros días, las juzgan por efectos de mera imaginación con más fundado motivo. Aun puesto caso que fueran reales, no se seguiría la conclusión que los magnetistas presumieran sacar. Seguiríase, por el contrario, esta: ó que el magnetismo lúcido es obra diabólica, ó que es pura ilusión, ó que es realidad de importancia. Si es diabólica, sus achaques le descubrirán por tal; si es ilusión, se disipará como el humo; si es realidad importante, tendrá cabida entre las glorias de la ciencia.

Hace más de un siglo que el magnetismo animal, desviado de su natural camino, mostró al ojo sus efectos: ¿en qué predicamento es tenido por los hombres sensatos? Roma anatematizó sus ademanes supersticiosos; la teología apenas se atreve á saludarle sino con título de iluso; la psicología saca desmayo y desconfianza de sus ruidosas operaciones; la medicina hubo de rebautizarle, y con el nombre de hipnotismo se aprovecha, no sin sumo cuidado, de su dormilona embriaguez; sólo quedan los grajos de salón, que con su pico de once varas ceban la curiosidad de los ociosos. Con demostrarles, pues, á los mesmeristas que su invento ha sido juego de niños, y de ningún tomo toda su ciencia, no sólo se les pone de manifiesto la nulidad de sus predicciones proféticas, sino que se les viene á concluir

(1) *L'Univers*, 10 décembre 1846.

que todos los afanes empleados por ellos en beneficio de su soñada pretensión, redundan en gloria del catolicismo segura y principalmente, como lo vamos pronto á ver.

ARTICULO II.

1. Fenómenos de alocada fantasía.—2. *Lucidez magnética*, no es propiedad de los sonámbulos magnetizados.—3. El magnetismo dista infinitamente del don profético.—4. Hasta qué punto llegan las predicciones del mesmerismo.—5. Cotejo entre los sonámbulos y los Profetas.—6. Extínguese la memoria en los sonámbulos.—7. El artificio mesmérico está en la sugestión.—8. La sugestión da lugar á la lucidez de los fenómenos.—9. Los efectos de clarovidencia son partos de la imaginación.

1. A la jurisdicción de la profecía pertenece, como en su lugar se declaró, conocer cosas presentes, pasadas y futuras no cognoscibles por vía natural y humana. Según la amplitud de esta noción, veamos á qué grandeza de conocimientos se extiende la capacidad del mesmerismo respecto de las cosas ocultas.

Descartemos, en primer lugar, las locurillas y extravagancias. El célebre sonámbulo Alexis resumía en estas voces los necedades de su éxtasis magnético: *El mundo todo tengo yo á mi mandar; yo puedo trasladarme del uno al otro polo con la velocidad del rayo; yo soy dueño de hablar papo á papo con los cafres, de salirme á lo raso y pasearme por la China, de bajar á las minas de la Australia en menos de una hora, sin miedo ni cansancio de piernas; porque al alma hija de Dios bástale querer para hallarse presente en todo lugar, como lo está su Padre. Este poder, que vence los estorbos del espacio y concede al alma aptitud para volar de una parte á otra, es nada comparado con el que la da victoria sobre el tiempo y pone delante de mi vista la carrera de todos los siglos. Las generaciones fenecidas, que pasaron por la tierra en muchedumbre más copiosa que las arenillas del mar, preséntanse á mi voluntad ó á la evocación del consultante, en su cabal especificación, con sus trajes y fisonomías, costumbres é inclinaciones, con aquellas particularidades propias que las individuaron durante su morada en la tierra. El tiempo pasado no se acabó para mí: vive y me está presente* (1).

Delirios como éstos no necesitan comentario; dan borla de tonto al que no quiera graduarse de bellaco. Parecidos eran los de José Ennemoser, cuando vendía humos con estas valentonas: los sonámbulos *más lúcidos* pueden penetrar con la vista por las entrañas de la tierra hasta llegar á los antípodas, y ahondando, ahondando ver con los ojos á tiro de ballesta lo que pasa en la luna, en los plane-

(1) Delaage, *Le sommeil magnétique*.—Citado por el Padre Bonniot en *Le miracle et les sciences médicales*, 1879, p. 369.

tas y satélites. Dupau trae el testimonio de una sonámbula que divisaba en la luna animales vivos, que si bien nacen, mueren y hacen casta como los de acá, son de figura achatada y se andan como las tortugas á gatas trepando por aquellos cerros (1). Si tan listos zahories son los sonámbulos magnéticos, ¿dónde tenían la cabeza Olbers, Hencke, Harding, Graham, Leverrier y tantos otros infatigables astrónomos, que podían haber cogido por la melena la ocasión de enriquecer sus catálogos de observación con sólo consultar al mesmerismo? Y los geógrafos, y geólogos, anticuarios y paleontólogos, ¿cómo no han descubierto minas, tesoros, monumentos, antigüedades de más consideración con las luces de los nuevos veedores?

2. Dejados aparte los despropósitos referidos, porque fantasías que sólo tienen por cimiento el aire, llévaselas el aire, entremos á ponderar las gracias del magnetismo, á ver si confiere facultades nuevas, como la de percibir cosas pasadas, antever cosas futuras, descubrir secretos presentes, hacer, en fin, profecías reales y ciertas. Todo el punto está en la *lucidez* ó *clarovidencia* magnética, llamémosla así, porque bien entendida constará si el magnetismo animal tiene proporción con tamaños efectos.

Primeramente, la *lucidez magnética* hizo falsedad y alevosía en mil lances. El barón de Henin fué testigo del siguiente. A un sonámbulo presentáronle una señora que andaba de parto, para que adivinase si pariría varón ó hembra; el experimento reiterado en varias parideras salió al revés (2). Otro caso es de una sonámbula que, juntando varias visiones suyas, iba describiendo los pormenores de un sitio remoto, cuya noticia dijo haberle venido de su padre difunto; cotejada la descripción con la realidad del paraje, hallóse falsísima y sin pies ni cabeza. Refiere el caso Deleuze (3), no sin añadir que por estos medios de investigación se llegaría á descubrir en sujetos parecidos la misma falsedad. Muy adelante iba el magnetizador en su juicio, tal vez entre los dedos de su discurso se deslizaba alguna exageración.

En segundo lugar, no será fuera de propósito el hecho siguiente, narrado por el glorioso San Agustín. *Hemos averiguado que en cierta casa vivía un enfermo que solía decir cuándo el sacerdote que le asistía había empezado á salir de su casa, distante cuatro leguas, y anunciaba por qué lugares iba de pasada, y si se hallaba cerca, y cuándo ponía los pies en el predio, en la casa, en el aposento, hasta tenerle delante de sí. Estas cosas no las veía con los ojos el doliente; con todo eso, sin verlas de alguna manera no las habría notificado con tanta verdad. Estaba él con la calentura, y á modo de frenético las decía. Y tal vez, en realidad de verdad, estaba frenético, cuando la gente pensaba que padecía demonio. Ningún alimento admitía de los suyos, sino de sólo el sacerdote. Resistía á los suyos con la violencia posible, sólo delante del*

(1) *Lettres physiol. et mor. sur le magnétisme animal.* p. 166.
(2) DUPAU, *Lettres physiol. et mor. du magnét. animal.* p. 163.
(3) *Histoire crit du magnétisme animal.* vol. I, p. 231.

presbítero se aquietaba, á él sólo se sujetaba y sumisamente respondía (1). Concluye el Santo Doctor que en sanando el hombre de la fiebre, se le pasó aquella enajenación mental sin volver á renovarse.

Otros dos casos semejantes narra allí mismo San Agustín de predicciones hechas por una mujer y un muchacho con accidentes de frenesí. Inquiriendo en el capítulo siguiente la causa de dichos fenómenos, con ser así que confiesa humildemente su ignorancia, los compara con los que se notan en los durmientes ó sonámbulos. Es muy para advertida la sagacidad del santo escritor. Llegó á tener sus barruntos de que la enfermedad del calenturiento le ponía en la imaginación y en la boca aquellas extrañas visiones. No se ladea San Agustín al parecer del vulgo que le tenía por endemoniado, antes en la explicación que luego insinúa muestra estimarle sonámbulo ó aquejado de achaque nervioso, á cuya desapoderada fuerza prohija aquellos inusitados efectos.

No se aleja gran trecho de las narraciones de San Agustín la que leemos en la *Lectura popular*, hecha por Adolfo Clavarana, testigo presencial del suceso. *Durante cierto período de sonambulismo lúcido que se presentaba invariablemente tras de cada uno de los ataques histero-epilépticos que padecía cierta joven de dieziseis años, encerrada en una habitación, con los ojos fuertemente cerrados y rodeada de toda su familia, era enviada á largas distancias á observar lo que pasaba en tales ó cuales sitios, las personas que en ella había, lo que hacían, lo que hablaban, etc., etc., y la joven daba puntualísima cuenta de todo, viniendo después á demostrarse con pasmo general la exactitud de sus noticias.—Casada la joven y establecida en una población del Norte de España, sugirióle varias veces su marido durante el sueño «morboso» la orden de venir á su país natal á visitar á individuos de su familia y dar cuenta de lo que hacían y de lo que hablaban; y el viaje efectuábase en el acto, y la verdad de los relatos de la sonámbula se comprobaba en seguida con prodigiosa exactitud* (2).

Propuesto el caso, pregunta Clavarana: *¿Es esto puramente natural? ¿Llega la fuerza de la sugestión hasta tales fronteras sin perder «la inocencia» ni el carácter «psico-físico»? Pues si hay sabios que dicen que sí, yo me limitaré á sacar consecuencias.* La que saca el bien intencionado escritor es ésta: *En ese caso los milagrosos estigmas venerados por la Iglesia, los vuelos, los arrobos, los éxtasis, las traslaciones de lugar, etc., no serán sino fenómenos naturales, ó puramente imaginarios, que es lo que quisiera el diablo que creyéramos á pies juntillas para arrancarnos la fe.* Lo que el demonio quiere con más porfía es meter la confusión en las cabezas de los católicos para hacerlos desbarrar. Cuando Clavarana haya estudiado las llagas de San Francisco, los vuelos de San José de Cupertino, los raptos y éxtasis

(1) Erat autem iste febriens et tanquam in phrenesi ista dicebat. Et forte revera phreneticus erat, sed propter ista daemonium pati putabatur. *De Genes. ad litter.* lib. XII, cap. XVII.

(2) *Lectura popular*, año XIX, n. 411, 1 de octubre de 1900.

de Santa Teresa, reconocerá que no corren peligro estos hechos místicos de pasar á la esfera de naturales ó puramente imaginarios, aunque sea natural todo lo relatado de la joven histero-epiléptica. La que pudiera padecer detrimento es la profecía; mas no, á ningún Profeta le temblará la barba con semejantes adivinaciones. Dificultosa le pareció á San Agustín la explicación de ellas. En verdad, eslo tanto, que hasta la hora presente no se ha dado una que sea cabal y cumplida. Las causas que pueden concurrir en los enfermos para anunciar ciertas cosas ocultas, van notadas más arriba (1); pero ni la adivinación es común á todos los sonámbulos, ni se extiende á todo linaje de secretos. Esta notable limitación y luego la falta de certidumbre, colocan los dichos fenómenos en un grado muy inferior á la profecía, la cual tiene por sello propio la certeza é infalibilidad. Finalmente, póngase atención á la facilidad con que el enfermo de San Agustín se sometía al mando y poder del sacerdote y no al de otro cualquiera. La autoridad dominativa que el presbítero ejercitaba en la persona del paciente, con tan particular señorío, es muy digna de advertencia para entender los casos del sonambubulismo magnético, donde tanto puede el dominio del magnetizador sobre las personas por él magnetizadas. Déjense, pues, de maravillas los enemigos de la profecía y los amigos medrosos de ella, pero acaben todos de convenir en la semejanza del sonambulismo mesmerista con el natural y espontáneo.

En tercer lugar, la *lucidez sonambúlica* no puede ingerir en el ánimo del magnetizado nociones sobrenaturales y de orden superior. Al mesmerista Deleuze le amaneció esta verdad. *El estado de crisis*, decía, *no puede otorgar la facultad de descubrir conceptos del orden sobrenatural* (2). ¡Rebién dicho! La única maravilla observada en los magnetizados es que, recogido el pensamiento en virtud del hervor nervioso, avivada la fantasía por la refulgencia mayor de las imágenes, estimulada la memoria con las avenidas de varios elementos, discurran con cierta facilidad y felicidad sobre ideas antes adquiridas; mas en hecho de verdad, tan enriquecido está de noticias el pecho de los sonámbulos artificiales como el de los naturales, tan descalzos de ciencia se hallan los unos como los otros, tan difícil es á éstos como á aquéllos alzar el vuelo á la inteligencia de cosas ocultas, inhábiles para predecir son por un igual todos, si Dios no hace la costa. Fuera de los términos del mundo sensible, nunca se espació el sonambulismo, por lúcido que fuese. Confesábalo Carlos Villiers en su *Magnétiseus amoureux*. En confirmación cita Deleuze el testimonio de la sonámbula tudesca, de que hicimos antes mención, en esta forma: *Los conocimientos que se adquieren durante la crisis, son siempre conformes al grado de luz que el alma poseía en vigilia. Quien nunca vacó á cosas espirituales, si en la crisis le aprietan con preguntas, soltará desdichadas respuestas. Quien no haya tenido*

(1) Lib. III, cap. II, art. IV, n. 5, 6.
(2) *Hist. du magnét.*, vol. II, p. 165.

en el estado de vela conocimiento de la religión cristiana, no le dará alcance durante la crisis; su alma, no impuesta antes en la doctrina del Evangelio, la mirará como extraña é inaccesible (1).

3. Apercibidos con estas consideraciones, vengamos á la demostración de nuestro principal intento, á patentizar que la profecía no es obra del magnetismo animal. El mesmerista Ricard nos ahorra casi todo el trabajo. *La facultad que rarísimas veces se descubre,* dice, *y que yo he visto en poquísimos casos, es la exacta predicción hecha por ciertos sonámbulos privilegiados sobre hechos futuros cuyas causas no estan aún presentes. Confieso mi incredulidad en esta parte. Un sonámbulo tuve yo en cierta ocasión que me dejó muy admirado en este linaje de cosas, pero nunca logró convencerme de la seguridad de sus previsiones. Habiéndolas hallado fallidas en los más casos, me sentí movido á echar á casualidad el buen suceso de algunas cosas predichas* (2). La sorpresa del Dr. Ricard sería atolondramiento ó ignorancia en materia de vaticinios; para ver estrellas á medio día, bastan remolinos en los ojos.

En toda profecía el conocimiento de las cosas ocultas ha de ser seguro é infalible, subjetiva y objetivamente, como infinitas veces va dicho; es así que el magnetismo animal no acarrea al sonámbulo conocimiento seguro é infalible de sus predicciones; luego en el magnetismo animal no cabe la profecía. Probada la menor del silogismo, corre bien la consecuencia, según las reglas de sana lógica. Para venir á la prueba de la menor, podemos dar de barato á los mesmeristas que sus clientes penetran mejor que en el estado normal los senos interiores de cuerpo, que antevén las resultas de sus achaques, que miden el período de sus crisis, que señalan las circunstancias de las accesiones, que indican los remedios de sus dolencias; las cuales habilidades supongamos que las ejercitan con íntima persuasión de sus aciertos. Pasando por todo eso, aún falta lo esencial para el buen ser de la profecía, esto es, que las dichas predicciones tengan efecto infalible como le tiene la profecía, y que nazcan de certeza incontrastable como nace la predicción profética. Pero á buen seguro, la certeza indefectible subjetiva y objetiva no pertenece al ramo del magnetismo animal.

Casos á las veces ocurren, como el relatado por San Agustín, en que los enfermos acometidos del mal rebosan vivezas, se enajenan y salen de sí llevados de fantasmas vivísimos, negocian con las desaliñadas representaciones, y estando ajenos de sus sentidos, así como hacen y dicen disparates, así también se les ofrecen corduras y fantasías atinadas, que no son menores devaneos de parte de la persona dormida, la cual, durante los antojos del letargo, podrá ser que antevea el remate de la dolencia y prescriba el oportuno reme-

(1) *Hist. crit. du magnét. animal.* vol. II, p. 107.

(2) *Traité théorique et pratique du magnét. animal.*— Citado por Bonniot, *Le Miracle*, pág. 386.

dio (1). Muchas enfermedades neuropáticas tienen sus periodos determinados é intervalos de descanso que se pueden bien prevenir. Los recios golpes de epilepsia, los accesos de histerismo, los asaltos de calentura, se columbran con tanta facilidad por los enfermos, que á veces el alma se lo está anunciando con aquel no sé qué me tengo, no sé qué me da, cuando no puede mandar el cuerpo sueltamente. Porque el cuerpo humano se enseña á leyes de costumbre, que con puntualidad se ejecutan por sí solas, á pesar de concurrir desfavorables circunstancias. Quien resuelve levantarse á hora determinada, por lo común despierta muy á tiempo. El mismo fijar la hora ó el día de la accesión podrá ayudar á la orgánica necesidad de experimentarla. Todo esto significa no ser propiedad peculiar del sonambulismo magnético el antever con alguna puntualidad el tiempo y las circunstancias de la crisis: señal evidente de no estar la destreza de la predicción vinculada al magnetismo animal, sino al sonambulismo que de él nace. De forma que los mesmeristas no entrometieron en el teatro del mundo ningún estilo ni agente extraordinario que pudiera, con razón, llevar tras sí los ojos de la curiosidad. Lo que hicieron fué dar nuevo color á las hazañas muertas, que tenían cansada y harta la vista de los hombres en el transcurso de los siglos.

4. Pero si nos acercamos más á lo vivo de las cosas, tan lejos está el sonambulismo magnético de proferir oráculos y decisiones indefectibles, como el sonambulismo natural ó cualquier otro achaque de la humana miseria. Si golpes de prenuncios da, verificados por los hechos, la verificación será casual, sin intención ni deliberación, como lo es la de los enfermos, cuya facultad de predecir se les estanca así que dejan el lecho y vuelven á su estado normal. Pero el Dr. Rostan no se acomodaba á tan explícita concesión, como la que generosamente hemos hecho. Nunca pudo acabar de creer que los sonámbulos, por él propio magnetizados, llegasen á determinar con exactitud las accesiones de las neuropatías, con ser periódicas y fáciles de prever. Deleuze estuvo en lo mismo, después de bien curtido en el arte y hecho á la malla. Escribía al Dr. Billot: *Conviene desconfiar de los sonámbulos; ellos se engañan cuando hablan de enfermedades ajenas, y predicen cosas que después no se cumplen* (2). Ya el Dr. Wurtz, discípulo de Mesmer, escribía: *En mi mano está*

---

(1) S. Agustín: Fuit apud nos puer, qui... inter voces suas abripiebatur ab omnibus sensibus, et jacebat patentibus oculis neminem circunstantium videns, ad nullam vellicationem se movens. Post aliquantulum tanquam evigilans, nec jam dolens, quæ videret indicabat. Tum interpositis paucis diebus eadem patiebatur. In omnibus sane vel pene omnibus visionibus suis, duos se dicebat videre, unum provectioris ætatis, alterum puerum, a quibus ei vel dicebantur vel demonstrabantur quæ se audisse et vidisse narrabat. *De Genesi ad litt.*, lib. XII, cap. XVII.—Consecutivamente pone el Santo Doctor el remedio que los aparecidos dieron al muchacho, y cómo surtió efecto oportuno y total. Adviértase la discreción de San Agustín: no echa á demonio las visiones del mozuelo, antes bien luego las compara á representaciones de soñantes.—Ego visa ista omnia visis comparo somniantium. Ibid., cap. XVIII.

(2) Billot, *Recherches psycologiques*. vol. II, pag. 44.

alegar multitud de ejemplos, notorios en esta ciudad de Strasburgo, donde sonámbulos famosísimos erraron torpemente en sus predicciones, trabucaron los consejos y tal vez recetaron cosas nocivas (1). Finalmente, el Dr. Teste depone que las predicciones de los sonámbulos respecto de otro carecen casi siempre de la necesaria verdad (2).

Los apuntados testimonios no consienten levantar al grado divino de Profetas los sonámbulos mesmeristas, porque no son sus oráculos infalibles ni subjectiva ni objetivamente. Aun mucho fuera concederles aquella previsión, que suelen mostrar los peritos en su ramo de ciencia humana para argüir los eventos de las cosas. El aislamiento y abstracción del sonámbulo, el aumento de memoria, la excitación de la fantasía, la experiencia de su estado, la viveza de percepción, la borrachada de sentidos que dejan el espíritu enajenado sin cosa que llame su atención, son causas, como antes se dijo, que le facilitan no poco la composición de los anuncios.

5. Mas esta condición aparta infinitamente los sonámbulos de los verdaderos Profetas. El sueño nunca fué requisito indispensable á los siervos de Dios para proferir anuncios proféticos; despiertos y muy en sí profetizaban, con reflexiva persuasión de su seguridad. Los sonámbulos mesméricos han de pasar antes por la fatigosa tarea de la magnetización; luego han de cerrar los ojos, quieran que no, vencidos de la fuerza magnética; entonces caen, como piedra en pozo, en una especie de dormilona embriaguez; estando así, han de usar despiertamente de sus miembros cual si estuviesen en vela; después, retirándose adentro y rebosando energía, sin conciencia ni reflexión, han de borbotar predicciones á la ventura, sin despabilar las entendederas en lo que una vez dijeron, ni meterse en averiguar la razón de lo dicho. Ninguno de semejantes apercibimientos necesita el Profeta de Dios. Tampoco le es necesaria la crisis, como lo es al sonámbulo la crisis magnética; la cual, por envolver una suerte de achaque nervioso, constituye al hombre en un estado irregular, de que se aprovechan los magnetizadores para curar, así lo dicen, ciertas enfermedades, que si se curan, dejan al curador sujeto á dolencia tal vez irremediable alterando y corrompiendo su temperamento. ¿Cuándo se vió que un Profeta para abrir los ojos del alma y puntualizar cosas futuras, tuviese necesidad de sentir en sí mala disposición, de tener doliente y ciego el juicio, de hallarse hecho un zaque con sueño y olvido de Dios? Si alguno se sintió sobresaltado de crisis, acertó á volar tan alto con sus predicciones, que todos los sonámbulos naturales y magnéticos juntos no han sabido descalzarle las sandalias de los pies.

Si consideramos la edad, á los ojos se viene la diferencia. El ejercicio enseñó á los mesmeristas, que el verdor de los años daba ensanche á la capacidad natural para el adormecimiento, á causa de las alteraciones introducidas por la pubertad en ciertos apara-

(1) Citado por *La Civiltà Cattolica*. 1851, t. VII, pag. 299.
(2) *Manuel pratique*. pag. 435.

tos del organismo. La edad verde con sus bríos nuevos colma las esperanzas del magnetista. En especial la imbecilidad y flaqueza de las mujeres, el ser blandicas de carona, el torcerse como cera, el recibir con presteza las imágenes, el ser mollares á toda impresión y garatusa, son disposiciones admirables para los efectos del sonambulismo (1). Para llegar al colmo de la *lucidez*, la disposición mujeril ha de correr por sus grados. Haga primero pie en las crisis experimentadas, de arte, que vaya la novicia ensayándose y adiestrándose con las impresiones; después se enseñará á profundizar con más ahinco su estado, hasta conseguir el golpe de luz necesario para cortarlas en el aire en esto de adivinar. Si no le consigue, será porque el clima, la altura del polo, la estación del tiempo, la temperatura local, el ambiente atmosférico ponen óbice al logro de los deseados prodigios. Por eso los mesmeristas hacen tanto archivo de las influencias exteriores para el buen ser de los prenuncios (2).

De todo este ceremonial está dispensada la profecía. Menos en número fueron los Profetas jóvenes que los de edad madura. Aun ancianos hubo, que sembrada de canas la cabeza, de arrugas la cara, profetizaron magistralmente. No se les negó á las mujeres el don profético, mas no quiso Dios que una sola tomase la pluma para dejar autenticados en el volumen canónico sus inspirados vaticinios. Ni les fué menester noviciado que las amaestrara en el arte de profetizar. Ni ellas ni ellos tuvieron que medir la temperatura, ni buscar aires natales, ni depender del estado higrométrico para acertar con la verdad. Entre amigos y enemigos, delante de terribles adversarios, en tiempo de guerra y de paz, á diestro y siniestro, á creyentes y á incrédulos, aun previendo el torbellino de la persecución abalanzado contra sus vidas, aun presos con cadena en la lobreguez del calabozo, no les faltó libertad y poder para mostrarse embajadores de consuelos, amenazadores de infortunios, denunciadores de destierros, intimadores de muertes, porque les constaba cuán á la letra sobrevendría lo prenunciado, como de verdad sobrevino.

Nota característica del Profeta fué siempre la libertad moral sin asomo de violencia en las predicciones y vaticinios. Va declarada más arriba (3) esta propiedad, en cuya importancia estribaron los apologistas y doctores católicos cuando tuvieron que habérselas con los pseudoprofetas herejes. Los mesmeristas nos excusan el trabajo de probar que sus sonámbulos no dan lugar á consejo en sus respuestas, ni á libre determinación en sus predicciones. La traza ha de salir del magnetizador, á cuya acción determinante corresponde la determinación pasiva del magnetizado, por vía de una especie de idiotismo y embotamiento, que mueve á compasión por lo humillante é indecoroso que parece á la humana dignidad. Testigo De-

(1) Deleuze, *Hist. crit. du magnét. animal.* vol. I, pag. 193.—Vol. II, pag. 201.
(2) Ricard, *Traité théor. et prat. du magnét. anim.*, pag. 200.
(3) Lib. I, cap. I, art. III, n. 7.

leuze, cuyas son estas palabras: *Si con la acción de su voluntad no determina el magnetizador en los sonámbulos la reconcentración de sus facultades, permanecen éstas tan baldías y rehacias que no aciertan á ponerse á pensar* (1). Luego se verá el por qué de tanta imbecilidad é inercia intelectual; pero conceder tienen los mesmeristas que los Profetas gozaban de una *lucidez* más activa, más concienzuda, más digna de veneración por más verdadera y asombrosa. Y es muy natural, ello por sí lo dice, que faltándole al magnetizado el uso de la voluntad libre gobernada por la recta razón, había de flaquearle la memoria de las cosas hechas ó dichas en la crisis sonambúlica.

6. En esta parte abundan las declaraciones de los empíricos. Deleuze se atrevió á sostener que en todo el decurso de la historia del mesmerismo, ni de un solo magnetizado se sabe que retuviese después en sí rastro de lo acaecido durante el sueño magnético (2). —El Dr. Cheron entre las propiedades que ponen diferencia del sonambulismo á la vigilia ó al sueño ordinario, daba el primer lugar á la falta de memoria (3).—Otro médico sonámbulo, requerido sobre las cosas vistas en sueños, y obligado á esforzarse por traerlas á la memoria, respondía muy en sí: se me hace imposible, soy impotente para ello (4).—Otro camino excogitó más obvio el Dr. Eschenmayer. Quiso probar, que los sonámbulos mesmeristas no solamente no pueden retener en la memoria la representación de lo sucedido en su estado de sueño, mas ni aun tender la vista imaginativa á pensarlo y á revolverlo dentro de sí. De manera, que el autor encadenaba los sonámbulos con la imposibilidad absoluta de echar cuentas sobre sus propios pensamientos; pero daba esta filosófica razón: *La percepción en los sonámbulos no está atada á sensación formal, ni forja imagen alguna, ¿cómo puede en la memoria dejar huella de sí* (5)? Razón frívola, por cierto, porque las percepciones de los sonámbulos son hechuras de la fantasía, que se les ofrecen mediante imágenes sensibles; pues donde hay imágenes plasmadas y figuradas, ¿por qué ha de ser imposible la memoria? Pero aunque no las hubiera, ¿no es acaso la memoria facultad espiritual, capaz de avivar centellas de conceptos purísimos?

La verdad sea, que el sentir común de los mesmeristas es no quedarles á los sonámbulos especie ni resabio de lo acaecido en la crisis. Aquel trastorno cerebral, que por medio de la magnetización imprimió general turbación en el entendimiento y voluntad, desquició principalmente la memoria dejándola embotada y sin serena capacidad para los actos de vigilia. Despierta el sonámbulo, entra dentro de sí; por más que se le sosiegue el ofuscamiento de los ojos y los abra para atizar la memoria, no restaura el recuerdo de las

---

(1) *Hist. crit. du magnét. animal.* vol. I, pag. 195.
(2) *Hist. critique,* vol. I, pag. 176.
(3) *Biblioth. du magnét. animal.—Mémoire sur le fluide vital,* 1817, vol. II, pag 51.
(4) *Biblioth. du magnét.* 1818, vol. IV, pag. 249.
(5) *Biblioth. du magnét.,* vol. II, pag. 173.

especies. Mas si otra vez se produce en su cerebro aquella irritación, ó excitación mórbida, ó desquiciamiento notable, será posible y muy hacedero que en medio del sonambulismo acudan de tropel á su memoria las imágenes y conceptos que en la primera crisis le ocuparon el pensamiento, como le pasa al durmiente ordinario, que después de soñar no conserva en despertando la memoria del sueño, mas vuelto á dormirse y á soñar, toma tal vez la misma trama de figuras y representaciones que antes había urdido. La memoria del sonámbulo es como la calza de agujas que si se quiebra un punto y no se toma, se va toda por allí y se pierde; mas si se toma y anuda en el segundo sueño lo perdido del primero, el hilo de las reminiscencias pasadas queda en su punto y bien calzado. El quebrarse el hilo no fué por falta de atención á lo que el sonámbulo decía ó percibía durante el sueño, porque de ninguna manera consta que el sonámbulo, artificial ó espontáneo, deje de prestar atención á lo que hace ó siente en su interior, antes bien, su abstracción de los objetos exteriores es indicio de tener aferrada la mente á las representaciones que le ocupan; circunstancia, que se nota en los enajenados, en los delirantes, en los moribundos, en los dementes, en los histéricos, en los soñadores por lo común, los cuales, aun quitados después los grillos á su generoso espíritu, vueltos en su juicio, no por eso aciertan á dar razón de lo que en su somnolencia y embotamiento les pasó (1).

Esto se ha dicho con alguna difusión, para cortar la lengua á ciertos adversarios del mesmerismo, que porque no quisieran hallar en el sonambulismo mesmérico ningún asomo de operación natural, desdoran su estima con mil géneros de bajezas. A demonio echaba Sprenger el sonambulismo espontáneo (2), porque así se le aderezaba el interés del diablismo que en el negocio de las brujas imaginó. Bantor, citado por Dugald Stewart en su *Filosofía del espíritu humano*, vió en el sonambulismo la influencia inmediata de ciertos espíritus. Estas cavilaciones son sueños de gente despierta, más costosas de tragar que todas las maravillas del sonambulismo.

Mas, tornando á los Profetas, ¿quién ignora que los conmemorados en las Santas Escrituras conservaban cabal conocimiento y felicísima memoria de los conceptos adquiridos en visión, ora los hubiesen granjeado durante el éxtasis, ora sin éxtasis en estado normal? ¿Y por qué los guardaron fidelísimamente en el tesoro de la memoria, sino porque al recibirlos gozaban de lleno en lleno el uso de

(1) Tutti i fatti ci conducono a pensare che per rammentare uno stato anteriore, bisogna trovarsi in istato assai simile a quello, o provare sensazioni a un dipresso identiche o molto somiglianti a quelle che allora si provarono. E questa ci sembra una delle principalissime leggi della memoria, ed atta a spiegare, ossia a riportare ad un principio generale ben avverato, molti fenomeni relativi alla reminiscenza. *La Civiltà Cattolica*, 1851, vol. VII, serie I, pág. 305.

(2) Patet et de quibusdam qui super tegulas domorum et aedificia altissima somniando incedunt. Haec utique opere daemonum fieri plures arbitrantur, et non absque ratione. *Malleus maleficarum*, p. II, q. I, cap. 3.

sus potencias mentales? Restituidos á su andar ordinario describían muy circunstanciadas las cosas oídas, sin omitir las particularidades más menudas, no disimulando sus propios sentimientos aunque pudieran parecer denigrativos, ni dejando de referir los diálogos y hablas con Dios, narrado todo por ellos con tan minuciosa detención, que cegados los ojos de los racionalistas no quisieron estimar las predicciones por recibidas del cielo, sino por compuestas adrede para hacer honroso tratamiento á los Profetas hebreos. En este particular, como el cielo de la tierra dista la *lucidez* profética de la *lucidez* mesmérica.

7. Para acabar de disipar las sombras, antes de pasar adelante, bueno será ocupar un rato en considerar el artificio usado por los magnetistas para plantar el sonambulismo lúcido en sus magnetizados. La principal actriz es la fantasía. Han sabido ellos muy sagazmente sacar útil y provecho de sus habilidades. Observado lo que pasa en el sonambulismo natural, dieron con ligereza en el clavo. El sonámbulo, dijeron para sí, no se pone á los azares peligrosos de la fortuna cuando entra en el piélago de sus ensueños, sin llevar por guía la preocupación; cuanto más fuertemente arraigada y encarnizada esté la preocupación en el ánimo, más seguro va el derrotero. Porque no tiene duda que la preocupación dominante hace prodigios en los sonámbulos espontáneos. Predomina en éste la idea de predicar: levántase de la cama, erige púlpito, entabla auditorio, se encarama en su armatoste, hace inclinación hasta el suelo, juega de una y de otra mano, habla con los gestos y garambainas casi tan bien como con la lengua, se encara con aquellos valientes postes, discurre desplegando filigranas de conceptos, suelta á punto el torrente de una desusada vehemencia, por dos horas ensancha el tema ensartando trozos aprendidos, con que alienta, exhorta, persuade, reprende, sacando al fin con tan lindo despejo una pieza oratoria tan acabada, que tal vez en toda su vida normal no haya compuesto ni sea hombre para componer una oración más tierna y sentenciosa; baja, en fin, del púlpito, la frente rociada de sudor, molidos con la carga los huesos, ufano nuestro durmiente orador de haber dado cima gloriosa á su afán de predicar: á satisfacerle ayudaron los sentidos con sus percepciones reales de los objetos exteriores, sin que lo desproporcionado de ellas fuese parte para detener el vuelo oratorio. Encajósele á otro sonámbulo la manía de escribir: deja la cama á las doce del día, y pensando que es noche cerrada enciende el mechero de gas, prepara sus bártulos, toma la pluma; con la pluma en la mano estaba cuando va otro y le mata la luz; ni por esas: tornará el sonámbulo á encender el acetileno, porque sueña estar á obscuras aunque le bañen el aposento los rayos del meridiano sol. De parecidos lances está tan llena la historia del sonambulismo, que el Dr. Mesnet no reparó en reducir á estas breves palabras, según las refiere Joly, la substancia de todos los casos: *Los sentidos estaban despiertos, mas solamente ejercitaban su acción en esfera limitada,*

siempre de molde con la idea dominante (1). Los sentidos, fidelísimos servidores de la fantasía, adquieren tal vez un grado sumo de finura en el percibir cosas que fueran imperceptibles á otras personas; pero al sonámbulo le causan vivísima impresión cuando están conformes con su tema principal, cuyo desenvolvimiento va haciendo más correa cuanto más largas le dan con el cordel de las impresiones.

Preciosos intereses pensaron los mesmeristas sacar de esta particularidad estudiada en los sonámbulos naturales. A fuer de grandes ingenieros investigaron si era posible sugerir al hombre magnetizado un concepto dominante, una preocupación principal que les sirviera de gobernalle para encaminar el rumbo adonde les pudiera ser de provecho su industria. Asiendo por los cabellos la ocasión, discurrieron que por ser la fantasía una potencia extravagante, de tan voltaria condición, de aprensiones tan vivas, no confinaba con lo imposible el despertar en ella un círculo de imágenes por medio de sensaciones ordenadas, que les sirviesen de hilo conductor, con que regular la dirección del sujeto en el laberinto de sus loquísimos fantasmas. Taine cita el hecho siguiente, atestiguado por Carpenter: *Un oficial de marina tomó el estilo de cantar durmiendo; sus camaradas le incitaban al canto con sólo musitarle al oído. Entretenimiento, que les ofrecía ratos de gustoso deporte, á costa del sonámbulo. Una vez le encalabrinaron, por sus pasos contados, en un gran pelotero que hubo de rematar en desafío. Cuando la parte contendiente dijo que estaba ya en el paraje señalado, pusiéronle en la mano una pistola, él la descargó, y al estampido salió de su profundísimo sueño* (2). ¡Cuántas veces le harán creer á un sonámbulo, andaluz por ejemplo, que oye la jota, sin haber quien la toque en todo el vecindario! Y si fuera sonámbula, poco habría de costar sacarla á bailar al son de la jota sugerida, no obstante sus remilgos y repulgos de beata. Esto significa que cuando una idea dominante logró tomar asiento en el ánimo del dormido, las potencias sensitivas é intelectuales se hacen de mancomún para amontonar especies y fraguar nuevas figuras, con el fin de completar el cuadro sobre el imaginado dibujo, si le asiste al sugiriente destreza en ordenar las imágenes (3).

El efecto será mayor, cuanto sea mayor la autoridad del sugiriente respecto del sonámbulo. Una palabra imperiosa bastará para desenvolver en el campo de la fantasía todo un mapa de representaciones que choquen vivamente unas con otras, hagan muy al propio su figura y papel, y enciendan en el pecho del paciente afectos de temor y esperanza, de odio y amor, de alegría y tristeza, de

(1) H. Joly, *L'imagination*.—Citado por Bonniot, *Le miracle*, p. 372.

(2) *De l'intelligence*, t. I, p. 417.

(3) P. Bonniot: On peut remarquer, dans toutes ces observations, comment l'âme s'empresse de broder elle-même à mesure qu'on lui fournit de l'extérieur des bouts de canevas. Elle est aidée et guidée un peu par la raison qui sommeille, et beaucoup par l'association qui existe entre ses souvenirs. *Le miracle et les sciences médicales*, 1879, p. 116.

osadía y desaliento, y de todas las pasiones necesarias al premeditado designio.

8. Los mesmeristas, estudiada la condición del sonambulismo natural, trataron, pues, de forjar la clave del sonambulismo magnético. El artificio consistía en hacerse dueños de la imaginación, y por ese portillo apoderarse de toda la fortaleza, porque, tomado el imperio sobre la parte menor, entendían cuán fácil les era hacer de los mandones y calzarse el gobierno de toda la persona. Para hacer mella en la imaginación y tenerla á su mandar, procuraban darse un baño de piedra mármol, revistiéndose en estatuas de reposo y mesura, clavar después en el sujeto la vista con firmeza y serenidad, luego accionar con vivos ademanes, demudar el rostro gravemente, usar de lenguaje severo, acompañar, en fin, sus personas de todo aquel aparato que fuese más eficaz para dejar impresa en el alma del cliente la figura del magnetizador, de suerte que pudieran todos decir con el Dr. Ricard: *el sonámbulo está identificado conmigo, es una máquina automática puesta en mis manos* (1).

Ya prevenidos con las demostraciones de autoridad y con el aparato de adminículos mecánicos, pusieron manos á la obra. Mas antes de soltar las velas convenía cautelar los bajíos. Las disposiciones individuales de los magnetizados podían desviar y volar la virtud del magnetizador. Sin la confianza en la habilidad del práctico corría peligro de venirse todo á pique. Una voluntad rebelde fuera un escollo formidable. Entréguese, pues, el magnetizando á merced del magnetizador, tenga confianza ilimitada en su virtud, dele amplia comisión, ponga las llaves de la fantasía á tan segura custodia; él, entre tanto, quédese ignorante de los efectos que le han de sobrevenir, recójase en su interior, coopere con todas sus fuerzas á la obra del mesmerismo, y remita hidalgamente á la eficacia del invento las resultas de su ciega sumisión.

Esto en verdad sucedió. Apenas la infusión del mesmerismo turba el sentido del hombre, á los pocos pases queda en brazos de Morfeo, cierra los ojos, empieza la modorilla á insinuar fantasmas, descúbrense ya señales de extraña lucidez. Los circunstantes se miran unos á otros, asombrados. ¿Se asombra por ventura el empírico? En ninguna manera, porque sabe que el diálogo entablado con el durmiente, á vueltas de las sucesivas preguntas y de las ajustadas respuestas, desenvolvió en él la lista regular de conceptos sugeridos: el práctico se apoderó del timón, y la navecilla hiende las olas, siguiendo el predeterminado rumbo. Este es el caso más frecuente. ¿Qué razón hay para que cause asombro la lucidez magnética, yendo tan ingeniosamente ordenada por el práctico? Escuchar las especies de un sonámbulo, que las echa por la boca porque se las metieron en la testa, no debería espantar á nadie. Lo admirable sería que articulase predicciones del todo nuevas, no sugeridas de nadie,

(1) *Traité théor. et pratique du magnét. animal.*—Bonniot, Ibid., pag. 374.

no aprendidas de la experiencia, inaccesibles al común de los hombres, y con todo eso, conformes con la verdad de los hechos: de ellas hablaremos en lugar más oportuno. Pero, en realidad de verdad, la ciencia del magnetizado nunca sale del paso ni se alarga en la carrera un punto de la ciencia del magnetizador; al contrario, quédase atrás en muchos conceptos. Gran trabajo le cuesta al mesmerista el proemio y el ensaye, mucho suda para adiestrar á su discípulo, grandes esfuerzos ha de hacer éste para responder á las fantasías del maestro; largo tiempo se gasta en templar las cuerdas y en solfear entre dientes antes de cantar; cuando los esfuerzos se han agotado por una y otra parte, el gorjeo que resulta es á veces bien mezquino, apenas llega á un desmayado parcemiqui. Basta abrir un libro magnetista para convencer que los actos de clarovidencia, aunque sean muy naturales en los sonámbulos, dejan infinito que desear si han de satisfacer las condiciones de la profecía.

El vulgo, que no conoce la tramoya, suele romper en admiraciones cuando observa la conformidad de la predicción con la realidad de lo predicho por el sonámbulo. La coincidencia no es para dejar á nadie absorto. Lo más que puede conseguir el magnetizador es que la imaginación del magnetizado se amolde á la suya propia; pedir más, fuera graduarse de idiota en el oficio. ¡Cuántas veces un sonámbulo, en medio de su crisis, embaza, y atascado, nunca sale del trampal! La menor insinuación del práctico bastará para guiar al atollado. Así lo testifica el muy experto Olivier. *Si por acaso*, dice, *no se le ofrece al sonámbulo la palabra propia, no bien la pronuncio yo cuando él la repite, diciendo: paréceme que acaba usted de soplarme esta palabra* (1). En lo mismo estuvo Ricard: decía que, para sondear los pensamientos peculiares del magnetizado, convenía que el magnetizador hiciese pausa en los suyos propios, porque luego vería claro á qué desatinos daba lugar su momentáneo silencio.

9. De todo lo dicho consta que los fenómenos de clarovidencia se derivan de la imaginación, ni merecen otro concepto. Por semejantes á ellos se han de tener los advertidos en crisis nerviosas, como va dicho más arriba. En los achaques neuropáticos se torna á veces tan fino y delicado el sistema nervioso, que con sólo sospechar los dolientes que les llega el momento de la crisis predicha por ellos, de verdad la experimentan en aquel determinado punto. Cuéntase de un enfermo que se le puso en la imaginación cómo á la primera campanada de las doce había de sobrevenirle el acceso; en hecho de verdad al caer de las doce le sobrecogió el accidente. Al criado se le ofreció parar el péndulo del reloj, y luego, mucho después de las doce, participó á su amo que la hora del accidente había pasado ya. Con esto le demostró que la profecía era juego de cabeza. La inocente travesura del criado curó de raíz el achaque del se-

(1) Bonniot, *Traité du magnétisme.* Ibid., pag. 380.

ñor (1). Cuando, pues, nos dicen los sonámbulos que ven, que oyen, que saborean, y que ven por el occipucio, que oyen por el epigastrio, que huelen por los pulpejos de los dedos, que paladean por la región frontal, que penetran el interior de sus cuerpos, no dicen sino lo que su embabiamiento les representa, ó lo que el médico mesmerista les encajó en la imaginación. Por tan prodigiosas han de reputarse estas operaciones como las del sonambulismo natural, en que las imágenes coinciden, poco más ó menos, con las realidades exteriores. La fantasía ayudada del instinto, que es facultad admirable y poderosísima, da buena cuenta del mesmerismo, sin que debamos descubrir en él cosa alguna que de mil leguas se acerque á la grandeza de la profecía, como lo acabará de probar el artículo siguiente.

ARTÍCULO III.

1. Las previsiones del mesmerismo no son proféticas.—2. Los Profetas no eran sonámbulos, ni sus predicciones se contenían en causa natural.—3. El mesmerismo no ha vaticinado sucesos futuros.—4. Sin razón atribuyen algunos mesmeristas los fenómenos lúcidos á la intervención de ángeles buenos.—5. Los *Videntes Magnáticos* de Billot.—6. El magnetismo animal degeneró en nigromántico.—7. Swedenborg.—8. Magnetismo alumbrado de Cahagnet.—9. El español Almiñana.—El magnetismo transcendental fué un pasaje al espiritismo.—10. Nuevas facultades logradas por los mesmeristas recientes.

1. Con muy malos ratos habían de comprar los mesmeristas el diploma de Profetas que á sus sonámbulos querían librar. Las tales cuales previsiones del magnetismo animal se encerraban dentro del círculo de las naturales causas: no era empresa de gigantes el barruntarlas y proferirlas. No así las previsiones proféticas: ninguna causa natural es poderosa á suministrar de ellas meros barruntos al ingenio más perspicaz. Mas donde se embarrancó en todas ocasiones el sonambulismo mesmérico fué en la previsión de los futuros contingentes libres, que constituyen la esfera más alta y peculiar de la profecía; porque si bien el conocer cosas ocultas pasadas ó presentes, así como el señalar puntualmente efectos futuros que en causas actuales tienen librada su entidad, son blasones propios de la profecía, especial distintivo suyo es antever y avisar las determinaciones futuras de los agentes libres, con precisión indeclinable.

A tan soberana alteza de conocimiento no se arrimó nunca la penetración del sonámbulo magnetizado. El mesmerista Deleuze, con severidad de lenguaje, amonestaba á los exagerados encomia-

---

(1) Bonniot, *Le miracle*, pag. 386.

dores del magnetismo animal, cuando le sacaban de paciencia, diciendo: *Yo sé que algunos entusiásticos autores han tirado muy adelante la barra á vista de los fenómenos. Por haber advertido que los sonámbulos en ciertos lances y con ciertos signos mostraban facultad de predecir lo futuro, extendiéronla ellos sin término á todo linaje de cosas. ¿Queréis excusar el error? No admitáis por ciertos sino hechos bien averiguados; de haber el sonámbulo presagiado un suceso próximo y dependiente de causas por él conocidas, guardaos de concluir que le sea dado con igual facilidad predecir sucesos lejanos y ajenos de su persona. Guardaos en especial de juzgar por infalibles sus predicciones. Eso sería tan peligroso en moral, cuan absurdo en física, porque supondría que todos los eventos están encadenados entre sí por ominosa necesidad; eso nos lanzaría en el golfo del fatalismo* (1). Bien al justo define el doctor magnetista el campo de las sonambúlicas previsiones; las causas de ellas por contenerse dentro del recinto del orden natural, pueden ser notorias al sonámbulo; así y todo no se han de estimar infalibles sus prenuncios. Harto clarea en Deleuze el intento de los científicos de buena ley; nunca le mintieron sus esperanzas. Los consejos de Deleuze conservan su valor en la hipótesis de aquellos psicólogos que trataron las potencias del alma humana como independientes y no necesitadas de la materia corpórea, porque tan mal seguro anda el hombre cuando lee con los ojos del alma, como cuando lee con los del cuerpo, en el horizonte obscurísimo de lo por venir.

Más claro se ve el concepto de Deleuze en otra parte, donde dice: *El estado de crisis, si concede la potestad de ver ó de predecir lo futuro, es solo cuando se combinan los efectos que deben resultar de los fenómenos presentes. De aquí nace la diferencia esencial entre los sonámbulos magnéticos y los Profetas inspirados de Dios que anunciaron la venida del Mesías y los desastres de Jerusalén. Si, como harto me lo temo, quieren descubrir Profetas en los sonámbulos, si el magnetismo se aplica á otra cosa que á curación de enfermedades, si se complica con filosofía oculta, podemos estar seguros que los hombres discretos le tratarán con desdén, y puesto en manos de gente de ardorosa fantasía, desviado de su fin, causará más daño que provecho* (2).—En la manera de querellarse da nuestro Doctor á entender bien á las claras, que ya en su tiempo, en el primer tercio del siglo pasado, iba el mesmerismo torciendo el rumbo con sus necias aspiraciones á la ambición de ciencia oculta. Lastimosa condición del hombre, echar á perder sus propias invenciones cortándose la mano derecha con la siniestra, por no complacerse en deber á solo Dios el conocimiento de lo futuro.

Podría sufrirse en una sonámbula la predicción de cosas tocantes á la salud suya ó de otras personas, por la aparente conexión entre lo experimentado en sí y lo que verosímilmente le espera, cuando

(1) *Hist. crit. du magnét. animal*, vol. I, pag. 171.
(2) *Hist. crit.*, vol. II, p. 289.

dejase en todo caso á la divina Providencia el curso de sus inapeables secretos; mas si la sonámbula más lista devana su madeja infelizmente en el desembrollar su estado actual, si caen todas con tanta frecuencia en palpables contradicciones, según más atrás se dijo, ¿con qué razonable discurso podrá sostenerse que quien apenas tiene maña para abrir su propia casa, eche la llave, no solamente á la puerta de los demás, sino lo que monta sin comparación, penetre los senos tenebrosos de lo por venir, registre los efectos contingentes é indeterminados, tome cuenta y razón de los actos voluntarios que no tienen ser, ni afinidad por ningún cabo con las impresiones personales de la paciente? Pretender que el Sumo Dios, conocedor autorizado de los futuros libres contingentes, se los saque en claro día á un sonámbulo por el solo respeto de estar magnetizado, sería arrojo sin consideración ni tiento, porque sería atribuir al magnetismo virtud especial para desconcertar la naturaleza humana, porque sería gloriarse de haber hallado el arte de beatificar y divinizar al hombre entronizando su poder sobre las regalías de los ángeles, porque sería presentarle al ciego mortal un telescopio mágico que le ponga delante y le haga perceptibles los actos individuales que no son y tal vez nunca serán: ¿dónde han hallado los mesmeristas que el título de magnetizada le confiera á una sonámbula tan inestimable privilegio?

El magnetizado es hombre, tan hijo de Adán como los demás; su alma no entró en docena con los espíritus puros, levantada á la cumbre de la *lucidez* magnética vive en correspondencia con las cosas sensibles mediante los órganos corpóreos, válese de los cinco sentidos para granjear imágenes, el mismo trastorno mental muestra lo unida que está al cuerpo durante el desamparo de los sentidos; ¿qué significa todo esto, sino que el alma del sonámbulo no vive independiente de los órganos materiales, ni obra á guisa de espíritu puro, como ya lo tenia demostrado el magnetizador Tardy, cuyas cartas elogió Deleuze con sobrada razón (1)? Ni es necesaria otra prueba, para ponerlo en clara luz, que la experiencia de los mismos sonámbulos. ¿Cuál es la forma y materia de sus predicciones? Prenunciar que les sobrevendrá el accidente á las tantas de la tarde, que en tal hora despertarán, que dentro de dos días harán y acontecerán, y cosas semejantes, que son todas cuentas humanas, maneras de obrar á lo humano, artes y trazas conformes á las estiladas por todo el linaje humano. Luego las almas de los magnéticos no gozan de exención, tan pegadas viven á sus cuerpos como las de los demás mortales, sujetas están á las condiciones de lo sensible y caduco, de sus propios y naturales conceptos ceban las espirituales potencias, ni se pueden erigir á obrar espiritualidades sin servirse de los sentidos. Presumir que levanten los vuelos á ver las cosas humanas en la corriente inacabable de la eternidad, todas á la vez sin

---

(1) *Hist. crit. du magnét.*, vol. II, p. 157.

distinción real de siglos, y que las vean con certidumbre infalible, sería volver en humo y en nonada los hechos que el mesmerismo nos pone á la vista. *La previsión de los sonámbulos es tanto más incierta, cuanto más remotos están los acaecimientos;* máxima experimental de Deleuze (1).

2. Bajemos al palenque con los mesmeristas para presenciar cuánto va de sonámbulos á Profetas. El cotejo, impertinente en otra época, se hace en la nuestra oportuno y necesario. Confrontar Profecías con *profecías* no puede ser sino vergonzoso á los alumnos de Mesmer, que afectan una cierta obscuridad en levantar el magnetismo á la cumbre superior con espumas de elocuencia vanísima. Encomiador celoso fué Teste; así escribía de los Profetas hebreos: *Los Profetas ó Videntes de Israel eran consultados sobre los ordinarios lances de la vida no menos que sobre las cosas santas. Saúl consulta á Samuel acerca de las pollinas que su padre había perdido. Acab, deseoso de saber si ha de presentar batalla para apoderarse de Ramot Galaad, convoca á cuatrocientos profetas. Dios habla en sueños, en visiones nocturnas, para avisar al hombre el mal que hace y enseñarle lo que le conviene saber* (2). Así explicaba el mesmerista la virtud magnética de los hebreos. Porque los Profetas, en su opinión, eran sonámbulos, y sonámbulos magnetizados, sin diferenciarse de los pseudoprofetas, puesto que Teste los envuelve á todos en la misma calificación. ¿Había Teste pasado los ojos por el tercer libro de los Reyes, ya que atribuye á la turba de adivinos el mismo grado de *lucidez* sonambúlica que á los verdaderos Profetas? A buen seguro, no cayó Teste en la cuenta de la índole peculiar del profetismo hebreo. La consulta de Saúl sobre las pollinas, no prueba que el consultado Samuel fuera sonámbulo; mucho menos lo prueba el revelar Dios al hombre en sueños su soberana voluntad. La dialéctica de los mesmeristas nos da la sonda con que medir la profundidad y alteza de sus ingenios.

Dictamen fundamental de los mesmeristas, sugerido por la cotidiana experiencia, es que las predicciones de sus sonámbulos encierran en sí la causa de los efectos, que después acaecen á su tiempo conforme fueron prenunciados. De forma que, en sentir de los mesmeristas, el enlace de los sucesos con la crisis del sonámbulo es íntimo, natural, perentorio. Si quisiesen tocar con las manos la verdad, poco trabajo les costaría abrir cualquier vaticinio de la Escritura para convencerse de su error y dar á los Profetas la palma. Isaías, el primero de los mayores, vió á Babilonia en dos estados, en la cumbre de la prosperidad y en profundo abatimiento. ¿Qué lugar ocupaba en el ánimo de todos los hombres el crédito de Babilonia cuando Isaías la vió en dos estados tan opuestos? Ínfimo, casi nulo podemos decir. ¿Qué humana previsión pudo suministrarle noticia del encumbramiento y de la caída? Ninguna. Además, Isaías

(1) *Hist. crit.*, vol. I, p. 195.
(2) *Manuel practique du magnét. animal*, p. 15

no solo antevió el nacimiento de Ciro, sino supo también que Dios le tenía escogido para humillar la ufania de Babilonia. ¿Cuándo le vino á Isaías la nueva de tan inesperada elección? Dos siglos antes que Ciro naciese (1). Finalmente, Isaías contempló despoblada la ciudad de Jerusalén, la más poblada á la sazón de las ciudades de Palestina; miró el Templo de Salomón por tierra, cuando echaba rayos de gloriosa claridad; vió derribadas las estatuas de los ídolos caldeos, cuando su culto florecía en tantas ciudades de Babilonia (2). ¿Qué linaje de sugestión le pegó á Isaías con tanta fuerza y asiento aquella novedad tan extraña de previsiones? ¿Qué éxtasis natural, qué jaez de sonambulismo conmovió las fibrillas de su cerebro para que fraguase tan raras imágenes? Y con todo eso, ellas fueron la pura expresión de la verdad, porque á cada una de ellas respondió el tiempo con cabal verificación, sin ninguna de ellas desviarse un punto de la verdad histórica. No es necesario proseguir notando en los demás Profetas, mayores y menores, parecida manera de predecir. El libro antecedente ha hecho la costa con hartos materiales; si los magnetistas se dignasen pasar por ellos los ojos, siquiera de corrida, harían buena conjugación de cosas con cosas.

También los Evangelios están sembrados de proféticas predicciones, en cuya comparación los oráculos del sonambulismo magnetista quedan en la reputación del cero. No queremos paralelarlos con los del divino Redentor, que sería poner la pequeñez al lado de la estatura más descollada. Sólo nos atrevemos á conmemorar aquella hermosísima salutación de Santa Isabel, madre de Juan Bautista, en que, tornando á la Virgen María las saludes, le dijo: *Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre* (3). Esta inspiración profética abarca la llenez de los tiempos y la sucesión de todas las edades, pues señala á las generaciones humanas las bendiciones que en María les habían de caber. ¿Qué sonámbula, anciana como Isabel, hubiera extendido tan dilatadamente el campo de su previsión (4)?

Finalmente, la historia eclesiástica es depositaria de un número tan sin número de vaticinios admirables sobre actos libres, que fuera ocioso trabajo añadir á los citados en el capítulo doce del libro anterior los muchos que se podrían amontonar. Uno entre tantos se podrá ofrecer á la consideración de los mesmeristas, para que le pongan en la cuenta de los de sus sonámbulos, si así les pareciere bien. Andaba por Nápoles una mujer vestida de soldado, todo el mundo lo ignoraba, llamábanla Carlos Pimentel. San Francisco de Jerónimo, cruzando un día la plaza donde el disfrazado se hallaba detenido, le llamó aparte y le dijo: *Tú mientes el sexo femenil, no eres varón, sino hembra; tu nombre es María Elvira Cassier, el de tu*

(1) Is. XIII, XLV.
(2) Is. XLIV.—XLVI.
(3) Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui. Luc. I, 42.
(4) Véase lib. II, cap. VII, art. 1, n. 4.

padre era Francisco Cassier, porque tú y tu hermana quitasteis la vida á vuestro padre cuando le acompañabais á Ginebra, y dejasteis su cadáver cubierto con retama. Estos hechos se habían ejecutado en Francia algunos años hacía, sin que á nadie se le hubieran traslucido. La parricida, con su uniforme de soldado, testificó la verdad, como consta en los procesos (1). La profecía no ha menester más glosa. Todas las pronunciadas por los sonámbulos del mesmerismo no tienen juntas valor ni estima al lado de ésta, que es una de tantas como San Francisco de Jerónimo pronunció.

3. Pero justo será ponderar otra especial circunstancia. Cuando el mesmerismo comenzó á alborotar el mundo con su primera entrada, la revolución francesa estaba á punto de dar estallido. Corríales á la sazón muy buena fortuna á los magnetizadores de Lión, de Strasburgo, de Ostende. ¿Qué sonámbulo predijo el gran trastorno que todos los hombres previsores pesentían ya cercano? ¿Qué sonámbulo antevió las gorgozadas de aquel volcán horroroso, los tajos de la guillotina, los desafueros del filosofismo, la desolación de la pobre Francia? ¿Qué sonámbulo barruntó el imperio de Napoleón, del hombre funesto que había de remachar la cadena humillante del pueblo francés? Guardaron silencio los sonámbulos magnetistas. ¿Le rompieron por ventura más adelante? Continuaron mudos como idiotas, sin acertar á entrometerse en el corro de pseudoprofetas que cantaban las glorias futuras del Gran Monarca, apuntadas en el capítulo antecedente. No repliquen que tampoco los Profetas cristianos dieron luz á aquellas tinieblas con sus predicciones; porque los cristianos nunca han hecho ostentación de profetizarlo todo, como la hacían los mesmeristas, que teniendo las manos en la masa nunca llegaron á dar el punto de sazón á un solo vaticinio. Por manera que los mesmeristas disfrazaron tan mal la ineptitud de su arte, que ni siquiera le tuvieron para formar pseudoprofetas, propaladores de embustes, ni aun dieron en la traza de brujulear cosas remotas dependientes de la humana libertad. Hicieron como el que tiene corta vista, que no mira lejos por no caer, pero si mira junto á sí es con su cuenta, porque le conviene asentar bien el pie. De donde habían de colegir los amigos del magnetismo animal, que no tan sólo no merecen sus sonámbulos ladearse con nuestros Profetas, mas ni aun ir en compañía de los pseudoprofetas gentiles y cristianos.

4. Más en particular habla esta verdad con aquellos autores espiritualistas que buscaban en los ángeles buenos la causa de los fenómenos más extraordinarios del magnetismo animal. No se concertaba con su sentir el experto Deleuze. *Paréceme á mí,* decía, *que esa hipótesis estriba en una quimera* (2). En verdad, si los ángeles comunicasen con los durmientes magnéticos, razón había para espe-

(1) *Raccolta di avvenimenti spettanti alla vita del B. Francesco de Girolamo, estratta dai processi*, cap. IX.
(2) *Hist. critique sur le magnét.* t. I, chap. IV.

rar que el aumento de la memoria, el arrebato de la fantasía, la prontitud en componer imágenes, la noticia de las propias dolencias, el estado, en fin, de crisis que señorea en los sonámbulos, los despertase y encendiese al conocimiento de cosas más graves, más útiles, más secretas que las que suelen conocer, por cuanto de espíritus angélicos es mirar con madurez, tratar con gran concierto, pasar la raya de lo común, añadir prodigios á prodigios, salir de mar á mar en sus intimas comunicaciones.

5. Denos el prudente lector licencia para mortificar su atención con las extravagancias del siglo pasado. El Dr. Billot en el año de 1839, en que el mesmerismo había doblado ya muchas puntas y padecido hartos azares, regaló á la publicidad un libro de incomparable donosura (1). El solo frontispicio descubre toda la traza del autor. Da el nombre de *Magnático* al fluido engendrador del sonambulismo artificial; llámale así con tan augusto renombre porque desciende del trono de la divinidad por medio de los *Magnates* del cielo, que no solamente le infunden á borbollones en el cuerpo del sonámbulo, mas también le atizan y revegetan de continuo asistiendo al magnetizado, hablando por su boca, sugiriéndole remedios, descubriéndole cosas secretas, de modo que los sonámbulos magnéticos son *Videntes Magnáticos*, pues tal es su nombre propio, porque los ilumina una luz interior y celestial que no ha menester ojos ni favor de lumbre solar para poner de manifiesto cosas arcánicas.

Dignas de notar son las propiedades atribuidas por Billot á los ángeles guiones de los sonámbulos. *No son espíritus,* dice, *dotados de inteligencia superior; al revés, la poseen tan limitada cuanto lo es la del individuo sometido á su custodia.* (2) *Dijo un ángel en cierta ocasión, que estaba mal enterado de las enfermedades para poder puntualizar el estado de una enferma* (3).—Otro ángel, recluido y enjaulado en una pierna, respondía con movimientos de las choquezuelas, mas como Billot le avisase de la deshonra en seguir la conversación teniendo el sonámbulo la rodilla desnuda, pareció mejor hacer que del reclusorio de la pierna pasase despachos arriba, y respondiese con meneos de cabeza (4).—A una sonámbula se le puso delante una doncellica acompañada de un ángel *in puribus* en señal de inocencia (5). Tirando líneas Billot, un poco más abajo, sobre las predicciones que á veces dictan á los sonámbulos sus angélicos mentores, dice con advertencia: *No todas las respuestas de los sonámbulos han de pasar plaza de oráculos, la falta de lucidez y otras mil causas pueden inducirlos en error; por eso no ha de ser ciega la fe en el sonámbulo consultado, pues la experiencia acredita no haber sonámbulo, por más lúcido que esté, que se vea libre de engaño. Y así conviene someter al dictamen de un hombre ducho los remedios indicados por el sonám-*

(1) *Recherches psycologiques sur la cause des phénomènes extraordinaires observés chez les modernes voyants, improprement dits somnambules magnétiques.*

(2) *Recherches psycolog.*, t. I, pag. 97.

(3) Ibid., t. II, pag. 118.

(4) Ibid., t. I, pag. 45.

(5) Ibid., t. II, pag. 248.

bulo (1). Cuerda resolución, por cierto; mas entonces, ¿en qué estima se han de tener las recetas de los Magnates del Empíreo? ¿Qué honra tributó Billot á los espíritus angélicos?

No sería prudente, ni hace á nuestro propósito, extender el discurso á todos los hechos que en sentir del autor demuestran la intervención de los ángeles en esta suerte de fenómenos; ni tampoco nos incumbe entrar á discernir con Billot cuándo los ángeles serán espíritus buenos, cuándo espíritus malos. Parecíale al católico escritor que porque á las veces los sonámbulos en la crisis *magnática* daban consejos de vida eterna, proferían máximas espirituales, enseñaban moral evangélica, recomendaban la oración, mandaban rezar el Padrenuestro, encargaban devota lectura y exhortaban á la confianza en Dios, ya no era de sospechar el engaño respecto de ser los ángeles santos los inspiradores de semejantes avisos. Mas ¿quién no conoce, por la pinta de los efectos, no siempre demostrarse el espíritu y la causa que los produce, pues sabemos todos, y Billot no lo disimula (2), que el ángel de tinieblas tal vez se miente ángel de luz, comoquiera que no le falta astucia para fingirse devoto y santo, á trueque de coger en sus trampas á los presuntuosos y falsos místicos?

6. Quede, pues, concluido que ni Billot probaba, ni es posible probar con evidencia, la intervención de los ángeles santos en los fenómenos del magnetismo. Tampoco merece consideración la sentencia de algunos escritores eclesiásticos, que tacharon de supersticioso el magnetismo animal, por parecerles obra del demonio sus fenómenos extraordinarios. *La Civiltà Cattolica* alzó la voz hace más de medio siglo contra esa opinión, proponiendo la suya con ajustado criterio (3). La razón principal es, no haber necesidad ninguna de interponer la destreza diabólica para mostrar la condición de los efectos mesméricos, que suelen pasar por las manos de hombres dignos de consideración y estima.

7. Con muy diverso fallo se ha de sentenciar el magnetismo supersticioso, en que vino á parar el magnetismo animal manejado por hombres faltos de religión y de la verdadera fe. Corría el año 1743 cuando el sueco Swedenborg, consecutivamente á una enfermedad, comenzó á tener visiones. Asentósele que de continuo pasaba gustosas pláticas con ángeles del cielo, y vagaba por regiones de otro mundo, en donde se le ofrecían cosas de grande admiración, que le llevaban como atónito y dementado. La educación protestante, unida al desconcierto del sistema nervioso, hizo

(1) Ibid., t. II, pag. 362. (2) Ibid., t. II, pag. 84.

(3) E vero che il non veder noi l' impossibilità naturale di fenomeni strani ed inesplicabili, non è motivo sufficiente a crederli veri e naturali; ma nè pure conviene dare occasione di riso agl' increduli, ricorrendo senza necessità all' intervenzione diabolica; nè noi ci crediamo autorizzati a trattare generalmente di maghi e di *adepti alle potenze infernali* i magnetizzatori, tra i quali se sono irreligiosi e di cattivi o sospetti costumi, sono eziandio degli nomini stimabili, che rispettano la religione e ne osservano i doveri. Serie I, vol. VIII, p. 410.

del sueco un visionario famosísimo, cuya principal fantasía consistió en dar entidad de revelaciones celestes á sus jornadas por los espacios imaginarios. Esta manía tomó él por estribadero donde hacer piernas, y fijar el paso de la verdad religiosa, pues le pareció falta de arrimo la pedestre monotonía de las sectas protestantes. Porque los alumnos de las sectas místicas armaban toda la máquina de sus creencias sobre el sentimiento interior, estimado por ellos hijo de la inspiración celeste, y sobre la revelación privada y personal. Pero Swedenborg quiso quebrar un ojo al diablo; transformando el espiritualismo de las sectas místicas en una fantasmagoría rematadamente ilusoria, en vez de hallar arrimadero, perdió los estribos y se anegó en el océano de la fantástica ilusión. Fruto de su ruinoso desvarío fué la *Nueva Iglesia Cristiana* ó *Iglesia de la Nueva Jerusalén*, contraria á la secta de Lutero principalmente (1).

Pues no bien cundió por el mundo el rumor del magnetismo animal, los seguidores de Swedenborg, codiciosos de remendar su sayo con las tiras del ajeno, hablaron gravemente en favor de la nueva invención, engrandeciendo las doctrinas de su caudillo como las más ajustadas á la explicación de aquellas vanas maravillas. ¿Qué es una enfermedad? Un pellizco del espíritu diabólico, que el hombre llamó del infierno con el reclamo de sus desordenadas pasiones. ¿Qué será, pues, el magnetismo animal? La escoba que barre del cuerpo humano y avienta las roeduras é influjos de los malos espíritus. Cuando el magnetizado se vuelve sonámbulo, señal manifiesta es que el espíritu de la enfermedad ha sido echado de casa á escobazos del espíritu bueno y tutelar, que entonces hace de mandón, hablando por boca del paciente dormido. Estos espíritus buenos, al cabo de todo, no son otra cosa, á juicio de la secta, sino las almas de los difuntos. Las revelaciones, visiones, vaticinios, interpretaciones bíblicas y demás operaciones extraordinarias, celebradas por los swedenborgistas, de esta fuente original manaban. Los magnetizadores, toda su habilidad colocaban en transportar sus sonámbulos por las regiones planetarias, en busca de almas de muertos (pues excusado afán era buscarlas en el cielo, purgatorio, infierno, limbo, que no tienen ser en concepto de estos sectarios), y dondequiera que daban con ellas, se entretenían muy á su sabor, puestos á tú por tú, franqueándolas el pecho para recibir altísimas comunicaciones.

8. Principal muñidor del magnetismo iluminado fué Alfonso Cahagnet, otro visionario nigromántico, que obtuvo en París el cetro del sonambulismo transcendental por algunos años, con el privilegio, casi rodado, de tener visitas frecuentes del difunto Swen-

(1) Nació Swedenborg en Stockolmo á los 29 de enero de 1688, murió en 24 septiembre de 1772. Apenas llegaron á cinco mil los secuaces de su secta en la época más floreciente. A mediados del siglo XIX comenzaron á dar tumbos, llevados tras el soplo de cualquier vientecico. Aun los Irvingianos, que entraron en su lugar, andan vendidos á mil desdichas. *Dictionn. de théol.*, t. XXII, pag. 534.

denborg, á quien llamaba *el dios de los extáticos* (1). La doctrina que expuso en sus libros (encartados en el Indice por la Sagrada Congregación) es absurda por extremo, como lo advertirá luego el avisado lector en los retazos siguientes.—*El magnetismo es la quinta esencia de lo más puro que hay en el hombre, es una influencia divina, es lo más acendrado de Dios* (2).—*Las verdades, probadas matemáticamente por la ciencia, quedan anuladas por las leyes espirituales, y lo que parece razonable no todas veces es verdad* (3).—*En las inmensas regiones, conocidas de la remotísima antigüedad con el nombre de manchas solares, hormiguean rostros humanos con alas y sin alas seres gaseosos y etéreos; quien los ha visto, ha tenido que ver a fortiori los habitantes de la luna* (4).—*En general, todos los elementos mundanos están mixturados con los espíritus, y no son sino compuestos de espíritus* (5).—*La homeopatía es preferible á la medicina ordinaria, porque se encamina derechamente al espíritu de la materia; ni hay partícula de materia, por mínima que sea, que no tenga su parte espiritual, ó mejor dicho, alma indivisible é inalterable* (6).—*El sol que vemos es el Dios de cielos y tierra, los espíritus no conocen otro, ni Dios fué jamás visto en otra figura. No hay más que un sol y ese es espiritual: el Dios del cielo y de la tierra, que alumbra cuanto tiene ser* (7).

Salgamos de la algarabía de disparates que vaporean el seso de los alumbrados. Las almas de los difuntos, poseídas de conocimientos tan desatinados, ¿qué crédito han de ganar cuando vengan á descubrir á los mortales los arcanos del tiempo? Ya se ve á qué norte miran los intentos de semejantes doctores: á guerrear contra la fe, á mofar de la revelación. Oigámoslos. *Las almas de los malos, recibida de Dios la repulsa para purificarse, andan vagabundas por la tierra. Terminada su peregrinación, suben al cielo como las de los justos. Nadie queda descartado. En el cielo todos son felices por un igual, bien que no todos son por un igual entendidos. Los que mueren simples ó locos hallan allí la felicidad en su simpleza ó locura, júntanse entre sí, cada cual cumple en el cielo su gusto* (8).—Dejemos otros muchos *arcanos* proferidos por los sonámbulos del iluminismo masónico. Como importábales á los alumbrados apagar toda centella de luz sobrenatural, por conseguir su pretensión no reparaban en invenciones ni en absurdas teorías. Toda la cáfila de triángulos, círculos, espejos mágicos, sahumerios, evocaciones, pactos, cédulas y demás supersticiones de la antigua nigromancia quedó en pública luz, á vista de todo el mundo, cuando, á pendón herido, pareció en Europa el magnetismo iluminado de Cahagnet. No evocaban estos magnetizadores las almas de los difuntos ni tenían correspondencia con ellas, pero encomendaban ese oficio á sus sonámbulos, que eran tal vez

(1) *Arcanes de la vie future dévoilés*, 1848, pag. 207.
(2) *Arcanes de la vie future dévoilés*, vol. I, pag. 85.
(3) Ibid., pag. 188.
(4) *Le magétisme spirit.*, n. X, pag. 247.
(5) *Arcanes*, vol. II, pag. 152.
(6) *Le magnet. spir.*, n. VI, pag. 150.
(7) *Arcanes*, vol. I, pag. 189.
(8) *Arcanes*, t. I, pag. 17, 92, 135.

mujercillas por ahí, y niños también inocentes. Los magnetizados, haciendo de los graves, se primeaban con los espíritus del otro mundo, portándose como enseñados á tratar con ellos asuntos de importancia, de cuya resolución daban parte á los magnetizadores fidelísimamente. En la fidedignidad de durmientes descansa el protocolo dogmático del magnetismo transcendental. Difuntos ni vistos ni oídos por gente despierta, ni recordados después por gente dormida, merecen á los secuaces del iluminismo absoluta y ciega fe. Quien esto considera y admite sin recelo las momerías de los espíritus, las truhanadas de los magnetizadores, los trampantojos de los magnetizados, muestras da de tener amodorrado el cerebro. Y quien todavía persiste en igualar los vaticinios magnéticos con los proféticos, bien merece ser tenido por loco a nativitate.

9. Escrúpulos le nacieron á Cahagnet acerca de su profesión nigromántica, según parece de una carta que escribió al sacerdote español Almiñana, donde le hacía la consulta de si las apariciones del magnetismo iluminado podían ser aprobadas ó condenadas por la Iglesia de Roma (1). La respuesta del presbítero español se podría tomar por indicio de la crasísima ignorancia que reinaba á la sazón en algunos miembros eclesiásticos, si fuese verdad que el propio Almiñana se la escribió al duchísimo Cahagnet. Estaba escrita en estos términos: *La creencia en las apariciones de espíritus en figura humana é individual no es contraria á la fe católica, especialmente que la Iglesia no ha fallado contra las apariciones de que usted me habla.* No toca Almiñana en su respuesta el asunto que tanto importaba dilucidar; porque no quería el célebre magnetizador averiguar si era contra la fe el creer que los espíritus aparecen en figura humana, sino si era contra la fe y contra la doctrina católica el evocar las almas de los muertos para tomar de ellas consejo, mediante el sonambulismo, acerca de los dogmas concernientes á la religión y á la vida futura. Al dubio así propuesto, cual le debía proponer Cahagnet y cual Almiñana debió entenderle, en vez de aplicarle éste oportuna solución, pasa de largo con gran ligereza, dejando al demandante en la misma perplejidad. No procedió Almiñana sin conocimiento de causa luego más adelante, cuando, presenciadas las apariciones nigrománticas, daba al incrédulo Cahagnet mil norabuenas de la gran merced que el cielo le había concedido, y cuando le exhortaba á encubrir con la capa de la humildad el goce de tanta gloria. La *Civiltà Cattolica*, que esto refiere, espantada de tan singular frescura, no supo qué juicio formar de un sacerdote español que así patrocinaba los errores del nigromante francés, como si tuvieran de secreto los dos compuesta y trovada la farsa (2). No vemos que Me-

(1) La carta de Cahagnet hállase en el segundo tomo de los *Arcanes de la vie future dévoilés*.

(2) Se veramente è un prete cattolico quegli che così scrive, non sapiamo qual cosa ci pensare di lui. ¿Come conciliare la sua fede coll ammirazione per un nigromante, incredulo alla religion cattolica, indifferente a qualunque culto, propagatore per mezzo delle sue pretese apparizioni di ogna sorta di errori? Serie I, vol. IX, pag. 63.

néndez y Pelayo haga memoria de Almiñana; pero considerada la condición de aquellos tiempos, como los describe el literato español en sus *Heterodoxos*, á nadie puede llenar de espanto el proceder del blandeante sacerdote, comparado con blanduras y apostasías de peor calaña.

Poco tiempo antes de la sobredicha correspondencia, la Sagrada Penitenciaría de Roma había divulgado (en 23 de junio del 1840 y en 21 abril de 1841) la respuesta, que después en el año 1847 renovó, del tenor siguiente: *La aplicación de principios y medios meramente físicos á cosas y efectos sobrenaturales, para explicarlas físicamente, es puro engaño del todo ilícito y heretical.* Si al presbítero Almiñana, que después fué cura párroco de la diócesis de Beauvais en Francia, le constaba de la decisión eclesiástica, no podía lavarse las manos con elogios y plácemes á las operaciones supersticiosas de Cahagnet, que era verdadero evocador de difuntos so capa de magnetizador mesmerista. Si después el mismo Almiñana escribió en francés un opúsculo con el epígrafe *Cristo calificado de magnetizador por la Sinagoga y por la incredulidad moderna, y el magnetismo defensor de la causa de Cristo*, no por eso quedan indemnes y sin tacha los créditos que la antedicha carta quitó á su honra y nombre, mayormente que el periódico *Le Magnétisme spiritualiste*, teósofo, supersticioso y maleante, anunció con loa la obreja de Almiñana, el cual, si no trató de reparar sus descuidos, incurrió la nota de participante.

Ha parecido oportuno descender á estas particularidades, que podrían parecer ajenas de lectores sesudos, con el fin de patentizar con qué arrebatado frenesí se apoderaron del magnetismo animal los incrédulos, puestos los ojos en calentar las cabezas contra la divina revelación y contra el verdadero vaticinio. La verdad en todo tiempo sobrenadó y tuvo debajo de sí las olas fluctuantes de la mentira. Por eso las perniciosas supersticiones, á que han dado ocasión los fenómenos magnetistas gobernados por hombres extravagantes y adversarios del catolicismo, han puesto en clarísima luz dónde vive la verdad y dónde se avecinda el error; con que por vía de contraste queda suficientemente demostrado pertenecer por entero la profecía al orden sobrenatural.

10. La vida del magnetismo animal había de ser efímera. Al cabo de un siglo le asaltan recelos tales de muerte próxima, que á pocas vueltas vendrá á morir del todo. Van ya notándose indicios de sus últimas boqueadas, porque, como el moribundo, dormita cansado en pausas trémulas, para tornar luego á revivir hasta acabársele la candela. En la persona de Puyfontaine dejóse ver, no ha mucho, una facultad muy peregrina. El escritor Gase-Desfossés la describe con tales colores como si le naciese al mesmerista de la raíz y centro de la propia voluntad. Consiste la pasmosa gracia en predecir hacia qué lado se desviará la aguja del galvanómetro, y, en efecto, hácela correr por aquella parte. Además, sin tocar los electrodos hace pasar de su sola voluntad, la corriente negativa ó

la corriente positiva, al gusto y buen placer del espectador, sin más traza ni artificio (1). Que el magnetizador Puyfontaine no deba su habilidad al magnetismo animal parece cosa llana, si consideramos que sus discípulos y amigos, tan valientes magnetizadores como él, jamás pudieron lograr la dirección *voluntaria* de la corriente magnética, según que el mismo Gasse-Desfossés ingenuamente lo confiesa. De otra parte le vendrá al mesmerista la *fuerza* extraordinaria, que parece peculiar privilegio. Antes de despacharle diploma de Profeta, esperemos las resultas de tan raros fenómenos, en cuyo desenvolvimiento podría entrañarse la pestífera raíz del *ocultismo*. Dije *del ocultismo,* porque el libro *Magnétisme vital* del autor mesmérico no deja de ser exuberante en flores ocultistas y espiritistas, como el Dr. Surbled se lo hizo presente muy á tiempo (2).

Sea como fuere, si en el interior del cuerpo humano brota una fontana fluídica, de cuyos raudales preciosos pueda la voluntad del hombre valerse para regular la dirección del fluido magnético, es negocio que debe demostrarse con experiencias evidentes, no basta un poco más poco menos. El día que se haga demostración de su realidad, se habrá descubierto en el magnetismo animal un agente fisiológico de nueva índole, muy distinto de la hipnosis, que procede por vía de sugestión, aunque los efectos de entrambos agentes fueran análogos. Entonces el magnetismo animal estaría exento del concurso de causa extranatural, como lo está la hipnosis en ciertos casos que se dirán más adelante. No por eso habrán los espiritistas adelantado un paso en su pretensión, no podrán convertir el fluido magnético, material de suyo, en perispíritu, en cuerpo astral, en *od* maravilloso. Mas hasta la hora presente muy lejos están los magnetistas de haber dado con eso misterioso venero, como lo acabará de mostrar á la clara el artículo siguiente.

ARTICULO IV.

. El *fluido vital* revive en estos últimos años.—2. Llámale Rochas otra vez á la vida con sus *sensitivos*.—3. Los *aparatos apuntadores*.—4. La *fotografía de las almas*.—Leyes de Iodko.—5. Experimento de Baraduc.—6. La teoría transcendental.—7. Otras arremetidas del Dr. Luys. - El silbato de Guébhard.—8. Los espiritistas vuelven á la carga. — 9. Derrota final del magnetismo.—Triunfo de la profecía.

1. Aunque las academias científicas decretasen por muerto el magnetismo animal cuando le veían dando arcadas precursoras del

---

(1) Il annonce à l'avance le sens dans lequel il veut faire dévier l'aiguille, et la fait dévier en effet; bien plus, il peut sans changer de mains les électrodes, faire passer à son ré le courant positif ou le courant négatif, à la demande du spectateur; c'est donc la volonté seule qui fait changer le signe du courant. *Magnétisme vital*, 1897, pag. 280.

(2) Nous ne pouvons suivre M. Gase-Desfossés sur ce terrain dangereux de l'occultisme; la science y perd ses droits. Nous sommes d'ailleurs persuadé que l'auteur, dont les idées spiritualistes et chrétiennes sont bien connues, se convaincra vite de son erreur. *Revue des quest. Scientifi.*, 1898, 2.ª série, t. XIII, pag. 267.

final estallido, sus patronos y regaladores obstinados en volver en gloria su polvo en estos últimos años le han echado agua á la cara con el pomposo aparato del *fluido vital*, con que pensaron darle nuevo ser y restituirle mayor lozanía. Resurrección mal simulada, que no exime al magnetismo del hielo de eterna muerte.

Más manoseado de lo justo fueron en el siglo pasado los *fluidos* y *efluvios* humanos. ¿Quién no tiene llenos los oídos de aquellas baladronadas de los magnetizados mesméricos, que veían brotar por dedos, ojos, boca de sus magnetizadores rayos luminosos, vibrantes efluvios, fluidos llameantes, hilos estrídulos y rechinantes? Y lo que es más de ponderar, ¿quién no está cansado de reirse de la bendilez de los mesmeristas, que daban ser corpóreo á los destellos flamígeros soñados por sus neuróticos clientes? Cuando un siglo ha el magnetizador Tardy de Montravel, varilla en mano, armado de placas, cargado de trébedes conseguía de una sonámbula que viese hilitos de oro sembrados de estrellas, chispas y centellas de varios colores; con asombro de los varones sensatos vendía por *fluido* la fantástica ilusión de una visionaria. La memoria de aquellos mentirosos renombres había de volar llevada por la corriente del río Leteo.

Entra en el mundo el Dr. Charpignon al cabo de ocho lustros con su caterva de zahoríes (*sensitivos* quiso llamarlos), para dejar atónita la gente con sus estupendas visiones. Todos los sonámbulos veían un vapor lumbroso alrededor de los objetos imantados. *Nunca*, dice, *pude cogerlos en falta, reconocían al punto la naturaleza de los polos, aunque no supiesen de qué se trataba. Les presenté piezas de oro, de plata, cobre, hierro, madera; cada una me la adivinaron sin necesidad de ojos ni de contacto; por la sola naturaleza del vapor luminoso que las rodeaban, las distinguían. El vapor era brillante, poco más ó menos, según la calidad del metal, de suerte que me causaba extrañeza el ver cómo los sonámbulos daban al oro el primer lugar y á la madera el postrero, intercalando por su orden el cobre, el hierro y el zinc, que era el orden electro-magnético de los metales* (1). No tenía Charpignon más testigos ni más espectadores que sus sonámbulos adivinadores.

No paró en solas estas manifestaciones la eficacia del fluido. El químico Reichenbach, con sólo tener por varias horas á sus magnetizados en total obscuridad, alcanzó maravillosos efectos. Cuéntalos él por estas palabras: *Cierto día coloqué un jarrón de flores delante del Sr. Endlicher, catedrático de Botánica, que era un «sensitivo» mediano. Entre atónito y aterrado exclamó: una flor azul, una glocinia. De hecho una «glocinia speciosa» se le ofreció á la vista estando él en total obscuridad, y la reconoció por la figura y el color. Mas á obscuras nada puede verse sin el auxilio de la luz, es ésta necesaria para divisar con tal evidencia una planta, que no sólo se distinga la forma, sino el color también. ¿De dónde le provenía la luz? De la planta mis-*

(1) *Physiologie médecine et métapysique du magnétisme*, 1848, p. 28.

ma iluminada: semillas, anteras, pistilos, corolas, troncos, todo se le representó galanamente alumbrado; aun las hojas podía percibir, bien que más sombrías: todo parecía como vestido de suave resplandor; las partes interiores eran las más brillantes, luego el tronco, al fin las hojas (1). Lo experimentado en cuerpos extraños lo adivinaban estos zahoríes en órganos de los suyos propios.

Sacó Reichenbach de sus experimentos que el fluido magnético, denominado *od* por el químico, puede emanar de todos los cuerpos y pasar del uno al otro por una secreta resultancia. Consecuencia mal deducida. Porque, primero, ¿qué tiene que ver el *efluvio ódico*, démosle ese nombre, con el efluvio magnético animal? ¿Cuándo llegó Reichenbach á demostrar que el *fluido ódico* fuese animal ó vital? Supongámosle ponderable, imponderable, interior, exterior, ¿no dependía acaso de esfuerzos físicos que piden tiempo y tiento? Además, ¿qué hace ahí la voluntad, la imaginación, el sentido del hombre? Nada, si no le ofrecen apercibida la materia para divisar colores y luces. Luego, ¿cómo no nos da razón el químico de los preparativos hechos en el jarrón de flores, y de las adivinaciones de los otros zahoríes? Finalmente, haría bueno todo cuanto dice si probase lo que más importa, esto es, que el fluido magnético se pasa con ligereza de un cuerpo á otro.

2. Anudando el coronel Rochas las curiosas experiencias de hace medio siglo, las llamó de nuevo al palenque. Propuso la cuestión en esta forma: *La sensación es meramente subjetiva, efecto de la imaginación del sonámbulo; ó es objetiva, obra de una causa material exterior; y en esta segunda hipótesis, ¿cuál podrá ser esa causa* (2)?— Sigamos al médico Surbled, que nos suministra los documentos para la resolución de esta interesante controversia. Digo interesante, porque si en verdad la sensación fuera subjetiva, sin objeto exterior que la cause, fácil sería demostrar el ser del fluido animal, por donde se abriría la puerta sin gran dificultad á la adivinación natural de las disposiciones ó indisposiciones del cuerpo, y tal vez se allanaría el camino para conocer el estado y los movimientos del alma, que este es el blanco principal adonde vienen á dar, con una suerte de amago oculto, los tiros de nuestros adversarios, para desmandarse con más audacia contra la profecía.

Veamos, pues, de qué estratagemas se han valido los modernos magnetistas en esta nueva jornada para dar alcance al efluvio vital. El experto Rochas, como entendiese los temerosos lazos en que se metía el Dr. Luys con su procedimiento para indagar la naturaleza de los efluvios vitales, trabajó por atajar inconvenientes y evitar riesgos con el fin de probar la entidad objetiva del fluido animal, pues sentía los golpes del litigio. Dispuso el experimento de la siguiente manera. Colocó al *sensitivo*, esto es, al magnetizado, delante de un electro-imán. El conmutador de este instrumento estaba

(1) *Lettres odiques et magnétiques*, 1856, lettre IV.
(2) *Extériorisation de la sensibilité*, p. 9.

disimulado, disimulados también los hilos de comunicación, para que el sujeto no sacase por ellos el ovillo de la dirección eléctrica. Con estas precauciones, encaminadas á desviar la atención del paciente y á fundar la seguridad del experimento, el magnetizado comienza á describir los colores de los efluvios cuando atraviesa la corriente por la bobina y cuando deja de pasar; esto es, un efluvio azul á un extremo del hierro imantado, un efluvio rojo al otro extremo si la corriente persevera yendo en la misma dirección; mezcla de azul y rojo en la dirección opuesta; nada, si la corriente se interrumpe. *Veintidós veces por veintidós las resultas fueron exactas*, dice Rochas en son de triunfo (1). Procuróse luego estancar la corriente, sacados los trozos de zinc fuera del líquido; con estar la corriente cortada, declaró el magnetizado que veía aún los dos efluvios dichos. No se demudó el coronel á esa declaración, ni la extrañó, porque atentamente registrada la pila, halló que por ciertas gotas de líquido participantes de la materia del zinc perseveraba todavía la actividad eléctrica.

Estos ensayos muestran lo natural del procedimiento. El *sensitivo* era persona muy sensible y delicada, es á saber, muy dispuesta á ver luceros á las dos de la tarde y á dar papilla á todos los presentes. La demostración de los efluvios vitales, bien claro se ve, queda desvirtuada por la misma calidad del cooperador humano. Los mesmeristas hubieron de volver las espaldas á semejantes arbitrios, que no ponían en evidencia la realidad del fluido vital. Por no atusar la mentira con artificios, buscaron otras veredas.

3. Acudieron á los *aparatos apuntadores*, que dejan pintado el fluido á ojos vistas (2), si hemos de dar fe á los magnetófilos. Inventáronse á la verdad instrumentos apuntadores; lo que apuntaron fué efluvios caloríficos, eléctricos, sensibles; los insensibles, los psíquicos, los animales están aún por apuntar, porque nadie los tomó de puntería, ni los tomará mientras no se ponga á tiro de ellos un Profeta de Dios.

Dejemos aparte los ensayos de Lafontaine, que sin producir el anhelado efecto se han repetido en estos postreros años por arte de Bonjean con igual desventura. Todo el intento del magnetista Bonjean se reducía á probar que reina afinidad entre el fluido material y el fluido animal, tan estrecha y apretada que son unos los efectos y una por tanto debe ser la causa de entrambos. Después de aplicar ojos y oídos, examinados los efectos con suma diligencia, encogidas las alas del desengaño, al fin de todo confiesa el Bonjean con candor de paloma: *Todos nuestros experimentos han salido en blanco;*

---

(1) *Extériorisation de la sensibilité*, p. 15.

(2) En 1890 el Dr. Foveau de Courmelles expresaba sus platónicas ansias de un instrumento apuntador por estas palabras: Le magnétisme vital entrera dans une voie réellement scientifique le jour où l'on pourra l'enregistrer, le décéler mathématiquement, sans avoir besoin d'ajouter foi aux affirmations des sujets. *Revue universelle des inventions nouvelles*, 1890, p. 40.

cada uno de nosotros ha caído en la cuenta de su yerro, después de hecha la prueba en sí de nuevo y de todas maneras (1).

Del *magnetómetro*, inventado por el abate Fortin, no hay para qué hacer memoria, porque habiéndose el Dr. Baraduc aprovechado de él para *medir la fuerza vital ó psíquica*, el fruto que éste sacó debe regraciarse á la inventiva de aquél. Dió Baraduc al instrumento el fastuoso nombre de *biómetro*. No gastemos papel en describirle: la parte principal del aparato consiste en un hilo muy delgado, sin torcer, de cuyo remate superior cuelga una aguja de cobre. Colocado el instrumento en la línea norte-sur, la persona presenta la extremidad digital de la mano al un cabo de la aguja; á los dos minutos se advertirá el ángulo de separación, señalado en un cuadrante puesto sobre una bobina. Entonces *la aguja denota matemáticamente el movimiento producido en nosotros, y ofrece una «fórmula biométrica» muy peculiar á cada persona... Añado que la «fórmula biométrica» exprime el estado vital, el estado del hombre en el instante en que se tomó; fórmula que será varia ó fija según los temperamentos y disposiciones, mas no se ha de tener por del todo una é invariable* (2).

Así lo decreta el Dr. Baraduc. A una sola preguntilla quedará parado y boquiabierto: ¿por qué esa *fuerza vital* no puede ser *fuerza física?* Calla y encalla sin saber qué respuesta dar, fuera de la razón siguiente: *aunque el aparato se aisle, metido en una masa de hielo, proseguirá dando las mismas señales en diversas personas*. Mas, ¿qué adelantamos con esa razón? Nada, porque todo el mundo sabe que el hielo no quiebra los rayos caloríficos. Luego la fuerza descrita por la aguja no es animal ni vital de necesidad, puede ser, y es de hecho, física, eléctrica, lumínica, calórica, ó cualquiera de las elementales. No por eso queda estacionario el brío del doctor, aunque todo se le vaya en hacer paradillas y remiendos; barloventea cuanto puede por dar un tiento á la fortuna. ¿Qué hace? Va y echa mano del alumbre, substancia idónea para estorbar el paso del calor, y emplea también la mica, que pone óbice á la propagación de la electricidad. Armado de entrambas substancias reboza su instrumento, cual si con esas capas pudiera mostrarle libre de todo influjo físico. *Yo al fin armé*, dice ufano, *mi biómetro con doble coraza de alumbre colodionado «adiatérmico», que no dejaba tránsito al calor, y con otra coraza de mica «adiaeléctrica» que atajaba las entradas á la electricidad, todo aforrado de seda... De los experimentos consta, que los agentes que dan agitación á la aguja, ni son circunstancias exteriores á nosotros, climatéricas, ni fenómenos intrínsecos, calóricos, electrogénicos de nuestro cuerpo material, sino ciertamente nuestros propios movimientos anímicos, los peculiares del alma en sus manifestaciones físicas y psíquicas* (3).

El discurso de Baraduc tiene más de especioso que de razonable.

---

(1) *L'hypnotisme*, 1890, pag. 40.
(2) *La force vitale*, pag. 22.
(3) *L'âme humaine, ses mouvements*, pag. 22.

¿Quién le asegura al magnetizador que la mica estorbe la acción de la electricidad? ¿Acaso por influencia no la podría ejercer? ¿De dónde le consta que el alumbre tiene ese poder adiatérmico de cerrar todo resquicio á los rayos de calor? ¿En qué escuela aprendió el arte de discernir los movimientos espirituales del alma midiéndolos á pulgadas, por arcos de cuadrante, y de distinguirlos de los movimientos físicos del cuerpo humano? Ni es preciso entrar aquí en ponderaciones sobre las enseñanzas ocultistas profesadas por Baraduc, para descubrir el punto flaco de sus experimentos. Hablan ellos tan alto, que más prueban el materialismo del autor que la capacidad de su ciencia física (1).

Por más segura senda echó Puyfontaine al intentar, mediante su sola voluntad, regir el rumbo de la corriente galvanométrica. No pudo, cierto, dar de mano á las fuerzas físicas para explicar la dirección de la corriente, si es verdad que la gobernaba con sólo querer; lo cual, como va avisado al fin del artículo precedente, está muy lejos de quedar patentizado en buena luz. Mas al fin, por esas trochas falsas han de emboscarse los magnetistas cuando pretenden investigar el mérito de los efluvios humanos. Lo cierto es que hasta la hora de ahora ni los *sensitivos* ni los *sensibles* han dado buena cuenta del fluido animal: los *sensitivos* no, porque eran personas falibles, impresionables, de idoneidad mal segura; los *sensibles* tampoco, porque eran instrumentos rudos, destituidos de operaciones psíquicas, ineptos para tan delicada empresa.

4. Rompiendo por desatados discursos se han atrevido los mesmeristas á emplear el medio de la fotografía para la investigación de los soñados efluvios vitales. Veamos el provecho que de su aplicación se ha seguido. No le pidamos á Rochas cuenta del tiempo malbaratado en tentativas y ensayos; él propio se la dió á Papus declarando que no *había conseguido nada*, como lo testifica Surbled (2). No obstante la vanidad de tantos esfuerzos y la confesión de tantas nulidades, el ruso Narkieviez-Iodko, no consintiendo que el magnetismo cayese en tanta miseria, atrevióse á proponer las conclusiones siguientes: 1.ª La realidad de una emanación especial, que se deriva de la persona humana y es diversa según la diversidad de individuos y temperamentos, no puede ponerse en disputa.—2.ª Ciertas cosas, entre ellas las plantas y los imanes, muestran también esa emanación, que es *fotografiable* en todo evento.—3.ª Dicha emanación, de tal manera varía en el estado de salud y de enfermedad, que puede *revelar*, con muchos días de anticipación, una

(1) El Dr. Branly, al cabo de espaciosas experiencias, como reconociese que la radiación de la mano quedaba frustada por los cuerpos que estorban la acción del calor, resolvió que el fluido vital está vinculado á la radiación calorífica; por eso, examinado el biómetro del Dr. Baraduc, concluyó que no hallaba en él indicios bastantes de fluido vital. Bulletin de l'Institut général psychologique. *Le Biomètre du Docteur Baraduc et ses indications*, 1902, pág. 106, 202.

(2) *Revue des questions scientifiques*, 1899, t. XV, pag. 68.

enfermedad que esté á punto de declararse, é indicar la parte enferma del organismo.—4.ª Cuando en una misma placa se ponen las manos de dos personas, con los dedos de la una opuestos á los de la otra por las puntas, el rumbo de la emanación es totalmente diverso si las personas son antipáticas, neutras, simpáticas la una á la otra. En caso de antipatía, las dos emanaciones se rechazan entre sí; en caso de neutralidad, permanecen separadas; en caso de simpatía, se abalanzan la una hacia la otra.

Tales son las leyes que Iodko llegó á promulgar desde la cátedra de la *ciencia*, con el fin de dar salida al arte de adivinar pensamientos, de penetrar los secretos de la conciencia, de desenvolver los senos y resenos mas recónditos del humano corazón. La electricidad es el agente misterioso, que puesto á merced del iluminista ruso, está destinado á suplir la falta del don profético. Oigamos cómo expone la maravillosa traza. *Estando nosotros zambullidos en el éter, guiamos poco más ó menos este agente, le producimos en nosotros, le sorbemos, le devolvemos, en una palabra, entáblase un cambio incesante entre nuestro organismo y el medio que nos rodea. Todo, en la naturaleza, tiende á equilibrarse. Cuando el equilibrio entre el éter y nuestro organismo es perfecto, no se divisa fenómeno alguno; pero una vez roto el equilibrio, se echan de ver cosas notables á más y mejor. Cargando el organismo de esa fuerza en que vivimos nadando, vemos asomar fenómenos flamantes, prenunciados ya por los magnetizadores. Para cargar el organismo empleo yo la electricidad; y cuando el agente ó los agentes en que estamos sumergidos se hallan en él condensados, es fácil negocio enviar noticia á larga distancia por conducto del cuerpo humano. Efectos luminosos déjanse ver en los tubos de Geissler, en el tubo y en la redoma de Crookes, y nuestro cuerpo da origen, aun sin contacto, á los rayos Röntgen. Los efluvios que despide el cuerpo humano de sí, hácense tan visibles que se pueden fotografiar* (1).

Con semejantes bagatelas trae Iodko embelesada la atención de sus espectadores. Ahora nos sale con el fluido eléctrico para demostrar la realidad del fluido vital. ¡Qué donosura! Si la bobina de Ruhmkorff es manantial de electricidad, y si por medio de ésta produce el arte fotográfico la imagen en la placa, lo fotografiado y visible no es el efluvio psíquico ni cosa tal, sino el efluvio físico, el resabio corpóreo. Todo el párrafo del ruso hiede á materialismo asqueroso. Sendos dislates se esconden en sus palabras. No por ciencia, sino por idiotismo ha de graduarse la teórica de Iodko. El éter, si le hay en la atmósfera, cosa que el ruso nunca ha probado con evidencia, es un presupuesto con que hacer pala á desaforados despropósitos. Con argumentos y razones de ese calibre más gana la profecía que pierde á los ojos de los hombres discretos, aunque no sean católicos. Las sobredichas conclusiones paradójicas están rebosando un ocultismo malsonante, que saca á la publicidad las in-

(1) Tomado de la *Revue des quest. scient.*, ibid., pág. 70.

tenciones del autor. Todavía están los doctos aguardando la demostración de la primera ley, porque el ruso nunca la dió; es decir, que la teoría rusa murió en naciendo.

5. Con otro golpe quisieron amagar los magnetistas, en cuya traza iba envuelta la locura mayor. Como no les cabe en el cuerpo á los materialistas el alma, han de aventarla fuera con un bote de pala á fin de que dé señales sensibles de sí. Han ingeniado el arte de hacer testigos de los movimientos psíquicos á los ojos de todos los hombres, por eso á trueque de salir con la suya, no reparan en gastos de tiempo y paciencia. La electricidad, elemento indispensable para el ruso Iodko, no le hace falta al Dr. Baraduc. *La electricidad*, dice, *no es del todo necesaria. Si yo afirmé que la esfera globular era la fuerza vital especificada, fué porque había alcanzado la prueba directa de su ser y formación mediante la fotografía y no mediante la electrografía, esto es, mediante la exclusión de toda suerte de electricidad; y estas bolas, no electro-vitales, sino vitales solamente, fotografiadas á media luz, no á obscuras, con un aparato libre de instrumento eléctrico, son la prueba más clara de la naturaleza no eléctrica que poseen* (1).

Las consecuencias que de su averiguación deduce el Dr. Baraduc se substancian en las cuatro fórmulas siguientes: *1.ª La fuerza cósmica es una fuerza curva.—2.ª Prodúcese por nuestra propia íntima vibración, en la atmósfera flúidica periférica al cuerpo humano, cada y cuando que nosotros nos vibramos á nosotros mismos, en nosotros mismos.—3.ª De la vista fotográfica de un aura, de la flúidica atmósfera de una persona, se puede inferir el estado de su alma.—4.ª Podemos juzgar sobre el estado del alma de una persona por medio de la impresión exterior que ella produce en personas sensibles ó en una placa* (2).—Tenemos ya fotografiados los espíritus por el Dr. Baraduc. El alma humana queda ya puesta en pintura con sus claros y obscuros, facciones y señales, líneas y tachones. En placas fotográficas podrá de hoy más cualquier pelafustán leer el corazón de su vecino sin necesidad de espíritu profético. La iconografía del mundo invisible va á dar jaquemate al don de profecía, porque ya se podrán comprar y vender medallas donde sea cada cual conocido por quién es y tenga fin la gran farsa que el mundo visible representa á nuestros ojos.

6. Lleve en paciencia el prudente lector las declaraciones del nuevo artista, bien sabrosas por cierto. No se espante de oirle algunos tramos de *ciencia transcendental*, la gracia está en el despejo con que los ensarta. *La impresión recibida en la placa, proviene de una fuerza emanada de nosotros, relativa á nuestra propia vitalidad, esto es, proviene de la luz invisible é íntima de nuestra alma vital. Ni el calor, ni la electricidad, tienen cosa que ver en semejante influencia*;

(1) Conferencia leída á 14 marzo de 1896, en la *Sociedad Magnetica*, *Journal du Magnétisme*, 1896, pág. 186.

(2) Confér. à Bar-le-Duc, 25 oct. 1896.

hallámonos, por tanto, sometidos al influjo de fuerzas no mecánicas, exentos de los modos vulgares de la actividad. Me he visto en la precisión de admitir, como deducción lógica, una luz humana invisible, diferente de esos diversos modos de actividad como los rayos descubiertos por el catedrático Röntgen. Estos últimos tienen su origen en un centro eléctrico producido en el vacío, mas las manifestaciones impresivas de la placa, presentada por mí, hallan su origen en la vitalidad humana.

Nuestra alma ha de estimarse centro de fuerza luminosa, que ceba su vida por un doble movimiento de atracción y repulsión de fuerzas especiales tomadas y devueltas al «Cosmos invisible». El doblado fenómeno de «Aspir atractivo» y de «Espir expansivo» compone la atmósfera fluídica que circuye la superficie cutánea de nuestro ser: con la denominación de «Aspir», de «Od», de «fuerza vital cósmica», señalo yo la parte inducida ó atraida por nosotros; la parte expelida, el «Espir», el «Ob» es la devuelta á lo invisible. Ambas á dos forman el todo de la «respiración fluídica» del alma humana, y ofrecen, cada una de por sí, su distintivo particular que diferencia la una de la otra, y las separa de las maneras comunes de la actividad. Por tanto, las sales de plata, no sólo se hallan reducidas por la luz solar ó por la fulguración eléctrica, mas también por la lumbre del alma humana invisible; ellas nos descubren los vibramientos de nuestra atmósfera fluídica, en donde sacamos y rechazamos fuerzas por una real respiración.

La diferencia que va de la atracción derecha al «espir» izquierdo, compone la suma de fuerza vital incorporada y condensada para formar el «cuerpo fluídico», el «alma vital», nuestra vibración intima y latente, el «Somod, cuerpo ódico», que puede mostrarse á lo exterior. Con esta nube de viva luz la imaginación engendra imágenes-pensamientos, formas intencionales ó espontáneas, y el espíritu produce y la voluntad da de sí psiquiconos imágenes-lumbre.

El psiquicono es, pues, la nube ódica de fuerza vital forjada por la imaginación psíquica; es una creación del espíritu no dependiente del cuerpo material, del cual sale ella para hacerse ostensible en la placa.

Los psiquiconos se distinguen por la falta de líneas y de rasgos; son una relación de lumbre, una forma nebulosa de nubes ódicas, por puntos, peso, esfuminajes, sombrajes, pues la película impresionada no ofrece relieve como los retratos de fotografía común...

¿Cómo se lleva á efecto un psiquicono? La placa fotográfica ordinaria es idónea para recibir en sí vibraciones vitales invisibles á los ojos. Con electricidad ó sin ella puédese proyectar sobre una placa en la obscuridad una imagen bien delineada por el pensamiento. El pensamiento concibe mentalmente con limpieza y energía la imagen á la cual va á dar un cuerpo fluídico con nuestro propio cuerpo fluídico; por la suave fuerza de la voluntad esta imagen se desliza por la mano y viene á grabarse en la placa.

La emanación parece comparáble á la salida de una burbuja de jabón, producida en un canutillo de paja por un soplito; si la espiración es fuerte, revienta la burbuja; si la electricidad es muy intensa, la placa

recoge los fragmentos esparcidos de la imagen y los residuos de la firma eléctrica. Conviene despedir de sí con una tensión continuada la imagen concebida en nosotros; la cual viene á ser una sangría de nuestra substancia vital, que brota de la mano por entero modelada y hace impresión en la placa.

Nadie vaya á creer que durante la operación se haya de percibir en obscuridad un haz eléctrico en la punta de los dedos. No, la electricidad no hace falta á las personas dotadas de fantasía y voluntad poderosa. Ciertas personas echan de sí, en plena obscuridad, imágenes que ellas fraguan, y á veces sus propias figuras ó las de las personas que tienen en su pensamiento. La placa recibe en sí y conserva la imagen producida. Necesario es un cierto grado de apasionamiento.

La vibración luminosa es en sí fuerza vital anímica; su grabado es muy diferente de las fuerzas eléctricas, electro-néuricas, sin cuyo auxilio puede aquélla tener efecto.

En conclusión, el pensamiento concibe una imagen, la modela con la fuerza vital humana, pónela en vibración, y esta vibración la exprime y echa fuera de sí; en esta forma la imagen se estampa en la placa corriéndose á lo largo de la mano, por un esfuerzo continuado de creación y de voluntad.

Hasta aquí la exposición de Baraduc, según se contiene, al pie de la letra, en la *Conferencia* arriba citada. No es de agradecer por cierto el trabajo empleado en traducir del francés la behetría de tantas necedades filosóficas y científicas como van á montones en los párrafos del magnetófilo moderno; más agradecimiento merece la paciencia del impávido lector que no se ha doblado al peso de carga tan enojosa. Mas un consuelo dará vado á su fatiga y es el no entender ellos mismos, los discursistas, lo que razonan, porque aun el tino les falta. ¿Qué significan, si no, aquéllas expresiones *lumbre humana invisible, sangría de nuestra substancia vital, Aspir atractivo y Espir expansivo, Od y Ob, nube ódica de fuerza vital, imagen deslizada á lo largo de la mano, Cosmos invisible,* y otras tales? ¿Podrían decirse razones más fuera de tino, y adjetivarse entre sí voces más disparatadas? El Dr. Baraduc será, sí señor, un positivista con ribetes de panteísta ridículo, muy á propósito para meter más adentro en los meollos de los espiritistas los delirios de su *ciencia;* pero no es ese su achaque principal, la locura de Baraduc y de los de su estofa está en trocárseles el juicio cuando arremeten contra la revelación, en especial contra la profecía. Aquí es donde sudan y se despepitan por arrancar de raíz, si pudieran, las zanjas sobrenaturales. Se concomen, cual si los picasen tábanos, se hinchan amostazados cuando no pueden lograr con experimentos físicos dar un picón á la Iglesia de Dios, así lo que no les facilita la *ciencia* viértenlo por la pluma metiendo broza. Nadie se maraville de sus desatinos, que ellos propios tienen por hojarasca seca; maravillémonos de que haya gentes en el mundo que acudan á la botica del diablo para untar los cascos á semejantes blasfemos, graduando de ciencia su

locura, de sabiduría su ignorancia, de sensatez su endemoniada malicia.

7. No hacen pausa aquí los desafueros de los *sabios*, con achaque de *fotografiar las almas*. Fama cobraron los artificios ingeniados por el Dr. Luys. Antes de salir de este mundo, quiso probar fortuna, á ver si lograba descubrir los efluvios humanos por el rastro de los dedos. Metiólos en un baño de hidroquinón, aplicólos por la parte pulposa á una placa de gelatino-bromuro de plata, estando totalmente en tinieblas, por espacio de quince á veinte minutos: luego divisó en la placa lindas figuras digitales; eran, en su opinión, luces místicas de efluvios humanos. El singular descubrimiento fué trompeteado con bocinas fanfarronas por los amigos de la novedad, quienes no sólo tenían á gran dicha el haber dado con el arte de penetrar los íntimos secretos del alma, pero aun se ufanaban de poder por ese camino rastrear en los hombres señales nuevas de muerte real (1). ¡Brava *mística independiente!*

El desengaño fué terrible, la humillación vergonzosa, bastante á deshacer la rueda de la vanidad al hombre más escarmentado. En un papel público salió impreso el aviso siguiente: *¿Gustan ustedes de ver sin dedos ni mano, ni cosa que lo parezca, los «efluvios digitales del fluido humano» del difunto Dr. Luys? Pues tomen ustedes una placa sensible y un pito de cautchuc... ¿Estamos? Un pito de esos que venden los mercachifles en la feria. Henchir el pito de arena, agua, salvado, etcétera, etc., todo menos de aire, hasta que tome la consistencia y figura de dedo humano. Colocar la placa á unos milímetros del revelador capaz de ennegrecerla, y plantar el «dedo de cautchuc» apuntalado al borde de la cubeta, el un cabo sobre la gelatina, el otro encorvado hacia fuera, á imitación de la postura del dedo vivo. Atención y abrir los ojos. Verán ustedes cómo á los cuatro ó cinco minutos la placa se cubre primero de puntitos de manchas, luego de rayos que parecerán todos formar lindas aureolas de luz, cortadas en dos por un nimbo obscuro, en torno del dedo artificial. A los diez ó veinte minutos, reparen ustedes, tendrán ahí los efluvios de un chiflete de cautchuc, tan graciosos y poco menos intensos que los que ofrecería, en la misma placa, el índice fatal del más «ódico» magnetizador. El que no tenga chiflo á mano, échela de cualesquiera quisicosas, de frasquitos, juguetes de niños, billas, balas, bolas, culos de botella, trompos, baratijas de quincalla, etcétera, etc., porque de todo sacará «efluvios». A las veces los nimbos no parecerán, pero se notará que eso depende de la forma de los chismecillos en el punto de contacto* (2).

(1) Ainsi on peut dire qu'il se dégage normalement du corps humain, d'une façon continue, pendant l'état de veille, un fluide spécial qui semble être une manifestation essentielle de la vie et qui s'extériorise. On pourra ainsi doser les variations de cette force nerveuse qui se dégage incessamment des extrémités digitales, variable suivant les âges, les sexes, les différentes phases de la journée et suivant l'état variable des émotions qui viennent mettre en vibration l'être humain. Peut-être cette étude pourrait-elle permettre de trouver un nouveau signe de la mort réelle. *Radiographie*, 10 juin 1897.

(2) *La Photographie pour tous*, 1897-98, p. 65.



El aviso, que daba tan gallardo capote á los *efluvios psíquicos*, iba con la firma del Dr. A. Guébhard, catedrático agregado á la Facultad de Medicina. Este incansable físico tomó tan á pechos la empresa, la estudió á todos sus visos con tanto acierto, demostró la vanidad de los experimentos de Baraduc tan á las claras, que no hubo magnetista que osase chistar á la evidencia de sus razones (1). ¿Qué venían á ser, según esto, los afamados psiquíconos de los magnetistas? Partos, y nada más, de imaginación fecunda. Los fantásticos dibujos de las placas eran hijos de la destreza en los procedimientos preparatorios. *Yo le apuesto,* decía Guébhard, *al más listo «exteriorizador de almas» y al más chapado «secretador de efluvios» á que no hará que un «aura» ponga resistencia al columpio fotográfico. Revuelvan ustedes, revuelvan, señores, sus cubetas antes de meternos por los ojos ese nuevo avatar, que pondría la causa de nuestras investigaciones en un tris de perderse.*

Con razón pudo alabarse el Dr. Guébhard de ver laureados sus desvelos y autorizadas sus razones por las experiencias de los más discretos físicos. Los pareceres de todos se aunaron, conformes en considerar los efluvios humanos por merecedores de perpetuo desdén. El italiano Silva lo comprobó con esmero (2); de su estudio resulta, que un vaso de agua caliente da origen á los *efluvios* con igual facilidad que el silbato de cautchuc propuesto por Guébhard. Así quedaba probado con invicta demostración que en el cuerpo del hombre no hay sombra ni resabio de fluido vital.

8. A los espiritistas interesaba encalabrinar las cabezas por no perder la honra de científicos, á vista de las derrotas pasadas. Rompieron contra la furia del desengaño, como olvidados de sí, pues ibales en ello la fama. El *medium* Majewski puesta la mano encima de una placa metida en un baño á 37 grados, que es la temperatura ordinaria del cuerpo humano, declaró que había notado galanísimos efluvios (3). Repite el físico Silva el experimento con igual puntualidad, y responde por negaciones bien claras. Otro espiritista, Delanne, discurre un segundo ensayo; entre la mano y el baño donde está la placa sensible, coloca una placa delgada de alumbre. No es maravilla que á los treinta minutos divisase el *efluvio,* porque el alumbre, como dijimos, deja trasminar el calor; pero si Delanne pensó, como pensaba Baraduc, que el alumbre goza de poder adiatérmico, podía llamarse á engaño, como en efecto se llamó trocando bártulos é interponiendo una capa de líquido entre la placa sensible y la mano del magnetizador. En fin, tales trazas empleó, tanta diligencia puso en dirigir la maniobra, que al cabo vino á pregonar que parecían á la vista los efluvios humanos. Mas hete aquí que cuando Delanne se atribuía presunciones de sabio, levántase el tu-

(1) En la *Revue des quest. scientif.*, ibid., p. 77-80, donde se refiere esta importante pelazga, se indican las razones científicamente discurridas por el eminente doctor.

(2) *Rivista di studi psichici*, giugno, 1898.

(3) *Journal du Magnétisme*, 1898, n. 20.

rinés Silva á decirle un no, bien dicho, probando ser mentirosos los efluvios, y pruébalo ingeniosamente, con sólo hacer que entre la mano y la gelatina se evite la irradiación de calor, pues entonces no parece resabio de efluvio, señal evidente que la presencia de los efluvios se debía al influjo calorífico. El que se soñaba vencedor, tuvo que besar la coyunda del presunto vencido.

Valientes apretones dieron, por todo el discurso del siglo XIX, magnetistas y espiritistas á sus entendimientos para hallar arbitrios con que dar salida á su pretensión. Escondidos plantaron muchos parapetos para esquivar los tiros de la verdadera ciencia, como lo acreditaban las no pocas hipótesis inventadas con el fin de hacer probable el fluido magnético, pues no les quedó piedra que no moviesen atentos á autorizar el magnetismo animal. Lazos tendieron, cuando les faltaban razones, á la pública credulidad, anhelando gozar la posesión pacífica de una musaraña inventada por ellos para dar traspié á la profecía. Al fin todo paró en echar un jarro de agua fría al ardor de sus diligencias. Tras tantos clavos echados á la rueda de la fortuna, al llegar al muelle y volantes últimos, se les desbarató súbitamente el juego. Los efluvios, aclamados por humanos y vitales, convirtiéronse en efluvios calóricos, eléctricos, luminosos, es decir, físicos y no psíquicos, sin que les pudiese quedar á los magnetistas la más ligera sombra de recelo sobre el hidalgo proceder de los verdaderos sabios, que desconcertaron sus trincheras, trampas, lazos, cancamusas, cocos y musarañas.

9. El magnetismo animal ha recibido ya la última estocada, podemos contarle con los difuntos y doblar por él; no le han sido de utilidad tantos medios y remedios para mantener la vida artificial que le habían procurado. Blasonaba de penetrar los secretos de las conciencias, de fotografiar las almas, de mostrar en público los pensamientos y afectos, pasiones é inclinaciones, vicios y virtudes de toda suerte de personas; en una palabra, muy alabancioso y pagado de sí gloriábase de haber descubierto una *teología independiente*, una *mística independiente*, un *orden sobrenatural independiente*, lo *maravilloso positivo independiente*. Con la mala trasnochada que le dieron los varones de leal saber, cogiéronle de manos á boca en flagrante mentira. Pregonaban esos aguiluchos reales en su remontado vuelo haber hecho presa en la pechuga del alma y escarvado el centro de sus secretísimas entrañas, cuando fueron hallados con las uñas untadas de mil raterías, convertidos los secretos del humano corazón en secretas de infernal hedor. Pagaron su merecido. Porque el fotografiar almas propiedad es del solo dedo de Dios. Cuando la luz divina entra en la cámara obscura del humano entendimiento, pinta allí con gran viveza los secretos que su majestad tiene por bien dejar delineados. Todos los barquines y soplos de la humana industria no son bastantes para batir la lumbre natural del entendimiento hasta levantar llama tan intensa. Necesario es para eso el don de profecía, que lleva envuelto en sí el soplo del Espíritu Santo.

En el artículo anterior decíamos que los mesmeristas habían abierto la puerta, con sus juegos de manos, á las condenables trápalas del espiritismo. En la presente controversia de los efluvios hemos visto con qué furia han hecho los espiritistas correr los ejercicios y ensayos, por salir con la demanda. Socapa de mirar por el triunfo de los magnetistas, volvían por su propia causa. Pero les cayó á cuestas el andamiaje y volvieron con las manos en la cabeza. *El espiritismo probó la postrera mano, dióle mal el naipe y perdió la jugada: la ciencia le clavó el golpe mortal, con él hizo á la razón y á la fe inestimable servicio* (1). Con esta triunfante conclusión cierra el Dr. Surbled el precioso estudio que acabamos de resumir. Cuánto fondo de razón se contenga en sus palabras, lo dirá más por menudo el capítulo siguiente.

(1) *Revue des quest. scient.*, ibid., p. 82.





CAPÍTULO X.

Desconciertos del espiritismo

ARTICULO PRIMERO.

1. Aparecimiento providencial del espiritismo.—2. Realidad objetiva de los fenómenos.—3. Yerros y aciertos en las primeras predicciones.—4. Otras manifestaciones: su noticia no sale de los límites angélicos.—5. Las *mesas parlantes*.—Los bortistas de Ginebra.—6. Suma de las revelaciones bortistas.—7. Grandezas que se prometían del bortismo.—8. Los espiritistas de Munich: las dos medianeras.—La *psicografía*.—9. Manifestaciones de la psicografía bávara.—10. Condenación de los oráculos por medio de la psicografía.—Los *espíritus* nunca supieron profetizar.

1. El enemigo de la profecía, más temible por peligroso, que en todo tiempo hizo estrago entre los fieles, fué la falsa teurgia, propinadora de pernicioso cebo á la curiosidad de los hombres vulgares. Apenas se hallará centuria en la historia eclesiástica, que no haya presenciado apariciones de demonios, revelaciones hechizas, vaticinios espurios, manifestaciones de ciencia oculta, contrapuestas á las castizas manifestaciones de la ciencia de Dios. Al siglo XIX tocóle la desdichada suerte de testificar el aparecimiento del espiritismo, adversario público del orden sobrenatural, muy en particular de la profecía; adversario tanto más dañoso, cuanto con máscara de devoción levanta más al descubierto cátedra de ciencia espiritual para enseñar á los mortales los arcanos de lo por venir.

La intervención de los espíritus se fué poco á poco entremetiendo en las tramoyas del magnetismo animal, de suyo inofensivas y pueriles. La cubeta de Mesmer condujo al árbol de Puysegur; tras largos años de sosísima verbosidad, empleada en traer embelesados los oidos del vulgo con filaterías sin substancia, amanece Dupotet con su espejo mágico, Swedenborg con sus angélicos discursos, Cahagnet con sus espirituales visiones, Fox con sus mesas rotantes, el espiritismo, en fin, con todos los pertrechos de magia negra, que dejó sin pulsos á los materialistas y racionalistas, pertinaces aquéllos en negar el ser de los espíritus, empeñados éstos en barrer del mundo la intervención sobrehumana en las cosas de los hombres,

La mística divina postrará por el suelo la moderna nigromancia, como dejó postradas las antiguas. La profecía, floreciente de continuo en el cuerpo de la Iglesia, alcanzará de la teurgia espiritista los triunfos que en todo tiempo alcanzó.

2. Al entrar en el anfiteatro con los espiritistas, no es obligación nuestra repetirles en este lugar lo dicho en *El Milagro* sobre la causa principal eficiente de los fenómenos, de que ellos se precian con tanta vanidad. Los fenómenos, también son harto notorios. Los unos pertenecen al orden físico, pues se reducen á movimientos de rotación, de traslación, de elevación, y otros tales, que podrían ser debidos á impulsos mecánicos, á corrientes eléctricas, á fuerzas atractivas y repulsivas, en fin, á causas meramente físicas y naturales. Otros sobrepujan la esfera del orden físico y entran en un orden de esfera superior, como hablar y responder al compás de golpes invisibles; componer letras ó escribirlas correctamente con sujeción á un guía también invisible; moverse con arte un instrumento y despedir consonancias musicales, al tenor de un determinado designio, sin agente visible que las produzca; hacerse presentes á los ojos de la concurrencia fantasmas y sombras de extraño aspecto, sin que se descubra razón ni causa bastante para su representación; ver á larga distancia y obrar á distancia sin auxilio de órganos corpóreos; finalmente, comunicar con las almas de los pasados, ó con ángeles, haciéndoles salvas, proponiéndoles consultas, recibiendo respuestas, todo de una manera regular y sistemática. Esta segunda clase de fenómenos piden forzosamente una causa espiritual, inteligente, libre, proporcionada á la enormidad de los efectos, con que el espiritismo tiene ocupados los sentidos y hechizada la imaginación de los espectadores. De todo lo cual hemos de concluir aquí, como allí quedó resuelto, que el agente del espiritismo no puede ser sino el mismísimo demonio, que representándose ángel se remata en sierpe, cuya boca llena de veneno esparce nuevas y pestilenciales doctrinas, que no queremos traer á colación en este lugar, pues basta lo dicho en el ya alegado.

Pero conviene insistir en la innegable verdad de los fenómenos espiritistas, contrarios por entero á las leyes físicas, fisiológicas, psicológicas, metafísicas y morales, según se hacen notorios en los salones del espiritismo, aunque parezcan juegos de maesecoral. Porque el número de los testigos presenciales, su fidedignidad y competencia, su sinceridad y rectitud ponen las manifestaciones presenciadas en tan evidente claridad, que ó hemos de condenar por ilusoria la certeza de los sentidos bien dispuestos, apoyada en mole inmensa de autoridades, ó hemos de recibir los hechos del espiritismo por auténticos, por indubitables é indiscutibles cuanto á su objetiva realidad (1).

---

(1) FR. MARÍA JOSÉ BELON: La question est résolue, je le répète après le Dr. Crookes. Les phénomènes spirites existent certainement. Ce sont des faits réels, authentiques, incontestables. *La Controverse*, 1887, t. IX, p. 360.

3. La primera vez que dió muestras de si el espiritismo, puso en consternación la casa de Fox, que constaba á la sazón de cinco personas, en el pueblo de Hydesville, perteneciente al Estado de Nueva York. La familia de Fox estaba afiliada á la secta metodista, contada por una de las más piadosas ramas del protestantismo. Muy bien supo el demonio atar su dedo al llamar á la puerta de los metodistas para hacer su entrada en el mundo con semejantes paliaciones. En diciembre del año 1847 comenzaron á dejarse oir en la casa golpes secos, inauditos, como de una descarga eléctrica, tan molestos y repetidos, que en febrero del 48 ya no había quien pudiera pegar los ojos ni sosegar durante la noche. El mes siguiente, á 31 de marzo, tan á menudo caían los golpes, que la madre mistress Fox se atrevió á meter plática con el misterioso golpeante, con cuya invisible importunidad pasó la escena siguiente:—Cuenta diez, dijo la madre; y sonaron al punto diez golpes.—¿Qué edad tienen mis hijas Margarita y Kate? Oyéronse por respuesta quince y doce golpes, números exactos de las edades de entrambas niñas.—¿Cuántos hijos tengo yo? Respuesta, siete golpes; y no eran siete, sino seis los hijos de la mistress.—Repetida la misma pregunta, reiteró la respuesta el mismo yerro.¿—Cuántos hijos vivos tengo? Seis.—¿Cuántos se me han muerto? Suena un golpe, en falso también.—¿Eres hombre? Silencio de golpes.—¿Eres espíritu? Repiqueteo de golpes secos y limpios.—¿Querrás seguir golpeando si llamo vecinos? Golpes y más golpes. Al oir la madre la salva de tanta batahola, convocó el vecindario; á la tanda de preguntas daban los golpes las respectivas respuestas. Con este espectáculo estrenó el espiritismo en América las demostraciones que habían de propagarse por ambos mundos en breve tiempo. ¡Deteniendo la atención, hallamos ya dos errores cometidos por el *espíritu* en la cuenta de los hijos. Si el *profeta* principia cantando mal, buen contrabajo nos espera al fin de la jornada.

No tardó el *espíritu* en articular voces, casi al tenor de las humanas. En las primeras declaró que se llamaba Carlos Ryan, y que le habían quitado la vida en aquella casa, y enterrado en la bodega. Cavaron, ahondaron, al fin se descubrió en el socavón indicado por el *espíritu* parte de un cráneo, huesos, cabellos, cascos de vajilla y otras señales de enterramiento misterioso. Así lo cuenta Emma Hardinge en su *History of modern american spiritualism*, libro compuesto para dar auge al espiritismo. Sea de ello lo que se fuere, el *espíritu* de Carlos Ryan significó al mundo que las almas sobreviven á los cuerpos. Creíble y muy conforme al espíritu de mentira parece ser la comisión del nuevo aparecido, puesto caso que Dios le permita al demonio (cuando razones tiene la divina Providencia para ello) la traza de persuadir una verdad natural y de guerrear contra la verdad revelada. El alboroto de las sectas protestantes, que tenían por ilusión el golpear de espíritus invisibles, sirviόle al demonio para atizar la pública curiosidad con nuevas y extrañas apariciones.

De ellas se aprovechó Allan Kardec para publicar en 1857 su *Libro de los espíritus*, donde juntó la substancia doctrinal acerca del ser de las almas en el otro mundo, sacada de las respuestas mismas de los espíritus; así á lo menos lo declara él. El libro de Kardec despertó contra sí vivas reclamaciones de Revistas y Academias, que le dieron apretadísima carga. Entre tanto los espíritus, hechos de mármol á las razones contrarias, mostrábanse muy parleros y picudos por doquier. Entre sus respuestas andaban mezcladas verdades y mentiras, aciertos y desatinos, de cuya variedad el escritor Augusto Vacquerie se entretuvo en recoger, en su libro *Les Miettes de l'Histoire*, graciosas historietas de que fué testigo presencial. Entre otras narra que una vez se le ofreció interrogar al velador de madama Girardin, cómo se decía en francés la palabra que él tenía en el pensamiento. El espíritu le respondió: tú quieres decir *padecimiento*. No le satisfizo al preguntón la gracia del espíritu, porque tenía pensada la dicción *amor* y no otra (1). Algunos casos refiere el mismo autor, que salieron más conforme que éste á la verdad de las cosas. Ni debe parecer extraño; con verdades y mentiras traía el maligno espíritu hechizado el afán de los curiosos.

4. Tan fuera de sí tenía la acción de los espíritus *knockings* y *rappings* á los norteamericanos, que más de quinientos mil secuaces, repartidos en trescientos *clubs espiritualistas*, se disputaban unos á otros la gloria de recibir continuas comunicaciones (2). En una de ellas *le fué anunciado al juez Edmonds por una «voz invisible», que llegaría á ser «medium». La promesa se verificó, porque vino á ser en breve un «lúcido» de marca y uno de los primeros «medium» de América* (3). Predicción, muy cumplidera para el maligno espíritu, y muy á propósito para dar sesos de asno á todos los incrédulos, como lo era Edmonds.

El catedrático de Oxford, Oxon, hallóse presente á un lance referido por él en su libro *Spirit identity* con estas palabras: *El día 10 de febrero de 1874 nos cogió de repente y descuidados en la mesa una llamada nueva y particular que nos dió larga relación del fallecimiento, edad, nombre de tres niños hijos de un mismo padre, á cuyo cariño los había la muerte súbita arrebatado. Ninguno de nosotros tenía nuevas de semejantes nombres, poco ordinarios. Los niños habían fallecido en la India, y cuando se nos reveló el fallecimiento, no teníamos manera de comprobarle. Pero la revelación se comprobó en breve del modo singular que ahora diré* (4). Va el testigo Oxon relatando la ocasión que

---

(1) Je ne fus pas encore persuadé. En supposant qu'on aidât la table, la *souffrance* est tellement le fond de tout, que la traduction pouvait s'appliquer à n'importe quel mot que j'aurais pensé.—Citado por Delanne, *Le spiritisme*, chap. I.

(2) Un periódico inglés, citado por Mirville, *Des esprits*, 1863, t. I, p. 393, se atrevió á poner estas líneas: C'est tout un peuple qui se laisse emporter à un courant rapide, et chez lequel le surnaturalisme fonctionne aujourd'hui comme une institution nationale.—Véase cómo hablaba del caso el *Univers*, 26 de julio de 1852.

(3) Spicer, *Sights and Sounds*, 1853 —Citado por Mirville, *Des esprits*, t. I, p. 399.

(4) Cita esta autoridad el espiritista Delanne en su folleto *Le spiritisme*, chap. II.

vino á poner en claro la muerte de los tres niños y la coincidencia de las circunstancias con las declaraciones del *espíritu*.—Si es verdad, no causará ningún asombro á los que saben cuán fácil le es al demonio anunciar en Europa lo acaecido en el centro de Asia, sin necesidad de ser Profeta, especialmente respecto de sucesos sensibles.

Otro caso cuenta Crookes, diligente investigador por lo mucho que le costaba convencerse de la verdad de los hechos. Traslada Delanne el caso con las mismas palabras del inglés en esta forma: *Una señora escribía automáticamente por medio del punzón. Dije yo al agente invisible que le movía la mano: ¿Ve usted lo que hay en este aposento?—Sí, escribió el punzón.—¿Ve usted este periódico? ¿Puede usted leerle? Al proferir yo estas palabras puse el dedo sobre un vocablo del «Times».—Sí, respondió el punzón.—Entonces, añadí yo, dígame usted ¿qué vocablo tengo debajo de mi dedo? El estilete comenzó á menearse muy despacio, y con suma dificultad escribió la palabra «honneur». Miré, y vi que, en efecto, aquella dicción tenía yo cubierta. El periódico estaba lejos de la señora en otra mesa aparte* (1).—Este hecho (que á Crookes le probó perentoriamente que las cosas del espiritismo no dependen del medianero, ni del experimentador, ni de los asistentes, sino de la sola inteligencia de un espíritu extraño), en nuestro sentir, no demuestra el menor rastro de profecía; sólo denota una vista muy acicalada y penetrativa de los cuerpos, como la tienen las substancias espirituales independientes, según que va dicho en el libro primero cuando se trató del autor de la profecía.

Muy curioso es el suceso apuntado por el Dr. Otero en esta forma: *Mi amigo el barón S..., escéptico en estas materias, exigía pruebas que revistiesen algún carácter de seriedad. Una noche en que se entretenía haciendo preguntas á un velador, los golpes de éste indicaron que era el «espíritu» de su padre quien se comunicaba. Se rió del mensaje y pidió un dato que lo probara. El velador, con sus movimientos, dióselos de hechos pasados, y, por último, le describió algunos cajones secretos que había en un armario de su padre, y de cuya existencia estaba ignorante el barón de S... Además, le enseñó, valiéndose siempre de golpes, el mecanismo á que obedecían, y precisó detalles de los objetos que había dentro de aquéllos, diciéndole á quién estaban dedicados* (2).—El hecho, cuya verdad histórica queda á la cortesía del relatante doctor, no admite dudas respecto del ser inteligente y libre que está al cabo de las preguntas. La fantasía del *medium* no tiene aquí nada que ver, el barón busca y entiende no sin pasmo las indicaciones del velador; pero entrambos á dos ignoran la verdad de los secretos. Sólo el mueble se muestra enterado y lleno de sagacidad; con tanto acierto caló y penetró los objetos ocultos, que con sólo informar al demandante se desvanecen las dudas. ¿A quién sino al *espíritu* se debe atribuir la comunicación del secreto?

---

(1) *Le spiritisme*, chap. II.

(2) *Lombroso y el espiritismo*, p. 221.

Ninguna razón precisa aquí á tomar el *espíritu* por el alma del difunto padre. El padre de la mentira, embelecador nato y perseguidor cruel de los hombres, hace á su salvo estas y peores dobleces. Poco le cuesta al demonio, espíritu sutilísimo é ingeniosísimo, conocer y descubrir los fondos de los armarios, porque tan fácil le es á él adivivinar lo contenido en un cajón sellado y candado, como al que le candó y selló saber lo que en él depositaba; y si Dios le diere licencia, lo pregonará por todo el orbe. Pero el espíritu de profecía centellea mucho más vivo y se alarga infinitamente más en el conocimiento de las cosas ocultas; con que si las adivinaciones del espiritismo paran ahí, y no ganan más tierra, no merecen el augusto renombre de profecías.

5. Las mesas jirantes y parlantes llegaron á fundar cátedra de religión é impiedad. Largos ratos pasó en ellas de asiento el caudillo infernal. En derredor juntábase toda una escuela de pseudoprofetas, manada de borregos con los cascos tan vacíos cual convenía al que los amaestraba para bestias. A fines del año 1853 un fulano Bort, ministro de la iglesia nacional protestante de Ginebra, soltando la cayada de simple pastor, aspiró á la tiara de pontífice y profeta, empeñado en fundar la iglesia de los adoradores de la *Mesa Parlante* (1). En medio de un gran salón está colocada la Mesa, centro adonde se encaminan los ojos y oidos de los nuevos creyentes. Tres *influencias* apoyan y gobiernan el *sagrado Mueble*, que son, Bort, su cuñado Mestral, su yerno Bret; pero Bort influye con más eficaz poderío. Al principio la Mesa respondía con patadas ó coces á cualquier letra del alfabeto que se le nombrase. Este modo de deletrear acoceando el suelo, por infantil y rudo fué trocado en otro de más expedición é ingeniosidad. Consistía el artificio en un taburete sostenido por un pie que se levantaba en el centro de la Mesa; el cual taburete tenía en una circunferençia grabadas las letras del alfabeto, adonde iba á dar con su punta encorvada una varilla sujeta al pie de la Mesa. Impelido por el soplo del invisible agente rodaba y se revolvía el taburete ofreciendo á la varilla las letras que eran menester para formar sílabas, palabras, frases, cláusulas enteras (2). Mas no era preciso tanto gasto de paciencia, porque no bien la punta de la varita comenzaba á señalar una dicción, cuando el influyente Bort, sin aguardar las interminables vueltas del instrumento, completaba por sí lo restante de la expresión, á título de intérprete de los pensamientos que quería su máquina expresar. A su lado estaba el estenógrafo que apuntaba las sílabas, el secretario que resumía lo ejecutado, y el lector que enteraba á los circunstantes.

Los oráculos de la Mesa se recibían del concurso con profundísimo acatamiento, conforme le tenían merecido los personajes invisibles que por la Mesa *profetizaban*. No eran ellos cualesquiera, por

(1) *Annales catholiques de Genève*, mai, 1853; avril, 1856.
(2) *La Civiltà Cattolica*, serie III, vol. V, 1857, p. 57.

ahí, no vulgares ni obscuros, sino de lo más granado que puebla la región invisible, el ángel David, el ángel Uriel, el ángel Gabriel, el ángel Lutero, el ángel Miguel, el ángel L., el ángel M. y semejantes grandiosos nombres. A colmo llegaba el profanamiento y desacato de los bortistas cuando en la sacrílega farsa introducían el sacrosanto nombre de Jesucristo nuestro adorable Redentor. Así que la punta de la varilla notificaba que Cristo Jesús se dignaba revelarles grandes secretos, al saludo de entrada (que era éste: *¡Paz, corderos míos! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén)*, poníanse todos en pie, y con inclinación capital escuchaban reverentes. Porque en las hablas de ángeles no se levantaba nadie de la silla.

6. Lo más importante es conocer la suma de *revelaciones* que de la *Mesa* nacieron. Publicólas el archimandrita Bert en dos tomos con el bellísimo renombre de *divinas* (1). Dos *Prefaciones* encabezan la obra: la primera es del Salvador, la otra del ángel Gabriel. Síguese una *Declaración* del mismo ángel Gabriel, contra los que achacaban á Satanás transfigurado en ángel de luz las revelaciones contenidas en ambos volúmenes. Ocurrir á la sospecha con el resguardo adelantado era purgarse en salud antes de perderla del todo. Dan principio las revelaciones con un Padrenuestro dictado por el Salvador, muy distinto del que nos enseña el Evangelio. Vienen después día por día las palabras pronunciadas del Salvador y de los varios ángeles. Luego síguense unos cuantos apólogos intitulados *El valle silvestre, La choza del pobre negro, Los dos corderillos, La familia feliz.* Finalmente, una cáfila de preces, invocaciones, salmos, himnos, cánticos; todo ello expresado en estilo semiromántico, ridículo, enojoso, tan inficionado de fanáticos sentimientos, que fuera impiedad carearlo con la sublime sencillez de las Sagradas Escrituras (2).

No será necesario advertir que los oráculos de los bortistas olían á rabioso calvinismo, cuyo espíritu dió vida á Ginebra por largo tiempo, por haber Calvino echado en ella el aire y resoplo pestífero de sus malhadadas doctrinas. Las *Revelaciones* la alaban de ciudad bendita, acariciada desde su niñez en los brazos de Dios, ciudad pequeña entre las capitales, pero grande á los ojos del Señor, lumbrera de las naciones, preparada por su siervo Calvino para recibir en estos últimos tiempos la regalada merced de la *Mesa Hablante*, órgano de las nuevas revelaciones. *¡Oh Ginebra, amiga mía! Tus campanas no mezclarán sus sonidos con las abominaciones de Roma. No; ellas entonarán salmos al verdadero Dios, seguirán cantando la libertad de los cielos, narrarán á los hijos de los hombres los beneficios del Eterno. ¡Oh campanas benditas! Vuestros prolongados suspiros se*

---

(1) Révélations divines et mystérieuses, ou Communications entre le ciel et la terre, par le moyen d'une Table.—Lausanne, 1854.

(2) Para más cabal noticia puede servir de consulta *La Civiltà Cattolica*, 1856, serie 3.ª, vol. V, p. 37.

dilataron por un lago libre y serán recogidos en las orillas por los hijos de Ginebra. Ginebra, yo te liberté de las asechanzas de tus enemigos. No temas, Ginebra, el Dios bueno y poderoso vela s bre tus hijos; suelta al aire tu bandera, y no repares en pregonar á las naciones que eres tú la escogida del Eterno (1). Así hablaba el nuevo Cristo en la antedicha Prefación, fulminando en cada palabra un rayo contra la verdad revelada.

7. La secta de los bortistas corrió á tan largos pasos por los cantones de Suiza, que en breve tiempo, los delirios y extravagancias hallaron firmísimo apoyo en la gente de pro, si merece crédito la *Gaceta universal de Augusta*, que así lo cuenta en su mes de abril del año 1856. Los apóstoles del flamante rito reiteraron en el propio año 56 la publicación del *Nuevo Evangelio*, revelado por la Mesa parlante (2). El alboroto del bortismo traía turbados con mil nubes de sombras á los hombres pensadores, á quienes temblábales la contera siniestramente con el desenfreno de las Mesas Parlantes, como si sus misteriosos oráculos, acogidos por la mitad de la culta Europa, fuesen prenuncios del Anticristo, preparativos de la lucha final, pues ya pendiente miraban los buenos sobre sus cabezas el golpe de una fatalidad, que no sabían definir (3). Mas, ¡oh sueños y fantasías de cabeza! ¡Oh cortedad de la humana previsión! ¡Oh fenómenos de relámpago! Las Mesas charlatanas yacen ahí desvencijadas en el desván, si el fuego no dió cuenta de su tosca parlería. ¿Quién se acuerda ya de semejantes utensilios, que fueron el coco de hombres graves en la mitad del siglo pasado? ¡Qué poco reparan los pensa-

---

(1) *Annales catholiques de Genève*, mai, 1855, p. 46.

(2) La obra llevaba el título: *Rome, Genève et l'Eglise du Christ. Ouvrage dicté par le Fils de Dieu, le Sauveur du monde, seul Mediateur entre Dieu et les hommes*, 1856. En ella se contenían las revelaciones é interpretaciones bíblicas suministradas por la Mesa, esto es, inventadas por los tunos para embaucar á los tontos.

(3) El Conde de Szapary, magnetizador alemán, blasonando de previsor, saltaba de placer al contemplar los gloriosos triunfos de la Mesa Rotante. «El inestimable y pasmoso fenómeno, decía, que la sapiencia de Dios ha suscitado oportunísimamente en estos tiempos, es poderoso á producir una revolución universal... Los niños, en torno de una Mesa, enseñarán, y vendrá tiempo en que los ciegos vean, los paralíticos anden y los sordos oigan. Todas las gentes caminarán en su luz, y los reyes de la tierra le rendirán homenaje con su majestad (Apoc. XXI, 24). Por virtud de la Mesa triunfará el verdadero espiritualismo y campeará la gente cristiana, poderosa, no sólo para imponer silencio á las discordias tan poco cristianas de todas las iglesias, y para unirlas todas con un vínculo más levantado, sino también para convertir, mediante esta nueva Jerusalén, á los mismos judíos, y para emanciparlos en espíritu, dando así cumplimiento á la Biblia y perfeccionando, como nosotros lo deseamos, la cristiandad católica, es decir, universal» (*Magnétisme et Magnétothérapie*, 1854, p. 305-310).—No solamente los heterodoxos como Szapary, mas aun algunos católicos se estremecían de asombro á vista de estos fenómenos. «Quel sera le résultat probable de cette immense et redoutable operation? Ce sera, je me figure, l'éclosion, l'établissement d'une croyance nouvelle, d'une religion qui doit se fonder, grâce aux prestiges dont elle éblouira le monde, sur les ruines de tous les cultes vivants. Nous verrons naître alors du sein de ce merveilleux, comme une nouvelle manière de religion universelle. Et pourquoi ne point l'appeler la religion des âmes, c'est-à-dire, celle des Esprits, disons mieux encore, celle des démons, ou pour le bien comprendre, la religion de l'Antechrist.» (*Gougenot des Mousseaux*, 1854, p. 379).—Hasta la *Civiltà Cattolica*, aunque dejaba á los Profetas el oficio de penetrar las tinieblas de lo por venir, descubría algún fundamento probable en los temerosos presagios que acabamos de apuntar (Serie III, vol. V, pag. 40).

dores en la liviandad de los humanos inventos! Como si no anduviera metida en ellos la mano de una sapientísima y suavísima providencia que hace mil suertes, personajes y potajes de las invenciones humanas. Lo que los hombres serios habían de haber entonces examinado con mil ojos, era la parte de embeleco y farsa que en los vaticinios espiritistas se mezclaba, en vez de ponerse á temblar tamañitos como criaturas apellidando al arma, al Anticristo, sin primero distinguir lo grave de lo ridículo, lo diabólico de lo humano, lo trágico de lo cómico, la verdad del embaimiento.

8. Otro fenómeno solicita nuestra atención, porque demuestra la realidad del pseudoprofetismo espiritista. En el año 1854, una tal María Kahlhammer, á los veinticinco años de edad, fué escogida por elección de la Mesa Charlante para apuntadora de los oráculos. El suceso pasó en la ciudad de Munich, donde había penetrado, como en otras ciudades de Alemania, la furia del espiritismo. En el propio punto de su nombramiento comenzó María, que gozaba de buena reputación, á ejercitar el oficio encomendado por los espíritus; tan cumplidamente respondió al cargo impuesto, que, sin necesidad de Mesa, vino á ser el órgano regular de las comunicaciones celestes. Aquí los espíritus eran el ángel Rafael, el alma de Sócrates, el alma de Orígenes, el alma de San Agustín, el alma de Hohenlohe y de otros personajes menos ilustres. Donde parece que los espíritus de Munich eran diversos de los de Ginebra.

No bien acaban los asistentes de hacer preguntas á los espíritus, la *Vidente* María, sentada delante de una ancha mesa, con un lapicero en la mano, abandonando los dedos al impulso de la fuerza invisible que los ha de menear, súbitamente se pone á escribir la respuesta con suma velocidad, figurando letras, alargando renglones, sin claros ni pausas y sin cuidar que saliesen derechas las peñoladas, hasta que al fin de la cláusula hace un escarabajo en forma de cruz, ó tres cruces al cabo de toda la respuesta por larga que sea (1). ¿Quién empeñó su palabra en favor de la realidad de los hechos? ¿No pudo caber en ellos impostura? El fingir respuestas de espíritus, ¿es negocio imposible á una hija de Eva? ¿Quién hizo su posible por precaver todo peligro de engaño? Mientras no se dé entera satisfacción á estas preguntas, las respuestas de María quedarán por sospechosas de trampa.

A María Kahlhammer juntóse en breve otra joven, Crescencia Wolf, de veinte años, que en vez de garabatear con la mano, articulaba con la lengua las comunicaciones del otro mundo. Un ángel tomaba posesión de su cuerpo; asentado en la garganta, producía sones, y gorjeábalos moviendo lengua y labios, todo sin ella saberlo ni tener parte en la extraña operación. Entre tanto que el ángel se lo hablaba todo por su boca, ella quedaba en éxtasis profundo, conviene á saber, viajaba su espíritu por esas tierras y volaba

(1) De este fenómeno dió noticia el periódico de Munich *Historische politische Blätter*, vol. II, 1855, p. 930.

por esos cielos, como apartado del cuerpo, contemplando visiones maravillosas, de que no le venía rastro á la memoria al tornar en sí y recobrar los sentidos. Pero, en recambio, estando la Wolf extática, el ángel contaba á los presentes las aventuras del viaje, que ella, con el gesticular de manos, con la expresión del semblante, con el ademán de acciones significativas, representaba mímicamente. En apartándose el ángel de la doncella, volvía el alma al uso de los sentidos. La *permutación de espíritu*, que era la vuelta del ángel á toma de posesión del cuerpo, predecíala Crescencia con singular puntualidad. Estas noticias recogió *La Civiltà Cattolica* de los papeles de aquel tiempo (1). Si al discreto lector le da gusto la traza de Crescencia ó si prefiere estrellarle en la cara un valeroso mentís, á su cuenta va; de poca importancia es la resolución del caso, con tal que no se pierda de vista la astucia de los redomados herejes.

La *psicografía* de Munich no era novedad en el mundo, como va dicho, aunque tuviese por marca peculiar el haberse presentado desde el principio en traje religioso, devotísimo, y aun finamente católico, según la forma y apariencia. Los *espíritus* bávaros traían bien armado el juego. No contentos con baldonar las doctrinas de los protestantes, ensalzaban las enseñanzas católicas, misa, confesión auricular, devoción á la Virgen, veneración á la infalibilidad pontificia. A la desembozada aclamación de estas verdades y prácticas, hecha por los espíritus con tanto alarde de boato, juntábase la pública honestidad y vida morigerada de los interventores y medianeros, siquiera fuesen ellos protestantes ó judíos. No es de maravillar que la *psicografía*, honrada con tan fastuosas recomendaciones, diese margen á la conversión de ateos y libertinos menospreciadores de toda verdad religiosa, hiciese entrar en cuentas consigo á muchos protestantes desviados de sus obligaciones, y aun sedujese á varios católicos, á quienes sabía á miel dulcísima el pensar que Dios había suscitado en la Iglesia el espiritismo para remedio de la reinante corrupción. Tal fué la blandura con que esa golosina diabólica, puesta en vaso dorado, llevaba al degolladero.

9. Basta poner los ojos en las *revelaciones* de la psicografía bávara, para descubrir el lazo tendido á los pies de la insana credulidad. El año 1855 se dieron á luz dos libros que las contenían (2). El sumario de todas ellas es como sigue:

—Dentro de ciento cincuenta años reinará un solo Pastor y un solo rebaño; entonces la tierra se convertirá en paraíso. Nosotros

(1) Serie III, vol. V, 1857, pag. 42.

(2) El frontispicio de ambas obras, escritas en alemán, decía así en nuestro romance: «Comunicaciones de los bienaventurados Espíritus, hechas en el año 1855 por mano de María Kahlhammer, cotejadas con las hechas del Santo Arcángel Rafael, por boca de Crescencia Wolf, publicadas por José Friederich.—Comunicaciones del Santo Arcángel Rafael, hechas en el año 1855 por boca de Crescencia Wolf, cotejadas con las hechas de los bienaventurados Espíritus, por mano de María Kahlhammer, publicadas por Juan Schweykart.

tenemos por muy nuestro el cargo de preparar los caminos de esta universal mudanza, que se logrará regenerando la Iglesia, limpiándola de las muchas fealdades que la envilecen, en especial tocante al clero, y embelleciéndola con tan vivos resplandores, que convierta á sí el amor y servicio de todos los mortales. Empresa tan ardua no podía deducirse á ejecución sin estrepitosos milagros. Por eso, el gran milagro reservado por Dios para estos últimos tiempos, milagro el mayor de cuantos vieron los pasados siglos, consiste en la espontánea y sensible comunicación de los espíritus y de las almas de los difuntos con los hombres que aún viven, el trato libre de los dos mundos, invisible de los espíritus y visible de los viadores terrestres, entre los cuales se había levantado impenetrable barrera. Este supremo consejo del Altísimo empieza ya á ponerse por obra, mediante la Psicografía, que abre la puerta al nuevo andar del mundo. Una dificultad se ofrecía en la demanda. Al paso que Dios enviaba á esta santa obra los espíritus buenos, Lucifer, temeroso de sus consecuencias, soltó las trabas á los encarnizados demonios para que sedujesen el mundo con prestigios semejables. Lo peor es que los demonios, más sagaces que los espíritus buenos, entraron en primer lugar á ocupar el campo, acuidadándose donde los otros se descuidaban. De aquí vino aquella repentina y ruidosa invasión que pocos años antes hicieron en el mundo las Mesas Rotantes y Hablantes con todo el aparato de sus portentos, cosas todas ellas diabólicas, infernales, inventadas de antemano con el fin de echar á pique y desvirtuar nuestra divina obra. Mas nosotros, al fin, alcanzaremos el triunfo, resistiendo á todos los contrastes. Veinte años concedió el Señor al ejercicio de la Psicografía. Así que expire ese tiempo de gracia, las comunicaciones de los Esritus tendrán cumplido remate. María Kahlhammer y Crescencia Wolf son los dos instrumentos escogidos para esta obra, y otros poquitos con ellas. Los que, fuera de éstos, se alzan con tamaña honra por entrometerse en la ocupación y oficio de psicógrafos, se declaran *ipso facto* escribientes y amanuenses de los demonios, que no otra cosa anhelan sino metérseles en el cuerpo, para hacerlos instrumentos de sus patrañas y ruindades.—

10. Estas fueron las bravatas y profecías del espiritismo bávaro. So capa de santo celo descargaban los espíritus su enojo sobre el envilecido proceder de los eclesiásticos; clamaban feroces contra el lujo, soberbia, tiranía del clero mayor, intimándole renuncia de cargos honrosos y de bienes terrenos; asentaban aquí la mano con resolución, amenazando que la obra de Dios sería entregada al cuidado de los legos; añadían que si los legos faltaban á su vocación, entrarían en vez de ellos las mujeres á dar á la divina obra glorioso término, porque la emancipación de las mujeres será universal, puesto que á ellas pertenecerá el sacerdocio y el apostolado de la nueva Iglesia, con espanto del sexo varonil, que no podrá contrarestar la pujanza y poderío desplegado por ellas en la lucha braví-

sima por la santa causa de la fe. En la traza de los años señalados por los espíritus se descubre y reluce el intento del milenarismo.

Cuando el cardenal Reisach, arzobispo de Munich, fulminó excomunión contra la Psicografía, contra sus oráculos y autores, tratándolos de engañosos, mendaces, desatinados, opuestos á la doctrina de la Iglesia, revolviéronse los espíritus como culebras, hablaron gordo con braverías y blasones, y coletearon con aparente mansedumbre contra la autoridad eclesiástica apelando al juicio privado de los *verdaderos fieles*. El *espíritu de Sócrates*, que hacía gran papel en las *revelaciones*, ya que no pudo tragar la censura del Prelado, mordía el freno muy á su pesar: mas al ver que las dos *profetisas* echaban grillos á la lengua, alabó con ladina astucia la obediencia y sumisión, no sin amenazar en la junta de despedida con espantosa venganza á los que osasen poner estorbo al ministerio de las dos predilectas. A la condenación publicada por el Cardenal Reisach, vino á juntarse la de su inmediato sucesor. Entre tanto la Silla Apostólica mandó encartar en el Indice de libros prohibidos los dos que encerraban las *revelaciones* del neoespiritismo de Munich, que tan perversa cizaña sembró y tanta cantera levantó en la culta Alemania. El tiempo ha declarado la ruin falsedad de aquellas predicciones y puesto en el catálogo de las ilusas á las dos profetisas, si ya no fué todo tramoya excogitada de intento en odio contra el catolicismo. Tramoya y tramoyistas son en el día la fábula de las gentes discretas.

El demonio, hay que confesarlo, ha sabido obrar como quien es, con los espiritistas. De la manera que en el paraíso terrenal comenzó á inquietar al hombre convidándole con el deleite de la curiosidad, para venir á derribarle con la envidia; así, ni más ni menos, propuso á estos hijos de Adán cosas de singular curiosidad, para que persuadidos con halagos, engolosinados con promesas, confirmados en su favor anduviesen en celos, se carcomiesen del bien extraño, royesen vidas ajenas, pronosticasen males de la virtud y aun á la misma verdad la mordiscasen, la arguyesen y la hiciesen sospechosa de mentira. En todo tiempo la envidia ballesteó á los sentados en alto lugar, siempre se encaró contra lo más florido y empinado. De ahí vinieron tantas herejías y disparates, que, con título de revelaciones celestes, adonde principalmente asestaban sus tiros era á los bienes de la Iglesia, á las dignidades de la Iglesia, á los honores de la Iglesia, á la gloria de la Iglesia, cuyo gobierno y substancia quisieran para sí los que tomaban con las manos el cielo de pura indignación, porque vivían mal hallados con su mísera fortuna. Desdorar el oro por deshacer la obra de Dios, ¿hay locura mayor? Esa locura vémosla en los espiritistas de Munich, en cuyas entrañas se albergaba la rabiosa corrupción de la envidia, atizada por el espíritu infernal.

Aquella hazañería diabólica pasó. Mas, ¿cómo es posible que siendo el demonio tan fino previsor de cosas futuras naturales y tan

noticioso de secretos, no haya querido á los espiritistas de hoy hacerles la honra que hizo á los antiguos paganos, á quienes alzó, siquiera mediante los oráculos, el velo de ciertas curiosidades encubiertas á la humana previsión? ¿Qué trabajo le costaba al ángel rebelde sugerir á los *medios* ó dictar á sus punzones recetas de medicamentos acomodados á cura de dolencias, como las solía dictar Esculapio? ¿Qué dificultad le había de traer al demonio el convertir los salones de espectáculo en salones de consulta, donde constituirse protomédico del género humano doliente, puesto que Dios le aflojaba la rienda para escribir, parlar y comunicar con hombres y mujeres con tanta soltura? O si le cuadraba mal el medicinar dolencias y restituir sanidades, ¿por qué no se metió á físico, á fisiólogo, á metereólogo, á astrónomo, á maquinista, á matemático, á comerciante, y con sus respuestas científicas habría podido granjear crédito y veneración, pues eso era lo que el maldito pretendía? Mas no; el demonio, á fuer de grandísimo bellaco, buscó gratis su honra á expensas de la humana deshonra, sin provecho ajeno de ninguna suerte. Armar engaños para engatar con sus momerías, es toda su traza; para solo eso le dan licencia.

ARTICULO II.

1. Enseñanzas de los espiritistas.—2. La transmigración de las almas es fundamento deleznable y falso.—3. Autoridades que condenaron el espiritismo.—4. Propensión del espiritismo respecto del demonio.—5. Agentes del espíritu maligno. —6. Intento especial de Lucifer.—7. El pesimismo reciente.—8. El satanismo actual.—9. El espiritismo en estos últimos años.

1. Los *espíritus* no han sabido profetizar, en contracambio supieron dogmatizar. Así como los Profetas de Dios sacaron de las verdaderas revelaciones doctrina tan levantada, pura y provechosa como la expuesta en el postrer capítulo del libro primero, así, por el contrario, los *profetas* del demonio, acostumbrados á tener con él amigable correspondencia y comercio, han aprendido en su escuela una enseñanza pestilencial, errónea y raterísima, cual de tal maestro se podía presumir. Los mismos espiriteros confiesan haber sacado sus dogmas de las comunicaciones de los *espíritus*, que son en su dictamen las almas del otro mundo (1). Allan Kardec, según esto, no fué autor, ni maestro, ni discípulo de tales enseñanzas, fué solamente compilador de documentos dictados al lapicero espiritista de

(1) DELANNE: Ce genre de communication a été nommé écriture mécanique. C'est par cette mediumnité, plus rapide que la table, que les esprits dictèrent un gran nombre d'instructions, qui réunies et collationées par Allan Kardec, forment la partie philosophique du spiritisme. *Le spiritisme*, chap. II.

los *medium* por las almas de los finados, bien que Kardec tomase á su cuenta el defenderlos y propagarlos por el mundo. Parémonos un rato á considerar algunas de las revelaciones así recibidas. Poco hace al caso que en hecho de verdad el *espíritu* previniese á los *medium* con semejantes instrucciones, ó que los espiritistas se las hayan sacado de la cabeza; bástanos saber que ellos propios las venden y ponderan por doctrinas *reveladas*.

Una de ellas es la metempsícosis, conviene, á saber, la *desincarnación, encarnación* y *reincarnación* de los espíritus. Propónela Allan Kardec en esta forma: *La expiación y el mejoramiento progresivo de la humanidad es el objeto de la encarnación* (1).—*La encarnación es para todos los espíritus un deber que Dios les impone al empezar su vida, como primera prueba del uso que harán del libre albedrío. Los que desempeñan este deber con celo, pasan rápidamente y con menos pena esos primeros grados de iniciación* (2).—Para desvanecer la sospecha engendrada en el ánimo de algunos críticos sobre la antigüedad de la metempsícosis, responde Allan Kardec de la manera siguiente, con el fin de dejarla autorizada por entero: *Jamás hemos dicho que la doctrina espiritista fuese de invención moderna... Pitágoras, como sabemos, no es el autor del sistema de la metempsícosis; tomóla de los filósofos indios y egipcios, entre los cuales existía de tiempo inmemorial. La idea de la transmigración de las almas era una creencia vulgar, admitida por los hombres más eminentes. ¿De dónde y cómo les vino? ¿Por revelación ó por intuición? No lo sabemos; pero, comoquiera, una idea no atraviesa las edades y no es aceptada por inteligencias escogidas, sin tener una parte seria.*—A lo cual añadió Delanne: *La antigüedad de esta doctrina sería más bien una prueba que una objeción* (3).

2. Ambos á dos, Delanne y Allan Kardec, concuerdan en el referir á revelaciones espiritistas la sentencia de la transmigración de las almas, bien que no admitan la incorporación de ellas en los cuerpos de los brutos. Con incomparable sinceridad empieza Kardec á dar visos de su no comparable ignorancia. Muchos filósofos han ocupado el ingenio en demostrar la falsedad de la metempsícosis. Digno de alabanza es el canónigo magistral D. Juan José Benito y Cantero (4), por las oportunas y discretas razones con que da en tierra con ese error de los espiritistas. A nosotros nos basta, pues no nos incumbe honrar al espiritismo con una solemne refutación filosófica, señalar una mentirilla encajada por los espíritus en la testa de medianeros y directores. Asientan los espiritistas que la doctrina de la metempsícosis, llamada por ellos *encarnación* y *reincarnación*, fué profesada en la más remota antigüedad; pero lo afirman muy medidos en sus palabras, como quien tiene infundido un plomo de gra-

(1) *Filos. espirit.*, lib. II, cap. IV.—Dejamos en su bárbaro lenguaje la traducción de los libros espiritistas, que no merecen más honra de parte de los españoles.
(2) *Evang. según el espiritismo*, cap. IV.
(3) *Le spiritisme*, chap. IV.
(4) *La magia disfrazada*, caps. XIX, XX, XXI.

vedad, pues que los espíritus debieron de enseñarles esa doctrina por indubitable. La mentira y farsa hela aquí.

Los espíritus saben, pues no lo pueden ignorar, que el sistema de las transmigraciones no es antiguo, sino reciente; ellos saben, y no se les puede ocultar, que la antigua religión de la India, Persia, China, Asiria, Caldea, Egipto, Grecia, Roma, no tuvo jamás noticia de encarnaciones y reincarnaciones, como las soñadas por los espiriteros; saben, y no lo han de extrañar, que la metempsícosis fué parto de la corrupción pagana; saben, y no les cabe duda, que la metempsícosis amaneció por vez primera en el mundo cuando el entronizamiento del bramanismo en la India, seis siglos antes de la Era cristiana; saben, y tienen por cierto, que entre los errores de la gentilidad más antigua no mencionan ese de la transmigración las Sagradas Escrituras; saben, y les consta muy bien, que no los más eminentes ingenios ni los mejor reputados, sino los más corrompidos, ambiciosos y perversos la inventaron é impusieron á la ignorancia del vulgo; saben, ¿y quién no lo sabe?, que plantada dicha creencia entre los hombres en la India y después en Grecia, fué combatida, confutada, reprendida, arrollada con brío y sutileza por varones paganos de esclarecido ingenio y saber. Mas porque los espíritus, no obstante su cabal noticia de la verdad, saben igualmente que la creencia de la metempsícosis destruye el dogma del pecado original, extingue las penas del infierno, ata las manos á Dios en la ejecución de su justicia vindicativa, echa por tierra la verdad de la vida celestial, pone en contingencia el principio de la moralidad, hace imposible la resurrección final de los muertos, disuelve la unidad substancial de la persona humana, expugna y desquicia la responsabilidad personal, destierra y rompe el eficaz freno del vicio y el más poderoso estímulo de la virtud, deja desmayada sin vigor la fuerza y sanción de la ley (1); porque todo esto tienen los espíritus muy bien sabido, y ven el afortunado lance que echarán de errores y desatinos si logran estragar el juicio de los atolondrados con semejante desorden de reencarnaciones, por eso mismo no reparan en desfigurar los principios racionales ni en alterar el sosegado raudal de la historia, á trueque de dar hermosas apariencias de verdad á las más negras y abominables mentiras (2).

En estas enormes falsedades se funda todo el afán de los espíri-

(1) PERUJO: «O todos los que nacen en la tierra son personalmente culpables en vidas pasadas y expían en ésta su delito, ó todos nacen sin culpa propia con el objeto de hacer aquí la prueba. Si lo último, vuestro sistema se desvanece como el humo, y de ningún modo podéis explicar la existencia del mal. Si lo primero, desde el momento en que no relacionáis en la conciencia la culpa y la pena, quitáis á ésta su carácter propio, y despojáis á la ley de su sanción eficaz.» *Pluralidad de existencias del alma ante el sentido común*, cap. IX.

(2) DELANNE: «Aucune philosophie ne s'est élevée à une plus haute conception de la vie universelle, aucune n'a prêché une morale plus pure, c'est pourquoi nous nous présentons hardiment au monde, appuyés sur les bases inébranlables de la certitude scientifique. Le Spiritisme est une science progressive, elle se base sur la révélation des esprits et sur l'analyse minutiense des faits. Nous n'avons ni dogmes, ni points de doctrine

tus de meter ruido en el mundo. Alborotan por bullir, bullen por desconcertar, desconciertan por tentar novedades, y las tientan aojando todo lo bueno, aunque no haya luna con más mudanzas, ni Proteo con más formas, ni camaleón con más colores, ni corcho en el agua con más fluctuación é inquietud. Mesas, lápices, trípodes, veladores, psicografía, apariciones mágicas, mecanismos pueriles, mil otras osadías de obscenidades y desnudeces, que señalan con el dedo al torpísimo y odiosísimo *revelador*, todo lo emplean los espíritus para inficionar las almas con el aire corrompido del error. No es de maravillar el desconcierto que metió el espiritismo en nuestra desdichada nación (donde la peste extranjera, aunque llegue tarde, pica y mata) con los insulsos escritos de Torres Solanot, de González Soriano y de otros espiritistas, que apenas supieron otra cosa sino traducir en mal castellano los libros de Allan Kardec, donde no es tarea fácil al vulgo distinguir la verdad de la mentira cuando ésta se le ofrece en vaso dorado de palabras sonorosas (1).

3. Dogmatismo como el profesado por los espiritistas, que aunque no hiciese persuasible su falsedad no dejaba de hacer obra en pechos sencillos, no podía menos de ser condenado, porque inducía á cosas desatinadas con el desorden de los discursos. En su reprobación concurren las autoridades de más peso que podían formar tribunal en la materia, á saber, el derecho divino y el derecho eclesiástico. Tema fundamental del espiritismo es la evocación de las almas de los muertos para enseñanza de los vivos: esto repetía Allan Kardec con grande advertencia. El texto de la Santa Escritura veda la evocación de los muertos con ánimo de inquirir la verdad (2); asunto tratado arriba en el capítulo III de este postrer libro. El espiritista, sintiendo las apreturas en que el argumento de este paso le ponía, quiso desatarle en esta forma: *Si la ley de Moisés debe observarse rigurosamente sobre este punto, debe serlo igualmente sobre los otros; ¿por qué había de ser buena en lo que conviene á las evocaciones y no había de serlo sobre lo demás* (3)? No podía un hombre de mediano talento dar más desdichada é incoherente respuesta. Toda la Sagrada Escritura, por salvar la honra que se debe á la profecía, se ocupa sin descanso en perseguir á los pitones, en amenazar á los agoreros, en baldonar á los adivinos, en hacer aborrecibles á los que andaban en busca de la verdad husmeando almas de muertos sin cuidar de informarse de la voz divina; ¿y quiere ahora Kardec que

---

inébranlables; en dehors de la communication des vivants et des morts, et de la réincarnation, qui sont absolument demontrées, nous admettons toutes les théories rationnelles qui se rattachent à l'origine de l'âme et à son avenir.» *Le spiritisme, conclusión*.—Vea quien quisiere la compendiosa y seria refutación del folleto de Delanne, hecha por la *Controverse*, nouvelle série, t. IV, 1885, p. 259.

(1) Merece ser consultada la *Polémica con los espiritistas*, escrita por el P. Conrado Muiños Sáenz, del Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid, 1886, obra de pequeño volumen, pero llena de eficaces razones para convencer la contumacia espiritista.

(2) Non inveniatur in te... nec incantator, nec qui pythones consulat, nec divinos, aut quaerat a mortuis veritatem. Omnia haec abominatur Dominus. Deuter., XVIII, 11.

(3) *El cielo y el infierno*, cap. XI.

el consultar almas de difuntos, acción abominable á los ojos de Dios, sea obra permitida al espiritismo, porque no abusará él, como los antiguos abusaban, de tan delicada operación? Poco sabe, ó mucho finge ignorar, quien presume estar la adivinación tolerada en algún capítulo de la Biblia, puesto que parte de la adivinación fué siempre la nigromancia ó evocación de los muertos.

Por esta causa, no bien hubo dado muestras de sí en América y en Europa la obra del espiritismo, comenzaron á llover sobre él los rayos de la excomunión fulminada por el Episcopado católico, en cuya virtud, para cerrar la puerta á lo ilícito, se ponían entre los actos prohibidos los espectáculos de los mañeros evocadores. Los Prelados españoles no cejaron en la demanda. El Obispo de Cádiz, Excmo. Sr. Arbolí, decía á los fieles de su iglesia con libertad pastoral: *Tratar de dementar á los hombres con la supuesta intervención y revelaciones de los espíritus de los muertos, es una verdadera superstición prohibida en el primer mandamiento del Decálogo, y, por consiguiente, un pecado grave contra la virtud de la religión... Por tanto, «prohibimos severamente» á todos los fieles cristianos de nuestra diócesis el uso de esta perniciosa superstición... Igualmente «prohibimos el asociarse y tomar parte en reuniones celebradas con este objeto», advirtiendo que se peca «mortalmente» en lo que se llama evocación de los espíritus* (1).—El Arzobispo de Compostela, Emm. Card. Payá, publicó la condenación de *El Aldrete*, periódico de los espiritistas españoles, en estos términos: *«Aldrete» está plagado de proposiciones heréticas, erróneas, temerarias é injuriosas á la Iglesia; por lo mismo «lo condenamos», en el modo y forma con que ésta condena los libros de perversas doctrinas; «prohibimos» la expendición, retención y lectura de semejante folleto, é imponemos á los contraventores las correspondientes censuras canónicas* (2).—El Arzobispo de Sevilla, Fr. Joaquín Lluc, á 26 de enero de 1880, condenó á su vez el periódico intitulado *El Espiritismo*, en esta forma: *Conformándonos con el anterior dictamen (de los censores), usando de nuestra potestad ordinaria, y de la extraordinaria recibida de la Santa Sede para estos casos, «prohibimos» la lectura y retención de los números ya publicados y que en lo sucesivo se publicaren del mencionado periódico (El Espiritismo), como también suscribirse á él, y cooperar directa ó indirectamente á su propagación* (3).—Con igual eficacia levantaron la vara del rigor contra el espiritismo los Prelados de Salamanca, Barcelona, Zaragoza y otras diócesis de la Península, donde la pestilencia había comenzado á cundir (4).—El *Boletín Eclesiástico* de Granada puso en pública luz, el año 1885, un documento del gobernador, Dr. D. Juan Muñoz Herrera, después Obispo de Avila, donde se resumen y condenan los

(1) Pastoral de 19 de marzo de 1857.
(2) La condenación del *Aldrete* es de 29 de julio de 1878, como consta del *Boletín oficial del Arzobispado*, 1.° de agosto del propio año.
(3) *Boletín del Arzobispado*, 31 de marzo de 1880.
(4) CANTERO, *La magia disfrazada*, 1886, cap. XV.

errores del espiritismo. *¿Serán éstos*, dice, *espíritus buenos? Imposible. Sus enseñanzas son heréticas; los dogmas negados por el espiritismo son: la existencia de los demonios, la eternidad de las penas, la resurrección de los cuerpos, el pecado original, la revelación cristiana y, por consiguiente, la Divinidad de Jesucristo* (1).

A la vigilancia y celo del Episcopado católico había precedido la respuesta decisiva de la Sagrada Congregación del Santo Oficio. No anatematizó la Congregación Romana la secta espiritista apellidándola con su nombre propio, pero anatematizó sus obras, esto es, *evocación de muertos, recepción de respuestas, descubrimiento de cosas desconocidas y lejanas, aspecto de seres invisibles; las cuales operaciones*, dice, *contienen decepción ilícita y heretical, y escándalo contra la honestidad de costumbres* (2). En concepto de la Sagrada Congregación el magnetismo animal había torcido el rumbo por pisar la raya de la región extranatural, emboscándose en el laberinto vedado de la superstición. A la verdad, á mediados del siglo XIX entre el espiritismo y el magnetismo lúcido se notaba ya muy poca diferencia, como va tocado en el capítulo anterior. El magnetismo, con su fotografía de las almas, había hecho la cama á la psicografía del espiritismo; convenía no dejarlos dormir en paz para que sus soñadas *revelaciones* no contaminasen la pureza de la doctrina sobrenatural entre los fieles. Bien razonaba el docto magistral de Toledo cuando al carear entrambas manifestaciones supersticiosas, midiéndolas por una rasera, decía: *Si la Santa Sede reprueba y condena todo esto como ilícito y heretical en el uso del magnetismo, y todo ello entra en el círculo de las supercherías espiritistas, una de dos, ó la Santa Sede aprueba en el espiritismo lo que reprueba en el magnetismo, lo cual es absurdo, ó se ha de convenir en que practica el espiritismo lo que es ilícito y heretical, como lo practica el magnetismo* (3).

4. El proceder del espiritismo sólo puede hacerse nuevo y dejar embelesado al vulgo indocto. Los hombres que discurren, saben cuánto le importa al enemigo de la verdad ocultar la cola serpentina. Mostrarse y desdoblarse en pleno día le fuera tan pesado al

---

(1) En los pueblos de Andalucía se hizo lugar el espiritismo con más ventaja, como lo prueban los centros de Jaén, Granada y Loja, por los años de 1885. De utilidad práctica será para los amigos de novedades el pasar la vista por el libro *¡Yo he sido impío!*, de José Huertas Lozano, que siendo espiritista farandulero y masón formal, volvió al redil de la Iglesia católica en el año 1889. Las trapacerías que narra en el capítulo III, son muestras inequívocas de aquella estofa de espiritistas, los más de ellos gente de floreo y parolina; mas los veintitrés libros que cita y los doce periódicos que corrían por España (pág. 133, 2.ª edición del 1892), manifiestan el estrago que causó la doctrina de los espíritus en sus idiotas sectarios. «Las regiones donde cuenta más número de adeptos son, dice, Andalucía, Cataluña, Valencia y una buena parte de Aragón.» (Ibid., p. 132.)

(2) «Se invisibilia quaeque compicere effutiunt, ac de ipsa religione sermones instituere, animas defunctorum evocare, responsa accipere, ignota ac longinqua detegere, ausu tetemario praesumunt, magnum quaestum sibi ac dominis suis divinando certo consecuturae. In hisce omnibus, quacumque demum utantur arte vel illusione, cum ordinentur media physica ad effectus non naturales, reperitur deceptio omnino illicita et haeriticalis, et scandalum contra honestatem morum.»—Encíclica del año 1856.

(3) CANTERO, *La magia disfrazada*, p. 393.

demonio como lo es á la lechuza recibir los vivos rayos del sol. De la manera que la pintura exagerada de los ardides diabólicos hace insufrible por asqueroso y ridículo el ser del demonio; de manera contraria, el propósito de desvirtuar la acción del demonio en el mundo es de los más funestos que en nuestros días ha podido prevalecer. Entre la exageración y la negación pasa la verdad ajustada y majestuosa. Las sectas propenden todas, ó á exagerar ó á negar; la Iglesia católica es la única que tiene al demonio en el predicamento que le corresponde. Los espiritistas trataron de pintar de mala mano á Lucifer, desfigurando su deformidad, desnaturalizando su acción, afeitando y acicalando su intención, y vistiéndola de aparente hermosura. En eso no hacían sino despeñarse por la pendiente de la moderna libertad. ¡Cuán de otra manera trataban al demonio aquellos hombres de fe viva, como Calderón en su *Mágico prodigioso*, como Cervantes en su *Diálogo de los dos perros*, como Coello en su *Diablo predicador*, como Lope de Vega en sus *Zahurdas de Plutón*, como Guevara en su *Diablo cojuelo*, los cuales sabían escarnecer y chiflar del demonio con injuriosos remoquetes, no pudiendo resistir la risa y aun haciéndola retozar en el cuerpo de los presentes, sin dejar de poner en su punto la gravedad y malicia entrañable de las diabólicas invenciones! Los hombres de hoy, en cuyos pechos la fe padeció menoscabo, parecen tener librada la dicha en convidar con la mesa á su más fiero enemigo. En la primera mitad del siglo XIX salieron á las tablas *Roberto el diablo*, *Violín del diablo*, *Amores del diablo*, *Memorias del diablo*; en la segunda mitad, no en las tablas teatrales, sino en el hogar de la familia habían penetrado ya papeles infames, como *Satanás*, *El Lucífero*, *El Anticristo*, *El Ateo*, *El Canalla*, *El Ladrón*, *El Petróleo*, y juntamente libros del jaez de *Boda del diablo*, *Historia del diablo*, *El Diablo*, escritos que se divulgaban para demostrar que el demonio no es el espíritu maligno del infierno, sino una representación simbólica del mal que en el hombre anida. ¿Podía rebajarse con más afrentosa humillación la dignidad del humano linaje?

5. Pero lo que más humilla aún la vanidad de la civilización moderna, es el cargo de agentes del demonio, que han tomado sobre sí ciertos hombres, constituyéndose á sí mismos guiones del pueblo, en odio á la verdad revelada. El interés, aguijón eficacísimo cuanto no es apenas creíble, ni es el único ni el principal que los induce á tomar la pluma para verter por el mundo sus pestíferos pensamientos; escriben y publican porque han menester ojos y oídos donde infiltrar su malicioso veneno. ¿No oímos á cada paso, la ciencia por la ciencia, el arte por el arte? ¿No vemos con qué descaro llámase belleza á la que conculca las leyes del pudor? ¿No se canoniza por artística la inmoralidad y desvergüenza? *Lo que es indecoroso se celebra con nombre de autorizado, y lo que es inmoral pretende nombre de artístico, porque la representación de la realidad se estima por intento del arte, aunque el perjudicado deba ser el propio*

hombre (1). La pluma, el buril y el pincel son los instrumentos de semejantes hombres-demonios.

Entre los hombres diabólicos no ocupan el postrer lugar los espiritistas. Ved á ese caballero, barnizado de santidad, de lenguaje austero, de semblante frío, tan frío que hiela la sangre á la juventud y marchita sus sonrosadas mejillas; ahí está prometiendo montes de oro, cantando mil parlerías á borbotones, arrojando cuentos de perispíritus, metaspíritus, encarnaciones, reencarnaciones, evolucionismos, sintetizaciones, solidaridades y otras bachillerías á este tono, con que expone al público las comunicaciones de los *espíritus*, cual si hasta la hora presente ningún mortal, excepto él, hubiese calado la verdad de las cosas: ese tal, es un demonio en carne humana, ó un substituto de Lucifer, que solo vende palabras para arrojarse como cernícalo sobre las incautas palomas. ¿Qué deberá resultar de su locuacidad sin substancia cuando los disparates lleguen á penetrar en el pueblo y den al traste con la sencilla fe y devoción, sino el regodeo brutal de su maestro el demonio? *Las reencarnaciones*, decía uno de ellos, *nos enseñan que los actos de los espíritus son consecuencias de las sensaciones que precedieron, y, por consiguiente, que esto que se llama falta ó caída de los hombres, no es tal, sino una consecuencia lógica, natural, de su manera de ser, que en cuanto se modifique, por el ejercicio y discernimiento de las sensaciones, darán lugar á otros actos mejores; y, por lo tanto, que no hay expiación de faltas, no cometidas, pues que no hubo nada ordenado en contrario de los actos, que para ser faltas, sería necesario fuera posible á los hombres hacerse superiores á la creación, esto es, que salieran ó atropellaran alguna vez el fin para que fueron creados, ó sea, la ley en que viven, lo cual es un absurdo* (2).

Quien gastó tanta verbosidad en esa vizcaína cláusula fué un oficial de artillería, español, con sus ribetes de filósofo. Los espíritus le soplaron un día al oido: oye, bambarrión, la moralidad es un absurdo. El desdichado se tragó la patarata. Bien sabe el *espíritu* que la moralidad le trocó á él de ángel en demonio. Más porque no lo puede remediar, se goza en aprovechar la ocasión, cuando Dios le afloja la cuerda, para entretener á los suyos con bien parloteadas arengas, donde les avisa con gran sigilo que no hay pecados en este mundo ni penas en el otro, ni crímenes, ni actos punibles, ni razón ni derecho para condenar á nadie. El oficial babazorro se mostró tan dócil á las revelaciones de los espíritus, que sin sospecharlo, ó tal vez creyéndolo se las hizo suyas propias y lanzólas al viento de la publicidad. Tanta filosofía como el artillero español sabe Allan Kardec, ni dispara sus baterías con menos desenfado y arrogancia contra la verdad católica; pero tan hombre endiablado es el uno como el otro; tan revelaciones son las de aquél como las de éste; revelaciones infernales vomitadas por bocas humanas.

(1) P. Fr. Alberto María Weiss, *Apologie du christianisme*, t. IV, vol. II, p. 32.
(2) Baldomero Villegas, *Un hecho: la magia y el espiritismo*, 1873, cap. VI, p. 425.

Parece cumplirse en las osadías del espiritismo aquel paso del Apocalipsis: *Ay de la tierra y del mar; porque el diablo descendió á vosotros, indignado con ira grande, sabiendo que poco tiempo le queda* (1). Si es desdicha lamentable haber bajado Satanás á los teatros espiritistas, ¿qué desdicha no será para nuestra tierra albergar satanases que hagan tan cumplidamente su oficio? ¿A cuántas almas no arrancó un espiritista la solidez de la fe, la devoción y buenas costumbres, la sencilla docilidad, el sosiego de la conciencia, no tanto con la novedad de los espectáculos cuanto con la perversidad de las doctrinas, estimadas neciamente revelaciones de difuntos? Cierto, si el mismo Lucifer apareciera visiblemente en el mundo, no las enseñaría peores.

6. La propagación del espiritismo ha sido la causa principal de la frialdad con que miran muchos la condición del demonio. No parece sino que el hombre no tiene un enemigo invisible y poderoso que le procura arrastrar á la perdición eterna. ¿Quién será tan bobillo que piense que en las fantasmagorías del espiritismo se cifraba el intento principal del demonio? Lo que él tentó con arte por ese medio fué trabar con los hombres amistad estrechísima (permitiéndoselo Dios por altísimos fines), entrando con la de ellos para salir con la suya de él, que era combatir de todos modos con el grueso de sus estratagemas la verdad revelada, y aniquilar, si pudiera, el alcázar de la Iglesia de Jesucristo. A este blanco tiraba al valerse tanto de la caduquez y delirio de gente vieja, como de la liviandad é inexperiencia de gente moza, en cuyos temperamentos hallaba el demonio idoneidad, por la grandísima disposición, para imprimir sus ilusiones mentirosas. ¿Qué diremos de la condición mujeril, que se puso tan á los antojos del diablo? Bien profundada tiene Lucifer la flaqueza natural de las mujeres, su entendimiento superficial su arrojo á creer, su facilidad en dejarse llevar de imaginaciones y pasiones, su amor al aplauso y estimación, su inclinación á pecar de achaque de cabeza; todo lo cual indujo al demonio á tomarlas por instrumento muy acomodado para su propósito. Mujeres Profetisas por los dedos las podemos contar en las Sagradas Letras; pero en la gentilidad sin número eran las que servían al demonio para fabricar engaños y embustes. Por su mal lo experimentó Tertuliano errando en la fe, por haberse dado con nimiedad á creer las ilusiones de aquella embelecadora (de quien dijimos en su lugar) que dió al traste con aquel entendimiento extraordinario. ¿Qué se podía, pues, esperar de los espiritistas, hombres por lo común noveleros, presumidos, tercos, cabezudos, porfiados, despagados de todo, pagados de sí, cuando los vemos á vueltas con mujercitas villanas, soberbias, flaquísimas, astutas, á cuya condición tomaba Lucifer el pulso diestrísimamente para armar el lazo en que cayeran, como en hecho de verdad cayeron, envolviendo en su caída á sus apasio-

(1) Vae terrae et mari; quia descendit diabolus ad vos, habens iram magnam, sciens quia modicum tempus habet. Apoc., XII, 12.

nados elogiadores? Sucedió lo que de un enemigo experto era de temer; el demonio salió con la suya, que era ocultar la malicia encerrada en sus infernales ardides.

Después que el espiritismo pareció en América y en Europa, el poderío diabólico llegó á entablarse en forma de sistema tenebroso, bastante á poner espanto en las conciencias más timoratas. No eran juntas inofensivas las convocadas por instigación de los espíritus. No consistía todo en ver y oir niñerías; no era todo chao, chao y parolina sin provecho: algo más, muchísimo más lejos asestaba el demonio al llamarse espíritu de Platón, espíritu de San Agustín, espíritu de Lutero, espíritu de Séneca, y al embelesar á los presentes conpro mesas gloriosas, si bien nunca las cumplió, dejó en blanco á los que con él pactaban, sin ofrecerles ventaja ninguna de real provecho; pero salió con su pretensión, porque buscaba su maldito interés, no el interés del humano linaje. En las mujercillas de los punzones, en los caballeros de la fatuidad tuvo él notable ganancia. La ganancia diabólica fué lograr que tuviesen por luz las tinieblas y por tinieblas la luz, que llamasen bueno á lo malo y malo á lo bueno, que adorasen la mentira y persiguiesen la verdad, que tratasen á Satanás como á Dios y á Dios como á Satanás, con infinito detrimento de la sana y revelada doctrina.

7. Por estos pasos á tal punto han llegado ciertos hombres en el día de hoy, si atendemos á sus escritos, que las blasfemias de los siglos pasados, sumadas todas en uno, distan infinito de ser tan horrendas y abominables como las que en libros modernos se ven estampadas. No es nuestro ánimo fatigar el corazón del lector piadoso, con sabores de muerte no queremos amargar el gusto de los católicos; pero á cuenta del espiritismo creemos deben ponerse los arrogantes descaros de la cultura moderna. La literatura francesa ha engendrado un Soulié, autor del *Sataniel*, de *Las Memorias de Satán*, de *Los hijos de Satán;* la literatura belga ha formado á Manuel Hiel, escritor de *Lucifer;* la literatura italiana se tiene por muy beneficiada con las plumas de Juan Prati, compositor de *Satán;* de Rapisardi, autor de *Lucifer;* de Carducci, poeta del *Himno á Satanás;* la literatura inglesa pone la gala en el *Himno á Satán*, compuesto por Croley; en el *Sueño de Satán*, por Aird; en los *pensamientos del diablo*, por Southey y Coleridge; la literatura alemana hace cortesía á las *Memorias de Satanás*, escritas por Hauff; al *Elixir del diablo*, por Amadeo Hoffmann. Los títulos no declaran ciertamente los fondos de las obras en muchos casos; pero cuando estos escritores no reparan en pregonar sus enseñamientos con sobreescritos tan escandalosos, alguna seguridad habrán de tener de que sus lectores no harán mal gesto á cuanto se les ofrezca por ese reclamo.

8. Siendo esto así, ¿qué mucho que Lucifer se vea aclamado por Dios de la luz, y que el verdadero y único Dios sea tenido en concepto de tenebroso tirano? ¿Qué mucho que Satanás halle tantos adoradores en las grandes capitales, que le lleven en procesión

triunfal, á ciencia y paciencia de la autoridad civil, como ha sucedido alguna vez en estos aciagos tiempos? *¡Dicen que el diablo no está ya de moda! Que fué una ilusión de los tiempos antiguos. En nuestra opinión, parece que jamás ha sido más poderoso que en el día de hoy*. Así se expresaba el P. Weiss, de la Orden de Santo Domingo (1). A la verdad, y este es el consuelo que nos conforta, las adoraciones satánicas solamente se cuentan y solemnizan en las ciudades modernas donde la cultura ha perdido el norte de la fe que la dirigía y animaba.

A este ignominioso abatimiento de la dignidad humana, á la ruina de tantos corazones, tiró como á blanco la traza del demonio en aquellos movimientos de mesas, producciones de sonidos y luces, escrituras mecánicas, visiones y apariciones portentosas, éxtasis de medianeros y medianeras, que semejaban cosas indiferentes y sin sospecha de malicia. Permitíalas el Señor de cielos y tierra, para que constase de nuevo la verdad de las evangélicas predicciones, en virtud de las cuales el príncipe de las tinieblas había de engañar con falsos prodigios á las gentes, en especial cuando los últimos tiempos del mundo se fuesen acercando (2).

9. Al cabo de cincuenta años de momerías, ¿qué travesuras le han quedado al espiritismo? Poco más ó menos las mismas de antes. Hacer casquetadas con mesas, muebles, relojes, candeleros, vajilla, ó en la obscuridad, ó en meridiana luz, dejando oir voces armoniosas, ver objetos como llovidos, percibir bocanadas calientes ó frías, sentir arañazos de uñas invisibles, y cosas tales, que pedirían un grueso volumen si hubieran de referirse conforme las cuentan los papeles de la *hermandad*. Más interés ofrecen los efectos intelectuales, llamados de *psicografía*, cuando el *espíritu* responde á preguntas guiando la mano del *medium* para que escriba la puntual respuesta; ó también de *pneumatografía*, cuando el *espíritu* responde por sí con *escritura directa* sin pluma ni punzón. Si hacemos caso de los espiritistas relatores, los *espíritus* adivinan hechos ocultos y personales, descubren cosas perdidas, anuncian lo que acaece en tierras

(1) *Apologie du christianisme*, t. IV, *Humanité et humanisme*, vol. II, p. 71.

(2) Cuán malbaratado tengan el juicio los hombres de hoy, que se pican de discretos, lo pone bien de manifiesto Adolfo Clavarana, adalid infatigable de la causa de Dios, en su *Lectura popular*, de donde copiamos los párrafos siguientes:

«En estos días hablan los periódicos de una Isabel Hobron, de Nueva York, notabilísima adivina dedicada á la quiromancia, que no contenta con la fama de su ilustrado país, se ha venido á desafiar las brujas europeas, una de las cuales, Mm. Dulora, ha recogido el guante para celebrar una sesión solemne, á la que asistirán todas las notabilidades del ocultismo universal.»—«No ha mucho un gobernador de Barcelona intentó dar una batida á las brujas de aquella capital, y fué tal el número de aquelarres donde se echaban cartas, se adivinaban secretos y se decía la buena ventura, que daba gana de extender al pobre *progresos* la esquela mortuoria.»—«Hace poco refería un periódico que el célebre novelista Zola... era tan supersticioso, que se pasaba la vida echando cábalas. Y de él añadía Lombroso, otro que tal, que le gustaba sumar los números de los coches de punto, y si de la suma resultaba un número fatídico, se ponía inquieto y temía que le sucediera algo. «Antes, dice, creía de buen agüero los múltiples de tres; hoy prefiero los de siete.» ¡Qué ilustración la de los amigos del progreso!» *La Lectura popular*, año XIX, 15 septiembre, 1900, n. 410.

lejanas, predicen casos futuros, manifiestan enfermedades interiores y recetan remedios oportunos para su curación. El arte de adivinar no es aquí ciertamente profético, pues al demonio, autor del espiritismo, se le alcanzan muchísimas cosas que al hombre no le es dado saber. Pero pocos progresos deberá la medicina á la escuela del espiritismo, porque el demonio no pretende enseñar al hombre, dañarle sí á vueltas de la innata curiosidad. Más se lozanea en dictarle doctrinas concernientes al otro mundo, porque ahí es donde le arma engaños, como lo dicen á las claras las perversas enseñanzas de filosofía, religión y moral que los espiritistas confiesan haber aprendido de los espíritus.

A fin de encubrir con más disimulo su bellaquería, en son de satisfacer los anhelos del hombre, introdujo el diablo la *materialización de los espíritus*. Llamado el espíritu de un difunto, preséntase luego con el semblante y vestido que solía en vida usar, ó en otra figura que denota un no sé qué de aspecto peculiar, ya sea una sombra que pasa cantando, ya un fantasma con manto rozagante, ó una cabeza sin miembros, ó unas manos sin tronco; visiones, que se arriman y alejan, sonríen y desparecen, vuelan y tornan á parecer, hasta se dejan manosear, abrazar, fotografiar, como lo pensó el físico Crookes, cuya credulidad es muy dueño cada cual de aprobar ó improbar, con tal que confiese no serle al espíritu diabólico imposible acariciar las voluntades humanas con semejante cebo, pintando á cada una artificios que frisen más con su afición (1). Sigue el Señor dando licencia á Satanás para que arme lazos en sus acciones y respuestas, echando zancadillas á las almas metido en el rincón del aparente disfraz. El que atentamente sondeare los fondos de su especiosa figura, no podrá menos de descubrir las insidias del capital enemigo.

(1) *La Civiltà Cattolica*, 1892, vol. III, pág. 31, cita 160 ó 170 periódicos espiritistas, donde se trata largamente el asunto que aquí no cabe en nuestro propósito extender.



CAPÍTULO XI.

Vislumbres del hipnotismo.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Fenómenos *lúcidos*.—2. Su controvertido ser.—3. *Segunda vista:* autores la conceden, autores la niegan.—4. *Transposición de sentidos*.—5. Cómo se podría explicar.—6. *Visión á distancia*.—7. Hipótesis de la hiperideación, del sexto sentido, del vuelo del alma, de la hiperestesia.—8. Hipótesis de la fuerza néurica.—El perispíritu.—Ninguna de las dichas explicaciones da razón puntual del fenómeno.—9. Indole de los antedichos efectos.

1. Habiendo careado con la profecía los desconciertos del espiritismo y las proezas del magnetismo animal, pide la importancia de la materia que razonemos un rato con los hipnotistas, para calificar ciertas manifestaciones hipnóticas que dejan atónitos á no pocos de ellos, porque las juzgan por ajenas del orden natural. No son indicios de facultades ocultas las maravillas que en los hipnotizados se notan, ni sospechas levantan de justa admiración; pero á muchos y graves autores ofrecen dudosa noticia de índole perversa. Descendamos á exponer las más emparentadas con la profecía, para colegir luego la radical disparidad. Brevemente quedan descritas en *El Milagro*, por la parte de rareza extraordinaria que en sí tienen; aquí convendrá detener la consideración con más cuidado, á causa de la singular dificultad que su anomalía presenta respecto de la profética predicción.

Los fenómenos que alguna afinidad tienen con la profecía por la especie de adivinación en ellos encerrada, suelen recibir título de *transcendentales*, *lúcidos*, *extraordinarios;* denominación, que los coloca en esfera superior á la natural y común de los demás efectos hipnóticos. A la categoría de los fenómenos transcendentales pertenecen los significados por estos nombres: segunda vista, visión á

distancia, transposición de sentidos, acción de medicamentos lejanos, penetración del pensamiento, previsión de lo por venir. A estos seis pueden reducirse los efectos más asombrosos del hipnotismo, tocante á lo observado hasta hoy. No es esto decir que sean peculiares de la hipnosis: algunos tomaba por suyos el mesmerismo, como está dicho; algunos se echan de ver en estados neuróticos muy ajenos del hipnotismo, así como algunos pertenecen al estado psíquico del paciente y podrían descubrirse fuera de la hipnotización. Mas porque todos ellos se solemnizan como grandezas del hipnotismo, merecen capítulo aparte y especial consideración.

2. Punto de grande importancia es el asentar el ser real de los fenómenos de que tratamos. En esta parte, los relatos auténticos, que desde el año 1841 se han presentado sobre la realidad de los casos fenomenales, demandan respetuoso acatamiento y exigen el asenso de la humana fe. Negar la verdad de los hechos *sería*, dice bien el abate Méric, *acabar con la certidumbre histórica y con la autoridad del humano testimonio* (1). Afectar desembarazarse de su estudio, como hacen muchos hipnotistas, ocupándose en la sola práctica de los fenómenos regulares y ordinarios, por excusarse de juicios aventurados y no poner en balanzas la reputación científica, parece echar en olvido que los fenómenos superiores pertenecen, como el fruto al árbol, á la rama de la propia ciencia, especialmente que haciéndose desentendidos y encogiéndose de hombros no podrán los hipnotistas formar el debido concepto de la índole y origen del agente que los produce, como le incumbe al hombre científico si ha de filosofar con acierto. Mas afectar desembarazarse de los tales fenómenos, no queriendo cuenta con su estudio, por el presupuesto de que pasan la raya de lo ordinario y por la subjetiva persuasión ó sospecha de que no pueden ser naturales, como hacen otros autores no dedicados al arte, parece proceder á la ligera y sacar conclusión de mal averiguadas premisas, contra la lealtad del buen lógico y contra la incumbencia del filósofo, que debe tener por inmenso el campo de la observación y por muy limitado el conocimiento de las leyes naturales.

Evitando, pues, la interesada indolencia de los unos y el inmotivado desdén de los otros, hagamos honra al desvelo de los hipnólogos, cuando certifican haberse presenciado repetidas veces los seis casos arriba dichos. Pero una distinción convendrá no perder de vista, que parece como el quicio en que se revuelve toda la importancia de la investigación. Porque una cosa es observar y otra observar bien; una cosa es ver á bulto y emballestar la vista hacia una parte, y otra es desojarse por cebar los ojos en las circunstancias del objeto visto; una cosa es dar oídos sin tiento á un hipnotizado, y otra estar con el oído de un palmo á cuanto dice y á cuanto calla, estando bien en la cuenta de sus dichos y de sus omisiones; una cosa

(1) *Le merveilleux et la science*, chap. III, § 1.

es presenciar lo que hace, y otra estar á la mira de cómo lo hace y hasta qué punto deja de hacerlo. Porque en el ejecutar una acción cabe muchísima trampa, voluntaria ó involuntaria, de parte de los que en la acción concurren, como actores ó como testigos. Hincar los ojos del alma juntamente con los del cuerpo en la consideración de lo presenciado, es propiedad de los buenos observadores que se atalayan por todas partes por no caer en engaño. La trampa ó engaño principal está en afirmar el hombre más de lo que el sentido bien gobernado le dicta, como se verá claramente recorriendo uno por uno los seis fenómenos arriba señalados.

3. *Segunda vista.*—Este nombre suele darse á la vista de un objeto exterior percibido por el alma sin auxilio de los ojos. Aquí tenemos quien niega el hecho y quien rotundamente le afirma. El Dr. Ferrand propone su opinión negativa en esta forma: *Cuanto á los hechos de segunda vista propiamente tal, la duda está en si proceden de ilusión de los observadores, ó de impostura de los agentes, ó también de intervención de un poder que sobrepuja las leyes de la naturaleza humana, poder oculto y maligno sin disputa* (1). Este médico á duras penas admite un hecho de segunda vista, y si le admite adjudícale al demonio. El abate Meric, al contrario, no pone duda en la realidad de los hechos, para cuya certificación alega que al hipnotizado le tapan los ojos con vendaje espeso y con medios mecánicos que hacen impertransible la luz á la retina. *Y con todo eso*, añade, *el hombre toma la baraja en la mano, juega con persona despierta, gana la partida; distinguiendo la forma, contorno y figura de cada naipe. Dentro de una caja herméticamente cerrada, de madera, de mármol, de hierro, lo mismo da, descubre la palabra ó la cosa que en ella se quiso meter, sin estar adiestrado á esa operación por hábitos precedentes, ni por conjeturas fáciles, ni por indicaciones indiscretas de los testigos* (2). El hipnotizado no entabla comunicación con el mundo exterior por el órgano del sentido; luego de otra manera la entabla. *Parece*, concluye el autor, *difícil de negar, ó aun de poner en disputa el hecho, á vista del número, concordancia y gravedad de los testigos que deponen su realidad* (3). Aquí cita en su confirmación la autoridad de doce médicos respetables.

Otros niegan ó no acaban de conceder la verdad de los hechos; pero cuando se atreven á concederla, no hallan explicación posible en el ámbito de causas naturales (4). Con mayor fuerza de razón los tienen en cuenta de extranaturales los autores que los reciben por totalmente ciertos y fuera de toda sospecha (5). De fórma, que la

---

(1) *Les suggestions dans l'hypnose*, p. 44.

(2) *Le merveilleux et la science*, livre II, chap. III, § 1.

(3) Ibid., § 11.

(4) LELONG: M. Méric semble ne point douter de la vérité de ces faits; il me répugne de les admettre. Soit, cependant, puisque les nier serait, selon l'auteur, ruiner la certitude historique et l'autorité du témoignage des hommes. Mais je nie que cette seconde vue soit possible par les lois naturelles. *La vérité sur l'hypnotisme*, 1890, p. 66.

(5) MÉRIC: Que ces phénomènes soient inexplicables par les causes naturelles, et qu'il

segunda vista ó la visión á través de cuerpos opacos paréceles á los dichos autores, y á otros muchos que con ellos sienten, imposible de explicar si no entremeten al demonio en su explicación.

4. *Transposición de sentidos.*—Al tratar del mesmerismo hemos dejado expuesta la operación de ver por el epigastrio, oir por la nariz, oler por la rodilla, gustar por las puntas de los dedos, que decían era frecuente en los magnetizados. El hipnotismo se declara ejecutor de tan rara proeza, aunque contraria á la función propia de cada sentido. *Que el durmiente magnético*, dice Lélut, *parezca oler ó saborear por la nariz, paladar, estómago ó por otra parte cualquiera del cuerpo, olores ó sabores verdaderos ó transformados; que, por un resabio de la antigua costumbre de recibir sensaciones, haga semblante de referir á la piel las sensaciones tactiles, á la vista las percepciones visuales, al oído las palabras que el magnetizador le dirige, todo eso no son sino apariencias ó complacencias. La clarovidencia interior especial, independiente de los sentidos, hace que el durmiente magnetizado guste, huela, palpe, oiga, vea, ni más ni menos, como le sucede en el sacar inducciones, formar juicios, ordenar prescripciones médicas y así de otras cosas* (1). La teoría de Lélut, que se aplica por un igual tanto al hipnotismo como al magnetismo, hace ociosa la disposición de los órganos de los sentidos. Ley de naturaleza es, que los ojos sirvan para ver, los oídos para percibir sones, la lengua para saborear y así de los demás aparatos de la sensibilidad, porque la forma y compostura muestra el fin á que el supremo Hacedor los destinó. Altamente lo dicen en el ojo la esclerótica, la córnea, el íris, la pupila, el cristalino, el humor vítreo, las cámaras anterior y posterior, en particular la retina, membrana admirable, ramificación del nervio óptico, compuesta de telillas finísimas colocadas unas sobre otras con maravillosa disposición; elementos, que se ordenan á un solo fin, á la visión de los objetos exteriores, pues á otro intento no sirven. Igual finalidad hallaríamos en el oído, en la lengua, en la nariz y en el instrumento del tacto que es la superficie corpórea. Traspasar las leyes impuestas por Dios trastornando la obra de los sentidos, sería volver de arriba abajo el orden natural de las cosas.

¿Hay hechos de esta naturaleza en los anales del hipnotismo? *Yo testifico con toda certeza, por mí ó por testigos indiscutibles, que una persona magnetizada ve realmente los objetos sin el favor de los ojos, oye sonidos, palabras, voces humanas y no por el oído*; *huele y gusta por otros órganos distintos del paladar y olfato; muy sin duda tengo yo derecho de decir: Estos fenómenos están en oposición con las leyes generales de la naturaleza, y tienen por causa un agente, un principio extranatural* (2). Por otra parte, el médico de Barcelona Dr. E. Ber-

---

soit nécessaire pour les comprendre, de recouir à l'intervention d'une cause extranaturelle, c'est une vérité qui nous parait incontestable. *Le merveilleux et la science*, livre II, chap. III.

(1) *Physiologie de la pensée*, t. II, p. 474.

(2) Meric, *Le merveilleux*, ibid, p. 287.

trán Rubio se muestra rehacio en el recibir la realidad de esos notables fenómenos. *Declaro*, dice, *que no he leído una sola relación, ni he presenciado un solo caso de «vista á distancia, vista á través de cuerpos opacos y transposición de sentidos», que me dejara absolutamente convencido* (1). En buen terreno se coloca el médico barcelonés, cuando hace pública la sinceridad de su opinión, si no la divulga para descartarse de enredos. Porque autores hay que alegan razones en justificación de los fenómenos hipnóticos: ponderan la fuerza visiva de ciertas personas, que á largas distancias descubren pintas y cosillas menudísimas; el olfato de sujetos privilegiados, que perciben los olores más delicados; el oído de los árabes é indios, que tendidos por el suelo oyen á lo lejos las huellas de los caballos, según se cuenta; la agudísima vista de los que con poquísima luz leen á ojos cegarritas en libros de letra microscópica. Mas los tales hechos no son comparables á los hipnóticos, porque en estos no usan los individuos de su sentido propio para percibir, al revés de aquellos en que no hay transposición ni trastrueque.

5. Parécenos, pues, que no pudiendo las potencias extenderse más allá de los límites de su objeto propio, de la solícita observación dependerá la inteligencia de estos fenómenos. La transposición del oído se descubre en el histerismo y en otros estados patológicos; anomalía, testificada por los peritos en el ramo. ¿Qué maravilla que un histérico sometido á la hipnotización, ofrezca el caso de oído traspuesto? *No se olvide que histéricos son las más de las veces los sujetos que presentan ejemplos de transposición de sentidos* (2). La transposición de la vista podrá explicarse por lo exquisito del tacto auxiliado de la imaginación y memoria; parecerá ver por el epigastrio la persona hipnotizada, que sin embargo de llevar esa parte cubierta con la ropa, por la finura del cutis llegue á barruntar y aun á adivinar la forma y extensión del objeto aplicado á la superficie epigástrica. El olfato se dice actúa en la rodilla, ó en el lóbulo de la oreja, ó en la punta de la barba; pero podía muy bien suceder fuese imaginación esa del hipnotizado, que no se halla bien dispuesto para decidir si le sube aquel olor de parte más baja ó del órgano competente, puesto caso que los circunstantes alcanzan con el olfato de sus narices el mismo olor, aunque la cosa olida se halle situada más lejos de ellos que no de la nariz del hipnotizado su propia rodilla.

Estas consideraciones prácticas, unidas á la suma ignorancia teórica de cómo obran los nervios sensitivos estimulados por la hipnosis, á la influencia de la sugestión en los hipnotizados si en especial son de índole histérica, á la vaga é imperfecta determinación con que los sonámbulos hipnóticos describen las percepciones del pretenso trastrueque de sentidos, dan á entender por qué razón á muchos y excelentes médicos los puso en cierto género de desconfianza

(1) *Hipnotismo y sugestión*, p. 91.
(2) Dr. Bertrán Rubio, ibid, pág. 93.

la rareza de estos casos. Ya en 1831 se propusieron algunos á la Academia de Medicina de París tocantes al mesmerismo; la relación que de ellos se dió, notaba en solos dos sonámbulos magnetizados la visión por entre cuerpos opacos. *Algunos años adelante, en 1837, un magnetizador por nombre Berna, hizo ante una nueva comisión señalada por la Academia, experimentos relativos á la transposición de la vista; nadie quedó convencido. Dubois presentó una relación negativa. Otro miembro de la Corporación llamado Burdin, ofreció el premio de tres mil francos al que poseyese la facultad de leer sin ojos y sin luz. Pretendientes no faltaron; pero faltó quien se llevase el premio* (1). Esto declara sin ambages, el doctor de la escuela de Nancy, conforme á la verdad histórica de los hechos. Mas cuando cuenta su andar á daca y toma con el deseo de averiguar el fondo de las cosas, confiesa haber perdido el áncora de la confianza por habérsele quebrado la nave sin provecho. *Acerca de las maravillas, lucidez, previsión de lo por venir, visión interior, vista á distancia, ó por entre cuerpos opacos, transposición de sentidos, instinto de los remedios, ¿será preciso decir que yo nada de todo eso hallé* (2)? No era Bernheim hombre que en poca agua se ahogase; con todo, ahi le vemos sin arrimo donde poner el pie (3).

Las reflexiones que preceden, nos obligan á tener por importunas y de ningún mérito las suposiciones imaginadas para dar razón de estos singulares fenómenos. El fluido vital de Garcin, el sentido nuevo y oculto de Figuier, el fluido nervioso de Longet, las oscilaciones cerebrales de Bellanger, la alteración dinámica de Richet y Janet, y otros semejantes presupuestos que dieron entrada franca á explanaciones teóricas del trastrueque de sentidos, con gran razón se desechan por insuficientes y mal ajustadas al intento que se pretende (4). En esta parte, las descripciones de los hipnotizados, torcidamente interpretadas ó recibidas con demasiada seguridad, dieron á los hipnotizadores harta ocasión de engaño cuando presumían roer las raíces del secreto.

6. *Visión á distancia.*—Consiste en divisar el hipnotizado cosas lejanas, y en hacer de ellas cabal descripción como si se hallara presente en el paraje donde están. Sugiere el hipnotizador al hipno-

---

(1) BERNHEIM, *De la suggestión*, pág. 152.

(2) Ibid., pág. 147.

(3) Merece consideración la diferencia entre la escuela de Nancy y la de Salpêtrière: la primera válese de la sugestión con personas ordinarias, la segunda con histéricas notables; la primera tiene el hipnotismo por estado fisiológico, la segunda por estado patológico; la primera no experimentó fenómenos somáticos extraordinarios, la segunda sí, por eso la primera trata los de la segunda por ilusiones. Mucho trabajo les cuesta á los médicos saber dónde acaba la fisiología, dónde empieza la patología. Lo que pasa los lindes de lo común ¿por qué ha de ser patológico? ¿No es muy posible haya personas dotadas de un natural vivísimo, en estado de salud que, hipnotizadas, produzcan efectos raros, sin ser histéricas? El P. Hahn, pesado el pro y el contra solía decir: Entre la Salpêtrière et Nancy nous tenons pour le parti du juste milieu. *Revue des quest. scient.*, 1894, tomo 36, pág. 378.—Con todo eso, la incertidumbre de los fenómenos arriba expuestos, parece quedar bien zanjada, cuanto á su causa natural.

(4) MÉRIC, *Le merveilleux*, livre II, chap. III.

tizado de Madrid que se traslade en espíritu á Roma, á París, á Pekín. El hipnotizado se acomoda imaginariamente en la casa ó fonda señalada, allí da señas del albergue, delinea los aposentos, refiere la distribución de muebles, cuenta la ocupación de los moradores, sus trajes, costumbres, usos, acciones, todo tan por menudo y con tanta verisimilitud, como solemos dibujar las cosas que más impresionaron nuestros sentidos. También se extiende la visión sobredicha á otros portentosos aspectos. El Dr. Lélut, que no peca de crédulo, refiere esta gracia: *Daréis á un sujeto magnético, adormecido conforme á las reglas prescritas, un objeto cualquiera, guante, mechón de pelos, cinturón, que haya tocado de cerca ó servido á una persona desconocida. El magnetizado palpa y ve, magnéticamente, por supuesto, ese cinturón, guante, pelo. Yo no creo que pueda deciros el nombre de la persona de quien la prenda procede ó á quien haya pertenecido, aunque no sea eso imposible; pero ciertamente os describirá y dará á conocer esa persona en cuerpo y alma, os hablará con mucha exactitud de sus costumbres, relaciones, méritos, aventuras y faltas* (1).—El arte de tan raras descripciones no parece que en el orden natural pueda aprenderse y ejecutarse con la gracia pintada en los libros.

Los hipnólogos han concebido mil disparates para salir con la explicación natural del fenómeno. Los unos descubren en la fantasía todo el fundamento de la visión de cosas remotas. Cierto, la potencia más interesada en los efectos del hipnotismo es la imaginativa. Mas por ser ésta facultad inmanente, posee una jurisdicción limitada; el cerco de su acción comprende las imágenes fraguadas de percepciones sensitivas, de suerte que las no suministradas de algún modo por los sentidos no están en su potestad. Incapacidad radical tiene la fantasía para, por lejanos indicios, rastrear imágenes seguras y fieles de objetos apartados que los sentidos nunca llegaron á percibir. Pues no forjando ella imágenes, el entendimiento queda inhábil para formar idea de los arcanos sobredichos.

Mucho más dificultosos de explicar serán por sola fuerza imaginativa casos como el siguiente, narrado por Gurney: *Tengo de dar á usted cuenta de nuestro modo de magnetizar. Yo me tendía en la cama, levantada la cabeza sobre dos almohadas, Sparks estaba sentado delante de mí en una silla puesta unos tres pies lejos de la cama. Las luces medio apagadas; entonces yo le miraba fijos los ojos en los suyos, pensando siempre en la joven que yo quería ver. Al poco tiempo (unos siete minutos) perdí el oído y solo veía dos ojos, que al cabo de un instante desaparecían, y me hallé sin conocimiento. Entonces me pareció ver (vagamente al principio) el rostro de la joven, después cada vez más claro, hasta que me pareció estar en otro aposento, cuyos muebles habría yo podido minuciosamente puntualizar. Vuelto en mí, le conté á Sparks lo que había visto, quiénes se hallaban con la joven, en qué estaba ella ocupada; todas las cuales cosas verificó su carta* (2).—Según de los testimonios

(1) *Physiologie de la pensée*, t. II, pág. 473.
(2) GURNEY, *Les hallucinat. télépath.*, p. 47.

se colige, quedan dudas acerca del día en que el caso sucedió, y no poca perplejidad respecto de lo substancial.

7. Otros amigos de explicarlo todo por vía natural han fingido la *hiperideación*, que viene á ser, dicen, una especie de excitación intelectual nacida del aumentarse el poder automático del cerebro (1). Los que así discurren, sabrán qué pruebas abonen su discurso; pero, ciertamente, ni el aumento de poder cerebral es aumento de inteligencia ni aumento de poder imaginativo, ni la excitación intelectual, por grande que sea, basta para despertar en el hombre una agudeza y penetración tan extraordinaria como la vista á distancia presupone. Gratuita es la *hiperideación*, no tanto porque nadie la demuestra, cuanto porque, aun dado que tuviera ser, no presta nada para explicar el fenómeno.

Vistos los inconvenientes, prefirieron otros autores idear un *sexto sentido* en los hipnotizados. Tardy de Montravel le tuvo en su idea por seguro y le publicó por averiguado (2). La melindrosa cautela con que los autores hablan del sexto sentido, envuelve en recelos forzosos la verdad de la invención. No seis, sino docenas de sentidos aceptaríamos gustosos si naturalmente quisiéramos explicar todos los efectos del hipnotismo; mas ni aun docenas serían bastantes para satisfacer á la vista lúcida de que tratamos. Mal trazada está la solución, fuera de ser antojadiza y contraria á la experiencia de todos los hombres y tiempos.

Peor traza es la del *vuelo del alma*. Salir el alma á pasear largo y tendido, dejando el cuerpo en uso vital de las ordinarias funciones sensitivas é intelectuales, y entre tanto correr ella por pueblos, entrar en ciudades, escalar casas, dar consigo arriba, llegar á los estrados, apacentar los ojos mentales con todo lo más escondido de las estancias, sería un medio expedito para dar cabo al fenómeno de la visión á distancia, si no fuese el despropósito mayor y desatinado en todo extremo. Porque ese *vuelo del alma* comprendería muerte y resurrección: muerte, por separarse el alma del cuerpo volando; resurrección, por tornar á unirse con él después del largo viaje; muerte que dejaría al hombre con vida, resurrección que no supondría muerte real; en fin, ficción de absurdos, con que los escritores á veces deleitan á sus lectores cuando dicen lo que no saben ó no aciertan en lo que dicen, por seguir sus imaginaciones propias, sin reparar que hacen desarmonía con los más elementales principios.

Igualmente quimérica y fuera de propósito es para el caso presente la *hiperestesia*, conviene á saber, aquella extremada agitación de las facultades sensitivas, que á los hipnotizados dispone con insó-

---

(1) FERRAND, *Les suggestions dans l'hypnose*, p. 42.

(2) Ce sixième sens parait être bien plus exquis et plus sûr que les cinq autres; il ne les exclut point, il agit avec eux et ils paraissent agir par lui... Dans l'état normal, les cinq sens étouffent en quelque sorte le sixième. *Essai sur la théorie du somnambulisme magnétique*, p. 40.

lita viveza y capacidad para fenómenos extraordinarios. ¿Qué hace aquí la *hiperestesia*, que sólo podía valer para aguzar las potencias inferiores dentro de sus propios límites? Objetos lejos, muy lejos de la esfera sensitiva, ¿cómo podrán por *hiperestesia* percibirse? ¿Qué vehículo ha de situarlos á distancia conveniente para la percepción? De ese vehículo, en que consiste toda la dificultad de la vista lúcida, no se encarga la *hiperestesia*, por confesión de sus inventores. Otra cuenta sería si se aplicase la *hiperestesia* á los casos referidos por Cullerre y Bernheim. Una hipnotizada, inmóvil delante de un poste, ve y describe cosas puestas detrás de su cuerpo (1). El Dr. Bernheim, discurriendo sobre este caso, entendió que la hipnotizada brujuleaba por indicios casi imperceptibles las cosas que pensaba ver. Aunque diésemos fe á los hipnólogos que semejantes hechos narran, bastaría la agudeza de la extremada sensibilidad para la cabal explicación del fenómeno; mas éste, que ha menester definitiva información, ninguna parte puede tener con la vista lúcida, ni de mil leguas la alcanza. Se le presenta al hipnotizado un reloj colocado detrás de una persona no vista por él. Le preguntan, qué hora es; responde, las diez. Y eran las diez, en efecto. Le mandan describa la cadena del reloj. Anda vacilando, se restrega los ojos, embaza, padece duda, y para excusarla dice que una nube le estorba la vista. No vió las diez á distancia, sino por tela de cedazo; había oído antes las diez dadas por otro reloj vecino, cuya noticia le sugirió el pensamiento de las diez del reloj puesto á espaldas de la persona propia. Aquí, claramente, hay alucinación que coincide con la realidad. Pero la vista á distancia anda por caminos infinitamente más escabrosos, no se puede explicar como la vista por entre cuerpos opacos.

8. Si extravagantes son las hipótesis precedentes, lo es sin comparación la del *influjo nervioso* ó *fuerza néurica*, porque los inventores, no divisando orilla donde tomar puerto y andando cerrados los ojos, tuvieron por mejor echar el pie en vacío, pues más vacío que el agente inventado no le hay. El cerebro posee y lanza de sí un fluido vital, que pone el alma en comunicación con el cuerpo propio y con los cuerpos extraños; tan activo y eficaz es el *influjo nervioso* procedente del cerebro, que sin su virtud los sentidos no podrían percibir ningún objeto exterior: eso nos cuentan. Creíamos hasta ahora, según los filósofos nos lo enseñaban concordes, que el hombre ve por los ojos y oye por los oídos, esto es, que juntada la imagen del objeto en la retina del ojo, sube la impresión nerviosa al cerebro por el nervio óptico, y entonces la vista alcanza el objeto en su propia realidad; así como también que al herir las ondas sonoras el tímpano del oído, mediante un mecanismo sumamente complicado, excitan en el cerebro una impresión orgánica que produce la sensación del sonido. Pero los fluidistas tendieron el renglón, echaron la plomada, to-

(1) *Dictionn. apologét.*, art. *Hypnotisme*, p. 1449.

maron el cordel y dieron nueva traza con su *ciencia* flamante. Máxima fundamental suya es, que el hombre ve y siente por obra del fluido vital ó fuerza néurica radiante. Mas ni demuestran lo que afirman ni dan buen corte á lo que niegan. Ello es que los psicólogos y fisiólogos, de consuno con los buenos filósofos, echan mano de los órganos de los sentidos para dar razón de las sensaciones, sin importarles un ardite el fluido vital, puesto que ni con todos los fluidos vitales del mundo harían que un ciego de nacimiento, ó un amaurótico, descubriese las diferencias de los objetos.

No obstante la imposibilidad, los fluidistas quieren exponer la vista á distancia mediante la *fuerza néurica*, de la manera siguiente. El fluido vital néurico en los durmientes hipnóticos no se halla diseminado por los órganos de los sentidos, sino todo junto concentrado en la masa cerebral. Cuando el hipnotizado reciba la sugestiva orden de pensar en una persona ausente, disparará hacia ella el rayo del fluido vital, sin que su alma se mueva del cuerpo; es decir, transmitirá la parte vital de su cerebro al punto donde la persona se aloje, el fluido transmitido atravesará con la persona los lugares que convenga, parará donde ella pare, le hará compañía por doquier, sin dar un paso sin ella, yendo con ella de bracete, atado á su custodia; con tan estrecho trato es imposible que no la conozca y describa de pies á cabeza, como está dicho. De igual manera, si ponemos en las manos del hipnotizado una carta de persona ausente, se apoderará del fluido vital derramado á borbollones en la carta, por el hilo del fluido ajeno llegará, mediante el suyo propio, á penetrar el ovillo de la persona, á enterarse completamente de su ser y ocupación, á venir en noticia de su estado y vivienda, cual si con los ojos la viese y con las manos la tocase, sin que ni montes, ni ríos, ni leguas, ni temporales sean poderosos á detener el impulso de la corriente fluídica, que presurosa baja de la fontana cerebral al objeto, por inmensa que sea la distancia (1). De esta suerte el fluido vital viene á ser como correo encargado de la correspondencia del alma con todo el universo mundo. El Dr. Garcin refiere el viaje que una sonámbula hizo en espíritu al planeta Saturno y las maravillas que allí descubrió desde la atalaya de la hipnosis (2).

El Dr. Venturoli emprendió la refutación de la *fuerza néurica radiante*, sustentada por Barety y por Desplats (3); hízolo estribando en la filosofía escolástica, con mucho acierto. En el calor de la disputa se le escapó de los labios este argumento que viene muy á nuestro propósito. *Cuando la mayor parte*, dice, *de estos fenómenos*,

(1) MÉRIC: Si quelquefois, par hasard, le sujet magnetisé hésite, s'embarrasse, ne saisit pas la trace ou la piste de la personne absente, c'est que les cheveux ont passé par plusieurs mains dont ils conservent l'empreinte avec le fluide, et la magnétisée voit apparaître simultanément dans le champ de sa vision toutes les personnes dont le fluide égare accidentellement ses recherches et sa direction. *Le merveilleux*, liv. II, chap. III, § V.

(2) LELONG, *La vérité sur l'hypnotisme*, p. 72.

(3) *Le magnétisme devant la religion et la science*, 1882. Le passé, le présent et l'avenir du magnétisme animal. *Revue des questiones scientifiques*, juillet, 1882.

y son los mejor averiguados y admitidos de todos, pueden comprenderse y demostrarse como análogos á los que se observan en la letargia, catalepsia y sonambulismo espontáneo, no vemos por qué motivo debamos parar la atención en ciertos casos extraordinarios, recibidos de pocos y observados sin bastante lógica. Respecto de algunas aserciones de Chombard y Barety acerca de cosas no siempre observadas por ellos y sabidas de otros, seguramente hay razón para andar con gran recato, pues muy probable es que se contiene en ellas ilusión, si ya no dan lugar á intervención de otras fuerzas distintas de las naturales (1). La traza de Venturoli consiste en llamar á su adversario Desplats, católico también como él lo es, al anfiteatro común donde se explayan los fenómenos hipnóticos por todo el mundo recibidos, y hacerle ver que la *fuerza néurica radiante* ni sale con ellos apeando su dificultad, ni desentraña su condición, ni da puntada en su manera de formarse, sin que sea menester aplicarla á efectos desconocidos y extraordinarios, como la visión á distancia, de que Magnim, Francotte, Charcot, Heidenheim hicieron tan poco caudal. Basten las razones del autor italiano, que son valientes, para echar en chacota por desestimada la *fuerza néurica radiante.*

Finalmente, ciertos hipnotistas emparentados con los espiritistas, aplicaron el *perispíritu* á la vista lejana. Qué casta de ser tenga el *perispíritu*, si material ó inmaterial, no hallan camino los inventores para declararlo. La verdad sea que el perispíritu complica, y no explica, y hasta hace imposible la explicación. Si es material, de forma que al separarse el alma del cuerpo él perezca, ¿cómo separado del alma puede obrar sin ella? Si es inmaterial, ¿en qué difiere de las potencias psíquicas? Con que si el alma para ver lejos se vale del perispíritu, no puede ser sino alejándole de sí y despachándole por correo á largas distancias; entonces, ¿cómo no se rompe la trabazón que le tiene unido á ella con vínculo indisoluble? No nos cansemos; burla donairosa merece la invención del perispíritu, no menos que los otros arbitrios inventados para explicar la vista de cosas lejanas.

9. De lo dicho hasta aquí podemos inferir que entre los tres primeros órdenes de fenómenos hipnóticos, los tocantes á *segunda vista* y á *transposición de sentidos* ó pertenecen al campo de la imaginación ó son alucinaciones sensitivas, supuesta demostrada con rigor la realidad de su operación. El opio, el cloroformo, el histérico ocasionan efectos parecidos, sin traspasar los lindes de las fuerzas naturales. El estudio sosegado de la fantasía, de los actos reflejos y de los centros nerviosos, abre camino para explanar con alguna satisfacción los trastornos irregulares de las potencias sensitivas y los efectos que de ahí dimanan. La sensibilidad, la fantasía y la memoria, así como fuera del estado hipnótico pasan á veces de un extremo á otro con extásis peregrinos, con alucinaciones raras, con sen-

(1) *La scienza italiana*, 1883, anno VIII, vol. II, p. 527.

saciones interiores muy notables; así también por medio de la hipnosis salen de compás y término con efectos parecidos y aun de más bulto, sin pisar en su ejecución la raya de lo natural. En algunos casos para entender la rareza de los fenómenos bastaría el oido, que á los hipnotizados es casi el único sentido que les queda, tan despierto y agudo que pueden distinguir voces distantes y rumores imperceptibles al vulgo de los hombres (1).

Pero la tercera clase de fenómenos, que pertenece á la *vista á distancia,* pues apunta más alto que lo natural, en su más amplio concepto excede las fuerzas humanas; muy diversa es de las otras dos. *Preciso es afirmar,* dice Saci, *que esta percepción sigue un camino contrario á las leyes naturales, y que el conocimiento del vidente es debido á un medio extranatural... Estos hechos no se explican sino con la intervención de un agente preternatural, que ilumina mentalmente el sujeto presentando á su imaginación como en un cuadro el objeto requerido* (2). Igual juicio profiere sobre la vista á distancia el doctor católico Venturoli, dado caso que la verdad del hecho estuviese fuera de disputa (3). Cuando el Obispo de Lausana propuso al tribunal de la Sagrada Penitenciaría los fenómenos magnéticos, en cuya cuenta entraba la vista á distancia, la respuesta de Roma fué, á 15 ulio de 1841, que *el uso del magnetismo, conforme se exponía en la consulta, no era lícito.* Cierto está que la respuesta de la Sagrada Congregación habla sólo en el caso de ser reales los fenómenos.

Podíamos añadir el parecer del coronel Rochas, hipnotista de profesión, grande enemigo de la profecía y del milagro. *Yo soy,* dice, *del mismo sentir que Deleuze en esta parte* (4). Describió Deleuze las visiones de una señora magnetizada por su marido, á quien ella, estando sonámbula, señaló el paraje donde se encerraban ciertos papeles de familia muy interesantes, con todas las señas necesarias para dar con ellos. *El marido,* dice el mesmerista Deleuze, *acudió al sitio señalado por la sonámbula, y después de dar á todo cien vueltas, no solamente no halló papel ninguno, pero se certificó de que los sitios examinados no se asemejaban á la descripción de su mujer y que no había punto de verdad en sus visiones* (5). Tenemos aquí al mesmerista y al hipnotista concordes entre sí en achacar á fantasía la visión á distancia. Si pudieran todos los casos substanciarse como éste con solícita comprobación, no dudamos que darían de sí el mis-

---

(1) Venturoli: L' udito d'ordinario si conserva nell' ipnotismo, anzi talora può giungere ad uno stato di massima acutezza, tanto, da avvertire l'ipnotico i più leggeri rumori che sfuggono nello stato normale, come orologi che suonino da lontano, il parlare a voce sommessa od a grande distanza, i passi di persona lontana e simili. *La Scienza italiana,* 1883, anno VIII, vol. II, p. 353.

(2) *Phénomènes merveilleux d'hypnotisme.—Revue gén.*, 1888, p. 705.

(3) Ove i fatti che si riferiscono alla vista attraverso i corpi opachi... fossero incontestabili, vede ognuno che sarebbero di tale ordine che sorpassa i poteri delle leggi di natura, per cui di loro non si potrebbe dar ragione se non ricorrendo a virtù soprannaturali. Apendice, p. 11, a *L' ipnotismo e la suggestione,* pel D. Guermonprez, 1889.

(4) *Les états profonds de l'hypnose,* 1892, pág. 56.

(5) *Hist. crit. du magnetisme animal.* I, pág. 230.

mo desengaño. Mas si el suceso fuese tan contestado y comprobado, que de las diligencias resultase verdadera é indubitable la visión á distancia, á poder superior tendría que prohijarse, á demonio ó á Dios, según los casos, por ser imposible á las humanas potencias reducir á feliz ejecución efectos tan admirables.

ARTICULO II.

1. *Acción de los medicamentos á distancia* —2. Experimentos del Dr. Luys. —Nulidad de la supuesta virtud.—3. *Penetración del pensamiento.*—Espectáculos de salón.—4. Experimentos de gabinete.—5. Los experimentos de Rochas.—6. La *ley de reversibilidad*, de Ochorowicz.—7. Los hechos no prueban la *transmisión del pensamiento.*—8. Hipótesis de Skepto.—La *exteriorización de la sensibilidad.*—9. La *transmisión de sensaciones.* —10. La *previsión de lo por venir* no es *irradiación* hipnótica á manera de la profetal.—11. Condición común á todos los sobredichos fenómenos.

1. La *lucidez* hipnótica promete larga cosecha de colmadísimos frutos, cuya substancia conviene investigar con alguna detención, para resolver si la grandeza de las obras se ajusta á la gallardía de los prometimientos.

Acción de los medicamentos á distancia.—Maravilla es que al alma del hipnotizado le queden de par en par desarrebozadas, cual si las tuviese delante de los ojos, cosas y personas puestas muy lejos de su natural presencia; pero mayor prodigio será que medicinas materiales, situadas á mucha distancia del enfermo, hagan demostración de su virtud, remediando la dolencia sin aplicación de ninguna suerte. Pregunta el Dr. Bertrán: *¿Están positivamente confirmados los hechos que algunos hipnólogos citan de acción á distancia de las substancias tóxicas y medicamentosas?*—Y responde: *En mi concepto, todavía no* (1).

A los doctores Bourru y Burot se debe la compilación de fenómenos observados en este particular y expuestos cuidadosamente, tomadas las cautelas necesarias á fin de eludir la simulación y superchería (2). Los hechos más notables que se divulgan son los siguientes: Un objeto colocado á diez y á quince centímetros de la persona dormida excitaba en ella la sensación de un intolerable dolor; la bola de un termómetro, puesto á distancia, provocaba la misma sensación, convulsiones y una atracción del miembro; un cristal de ioduro de potasio producía latidos y estornudos; el opio causaba sueño; un frasco de jaborandi ocasionó salivación y sudor; los mismos experimentos hechos con valeriana, cantárida, apomorfina,

(1) *Hipnotismo y sugestión*, pág. 96.
(2) *La suggestion mentale et l'action à distance des substances toxiques et médicamenteuses*, 1887.

ipecacuana, emético, escamonea, dieron resultas puntuales y concordes. Cada medicamento de los dichos, arrimado junto á la cabeza, sin tocarla, conseguía el efecto proporcionado á su natural eficacia, esto es, verdadera acción fisiológica, cual si el hipnotizado los hubiera introducido en su cuerpo con ánimo de experimentar su virtud. Venenos preparados con moderada solución, bebidas convenientemente atosigadas, melcochas confeccionadas con ponzoña suficiente, para excusar al enfermo violentas agitaciones, surtieron el deseado efecto fisiológico, cabal y constante.

En este género de fenómenos, presupuesta la lealtad y diligencia de los sobredichos doctores, el punto de más importancia es el determinar qué parte deba atribuirse á la eficacia de las medicinas. Preguntado el Dr. Bernheim sobre el asunto, *nos decía en el hospital de Nancy, que rehusaba dar fe á la acción misteriosa de los medicamentos á distancia de la persona hipnotizada:* esto depone Meric (1). La causa de su negativa era, porque basta una indiscreción cualquiera, un gesto, una palabrilla dicha al acaso, un indicio leve, para avivar la atención del doliente y darle nuevas del medicamento. Demás de la dicha razón, *es de notar*, dice Bertrán, *que á menudo deja de presentarse el síndrome propio de la acción fisiológica de tal ó cual substancia, cuando el hipnotizador mismo ignora la que contiene el tubo de cristal que sirve para el experimento; y aún es más admirable*, prosigue, *que una pequeña porción de ipecacuana, por ejemplo, encerrada en uno de esos tubos, cause á cierta distancia náuseas y vómitos al sujeto, y que éste permanezca impasible cuando se coloca más cerca de él, sobre una mesa, enteramente al descubierto, una mayor cantidad de polvo de la raiz emética* (2).

La irregularidad de la acción medicinal es harta prueba de la nulidad; si á lo irregular se junta la contradicción notada en varios lances, hay motivo bastante para dar por concluido el proceso contra la acción distante de las substancias curativas. Porque el estado hipnótico del enfermo puede ser manantial de infinitos errores. La suspicacia es finísima: por poco que llegue á barruntar que el tubito de cristal encierra polvos de ipecacuana, la memoria de los efectos antes causados por esta medicina desadormecerá y despabilará el sistema nervioso con tanta viveza, que se engendren con facilidad los fenómenos habituales de los dichos polvos; entonces la imaginación hecha de mancomún con la memoria, y asistidas ambas á dos de la vivísima suspicacia, y amparadas las tres por el descuido ó inadvertencia de los presentes, podrán dar ocasión á efectos de mucha novedad, que mal se prohijarían á virtud medicinal.. Quien se acuidadó en lo que otros se descuidaron, por haber puesto tanta costa de su parte, mereció el premio de su diligencia. Mas por ser sumamente dificultoso, ó casi imposible deslindar la parte que tuvieron el hipnotizante, el hipnotizado y los presentes en los efectos produ-

(1) *Le merveilleux*, pág. 115.
(2) *Hipnotismo y sugestión*, pág. 96

cidos, no es proceder con buena lógica el señalarles por causa eficiente la virtud de las distantes substancias.

2. El Dr. Luys, combatido de contrarios pensamientos y al principio más incrédulo que desengañado, cayó en la tentación de entrar en materia metiendo las manos en esta clase de experimentos, con ánimo de probar la acción *in distans* de las substancias medicinales. Los efectos producidos fueron los siguientes: diez gramos de cognac encerrados herméticamente en un tubo, á los diez minutos causaron borrachez en una persona hipnotizada; diez gramos de agua simple (protóxido de hidrógeno) contenidos en un tubo sellado, á los pocos minutos produjeron síntomas de hidrofobia; cuatro gramos de esencia de timo igualmente encerrados y presentados al cuello de una hipnotizada ignorante de lo que con ella se hacía, trastornaron la circulación, le hincharon el cuello, le causaron exorbitis en los ojos, y en la cara y músculos inspiradores una alteración tan espantosa, que por excusar accidentes desastrosos, vióse precisado el Dr. Luys á suspender la operación. A vista de estos y otros semejantes fenómenos pensó el médico materialista hallar tan demostrada la acción *in distans*, que lleno de asombro exclamó: *Yo no tengo reparo en testificar la realidad de una porción de fenómenos raros que rompen la valla de las leyes naturales, pierden el camino de la evolución normal, y descabalan todo cuanto se nos alcanza sobre las operaciones corpóreas. Pero los fenómenos ahí están patentes, la observación los acredita por tales, y tarde ó temprano servirán de norte para explicar muchos fenómenos raros de la vida nerviosa* (1).

Qué estimación y valor tenían los experimentos del Dr. Luys, lo dijeron después los llevados al cabo por otros expertos doctores. El diligente Meric, acompañado de un médico y de varios amigos, atestigua y protesta haber repetido los ensayos del Dr. Luys sin utilidad ni provecho. En todos los lances el sonámbulo, en recibiendo frascos llenos de substancias tóxicas y medicinales, los contemplaba sesgo, los volvía y revolvía, como buscando el arte de adivinar por barruntos lo que la lucidez del sonambulismo no le dejaba descubrir. Así lo refiere el propio Meric, cansado de ver el juego (2). Con razón extraña el diestro investigador el no haber él y los médicos que le acompañaban podido lograr en circunstancias análogas, en conyunturas iguales, los efectos de que el doctor de la *Charité* con tanto despejo blasonaba. Con razón, digo, lo extraña; porque si al tenor de la ley establecida por el Dr. Luys, *el estado hipnótico, no solamente produce hiperexcitabilidad neuro-muscular, mas también hiperexcitabilidad de las regiones emotivas é intelectuales del encéfalo*, y esa ley sacábala el doctor de las reacciones alcanzadas á vueltas de la aplicación de medicamentos á distancia, ¿qué desdicha persi-

---

(1) *Phénomènes produits par l'action des médicaments à distance —Hypnotisme expérimental*, 1890.

(2) Vains efforts! L'hypnotisé découragé abandonne la partie. Nous avons toujours obtenu ce même résultat. *Le merveilleux*, livre I, chap. IV, p. 117.

gue á los otros experimentadores, para que, no obstante la hipnotización y la hiperexcitación nerviosa, no vean efectuada la hiperexcitación intelectual del paciente, sino que todo se les deshaga en las manos convertido en humo? ¿Cómo la ley causa en el laboratorio del Dr. Luys adivinación de medicinas, y en el de otros médicos se muestra inexorable, irregular, ineficaz? Más; ¿por qué razón (y este es el fundamento de todas las dudas y dificultades) polvos de ipecacuana esparcidos sobre una mesa no causan efecto ni novedad en persona nerviosa que los contempla fijamente, y en la misma persona produce vómitos de sólo aproximárselos á la nuca metidos en un tubo herméticamente cerrado, por el mero hecho de ocultárselos con diligencia?

Como el Dr. Luys viviese ufano y victorioso blasonando las maravillas por él presenciadas, pareciéndole podía supeditar la arrogancia de los doctores á la ostentación de su ciencia, la Academia de Medicina nombró una comisión de médicos para el fin de apurar la verdad de las aserciones propuestas por el del hospital de la Caridad. Los concurrentes, tratado con madurez el asunto, después de ejecutados muchos experimentos debajo la dirección del mismo doctor Luys, para que no pareciese tomaban la resolución en la arena, dieron su dictamen por unanimidad de votos, en el año 1887, acordando en definitiva que los efectos producidos en personas hipnotizadas por medicinas puestas á distancia, dependían, generalmente, del antojo, fantasía, memoria de la persona adormecida, y no de la eficacia de los medicamentos (1). Este gravísimo dictamen dejó resuelta la cuestión respecto á la ninguna virtud *in distans* de las substancias medicinales. Con todo eso, débese añadir con el Dr. Saei: *la traslación de una enfermedad y la acción de medicamentos á distancia, si alguna vez tuvieren efecto, parecen ajenas de explicación natural* (2). Toda causa natural es desproporcionada para tan exorbitantes efectos.

3. *Penetración del pensamiento.*—Esta habilidad consiste en dar alcance el hipnotizado á los pensamientos interiores del hipnotizador y demás circunstantes. A este fenómeno suele acompañar otro llamado *transmisión del pensamiento*. Entrambos á dos son admirables por un igual; juntémoslos en nuestro estudio. Primeramente será bien descartar las aparatosas escenas de salón, donde un Zamora, un Derbinus, un Brown, un Lully, una Emma, un Cumberland, un Bischop y otros parecidos cascantes, ora á título de sonámbulos, ora á guisa de despiertos, ó por vía de juego, ó con intención de adivinar, ya tapados ojos y oidos, ya muy al descubierto, hacen asom-

(1) La conclusión del acuerdo es como sigue: «La commission nommée par l'Académie de Médecine pour examiner les faits avancés par M. Luys, dans la séance du 30 août 1887, au sujet de l'action des médicaments à distance sur des sujets hypnotisables émet l'avis qu'aucun des effets constaté par elle n'est en rapport avec la nature des substances mises en expérience, et que par conséquent ni la thérapeutique, ni la médecine légale n'ont à tenir compte de pareils effets.»—MERIC, *Le merveilleux*, p. 7.

(2) *Phénomènes merveilleux d'hypnotisme.—Revue générale*, 1888, p. 684.

brosas suertes, prometiendo que van á leer con puntual claridad los pensamientos de quienquiera. El programa del espectáculo excluye pensamientos de cosas abstractas; sólo caben en él objetos sensibles, un pañuelo escondido, un crimen simulado, una persona determinada, una acción visible, y otros secretos á este tenor, cuya averiguación se propone á la destreza del *adivino*. Por dos vías suele dar éste con la solución de la propuesta: ó bien poniéndose en trato secreto con el personaje *inductor* mediante cordón, cadenilla, contacto de manos; ó bien dejándole aislado y llevándole tras sí en busca de la cosa ó persona mentalmente designada por el espectador.

De este jaez de *adivinaciones* queremos hacer aquí caso omiso, porque los *adivinos* mismos las achacan á propia habilidad natural, á sutileza de olfato, á delicadeza de tacto, á percepción sensitiva extraordinaria, á grandísima serenidad y atención en notar las titilaciones de la piel ó las contracciones musculares involuntarias del sujeto inductor, cuya mano llevan asida mientras dura el ojeo. Por esta causa el neuropatólogo Bird quería que la *lectura del pensamiento* se denominase *lectura del movimiento muscular (muscle-reading)*; y no sin razón, porque el mismo Cumberland confesó que la advertencia y noticia del movimiento muscular, observado en la mano del que le acompañaba, le hacía oficio de correo para dar en el rastro de sus secretas intenciones (1).

4. Dejado, pues, aparte el hipnotismo de salón, viniendo al de gabinete digamos en primer lugar cuán mal segura anda la convicción de los facultativos prácticos en orden á informar sobre la lectura del pensamiento. El catedrático de fisiología Dr. Turchanoff, que ciertamente no anda á humo muerto, responde sin vacilar: eso no puede ser natural (2). Preyer y Nizet se arriman al sentir del catedrático ruso (3), pero advierten con qué tiento han de proceder los hipnotizadores para no dejarse llevar de apariencias engañosas. *Un momento de distracción*, dice Nizet, *basta para que el hombre más cuerdo crea ver maravillas.* Advertencia necesaria en el gabinete del médico hipnotizador, que si permanece atento á lo que pasa no dará por demostración un engaño. El que por no recoger en una sus fuerzas intelectuales se pasea con el pensamiento fuera del gabinete, no se admire de verse cogido en el lazo del embuste. El ejemplo citado por el Dr. Bertrán es harta prueba. *Es posible*, dice, *que algunos de mis lectores hayan hipnotizado á un enfermo «desde un aposento inmediato». Yo lo he ensayado diferentes veces, siempre con éxito. El paciente cree de buena fe que se dormirá en el punto mismo en que el médico «se lo mande con el pensamiento», aunque sea desde el otro extremo de la casa; y en efecto se duerme...*, *mientras el operador está*

(1) Dr. Bertrán, *Hipnotismo y sugestión*, pág. 101.

(2) «No son los pensamientos lo que se adivina, sino los signos exteriores, por los cuales el inductor manifiesta las representaciones motrices en las cuales ha pensado.» *Hypnotisme, suggestion et lecture des pensées*, 1891, pág. 157.—Citado por el Dr. Bertrán. *Hipnot. y sugest.*, pág. 102.

(3) *Die Erklärung des Gedankelesen.*—*L'hypnotisme*, étude critique, 1893, pág. 134.

pensando en cualquiera otra cosa. En más de una ocasión me ha costado trabajo convencer á las personas que presenciaban el experimento, de que no había semejante «sugestión mental» (1).

Los prudentes avisos de los médicos citados nos aconsejan gran tiento en conceder eficacia objetiva á la lectura de pensamientos por arte de hipnotismo. Con visos y apariencias de verdad, al cabo todo se va en imaginación, pomposas vislumbres vacías de luz interna. El catedrático de Munich Von Schrenck-Notzing asienta su persuasión en este aserto: *Si en realidad de verdad la percepción del pensamiento á distancia no tiene efecto, conforme á las observaciones mencionadas, hay á buen seguro apariencia* (2). Concluyamos, pues, con el mismo Dr. Bertrán: *El estudio perseverante de los fenómenos de que se trata espero que llegará á poner algún día fuera de duda, no la «realidad», sino la «apariencia de la sugestión mental* (3)».

Para que se vea cómo en la relación y estima de los casos se gobiernan los escritores de hipnotismo por solas apariencias, detengamos la consideración en este ejemplo. Una señora, que solía enviar para necios á los que daban crédito á la realidad de estos fenómenos, fué sometida por vez primera á la acción hipnótica. Estando hipnotizada la brindaron varias personas con opípara cena, en donde pasó lo que uno de los comensales refiere en esta forma: *Estaba yo arrimado á la pared, á cosa de un metro distante de la señorita Cooke, en pie detrás de su silla. Su vaso estaba lleno de vino; yo resolví en mi pensamiento que ella no había de beber sin licencia mía. Seguí la conversación general, sin perder de vista los muchos y vanos esfuerzos que ella hacía por llevar el vaso á la boca. Porque unas veces le levantaba de la mesa tantico, otras un poquito más; pero ella sentía segurísimamente que por una causa ó por otra le era imposible tomar el vino. Al fin le dije: ¿señorita Cooke, cómo no prueba usted el vino? Ella al punto respondió: lo haré cuando usted me dé licencia* (4).—Quien semejantes casos considere con atención, no sé yo con qué acierto pueda atribuir á poder magnético las resultas de la sugestión hipnótica. En la cuenta de las causas que detenían á la joven, ¿por qué no mete el relator la volubilidad mujeril, la cortesía afectada, el rubor natural, el cumplimiento fingido, el melindre, la niñería, la hazañería, la damería, la cortedad, la vergonzosa cautela; razones que en la hipnotizada podían tener su valor, siquiera por el hábito contraído. ¿En qué funda el narrador su presunción para argüir á simple vista la imposibilidad de levantar el vaso y echársele á pechos? En que le pareció así, y no más. La ilusión se la forma el mismo sugeridor. Anheló que el efecto se produjese, esforzóse en tener concentrada su volición y en traspasarla á la joven; mas no demuestra con buen discurso que su deseo influyó en la acción pre-

(1) *Hipnot. y sugest.*, pág. 103.
(2) *De la thélépathie et de la clairvoyance*, 1890.—Citado por Bertrán, *Hipnot.*, pág. 107.
(3) *Hipnot.*, pág. 108.
(4) GURNEY, *Les hallucinations télépath.*, pág. 33.

senciada. Además, en semejantes casos se manda ó prohibe mentalmente ejercicio muscular, movimiento de manos y pies, gesto corporal, ¿por qué no se trasmiten sensaciones de la vista, que había de ser tan fácil como transmitir movimientos de pies y manos (1)? Si se precian de infundir pensamientos y voliciones, á todos los sentidos se habían de extender; de lo contrario, mal pleito para los hipnotistas.

5. Los experimentos de Rochas confirman la asentada conclusión. Más de diez años de cuidadoso ejercicio en demanda de la *transmisión del pensamiento,* apenas le dieron un rayo de luz, como él lo confiesa francamente (2). Refiere lo acaecido con Zamora, célebre *adivinador de pensamientos. Una tarde en dos ó tres ensayos logré,* dice, *que ejecutase por orden mental mía acciones poco dificultosas, por ejemplo, ir por un paraguas á la puerta, abrirle y entregarle á uno de los presentes; pero fué menester para ello, por indicación suya, descomponer el mandato en partes y repetir con energía dentro de mí, «vaya usted á la puerta»; después de cumplida esa orden, añadir en mis adentros, «tome usted el paraguas»; luego, «ábrale usted»; en fin, «entréguele usted á fulano...» Algunos ensayos salieron mal; en todos ellos Zamora se hallaba en sonambulismo cuando cumplía lo ordenado* (3). No hallar traza cómo hacer las cosas con seguridad, ¿qué es sino señal de impotencia?

No obstante que son tan frecuentes los desengaños, no sólo no escarmientan los hipnólogos, pero aun se atreven á pregonar triunfos alcanzados por experimentadores de gran nombre. Enaltecen los experimentos de Richet y sus notables proezas; ponderan las hazañas de la miss Wingfield, mucho más asombrosas; encumbran los ensayes de Malcolm Guthrie, coronados con suceso prodigioso; suben al cielo las pasmosas operaciones psicológicas de Lodge y de Pickering (4). Mas cuando venimos con ellos á las inmediatas para pedirles cuenta de su obra, la hallamos conforme con la de Rochas, esto es, destituida del valor que sus admiradores quisieran tributarla. No basta hallarse uno determinadísimo con gentil ánimo en hacer rostro á la fortuna por todos los medios posibles, si la fortuna vuelve la cara al otro lado negándose á la temeridad de la pretensión.

Aquí no estará demás avisar un grave peligro. Los hipnotistas, pasando de un experimento á otro, podían dar en el derrumbadero del espiritismo, por falta de precaución ó por deliberada voluntad, aunque al principio no lo echaran de ver. El hipnotista Rochas mostraba al principio más sencillez y buena fe, mas luego *mereció bien*

(1) Gurney: Dans la transmission de la pensée, où il semble bien qu'il y ait place, au contraire, pour des hallucinations visuelles, nous n'en avons jamais observé; l'image interne ne s'objective pas. *Les hallucin. télépath.*, pág. 37.

(2) *Les états profonds de l'hypnose*, 1892, p. 53.

(3) Ibid., p. 54, 55.

(4) *La suggestion mentale et le calcul des probabilités*, en la *Revue Philosophique*, décembre, 1884.—*Proceeding of the Society for Psychical Researches*, t. II, mai, 1887.—*Science*, juillet, 1885.

del ocultismo; así lo dice el ocultista Dr. Encausse (1). ¿Y por qué mereció loores de los espiritistas, sino por haberse familiarizado con el ocultismo, admitiendo para dar cuenta de los fenómenos causas gravemente sospechosas, como una suerte de perispíritu, de cuerpo astral, de efluvio magnético parecido al fantástico *od?* No es raro que semejantes impulsos saquen de madre la corriente de los fenómenos, y la traspasen á otra región de índole supersticiosa.

6. Tornando á la materia discutida, no es para echado en olvido el nombre de Ochorowicz, escudriñador solícito de los efectos hipnóticos, y de éste muy en particular. Inventó para darle á entender, la *ley de reversibilidad.* Se funda la ley imaginada por este hipnólogo en que el pensamiento humano es una suerte de movimiento *cerebral, físico* y *psíquico,* que propende á manifestarse al exterior, no sólo dando noticia de sí con gesticulaciones y meneos, que se reducen á contracciones y expansiones musculares; mas también colándose por el interior de los demás, y solicitándolos á darle entrada franca en lo más hondo de sus pechos, para después, por el mismo coladero, ser transmitido con igual fidelidad. La gente mejor dispuesta á cumplir la ley de la *reversibilidad* son los hipnotizados, porque poseen el natural más fácil de impresionar y más idóneo á la recepción y transmisión del pensamiento.

7. Estos juegos de palabras huecas son muy del gusto de los autores materialistas, que lo espiritual de los pensamientos y voliciones lo miden á palmos como lo material de las corrientes eléctricas. Un entradero, como el de Ochorowicz, que guía los pasos del discursista al gran lodazal de la materia, donde quede atascado sin esperanza de salida, favorece solamente las conveniencias de los enemigos de la sana filosofía. *Para los psicólogos espiritualistas, y más todavía para los psicólogos cristianos, es en absoluto inadmisible eso de considerar al pensamiento como un fenómeno puramente cerebral. Para nosotros el pensamiento humano es algo más que un correlativo semejante al correlativo de la acción química de la pila* (2). No hace falta más refutación, en cosa tan manifiesta.

8. La hipótesis de Ochorowicz en algo se parece á la del autor pseudónimo Skepto. Opinaba este materialista, que *el pensamiento es inseparable de una cierta vibración cerebral que posee la naturaleza del sonido* (3). De ser sonido el pensamiento concluye Skepto, que un oído agudísimo, como el del hipnotizado, percibirá las vibraciones acústicas que suenan en el cerebro del hipnotizador cuando se pone á pensar. A esta suposición, para ser acepta á un filósofo materialista, no le falta sino fundamento real. Que haya vibraciones en el cerebro, no tendría tanta dificultad como que sean ellas sonantes y despidan sonido, porque como solamente donde hay aire sea posible el sonido acústico, no se podrá percibir el son de las ce-

(1) *Revue des quest. scientifiques*, 1898, t. XIII, p. 267.
(2) E. Bertrán Rubio, *Hipnotismo y sugestión*, p. 107.
(3) *L'hypnotisme et les religions*, n. 5, p. 56.

rebrales vibraciones (á menos que supongamos ciertas cabezas llenas de aire) por más fino que posea uno el oido. Y cuando se formasen vibraciones acústicas y el hipnotizado las oyese, ¿quién es el artista que las pudiera entender con sólo oirlas, si ignora la correspondencia entre la vibración y el pensamiento (1)? ¿Qué significarán las esperas de los compases encefálicos, que sin duda las habrá entre una vibración y otra? Si la música cerebral es hija de los mismos conceptos, ¿quién da el tono, quién mide el compás, quién afina el instrumento, quién lleva la melodía? Mal contrabajo le ha caído en suerte á Skepto por haberse metido en puntos que él propio no sabe solfear.

Diversa de las dos suposiciones imaginadas por Ochorowicz y Skepto, parece la *exteriorización de la sensibilidad* propuesta por el coronel Rochas. *Cuando magnetizamos á una persona, la sensibilidad se le va de la superficie de la piel. Este hecho es ya notorio de antiguo; pero lo que se ignoraba es, que esa sensibilidad «se exterioriza», formándose en torno del cuerpo una «capa sensible» separada del cutis unos centímetros. Si el magnetizador ú otro cualquiera pellizca, pica, ó soba la piel del hipnotizado, éste nada siente; pero si el magnetizador hace iguales operaciones en la capa sensible, el magnetizado experimenta las sensaciones correspondientes* (2). Raro es y notable el fenómeno. Sin celebrar con aplausos todo cuanto narra su descubridor, nos es grato advertir que el Dr. Bertrán abona lo real y positivo del hecho, y aun con dos casos de experiencia propia confirma la *exteriorización de la sensibilidad* (3). No debe causar asombro, pues que el hipnotismo es el arte de producir á la vez la anestesia y la hiperestesia; las cuales produce excitando indirectamente el foco central de la sensibilidad, mediante la fantasía excitada por la sugestión, y mediante los nervios periféricos sensibles excitados por diversos agentes mecánicos. Mas el fenómeno de la *exteriorización de la sensibilidad*, no sólo dista infinito de la penetración del pensamiento, mas aun de la vista interior del cuerpo propio.

Concedamos que sea ello así; ¿qué diremos cuando la *exteriorización* de la sensibilidad se efectúe, no á distancia de pocos centímetros, sino de varios metros?

Monseñor Elías Méric, cuyos frecuentes escritos han derramado rayos de luz en la materia del hipnotismo, no daba su brazo á torcer cuando le encarecían la *exteriorización* de la sensibilidad, como quien todos los efectos reducíalos á viveza de imaginación, porque parecíale que, prevenido oportunamente el sujeto hipnotizado, por poco que barrunte la intención del hipnotista, podrá fácilmente ex-

(1) LELONG, *La vérité sur l'hypnotisme*, p. 76.

(2) De plus on constate qu'à mesure que l'hypnose s'approfondit, il se forme une série de couches analogues à peuprès équidistantes, dont la sensibilité décroît proportionnellement à leur éloignement du corps. Avec M.me K... j'ai pu reconnaître ces couches à plusieurs mètres. Elles traversent presque toutes les substances, et sont elles qui font percevoir les organes intérieurs du corps. *Les états profonds de l'hypnose*, p. 57.

(3) *Hipnotismo y sugestión*, p. 110.

perimentar sensaciones dolorosas, que al parecer vendrán del objeto exterior, cuando en hecho de verdad no provienen sino de la imaginación prevenida é impresionada. A esta exposición, que semeja la más obvia, quiso el Dr. Alberto Battandier forcejar con alguna porfía, tal vez por apadrinar los experimentos de Rochas, ofreciendo á Monseñor Méric una prueba perentoria, en su opinión, de sensibilidad *exteriorizada*. El caso fué que, habiendo el coronel Rochas hipnotizado á la joven Lambert, mujer de nerviosísimo temperamento, como le cortase un mechoncito de cabellos, apretólos en la cabecita de una muñequilla de cera que antes había puesto en las manos de la joven; la cual, así dormida, no pudo reparar que le quitasen la muñeca de las manos, ni que la escondiese Rochas, cómo la escondió, en parte donde no pudiera ella por sí descubrirla. Pero, escondida la muñeca, metióse el Dr. Battandier, que se hallaba presente, en el lugar del escondite, donde, sin que el propio Rochas lo echase de ver, comenzó con los dedos á rascar muy aprisa el mechón de pelo clavado en la figura de cera, cuando la joven hipnotizada, estando lejos de la habitación, sin saber dónde paraba la muñeca, empezó también á mesarse furiosamente los cabellos hasta quedar desgreñada, no sin preguntar á Rochas qué comezón era la que sentía, que la causaba indecible tormento. A vista del triste espectáculo, el Dr. Battandier cesó de rascar los cabellos de la muñequita, con que cesó también la rascazón de la joven.

De este gracioso caso colige Monseñor Battandier contra Monseñor Méric, la consecuencia siguiente: la persona hipnotizada, con no estar apercibida ni comunicar con el hipnotizador, sintió los efectos producidos en el pelo cortado; luego en ciertos lances, la *exteriorización* de la sensibilidad no es solamente impresión transmitida al cerebro del hipnotizado por medio del hipnotizador, sino que posee realidad objetiva, conforme á la observación imparcial y exacta (1). Mucho se alarga el Dr. Battandier en el afirmar que la moza Lambert sintió en sí los efectos producidos en sus cortados cabellos, pues apenas experimentaría picazón en la cabeza, mas no aquellos furiosos arañōs que hacían las uñas del Doctor en los pelos de la figurilla. La conclusión no parece derivarse lógicamente de las premisas.

¿Qué respuesta dió Monseñor Méric al experimento de Battandier? Una, más enigmática é increíble aún que el caso referido. Es moralmente cierto, decía, que la mujer magnetizada por Rochas vió la acción del Dr. Battandier cuando éste arañaba con furia los cabellos de la muñeca; la cual acción, representada vivamente en la

(1) J'ai constaté que la magnétisée, endormie, non par moi, mais par M. de Rochas, a ressenti les efets que je produisais sur ses cheveux coupés, en dehors de toute transmission de pensée, de toute entente plus on moins préalable ou habituelle; donc, dans certains cas, l'extériorisation de la sensibilité existe objectivement, et n'est pas seulement une impression transmise au cerveau du magnetisé par celui du magnétiseur. *Cosmos*, 24 octobre, 1903, pag. 522.

fantasía de la joven, indujo en ella aquel insólito prurito (1). Mas, ¿no aseguró Battandier que la hipnotizada no podía verle cuando hurgaba la cabeza de la muñequita? Sí; pero los hipnotizados se tornan á veces tan listos zahoríes, poseen á veces lumbre de clarovidencia tan extremada, que os describirán de muy lejos una ciudad, una casa, el interior de un aposento, las personas que pasan por la calle, las ocupaciones de gente retirada, con puntual minuciosidad, con todos los pelos y señales, sin errar en la verdad de las cosas. Así deshace, ó mejor digamos, corta Méric el nudo de la dificultad, introduciendo una explicación más inadmisible si va por vía natural, que el hecho narrado por Battandier. Mientras los hipnotizados no tengan de antemano alguna noticia de las cosas, es imposible que la hipnosis se la revele; la imaginación en estos lances será la natural hazañera, sin salirse de las tejas abajo.

Mirando á otra luz el suceso referido, podíamos hacer las preguntas siguientes: ¿Cómo es posible que el cabello cortado, insensible de suyo, despertase en la moza rastro de sensibilidad? El sentir comezón en la cabeza, ¿cómo se dice ser argumento de sensibilidad *exteriorizada*? ¿Cómo el sentir rascazón una cabeza viva se compone con el frotar una cabeza insensible? ¿No pudo acaso la comezón de la moza provenir de la falta del cortado pelo, ó de travesura, ó de sospecha, ó de natural indisposición? Si la hipnotizada se muestra insensible á las picaduras propias, ¿cómo la vemos tan sensible á los estregones ajenos? ¿Por qué linaje de puente se transmite al nervio de la sensibilidad el pellizco ó araño hecho en una figurilla de cera? ¿La *capa sensible* extiende á largos metros su influencia? Estas y otras parecidas preguntas infunden graves recelos acerca del caso propuesto por Battandier. La ilimitada confianza de los experimentadores en las hipnotizadas de profesión, fácilmente los precipita á consecuencias arriesgadas, cuando pretenden levantar teorías en terreno tan resbaladizo cual es la condición de sujetos rematadamente nerviosos (2), cuya virtud imaginativa hará mil trampantojos á los más listos observadores, si no andan prevenidos con la contrahierba de un grandísimo recato. Sea como se fuere, cuando hayan ellos dado cumplida respuesta á las antecedentes preguntas, entonces entraremos á discutir cuánta diferencia va de lo *maravilloso positivo* tan ponderado por la teología independiente,

---

(1) Il est moralement certain que la personne magnétisée chez M. de Rochas a vu le docteur Battandier, comme elle voyait les autres personnes, qu'elle l'a observé quand il grattait furieusement la petite mèche de cheveux collée sur la poupée de cire, et que cette image cérébrale a déterminé en elle cette sensation désagréable et le mouvement qu'elle accusait en se grattant elle-même avec violence. *Cosmos*, 31 octobre 1903, p. 546.

(2) Confiésalo con gran lástima el propio Méric refiriendo el caso siguiente: J'ai éprouvé, je l'avoue, un sentiment pénible, en lisant dans le dernier *Bulletin de la Société des études psychiques*, de Nancy cette singulière observation. «Une observation citée par M. de Rochas, et qui peut, jusqu' à un certain point, rendre compte du mécanisme de l'envoûtement, est celle d'un jeune enfant dont on jetait les déjections au feu, et qui au méme instant poussait des cris, en accusant de vives douleurs au fondement.» *Cosmos*, 31 octobre 1903, p. 547.

á lo sobrenatural del don profético sustentado por la teología católica. Confesemos, sin embargo de lo dicho, que un lance aislado no bastaría para hacer ley; necesario será estudiar atentamente los muchos que se ofrezcan, tocantes á la misma especie, para dar de ellos cumplida razón.

9. Otra cosa muy diferente es la *transmisión de las sensaciones á distancia,* sin contacto alguno. Este fenómeno fué ya celebrado por los mesmeristas. Lafontaine testificaba que la sonámbula Clarisa sentía en sí las picaduras y rascazones que experimentaba su magnetizador; si bien juzgó por muy raro el suceso (1). El hipnotista Janet, hablando de la sonámbula B., dice que cuando él bebía, se le figuraba á ella que estaba también bebiendo; que estando él en otro aposento, ella se quejaba de los pellizcos que le daban á él; que ella voceaba y se lamentaba de dolor en su brazo, cuando otro se había lastimado el suyo, sin ella saberlo (2). Pero la desconfianza con que el mismo Janet refiere el caso, quita á su autenticidad todo el valor. La *Sociedad de investigaciones psiquicas,* estudiado el hecho por tres años continuos, hallóle tan cumplido en la mayor parte de los casos, que le declaró intimamente enlazado con los de *transmisión del pensamiento* (3). Es pasmosa la formalidad con que aseveran los investigadores ingleses efectos tan distantes de estar demostrados, como si no cupiese en ellos ni en los relatores rastro de sospecha. Por ese camino haríannos creer que el hombre ha variado en medio siglo de naturaleza y condición.

Sirva de entretenimiento la mesura y reposo con que los hipnotistas ponderan sus transmisiones de dolor, de gusto, de olfato y semejantes, á las personas hipnotizadas. *Yo tenía costumbre de magnetizar á menudo á un estudiante de Oxford; persona de más delicado natural no la conocí en mi vida. En varias ocasiones reparé que teníamos entrambos el mismo gusto... Un día acabábamos de comer en mi sala y teníamos el postre aún en la mesa. Adormecí al mozo; estaba él sentado en un sillón vueltas á la mesa las espaldas y los ojos á la pared. Preguntéle, asiéndole de la mano, si percibía el sabor de lo que yo metía en mi boca; dijo que sí. Cerré los ojos, sin soltarle la mano, y mis hermanas iban encomendando á mis dientes diversas cosillas que hallaban en la mesa; yo sólo recuerdo la uva, pero me dieron cuatro ó cinco bocados de comida diversa. Todos los fué describiendo el estudiante; algo perplejo anduvo en calificar la clase de vino. Sabía muy bien lo que en la mesa teníamos, mas ni él ni yo podíamos saber con qué orden probaría yo los varios postres. A fin de rematar la experiencia, mi hermana salió del salón, y fué en busca de cosas de comer y no comer que yo no cono-*

(1) C'est là un des phénomènes que j'ai le plus rarement rencontrés. *Mémoires,* t. I, p. 157.

(2) Ce phénomène de la communication des sensations ne se produit qu'après une longue suite de séances, et à la fin d'une séance qui a duré elle-même plusieurs heures; aussi ne l'ai-je pas revu une autre fois avec la même netteté. *Revue philosophique,* avril, 1886.

(3) *Proceedings of the Society for Psychical Researches,* t. I, part. 3.ª

cía. Ibamelas ella dando, estando yo cerrados los ojos. Conservo en la memoria clavo, pimienta, sal, jabón, arroz. El mancebo anduvo bien atinado, todo lo adivinó, el jabón le lanzó de sí con disgusto escupiendo. No paramos hasta probarlo todo (1).—Esta anécdota, referida por Gurney, pertrechada de firmas y protestas de una y otra parte, pertenece al 30 de abril de 1852. Mas narrada en 1884, al cabo treinta y dos años, parece haber perdido su virtud. Ya no sabemos á quién dar crédito; porque el uno de los firmantes duda si demás del clavo había en la mesa otras substancias, el otro tiene echados en olvido muchos pormenores, el otro dice que perdió por entero los memoriales, como lo podrá ver el lector en los documentos de las páginas 26 y 27 de la citada obra. El mismo estudiante, Walter Francis Short, escribió: *Los que no dan fe, como yo, á la segunda vista, pensarán probablemente que hice una conjetura feliz* (2). Y luego se irá Gurney saboreando en tener por asentada la transmisión de sensaciones, la transmisión del pensamiento y otras cancamusas parecidas del hipnotismo, porque las da á la común luz valiéndose de relaciones ajenas.

10. *Previsión de lo por venir.*—El hipnotismo, si prestamos oídos á los loores de sus panegiristas, constituye al hombre en el estado más ventajoso para desenvolver la destreza y agilidad de las potencias. Las proezas que no se faciliten por obra del hipnotismo, no hay esperanza de conseguirlas. Hasta han llegado al extremo de pintarle como una *suerte* participación profetal. El hipnotizado se torna profeta, pues percibe las cosas ocultas, lejanas, venideras, escondidas al común de los mortales. Los fluidistas salvan con suma simplicidad la grandeza de este privilegio, mediante el fluido vital, que viene á ser la luz milagrosa. Así como el físico encerrado en su obscuro gabinete saca de su máquina hermosos resplandores de lumbre eléctrica, que derraman apacible claridad por los escaparates, descubriendo con su viveza los más diminutos objetos; así la sonámbula mandar puede su luminoso fluido vital á las cosas más apartadas y ver por intuición en su haz de luz fluídica todo cuanto encierran de bello y admirable los planetas del sistema solar. A tales extremos llegan los fluidistas por exaltar las soberanas excelencias de su invento. Vimos en el capítulo nono la nulidad del fluido vital. Pero los hipnotistas no saben hablar de él sino con exclamaciones, ya que no tengan argumentos de su existencia. Una mujer hipnotizada, dicen, vale por toda una academia de sabios; falta sólo dirigirla. Eso responden, como si el hipnotismo contuviese en sí archivados todos los ramos del humano saber, todos los secretos de lo por venir, todos los arcanos del mundo. Mas el fluido vital, añaden, ha de llevar orden, ha de regularse con medida, porque tal podría ser el gasto de fluido que hiciera la hipnotizada en apear secretos, que le faltase luego para la propia subsistencia, por cuya

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 25.
(2) Ibid., p. 28.

falta acabase á manos de la muerte. Restringir con ese compás regulativo el uso del fluido vital, ¿qué otra es sino confesar que nadie le tiene en su mano?

Al tenor de esa, otras teorías sin cuento han aspirado á explicar las previsiones proféticas, inexplicables por ningún concepto sin salir del ámbito natural. Dádiva infusa del cielo ha de ser la previsión de lo por venir. Aun al demonio no se le alcanza sino con ciertos límites, que en su lugar se explicaron. No repliquen los incrédulos, que las victorias hasta el día presente conseguidas están colmadas de promesas. Las victorias no serán sino al talle de las potencias, pero las potencias humanas no darán de sí lo que no tienen. Prometer previsiones de lo por venir, es prometer montes de oro á niños atolondrados.

Mas no cesemos de repetirlo. El engaño de más bulto no está en los hechos, está en su interpretación. Negar los hechos fuera contradecir al testimonio de personas fidedignas por la muchedumbre, variedad, competencia y gravedad; negar la interpretación legítima de los hechos es declarar la humana miseria, evidentemente demostrada en la diversidad y contradicción de las opiniones. Con todo eso, en los hipnotizados es muy de advertir el vario proceder de las potencias. La sensibilidad duerme para toda inquietud; entre tanto, la fantasía recibe brios nuevos, la memoria anda más despierta, la asociación de ideas bulle más rápida y exuberante. No es maravilla, en tal estado de cosas, que el hipnotismo levante á mayores al sonámbulo y le haga romper en palabras ó frases de lengua peregrina, olvidadas ya, leídas acaso, ú oídas en otro tiempo. Tampoco es de maravillar que la perspicacia adquirida le ayude á vislumbrar acaecimientos conjeturables, y aun los dé por venideros con una suerte de certeza vecina de la infalibilidad. ¿No acaece por ventura acordarse uno en sueños de personas totalmente olvidadas y venirle á la memoria el nombre que en vigilia rara vez jamás habría recordado? *Sin embargo de estos y otros parecidos hechos*, dice bien el Dr. Venturoli, *registrados en los anales de la ciencia, nadie ha podido, por observaciones exactas, descubrir que un hipnótico ó sonámbulo disfrute del privilegio de profecía propiamente dicha, de conocimiento de lenguas nunca estudiadas ó de otras cosas cuya noción no tuviera adquirida de antemano* (1).

Con el parecer de este católico doctor conviene casi del todo el del racionalista Rochas, peritísimo en el arte de la hipnosis. Acerca de la *vista á distancia* y de la *previsión de lo por venir* protesta que en cuantos ensayos y experimentos hizo, sacó del sonámbulo alucinaciones y nada más (2). Esto baste por ahora, pues habremos de volver á tratar luego la materia.

(1) *La Scienza italiana*, 1883, anno VIII, t. II, p. 356.

(2) Je crois que cette faculté existe réellement parce qu'on en cite des exemples très frappants, mais je suis convaincu aussi que, comme la transmission de pensées, elle est extrêmement rare, ne se manifeste que par éclairs et que l'on est presque toujours abusé

11. El ser y naturaleza común de las manifestaciones hipnóticas, cualesquiera que fueren, nace de la misma naturaleza y condición del sonambulismo artificial, muy semejante al ser y condición del sonambulismo natural. Aquella impresión y disposición de ánimo con que el hipnotizado se deja ocupar del sueño, ejerce en su fantasía un poderío tan absoluto que no hay influencia extraña que le pueda contrarrestar. Al dar sueño á sus ojos, quedó envuelto en la imaginación de andar sujeto y rendido á la autoridad del hipnotizante, cuyo mandato le está resonando aún en los oídos; esta preocupación será el poderoso arbitrio de que el hipnotizador se valdrá para intimar órdenes, revolver de arriba abajo, dominar absolutamente al hipnotizado, como pudiera tratar á un bruto destituido de razón y libre voluntad. Por eso escogen los hipnotistas personas hipnotizables en grado sumo, pues no todas lo son, para con el imperio sacar de ellas obras maravillosas al son de su voluntad y gusto. Mas las obras, por extraordinarias que sean, nunca saldrán de la esfera natural y ordinaria. Pasmada y entorpecida la sensibilidad, quebradas las fuerzas de los sentidos, queda vigilante la fantasía, despabilada la memoria, aguzados los filos del entendimiento, no embotado, sino entero, el poder de la voluntad; la sola libertad y la conciencia reflexiva pierden el uso de sus actos racionales, cadena arrastran mientras no se la suelten. No enajena el hombre el uso de la razón por entero en virtud del sueño hipnótico, bien así como no le enajena el sonámbulo natural, que por el discurso de la razón tal vez alcanza cosas nuevas durante el sueño, si bien lo que alcanzare estaba ya contenido en precedentes conceptos ó en las imágines ofrecidas por el hipnotizador, cuando no se lo revelase Dios ó no se lo ingiriese el espíritu maligno (1).

Encarézcase sin término la rareza de los fenómenos, amplifíquese lo posible su singular mérito, siempre darán indicios de la fuente natural de donde se derivan. ¿No cuentan de Laplace, de Condillac y de otros ingenios que en los retiros de la cama desataban dificultades de problemas, que andando sobre vela con mil ojos y discursos no lograban resolver? ¿Se dirá por eso que las soluciones les nacían de ciencia infusa, de lucidez preternatural, de facultad flamante? No hay razón para ello. Por hallarse las potencias cognoscitivas en el hipnotizado mal asistidas del sistema nervioso, por lo irregular de la sensibilidad, viene á ser también irregular el modo de proceder de las potencias espirituales; singularidad, que hace falaz el juicio y discurso de la razón, mas no da lugar á nuevas facultades ni á superiores proezas (2). En esta sana doctrina funda-

par l'imagination du sujet. Chaque fois que j'ai pu faire la preuve, j'ai reconnu que le sujet n'avait eu que des hallucinations.—*Les états profonds de l'hypnose*, 1892, p. 55.

(1) Sto. Tomás: Nihil prohibet hominem secundum rationem apprehendere aliquid de novo in dormiendo, vel et ipsis reliquiis praecedentium cogitationum et phantasmatibus oblatis, ut etiam revelatione divina, aut immissione angeli boni vel mali. 2.ª 2.ª q. CLIV, a. 5, ad 3.

(2) *La Scienza italiana*, 1883, anno VIII, t. II, pag. 453 —1884, anno IX, t. I, pag. 131.

dos los médicos católicos, proceden con gran cautela en admitir la exorbitancia de ciertos fenómenos, que otros médicos sin escrúpulo solemnizan, tal vez sin haber metido las manos en ellos, tal vez por haberlos oído encomiar á hombres científicos deseosos de darlos al viento de la vulgaridad.

Corolario de lo dicho en este artículo es, que antes de pronunciar el fallo acerca de los fenómenos llamados *acción de medicinas á distancia, penetración del pensamiento, transmisión de sensaciones, previsión de lo por venir,* la prudencia manda comprobación y certeza de los hechos hipnóticos, por el peligro que corre uno de interpretarlos torcidamente. La hipnosis, enredadísima de suyo, pide examen atento y sagaz. Su caprichosa irregularidad desvía el ánimo del curso general, abre sendas tortuosas, callejones sin salida, encrucijadas engañosas, que componen un laberinto inextricable. ¡Cuán fácil sería en región ignota falsear la dirección, perder el rumbo y despeñarse por barrancos si faltase el hilo conductor que guiara los pasos con seguridad! ¿No será más prudente aguardar á que la paciencia de los peritos se dé por vencida, cuando la buena fe y la diligente cautela hayan prevenido todos los riesgos de una aventurada resolución?

ARTICULO III.

1. La *sugestión mental.*—Experimentos de Janet.—2. Otros hipnotizadores é hipnólogos la dan por averiguada.—3. Los médicos españoles cómo la califican.—4. La Petra del Dr. Herrero.—5. Advertencias sobre casos de *sugestión mental.*—6. El fenómeno dista mucho de estar bien comprobado.—7. La *sugestión mental en vigilia.*—Argumentos del Dr. Herrero. 8. Respuesta á los argumentos históricos.—9. Conclusiones del Dr. Richet sobre la *sugestión mental en vigilia.*—La profecía desarma los estratagemas de sus adversarios.—10. La profecía no es fruto del sonambulismo artificial.—La *futura ciencia del od.*—11. Decreto de Roma sobre el hipnotismo.—12. Consecuencias del decreto.

1. Muy vecina es de las manifestaciones antes expuestas, y aun se halla entre ellas comprendida, la *sugestión mental.* Un enfermo hipnotizado, rendido á la voluntad interior del hipnotizante, deja la cama, sale de su habitación, anda 20 y 100 metros, con los ojos cerrados, á la manera de los sonámbulos naturales, y ejecuta el impuesto mandato, no habiéndole entrado por los oídos su noticia. Porque *la sugestión mental es una comunicación misteriosa entre el hipnotizador y el hipnotizado, y por la que éste adivina y realiza la voluntad del primero, sin que le sea manifestada de ningún modo ostensible* (1). De este maravilloso efecto tratan variamente los hipnólogos unos le tienen por de poca ó ninguna estima, y por eso le dejan pasar

(1) Dr. E. Aragón Obejero, *El hipnotismo y la sugestión*, 1892, p. 164.

por alto en sus disquisiciones hipnóticas; otros, mostrándose neutrales acerca de su realidad, remiten á cuenta de los observadores los discursos que sobre su índole componen; otros, en fin, toman sobre su conciencia las resultas experimentales de los hechos, dándolos por firmes é inconcusos.

De este singular fenómeno, denominado á veces *transmisión del pensamiento*, mostraron barruntos los primeros mesmeristas, Puysegur en particular, hace cosa de un siglo. Modernamente ha sudado con ardor en la demanda Pedro Janet, hipnotista de profesión. Dando cuenta de sus ensayos á la *Sociedad de psicología y fisiología*, señaló entre otros el siguiente: *El día 9 de octubre fuí á casa de M. Gibert, y le rogué me dejase adormecer á la señora B. á las doce menos veinte minutos. Hacía yo cuenta de hallarme entonces allí, para estorbarla que metiese las manos en agua fría si acaso lo intentara. No pude yo vigilarla, como lo tenía pensado, por estarse ella encerrada en su habitación hacía un cuarto de hora. A las doce menos cuarto subí á verla acompañado de otras personas. Hallamos á la señora B. echada en una silla, profundamente dormida en postura muy incómoda. No era el sueño natural, porque estaba ella del todo insensible, ni había manera de despertarla* (1). Por ocho veces continuas hizo Janet la misma prueba, tomadas las posibles precauciones para que nadie le calase la intención, variando cada vez la hora del experimento; el sueño hipnótico la acometió y sepultó sus sentidos con singular puntualidad pocos minutos después de formar Janet en su interior el pensamiento, como lo depone en el lugar citado.

Prosiguiendo con el intento comenzado de las sugestiones mentales, sin aplicar las manos á la hipnotizada señora B., sin soplarle en los ojos, sin efectuar en ella acción alguna, púsose Janet á pensar dentro de sí: *yo quiero que usted duermd.* A los breves instantes la mujer quedó dormida de *letargia sonambúlica*. Repitió el doctor la misma orden mentalmente; ella suspirando cayó en *letargia* total, luego en *letargia cataléptica;* al compás de las repeticiones mentales de Janet, procedía la B. á un estado nuevo hasta correr todos los grados profundos de la hipnosis. Otras observaciones amontona Janet para mostrar cómo el hipnotizador con sólo su pensamiento puede conseguir que el hipnotizado recorra en camino inverso los varios pasos hipnóticos, desde el más profundo hasta el más elemental (2).

Otros experimentadores van con Janet á la parte. Los hechos señalados por el Dr. Dusart parecen muy concluyentes. Hallándose un día lejos de su casa unos setecientos metros, dió á una joven, sin manifestarle señal alguna exterior, la orden de quedar dormida; la muchacha obedeció puntualísima al mandato intencional. En otra

(1) *Revue scientifique*, 8 mai, 1886, p. 584.

(2) La pensée du magnétiseur peut donc, par une influence inexplicable, mais qui est ici immédiatement vérifiable, faire parcourir au sujet les différentes phases dans l'un ou l'autre sens. Ibid., p. 585.

ocasión reiteró el experimento á siete kilómetros de distancia, con felicísimo suceso (1). Relatar las diligencias de Mariller, de Myers, de Lélut, de Gibert, de Ochorowicz, de Zanardelli, en confirmación del fenómeno propuesto, fuera ocupar páginas sin necesidad. Tan evidente le pareció á Méric la verdad de la sugestión mental, que se atrevió á estampar la conclusión siguiente: *A vista de tantos hechos, ciertos, que establecen el fenómeno de la sugestión mental á distancia, la negación ya no es posible* (2). Tal es la voz común de los que aplicaron su cuidado á la investigación de esta maravilla. No hay para qué citar más nombres propios (3); los doctores Obejero y Herrero suministrarán nociones históricas y biográficas, suficientes para formar cabal concepto del fenómeno (4), que el P Bonniot, no solamente estima *indubitable*, sino comprobado con ejemplos de gran ponderación tomados de auténticas fuentes (5).

3. Algunos médicos españoles, de quienes nos ha llegado noticia por sus escritos, se muestran menos encariñados con la sugestión mental. El Dr. Obejero con gran cautela se inclina al dictamen de J. M. A. Vacant, cuya autoridad cita en esta forma: *Lo que se ha llamado «sugestión mental» constituiría un fenómeno más extraordinario que los mencionados hasta aquí, pues que conforme á ella, algunas personas histéricas habrían sido dormidas ó despertadas por voluntad interna, de ningún modo expresada, de su hipnotizador, á quien no tenían delante, sino lejos á distancia de varios kilómetros. Ellas tenían conciencia de las órdenes que de pensamiento les imponía él, cual si se las hubiera sugerido de viva voz y ellas las hubiesen oído. Parece difícil negar pura y sencillamente estos asombrosos hechos que han sido estudiados con tanta diligencia por los Sres. Ochorowicz, Gibert y Pedro Janet. Sin embargo, necesitan confirmación, porque no todos los que se ocupan en ellos están convencidos, y de más á más las experiencias del Dr. Luys, que no parecían menos ciertas y se habían practicado en número mayor de personas, han sido halladas inexactas* (6).

Del Dr. Bertrán Rubio consta por lo dicho arriba qué concepto tenga formado. *La «sugestión mental»*, dice, *anda todavía en pleito, ó lo que es lo mismo, no está científicamente demostrada su existencia* (7). Posterior al año 94 es el libro en que esta categórica afirmación se

---

(1) *La tribune médicale*, 15 et 30 mars, 1875.

(2) *Le merveilleux*, p. 289.

(3) CH. RICHET, *Expériences sur le sommeil à distance. Revue de l'Hipnotisme*, 1er février, 1888.—CLAUDE PERRONET, *Du magnétisme animal*, 1884, p. 34.—OCHOROWICZ, *De la suggestion mentale*, p. 118.—CH. LAFONTAINE, *Mémoires d'un magnétiseur*, 1886, p. 153.—DESPINE, *Étude scientifique sur le somnambulisme*, 1880, p. 221.—NOIZET, *Mémoire sur le somnambulisme et le magnétisme*, 1884.—BARRET, *On somo-phenomena associated with abnormal conditions of mind. Proceedings of Society*, july, 1883, p. 238.—BEAUNIS, *Un fait de suggestion mentale. Revue philosophique*, 1886, n. 2.

(4) *El hipnotismo y la sugestión*, 1892, p. 112.—*El hipnotismo y la sugestión*, 1891, p. 65 y 482.

(5) *Le miracle et ses contrefaçons*, 1888, p. 307.

(6) *Dictionnaire apologét.*, art. *Hypnotisme*, p. 1449.—*El hipnotismo y la sugestión*, 1892, p. 166.

(7) *Hipnotismo y sugestión*, p. 97.

estampó. En prenda de su buen criterio, añade el autor más abajo: *Á cualquiera se le alcanza cuántas y cuán grandes han de ser las dificultades de esta clase de experimentos; y á nadie puede causarle extrañeza el que, aun después de haberse enterado de los hechos (propios y ajenos) coleccionados y comentados por Ochorowicz, se sienta uno todavía muy lejos de la convicción absoluta* (1). El parecer del experto escritor no es temerario, sino fundado en conocimiento de causa, presupuesta la noticia de los estudios publicados en la materia por competentes hipnotistas. El fino tiento que el asunto demanda para poder con verdad certificar la sugestión mental, se podrá calificar por suficiente de arte que satisfaga á los reclamaciones de los circunstantes; pero siempre le quedará al hipnotista el peligro de ser engañado contra su voluntad por la peregrina condición del estado hipnótico. Es éste de tal naturaleza, que no sólo pone á los hipnotizados á riesgo de hacerse mala treta á sí propios, mas también de hacer á los demás burla pesada, por las falencias é ilusiones á que está sujeta la hipnosis, pues hace á dos manos muy á menudo mezclando figura y verdad. Beaunis, Cullerre, Maira, Binet, Pitres no se cansan de advertir la probable simulación de los hipnotizados (2). El crédulo Benoist de Rochas veía cómo las células cerebrales vibraban á cada pensamiento, y las comparaba á estrellas que se dilatan y contraen (3); quijotada mayor ¿quién la oyó? ¿Es posible hacerse más ridículo un administrador politécnico?

El Dr. Perales, en la Memoria premiada por la Sección Literaria de Salamanca (4), donde discute los hechos místicos de la Doctora carmelitana, los aleja infinitamente de los hipnóticos y espiritísticos, si bien otorga ser posible que en esta segunda clase de efectos intervenga, como principal agente, una causa sobrehumana, pues de otro modo no es fácil explicarlos (5). No entra el catedrático de Granada á investigar la naturaleza de la sugestión mental, que no venía á su propósito; mas de todo el contexto y de la norma espiritualista que en su libro campea, colígese bien cuán lejos andaba de las teorías materialistas, propuestas en su tiempo para dar razón de los fenómenos lúcidos.

Los médicos españoles se conforman con el dictamen de otros extranjeros que, sospechando la incertidumbre de la sugestión mental, ó confiesan de plano estar en ayunas de ella, ó remiten su realidad á la cortesía de los peritos en el arte. Hemos dicho ya cómo Bernheim declaró no haber descubierto rastro de sugestión mental en su larga experiencia; mas tampoco pone en tela de juicio que

---

(1) *Hipnotismo y sugestión*, p. 104.
(2) OBEJERO, *El hipnotismo*, p. 108.
(3) *Les états profonds de l'hipnose*, p. 17.
(4) *El supernaturalismo de Santa Teresa*, 1894, tercera parte, cap. III.
(5) «En cuanto á mí, debo decir lealmente que admito la posibilidad de la intervención de los espíritus en esa clase de sucesos, que no encuentro dificultades para ella, y que su carácter sobrehumano lo demuestra en la impotencia de la razón para explicar esos hechos de otro modo.» Ibid., p. 320.

otros esclarecidos varones hayan hecho gala de haberla presenciado á ojos vistas (1). El médico Venturoli porfía que los fenómenos llamados de *clarovidencia* no están aún examinados con el contraste de la verdad; por eso los excluye de su tratado á título de insuficiente probanza (2). Es muy de notar con qué resolución atribuye este escritor católico á los afamados médicos de su tiempo el mismo parecer suyo, el cual abarca los fenómenos de *vista á distancia*, de *previsión mental*, de *sugestión mental* y semejantes; indicio manifiesto de haber sido muchos los hombres cuerdos que pensaban con él (3). Sin duda, por haber el Dr. Guermonprez visto mal confirmada la sugestión mental, no la trató en su libro *L'hypnotisme et la suggestion*, traducido y anotado por Venturoli.

El criterio de estos autores católicos debería servir de aviso para tener por sospechosas cuantas pinturas hacen los hipnotistas en general, de cosa tan estupenda como la sugestión que decimos; especialmente, que los interesados en exagerar la gran maravilla saben ajustar con acierto sus cuentas sin dar á la profecía el peso que la es debido, antes sonando contra ella la clamorosa bocina, por achacarla á fenómeno tan natural como la misma sugestión. Además, escritores como esos, que sustentan en materia de psicología y antropología opiniones osadas y totalmente absurdas, por malos intérpretes se han de tener de los hechos hipnóticos, que son de dificultosa interpretación. El escritor Arcelin, más versado en asuntos de paleontología que de fisiología, no tiene reparo en ladearse á la verdad de la sugestión mental (4), aunque no discute los casos, ni aun apenas ofrece alguno de consideración, si bien no deja de avisar la poca fe que muchos relatos de semejantes fenómenos merecen (5).

(1) Des hommes très éclairés et très honorables ont observé des faits qui paraissent concluants. *De la suggestion*, pág. 18.

(2) Quanto a noi, non abbiamo alcuna peritanza nel dichiarare che non troviamo bene verificati che i fenomeni che risguardano la prima delle accennate classi, e con noi sono tutte le celebrità mediche del giorno, le quali nell' ammeter quella, dichiarano di escludere quelle altre, che l' esperienza non vuole ammettere. Non saremmo nemmeno per escludere tutti i sonnambuli della seconda classe; ma a patto che i fatti asseriti vengano bene accertati e verificati *La Scienza italiana*, 1883, anno VIII, vol. II, p. 533.

(3) Ciò che più d'ogni altro fatto eccitò le maraviglie in tutti, l' entusiasmo in parecchi, e in moltissimi la diffidenza, il sospetto e l' incredulità sconfinata; intendo alludere alla *chiaroveggenza*, alla *doppia vista*, alla *prescienza magnetica*, e che so altro Questo campo, che pur troppo fu largamente sfruttato per lungo tempo dall' impostura, non può dar materia ad una disquisizione scientifica Per ciò non fa d' uopo fermarvisi, giacchè ove i fatti che si riferiscono alla vista attraverso corpi opachi, alla predizione di cose che mente umana non può conoscere, ed altri di simile natura, fossero incontestabili; vede ognuno che sarebbero di tale ordine, che sorpassa i poteri delle leggi di natura, per cui di loro non si potrebbe dar ragione se non ricorrendo a virtù soprannaturali. Ibid., pag. 355.

(4) L'hypothèse de la suggestion mentale qu'on rejetait, il y a quelques années, comme une absurdité scientifique, a gagné peu à peu du terrain, à mesure que les expérimentateurs ont appris à se mettre en garde contre les causes d'illusion. Les expériences de Charles Richet, d'Ochorowicz, d'Héricout, de Pierre Janet, de Beaunis, de Liébeault, les travaux de la Société des recherches psychiques de Londres et de la Société américaine de Boston, ont donné à l'hypothèse de la suggestion mentale un caractère absolument scientifique justifié par un grand nombre d'observations d'une valeur incontestable. *La dissociation psychologique*, *Revue des quest. scientif.*, 1900, t. XVIII, pag. 178.

(5) Ibid., pag. 186.

4. Acerca del Dr. Abdón Sánchez Herrero es preciso confesar que posee cabal noticia histórica de la sugestión mental, como lo prueban los capítulos III y XII, parte primera, de *El hipnotismo y la sugestión*. Hablando de sus personales experimentos, dice así tocante al fenómeno mental: *Yo no he conseguido determinarlo más que en cuatro sujetos entre más de 500 hipnotizados, y no siempre que he querido. Iguales dificultades han tenido los demás observadores de estos últimos tiempos para obtener análogos resultados, á los cuales se llega después de una labor de muchas semanas y aun de muchos meses de largas, penosas y no siempre fructuosas investigaciones* (1). La habitual franqueza del Dr. Herrero es prenda de seguridad para el lector, que le oye luego exclamar entre cariacontecido y ufano: *De todos modos, he adquirido la convicción de que el fenómeno de la sugestión mental es excepcionalísimo, al menos con nuestro actual modo de proceder á la hipnotización, y por razón natural debe ser aún más la determinación del sueño hipnótico por su sola eficacia* (2).

Después retrata el hipnotista con pluma fiel los sucesos acaecidos con la hipnotizada Petra, joven de su clínica particular. Los primeros pasos corresponden al ramo consabido: por sugestión mental del Dr. Herrero, Petra se duerme, Petra ejecuta, Petra despierta, convencida unas veces, otras ignorante, de que el doctor se lo hubiera mandado (3). Siguen luego nuevas sugestiones intencionales, sin indicio ni señal exterior.—*Petra, levante usted el pie izquierdo*. En el primer cuarto de hora Petra se está queda sin levantar el pie; en el segundo cuarto de hora menea el pie y le alza á la altura del asiento —*Baje usted el pie*. Al minuto y medio empieza á bajarle.—*Petra, cójase usted la nariz con la mano derecha*. Reiterada la sugestión mental, al cabo de ocho minutos tiene Petra su nariz en la mano.—*Basta, baje usted la mano*. No tardó un minuto en soltar la nariz.—*Petra, póngase usted de pie y dé usted tres pasos hacia mí*. Dentro de cinco minutos siéntese agitada de estremecimientos; á vueltas de repetir él la sugestión mental, álzase ella de pie y mide pasos hacia el doctor.—*Vaya usted á sentarse*. En dos minutos y medio había dado vuelta y dejádose caer en la butaca. Preguntada el por qué de aquellas acciones, dice que tuvo muchas ganas de asirse la nariz y de levantarse, y así lo hizo.—*Petra, conteste usted*. Pasados seis minutos en silencio, al fin responde en voz alta: *Mande usted.—Petra, ¿qué ve usted?* Media hora ocupó el hipnotista en sugerir á Petra que viese el reloj; Petra no veía nada: la sugestión intencional dió en vago.—*Petra, ¿usted ve un tenedor?* Cinco minutos necesitó Petra para ver un tenedor blanco, y luego, por el mismo orden de sugestiones, una copa, un abanico, un duro. *Debo advertir*, añade el Dr. Herrero, *que casi todas las experiencias que posteriormente hice para la transmisión mental de los números, fracasaron* (4).

Otros ensayos de sugestión por pensamiento refiere el mismo

(1) *El hipnotismo*, 1891, p. 483.
(2) Ibid., p. 492.
(3) Ibid., p. 492-497.
(4) Ibid., p. 510.

Doctor, en que probó la mano con aciertos y reveses, donde manifiesta cómo se pueden sugerir afectos varios de tristeza, alegría y de otras diferentes pasiones, con sola voluntad intencional. Los malos sucesos demuestran que cuanto más interiores son los actos sugeridos, más infelizmente los ejecuta el hipnotizado. Tal vez por esta causa no cuenta Herrero actos piadosos, como de contrición, oración, reverencia á los santos, porque bien podía haber sugerido mentalmente á su Petra que rezase una Salve á la Virgen Santísima, de quien él parece muy devoto. Unas páginas más adelante dice cómo la propuso ciertas sugestiones estando ausente de ella.—*Petra, venga usted á buscarme.* No bien habían transcurrido siete minutos cuando Petra entró en el gabinete del Doctor, que tenía cerrada la puerta, á once metros y unos centímetros de distancia.—*Petra, acuéstese usted en el suelo.* Siete minutos después hincó Petra las rodillas. *De rodillas, no; acostada en el suelo.* Tres minutos tardó en echar la carga de su cuerpo en tierra, tendida á lo largo. A este tenor, otras sugestiones parecidas con parecidos efectos. *Por ellos*, concluye el Doctor, *he adquirido el convencimiento absoluto, pese á algunos fracasos, inexplicables hasta ahora para mí, de que la sugestión mental en ciertos momentos del sonambulismo, cuyos caracteres no puedo fijar, tiene exactamente la misma eficacia que la verbal* (1).

5. La consideración de estos fenómenos da lugar á algunas advertencias, que no serán fuera de propósito para rastrear su índole y condición. Primeramente, las sugestiones antedichas hemos de creer que eran mentales por entero, sin intervención directa ni indirecta de signos, gestos, miradas. La sencilla exposición del Doctor Herrero obliga á contar por puramente internas las sugestiones, órdenes y voluntades dirigidas á la moza Petra. De lo contrario, el hacer la sugestión á medio mogate, señalándola desde lejos, insinuándola por celosías, cometiendo en su indicación descuido voluntario ó involuntaria inadvertencia, echaría á perder todo el discurso y aguaría el contento del hipnotista.

En segundo lugar, la materia de las sugestiones dice alguna relación con el estado de la paciente. Lo que el Doctor la manda de pensamiento, podrá ella pensar también que se lo manda, pues la orden imperativa ó indicativa no está puesta sobre las nubes ni es ajena del sonambulismo en que Petra se hallaba abismada. ¿Hay acción tan natural á un hipnotizado, como imaginar que le quieren adormecer ó despertar? ¿Cuántas de las llamadas sugestiones mentales versaron sobre ir y venir, sentarse y levantarse, llevar y traer, y cosas análogas, propias de movimiento mecánico ó de sentidos exteriores? Pero intimar á una sonámbula mentalmente acciones ajenas de su actual disposición, como que cuente lo acaecido con ella poco antes, que repita una expresión que acababa de pronunciar, que explique los pensamientos é intenciones que ocupan la

(1) *El hipnotismo*, pág. 515.

mente del hipnotizador, que ponga de manifiesto la angustia que le llena á él de amargura el corazón á vista de la miseria de su desdichada sonámbula, y otras semejantes sugestiones, que no requieren sólo instinto, sino entendimiento y voluntad y verdadera sumisión al mandato; esas no se usan entre practicantes del hipnotismo, porque supondrían un ejercicio mental secreto y más apartado de los sentidos.

Lo tercero, el estado psíquico de la hipnotizada la facilita no pocos lances de pasmosa suspicacia, ora el hipnotizador le dé margen á sabiendas, ora ella se aproveche de su involuntario descuido como á hurto y de sobresalto. Porque cierto es é indubitable que la sonámbula hipnotizada usa de entendimiento para discurrir y de voluntad para querer, como le sucede al sonámbulo natural, al demente, al histérico y demás, aunque falte la libertad que regule los actos espirituales (1). Dirá el hipnotista que tomó todas las precauciones, con la diligencia posible, para que la sonámbula no le robase el secreto de la sugestión. Será verdad respecto de él, mas respecto de ella habrá quedado abierto un portillo, por donde la viveza de la fantasía hurte al práctico un signo, un meneo, un indicio fiel de su imaginada sugestión intencional sin que él cayese en la cuenta.

En cuarto lugar, las relaciones de los hipnólogos estriban en el crédito de las hipnotizadas, como si no pudiese caber en ellas la más leve sospecha de falsedad. Es decir, una hipnotizada que, sumida en profundo sueño, carece de discreción, de conciencia refleja, de juicio de recta razón, de voluntad deliberada, es tenida por el hipnotizador en aprecio de persona dignísima de toda fe, infalible en sus sentencias, invariable en sus fallos, fiel en expresar lo que siente, tan merecedora de respeto y consideración que bien se pueden sus dichos estamparse como expresiones de la pura verdad. Si de los locos y de los histéricos se recatan los que con ellos lidian, porque con un mover la mano ó volver los ojos, ó menear los labios toman el punto del acierto; ¿cuán prudente y recatado no habrá de andar el hipnotizador en el trato de sus sonámbulos que adolecen de igual achaque, por ser ladinos en urdir ilusiones y dar colores falsos á sus palabras?

Finalmente, no reparan los hipnotistas, por lo general, que entre personas que se tratan y comunican con alguna intimidad, suelen notarse coincidencias de pensamientos no manifestados por signos exteriores. No sin razón requieren los hipnotizadores, antes de entremeter la sugestión mental, largo ejercicio de apercibimientos, hipnotizaciones repetidas hasta el sonambulismo, curso de grados hipnóticos hasta lo profundo del letargo, idas y venidas de la hipnosis á la vigilia, de la vigilia á la hipnosis, hasta que, tras tanto remiendo y ensayo, la máquina se hace á la mano del que la gobierna. ¿Cómo no sugieren mentalmente de contado? Por ventura,

---

(1) P. URRÁBURU, *Psychologia*, lib. II, disp. X, cap. III, art. II, pag. 1156.

en sobreviniendo el sonambulismo, ¿no hay prevención bastante para instilar el concepto mental? En un abrir de ojo habían de acudir con la sugestión, sin usar de tantos preparativos. Menos ardua es en esta parte la maniobra de los espiritistas y más seguro el efecto. En un tris se alistan y están á punto los medianeros para proceder á la operación, porque el diablillo con poco menos se contenta y se rinde al endiablado evocador. El hipnotista, al contrario, como ha de llevar la cuesta y las piedras, suda y trasuda, suelta y torna, se trabaja y desentraña, pone su fantasía en el potro, revuelve y excita su sistema nervioso, hácese fuerza á sí mismo por encerrarse dentro de sí, hasta fundir en uno todos sus cuidados, en imprimir sus pensamientos en el alma de la sonámbula, como si fuera posible apoderarse de sus facultades mentales sin el socorro de los sentidos. Si trabajo de tanta fatiga es menester para el ejercicio de la sugestión mental, ¿quién dirá que cuando convienen los dos en un pensamiento, no se deba la conformidad á coincidencia, y ésta á trato frecuente de dos personas que adquirieron análoga aptitud? *Siempre recordaré*, dice el Dr. Bertrán, *el conocido ejemplo «de los relojes» de Leibnitz; relojes que, aunque señalan exactamente las mismas horas, no se influyen mutuamente ni de cerca ni de lejos. En muchísimos casos de supuesta sugestión mental esto es lo que sucede. Y debe de ser así, si se tiene en cuenta que el hecho de que dos personas, ó tres ó las que sean, piensen del mismo modo, coincidan en una idea en un momento dado, es mucho más natural y sencillo que no que una persona influya mentalmente sobre el pensamiento de otra, porque al fin, si los que en el mismo pensamiento coinciden, respiran el mismo ambiente psíquico, soportan las mismas influencias exteriores y poseen análogas facultades y parecidas aptitudes, ¿qué tiene de extraño que concuerden alguna vez en pensar «al unísono», sometidas á una misma excitación* (1)?

6. Estas razones nos mueven á opinar que los casos dichos de *sugestión mental* no demuestran el intento, pero comoquiera necesitan más cabal confirmación. No demuestran el intento, porque no hacen evidencia de ser la ejecución efecto de la sugestión, aunque denoten que la ejecución exterior sucede á la sugestión interior. Cinco, siete, once, catorce minutos transcurren desde que el hipnotista pensó hasta que la hipnotizada ejecutó; el Dr. Sánchez Herrero no deja de puntualizarlo con su natural hidalguía. En ese intervalo de tiempo, que á veces pasa sin fruto, aun después de poner el hipnotista la última mano de sus esmeros, ¿quién dirá lo que acontece en el cerebro de la sonámbula? Si cuando ella toma tan despacio el mover la mano, el pie, la cabeza, como si le pesara un quintal, la increpase el hipnotizador, manteniéndose en su puesto, en vez de alentarla involuntariamente á la acción por él pensada; si la arguyese con desenfado de no calar su intención y mandamiento, enton-

(1) *Hipnotismo y sugestión*, p. 105.

ces tocaría con las manos agudamente cuán sin motivo infiere él relación de causalidad de lo que es mera sucesión de operaciones. Sin embargo de eso, los hipnólogos no cesan de asentar por determinación ultimada que la sonámbula tuvo conocimiento exacto de la intención mental, y que el conocerla fué la causa y mérito preciso del fenómeno. Ello es que en casi todas las sugestiones mentales hácese torpe y tardona la ejecución; en algunas anda tan flemática, que se hiela por el camino: casi nunca hay simultaneidad entre lo mandado y lo ejecutado, como debería haberla siempre, si fueran las cosas tan averiguadas cual los hipnólogos lo pintan.

Por todos estos capítulos no acabamos de creer que la sugestión mental esté del todo asentada, más longanimidad y fuerza de argumentos pide una tan grave resolución. Menos mella nos debe hacer la *sobreexcitabilidad sensorial* con que el Dr. Féré trató de persuadirla; porque demás de que la exposición de Féré sólo se aplicaría á los casos en que el hipnotizador se hallase presente al hipnotizado, los signos espontáneos percibidos en éste no siempre servirán á aquél de brújula cierta para rastrear el intento que envuelven. Tampoco hace al caso la hipótesis de Ochorowicz, que supone que los dos cerebros, del hipnotizador y del hipnotizado, forman perfecta consonancia, cual si constituyeran un telégrafo ó teléfono viviente. Esa armonía, que tanto halaga á los materialistas, ni la ha demostrado ni la demostrará Ochorowicz con todo el aparato de su *ciencia* experimental. ¿Qué vemos en el hipnotizador? Concentración de espíritu, recogimiento interior, voluntad determinada y esfuerzo en metérsela en las entrañas á la sonámbula. ¿Qué vemos en ésta? Los experimentos de Janet, de Dusart, de Ochorowicz, de Herrero, lo dicen bien claro: pies de plomo, pasos lentos, perplejidades, resistencias, falsas interpretaciones, culebrazos, y en medio de todo una especie de conocimiento de la voluntad del hipnotizador. Mas ese conocimiento ¿de dónde le nace á la sonámbula?; porque su origen es lo que se ha de explicar. Decir, como suelen los hipnotistas, que nuestra alma está poseída de la facultad de leer directamente los pensamientos de las almas ajenas, es despropósito mayor, y además falta de lógica, porque eso es lo que buscamos; pregonar que los actos intelectuales andan viajando por esos espacios, como los rayos del sol, sería quitarles la natural inmanencia y desflorar su esencial condición; hacer recurso al *insconciente* misterioso que por la percepción de un símbolo llega á la genuina interpretación del acto mental, se reduce á enredo de palabras que nada significan y nada concluyen; echar mano de las vibraciones cerebrales imperceptibles para deducir su relación con el pensamiento, es como hablar á un sordo lenguaje desconocido con lengua afónica; en fin, ponderar la sobreexcitación de los nervios de la sonámbula adiestrada por la educación en el trato frecuente con el hipnotista, resúmese en facilitar á todo el mundo el arte de leer pensamientos, y por tanto será declarar que no hay memoria de tal arte en el

mundo, pues los hombres de más nerviosa sobreexcitación nunca lograron penetrar los íntimos pensamientos de nadie, si no es por el conducto de los sentidos.

De manera que la sugestión mental no es negocio de nervios, ni de trastrueques, ni juego de mera curiosidad; es asunto de tanta importancia, que si llega á comprobarse perentoriamente su transmisión del todo intencional, sin concurrencia de sentidos, sin auxilio de la sensibilidad, tendrá que pasar por operación sobrehumana y preternatural, debida sólo á la intervención de agentes espirituales y angélicos. Esta sería la conclusión forzosa, sostenida con apodícticos argumentos por los graves autores que esta materia han tratado con mejor criterio y más sana intención (1). Siendo esto así, el hipnotista que se ocupase en sugerir mentalmente á sus sonámbulos, cooperaría á la obra de Satanás y coincidiría con los espiritistas que hacen diabluras con sus medianeros. No nos es posible dar hoy otra más razonable explicación (2).

7. De aquí, dando un paso más se colige qué juicio hemos de hacer de la sugestión mental en vigilia. El Dr. Abdón Sánchez Herrero porfía en apadrinarla. En recomendación y defensa suya trae varios testimonios de historia, como indicios parleros de la imaginada sugestión. *Agreguemos, dice el Dr. Bertrand, que Mme. Guyon, esa devota mística, célebre por la admiración que el virtuoso Fenelon declaraba sentir por ella, refiere en la historia de su vida, que con frecuencia leía en el pensamiento del Padre Lacombe, su confesor, como éste leía en el suyo... Poco á poco, dice, me limité á hablarle en silencio.—El cura de Ars muerto recientemente (1876) á quien se trata ya de canonizar, leía, según se dice, en el pensamiento de los que iban á consultarle, y desconcertaba por la seguridad infalible de sus afirmaciones á los escépticos que se le acercaban para poner á prueba sus facultades. José de Cupertins, canonizado bajo el nombre de San Cupertín, famoso por sus numerosas ascensiones, tenía el don de leer en el*

---

(1) P. Bonniot: La suggestion mentale ne s'explique pas par le jeu naturel des agents matériels; donc, ou niez-la, ou admettez l'intervention d'un agent intelligent. *Le miracle*, pag. 319. Conclusion générale.—P. Urraburu: Suggestio mentalis certissime impossibilis est per causas naturales. Nam certum est, hominem in hac vita non posse cognoscere cogitationes nec actus interiorum sensuum alterius hominis, nisi verbo, gestu aliove signo, quod sensu percipi queat, aliquo modo manifestentur... Immo vero ne ipse quidem diabolus nec boni angeli, secundum communem theologorum doctrinam possunt actus spirituales intellectus et voluntatis sive alteriusa ngeli, sive hominis, naturaliter cognoscere, nisi ipsemet velit manifestare; et propterea hujusmodi suggestiones potest diabolus intueri, atque hypnotizato communicare, quia reapse hypnotizator vult eas omnino huic innotescere. *Psychologia*, lib. II, disp. X, cap. III. art. II, p. 1190.

(2) Venturoli, *Scienza italiana*, ottobre, 1883. — Guermonprez, *Science catholique*, juin, 1887.—Obejero, *El hipnotismo y la sugestión*, p. 242.—Donadiu, *Crónica del Congreso de Zaragoza*, p. 494.—Lelong, *La verité sur l'hypnotisme*, § 6.—Vacant, *Dictionnaire apologétique*, art. *Hypnotisme*.—Lehmkhul, *Theolog. mor.*, t. I, n. 994.—Matharan, *Asserta moralia* num. 114.—Portalié, *Etudes religieuses*, mars et avril, 1892.—Genicot, *Theol. mor.*, t. I, num. 263.—Coconnier, *Revue Thomiste*, mars, 1897.—Gay, *L'hipnotisme*, p. 83.—Castelain, *Cours de philosophie*, *Psychologie*, 1890.—Méric, *Le merveilleux dans la science*.—Ferreres, *Casus conscientiae*, 1903, t. I, núm. 275.—Algunos de los citados autores acompañan la solución con cautelas y cortapisas.

pensamiento de los penitentes que no osaban confesarle algunos pecados graves.—Puede suponerse que la mayor parte de las transmisiones (mentales) realizadas en la vida común, quedan para siempre inconscientes, aunque se manifiesten en sus efectos. Ellas nos explican «en parte», el fenómeno, indudable en la historia de la civilización, de que ciertas ideas, ciertas tendencias y aspiraciones, dominen en ciertas épocas, y que las reformas y revoluciones se hagan con tanta frecuencia simultáneamente en países muy alejados y casi sin relaciones recíprocas.—Los primeros siglos del cristianismo, la época de las cruzadas, la del renacimiento, la de la gran revolución, presentan ejemplos sorprendentes á este respecto. Es notable también que el movimiento literario conocido con el nombre de romanticismo, hiciese su evolución casi simultáneamente, en todas partes, hasta en el Japón; que los años 1830-31 y 1846-48, se parezcan tanto en ese sentido en diferentes países... Incontestablemente hay epidemia de ideas.

Hasta aquí el Dr. Sánchez Herrero, cuya sola autoridad bastaría para demostrar que en hecho de verdad *hay epidemia de ideas*, que enciende, abrasa y encarcavina con no creíbles tufos los cerebros de ciertas personas, cuyos entendimientos apestados y alacranados de la pestífera doctrina huelen á materia asquerosa. El Dr. Herrero no hace sino pisar la sombra del Dr. Ochorowicz, como lo dicen sus citas (1), á cuyo testimonio echa su rúbrica el catedrático de Madrid asentando que *el fenómeno de la transmisión mental en las condiciones ordinarias de la vida, aunque raro, al menos de un modo consciente, es un hecho real y positivo* (2). La decisión *magistral* de Herrero muestra que el doctor español trocó los papeles, de hipnotizante convirtióse en una especie de sonámbulo que acepta humilde las sugestiones del artero fascinador. ¿Cómo no penetró el Dr. Herrero con su buen entendimiento el filis del Dr. Ochorowicz? ¿Cómo no se le ofreció ir á la zaga de la historia para enterarse de los hechos que tanto celebra, en vez de ir como hechizado sin más discurso tras el contaminado maestro?

8. La vida de Madama Guyon, escrita de propio puño, fué por extremo borrascosa. Por sospechas de molinosismo la mosquearon de Ginebra; después la metieron en una casa de la Visitación de París; dada por libre acusáronla de esparcir veneno de malas doctrinas; Bosuet estaba á punto de condenarla, mas ella prometió no dogmatizar; Fenelon la tomó debajo de su protección; el barnabita P. Lacombe la mandaba tuviese buen ánimo; tornaron á ponerla en reclusión, hasta que al fin pasó de esta asendereada vida con señales de buena cristiana. El barnabita Lacombe murió loco; Fenelon vió condenado su libro *Máximas de los Santos*, en cuya composición habían tenido parte las ideas de la Guyon (3); ésta declaró en su úl-

(1) *El hipnotismo y la sugestión*, p. 518.
(2) Ibid., p. 519.
(3) Feller, *Biograf. univers.*, art. *Guyon*.—Darras, *Hist. de l'Église*, t. XXXVIII, p. 59.—*Dictionn. de théol.*, art. *Guyon*.

timo testamento que sus escritos habían sido adulterados, interpolados, falsificados. ¿Con semejantes documentos se atreve el Dr. Herrero á demostrar la sugestión mental en vigilia (1)?

La ojeriza irreligiosa lanzó ponzoña mal disimulada en el segundo caso del cura de Ars, que falleció en 1859, no en 1876 como traslada el Dr. Herrero. En el Venerable siervo de Dios Juan Bautista Vianney resplandeció el don de profecía; queda ya declarado al fin del libro segundo. Convertir ahora los hipnotistas en lance de sugestión mental la gracia infusa del Venerable, á quien no *se trata de canonizar* sino de *beatificar*, más que hurto sacrílego parece presunción de racionalista. Aun dado y no concedido todo el texto de Ochorowicz, no tendríamos caso de sugestión mental, sino caso de menos valer para el Dr. Herrero. ¿Quién sugería pensamientos al Ven. Vianney ó á las personas que le trataban? Nadie, ciertamente. El penetraba los pensamientos de sus prójimos; este es el hecho histórico, contestado por tantas firmas. A lo sumo poseía *penetración de pensamientos* el santo sacerdote, no los prójimos; al revés de lo que pasa en la hipnosis, donde quien *penetra* los pensamientos, al decir de los hipnólogos, no es el hipnotizador sino el hipnotizado, después que el hipnotizador se los quiso encajar con acto formal de voluntad. La *penetración del pensamiento* no es obra de la hipnosis, como decíamos en el artículo anterior; pero cuando lo fuera, nadie ha demostrado hasta hoy que pertenezca al estado de vigilia; y cuando eso se demostrase, no se inferiría bien la sugestión mental del hombre, sino diablura manifiesta. Ya ve el Dr. Abdón Sánchez Herrero si hilaba el doctor Ochorowicz más delgado que su merced en orden á meter hebra contra la verdad religiosa.

Otro tanto se entiende respecto de San José de Cupertino ó Copertino (así le llaman en su pueblo natal del reino de Nápoles), no de Cupertins ni Cupertín, como le bautizan Ochorowicz y Herrero. Poseía el Santo franciscano la gracia de leer los pensamientos de sus penitentes, y de predecir sucesos ocultos, como atrás dejamos asentado en el capítulo postrero del libro anterior. Mas este don esclarecido es de absoluta necesidad colocarle en la esfera del orden sobrenatural, no embargante el contrario parecer del Dr. Herrero, que en este punto respira por la llaga del pestilencial racionalismo, aun haciendo mal tercio á su católica creencia.

Pero la contaminación dañosísima, apenas concebible en un es

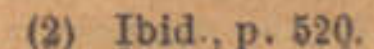
---

(1) Con menos trabajo podía el Dr. Herrero sacudir de sí el hechizo. El Sr. Menéndez Pelayo alega de la Guyon estas locuciones: «Mi corazón, sin ruido de palabras, se hace oir de su bien amado, y oye á su vez el silencio profundo del Verbo siempre elocuente, que habla sin cesar en el fondo del alma» (*Heterodoxos*, t. II, p. 577).—Hablando del Padre Lacombe escribió la misma Guyon estas otras: «Nuestra unión era tan perfecta, que no formábamos más que una unidad, de manera que yo apenas podía distinguirle de Dios» (Ibid., p. 578).—Una mujer que con la cabeza henchida de locuras psicológicas escribe sus sentimientos *místicos*, ¿qué autoridad puede tener en lo que narra de sus operaciones psíquicas? Si el Dr. Herrero hubiese pasado los ojos por las páginas de Menéndez Pelayo, cuya obra anda en manos de todo mundo, habría descubierto el lazo tendido por Ochorowicz á la incauta mocedad.

pañol que tiene amor á su fe, es la que se le pegó al Dr. Herrero de sólo tocar á los papeles del Dr. Ochorowicz, donde aprendió que *los primeros siglos del cristianismo, la época de las cruzadas, las reformas y revoluciones simultáneas, fueron transmisiones mentales realizadas en la vida común, inconscientes en su origen, manifiestas en sus efectos.* Quien con tanta ligereza ensila y despulsa cuanto le ofrecen, sonámbulo está, repetimos, no hace uso recto de su razón, malbarata el buen ingenio que Dios le ha dado. No desmayan de finos los racionalistas, que pensando tratar de jumentos á los cristianos, les quitan la albarda para convertirlos en más que ángeles; ¿no ven que se la echan ellos acuestas juntamente con su mental sugestión?

9. Prosigue el Dr. Herrero cargándose de necedades, por hacer propias suyas las conclusiones del Dr. Carlos Richet, en esta forma: *1.° El pensamiento de un individuo se transmite sin el concurso de ningún signo exterior, al pensamiento de otro individuo colocado cerca de él.—2.° Esta transmisión se hace en grados diversos en los diversos individuos, y es también variable en las mismas personas.—3.° Esta transmisión es en general inconsciente, en el sentido de que obra más bien sobre la inteligencia inconsciente que sobre la consciente del individuo que percibe y del que transmite.—4.° En las personas adultas, en buena salud, no hipnotizables, el grado de probabilidad de esta transmisión no pasa apenas de* $\frac{1}{16}$.—*5.° La probabilidad general en favor de la sugestión mental, puede ser representada por* $\frac{2}{3}$ (1).—A continuación añade el doctor español, por vía de corolario, apretando más las clavijas, con ánimo de hacernos á todos canijos, al parecer, en el arte de discurrir: *Los experimentos de Ochorowicz que he citado en el resumen histórico, confirman las conclusiones de Richet, y aun aumentan de tal modo la probabilidad del fenómeno, que casi lo convierten en certidumbre* (2). *Lo que es absolutamente cierto, es que nos encontramos en presencia de un hecho que revela la perfectibilidad asombrosa del humano organismo y deja entrever una de sus perfecciones soberanas para el porvenir* (3).

Dejemos al sonámbulo envuelto en las imaginaciones de su hipnótico amodorramiento; que cuando despierte del profundo letargo y entienda esos modillos de fisga usados por los papagayos modernos, confiamos eche al fuego la fagina de sus alucinaciones, como lo hará, á buen seguro, por poco que abra los ojos á los resplandores de la sana filosofía, tan indecorosamente maltratada por Ochorowicz, Richet y demás discursistas de la hampa neotérica. La profecía los acusa á todos de inhábiles para predecir cosas futuras, para descubrir íntimos secretos, para revelar arcanos de corazones, para imitar, aun armados de la poderosa hipnosis, la lucidez admirable de los Profetas; los cuales, con no haber sido hipnotizadores ni hipnotizados, calaron y anunciaron profundísimos misterios que los hipnotizados é

(1) *El hipnotismo y la sugestión*, p. 519.

(2) Ibid., p. 520.
(3) Ibid., p. 525.

hipnotizadores de hoy no aciertan con mil cientos de leguas á columbrar ni barruntar. Mas porque no los barruntan como quisieran, fingen visiones; y porque las visiones se les vuelven desengaños, las remiendan con sofisterías; y porque las sofisterías les salen á la cara, no les queda otro remedio sino rabiar contra los Profetas; y porque rabian contra los Profetas y las profecías, no paran de inventar las torpes fábulas que en tantos libros se leen (1).

10. Pregunta el hipnotista Rochas: *¿Hay en la actualidad, ha habido, habrá, por obra de la evolución humana, individuos ó pueblos enteros, que hayan vivido ó vivan en un estado normal análogo á alguno de los que acabamos de describir* (2)? La pregunta trae malicia, la más ruin que puede caber en pecho enemigo de santos Profetas. Quiere decir en otros términos: ¿ha habido, hay, habrá individuos y pueblos que hayan pasado ó pasen la vida en total sonambulismo? Si el sonambulismo puede ser el estado normal de un hombre ó de un pueblo, no sería de maravillar que Rochas enderezase la proa de su pretensión á persuadir, que los Profetas, aun el pueblo judío, y también el pueblo cristiano, cayeron en ese estado de sonambulismo, para de ahí concluir que todos los vaticinios, hebreos y católicos, son fenómenos tan naturales como los de la hipnosis. Más alto no podía picar la malignidad de un racionalista so capa de *científico*. Es Rochas uno de aquellos hombres cerrados, que metidos en su concha andan siempre las manos en la masa, sin perder la ocasión de ingerir el humor pecante.

Para introducir su contrabando con más astucia, junta Rochas experiencias y observaciones. Pedro Janet se las alarga á cientos, en prenda de que no han faltado en el mundo sonambulismos artificiales continuados por meses enteros (3). Pero Rochas no quería negociar con sonámbulos artificiales, buscábalos espontáneos que hiciesen tragar saliva á los buenos católicos. ¿Qué hace? Va y consulta las obras de Gorget, de Erasmo Darwin, de Bourru y Burot, de Azam (4), en donde se le ofrecen á montones fenómenos observados en personas de temperamento singular, las cuales, por tener trastornado el sistema nervioso, dan de sí rarísimos y maravillosos efectos, como los de la famosa Félida de Azam, que á Rochas le parece el ejemplar más á propósito para la demostración de su intento (5). Acumulada la multitud de observaciones dichas para colorear su maliciosa intención, sacando luego la mano tira la piedra, en esta forma: *Conforme se halla la ciencia en el día de hoy, estamos cierta-*

---

(1) OBEJERO, *El hipnotismo y la sugestión*, tercera parte, § 23.

(2) «N'y a-t-il pas actuellement, n'y a-t-il pas eu, n'y aura-t-il pas, par suite de l'évolution de l'humanité, des individus ou même des peuples entiers ayant pour état normal un état analogue à l'un de ceux que nous avons décrits?» *Les états profonds de l'hypnose*, 1892, p. 95.

(3) *Automatisme psychologique*, 1889, p. 135.

(4) *Maladies mentales*, 1827, p. 129.—*Zoonomie*, 1810, t. II, p. 163.—*Variations de la personnalité*, 1880.— *Hypnotisme, double conscience*, 1887.

(5) De la Félida hicimos memoria en *El Milagro*, lib. III, cap. VIII.

mente facultados para descubrir en los fenómenos de esta clase la explicación de los «medium», de los «videntes», de los «hechizadores» y de los «saludadores»; comoquiera, no es ya lícito rechazar «a priori» hechos apoyados en graves testimonios por la razón de parecer imposibles (1). Braceó el hipnotista, forcejó y reventó por despedir la piedra, no le faltó brazo poderoso para hacer tiro, mas no la puso con muchas leguas donde pretendía llegar.

La respuesta á ese capítulo de Rochas, que parece ser el resumen de toda su labor científica, es muy fácil y sencilla. *A priori* y *a posteriori* le negamos al doctor hipnotista las premisas y la conclusión de su argumento. Las dos vidas, las dos almas, las dos personalidades que á una persona adjudican los autores por él alegados, contienen inconvenientes y absurdos que ni él ni ellos podrán nunca demostrar admisibles. Puesto caso que los demostrasen admisibles, no probarían que el sonambulismo haya constituido el estado normal del sujeto humano. Y cuando entrambos imposibles probasen, faltaríales el imposible mayor, esto es, que pueblos enteros hayan vivido en dormitación continua sin salir de su modorra. Luego la *ciencia* no le da permiso á Rochas para explicar la profecía y el estado de los *Videntes* divinos con los solos fenómenos del sonambulismo artificial y espontáneo. Lo discurrido hasta aquí nos otorga suficiente razón para desempeñar la negativa, rechazando *a priori* y *a posteriori* las interpretaciones que él propone de hechos mal entendidos.

Durmamos en santa paz. La ciencia divina nos guardará el sueño reposado. Rochas promete una ciencia futura, *la ciencia del Od*, esto es, *la ciencia de la profecía*, cifrada en juegos de manos, en poder de fuerza nerviosa (2). Esa ciencia jamás tomará asiento entre las ciencias humanas. Las *constantes* que se dejen ver en lo por venir serán las de los tiempos pasados y presentes, conviene á saber, las insuficiencias humanas en medio de las misericordias divinas. Los errores que se eliminen y cercenen por falta de bríos, serán los contrarios á la verdad católica, que dará refrenada á la licenciosa presunción de sus enemigos. La ciencia indefectible será la de nuestro sapientísimo Dios, autor y consumador de la revelación profética.

11. Antes de alzar la mano de la presente materia, será bien dar razón del decreto emanado en estos últimos años de la Silla Apostólica, para formar del hipnotismo más acertado concepto. El día 26 de julio de 1899 la Sagrada Congregación del Santo Oficio expidió una declaración, en que respondía á dos preguntas propuestas á la Santa Sede por un doctor de medicina. Tomamos de *La Civiltà* el contenido del decreto, en esta forma:

Consulta: *Beatísimo Padre, N. N., doctor en medicina, postrado á*

---

(1) *Les états profonds de l'hypnose*, 1892, p. 102.

(2) Quand des travaux de cette nature auront été effectués et publiés... les *constantes* apparaîtront, les erreurs s'élimineront d'elles mêmes, et alors sera réellement fondée cette science que Reichenbach a nommée la *Science de l'Od*.

los pies de Vuestra Santidad, por la paz de su conciencia, humildemente pregunta, si puede tener parte en disputas que ahora se entablan por la Sociedad de las Ciencias Médicas de N. acerca de las sugestiones hipnóticas en las curas de los niños enfermos. Se trata, no sólo de disputar sobre los hechos ya efectuados, mas también de hacer nuevos experimentos, ora puedan explicarse por naturales razones, ora no. Y por esto el Orador, para no ponerse á peligro de errar, espera dócilmente el fallo de la Santa Sede.

La Sagrada Congregación, que tiene por Prefecto al mismo Sumo Pontífice, reunida en junta general, el miércoles 26 de julio de 1899, mandó responder á la propuesta consulta, de la manera siguiente:

Tocante á los experimentos ya efectuados, pueden permitirse «(las disputas)», como no haya peligro de superstición y de escándalo; y además, con tal que se halle el Orador dispuesto á estar á los mandatos de la Santa Sede, y no haga el oficio de teólogo. Tocante á los nuevos experimentos, si se trata de hechos que ciertamente traspasan las fuerzas de la naturaleza, no es lícito (hacerlos); mas si en eso hubiese duda, anteponiendo la protesta de no querer uno tener parte en hechos preternaturales, se ha de tolerar, con tal que no haya peligro de escándalo (1).—El viernes siguiente, 28 del propio mes y año, la Santidad de León XIII, en la audiencia concedida al Reverendísimo Asesor, después de oída la exposición de todas las cosas antedichas, aprobó la respuesta de los Reverendísimos Padres del Santo Oficio.

El decreto de la Congregación Romana satisface categóricamente á los dos propuestos dubios, pasado por alto lo demás que no se comprendía en la consulta. Los dubios eran éstos: si puede el orador asistir á las disputas sobre sugestiones hipnóticas de experimentos efectuados, si puede tener parte en los experimentos que se han de efectuar; disputas y experimentos, aquéllas de sugestión pasada, éstos de sugestión futura. A entrambos dubios responde el decreto con suficiente claridad. Al primero, dice, que acerca de los experimentos ya llevados á ejecución, sin ninguna dificultad puede el suplicante intervenir en los debates y disceptaciones que sobre ellos se entablaren, sean cuales fueren unos y otras. Dos cortapisas pone el decreto á las disputas: que se traben y tejan sin peligro de *superstición*, ni tampoco de *escándalo*. Aquel correría peligro de *superstición*, que se sintiese inclinado á dar asenso á cosas preternaturales, sin suficiente motivo; aquel correría peligro de *escándalo*, que no diese á conocer á los circunstantes rectitud de intención. Finalmente, encarga el decreto al orador que no se meta á teólogo, haciéndose faraute de la disputa, con la presunción de enseñar y deci-

(1) Quoad experimenta jam facta, permitti posse, modo absit periculum superstitionis et scandali; et insuper, Orator paratus sit stare mandatis S. Sedis, et partes theologi non agat. Quoad nova experimenta, si agatur de factis quae certo naturae vires praetergrediuntur, non licere; sin vero de hoc dubitetur, praemissa protestatione nullam partem haberi velle in factis praeternaturalibus, tolerandum, modo absit periculum scandali.

dir la índole de las cosas como lo hiciera un doctor, pues se pondría á riesgo de desmandarse contra la verdad en la investigación de las causas. Pero dar parecer con humildad remitiéndose á la autoridad suprema de la Silla Apostólica, no sería blasonar de teólogo.

A la otra duda propuesta acerca de los experimentos que se hayan de hacer, responde el decreto derechamente con una sencilla distinción: ó los experimentos son cosas ciertamente preternaturales, ó lo son dudosamente tan solo. Si ciertamente consta que traspasan las fuerzas naturales, no se pueden poner en ellas las manos; si quedan dudas sobre su preternatural ser, han de tolerarse. Con esta resolución impone el decreto entredicho riguroso á los fenómenos indubitablemente mezclados de superstición; pero admite tolerancia con los dudosos, sospechosos, de incierta índole. Aquéllos en ninguna manera será licito reducirlos á la práctica, sea cual fuere su utilidad ó ventaja medicinal; éstos son ejecutables y podrán llevarse á hecho con entera libertad sin peligro de la conciencia. Dos condiciones les señala el decreto de Roma: primera, que quien los pusiere en obra, proteste de antemano que no quiere entrar en juego con cosas preternaturales; segunda, que no se ponga á peligro de dar escándalo con su arte de hipnotización.

Dejó sin mención el decreto lo que no era materia de la consulta, es á saber, la naturaleza del hipnotismo en general, la índole de la sugestión hipnótica en particular, el ser especial de la hipnosis. En cuanto á la licitud del hipnotismo y de la sugestión, el decreto romano ninguna sentencia definitiva quiso pronunciar, como bien lo notaba el *Monitore Ecclesiastico* (1), de donde lo trasladó *La Civiltà* (2).

12. En el año 1885 dejamos reducido á estas palabras el resumen de nuestra particular opinión: *El hipnotismo terapéutico, usado por médicos cuerdos y concienzudos, en casos de necesidad relativamente grave, no vemos por qué motivo deba vedarse si se alejan las circunstancias que excluyan toda posible superstición, en el sentido arriba declarado* (3). Este dictamen parecía derivarse lógicamente de las varias respuestas emanadas de la Silla Apostólica tocantes al magnetismo animal. En el último decreto de 1899 halla favor y apoyo nuestro humilde parecer; descanso felicísimo, por ser ésta la primera vez que se deja oir la voz de Roma en asunto de hipnotismo.

Mas, es muy para ponderada la circunspección de las Sagradas Congregaciones de Roma. Cuando el Cardenal Gousset, Arzobispo de Reims, acudió en 1842 al Prefecto de la Penitenciaría interponiendo su súplica en orden á lograr que se resolviese si las decisiones despachadas por el Santo Oficio (en 23 junio de 1840, en 21 abril de 1841 y en 15 de junio de 1841) calificaban el magnetismo en sí considerado, ó solamente las circunstancias anejas á su empleo; hubo de

(1) Roma, 31 agosto 1899, p. 248.—31 ottobre, 1899, p. 339.
(2) Serie 17, vol. IX, 1900, p. 33.
(3) *El Milagro*, lib. III, cap. XII, p. 1234.

aguardar año y medio la respuesta del Cardenal Castracane, Prefecto á la sazón de la Sagrada Penitenciaría, por cuya mano se le participó á su Eminencia, que la Santa Inquisición no había aún entrado en pensamientos de dar resolución en el negocio del magnetismo para definir su índole y ser especial. Otro tanto pasó después respecto del hipnotismo, en cuya práctica la Sede Apostólica tomó el camino más acertado. Por no decretar á carga cerrada asunto tan vidrioso, determinó primero lo que le parecía acerca del uso del hipnotismo, absolviendo la cuestión propuesta, sin ataduras ni ambajes; pero le quedó la mano dulce para dar corte en las que más adelante se le propusieran. Entre tanto calló, porque no quiso tomar partido acerca de la naturaleza singularísima de la hipnosis, dando lugar á que los hombres estudiosos ejerciten la ciencia, se ocupen en el arte, se familiaricen con los secretos de la naturaleza, y estén muy sobre los estribos en el conocimiento de los fenómenos que el hipnotismo va dando de sí. De manera que de la hipnosis y de la sugestión hipnótica no ha manifestado la Iglesia hasta hoy su augusto parecer, ni puesto nota alguna á la causa eficiente de los maravillosos efectos.

Con todo eso, si nos es lícito indicar aquí nuestra conjetura, en el mero hecho de *tolerar* la Sagrada Congregación, como tolera las operaciones hipnóticas en lances dudosos, parece no haber querido condenar la hipnosis por reprobable en su natural ser, puesto que la condición que la constituye en obra inmoral é ilícita proviene de las circunstancias exteriores y no de su nativa é intrínseca esencia. Siendo esto así, pueden caminar sosegados, con el lastre de tan concienzuda tolerancia, los autores que defienden el hipnotismo como cosa no esencialmente mala, ni preternatural, ni diabólica. Podremos, pues, en adelante perseverar en el partido tomado, juntamente con los respetables sacerdotes Méric, Trottin, Guillemet, Lelong, Lehmkuhl, Van Tricht, Schneider, Coconnier, Urráburu, Genicot, Castelein, Bonniot, Portalié, Matharan, Vacant, Ferreres, siempre sumisos á las ulteriores sentencias de la Sede Romana.

El abate Elías Blanc es uno de los pocos que en el día de hoy confunde el hipnotismo con el espiritismo. Los dictámenes en que se funda para llevarlos por una rasera y condenarlos igualmente, son estos dos: no es lícito á nadie en ningún caso enajenar su libre albedrío en manos de cualquiera; el demonio se entromete en los efectos del orden natural por una suerte de fatalidad (1). Estos dos principios, expuestos en el opúsculos del catedrático de Lión, no parecen bien fundados. El cloroformo, que adormece al enfermo para facilitar una operación quirúrgica, le priva del libre albedrío por algunas horas; con todo eso, la *cloroformización* no es obra diabólica: por esta parte el primer dictamen debería estribar en pruebas intrínsecas. El segundo tampoco se asegura de riesgo; cuando el autor dice

(1) La suggestion hypnotique est-elle licite ou illicite? Naturelle ou diabolique? 1898.

que en las experiencias llevadas al cabo con los medios señalados por la Iglesia para atajar la intervención diabólica, los efectos de la hipnotización salieron en blanco, debería demostrar que el salir en blanco fué justamente por haberse empleado aquellas cautelas litúrgicas, y no por otra causa accidental.

Mejor tomado tiene el pulso al hipnotismo el Dr. Surbled, sin embargo de reprobar por mala y peligrosa la práctica de la hipnosis, como la ha reprobado, prohibiéndola, el gobierno de Alemania. No por eso la estima Surbled de casta diabólica, antes desecha bien á las claras semejante calificativo, asentando la diferencia entre el hipnotismo y el magnetismo animal (1). Y nadie le negará al docto médico la autoridad competente en el asunto, realzada por su sana conciencia religiosa. Al lado de este nobilísimo campeón de la verdad científica, plácenos poner al P. Fr. María Tomás Coconnier, de la Orden de Santo Domingo, catedrático de teología en la Universidad de Friburgo, quien en su obra intitulada *L'hypnotisme franc,* 1897, cargando la consideración con gran tiento en el ser propio del hipnotismo, descartada de su aplicación toda malicia y perversidad, resuelve sin vacilar ser lícita la hipnotización en muchos casos, porque no se halla en la hipnosis rastro de acción reprensible.

Dos diferencias distinguen á estos dos autores. En primer lugar, Surbled cuenta el hipnotismo por malo y peligroso en la práctica; el P. Coconnier templa el mal concepto dándole una cierta calificación de menos malo y menos peligroso. La segunda diferencia está en que el P. Coconnier admite el hipnotismo en el cómputo del magnetismo, del espiritismo y del ocultismo, cual si estas cuatro partes compusieran *un todo continuo é indivisible;* al revés del médico Surbled, que señala al hipnotismo una especialidad y origen totalmente diverso del de las otras ramas de fenómenos maravillosos. No está bien á nuestra poquedad dirimir contiendas de sabios. Entendemos que los hipnólogos se han dilatado curiosamente en el pergeño de la hipnosis, sin mirar á todas luces ni pesar debidamente su íntima naturaleza. Mientras no la penetren mejor, no hacemos cuenta de extrañarnos un punto de las opiniones que dejamos expuestas en *El Milagro* y en el presente capítulo.

(1) *La vie psycho-sensible,* 1898, p. 92.





CAPÍTULO XII.

La telepatía moderna.

ARTICULO PRIMERO.

1. Qué pretende la telepatía moderna.—2. Libros que exponen los casos de telepatía.—3. Errores que se han de recelar en las relaciones.—4. Alucinaciones telepáticas en sueños.—Sueña uno que ve á su hermano sentado.—5. Sueño de un padre en un carretón.—6. Sueño de un hermano cayendo.—7. Visión en sueños de una madre difunta.—8. Visión en sueños de dos mujeres desconocidas zambullidas en el agua.—9. Ejemplos de Nieremberg y de Palafox.—10. Alucinaciones en semisueño.—Una madre ve á su hijo.—11. Un estudiante ve á su compañero meneando la cabeza.—12. La mujer ve á su marido congojoso.—13. Un ama ve á su criada junto al lecho.—14. Una señora ve á un amigo en semblante natural.—15. Una novia ve al novio en traje de camino.—16. Un caballero ve á su amiga de blanco, y la oye.—17. Un enamorado ve á su dama y á otro pretendiente.

1. Han inventado los modernos el nombre *telepatía* (τῆλε, *lejos*—πάθη, *pasión)* para significar la transmisión de un pensamiento ó sentimiento, hecha por el alma de un hombre á la de otro que se halla lejos de él. La representación de cosas lejanas siéntese en la fantasía á veces con tanta viveza como si las tuviese el hombre delante de sí. Figuración es ésta antigua como el mundo. Dejemos por ahora á los que se gradúan de *sabios* gozarse con la vanidad de sus invenciones. Si hemos de andar francos, explicación filosófica del fenómeno ninguna dan los que tanto le ponderan. La *neofobia*, así la intitulan hoy en día, los trae tan embelesados y suspensos, que no les deja un rato para filosofar, porque tienen ocupados los sentidos, hechizada la imaginación y embebecidas las potencias mayores en arremeter y tornar á la carga contra lo más santo y divino de la religión revelada. No tiran á otro blanco los telepatistas sino á revolver los ánimos con gran bullicio, dando por bien asentado, contra el dictamen de la sesuda antigüedad, que dos almas de hombres vivos pueden platicar entre sí de muy lejos comunicando sus cosas por medios arcanos; doctrina, que á ser cierta, acababa de dar ga-

rrote al materialismo ya acuchillado y medio muerto. Cierto, llamar á los casos de telepatía *hechos sobrenormales*, como los denominan, y *poderes sobrenormales* á los que pasan por ejecutores telepáticos, sería llevar muy adelante la causa del espiritualismo; pero confundir los *hechos sobrenormales* con los *hechos sobrenaturales*, como si éstos fuesen imitaciones fraudulentas ó si no interpretaciones erróneas de aquéllos, sería salir en campo abierto sin antifaz y espada en mano contra el orden sobrenatural y divino.

Cuando, pues, los telepatistas defienden con especial ardor la comunicación de pensamientos y afectos entre dos almas sin el conducto de los sentidos, y cuando en consecuencia para comprobación de su causa pregonan que en casos graves los moribundos se hacen presentes en espíritu á sus amigos y deudos, gran sospecha infunden de sí que so capa de abrir la puerta de un mundo nuevo quieren cerrar la del antiguo para hacer más á su salvo encarnizada guerra á la revelación y profecía (1). Al presente tratado no podía faltarle este capítulo de la telepatía, no tanto por ser asunto de nueva invención, cuanto porque viene muy á propósito para corroborar todo lo dicho hasta aquí.

Los fenómenos telepáticos consisten sencillamente en la coincidencia del suceso con la lejana visión. Un padre se muere en un rincón del mundo, la hija ausente de su casa le ve en sueños ó en vela; la muerte del padre y la visión de la hija coinciden á un tiempo. Tal es el principal fundamento en que la telepatía se apoya, por confesión de sus inventores. Fácil será confundir esta suerte de fenómenos con los presentimientos, de que va hecha más arriba mención (2), si no entra el diligente cuidado. La telepatía requiere dos personas apartadas entre sí. El nombre mismo de *telepatía* denota aquella impresión ó pasión recibida de lejos, sin los medios de comunicación empleados vulgarmente para dar parte de sí una persona á otra: presupone, pues, dos términos locales y dos personales, agente y paciente. El presentimiento se fragua y se termina en el propio individuo, sin pasar á otro alguno. Tenga ó no verificación el presentimiento, el acto interior no varía de entidad; al contrario, la telepatía recibe valor de la verificación objetiva, porque es de absoluta necesidad, así lo enseñan los telepatistas, que el agente influya en el paciente con su propio espíritu, ejecutando en él aquellos raros efectos de apariciones, visiones y fantasmas.

2. Antes de proseguir viene bien apuntar el origen de la telepatía moderna, por donde se verá mejor el enlace que tiene esta invención con el asunto de la profecía. En todo tiempo desde que hay hombres se tuvo por cosa averiguada, que en sueños ó en vela acae-

(1) MARILLIER: Le temps n'est pas venu cependant de montrer comment chaque espèce de phénomène surnormal a été dénaturée et transformée de mille façons par d'ardents esprits, ni comment des lignées entières d'enthousiastes et de charlatans ont fondé sur ces merveilles leurs revendications à la sainteté, à l'inspiration, à la prophétie. *Les hallucinat. télépath.*, 1899, Introd., p. 9.

(2) Véase lib. III, cap. II, art. IV.

cían representaciones imaginativas de sucesos distantes. Mas como á ningún mortal se le puso en el pensamiento la traza de ponerlas por escrito ni reducirlas á documentos estables, porque á todos parecieron ilusiones caprichosas y juegos de fantasía; así, por el contrario, á los *sabios* modernos, hará cosa de treinta años, se les ofreció la conveniencia y necesidad de puntualizarlas minuciosamente, para que teniéndolas descritas y archivadas sin sospecha, pudiese la crítica histórica aplicar á los documentos la severidad de sus leyes. Porque los hombres hasta la edad presente no han hecho sino dormir á ojo abierto, sin saber qué cosa era despertar, antes regalados con el sueño olvidáronse de todo lo concerniente al trato de los espíritus, pues nunca empinaron las alas de su entendimiento á vadear el piélago profundo espiritual, donde hay secretos altísimos debajo de misteriosos nudos. A desatar los nudos vienen ahora los telepatistas, á cuyos desvelos habremos de agradecer los durmientes la habilidad en quitarnos las musarañas de los ojos. A la empresa de los telepatistas dieron ocasión los mesmeristas, los espiritistas y los hipnotistas con la novedad de sus fenomenales visiones. Los mesmeristas é hipnotistas levantaron los bríos á los telepatistas, porque imaginaron descubrir entre sus medianeros señales de clarovidencia; los espiritistas fomentaron el ardor telepático, porque en sus experiencias creyeron haber penetrado la acción real de los espíritus; mas aunque ni éstos ni aquéllos presentaron una prueba razonable de la telepatía, ni aun asomos de probabilidad, no por eso los telepatistas cejaron en la demanda. El cuidado los apretaba, el negocio los despabilaba, la *ciencia* los ponía en rigurosa obligación, érales necesario engolfarse en la profundidad del secreto.

No es mucho que de algún tiempo acá se vea inundada la Europa entera de libros y revistas llenas de casos telepáticos, procedentes de revistas y libros de hipnotismo y espiritismo. Notable es la difusión de la telepatía por los continentes de América. A vueltas de la divulgación creció la audacia de los compiladores. Poco pasmo causará la ligereza de algunos, como Bandi y Ermagora (1), porque sus relatos hacen mal viso á cualquier lector; pero otros escritos hay (2) que se valen de fantasías telepáticas para arrojarse á cualquier libertad contra la religión católica. Más confianza se puede poner en repertorios, dirigidos por escritores calificados en ciencias naturales (3). El doctor polaco Ochorowicz ha hecho diligente pesquisa de casos (4), y más que él aún el Dr. Oscar Giacchi (5), siquiera emplee en el exponerlos una terminología estrafalaria. Entre todos los buscones de ejemplos merecen la palma los doctores Gurney, Myers y Podmore (cuya obra inglesa puso en francés el Dr. Marillier), no

(1) *Rivista di studii psichici*, Torino.—*La telepatía*.
(2) *Storia dello spiritismo*, di Cesare Bandi de Vesme, 1896.—*La telepatia*, di Pappalardo.
(3) *Annales des sciences psichiques*, par Dariex, 1892.—*Proceeding of the Society for psychical Researches*, London.
(4) *Suggestion mentale*, 1889.
(5) Tre opuscoli, estratti da periodici medicali, 1893.

porque sus relatos no dejen nada que desear, sino porque aplicaron los medios oportunos para conseguir la autenticidad de los testimonios.

Este ramo, que ya se ufana de *científico*, pues acaba de salir á la luz pública, no es mucho se halle escaso de hojas bien extendidas é indubitables cuanto á la verdad histórica de los hechos. La *Sociedad de investigaciones psíquicas* trabaja en Inglaterra con esmero por recoger documentos suficientes para un detenido estudio. Buena parte les toca de este movimiento literario á los Estados Unidos, á Bélgica y á Suiza. En Francia se nombró una comisión compuesta de cinco miembros, médicos ó hipnotistas, del bando incrédulo, cuyo designio era el siguiente: atesorar todos los papeles y casos concernientes á la telepatía; determinar la proporción entre las coincidencias y el número de alucinaciones; definir la relación entre las personas alucinadas y la población de una ciudad (1).

Siendo la materia presente poco cultivada aun con el arte estudioso, nadie extrañará que estén todavía por estrenar las leyes telepáticas. El caso más grave sería si una persona despierta, sana y en su total acuerdo, sin tener barruntos ni sospechas de ninguna especie sobre la enfermedad ó fallecimiento de otra persona distante, la viese en espíritu ó enferma ó muerta del todo, y después se averiguase haber enfermado ó fallecido en aquel mismo punto en que la otra lo imaginó. Aguardemos nuevas de los papeles telepáticos antes de fingir hipótesis. *Es muy probable*, dice el Dr. Bertrán Rubio, *que estos fenómenos sean más frecuentes de lo que hasta ahora se había creído, y no es inverosímil que andando el tiempo, lleguen á relacionarse con otros fenómenos hipnóticos, aparentemente disimilares, y que quizás obedezcan á las mismas ó parecidas leyes* (2). Si así fuese, como el médico español conjetura, muy lejos estaría la visión telepática del campo en que se explaya la profecía.

3. Antes de emprender el viaje, séanos lícito discurrir por las causas de los yerros que en las relaciones de telepatía pueden ofrecerse. La primera está en la misma relación. Dejado ahora aparte el espíritu de secta, que suele pintar las cosas con los colores de sus

---

(1) La *Society for psychical Researches*, á fin de facilitar el logro de su intento, despacha interrogatorios impresos á quien desee satisfacer por escrito á las preguntas. La comisión propone á los deseosos de comunicarle hechos telepáticos, las advertencias siguientes: 1.ª Deseamos conseguir de la misma persona que padeció la alucinación, un relato minucioso del suceso; los relatos han de enviarse firmados, si bien los nombres de los firmantes no se darán á la publicidad en ningún caso sin previa licencia por escrito.—2.ª La data del acontecimiento, alegado como comprobante de la alucinación, sea contestada y confirmada por testigos independientes del sujeto.—3.ª Es muy de desear también que las personas que entraron en juego, ó por hallarse presentes, ó por haber oído hablar, ó por haber conocido de alguna manera el suceso, junten sus relaciones con la del paciente. Es menester que esas personas, en cuanto fuere posible, no confabulen entre sí ni con el sujeto, á fin de que las relaciones sirvan de comprobación recíproca.—4.ª Si la persona que experimentó la alucinación, ó las que la oyeron referir, anotaron con atención el instante del suceso, mandarán copia á la comisión.—5.ª Conviene que las fechas y horas se apunten con grande esmero.

(2) *El hipnotismo y la sugestión*, p. 115-116.

particulares juicios, los relatores de asombrosos casos, por el hipo que tienen de cautivar la atención pública, no suelen hacer conciencia de abultar la maravilla aun cuando la ponen por escrito. No hay condición más opuesta á la veracidad de un escritor que el afán de ser elogista, para quien ninguna hipérbole es encomio, ninguna exageración loor. ¡A cuantos libros quitaron el valor histórico los desmedidos aplausos del escritor interesado! Añádase al prurito de asombrar, la infidelidad de la memoria, no obstante el deseo de exprimir la verdad; infidelidad, que crece con la distancia del tiempo, á causa de apagarse poco á poco la viveza de las imágenes representadas, á menos que el frecuente relato ayude á darles más cuerpo. A veces la industriosa inexactitud, por no haber quien la pueda castigar, se desliza con patrañas que corren con fama de verdad histórica. Bien podrá suceder que un sujeto cuente haber sentido en sí impresiones, en hecho de verdad, no pasadas por su fantasía; ó que narre visiones, ocultando las noticias precedentes que las ocasionaron; ó que las haya referido á otro á medias palabras, por dar margen á que el otro exagere el relato con más holgura: ¡cuánto trabajo no habrá de costar el meter en colada, apretar con el mazo, jabonar y pasar por agua las heces y manchas de un escrito, hasta sacarle transparente y puro como un cristal!

Otra causa de error consiste en el señalar la coincidencia exactamente. Llega uno á saber que su padre murió tal dia á tal hora; acuérdase de haber tenido días antes representación de su muerte; pero cuando va á tomar la pluma para describir su visión, no vacila en asegurar haberle sobrevenido á la hora precisa. La coincidencia de una alucinación con la muerte de un amigo no será probanza valedera en favor de la telepatía mientras no se demuestre la puntualidad matemática del un tiempo y del otro; la cual tanto menos valedera será cuanto más distancia medie entre lavi sión y el suceso, porque de una coincidencia que no lo es, ningún caso quieren se haga los mismos telepatistas, pues no hay duda sino que tan fácil es equivocar los tiempos como los hechos. Muere fulano á las tres de la madrugada en la ciudad de Pekín, su amigo le ve difunto en España á las tres mismas de su reloj; ¿quién no descubre el yerro? La telepatía no puede hacer que dos longitudes tan diversas coincidan en un meridiano.

Tercera causa de yerro será la data de ambos sucesos, considerada cada una de por sí. La noticia del suceso real transmítese de oídas, por carta, por telégrafo, por teléfono, por gacetilla de periódico; con la noticia suele acompañarse la hora y día del acaecimiento. Si tardare la nueva días arreo en llegar á oídos del que tuvo la visión, cuanto mayor sea la tardanza, menos valor tendrá el testimonio del visionario; en especial si éste no cuidó de apuntar el día y hora en que la alucinación le ocupó, porque afirmar á tientas y en vago cosa tan grave, echaría á perder la virtud telepática.

4. Ha sido conveniente insinuar las causas de error que en los

relatos telepáticos pueden concurrir, para avisar de antemano con qué cautela se ha de proceder en el tomar el pulso á todas las circunstancias de los escritos. Entremos ya en la exposición de algunos casos. Tomémoslos del libro corriente y acreditado, que lleva por epígrafe *Les hallucinations télépathiques,* compuesto por los doctores Gurney, Myers y Podmore, traducido por L. Marillier, tercera edición de 1899. Así verán nuestros adversarios con qué generosidad bajamos á la arena, tomando las armas por ellos ofrecidas, para entrar en campo y adargarnos de sus tiros. A tres géneros pueden reducirse los fenómenos de la telepatía: los unos pasan en sueños, los otros entre sueño y vigilia, los otros en estado de perfecta vigilia. De cada uno de estos géneros sacaremos algunos lances, los más significativos, dejando otros sin número recopilados en el libro inglés. No se nos esconde la tramoya oculta en las que parecen diligencias de los autores. A la sombra de las relaciones, cartas, notas, advertencias, postdatas, apostillas, necrologías, deposiciones y demás documentos hacinados en el libro de Gurney, se divisa á media luz el espíritu sectario que concierta chanchullos, compone marañas, previene tropiezos, salta barrancos, va entre mil lazos rompiendo dificultades, por llevar al cabo la premeditada empresa con más ardor y seguridad. Todo eso dejamos aparte, por todo eso pasamos de largo, puesta nuestra fe enteramente en las relaciones del libro, como si exprimieran la pura y desinteresada verdad. Pondremos al pie de cada relación las acotaciones más á propósito para enterar al lector, dejada para más adelante la discusión de la teoría telepática.

Acerca de las telepatías en sueños, que son las de la primera clase, ha de advertirse el caso, no muy frecuente, de estar un hombre durmiendo y sentirse arrebatado por la fantasía á imaginar sucesos que después se hallan en cabal correspondencia con la efectiva realidad. Entre las miles de imágenes, que en una noche fraguan los habitantes de una populosa ciudad, algunas vienen á coincidir, como luego se echa de ver, con la verdad de los representados sucesos.

En la noche del jueves, 25 marzo 1880, me acosté después de leer por gran rato, según tengo de costumbre. Soñé que estaba tendido en mi sofá leyendo, cuando al levantar los ojos veo claramente á mi hermano Ricardo sentado en una silla delante de mí. Yo le hablaba, pero él inclinó la cabeza á guisa de respuesta, y levantándose salió del aposento. Al despertar me hallé con un pie en tierra y el otro en la cama, y por más que hacía no lograba articular el nombre de mi hermano. La impresión que me quedó de tenerle allí delante, era tan viva, que salí de la alcoba á buscarle en la sala. Miré con atención la silla donde le había visto sentado, volví á la cama, y cerré los ojos, esperando que el sueño tornaría; pero estaba yo muy turbado y conmovido por la impresión recibida. Al fin vine á quedar traspuesto hacia la mañanita, pero cuando abrí los ojos, la impresión de mi sueño era tan viva como antes,

y hasta hoy me dura tan fuerte y clara. La pena que sentí de una inminente desgracia fué tal, que dejé apuntada esta «aparición» en mi cartera, añadiendo estas palabras: «Dios le guarde».—Al cabo de tres días me llegó la nueva de que mi hermano Ricardo había fallecido el jueves, 25 marzo de 1880, á las ocho y media de la noche, de resultas de una caída.—Tengo que añadir que hacía un año que moraba yo en la ciudad, sin tener noticias frescas de mi hermano, el cual, sabía yo, gozaba de buena salud (1).

El sueño de Federico Wingfield acaeció muchas horas después de la muerte de su hermano, como el mismo Gurney lo confiesa, quien para salvar el barranco, añade: *Es posible que la impresión se produzca en el alma del sujeto mucho tiempo antes de caer él en la cuenta. Ciertos experimentos sobre la transmisión del pensamiento confirman esta interpretación* (2). Ya empiezan las marañas. Pero, señor, ¿hubo coincidencia entre la muerte y la impresión? No. ¿Qué importa que cayese Federico en la cuenta? Y ¿cuándo cayó? Mucho después; luego no hubo telepatía. Aunque el *Times* y el *Essex Independent* anunciasen el fallecimiento acaecido en 25 de marzo, un amigo de Ricardo depone que la visión ocurrió el 24 ó 25 de febrero. Además, en otra declaración dice Federico que dudó si el aparecido era Ricardo ú otro compañero. Pero cierto está que en sueños no se le ofreció á Federico que su hermano hubiese muerto ó enfermado; esa conjetura la hizo después de levantarse de la cama, como de sus palabras consta; con que toda la substancia del sueño telepático está en la representación del aspecto de un hombre, sin otra circunstancia notable. Ningún reparo de consideración ofrece esta telepatía.

5. *Mi padre y mi hermano andaban de viaje. Aguardábalos yo en casa, sin saber el día de su llegada. En cuanto puedo acordarme, era esto en el invierno de 1871 á 1872. Me había ido á la cama, según mi estilo, hacia las once de la noche. Estando dormida vinome un sueño espantoso, que me causó honda impresión. Soñaba que, mirando por una ventana, veía á mi padre metido en un carretón, seguido de otro carretón en que iba mi hermano. Habían de pasar por una encrucijada, á donde caminaba veloz otro viajero, también en carretón tirado por un caballo. Mi padre le veía; y hubiera sin duda sucumbido, á no haber el otro detenido la rienda al caballo; pero mi padre vino con todo eso á rozarse con los pies del animal. Temiendo yo que el caballo no le hiciese añicos, exclamé: ¡Padre, padre! Aquí desperté toda temblando. Al día siguiente llegan los dos, y yo les digo: Mucho celebro ver á ustedes sanos y salvos; qué sueño tan horrible tuve por ustedes la noche pasada. Mi hermano me respondió: No habrás pasado tú mayor congoja que yo. Y se puso á contar el caso, muy conforme con mi sueño. Cuando mi hermano vió los cascos del caballo encabritado sobre la ca-*

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 102.
(2) Ibid., pag. 4.

beza de mi padre, había exclamado, lleno de angustia: ¡Oh padre, padre!—Hilda West (1).

Otros documentos trae el recopilador, en comprobación de la verdad histórica del caso. Entre otras diferencias de poca monta, notable es la contradicción de un testigo, que afirma no haber sido el del viajero desconocido el caballo enarmonado, sino el del padre de Hilda; con que la relación pierde la mitad de su mérito.

6. *Salí de Oxford, sería el año 48, para ir á pasar unos días con mi hermano Acton Warburton, á la sazón abogado, que vivía en el número 10 de la calle Fish. Llego á su casa, y me encuentro en la mesa con una tarjeta, en que se excusaba de hallarse presente por tener que asistir á un baile, pero que á la hora estaría de vuelta. En vez de irme á la cama, echéme en un sillón. Al cabo de una hora desperté sobresaltado, diciendo á voces: Por Júpiter, en el suelo cayó. Veía yo cómo mi hermano, saliendo de un salón y llegando al tramo de la escalera, se trababa el pie con el primer peldaño, é iba á dar de cabeza si con los codos y manos no hubiera escapado el golpe. Yo ni había visto la casa ni sabía el paraje. Sin reparar mucho en lo soñado continué durmiendo por media hora, y luego, de repente, entra mi hermano, despertándome con esta voz: ¡Hola!, de buena me libré; por poco no me descalabro esta noche. Al salir de la sala de baile se me enredó el pie con un escalón y di con mi cuerpo escalera abajo* (2).

La concurrencia de la caída real con la soñada, no se descubre claramente en la deposición del canónigo anglicano, si bien ambas debieron efectuarse en el espacio de una hora. Aún parece, bien pesados los términos, haber el canónigo soñado antes que su hermano cayese. Sea como fuere, la relación de Warburton es del año 1883, pero el lance había ocurrido treinta y cinco años antes, cuando el canónigo no sería mozalbete. Poco provecho sacarán los telepatistas de la presente relación.

7. *En un viaje que hice con el empleo de segundo oficial de marina, ocupaba yo el mismo aposento que el médico de bordo, llamado Juan Woolcott. Estando una noche acostado, me despertó el médico, notificándome que había tenido un sueño horrible. Parecióle que veía á su madre muerta y que un primo suyo, médico también, entraba de improviso en la habitación. Al ver á su tía, díjole: «Usted se engaña, ella no muere de esa enfermedad, sino de tal y tal.» Dijo los nombres, mas no los recuerdo; ello es que eran dolencias muy diferentes entre sí. —El doctor quedó durante todo el viaje tan conmovido y alterado, que todos los pasajeros se lo notaban. Así que dimos fondo en el puerto de las Indias, me vino á avisar que el sueño le había engañado, porque su hermano Eduardo estaba allí en el muelle sin ninguna señal de luto. Por desgracia, la verdad era que su madre había fallecido, asistida del primo, ni más ni menos que como mi camarada lo había soñado.*

(1) *Les hallucinat télépath.*, p. 105.
(2) *Les hallucinat. télépath.*, p. 107.

Su hermano, por excusarle siniestra impresión, había ido á recibirle en traje de color (1).

En esta historia son de notar las cosas siguientes: el suceso aconteció por los años 1845, y se narra en 1883; el relator Woolcott declara que el sueño y la muerte concurrieron al mismo tiempo ó con la diferencia de unos días; la asistencia del primo, que pensó estaba en China, parece circunstancia notable; el propio autor Gurney no osa afirmar con certidumbre la coincidencia.

8. *Señora: por acceder á la súplica de usted voy á contarle mi sueño. Yo veía á dos mujeres, bien vestidas, que guiaban un carruaje, de esos que acarrean aguas minerales. El caballo tropezó con un lago de agua, paróse á beber, no hallando donde hacer pie, tambaleó, y al fin por más que hicieron para volverle en sí, vino á dar consigo en el agua. Las mujeres se alzaron, clamaron socorro, se les cayeron los sombreros, y como todo se hundió en el agua, me volví yo llorando y diciendo: ¿no habrá un alma que las socorra? En esto desperté, y mi marido preguntóme: ¿qué pasa? Contéle el sueño, que acabo de narrar á usted. Preguntóme si yo conocía las mujeres. Díjele que no, que no recordaba haberlas visto en mi vida. En todo el día no se me fué del pensamiento aquella escena.—En marzo recibí carta y juntamente un periódico de mi hermano Alleu, que vivía en la Australia, donde me participaba la pérdida de una hija que se le había muerto ahogada con una amiga. Usted verá por la descripción del accidente en el diario, cómo corresponde el suceso con mi sueño. Mi sobrina había nacido en Australia, y yo nunca la había visto* (2).

En el caso presente es muy de advertir la diferencia de tiempos, el suceso acaece en 1878 y se cuenta en 1885. Además, la visión no pinta las circunstancias de las mujeres ahogadas. Tampoco se nota el tiempo de la desgracia, que pasó á cosa de medio día, como se saca de una deposición jurídica citada por Gurney, al revés del sueño, que sería de noche ó durante la siesta. No coincide el sueño con el hecho.

9. No es en el mundo cosa nueva, sino muy antigua el soñar los hombres ríos y fuentes, fiestas y pasatiempos, guerras y lides, entierros y llantos, que luego hallan verificada su representación. *Muchas veces,* dice el P. Nieremberg, *la semejanza es clara y patente, sin símbolo ni cifra, ó por mejor decir, es la misma cosa. Alberto Magno dice de sí que soñó que un muchacho cayó en un río cerca de un molino, que le sorbió la corriente; y luego vino su madre llorando la muerte desgraciada de su hijo. Diré de lo que soy testigo, así de sueños naturales como sobrenaturales. Vi á uno, que durmiendo se quejaba que estaba sudando; y era así, que tenía un grande sudor. Estando una siesta durmiendo en una alameda junto á Tajuña, echados á la sombra mi padre y yo (que era muchacho), despertó mi padre dando voces, llamando á un esclavo que fuese á socorrer una haca en*

(1) *Les halluc. télép.*, p. 108.
(2) *Les hallucinat. télépath.*, p. 113.

que yo andaba, porque se echaba en el río; fué el esclavo, y hallóla que acababa de caer en la corriente, llegando tan á punto, que de las riendas la detuvo no la llevase. El mismo día soñó que venían á hurtar el hato; con esto despertó, y halló al ladrón con el hurto en las manos... Al Dr. D. Pablo Antonio de Tarsia le aconteció, que soñando una noche que se le caía una tapia bien grande y alta, que estaba sobre el tejado de su casa, en Madrid, y saliendo de ella bien temprano y volviendo de allí á una hora, la halló caída. Más maravillosos sueños tuvo mi madre: sucedió en Madrid un caso escandaloso, de una doncella que sacó de casa de sus padres una persona eclesiástica; aquella misma noche y punto en que sucedía, lo soñó, y á la mañana se confirmó ser verdad. Murió un criado de la Emperatriz de repente, estando en el Escorial; ella lo soñó en Madrid, y lo dijo luego á otros, para que rogasen por su ánima á Dios (1).

Hemos querido copiar por entero esa página del P. Nieremberg, antes insinuada en el cap. II, para mostrar á los telepatistas no ser tan nueva como eso la traza de recopilar relaciones de sueños raros. De la parte sobrenatural que pueda caber en tales casos, hemos de tratar más de propósito en otro lugar. Pero es negocio asentado, que algunos de los referidos por Nieremberg descubren más conveniencia entre el sueño y el suceso que los arriba copiados de Gurney.

El Venerable Palafox cuenta de sí en tercera persona el caso siguiente: *Un día, á las tres de la mañana, sintió sobre sí un grande peso, y oyó que tres veces le llamaron por su nombre: Juan, Juan, Juan; y las tuvo por voces de su padre. Y temiendo no fuese muerto, preguntó por vana curiosidad por la salud de su padre á un astrólogo, que decían que adivinaba lo ausente (aunque este pecador burlaba de ello), y le dijo que estaba bueno su padre. Y aquella misma noche que oyó estas voces, había muerto á cuarenta leguas de donde esto sucedió, dándole Dios este aviso, ó para que se enmendase, ó para que rogase por su padre, ó para que le imitase en las virtudes, que fueron grandes* (2). Este suceso y el de la madre del escritor Nieremberg no parece puedan del todo entenderse sin intervención de agente extraordinario, si la flaqueza de memoria no pasó en silencio alguna interesante circunstancia, como en su lugar se dirá.

10. *A 3 de enero de 1856, el vapor «Alice», gobernado á la sazón por mi hermano José, tuvo un choque con otro vapor en el río Mississipi. El mástil del pabellón ó flecha quebró con tal violencia, que dando en la cabeza de mi hermano, hindióle el cráneo. Su muerte fué instantánea sin remedio. En octubre del 57, fuí á los Estados Unidos. Estando en casa de mis padres, en Camden, Nueva Jersey, no se hablaba de otra cosa sino de la trágica muerte de mi hermano. Enconces le oí contar á mi madre, que en el momento mismo del accidente se le había aparecido mi hermano José; relación, que confirmaron mi padre y cuatro*

(1) *Oculta filosofía*, lib. II, cap. LXXXVII.
(2) *Vida interior*, 1691, cap. IX.

hermanas. La distancia entre Camden y el lugar del suceso mide más de mil millas en línea recta, y el doble por el correo. Mi madre habló de la aparición, á mi padre y hermanas, el día 4 de enero, y trece días más tarde, el 16, llegó carta que confirmaba las más menudas circunstancias de tan rara «visita». Conviene añadir que mi hermano William y su mujer, moradores actuales de Filadelfia, vivían á la sazón cerca del paraje en que sucedió la desgracia, los cuales me han confirmado los pormenores de la impresión producida en mi madre (1).

El hecho, publicado en el *Spiritual Magazine*, 1861, no consta en qué día de enero sucedió, bien que por declaración del timonel fuera á las diez de la noche, como lo dice la nota de la pág. 120, siendo así que la madre del militar tuvo noticias en sueños tres horas antes que acaeciese, como se colige de la diferencia de longitudes, que es de quince grados, pues ella soñó á las ocho. Coincidencia burlada.

11. El Obispo anglicano de Carlisle narra el caso de visión acaecido al Arcediano Farler, en esta forma: *Mi correspondiente, escolar de Cambridge, tenía trazado, algunos años hace, con un compañero de estudio el designio de verse los dos en Cambridge á cierto tiempo para trabajar juntos. Poco antes del plazo señalado, mi correspondiente hallábase en el sur de Inglaterra. Despertando una noche vió ó pensó ver á su amigo sentado al pie de la cama. Sobrecogióle el aspecto, y más viéndole que le salían chorros de agua. Hablóle, pero la visión (porque parecía serlo) no hizo sino menear la cabeza, y desapareció. Dos veces en aquella noche se le ofreció la misma aparición. Luego llegó la nueva de haber su amigo muerto ahogado en el baño poco antes de ese instante* (2).

Aquí todo es noche cerrada. El mismo Farler escribe que soñó en 1878, y su amigo salió de esta vida el año 1868. Cuando en 1884, transcurridos dieziséis años, viene á dar cuenta de los sucesos, declara que tan anochecido estaba entonces su entendimiento como antes. Queda en el aire la coincidencia, y el Obispo anglicano sin luz para hacerlo evidente.

12. *En septiembre de 1857 el capitán G. W. se embarcó para la India á juntarse con su regimiento, dejando á su mujer en Inglaterra. Vivía ella en Cambridge. En la madrugada de 15 Noviembre soñó que veía á su marido con semblante congojoso y cabizcaído. Levantóse toda turbada y despavorida. Hacía luna muy clara. La mujer, despabilando los ojos, vió otra vez al marido de pie junto á la cama, vestido de uniforme, las manos apretadas al pecho, los cabellos desgreñados, el rostro muy pálido, los ojos negros mirándola de hito en hito, la boca torcida como solía ponérsele cuando estaba alterado. Vióle con todos estos pormenores tan claramente como no le había visto en su vida, y recuerda que divisó en sus manos la blancura de la camisa, sin mancha de sangre. Aunque el aparecido hacía ademán de hablar, no se le oyó palabra. La mujer piensa que la aparición duraría un minuto. Su primer*

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 117.
(2) *Les hallucinat. télépath.*, p. 130.

pensamiento fué asegurarse de estar despierta. Restregóse los ojos con el pañuelo, y conoció que lo estaba en verdad.—Luego contó á su madre el caso, convencida de que al capitán le habían quitado la vida ó herido gravemente, aunque no hubiese ella notado señal de sangre en su vestido. Quedó tan conmovida por la realidad de esta aparición, que hizo propósito de no salir de casa hasta tener nuevas de su marido con fecha posterior al 14 de noviembre.—En diciembre el telégrafo anunció la muerte del capitán ejecutada el 15 noviembre á vista de Lucknow. La viuda porfiaba con todo eso, que el asesinato del marido se había efectuado en la noche del 14 al 15, porque en ese día le había aparecido (1).

El caso queda enturbiado con nubes de dudas. Si la mujer vió á su marido en la madrugada del 15, la coincidencia no parece cabal, porque aun contada la diferencia geográfica entre Londres y Lucknow, que es de unas cinco horas, el marido no murió hasta la tarde, como de los papeles se colige (2).

13. *Una doncella italiana, por nombre Rosa, que había estado en mi servicio algún tiempo, tuvo que volver á vivir con su hermana por falta de salud. A menudo iba yo á verla durante mi paseo ordinario á caballo. En una visita de estas, á las seis de la tarde, halléla más alegre que tiempo atrás. Perdida tenía yo la esperanza de verla buena, aunque no corría por entonces peligro inmediato. Me despedí haciendo cuenta de tornarla á ver. Como manifestase deseo de una botella de vino particular, le hice promesa de presentársela yo misma á la mañana siguiente. En toda la tarde no me vino Rosa al pensamiento. Me acosté buena y sosegada. Pero desperté de un profundo sueño con el cuidado que alguien estaba en mi aposento. Reflexioné que nadie podía entrar, fuera de mi camarera, que tenía la llave de ambas puertas, á la sazón del todo cerradas. Tenía yo la cama en medio de la habitación, con una mampara al pie. Pensando que podía haber alguien detrás de la mampara, alcé la voz preguntando: ¿Quién anda ahí? Nadie me respondió. En este punto el reloj del aposento vecino dió las cinco. Al instante mismo percibí la figura de Rosa de pie junto á mi cama; y de alguna manera (yo no puedo asegurar que fuese por medio del habla) recibí la impresión de las palabras siguientes cual si ella las articulase: Adesso sono felice, sono contenta (ahora me hallo dichosa y contenta). Luego la figura se desvaneció.—Estando tomando el desayuno, dije á la amiga que vivía conmigo: Rosa ha muerto.—¿Qué quiere usted decir?, me preguntó, ¿no me dijo usted que se hallaba ella mejor que de costumbre cuando usted fué ayer á verla?—Entonces la conté lo acaecido por la mañana, asegurándola mi persuasión de que Rosa había fallecido. Rióse de mí echándolo todo á sueño. Yo la di la seguridad de que yo estaba totalmente despierta. Prosiguió, haciendo burla del caso, en cargarme con la insistencia de pensar era antojo mío. Para atajar de una vez, envié*

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 133.
(2) Ibid., p. 136, 137.

quien se informase del estado de Rosa. La respuesta fué que Rosa había muerto á las cinco de la mañana (1).

La narradora del caso no es la damisela Hosmer, que tuvo la dicha visión, sino otra que se la oyó contar á una fulana, á quien la Hosmer la había comunicado. La visionaria no tenía presente si la visión había sido en el año 1856 ó en 1857, porque la compañera de piso había dado cuenta á Dios cuando la relación se escribió. Aquí es ocioso preguntar cómo la Hosmer no mandó recado á casa de Rosa en levantándose de la cama, ni cómo no se le mandaron á ella de casa de Rosa antes ó después de morir la criada tan querida, ni si su reloj andaba concertado, ni si Rosa cerró los ojos á las cinco en punto ó minutos más ó menos, porque algunos debieron de pasar ínterin Rosa estaba en pie al lado del ama, é ínterin el ama escuchaba aquel desahogo italiano. Es inútil gastar papel en preguntas, porque no hay aquí más autoridad que la de la relatadora de tercera mano. La coincidencia queda por demostrar.

14. *En la primavera pasada hallábame mal de salud á causa de reuma y de postración nerviosa. Una noche tuve una extraña visión, que me ha dejado viva huella en la memoria. Habíame ido á la cama temprano, estaba yo sola sin pegar el ojo con una lamparilla que daba poca luz, cuando de repente me veo en la alcoba al militar G. vestido de paisano sin mudanza de fisonomía. No era sueño, ni delirio, ni efecto de calentura. Convencida estuve de que algo pasaba. Al poco tiempo oigo las once. A la mañana siguiente no me hizo novedad que mi hermana me remitiese una carta de la señora G., en que se notificaba la muerte de su hermano. Antes de abrirla me preparé para leer que había muerto antes de las once. Aunque no tuviese yo correspondencia personal con él, teníala con su familia. Pocos días antes nos habían llegado malas nuevas de su estado de salud, y sabíamos que lo pasaba muy mal. No obstante lo dicho, en el punto de su muerte estaba yo muy ajena de pensar en él* (2).

El ejemplo demuestra que en las alucinaciones telepáticas concurre título de amistad ó parentesco entre el soñador y el soñado. Notable es aquí la coincidencia de la hora. Sólo faltaría señalar con certidumbre el día de la visión, porque una amiga de la soñadora declara que era un jueves á fines de Marzo ó á principios de Abril de 1884 (3). Además, el estado nervioso y la noticia de la gravedad habían de facilitar á la relatora la alucinación sobredicha. Finalmente, la relatora se derrama en bachillerías inoportunas que dan mala espina. ¿Cómo de tener aquel sueño sacó que el militar había muerto, y no que se hallaba mejor, pues el aspecto de la aparición nocturna no denotaba luto? ¿Por qué con tanta seguridad afirmó que la visión no fué sueño, ni delirio, ni efecto de calentura? ¿A qué viene prevenir al lector diciéndole que aquella noche no pensaba en el

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 147.
(2) *Les hallucinat. télépath.*, p. 140.
(3) Ibid., p. 141.

militar? La falta de sencillez y el cuidado de adelantarse con apercibimientos demuestran que los telepatistas encienden con tiempo la lumbre, aun antes de anochecer.

15. *Hacia las once y media de la noche acababa yo de meterme en cama (á 15 de agosto de 1886). Los criados no se habían recogido aún, porque andaba ruido por la casa. La señora dormía en el vecino aposento con la puerta de par en par. Entonces oí un remusguillo, como que alguien abriese la puerta de la escalerilla. Púseme arrodillada en la cama para alzar la cortina y avisar á quien entrase que mi señora estaba durmiendo y no metieran ruido ni pasasen por su alcoba. En esto percibí distintamente la persona de mi novio Carlos. Estaba en pie, sombrero y bastón en la mano derecha, con la izquierda tenía entornada la puerta, iba en traje de camino. La lamparilla de mi aposento no bastara á pintármele con tanta claridad como divisaba yo su fisonomía y los andularios de su vestido. Con rostro risueño me miraba sin decir palabra, parado á la puerta. No pudiendo yo dudar, no obstante lo inesperado de su venida á Ussel, que fuese mi novio en persona, le dije: ¿A qué vienes aquí? Ahí está la señora; anda, vete. Y como él no respondiese palabra, tornéle á decir: ¿Qué me quieres? Anda, vete. Entonces me respondió sonriendo y con gran sosiego: Vengo á despedirme, voy de viaje; adiós. En este punto la vizcondesa, que por no poder dormir estaba leyendo en la cama, al oirme hablar alto, me dijo: ¿Qué tienes, chica? ¿Estás soñando? Mas yo, en lugar de responderle, le dije á Carlos, pensando que estaba delante de mí, en voz baja: Anda, vete. Aquí desapareció, no de súbito, sino como quien cierra la puerta y se va. Entonces, á otra pregunta que me hizo mi ama, le respondí: Sí, señora, tuve pesadilla.—Bien despierta andaba yo, sin haber dormido gota, y acabábame de echar. Me entretuve después pensando que mi novio había venido á darme sorpresa, y sentí no haberle preguntado adónde iba de viaje. Como no fué mucho el cuidado que esto me dió, al poco tiempo quedéme dormida, sin pasarme por pensamiento que Carlos hubiera estado en persona á la puerta de mi habitación.—A la mañana siguiente, espantada de que nadie hablase de Carlos, creí al principio que me la querían pegar; pero al fin atrevíme á preguntar si alguien había puesto los pies en mi aposento. Todos dijeron que no, y tanta chacota hicieron con mis pesadillas, que hube de creer había soñado, ó mejor dicho, no paré atención á las muchas incongruencias de la visita. Al cabo decía para mis adentros: yo sabré la verdad cuando él escriba.—Otro día, el 15 de agosto, á las nueve de la mañana, recibo la carta siguiente: La señora M. C. acaba de tener, por parte telegráfico, noticia de la muerte de Carlos B. Falleció el 16 del corriente* (1).

La novia soñó que veía la visión de su amante el día 15 sobre la media noche. No consta á qué hora acabó de vivir su novio el día 16; circunstancia precisa para notar la concurrencia de entrambos sucesos. Aquí la telepatía no las tiene todas cabales, porque Gurney

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 156.

cita una testificación de la niñera, en que se declara cómo la novia dijo haber tenido á dicha la visita de su novio, que se despedía para morir ó estaba moribundo. Otra respuesta añade Gurney de la vizcondesa de Ussel, señora de Emma Burger, así se llamaba la criada soñadora; la respuesta dice, que no se acordaba de haber oído hablar de aquel incidente (1). ¿Por qué la relatadora Emma no apuró con preguntas y con diligentes pesquisas á los criados de casa, pues tal vez hubiera sacado en limpio la travesura de alguno de ellos?

16. *Cosa de año y medio hacía que moraba yo en la Jamaica. Había padecido calenturas de la tierra. En aquel año, 1882, estaba yo convaleciente, aunque flaco de fuerzas. Dormía en un aposento al lado de un amigo mío, pared en medio, con la puerta patente. Un sueño tuve en que se me representó la señora de quien le tengo á usted hablado; representóseme muerta, en un cuarto vecino del mío al parecer; sentíme atraído hacia ella, y como este pensamiento ocupaba mi ánimo, parecióme que la veía. Entonces desperté sobresaltado, y la vi claramente á los pies de mi cama, erguida, vestida de blanco, las manos colgando; el semblante se divisaba bien claro, yo no podía engañarme. Si una persona viva hubiese estado allí, yo no pudiera distinguir sus facciones, por la negra obscuridad de la noche. Esta sombra pronunció una vez con entera claridad mi nombre «Marcos»; luego se fué desvaneciendo sin dejar yo de mirarla. Quedó visible los segundos bastantes para estar yo seguro totalmente de que no dormía. Conocí claramente que la primera impresión era sueño, que entonces despertaba, y que mi ver era tan real como el de la vigilia. Desparecida la visión, llamé á mi amigo. Entrado que hubo, contéle lo acaecido, y él notó la hora, unos minutos después de media noche del 11 junio, para remitir la relación á su diario. La mañana siguiente no hicieron él y otros poca burla del caso, pero no podía menos de extrañarle por la realidad que para mí tenía.—Al cabo de unas tres semanas recibo carta de una hija de mi amiga, que me enteraba del fallecimiento de su madre en Inglaterra, el día 11 de junio, sobre las cinco de la mañana. Mi amigo y yo computamos la diferencia de longitud; las horas coincidían casi del todo. Yo ni sabía que la dama estuviese enferma, ni me traía inquieto su memoria, ni aun de ella me acordaba. Hablando con sus padres, dos años más adelante, me contaron que pocos minutos antes de morir, había dicho: «Decid á Marcos que me acordé de él.» Debo añadir que esta dama, tres años antes, me había asistido en una peligrosa enfermedad, y que yo la quería con vivo afecto.—No tengo presente haber tenido en mi vida un sueño que me durase estando despierto; ni he tenido jamás alucinaciones de vista ó de oído* (2).

La relación se escribió cuatro años después del sueño, cuando al soñador se le había ido el día de la memoria, pues que si puso el 11 de junio fué por haber visto la carta mortuoria del 15 de junio de 1882. Otra dificultad ofrece la diferencia de longitudes geográficas. Entre

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 158.
(2) Ibid., p. 160.

Jamaica y Greenwich (por donde pasa el primer meridiano de los ingleses) corren 79° 40′, equivalentes á cinco horas y veintiocho minutos. Habiendo la mujer fallecido á las cinco y veinte, su fallecimiento en Inglaterra correspondía á las doce menos ocho minutos de Jamaica. Por estas razones, tomadas de los documentos (1), no consta la coincidencia.

17. *Por atajar, lo diré breve: andaba yo enamorado de la hija menor, me declaré, hízome caso, si bien su madre nunca se mostró consentidora de mis amores. Corrían los meses, y oí hablar de mejor partido Di de mano al mío, me vine á Londres, sin decir adiós á nadie, cuando un domingo por la tarde, al cabo de cinco semanas, hallándome cansado, me fuí temprano á dormir, y estando sin poder trasponerme por más vuelcos que daba, de improviso se me presentan en un rincón del aposento dos caritas, que se iban haciendo mayores, la una era de mi novia, la otra del hombre que yo tenía por camarada. El ademán de entrambos, el tenerla él á ella asida de la mano, el mirar con susto de la doncella, eran indicios clarísimos del concertado casamiento. No bien hube entendido estas circunstancias, se desvaneció la visión. Ahora, lo que á mí me tiene más fuera de tino es lo siguiente. El martes inmediato recibí carta del hermano de la joven, en que me enteraba de que su madre había resuelto deshacer mis amores; y carta de la misma joven que me remitía mis prendas y regalos declarándome cómo su madre le había mandado romper la correspondencia amorosa conmigo. Antes de acabar el mes, vino á mi conocimiento que la muchacha había recibido por esposo al hombre que se me había representado en la visión* (2).

Veintidós años habían pasado cuanto esta relación se puso por escrito. Ningún indicio se advierte en ella que denote la coincidencia de lo imaginado con lo acaecido. Dos días habían transcurrido, ó uno siquiera, cuando el relator recibió las dos cartas. Asuntos de desposorios no suelen tratarse tan á la ligera en una familia: ¿quién asegura que no se fraguó el rompimiento semanas antes de la visión? Pues como negociar con fantasmas de amor sea propio achaque de enamorados, bastábale al del cuento el temor de las calabazas para labrar en su fantasía el tejido del sueño, que él apellidó visión. A este linaje de figuraciones nocturnas dan los modernos el nombre de *clarovidencia telepática*, sin duda para divertirnos á costa de su ignorancia, aunque bien hacen su juego con semejantes denominaciones, como le hizo el soñador con su impertinente asombramiento.

Por no dar fatiga al lector, hemos pasado volando por muchos lances análogos de representaciones en sueños ó semisueños, pues los dichos parecen hartos á nuestro propósito, como comprensivos de los principales elementos que después se discutirán. Obscurísima y llena de tinieblas es la operación del sueño. Apenas hay hombre

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 161.
(2) Ibid., p. 162.

ni mujer que en trabando las manos para dormir no padezca antojos de ver lo ausente como presente; mas ¿quién se ocupa en desenmarañar la madeja de sus ensueños? Mucho más raras son las personas entretenidas en estudiar las modorrillas ajenas. A Gurney y consortes debemos ciertamente las gracias por los extremos de diligencias hechos en averiguar las minuciosas noticias, que en las recopiladas relaciones de sueños ofrecen á la consideración de los estudiosos. En muchos casos han conseguido bastante luz, en otros queda la verdad á obscuras, en los más lograrán sorprender la buena fe de los que no están hechos á revolver semejante linaje de cosas; pero la consecuencia que de ahí pretenden deducir los telepatistas, está muy lejos de ser conforme á la severidad de la lógica, como más abajo se verá.

ARTICULO II.

18. Telepatías en vigilia.—19. Un caballero ve á su amiga asomada.—20. Una dama ve el fantasma de su amigo.—21. Una hermana ve á su hermano en pie.—22. Una hija ve á su madre risueña.—23. Una joven ve al tío de su padre alterado.—24. Un amigo ve á su camarada en traje ordinario.—25. Un hombre casado ve su tía sonriendo.—26. Un coronel ve á su hermano ingeniero.—27. Concierto escatológico entre dos hermanos.—28. Una mujer ve á su hijo.—29. Un hombre se oye llamar con voz lastimera.—30. Un cazador oye una voz aguda.—31. Dos novios piensan á la vez la misma cariñosa acción.—32. Un muchacho oye la voz de su padre.—33. Una doncella recibe un golpe fantástico y oye la voz de su amante.—34. Un casado ve á su abuela y oye á su tía —35. Alucinaciones colectivas. El tío oye á su cuñada.—36. Un mancebo ve á su familia y es oído de ella.—37. Padre é hija ven á uno de la familia.—38. Dos militares ven á un hermano.

18. Penetremos en el laberinto de las ilusiones telepáticas, que á veces se apoderan del hombre, aun cuando es dueño de sí y obra con el libre uso de su razón y sentidos. Semejantes accidentes presuponen alguna turbación de ánimo que ocupa el sentido y asienta en la imaginación especies vivas, producidoras de alucinaciones; efecto, que no nace de enfermedad ni de estado enfermizo del paciente. Verdad es ésta experimental, que no recibe la menor duda. Cuando á una persona despierta se ofrecen las alucinaciones dichas, alguna pasión ó afición de temor, esperanza, gozo, alegría, amor, odio, la arrebata y solicita, sin concurrir accesión de dolencia ni quebranto de salud.

19. *Iba yo de mi casa al almacén de mi hermano, cuando me atajó los pasos una lluvia muy recia. Recogíme en casa de una señora amiga mía, aguardando un rato, hasta que acabase de llover; mas como siguiese lloviendo y temiese yo que mi hermano saldría de casa, dije que me era fuerza partir. Levantéme, salí al zaguán; mientras que mi amiga andaba en busca de paraguas, la estuve esperando en un sitio obscu-*

ro, en cuya parte superior había una ventana. En esta ventana vi de súbito un rostro asomado. El semblante no me era nuevo, mas no caí en la persona que representaba (la cual vivía entonces 300 millas distante). Abrí luego la puerta, busqué, husmeé por todas partes; no pude dar con el rastro. Al fin, tornando en mí y pensando, reconocí que aquella cara era la de la cuñada de mi mujer. Llegué á mi casa, conté á la familia el incidente, y ¿cuál sería nuestro espanto cuando recibimos una carta que nos avisaba que esta mujer había fallecido á la hora en que yo la vi? Vi su rostro el lunes por la noche, y el miércoles, estando á la mesa, la carta llegó (1).

En la relación de Goodyear conviene advertir que fué escrita doce años y tres meses después del suceso. Además, el mismo relator testificó haber visto el rostro de su amiga un día antes que muriese, y que ese día era lunes, cuando es por otra parte cierto que murió en domingo. Ahora Gurney, por sustentar la virtud de la telepatía, confiesa los *lapsus calami* y los excusa; pero como la hermana del relator padeció las mismas equivocaciones, no hay manera de averiguarnos con los testimonios (2).

20. *Hace años un amigo y yo hicimos el concierto que el primero de los dos que falleciese procuraría aparecerse al otro. Algunos años después, con la hermana de este amigo le mandé saludes preguntándole si se acordaba de la promesa. La respuesta fué: «Sí, muy presente la tengo, pero yo confío aparecer á X., y no ella á mí.» Luego se me fué de la memoria el tal concierto. Mi amigo vivía en Nueva Zelandia, su hermana yo no sé dónde. Una noche desperté con impresión de que alguien estaba en mi aposento (tengo de avisar á usted, que siempre duermo con luz en la mesa junto á mi cama). Miré en torno mío, y divisé desde luego una cosa detrás de la mesa: sentíme fría, mas no espantada. Restreguéme los ojos certificándome que estaba bien despierta, y los clavé fijamente. Poco á poco se fueron dibujando la cabeza y los hombros de un hombre, pero cubiertos de una especie de niebla material, digámoslo así; porque la cabeza y las facciones se pintaban claras, mas la aparición en su totalidad no era cosa sólida ni bien limitada: cualquiera habría pensado que entre nubes divisaba la cabeza y hombros de un hombre. ¿Quién va?, pregunté mirando, ¿quién anda ahí? Entonces la figura de la cabeza y frente (muy notable en mi amigo) me puso en la boca esta exclamación: ¡Ah! El capitán W. La visión despareció. Levantéme y apunté el día. Aguardaba yo por momentos noticias de la Nueva Zelandia; estaba segura de su muerte; preguntaba por él, sin tener nuevas. Al cabo llegó la siguiente: «Caída grave de carruaje; no puede escribir, cabeza enferma.» Después supimos algo más: había caído del coche y quedaba sin sentido. Jamás tuve la menor duda que su espíritu vino á verme cuando se hallaba sin conocimiento. La aparición que yo vi coincidía con el instante de su desmayo* (3).

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 178.
(2) Véase ibid., p. 179 y 180.
(3) *Les hallucinat. télépath.*, p. 183

La dama que esto escribía, muchos años después del caso, se engañó pensando que el amigo había muerto; dijo más de lo que sabía, asegurando que la visión y el desmayo habían concurrido en un punto de tiempo; imaginó que tenía el pelo gris, y no le tenía sino azabachado. Consúltese la pág. 185 de Gurney, y se descubrirá lo fantástico de la alucinación. El relato parece compuesto expresamente para encarecer con énfasis el mérito de la telepatía y ponerla en pregón á puras exageraciones.

21. *Mi hermano menor vivía en Australia, y no habiendo escrito á casa en cuatro ó cinco meses, daba lugar á que mi madre le tuviera por muerto. Una mañana, á cosa de las once, estando yo con mi madre y hermana en el comedor, ocupada en traducir un tema alemán, metida en el enredo de las declinaciones, alcé los ojos y vi á mi hermano en pie sobre la alfombra de césped delante de la ventana: parecía que nos miraba. Levantéme súbitamente diciendo: Mamá, no te asustes, T. goza de buena salud.—¿Dónde está?, preguntaron ellas. Allí, repuse, yo le he visto, se ha ido hacia la puerta de enfrente. Hacia la puerta echamos todos á correr. Mi padre, que estaba en su biblioteca, oyendo el barullo, abrió la puerta preguntando qué pasaba. Había yo abierto la puerta de enfrente, y no viendo á mi hermano, hice cuenta que se había escondido detrás de los arbolillos por seguir la broma. Entonces exclamé: Ven aquí, T., entra, no hagas del bobo, que si no vas á matar á mamá. Nadie chistó, y mi madre repuso: ¡Ah!, no le viste de veras, ha muerto, yo lo sé, ha muerto. Me quedé cortada de sobrecogida; pero no me parecía á mí esa la verdad del misterio, no podía caber en mi pensamiento que hubiese fallecido, demasiado vivo se me presentaba. Si tengo de confesar de plano, me figuré que estaba en el jardín. Mas ni estaba allí, ni tampoco había muerto. Al cabo de un año vino á casa, contó sus peripecias, díjonos que había estado muy malo, y que en medio de su delirio pedía á sus compañeros le llevasen á la sombra del cedro que estaba en el prado de su padre. Vuelto á mi padre, añadió: Sí, papá, parecíame ver el paraje tan claro como ahora le veo.—¿Cuándo pasó eso?, preguntó papá. A la respuesta de mi hermano, mamá revolvió sus apuntamientos, y exclamó: Cabalmente, fué el día en que tu hermana dijo que te veía en el césped* (1).

Linda manera de escribir historietas. Esta se puso en relación treinta años después de soñada, cuando la narradora había perdido los bríos juveniles, y perdido también el libro verde donde solía la dueña de casa apuntar los hechos más notables de la familia. De suerte que por falta de testimonios comprobativos hay que remitirse á la sola autoridad de la Cressy, la cual, en las respuestas enviadas á Gurney á preguntas inquisitoriales, se limita á decir que no se acuerda, que le parece, que no puede asegurar (2); entre tanto afirma: yo le servía á mi hermano de paño de lágrimas (3).

22. *No tengo motivo para callar la aparición de mi madre en el*

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 192. (2) Ibid., p. 193.
(3) Ibid., p. 194.

trance de su muerte, siquiera sea este asunto sagrado para mí; pero no querría pusiesen duda en mi relación ó hiciesen burla de mí. En 1852, á la edad de diezisiete años, entré en un colegio de Alsacia, dejando á mi madre en Inglaterra por su delicada salud. Por las Navidades de 1853, catorce meses después de mi salida, supe que la salud de mi madre iba de mal en peor, no por eso llegué á sospechar corriese grave peligro. El último domingo de febrero del 54, entre una y dos de la tarde, estaba yo sentada en un salón del colegio, con un libro en la mano, cuando de repente el aspecto de mi madre se me apareció en el rincón más lejano de la sala, inclinada hacia atrás, como acostada en el lecho, con camisa de dormir. Su rostro blando y risueño se volvía á mí, y una de sus manos se alzaba al cielo. La aparecida pasó despacio por toda la sala, al salir elevóse y no la vi más. El cuerpo y semblante atormentados por la enfermedad, los delineamentos de mortal palidez; nunca había yo visto á mi madre tan postrada y abatida.—Desde que tuve la visión, me convencí que mi madre había fallecido sin remedio. Tan trastornada quedé, que no había manera de aplicarme al estudio, aun me entraba mal humor al ver á mi hermana menor ocupada en juegos y pasatiempos. Dos ó tres días después, rezadas las oraciones, me llamó á su cuarto la maestra. No bien hube entrado, le dije: No hace falta que me lo diga usted, yo sé que mi madre ha muerto. Preguntóme cómo lo sabía; no se lo dije, pero le aseguré que hacía tres días. Más adelante vine á informarme que mi madre había dejado la vida el domingo, á la misma hora de la visión, y que había fallecido sin conocimiento, y lo estaba un día ó dos antes (1).

Isabel Allom incurrió en su relato los yerros siguientes: dijo que el fallecimiento de su madre acaeció en domingo, y no fué sino en lunes, como el *Times* lo anunció; escribió febrero en lugar de enero; testificó no haber tenido en su vida alucinación alguna, y consta que la tuvo (2). Gurney, sin embargo de tantas menguas, porfía en patrocinar la verdad del cuento, procurando paliar los deslices de la informante. El arte de romper con todos los inconvenientes, acabará hazañas maravillosas á costa de la verdad, pero no merecerá bien de la sana crítica.

23. *Un día, á fines de julio, por los años de 1860, á las tres de la tarde, estaba yo sentada en el salón del presbiterio, leyendo y embebecida en lo que leía. De repente levanto los ojos y me veo muy claro un señor viejo, delgado y alto, que entraba en la habitación y se encaminaba á la mesa. Traía una capa añeja y desusada, yo la reconocí por capa del hermano de mi abuelo. Clavé la vista en el anciano, y aunque yo desde mi niñez no había visto á mi tío segundo, conservaba en la memoria las facciones de su semblante. Llevaba en la mano un rollo de papel, y parecía andar muy desasosegado. Muy en paz estaba yo, porque pensé que era mi tío, y sin estar enterada de su grave enfermedad, preguntéle si quería ver á mi padre, que no estaba en casa, como le dije.*

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 198.
(2) Ibid., p. 199.

Entonces parecióme verle entrar en mayor desasosiego y aflicción, mas no soltó palabra de la boca. Salió de la habitación por la puerta entornada. Reparé que no parecía haber pisado la calle, con estar el día lluvioso. En vez de paraguas empuñaba un bastón, que yo luego reconocí cuando papá le trajo á casa después del entierro. Hacía yo mil preguntas á los criados, pero todos me respondían que no habían visto entrar á nadie. Mi padre recibió por el correo siguiente una carta, en que le instaban fuese á ver á mi tío, enfermo de gravedad en Leicestershire. Fué luego allá, pero en llegando dijéronle que el tío había espirado á las tres de la tarde misma en que yo le vi. Antes de morir había preguntado varias veces por mi padre con ansiedad, y hallóse un rollo de papel debajo de su almohada (1).

Muy á prisa resuelve la narradora que el tío de su padre se le representó á las tres de la tarde del 4 de agosto de 1855, en que realmente falleció, como consta de la Crónica (2); porque ella misma escribe que á fines de julio, hacia el año 1860, vió el fantasmón del viejo, cuyo cadáver estaba habitando con sabandijas hacía ya cinco años. Para armar mejor la tramoya conveníale declarar, como declaró, que los testigos habían fallecido cuando eso escribía, y que le tenían aconsejado echase tierra encima al mísero lance. En las respuestas que da al interesado Gurney, trata de salir al camino á las apariencias sospechosas; pero mejor hebra tiene la verdad sencilla que la cancamusa.

24. *Dos amigos estaban empleados en la misma oficina, viviendo en íntima amistad por unos ocho años. El lunes 19 de marzo de 1883, cuando Federico llegó á la oficina, quejóse de indigestión. Consultó al facultativo, y le dijo que tenía el hígado enfermo y dióle una medicina. El jueves no se hallaba mejor. El sábado, como no acudiese, Juan se enteró que su amigo había visto al médico y le había ordenado reposo, no haciendo cuenta que el caso fuese de gravedad.—El mismo sábado por la tarde Juan, sintiendo jaqueca, dijo á su mujer que tenía mucho calor, malestar que no había experimentado meses hacía. Hecha esta insinuación, echóse tendido en la butaca, y al minuto siguiente vió á su amigo Federico delante de sí, en traje ordinario, á saber, sombrero con cinta negra, gabán suelto, en la mano el bastón. Federico puso los ojos en Juan, y se fué. Juan se aplicó á sí propio las palabras de Job: «y un espíritu pasó delante de mí, y el pelo de mi carne se erizó». En este punto quedó penetrado de un frío glacial, y se le encresparon los cabellos. Pregunta á su mujer ¿qué hora es.—Las nueve menos doce minutos, respondió ella.—Te pregunté la hora, dijo, porque Federico ha muerto. Acabo de verle. Procuró ella persuadirle que era antojo de fantasía, pero él porfió que por ninguna razón mudaba de parecer.*

El día siguiente, domingo, sobre las tres de la tarde, el hermano de Federico llamó á la casa de Juan, éste le abrió la puerta. El hermano le dijo: Supongo que sabe usted lo que vengo á decirle.—Sí, señor, res-

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 205.
(2) Ibid., p. 206.

pondió Juan; el hermano de usted nos ha dejado.—El hermano repuso: Imaginé que usted ya lo sabía.—¿Cómo?, preguntó Juan.—El hermano respondió: Sí; porque reinaba entre ambos mucha simpatía.—Luego Juan se certificó de que el hermano había ido á ver á Federico el sábado por la tarde, y que al despedirse había advertido que el reloj de la escalera señalaba las nueve menos cuarto. La hermana de Federico, que fué á las nueve, hallóle ya difunto: había muerto de la ruptura de un aneurisma (1).

El hermano del difunto Federico depone que hacia las nueve menos veinte minutos bajó al comedor, donde pasó con su hermana una media hora. Añade que se despidió de ella á las nueve y diez minutos, y que cuando subió la hermana al aposento del moribundo le halló muerto. *El punto de su muerte no se podrá saber jamás*, dice el hermano (2). Con esta declaración cuadra mal aquella otra de Juan que dice, *á las nueve menos doce minutos acabo de verle*, pues de verle sacaba que murió. Eso es resolver de memoria un imposible. ¿Qué criterio nos suministra el *vidente* para que le creamos, pues que el aspecto de la *visión* tanto pudo significar muerte como vida lozana? Quien lea los relatos y deposiciones por encima, pensará que los escritores son Juanes de buen alma; pero entrando en la medula del negocio, descubrirá Catones avispados ejecutivos en atender al fin propuesto.

25. *A 6 de diciembre, 1873, sobre las once de la noche, aunque estaba yo acostado, no había pegado el ojo ni dormitado siquiera, cuando di un profundo suspiro que hizo temblar á mi mujer, á la cual, preguntándome el motivo, la dije: He visto á mi tía, ha venido, se me ha puesto al lado, me ha sonreído con su grata y familiar sonrisa, y ha desaparecido.—Mi tía, á quien yo quería mucho, hermana de mi madre, vivía en dicho tiempo en Madera por causa de salud. Yo no tenía por qué imaginar estuviese grave en ese tiempo; pero la mella fué en mí tan profunda, que el día siguiente dije á mi familia, aun á mi madre, lo que había visto. A la semana inmediata supimos había fallecido la misma noche, y tenida cuenta con la longitud, casi en el instante mismo en que se me ofreció la visión. Cuando mi prima, que asistió á la enferma hasta cerrarle los ojos, oyó hablar de lo que yo había visto, dijo: No lo extraño, porque ella te llamaba de continuo en su agonía* (3).

Muy para notada es la ligereza de la mujer que asistió á la tía del rector Barker cuando escribió: *mi primo el reverendo F. Barker había visto la aparición de mi tía en un momento que correspondía casi puntualmente al de su muerte* (4). Por dónde pudiese ella apear la tal correspondencia, nadie lo adivinará, pues Gurney no dice dónde ni cuándo aconteció el fallecimiento, si bien afirma que el *Times* comprobó la data de la muerte. Pero se concluye de los documentos, que

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 232.
(2) Ibid., p. 234.
(3) Ibid., p. 249.
(4) Ibid., p. 249.

no hubo conexión puntual entre la visión de Barker y la muerte de su tía.

26. *Al terminar el septiembre de 1864 estaba yo alojado en el campo de Shorncliffe, creyendo que mi hermano se hallaba en la India de ingeniero real. Se me figuró que le veía venir hacia mí, y antes de volver yo del asombro, desvanecióse la aparición. Contéla á varios camaradas, extrañando mucho el caso; pero no me acordé más de él hasta hasta que me vino la nueva de su muerte, que acaeció casi al mismo punto en que pensé haberle visto. Su muerte fué en 24 septiembre del 64 en Nagpore de las Indias orientales* (1).

En otro documento, trasladado al pie del anterior, dice el mismo coronel, que serían las dos de la tarde cuando vió á su hermano, y que fué en domingo á 24 septiembre. Ahora consta por los papeles públicos (2) que el hermano del coronel Swiney pasó de esta vida á 25 de septiembre. Ignórase la hora de la muerte. Añade el coronel, que según carta recibida, su hermano murió *después de medio día* (3); pero medio día del Indostán son las siete de la mañana de Shorncliffe, donde se hallaba el coronel. La coincidencia no consta.

27. *Unos meses antes de morir el senador Carlos Fenzi, hermano mío, díjome un día, yendo juntos de nuestra granja á la ciudad, que si él moría primero trataría de probarme que esta vida se prosigue más allá del sepulcro, y suplicóme le prometiese hacer otro tanto si yo fallecía antes que él; «pero yo estoy cierto, añadió, que moriré antes, y fíjatelo bien en la memoria, estoy del todo seguro que antes de acabarse el año, si, dentro de tres meses, yo habré dejado esta vida». La conversación pasó en junio, y él murió el 2 de septiembre del mismo año 81. El día de su muerte, 2 septiembre, estando yo en Fortullino, á 70 millas de Florencia, á cosa de las diez y media de la mañana me sobrevino una melancolía profunda, cosa extraña en mí, que siempre disfruto de mucha serenidad, ni tenía motivo de perderla, pues sabía que mi hermano en Florencia se hallaba restablecido de sus achaques. Pero en medio de mi repentina tristeza, veníanme lágrimas á los ojos, tanto que para excusarlas tuve que echarme á la calle, sin embargo de estar lloviendo á cántaros.*—Prosigue el narrador Sebastián una larga historia, en que dice, en suma, haber visto á un primo suyo que se le antojó sería su hermano Carlos. Al tiempo de esta visión acabó la vida en Florencia el hermano de Sebastián (4).

De la relación que después hizo del caso el primo de Sebastián, se infiere que Carlos dejó este mundo en septiembre del 81. Tanto la visión como la promesa de aparecerse los dos hermanos el uno al otro, dependen del crédito que quiera darse al narrador, el cual no fué ésta la primera alucinación que tuvo en su vida (5). En dieziocho años (desde el 81 hasta el 99 en que publicó Gurney su libro), quisiéramos saber cuántas veces el alma de Carlos ha demostrado á

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 252.
(2) Ibid., p. 254.
(3) Ibid., p. 253.
(4) Ibid., p. 263.
(5) Ibid., p. 264.

Sebastián la verdad de la otra vida, si no ha terminado éste aún la suya.

28. *El año 1884, mi hijo Walter se hallaba en Sudán incorporado en el tercer regimiento. Las postreras noticias que teníamos recibidas avisaban que iba á volver á Inglaterra por Navidad. El día 24 de octubre, por la noche, yendo yo á casa, espantado de ver tan pálida á mi mujer, le pregunté que qué tenía. Respondióme que había visto á Walter, y que en el momento de echarle los brazos, se le había huido sin poderle dar un beso. Después nos llegó carta del hospital de Ramleh, haciéndonos saber que el pobre muchacho había padecido un tercer acceso de enteritis, que acabó con su vida. Una semana hacía que estaba enterrado cuando la carta llegó, cuya fecha correspondía puntualmente al día en que el hijo se había dejado ver, que fué el 24 octubre del 84* (1).

Los documentos comprobativos dicen, por una parte, que el hijo murió á las dos, por otra, que su madre le vió entre nueve y diez (2). La diferencia de longitud antes bien retardaría la imaginada aparición. El relato de Federico Teale prueba bien poca cosa.

29. *En la mañana del 27 octubre de 1879 hacía rato que me había yo levantado, cuando oí resonar mi apellido varias veces con voz angustiosa y doliente. Gozaba yo de buena salud, conocí la voz, era la de un antiguo amigo, compañero mío de diversión, de quien no me acordaba meses había. Aunque supiese yo que andaba con su regimiento por la India, ignoraba que hubiese estado en la frontera. Algunos días después tuve noticia de que había muerto del cólera en la mañana misma en que yo había oído su voz* (3).

El *East-India*, en la necrología del capitán sobredicho, pone su muerte á 27 octubre del 79, y el *Times* añade que murió del cólera (4). La misma narradora se convenció después y confesó que su hijo había muerto en la India á las diez de la noche, que equivalen á las cinco de la tarde en Inglaterra; lo declara Gurney sin rebozo. Mas como los telepatistas todo lo componen á gritos, dicen que los del capitán llegaron á oídos de su madre cuando comenzó á apretar la enfermedad. Confiesen que en el caso presente falta conexión entre el tiempo del vocear y el tiempo del morir.

30. *Yo soy muy aficionado á la caza. Salí una tarde con mi alano y mi escopeta. Atravesaba prados abiertos, cuando una voz aguda y terrible de «Tom» resonó en mis oídos. Respondí al punto con brío: «Sí, sí», y volvíme á ver quién era; no vi un alma, y con todo seguía la voz con más fuerza. Respondía yo: «Sí, sí»; luego cesó la voz. Volví atrás, porque estaba yo trastornado; pero al cerrar de la noche fuí á ver al guardabosque y contéle lo que ocurría. Díjome: mala ventura. Y dijo verdad, porque á la mañana siguiente me llamó á su casa mi novia, que entonces mismo, minutos antes, había perdido á su padre. Sabía yo*

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 286.
(2) Ibid., p. 287.
(3) Ibid., p. 296.
(4) Ibid., p. 296

que mi futuro suegro estaba doliente hacia año y medio, mas no me vino á la memoria en el bosque su enfermedad (1).

En esta relación de Goodyear es bien reparable la voz aguda y terrible que le dió al cazador en los oidos. ¿Quién la profirió? La pretendida, no, porque en un documento citado por Gurney (2), se dice que la muchacha no dijo una palabra más alta que otra, aunque tenía el pensamiento en su novio, mientras él se estaba en el ojeo de algún venado, y su futuro suegro escapando las garras del infernal cazador. Muy lejos está aquí de constar la coincidencia de la voz con la muerte, que es el punto de más importancia.

31. *Una noche tuve un sueño de singulares y bien determinadas circunstancias, las cuales todas tengo ahora tan grabadas en la memoria como en el punto mismo que me las imaginé. Estaba yo soñando que me hallaba en casa de mi novia. Toda la gente menuda se había ido á la cama; quedé yo solo á hablar con los viejos junto á la chimenea; después me despedí con buenas noches, tomé la luz y me fuí á acostar. Antes de entrar en el aposento, reparé que mi novia subía y llegaba á lo alto de la escalera. Volé tras ella subiendo de cuatro en cuatro los escalones, y alcanzándola en el último de todos, le rodeé con el brazo derecho la cintura por detrás, llevando la luz en la mano izquierda. En esto desperté, y casi en aquel punto dieron las diez. La impresión causada en mí por este sueño fué tan viva, que el dia siguiente no pude menos de escribírselo á mi novia. Recibí carta suya, mas sin respuesta á la mía, sino hablando por sí antes de llegar á sus manos. La carta decía así: ¿Anoche á cosa de las diez te acordaste de mí en particular? Al subir yo la escalera para irme á recoger percibí distintamente tus pasos, y noté que me rodeabas con tu brazo la cintura* (3).

Para ponderar la importancia de la relación convendría tener á mano los documentos. Las dos cartas se han perdido, sólo queda el dicho de la señora, pues su marido Newham desamparó la vida hace años. Dos alucinaciones, del oído y del tacto, y recíprocas además, para declararlas simultáneas, mejores pruebas han menester que meras afirmaciones recientes. En especial, la relación de Newham no comprueba la conexión de ambas alucinaciones ni la simultaneidad de ellas. En la pág. 314 se pone otro caso que parece ser de la misma persona, de la cual dice Gurney: *Este hombre tiene, por lo visto, predisposición á las alucinaciones subjetivas del oido.*

32. *Hace algún tiempo me contó mi hijo, que un amigo suyo, muchacho torpe y de corta capacidad, le había narrado una historia muy chusca. El muchacho era marinero, iba con su padre en una barca de cabotaje; pero llegó á tanto su destreza, que solía viajar solo, dejando su padre en casa. En una mala travesía, junto á la embocadura del río Humber, el joven vió á su padre, á quien había dejado sin novedad, andar por el puente dando voces, como solía, de «¡ojo al timón, Joe!» Quiso el mancebo hablar á su padre, mas no pudo, un poder invisible se lo*

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 303. (2) Ibid., p. 304.
(3) Ibid., p. 311.

estorbó. Acabado el viaje, el mozo se encontró con una carta que le notificaba la muerte de su padre, y á la misma hora en que había aparecido á su hijo. Pero es de importancia el advertir que el aparecido se estuvo en el puente tres horas, hasta que el barco llegó á Grimsby. Yo no di crédito al cuento de mi hijo, y le aconsejé que convidase á su camarada á tomar un te conmigo, para oir de sus labios la relación. Vino; la simpleza de sus modales, el candor de su relato, la majadería que campeaba en su persona, daban un cierto valor al cuento (1).

El mozo después declaró que su padre estuvo sobre el puente una hora y no tres (2). No dice palabra de la coincidencia; al revés de la mujer, que oyó con tanto regodeo y aplauso al motolito del barquero, el cual, ó por sí ó por sugestión de otros, contó que había visto el alma de su padre. La relación de primera mano difiere mucho de la de segunda. Sea como fuere, no consta de ningún relato la hora de la pretensa aparición ni la de la muerte real.

33. *Desperté sobresaltada. Entendí que me habían dado en la boca un mojicón. Tuve la sensación distinta de haberme cortado y ensangrentado el labio superior. Incorporada en la cama cogí el pañuelo, y apreté con él la parte lastimada. A los pocos segundos, al quitármele quedé atónita por no hallar señal de sangre. Caí entonces en la cuenta de lo imposible que era haber recibido porrazo la que estaba en cama durmiendo á sueño suelto. Así que lo di todo á imaginación. Mas cuando eché los ojos al reloj y vi que eran las siete, y que mi marido Arturo no estaba en la alcoba, colegí que había salido á barquear por el lago, porque el tiempo era delicioso. Volví á coger el sueño. A las nueve y media estábamos tomando el desayuno, Arturo entró algo tarde, y advertí que se sentaba más lejos de mí que solía, y que de cuando en cuando se arrimaba el pañuelo á los labios como yo antes lo hice. Arturo, le dije, ¿por qué haces eso? Y añadí algo turbada: Yo sé que tú te has herido; luego te diré cómo lo sé. Sí, respondió, andaba yo á vueltas con la barquilla, una ráfaga de viento me sobrecoge, y el tope del timón me dió en la boca. El golpe fué en el labio superior, eché mucha sangre y no puedo restañarla. Díjele entonces: ¿Te acuerdas á qué hora ha sido eso? Serían las siete, respondió. Le conté luego lo que me había pasado á mí, de que él y todos los que con nosotros desayunaban quedaron atónitos. Esto acaeció en Brantwood hará tres años* (3).

¡Bravo cuento! La dama del tapaboca fantástico declaró que estaba despierta cuando se le dieron, y que aun al cabo de una hora sentía muy viva la impresión del moquete. El marido gasta mucha paja de poesía en describir su paseo por el lago y la triste aventura, sin poder asegurar la hora fija. Pero se les advierte á los dos, que si se empeñaran en hacernos tragar la coincidencia, no pintarían con otros colores las cosas. Si él no lleva reloj y no podía saber la hora, ¿cómo dice que eran las siete? Si ella testifica que le aporrearon la boca antes de las siete, ¿cómo el marido contesta que fué á las siete

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 318. (2) Ibid., p. 319.
(3) Ibid., p. 352.

y minutos el femenil aporreamiento (1)? De semejantes contradicciones, de que están henchidos los relatos del autor inglés, ninguna consecuencia se puede sacar que sea de provecho.

34. *En la noche del 26 octubre 1872 me sentí de repente indispuesto y me fuí á la cama á las nueve y media, una hora más tarde que acostumbro: casi al punto me dormí. Tuve un sueño muy vivo, que hizo en mí notable impresión; le manifesté á mi esposa al despertar, siempre recelando que iban á sobrevenirnos malas nuevas. Soñé que estaba sentado en el salón junto á una mesa, para leer, cuando me veo súbitamente una señora anciana, sentada al otro lado, cerquita de la mesa, sin chistar ni moverse, mirándome de hito en hito, y yo mirándola á ella sin pestañear por espacio de veinte minutos. Dejóme espantado su aspecto, cabellos blancos, cejas azabachadas, vista penetrante. Tan lejos estuve de conocerla, que la conté por persona extraña. Puse los ojos en la puerta, la puerta se abrió, entró mi tía, y viéndonos á la vieja y á mí que nos estábamos mirando, entre sorprendida y severa exclamó: ¡Juan!, ¿no sabes quién es? Y sin aguardar respuesta, me dice: ¡Tu abuela! Muy luego el espíritu que había venido á visitarme se levantó de la silla y desapareció.—En este punto yo desperté, tan mal impresionado, que tomé mi libro verde y apunté este raro sueño, convencido de que era presagio de mala ventura. Algunos días transcurrieron sin tristes nuevas; pero una tarde recibí carta de mi padre con la noticia de la muerte de mi abuela, que acaeció en la noche misma de mi sueño y á la hora exacta, á las diez y media.* Cuenta luego cómo á los cuatro meses (después dice á los tres) fué á ver á su familia para enterarse de la fisonomía de la abuela y de las circunstancias de la muerte, que había acaecido á 26 de octubre del año 70 (aunque él puso 72 en sus apuntamientos).

En esta relación se echa menos la hora puntual en que la abuela murió, porque habiendo acabado en la isla de Wight, es muy posible que el nieto y la abuela ocupasen diversa longitud geográfica, pues ignoramos el sitio donde soñó el durmiente Juan, y entonces no sería verdad que su abuela hubiese partido de esta vida á las diez y media de la noche. Siempre en esta clase de cuentos halla el error algún resquicio por donde meterse. *Esta visión*, dice Gurney, *es un ejemplo de la forma de transmisión de pensamientos que se puede llamar «clarovidencia telepática»* (2). El candor de Gurney es más que columbino. Declara ser dudosa la exactitud de la coincidencia, se duele de no haber podido examinar la carta sobredicha, dice no haberle sido posible hallar el actual domicilio del relator Smith, se enreda en un laberinto de conjeturas para determinar á cuál de los dos espíritus se deba atribuir la visión; mas no obstante la maraña de tantos inconvenientes, en medio de tantas perplejidades, cierra con todo y califica de *clarovidencia telepática* la alucinación del durmiente; y eso, después de prometer imparcialidad, moderación, cor-

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 327, 329.
(2) Ibid., p. 335.

dura en la propuesta de los relatos. Con gran tenacidad tiene Gurney aferrado su dictamen, aun antes de calzarse los coturnos filosóficos para darnos de él puntual cuenta.

35. *En agonía estaba mi cuñada, cuando mi mujer salió de Lowton Chapel, lugar de nuestra residencia, para verla y asistir á su peligroso trance. La noche antes de morir (unas doce ó catorce horas antes de su muerte) dormía yo solo en la cámara. Desperté y oí claramente una voz que me llamaba. Pensé era mi sobrina Rosanna, que vivía en casa conmigo, creyendo que tendría miedo ó alguna indisposición. Fuí á su aposento y la hallé despierta y alborotada. Preguntéla si me había llamado. Respondió: no, pero alguien me despertó, oí que alguien llamaba.—En tornando á casa mi mujer, después de muerta su hermana, me manifestó cuánto deseaba la moribunda haberme visto, y que suplicaba me llamasen, y que decía: ¡Ah! Cuánto deseo tengo de ver á Done otra vez. Luego ya no pudo articular más palabra. Lo más raro es, que en el mismo punto en que ella preguntaba por mí, yo y mi sobrina la oímos llamar* (1).

El tío Done dice que la sobrina le llamaba, la sobrina dice que la voz era del tío; el uno oyó *tío, tío, tío*, la otra oyó *Rosy, Rosy, Rosy* (2). ¿Cúya era la llamada? Pero el contralto de una mujer casada, ¿cuándo se ha podido confundir con el bajo ó tenor de un hombre machucho, ó con el tiple finísimo de una niña enteca? A qué hora espiró la cuñada, no lo contestan los parientes, pero la carta mortuoria notificó que había dado su espíritu el día 3 de julio, no obstante que la mujer asistente declaró haber fallecido el 4 (3). Tampoco hay que echar por alto otra incongruencia, demás de las dichas: la Rosita dijo por cosa cierta, que asomaba el día 3 cuando oyó aquellas voces (4); su tío al revés atestiguó haberlas oído en la noche del mismo día 3. ¿Cómo no pasó Gurney en el examen de los indicios hasta la última averiguación, pues quedan tantas sombras y dificultades por desvanecer? ¿Acaso temió entrar en el río de la plata para hallar puerto de claridad? ¿Por qué, pues, celebra con tantos encomios ese lance de alucinación colectiva?

36. *El que estos renglones escribe cayó de un barco á los trece años de edad, al desembarcar en la isla de Bali, al Este de Java, y casi se ahogó. Habiéndose hundido varias veces, al subir á la superficie llamó á su madre. La tripulación hizo chacota del caso. Muchos meses después el muchacho arribó á Inglaterra, y contando á su familia los apuros en que se había visto para salvarse, dijo: Estando yo sumergido en el agua, os vi á todas sentadas en este aposento y trabajando en cosa blanca; á todas os vi, á madre, á Emilia, á Elisa y á Elena. Díjole su madre: Cierto, yo te oí que me llamabas, y mandé á Emilia se asomase á la ventana, porque advertí que algo le pasaba al pobre muchacho. La hora, si tenemos cuenta con la diferencia de longitudes, correspondía á la hora en que se había oído la voz* (5).

(1) *Les hallucinat. télépath.*, 344. (2) Ibid., p. 345. (3) Ibid., p. 346. (4) Ibid., p. 347. (5) Ibid., p. 365.

La caída del mozuelo sucedió por la mañanita (1); entonces le oyeron llamar á su madre. Las hermanas contestaron después, haber oído la voz *madre* á las nueve de la noche. La isla de Bali, donde el chapuzón del chico acaeció, distará de Inglaterra 100° de longitud, equivalentes á unas siete horas. Luego cuando el muchacho pidió favor á su madre, podía estar la familia en Inglaterra con las manos en la labor, pues eran las ocho ó nueve de la noche. Pero falta aún lo principal, el día, el mes, el año. Esto tienen de particular semejantes relaciones, que cuando no cojean de un lado, cojean del otro. Lo más particular es, que no reparando los telepatistas en las honduras de las aguas por donde navegan, aun tambaleando ellos hacen asentar el pie á muchos de sus lectores, que infaliblemente han de hundirse en el piélago de la instabilidad humana.

37. El suceso de la pág. 376, que en el libro inglés corresponde al núm. 349, es caso de singulares circunstancias. Felipe Weld, colegial de San Edmundo, en abril de 1845, yendo de campo con sus compañeros, cayó en el rio y se ahogó. El director del Colegio fué á dar parte á la familia, que moraba en Southampton, una jornada del Colegio, cuando al saludar al padre del alumno ahogado, previnole éste diciendo: *No tiene usted por qué avisarme, sé que Felipe ha muerto. Ayer tarde, paseando con mi hija Catalina, le vimos de repente, parado en el camino entre dos personas, una de las cuales era un joven vestido de negro. Mi hija los divisó y me dijo: Papá, ¿ha visto usted alguien que se parezca á Felipe como este chico? Sí, él, respondí yo, porque él es, ni más ni menos.—¡Cosa rara! Mi hija no hizo caso de lo ocurrido, sólo creyó que habíamos visto una persona que se parecía por extremo á su hermano. Nos acercamos á los tres. Felipe tenía los ojos fijos, risueño y alegre, en el mancebo del vestido negro, que era menor que él. De repente los perdí de vista. No vi sino un labriego que yo divisaba por entre las tres figuras, lo cual me hizo sospechar serían espíritus. Guardé silencio por no trastornar á mi señora. Aguardé con ansiedad el correo del día siguiente, que no trajo carta por fortuna. Trascordado yo de que las cartas vienen de Ware por la tarde, sentí sosegados mis recelos, y no me acordé ya más hasta que le vi á usted apearse del carruaje: entonces me vino todo á la memoria, sin tener la menor duda de que venía usted á notificarme la muerte de mi querido hijo.*

Preguntado el padre acerca del otro doncel que iba de negro en compañía de Felipe, dijo que no le conocía ni le había visto nunca, pero que su semblante no se le despintaba de la memoria. El Padre Director contóle después las circunstancias de la infeliz muerte de su hijo. Celebradas las honras, se pasaron meses sin novedad particular, cuando un día, yendo á visitar con su hija al cura párroco de una iglesia, clavó los ojos en un retrato y exclamó fuera de sí: éste es el mancebo que yo vi en compañía de Felipe. Al sacerdote hizole

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 365.

varias preguntas sobre aquel cuadro, que no decía qué persona representaba. El cura le respondió era el retrato de San Estanislao de Kostka. Al padre del mancebo difunto le dió un golpe el corazón, porque como su casa había sido bienhechora de la Compañía de Jesús, holgaba de entender la protección que de sus santos recibía, fuera de que Felipe consecutivamente á varios lances había concebido especial devoción á San Estanislao, sin contar que San Estanislao es tenido por particular intercesor de los que se ahogan, como se dice en su Vida. El sacerdote regaló aquella pintura al padre de Felipe, quien la recibió con veneración y la conservó hasta la muerte, dejándola después á la hija, que había visto la aparición juntamente con él (1).

Todo esto se halla, parte resumido, parte al pie de la letra, en la relación escrita por Catalina Weld á 17 de mayo de 1883. En ella son de notar las cosas siguientes. La misma Catalina depuso después, que yendo con su padre á paseo no había reparado en el semblante ni vestido de los dos que acompañaban á su hermano Felipe, y por eso no pudo reconocer el retrato de la sala del cura párroco (2). De donde sacamos, que la alucinación no se puede llamar colectiva respecto de los tres jóvenes, sino respecto de Felipe, ni aun respecto de éste, pues que á su hermana Catalina le pareció su rostro el de un extraño semejante al del hermano. Después, ¿en qué se fundaba su padre para presagiar desgracia ó muerte á vista de aquel encuentro? ¿Cómo se le borró tan presto de la memoria, pues así lo dice el papel de la relación? ¿Es natural en un padre que recibe tan vivo golpe, el quedar de resultas de la visión tan sesgo y frío, que ni siquiera mandase recado al Colegio para salir de congoja? Finalmente, de la coincidencia no consta con claridad. El 16 por la tarde se ahoga Felipe en el río, la misma tarde va el Director á participárselo á su padre, llega el día 17 á su casa, dícele el padre, *ayer por la tarde vi á Felipe,* denotando que el 16 por la tarde le había visto. ¿Y la distancia geográfica no ha de entrar en la cuenta, si entre Ware y Southampton había una jornada de por medio? Si el padre Weld anduvo trascordado respecto de las cartas, como él propio confesó, ¿sería mucho que el vuelo de la fantasía le hubiese hecho creer lo que no era cuando se figuró ver á su hijo? Tocante á Gurney, no es maravilla que admita por real la aparición de Felipe, y no quiera admitir la de San Estanislao; los telepatistas hacen muchas suertes de guisados por servir al gusto de la moderna incredulidad.

38. *En el mes de noviembre Juan Sherbrooke y el coronel Wynyard comían, entre cinco y seis, en su cámara del cuartel, en Sydney de América. Por estar el día sombrío, tenían en la mesa un candelero encendido, cuando hete aquí que entre ellos y la chimenea pasa una figura sencillamente vestida con sombrero redondo. Al pasar, Sherbrooke ex-*

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 377.
(2) Ibid , p. 378.

clama: Bendita sea mi alma, ¿quién es ese? Casi á un tiempo dice el coronel: Es mi hermano, Juan Wynyard; por seguro tengo que ha fallecido. El coronel, alborotado, se echa á llorar con llanto mujeril. Sherbrooke repuso: El personaje lleva un sombrero extrañamente bueno, de perlas me vendría á mí. Levántanse luego (Juan con sus muletas, pues tenía rota la pierna), toman la luz, entran en la alcoba, á donde la figura había pasado, buscan debajo de la cama, revuelven los rincones del aposento, sin hallar cosa. Juan declaró que el coronel pasó dos ó tres días aburrido, pues tenía bien tragada la muerte de su hermano.—Cinco meses transcurrieron sin recibir nuevas de Inglaterra. Al fin llegó una carta del cirujano, que le notificaba la muerte de Juan Wynyard, acaecida en el momento mismo de la aparición, en cuanto se pudo asegurar (1).

Para hacer evidente la coincidencia de la visión con el suceso, amontona Gurney en cinco páginas documentos de respuestas, cartas y relaciones diversas. De todo lo cual, bien pesado, resulta que apenas hay papel de provecho, ó porque se perdieron los originales, ó por flaqueza de memoria, ó por contradicción entre los relatores, ó por falta de firma. Basta leer con un poco de serenidad el relato sobredicho para negarle crédito.

En los dos artículos precedentes hemos traducido, según nuestro posible, los ejemplos más principales de la telepatía moderna, sin apartar los ojos de la obra de Gurney. Los telepatistas están blasonando y echando de la gloriosa pareciéndoles haber descubierto una mina, *la transmisión del pensamiento*, que comprende la transmisión de conceptos, de imágenes, de afectos, de inclinaciones. En estado de sueño, de semivigilia y de plena vigilia pueden tener efecto las dichas transmisiones por alucinación de la vista, del oído y del tacto, y simultáneamente de varios sentidos, con esta especialidad, que pueden ser solitarias, recíprocas y colectivas. De todas esas maneras de *transmisión del pensamiento* se han presentado hasta aquí algunos casos. Tarea enojosa, si se mira á la parte literaria, tanto para el lector como para el traductor; mirada en su aspecto científico, obra confusa, inconexa y más enojosa aún. Pero convenía á nuestro propósito devorar los inconvenientes jaropeados con hiel, á trueque de dejar el apetito abierto á la seria discusión. Una consecuencia queremos, antes de tentar la jornada, que conste á todo el mundo, como legítimamente deducida de las notas y acotaciones que al pie de cada relación hemos añadido, y es, que la coincidencia de la alucinación con el hecho histórico en muchos casos se presupone indubitable y no lo es, en algunos se descubre del todo nula, en otros está mal comprobada, en los más queda dudosa, en ninguno por entero demostrada. Saboréense los telepatistas en este laboriosísimo negocio, acicálense sus ingenios con el ejercicio de la rebusca, procuren á la ciencia copiosos documentos, llenen sus li-

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 383.

bros de relatos y de firmas; mientras no pongan en hermosa luz la base fundamental del sistema, que es la sobredicha coincidencia, será todo trabajo perdido, hojarasca que lleva el viento, tarea indigna de hombres estudiosos.

ARTICULO III.

1. Explicación de los fenómenos de la telepatía.– Intervención de un espíritu extraño, propuesta por algunos católicos.—Discusión del caso 37.—2. Discútese el caso 13.—Nuevas razones contra la hipótesis antedicha.—3. Advertencias sobre las alucinaciones en común.—4. Averíguase la causa de las telepatías.—Qué elementos entran en ellas.—5. En especial la fantasía y el cariño. —6. Señálanse otras causas que concurren á la figuración de la telepatía.—7. La asociación de ideas ayuda poderosamente.—8. Refútase la transmisión del pensamiento inventada por los telepatistas.—9. Opinión de Sinesio menos absurda.—10. Con gran circunspección se han de examinar los casos de telepatía.

1. Antes de entrar en razones con los telepatistas para demostrarles la vanidad de su sistema, no será fuera de propósito ventilar una opinión defendida por escritores de gran nombre, con el intento de poner en más clara noticia la causa productora de los fenómenos telepáticos. Para dar de ellos cabal satisfacción, juzga el P. Franco necesaria la concurrencia de un espíritu (diverso del agente y del paciente) que entienda y traspase de un individuo al otro que está lejano el pensamiento ó efecto de que se trata (1). El espíritu, según el P. Franco le propone, será el bueno ó el malo, el ángel ó el demonio, conforme convenga á la índole de las circunstancias y á la calidad de los efectos. El P. Juan Eusebio Nieremberg, á mediados del siglo XVII, insinuó esa opinión, aunque no la tuvo por segura, para dar cabal cuenta de semejantes sucesos, que le parecieron de ardua explicación, como también á San Agustín (2).

Para llevar adelante su solución presenta el P. Franco algunos ejemplos Hagamos asiento en el que discute más detenidamente en la pág. 425, § 14, resumido arriba y anotado con el núm. 37. Entre otras razones el P. Franco para probar que la visión del Sr. Weld y de su hija fué real y objetiva, y no subjetiva alucinación (cuando vieron los dos aquel grupo de tres personas y á Felipe entre ellas),

(1) A trasportare un pensiero, una scena visibile, una immagine, una cognizione qualsiasi da una mente ad un' altra in paese lontano, è assolutamente necessaria una mente, o vogliamo dire, uno spirito o altro agente intellettivo, capace di percepire il pensiero, la scena, l' immagine, la cognizione, là dove tuttociò si produce, e communicarla alla persona, che diviene il paziente ossia soggetto. *La Civiltà Cattolica*, Serie 17, vol. VII, 19 agosto, 1899, p 411.

(2) «Al Angel de la Guarda se podrían atribuir semejantes sueños, con relación á la persona á quien suceden, y otras circunstancias; otras veces á suceso fortuito, porque podía uno echarse á dormir con cuidado y recelo no le hurtasen entre tanto, y venir á soñarlo y concurrir acaso que también viniese el ladrón.» *Oculta filosofía*, libro II, capítulo LXXXVII.

cita la autoridad de los escritores de mística, que dan por señal de objetiva aparición el ser vista juntamente por dos ó más personas. Señal segura, en verdad, mas con condición precisa que los que ven, vean igualmente el objeto sin diferencia ni distinción alguna (1). En el caso presente no se descubre uniformidad de representación en el padre y en la hija; antes se nota lo contrario, si hemos de dar fe á Catalina, que es la única relatora del caso. Depone ésta lo siguiente: *Yo vi que dos personas iban con el joven que se parecía mucho á mi hermano. Mas no reparé en su semblante ni en su vestido; por tanto, no pude reconocer después el retrato en la sala del sacerdote* (2). El padre vió la ropa negra del joven compañero de su hijo, la hija no reparó en ello; el padre quedó alterado con la vista del hijo, la hija no hizo caso ni volvió á pensar en ello, como ella misma lo declara. Luego no hubo aquí uniformidad de representación, sino gran diversidad, pues á cada uno de los dos se les ofreció distinto aspecto, conforme á la disposición del ánimo. Más; quien primero divisó el grupo no fué el padre, sino la hija, la cual avivó la atención de su padre con aquella voz: Papá, ¿ha visto usted hombre más parecido á Felipe que éste? Si es ella la primera en brujulear, y luego no hace caudal de lo que brujuleó ni se acuerda más de lo visto, razón hay para descubrir en su relato la exposición de imágenes diáfanas forjadas por la fantasía del padre, si se obstinaba él en que representaban á su hijo. Finalmente, se podría negar que aquélla fuese visión extraordinaria. ¿Por qué no había de ser aquel grupo formado por tres hombres de carne y hueso, que habían salido al campo raso á espaciarse con la frescura de la tarde primaveral? Dice la relatora que desaparecieron los tres de repente; luego no fueron hombres, sino ángeles. No corre bien la consecuencia. ¿Quién pesquisó por ellos? Nadie. ¿Quién puso diligencias en su busca? Nadie. Andaba por allí un campesino, ¿quién le pidió nuevas de ellos? Nadie. ¿Cómo consta que no se ocultaron detrás de un seto á departir entre sí descansando? No consta el sí ni el no. Luego de su desaparición no se concluye bien que la visión fuese sobrenatural, pues ninguna probanza documentada hace inverosímil la vista natural de tres mozos que se pasean. Tampoco se prueba que en el momento de dejarse ver los tres, estuviera Felipe ahogándose en el río, como va notado atrás en el núm. 37 del artículo anterior.

2. De otro ejemplo hace mucha cuenta el P. Franco, referido arriba en el núm. 13. Mas para que cuadre bien con el ángel bueno la visión de Hosmer, la pinta culta, artista de pro, mujer de buen corazón; y á la criada supónela buena muchacha, y casi de cierto católica, como si fuesen de importancia las tales prendas para la verdad de la aparición. Digo mal. Si Rosa hubiera muerto católica, ¿qué re-

(1) SCHRAM: Si visio vel apparitio ab omnibus praesentibus indifferenter percipiatur, fere evidens signum est visionem seu apparitionem esse exterius sensibilem, seu corporalem. *Theologia mystica*, t. II, § 510, p. 231.

(2) *Les hallucinat. télépath.*, p. 378.

pugnancia hay para que su alma se apareciese á su bienhechora dándole albricias de su muerte feliz? ¿Qué necesidad había, pues, de introducir la cooperación del ángel bueno? Ninguna. Por eso el Padre Franco, llevando la explicación por vía sobrenatural, admite por tan posible la aparición del alma de Rosa, como la del ángel bueno, pues del malo no se hable en la sobredicha relación (1). Excluye el P. Franco la intervención del demonio en la aparición, porque Rosa en ella mostró á su ama semblante alegre y festivo (2); mas eso lo añade el autor, no lo saca del relato, donde sólo se dice que Rosa en la visión pronunció cuatro palabras en italiano, y para hablar en italiano, al demonio no le falta arte ni gracia. Además, ¿no podía Dios dar licencia al demonio, por sus secretos juicios, para que se burlase del ama inglesa, si no era católica, y le dejase más asentada en la cabeza el engaño de la telepatía? Porque sino, ¿qué fruto sacó Dios de aquella visita, ora fuese del buen espíritu, ora del alma de Rosa? Ninguno que sepamos, fuera de la gran vanidad con que la inglesa llenaría los oídos de sus amigas con el recuento del caso. El P. Lodiel, que se ajusta á la opinión del P. Franco, dice que el alma de Rosa regració á su ama los beneficios recibidos, y que la convidó mansamente á seguir sus pisadas por el camino por donde había hallado el colmo de la bienandanza (3). Esas son conjeturas piadosas de los dos autores dichos, no fundamentadas en el texto de la relación, que, como dejamos en el núm. 13 anotado, no fué escrita por la Hosmer, sino por otra persona. Si Gurney hubiese de leer las interpretaciones de los PP. Franco y Lodiel, se pondría fuera de sí de rabioso á vista de tantas libertades. El relato no dice sino que la damisela Hosmer recibió la impresión como si le hubiese hablado su criada estas voces: *adesso sono felice, sono contenta;* de las cuales ningún buen lógico sacará más que la dicha y contento de la difunta Rosa.

Esto hemos querido dejar aquí apuntado, para que se entienda en qué laberintos nos metemos si echamos mano de espíritus, para dar razón de los cuentos de los telepatistas. Ciertamente, á los defensores de los espíritus poco les hace la çoincidencia ó discrepancia de tiempo entre la visión y el suceso; mas debieran advertir con cuidado que en la máxima parte de los casos se relatan acciones fútiles, fruslerías y bagatelas de ninguna entidad, incidentes llenos de vanidad mujeril, cuyos efectos como no huelen á virtud ni á vicio, tampoco abren la puerta, por su indiferente condición, á la concurrencia de espíritu bueno ó malo, según lo entenderá el lector en las relaciones de los dos artículos precedentes.

---

(1) *La Civiltà*, ibid., p. 420.

(2) ¿Come mai lo spirito suo per comparir alla Hosmer, si occupava de trasformarsi in sembiante gaio, mentre in verita era nello sfacelo della etisia di che moriva? *La Civiltà*, ibid., p. 421.

(3) Cette âme, parvenue à une vie meilleure, venait remercier sa bienfaitrice, et l'inviter doucement à la suivre dans la voie qui l'avait conduite au bonheur. *Etudes*, t. LXXXV, 5 oct., 1900, p. 67.

Parece que el P. Franco y el P. Lodiel, en conformidad con los telepatistas, presuponen por cosa averiguada que el aparecimiento de fantasmas sea señal de muerte ó presagio de desventura, porque si eso no presuponen, ¿cómo habían de explicar por concurso de espíritus angélicos las alucinaciones telepáticas? Siendo esto así, tenemos la doctrina de San Agustín contraria á semejante suposición. Después de mostrarse perplejo el Santo Doctor en la solución de una dificultad acerca de las visiones, dice sin vacilar lo siguiente: *Lo que no recibe duda es, que las imágenes corporales, que en espíritu se ven, no siempre son señales de otras cosas, ora en los despiertos, ora en los durmientes, ora en los enfermos* (1). Exceptúa San Agustín el caso del éxtasis. De cuya doctrina se colige que cuando en sueños ó en vigilia se percibe alguna representación, no todas veces se puede tomar por indicio de fallecimiento ó de desgracia acaecida á la persona cuya representación se ofrece á otra que vive lejos. Advertencia que tenía Santo Tomás bien asentada cuando reprobó la opinión de aquellos que hacían gala de adivinar cosas futuras mediante la soñarrera. *Así como á veces*, dice, *se conoce lo futuro en estado de vigilia, sin que esa previsión sea señal ó causa de lo que acaece después, así también acierta uno á soñar algo que luego por acaso acontece sin que lo soñado sea causa de lo acontecido* (2).

Por no perderles pisada á estos ilustradísimos Doctores y por no librar el peso de la verdad en pinturas imaginarias, no podemos acomodar nuestro flaco dictamen al del P. Lodiel, que busca en las Vidas de los Santos arrimadero á la opinión de los espíritus (3). Los hechos presentados por Lodiel tocantes á San Felipe Neri y á San Alfonso María de Ligorio no tienen conexión alguna con las manifestaciones telepáticas, porque son, ó verdaderas profecías ó verdaderas apariciones, tan dignas de reverencia como las de los santos antiguos, al revés de las telepatías, que no traen más significación en sí que la cortada al talle de la aprensión ó humor de los telepatistas. Más adelante continuaremos esta materia.

3. Antes de emprender la explanación, que nos ha parecido más probable, de las llamadas alucinaciones telepáticas, vendrá muy al caso proponer de la alucinación el significado propio. Diversas definiciones han dado de ella los modernos; muchas gobernadas por falsas aprensiones, otras medidas con la vara del provecho propio,

(1) Illud tamen dubium esse non debet, corporales imagines quae spiritu cernuntur, non semper signa esse aliarum rerum, sive in vigilantibus, sive in dormientibus, sive in aegrotantibus: mirum est autem, si aliquando exstasis fieri potest, ut non illae corporalium rerum similitudines aliquid significent. *De Genesi ad litter.*, lib. XII, cap. XIII.

(2) Sicut contingit aliquem cognoscere de aliquo futuro contingenti, et deinde accidit illud contingens vel aliquid simile, nec tamen ista cognitio est causa vel signum illius futuri; eodem modo contingit aliquid somniare quod contingenter sit vel ex suo consimili, nec tamen est somnium causa illius futuri, sed solum casu et ita accidit. Et ideo etiam pro minori parte somnia eveniunt, quia quod casuale est, non semper est, nec ut frequenter. *De divinatione per somnium*, lect. I.

(3) Pour avoir une lumière encore plus complète sur le sens de ces manifestations posthumes, il est bon de les raprocher de faits analogues qui se trouvent dans l'histoire de plusieurs saints modernes. *Etudes*, ibid., p 68.

otras cortadas según el padrón de un sistema peculiar y menguado (1). Si hemos de tomar la *alucinación* en el propiísimo y riguroso sentido, es la percepción sensitiva de un objeto meramente imaginado, así como la *ilusión* es la sensación de un objeto mal percibido. La diferencia de la alucinación á la ilusión consiste en que la ilusión percibe las cosas exteriores mediante los sentidos, pero desfiguradas por una falsa interpretación; mas la alucinación las percibe como presentes estando ellas ausentes, mediante la fantasía. En ambos casos la percepción de objetos corporales es sensitiva, pero defectuosa: sensitiva, esto es, efectuada por los sentidos; defectuosa, esto es, irregular y llena de falsedad objetiva en la impresión que del objetivo proviene, ora el defecto nazca de perturbación morbosa, ó de excitación nerviosa, de distracción, ó de otra causa cualquiera.

Mucho importa dejar asentado que la alucinación, con todo rigor y propiedad, es una sensación verdadera, aunque el objeto sea imaginado y no real. Bien lo saben los médicos, cuando á uno que padece alucinación de la vista, por ejemplo, apretándole un ojo le hacen ver dos fantasmas en vez de uno, al tenor de lo que sucede en la percepción ordinaria y normal cuando no queremos que las dos imágenes visuales coincidan entre sí. Cuanto al ejercicio no va diferencia de la alucinación á la sensación objetiva. Por obra de alucinación se imprimen las especies en los ojos de igual manera que en la sensación objetiva; las leyes de óptica son las mismas para entrambas, el órgano de la vista cumple su función de igual modo, el mismo miembro del organismo es el asiento de una y otra. La diferencia está en el solo objeto: el de la alucinación no está presente á los sentidos, sólo hace en la fantasía presencia forjada; el de la sensación objetiva es real y presente al órgano del sentido. Y porque la fantasía tiene su órgano en el cerebro, allí se fragua la percepción, de allí le viene al alucinado la impresión engañosa; de mane-

---

(1) ESQUIROL: Un homme qui a la conviction intime d'une sensation actuellement perçue, alors que nul objet extérieur propre à exciter cette sensation n'est à la portée de ses sens, est dans un état d'hallucination. *Des maladies mentales*, t. I, p. 80.—BAILLARGER: L'hallucination peut être définie: Une perception sensorielle indépendante de toute excitation extérieure des organes des sens. *De l'influence de l'état intermédiaire à la veille et au sommeil sur la production et la marche des hallucinations*, 1846, p. 474.—CALMEIL: Celui-ci est halluciné, dout l'imagination, fascinée par la maladie, prête un corps et une forme aux idées qui prennent naissance dans son cerveau. *De la folie*, 1846, t. I, p. 4.—BALL: L'hallucination est une sensation sans objet.—ARNOLD: L'hallucination est l'état intellectuel d'une personne qui croit voir ou entendre ce que les autres ne voient ni n'entendent. Citados los dos últimos por Surbled, *Revue des questions scientif*. Deuxième série, 1899, t. XVI, p. 388.—URRÁBURU: Hallucinatio est illusio quaedam vel deceptio sensuum, in eo sita quod quis hic nunc sentire, videre, audire... sibi videatur, cum nihil objective existens reapse sentiat, nimirum falsas pro veris sensationes accipiendo. *Psychologia*, lib. II, disp. V, cap. II, art. 1.—SURBLED: L'hallucination est une perturbation morbide et vigile de la sensibilité qui nous fait voir, entendre, goûter, odorer, toucher des objets extérieurs en leur absence. *Revue des qüestions scientif*. 1899, deuxième série, t. XVI, p. 390.—P. BONNIOT: L'hallucination est une sensation détermineé par une impression organique dont ni l'objet ni la cause immédiate ne sont extérieures. *Le Miracle et les sciences médicales*, p. 17.—SALIS-SEEWIS: L'hallucinazione è una percezione sensitiva senza oggetto. *Visione e allucinazioni*, 1892, p. 88.—En este último libro se hallan otras muchas y diversas definiciones, p. 75, etc.

ra, que el órgano encefálico es el manantial de todas las alucinaciones. Aunque el órgano de los sentidos tenga su asiento en la periferia del cerebro, y la alucinación como parto de la fantasía le tenga en el centro cortical del encéfalo; pero entrambos, *el cerebro y los órganos periféricos van tan estrechamente unidos entre sí por un sistema completo de fibras, que separados quedarían sin ningún efecto, y unidos en un acto fisiológico aseguran totalmente la sensación* (1).

De esta suerte, en toda alucinación, como en toda sensación objetiva, concurren dos órganos, dos centros subordinados entre sí, el órgano periférico y el centro cortical del cerebro, ambos á dos disdistintos, ambos igualmente necesarios, ambos tan conjuntos é inseparables, que sin su simultánea concurrencia no se ejecutaría, como con ella se ejecuta, el acto fisiológico de la percepción sensitiva, único é indivisible. Porque el alucinado no es el órgano periférico del sentido, ni el centro cortical, ni aun tampoco el alma humana, sino el hombre, el compuesto de alma y cuerpo, que da entrada por la puerta de los sentidos á la falaz impresión, dejadas las llaves en manos de la fantasía.

No entremos á investigar el origen fisiológico de las alucinaciones, en que hallamos divididos entre sí y de contrario parecer á los fisiólogos de más nombradía en tan delicada materia (2). Muchos son los que tienen por más probable que en el alucinado la excitación nace de los centros corticales y termina en la superficie del cerebro, al revés de la sensación objetiva en que la excitación va de la periferia á los centros. Comoquiera que ello sea, una cosa no podemos admitir, como no la admite el P. Urráburu, y es, que las excitaciones cerebrales sean poderosas á extender su actividad hasta los órganos de los sentidos, porque esas excitaciones serían especies sensibles, las cuales sólo se fraguan en los sentidos y no en el cerebro (3).

Si pesamos la entidad de las alucinaciones, otra cosa no son sino actos de la imaginación, que de imágenes ya percibidas por los sentidos sabe componer otras mucho más lúcidas, tal vez flamantes, cuya viveza y novedad podían igualarse á las de las sensaciones

---

(1) SURBLED, *Revue des quest. scientif.*, 1899, t. XVI, p. 397.

(2) SULLY: Physiologiquement, l'hallucination tient vraisemblablement à ce que l'excitation au lieu de partir de la périphérie, prend son origine dans les centres cérébraux ou sur le trajet des nerfs sensibles. C'est l'interprétation de la plupart des aliénistes. *Les illusions des sens et de l'esprit*, p. 9.—MERCIER: Il serait alors naturel de supposer que plus l'incitation cérébrale se répand vers la périphérie et devient ainsi semblable à l'excitation normale, plus aussi l'hallucination est puissante. *Psychologie*, 1892, p. 186.—FARGES: «Bien plus, si nous en croyons les médecins spécialistes, l'image cérébrale, revenant pour ainsi dire sur ses pas, pourrait ébranler de nouveau les bâtonnets et les cônes de la rétine d'où elle était partie, et y provoquer par contre-coup de véritables images consécutives.» *L'objectivité de la perception des sens externes*, p. 232.—«D'après M. Luys, le siége des hallucinations est dans les couches optiques; d'après M. Tamburini, il serait dans la couche corticale.» *Dictionn. des dictionn.*, t. IV, p. 488.

(3) Nolim tamen concedere, donec demonstretur, posse quoque simili modo excitationes intentionales a cerebro ad organa sensuum externorum propagari. *Psychologia*, lib. II, disp. V, cap. II, art. I, p. 1169.

exteriores. Cuando esto acontece, cuando los actos de la imaginativa son intensos, y las imágenes muy vivas, y las alucinaciones tales que se asemejan á las impresiones de los sentidos; entonces, rebajado el vigor de la razón para juzgar con rectitud la realidad de los objetos, rebájase también la norma para reconocer la diferencia entre las percepciones objetivas y las percepciones imaginarias. Pero la alucinación no pasa á ser engaño y antojo, sino cuando el juicio del hombre falla la sentencia pronunciando por realidades objetivas las que son puros fantasmas de imaginación trastornada. Lo cual podrá fácilmente suceder si interviene estado patológico ó indisposición mórbida, ó aprensión vivísima, en personas despiertas, porque durante el sueño el mismo desorden cerebral ayuda con la irregularidad de los movimientos á engendrar alucinaciones. De cualquier modo que ellas se produzcan, ora en sueño, ora en vigilia, no llegan los fisiólogos á sacar de rastro su causa eficiente (1).

No carece de importancia el resolver si la alucinación puede hacerse común á muchas personas á un tiempo. Diferentemente responden los modernos á la cuestión. En las ilusiones es menor la dificultad. En San Marcos (2) leemos, que con ver los discípulos al Salvador andando sobre las aguas dieron voces turbados, porque les parecía fantasma ó cosa del otro mundo. Divisó un hombre en el cielo á la puesta del sol un bulto en figura de águila, culebrón, cocodrilo; despierta la atención de sus compañeros, y todos estiman animal lo que era musaraña de nube. Pero en la alucinación, que no se ceba en objeto real presente, la dificultad se aumenta. Bonniot y Salis-Seewis juzgan por imposibles las alucinaciones que llaman *colectivas* (3); al contrario, Surbled las tiene por muy posibles (4). Los argumentos con que este autor prueba su dictamen, no concluyen por entero lo que pretende, porque, ó demuestran ser posible la *ilusión colectiva*, ó comprueban ser posible la *alucinación colectiva* por vía de imitación, ó digamos por preocupación, como se nota en el ejemplo de los soldados (5). Quien hubiese oído la conversación que corría entre los 800 soldados antes de embestirlos el sueño, hubiera adivinado la pesadilla ó la representación imaginaria que iban los más á experimentar. Una alucinación apercibida no era mucho tuviese efecto; naturalmente se puede explicar, sin ser necesario meter al demonio de por medio para hallar su explicación. En esta parte paré-

(1) *Revue des quest. scientif.*, 1898, t. XLIII, p. 501.
(2) Marc., VI, 49.
(3) *Le miracle et les sciences médicales*, p. 96.—*Visioni e allucinazioni*, 1892, p. 41.
(4) *Hallucination*, *Revue des quest. scientif.*, t. XVI, p. 404.
(5) Les soldats étaient arrivés fatigués par une longue marche, et s'étaient endormis avec la pensée que la vieille abbaye était fréquentée par les *mauvais esprits*. Des cauchemars devaient nécessairement résulter d'une telle disposition psycho-sensible. Tous les soldats n'en ont pas été la proie, sans doute; mais il suffit, pour expliquer l'événement, que plusieurs l'aient ressentie. L'hallucination n'a pas été générale d'emblée, mais elle s'est communiquée comme par enchantement, elle s'est généralisée par sympathie et par entraînement. Le diable a pris aux yeux de plusieurs la forme d'un chien noir, et *tous l'ont vu* sous cette forme simple, dont la perception est commune. Ibid., p. 409.

cenos que el P. Bonniot, que da á demonio la alucinación sobredicha de los soldados, pasa los términos de la conveniencia. La historia de los *duendes*, famosos en la Europa del siglo XVII, confirmaría la sentencia de Surbled cuanto á la ilusión, no cuanto á la alucinación, que si de antemano con arte ó de algún modo se prepara, podrá ser colectiva é igual en muchas personas, si no se arma ni dispone, en ninguna manera lo puede ser. Todo lo cual dejamos ya advertido en *El Milagro* (1). Otra prueba de esto se descubre en los libros de telepatia. Los telepatistas narran sucesos de alucinaciones colectivas, como hemos visto al fin del artículo anterior en los números 35, 36, 37, 38; mas no aciertan á sacarlas iguales del todo en varios individuos á la vez. Si alguna suerte hacen las alucinaciones colectivas es en lances muy contados.

4. Presupuesta la doctrina antecedente, procuremos dar alguna razón de las alucinaciones, que seguiremos llamando telepáticas aunque en verdad no lo sean. De dos raíces, como de causas, podrían nacer: de defecto en los sentidos, de vicio en la imaginación. Un hombre, que teniendo los sentidos bien dispuestos y la imaginación perfectamente ordenada usa de ambas potencias con libre y cabal ejercicio, no padecerá alucinación telepática; si la padece, será ó falta de sentidos ó falta de fantasía. Falta en los sentidos experimentan los durmientes ó los que de algún modo tienen trabada la sensibilidad, ora duerman profundamente, ora estén medio dormidos ó semidespiertos. La máxima parte de los ejemplos arriba contados, desde el núm. 4 hasta el 18, comprueban que las personas alucinadas, ó soñaban totalmente ó salían de sueño profundo. La falta de ejercicio regular en los sentidos era absoluta en las primeras, relativa en las segundas, en ambas clases verdadera é inhábil para precaverse de la alucinación; la ligadura sensitiva las imposibilitaba de atender al engaño de la fantasía y de salir de sus enredos.

Porque la fantasía va sujeta á turba de achaques, más peligrosos tal vez que los de los sentidos externos. Alarde lucido hace de sus mañas y marañas cuando yacen los sentidos ocupados por la grave soñera. Entonces levanta el pendón la loca de la casa, sale de sus cotos ordinarios, corre volando por cielos y tierra, sube á lo alto, baja al profundo, ve, oye, toca, huele, gusta cosas que son meras burlerías, y con ellas hace plato al entendimiento y á la voluntad, de cuyos actos nacen quimeras de discursos y afectos, no sin entrar á la parte las pasiones alborotadas por la imaginación, á quien se debe tanto desconcierto y desvarío. Así que el hombre abre los ojos y da lugar á la luz de la recta razón, descubre que le guiaba la aprensión de la fantasía. Entre tanto llana cosa le es á ella representar en sueños disparatadas acciones ó vistas en otro tiempo, ó nunca sucedidas ni antes pensadas, ó temidas, ó deseadas, ó ejecutables, ó

(1) Lib. III, cap. VIII, art. IV.

imposibles de ejecutar, conforme á la facultad de su incomparable poder. Si, pues, una vez entre mil alguna de sus representaciones viene á ejecución, no será, ciertamente, por haber sido soñada, sino porque la casualidad hizo que lo soñado precediese, ó concurriese, ó sucediese á la operación del soñante.

5. De dónde nazcan los desaforados fantasmas del hombre dormido las más de las veces, lo resumió brevemente Santo Tomás, cuando entre las causas interiores puso estas dos: la disposición del cuerpo y la ocupación de la mente (1). El pensamiento y la afición que ocupan el ánimo del hombre en tiempo de vigilia podrán dar razón de muchos sueños, según la opinión de Santo Tomás. Por esta causa vemos en las relaciones telepáticas que ninguna persona sueña á otra que no le sea amiga, parienta, aficionada por algún motivo. ¿En qué se resumen todos los relatos? En decir que la novia soñó al novio, el hermano al hermano, el padre al hijo, el hijo á la madre, la señora á la criada, el amigo al amigo, porque relatos de sueños en que una persona soñase á otra totalmente desconocida ni enlazada por interés de afecto, no hay uno que es uno en todo el archivo de la telepatía. Solícito cuidado tienen los relatores de significar con llaneza que la persona soñada ocupaba el corazón del soñador.

Todo el punto está en que el afecto del corazón sea tan poderoso, como en las alucinaciones telepáticas se ve. ¿Podrá dudar alguno que la simpatía tenga influjo en la imaginación, y la imaginación en la simpatía? *Sucedido ha*, dice Nierenberg, *no saber una mujer que venía su marido de la India, y estando haciendo labor, moverse y persuadirse tan fuertemente que venía, que salió á ver si entraba por la puerta, y encontrar con él* (2). Este caso, acontecido en vigilia, más fácilmente se forjará en sueños. El afecto del corazón es grande artífice, cuando la simpatía le mueve ó la antipatía le provoca. Teme el cordero al lobo, el ratón al gato, la víbora al cangrejo, el lobo al león, la pantera á la hiena, á causa de la antipatía que entre ellos hay excitada por la imaginación. No produce menores efectos la simpatía entre personas amigas, aunque disten muy largo trecho una de otra. Aquella secreta conformidad de afecto da á la fantasía nuevas alas para volar á pensamientos extraordinarios, á representaciones atrevidas que parecerán desatinos á los de corazón descastado. Por eso los lances de alucinación telepática versan sobre personas que se tienen simpatía, ora provenga la simpatía de parentesco, ó de amistad, ó de cualquier otro motivo. Cuando la voluntad está interesada en el amor de una persona, dan luego cuidado sus penas, se buscan

(1) Somniorum causa quandoque quidem est interius, quandoque autem exterius. Interior autem somniorum causa duplex est: una quidem animalis, in quantum scilicet ea occurrunt hominis phantasiae in dormiendo, circa quae ejus cogitatio et affectio fuit immorata in vigilando. Quandoque vero causa intrinseca somniorum est corporalis, nam ex interiori dispositione corporis formatur aliquis motus in phantasia conveniens tali dispositioni. 2.ª 2.ae, q. XCV, a. 6.

(2) *Oculta filos.*, lib. I, cap. LXVIII.

noticias de su salud, la ignorancia de ellas quita unas veces el sueño, otras da sueños congojosos, en que ó habla el durmiente con ella, ó finge lances tristísimos, ó trasuda con agonías, ó sospecha desgracias, ó lamenta caídas, ó se le antoja que murió; antojos, que nacen de pasión amorosa y de corazón aficionado, comoquiera que el amor suele transportar al amante y traerle fuera de sí por corresponder á la persona amada. No será de maravillar que un hijo sueñe que ve una visión de su madre ni que una esposa ande soñolienta pensando que habla con su marido ausente.

6. Fuera del sueño normal, en estado de vigilia es posible se hallen á veces personas de imaginación destituida de vigor mental, que sin caer en desvaríos de verdadera locura sean inhábiles para encaminar derechamente los juicios del entendimiento. Estas dos causas, desorden de la fantasía é imbecilidad de la razón, son muy á propósito para levantar castillos de alucinaciones en sujetos que están despiertos. Mejor debiera decirse, que ambas causas se dan la mano con orden admirable. Cuanto más desordenada está la fantasía en un individuo, si obra con intensidad, más fácilmente quitará los nervios á la razón: es doctrina de Santo Tomás (1). De suerte se contraponen estas dos potencias, que la debilidad de la razón llega á veces á no advertir el desorden de la fantasía, ni á estar en la cuenta de las condiciones necesarias para proferir juicio recto, como le pasa al jinete que por no poder enfrenar el ímpetu del desbocado corcel, déjase llevar por breñas y barrancos hasta dar consigo en el profundo de la sima. Efecto de flaqueza mental es la distracción, no digo la distracción pasajera y momentánea, de cuya inquietud ningún mortal se libra, sino aquella disipación habitual de espíritu en que muchas gentes viven, profesada en particular por no pocas mujeres, no dueñas de sí ni de sus pensamientos.

Poco ó ningún cuidado llevó Gurney en preguntar á los relatores de telepatías sobre la flaqueza de la razón y sobre el desorden de la fantasía, en vez de ocupar sus diligencias en preguntas de menos monta. Porque si hubiese dado vueltas á los escondrijos interiores de las almas que decían haber tenido visiones, habría informado mejor á sus lectores de las alucinaciones telepáticas. Habría hallado por respuesta que las personas alucinadas andaban ó habían andado distraídas con mil vaguedades, olvidadas del todo de sí, faltas de seso y peso, sin ninguna interioridad, bulliciosas y andariegas, no sólo desbocadas y sin freno de razón, mas huidas de imaginación, derramadas en la vanidad de sus sentidos; tales, en fin, que aunque no quedasen notadas con todas estas menguas, las tenían bastantes para adorar delirios y estimarlos merecedores de respeto. Cabezas donde ni la razón impera, ni la fantasía obedece, ni los sentidos ocupan su puesto, ni resplandece el sol de la cordura, sino la luna del antojo, han de tener la alucinación por cebo de buen gusto, por

(1) I p. q. LXXVI, a. 3.

norma de recto pensar. Con esto no es nuestra intención condenar ni tildar á nadie; sólo deploramos que á Gurney se le fuese por alto la pregunta indicada, para buen gobierno de sus concienzudos lectores.

De ahí colegimos que la alucinación no tanto es obra del alma cuanto de todo el hombre, constante de alma y cuerpo, porque sin los devaneos de la imaginación no pudiera el discurso de la razón trastornarse, como suele en las alucinaciones telepáticas. No por eso concluimos que el alucinado pierda la reflexión, ni eche á las espaldas la conciencia de su personalidad. ¿No la pierde el loco y la perdería el alucinado? No la pierde el loco, porque el loco, aun hablando á troche moche cuanto le viene á la boca, se conoce á sí mismo, hila sus pensamientos, hace actos de reflexión, pero ni vuelve en sí, ni lleva con acierto las cuentas del alma, porque el desenfreno de la fantasía no le da lugar á reconocer su estado de alucinación continua, ni á corregir sus ilusiones, ni á entender la impotencia de sus facultades, ni á pensar lo que á hombre razonable cumple. El alucinado no es demente, pues tiene en su mano, aunque á veces le sea dificultoso, el obrar con entera libertad, de cuyo ejercicio está falto el demente, que en esta parte se equipara al hombre que sueña. De este modo, si alguna vez el despierto no hiciese reflexión de sus propios actos interiores, no por eso le calificaríamos de loco, aunque en aquel punto no desenvolviese su conciencia como es razón.

Tampoco la alucinación presupone lesión orgánica del cerebro, pues que ni aun en los dementes es cosa cierta que la haya, como lo testifican autores de peso en materia fisiológica (1). Así se entiende cómo las más de las personas que han padecido alucinación telepática, ó nunca las habían experimentado de ninguna suerte ó no las experimentaron después; advertencia, que Gurney no deja de notar en su libro. En el cual, con todo eso ha de reconocerse con cuidado cuántas contradicciones, inexactitudes y desaciertos encierran los casos 18 y demás hasta el 35 que tratan de telepatías en vela, conforme lo hemos avisado, no porque las personas visionarias estuviesen locas ó enfermas, sino porque el caso de alucinación arguye ó trastorno de fantasía ó flaqueza de discurso. No pondremos duda en que personas neuropáticas, aquejadas de mal nervioso, estén más expuestas á la alucinación, así como tampoco extrañaríamos que algunos sujetos visionarios de los casos dichos anduvieran dolientes ó fatigados de neuropatías; pero nos persuadimos y queremos persuadir, que bastan los dos elementos antedichos, irregularidad ó desorden de la fantasía y debilidad de la razón, para entender las alucinaciones telepáticas en vigilia, sin que sea necesario acudir á la transmisión del pensamiento, como acuden los telepatistas para explicar su ser singularísimo. ¿Es, por ventura, caso quimérico, im-

(1) Georget, *De la folie*, chap. VI, § 14.—Lelut, *Introd. sur les altérations de l'encéphale dans la folie*.—Pinel, *De la manie*, sect. III, § 15.—Farges, *Le cerveau*, 1892, p. 165.

posible, absurdo, hallarse un hombre en tales circunstancias, que estando fuera de la cama, despedido de los ojos el sueño, tornados los sentidos y potencias á sus operaciones, se olvide tan por entero de sí, que ni piense con quién habla, ni atine á lo que ve, ni sepa dónde está, ni entre en sí para mirarse, y que entre tanto se le vaya la imaginación á mirar las musarañas y el desvarío de sus pensamientos, errando el blanco y creyendo que ve visiones? Caso raro podrá ser, no de todo punto imposible. Cabalmente, los telepatistas no se cansan de pregonar que las alucinaciones telepáticas son rarísimas, pues aun provocan á sus enemigos á que prueben lo contrario (1).

7. Presupuesta la dicha inclinación ó simpatía, acompañada de imaginación ligera y de razón floja, veamos cómo se puede hacer alguna demostración de las alucinaciones telepáticas. La voluntad no las impone, ni podría propiamente mandar la ejecución de su fábrica, si la fantasía no tuviera reconcentradas en su depósito algunas imágenes que ayudasen á la obra. Porque la imaginación más es invencionera que inventora. Muy ardua tarea será, no cabe duda, señalar por qué hilo se comienza á urdir la trama para tejer tan rara tela, pudiendo servir de primero la vista de un cuadro, la percepción de una palabra, la lectura de un periódico, ú otro objeto cualquiera, cuya impresión como poderoso acicate estimulará la fantasía á tan maravillosa tejedura. Pero no se puede cuestionar, porque es cierto, que un alma agitada por afectuoso cariño hacia la persona ausente, tomando por estímulo un objeto ó imagen cualquiera, se sentirá arrebatada fácilmente de imagen en imagen, como por fuerza, en alas del amor volando volando, á un mundo nuevo, donde se le figure ver, oir, abrazar, á la persona ausente cual si la tuviera presente.

A este vuelo natural y espontáneo da impulso la asociación de ideas (así llamada por los modernos y por todos encarecida), que otra cosa no es sino la conexión que entre sí tienen las varias imágenes de los objetos percibidos. Claro está que las mismas imágenes dan lugar á la dicha asociación, por la semejanza, oposición y afinidad que guardan entre sí (2); pero la calidad de las personas ayuda más que todo al enlace de las especies imaginarias. ¿Quién no ve que así como al campesino, que pasa de su aldea á la ciudad, el más liviano utensilio le trae al pensamiento imágenes de labranza, también al amante le será fácil, tomando ocasión de un concepto indiferente, sentir en sí una representación viva de la persona amada por más distante que esté? Y una vez levantado en alas de una es-

---

(1) GURNEY: Il paraît universellement admis qu'elles sont fort rares; c'est aux partisans de la théorie du hasard à faire la preuve du contraire. *Les hallucinat. télépath.*, p. 210.

(2) Celebradas son de los modernos filósofos las tres leyes de la asociación de ideas, á saber, ley de semejanza, ley de contrariedad, ley de contigüidad, con cuya invención no pueden alzarse justamente ellos cual si hubiera nacido de su propio caudal, pues ya Santo Tomás menciona las tres sobredichas leyes en su tratado *De memoria et reminiscentia*, lect. V, donde interpreta un lugar de Aristóteles, que le da pie para asentarlas.

pecie, como en ligerísima carroza, y acompañado de un tropel de imágenes asociadas, y aguijado por el ardor amoroso de la inquebrantable amistad, llevado de contrarios vientos, hará puntas y más puntas, dará vueltas y vuelos, subirá, bajará, tornará á subir, pasando inmensos espacios, hasta que cerniendo sobre el punto donde se halla la presa, la arrebate sobre sus alas, y sienta cosas tristes del amado, y se goce con sus alegrías, y le imagine vivo, doliente, sano, muerto; siendo en esta cacería lo más de notar, que de los mil vuelos que emprendió por dar al amigo alguna amorosa picada, ninguno en veinte años le salió acertado, los más pararon en alear y batir las alas: engañéme, dice al fin, después de averiguada la verdad de las cosas, pues se halló manuvacío; que si una vez acertó, por accidente fué y casi á medias.

Siendo tal la fuerza de la asociación de imágenes, que aun en los brutos hace maravillosos efectos, como es de ver en los que se dejan domesticar y enseñar, y en los que huyen el palo ó buscan el regalo; bien podremos inferir que un sujeto nervioso, imaginativo, de vivaz fantasía, de corazón tierno, de amistad constante, dando hilo á sus imaginaciones sienta un día despertarse en su mente la representación de un suceso fatal para su amigo, doloroso á su corazón, si llegase á ser verdadero. Mas rodaron las cosas de manera que lo fué, así como hasta ahora ninguno de los imaginados lo había sido. ¿Dónde está el enigma? Porque enigma hay sin duda, no imposibilidad. El enigma está en cómo una imagen excitada en la fantasía tiene aquel influjo tan eficaz para solicitar la turba de imágenes, necesarias á la representación de un difunto, que nunca antes en la mente se había figurado (1). La fantasía, dice Santo Tomás, *hace oficio de cazadora* (2). ¿Y quién no sabe que al cazador, cuando menos lo piensa, le salta la liebre? ¿Qué espíritu la hace saltar en la selva de la imaginación? Ninguno, fuera del alma propia. A menos que digamos, que en esta montería mental usa Dios de una ocultísima providencia, dando ocasión á las cazadoras imágenes para apercibir su divino concurso en caso que el hombre quiera dejarse prender en las amorosas redes en útil é interés propio, según que lo significa Losada en el lugar citado. De esta manera, la asociación de ideas, la humana simpatía, la providencia de Dios concurren á la formación de las alucinaciones telepáticas, sin necesidad de otro espiritual elemento (3).

---

(1) Los filósofos modernos no suelen descender á la raíz de esta inquisición filosófica, como lo hacían los antiguos, entre los cuales véase al P. Losada (*De anima*, disp. VI, cap. III, n 51) allí donde expone las causas de la asociación de ideas.—P. URRÁBURU, *Psychol.*, lib II, disp. III, cap. III, art. III

(2) Reminiscendo venamur. *De mem. et reminisc.*, lect. V, § 6.

(3) Los escritores Vaschide y Piéron fueron anotando puntualmente, cada cual en su casa, por espacio de diez y seis días continuos, las horas exactas en que el uno de los dos pensaba en lo que el otro pensaba ó hacía, puntualizando igualmente cada uno, por su parte, lo que él propio hacía ó pensaba. Cotejados después los apuntamientos, hallaron ciento y nueve coincidencias manifiestas. Para explicarlas, acuden entrambos escritores á una especie de *harmonía praestabilita*, en cuya virtud es fácil á dos personas

8. Acerquémonos ya á la razón fundamental de los telepatistas modernos, que de sus observaciones han formado una tristísima confusión. Hallámosla contenida en las tres proposiciones presentadas por Gurney en esta forma: *La experiencia prueba que la telepatía, esto es, la transmisión de los pensamientos y de los afectos de un espíritu á otro sin el auxilio de los órganos de los sentidos, es una realidad.—El testimonio prueba que personas que pasan por una crisis grave ó que están para morir, se aparecen á sus amigos y parientes, ó se dejan oír de ellos con tal frecuencia, que no puede la casualidad explicar semejantes sucesos.—Estas apariciones son ejemplos de la acción sobresensible de un espíritu en otro* (1). En la tercera proposición, corolario de las dos primeras, se resume toda la substancia de la teoría telepática.

A nadie debe hacérsele nuevo el arte de discurrir como los telépatas discurren; no le inventaron ellos. Ya el Angel de las Escuelas tuvo que reprimir las osadías del musulmán Avicena en esta parte (2). Exagerando sin término la facultad de la fantasía, otorgábale Avicena eficacia para descomponer é inmutar los cuerpos extraños. El discurso del médico árabe es pura flor de ingeniosidad sin raíz ni jugo, porque tomando por principio lo que debía demostrar, saca del mal asentado principio consecuencias extravagantes. Los actos de la fantasía no sólo son inmanentes, sino que en el cerebro quedan ocultos sin tener órgano exterior por donde mostrarse (3); doctrina corriente y cierta. Contra la cual formaron campo con Avicena otros tan fantásticos como él, Ficino, Paracelso, Pomponazzi, Agripa, Alkindo, Cataneo, que ó soñaron ciertos rayos que despide la fantasía de sí, ó inventaron unos espíritus que del cuerpo brotan empujados por la imaginativa, ó dieron en mayores disparates, nada limpios ciertamente, ajenos de filosófico discurso.

Pero la torre de viento más quimérica que pudo levantar la petulante sinrazón, es la fingida por nuestros telepatistas para el fin de ponerse el alma en acecho, asomarse á la atalaya y transmitir el pensamiento á distancias inmensas. Este es el fruto de las modernas investigaciones. Para dar color á su invento, traen á colación las hazañas del magnetismo animal y de la sugestión hipnótica (4), no reparando que ni aun en sonámbulos ha producido el hipnotismo ni el magnetismo transmisiones de pensamiento, como atrás queda de-

---

amigas traerse presentes la una á la otra en casos parecidos cuando los tiempos son cortos; la cual hipótesis juzgan podrá servir para explicar los hechos de la telepatía. *Bulletin de l'Institut général psychologique. L'étude expérimentale des phénomènes de télépathie*, 1902, pág. 117, 240.—El P. Roure es de parecer que «cette théorie du parallélisme de deux existantes mentales en vertu de la force acquise, mérite d'être étudiée de plus près et soumise à de nouvelles expériences». *Etudes*, t. 97, 20 nov. 1903, pág. 545.

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 12.

(2) Véase *El Milagro*, lib. III, cap. VII, art. 1.

(3) SUÁREZ, *Metaphys.*, disp. XVIII, sect. 8.—RHODES, *Philos. peripat.*, lib. II, disp. XVII, quaest. VI, sect. 5.—TEÓFILO RAYNANDO, *De stigmatismo*, cap. VII.—URRÁBURU, *Psychol.*, lib. II, disp. X, cap. III, art. 2.

(4) Véase Gurney, ibid., p. 19.

mostrado; cuanto menos en vigilia. Pero á los telépatas ningún inconveniente los arredra. Muere fulano, tiene zutano visión á miles de leguas: no hay enlace efectivo entre ambos sucesos; no obstante la ninguna relación, los telépatas dan por demostrada la acción de fulano sobre zutano, siquiera de la influencia no tenga zutano noticia. Esté zutano dormido ó despierto, la visión de su amigo es señal segura de muerte. Tal es el razonar de los flamantes filósofos. De donde concluyen que, no concurriendo operación de sentidos que pueda servir de puente y vehículo para transportar á tan remotas tierras los pensamientos, ha de admitirse otra facultad especial, secretísima y muy nueva en el alma humana, que la encarame sobre la torre de la atalaya, le abra los ojos espirituales y le dé alas para volar al lado de otra alma querida (1). Desde que el mundo es mundo los solos telepatistas han reparado en la acción y ser de semejante facultad.

Muy conocida es en Metafísica aquella cuestión, si un agente criado puede obrar naturalmente fuera de la esfera de su actividad. Responden todos que no, porque no hay acción *in distans* sin pasar por el medio. Dije naturalmente, porque la divina virtud no ha menester aproximación de agente á paciente. Esta solución versa sobre acciones transeuntes que terminan fuera del propio sujeto. ¿Qué diremos de las inmanentes, cuya propia condición es recaer en el mismo sujeto? La vista, la imaginación, el pensamiento, el afecto, que son actos inmanentes, ningún efecto pueden obrar en personas lejanas, por derecha que lleven la intención de inmutarlas. A lo sumo, por accidente, podrían concitar en el propio cuerpo humores, hálitos, impresiones, trastornos, que hagan impresión en los presentes, cuyos ánimos se levanten por virtud de la impresión recibida á nuevos pensamientos y afectos. Aun en el propio cuerpo, la fantasía, que tiene en el cerebro su órgano, no mueve el apetito de la voluntad á querer alargar la mano, sin la concurrencia del sistema nervioso, instrumento de la locomoción. De igual manera no es la fantasía la que turba el color del rostro y le pone amarillo, ni la que desvanece la cabeza á vista del peligro, ni la que traba la lengua al oirse clamores; de semejantes inmutaciones la fantasía es causa remota, no eficiente ni inmediata. Los ángeles tampoco pueden menear un cuerpo sin estarle presente con presencia próxima. Y aunque se diga de ellos que mueven por entendimiento y voluntad, su potencia locomotiva es la que á la voluntad y entendimiento se subordinan con entera perfección. Aun la locomoción angélica se

(1) Gurney: Quand nous parlons d'impressions qui se sont produites sans l'intermédiaire des sens, nous ne voulons pas dire seulement que le sujet n'a eu conscience d'aucune sensation. Nous voulons dire que la cause ou la condition de l'impression transmise est réellement et en elle-même inconnue, qu'elle est aussi mystérieuse pour tout observateur que pour le sujet même. Il nous faut bien recourir en ce cas à quelque faculté spéciale d'ordre supra-sensible, faculté qui, sans aucun doute, est nouvelle dans la science. *Les hallucinat. télépath.*, p. 17.

ejecuta por acción inmanente, como opina la sentencia general de los teólogos.

¿Qué será, pues, del alma humana, cuya jurisdicción está limitada al cuerpo donde ejercita su vital actividad? Gentilmente discurren los telepáticos, cuando dicen: la acción sale del agente como la saeta del arco, y llega saltando y volando al paciente que se halla lejos. Losada llamó esa manera de razonar *inteligencia de tosca Minerva* (1); en especial, que la acción inmanente no se recibe en la persona distante, sino en el mismo agente, y mucho menos sale de él para volar á ella, puesto que en él reside por su personal eficacia. ¿Cómo les puede caber en el pensamiento á los telépatas ese tan peregrino discurso?

El fundamento de los dichos autores parece estribar en el error de los platónicos y cabalistas, que licenciaban las almas de los hombres para andar de acá para allá á sus anchuras, sin embarazarse con la distancia de tierras. Muy en su lugar ponia las cosas el jurisconsulto cordobés Francisco Torreblanca Villalpando, alli donde explicaba hasta qué punto puede llegar la fuerza del alma en el éxtasis natural; aserción que confirmó con gravisimas autoridades, que no importa traer aquí (2). Delirio de platónicos es la comunicación de espíritus humanos sin el concurso de los sentidos, si ya no interviene burlería del demonio ó acción milagrosa de Dios. Más de punto sube el desvarío de los telepatistas, que, fuera del éxtasis natural, enseñan que recibe un alma nuevas de otra colocada á enorme distancia, sin el intermedio de los sentidos.

Aunque, si hemos de ser explícitos, bien conocen los telepatistas la necesidad de medio para lograr la telepática comunicación. El Dr. Giacchi es de sentir que la clarovidencia telepática nace de hiperestesia nerviosa, y es efecto patológico (3). Contra esa opinión se levantan los casos arriba alegados, donde no consta que los visionarios fuesen histéricos, neuropáticos, enfermos de conocida dolencia; pero aunque alguna tuviesen en el acto de la alucinación, no bastaría el histerismo más violento para enviar á cientos de leguas su morboso influjo.

Otros acuden al espiritismo. Vano empeño. No dudamos que mediante las operaciones espiritistas hayan acaecido alucinaciones telepáticas, como la citada por *La Civiltà* á 3 de Febrero de 1900; pero el agente del espiritismo no es el espíritu humano, sino el diabólico, y ¿sería mucho que el demonio, con licencia de Dios, le soplase al oido á un hombre lo que le pasa á su amigo en tierras lejanas? No son esas las telepatías de que ahora tratamos.

El inglés William Crookes, á fines del año 1898, expuso en una

(1) Haec enim rudis Minervae intelligentia est. *Cursus philos*, t. IV, 1883, p. 251.

(2) Imaginatio naturali sua virtute elevari non potest in extasim vel raptum, nisi a phantasmatibus concurrentibus imaginationi vehementi, quibus homo abstrahitur a sensu, et cor quietum permanet, nec exorbitat. *Juris spiritual. practicab.*, 1635, lib. III, cap. VII.

(3) Telepatie.—*Raccoglitore medico*, 1894, p. 8.

conferencia pública la teoría científica, que le pareció la única poderosa para *explicar* los fenómenos telepáticos. Consiste la *explicación* de Crookes en suponer un cierto linaje de vibraciones etéreas tan rápidas y ligeras, que atrabancan por todos los obstáculos y llevan lejísimos los despachos cerebrales. Son más sutiles que las eléctricas, más penetrantes que las lumínicas, más voladoras que las que producen los rayos Röntgen, porque son tales cuales las necesitan los telépatas para sus alucinaciones. Mas ¿dónde están esas vibraciones finísimas y volanderas? ¿Cómo llevan á su término las noticias? ¿Cómo informan al paciente? ¿Cómo representan la imagen y expresión del agente lejano? No da satisfacción el inglés á estas y á otras cien preguntas que se le podrían hacer (1).

9. Dejadas aparte las exposiciones modernas de semejantes filósofos, recordemos que la teoría telepática tiene alguna afinidad con la de aquel Sinesio, filósofo antiguo, remedador de pitagóricos y platónicos. Escribió Sinesio un libro *De los Ensueños*, *De insomniis*, comentado por Nicéforo, escritor del siglo XIV (2). Inventó el *espíritu fantástico*, haciéndole vehículo del alma. Por medio del *espíritu fantástico* se une el alma al cuerpo, no en íntimo lazo, sino de suerte que pueda ella andar vagando fuera del cuerpo, y mundanear de una parte á otra, llevada como en hombros del *espíritu fantástico*, sin apartarse de su lado jamás. Es más de admirar otra gracia del *espíritu fantástico;* en él se estampan todas las imágenes de las cosas presentes, pasadas y futuras, como en un espejo, con esta diferencia, que las imágenes de los objetos presentes se visten con colores muy vivos, las de los pasados se esfuman con borrones tanto más tenues cuanto las cosas son más viejas, pero las de objetos futuros se bosquejan con lucecitas menguadas de poco viso y apariencia. Mas estas imágenes diminutas de cosas venideras son todas de un tamaño si están igualmente lejanas, y de diverso tamaño, más dificultoso de divisar cuanto más han de tardar á venir. En esta última categoría pone Sinesio los sueños, porque son en su opinión pronociones y señales aposentadoras de efectos futuros, cuya noticia adelantan con aquellos escorzos y pequeñez de imágenes. Pero estando rasguñadas tantas imágenes en el espíritu fantástico, el significarse con claridad por sueños cosas acaecederas, proviene de la condición y ser del mismo espíritu, no de otra manera que de la

---

(1) *Études*, 1900, t. LXXXV, p. 62.

(2) Sinesio fué gentil, educado en las escuelas de Platón y de Pitágoras, antes de entrar en el gremio del cristianismo. Cuando compuso el libro *De insomniis*, no había aún subido á la sede episcopal de Tolemaida, que empezó á gobernar en el año 410. El tratado de los ensueños, que huele á culto de dioses y no tiene rastro de cristianismo, no podía ser obra de un sabio convertido á la fe. Con todo eso, ni Evagrio, ni Focio, ni Nicéforo, ni Suidas, ni Sócrates (cuyos dichos pueden verse en la *Patrología griega*, tomo LXVI, p. 1.402), nos dieron luz acerca de esta obra, inficionada de asqueroso paganismo. Petavio entregó la decisión á la disputa de los eruditos, no hallando en sí valor bastante para resolverla. Que el libro sea del todo pagano, ¿quién lo podrá duaar viendo cómo el autor profesa los errrores de los neoplatónicos, acrecentados con otros de propia cosecha, sin un solo resabio de religión cristiana?

materia y figura del espejo dependen la brillantez y perfección de las figuras en él reflejadas. Por eso avisa el autor, que á fin de lograr tranquilos y verdaderos sueños, conviene apercibir el espíritu fantástico procurando moderada cena, honesto estudio, sosegada ocupación y quietud de ánimo, como lo hacía Pitágoras, que al meterse entre la ropa de la cama, conciliaba el sueño con los sones de la lira, cuya música le preparaba el espíritu á buenos y alegres sueños, que por ese motivo prohibió á sus discípulos el uso de habas en la cena, que por ser flatulentas estorban el sosiego de la noche (1).

No se ayudan del discurso con tanta ingeniosidad como Sinesio nuestros telepatistas. Con menos poesía y con mayor intrepidez fabulan necedades mucho más disparatadas é increíbles. Porque Sinesio, aunque á cada alma le dé por paje forzoso un espíritu fantástico, lleva medido con cordura el no poner en fácil comunicación un espíritu fantástico con el de los parientes y amigos que moran en apartadas regiones, como lo hacen los telepatistas. Tampoco recetan éstos tranquilidad de ánimo, ocupación descansada y honesta por previa disposición á sueños apacibles, engendradores de alucinaciones alegres, porque todas son fatídicas y congojosas, muy contra el cuidado de Sinesio. Es decir, que sin hilar tan delgado como Sinesio los telepatistas, y sin mostrar ingenio y juicio más asentado, quieren hacernos tragar operaciones más vanas y menos creíbles. Si se contentasen con el perispíritu de los espiritistas, se asemejaría su sentir al de Sinesio, que parece tratar el espíritu fantástico al modo que los espiritistas tratan de su perispíritu, si bien es verdad que Sinesio habla de la imaginación (2), dándola diferentes denominaciones, y nunca la confunde con el alma (3). Pero los telepatistas son tan sueltos y alentados, que no reparan en desaherrojar al alma de la cárcel del cuerpo, y haciéndola soltadiza, la aflojan la rienda para que por su propia virtud se presente dondequiera, y luego se restituya otra vez á encogerse en la envoltura del cuerpo.

10. En lo expuesto hasta aquí va ensayada una tal cual explicación de los fenómenos telepáticos, dejados para luego los argumentos en contra. Mas antes de entrar á resolverlos, razón será insistir en un aviso de suma importancia para los compiladores de casos. Ninguno se ha de recibir que no vaya referido con circunstancias

---

(1) El juicio que el doctísimo Pereira dió de la teoría de Sinesio, está contenido en estos términos: Haec de spiritu phantastico á Sinesio prodita, nugae sunt, et pythagoreorum et platonicorum figmenta, vel ipsis poetarum fabulis insaniora atque incredibiliora. *De Magia*, lib. II, quaest. II, p. 134.

(2) Sinesio describe así la imaginación: Sensus enim iste sensuum est; quoniam phantasiae spiritus, is scilicet quo visiones et imagines concipiuntur, communissimus omnium sensus est, ac primum animae corpus. *Patrol. graec.*, t. LXVI, p. 1 290.

(3) Nicéforo Grégoras en los *Escolios* que puso á los *Ensueños* de Sinesio, dice así del espíritu fantástico: Imaginationem aliquoties, vocat spiritum phantasticum, aliquando animalem spiritum, interdum corpus primum animae, nonnumquam spiritalem animum, quandoque vero communem terminum corporis et animae. *Patrol. graec.*, t. CXLIX, p. 570.

ciertas y determinadas acerca de las personas, lugares, tiempos, estados, modos, distancias, antecedencias, consecuencias y demás pormenores que pongan en plena luz la alucinación telepática. Discurrir sobre un relato somero, desnudo de certeza y determinación en las cosas relatadas, sería exponerse á errar el golpe, como le pasa al ciego con su palo. Hagamos palpable el aviso con un ejemplo reciente, trasladado por *La Civiltà* de papeles públicos, dignos de crédito.

Una mañana, cierto caballero que estaba durmiendo, despierta sobresaltado. Está despierto, pues cae en la cuenta de lo que tiene á su lado; mas le dura en el pensamiento la aprensión de estar hablando con un hermano suyo que vive en país remoto. El hermano le saluda, luego le dice: yo me muero, disponed de mi hacienda del modo siguiente. Y aquí le va diciendo cómo quiere sean repartidos sus bienes. Muy presto se desvaneció la visión, mas no la impresión, que se le quedó al caballero tan viva en la mente, que se la contó á su mujer por entero, aunque ella hizo burla de todo. Pocas horas después llega un telegrama, que participa al caballero la muerte de su hermano, acaecida puntualmente en el instante en que el vivo tuvo la visión, el cual se encaminó presto al lugar donde había sucedido la desgracia. Por el camino encuentra con otro hermano, que también había tenido nuevas del fallecimiento. Este segundo hermano, al ver al caballero, le dijo: esta mañana me pasó un caso raro. Parecióme estar en tu habitación. Nuestro hermano se hallaba en nuestra compañía, y decía: yo me muero, disponed de mi hacienda del modo siguiente. Y aquí se repiten las mismas instrucciones dadas al primero.

Llegados ambos al lugar donde había acontecido el fallecimiento, oyeron referir á la familia que el hermano difunto, pocos minutos antes de espirar, tuvo un momento de enajenación mental, en que le parecía estar hablando á sus hermanos sobre división de bienes (1).

El caso es recentísimo, y *contiene,* dice el P. Franco, *las principales formas de la telepatía, la ideal, la auditiva, la vista del agente lejano, la pluralidad de los pacientes, no unidos, sino separados y distantes entre sí.* El agente de las apariciones fué, en la opinión del mismo P. Franco, el alma del moribundo (2). Pasemos otra vez los ojos por la relación del suceso, con el fin de notar las cosas que se leen ciertas, y las que, por dudosas é inciertas, no se hallan escritas. Las inciertas, que se echan menos en el relato, son las siguientes: A qué hora despertó el caballero.—A qué hora oyó la voz de su hermano.—Si hubo visión, de qué manera se ofreció y en qué figura, cuánto tiempo duró.—A qué hora se recibió en casa el anuncio del fallecimiento.—Cuántas leguas distaba la casa del difunto en longitud geográfica.—Quién comprobó, y cómo, la exacta coinci-

(1) *La Civiltà*, serie XVII, vol. VIII, 1899, p. 542.

(2) Resta dunque, concesso il fatto, che lo spirito o per meglio dire l' anima razionale del moribondo sia stata dalla divina providenza abilitata a compiere ciò che naturalmente non le era possibile, e ciò appena passata alla secunda vita. Ibid., p. 544.

dencia de la muerte con la visión. – Cuántas leguas distaba su casa de la de su hermano vivo, y la de éste de la del muerto.—Qué visión tuvo el hermano del caballero, á qué hora, en qué manera.—Qué testamento había hecho el difunto.—En qué estado se hallaban los asuntos de familia. Qué disposiciones tomaron los dos, si las tomaron, acerca de los bienes del finado.—A qué hora cerró éste los ojos.—Cuál era el temperamento de cada uno de los tres.—Cuál su ingenio, juicio, linaje de vida.—Todas éstas son circunstancias omitidas en la relación, que harían mucho al caso para la inteligencia de la telepatía del cuento.

Las dudosas son las siguientes: El caballero no asegura que tuviese visión ni aparición alguna; sólo dice que se quedó, al despertar, con la aprensión de uno que se halla hablando con su hermano.—El hermano del caballero tampoco afirma; sólo testifica que le pareció estar en el aposento del caballero en compañía del moribundo.—Este tampoco habla claro; sólo dice que le parecía hablar á sus hermanos sobre división de bienes.—Entre pareceres anda, como se ve, la alucinación y visita telepática. Mientras no se pongan fuera de disputa las incertidumbres y perplejidades, es inútil todo conato de explicación; ni pueden los dos hermanos entregarse en los bienes del difunto por vía telepática, sino por vía de testamento escrito ó hablado en presencia de testigos.

El día que los dos hermanos, que deben de vivir en la actualidad, saquen de obscuridades esa relación, habrán de admitir en ella, si no quieren quede por corta y mal echada, los milagros siguientes: Aparición y habla del alma del moribundo al hermano caballero;—aparición y habla del alma del moribundo al otro hermano; - aparición de los dos hermanos al moribundo, pues dice la relación que *ebbe qualche instante d' assenza mentale, in cui gli pareva di parlare ai fratelli intorno alla divisione de loro beni;* palabras, que dan á entender que estando el hombre vivo en su cama trataría del asunto de los bienes comunes, con sus dos hermanos. Estas tres apariciones son tres grandísimos milagros, que el mismo P. Franco no dificulta, antes los otorga de buen grado, como no podía menos.

Ahora tócanos preguntar: ¿Qué necesidad, conveniencia, provecho, ventaja, interés demandaba ó aconsejaba que Dios esforzase en favor de esta familia el brazo de su omnipotencia con tan insignes portentos? Nadie lo sabe. El moribundo ¿era católico, hereje, moro, judío, cismático, gentil, racionalista, materialista? ¿Qué servicios de Dios se atravesaban en esta singular providencia? Lo ignoramos. ¿Qué utilidades, qué obras buenas se siguieron á tan espantosos milagros? También se ignora. Apenas hay en toda la relación singularidad más importante que la contenida en estos términos: *il signor M. raccontó tutto alla moglie, che ne rise* (1). A la mujer del caballero le dió pasión de risa el relato: no dice el relator qué suerte

(1) *La Civiltà*, serie XVII, vol. VIII, 1899, p. 542.

de risa fué la suya, si se le alegraron las pajarillas por ver la bien tramada travesura del marido, ó si con risitas y sonsonetes le trató de medio loco. Dos hombres que con sólo presentarse en casa del difunto con un cuento bien armado, hallan quien les siga el hilo de la invención, testificando que el difunto dejaba en sus manos la disposición de la hacienda, son los más á propósito para levantarse con toda ella. Sus mujeres harán fiesta y celebrarán con risas carcajales la fortuna de la telepatía. Si los compiladores de sucesos telepáticos no se andan con más tiento que la *Arena* de Nueva York, y el *Corriere della Sera* de Milán, de donde tomó *La Civiltà* la relación susodicha, les prometemos á los hombres de bien que la *telepatía* se convertirá en el arte de descorchar colmenas.

Dios nos libre de censurar á los hermanos del difunto. La incoherencia de la narración pone á salvo la honra de los tres. Los dos hermanos vivos alegan que el moribundo puso en las manos de ellos el repartimiento de los bienes de él; pero el moribundo *parecía hablar á los hermanos acerca de la división de sus bienes de ellos, «de loro beni»*. De suerte que el moribundo sacaba mentirosas sus mismas declaraciones: si á ellos, apareciéndoles, hacíalos señores de sus bienes de él, hablando consigo en la cama trataba de sus bienes de ellos. Ate quien tenga dedos la soltura de estos cabos. Y cuando los haya atado, díganos con ingenuidad, ¿por qué plausible razón afirmó el P. Franco que *el alma del moribundo apenas pasada á la segunda vida, fué habilitada por la divina providencia para cumplir lo que naturalmente no le era posible* (1)? El alma del muerto no se metió en asuntos de familia ni dió lugar á telepatía ninguna; la aparición *telepática se ejecutó* por el alma del *buon uomo* antes de caer en manos de la justicia divina, como consta de la historia; la cual, por las incoherencias antedichas, no merece que un hombre cuerdo pierda tiempo en su lectura.

Si pues para explicar las incongruencias y desconciertos de una relación telepática, cualquier arbitrio es suficiente, ni hay para qué descalabrarse la cabeza por inventarlos; para dar alguna razón de las cosas ciertas y determinadas que en una historia verdadera de este jaez se pueden ofrecer, la explicación arriba propuesta parécenos bastante y sobrante.

---

(1) *La Civiltà*, serie XVII, vol. XIII, 1899, p. 544.

ARTICULO IV.

1. Respuesta á varias objeciones.—Primera: los testigos deponen la visión telepática.—2. Segunda: los relatores declaran haber sido vistos los espíritus de las personas ausentes.—3. Tercera: los narradores asientan la coincidencia indubitable.—4. Cuarta: las circunstancias telepáticas arguyen la intervención de los ángeles.—Advertencias preliminares de la solución.—5. Casos en que se nota diferencia de la acción angélica á la humana.—6. Telepatías animalescas.—7. Solución de la cuarta dificultad.—8. Inconveniente que podría nacer de la opinión de San Agustín.—Expónese más á la larga su sentimiento.—9. Nuevas razones del Santo en favor de la exposición propuesta.—10. Postrera dificultad, originada de las alucinaciones colectivas.

1. La respuesta á varias objeciones que en la presente materia se podían hacer, ayudará á ponerla en más clara luz y á robustecer con nuevos reparos la asentada exposición.

Sea la primera. Los testigos hacen información de haber visto junto á sí al sujeto situado en muy distante lugar; luego la acción telepática no puede razonablemente negarse sin menoscabo de la fidedignidad de los relatores é informantes.—R. ¿Qué vieron los testigos? ¿En qué razones estriban para certificar que la visión representaba el espíritu del ausente? ¿Cómo coligen de la visión la muerte ó desgracia del sujeto amado? Estas tres preguntas demandan entera satisfacción, para que la reciba conveniente la propuesta dificultad.

¿Qué cosa vieron los testigos? ¿qué oyeron? ¿qué soñaron? Este al amigo, esotro al camarada, quién al padre, quién al hijo, uno á la criada, otro á la señora, la novia al novio, la hija á la madre, el sobrino á la tía; cada testigo protesta haber divisado el semblante de la aparición, haber percibido una como voz del sujeto lejano, notado su ademán, distinguido su figura, traje y señas, con ser así que la persona de carne y hueso, cuyo fantasma dicen la hace visible, mora lejos, muy lejos del campo de visión, y tal vez más lejos anda de hacer en aquel momento las señas y fisonomía que se le atribuyen. Esa no se puede llamar transmisión del pensamiento. ¿Qué idea se transmite en la alucinación telepática? Veamos. La de los ademanes, no; porque cuando el fantasma se muestra sentado, tal vez el sujeto está tendido de espaldas, como se colige del núm. 4. La del semblante, tampoco; porque el que parece sonreir y bañarse de júbilo, no puede con sus lágrimas amargas, como el del núm. 25. La del vestido, menos; porque acaso estaba ya sin él en el otro mundo el que se presenta jovial en ropa de camino, como lo dicen los ejemplos 15 y 24. Si cada aparición avisase con puntualidad las disposiciones presentes del sujeto, alguna razón tendrían los telepatistas para afirmar que se transmiten ideas y afectos; mas no hay tales marcas, ni señas, ni contraseñas, ni manifestaciones

de ningún género. Quien considere imparcial las cosas relatadas, no podrá argüir de lo aparecido en visión la realidad del suceso lejano, si no es á poder de grandes ficciones.

Vamos á lo segundo: ¿en qué fundamentos se apoyan los firmantes para asegurar que la visión representaba la persona del ausente? En ninguno que sea sólido. Pregunto yo: la visión ¿fué corpórea ó imaginaria? Responda el telepatista más empinado, una de dos, pues no se conoce en materia de visiones otro género, fuera de la visión intelectual, que ciertamente no pertenece á la telepatía moderna. ¿Dirá que la aparición fué corpórea? Muéstrenos las señales. Porque en ley de sana doctrina, conforme nos lo enseñan los más acreditados maestros, la visión corpórea ha de satisfacer, para ser conocida por tal, á ciertas y determinadas notas, so pena de no merecer crédito la representación. Las notas son estas: que la visión deje algún rastro ó signo sensible de su corporeidad; que la perciban simultánea y uniformemente varias personas; que los demás sentidos concurran á comprobar lo que uno de ellos experimentó. Estas señales y cada una de por sí arguyen la certeza de la visión corporal (1). ¿Dan por dicha los telépatas alguna de las notas señaladas en favor de las telepáticas visiones? No, por cierto. Luego no son corpóreas. Digan, si no, ¿dónde están los pañuelos, rasgones, pingos, dijes, pelos, papeles, divisas, que el visitador de allende puso en las manos del visitado de aquende, en prenda de visita corpórea? En ningún archivo se guardan, porque en ningún lugar parecieron, ni hay memoria de tales indicios. En las visitas telepáticas sucede, al revés, que todo el gasto sale del cuerpo y alma del visitado, no del visitador, como lo comprueban los lances referidos por Gurney.

La segunda señal de la visión corpórea, á saber, que el testimonio de la vista se compruebe por el del tacto, del oído, del olfato, del paladar, no queda suficientemente demostrada en los casos de telepatía. ¿Es posible que los aparecidos telepáticos no se dejen manosear, y que en llegando las manos á parte de su cuerpo, le hurten y se escabullan en volandas? El caso 28 es uno de tantos. ¡Buenos están los trasgos para recibir palmadas y repelones! Cosquillas tampoco las sufren las sombras. Si en algún lance concurren ojos y oídos y tal vez el olfato, la concurrencia carece de virtud demostrativa, por ser la imaginación gran burladora, pues tiene capacidad para meter ilusión en todos los sentidos, como lo vemos en los hipnotizados cuando la hipnosis turba la fantasía con extremo. El ejemplo 16, de vista y oído telepático, ni es ilusión, ni alucinación, sino embrollo de palabras, como en su lugar va dicho. En el ejemplo 31 el novio pasa la mano por la cintura de la novia, pero faltan documentos que lo comprueben. La dama del ejemplo 33 quedó espantada de no ver sangre del guantazo recibido en sueños, cuando pensó tener en-

(1) Bona, *De discretione spirit.*, cap. XIX.—Schram, *Theol. mystica*, § 510.—Suárez, *De Angelis*, lib. IV, cap. XXXIII.—Ribet, *La mystique divine*, t. I, p. 458.

sangrentada la boca. Al estilo de éstos son los demás casos. El más notable sería si la aparición durase algún tiempo, el suficiente para aplicar el tacto en confirmación de lo visto por los ojos. Mas la fugitiva sombra no da lugar. Las alucinaciones telepáticas se desvanecen de súbito cuando se les quiere tentar el bulto á los aparecidos, dejando de sí un recuerdo como de cosa soñada. El deslizarse de las manos tan pronto, hace que ningún caso pueda comprobarse por los sentidos.

La tercera señal, que la aparición sea percibida simultánea y uniformemente por varias personas, tampoco se verifica en las visiones telepáticas. El núm. 35 no prueba uniformidad ni simultaneidad, como en su lugar se advirtió; el núm. 36 no muestra la puntualidad de tiempo; el 37 no significa visión uniforme en padre é hija; el 38 no echa de sí un solo rayo de luz. Ni salen mejor librados los otros ejemplos de Gurney, como lo convencerá quien tuviere espacio y paciencia para leerlos. No sin razón avisa el colector que los lances de *alucinaciones colectivas* (así las quiso llamar) son rarísimos.

Más rara es aún la doblada explicación que de ellas inventa. La una dice, que cuando el espíritu del ausente influye en las almas de dos ó más que se hallan juntos, todos padecen alucinaciones semejantes. La otra explicación dice así: los sujetos que están juntos experimentan el *contagio de la alucinación;* esto es, el espíritu del ausente causa alucinación en el uno, éste se la pega al otro influyendo con su propia alma, éste lanza en el tercero con la suya la representación telepática, y así de los demás; pero el autor de todas las alucinaciones, dice Gurney, es el alma del ausente (1), de cuya influencia se deriva la simultánea percepción. Bien siente el escritor telepático la fuerza de la dificultad en sus dos explicaciones, á cuya evidencia rendido resuelve generoso, que no es menester sean simultáneas ni del todo uniformes las figuraciones telepáticas. El propio inventor habla con mangonada de su misma invención, pero la acaba de adobar con echarla por el suelo, porque la simultaneidad y uniformidad, á despecho de Gurney, son condiciones necesarias para probar la realidad de las telepatías colectivas.

De donde sacaremos que no demuestran los telepáticos ser corpóreas las apariciones dichas. Sólo resta ser imaginarias. Mas de serlo, no pueden inferir que en ellas se represente el alma del sujeto remoto, y mucho menos la actual disposición de su estado moral ó físico, según lo veremos en breve. Fuera de que para concluir de las señales la identidad de la persona ausente, bien sabrán los telepatistas ser necesaria la legítima interpretación. ¿Quién da esa interpretación? ¿quién se arroga el derecho de descifrar á la luz de la verdadera interpretación los signos dibujados en las sombras imaginarias? Un cualquiera, que es nada y nadie para el caso, aunque sea persona digna de mil consideraciones por otros dos mil conceptos.

---

(1) C'est l'esprit du sujet, à proprement parler, qui crée l'hallucination. Ibid., p. 344.

¿Cómo, pues, de la aparición coligen los testigos la muerte ó la grave enfermedad ó la desgracia de la persona lejana? Por ningún indicio razonable, sin competente autoridad. De ver en sueños á un hermano sentado en una silla, inferir que le amagaba una grave desdicha (núm. 4); presumir que la criada falleció, por haber parecido en sueños junto á la cama y dicho palabras de contento (número 13); pensar que había muerto una persona, que en sueños se representó sin mudanza de fisonomía (núm. 14); estar una amiga segura de la muerte de su amigo, por haber visto de noche una sombra de cabeza y hombros (núm. 20); deducir que un hijo había muerto, por haber su madre oído que otro hijo le soñó de pie (número 21); tener una hija para sí que su madre había fallecido, pues se le había representado risueña, aunque abatida (núm. 22); sacar un hermano la muerte de su hermano, de solo haberle visto en traje ordinario y sombrero con cinta negra (núm. 24); decir un sobrino que su tía estaba gravemente enferma, porque la había percibido sonreir en visión nocturna (núm. 25); llamar mala ventura á una voz oída en el campo (núm. 30); argüir una esposa que su esposo había recibido herida porque ella soñó un mojicón (núm. 33); todos estos y semejantes discursos no pueden ser más desproporcionados á los indicios de la aparición, por carecer éstos de fundamento bastante para inferir el estado y disposición de las personas ausentes. ¿Por qué no deduce el alucinado, que goza de perfecta salud el que se le muestra apacible y risueño? ¿Por qué no se alegra cuando el otro dice que vive feliz, en vez de echarlo á mala parte? ¿Qué proporción tiene la sonrisa con la muerte ó enfermedad, el mojicón de la mujer con la herida del marido, la voz oída en el bosque con la futura desgracia? ¿Quién ha enseñado á discurrir tan á lo bozal? ¿Quién aconseja en las relaciones telepáticas ese ridículo pesimismo? No la discreción, no la prudencia, no la sana filosofía, sino el antojo, y nada más que el antojo..

Sí, porque sacar en la conclusión lo no contenido en las premisas, es pelear á lo sofístico, es bachillerear con argumentillos falsos, es proceder sin lisura, es muchachez y vanidad, cuando no fuera fullería y juego prohibido. ¿Cómo antes de fallar la substancia de la aparición, no se pide consejo á personas competentes? En la precipitación y arrojo descúbrese la señal más clara de aquella flaqueza de discurso, que decíamos suele reinar en los visionarios telepáticos. Tener una persona visiones, en sueño ó en vigilia, y perder hasta tal punto los estribos, que decrete de contado la realidad objetiva de la enfermedad ó del fallecimiento, sin desconfianza, sin temor de errar, y embutir su pecho de amargas tristezas por no poder digerir la fatiga del sobresalto, es manifiesta señal, no solamente de fantasía desconcertada, mas también de flaquísima razón, cuando no fuese, repetimos, argumento de malicia refinada. ¿No es antojo que frisa en locura, de haber oído una como voz semejante á la de mi hermana, inferir sin más ni más que mi her-

mana cayó mortal allende los mares? En este particular vemos á Gurney y compañía muy mal enterados de lo que son visiones y apariciones. ¿Cómo entre los artículos de su interrogatorio no incluyen éste de que estamos hablando?

En conclusión, la dificultad propuesta está llena de mil nulidades. Los testigos no estriban en razones sólidas para colegir de la visión la muerte ó enfermedad del sujeto distante, porque van mal fundados en el certificar que la visión representa su alma, puesto que la visión telepática no puede ser corpórea. Luego, aunque testifiquen haber visto junto á sí á la persona ausente, su testimonio es de ningún valor.

2. Otra dificultad, que nace de la anterior: los relatores declaran haber visto los espíritus de las personas amadas.—R. Cierto, no pocas son las veces que eso declaran los relatores. Los ejemplos 20, 34, y otros muchos en que se da nombre de visión ó aparición á la alucinación telepática, muestran harto cuán metida llevaban los relatores en el pensamiento la idea de espíritu. Uno de ellos, del ejemplo 24, en medio de su fantasía exclama con aquellas palabras de Job: *et un esprit passa devant moi et le poil de ma chair se hérissa* (1). Aquí, si hemos de prestar oídos á Gurney, los hechos de telepatía no están vinculados á la profesión religiosa ó filosófica del que los narra (2). ¡Mala espina da esa declaración! De manera que los testimonios, quiere decirnos Gurney, son imparciales y fidedignos, si bien añade ser eso lo ordinario. Porque podría suceder el caso extraordinario de querer el narrador hacer burla de la telepatía y de los telépatas, y para fisgar de ellos más á su sabor, decir que vió espíritus; ¿quién conjura el peligro de la burleta? Pero también podría por caso extraordinario acaecer, que con el fin de ganar la gracia de los telepatistas y hablarles al sabor del paladar, les diese el relator hecha y aderezada la proposición que ellos intentan deducir de los cuentos de telepatía; ¿quién nos previene contra semejante travesura?

Mas supongamos que la afirmación es sincera, no sugerida por chanza ni por lisonja; ¿en qué se funda? En la misma alucinación no puede fundarse, porque la alucinación solamente da de sí una representación muda, la vista de una sombra, el aspecto de un fantasma, el dibujo de una fisonomía, un trasgo, un espectro, una musaraña que nada dice: no hay más en el ser de la alucinación telepática. Porque si el aparecido mostrase, con obras ó palabras, ser

(1) *Les hallucinat. télépaht.*, p. 232.—Et cum spiritus, me praesente, transiret, inhorruerunt pili carnis meae. Job, IV, 15.—Con esta insolencia profanan los visionarios la palabra divina. Job dice que no conoció á la persona que se le ponía delante en visión nocturna; pero el visionario de que hablamos, con sólo ver un fantasmón vestido y en pie, dijo que el amigo había muerto.

(2) Nous répéterons ce que nous avons déjà dit, que les faits de télépathie ne sont liés d'ordinaire à aucune croyance religieuse ou philosophique de celui qui les raconte; nous pouvons même dire que les croyances religieuses ont sur cette question fait taire plus de gens qu'elles n'en ont fait parler. Ibid., p. 56.

el espíritu del ausente, alguna razón podría tener el visionario para dejarse jabonar de pies á cabeza. Mas esas pretensiones nunca las tienen los aparecidos, que se presentan como estafermos sin acción ni habla. ¿Cómo el alucinado puede concluir de su alucinación la presencia del espíritu? Ninguna ley de lógica le da facultad para esa conclusión. Quien la saque, sin estar loco, ó se gobernará por filosófica persuasión ó por presupuesto de sectario: no es posible se gobierne por realidad objetiva. Más juiciosa conclusión sería ésta: luego los que declaran haber visto espíritus, ó han caído en la ratonera, ó la han armado con queso para coger á otros en la trampa. Los caídos en el lazo por persüasión filosófica podrán ser aquellos que acuden al fluido telepático, al desmembramiento del alma, á la clarovidencia natural, á las vibraciones del éter y á semejantes vehículos, inventados por los positivistas y materialistas, para hacer creíbles las cosas imposibles; dejémoslos caídos y démoslos por ilusos, pues en el capítulo anterior va dicho lo bastante para desautoridad de semejantes doctrinas.

Pero démosles que puedan lógicamente presentarse por testigos de haber visto espíritus, ¿en qué razones estriban para inferir almas de personas queridas y no espíritus angélicos? Porque, tanto la aparición de espíritus humanos como de espíritus angélicos, requiere todo el poder de Dios, sin cuya licencia é intervención sería imposible. Valgan, pues, por testigos en causa propia los relatores de telepatías; ¿con qué señales supieron distinguir los espíritus tan por entero, que no dudaran sino que el visto por ellos era el de su amigo y no el de su enemigo, el de un hombre pariente y no el de un demonio transfigurado en ángel de luz, el de una hija y no el de un serafín? Ninguna señal aplicaron, pues en ninguna relación dan cuenta de haber entrado en esas consideraciones, ni aun en sospecha de que debiesen pesarlas; tan á lumbre de pajas escribían. ¡Y luego querrán los telepatistas que cuando los narradores cuentan haber visto espíritus de personas amadas, hagan argumento en pro de la telepatía! Argumento en contra antes bien, porque, quien tal afirma, cierto está que mete la hoz en mies ajena sin autoridad ni motivo justificado.

De aquí podíamos tomar pie para torcer los ojos á las relaciones telepáticas en general, y para no querer recibirlas por fidedignas. Quien osa extralimitar sus juicios, faltando sin tiento y con dolencia, da ocasión á que se ponga duda en su buena fe, según aquel dicho común: quien anda trompicando, cae de plano. Sirva de confirmación este ejemplo. *El mes de octubre de 1879 vivía yo en Bishopthorpe con el arzobispo de York. Estaba yo acostada con la joven Z. T., cuando súbitamente vi pasar una figura blanca por el aposento, de la puerta á la ventana. Era un fantasma vaporoso, y la visión duró un solo instante. Espantada grité: ¿lo has visto? Al punto, la joven Z. T. exclamó: ¿lo has oído? Dije yo luego: Vi volar un ángel por el cuarto. La otra respondió: Oí cantar á un ángel. Quedamos del susto*

tan sobresaltadas, que á nadie nos atrevimos á contar lo acaecido (1). —La relación de la compañera Z. T. es como sigue: Una noche, hacia el 17 de octubre de 1879, la señora C. y yo estábamos en la cama á punto de dormir, después de parlar un rato, cuando oí yo una música suavísima, y creí sentir eso que llaman *una presencia*. Alargué el brazo y toqué á la joven C., diciéndola: ¿Has oído? Ella me dijo: ¡Chitón! he visto pasar alguno por la cámara. Estábamos espantadísimas ambas á dos, y procuramos dormirnos luego. Tengo presente que pregunté á la joven C. qué cosa había visto. Ella me respondió: Una especie de sombra, como un espíritu. *Esto pasó en Bishopthorpe, York* (2).

Tenemos aquí un ejemplo de juicios aventurados. Dos muchachas padecen alucinación nocturna: á la una se le antoja un ángel que vuela, á la otra, un ángel que canta. Gurney cita este caso, para demostrar que la alucinación puede ser recíproca. ¿Quién dará crédito á la música de la una y á la visión de la otra? Pero Gurney no repara en afirmar que importa poco si las relaciones son enteramente puntuales ó no lo son, y si las alucinaciones son semejantes entre sí ó no lo son; aun así, el origen telepático es indubitable. El discurso de Gurney es como el que se empeña en hacer subir el agua por una torre con sólo soplar. A este tenor vienen á ser las alucinaciones telapáticas lo que á sus relatores é intérpretes cuadra que sean.

3. La tercera objeción dice así: los documentos telepáticos determinan la coincidencia puntual del suceso con la visión; luego la coincidencia no puede ser fortuita ni accidental.—R. Extremos hacen los telepatistas por demostrar en todos los casos la coincidencia, porque la teoría de la coincidencia casual les ataja los pasos. Con tanto brío esfuerzan el argumento, que si la coincidencia en todo caso fuese casual y fortuita, declaran que no podría quedar en pie el edificio de la telepatía (3). Veamos cómo prueban el intento.

Pone Gurney mucho cuidado en asentar, que las personas que vieron visiones, como se narra en su libro, no las vieron á todas horas, ni con frecuencia, sino una sola vez, ó á lo sumo alguna que otra. Mas ¿qué se colige de ahí? La mayor ó menor frecuencia de semejantes visiones ni quita ni pone á su realidad objetiva. Lo que hace más al caso es demostrar la concurrencia cabal de la alucinación con el hecho remoto; mas esa no la sacan de dudas los telepatistas. Para desvanecer sombras de duda, no basta amontonar documentos en prueba de que tal día, á tal hora, fulano tuvo visión de su madre difunta, y que luego recibió nuevas de haber fallecido lejos de allí su madre en el mismo día y hora. No basta eso para dejar bien averiguada la exacta coincidencia, si no se descubre que la visión y la

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 354. (2) Ibid.

(3) GURNEY: «Si les coïncidences peuvent s'expliquer par le hasard, la théorie de la télépathie, en tant du moins qu'elle s'applique aux apparitions, n'es plus soutenable.» *Les hallucinat. télépath.*, chap. X, p. 208.

desgracia se adjetivaron y concurrieron en el mismo punto de tiempo, ya que, según lo enseñan los telepatistas, la alucinación es efecto inmediato de la persona distante, cuya alma se hace presente al alucinado para producir aquellas sombras, bultos, impresiones y demás fantasmas en que la alucinación telepática consiste. Pues como la muerte de un hombre se efectúe en el acto en que el alma se aparta del cuerpo, separación que acontece en un instante indivisible y no antes ni después, tócales á los telepatistas comprobar, que en el momento preciso en que mengano vió de lejos á su madre difunta, rendía ella el alma á su Criador. De igual manera, si un amigo recibe allá en Indias una herida penetrante en la cabeza, para hacer efecto en su amigo de Europa, ha de constar que el dolor de cabeza que á éste le sobrevino de repente, le asaltó á la misma hora y minuto, juntamente con la alucinación y visión, que al de Indias acometió, por figurarse el dolor efecto causado por su alma.

Mas ¿cuándo los telepatistas han demostrado la consonancia y concurrencia de tiempos? En ningún caso. Revuélvase de alto abajo el libro de Gurney; compúlsense los documentos que cita, pésense las circunstancias de los sucesos, caréense con las circunstancias de las apariciones, ¿qué resultará del minucioso examen? Cuando mucho, una sola conclusión, y es la que hemos sacado de los ejemplos arriba transcritos con apostillas, conviene á saber, que la aparición concurrió y coincidió sobre poco más ó menos con la muerte ó con la desgracia. Pero en materia tan delicada, contentarse con un sobre poco más ó menos, ni lo admiten los telepatistas, ni se les debe otorgar en ninguna manera (1). No lo admiten ellos, so pena de echarlo todo á caso fortuito y de arrancar las piedras de sus fundamentos. Ni se lo hemos de otorgar nosotros, porque no siendo simultáneos los dos hechos, tampoco será verdadera la acción á distancia del un espíritu sobre el que está lejos, conforme ellos lo pretenden probar. Gurney se atreve á señalar un límite de doce horas á la acción del espíritu distante; ¿en qué razones se funda ese límite tan holgado? Porque si al enfermo le duran doce horas las ansias y bascas, los trasudores y desmayos, no es posible que la aparición en las primeras horas de agonía sea indicio de muerte; acaso lo será de

(1) Oigamos á Gurney: Il est clair que pour que nous puissions affirmer une liaison entre les deux phénomènes, in faut qu'ils coïncident dans le temps. Cette coïncidence doit-elle être exacte; et sinon, quelle est la limite qu'il convient de fixer? Plus grand est l'intervalle qui sépare les deux faits, plus il y a de chances de n'avoir affaire qu'à une coïncidence fortuite. Mais, pour pouvoir calculer précisément les chances de coïncidence fortuite, il était nécessaire de fixer une limite arbitraire à l'espace de temps que nous admettrions entre les deux phénomènes. Cette limite nous l'avons fixée à 12 heures. Il est certain que cette règle ne s'applique point au cas où l'on a affaire à un événement de longue durée, à une maladie par exemple, mais dans ce cas la force de la preuve est considerablement diminué. Nous avons naturellement rejeté les cas où l'impression éprouvée par le sujet précède l'événement. Mais il peut arriver que l'hallucination ait précédé de douze heures la mort de l'agent et qu'elle doive cependant être rapportée. C'est lorsque par exemple l'agent était fort malade au moment où l'hallucination s'est produite. *Les hallucinat. télépath.*, p. 60, § 10.

congoja mortal, tal vez falso, si la muerte no ejecuta al enfermo con las amarguras de la enfermedad. Mas si bien lo advertimos, Gurney señaló el espacio de doce horas con el intento de ensanchar el cuadro de figuraciones telepáticas; porque como él notase que la simultaneidad no era en los lances referidos tan exacta ni tan rigurosa cual debiera ser, parecióle conveniente dar ensanchas á los términos, para que así las figuras y fantasmas encajasen mejor con el marco de su pretensión. Mas este punto se acabará de tratar muy en breve.

4. Cuarta dificultad: efecto real pide causa real; no bastan devaneos de imaginación, que no tendrían correspondencia con los efectos causados: para infundir en el ánimo una idea, es necesario el influjo de un ser inteligente que la pueda infundir, porque la idea no puede ser comunicada al hombre sino por un agente que piensa; y en las telepatías el agente parece dotado de entendimiento tan á las claras, que no sólo conoce al sujeto á quien la manifestación de la idea pueda ser provechosa, mas también le prefiere á otro cualquiera, pues se particulariza con él muy á la sazón.—R. Bien se les parece á los que tal discurren, la hidalguía y generosidad, como si tuvieran á su mandar la omnipotencia de Dios. Porque milagro es la aparición ó visión de los ángeles. En esta verdad están de acuerdo todos los doctores católicos con Santo Tomás, ni hay para qué traer aquí las pruebas de la demostración. Si en las telepatías concurrieron por sí los ángeles sensiblemente, el libro de Gurney sería una colección de milagros, tan dignos tal vez de respeto como los de las Vidas de los Santos, como serían milagros las alucinaciones telepáticas, aunque no hubiese en ellas bulto de cosa corpórea, si los ángeles las hubiesen de producir. Ya va probado antes, cómo los telepatistas en ninguna manera convencen, que en las telepatías concurra apariencia corporal del hombre ausente, ni bulto, ni sombra, ni fantasma de su espíritu. Siendo así, y concediendo que en ellas interviene visión, audición, encargo, consejo, transmisión del pensamiento, como el adversario pretende; por necesidad hemos de admitir, que los ángeles usan aquí de aquel artificio señalado por los doctores de mística, para imprimir en el ánimo del hombre dormido ó despierto el *pensamiento revelado*. ¿Cuál es el artificio? No hay otro, dicen los autores de mística, sino que el ángel haga en los sentidos humanos una mudanza particular que tan vivamente los impresione como si percibieran el cuerpo mismo (1). Operación, que porque altera el orden normal de las cosas, es tan patente y riguroso milagro, como cuando el ángel toma cuerpo ó le produce para con su resplandor impresionar los ojos del hombre. Introducir en la telepatía el concurso de los ángeles viene á ser lo mismo que abrir la puerta á enormísimos milagros.

---

(1) ALVAREZ DE PAZ: Sciendum est alio etiam modo has apparitiones exteriores fieri posse, scilicet, per immutationem sensuum nostrorum; ita, scilicet, ut angelus apparens nullum corpus assumat, sed solum oculum videntis immutet et similitudinem aliquam inferat rei quam videri vult. *De grad. contemplat.*, lib. V, p. III, cap. X.

Más; las visiones que de ángeles proceden, son repentinas, sin preparación ni presentimiento, y se desvanecen no obstante los esfuerzos que el hombre haga por prolongar su presencia; al revés de las imaginaciones naturales, que como productos de espontánea labor humana, nacen de pensamientos precedentes, ó siquiera corresponden á un deseo, á una esperanza, á un estado moral ó físico del hombre, y cesando el juego de las imágenes cesan las imaginaciones también (1). Además, las visiones imaginarias fraguadas por ángeles, dejan honda impresión en el ánimo, por la viveza y claridad con que se le ofrecen, comparable con la claridad y viveza de las visiones corpóreas; no así las imaginaciones naturales, que obran tan remisamente en el alma y dejan de sí tan leve rastro, que si alguna coincidencia casual no las despertase pasarían inadvertidas. Luego, las visiones angélicas duran y perseveran encendiendo y avivando el alma cuanto sea menester, según los designios de Dios que las gobierna, para el provecho del hombre; no así las imaginaciones naturales, que no se ordenan de suyo á un fin sobrenatural. Finalmente, las visiones angélicas, ora se experimenten en sueños ó en vigilia, son manantiales de maravillosos efectos de la mayor importancia, pues que para eso se conceden; pero las imaginaciones naturales muestran en los mismos efectos su baja condición, su nativa frivolidad, su desvarío y antojo, si la mano del hombre no las guía á provechoso fin (2).

5. Estas nociones podrán servir para notar la diferencia que va de la obra angélica á la humana en las alucinaciones telepáticas. Cuenta *La Civiltà* el caso siguiente: *Una respetable señora, estando durmiendo, despertó á una voz que le dijo estas precisas palabras: despierta, reza un «requiem aeternam» por el alma de C., que ha muerto.- La señora miró el reloj, eran las cinco de la mañana; y vivamente conmovida, aunque no ignorase la grave enfermedad de C., contó lo que le había pasado. El difunto era un joven, amigo y compañero de los tres hijos de la dama, amado y querido de toda la familia por su honradez y excelentes prendas. Horas después entra en casa un sacerdote que se había hallado presente al fallecimiento de C. Preguntado, no se atreve á comunicar la dolorosa nueva; mas al saber cómo la señora había oído la voz sensible y notado la hora, refirió puntualmente lo visto por sus propios ojos en la hora misma apuntada por la señora. A esto ella y el marido rompieron en copioso llanto* (3).—Síguese la interpretación del P. Franco en esta forma: *Una tale telepatia di genere niente raro, si compone a maraviglia col catechismo e colla filosofia cristiana; e sembra a noi, che gli spiriti celesti, ministri di Dio nella salvazione delle anime, debbano porgersi avventurosi e lieti a cotali ambasciate. Esse rie-*

(1) RIBET, *La mystique divine*, t. I, p. 462.

(2) STA. TERESA, *Vida*, cap. XXVIII, XXIX.—S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida del monte Carmelo*, lib. III, cap. XVI.—SUÁREZ, *De religione*, lib. II, cap. XIII.—BONA, *De discretione spir.*, cap XVI.—EZQUERRA, *Lucerna mystica*, tract. 5, cap. V.—SCHRAM, *Theol. myst.*, t. II, § 502.

(3) Serie XVII, vol. VII, 1899, p. 675.

scono degnissime della divina bontà, che in questa vita e nell'altra veglia a bene de' suoi cari; ravvivano la fede in chi n' è fatto degno, e spargono seme di pietà in quanti ne ascoltano il racconto.

El juicio del P. Franco vendría muy á propósito para explicar una extraordinaria aparición, como las que solían tener los santos; pero el caso presente, *di genere niente raro,* no necesita, así nos parece, recurso á operación angélica, antes la hace frustránea. ¿A qué se reduciría aquí todo el asunto de la aparición? Á rezar un *requiem aeternam.* Para el rezo de un *requiem aeternam* suspender Dios la disposición del orden natural, y mandar un ángel que despierte á la señora, no parece fin digno de tan grande milagro, como lo hubiera tal vez sido si del *requiem aeternam* de la señora hubiese dependido la gloria eterna del difunto. Cabalmente por no haber más en el asunto de la visión que un *requiem aeternam* de por medio, se ve en ella la obra natural de la mujer, á quien se le ofreció lo que se ofrece á todo cristiano que se figura oir la muerte de un amigo. Cosas de más bulto y de más importancia suelen traer los ángeles en sus embajadas, y mayores efectos suelen producir en los ánimos. No constan éstos en el caso presente, aunque el P. Franco dé á entender que la señora se hizo digna de recibir la aparición, no sabemos cómo. Lo que añade luego que *semejantes embajadas esparcen semilla de devoción en cuantos las oyen relatar,* no parece del todo cierto, porque no faltarán oyentes devotos que se burlen del sueño y de la soltura. En cuanto á lo que dice que *el caso telepático se compone á las mil maravillas con el catecismo y con la filosofía cristiana,* tampoco parece bien, porque no hay catecismo ni filosofía que enseñe ser necesaria la obra del ángel para un sueño devoto, en que no se revela ninguna cosa sobrenatural, pues basta la sola imaginación para dar cuenta de todo.

La hipótesis de los ángeles no explica enteramente los hechos telepáticos. Por eso el P. Franco deja los más por explicar, repitiendo con frecuencia que faltan en los relatos pormenores históricos. Hipótesis que sólo se aplica á lances de personas devotas, y eso á poder de milagros, no la juzgamos oportuna. No sin razón dícese en el relato, que la dama sabía la grave enfermedad del joven, y que era éste querido de la familia: dos circunstancias, las más á propósito para facilitar á la fantasía la trama natural del sueño, como va dicho atrás. Mas ¿qué diremos de la coincidencia? A los defensores de la aparición angélica no se les ha de dar mucho que la muerte acaeciera antes de la visión, porque no hay ley ni estatuto divino que mande á los embajadores de Dios notificar embajadas á los hombres en el momento de quedar difuntos sus amigos y amados. En la hipótesis de los telepatistas es negocio de grande consideración, el primero y más principal, la concordancia de la muerte con la aparición. Mas porque en el relato sobredicho se añade que *el sacerdote refirió puntualmente lo visto por sus propios ojos en la hora misma apuntada por la señora,* se nos ofrecen estas pregun-

tas: el reloj de la señora ¿andaba al justo? ¿eran ciertamente las cinco, ni más ni menos? ¿dió el enfermo la última boqueada á las cinco en punto? los relojes de ambas casas ¿señalaban la misma hora? ¿Quién salió fiador de la exactitud de entrambos? al marido de la señora ¿no se le ocurrió dificultad en la presunta coincidencia? ¿El sacerdote procuró averiguarla con esmero? A estas preguntas debería darse competente respuesta, para acabar de zanjar las dificultades.

En la explanación propuesta de ningún momento son las dificultades sobre la coincidencia, pues ningún interés nos va en que la haya ó deje de haber. Lo que tiene más importancia es la calidad de la visión, que correspondió al deseo ó expectativa de la señora, hizo poca mella en su alma hasta que el sacerdote certificó la muerte, duró poco tiempo y no produjo resultas de consideración; que son las condiciones de las imaginaciones naturales, opuestas á las apariciones angélicas.

Otro caso trae la misma *Civiltà*, tomado de Oscar Giacchi, en esta substancia: *El Dr. Piovano de Turin despertó una noche sobresaltado, por haber visto en sueños á un niño suyo, que se criaba en otra casa, circuido y amenazado de llamas prendidas en el hogar del ama. Harto le costó á su mujer persuadir al doctor no hiciese presa en el sueño. No bien hubo amanecido, fué el ama despavorida á participarles que la noche antes había prendido fuego en su habitación, y que había sido gran fortuna no quedarse ella, su familia y el encargado hijuelo convertidos en ceniza* (1).—Los telepatistas hállanse aquí apurados. No pueden alegar, que la corriente velocísima del pensamiento, excitada en la criatura á vista del peligro, se transmitió á su papá dormido, porque en un niño de ocho meses no cabe esfuerzo cerebral semejante. Tampoco les sirve aquí la *clarovidencia psíquica*, que no es la del chicuelo, sino la del papá que le vió de lejos en peligro, contra la hipótesis telepatista, que dice traspasarse el espíritu del que está lejos al que sueña ó tiene la visión. En fin, no consta la coincidencia del sueño con el incendio, ni aun remotamente.

Dejados en paz los telepatistas, que no dan buena razón del suceso, he aquí cómo le expone el P. Franco. *La causa,* dice, *es inteligente, porque conoce el hecho y le anuncia con verdad en todos sus pormenores; es inteligente, porque pudiendo notificarle á millares de personas, á quienes el asunto fuera indiferente, escoge la única precisa que por él tiene sumo interés* (2).—A la exposición del P. Franco se pueden oponer las consideraciones siguientes. Primera, no es verdad que el ángel participase al durmiente las circunstancias del caso, porque ver á un bebé rodeado de llamas, sin atinar si le tocaron ó chamuscaron los pañales, si le sofocaron del todo, si le quitaron la vida, si le redujeron á ceniza, ó si libró del todo bien, es igno-

(1) *Telepatie*, 1894, p. 7. (2) Ibid., p. 677.

rar los más importantes pormenores del caso. Segunda, no es verdad que el papá fuese la *única* persona á quien la noticia del incendio interesaba, porque no menos interesaba á la mamá de la criatura, á los abuelos y parientes. Con igual elección podía el ángel haberse aparecido á una amiga del ama para que acudiese al socorro. Pero ¿acaso tiene en su mano el ángel avisar á quien le parezca? ¿No está el ángel sujeto á las órdenes de Dios? ¿Y quién las puede apear? De donde sacamos que no se prueba la inteligencia del ángel en el sueño del Dr. Piovano. Al revés, todos los indicios muestran el sueño natural y muy humano. Se reduce todo él á soñar un incendio en el hogar del ama donde moraba el hijo del Doctor; la imaginación y el amor paternal solicitados por pensamientos precedentes y por asociación de ideas, ese sueño podían producir; los angélicos no demandan preparativos. La mujer tranquilizó al marido á fuerza de reirse del sueño; no hay mujer que baste á sosegar á un hombre que tuvo sueño angélico. Ni la mujer ni el marido hicieron diligencias ni se movieron de la cama; un sueño angélico les habría puesto alas en los pies. Bajar del cielo un ángel para hacer de correveidile, y correr sin decir cosa de importancia, puesto que no padeció menoscabo la vida del infante, es operación bien excusada y ociosa. Luego más indicios hay de imaginación natural, que de aparición angélica. El P. Franco en una cosa discurre bien, y es en no querer determinar si era ángel bueno ó malo el del sueño. Pero pónese á pique de errar, cuando asienta que donde no se advierte intento malvado, ni designio benéfico, tampoco se puede adivinar el linaje de espíritu que interviene; como si en mil casos el demonio no empezase á sugerir cosas indiferentes para traer poco á poco sugestiones perversas. Digamos, pues, que la visión del Dr. Piovano ni fué angélica, ni diabólica, sino forjada por la propia fantasía, atizada por el amor paternal. El haber coincidido con la realidad, si coincidió, pues no consta claramente, fué una de tantas casualidades, que acontecen y se notan rarísimas veces.

Refiere Pappalardo la historia siguiente: *Un joven guardamarino de la escuadra rusa, estando en Paulousk con su familia, recibió la orden de embarcarse. Al despedirse dejó mandado á su querida hermana se acordase de él. Al cabo de un mes, le vino á la joven un desmayo hacia las diez de la mañana. Vuelta en sí, contó que se había visto en medio de un deshecho temporal, donde, entre las agitadas olas, divisó á su hermano nadando hacia un risco, en el cual daba de cabeza, que se le quedó ensangrentada. El día siguiente recibieron del guardamarino un telegrama en estos términos: «Yo vivo, doy las gracias á mi hermanita, en breve nos veremos.» Nadie dió alcance á las palabras misteriosas, hasta que el día siguiente un papel público esparció la noticia de haber naufragado junto á la isla de Aland el navío en que el oficial ejecutaba el pasaje. Llegado á su casa, el joven contó que durante el naufragio, perdidas las fuerzas para contrarrestar el empuje de las olas, había sentido la asistencia de un fantasma blanco, en quien reco-*

noció á su hermana. El fantasma le guió hasta el punto en que sintió él un recio dolor de cabeza y se desmayó. A la mañana siguiente fué hallado por unos pescadores con heridas en la cabeza, y por ellos socorrido. De toda la tripulación fué el solo que se salvó (1).

Los telepatistas no podrán acomodar á este caso su explicación, sin primero demostrar la correspondencia del naufragio con el desmayo de la joven, cuanto al tiempo, á la distancia de trescientos kilómetros que van desde Paulousk y el archipiélago de Aland, porque del relato nada se puede colegir. El P. Franco descubre en este lance un caso de bilocación, siquiera aparente; esto es, uno de los más portentosos milagros. Pero, mirándolo mejor, se contenta con otros dos milagros de menor calidad, aunque notabilísimos, en esta forma: un ángel bueno fué quien asistió al joven en figura de su hermana; y otro ángel bueno, el que, tomando el semblante del hermano, dió á su hermana conocimiento del apuradísimo trance mientras estaba desmayada (2). El autor italiano deja su explicación en los términos de probable, si bien acepta gustoso los dos milagros, fuese ó no bilocación la del ángel asistente.

No parece necesaria la introducción del elemento sobrenatural en este suceso, especialmente no constando la simultaneidad de las apariciones. Convendría, lo primero, saber qué jaez de personas eran los dos hermanos, qué instrucción poseían, qué religión profesaban, qué temperamento tenían, con qué palabras contó cada cual su parte, porque de estas circunstancias tal vez se sacaría el hilo del intrincado laberinto. Pero si el oficial confesó haber perdido las fuerzas en el averiguarse con la furia de las olas, y sentido muy dolorida la cabeza, no es inverosímil pensar que estaba más muerto que vivo, ó siquiera tan desfallecido y desmayado como su hermana; y ¿quién ignora qué á vueltas de un desmayo se pueden concebir donosas visiones, hijas de la imaginación, sin necesidad de agentes externos? El fundamento había de ser, naturalmente, la fijeza de la despedida, en que el hermano se encomendó al cariño de la hermana. Si el amor recíproco dejó fijada y clavada muy altamente la despedida en el pecho de los dos, no necesitaba la imaginación de entrambos otro elemento para urdir sus representaciones. Preguntemos á los dos si antes de ese tiempo, ó después, se acuerdan de haber tenido representaciones recíprocas y soñádose el uno al otro de alguna manera. Es posible digan que sí y que no hicieron caso de sus sueños. Al fin, ¿tanto cuesta á la fantasía de una moza desmayada fingir náufrago á su hermano y dando contra un escollo? Y al hermano, medio aturdido por el susto del temporal, ¿le había de ser costoso imaginar presente entre las ondas á su hermana, en especial si era espiritista, incrédulo, positivista ó enemigo

(1) *Le telepatie*, 1899, p. 325.

(2) Quale che sia la communione religiosa dell' agente e del paziente, fossero anche pagani o maometani, per sè non ripugna l' intervento di spiriti oltremondani e buoni altresì. Con tutto ciò nel caso nostro non si va oltre al probabile. Ibid.

de encomendarse á Dios y á sus ángeles, pues ni mención de concepto religioso hay en todo el relato?

Según las advertencias antes señaladas para distinguir visiones angélicas de imaginaciones naturales, éstas se forjan de pensamientos precedentes, aquéllas, no; éstas hacen poca impresión, aquéllas, vivísimas; éstas duran poco tiempo y van encaminadas á fines naturales, aquéllas se pegan al alma fijamente y se ordenan á fin sobrenatural; éstas producen efectos de poco interés, aquéllas son fuentes de maravillosas mudanzas. En el caso presente, ninguna de las señales denota asistencia angélica; las cuatro, al revés, manifiestan imaginación natural en los dos hermanos. Dejemos, pues, á los ángeles el cuidado de asistir, guiar, mover, acompañar, secreta é invisiblemente, á los hombres, á cuya custodia los ató la divina majestad; mas no les concedamos intervención sensible y corporal, ni aun sobrenatural operación en la imaginativa, que huela á milagrosa, sino en caso de grave necesidad, cuando haya pruebas irrefragables. Más nos valdría declinar la tarea de explicar los hechos, cuando carecen, como el nuestro, de suficientes particularidades, confesando lisamente la dificultad de dar de ellos razón, que es, sin género de duda, escabrosa tarea.

En cosas tan subjetivas, si pudiéramos ver de cerca la disposición interior de los ánimos, cesaría totalmente la dificultad que parece inapeable. No sería quimerizar el figurarnos que la hermana del guardamarino, por aquellos días, estaba leyendo relaciones de naufragios en alguna novela ó las vió escritas en algún periódico; la asociación de ideas, estimulada por el cariño, fácilmente podía haber guiado el vuelo de su fantasía al golfo del mar Báltico, y representádole el posible trance de su hermano querido, á quien la desgracia menor que le podía sobrevenir era quedar lleno de cardenales, descalabrado y mal herido, puesto que el amor de su hermana no había de consentir verle bajar tras las olas á los abismos. Otro tanto digamos del mancebo. ¿Quién sabe las noches que soñaría á su hermana? ¿Cuántas veces la imaginaría ocupada en la memoria del ausente hermano? ¿Es inverosímil que la costumbre de tenerla en el corazón y fantasía, le facilitase aquella viva representación que se le ofreció durante el naufragio? Más verosímil es esto y más de creer, que no que el fantasma que guió hasta el punto de donde le corrió la sangre, fuese ángel bueno. Un ángel que acompaña á un hombre á una sangría de cabeza, y que no sabe evitarle las calabazadas y heridas al dar en las peñas, es un ángel de burlas, indigno de tan alto renombre. El que guió á Tobías fué más caritativo y trazoso.

6. Gran riesgo corren los defensores de los ángeles de caer en un laberinto de ridículos inconvenientes. No es cosa nueva en el mundo imaginario de los sueños el caso de soñar uno la desgracia ó muerte de un animal y de salir cierto lo soñado. En el núm. 9 del artículo primero de este capítulo va citada la autoridad de Nierem-

berg. Otro ejemplo narra el escritor Pappalardo (1) de una joven, enamorada de un canario. Teniendo que salir al campo, fió á su camarera la custodia de la graciosa avecilla. Despertó una noche, sobresaltada, arrasados los ojos de lágrimas, porque se le había representado en sueños la imagen del canario luchando con la agonía, á punto de espirar. Habla á su madre y hermanas. Aconséjanle escriba á la camarera, pidiéndole noticia cabal. La respuesta fué que el pobrecillo del canario había fenecido en desventura. Los telepatistas no serán de tan tosco discurso, que imaginen haber el pajarito avisado á la damisela su actual tribulación. Tampoco les vale el bordón de la clarovidencia, porque ni la niña desde su cama podía ver la jaula del canario, ni para divisarla de lejos se hallaba con excitación morbosa, ni con la hiperestesia de sentidos, ni con las disposiciones que los telépatas requieren.

¿Cómo interpretan el caso los angelófilos? Lindamente. Quien imprimió en la imaginación de la niña la figura del canario agonizante fué su ángel de guarda. El solo escrúpulo que pica la conciencia del P. Franco, es no poder adivinar qué razón podía tener el ángel bueno para tal representación. Mal herido del escrupulete, en descargo de su conciencia, mirando mejor las cosas, determina echar á demonio el lance del sueño: el maligno espíritu, con intento de turbar la paz de la inocente muchacha, para tentarla de paciencia y hacerla patear, y por otros malvados fines, fué el autor de sueño tan azaroso (2). El discurso del P. Franco supone, ó que la niña perdió la paciencia, ó que saltó como vidrio á la noticia de la muerte, ó que dijo descortesías contra Dios ó contra la criada, ó que forcejó por romperse el vestido, ó que levantó hasta las estrellas los gritos; mas del relato no consta ni la impaciencia de la niña, ni la inquietud pecaminosa, ni efecto alguno desordenado. Si el diablo le hizo cocos con esa niñería, bien burlado se quedó. Desorden pudo haber habido en las caricias anteriores al sueño, en los excesivos regalos del animalillo, á cuyo castigo podía Dios ordenar la muerte; mas valerse Dios de sus embajadores amigos, ó dar licencia á sus fieros enemigos, para denunciar en sueños la triste desgracia de un pajarito á una chicuela, parécenos milagro indigno de la soberana Majestad.

Con todo eso, si los angelófilos han de sostener con tesón las consecuencias de su teoría, á los más de los casos telepáticos habrán de aplicar milagros de primer orden, aunque sean tan frívolos como el de la niña encariñada. Porque las historias de Gurney contienen un sin número de sucesos en que no se descubre intento sano ni malvado, efecto malo ni bueno, motivo piadoso ni impío, acción peligrosa ni saludable, pecado ni virtud, sino sola frivolidad, curiosidad,

(1) *Telepatie*, 1899, p. 323.

(2) Che resta? Supporre che il maligno abbia ciò operato, per esempio, per turbare la pace della povera fanciulla, per incitarla a qualche impazienza, per altri fini malvagi che ognuno può immaginare. Ibid., p. 689.

fantasía y cosa de aire. Pásense los ojos por los casos 15, 17 y 31, considérense las damerías y arrumacos de los tres pares de novios, examínense los requiebros de semejantes galanterías, júntense las visiones de los casos 14, 16, 19, 20 y 33, en que se figuran pisaverdes y damas de poco seso, y digan luego los lectores si es creíble que los ángeles anduvieran representando pretensiones de galancetes con semejantes embelecos. Muy otra gracia y gallardía en el obrar mostró el arcángel San Rafael, aun haciendo de casamentero en casa del joven Tobías. Repitámoslo: el cariño espoleado por la asociación de ideas, basta por sí para engendrar las alucinaciones telepáticas.

7. Hora es ya de responder á la propuesta dificultad del número anterior. Pongámosla en forma silogística, de la manera siguiente.—Efectos reales piden causa real; es así que los efectos telepáticos son reales; luego real ha de ser su causa. Subsumo: es así que la impresión real causada en la persona humana ha de proceder de un ser inteligente, revelador del pensamiento; luego el autor de las telepatías ha de ser un espíritu angélico.—R. Concedo la mayor del silogismo, la menor y la consecuencia, entendiendo por *efectos reales* los real y verdaderamente causados, vengan de donde vinieren. A la subsunta respondo con la negativa, porque la impresión real y verdadera causada en el sujeto no es preciso proceda de un agente exterior que *revele* el pensamiento de la persona lejana. La alucinación, va dicho antes, es una sensación verdadera, aunque el objeto sea imaginado y no sensible. Para despertar en el hombre que duerme ó vela, todo el tejido de la alucinación, le basta su propia fantasía, ayudada de las potencias intelectuales, en especial de la memoria que suministra la asociación de ideas; y luego favorecida y estimulada por el amor cariñoso. Estos dos elementos son bastantísimos para producir todo lo contenido en la alucinación telepática. Si fuese ésta fruto de operación angélica, mostraría firmeza de certidumbre en el alucinado, acerca de la realidad objetiva del suceso, como la muestran todas las apariciones de los ángeles, ora sean corpóreas, ora imaginarias. La realidad del efectuado suceso es la que da firmeza al imaginador acerca de su alucinación; pero se engaña pensando que hay entre ésta y el suceso enlace íntimo, como entre el efecto y la causa.

No se ha de excluir la mano de la divina providencia en los acaecimientos humanos, ordinaria en todos, en algunos extraordinaria, sobrenatural á veces; mas no la podemos admitir tan especial en las alucinaciones telepáticas como la admiten los mantenedores de la hipótesis angélica. Los casos de providencia milagrosa en que el ángel positivamente coopera, son más raros entre las telepatías, que las telepatías entre los sueños y alucinaciones comunes: tal es nuestra opinión. Algunos autores realzan las telepatías imaginando que si toman por artífices de ella á los ángeles, resplandecerá mejor el mundo de los espíritus á los ojos de los mate-

rialistas que temerarios le niegan (1). Mas ¿por ventura no basta, dejados aparte los ángeles, considerar la obra de la fantasía que en las telepatías resplandece, en cuya ejecución entran los actos de las potencias intelectuales, para demostrar á los materialistas la espiritualidad del alma humana, y el ser y poderío del mundo superior al de la materia?

En verdad, los hechos psíquicos se han de estudiar con suma diligencia. Para estudiar los hechos telepáticos deberían conocerse las disposiciones íntimas de las personas en el acto de experimentar la alucinación. Justísimamente se lamenta el P. Franco de hallar las relaciones desnudas de los necesarios indicios. No es de maravillar. En ciudades de cincuenta mil almas por espacio de cincuenta años tal vez no haya ocurrido un solo caso telepático, es decir, tal vez no haya habido un solo caso de alucinación que haya parecido estar vinculado al suceso objetivo, aunque haya habido miles de alucinaciones sin correspondencia casual con ningún efecto. Mas el día que un discreto investigador tomase menuda cuenta á un alucinado telepático del complicadísimo enredo de su alucinación, seguros estamos que había de hallar por el paso de los hilos el curso natural de toda la trama, hasta venir á parar en la maravillosa urdimbre y en el tejido secretísimo de la tela, con que de manifiesto quedaría la parte casual de la presunta coincidencia.

8. No se nos ponga por delante la autoridad de San Agustín alegada en otro lugar (2), donde entretuvimos buen rato al lector con las humanas previsiones. Resolvimos allí con el Santo Doctor, que cuando las representaciones imaginarias tienen alguna *significación*, débense achacar *á cierto instinto oculto;* pero yendo en pos del sutilísimo escritor, dejamos en balanzas si ese instinto procedía del espíritu humano ó del espíritu angélico. Ahora el propio San Agustín nos abre camino á la inteligencia de las telepatías. Porque explicando la índole de la dicha *significación*, dice así: *Cuando en el cuerpo hay causa para que el espíritu del hombre se adelante á mirar las imágenes más expresadamente, no siempre ha de creerse tengan alguna significación* (3). Podíamos dar nombre de *significativas*, según San Agustín, á aquellas especies ó imágenes que reciben el signo de la parte exterior, y de *no significativas* á las que reciben de la parte interior del hombre todo su ser y condición. ¿Qué significación acompaña á las telepatías? Ninguna, por cierto. Ellas no indican cosa futura, ellas no avisan suceso oculto, ellas no traen nuevas de nadie, ellas no ofrecen señal de adivinación, ellas no hablan de persona ausen-

(1) P. Lodiel: A nos yeux, ces informations extraordinaires ont encore un autre sens plus élevé. On voulait bannir de la science tout ce qui dépasse la portée des forces physiques étudiées dans les laboratoires, et voilà que des phénomènes parfaitement constatés révèlent des énergies supérieures, intelligentes, dont la matière ne peut rendre compte. *Études*, t. LXXXV, 1900, p. 70.

(2) Lib. III, cap. II, art. III.

(3) Cum vero in corpore causa est ut eas imagines expressius intuendas humanus intendatur spiritus, non semper aliquid significare credendum est. *De Genes. ad litter.*, lib. XII, cap. XXII.

te; no hay en ellas sino tal cual correspondencia de lo acaecido con lo imaginado. Por tanto, ni aun les diera San Agustín nombre de *ingeridas por un cierto instinto oculto*, como se le dió á las visiones significativas. El reparo de San Agustín no ha lugar en el caso presente.

Para que esto mejor se entienda, hagamos pausa declarando la explicación escrita por el Santo en el libro *De cura pro mortuis gerenda*. No tratamos aquí de lo que puedan por divina revelación las almas apartadas del cuerpo. San Agustín y San Gregorio Magno suscitaron la cuestión de si las almas de los bienaventurados saben ó no lo que pasa en este mundo. San Gregorio tenía para sí que no sucede cosa entre los vivos de acá, que no la sepan aquellas almas de los difuntos que gozan de la divina claridad (1). San Agustín, al contrario, opinaba que los muertos, aunque sean Santos, ignoran lo que hacen los vivos, mas dejaba su opinión á la cortesía de quien mejor entendiese las cosas (2). Santo Tomás tuvo por más acertada la sentencia de San Gregorio, y aun añadió que las almas de los bienaventurados lo ven todo claramente en el Verbo divino (3). Mas no nos toca de cerca la cuestión de las visiones propias, sino de las visiones ajenas; tratamos, conviene á saber, si las visiones ó alucinaciones que acaecen en sueños ó en vigilia, y se hallan cumplidamente verificadas, son obra de las mismas almas que se dicen aparecidas.

Hablando de los muertos que se dejaron ver de los vivos en sueños muchas veces, y les mandaron diesen á sus cuerpos sepultura, como lo dicen sus historias auténticas, tiene el Santo Doctor, que cuando se hacen semejantes aparecimientos, no son las mismas almas de los hombres las aparecidas, sino especies ó imágenes de cosas que en nosotros las representan cuando estamos durmiendo, como si las viésemos á ellas y ellas hablasen real y verdaderamente con nosotros ó nos significasen alguna cosa (4). A este propósito cuenta el Santo que estando en la ciudad de Milán, pidió un acreedor á un hombre ciertos dineros que su padre debía, y mostróle el papel en que su padre confesaba quedar á deberle aquella suma, pues habiéndola el acreedor pagado, antes que el padre del otro muriese, sin que el hijo lo supiera, se había olvidado de cobrarla. Llevólo muy á mal el hijo, porque su padre no le había dado razón de la deuda ni hecho de ella mención en el testamento. Estando así triste y melancólico, aparecióle su padre en sueños, y le indicó en qué lugar hallaría la carta de pago de aquella deuda. Recibió el hijo sumo contento cuando al fin dió con ella, porque no sólo quedaba

(1) *Mor.*, lib. XII, cap. XIII.
(2) *De cura pro mortuis*, cap. XVI.
(3) I p. q. LXXIX, a. 8.—q. LXXXIII, a. 4, ad 2.
(4) Sic autem infirmitas humana sese habet, ut cum in somnis quisque viderit mortuum, ipsius animam se videre arbitretur; cum autem vivum similiter somniaverit, non ejus animam neque corpus, sed hominis similitudinem sibi apparuisse non dubitet; quasi non possint et mortuorum hominum eodem modo nescientium, non animae, sed similitudines apparere dormientibus. Ibid., cap. XI.

libre de pagar aquel dinero que le pedían sin razón, mas también podía recobrar la cédula del recibo que su padre no había cuidado de recoger y anular.

Atención nos pide este lance de telepatía, nuevo, raro y mucho más curioso que los publicados por Gurney, por Giacchi, por Pappalardo y demás colectores modernos, porque en ninguno de ellos se verifica el hallazgo de cosas ocultas, como en el de San Agustín, cuya autoridad da gran firmeza á la verdad del caso. ¿Cómo le interpreta el glorioso escritor? *Quien esto oyere,* dice, *pensará que el alma del padre tuvo cuidado del hijo, y le vino á enseñar en sueños lo que ignoraba para librarle de la molesta vejación.* Antes de absolver la duda, intercala otro ejemplo de no menor importancia, en esta forma. *Eulogio, que había sido discípulo mío de Retórica, estaba á la sazón en Cartago explicando los tratados de Cicerón. Aplicado una vez á preparar la lección que había de exponer á sus alumnos, cayó en un paso escabroso y revuelto que no entendía. Haciendo cuenta de consultar con la almohada la dificultad, lo pasó muy mal aquella noche, hasta que la misma fatiga le cerró los ojos y le sepultó del todo los sentidos. Entonces le aparecí yo en sueños y le declaré el lugar que no podía entender. No fuí yo quien le aparecí, sino mi imagen, sin yo saberlo, porque yo tenía mi estancia allende del mar y muy lejos de donde se hallaba mi discípulo, y ocupado en otros asuntos, ó soñándolos, sin memoria alguna de él ni de sus cuitas* (1).

El hecho es telepático á todas luces, porque San Agustín vivía entonces en Milán y su discípulo Eulogio en Cartago, á más de 250 leguas el uno del otro. Ningún ejemplo, tan vivo y singular como éste, han sabido los telepatistas ofrecernos en sus mamotretos y centones. ¿Quién fué el autor de sueño tan extraordinario? En opinión de San Agustín, la fantasía de Eulogio, en cuya tejedura no tuvo el santo la más mínima parte. Quiere con su argumentación probar el Doctor africano, que los aparecidos en sueños no son los muertos ni los vivos, sino las figuras ó figuraciones forjadas por los mismos durmientes; y lo prueba con la experiencia de su discípulo. No se atreve San Agustín á declarar la razón del enigma, pero añade: *Cómo esto acaezca, yo no lo sé; mas comoquiera que fuere, ¿por qué no hemos de creer que de la misma manera acontece cuando una persona ve á un muerto en sueños, que cuando ve á un vivo* (2)?

Razón es la de San Agustín de gran peso y consideración contra los telepatistas. ¿Han ellos preguntado alguna vez á los soñados si experimentaron en sus personas alteración ó movimiento en aquel instante en que sus soñadores denuncian haberlos visto ú oído á larga distancia? Muy descuidado anda Gurney en no meter esa pre-

(1) Imo non ego, sed imago mea, nesciente me, et tam longe trans mare aliquid aliud sive agente, sive somniante, et nihil de illius curis omnino curante. Ibid., cap. XI.

(2) Quomodo fiant ista, nescio; sed quomodolibet fiant, cur non eodem modo fieri credimus ut in somnis quisque videat mortuum, quomodo fit ut videat vivum? Ambobus utique nescientibus neque curantibus quis vel ubi vel quando eorum imagines somniet. Ibid.

gunta entre las de su interrogatorio, siendo de las más interesantes. Porque San Agustín saca de ahí toda la fuerza de su argumentación. Estáse el Santo en Milán olvidado de lo que pasaba en Africa, no siente en su alma la menor inmutación, ni se le turba el sentido ni se le desvanece la cabeza, cuando su discípulo en Cartago sueña que le ve y le oye éxplanar el paso obscuro de Cicerón; de su misma serenidad é inadvertencia concluye el Santo que quien puso en claro lo tenebroso no fué su alma, sino la del discípulo Eulogio, que en el descanso del sueño aguzó las potencias intelectivas y dió con el punto de la dificultad, que velando y quemándose las cejas no había podido resolver. La razón de San Agustín deja por deshechos con un soplo los casos 4, 7, 13, 14, 22, 25, 34 de Gurney, y con igual facilidad todos los demás en que el sujeto distante quedó con vida.

9. Confirma el glorioso Doctor su sentimiento con otra buena consideración, muy propia de su filial cariño. *Si las almas de los muertos tuviesen cuenta con las cosas de los vivos, y ellas fuesen las que vemos en sueños y nos hablan, no dejaría mi madre de aparecerme todas las noches, pues que para vivir conmigo, me siguió por tierra y mar. Porque no hemos de pensar se haya hecho cruel con la vida bienaventurada, hasta el extremo de no consolarme cuando estoy triste, la que me amó y quiso tanto, que nunca quería verme desconsolado ni afligido* (1). ¡Divinamente dicho! El no haber soñado nunca San Agustín que su madre difunta le hablaba ó aparecía de alguna manera, tiénelo por señal de no ser las almas de los muertos ni de los vivos las que se dejan ver durante el sueño. Exponiendo esta doctrina el Padre Fr. Nicolás Díaz, de la Orden de Predicadores, daba su parecer por estas palabras: *En común, de estos aparecimientos que se hacen en sueños, no son las almas de los difuntos, ni tampoco los vivos, con los cuales soñamos muchas veces, mas son sus especies, ó de otros semejantes que tenemos en el sentido común, y éstas nos representan aquellas imágenes estando durmiendo* (2). Las especies ó figuras almacenadas en la memoria son, en sentir del grave teólogo, las que sirven á la imaginación para fabricar las representaciones de los sueños telepáticos.

No es razón dejar aquí de advertir, para complemento de la enseñanza arriba expuesta, que San Agustín otorga en algún caso la intervención de los ángeles. Mas, ¿en qué linaje de sueños? En aquéllos, conviene á saber, que encierran alguna revelación ciertamente profética. Dícelo por estas palabras: *Cuando en sueños se permite ó se manda que se dé sepultura á los cuerpos, como las almas de los que los poseían ignoren semejante noticia, creeré yo que se debe atri-*

(1) Si rebus viventium interessent animae mortuorum, et ipsae nos quando eas videmus alloquerentur in somnis, ut de aliis taceam, me ipsum pia mater nulla nocte desereret, quae terra marique secuta est ut mecum viveret. Absit enim ut facta sit vita feliciore crudelis, usque adeo ut aliquando angit cor meum, me tristem filium consoletur quem dilexit unice, quem nunquam voluit moestum videre. Ibid., cap. XIII.

(2) *Tratado del juicio final*, 1599, cap. VI, § XVII.

buir eso á operaciones angélicas (1). Confirma el santo su dicho con visiones sobrenaturales hasta el fin de su libro. Donde es muy de notar con cuánto acierto acudió San Agustín á la operación angélica en los sueños que contienen avisos superiores á la humana capacidad, ora vengan de ángeles buenos, ora de ángeles malos, por ser inhábil la facultad del hombre para meter en ejecución obra tan secreta.

Mas la intervención angélica aparte, quiso San Agustín explicar por imaginaciones de la humana fantasía muchos sueños de los llamados hoy en día telepáticos, bien que propusiera su explicación, deseoso de saber otra más adecuada. *Semejantes son estos sueños,* dice, *á las visiones de ciertas personas despiertas, que padecen perturbación de sentidos, como los locos y frenéticos, que hablan consigo cual pudieran con personas presentes, y también conversan con personas ausentes, cuyas imágenes ven, ya sea de vivos, ya de muertos. Pero de la manera que los vivos ignoran que el loco los ve y habla con ellos, porque ni le están presentes ni le hablan, sino que el mentecato, por trastorno de sentidos, padece devaneos imaginarios; de igual manera, los que salieron de este mundo son vistos como presentes, estando ausentes, por personas así acondicionadas, ignorando ellos del todo que alguno imaginativamente los vea* (2). Muy á lo maestro acaba San Agustín de pintarnos en breves palabras la alucinación telepática, comparándola con la de los locos y neuropáticos, en quienes prevalece la fuerza de la fantasía, menoscabado el vigor de la razón y demás potencias intelectuales.

Un escrúpulo podía quedarles á los telepatistas. En varias relaciones (como en los números 5, 16, 21, 23, 25, 31, 35) se menciona una suerte de inmutación de las personas ausentes, contra lo que San Agustín afirmó de sí en el caso de Eulogio; luego no hay perfecta paridad.—R. Primeramente, la imaginada inmutación no se demuestra en los dichos casos haber acaecido simultáneamente con la alucinación telepática, según que en las apostillas va anotado. Además, tampoco nos consta que la inmutación del ausente fuera parecida á la del sujeto presente, ni en el afecto, ni en la intención, ni en la significación. Después, la impresión del enfermo ó moribundo le podía nacer de recuerdo, de palabras oídas, de fantasía turbada. Finalmente, de ninguna manera convencerán los telepatistas que las dos inmutaciones se correspondiesen entre sí, como el efecto con la causa, de suerte que á la ternura del ausente se enterneciera el presente, á la figuración del uno cuadrase la del otro, á la conmoción y congoja de aquél consonara la alteración y congoja de éste; correspondencia y proporción, que debería mostrarse puntual y perfecta en entrambos sujetos, porque dista infinito de ser así

(1) Angelicis igitur operationibus fieri crediderim, sive permittatur desuper, sive jubeatur, ut aliquid dicere de sepeliendis corporibus suis videantur in somnis, cum id penitus nesciant quorum illa sunt corpora. Ibid., cap. X.

(2) Ibid., cap. XII.

en las telepatías modernas. Lo más concluyente será, pues, referir á obra de imaginación esta suerte de alucinaciones, como San Agustín las refería.

Muy por otro estilo habría San Agustín procedido en la opinión del P. Franco. Con sólo remitirse á la discreción de espíritus atajaba toda la dificultad. ¿Ofrece la visión señales de buen espíritu? Angélica es. ¿Preséntalas de mal espíritu? Téngase por diabólica. Por este criterio se gobierna el P. Franco. Donde sólo descubre señales indiferentes ó de manifiesta frivolidad, embazado y atajado no acierta con la salida. Pero advierta el curioso lector que entre todos los ejemplos de telepatía, acumulados por Gurney, á malas penas se hallarán dos que den muestras de espíritu determinado; ninguno, ni claramente manifiesta ángel, ni claramente manifiesta demonio. A San Agustín érale muy expeditivo el corte del P. Franco; mas ni dió con él, ni, aunque se le pusiera delante, le habría tenido por acepto, fuera del caso de haber descubierto señales manifiestas de revelación.

Parece que al P. Franco debieron de acosarle con preguntas y propuestas los curiosos que habían leído su teoría telepática. Publicó un artículo con el epígrafe *Paralipomeni* (1), donde trata de satisfacer á las consultas. Entre otros casos, cita dos. El uno, de un feligrés que, mientras el cura de la parroquia predicaba en el púlpito, vióle en medio de la iglesia dentro del ataúd; al cabo de ocho días murió el cura. El otro caso, es de una mujer que vió sobre la tapia del jardín la imagen de su hija, que estaba muy lejos de la ciudad; túvola por muerta, y lo era en efecto, como después se supo. Al primer caso, no sabe el P. Franco qué responder, por falta de noticias particulares. Al segundo caso, dice que pudo ser la aparición obra del alma de la hija, obra del ángel bueno, y tampoco repugnaría fuese obra de pura alucinación, pues la madre sabía que su hija estaba enferma. San Agustín, sin vueltas ni rodeos, habría dicho que ambos casos eran efectos de la imaginación, conforme á la doctrina suya antes expuesta. Sea, pues, ésta la conclusión: los hechos telepáticos no requieren causa exterior, pues se basta á sí misma la imaginación del hombre para trazarlos, auxiliada del afecto natural, de la asociación de ideas, y de la disposición actual de la misma persona. Los lances, acompañados de signos extraordinarios, demostrativos de cosas ocultas, no habrá inconveniente en atribuirlos á ángel ó á demonio, según la calidad de las circunstancias.

10. Cerremos esta materia con la explicación del argumento originado de las alucinaciones *colectivas*. *Muchas personas*, dice Gurney, *experimentaron á la vez la misma alucinación* (2). De donde se infiere, que sin operación de causa exterior que influya á un mismo tiempo en semejantes personas, sería imposible explicar la simulta-

(1) Serie XVII, vol. XI, p. 546.
(2) *Les hallucinat. télepath.*, p. 343.

neidad de tan maravilloso efecto.—R. En los números 35, 36, 37, 38, quedan descritos ejemplos de alucinación *colectiva*. Revuélvase y mastíquese con sosiego el sentido de las relaciones, luego se notará la diferencia de imágenes según la diferencia de personas y la diferencia de tiempos; porque siendo la alucinación la misma en muchos, lo había de ser cuanto á las diversas personas y cuanto al tiempo; pero en los casos propuestos ninguna de estas coincidencias se hace reparar. Para que la alucinación sea común á muchos sujetos, requiere Gurney que estén juntos ó guarden alguna dependencia entre sí. No se descubre la necesidad de semejante cautela: ¿qué le ha de importar al espíritu del ausente, para ejercer su influencia telepática en uno ó en muchos, el estar ellos unidos ó separados, dependientes entre sí ó independientes? El asentar ese arbitrio como preámbulo, infunde grave sospecha, porque será limitar la virtud telepática sin razonable motivo.

Pero hay más. Los ejemplos historiados en el libro de Gurney prueban no ser de alucinación sino de ilusión la sensación engañosa que en muchos sujetos concurre á la vez, pues la ilusión puede ser *colectiva*, como se dijo en el artículo anterior. Advirtiólo muy á tiempo el propio Gurney, cuya advertencia conviene dejar aquí estampada, porque servirá mucho á nuestro intento. *Hay en verdad*, dice, *ejemplos de alucinaciones subjetivas participadas por muchas personas. Los ejemplos son ciertamente poquitos, pues la mayor parte de los casos de las llamadas alucinaciones colectivas, no son, en realidad, sino casos de ilusiones colectivas*. Prosigue luego con otra advertencia muy interesante por estas palabras: *También hay que advertir que las personas sin cultura imaginan fácilmente haber visto lo que solamente oyeron. Las epidemias de alucinaciones religiosas, que á menudo se han observado, pueden explicarse por la expectativa en que están todas las gentes de la aldea, de ver aparecerles Dios ó la Virgen. La expectativa no es condición indispensable; en ciertos casos basta una sugestión hecha en el momento mismo, para dar cabida á la alucinación*. Con decir eso Gurney, en son de dar consejos y de prevenir yerros de alucinados, parece sacar las uñas para deshacer entre los brazos ó estrellar en la pared, si pudiera, las visiones y apariciones celebradas por los católicos. Infinita diferencia va de las visiones á las alucinaciones, como lo explican los autores (1), sin que sea menester apuntar sus testimonios. Más vale oir el de Gurney, que acrecienta diciendo: *En estos casos hállase el sujeto casi siempre en estado hipnótico, pero en ciertos momentos la sencilla sugestión verbal puede hacer iguales efectos en personas hipnotizadas. No sin razón dije «en ciertos momentos», porque de buenos testimonios consta, que para dar lugar al fenómeno, se requiere particular reconcentración de espíritu, que á las veces llega hasta el semi-síncope. Ningún caso ha venido á mi noticia de persona que gozando de buena salud y buen temple de alma, haya lo-*

(1) P. Salis Seewis, *Visioni e alucinazioni*, 1892, § 4 —P. Urráburu, *Psychologia*, pars secunda, p. 1170.

grado persuadir á otra persona igualmente sana de alma y cuerpo, que veía una cosa destituida de objetiva realidad, por el hecho de afirmar que la tenía delante de los ojos. Para atribuir con certeza alucinación á la sugestión verbal, no basta dar por cierto que una persona habló con otra de su alucinación, antes que la otra la haya experimentado. No produce mal los conceptos Gurney, ni le falta profundidad para las cosas de veras; muy bien viene lo que aquí dice con lo que dejamos dicho en el artículo primero, esto es, que la alucinación telepática presupone en quien la padece ó estado patológico, ó indisposición mórbida y extraordinaria, ó flaqueza de discurso, si la experimenta en total vigilia.

Tras estos preámbulos de Gurney, veamos qué condiciones impone á las alucinaciones telepáticas *colectivas*. Para poder atribuir á transmisión de pensamiento la obra simultánea de una alucinación en dos ó varias personas, se requiere: *1.º, que sepamos con certeza que interviene alucinación y no mera ilusión; 2.º, que dicha alucinación no se relacione con las ideas que ocupan entonces el ánimo de las personas; 3.º, que la sugestión no haya podido intervenir.* Aceptables son las condiciones propuestas. La ilusión quita á la alucinación su peculiar índole, que consiste en carecer de objeto exterior, porque el ser de la alucinación está en representar como real y presente un objeto que, ó no se halla en ninguna parte, ó no se halla presente al alucinado (1), como en otra parte dijimos. Personas ocupadas por error ó engaño común, están dispuestas á la alucinación, mas entonces la alucinación no sería telepática así como Gurney la entiende. La sugestión, si metiera la mano en la alucinación de varias personas, se alzaría con el nombre y derecho de autora, dejando defraudada la telepatía. Así entendidas las tres condiciones del autor, tienen peso y estimación cabal.

Con solas ellas, como con tres espadas tajantes, podíamos ya cortar á cercén la cabeza de la objetada dificultad, pues no reinan cumplidamente en los hechos telepáticos. Mas demos atención al doctor inclinando los oídos á sus palabras, que en forma de excusas allanarán el camino á la respuesta. *Difícil cosa es*, dice, *en el caso de la alucinación auricular especialmente, saber hasta qué punto dichas condiciones se cumplieron, aunque podamos conseguirlo en circunstancias rarísimas. No podemos certificar que los relatos de las personas sean por entero puntuales, ni que sus alucinaciones hayan sido tan parecidas como ellas deponen. Mas eso hace poco al caso. Las diferencias de pormenores entre las dos alucinaciones serían, comoquiera, un argumento en favor de su origen telepático, según que lo demuestra la gran copia de sucesos aproximativos, que ofrece la experiencia de la*

(1) El Dr. Surbled padeció error al asentar la proposición siguiente: l'illusion n'enlève à la hallucination aucun de ses caractères propres (*Revue des quest. scientif.*, 1899, t. XVI, p. 405). Porque la ilusión consiste en percibir realmente un objeto exterior, sofisticando y enturbiando con alguna falsedad su realidad objetiva; al contrario, la alucinación no percibe realmente el objeto exterior, y con todo eso le cree por tal atribuyéndole realidad; luego la ilusión destruye el principal carácter de la alucinación.

transmisión de pensamientos (1). Si de tanta dificultad es saber cómo se efectuó la alucinación auricular entre varias personas, ¿sabrá mejor Gurney cómo se efectuaron otras, la del gusto, la del olfato, la del tacto, la de la vista? Si además, confiesa el doctor no serle posible estar seguro de la semejanza de las alucinaciones experimentadas por muchos sujetos á la vez, ¿con qué linaje de razón las llamará *colectivas?* ¿Y por qué ha de importar poco la perfecta semejanza si de ella depende la denominación de *colectivas?* ¿Importa poco, osará decir, la exactitud de los relatos, cuando en ella descansa todo el edificio de la telepatía?

No acrecentaremos una palabra más á lo dicho. Hágase nuevo recurso á los casos arriba copiados de Gurney, pásense muchas veces por ellos los ojos, revuélvanse en la consideración, caréense unos con otros; al fin del careo y atenta lectura se notará una de las cosas siguientes. En los dichos ejemplos ó se puede fundadamente presumir ilusión, y no alucinación; ó la alucinación *colectiva* era producto de pensamientos y afectos dominantes á la sazón en las personas, y no de la telepatía; ó la sugestión de una persona en otra se metió de por medio; ó ignora el lector qué jaez de alucinación padecieron los alucinados; ó no le consta de la puntual relación, pues descubre notable discrepancia en los testigos; ó las alucinaciones no concordaban unas con otras; ó las personas estaban apercibidas de antemano para aceptar la representación sensible; ó finalmente las alucinaciones personales no fueron en ninguna manera idénticas y comunes. Circunstancias, que demuestran con evidente claridad, no haber sido las tales alucinaciones *colectivas* ni telepáticas, en el sentido del ocultismo que les quieren atribuir los modernos compiladores. Igual juicio nos merecen las demás relaciones contenidas en el libro de Gurney, cuyo examen dejamos á la bella gracia del pacienzudo lector.

(1) *Les hallucinat. télépath.*, p. 354.





CAPÍTULO XIII.

El fin del mundo.

ARTICULO PRIMERO.

1. Opiniones de los antiguos Padres sobre el fin del mundo.—2. Prudencia en las calificaciones.—3. Opiniones de la Edad Media.—4. Sentir de los protestantes.—5. Opiniones de los católicos modernos.—6. Controversia del Anticristo.—7. Doctrina de San Pablo.—8. El Anticristo será persona individua.—9. Los judíos ¿adorarán al Anticristo?

1. Tantas plumas se han ejercitado en desenvolver la materia del fin del mundo echando en público libros y más libros, que fuera ocioso dejar correr el discurso, si las profecías concernientes al remate mundano no pusieran en la precisa obligación de hacer nuevo capítulo. Poco hay de doctrinal y dogmático en cuantos volúmenes llenan los anaqueles de grandes bibliotecas. Con todo eso, tantas veces se ha notificado el día en que los siglos se han de acabar, tan por menudo se ha descrito el vario acabamiento, que si el Evangelio no propusiera el fin del mundo como verdad de fe, podríamos con razón dudar si alguna vez ha de llegar el mundo á su fin. Ningún siglo, como el que acaba de fenecer, ha gastado tanto papel y tinta en discursar sobre el acabamiento del mundo: va mencionado ya en el capítulo octavo de este tercer libro. Reducir á guarismo las obras publicadas en menos de cien años, vence nuestra posibilidad, y más aún el declarar las diversísimas sentencias de los autores acerca del tiempo determinado en que este inevitable suceso ha de sobrevenir. Como habrá de ir acompañado de hechos notables por su grandeza y horribilidad, según de las Santas Páginas se colige, no podrá menos de comprender un cierto número de años, en cuyo decurso los sucesos deban verificar las anunciadas profecías. No es aquí nuestra intención exponerlas, sino al revés proponer una resunta de diversas interpretaciones falsas, que de ellas se han dado.

El rumor de que el mundo había colmado la medida de su dura-

ción, comenzó á esparcirse ya en el primer siglo de la era cristiana, en vida de los Apóstoles. San Pablo, escribiendo á los fieles de Tesalónica, les descubre la causa del falso rumor, ocasionado por una carta que ciertos hombres malévolos, deseosos de tentar novedades, les mandaron en nombre del santo Apóstol, donde les notificaban que el día del Señor estaba muy cerca. Hubo de escribir San Pablo á los tesalonicenses deshaciendo la impostura y restituyéndoles la paz (1). Prevaleció el rumor, creciendo de lengua en lengua, con ocasión de las persecuciones de los emperadores Marco Aurelio, Septimio Severo, Decio, Galo, Galieno, Valente, como lo testifican los escritores de aquel tiempo (2), no hablando ellos de su cosecha, sino refiriendo la opinión sonada en el vulgo, y dejando la propia en ademán de conjetura, ó siquiera usando lenguaje ambiguo, sin querer dar corte á la verdad, como luego se dirá.

Igual forma de anunciar el fin del mundo los Santos Padres vemos usaron: San Crisóstomo, en tiempo de Arcadio y Honorio; Agatías, en el imperio de Justiniano; San Gregorio Magno, en los días de Mauricio; San Bernardo, en su siglo (3). En semejantes interpretaciones no caben las tranquillas que ciertos eruditos, pasando las marcas de la razón, suelen poner. Los autores antedichos, en particular los Padres de la Iglesia, no anduvieron jugando con el peligro de la temeridad tan sin reparo, que señalasen día ó año fijo y permanente al fin del mundo ó á la venida del Anticristo, pues se contentaban con imitar el lenguaje apostólico, anunciando que estaba ya corriendo la postrera edad en que el Anticristo ha de venir, cual si le vieran presente.

A esta consideración daban lugar los muchos adversarios de Cristo (que han de ser precursores del *hombre empecatado)*, cuyas crueles maquinaciones contra la Iglesia de Dios, como temerosa vanguardia, traían consigo el anuncio de no estar lejos el caudillo feroz que, con su tumultuante tropa, había de caer de improviso sobre los campamentos del Señor. Pues si los Profetas, vigías verdaderos de lo futuro, proponían como presentes las cosas por venir, ¡tanta era su certidumbre!, ¿por qué no habían de espantar los Santos Padres con el amago al pueblo fiel, para tener sus malas codicias á raya y que no desdijera de la obligación de su estado, proponiéndole como cercano el advenimiento del Anticristo y el fin del mundo, pues ciertamente, los estragos de ambos sucesos hablaban con lengua muda y eficacísima con todos los hombres y épocas? Con razón podemos concluir que los Padres de la Iglesia no

(1) Rogamus autem vos, fratres ne terreamini per epistolam, tanquam per nos missam, quasi instet dies Domini. II Thessal. II, 1.

(2) Eusebio, *Hist. eccles.*, lib. V, cap. I.—Lib. VI, cap. VI.—Lib. VI, cap. XXXIV.—Tertuliano, *De fuga.*—San Cipriano, *Epist. ad Thibaritanos.*—San Agustín, *Epist. ad Hesychium.*—San Basilio, *Epist. ad Alexandr.*—San Jerónimo, *Epist. ad Ageruchiam.*—Sulpicio Severo, *Dial. II.*

(3) S. Crisóstomo, *Hom. XXXIII in Joann.*—Agatias, *Histor.*, lib. V, cap. III.—S. Gregorio, *Homil. XXXV in Evang.*—*Epist. ad Constantium.*—*Epist. ad Joann. Constantin. Episc.*—S. Bernardo, *Serm. VI in Psalm. XC.*

vertieron voces falsas acerca del Anticristo, en especial si notamos, como es razón, que nunca propusieron su sentir por doctrina concerniente á la fe (1).

Ni pudieran creerla ni enseñarla por tal, pues no la hallaban apoyada en la doctrina apostólica. Si había Cristo de revelar cosas tocantes al fin de los tiempos, con esa especial gracia parece hubiera de haberse mostrado exorable á los Apóstoles, quienes, después de reiteradas preguntas sobre el cuándo y el cómo, sin embargo de haber recibido promesa de ser jueces con su divino Maestro en el día del juicio, no le oyeron por toda respuesta sino que no les iba á ellos nada en saber los tiempos y momentos, reservados para la sola sabiduría del Padre celestial. Sin molestar más con importunas instancias, oída la respuesta del Maestro, aunque llenos del Espíritu Santo después de subido él á los cielos, quedaron imposibilitados, por falta de luz, de resolver cosa alguna respecto de los últimos días del mundo, como va dicho en otra parte (2), porque Dios quería guardar el conocimiento de tan hondos arcanos en su pecho divinal (3). ¿Cómo, pues, habían los Santos Padres de estar acordes y tomar asiento en cosas no determinadas por la apostólica autoridad?

2. Más; los Prelados de la Iglesia no se perdieron por incuria en esta parte. No andaban tan dormidos, que no fuesen á la mano á los revelanderos. El cronista Sigiberto narra de cierta profetisa, que como no se recatase de publicar la proximidad del juicio universal, solicitando la atención del vulgo y trayendo á su partido á muchos eclesiásticos, acusada ante el arzobispo de Maguncia, por satisfacer á los cargos y purgarse de la culpa, declaró que por sugestión de un sacerdote, con intento de tirar sus gajes, pregonaba aquella novedad (4). Otro más ruidoso hecho pasó en Florencia el año 1105. El arzobispo de esta ciudad, consternado por los continuos portentos que á la sazón se divulgaban, vino á resolver en su pecho, y no reparó en afirmar por cosa cierta, que ya había llegado el tiempo del Anticristo. El Sumo Pontífice Pascual II mandó congregar en la misma Florencia un concilio de trescientos cuarenta obispos, que entendiesen en la aseveración del arzobispo flo-

(1) Malvenda: Terrores igitur et formidines, non falsae opiniones Patrum, de adventu Antichristi fuere. *De Antichristo*, lib II, cap. XVIII.—Si en esta consideración hubiera Lacunza hecho más hincapié, habría podido fácilmente deslindar la confusión que en los tratadistas baldonó. No se habría arrojado tan á bulto á escribir: «Con todo eso, nos atrevemos á decir que de todo ello resulta un conjunto de ideas tan extrañas, tan inconexas, tan confusas, que parece imposible sentar el pie en cosa determinada.» (*Venida del Mesías*, t II, p. 124).—¿Quién le manda á Lacunza sentar el pie donde ningún Padre le pudo hincar seguramente? ¿Por qué se ha de pasar él del pie á la mano, de la mano á la boca, para deslenguarse y zaherir con la pluma á los Padres en cosas totalmente libres, no defendidas por ellos como verdades determinadas? Fuera de la venida del Anticristo al fin del mundo, ni el orden, ni el cuándo, ni el cómo será, podía hacerse á nadie notorio.

(2) Lib. II, cap. XI, art. IV.

(3) S. Agustín, *Epist. LXXX.*—Sto. Tomás, Dist. XLVII, a. I, q. III.

(4) *Chronic.*, anno 848.

rentino. Ventilada la causa con diligente examen, quedó en claro que la vanidad humana había forjado aquel imprudente parecer (1).

Otro caso historia San Antonino por estas palabras: *En el mismo año 1311 un tal Arnoldo de Vilanova, gran filósofo, dogmatizaba en París, empeñado en probar por la profecía de Daniel y por la sibila Eritrea, que la venida del Anticristo y la persecución de la Iglesia habían de efectuarse entre los años 1300 y 1400, hacia el 1377. De este asunto publicó un libro intitulado «De speculatione adventus Antichristi». Pero fué reprobado y tenido por hereje. Y porque los maestros parisienses le traían sobre ojo, temiendo él las pesquisas de la Inquisición, salió de allí y dió consigo en Sicilia. Remitido al Papa por Federico, rey de Sicilia, en el mar acabó sus días. No está en vuestra mano conocer los tiempos y momentos que el Padre puso en la suya, dice la eterna Verdad. Los que quisieron señalar el tiempo al advenimiento del Anticristo y el fin del mundo, fueron hallados mentirosos* (2). No extrañará nadie tan ridículas opiniones, si advierte lo certificado por graves autores acerca de las cuentas de hombres temerarios. San Jerónimo dice que el hereje Apolinar limitaba la venida del Anticristo al año 490 de la Era cristiana; San Filastrio cita á otros que la adelantaban al año 360; San Agustín refiere que algunos daban por remate de la duración del mundo, quién el año 400, quién el 500, quién el 1000; San Vicente Ferrer habla de ciertos computistas que entre la primera venida de Cristo y la segunda interpolaban un número de años igual, ni más ni menos, al número de versos que tiene el Salterio de David, y ahí hacían punto sin dejar espacio intermedio. Interpole siquiera el lector unas gorgoritas de lástima y guarde la risa para luego.

3. Falta apuntar otras opiniones de la Edad Media acerca del Anticristo y del fin del mundo. Después que la Europa entera hubo echado abajo aquel gravísimo susto, que en el año 999 la arrebató, cuando aguardaba para el día primero del año 1000 el terrorífico clamor de la trompeta celeste, que llamase los muertos á vida, y á juicio todos los vivos (3), más adelante, en tiempo de Urbano V, Bar-

(1) De este concilio tratan muchos autores, en particular Belarmino (*De Romano Pontifice*, lib. III, cap. III), S. Antonino (II, part. histor., tit. XVI, cap. I) y Genebrardo *Chronogr.*, lib. IV).

(2) III part. hist., tit. XXI, cap. II, § 8.—Del médico Arnoldo habla largamente Menéndez y Pelayo en sus *Heterodoxos*, t. I, cap. III. El cap. VII del presente libro pone de rasguño sus manías de profeta.

(3) Los historiadores salidos de la escuela racionalista han despicado su enojo exagerando los miedos terroríficos de las gentes, poco antes de terminar el siglo X. SISMONDI: «Los hombres todos se hallaban en el trance de un condenado que ha oído la sentencia de muerte.» (*Hist. de la chute de l'empire romain*, p. 505.)—MICHELET: «El cautivo esperaba el fin del mundo en la negra prisión, en el sepulcral *in pace*; el siervo en el surco á la sombra de la odiosa torre, el monje en las abstinencias del claustro, en los tumultos solitarios del corazón, en medio de las tentaciones y caídas, de los remordimientos y visiones extrañas, miserable juguete del diablo que se burlaba cruelmente de él, y que de noche, levantando su manta, le decía alegre al oído: tú estás condenado.» (*Hist. de Franc.*, livre IV, an. 1000.) Pero Baronio, con más acuerdo y verdad, dice: Vana assertione praenuntiatur mundi postremus. Fuerunt ista in Gallis promulgata, ac primum Parisiis prae-

tolomé Genovés, natural de las islas Baleares, publicó un libro donde señalaba á la venida del Anticristo el día de Pentecostés del año 1360 (1).—Juan de Paris dió á luz en 1300 un tratado *del Anticristo,* en que sospechó que el día del juicio final caería dentro del año 1567 (2).—Pedro de Ailly escribía en el año 1414 el tratado *De concordia astrologiae veritatis et narrationis historicae,* barruntando que por astronómicos indicios, como se dijo en el capítulo primero de este tercer libro, vendría el Anticristo hacia los años de 1789.—Arnaldo de Lubec, al ver cómo á Vilanova le habían salido al revés las cuentas, hizo tanteo de las suyas fijando al Anticristo el año 1504, 10 marzo, á las seis y cuatro minutos de la tarde. Ya en 1445 debió de haber parecido el Anticristo, porque el claustro de la Sorbona le reconoció entonces por actual y viviente, cuando reinaba en Francia Carlos VI. No querían los franceses despedirse del siglo XV sin verle al Anticristo la cara, por eso hicieron correr la voz de que Carlos VIII sería el último francés, y que tras él asomaría el mortal enemigo de Cristo.—Nicolás de Cusa, en su obra *De diebus novissimis,* echó conjetura que el mundo llegaba al fin de su jornada en 1700 ó en 1734.—Juan Pico de la Mirándola, en sus *Conclusiones cabalísticas, asercion IX,* dilataba la consumación del siglo hasta 1994.—Pero Meleto dejó asentado en su *Quadrivium temporum* el remate de cuentas humanas con el juicio universal en el año 1530, ó cuando mucho en 1540.—Más generoso anduvo Jerónimo Cardano, que en su libro *De Varietate* no quiso llegar á las inmediatas hasta el año 1800, en que había de amanecer el Anticristo.—Al contrario, Jacobo Naclant cerró mucho antes el plazo de poder pecar dando contera al mundo en 1656.—El alemán Brusch la anticipó con la llegada del Anticristo en 1589, rumor que prevaleció mucho tiempo en Alemania (3).

4. El siglo más famoso fué el XVII por las voces de alerta que dieron los protestantes. En 1603 el Sínodo nacional de Gap decretó que el Anticristo era el Papa Clemente VIII; pero como se les muriese, de miedo (decían ellos), doblando la hoja hicieron correr la fama que el Anticristo vendría al mundo en el año 1710. Otros protestantes hallaron otro expediente en 1610, decretaron por inapelable resolución que el Anticristo ó la bestia del Apocalipsis era el Sumo Pontífice Paulo V (4). Roña fué esa que se les pegó á los pro-

---

dicata, jamque vulgata per orbem, credita a compluribus, accepta nimirum a simplicioribus cum timore, a doctoribus vero improbata. (Ann. ad an. 1000.) San Abon de Fleury combatió por temeraria la opinión del fin del mundo con argumentos de Escritura. (MIGNE, *Apologet.*, Patr. lat., t. CXXXIX, col. 471.)

(1) NICOLÁS EYMERICH, *Directorium Inquisitorum*, p. II, quaest. 10.—Bover llama *fanático mallorquín* á Genovés, si bien Eymerich le hace menorquín. Biblioteca de escritores, baleares, n. 529.—Menéndez y Pelayo habla del balear en sus *Heterodoxos españoles*, t. I, cap. III, p. 495.

(2) VIELMIO, *De sex diebus conditi orbis*, sect. VI.

(3) De todos los citados autores y de sus varias sentencias trataron Martín del Río Vielmio, Lindano, como se puede ver en Malvenda (*De Antichristo*, lib. II, cap. XXIX) y en Lecanu (*Dictionn. des miracles*, art. *La fin du monde, Antéchrist.*).

(4) Sabido de todos es cómo el P. Francisco Suárez tuvo que tomar la pluma para enmendar los errores del rey Jacobo de Inglaterra, componiendo su *Defensio fidei catho-*

testantes de sus caudillos Lutero y Calvino, como podrá verse en los autores que la materia tratan (1). No bastándole á Lutero sacudir la cerviz altiva y con imperiosa autoridad dar á beber al pueblo que el Papa, no tal ó cual individuo, sino el Romano Pontífice, cualquiera que fuese, representaba al Anticristo en persona, tuvo audacia para dejar plantado este afrentosísimo ultraje entre los artículos del Sínodo de Smalcalda celebrado en 1537, sin embargo de no haber querido Felipe Melancton confirmar con su mano el artículo propuesto. La quimera luterana quedó después autorizada por el Sínodo calvinista convocado en Gap el año 1603, como dijimos (2). Blasfemia insana, propia de herejes que no consienten á Dios sobre sí, más dignos de lástima que de refutación (3).

El calvinista Pedro Jurieu, desterrándose de su patria á Holanda en 1685, por poner en salvo la vida amenazada con la revocación del edicto de Nantes, buscó á su aflicción algún consuelo en la inminente ruina del Imperio Pontificio, que había de rodar por el suelo en el año 1710, computado conforme á su heretical aritmética (4). Explicábase por estas palabras, denostando por Imperio del Anticristo el Pontificado Romano: *Ese Imperio nació por los años de 450, y morirá hecho pedazos cerca del año 1710, precisamente 1260 años después de su nacimiento. Puede ser que fenezca poco antes, pero yo no hallo que pueda tirar por más tiempo, si no es acaso hasta 1714* (5). No repitamos lo dicho atrás (6) respecto de Jurieu, pero los que hicieron tras él soga de sus disparates, al verse cogidos entre

licae en 1612, obra constante de seis libros. En el quinto, intitulado *De Antichristo*, emplea cuatro buenos capítulos en demostrar, que ni la Iglesia Romana ni los Romanos Pontífices, en ningún tiempo pudieron representar al Anticristo, como el rey inglés presumía.

(1) BELARMINO, *De Romano Pontifice*, lib. III.—BOSSUET, *Hist. des variations*, lib. XIII.

(2) El art. 31 de la *Confesión de fe* está expresado en estos términos: «El Papa es con toda propiedad el Anticristo y el hijo de perdición señalado en las Sagradas Letras, y la bestia vestida de púrpura que el Señor despedazará. Esta es la creencia y confesión común de todos nosotros, y este es el fundamento de nuestra separación de la Iglesia Romana; fundamento, zanjado en la Escritura y sellado con la sangre de tantos mártires».

(3) Entre las opiniones extravagantes digna es también de grandísima lástima la contenida en esta relación. «Erat in celeberrimo Sancti Stephani Collegio, Ordinis Praedicatorum, religiosus quidam vir, et tam in doctrina, praelegendo in cathedra (*primae horae* vocant) et scribendo etiam erudite, quam in concionando celebris. Hic sibi persuaserat extremum jam tempus instare, et Antichristum natum esse; et quoniam quibusdam ex causis humanis, erga Patrem Ignatium, quem Romae noverat, non bene affectus erat, coepit ejus animo sedere, et quidem valde firmiter, quod tam Ignatius quam ejus socii, Antichristi praecursores essent, et signa Antichristi et ministrorum ejus, nostris omnino quadrare volebat. Unde tam in colloquiis privatis quam etiam in concionibus quadragesimae, tela hujusmodi in Societatem et ejus institutum ac personas sic vibrare coepit, ut de nostris ipsum agere fore omnes auditores intelligerent; et pro sua auctoritate sic populum commovit, ut nostros per viam transeuntes digito ostenderent, et se ad cavendum eorum fraudes hortarentur, cum et ministros et fautores Antichristi eos timerent.» (*Chronicon Societatis Jesu*, auctore P. Joanne Alphonso de Polanco, S. J., tomo I, anno 1548, p. 298.—*Monumenta histórica, Societatis Jesu*, 1894.)—Estos rumores corrían por la ciudad de Salamanca, antes que los de la Compañía hiciesen asiento en ella, después de haber aprobado la Silla Apostólica el instituto de los jesuítas

(4) Era Jurieu un discursista arrebatado, que no perdonó á Bossuet, ni á Fenelón, ni á los más empinados calvinistas. Murió en 1713.

(5) *Accomplissement des prophéties*, vol. II, chap. II.

(6) Lib. III, cap. VI, art. II, n. 6.

puertas, como perros rabiosos, en vez de amainar alargaron el plazo con alguna latitud, participando al vulgo que del Anticristo Romano no quedaría pelo ni hueso en el año 1716, ó siquiera en 1720, ó á más tardar en 1736, porque era lance forzoso dar estallido antes de terminar el siglo XVIII.

A los entremeses de esos héroes del protestantismo, que dieron papel de Anticristo á San León Magno, á San Gregorio Magno, á San Gelasio, y siguen ahora la comedia sacando á imaginaria representación los augustos nombres de Pío VII, de Pío IX, de León XIII, de Pío X, responden los católicos con repiques y sonsonetes que despiertan carcajadas de gozo. ¿Quién no deja para mentecatos á los hombres de pendón, que estatuyen por dogma fundamental de su secta la doctrina del Anticristianismo Romano? ¿Quién no salta de placer á tamaños dislates, en cuya comparación los yerros de algunos católicos sobre el Anticristo son materia baladí, de levísima importancia (1)?

5. Entrando en la época moderna, veamos hasta dónde alcanzó la humana previsión armada de los adminículos que pueden prestar la ciencia y el ingenio. Al hombre pagado de sus luces le han crecido luego las alas. Batiéndolas arrojóse á atalayar lo por venir (para solo Dios reservado) sin bastarle á su escarmiento las torpes caídas de los Icaros antecedentes. ¿No era justo que los modernos, á vista de tantos desengaños, hubiesen encogido las alas de sus audaces ingenios? Prudencia sería el haberse aprovechado de la desmedida arrogancia; mas no, ellos no habían de valer menos que los pasados en arrojo y temeridad.

La Font-Sentenac en el cap. XX, vers. 3 *del Apocalipsis* vino en concluir que el mundo tendrá fin en el año 2005; conclusión, que saca de ver repetida dos veces la palabra *mil años* en los versículos 2 y 3 (2).—Pastorini en su *Comentario del Apocalipsis* fija la cuna del Anticristo en la región de la Crimea tártara, y le pone en las manos el cetro de Turquía para que tomada la investidura de emperador haga en el trono turquesco todas las bellaquerías vaticinadas en el Sagrado volumen (3).—Al P. Mendive le pareció hallarse ya en medio del mando y pleno señorío del Anticristo (4); aserto, que combinado con el de Siuri, en cuya virtud el Anticristo ha de encerrar en su puño el cetro por solos tres años y seis meses, pó-

(1) Véase cómo trataba el asunto el P. Feijóo en su *Teatro crítico*, t. VII, disc. V.

(2) BTO. ALONSO DE OROZCO: «Este *poco* de tiempo ha corrido más de mil y quinientos años, y podrá ser que pasen otros tantos de aquí á que se acabe, porque allí y en otros lugares semejantes había Dios midiendo este tiempo con su eternidad, en cuya comparación mil años son como el día pasado.» *Victoria de la muerte*, cap. XIV.

(3) C'est donc le pays de la Crimée tartare que nous pensons que doit naître l'Antechrist, héritier de ce petit royaume, qu'il possèdera par droit de succession..... Nous croyons donc que le sceptre que tient la famille ottomane qui règne actuellement sur les Turcs, lui sera enlevé de façon ou d'autre, ou que cette famille s'éteindra; après quoi, le prince antichrétien, le roi de la Crimée tartare, reclamera ses droits, et montera sur le trône impérial de la Turquie.»—Citado por Lecanu, *Dictionn. des prophelies*, p. 229.

(4) Antichristi regnum jam in mundo constitutum videtur. *Instit. theol.* 1895, vol. II, p. 430.

nenos en el caso de solemnizar el entierro del Anticristo y la última boqueada del mundo, como lo están pidiendo á voces los oráculos de la India pagana (1).—Niñería es, más liviana que las sobredichas, la *verdad matemática* de D. Antonio Sanz y Sanz, expresada en esta conformidad: *en el año 1895 de la era corriente terminarán los tiempos y se habrán verificado las cosas anunciadas* (2).

No tendría fin el cuento si hubieran de referirse todos los cómputos que en el siglo XIX se hicieron del término final del mundo. Los hombres, como deslumbrados por un espíritu de entender al revés las cosas, daban lugar á trampantojos de la fantasía, que les pintaba el mundo en víspera de dar consigo al traste. *No soy yo solo en creerlo así, decía el arzobispo Claret, pues esto mismo está llamando la atención de todos los pensadores y verdaderos sabios, no ya solamente cristianos, griegos y latinos, sino también paganos y judíos* (3). —Uno de los pensadores y verdaderos sabios sería Pedro Alvarez Navarro, que fijó en el año 1888 el grande estrago que había de desmantelar ciudades y pueblos con final acabamiento (4). Otros sabios pensadores serían sin duda, el conde de Maistre (5), el escritor público Luis Veuillot (6), el teólogo Ricardi (7), el literato Bruni (8), el preclaro Antonio Martini, arzobispo de Florencia (9), que á mediados del siglo XIX en todas las quiebras y desventuras de aquel tiempo descubrían razones para tener por colgado de un hilito el andar del mundo (10).

---

(1) SIURI: Durabit regnum Antichristi tres annos et dimidium, ut tenet communis Patrum et theologorum sententia. *De novissimis*, tract. X, n 48.—*La Civiltà Cattolica*, 1897, ser. XVI, vol. X, p. 286.—A S Agustín se le llenaba de risa la boca cuando oía definir el tiempo del Anticristo ó del remate mundano. (*De Civit. Dei*, lib. XVIII, cap. LIII, LIV.) El expositor Giustiniani da cuenta de otras niñerías muy sabrosas á ese tenor. (*In Jac.* cap. V, vers. 9.

(2) *Daniel, ó sea la proximidad del fin del siglo*, 1861, con censura eclesiástica, p. 171.—El libro de D. Antonio se encartó en el Indice. El autor había hojeado la *Clavis Prophetarum* del P. Vieira, libro censurado por indigno de la estampa, á causa de los errores exegéticos, filosóficos, teológicos que contiene. Contra toda buena razón, preocupado por el sistema milenarista, dice el arcipreste de Tortosa: «Vieira con lógica irresistible prueba y resuelve afirmativamente los treinta y cuatro artículos de su obra.» (Ibid. p. 156). Si hubiese el canónigo Sanz pasado los ojos por los dictámenes de los censores jesuítas, hubiera advertido que la falta de lógica fué la mengua principal que al P. Vieira le notaron. Las tres piezas tengo yo á la vista, juntamente con la obra de Lacunza, de quien también se le pegó al *Daniel* de Sanz algún resabio. Pero ni Sanz, ni Lacunza, ni Vieira tendrían fija en la memoria aquella prohibición del Sumo Pontífice León X, que á principios del siglo XVI, decía: Tempus quoque praefixum futurorum malorum, vel Antichristi adventum, vel certum diem judicii praedicare vel asserere non praesumant cum veritas dicat: «non est vestrum nosse tempora vel momenta, quae Pater posuit in sua potestate»; ipsosque qui hactenus similia asserere ausi sint, mentitos, ac eorum causa reliquorum etiam recte praedicantium auctoritati non modicum detractum fuisse constet. Bull. *De Praedicator. verbi Dei munere*, 19 dec. 1516. *Bullar.* t. V, p. 681.

(3) *La época presente considerada probablemente como la última del mundo*, 1857, p. 8.

(4) *Paz general de la Iglesia y del mundo*, 1840.

(5) «Corremos, y corremos con increíble velocidad al fin del mundo.» *Veladas de S. Petersb.*, convers. XI.

(6) *Univers*, 24 nov. 1857.

(7) *Disertación filosófico-teológica acerca del fin del mundo*, 1840.

(8) *Ultimo estado y triunfo de la Iglesia*, 1847.

(9) *Comentario del Apocalipsis.*

(10) El Card. Pastorini en el año 1775 decía: «Tocamos ya de cerca el principio del

A otros autores no les temblaba tanto la contera, aunque medían los pasos de los sucesos con turbación congojosa. No asigna al Anticristo hora segura el abate Gaume, sin embargo de inclinarse á creer que el período final del mundo empezó con la revolución francesa del siglo XVIII. *Aunque no pueda ni pretenda el cristiano determinar la época de la catástrofe, sabe que una tradición la fija en el discurso del sexto millar, y que deben anunciarla algunos signos precursores. Esta tradición es dos veces respetable, ya por su antigüedad, ya por los nombres que la corroboran. Siendo común á judíos y cristianos, resume el sentir de los dos pueblos depositarios de las doctrinas primitivas, y se pierde en la noche de los tiempos* (1). Ni esas ni otras alegadas por el autor son razones de peso, porque la recantada tradición carece de sólido fundamento, por ser contraria á la verdad histórica, cuyos documentos indubitables demandan mucho más de seis mil años para dar cabida á todos los sucesos de los siglos desde Adán hasta nuestros días, como ya es cosa resuelta por los peritos en antigüedades.

Yo, á consecuencia de los sucesos, con posterioridad ocurridos, y de mis particulares observaciones, me inclino á creer, como casi seguro y evidente, que ha principiado esa época á fines del siglo próximo pasado, con la horrible revolución francesa y las guerras que le siguieron; y aunque, como dejo sentado, no sea posible fijar, con precisión y seguridad, su duración, hay motivos para presumir que habrá de terminar, sobre poco más ó menos, en todo el siglo inmediato ó á principios del siguiente (2). El caballero que así escribe, con esa vaga indecisión, aunque haga alarde de observaciones propias, bien muestra hablar al aire sin más guía que el antojo. ¿Por qué la revolución francesa ha de ser la primera alborada de fracaso final, sino porque toda catástrofe de alguna consideración les pareció siempre á los mundiclastas á propósito para sus fatídicos sueños? No se gobernó con otra brújula el traductor de *El Anticristo*, fundado en la Profecía de los Papas. *Siendo diez años*, dice, *el término medio de la duración del reinado de cada Pontífice, síguese, según dichas profecías, que el fin del mundo será el año 2000 de la Era cristiana* (3). La Profecía Papal no puede ser norma por donde regular los tiempos, porque va ella tan fuera de compás como se dijo en el capítulo VII de este libro.

Al mismo tenor por parecidas razones colocaron otros en la portada del siglo presente la venida del Anticristo. El P. Arribas, conmemorando el secreto de la Saleta, dijo: *El Anticristo vendrá á fines*

---

anunciado período, y es probable que la generación próxima ó la siguiente á más tardar, vea ya alguna parte de las calamidades que aquí se anuncian.» *El Catolicismo y la raza humana*, trad. de D. Juan B. Perales, 1882, pág. 580.—Al traductor le parece, que la quinta edad, después de la cual, en la sexta, reinará el Anticristo y vendrá el fin del mundo, «es evidente que termina en 1825» (Ibid. Nota); puesto caso que Pastorini no determina á punto fijo cuándo comienza dicha sexta edad.

(1) *Adónde vamos á parar*, 1845, § XVII, p. 112.

(2) CAYETANO CABALLERO INFANTE, *La proximidad del fin del siglo*, 1875, p. 11.

(3) *El Anticristo*, 1872, p. 290.

de este siglo ó á mediados del que viene (1). El abate de la Tour de Noé halló por su cuenta el mismo asiento, no sin baldonar á otros autores que habían dado principio á la jornada del Anticristo algo más temprano. *El venerable Holzhauser*, dice, *pone el nacimiento del Anticristo en el año 1855, Augusto Nicolás lo hace nacer en 1859. Estos dos eminentes personajes se equivocan; el monstruo infernal nació en 1863* (2). El mismo autor, en otra parte, dice: *Lo repito aquí por última vez: 1921 ó 1953, fechas del fin del mundo, son las verdaderas, si no las matemáticamente exactas* (3). En ningún siglo se habían propuesto cálculos tan desatinados como en el siglo XIX sobre el Anticristo y fin del mundo. Con justísima razón los hombres de los siglos venideros condenarán por insensatos á sus calculadores, como quienes no supieron desengañarse con el desengaño ajeno, antes por sus propias manos firmaron el castigo de impenitentes.

6. Vengamos á más grave asunto. Tratemos de la parte dogmática contenida en las escrituras profetales acerca del Anticristo, íntimamente enlazado con el fin del mundo. La voz *Anticristo* hállase usada tan solamente por el Apóstol San Juan (4); ningún otro escritor del Antiguo ni del Nuevo Testamento la tomó en la pluma. Pero cuando San Juan la empleó, no quiso el Espíritu Santo que nos dejase enterados de su singular y específica condición. Porfiaba Lacunza que el Santo Apóstol había declarado con todo rigor y propiedad la definición del Anticristo (5). El propio autor cayó en advertencia del sofisma que le podían echar en cara, á cuya sombra concluir, como intentaba, que el Anticristo no ha de ser persona singular é individua, sino un cuerpo moral, bien robusto y poderoso para entrar en campo con la Iglesia de Dios en los últimos tiempos. Del especioso y flaco sofisma nunca se desenredó Lacunza, por más que le llevase la atención el sacudirle de sí. Con braverías de voces no se paga á la verdad el tributo que se le debe. Nunca propuso el discípulo amado la definición *del Anticristo,* si bien señaló con propiedad la *de Anticristo:* en la *l* está todo el sofisma del P. Lacunza. Porque una cosa es *adversario de Cristo*, otra *el adversario de Cristo. Adversarios de Cristo* son todos los que *niegan al Padre y al Hijo*, los que *destruyen á Jesús*, los que *no confiesan que Jesucristo vino en carne;* y esos, dice San Juan, son *muchos, impostores y anticristos*. ¿Qué significa, pues, la voz *Anticristo*, en concepto de San Juan? El que

---

(1) *El Misterio de iniquidad*, 1870, p. 346.

(2) *El fin del mundo*, 1895, p. 187.

(3) Ibid., p. 224.—Conforme á las cuentas de Noé, que cree por genuina y valedera la Profecía Papal, los nueve Sumos Pontífices que restan después de León XIII vivirán, por término medio, siete años, dos meses, cuatro días y diez horas cada uno. Ibid., p. 221.

(4) I Jo., II, 18, 22.—IV, 3, II Jo., 7.

(5) «Aquí mismo es donde se halla su definición. Si preguntamos al amado discípulo qué cosa es Anticristo, nos responde por estas palabras: omnis spiritus qui solvit Jesum, ex Deo non est; et hic est Antichristus, de quo audistis quoniam venit, et nunc jam in mundo est.—Os parecerá, sin duda, á primera vista, que yo voy á usar aquí de algún equívoco pueril ó de una especie de sofisma.» *La venida del Mesías*, 1825, t. II, p. 169.

niega la Encarnación del Verbo, que por esa misma causa se declara por enemigo y adversario de Cristo.

Pero ¿quién es *el Anticristo que ha de venir*, el sujeto misterioso que al fin del mundo ha de pasar con su enemistad capital la raya de todos los adversarios del Hombre-Dios? Recoge nuestro Apóstol la pluma, calla como si fuera mudo, no responde palabra, deja la definición en el aire. Ora la bestia del Apocalipsis vomite blasfemias contra Dios, ora Satanás impela á pecados y sedición contra él las naciones (1); á ninguno de estos sujetos aplica San Juan el nombre de *El Anticristo*. No quería el Espíritu Santo darnos á conocer por San Juan la índole peculiar del Anticristo, si bien nos dejó pintada de su mano con vivísimos colores la figura de los contrarios de Cristo, que por extensión y genéricamente podrán llamarse anticristos; los cuales, no sólo han de venir en todo tiempo, sino que estaban ya en el mundo entonces mismo, cuando el inspirado escritor hablaba (2). Y del sujeto particular, que *vendrá al fin del mundo*, cuya venida *al fin del mundo* no mencionó el Apóstol San Juan en sus escritos, ¿pretende el P. Lacunza sacar la propia y precisa definición? No puede ser sin silogizar sofísticamente valiéndose de un juego de palabras, que dice muy mal con la tan ponderada sabiduría del escritor americano (3).

7. Quien nos dejó del Anticristo un retrato perfectamente sacado, con sus colores y matices, fué el Apóstol San Pablo en su segunda Carta á los de Tesalónica. No le nombra, es verdad; pero toda la tradición cristiana, fuera de Bergier y algún otro escritor de poco pelo, asevera y mantiene á pie firme que el *hombre empecatado* del Apóstol es el Anticristo en persona, ni más ni menos (4).

En qué época deba venir, no lo resuelve el Apóstol. Manifiesta, eso sí, que algún obstáculo retarda su venida; mas no insinúa en qué consista ese impedimento (5), ni hay quien pueda entenderlo, como de sí lo confesaba San Agustín (6). Los Padres opinaron variamente en este particular: los unos, que el obstáculo era el imperio romano; los otros, que el espíritu del cristianismo (7); mas dejaban su sentir en mera forma de conjetura, sin acabar de tomar partido. En un

---

(1) Apoc., XIII.—XX, 7. (2) I Jo., II, 18.—IV, 3.

(3) *Dictionnaire de la Bible*, art. *Antéchrist.*, p. 658.

(4) Quasi instet dies Domini: ne quis vos seducat ullo modo; quoniam nisi venerit discissio primum, et revelatus fuerit homo peccati, filius perditionis, qui adversatur et extollitur supra omne quod dicitur Deus, aut quod colitur, ita ut in templo Dei sedeat ostendens se tanquam Deus. ¿Non retinetis quod cum adhuc essem apud vos, haec dicebam vobis? Et nunc quid detineat scitis ut reveletur in suo tempore. Nam mysterium jam operatur iniquitatis: tantum ut qui tenet nunc, teneat, donec de medio fiat. Et tunc revelabitur ille iniquus, quem Dominus Jesus interficiet spiritu oris ejus, et destruet illustratione adventus sui eum; cujus est adventus secundum operationem Satanae, in omni virtute, et signis, et prodigiis mendacibus, et in omni seductione iniquitatis iis qui pereunt. II Thessalon., II, 3-10.

(5) Quid detineat, scitis. Τὸ κατέχον οἴδατε.—μόνον ὁ κατέχων ἄρτι ἕως ἐκ μέσου γένηται. II Thessal., II, 6, 7.

(6) *De Civit. Dei*, lib. XX, cap. XIX.

(7) Sto. Tomás, *In Ep. II ad Thessal.*, cap. II, lect. 1.

punto convenían todos, á saber, en que según la manera de hablar de San Pablo, en los postreros días del mundo la fe cristiana recibiría mengua con quebranto notable, que daría lugar al Anticristo para andar más envirotado y ejecutar su funesta pujanza. Cuándo, en qué siglo, de qué manera, por qué medios vendría él á tener tan grande mano en el mundo, nadie acertó á decidirlo con entera confianza, porque los textos de la Escritura no abren resquicio de luz por donde formar alguna idea. Muy común fué la opinión de los seis mil años, como término de la mundana duración; sentencia destituida de fundamento, pues apenas tenía otro sino el haber de pasar por el mundo tantos miles de años cuantos días se habían pasado en su formación. Menos sólido aún es aquel otro dictamen seguido por muchos autores, que el Anticristo sería judío, oriundo de la tribu de Dan: las razones que este sentimiento comprueban, son de ningún valor, como se podrá ver en Calmet (1). De manera, que ambas opiniones pertenecen al catálogo de las anticuadas (2).

Cuando uno ve fatigadas las prensas en estampar aserciones como ésta: *Dios quiere que el Anticristo aparezca en el mundo hacia 1893; que un segundo 93 sirva de centenario al primero, que fué la época del «terror» para Francia* (3); hay para darse una palmada en la frente, por la asombrosa confianza con que se le impone á Dios una voluntad que nadie nunca ha conocido. Sube de punto el asombro á vista de las manoseadas razones. *Algunas autoridades irrecusables van hasta sostener que el Anticristo será de la tribu de Dan, y esto por las razones siguientes* (4). El sobredicho abate las va poniendo con mucha flema en los ojos del lector, sin reparar que están hartos los siglos de oirlas, de desestimarlas, de tenerlas por de ningún mérito. Luego un poco más abajo se levanta descollado á bizarrear con el Anticristo por este modo: *Sí, quiero ir á verle, á fin de ofrecerle mi libro encuadernado en tafilete negro y abierto al capítulo intitulado el «Antecristo». Si me mata, mi muerte proclamará que no me he engañado; si salgo vivo de su terrible presencia, mi vida atestiguará la verdad de mis afirmaciones. Muerto ó vivo, mi misión será el complemento de la del Bautista. Sólo que el más grande hombre del mundo fué el precursor de Cristo, mientras que yo seré el del Antecristo* (5). Quien tenga escrúpulos y tropiezos en la exactitud de lo que acabamos de trasladar, acuda al texto francés, y díganos si en una cosa se asemeja el Noé moderno al Noé antiguo (6).

8. Entre los malos pasos que no dejan asentar el pie, por haber encubierto el camino de la verdad, tocante á la persona del Anti-

(1) *Comment. in Epist. Pauli. Dissert. de Antichristo.*

(2) TURMEL: On peut la mettre au rang de ces opinions qu'on appelle en théologie *antiquatae. Dictionn. de la Bible, Antichrist.*

(3) ABATE DE LA TOUR DE NOÉ, *El fin del mundo*, 1895, p. 188.

(4) Ibid., p. 193. (5) Ibid., p. 198.

(6) Las cartas laudatorias de los Prelados, que se estampan en las primeras páginas del libro, no cayó en la cuenta el autor de la sorna con que están escritas.

cristo, hay uno allanado por la tradición cristiana, que podemos atravesar sin peligro de engaño, y es la persona real, singular, individua del verdadero Anticristo que el mundo espera antes de fenecer. No consta en términos expresos de las Escrituras, pero en la aseveración de esta verdad concurre el consentimiento de todas las iglesias, la sentencia de todos los Padres, el dictamen de todos los teólogos, la interpretación de todos los expositores, el sentir común de todos los fieles, con tan unánime conveniencia y concordia, que *fuera delirio é insano comento,* dice Malvenda, *fingir por Anticristo un reino, una monarquía, la sucesión de muchos príncipes adversarios de Cristo y de su reino* (1). Los argumentos y dificultades que á esta general aserción se pudieran objetar, hallan fácil contestación en acreditados autores y respuesta concluyente que satisface á las dudas por entero (2).

Delirio padeció el P. Lacunza, y no de primera instancia, sino confirmado y duradero, como de su libro consta, donde las varias piezas de que se ha de componer el Anticristo, recógelas y asiéntalas en un cuerpo moral, no consintiendo en ajustarlas á persona individuada. No se le podían ocultar las baterías con que el texto de San Pablo descomponía la armazón de su máquina moral; pero fué de modo su deliramento, que aun otorgando que el Apóstol habló del Anticristo, porfiaba que no habló de una persona singular, sino de un cuerpo ó congregación de hombres; sentencia, que sustentaba, no por hipo de resucitar opiniones rancias, sino de introducir otra inaudita y flamante. San Pablo señala con el dedo *el hombre del pecado, el hijo de la perdición* (donde el griego usa el artículo denotando sujeto determinado y singular); dice que el *Señor Jesús le dará muerte con el espíritu de su boca;* añade que *será manifiesto aquel inicuo* (donde acude otra vez el griego con el artículo); escribe que *se sentará en el templo de Dios mostrándose cual si fuese Dios.* En estas específicas notas y signos individuantes no descubría Lacunza rastro de persona particular; muy atareado en exponer lo del *templo,* deja en blanco todo lo demás ó pasa por ello muy á la ligera. Mas no desiste de aplicar todo el texto á *una gran multitud de verdaderos apóstatas, llámense deístas ó materialistas (importa poco para la substancia del misterio), los cuales habiendo primero desatado á Jesús, ó desatádose de Jesús, y con esto verificado en sí mismos lo que anuncia el Apóstol en primer lugar, «nisi venerit discessio primum», se han de unir en cuerpo moral, han de trabajar en acrecentar y fortificar este cuerpo cuanto sea posible, y después que esto se haya conseguido, se han de rebelar y declarar contra el mismo Jesús y contra Dios su padre: por esto se le da á éste «homo peccati» el nombre de Anticristo ó Contra-*

(1) Delirium prorsus et insanum commentum esse fingere Antichristum regnum aliquod, et monarchiam, seu successionem multorum principum Christo Domino ejusque regno adversantem. *De Antichristo,* lib. I, cap. VIII.

(2) SUÁREZ, *De Antichristo,* lib. V, cap. II, III, IV.—BELARMINO, *De Romano Pontifice,* lib. III, cap. II.—SANDER, *De visibili monarchia Ecclesiae,* lib. VIII, cap. III, IV.—LESSIO, *Disput. de Antichristo,* demonstr. III.—ESTIO, *In IV Sentent.,* dist. XLVII.

Cristo (1). Si le preguntáis á Lacunza quién acaudilla ese enorme cuerpo, quién le espolea, quién le manda, quién ha de andar de punta con Cristo poniéndose hombro á hombro con él, no se le ofrece respuesta ni halla más palabra sino que los impíos tomaran muy á su cargo, formados en cuerpo, la verificación de todas las circunstancias cabales del texto, sin necesidad de persona humana que tenga arte ni parte en el gobierno de tanta monstruosidad.

Tampoco le preguntéis á Lacunza dónde tiene su cabeza ese cuerpo moral, que él supone organizado y constituido de muchas partes, unidas con un mismo espíritu y alma. No sabe Lacunza dónde tiene la cabeza. Porque su cabeza no es Satanás por cierto. Satanás podrá ser el alma de ese cuerpo, mas no hará de cabeza, la cual porque será instrumento de Satanás no dejará de ser hombre. Dirán: la cabeza del cuerpo moral será una junta de impíos, agente del demonio. Pero esa junta ¿tendrá presidente? Y ese presidente ¿será hombre ó demonio? ¿Quién ocupará el mayor lugar en esa república? ¿Quién llevará el compás á todas las impiedades, á todas persecuciones, á todos los desórdenes, desafueros, voces, gritos, juramentos, insolencias, permafés de todos los perdidos de la tierra? Además, ¿qué significa un cuerpo moral, numerosísimo, dilatadísimo, endiabladísimo, sentarse en el templo y blasonar de Dios? ¿Qué significa dejarse ver ese cuerpo después de la apostasía general? A estas preguntas no satisface la hipótesis que tenemos entre manos.

De otro achaque adolece mucho más peligroso. ¿Cómo probaría Lacunza que si el Anticristo no es hombre individuo, lo es su antagonista Cristo Jesús? Porque por los mismos pasos que lleva él en su demanda, podría demostrarse sin gran trabajo que también el Señor Jesucristo es un cuerpo moral. ¿Qué digo? Más; presupuestas por principio las máximas de Lacunza, apenas habrá vaticinio profetal concerniente al Mesías, que no pueda igualmente aplicarse á cuerpo moral. Ni aun el *Virgo concipiet et pariet filium* escapará de naufragio, si es tan común y frecuente, como lo abona Lacunza, que el singular suene plural en las Escrituras Sagradas. ¡Cómo saltarían de placer los judíos modernos si se les franquease la puerta para generalizar lo individuo y personal, ellos que no por otra pretensión beben los vientos! A tan ruinosas consecuencias tira y endereza la proa el sistema de Lacunza (2).

¿Deberáse luego decir que las profecías pertenecientes al Anticristo no dan de sí más luz que el conocimiento de su cierta venida? Esas predicciones, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, son ahora para todos enigmáticas, ya que ni vencen el miedo de

(1) Ibid., p. 330.

(2) No se aleja gran trecho la opinión de Lacunza de la aclamada por los protestantes como dogma fundamental de su confesión, según queda dicho atrás, por cuanto los herejes no querían fuera el Anticristo un Papa individuo, sino cada Sumo Pontífice de por sí á título de Romano Superior de la Iglesia, y daban además denominación de Anticristo á toda la sucesión de Papas.

errar ni allanan la escabrosidad del camino, porque Dios cuando las anunció no llevaba el intento de satisfacer la humana curiosidad, sino de facilitar la salvación de los hombres por un temor santo y reverencial; pero la escabrosidad se irá haciendo llana al paso que su cumplimiento se aproxime. Cuando venga al mundo el Anticristo, constará sin sombra de duda quién es, dónde está, cuál sea su fisonomía, sus depravados intentos, sus patentes iniquidades, sus ardides, lazos, doctrinas, embustes, violencias, de forma que todos los vivos puedan seguros decir: ahí está el hombre de pecado, ahí va el hijo de perdición, aquí tenemos al gran malvado, este es el verdadero Anticristo, en cuyas redes caerán, aun los justos, si de su reclamo no se recatan, y ya que no, por lo menos andarán vejados de él, con injusticias y pesadumbres en todas las naciones.



Tal es el concepto y la idea que del Anticristo formamos, si hemos de estar á la letra y al espíritu de las Sagradas Páginas. La Iglesia de Dios no quedará sin cabeza visible, que la rija y amaestre con plenaria potestad hasta el acabamiento de los siglos. Al Sumo Pontífice tocará muy en particular la resolución de este gravísimo suceso, como á quien no podrá faltar la luz necesaria para atender á todo y ordenar la vida y seguridad de sus hijos los fieles, cuando haya descubierto la cara del funesto enemigo. Gocemos de buen reposo. Si todos los escritores que han tomado la delantera en los prenuncios sobre el Anticristo, hubieran consultado el dictamen de la Silla Apostólica, no habrían padecido mengua en su reputación ni alborotado el mundo vanamente.

9. Una curiosa opinión conviene aquí dejar insinuada, recibida por el general consentimiento de los Padres y Escritores eclesiásticos, y es, que los judíos, no habiendo querido á tiempo reconocer á Jesucristo nuestro Señor por verdadero Mesías, humillarán al Anticristo sus frentes protervas adorándole por su Mesías, arrojándose á sus pies, besando humildes la tierra que pise. A los Padres griegos y latinos han de añadirse los teólogos y comentadores católicos, que juntamente con gran muchedumbre de rabinos, tienen por digna de consideración esta sentencia. Fúndanla en una potísima razón. Los judíos están aguardando hace tiempo con grandes ansias á su Mesías: el Anticristo, prometiéndoselo todo por una genuflexión, hará mentirosa y fingidamente los prodigios que ellos de su Mesías esperan, comoquiera que ni los gentiles, ni los herejes, ni los mahometanos, mucho menos los cristianos, tienen por qué alentar semejantes esperanzas; consiguiente es á lo dicho, que cuando los judíos tengan fijos los ojos y clavada la vista en las cosas tan estupendas del Anticristo, como las prometidas por San Pablo en su carta á los tesalonicenses, se le entregarán pecho por tierra como á su glorioso Libertador, le adorarán humildes, le venerarán sujetos, le acatarán y seguirán rendidos á superior luz.

Hablando del Anticristo, San Pablo, dice así: *Su venida es en toda seducción de iniquidad para los que perecen, por no haber recibido la*

verdad con que salvarse. Por esto Dios les infundirá operación de error, para que den crédito á la mentira; de manera que sean juzgados todos los que no creyeron la verdad, y consintieron en la iniquidad (1). En este lugar no trata el Apóstol expresadamente de los judíos; como de soslayo los toca, á la callada los comprende, á bulto les tira, pero no les da de lleno, porque en la amplitud de sus vocablos pueden darse por entendidos todos los adversarios de la cristiana religión. Siendo así, no es cosa llana que el blanco principal del Apóstol fuese designar los solos judíos, siquiera debamos respeto á la tradición antedicha, que no pertenece á cosas de fe.

ARTICULO II.

1. Por señal del fin del mundo ponen muchos autores la predicación del Evangelio en todo el orbe. - 2. No es apremiante esta señal. 3. Otros añaden la población de Jerusalén hecha por los judíos. 4. Respuesta á los argumentos de dicha opinión - 5. Discútense otros textos interpretados por los quiliastas. – 6. Examínase un vaticinio de Oseas. – 7. Suéltase una dificultad.—8. Razones directas contra los milenaristas.- 9. Suposiciones arbitrarias.

1. Ciertos autores modernos que tratan con largo y menudo razonamiento la materia del fin del mundo, no dejan de poner por señal la predicación del Evangelio en todo el orbe. El abate Noé, aunque ocasionalmente y de paso, como si viese ya el mundo tocar al término señalado, pondera con énfasis la evangelización general diciendo: *El Evangelio es predicado hasta en las islas de la Oceanía. La lumbrera de la fe se pasea á través de las negras gentes del centro del gran Continente, á quienes abrasan los fuegos perpendiculares del sol. El Evangelio recorrió el antiguo mundo llevado en las alas triunfantes de las águilas romanas; atraviesa hoy el nuevo remolcado por el vapor, hace publicar con el rayo los boletines de sus victorias. Cuando el mundo marcha, Dios lo guía. El clarín del soldado ha tocado la carga de pueblos contra pueblos, de naciones contra naciones, en las guerras de sucesión de América, de Rusia, de Turquía, de Italia, y, sobre todo, en la tan desgraciada de nuestra pobre Francia contra la cruel Alemania* (2).

No hay necesidad de acumular más autoridades. Lo que hace al caso es averiguar si la predicación del Evangelio en toda la tierra es significativa de haber llegado al fin la vida mundana. En verdad nuestro divino Salvador pronunció estas proféticas palabras: *Y será predicado este Evangelio del Reino en el universo orbe, en testi-*

(1) Cujus est, adventus... in omni seductiòne iniquitatis, iis qui pereunt, eo quod charitatem veritatis non receperunt ut salvi fierent. Ideo mittet illis Deus operationem erroris, ut credant mendacio: ut judicentur omnes qui non crediderunt veritati. sed consenserunt iniquitati.

(2) *El fin del mundo*, cap. X.

monio á todas las gentes, y entonces vendrá la consumación (1). ¿De qué *consumación* quiso hablar el Salvador? Porque como los expositores distan mucho de convenir entre sí acerca de su propio significado, en cosa tan grave como ésta si hay diferencias entre ellos, no parece razonable establecer por señal del fin del mundo un suceso controvertido.

En dos bandos se dividen los intérpretes: los unos aplican la predicción de Cristo á la ruina de Jerusalén, los otros á la desolación del mundo. Cuando los discípulos recibieron de Cristo por respuesta las palabras antedichas, le habían preguntado dos cosas, que se relatan en el principio del capítulo XXIV, es á saber, cuándo Jerusalén con su Templo sería arruinada, y cuál era la señal del último juicio y de la consumación del mundo. Siendo revuelta la pregunta, no podía ser llana la respuesta, ó porque no se la quería Cristo dar fácil de entender, ó porque de ninguna manera quiso descubrir el fondo de su sabiduría celestial. De ahí nace la diversidad de interpretaciones. Innumerables son los comentadores que entendieron hacía Cristo alusión con su respuesta al asolamiento de Jerusalén, ejecutado después por el emperador Tito. Basta abrir el Tostado, el Salmerón y el Barradas, para informarse uno del catálogo de Padres y Expositores que con ellos opinaron. Sea cuanto quiera más frecuente la interpretación de Maldonado, Lessio y Malvenda, que con otra muchedumbre de Padres y teólogos abrazaron la consumación del mundo por la más probable sentencia; no por eso pierde la otra su probabilidad; especialmente, que como puede notarse en Malvenda (2), no han sido pocos los autores que admitían entrambas á dos exposiciones con igual facilidad, puesto que con ambas queda soberanamente enaltecido el don profético de Cristo nuestro Redentor, conforme lo dejamos avisado al principio del capítulo IX, artículo III del libro antecedente, en donde por vista de ojos se informará el lector de la verdad.

Como sea ello así, y constando con entera certidumbre, que la común y universal opinión de los Padres y Expositores no milita (como debiera militar para obtener valor demostrativo) en favor de la consumación del mundo; tampoco las palabras de Cristo, alegadas por San Mateo en el capítulo XXIV, denotan forzosamente ni dan por señal perentoria del fin de los tiempos seculares la propagación del Evangelio por todo el orbe, que es lo que con este discurso convenía demostrar, contra la resolución de algunos modernos escritores. Añádase esta otra razón. Las luces del Evangelio se han de derramar por toda la tierra, antes que asome el Anticristo: verdad llana, constante en San Mateo, donde primero se pone la predicación evangélica por todo el mundo y después la *tribulación magna, qualis non fuit ab initio mundi, nec postea fiet*. Ni es verosímil

(1) Et praedicabitur hoc Evangelium Regni in universo orbe, in testimonium omnibus gentibus, et tunc veniet consummatio. Matth. XXIV, 14.

(2) *De Antichristo*, lib. IV, cap. XLV.

en manera alguna, que cuando haya el Anticristo alzado bandera, y comenzado á clamar con voces sonoras á fin de despertar tumultos de rebelión en aquellas regiones, donde hasta la hora presente no pusieron el pie misioneros católicos para sembrar la doctrina cristiana, quede lugar á dejarla plantada con la predicación del Evangelio. ¿Por ventura no basta, á fin de que ningún pueblo pueda alegar excusa, haberse hecho notoria por espacio de veinte siglos la verdad y pujanza de la religión cristiana, aunque no quede rastro de ella en algún país donde antes se predicó, y aunque la luz evangélica no haya iluminado tal cual provincia de rincones incultos, ora se entienda respecto del siglo apostólico, ora respecto del tiempo actual? El oráculo de Cristo recibe todo el lleno de su expresión en ambos casos. Porque cosa cierta es, que los Apóstoles, enriquecidos con aquellas dádivas sobrenaturales de profecía y milagro, sembraron la palabra de Dios, en el intervalo de solos diez años, por todo el romano imperio, comprendido entre el Ponto Euxino y las columnas de Hércules, y aun por Asia y Africa, con más rapidez que los misioneros posteriores en el espacio de diez siglos; de manera, que pudo con verdad escribir San Pablo á los romanos y á los colosenses que el Evangelio se estaba ya entonces anunciando á todo el mundo (1). Llanísima verdad es ésta, apoyada en la historia.

Lo que parece menos claro es, cómo pudo el Apóstol hablar de los gentiles, cual si hubiese llegado á su noticia la enseñanza evangélica (2). Desvanécese la obscuridad, si prestamos atención al verbo *exivit*, que no significa *predicar*, sino *salir* á ello, así como solemos decir que la fragata zarpó de Barcelona para la China el día tantos, aunque tarde semanas en llegar, ó por la bravura de los vientos surja en el puerto del Japón; así David, Cristo, Pablo, podían proponer la predicación evangélica como notificada á los gentiles, con sólo anunciar que los pregoneros de la fe saldrían alguna vez á enseñársela. ¿Y no salieron por dicha los Apóstoles, después de la Ascensión del Señor, á ilustrar el mundo con la doctrina celestial, repartiéndose entre sí el orbe civilizado?

Cavemos un poco más hondo. Ufanos y gloriosos estaban los judíos de ser los herederos natos de las promesas notificadas al Patriarca Abrahán. Afectando blasones de grandeza espiritual, rehusaban hacer de ella particioneros á los gentiles, con tan vana ostentación, que tiraban velos y cortinas á la publicidad para vocear sus privilegios judaicos y las gentilicas menguas, como lo pusieron á vista de todos cuando amenazaron de muerte á San Pablo, porque se ladeaba á favorecer á los gentiles (3), cual si en ello se mostrase traidor á la patria. El santísimo Apóstol, que no era hombrecillo

(1) Fides vestra annunciatur in universo mundo. Rom. I, 8—In verbo veritatis Evangelii, quod pervenit ad vos, sicut et in universo mundo est et fructificat, et crescit sicut in vobis Coloss. I, 6.

(2) Nunquid non audierunt? Et quidem in omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terrae verba eorum. Rom. X, 18.

(3) Act. XXIII.

que se pagase de estruendos ni de títulos campanudos, tomando la mano en los enojos de judíos con gentiles, después de abrir á los míseros judíos las puertas de sus entrañas con viva compasión de sus males (1), no satisfecho con la compasiva caridad se atrevió á convencer las razones aparentes de los ignorantes y porfiados, poniéndoles la verdad desnuda y líquida en el puesto que le tocaba, con esta declaración: que entre judío y gentil no había diferencia alguna, que á unos y otros ha de alcanzar el conocimiento de Cristo, que para eso era menester les llegase á todos la predicación del Evangelio (2). En probar estas tres proposiciones gasta San Pablo no pocos versículos de su Carta á los romanos. ¿Qué consecuencia saca de su razonamiento? Esta: puesto caso que los gentiles han de llevar su ración en los bienes comunes, y ser consortes y partícipes, juntamente con los judíos, de las riquezas espirituales de la gracia; constando que no pueden entrar á la parte de ellas sin el caudal de la fe; considerando que no podrán concebir firmeza de fe, ni salir de sus errores, ni vivir como pide la profesión cristiana, si primero no se les convence con la persuasiva la ignorancia y desatino de sus falsos cultos, y no se les propone con suasorias razones la verdad de la religión cristiana; evidente cosa es, que habrán de ir á predicársela los Apóstoles de Jesucristo, para convicción de sus entendimientos y persuasión de sus voluntades: esto es lo razonable, lo justo, lo necesario. De forma, que no consistía el pleito entre San Pablo y los judíos en si los gentiles habían de recibir ó no la palabra de Dios, sino en si era ó no lícito el predicársela.

Así expuesto el testimonio de San Pablo, no ofrece sombra de dificultad, ni sirve al intento de probar la predicación evangélica en ningún siglo determinado. Por esta causa, apenas acabamos de entender qué motivo han imaginado ciertos expositores para envolver en confusos comentarios un texto que parece tan obvio, si no es el afán de eclipsar lo lúcido con lo sombrío de las humanas cavilaciones (3). De donde finalmente concluimos, que los testimonios de las Santas Escrituras se han verificado suficientemente hasta el día de hoy, en orden á la predicación evangélica, sin que sea forzoso descubrir en ella signo alguno especial enlazado con el fin del mundo, porque muchas vueltas de siglos puede aún seguir dando la tierra sin peligro inminente de cerrarse el plazo de la humana mortalidad (4).

3. Otra señal, la reconstrucción de Jerusalén para asiento del Anticristo, suelen presentar los autores como indicio precursor del

(1) Rom. IX.

(2) Rom. X, 12.

(3) Giustiniani: Malo ingenue fateri nescire me, quam temere divinare. *Comment. in Epist. ad Rom.*, cap. X.—Pereira, *In Epist. ad Rom.*, disp. IV.—Salmerón, *In Epist. ad Rom.*, cap. X.—Alápide, *In Epist. ad Rom.*, X, 18.

(4) Knabenbauer: Atque profecto, cum de dia illa et hora nemo sciat, evangelium in toto orbe praedicatum non potest simpliciter dici esse signum adventus Domini; sed saltem dicendum erit cum Maldonato, certum esse evangelium prius omnibus gentibus praedicandum, illud incertum an simul atque praedicatum fuerit, finiendus sit mundus. *Comment. in Matth.*, XXIV, p. 318.

fin del mundo. No tiene duda que algunos Padres con sentir determinado dieron á esa sentencia reputación, acotando con ellos varios teólogos de los siglos XVI y XVII (1). Algunos modernos no se extrañaron de esa suposición. *Tan cierto es*, dice Caballero Infante, *el restablecimiento de los judíos en la tierra de sus padres, según los anuncios de los Santos Profetas, como lo ha sido su destierro y dispersión por las naciones* (2). Se diferencian los modernos de los antiguos, en que los antiguos querían la gente hebrea supeditada al mando del Anticristo, al contrario los modernos la libran de esa sujeción, mas la quieren ver libre en la ciudad de Jerusalén para dedicarse á su fenecido culto y á la observancia de la Ley en medio de plenísima paz (3).

4. No será necesario aguzar mucho el ingenio para penetrar, recorridos algunos lugares de la Escritura, cuán gratuitamente se dice que el Anticristo abrirá cimientos en Palestina, levantará edificios, fabricará grandes palacios, gastará sumas de consideración en erigir la nueva Jerusalén para corte de su universal imperio. *No temas, porque yo estoy contigo: desde el oriente conduciré tu descendencia y desde el occidente te congregaré. Diré al aquilón: dámelos. Y al austro: no los detengas, tráeme de lejos mis hijos, mis hijas del cabo del mundo* (4). En este lugar de Isaías quieren los autores antes citados ver representada la palabra de Dios dada á los judíos de congregarlos otra vez, al fin de los tiempos, en la Palestina y en la ciudad de Jerusalén. Pero no advierten que las promesas de este paso miran á los tiempos del Mesías y no á los del Anticristo. ¿Qué ofrece aquí Dios?, veamos. Reducir los hebreos, dondequiera que moren, á *invocar su nombre*, como lo dice el versículo siguiente, de arte que, aun dispersos por todo el orbe entre gentiles, se vuelvan adoradores fieles y siervos de Dios, sin que uno solo quede excluido de la prometida salud. Así resultará, como si dijera, que ni Dios ha dado de mano á su pueblo, ni tiene cifrada la comunicación de sus gracias en la carnal descendencia de Abrahán, como quien á judíos ingratos y á gentiles abominables convida por un igual á la participación de los bienes mesíacos. ¿Qué hace aquí Jerusalén, ni Palestina, ni la suerte

---

(1) S. IRENEO: Antichristus in tempore regni sui, transferet regnum in terrenam Jerusalem, et in Templo Dei sedebit, seducens eos qui adorant eum, quasi ipse sit Christus. *Advers. haeres.*, lib. V.—SEVERO SULPICIO, *Vita S. Martini*, diálogo II —RABANO, *Opusc. de Antichristo.* —S. ANSELMO, *Elucidar.*—VIEGAS, *Comment. An. XIII*, cap. *Apocal.*—BECANO, *De Antichristo*, cap. IV.—BELARMINO, *De Romano Pontif.*, lib. III, cap. XIII.—SANDER, *De visibili Ecclesiae monarchia*, lib. VIII, cap. XXVI.—MALVENDA, *De Antichristo*, lib. VI, capítulo XXXVII.

(2) *La proximidad del fin del siglo*, 1875, p. 17.

(3) Esta póstrera opinión han sustentado en el siglo XIX los católicos Rougeyron (*El Anticristo*), Arribas (*El misterio de la iniquidad*), Lacunza (*Venida del Mesías en gloria y majestad*, edic. 1825), Sanz (*Daniel*), y algunos otros. Entre los protestantes se arrimaron al mismo sentir Auberlen (*Der Prophet Daniel*, 1874), Baumgarten, Hoffmann, Volck (citados por Keil, *Bibl. Commentar über den Proph. Ez.*), y otros.

(4) Noli timere, quia ego tecum sum; ab oriente adducam semen tuum, et ab occidente congregabo te. Is., XLIII, 5 —Dicam aquiloni, da, et austro, noli prohibere; affer filios meos de longinquo et filias meas ab extremis terrae. 6.

futura de los judíos en el remate final? Ojos bastan para encaminar el sentido de palabras tan manifiestas.

Y tú no temas, siervo mío Jacob, ni te espantes, Israel; porque yo te salvaré de lejos, á ti y á tus descendientes de la tierra de tu cautiverio, y volverá Jacob, y descansará, y prosperará, y no habrá quien le amedrente.—No temas, siervo mío Jacob, dice el Señor, porque contigo estoy yo, porque yo acabaré con todas las gentes, entre las cuales te arrojé, mas contigo no acabaré, pero te castigaré en juicio, y no te perdonaré como á inocente (1).—El abate Rougeyron, atento á llevar adelante la felicidad de los judíos al fin del mundo, dice así del texto citado: *Es indudable que los anuncios de esta conversión futura no se refieren á la vuelta de Israel de la cautividad de Babilonia, porque la vuelta de que hablan los Profetas es general, común á todos los judíos, y universal, como su dispersión, del uno al otro confín del mundo; es una vuelta seguida de una libertad completa y de una perpetua independencia; es una vuelta irrevocable, cuyo efecto inmediato será el restablecimiento de la nación judía con todos sus derechos y para siempre* (2).

Antes de responder al reparo del abate con la exposición obvia del texto, es de advertir que á varios comentadores protestantes modernos, como Graaf, Cheyne, Hitzig, se les ofreció el pensamiento de borrar de una plumada los versículos 27 y 28 antes citados de Jeremías, porque les parecía ociosa y de ningún provecho esa añadidura en forma de paréntesis. En mal hora dieron en esa traza, sin consejo se arrojaron á la supresión de un paréntesis, que contiene un juicio profético de altísima importancia acerca del paradero que han de tener los designios de la divina Providencia. Entrambos versículos ceden en mayor claridad, aunque parezcan redundancias ó amplificaciones retóricas á la pravedad heretical. No puede quedar duda en la necesidad de conservarlos en su vigor. Veamos, pues, qué sentido admiten. Acaba Jeremías de amenazar, en nombre de Dios, primero á los egipcios, después á todos los que llevaban puesta en ellos su confianza pensando á la sombra del rey egipcio escapar las uñas del rey Nabuco. A los judíos, que tan lindas seguridades se prometían, mándales Dios decir que les saldrán del todo vanas, porque en Egipto se la pagarán sin remisión cayendo en manos del rey babilónico. Mas con todo eso, la calamidad egipcia no será mortal ni irreparable, más servirá de salud que de quebranto, como consta del verso 26.

Pues para que el pueblo judío no pase por menos amado de Dios, y no desconfíe de la divina amistad, soltando la rienda de la imaginación en revolver que el Señor le trata á él con menos amor que

(1) Et tu ne timeas, serve meus Jacob; et ne paveas, Israel; quia ecce ego salvum te faciam de longinquo et semen tuum de terra captivitatis tuae, et revertetur Jacob, et requiescet, et prosperabitur, et non erit qui exterreat eum. Jerem., XLVI, 27.—Et tu noli timere, serve meus Jacob, ait Dominus; quia ego tecum sum, quia ego consumam cunctas gentes ad quas ejeci te; te vero non consumam, sed castigabo te in judicio, nec quasi innocenti parcam tibi. 28.

(2) *El Anticristo*, p. 117.

al egipcio, toma Dios la mano en los versos 27 y 28, y clavados los ojos de su infinita clemencia en los cautivos de Babilonia, promételes todo linaje de prosperidad, su amparo y protección, vuelta segura y sin cuidado, vida sosegada y perdurable. A los que se acogieron en sus cuitas, como á sagrado, al refugio del rey egipcio, ya les había Dios prevenido con espantable azote (1), que descargará cruelísimo sobre ellos, á la letra sin compasión; mas aquí les abre el Señor portillo á la esperanza de su paternal amparo, concluyendo con una hiperbólica sentencia, que hace este sentido: primero desecharé yo á todas las gentes antes que me aparte de ti. No Egipto, sino Babilonia era el lugar del cautiverio; mas la divina bondad, tanto á los judíos de Egipto, como á los de Babilonia, como á los dispersos por cualquiera nación, les alarga generosa mano, atenta á reprimir su contumacia, á esperar y aceptar su arrepentimiento. Poco hace al caso el corto número de los judíos vueltos de Babilonia; no trata de eso el presente lugar. Mas ni por sueño trata del fin del mundo. Rougeyron, que hizo esa cuenta, formaba de los comentadores un concepto inexacto y parcial cuando por sostener su voluntaria interpretación escribía: *Así es, que debe evitarse el confundir, como lo hacen algunos comentadores, las antiguas profecías relativas á la primera vocación de los judíos, con las que hacen relación á la segunda*. El texto de Jeremías por ningún argumento se prueba que diga relación á la segunda vocación de los judíos.

5. Aparte otros testimonios de Isaías y Jeremías traídos á colación sin provecho por los antedichos escritores, demos lugar al capítulo XL de Isaías, que dice así: *Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios: hablad al corazón de Jerusalén, y dadle albricias, porque su maldad llegó á colmo, expiada está su iniquidad, recibió de la mano del Señor dos tantos por todas sus culpas. Voz del que clama en el desierto: aparejad el camino del Señor, enderezad en el desierto las sendas de nuestro Dios. Todo valle será alzado, y todo monte y collado será humillado, y los caminos torcidos se enderezarán y los ásperos se allanarán* (2).—Sobre este último lugar dice el P. Arribas en su obra *El misterio de iniquidad: ¡Qué aplicaciones tan violentas se han hecho para acomodar esta profecía, como otras, al primer caso! Mas, entendida hoy, literalmente por los sucesos que no conocieron los antiguos, se presenta muy naturalmente su cumplimiento, en la radical mudanza que está realizando la civilización moderna en todos sentidos. Por las construcciones de las vías férreas, ¿quién no ve «los valles alzados»; por los terraplenes y viaductos, «los cerros abatidos»; por las cortaduras, «los caminos tortuosos», hechos rectos con las alineaciones, y*

(1) Is., XLII, 16.—XLIII, 11. XLIV, 12.

(2) Consolamini, consolamini, popule meus, dicit Deus vester. 1.—Loquimini ad cor Jerusalem, et advocate eam, quoniam completa est malitia ejus, dimissa est iniquitas illius, suscepit de manu Domini duplicia pro omnibus peccatis suis. 2.—Vox clamantis in deserto: parate viam Domini, rectas facite in solitudine semitas Dei nostri. 3.—Omnis vallis exaltabitur et omnis mons et collis humiliabitur, et erunt prava in directa et aspera in vias planas. 4.

«los ásperos», por las explanaciones, y demás hechos llanos?—Aún encuentro otra alusión más clara y terminante á los ferrocarriles en el Profeta Baruch (5-5), donde entre otras cosas dice: Porque Dios ha determinado allanar todo monte alto y los riscos inmobles, y hendir los valles al igual de la tierra, para que transite Israel con diligencia para honra de Dios (1).

Cortado queda uno y santiguándose de oir semejantes interpretaciones, no conocidas ni imaginadas por los sagrados intérpretes. El lugar de Isaías á la vez amenaza cautiverio á los judíos y les promete la instauración á su vuelta de Babilonia. De la manera que otros Profetas (2) juntan entrambos sucesos, de la misma Isaías después de intimar el destierro, describe la gloriosa vuelta de los desterrados, que les había de ser materia de inefable consuelo. En todo el contexto no hay palabra que suene á fin del mundo; esa es interpretación voluntaria de algunos modernos, que da lugar á que los católicos y no católicos se miren unos á otros maravillados de la novedad. Porque á lo sumo, los más descubren en la libertad histórica del pueblo hebreo la figura y representación de la libertad espiritual, que por el divino Mesías á todos los hombres había de alcanzar. Ni la una ni la otra puede excluirse del contexto: no la libertad temporal babilónica, que nace del antecedente capítulo XXXIX y se acaba de exponer en lo restante del capítulo XL; no la libertad espiritual mesiaca, que proviene de los siguientes versículos, en particular del quinto en esta forma: *Y será revelada la gloria del Señor, y verá toda carne juntamente lo que la boca del Señor habló* (3).

Ahora, ¿á qué entendimiento reposado le puede parecer admisible, que la civilización moderna con todo su aparato de vías férreas, de túneles, de viaductos y demás baraúnda de alineaciones, cortaduras y desmontes, vaya encaminada *á manifestar la gloria del Señor* y *á que toda carne vea lo que Dios tiene vaticinado* por sus Profetas? ¿No leyeron los que tal fantasean el capítulo de San Mateo, donde el Espíritu Santo da la verdadera interpretación del texto de Isaías (4)? ¿No leyeron en los otros tres evangelistas (5) la verificación literal de las palabras proféticas? ¿Qué comentador, de los menos autorizados, pasaría con disimulación la licencia que los escritores dichos se toman aplicando á cosas tan rateras, contra la mente del Espíritu divino, palabras tan sacrosantas (6)?

---

(1) Caballero Infante, *La proximidad del fin del siglo*, cap. XVII, p. 181.

(2) Os. II, 14.—III, 4.—Mich., IV, 10.

(3) Et revelabitur gloria Domini, et videbit omnis caro quod os Domini locutum est.

(4) Hic est enim, qui dictus est per Isaiam prophetam dicentem: Vox clamantis in deserto: parate viam Domini; rectas facite semitas ejus. III, 3.

(5) Marc., I, 3, 4.—Luc., III, 4.—Jo., I, 23.

(6) No sin vivísima pena trasladamos aquí el temerario arrojo de Caballero Infante: «En el artículo que publiqué en *La Esperanza*, de que hago mención al principio de este escrito, expuse que el henchimiento *de los valles al igual de la tierra*, y el allanamiento *de los montes y de los riscos inmobles*, y las horadaciones de los mismos, que es cosa equivalente, y su reducción á *caminos* para el tránsito *con diligencia ó sin demora y*

6. Ponga término á este asunto el análisis de otro lugar profético muy ponderado por nuestros pesimistas. Para demostrar que los hebreos cuando venga el fin del mundo se han de restituir á su antigua Jerusalén, donde avecindarse como en morada propia, traen el capítulo de Oseas, que dice: *Yo la acariciaré y la llevaré á la soledad, y la hablaré al corazón, daréla viñadores de su mismo lugar, y el valle de Achor para que entre en esperanza; y allí cantará «himnos á su Dios» como en los días de su juventud, como en los días en que salió de la tierra de Egipto. Y aquel será el día, dice el Señor, en que me llamará esposo suyo... Y te desposaré conmigo para siempre, y te desposaré conmigo mediante la justicia y el juicio, y mediante la misericordia y la clemencia. Y te desposaré conmigo mediante la fe* (1). En figura de mujer fornicaria dibuja el Profeta á la gente judía ya en la portada de su vaticinio. Aquí descritas las infidelidades del pueblo, merecedoras de eterna reprobación, expone en nombre de Dios la blandura de la infinita misericordia, que tiene apercibidos á su esposa infiel bienes y regalos de valor inestimable. Uno de ellos será *llevarla á la soledad y hablarla al corazón*. Esta *soledad*, porfían los adversarios católicos, con quienes seguimos el pleito, que sea Jerusalén, y ésta es la que apellidan *vocación segunda* de los judíos poco antes de acabárseles el término de merecer. Mas ¿cómo no cargaron el juicio los tales escritores, en que hace el Profeta alusión á la salida de Egipto y á los cuarenta años, que pasaron en el desierto los hijos de Israel antes de entrar en la tierra de promisión, disponiéndose al culto divino y al servicio espiritual de Jehová, que era su guía y amparo? Así el destierro babilónico se

---

para honra de Dios, consideraba ha tiempo, que están cumpliendo las empresas de ferrocarriles, sin comprender los grandes ó principales designios que en ellos tiene la Divina Providencia.»

Con mucha posterioridad, en *La Esperanza* del 16 de julio de 1858, se publicó un artículo firmado por A. J. de Vildósola, en el que dijo: «Una de las cosas que más fe debiera inspirar al ánimo del cristiano, si se fijase en ello, es ver cómo se cumplen en la tierra, día tras día, todas las revelaciones de los libros sagrados. Aquellas que parecen maravillas de la industria ó artificio del saber humano, no son sino realización de promesas que Dios hizo por medio de sus Profetas, y que están misteriosamente consignados en sus libros santos...»

Después, aludiendo á los telégrafos eléctricos y á los ferrocarriles, añadió: «Que en la Biblia Santa se habla claramente de un porvenir en que habría *veloces mensajeros* (Ite angeli veloces, etc. Is., 18 2), y en que las montañas serían allanadas ó perforadas y los valles terraplenados.» (*La proximidad del fin del siglo*, p. 182.)—En manos de escritores como Caballero y Vildósola, pronto veríamos la Sagrada Biblia convertida en muñeca y juguete de niños. Dios libre á su Santa Iglesia del laicismo arrogante que presume de sabio.

(1) Os., II, 14. Propter hoc ecce ego lactabo eam et ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.—15. Et dabo ei vinitores ejus ex eodem loco, et vallem Achor, ad aperiendam spem: et canet ibi juxta dies juventutis suae, et juxta dies ascensionis suae de terra Aegypti.—16. Et erit in die illa, ait Dominus, vocabit me Vir suus et non vocabit me ultra Baali.—17. Et auferam nomina Baalim de ore ejus, et non recordabitur ultra nominis eorum.—18. Et percutiam eum eis foedus in die illa, cum bestia agri, et cum volucre coeli, et cum reptili terrae; et arcum, et gladium, et bellum conteram de terra, et dormire eos faciam fiducialiter.—19. Et sponsabo te mihi in sempiternum; et sponsabo te mihi in justitia, et judicio, et in misericordia, et in miserationibus.—20. Et sponsabo te mihi in fide; et scies quia ego Dominus.

equipara al yugo de Faraón, como la vuelta de Babilonia á Jerusalén se contrapone á la entrada en la tierra prometida. Este es el sentido obvio de la letra, ni hay para qué amontonar citas de expositores. Las promesas que luego se siguen, dan razón de los bienes que los judíos en Jerusalén después del cautiverio habían de disfrutar, entre los cuales uno muy positivo fué el destierro de la idolatría, que después del cautiverio babilónico no fué vista ni oída en la república judaica. Paz y bienandanza se promete en los versos 16, 17 y 18.

En el verso 19 repite el Señor tres veces: *yo te desposaré conmigo*. Con voces enfáticas significa la eterna misericordia, que á la adúltera la tiene deparado un desposorio espiritual, sobre toda ponderación excelente, irrevocable, santo y eterno, no al estilo del de la sinagoga, lasciva manceba que se aventuró á todos lances con desenfrenada liviandad, ofendiendo la honra de su Dios y Señor por la negra inclinación á nefandos cultos. La nueva alianza enseñará al pueblo judío cómo anda Dios muerto por él de amores. Pues este orden de ideas, trabadas entre sí con vínculo tan natural y necesario, excluye toda alusión al fin del mundo y á la vocación segunda de la gente judía. En Oseas no se encubren debajo de alegorías y voces propias más promesas que estas dos: desterrados los judíos á Babilonia tornarán á Jerusalén, donde le enderezarán al Mesías las sendas por las cuales ha de venir; el Mesías vendrá y colmará de bienes espirituales á judíos y gentiles: todo sin merecimientos humanos, por pura misericordia de Dios. Ni más ni menos en todos los Profetas. Fingir una Jerusalén flamante, reedificada para vivienda de judíos, llena de gloria y majestad, henchida de santidad y perfección cual nunca vieron los siglos precedentes; y fingirla como anunciada por los Profetas hebreos, es andar á caza de quimeras y soñar felicidades imposibles (1).

7. Antes de cerrar el artículo será bien soltar una objeción propuesta por los adversarios. *El gran argumento*, dice Caballero Infante, *y el único que oponen muchos intérpretes contra las profecías favorables á Jerusalén, es una profecía de Daniel (9-26), en que hablando de la muerte del Mesías y de las resultas terribles para Jerusalén y para todo el pueblo de Israel, dice: «Y un pueblo con su caudillo vendrá, y destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será la devastación, y acabada la guerra, quedará establecida la desolación... y durará la desolación hasta la consumación y el fin.»—La ruina y desolación de Jerusalén de que aquí se habla, es evidentemente la que*

(1) Juzgue el lector por sí qué calificativo merecen estas palabras de Caballero Infante: «Monseñor Gaume dice, que además de la disolución del judaísmo y de las muchas conversiones, son hechos providenciales la gran fortuna de los judíos y la conservación de Jerusalén. No es de esta Jerusalén actual de la que hablan y á la que se refieren las profecías de que dejo hecha mención, y otras innumerables, que anuncian su reedificación ó que la suponen ya reedificada con tanta grandeza, majestad y gloria, y al mismo tiempo tanta justicia y santidad, cual nunca se ha visto ni se ha podido ver en los siglos anteriores.» *La proximidad del fin del siglo*, p. 187.

sucedió imperando Vespasiano, cerca de cuarenta años después de la muerte del Mesías.—No será fuera de propósito advertir aquí una inconsecuencia bien notable en que caen, según parece, aquellos mismos que para quitarnos toda esperanza de otra nueva Jerusalén, nos ponen delante esta profecía de Daniel; estos mismos nos aseguran en varias partes, que el Antecristo la edificará de nuevo y en ella pondrá la corte de su imperio universal (1).

La respuesta al argumento consta, como él, de dos partes. Las palabras de Daniel *et finis ejus vastitas, et post finem belli statuta desolatio*, son decretorias; significan, que la guerra acabará con la ciudad y con el Templo, y que por disposición de Dios se harán las ruinas permanecientes y perpetuas. Por ciudad y Templo se entiende la república civil y religiosa de los judíos. El Profeta Daniel quita á los judíos la esperanza de ver restituidas á su ser primitivo la ciudad de Jerusalén y la forma de su Templo para su uso y morada. Por tanto, los milenarios ó quiliastas se están prometiendo vanamente otra Jerusalén para los postreros años del mundo, siquiera la aguarden con el santísimo fin de ver restaurado el culto de la antigua Ley mosaica y el ceremonial de los sacrificios legales.

8. La restauración no deja de tener sus inconvenientes. Para efectuarla, deberían deslindarse las doce tribus hebreas, con el fin de escoger la de Leví destinada por Dios al servicio del Templo. ¿Dónde están en la actualidad los hijos de Leví, que hayan conservado sin mancilla su prosapia, sin mezcla de otra estirpe? ¿Qué judío puede en el día blasonar diciendo: yo soy de Dan, de Isacar, de Neftalí? Y los que hoy no sacan en limpio á qué tribu pertenecen, ¿lo sacarán en el postrer período del mundo, si Dios no se lo revela?

Pero no se lo revelará, pues la doctrina de San Pablo nos lo asegura. Los sacrificios y ceremonias legales fenecieron (2), porque eran sombras y figuras, que no se compadecen con la luz y las cosas figuradas. El sacerdocio aarónico perdió su ser á vista del sacerdocio cristiano (3). La nueva alianza evacuó, dejó del todo vacías y sin virtud las vejeces de la antigua. En su Carta á los Hebreos casi no recanta ni contrapuntea San Pablo otro tema sino éste, hasta metérsele en los tuétanos á los judíos. Podrán ellos alentar esperanzas de convertirse á la fe cristiana; pero volver á Palestina, reedificar la ciudad de Jerusalén, levantar otra vez el Templo, sacrificar allí, según su ritual, carneros, ovejas, bueyes, no tienen una sola autoridad que se lo abone de parte de Dios. Los Apóstoles en sus Epístolas, cuando exponen los oráculos de los Profetas, nunca hacen memoria de los judíos; quiero decir, nunca dan por seguro que á los judíos, como á tales, se les hiciesen promesas gloriosas,

---

(1) *La proximidad del fin del siglo*, p. 187.—Tenga entendido el lector que todas las palabras de este retazo, que parecen de Caballero Infante, no son sino de Lacunza (*Venida del Mesías*, t. IV, p. 343), tomadas sin orden ni concierto, con aparente viso de propiedad, con muestra clara de plagio, como el mismo estilo ya lo descubre.

(2) Hebr., VIII, 13. (3) Hebr., VII, 12.

que después de la época mesiaca debieran llevarse á término cumplidamente. El reino de Dios, el pueblo de Dios, los hijos de Abrahán, la nación santa, el sacerdocio real, la alianza nueva, los pactos recientes, la verdadera Jerusalén, el Templo de Dios; estos grandiosos vocablos en boca de los Apóstoles miran á los alumnos de la fe cristiana, ya sean judíos, ya gentiles, á cualesquiera hombres que vueltas las espaldas á sus antiguas prácticas tomaron el camino de la nueva doctrina (1). Al contrario, los judíos que por no querer salir de sus ceguedades repudian á Cristo nuestro Señor, quedan excomulgados del pueblo de Dios, forman la sinagoga de Satanás, pierden el derecho á las patriarcales bendiciones (2). De suerte, que en los libros del Nuevo Testamento aquellos mismos oráculos de los Profetas, donde los milenaristas leen la vuelta de los judíos á Palestina, la reedificación de Jerusalén y del Templo, la restitución de la Ley mosaica, se explican por el Espíritu divino como verificados ya plenísimamente en la fundación y propagación de la ley cristiana, sin que deba ni pueda esperarse otro ulterior cumplimiento (3).

Viniendo á los mismos oráculos de los Profetas, ni uno que es uno favorece á los quiliastas, aunque ellos digan lo contrario. *Cien profecías, cuando menos, me hablan, expresa y nominadamente de esa Jerusalén, y para que no se equivoque con aquella otra que se edificó por los que volvieron de Babilonia con permiso de Ciro, me dan unas señales tan claras, tan individuales, tan nuevas é inauditas, que es imposible acomodarlas á aquellos tiempos y á aquella antigua Jerusalén.* Esto dice Caballero Infante osadamente y á boca llena (4); á grandísima suerte tuviera él la gracia de interpretar, como tenía la de copiar. ¿Qué acontecimientos de importancia se encarecen en esas cien profecías? Los dos antedichos, un destierro y una vuelta; un destierro á Babilonia, y una vuelta á Jerusalén. Y digo *un destierro y una vuelta*, porque no hablan los Profetas de *dos* destierros ni de *dos* vueltas. El *único* destierro fué ordenado por los babilonios, que echaron de Jerusalén á los judíos; la *única* vuelta á Jerusalén vino tras el cautiverio. Después de la *única* vuelta, prometen las profecías *una sola* reedificación de Jerusalén, y no *dos;* luego la venida del Rey Mesías. Después de asentado el trono y reino del Mesías, no hay un solo vaticinio, conviene repetirlo, que prometa otra Jerusalén para centro del culto mosaico.

Achaque ordinario es de Caballero Infante, de Lacunza, de Baumgarten, de Auberlen, de Hoffmann y demás quiliastas, dejado aparte el contexto considerar cada versículo de por sí. Manera

(1) Rom., II, 25, 28.—Gal., III, 39.—Ephes., II, 13.—I Petr., II, 5, 9.

(2) Jo., VIII, 44.—Apoc., II, 9.—III, 9.—Matth., III, 10.—XXI, 43.

(3) Act., XV, 4-19.—Gal., IV, 26-31.—Luc., I, 17.

(4) *La proximidad del fin del siglo*, p. 188.—No es verdad que esas palabras las haya dicho Caballero Infante; lo que hace es repetirlas, porque son de Lacunza (*Venida del Mesías*, t. IV, p. 346), entresacadas y usurpadas por Caballero, aunque no lo avise, pero bien se le nota el plagio, porque no sabía escribir con la espontaneidad y elegancia que Lacunza, si bien entrambos no repararon en ingerir galicismos é incorrecciones de lenguaje á más y mejor.

de comentar muy falaz y poco fiel, ocasionada á mil borrones y desaciertos. Así, Jerusalén en buen número de vaticinios, si se mira y remira bien el contexto, debe tomarse en sentido metafórico por el reino de Dios, por el reino del Mesías, por la Iglesia de Cristo, que equivalen á un solo concepto. ¿Qué hacen los milenaristas? Esa acepción, tan evidente y palpable, la disipan y vuelan de un soplo, porque atados al sentido material y verbal no saben ver en Jerusalén ó en Sión sino aquella parte geográfica de Palestina, que fué el centro de la creencia judaica, sin querer empacharse en el sentido figurado, antes afectando estudiosamente ir contra la costumbre que todos tenemos de tomar las capitales más famosas por representaciones de sus respectivas gentes ó repúblicas. La letra es la malilla de su muerte, en vez de ahuyentarla con el vigor del espíritu. Cita Caballero, esto es, Lacunza, aquella profecía de Ezequiel: *Y el nombre de la ciudad desque aquel día «en que se edifique» será el Señor está aquí* (1). Añadió Caballero de su peculio las palabras *en que se edifique*, porque las leyó en Lacunza (2); mas ni uno ni otro dan razón de por qué las intercalaron en el texto bíblico. La *ciudad* les sonó á Jerusalén geográfica y terrenal; sin más cuenta ni consideración se arrojan á campanear por clara, evidente, individual la demostración de lo que pretendían. Porque se les va el pensamiento á su pretensión, no fijan con firmeza la atención en el contexto, ni miden de alto abajo la grandeza extraordinaria del Templo que en visión describe el Profeta Ezequiel; no juzgan á tiento las excelencias de aquel *monte elevado, sobre que estaba uno como edificio de la ciudad* (3), elevación que nunca tuvo la Jerusalén geográfica; no miran con reparable estudio que los *hijos de Sadoc* (4) allí conmemorados fenecieron ya y pasaron á la ignominia, ni hay manera de averiguar su prosapia; no tienen cuenta con aquella fuente que sale del Templo (5), absurdo mazorral en topografía; no echan los ojos de su entendimiento á la imposibilidad de juntarse las tribus hebreas en torno de Jerusalén, como la visión lo manda (6). Y porque estos y otros inconvenientes de igual monta tragan los quiliastas con más facilidad que los digieren, es cosa llana que á fuer de malos expositores se alejan de la verdad en cuantas ponderaciones escriben. ¿De dónde les nace el perder de los ojos el norte, sino de aferrar en lo material de los vocablos y de quedar asidos á voces que piden significación figurada? Exponga cada cual la visión de Ezequiel conforme buenamente alcance, pues no convienen los intérpretes en una sentencia; pero la de los milenaristas es falsa y ridícula por demás.

Otra mengua notable de los milenaristas consiste en describir el tiempo de los mil años, antecedentes al acabamiento del mundo, como una era de paz bienaventurada, de santidad asombrosa, libre

(1) Et nomen civitatis ex illa die: Dominus ibidem. Ezech., XLVIII, 35.
(2) Ibid., p. 347.
(3) Ezech., XL, 2.
(4) Ezech., XLIV, 15.
(5) Ezech., XLVII, 1.
(6) Ezech., XLVIII, 21.

de tentaciones y de enemigos. Por argumento invictísimo propone Caballero, es decir, Lacunza, aquel conocido lugar de Jeremías: *En aquel tiempo llamarán á Jerusalén trono del Señor, y se congregarán en ella todas las gentes en Jerusalén en el nombre del Señor, y no seguirán la perversidad de su pésimo corazón* (1). Mucho alargan la pluma los milenaristas, que en este vaticinio descubren un claro testimonio de la nueva Jerusalén al rematar de los tiempos. Todas las gentes, no todos los judíos, acudirán á ella; se llamará solio de Dios, patente á todos, no á modo del Arca cerrada á muchos; irán todas las naciones á ella por remedio de sus depravadas costumbres, y le hallarán ciertamente, aunque no tal que les arranque de cuajo los estímulos de las pasiones. Aquel andar prosperísimo de vida gozosa en palmas de la ventura, por cuyos halagos de entre los pies les nacerá á los hombres la dicha, no hay oráculo profético que se le prometa á los quiliastas por más que le celebren, porque los Profetas cuando ponderan las glorias del tiempo mesiaco aclaman si con énfasis de voces los bienes espirituales en su entidad intrínseca, mas no descienden á la aplicación práctica individual, puesto que Dios, misericordioso y justo, á ningún mortal exime del castigo ni de las miserias propias. Pintar la vida humana en este mundo como tabla acepillada y lisa, dibujando en ella un cielo hermosísimo lleno de luces y hermosuras, sin rayones ni letrones de sombras y nublados, sin contratiempos ni borrascas, que enturbien la serenidad interior y exterior, es pintar como querer, despropositada pintura. Entre los hijos de la Iglesia santa habrá en todo tiempo justos é injustos, perseguidos y perseguidores, crucificados y crucificadores, paz y guerra, bienandanza y desdicha; altibajos, que seguirán sucediéndose sin cesar hasta el fracaso final del mundo. Ninguna época, larga ni corta, podrá fundadamente señalarse exenta de padecimiento.

Algunos autores han ideado un milenarismo menos riguroso que el de los quiliastas. Dando al Apocalipsis una interpretación, tan voluntaria como ellos, sin nombrar el reino milenario, entre la muerte del Anticristo y la resurrección general interponen un tiempo largo de faustísima holganza, cuyos límites no osan determinar (2). El sabatismo reciente, aunque más mitigado que el quiliasmo de los siglos anteriores, no tiene en su favor un solo argumento de Escritura ni de patrística, antes muchos en contra, que son los más de los empleados por los Padres contra el milenarismo absoluto (3).

---

(1) In tempore illo vocabunt Jerusalem sollum Domini; et congregabuntur ad eam omnes gentes in nomine Domini in Jerusalem, et non ambulabunt post pravitatem cordis sui pessimi. Jer., III, 17.—CABALLERO, *La proximidad*, p. 188.—LACUNZA, *Venida del Mesías*, t. IV, p. 346.

(2) P. CASAJOANA: Et quidem S. Joannes in Apoc. cap. XX a morte Antichristi ad generalem resurrectionem longum constituit tempus sub voce mille annorum (*Disquisitionis VII, De Deo incarnato*, cap. IV, art. II, n. 313.—El P. Ignacio Serra, teólogo continuador del P. Casajoana, deshizo y enmendó el juego de esa interpretación en el tratado *De Novissimis*, n. 72, con grave y segura mano.

(3) S. JERÓNIMO: Sancti nequaquam habebunt regnum terrenum sed coeleste. Cesset

9. De lo expuesto débese concluir, que los quiliastas van fuera de camino cuando aplican á la futura Jerusalén terrenal los textos de los Profetas. Sin caer en graves inconvenientes, no hay uno solo que puedan acomodar á su intento (1). Aquí se nos pone delante Lacunza, armado de punta en blanco, con esta sarta de razones: *Yo confieso ingenuamente*, dice, *que estas y otras profecías semejantes, que realmente pasan de ciento, me habían hecho concebir grandes y alegrísimas esperanzas de otra nueva Jerusalén todavía futura, pareciéndome incomponible creer á los profetas de Dios, ó al espíritu santo, «qui locutus est per prophetas», sin creer con la misma sinceridad lo que tantas veces y con tanta claridad me dicen de Jerusalén; cuando veis aquí que en medio de estos alegres pensamientos, me sale al encuentro á deshora una única profecía, mas de un aspecto tan terrible que parece que á todas se opone, que á todas contradice, y que todas deben desaparecer en su presencia. Esta es la profecía de Daniel* (c.IX), *la cual asegura que la desolación de Jerusalén, que debe comenzar después de la muerte del Mesías, persevera irrevocable hasta la consumación y fin, «et usque ad consummationem et finem perseverabit desolatio». Este es el hecho en cuyo supuesto, «quaeritur quid faciundum?» Así aquellas cien profecías como esta última son dictadas por el mismo espíritu de verdad, por consiguiente, son todas igualmente ciertas y de fe Divina; con todo eso, las cien primeras afirman únicamente, la última parece que niega. Aquéllas muestran únicamente un semblante dulce y benigno, respecto de la futura Jerusalén, esta parece del todo inexorable, ¿qué partido, pues, debemos tomar* (2)?—Hay más. Un poco más abajo el propio autor, reconviniendo con dureza á los adversarios del milenarismo, arremete con esta picante diatriba: *Es verdad que niegan como absurda aquella Jerusalén de que hablan tanto las Escrituras; mas no niegan, antes conceden liberalísimamente otra Jerusalén, de que las mismas Escrituras no hablan palabra. ¿Cuál es ésta? Es la que edificará el Anticristo Judío para corte de su imperio universal. Así lo dicen expresamente...; y así lo dicen implícitamente en otras muchas partes, hablando siempre que ocurre en esta suposición* (3).

No daremos respuesta á las arrogancias del escritor americano. Un hombre que en materia de interpretación bíblica se levanta contra todos los expositores, entra en desafío con todos, los desacredita á todos, los acusa y condena á todos, los publica á todos por menguados, los tacha á todos de contradicción y de absurdo, yo no sé si merece nota de buen comentador de la Escritura, en cuya ex-

ergo mille annorum fabula. In cap. VII Dan., 17.—P. Mendive: Falsa est opinio, Ecclesiae assignans eum felicitatis statum, in quo per multa saecula ab omnibus persecutionibus et malis physicis existat, ante secundum Christi adventum. *Instit. theol.*, 1895, quinta pars., vol. II, p. 437.

(1) Knabenbauer: Nisi ergo prophetam satis ridicula et inter se pugnant a proferre concesseris, non poteris reditum ad Palaestinam et habitationem in ea ita interpretari, ut propheta populum Dei iis finibus geographicis coarctatum voluerit. Quare hac quoque consideratione prostrata jacet opinio chiliastarum. *Comment. in Ezech.*, p. 516.

(2) *Venida del Mesías*, t. IV, p. 348. (3) Ibid, p. 357.

posición cabe tanta variedad de opiniones, dignas todas de consideración por algún concepto. Hemos pesado alguna de las *cien* profecías, ponderadas por Lacunza, cotorreadas por Infante; hallámoslas faltas de peso y valor para fundamentar en ellas la tesis milenarista. Lacunza parece ignorar la lengua hebrea (1), que tanto facilita la interpretación de la Vulgata; ignora el dictamen de un sin número de expositores, que en parte discurren como él, pero atan mejor los cabos porque vadean el fondo del contexto; ignora la disposición general de los oráculos antiguos, y la conexión que llevan entrañada con la época del Mesías; ignora la propiedad del sentido literal en las Santas Escrituras; y porque tantas cosas ignora, aunque reviente de entendido, hace lo que suelen los ignorantes mientras no se confiesan entendedores, porfiar, negar, censurar, entonarse y echarse á las espaldas toda la veneranda tradición.

¿Es posible que ponga Lacunza en abierta contradicción consigo mismo á respetables autores, que admitida la profecía de Daniel (cap. IX, 26) arriba mencionada, admiten igualmente que el Anticristo reedificará la ciudad y templo de Jerusalén? ¿De dónde nace tan desapoderado frenesí, sino de mera ignorancia? ¿Qué autor católico imaginó que la desolación del pueblo judío dejará de ser perpetua y perdurable? Ninguno, por cierto. ¿Quién concibió posible que los judíos hayan de tornar á verse juntos en Jerusalén, agavillados en cuerpo de república, para rehacer el culto mosaico é instaurar su fenecida Ley? Nadie; entre los expositores y teólogos, que contemplaron verosímil ó hacedero que el Anticristo vuelva á construir la ciudad y templo de Jerusalén, á ninguno le dió la sospecha que los judíos hubiesen de vivir á lo judío, á lo mosaico. Luego, ¿dónde están los absurdos fantaseados en los dichos autores por Lacunza? ¿Acaso está decretada por Daniel la reedificación material de la ciudad y del templo? Ahí están los rayones y borrones principales de los milenaristas, en andar casados con la letra, como niños que no saben deletrear. Pero no; lo que Daniel estatuye, en opinión de los sobredichos autores, es el total y perdurable desmembramiento de los judíos respecto de su creencia y sociedad política, según que las dejó fundadas Moisés (2). ¿Qué repugnancia se descubre entre este

(1) Entre los infinitos argumentos que corroboran este juicio, baste la interpretación dada al texto de Isaías (XI, 12), *levabit signum in nationes*. Como la expresión latina *in nationes* puede significar *contra las naciones* y también *en favor de las naciones*, Lacunza decreta que ha de leerse «no ciertamente *en favor de las naciones*, como se tira á suponer, ó insinuar con gran disimulo, sino *contra las naciones mismas, in nationes* (*Venida del Mesías*, t. III, p. 115). Más templado y ajustado hablara Lacunza si hubiese acudido al original hebreo, donde el *in nationes* de la Vulgata suena *nationibus, para las naciones*, y no *contra*, como el milenarista presumió, no pudiendo disimular su ignorancia.

(2) El teólogo Marcelino Siuri, obispo de Córdoba, resumiendo la respuesta general de los autores, dice así: «Respondeo, Prophetam non loqui de desolatione materiali, sed de formali, id est, veri Dei cultus, et sic numquam magis desolatum et profanatum erit Templum quam sub Antichristo» (*De Novissimi*, tract. X, cap. IV.)—No hay de qué temer. Aun cuando vuelva á edificarse la ciudad de Jerusalén, y á levantarse un templo como el de Salomón, ejecución que no sería contraria á lo vaticinado por el Profeta, no tornarán los judíos á formar congregación con su antiguo tenor de república para seguir

pensar y la reedificación de Jerusalén efectuada por el Anticristo? Ninguna. Por el contrario, los milenaristas han de poner en el potro los vaticinios por sacarles hebra, y al cabo la hebra es el anzuelo que nos quieren hacer tragar, incurriendo en oprobiosas contradicciones con el fin de salir con la suya, sin reparar en hacer agravio á los más esclarecidos ingenios del cristianismo, cuales fueron los Padres, comentadores y teólogos (1).

Demos por terminada la disputa con los milenaristas en lo tocante á la reconstrucción de Jerusalén. Reedifíquese ó deje de reedificarse, no hay profecía en toda la Escritura que prometa la reedificación por marca del fin del mundo, ni que necesite al Anticristo á esa reconstrucción, ni que precise á los judíos á vivir allí en justicia mosaica antes de la subversión de la tierra.

ARTICULO III.

1. Antes de tocar el mundo á su término la Iglesia de Cristo no alcanzará un grado sublime de esplendor.—2. La conversión de los judíos no es señal infalible del fin del mundo.—3. Doctrinas varias no tocantes á la fe. 4. Verdades dogmáticas.—La consumación del siglo.—5. Qué suerte de renovación le toca á este mundo visible.—6. Conocimiento del día del juicio universal.—7. Después del juicio universal cesa la profecía.

1. Lo hasta aquí declarado parece bastante para dejar confutada la opinión de los milenaristas y sabatistas, que señalaron para antes de la segunda venida de Cristo, largo espacio de tiempo en que los hijos de la Iglesia pasen una vida terrestre bienaventurada, libre de desdichas físicas y morales, colmada de pacífica santidad. Así como los Profetas no prometieron segunda Jerusalén á los judíos, tampoco á los cristianos prometen segunda resurrección ni reino glorioso en la tierra, porque de la manera que casi todo cuanto dijeron de Jerusalén tocante al tiempo mesíaco ha de entenderse en

---

allí sus estatutos y ritos mosaicos.—Es mucho de considerar, que cuando Juliano apóstata asentó en la resolución de restaurar el templo de Jerusalén y dió traza que se pusiese por obra, fué con el intento de promover el culto mosaico porque pensaba por ahí ganar la gracia y benevolencia de los judíos. Pero no faltó un varón de pecho animoso y fiel, San Cirilo, obispo de Jerusalén, que, acordándose de las profecías, notificase al mundo que saldría el emperador con las manos en la cabeza, como en verdad salió, no sin evidente milagro. Así lo narran Sócrates (*Hist. eccles.*, lib. III, cap. XX), Sozomeno (*Hist.*, lib. V, cap. XXII), S. Crisóstomo (*Advers. judaeos*, V, 11), Teodoreto (*Hist.*, lib. III, cap. XV), S. Gregorio Nazianceno (*Oratio V*).

(1) Por señal evidente podía presentarse ésta: cualquiera que leyendo la obra de Lacunza y de Caballero, quede asombrado de ver tanta sabiduría en la exposición de los textos bíblicos, dará muestras claras de no haber tomado en la mano un solo comentario de la Escritura, y de estar ayuno de lo que es exégesis bíblica.—El alemán Luis Albrecht en una Conferencia hecha en el Ateneo de Madrid el día 2 de Abril de 1903 «Sobre la obra del jesuíta español Lacunza», no solamente hizo profesión de milenarista, mas también recomendó el estudio de la obra, con estar condenada por la Iglesia. En otra de las «Cuatro Conferencias sobre la persona y la obra de Jesucristo», 1903, pág. 61, vuelve á insistir en el reino milenario.

sentido metafórico, y está cumplido ya; de esa manera lo que vaticinaron sobre el reino glorioso de Cristo, ó se está verificando en la Iglesia, ó tendrá perfecta verificación en la Jerusalén celeste, terminado ya el juicio universal. Quien rumíe y saborée despacio los oráculos profetales, descubrirá fácilmente que todos aquellos bienes prometidos allí en representación de cosas sensibles, paran sólo en la abundancia de los bienes espirituales que disfruta la Iglesia de Dios y disfrutará sin tregua hasta la consumación de los siglos.

Por igual tenor de argumentos se puede probar, que la vida de la Iglesia, antes de la segunda venida de Cristo, no será bienandanza sin cruz de ninguna suerte, como los sabatistas mitigados pretenden persuadir. Aunque en el artículo anterior va de paso redargüida esa pretensa bienandanza, no será inoportuno hacer alto para acabar de descargarnos de los sabatistas enemigos. La norma general de la vida propuesta á la Iglesia militante, del santo Evangelio la hemos de tomar. ¿Qué pregona el Evangelio á todos los seguidores de Cristo? Cruz, combate, tribulación, imitación perfecta de Cristo crucificado (1); pero exención de persecuciones, dispensa de males físicos, felicidad sin quebranto, delicias sin padecimientos, paz sin alteración ni guerra, y eso por muchos siglos, ninguna palabra de la Biblia lo promete para antes de la postrera venida de Cristo.

Para autorizar la demostración bastaría la respuesta que el Salvador dió á sus discípulos cuando le requirieron una señal de su segunda venida, según lo escribe San Mateo en el capítulo XXIV, de que va hecha antes mención. De tres partes consta la respuesta del Salvador: en la primera señala engaños prestigiosos de falsos Cristos, guerras de reinos con reinos, pestes, hambres, terremotos; estos infortunios generales comunes á todos los hombres no son más que *principios de quebrantos* (2). Síguense al mismo tiempo tribulaciones y escándalos que han de padecer los fieles, seducciones y trampantojos de los pseudoprofetas, tibiezas y desalientos de los cristianos negligentes, constancia y perseverancia de los fervorosos, y en medio de persecuciones continuas, la incesable predicación del Evangelio por toda la tierra. Con este preámbulo general dispone Cristo la atención de sus discípulos á la respuesta, perteneciente á la pregunta *quando haec erunt*.

Desde el versículo 15 comienza á ponerles en su noticia el asolamiento de Jerusalén, donde alegó la profecía de Daniel, esto es, la del capítulo IX, 27, la única que entonces quedaba por verificar, porque las otras dos *abominaciones desoladoras* (Dan., II, 31.—XII, 11) habían ya tenido su cumplido efecto en la época de los Macabeos. Pasa Cristo adelante prenunciando las vejaciones de los sitiadores, la miseria de los sitiados, hasta el versículo 22, en que da exordio á especificar las señales antecedentes al fin del mundo. Pone entre

(1) Marc., VIII, 34.—Act., XIV, 21.—Rom., VIII, 29.—II Tim., III, 3.
(2) Omnia autem haec initia sunt dolorum. Matth., XXIV, 8.

ellas los prodigios de los pseudocristos y pseudoprofetas, tan grandes y poderosos, *que induzcan en error (si posible fuera) aun á los escogidos* (1). Usar el Salvador de lenguaje tan sentencioso no es mostrarnos la Iglesia sentada en el goce de la paz, en vida quieta é inalterable, sino al contrario, rodeada de peligros, combatida de impostores, seducida de milagreros, que no sólo venden palabras, como los del versículo 5, sino que bullen con obras admirables y prodigiosas, suficientes á prestigiar y derribar con la seducción los pechos más fieles de los escogidos, si el poder de Dios no los conservase en su gracia.

No acrecienta más señales el divino Redentor. Pasa luego á pintarnos su segunda venida, diciendo: *Como el rayo sale del oriente y parece su resplandor en occcidente, así será la llegada del Hijo del hombre* (2), manifiesta y públicamente visible. ¿Dónde está, pues, la tan ponderada paz de la Iglesia antes que baje Cristo del cielo visiblemente? Luego sin asomo de verdad aliñó Caballero Infante el capítulo VII de su libro (3), gastando primores de erudición y atavíos de hojas para probar que las persecuciones del clero, durante los treinta años últimamente pasados, eran señales manifiestas de llegar el mundo á su fin.

Además, los hijos de la Iglesia conservarán entrañado en sus pechos el *fomes peccati*, contraído por la culpa original, aun después de serles ésta remitida por el sacramento del bautismo; le conservarán en todo tiempo, dice el Concilio Tridentino, *ad agonem*, para que pasando agonía y lucha, y tomándose á brazo partido con sus deseos merezcan la corona de vencedores (4). Hombres sujetos á la ley de la concupiscencia, es moralmente imposible no sucumban algunos de ellos, siquiera una vez, al yugo del pecado mortal, á no estar prevenidos por Dios con gracias muy extraordinarias (5). ¿A quién tiene Dios prometida para algún tiempo semejante exención? Ni aun á los fieles de la primitiva Iglesia les fué otorgada. ¿Y querrán los sabatistas que la Iglesia universal conserve por largos siglos todos sus miembros libres de culpa grave? Eso equivaldría á fingir una grande haza de trigo sin brizna de zizaña, contra lo prevenido en la parábola del Salvador (6), donde buenos y malos andan en rueda, entreverados confusamente como revueltos en intrincada red, y así mezclados andarán hasta el día del universal juicio en que se obre la separación final. Sin ninguna solidez de razón estampó Caballero Infante en su libro: *á este siglo funesto habrá de seguir una larguísima época de muy grande paz y felicidad, que, termi-*

(1) Ita ut in errorem inducantur (si fieri potest) etiam electi. Vers. 24.

(2) Sicut enim fulgur exit ab oriente et paret usque ad occidentem, ita erit adventus filii hominis. 27.

(3) *La proximidad del fin*, p. 91.

(4) Sess. V, can. 5.

(5) MENDIVE: Quandiu homines legi concupiscentiae subjacent, impossibile moraliter est, ut nullus eorum in mortale peccatum incidat, nisi gratiae a Deo praebeantur omnino extraordinariae, quales ne in prima quidem Ecclesiae fundatione extiterunt. *Institut. theol.*, quinta pars., vol. II, 1895, p. 437.

(6) Matth., XIII, 24.

nará con una muy breve, en extremo funesta, seguida del juicio universal y del fin del mundo moral ó de la sociedad actual de los hombres sobre la tierra (1).

El canónigo Sanz llama en su favor á Maldonado y á Tirino para que le hagan escolta en su demanda milenarista. *Maldonado, al exponer las palabras de la oración dominical «adveniat regnum tum», dice que en su sentido literal se refiere al reino de Cristo, que después del Anticristo, será universal en la tierra. Tirino dice lo mismo* (2). No atendió el escritor al sentido del grande intérprete (3), que supone condenados ya los adversarios de Dios y salvados sus fieles amigos. ¿Dónde dice Maldonado, que *en la tierra* haya de reinar Cristo? Sanz lo añade de su cosecha. A la majestad de Cristo ha de tocar la victoria, la pompa, la ovación, el trofeo, el vitor de las aclamaciones públicas, después de cerrado el juicio universal. El mismo borrón echó Sanz en la autoridad de Campanella, que decía: *La república estable y feliz tendrá efecto, según me parece, luego después de la muerte del Anticristo y de sus secuaces* (4). No reparó el milenarista (5), que Campanella hablaba de los combates de la Iglesia con Gog y Magog, al cabo de cuya derrota dijo que el reino de los vencedores sería trasladado á la patria celestial.

Han mostrado los milenaristas y sabatistas, para dar color á su intento, tener poca habilidad en las ficciones. Una muy donosa es, que cuando venga Cristo por segunda vez la fe cristiana habrá llegado al último colmo. Contra ese colmo se levanta aquella voz de Cristo: *¿piensas, acaso, que cuando venga el Hijo del hombre hallará fe en la tierra* (6)? Así como el Mesías en su primer advenimiento halló pocas almas llenas de viva fe, así en el segundo hallará quiebras en muchos fieles, ocasionadas por la seducción de los falsos profetas. La apostasía general, anunciada por San Pablo (7), tiene conexión con la frialdad de fe que Cristo aquí vaticina. Todo el capítulo XVIII de San Lucas, coopera al mismo intento contra los sabatistas. El triunfo extraordinario, el esplendor inefable, la eximia beatitud, la santidad pacífica, el goce y dicha extremada, con que los quiliastas y sabatistas colorean como con clarísimas llamas la postrera edad del mundo, son verdaderos rayones y denegridos lunares que empañan el crisol puro de la verdad.

No va lejos de esa voluntaria suposición el dictamen de Lirano. Dice este comentador, que á vista de las falsedades propaladas por el Anticristo, se convertirán todas las gentes á la fe cristiana (8).

(1) *La proximidad*, p. 233. (2) *Daniel*, 1861, p. 250.

(3) Verus sensus mihi videtur esse, ut regnum Dei vocetur illud, quo Deus positis omnibus inimicis suis in scabellum pedum suorum, ubique regnaturus est, et ut loquitur Paulus *erit omnia in omnibus*. Tunc autem subjugatis hostibus et amicis liberatis, inimicis damnatis plene regnare dicetur. In Matth., VI, 10.

(4) *Atheismus triumphatus*, 1636, cap. X. (5) *Daniel*, p. 250.

(6) Filius hominis veniens, putas inveniet fidem in terra? Luc., XVIII, 8.

(7) II Thessal., II, 3.

(8) Doctores et Sancti communiter dicunt, quod mortuo Antichristo et falsitate ejus detecta, omnes gentes convertentur ad Christum. *Comment. in I Thessal.*, V.

Mas, ni es verdad que eso enseñen los Santos y Doctores comúnmente, ni se hace ello creíble puestas las palabras del Salvador. Porque si Cristo se ha de encontrar con tanta penuria de fieles, como parece decir, ¿dónde estará albergada la máxima porción de judíos y gentiles convertidos á la fe? En especial, si lo entendemos, con Barradas, de la venida del Señor á dar muerte al Anticristo, á cuya muerte no es verdad que deba seguirse la conversión de todas las gentes (1). En fin, no demuestran nuestros adversarios, que la religión cristiana en el ocaso del siglo mundano, haya de gozar abundante y feliz sosiego.

2. Viene aquí apropositada la conversión de los judíos á la fe católica, después que el Anticristo haya rendido á Satanás la eterna posesión de su espíritu. Fundan los Padres y Doctores en la profecía de Oseas la conversión de los judíos. *Largos días pasarán los hijos de Israel sin rey ni príncipe, sin sacrificio y sin altar, sin Efod y sin Terafim. Y después, volverán en sí los hijos de Israel, y buscarán á su Señor Dios y á su Rey David, y quedarán espantados del Señor y de sus bienes, en el postrero de los días* (2). A vista de un tan claro testimonio, expresaba San Agustín su convicción diciendo: *No hay cosa más manifiesta para probar que los israelitas carnales que ahora no quieren creer en Cristo, habrán de creer después* (3). Otro lugar de Malaquías dice claramente: *Yo os enviaré el Profeta Elías, antes que amanezca el día grande y horrible del Señor. Y convertirá el corazón de los padres á los hijos y el corazón de los hijos á sus padres, no sea que vaya y hiera yo con anatema la tierra* (4).

Con alguna perplejidad leyeron muchos comentadores estas palabras, pareciéndoles podían entenderse de un Elías figurado, esto es, de varones apostólicos dotados del espíritu de aquel celosísimo Profeta. Añaden, que podían también interpretarse del primer advenimiento del Mesías, y no del segundo, comoquiera que Cristo, hablando de Juan Bautista, respondió á los discípulos que se lo preguntaban: *Digoos yo á vosotros, que Elías vino ya* (5). No faltan soluciones, á propósito para sosegar los ánimos, que den salida á las dificultades del texto, aunque no del todo convincentes y demostrativas. Porque San Jerónimo, interpretando el capítulo de Malaquías,

(1) Possent etiam haec verba de tempore illo intelligi, quo Dominus ad occidendum Antichristum venturus est, quo magnam fidei inopiam in terra inveniet. Sed illo occiso, plerique fidem complectentur. *Comment.*, t. III, lib. IX, cap VII.

(2) Quia dies multos sedebunt filii Israel sine rege, et sine principe, et sine sacrificio, et sine altari, et sine Ephod, et sine Theraphim. Os., III, 4.—Et post haec revertentur filii Israel, et quaerent Dominum Deum suum et David regem suum; et pavebunt ad Dominum et ad bonum ejus in novissimo dierum. 5.

(3) Nihil esse manifestius ad ostendendum carnales israelitas, qui nunc in Christum credere nolunt, postea credituros. *De civit. Dei*, lib. XVIII, cap. XXVIII.

(4) Ecce ego mittam vobis Eliam Prophetam, antequam veniat dies Domini magnus et horribilis. Malach., IV, 5.—Et convertet cor patrum ad filios et cor filiorum ad patres eorum, ne forte veniam et percutiam terram anathemate. 6.

(5) Quid ergo Scribae dicunt, quod Eliam oporteat primum venire? Respondit Dominus: Elias quidem venturus est, et restituet omnia. Dico autem vobis, quia Elias jam venit Matth., XVII, 10.

dice (y lo mismo repite en el Comentario de San Mateo), que entre los judíos y judaizantes herejes resonaba valida la tradición de haber de venir Elías al mundo, antes de venir Jesucristo, á restablecer el culto mosaico y las demás costumbres de los hebreos (1); autoridad, que enervaría en gran parte la aparente fuerza del argumento favorable á la conversión de los judíos. El mismo Doctor Máximo, en el cap. IV de Malaquías, parece no admitir desigualdades entre Elías y Juan Bautista, ambos á dos los mira idénticos con identidad absoluta (2). El abad Ruperto se arrimó á la opinión de San Jerónimo (3), ni faltan modernos que sigan sus pisadas (4). Mas con todo eso, la sentencia más constante de los autores es que Elías ha de venir en persona á fines de los siglos. Infiérese con bastante claridad de los dos pasos de Malaquías y San Mateo careados entre sí, como lo expone Maldonado (5), bien que el insigne expositor no quiera á Enoc al lado de Elías, sino á Moisés, según el parecer de muchos.

El Apóstol San Pablo expone á la larga los juicios de Dios acerca de la gente hebrea. *¿Los judíos*, dice, *cayeron por ventura para no levantarse jamás? De ninguna manera. Pero su caída abrió la puerta á la salvación de los gentiles, para que á los judíos les sirva ella de estímulo. Y si su caída ha sido la riqueza del mundo, y la diminución de ellos ha ocasionado el acrecentamiento de los gentiles, ¿cuánto más la plenitud de los judíos* (6)? Continúa el Apóstol ponderando la clemencia y la severidad de Dios; la severidad con los judíos culpables, la clemencia con los gentiles injertados en el tronco de los creyentes. Engolfándose después con su remontado espíritu en los profundos consejos de Dios, añade con gran persuasiva: *Yo no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no presumáis de vosotros mismos: y es, que una parte de los judíos cayó por ceguera, hasta que la plenitud de los gentiles entrase, y así todo Israel fuera salvo, como está escrito: Vendrá de Sión quien liberte y aparte la impiedad de Jacob* (7). Palabras por cierto obscurísimas y de ardua interpretación, si las hemos de entender de la segunda venida de Cristo. San Jerónimo las entendió de la primera (8).

(1) Traditio pharisaeorum est, juxta Malachiam prophetam, quod Elias veniat ante adventum Salvatoris, et restituat omnia in antiquum statum.—Judaei et judaizantes haeretici, ante ἠλειμμένον (unctum) suum, Eliam putant esse venturum et restituturum omnia.

(2) Quomodo autem Elias Joannes sit, dedit nobis viam intelligentiae, in virtute et spiritu Eliae eum venisse commemorans.

(3) *De Victoria Verbi*, lib. V, cap. XV.

(4) KNABENBAUER, *Comment. in Matth.*, 1893, t. I, p. 89.

(5) *Comment. in Matth.*, XVII, 11.

(6) Rom., XI, 11. Dico ergo: Numquid sic offenderunt ut caderent? Absit. Sed illorum delicto, salus est gentibus ut illos emularentur.—12. Quod si delictum illorum divitiae sunt mundi, et diminutio eorum divitiae gentium; quanto magis plenitudo eorum?

(7) 25. Nolo enim vos ignorare, fratres, mysterium hoc (ut non sitis vobis ipsis sapientes), quia coecitas ex parte contigit in Israel, donec plenitudo gentium intraret. Ibid. —26. Et sic omnis Israel salvus fieret, sicut scriptum est: Veniet ex Sion qui eripiat, et avertat impietatem a Jacob.

(8) Nequaquam juxta nostros judaizantes in fine mundi, quum intraverit plenitudo

Como sea todo así, no consta de las Escrituras con cabal certidumbre, que la conversión de los judíos se proponga en ellas como signo evidente de la agonía mundana. Es un quizá quizá, en forma de dictamen, común sentencia de muchos Padres y Doctores, que podría denominarse tradición muy celebrada de los fieles, como San Agustín la denominó, sin atribuirla divina autoridad (1). Aun admitida y todo, no demanda la conversión de los judíos por entero. Exprésalo con clarísimas voces el docto Estio, cotejando los dos versículos, 12 y 25 de San Pablo, entre sí, por este razonamiento: si la *plenitud de los judíos* ha de tomarse en el mismo sentido que la *plenitud de los gentiles*, como esta llenez de los gentiles no sea absoluta de suerte que colme su totalidad, tampoco lo será aquélla de los judíos (2). Igual parecer siguieron San Gregorio, San Hilario, Pereira, Ribera, Toledo, Malvenda y otros citados por este último (3).

El caballero Drach, judío convertido á la fe cristiana, escribía en 1844 la siguiente nueva, interpretando el lugar alegado del Apóstol: *Con gran consuelo estamos viendo cómo un número muy considerable de hermanos nuestros se salvan de las olas de la condenación eterna, entrando en el arca de salud, la Iglesia católica. En todas las naciones, especialmente en Francia, muchedumbre de israelitas, de rabinos doctos, de hombres principales, reciben la regeneración en las aguas del bautismo* (4). Más adelante insiste en la misma alegre nueva, diciendo: *Este movimiento, muy extraordinario de la nación judía, que parece ser señal cierta de los postreros tiempos del mundo, comenzó á echarse de ver, hace unos veinte años, en todos los países, particularmente en Francia; impulso poderoso, que resurte en lo restante del mundo civilizado. Los hijos de Jacob tornan de tropel, sin exageración alguna, á la fe católica, verdadera creencia de sus pasados. Parte de ellos se extravía y hunde en el protestantismo* (5). La autoridad del rabino Drach hizo reclamo al pecho del abate Gaume (6), y con más fuerza solicitó la atención de Caballero Infante (7); no sé qué misterioso hado los impulsó á todos tres á solemnizar con tanta prosopopeya el inminente fin del mundo, barruntado por aquellos signos de conversiones. Los fervores rabínicos ¿en qué vinieron á parar al cabo de cincuenta años? Si las congratulaciones enviadas á Drach por sus amigos eran pronósticos de las próximas

---

gentium, tunc omnis Israel salvus fiat; sed haec omnia in primo intelligamus adventu. *Comment. in Is.*, XI, 11.

(1) Ultimo tempore ante judicium judaeos in Christum verum, id est, in Christum nostrum esse credituros, celeberrimum est in sermonibus cordibusque fidelium. *De Civit. Dei.*, lib. XX, cap. XXIX.

(2) Sicut *plenitudo gentium* hoc loco non significat omnes gentiles sine exceptione; ita nec plenitudo judaeorum omnes sine exceptione judaeos, sed ex eis quamplurimos. *Sentent.*, lib. IV, dist. XLVII.

(3) San Gregorio: Non omnes, sed multos ex judaeis qui tunc in infidelitate remanserint, ad cognitionem veritatis redituros. *Hom. XII, super Ezech.*—Malvenda, *De Antichristo*, lib. XI, cap. XVII.

(4) *De l' harmonie entre l'Église et la Synagogue*, 1844, p. 32.

(5) Ibid., p. 225.

(6) *¿Dónde estamos?* p. 31.

(7) *La proximidad del fin del siglo*, p. 186.

boqueadas del mundo, muy mala cuenta ha dado de sí después la sinagoga, que nunca anduvo tan bullanguera como en el entierro del siglo XIX. Bien haya, mil veces, la verdad que nos libra de tan intempestivos sustos.

3. El glorioso San Agustín redujo á pocas palabras la suma y orden de los sucesos, que han de sobrevenir poco antes de hacer sentimiento la máquina del mundo. *En aquel juicio,* dice, *ó en torno de aquel juicio sabemos que acaecerán las cosas siguientes: Elías tesbites, fe de los judíos, Anticristo perseguidor, Cristo juez, resurrección de los muertos, separación de buenos y malos, conflagración del mundo, renovación del mundo. Creer debemos que todas estas cosas acontecerán; mas de qué manera y por qué orden hayan de venir, mejor lo enseñará entonces la experiencia, que lo puede alcanzar ahora la humana inteligencia con perfección. Con todo eso juzgo yo, que seguirán el orden que acabo de «señalarles»* (1). De los acaecimientos resumidos por el Santo Doctor no viene á nuestro propósito hacer extenso tratado, comoquiera que de algunos va dicho ya lo que hace más al caso presente.

Pero no será ocioso compendiar las opiniones defendidas por los teólogos del siglo XVI y XVII en materia de Anticristo. Enseñaban que por padre tendrá al demonio, enredado en amores con una perdida; que su patria será Babilonia, su origen la tribu de Dan, su infancia y educación llena de maldad, porque ha de salir diestro en artes mágicas, con conocimiento de cosas futuras según su capacidad; que cuando los años dieren alas á su insolencia emprenderá la conquista del mundo, que será pequeño á su apetito de ambición; que con las naciones septentrionales juntará poderosísimo ejército de combatientes que militen á su sueldo y servicio; que príncipes y personajes famosísimos harán gloriosa su corte siguiendo su marcial estrépito; que en particular los judíos derramados por el orbe le recibirán en Jerusalén por Mesías, siendo los más honrados con su gracia y amistad; que fijará la tienda de su solio en la cima del monte Olivete, hasta que le venga su merecido de parte de Jesús, porque entonces todos le santiguarán y huirán, sin que uno solo le mire á la cara. Estas opiniones sustentaban casi todos los expositores y teólogos, con algunas diferencias en el asentarlas y defenderlas.

Otros pensares añadían respecto de la persecución, que ciertamente moverá sin embozo contra la Iglesia como aperreador del nombre cristiano. La gentilidad, el judaismo, la herejía serán sus más fieles aliados en la ferocísima guerra, acompañada de campa-

---

(1) In illo utique judicio vel circa illud judicium has res didicimus esse futuras: Eliam Thesbytem, fidem judaeorum, Antichristum persecuturum, Christum judicaturum, mortuorum resurrectionem, bonorum malorumque diremptionem, mundi conflagrationem, ejusdemque renovationem. Quae omnia quidem ventura esse credendum est, sed quibus modis et quo ordine veniant, magis tunc docebit rerum experientia quam nunc ad perfectum hominum intelligentia valet consequi. Existimo tamen, eo quo a me commemorata sunt ordine, esse ventura. *De civit. Dei.*, lib. XX, cap. XXX.

nudos y raros prodigios, que Satanás ha de ejecutar por este su infernal instrumento cercando de temores los pechos de los cristianos, muchos de los cuales por ignorancia medrosa, perdidos los bríos, le rendirán parias con universal aplauso, hasta publicarle por único Dios de cielos y tierra, como él lo tendrá decretado. Para proceder á la ejecución de sus perversísimos intentos, sostenían que asolará los templos todos idolátricos empleando la fuerza de su poder y la cooperación de sus ministros; que á los judíos dará firmadas cuantas licencias pidieren contra la ley de Moisés, á trueque de recibir por dispensas adoraciones; que de los herejes se favorecerá, autorizando lo más importante de sus herejías, por licenciar las indómitas pasiones; que contra los solos cristianos reservará su furiosa braveza, porque á los pocos, en quienes quedare una centella de caridad, aguardarán infamias, cuchillos, tormentos, muertes ni pensadas ni vistas; que para acabar de romper la piedra del escándalo y hundirlos, si pudiera, en mil infiernos, derribará las iglesias católicas, y en las que dejare pondrá su asquerosa estatua, no sin levantar en plazas públicas, sobre soberbios pedestales, figuras suyas de colosal grandeza; que por causa de tan espantosa abominación cesará el culto público de la religión cristiana, hasta el extremo de quedar sin su cabeza visible la Iglesia de Dios, porque el Anticristo con absoluto y despótico mando se encarnizará en el Sumo Pontífice de Roma, y pondrá en grande apretura á los fieles para elegir Papa que los guíe (1).

No para aquí todo. Defendían aquellos doctores la sublime santidad, que entre las irreparables pérdidas de cristianos, alcanzarán los fieles acrisolados en la fragua de esta última tribulación, la cual terminada, quedará el Anticristo tan confuso y afrentado, que se pudra dentro de sí, brame, gima su afrenta y confusión, deshecho de pura rabia. Quien se la rebata será el Arcángel San Miguel, capitaneando las valentísimas huestes de ángeles, cuando cuerpo á cuerpo mida las armas con el infernal dragón instigador del Anticristo, y le saque de las manos la presa, pues se atrevió con su astucia y poderío á derrocar la tercera parte de los santos que como estrellas resplandecían en el firmamento de la Iglesia militante.

Estos eran, y otros á este tono, los dictámenes que los más de los doctores propugnaban en las escuelas, atentos á colegirlos del Profeta Daniel y del Apocalipsis, como si entrambos libros tratasen de la postrera edad del mundo. Mas porque eso está todavía en tela de juicio, y lo estará mientras el Señor no lo revele, quédale al católico entera libertad en esta parte, pues apenas hay de tales doctrinas una sola que pertenezca á la fe. Por eso no nos empeñamos en volver por ellas. El Anticristo vendrá y perseguirá á los fieles de Cris-

(1) En el capítulo VIII de este tercer libro hemos insinuado cómo varias *profecías*, publicadas en el siglo XIX, anuncian hartas cosas de las dichas aquí, tomadas, sin duda, de los teólogos, que las sustentaban como probables conjeturas.

to: esta es verdad católica. El cómo de su venida y el cuándo, la traza de su persecución y sus efectos, la duración del combate y demás circunstancias personales y públicas del Anticristo, son cosas reservadas para el pecho de Dios.

4. Entre las pocas verdades dogmáticas pertenecientes á los postreros días del mundo, una muy principal es su decretorio acabamiento. La *consumación del siglo,* tantas veces pronunciada en las Escrituras, ha sido en todo tiempo máxima fundamental de la Iglesia, bien que ella nunca definió en qué época ni de qué manera se llevará á efecto. Si abrimos los libros profetales, vemos muchas expresiones que suenan fuego (1); mas si ese fuego es real ó metafórico, lo disputan los comentadores. No menos grande es la discordancia que tienen sobre si dichos lugares tratan de la venida primera del Mesías ó de la segunda. También hay notable contención entre los teólogos acerca del fuego, si abrasará toda la tierra antes del juicio universal, ó si solamente convertirá en ceniza parte de ella (2).

Por qué pasos vendrá el mundo á fenecer, expónelo el Apóstol San Pedro en su segunda Epístola, con estas proféticas voces: *Los cielos que ahora son y la tierra han de tener un mismo fin, quedando reservados para el fuego hasta el día del juicio y de la condenación de los hombres malvados... El día del Señor vendrá á manera de ladrón; en ese día los cielos pasarán con grande ímpetu, mas los elementos con el calor se disolverán, y la tierra y las obras que en ella hay serán abrasadas. Pues como todas estas cosas se hayan de disolver, mirad vosotros cuál deba ser vuestro proceder en las santas conversaciones y piedades, esperando y dándoos prisa para el advenimiento del día del Señor, por el cual los cielos se desvanecerán entre ardorosas llamas, y los elementos se resolverán en torbellinos de humo* (3). El testimonio de San Pedro con bastante claridad insinúa que el fuego no será figurado, sino real y material, sea cual fuere su índole y naturaleza. El mismo santo Apóstol parece esforzarse en abrirnos los ojos con el propio fuego, contraponiéndole al agua de que se formó la tierra, y que con sus ondas altísimas anegó al humano linaje. Si el agua de la creación y del diluvio fué elemento físico y material, no menos material habrá de ser el fuego que convierta en sí la materia terrestre (4).

Aquí es inútil juntar á los *sabios* en claustro pleno para poner en

---

(1) Is., LVI, 15.—Joel, II, 3.—Malach., IV, 1.—Psalm. XCVI, 3.

(2) Véase cómo el teólogo Siuri trata la materia en su obra *De Novissimis,* tract. XIII, cap. I.

(3) II Petr., III, 7. Coeli autem qui nunc sunt, et terra eodem verbo repositi sunt, igni reservati in diem judicii et perditionis hominum impiorum... —10. Adveniet autem dies Domini ut fur, in quo coeli magno impetu transient, elementa vero calore solventur, terra autem et quae in ipsa sunt opera exurentur.—11. Cum igitur haec omnia dissolvenda sint, videte quales vos oportet esse in sanctis conversationibus et pietatibus.—12. Exspectantes et properantes in adventum Domini, per quem coeli ardentes solventur et elementa ignis ardore tabescent.

(4) *La Civiltà Cattolica,* 1881, serie XI, vol. VII, p. 396.

sus manos la resolución, porque no la darán. Si prestamos oídos á sus acuerdos, los unos decretan que el mundo terrestre perecerá de sed, los otros que de frío, los otros que de calor. La muerte natural del mundo será de sed ó de frío, la violenta de calor: estas soluciones ha madurado la ciencia con largos y espaciosos discursos. Multiplicada la superficie de todos los mares (375 millones de kilómetros cuadrados) por la profundidad media (cuatro kilómetros), nos encontramos con 1.500 millones de kilómetros cúbicos de agua. Extendido este volumen de líquido por toda la superficie terrestre, tendríamos una telilla de agua de algunos metros, que comparada con la longitud del radio terrestre (6.378 kilómetros), viene á ser una nonada. Esa nonada se va disipando por la imbibición de las rocas, por la cristalización, por la erupción interna del globo y por otras causas sedientas de agua, que son un amago incesante á la vida vegetal y animal.

Los que pronuncian contra nuestro globo sentencia de frío, encarecen ponderativamente que la superficie del sol se va por años encogiendo y ovillando; á ese paso la irradiación llegará á tan extrema debilidad, que imposibilite la vida en el globo á causa de los irreparables hielos. Tiritando de frío, helada como un carámbano, de arrugada vejez habrá de morir la tierra, entregada á su propio encogimiento.

Los que abogan por el fuego, miran á las luchas incesantes que las fuerzas interiores del globo tienen con las fuerzas exteriores; en el conflicto de las dos partes contrarias, ¿adónde se inclinará la victoria que venga á ser desastrada é infeliz para la tierra? El agua, elemento exterior poderosísimo, va sorbiéndose los continentes y colmando las depresiones de los mares; acción demoledora, que amaga de continuo á la vida terrestre. Es verdad, pero las frialdades progresivas del núcleo central del globo ocasionan aumentos de la corteza rígida al paso de las mermas interiores: día vendrá, en que apretado en un puño el fuego central, estrechada su posesión y esfera, abra mil bocas en la superficie, por donde desfogar su enojo con más furia de volcanes, convulsiones, terremotos, rayos y centellas, que acaben con la vida terrestre.

Á semejantes razones hacen recurso los hombres de ciencia natural, para sacar en limpio los sistemas geológicos que su estudio les sugiere, sin acertar á resolver cuál de las tres sobredichas causas ha de acarrear la extinción total de la vida en la tierra (1). Pero ha parecido bien apuntarlas someramente para colegir cuán adelante va la sabiduría de los Profetas á los pronósticos de los sabios del siglo. Sean cuales fueren las probabilidades hipotéticas de la geología y astronomía, la verdad del oráculo que decreta la des-

(1) Lapparent, *Les destinées de la Terre ferme, Revue des quest. scientif.*, juillet, 1891, p. 5, t. XXX.—Poincaré, *Sur la stabilité du système solaire, Annuaire du Bureau des longitudes*, 1898.—Stainier: Dans l'état actuel de nos connaissances, rien ne pourrait nous faire préjuger laquelle de ces trois causes arrivera la première à produire l'extinction de la vie. *La fin du monde. Revue des quest. scientif.*, t. XIV de la deuxième série, p. 412.

trucción final del mundo por el fuego, tiene autoridad y peso dignísimo de estima.

Confirmación de lo dicho es la sentencia del Salvador: *En verdad os digo, no pasará esta generación hasta que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán* (1). De qué *generación* hablase el Salvador lo han ventilado largamente los comentadores. El sustantivo γενεὰ recibe varia significación, de gente, estirpe, casta, progenie, familia: lo más obvio es aplicarle á la gente judaica. El sentido será éste: la estirpe judía no se extinguirá hasta que no se cumplan los sucesos todos que van predichos. La otra proposición encierra un nuevo juicio, y es: el cielo y la tierra pasarán, conviene á saber, mudarán de forma, dejarán la figura que tienen, recibirán otra condición y cualidad, se traspasarán á otra imagen, perderán su manera de ser; pero las palabras de Cristo no pueden padecer alteración ni carecer de efecto, ni faltar en un solo ápice, han de salir firmes é inquebrantables con lo anunciado. La sentencia de Cristo, llena de majestad, confirma la final destrucción del mundo.

5. Otra cuestión tocan los autores: el fin del mundo, ¿será el aniquilamiento de la creación material y sensible? ¿será acaso el incendio de toda la máquina mundana? ¿será el desejarse los cielos y caer á pedazos rotos los orbes con subversión total del universo? ¿será, por ventura, la transformación substancial de la materia? ¿ó tal vez se reducirá á mudanza de la forma? Los Profetas no sugieren resolución á la controversia. En ella sólo caben pareceres, distantes unos de otros. En Isaías leemos: *Mirad que yo hago cielos nuevos y tierra nueva* (2). A estas palabras aludió San Pedro al decir: *Nuevos cielos y nueva tierra según sus promesas esperamos* (3). San Juan vió los cielos nuevos y la tierra nueva; pero el cielo y la tierra antigua se le volaron de los ojos, al modo que el Salvador habia dicho que pasarían (4).

El expositor Viegas, en su Comentario al Apocalipsis, pesados con consideración los textos que se acaban de citar, y consultados los pareceres de muchos expositores antiguos, saca su conclusión en esta forma: ningún elemento material perecerá al fin del mundo, no habrá mudanza alguna substancial, sólo sí renovación y mejoría de forma. Plácenos trasladar sus mismas palabras, que dicen así: *Por poca atención que se preste á los lugares alegados, se notará fácilmente que sólo significan mudanza accidental en estado mejor, no destrucción total. Este el sentir de Santo Tomás en su Comentario á la Carta de los Hebreos... La opinión dicha sobre la transformación del cielo, tierra, y elementos, no es mía tan solamente, sino de todos los Padres y*

(1) Matth., XXIV, 34. Amen dico vobis, quia non praeteribit generatio haec, donec omnia fiant.—35. Coelum et terra transibunt, verba autem mea non praeteribunt.

(2) Ecce ego creo coelos novos et terram novam. Is., LXV, 17.

(3) Novos vero coelos et novam terram secundum promissa ipsius exspetamus, in quibus justitia habitat. II Petri, 13.

(4) Et vidi coelum novum et terram novam. Primum enim coelum et prima terra abiit, et mare jam non est. Apoc., XXI, 1.—Coelum et terra transibunt. Matth., XXIV, 29

Doctores. San Agustín la enseña expresamente en el capítulo XXIV del libro XX de la Ciudad de Dios por estas palabras: Por esos cielos que han de acabar, pueden entenderse los que dice San Pedro están reservados para el fuego; en tal caso, serán pasto de las llamas los elementos de este mundo inferior, variable y caduco, mas no los cielos etéreos ni el firmamento de las estrellas. La prueba de esto es lo que está escrito, á saber, que las estrellas caerán. Aunque esta caída pueda, y tal vez deba entenderse figuradamente, ello es que los cielos quedarán; sí, quedarán y serán transformados en otra cosa más linda y más admirable, cuando las estrellas se hayan desprendido de ellos, ora se entienda esto á la letra, ora como es más probable en sentido figurado (1).—Junta luego el expositor al de San Agustín el parecer de los Santos Jerónimo y Gregorio, y después añade: *Finalmente, por no extender sin término las alegaciones, repetimos ser ésta la común doctrina de los Padres, la recibida interpretación de expositores y el sentir de los teólogos. Por consiguiente, sería doctrina más que improbable, osar decir que el mundo será no transformado, sino destruido substancialmente al tiempo del juicio, porque eso iría contra la Escritura, contra los Padres y teólogos* (2).

6. Fuera de la transformación ó renovación en mejoría, apenas hay verdad notoria respecto del remate de las cosas mundanas. Ni el tiempo, ni el modo, ni el orden, ni otras circunstancias del postrer estallido, hallan en las Escrituras definición expresa, ni en la Iglesia decreto dogmático. En materia del juicio universal, terminantemente prometido por los Profetas y enseñado constantemente por la Iglesia de Dios, conviene distinguir lo cierto de lo incierto y dudoso. Lo cierto está en la verdad del juicio universal en algún punto de tiempo, acabado ya el de merecer, antes de comenzar el reinado glorioso de la inmortalidad. Lo incierto y dudoso es el cuándo llamará Dios todos los hombres á juicio. *De aquel día nadie es sabedor* (3), decía Cristo. Ignorancia, que no estorba usen los hombres de conjeturas en el barruntar, particularmente cuando se les abra algún resquicio ó les salgan crepúsculos de señales precursoras, cuya noticia será de aquellos pocos que tengan bien penetrados y calados los oráculos proféticos.

La incertidumbre puede contemplarse, como la contemplaba Suárez (4), ó respecto de nosotros y de los que vivan antes de mostrarse al mundo el Anticristo, ó respecto de los que vean á vista de ojos la persecución del Anticristo, ó respecto de los que sobrevivan á la muerte del Anticristo. Tocante á nosotros, el día del juicio universal es totalmente incierto, ni cabe en su averiguación conjetura razonable, como consta de la experiencia de tantos alucinados por

(1) *Comment. in Apoc.*, cap. XXI, sect. 1.

(2) Algunos teólogos, como el P. Mendive, admiten una transformación cuasi substancial (*Inst. theol.*, pars. V, vol. II. pag. 442), grande y maravillosa, que no va reñida con la mudanza sobredicha de los Padres.

(3) De die illa nemo scit. Matth., XXIV.

(4) *Defensio fidei*, lib. V, cap. VIII, n. 18.

su propia ligereza en echar comentos. A los que vean comenzada la persecución del Anticristo, cuyos desafueros sabrán que no pueden ser durables ni permanentes, les será más fácil rastrear la proximidad del juicio, pues harta seguridad tendrán de los signos precursores. Mas su conjetura, cuanto al tiempo determinado, será incierta, porque no estarán completamente seguros por las muchas tribulaciones y por los muchos falsos cristos y falsos profetas que han de sobrevenir, cuya duración no se podrá sacar por cuenta segura. Aunque dijéramos que Elías y Henoc han de aparecer y predicar, no constaría si en muchos ó pocos lugares, si á los cristianos ó á los gentiles; de arte que á mucha gente no se le descubrirá camino para dar en el blanco del próximo juicio con entera seguridad. Por esto insisten los Santos Padres en que el día del Señor vendrá como ladrón, en que nadie sabe cuándo el Señor haya de venir, en que su llegada será repentina, como en el Nuevo Testamento se pronuncia (1) con voces expresas.

Mas á los fieles que hayan llegado al último tercio de su vida, después de comenzadas las señales del juicio, les será notoria su proximidad, según las palabras del Salvador (2). A los fieles dije, porque á los infieles, ignorantes de la significación y término de aquellas demostraciones, no es fácil les amanezca la noticia del tiempo futuro, que estará para ellos como en botón y en cierne, siquiera los asombros y espantos les espeluznen los cabellos con su gran majestad. Pero ni fieles ni infieles, ni sabios ni ignorantes, conocerán con certidumbre en qué día y hora han de tener fin las dichas señales, ni en qué día y hora acaecerá el abrasamiento del orbe, ni en qué día y hora se sentará el divino Juez á sentenciar el mundo.

De donde se infiere no ser posible presumir qué cantidad de años han de pasar hasta el día del juicio. Las palabras del Redentor con todos hablan, con apóstoles y discípulos, con presentes y ausentes, y más en particular con los dominados del afán curioso de inquirir los secretos de lo futuro, que penden de solo Dios. San Agustín solía dar apodo de *importuno* al prurito de apear el tiempo final de las cosas (3). En otro lugar distingue el africano Doctor señales próximas y señales remotas. De las remotas dice, que si bien se consideran, cada día nos vamos acercando al día del Señor, sin estar en nuestra mano averiguar el intervalo que media, pues harto hacemos con tener cuenta con el tiempo que vivimos de contado (4). Y de las señales próximas, ¿qué idea formó San Agustín? Las entendió alegóricamente por la persecución de la Iglesia, no en sentido obvio material (5).

(1) Matth., XXIV.—II Petr., III.

(2) Cum videritis haec omnia, scitote quia prope est in januis. Matth., XXIV, 33.

(3) Hic quaeri solet quando istud erit, importune omnino. *De Civit. Dei*, lib. XVIII, cap. LIII.

(4) Quotidie quippe magis magisque fit proximus Domini adventus. Sed quanto intervallo propinquet, hoc, dictum est, non est vestrum scire. Epist. LXXX.

(5) Puto quod non erunt sic, quando erunt quae in Evangelio praedicta sunt signa in sole in luna, et stellis, et in terris pressurae gentium. Ibid.

La interpretación de San Agustín tocante á los signos celestes, no parece ser la más ajustada al sagrado contexto. En el capítulo XXIV de San Mateo, donde se lee que *al fin de la tribulación de aquellos días el sol se obscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y caerán del cielo las estrellas, y se conmoverán las virtudes de los cielos* (1), no cabe inteligencia alegórica, acomodada á sentido moral, porque el Salvador emplea un lenguaje llanísimo, sin ambajes metafóricos, muy inteligible y claro, muy en consonancia con el usado por los Profetas (2), para expresar la majestad de la segunda venida, y muy conforme á lo que San Pedro y San Pablo (3) nos avisan sobre la alteración de las cosas mundanas en aquel día final. Ninguna razón de peso fuerza á entender en las sobredichas expresiones el asolamiento de los tronos, el fracaso de la idolatría, la opresión de la Iglesia, la ruina de muchos fieles, la humillación de los judíos, ni otros parecidos trastornos morales, pues que no se opone al contexto, antes le favorece, la realidad material contenida en la propiedad de los vocablos (4). Ni para exponerlos del todo, es preciso extrañarse de la atmósfera terrestre, en cuyo ámbito se pueden verificar con holgura las palabras de Cristo en su literal significación (5).

¿Qué certidumbre queda, pues, sobre el día del universal juicio? Ninguna por señales remotas, alguna por señales próximas. Cuando llegue el punto crudo, los enterados en las Escrituras proféticas podrán con alguna probabilidad acertar. Porque así como antes de la primera venida de Cristo no dejó Dios de dar señales que encaminaran á los escribas para entender no tardaría el Mesías en entrarse por sus puertas, siquiera mediante las semanas de Daniel, aunque no les fuese notorio el día de su nacimiento; de igual manera y con la debida proporción se puede argumentar de la segunda venida, cuyo asomo puntual aunque no se pueda antever por meras conjeturas, ni por natural perspicacia, ni por signos antecedentes, pues ha de ofrecerse el sumo Juez de improviso á los ojos de los hombres, pero por estudio de las Escrituras y por advertencia de competentes signos se podrá entrever con mediana probabilidad, salvo particular revelación del cielo (6).

7. Después que el eterno Rey de los siglos haya llamado á cuentas el inmenso linaje de los hombres, y pesado sus obras públi-

---

(1) Statim post tribulationem dierum illorum sol obscurabitur, et luna non dabit lumen suum, et stellae cadent de coelo, et virtutes coelorum commovebuntur.

(2) Is., XIII, 9.—Joel, II, 30.—Soph., I, 15.—Jer., IV, 28.

(3) II Petr., III, 12.—Rom., VIII, 19.

(4) Knabenbauer: Sed verba Christi sensu proprio sunt retinenda. *Comment. in Matth.*, p. 336.

(5) Jungmann, *Tract. de novissimis*, 1871, p. 286.—Mazzella, *De Deo creatore*, n. 1.429.

(6) Suárez: Sicut enim in primo Christi adventu quaedam signa Deus dedit, quibus a sapientibus cognosci poterat, vel jam factum esse, vel brevi tempore distare antequam fieret, et post certum annorum numerum, saltem per hebdomadas Danielis, licet semper dies et hora fuerint ignorata; ita cum proportione intelligendum est in secundo. *Defensio* lib. V, cap. VIII, n. 28.

camente en la justísima balanza de su infinita rectitud, les señalará galardón ó pena eternal, según la calidad de los merecimientos. Aquel fallo será el remate y finiquito de toda profecía, porque se habrán ya acabado de cumplir puntual y plenísimamente las cosas profetizadas. Así lo expresó el Apóstol cuando para ponderar las excelencias de la caridad sobre todo carisma espiritual, dijo: *la caridad nunca padece quiebra; las profecías quedarán sin vigor, las lenguas cesarán del todo, la ciencia caerá de su estado* (1). Donde no solamente entendió las predicciones proféticas, las exposiciones de misterios, las interpretaciones de vaticinios, sino más en particular el mismo don de profecía, así como por lenguas y por ciencia quiso significar el don de lenguas y el don de sabiduría, según que en el capítulo XI del libro anterior queda explicado.

Mas ¿cómo ha de venir á menos y faltar del todo la profecía, allí donde se han de verificar todas las promesas del Viejo y Nuevo Testamento? Porque faltará el uso, responde Salmerón (2), con el parecer común. Pero razón será ahondar la causa del desuso. Como el don de profecía se conceda por la gracia del Espíritu Santo á la Iglesia para consuelo y edificación de los fieles, en cesando ese fin ha de quedar el don profético vacío y desamparado por de ninguna utilidad, porque la Iglesia triunfante no sacaría de él provecho como le saca la militante. Pero el Apóstol, no tanto de la inutilidad cuanto de su intrínseca índole, concluye el don profético. Porque el don de profecía es imperfectísimo, de la parte del Profeta, aunque respecto de la substancia de las cosas profetizadas sea perfectísimo el conocimiento de ellas. El Profeta, cuando profiere las verdades que el Espíritu divino le sugirió en el acto de la revelación, bien que esté firme en el conocimiento de ellas, anda su firmeza á obscuras, en vacío y tiniebla, por los símbolos, palabras, ideas, imágenes y enigmas con que la verdad se encubre (3).

Con los enigmas y figuras no se compadece bien la visión beatífica, porque la lumbre de gloria desvanece todo rastro de obscuridad. No habrá allí predicción de cosas futuras ni interpretación de enigmas, ni penetración de pensamientos, porque toda verdad estará presente, patente y abierta al conocimiento de los bienaventurados, que en el Verbo verán clarísima sin velos ni sombras la inefable realidad de los divinales misterios. Pues como el conocimiento sobrenatural, que por la profecía acá bajo adquirimos, sea imperfecto, mediato y obscuro, pero en la otra vida al revés, inmediato, claro, distinto y perfectísimo; de ahí nace la necesidad de disiparse el don profético después del juicio universal, y de quedar su luz en

(1) Charitas numquam excidit; sive prophetiae evacuabuntur, sive linguae cessabunt, sive scientia destruetur. I Cor., XIII, 8.

(2) Respondendum, prophetias dici evacuari ob id, quod hic jam non sit amplius futurus earum usus. In I Cor., XIII, 8.—Piconio: Nullus in coelo eorum erit usus. Ibid. —Estio, Ibid.

(3) Santo Tomás: Quia prophetia est cum cognitione aenigmatica et figurali. In I Cor. XIII.

total eclipse, como la de la vela se pone luto á vista de los destellos de un clarísimo sol. La caridad, empero, no padece eclipse en la gloria, porque su objeto formal, la bondad de Dios sobrenaturalmente conocida, es el mismo sol que en esta vida la viste de sus puros y lumbrosos rayos tanto como en la patria celeste (1).

(1) Cornely: In hac terra per donum prophetiae cognitio supranaturalis habetur, sed mediata et obscura ideoque imperfecta; altera autem in via cognitio supranaturalis habetur per intuitivam visionem, immediata ergo et clara distinctaque ideoque perfecta. Aliter se res habet de caritate. *Comment. in 1 Cor.*, XIII, p. 404.





CAPÍTULO XIV.

Conclusión de toda la obra.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Definición y división de la profecía.—2. Los enemigos de la profecía.—3. Condición de los Profetas hebreos.—4. Posibilidad de la profecía.—5. El autor de la profecía.—6. Fin de la profecía.—7. Verdad histórica de la profecía.—8. Verdad filosófica de la profecía.—9. Verdad relativa de la profecía.—10. El don de profecía.—11. El profetismo hebreo.—12. Doctrina de los Profetas.

1. Libro primero.—El vocablo *Profecía* está deputado á representar un conocimiento infalible, revelado por Dios, acerca de cosas totalmente ocultas para instrucción y edificación de los hombres. Dícese *conocimiento infalible*, porque el Profeta ha de estar seguro de lo que profetiza, aunque no entienda el misterio; si el conocimiento no es infalible, será instinto profético, mas no profecía.—*Revelado por Dios,* porque á solo Dios estando patentes los secretos naturales y sobrenaturales, él solo los comunica al hombre por sí ó por sus ángeles, sin que el demonio pueda entremeterse, salvo cuando Dios le toma por instrumento. *Cosas ocultas* pueden ser pasadas, presentes y venideras, del todo inapeables al humano discurso, si bien los futuros libres son los más ajustados á la profecía. El sujeto de la profecía es el hombre, sea justo ó pecador, fiel ó infiel, pero lo ordinario acaece concederse el don profético al hombre virtuoso. El fin es mirar á la instrucción y edificación de los hombres, aun del mismo que profetiza, bien que la profecía no sea carisma santificante.—De las tres suertes de profecías, corpóreas, imaginarias y mentales, la más maravillosa es la pura mental, la más inferior es la corpórea, entre las dos extremas ocupa lugar la imaginaria; mas ninguna de ellas queda en el hombre á modo de hábito, porque el don profético es transeunte. Pero no hay estado en que no pueda el hombre recibir luz profética; la mental en vigilia, la imaginación en sueños ó en éxtasis, la corporal en vela. En todos los casos quédale al hombre

libertad y conciencia de sus actos.—Demás de la división dicha, divídese la profecía en condicionada y absoluta, en obscura y evidente, en típica y verbal, en parabólica y natural, en mística é histórica, en perfecta é imperfecta, en explícita é implícita (cap. I).

2. Recomendación de la profecía fué siempre el odio de sus enemigos. Los judíos fueron los primeros que con su interpretación alegórica excluyeron el sentido literal de los vaticinios hebreos: el Talmud torció el sagrado contexto de los Profetas. Los gnósticos condenaron por abominables los escritos proféticos. Al contrario, Celso los enalteció para burlarse de las profecías de Cristo. Montano trató á los Profetas como á niños, pues á sí solo se tenía por profeta varonil. Porfirio y Juliano despreciaban los Profetas porque hacían tanto caso del pueblo judío. Los maniqueos estimaban por obra del demonio el Antiguo Testamento, y aun que Dios mintió allí hartas veces, lo dijeron los priscilianistas. Odio capital tuvieron siempre los moros á profecías y á Profetas hebreos, pues no había profeta para ellos como Mahoma. A los musulmanes dieron la mano los rabinos de la Edad Media, que interpretaban en sentido alegórico los vaticinios.—Los albigenses, nueva forma de maniqueos, no admitían los libros profetales, los semi-racionalistas estimaron los Profetas por inferiores á los filósofos griegos, los falsos místicos maltrataron las profecías antiguas prometiendo nuevas luces. Lutero con el libre examen quita á la profecía su inspiración, Münzer se gradúa de Profeta, porque fía de la palabra viva que luce en el corazón; ambos dijeron vaticinios contrarios á la fe. Los socinianos combatieron la presciencia de Dios, los arminianos eliminaron las profecías del Viejo Testamento. Espinosa los sobrepujó á todos en temeridad, con sólo poner la revelación por absurda, la profecía por ilusión.—Los deístas ingleses, para hacer guerra á la profecía, propalaban la religión natural y trataban de meros poetas á los Profetas; y para justificar su odio al profetismo, ó negaron á Dios la ciencia de los futuros libres, ó vocearon contra la inspiración de los libros profetales, ó combatieron la eficacia demostrativa de los vaticinios. Más al fondo fueron los filósofos franceses; escépticos y volterianos se atrevieron contra la posibilidad de la profecía. Los alemanes comienzan ya á destrozar los libros proféticos, abriendo camino á los racionalistas.—De éstos, los históricos toman por metáforas sin sentido las expresiones proféticas, los psicológicos por conceptos subjetivos sin verdad real, los mitológicos por apócrifas y nulas, los orgánicos por adivinaciones paganas, los biblioclastas no dejan hoja sana en los libros profetales. Los modernos arguyen á los Apóstoles de malos intérpretes en la aplicación de las profecías antiguas. Otros enemigos hay, como los astrólogos, espiritistas, mesmeristas, hipnotistas, intérpretes de portentos, adivinos, que tienen por natural el oficio de Profeta. A todos presenta campo la profecía, obra de Dios (cap. II).

3. La voz *Profeta* denota, no mero intérprete, sino pronunciador

de cosas ocultas por divina inspiración. Los Profetas hebreos llámanse *Videntes*, sabedores de los secretos divinos; *Pastores*, guiones del pueblo á pastos de verdad sobrenatural; *Varones divinos*, partícipes de divina autoridad y llenos de virtud; *Embajadores*, notificadores de lo revelado por Dios. No faltaron Profetisas, dotadas de lumbre superior. Contra Profetas y Profetisas se levantaron profetas falsos, gentiles y judíos, cuyas trazas deshacían los verdaderos con muestras evidentes de hablar en nombre de Dios.—Los Profetas lo eran por elección divina, no por grado conferido en las *Escuelas*, donde sólo aprendían buenas costumbres y conocimiento de la Ley. Los *Hijos de los Profetas* vivían en cenobios dirigidos por algún Profeta, en vida común y ordinaria, con moderado y vulgar sustento. El número de los Profetas no consta en las Escrituras, aunque bien llegarían á cuarenta desde Samuel hasta Malaquías; los unos dedicados especialmente á arrancar idolatrías, los otros á plantar en el pueblo la noción del Mesías, cuyas grandezas delinearon con gran majestad de figuras proféticas.—Los Profetas Mayores describieron más difusamente, los Menores con más concisión castigos y consuelos; castigos contra los hebreos aferrados á sus idolatrías y malas costumbres; consuelos espirituales que se reducían á los bienes futuros de la era mesiaca (cap. III).

4. La primera controversia es la posibilidad de la profecía. Dios con su ciencia infinita comprende plenísimamente su ser, y por él todas las cosas pasadas, presentes, futuras, posibles, futuribles, y todos los actos absolutos, contingentes, necesarios, libres; luego es posible la profecía por parte de Dios, que no puede mentir.—También es posible por parte de la misma revelación, supuesto que Dios sabe, puede, y quiere manifestar al hombre sus ocultos secretos. Por parte del hombre no habrá repugnancia si es capaz de percibir y distinguir la revelación por señales que el mismo Señor le ofrezca. Las cosas reveladas, sean misterios ó verdades naturales, no estorbarán su manifestación, pues será siempre útil al hombre conocer siquiera su existencia, aunque no penetre su esencia.—Bien á las claras profesaban la posibilidad de la profecía los gentiles cuando no se hartaban de fabular en sus mitologías visiones y revelaciones celestes y comercio íntimo de dioses con los mortales. No digan los adversarios que la profecía desbarata la libertad del hombre; porque el antever y predecir una acción libre no es despojarle de libertad. Tampoco digan, basta al hombre su razón; porque la profecía no es necesaria sino para conocer los dogmas sobrenaturales, en que nada puede la humana razón, pero es útil para otros secretos naturales. Menos se podrán achacar á la profecía esos errores y miserias en que andan envueltos los judíos; porque á la pertinacia y dureza de sus corazones deben ellos su desgraciada suerte, no á la profecía que les puso en las manos el remedio (cap. IV).

5. Autor de la profecía no puede ser ningún agente criado, porque, fuera de Dios, no hay quien alcance las cosas ocultas pasadas,

presentes y venideras. Porque cuatro géneros de cosas dan materia á la profecía: secretos naturales, futuros libres, mudanzas de naciones, hechos sobrenaturales. Los vaticinios de los Profetas sobre estos cuatro linajes de cosas procedieron de la divina inspiración y no de otra causa criada, conforme lo tienen los mismos Profetas hebreos y los Santos Padres, y es doctrina del Concilio Vaticano. Aun los gentiles tenían al hombre por impotente para vaticinar.—No basta el conocimiento angélico para el ser de la profecía, porque les falta á los ángeles la noticia de los futuros libres; si á veces los prenuncian, lo hacen por orden de Dios. Menos podrá sugerir profecías el demonio, que sólo puede predecir cosas sensibles, efectos naturales, oráculos oídos á Profetas; mas, aunque prediga semejantes cosas, su predicción es incierta, porque no conoce la voluntad de Dios respecto de lo futuro. En la primera predicción que hizo, para seducir á Eva, dijo muchos disparates, á fuer de falso profeta. Con mayor razón se ha de negar al hombre la capacidad de profetizar por su propia nativa virtud.—Si pues la divina autoridad da á la profecía todo su valor, si con la autoridad concurren otros atributos divinos, menester es que en la locución de Dios estribe todo el sér de la revelación profética. En la locución de Dios entra la representación del objeto oculto, la infalibilidad del suceso y el fin de la profecía. Con especial motivo es Dios autor de la profecía, por ser ésta una revelación propiísima de Dios. El recibirla el hombre en sueños realza más la profecía, por ser el sueño profético operación grandemente divina, llena de majestad y grandeza. Mucho han desbarrado los racionalistas en materia de inspiración; sus razones internas de crítica superior sólo sirven para deshacer el mérito de la profecía, so pretexto de querer explicar la Escritura.—El sueño profético, muy diferente del sueño místico, es prueba práctica de ser Dios el autor de la profecía, como se descubre en Adán, Abrahán, Abimelec, Jacob, José, Salomón y en otros que los interpretaron con espíritu profético (cap. V).

6. La profecía tiene un fin especial, por ser Dios su autor, que en sus obras pretende un intento digno de su soberana majestad. El fin primario de las profecías hebreas fué la conservación del monoteísmo. Razones de Escritura lo demuestran claramente. El aclamar los Profetas el Dios de los Ejércitos y el Nombre de Jehová es también perentoria razón.—El fin secundario fué el prenuncio y la glorificación del Mesías. Hácese manifiesto este fin en las promesas hechas por Dios á Abrahán y en los vaticinios de Jacob, de Natán, de Isaías, de Ageo, de Malaquías y en la vista general de todos los Profetas.—Resplandece también el fin de la profecía en la alianza concertada por Dios con los patriarcas y promovida por los Profetas (cap. VI).

7. Claman los adversarios que ninguna profecía del Antiguo Testamento se cumplió enteramente. Se les ha de demostrar la verdad histórica de la profecía. Convendrá definir primero los senti-

dos, literal y espiritual, de una predicción, para probar que cada una posee un solo sentido literal y un solo sentido espiritual, aunque las hay que solamente tienen sentido literal.—En la profecía se han de considerar tres momentos: la predicción, el efecto, y el enlace entre el efecto y la predicción. La predicción no siempre es obscura; el efecto es un hecho histórico, que se puede comprobar cuando el sentido de la predicción es claro; el enlace entre la predicción y el evento demuestra la verdad histórica, porque de solo Dios pudo provenir, y no de mera casualidad ni de fatal coincidencia la consonancia del hecho con el dicho. En muchas profecías, la consonancia es evidente. Al probar la verdad histórica no cometemos círculo vicioso, porque ni probamos el suceso por la predicción, ni la predicción por el suceso, sino que cada elemento va de por sí; pero se traban estrechamente por la fuerza de la lumbre divina.—Notables ejemplos de verdad histórica ofrecen el Profeta de Moisés, la profecía de Samuel, la prenunciada muerte de Acab, los vaticinios de Miqueas, de Jehaziel, de Amós, de Jeremías; en los cuales, los tres elementos dichos quedan evidentes de par en par.—Las dificultades objetadas por los volterianos y racionalistas, carecen de valor (cap. VII).

8. De suma importancia es asentar la verdad filosófica de la profecía. Presumen los contrarios que el Profeta es un iluso, que se persuade tener habla con Dios y la tiene con su fantasía, sin poderlo remediar. La verdad filosófica de la profética revelación consiste en la diferencia personal entre el que propone la revelación y el que la recibe. Ante todas cosas, el conocimiento del Profeta está cifrado en percibir y entender los objetos representados por la revelación divina: esta tesis se funda en la Escritura y en los Santos Padres.—La distinción de los dos espíritus, divino y humano, se hace patente en el Profeta Balaán, en Jeremías, en Miqueas, con claras señales.—Igualmente se descubre en Daniel y en Ezequiel, en cuyos vaticinios la parte humana difiere notablemente de la parte divina.—Para concluir la verdad filosófica, basta poner los ojos en el mismo acto de la revelación profética, donde se notan cuatro diferencias entre la verdadera y la falsa profecía. De donde se siguen cuatro reglas para el recto uso de las profecías.—Aplícase lo dicho á las revelaciones proféticas privadas, y se resuelve el fin de la Iglesia en aprobarlas, la autoridad que tienen, el pecado cometido en el desestimarlas y las reglas para discernirlas (Cap. VIII).

9. La verdad relativa está en la eficacia de la profecía para confirmar los dogmas de la fe. Los racionalistas piden pruebas interiores, no hacen caso de las exteriores, que son la profecía y el milagro. Pero la virtud comprobativa de la profecía es innegable, porque la Escritura la reconoce y los Padres griegos y latinos la aclaman concordemente.—Aun careada con el milagro parece más eficaz la profecía para convencer los entendimientos. Pero cuando se aplica como criterio de credibilidad va sujeta á condiciones. De

grande valor es en las causas de beatificación, por la fuerza relativa que tiene.—Las objeciones de los adversarios no menoscaban el poder de esta prerrogativa (cap. IX).

10. El don de profecía es carisma espiritual diverso de los demás señalados por el Apóstol, el cual pone diferencia especial entre el don profético y los de lenguas y de interpretación.—Más se asemeja al don de profecía el de discreción de espíritus. Para el uso competente de los carismas gratuitos se han de guardar los avisos dados por el Apóstol á los fieles, especialmente á Profetas y Profetisas, por tener el don de profecía un carácter particular distinto de los demás dones, pues en el Nuevo Testamento es una gracia providencial que perfecciona las promesas del Viejo.—Al don de profecía corresponden las hablas interiores, ora sean vocales, ó imaginarias, ó mentales. En las imaginarias hay más dificultad y peligro que en las mentales. Las locuciones imaginarias pueden ser sucesivas, formales, substanciales. Pero las mentales son las más excelentes, y las comunica Dios al alma al estilo que los ángeles comunican entre sí.—Siendo tan esclarecido el don de profecía, sirve á la Iglesia Romana para calificar la santidad de los siervos de Dios. Con gran cuidado atiende la Iglesia á la verdad histórica y filosófica de las profecías, examinando las predicciones, inquiriendo la causa eficiente y comprobando su verificación. A graves leyes sujeta la Iglesia el examen de las profecías, mas cuando las aprueba no impone obligación de creerlas, sino sólo de tenerlas por probables y por piadosamente creíbles. A los fieles se ha de recomendar no se dejen llevar del deseo de revelaciones proféticas (cap. X).

11. De ser tan aventajada la excelencia del don profético nació la porfiada contradicción de los adversarios, que acusan á los Profetas hebreos de no haber hablado del Mesías en sus vaticinios. Temeraria imputación, porque en tiempo de los Patriarcas, de los Jueces y de los Reyes otra cosa no anunciaron las voces de los Profetas sino al futuro Mesías, de suerte que en este particular punto es indubitable el profetismo hebreo.—Al revés, después de Malaquías no hay rastro de Profeta hasta la venida de Cristo, pues que los esenios y terapeutas, que fueron dos sectas judaicas diferentes entre sí, carecieron de profecías propias, aunque cultivasen la poesía, el canto y la meditación de los antiguos vaticinios.—Singular estima y consideración merece la calidad del profetismo hebreo. Aquellos Profetas no recibieron cargos sacerdotales, aunque fuesen predicadores de la palabra divina; pero corría por su cuenta y autoridad la conservación del monoteísmo y la observancia de la Ley mosaica establecida, no la invención ó transformación de ella, como quieren los racionalistas.—Los cuales nos los retratan con feos tachones de enemigos de la patria y de los reyes, siendo lo contrario la verdad, por cuanto en sus luchas con los reyes combatían por la causa de Dios y por el bienestar espiritual de la nación, pues fueron, no monólatras, sino celosos monoteístas antes y después del cautiverio.—Al

profetismo hebreo sirvió de gala espiendorosa el lenguaje poético, muy á propósito para celebrar los atributos divinos y las grandezas del tiempo mesiaco. De la vida humana suelen tomar los Profetas sus pinturas, bien que la ilustración sobrenatural les inspira sentimientos admirables y nobilísimos, que dan á su poesía un sello de novedad muy singular. En el género lírico ninguna otra nación los aventajó. Bien lo confiesan los modernos, que no han sabido aún inventar una teoría que explique el ritmo y el metro de sus composiciones poético-proféticas (cap. XI).

12. Más dignas de estudio son sus enseñanzas, como de varones amigos siempre de enseñar la verdad. Tema ordinario de sus razonamientos eran los atributos divinos. Conocieron el dogma de la Trinidad, aun en medio de su limitada teología.—Acerca del mundo tuvieron noticia cabal de los ángeles, de los demonios, del hombre, de la inmortalidad del alma, del pecado original, del pecado actual, de la gracia, de la penitencia, de la justificación; pero al paso de sus vivos conocimientos sobrenaturales execraban la idolatría.—No les faltaron nuevas de las postrimerías humanas. La esperanza de la otra vida, la resurrección y la gloria eterna fueron nociones comunes á todos los Profetas del judaísmo. ¿Qué idea formaron del infierno? Dos lugares concebían en él: el uno de eterna perdición, el otro de pena limitada. La doctrina profetal, aunque más excelente que la de los gentiles, no es completa, su complemento recibirá de la evangélica (cap. XII).

ARTICULO II.

1. El reino de Dios.—2. La idolatría escarmentada.—3. Reprobación de los judíos.—4. Vocación de los gentiles.—5. El Mesías, Rey eterno.—6. El Mesías, siervo de Jehová.—7. La plenitud de los tiempos.—8. Jesucristo, verdadero Mesías.—9. Jesucristo, Gran Profeta.—10. El profetismo en la era apostólica.—11. El Apocalipsis de San Juan.—12. El profetismo en la Iglesia.

1. Libro segundo.—Principal enseñanza de los Profetas fué el reino de Dios en este siglo y su duración eterna en el otro. El gobierno de Dios en todos los pueblos de la tierra aclamado por los Vates divinos como fruto del Mesiazgo. Ya el rey hebreo era vasallo de Jehová, con ser así que la forma monárquica fué sólo permitida entre los hebreos.—Con señales divinas intitúyese el rey teocrático. Los que violen la divina constitución, ó son destronados ó severamente castigados; en cambio los fieles á ella experimentan el favor de Dios con victorias y bienandanza. La verdad del reino teocrático se comprueba con insignes profecías.—Los reyes idólatras padecen vergonzosa humillación, como lo demuestra el desafío de Elías, con grandes manifestaciones de poderío (cap. I).

2. Más en particular muestran las profecías la idolatría escar-

mentada. La historia de Tiro es ejemplo esclarecido que verifica á la letra los oráculos de Isaías, Jeremías y Ezequiel.—El escarmiento de Egipto denunciado por los mismos Profetas á causa de las idolatrías, se cumplió con pasmosa puntualidad.—Contra los idumeos vaticinaron Abdías, Ezequiel é Isaías, determinando circunstancias menudas que cabalmente tuvieron efecto (cap. II).

3. Otras profecías amenazan á los judíos carnales. Isaías y Jeremías anuncian la toma de Jerusalén y la destrucción del Templo. Los prenuncios llegaron á la ejecución puntualmente.—La reprobación general de la gente judía fué dictada por Dios á los Profetas con cinco maldiciones terribles, por haber dado á ella motivo la ciega obstinación y la avaricia de los judíos. La ruina de la república judaica estaba contenida en los vaticinios de los Profetas.—Consecutivamente á las profecías, en todas edades y tierras sintieron los judíos el peso de su reprobación. Los emperadores romanos y cristianos, los reyes asiáticos, africanos y europeos, verificaron los vaticinios proféticos, persiguiendo de muerte á la casta hebrea por los crímenes atroces que se le imputaban. En la edad moderna no han dejado de cumplirse las profecías respecto de su universal reprobación (cap. III).

4. En contracambio la vocación de los gentiles al goce de los bienes mesíacos fué solemnemente profetizada por Balaán, Isaías y Miqueas con promesas de inestimable fortuna.—Isaías en particular las hizo muy singulares á los gentiles de Oriente y de Occidente, asegurándoles la santidad y paz espiritual que en el reino del Mesías habían de gozar.—Los Salmos y los vaticinios de Joel, Sofonías, Malaquías, Amós, Miqueas, confirman el llamamiento de la gentilidad á la fe. Singularmente Zacarías hace á los paganos una importante predicción. Los Santos Padres testifican á una el cumplimiento de los vaticinios en la profesión cristiana (cap. IV).

5. Pero el blanco principal de los Profetas, adonde miraban todos los hagiógrafos, fué el Mesías, de quien dijeron había de ser Rey por excelencia. Isaías vaticina su trono heredado de David, Jeremías le ve saliendo á la luz del mundo como vástago davídico, Ezequiel anuncia su cetro espiritual, Oseas confirma su estirpe davídica, Miqueas señala su nacimiento en la ciudad de David, Zacarías aclama su gloria futura, Natán promete su eterna dominación. En prueba de tan preclaros anuncios certifican los Profetas que el pueblo judaico viviría sin rey hasta la venida del Mesías.—Parábola profética del Pastor en representación del Mesías Rey. La contumacia de las ovejas y las injurias que hacen á su Pastor, le fuerzan á pedir el precio de su jornal; pero ellas se desacatan contra el Pastor prudente, mereciendo rompa el cayado y las entregue al pastor necio. Esta parábola de Zacarías recibe hermosos destellos de Ezequiel en prueba de que el Pastor es el Rey Mesías, como los rabinos lo admitían de buena gana.—La noción del Rey Mesías tomó creces en la época de David. Que el Mesías deba ser

Rey espiritual y no temporal, es negocio de fácil demostración, no obstante los argumentos en contra (cap. V).

6. El *Siervo de Jehová* encierra un concepto admirable, que sólo podía ser fruto de profética revelación. El Rey Mesías será Siervo de Dios. El Profeta Isaías expone la grandeza de sus servicios. Describe el llamamiento divino del Siervo, su espíritu, su consumada santidad, las excelencias de su obra, que es toda espiritual, cifrada en la salvación de judíos y gentiles con restauración perfecta del reino de Dios. Grandes fatigas pide al Siervo la empresa de sus servicios; no las rehuye. Ha de ser Doctor y Legislador, enseñará en la comarca de Galilea, á poder de milagros inculcará su doctrina, el fruto será copioso, la renovación espiritual de las almas. Al solo Mesías cuadra la empresa del Siervo; el dictamen de los Santos Padres lo confirma.—Cuando el pueblo judío se muestra inobediente á Jehová, el Siervo presenta su propia obediencia para satisfacer á la divina justicia. Así queda constituído en cargo de Medianero entre Dios y los hombres á costa de su humillación, por la cual subirá á la exaltación de su nombre. Mas antes ha de padecer afrentas y dolores, con que á fuer de Medianero sale por fiador y paga por culpas ajenas. Estos son los valores y satisfacciones del Mesías.—El oficio de Medianero le induce á sacrificar voluntariamente su vida por los pecados del mundo. Sufre muerte violenta y recibe sepultura honrosa. El fruto del sacrificio voluntario es acepto á Dios y decoroso al Siervo. De esta suerte á los títulos de Rey y Doctor junta el de Sacerdote.—Pero el Siervo es un Sacerdote que se presenta en estado de víctima. Puesto en el trance de los tormentos pide favor á Dios, le explica los dolores de la cruz, ruégale para después de su muerte amparo y protección, y cuenta ya por seguros los efectos de la resurrección gloriosa. El Sacerdote eterno, que por todos los hombres se sacrificó, es Juez que corona á los buenos y castiga á los malos, pues con su sacratísima pasión mereció bienes para todos, si de ellos se supieren aprovechar.—Esta es la idea del Mesías, Rey, Doctor y Sacerdote unido íntimamente con Dios. Los Profetas desenvolvieron esta noción con diversidad de expresiones. Zacarías y Malaquías dijeron claramente que el Mesías era hijo de David y también Hijo de Dios. La noción dada por los Profetas corrió entre los judíos con fama de verdadera y legítima (cap. IV).

7. Hasta el tiempo de Jesucristo esperaron los judíos la venida del Mesías; pero las sectas reinantes á la sazón, de saduceos, fariseos y esenios, adulteraron la idea tradicional. Obra del Espíritu Santo fué que algunas familias galileas conservasen la verdadera esperanza del Mesías. Llegada la plenitud del tiempo, la Virgen María sube á casa de Zacarías y oye el saludo profético de Isabel; ambas tuvieron noticia cierta del verdadero Mesías.—En el cántico del *Magnificat* se muestra la Virgen Santísima Reina de los Profetas, pues solemniza los bienes personales, los bienes generales, los frutos mesíacos y la misericordia de Dios con el pueblo judío; de

suerte que el *Magnificat* es un canto profético señaladísimo.—Antes de nacer el Mesías sale su Precursor á gozar de la luz del mundo. Su padre Zacarías canta las glorias del Mesías, en quien están libradas las bendiciones prometidas por Dios al patriarca Abrahán. El niño Juan apercibirá al Mesías el camino, cumpliendo su oficio de Precursor. Gloria suya es servir á los intentos del Mesías. Altísima será en Juan la dignidad de Profeta.—El sueño profético de San José y la profética aparición del ángel á los pastores son de gran significación para esclarecer la plenitud de los tiempos. A ella ayudan los vaticinios concernientes al nacimiento del Mesías. La estrella de los Magos fué revelación profética de maravillosos efectos. Otros sueños proféticos confirman la llegada del Mesías.—El anciano Simeón resume en su Cántico todos los vaticinios de los Profetas y los aplica á la madre del Mesías prácticamente. Ana Profetisa corrobora la fuerza de los ocho testimonios dichos. Finalmente, Juan Bautista cumple su oficio de Precursor señalando al Mesías con cuatro testimonios (cap. VII).

8. Error fundamental de los incrédulos es desterrar la trabazón de los dos Testamentos. Los testimonios del capítulo antecedente abren camino para demostrar la admirable correspondencia del Nuevo con el Antiguo, y determinar el sujeto del Mesías profetizado. Aquellos tres títulos, Rey, Doctor y Pontífice, á que se reducen todos los renombres dados al Mesías por los Profetas, se verifican cumplidamente en Jesús hijo de María. Antes de demostrarlo, conviene fijar el tiempo en que el Mesías había de venir al mundo. El Profeta Daniel dejó señaladas setenta semanas de años, de cuya cuenta se saca que los sucesos de la última semana, y en particular los de la mitad de ella, coinciden á maravilla con los de la vida de Jesús, sin que el racionalismo incrédulo pueda, con razón, hacer frente á la claridad de los hechos. Luego el Mesías ya vino, según el vaticinio de Daniel.—Ahora, pues, Jesucristo fué Doctor, y á título de tal publicó la ley nueva, al tenor de lo vaticinado: Jesucristo fué Pontífice de la nueva alianza, y siéndolo sacrificó su vida por los mismos pasos que los Profetas al Mesías señalaron; Jesucristo hijo de David, era Rey espiritual, título que fué causa y firma de su muerte de cruz, así como los Profetas lo vaticinaron. La exacta consonancia de los sucesos con los vaticinios publica á Jesucristo por verdadero Mesías.—Además, el mismo Jesús se precia públicamente de Mesías, comprobando su dicho con milagros y con otros testimonios irrecusables. Sus enemigos le precisan á confesar su Mesiazgo, y por haberle confesado le condenan á muerte de cruz. Muerto en cruz, resucita como lo tenía predicho, aun así no deja de apoyar su propiedad de Mesías, vaticinado por los Profetas.—Finalmente, los cuatro Evangelistas contestan el Mesiazgo de Jesucristo, mostrando el enlace del Testamento Nuevo con el Viejo. Los Apóstoles testifican ser Jesús el Mesías prometido. Si la Sinagoga no lo creyó, estaba profetizado que no lo había de creer. Los Padres apos-

tólicos y los demás Padres griegos y latinos, anteriores al Concilio de Nicea, profesaron la misma fe (cap. VIII).

8. Jesucristo fué el gran Profeta, anunciado por las Antiguas profecías. Respecto de su persona, predijo su pasión, el día y género de muerte, su resurrección gloriosa: predicciones á la letra verificadas. -Respecto de sus discípulos, predijo las negaciones de Pedro, la traición de Judas, el martirio de Pedro, las persecuciones de los suyos y otras muchas cosas, que tuvieron efecto cumplido.—Respecto de la Sinagoga, predijo el asolamiento de Jerusalén, la reprobación de los judíos; prenuncios históricamente efectuados. Respecto de la Iglesia, hizo predicciones al Colegio apostólico y á todo el cuerpo místico, entre ellas el don de milagros. Todo, tal como lo dijo se cumplió.—En la penetración de corazones, parte del don profético, sobresalió Jesucristo cuando conoció por sí murmuraciones secretas, pensamientos ocultos, ignorancias interiores, juicios imprudentes, disposiciones de ánimo, tretas armadas con disimulo; notable ventaja le dió el espíritu profético sobre todos los Profetas, porque le nacía de la divina filiación, que á título de Mesías le era propia (cap. IX).

10. El profetismo se extendió á la era apostólica, según la amplitud de las profecías hebreas, como lo declaró San Pedro, á quien fué mostrado en visión el llamamiento de los gentiles á la fe. No le faltó á San Pedro el don de profecía. Este fué el que dejó asentada la hermandad universal de gentiles con judíos, cuyos antiguos privilegios quedaron por siempre anulados. Igualmente poseyó el don de profecía San Pablo, á quien fué revelado en visión el misterio de Cristo. Demás de las tribulaciones que otros le notificaron, él mismo vaticinó cosas que salieron verdaderas. Si entre San Pedro y San Pablo hubo disensiones, no desdoran el don de profecía, como á los de Tubinga se les antojó.—El misterio de Cristo fué revelado á los Apóstoles y Profetas, pues que demás del Profeta Agabo, hubo en la Iglesia primitiva otros Profetas (que no eran Apóstoles), constituídos por Dios para interpretar auténticamente los antiguos oráculos. A fines del primer siglo cesó esta institución profetal, quedando el profetismo en el cuerpo de la Iglesia (cap. X).

11. Ilustre Profeta fué San Juan, como lo mostró en su Apocalipsis, libro inspirado, de dificultosa interpretación, pero abundante de verdades dogmáticas. Consta de cuatro partes distintas. Vanamente disfaman los incrédulos la condición profética del Apocalipsis.—Tres maneras de exponerle han ideado hasta hoy los comentadores: ó aplican los vaticinios á todo el tiempo que va desde el principio hasta el fin de los siglos, ó los limitan al judaismo y gentilismo, ó á los postreros días del mundo. Aunque sea vano empeño querer disipar las dificultades, el tercer género de exposición puede aún sustentarse. Comoquiera, el autor del Apocalipsis fué San Juan Apóstol.—El texto del Apocalipsis dió ocasión al milenarismo, que se partió en material, judaizante, espiritual. Algunos Padres de

los primeros siglos defendían el milenarismo espiritual; los más, en todos los siglos le miraron de reojo, bien que la Iglesia católica ni le condenó ni le aprobó; con todo, los textos en que estriban los milenaristas no abonan sus mil años.—Los Apóstoles no fueron falsos Profetas en lo que del fin del mundo pronunciaron. Tampoco los antiguos Profetas se engañaron en la paz prometida á los tiempos mesíacos; atentamente pesadas, sus profecías cuadran bien con la paz que el cristianismo ofrece (cap. XI).

12. El profetismo perseveró en la Iglesia católica sin intermisión. Los protestantes que mostraron repugnancia á la continuación del don profético, quedan convencidos por la verdad de las profecías eclesiásticas. Porque ya el siglo IV fué señalado por las de San Antonio Abad, de San Martín, del solitario Juan, de San Ambrosio y de otros siervos de Dios.—Profetas del siglo V: San Montano, San Germán, San Remigio, San Patricio, San Sigiberto, Luciano.—Profetas del siglo VI: San Benito, San Teodoro, San Hugón, San Fulgencio.—Profetas del siglo VII: San Bonifacio, San Lamberto, San Agustín, Santa Aldegundis, San Lugido.—Profetas del siglo VIII: San Huberto, San Juanicio, San Corbiniano, San Bertino.—Profetas del siglo IX: San Odulfo, San Juniano, San Estéban rey.—Profetas del siglo X: San Romualdo, San Dunstano.—Profetas del siglo XI: San Beunón, San Roberto, San Pedro, San Arnulfo, San Wortkango, San Gerardo.—Profetas del siglo XII: San Norberto, Santa Hildegardis, San Bernardo, San Ulrico.—Profetas del siglo XIII: Santo Domingo, San Francisco, San Antonio de Padua, Santa Juliana.—Profetas del siglo XIV: San Andrés Corsino, San Nicolás de Tolentino, Santa Catalina de Sena, Santa Brígida, Santa Gertrudis.—Profetas del siglo XV: San Vicente Ferrer, Beata Hosanna, San Francisco de Paula.—Profetas del siglo XVI: San Pascual Bailón, Santa Teresa, San Felipe Neri, Beato Salvador de Horta.—Profetas del siglo XVII: San Alonso Rodríguez, San José de Cupertino, Beata Alacoque, Beato Buenaventura Potentino, Santa Rosa de Lima, San Miguel de los Santos, Beata Mariana.—Profetas del siglo XVIII: Beato José de Oriol, San Pablo de la Cruz, San Ligorio, San Juan José, Santa María de las cinco llagas.—Profetas del siglo XIX: Venerable Sor Filomena, Ana Catalina Emmerich, El cura de Ars. La historia demuestra la continuación del don profético (cap. XII).

ARTICULO TERCERO.

1. Astrología judiciaria —2. La humana previsión.—3. La adivinación.—4. Pseudoprofetas hebreos.—5. Pseudoprofetas paganos.—6. Pseudoprofetas herejes. 7. Falsas profecías entre católicos. 8. Pseudoprofecías políticas.—9. Luces del mesmerismo.—10. Desconciertos del espiritismo.— 11. Vislumbres del hipnotismo.—12. La telepatía moderna.—13. El fin del mundo.

1. LIBRO TERCERO.—Que la profecía sea propiedad del catolicismo se demuestra excluyéndola de toda otra religión y dejándola en solas apariencias. De tres agentes pudiera nacer: de la naturaleza corpórea, de la facultad humana, de la influencia diabólica. La profecía no nace de la naturaleza corpórea. La astrología no es capaz de profetizar, porque el influjo de los astros no se extiende á figurar cosas ocultas ni á adivinar secretos humanos.—La judiciaria no determina con seguridad las revoluciones, nacimientos, preguntas, elecciones humanas. Las estrellas no representan cosas futuras: más falible es aún el pronóstico del nacimiento. Por esta causa los sabios vituperaron el uso de la astrología.—Aunque después de la Edad Media creciese el estudio de la astrología, mas porque los astrólogos ni conocían el estado del cielo, ni alcanzaban las influencias celestes, ni tenían instrumentos idóneos para conocerlas, fueron falsos pronosticadores, como se vió en Morin y en otros muchos, que si alguna vez acertaron, no debieron á profecía el acierto (cap. I).

2. Tampoco hay en la humana facultad previsión para profetizar cosas ocultas. Muchos antiguos filósofos daban al alma humana la virtud de adivinar, los del Renacimiento insistían en concederla; pero sin razón ni justicia, pues que aun los paganos atribuían á los dioses la previsión de lo por venir. No ha de confundirse con el entusiasmo poético el don de profecía. Ningún poeta gentil fué Profeta.—El sueño no es de suyo fragua de vaticinios. Hay sueños fatídicos que dependen ó del estado corpóreo, ó del estado normal, ó del demonio, ó de Dios. Para cada caso particular búsquese intérprete oportuno cuando la materia del sueño lo pida.—En vigilia podrán notarse presagios, que no siempre son infalibles, pues los hay naturales y sobrenaturales. La previsión natural tiene varias formas, pero siempre carece de certeza infalible. De suerte que las prenociones nacidas de previsión humana son engañosas, aunque estriben en indicios notorios.—A la previsión humana pertenecen los presentimientos; podrán ser razonables ó irrazonables según sean los motivos que los gobiernan. Además, hay presentimientos de superior calidad, sobrenaturales y providenciales. Pero se alejan gran trecho de la profecía (cap. II).

3. Tercer agente de predicciones es el demonio. Los paganos

atribuían la adivinación á los buenos dáimones, los cristianos á los demonios, si bien le cabe al hombre buena parte de ella. La cleromancia divinatoria fué reprobada por la Iglesia, como toda especie de sortilegio, pero la *Suerte de los Santos* se toleró por algún tiempo.—La aruspicina es adivinación supersticiosa, cualquiera que sea su calidad. Diverso camino siguió el *Urim-Thummim* de los judíos. Vanísima es el arte de la quiromancia. Ninguna de dichas divinaciones ofrece resabio de profecía.—Los oráculos gentílicos tenían al demonio por autor, ora se recibiesen de día ó de noche; ni hace contra esto el que los paganos los atribuyesen á los dioses. La nigromancia es arte oculta, propia del demonio, que á las veces hace en los posesos predicciones de cosas ocultas y venideras.—La adivinación por portentos es supersticiosa en general, pero hay casos en que se podrá obtener premoción verdadera. Porque los portentos pueden ser naturales y sobrenaturales; éstos, y no aquéllos, serán presagios de cosas ciertas. Por esta causa, los terremotos, eclipses, inundaciones, cometas y los meteoros naturales, no presagian cosa alguna. En el calificarlos, erraron los escritores que en ellos pensaban ver señales del fin del mundo.—La aurora boreal no representa castigos, porque ni su formación es preternatural, ni sus efectos son desastrosos. Dígase lo mismo de otros fenómenos meteóricos, en cuya aparición se notan á veces coincidencias fortuitas, no para Dios que alguna vez los ordena á los fines de su alta providencia. Vana observancia será estimar ciertos números por figurativos de secretos ocultos, en especial los números cabalísticos. Prodigios suceden extraordinarios, cuyas prenociones, por ser de ardua interpretación, piden autoridad competente (cap. III).

4. Los pseudoprofetas hebreos se hallaban faltos de divina inspiración para vaticinar; grandes altercados tuvieron con ellos los Profetas de Dios, consiguiendo victoria contra sus embustes, no obstante la tumultuosa caterva que formaban entre los judíos antes y después del cautiverio, porque ninguno hizo una sola profecía. El Bath-Kol fué artificio rabínico, no cosa del cielo.—Las predicciones de los esenios carecen de verdad filosófica. Después que el Salvador subió al cielo comienzan á salir falsos profetas y falsos cristos, como el mismo Salvador y sus Apóstoles lo tenían profetizado. Simón Mago y Tebulo toman la delantera. En la ruina de Jerusalén se notaron señales présagas. Josefo entremetió dos profecías falsas.—Dositeo, Barcocebas y Akiba quedaron por falsos profetas. Otros varios se dejaron ver en la Edad Media, señaladamente el novelesco David Elroi. Del siglo XIII hasta nuestros días no han faltado profetas fingidos. En fin, á los hebreos, con la venida de Cristo, se les apagó la llama de la inspiración profética (cap. IV).

5. En vano la incredulidad enaltece los vaticinios de los gentiles, que siempre fueron malos profetas, como lo mostraron los de Baal y Astarte, vencidos por Elías. El Sosiant de los mazdeos no será Profeta. Tampoco en la India los hubo, pues la predicción pre-

sunta sobre Cristo es pura patraña.—Pitágoras, Abaris, Aristeas, Hermótimo, el rey Minos, Numa Pompilio y Sócrates no vaticinaron cosa, ó no la sacaron verdadera, ó andan en fábula sus relatos. De Epiménides alegó San Pablo un dicho que no es profético; poco favor le hace un vaticinio suyo alegado por Platón.—Entre los poetas griegos no se halla rastro de profecía. Los oráculos, bien examinada su autenticidad, se proferían por hombres furiosos, pseudoprofetas. El silencio de los oráculos demuestra su falsedad. Las Sibilas debieron á los Profetas del judaísmo la parte de verdad que en los versos sibilinos se contiene (cap. V).

6. Los herejes en ningún tiempo han poseído el don de profetizar, aunque se ufanasen de ello, como los gnósticos. Blasonó de gran profeta Montano con sus dos profetisas, mas ni él ni ellas acertaron á sacar verdadero un solo vaticinio. Quédese aparte Juliano Apóstata, que hacía más caso de los oráculos gentílicos que de los hebreos; mas otros herejes vendieron imposturas por profecías. Muy mal profeta fué Mahoma; entre los suyos el astrólogo Albumasar echó un pronóstico falso.—Más falsos aún fueron los profetas de la Reforma. Porque Münzer, que se jactaba de vaticinar, no acertó; Lutero dió en profetizar el acabamiento del Papazgo; los davidistas pregonaban en tono profético dislates de marca; los camisardos y los cuákeros loqueaban en vez de profetizar; los jansenistas apenas osaron pronunciar un vaticinio.—Entre los más recientes, los eleristas, mormones, armonistas, perfeccionistas, adventistas, han errado en sus predicciones torpísimamente, cuando no embaucaron al mundo, como lo hizo Vintras con su *Obra de la misericordia*. Al fin el fanatismo, propio de los herejes, contrario al espíritu de la Iglesia católica, engendró gran turba de falsos profetas (cap. VI).

7. No se echan menos entre los católicos profecías falsas. Dejado aparte el fabuloso Merlín, la Profecía de los Papas no tuvo á San Malaquías por autor, porque discutida con detención descubre su evidente falsedad. Otras colecciones hubo de Profecías Papales igualmente desacertadas. Lejos estuvo el espíritu profético del abad Joaquín, más lejos aún de Arnoldo Vilanova y de Rupescissa.—La Edad Media y el Renacimiento con sus enjambres de astrólogos produjeron desdichados vaticinios. El de la Compañía de Jesús no consta.—El iluso P. Méndez y la artera Nicole Tavernier son ejemplos de humana vanidad. La visión de San Alonso Rodríguez no se ha verificado aún. Las amenazas proféticas de Cazotte carecen de autenticidad. Las predicciones de Sor Natividad y de Elena Wallraff salieron vanas.—Los Padres Mancinelli, Nectou y Calisto anunciaron cosas que no se han cumplido. El mismo engaño padecieron en sus dichos el ermitaño Antonio, Sor Imelda, la Vidente de la Vendée, Sor Bertina, Palma Mattarelli. Gran caudal de discreción piden las revelaciones proféticas por el peligro de ilusión, como se notó en la Vidente Conédon y en la Profecía de la Saleta (cap. VII).

8. Falsos pronosticadores de sucesos políticos no han faltado en

el mundo. A Savonarola saliéronle al revés sus cuentas; mostróse rebelde al Papa y lo pagó con la cabeza. El *liber mirabilis* encierra predicciones políticas, en especial la del *Gran Monarca francés*, de que tuvieron origen otras sin número. Las de Mariana Lenormand no merecen crédito. La atribuida á San Remigio tampoco es auténtica.—Prediciones políticas se atribuyen á San Angel, á la Beata Catalina de Racconigi, á Ana María Taigi, al venerable Holzhauser, á Mariana de Blois, á Ana Catalina Emmerich, á Souffrand, á Mattay, á la trapista de Anjou, á María Lataste, á Rosa Colomba, á Bernardo Clausi, á la Peregrina, al P. Coma; mas todas quedaron vacías de efecto.—También fueron pseudoprofetas políticos Rodulfo Geltiker, María de Jesús, M. de Bourg, la extática de Niederbronn, la monja de Belley, Marieta de Terreaux, Mariana Galtier, Josefina Lamarine. Tan falsa como las antecedentes es la profecía de Orval, y todas los son por no haberse guardado en ellas los documentos de teología mística, cuyo descuido abre la puerta á notables ilusiones.—Por eso en las colecciones de profecías se ha de usar de prudencia, porque por falta de ella desbarraron los joaquinistas, los astrólogos y los protestantes. En el siglo XIX los falsos profetas aclamaban la paz absoluta de la Iglesia por medio del Gran Monarca francés. Antes de la paz habían de venir castigos espantosos, el incendio de París, el concurso de Rusia, la conversión de Inglaterra, la reducción de la morisma, la gran batalla, en fin, que decidiera el prometido triunfo, en cuya resolución metían los Vates al señor Duque de Madrid y al Papa Pío IX. Todo aquello paró en acuchillar sombras y dar puñaladas al aire (cap. VIII).

9. Los mesmeristas quisieron sentar plaza de profetas. Mas porque el sonambulismo magnético no difiere del natural y las maravillas ponderadas (vista interior del cuerpo, trasposición de sentidos, lectura de papeles y semejantes fenómenos), no sacan de rastro cosas ocultas, quedaron los mesmeristas defraudados de su intento. —Aunque la lucidez magnética fuese peculiar á los sonámbulos magnetizados, que no lo es, el mesmerismo se alejaría largo trecho del profetismo, especialmente si se cotejan los sonámbulos magnéticos con la gravedad de los Profetas. Todo el artificio mesmérico está en la sugestión, que es la que da lugar á la lucidez de los fenómenos mediante la excitación de la fantasía; de modo que los efectos de clarovidencia son fruto de la imaginación.—Como las previsiones magnéticas no sean predicciones proféticas, nunca el mesmerismo vaticinó sucesos futuros. Sin razón se achacan á los ángeles los fenómenos lúcidos, y mucho menor motivo hay para dar título de *magnáticos* á los *Videntes magnéticos;* pero fácilmente el manetismo animal degenera en nigromántico, según se vió en Swedenborg y en Cahagnet.—Los mesmeristas modernos trataron de resucitar el fluido vital, quién con los *sensitivos*, quién con *aparatos apuntadores*, quién con *fotografiar las almas*, quién con otros arbitrios, de cuya práctica resultó una teoría transcendental, deplorable por su false-

dad. Pero los espiritistas, que para guerrear contra la profecía pugnaron por demostrar los efluvios vitales del hombre, ocasionaron la ruina del magnetismo animal (cap. IX).

10. El espiritismo amaneció ostentando yerros y aciertos entreverados en las predicciones. Sus efectos no superan el poder de los ángeles malos. Las *mesas hablantes* manejadas por los bortistas de Ginebra no dieron de sí lo que prometían. Tampoco los espiritistas de Munich profetizaron por arte de sus medianeras. En fin, la *psicografía bávara* condenó á los espiritistas de necios profetas.—Bien merece condenación el espiritismo por la falsa doctrina de la metempsícosis y por otras igualmente falsas. Autoridades de gran peso le reprobaron porque fomenta el culto del demonio. El satanismo reciente muchas de sus ganancias debe al espiritismo, que cuanto más viejo más caduca y loquea (cap. X).

11. El hipnotismo hace alarde de fenómenos lúcidos que ningún parentesco tienen con la profecía. La *segunda vista* y la *transposición de sentidos* se puede explicar naturalmente, no así la *visión á distancia* (si fuere cierta), no obstante las varias hipótesis ideadas para dar de ella razón. En ninguno de los tres fenómenos interviene asomo de profecía.—La *acción de los medicamentos á distancia* no está comprobada. Tampoco demuestran los hipnotistas la *penetración del pensamiento*. La *previsión de lo por venir* no es irradiación hipnótica á manera de la profetal. En todos los seis fenómenos dichos mete la imaginación su obra mediante el sonambulismo hipnótico.—La *sugestión mental* no consta con entera certidumbre ni en sueño ni en vigilia. La profecía desconcierta los ardides de sus adversarios porque no es efecto de sonambulismo. La ciencia futura de *od* es un devaneo. La Congregación Romana decretó acerca del hipnotismo. Consecuencias del decreto (cap. XI).

12. La telepatía moderna tiene sus libros donde se narran casos de mucha curiosidad, en cuyas relaciones sé pueden recelar varios yerros. Los casos versan sobre alucinaciones en sueño y en semisueño.—Refiérense también ejemplos de alucinaciones telepáticas en vigilia de uno y de varios individuos á la vez.—La explicación de estos raros fenómenos no requiere la obra de los ángeles. Entendido el ser de la alucinación y visto que la fantasía y el cariño cooperan á fabricarla mediante la asociación de ideas, no necesitamos más para dejar refutada la transmisión del pensamiento que los telepatistas quieren autorizar.—No importa que los testigos declaren la visión telepática, ni que depongan haber visto los espíritus de personas ausentes, ni que los narradores testifiquen la coincidencia segura del suceso con la alucinación; vanas son esas razones para concluir el intento de los telepatistas. Tampoco las circunstancias demandan la concurrencia de los ángeles, á la cual más daña que aprovecha el sentir de San Agustín (cap. XII).

13. El fin del mundo está vaticinado por los Profetas divinos; pero en la interpretación de los oráculos se engañaron los exposito-

res al señalar á los últimos sucesos época determinada. Católicos de la Edad Media, protestantes y católicos recientes sintieron del fin del mundo contra verdad. El Anticristo será persona individua, no cuerpo moral; mas no consta que deba ser adorado por los judíos.—No es señal cierta del fin del mundo la predicación del Evangelio por todo el orbe; menos cierta señal es la población de Jerusalén hecha por los judíos. El milenarismo no tiene en su favor una sola razón profetal, sino muchas sinrazones que le desacreditan.—Tampoco es verdad que antes de acabarse el mundo la Iglesia de Cristo deba llegar á un grado sublime de perfección, ni que los judíos hayan de convertirse á la fe cristiana. Las verdades dogmáticas tocantes al fin del mundo son pocas: fuera de la venida del Anticristo y de la de Jesucristo, casi todas las demás andan en opiniones, de manera que ni aun se sabe en qué forma haya de efectuarse la consumación del siglo. A nadie será notorio el día del juicio universal, pero ciertamente al fin de todo cesará la profecía (cap. XIII).

ARTICULO IV.

1. Los materialistas y positivistas no pueden con la profecía.—2. El naturalismo vive de efímeras hipótesis.—3. Ceguera de los naturalistas.—4. Cordura del catolicismo.—5. El remedio del naturalismo está en proceder razonablemente.—6. Razonable condición de la profecía.—7. Eficacia de la profecía para convencer.—8. Dignidad de la profecía.—9. Liviandad de los que la menosprecian.—10. Bienes que la profecía promete.

1. Recapitulación de toda la obra es el origen divino de la profecía verdadera y el origen humano ó diabólico de la profecía falsa: en esta suma se viene á resolver todo el grano de los tres libros. Los adversarios tienen aquí bien que roer. No hablemos de los materialistas, que de pura ineptitud ya no pueden consigo, anémicos y sin fuerzas, porque delante de la profecía, operación esencialmente espiritual, estánse quedos sin remecerse, sin chistar ni pablar, callados y encallados, como brutos ante una estatua de Fidias. Si de ellos se compusiera la masa general de mortales, habríamos de llamar á Epicuro para darle la vara de porquerizo. Mas eso no será á fe mía. El sustento de la verdad, no de la mentira, el espíritu, no la materia, ha de fortalecer las almas. En el día de hoy los hombres sensatos doblan ya por el materialismo, que ha llevado breves años de vida azarosa; los positivistas van detrás honrando el mortuorio, pero sin conceder al sentimiento las últimas demostraciones del dolor, porque ni aun pena les quedó en sus frías almas. Comte dió sentencia contra la humana razón condenándola por inhábil para alzarse á conceptos espirituales, como los contenidos en la profecía. Cortóla también las alas el positivista Littré cuando la redujo

á los cotos científicos, esto es, á dar vueltas sin barca ni remo por el lago tenebroso de los sentidos, sin faro que la guiase al mundo superior. Mas paso á paso van los positivistas abriendo los ojos á la luz y batiendo los remos para llevar algún rumbo entre las agitadas ondas del revuelto mar. Pero van abriendo los ojos, como Littré los abrió, á la grandeza de los espirituales conceptos, porque con el *agnoticismo* de Spencer, con el *asociacionismo* de Stuart Mill, con el *utilitarismo* de Benthman, con la *moral independiente* de Coignet, queda convertida en asquerosa amarillez la lozanía de las humanas potencias, tan gallardamente ennoblecidas por la profética inspiración.

2. Hace veinte años estas aserciones fueran tenidas por amagos de ilusión; tan autorizadas anduvieron entonces las máximas del positivismo. En nuestros días la derrota de los adversarios las convierte en realidades palmarias; tan famoso va siendo ya el triunfo de la verdad. El triunfo será mayor cuando acaben los incrédulos de reconocer el deleznable terreno que pisan. ¿Qué dictamen profesan? Hele aquí: traspasará los linderos de la ciencia quien admita algo fuera del orden sensible. ¿Dónde halló el naturalismo semejante dogma? En las cuencas de su turbio cerebro. Dije mal, no le halló, le inventó, mejor dijera le soñó. Porque sueño es asentar que la realidad de las cosas se ciñe al mundo visible, de suerte que sea antojo lo insensible, lo espiritual, lo superior. Gracias sean dadas á Dios, de ese profundo letargo despiertan ya, como digo, los modorros que empezaron á solemnizar la realidad del mundo espiritual. Cuando se hayan restregado los ojos, verán cómo fué soñada su antecedente doctrina, entonces siquiera les comenzará á dar cosquilleo la duda. El día en que el naturalismo padezca perplejidad, abajo se vendrá de golpe toda su rústica enseñanza.

No hay miedo que cuando el naturalismo caiga envuelto en las ruinas de su mal cimentado edificio, pierda pie y se hunda la ciencia. ¿Cómo se había de hundir, si aleve cubrióse él con sus hopalandas, pues no tuvo otro arbitrio para autorizar su raquítica figura? ¿Cómo ha de dar mate á la ciencia la muerte del naturalismo, si al aparato de la ciencia debió él toda su vida? Muera quien no puede vivir, viva la que no puede morir: tal es el fallo de la razón. ¿Quién dió vida al naturalismo? El lujo científico, la hipótesis, la suposición *a priori*. Suponer que no hay más mundo que el visible, era necedad de tres altos; mas armarse de ciencia para sustentar la necedad, era hacer á la ciencia mal tercio. Pierda la vida el aleve, pero quédese la ciencia con sus armas doradas para servir á la discreción.

Dirán: la existencia de Dios es también una aparatosa hipótesis. No entraremos en campo con los que así necean, porque no es éste lugar á propósito. Bastaba la profecía para deshacer la rueda de tanta necedad. Porque la profecía es un hecho divino por los cuatro costados; el más empenachado naturalista no halla en sí capacidad

para dar cuenta de la profecía profundando sus raíces sin meter á Dios de por medio, no á Dios comoquiera, sino sus atributos más esclarecidos, la sabiduría, bondad, poder, que dan de sí en el vaticinio verdadero refulgentísima claridad. Pero sea, démosles de barato á los naturalistas que la existencia de Dios sea una suposición: careada una con otra, la nuestra es más conforme á las aspiraciones del humano corazón y á los dictámenes del entendimiento, por ser la nuestra razonable y fundada, la de ellos infundada y repugnante, porque la nuestra rinde útiles á la ciencia, la de ellos no sólo no interesa utilidad á la ciencia, sino que trae asolamiento y anarquía al orden de la sociedad humana.

3. El caso está que el naturalismo, tan encarecedor de la ciencia cuanto humillador de la fe, se va seguro sobre la palabra de la ciencia con una confianza que á nosotros los creyentes nos deja pasmados. No quiere dar crédito á la existencia de Dios, y le da sobre prendas frívolas á verdades filosóficas no menos increíbles; no quiere fiar en la existencia de Dios, y sin más firma ni cédula fía ciegamente en principios morales no menos obscuros; quiere desconfiar medroso de la existencia divina, y no le desfallece el corazón cuando considera el procedimiento de las potencias humanas. ¿Cómo no ve el naturalismo que puesta la duda en la existencia de Dios, le falta la competente autoridad para definir con certidumbre cosa alguna, porque perdida el áncora quiébrase la nave sin más remedio que la sima del escepticismo, que es la muerte desesperada del entendimiento?

Pero ¿es posible que así discurran hombres que se pican de cuitos? Más que posible, natural. Si los dictámenes del entendimiento son mostradores muy puntuales de la voluntad, acostumbrado él á contemporizar con los gustos de ella cuando la ve amancebada con sus locas libertades, viene á dar por asentado consigo, ser verdad lo que ella tiene por sabroso, y falso lo que á ella se le antoja molesto, aunque todas las razones del mundo militen contra su antojadizo parecer. Constituido por regla de fe lo que ama ó teme la voluntad, entra el entendimiento con el salvoconducto dando el parabién á sus devaneos, poniéndole más codicia á creer lo que quiere, asentándola más en lo que ama, arrojando de ella las dudas de lo que teme, como sea cosa averiguada que la libertad plenísima es el bien más preciado del ser racional. Así se explican todas las herejías, todos los errores, todos los extravíos del humano ingenio. Creer el hombre lo que desea y creerlo porque lo desea, es antiquísimo achaque. ¿Qué desea el naturalismo? El goce de la libertad. No preguntéis más: el entendimiento de los naturalistas será ingeniosísimo inventor para cubrir con capa de razón la inadmisible libertad, aunque deba reñir con los votos del humano linaje. Creerán desatinos; amén, mil veces, como no les atéis las manos para cortarse mañana otra capa con que disimular sus antojos; ellos se irán su camino alegres pidiendo albricias del fingido seguro á su soñada libertad.

4. Los católicos nos pasamos mejor á pata llana, trayendo más cuenta con el entendimiento que con la voluntad. No dejamos que las aficiones del corazón hagan en el alma tanta presa, que ocupen el lugar de la razón, á quien toca la torre del homenaje y el señorío y mando de las demás potencias. Mas porque la razón descubre en la Profecía firmísimo apoyo de la verdad religiosa, sin embargo de tener contra sí la rebeldía de las pasiones y las repugnancias de la voluntad, que no puede con doctrina tan alta y quisiera otros fomentos con que lograr la licencia de los vicios; por eso abatimos á los pies de Dios el vuelo de nuestra libertad, acatando su palabra, como salida de su pecho divinal. ¿No es, por dicha, razonable nuestro proceder? ¿En qué consiste el proceder razonable? ¿Acaso en abrazar por averiguadas las verdades que el entendimiento percibe cuando escudriña sus intrínsecas razones, despidiendo de sí las que con extrínsecas razones no puede averiguar? No, en ninguna manera. Porque si en línea de religión hemos de creer un dogma, no ha de ser por juzgarle evidente, sino por estimarle evidentemente creíble. Aun las verdades meramente científicas, ¿quién las demostró evidentes? La autoridad científica, ¿quién la puso en evidencia? ¿Por qué, pues, recibe el naturalismo las verdades científicas, apoyadas en autoridad científica, si ni ésta ni aquéllas puede mostrarlas evidentes en miles de casos? ¿Es lógico el naturalismo? No. ¿Son hombres razonables los seguidores del naturalismo? No, salvajes semejan, del seso adolecen, en su proceder siquiera. Porque creer un hombre con fe viva cosas de cuya evidencia no le puede constar, y creerlas con fe viva porque le son evidentes, no es razón, es sinrazón, razón de bruto, que muere á sus propias manos, como la del chicuelo rabioso que por haber soltado el trompo sin gracia, se da de calabazadas contra las paredes hasta descalabrarse.

5. ¿Dónde hallará su remedio el naturalismo descalabrado, pues lo está? En un proceder razonable. ¿En qué consiste el proceder razonable? Repitámoslo, en recibir de buena gana dogmas religiosos evidentemente creíbles. ¿Qué cosa es creer? Asentir con firmeza á una proposición por la autoridad del que la enseña. Dos actos tenemos aquí: reconocimiento de la autoridad, adhesión á su enseñanza. El primer acto es preliminar, el segundo contituye la fe: entrambos á dos son razonables en materia de religión cristiana. Es razonable el primero, porque conocer la autoridad del que enseña, percibir lo que enseña, examinar los títulos de su enseñanza, entender la obligación de fiarse á su dicho, penetrar la suma conveniencia de abrazar su doctrina, persuadirse del crédito que merece, y conocer y entender todo esto con certeza, sin asomo de duda, por motivos evidentes, es acto muy propio de la humana razón, honrosísimo para ella, de insigne decoro y dignidad, especialmente cuando es Dios quien propone y enseña. Que la proposición enseñada por la autoridad divina sea de fácil ó de dificultosa inteligencia, llana ó escabrosa, explicable ó inexplicable, inteligible ó no

inteligible, incomprensible ó no á la humana razón, poco hace al caso para el acto preliminar de la fe, que tiene su fundamento en la sola autoridad de Dios que revela. El acto segundo síguese al primero; consiste en adherirse con el entendimiento á la proposición enseñada, obligando á la voluntad á que impere la adhesión. El motivo de la adhesión es la autoridad del enseñante. Si razonable es el motivo, no lo es menos la adhesión.

Cuando los incrédulos claman que el orden sobrenatural es contrario á la razón, no advierten bien lo que dicen. Si dijeran superior á la razón, menos mal hablarían; pero contrario, es dislate mayor. Por ventura, ¿nuestra razón ha de tomar la medida á las verdades que Dios nos quiera enseñar, de suerte que vayan muy cernidas y pasadas por su compás, como por tela de cedazo? ¿Cuándo lo menguado y finito fué pauta de lo infinito é incomprensible? Si en los misterios de la fe tuviese lugar el absurdo, contrarios podían parecer á la razón; mas lo obscuro de los misterios nunca arguyó absurdo, aunque no quepa su dificultad en el humano entendimiento y haya hecho gemir á bravísimos gigantes en el destierro de la presente vida, que en la futura se nos abrirán los ojos para ver á Dios como es en sí. ¿Qué les falta, pues, á los naturalistas para ser razonables? Atenerse á las pruebas extrínsecas de la revelación. Enhorabuena, dicen; nosotros admitimos de mil amores lo razonable de la certeza fundada en pruebas extrínsecas. Mas esas pruebas han de ser perentorias, sin género de duda. ¿Cómo establecer eso? ¿Es posible establecer eso? Jamás por ahí convenceréis á un naturalista.—Entendámonos. No será posible convencer á un naturalista que, cerrando ojos y oídos, no quiera moverse de la poltrona en que le tiene arrellenado su escepticismo. Tomado el escepticismo por mejor asiento, dejará el naturalista correr la verdad sin cuidado, aunque se le vayan los pies tras el suelo que se le hunde. Pero, ¿es razonable su porte? No lo es, sino temerario é ilusorio. Jamás será posible hacer que vea quien, obstinado, cierra los ojos á la luz. Rayos de singular refulgencia despide la profecía, no obstante la fiereza de los tiros enemigos, que se han esforzado en ofuscarla con nubes de pólvora. No hay cristiano que sienta vacilar su fe, por mucha humareda que vea en torno de la profecía, pues le consta que, diezinueve siglos de rabiosa lucha, no lograron menoscabar un punto el resplandor de sus rayos, en particular si considera que el siglo XIX gastó contra ella todas las baterías que ingenio humano supo inventar, pues las ve todas frustradas, viles despojos de la presunción.

6. Con ser esto así, tras la humillante derrota quédale al naturalista dulce la mano y levántala, diciendo: qué vale la profecía, ese documento añoso, bueno solamente para sandios y gente sin letras.—Respondamos al añoso documento; eslo, en verdad, la profecía. El libro III de la presente obra nos ha sacado á colación multitud de predicciones que, sin tener á Dios por autor, presuponen

un agente, dotado de inteligencia superior á la del hombre, subordinada á la disposición de Dios. Dichas predicciones, ora provengan de la gentilidad, ó de la herejía, ó de la incredulidad, ó del fanatismo, no pueden ofrecer duda cuanto á su autenticidad. Tocante á lo preternatural y sobrehumano de su causa, no hay en el día de hoy *sabio* alguno que se halle con posibilidad científica para descubrirla entre las causas naturales; por el contrario, los sabios independientes, que con imparcial estudio juzgan las cosas, confiesan no ser posible dar cabal razón de semejantes oráculos, sin prohijarlos á un espíritu diferente del nuestro.

Por otra parte, la incoherencia doctrinal profesada por los anunciadores de las pseudoprofecías antedichas, los condena por enemigos de la verdadera religión, puesto caso que en Dios no pueden redundar los despropósitos de doctrinas incoherentes. Si al desconcierto de la doctrina juntamos la inmoralidad de costumbres, mejor constará que los *inspiradores* de tales prenuncios no podían ser espíritus buenos ni mensajeros de la divinidad, porque la ridiculez, astucia, hipocresía, maldad, impiedad, compañeras ordinarias de la falsa profecía, nunca fueron hijas del cielo. Conque si la causa no es natural ni divina, y sin embargo de eso los efectos son irrecusables, preciso es confesar que lucen de cuando en cuando en el mundo prodigios procedentes de entendimiento superior al del hombre y á toda fuerza natural. De donde es llana consecuencia que las pseudoprofecías, cuantoquiera añosas, valen mucho para poner en buena luz la realidad del orden preternatural, temerariamente negado por los naturalistas. La razón que les asiste para negarle, es ésta: no hay que creer una cosa de que no se halle rastro experimental en el mundo sensible. Razón frívola, ciertamente, porque, en hecho de verdad, hállanse en el mundo rastros y señales evidentes de cosas superiores, no digo á la experiencia de los sentidos, mas aun á la experiencia del humano entendimiento. Negarlas fuera reñir con la historia de todos los siglos, pues en cada siglo las hubo.

¿Y por qué las hubo? Justamente, porque reinaban sus contrarias. Que donde hay rey que lleve cetro y corona, no le han de faltar enemigos que, de dentro ó fuera, traten de impedir la paz de su buen gobierno. Alzó cabeza la pseudoprofecía porque reinaba gloriosa la profecía, como presume la mentira allí donde campea la verdad. En los albores del mundo, el día en que puso el hombre en la tierra los pies, comenzó la profecía á rayar, y siguió por el discurso de los tiempos, derramando sus vivísimas luces hasta nuestros días, pues que en la Iglesia católica se perpetúa su divino resplandor. Abrió el primer Adán su boca, profetizando; abrirá el segundo Adán la suya en el postrer día de los tiempos, declarando verificadas las profecías de todos los siglos: así, con voces proféticas, da el mundo principio y fin. De forma que, si la pseudoprofecía es argumento del orden preternatural, la profecía lo es del orden sobrenatural; luego por el un cabo y por el otro queda encartada la

sentencia de los incrédulos que, por blasonar de cultos, remiten á los indoctos el valor de la profecía.

7. La excelencia de la profecía no convencerá á tal cual naturalista, pero concluye al naturalismo, cerrándole todos los pasos por dondequiera hurtarse á la luz de la verdad. Sí; porque la profecía es manantial de religiosa verdad, cabalmente por ser un destello de la ciencia divina, por cuanto muestra la sabiduría de Dios, la bondad de Dios, el poder de Dios, la providencia de Dios, la veracidad de Dios, la majestad de Dios, la justicia de Dios, la hermosura de Dios, en fin, el inagotable caudal de los divinos atributos. Si razonable es la profecía en su predicción y en su cumplimiento, consecuencias suyas son, tan razonables como ella, las perfecciones del soberano Ser divino. Mas no son razonables las perfecciones de Dios, porque las haga tales la profecía, sino muy al revés; pero ella las manifiesta por tales, como el signo hace patente la cosa significada, con invencible fuerza, con evidentísima claridad. Demostrada la credibilidad de los atributos divinos, mediante la profecía, síguese la credibilidad y razonable creencia de las otras verdades religiosas, tan evidentemente creíbles, como ella es evidentemente cierta y segura.

Si, pues, por los pasos naturales de la razón la lógica nos lleva á la creencia razonable de los atributos divinos y á la credibilidad de los misterios, por medio de la profecía que es un argumento extrínseco, ¿de qué les sirve á los naturalistas el darnos carena con lo añoso de la profecía pretendiendo quitarla su inestimable valor? ¿En qué documentos se fundan para desestimar el orden sobrenatural por contrario á la razón, cuando la misma razón halla en la profecía un estribo tan poderoso para fundamentar la creencia de la religión revelada? ¿No es, por ventura, la profecía una revelación del cielo? ¿Acaso han descubierto los naturalistas una prueba de lo contrario? ¿Por qué la motejan y roen con diente canino, sino porque les da mucho en que heñir y les hace mal estómago? ¿O hacen ellos cuenta de imponer á los pueblos una lista de dogmas, que no se funden en razonables motivos? ¿A qué casta de hombres intimarán deberes morales, apensionados con sacrificios, de graves consecuencias, si primero no les proponen la obligación de abrazarlos arraigada en la profundidad de la humana razón? Porque sobre un cimiento contrario á la razón ó no conforme á ella, alzar un razonable edificio, absurdo designio es. En la profecía descansa el edificio de la religión cristiana, porque la profecía sustenta sin peligro de vaivén, con inconmovible firmeza, la certidumbre racional de la fe, pues la certidumbre racional es elemento indispensable de toda legítima creencia.

8. Especialmente que la profecía no es un dicho volandero, ni voz caduca, ni palabra de floreo, ni cosa de aire, como las promesas humanas que azotan el viento y paran en humo; no, sino palabra y promesa de Dios, preñada de venerabilísima y sacratísima llenez.

Corrió la profecía por largas edades, publicando los designios de la divina providencia, señalando de muy lejos la traza general de todo el edificio, mostrando como con el dedo la piedra angular del orden sobrenatural, la Persona de Jesucristo, Dios y hombre verdadero; el cual tomó la profecía en los labios para transmitir á las generaciones un nuevo linaje de sucesos, contenidos figuradamente en los antiguos, que á la letra se han ido verificando, en particular tocante al cuerpo de la Iglesia, de quien era él cabeza y coronamiento. No ha ido la profecía trastejando y echando remiendos á la obra de Dios con avisos provisorios. La profecía mostró desde el principio toda la idea, la idea se ejecutó puntualísimamente, sin añadiduras ni trastejos, cual convenía al decoro de la palabra divina para estabilidad de la fe. Ensayos y tanteos, enmiendas y retoques arguyen ó recelosa ignorancia ó temeraria seguridad. Certeza habíamos menester, certeza racional y razonable, fundada en base berroqueña, como la profecía lo es.

9. Los hombres de hoy, digo los que en todo pican menos en sí mismos, los que de todo hacen tratadillo menos de intereses eternos, florean por las ramas de ciertos principios sin bajar al tronco y á la raíz de los fundamentos. Saltando de rama en rama, ponderan lo mucho andado por la moderna cultura, por mostrarse con ella risueños dogmatizan sin tener ojo al día de mañana; pero en un dictamen concurren todos los pareceres, aun de los más distraídos, cuando se recogen á razonar un rato consigo, y es, que el naturalismo no da cabal solución á las cuestiones de nuestra edad. ¿Por qué será ello? Por falta de basa, ciertamente, porque carece de certeza racional; porque de la autoridad externa, que es de ningún mérito en su opinión, no puede sacar argumento eficaz; porque el naturalismo con toda su flexibilidad y buena intención guía á dogmas contradictorios, conduciendo las almas al impulso de un ciego instinto por un camino de tinieblas que remata en realidades funestísimas, cuando no en confusión de fantasmas. ¿No es, por desdicha, el naturalismo el sumidero de todos los errores? En él van á parar, por opuestos rumbos realistas é idealistas, sincretistas y agnósticos, subjetivistas y racionalistas, protestantes y deístas, evolucionistas y criticistas, positivistas y utilitarios, sin que les aproveche para salvar la humillación la lealtad intelectual de sus discursos. Los más leales llegan á lo último de su generosidad cuando dicen que el catolicismo es la más religiosa de todas las religiones, la más adecuada para regenerar la moralidad: así se expresaban Renan, Balfour, Brunetière y otros tales, cuando hacían de los generosos mostrando pecho apacible. ¿Qué sinceridad se encerraba en esas generalidades? Ninguna, porque no exprimían toda la verdad que los mismos declarantes sentían en sí. Son confesiones hechas á más no poder, cercenadas por el afán de no darse por convictos. No se las agradecemos á los confesores, pues escatimaron al catolicismo la honra que la profecía le acarrea colmadísimamente. No es el catolicismo la más,

sino la sola religión divina; no la más, sino la única regeneradora; no la más ni la *non plus ultra* de las razonables, sino la que no reconoce careo ni parangón con ninguna otra. La constante unidad de sus dogmas, la sublimidad y pureza de su moral, la grandeza é incomprensibilidad de sus misterios, la santidad de sus enseñanzas se apoya en el razonable asiento de la profecía. Ningún otro linaje de religión estriba en tan sólido cimiento. ¿Cómo no lo confesaron con ingenuidad los racionalistas antedichos, pues no eran hombres para mostrar lo contrario? ¿Y con esa falsa seguridad quieren parecer generosos? Infieles fueron al dictamen de la razón, con blasonar de racionalistas.

¡A qué extremos no los llevó esa deslealtad, menospreciadora de la profecía! La desventurada Alemania, la liviana Inglaterra, la atrevida Holanda y otras naciones europeas, por haberse desmarchado del rumbo profetal, que iba á dar en la pura verdad, abrieron camino á falsas sectas, diferentes entre sí, mas no tan contradictorias y repugnantes unas á otras, que no se sufran y consientan, como una mentira compadécese con otra sin contradecirla; pero todas ellas contradicen á la religión católica, porque están mal con la verdad por ella profesada, que es la misma verdad de Dios anunciada por los santos Profetas. Entraron los presumidos de doctos en el profundo mar de las Escrituras sin el debido apercibimiento; faltos de humilde sujeción al sentir de la Santa Iglesia Romana; ajenos de obediencia á los Sagrados Concilios; desnudos de respeto á las venerables tradiciones, venidas de mano en mano desde los Apóstoles acá; mal hallados con la meditación estudiosa de los Santísimos Doctores; enemigos de aplicarse á otras ciencias eclesiásticas, requeridas para bien penetrar los textos profetales; desprovistos de tan justas prevenciones, y lo que es más, desacompañados de buenas obras, despidiendo de sus corazones la pureza de costumbres, ¿cómo no habían de perder de vista la inteligencia de los libros proféticos, que se les antojan ya libros meramente humanos, por no decir centones de cosas soñadas, á vueltas de las cuales no hay verdad que les parezca digna de su entonado ingenio?

Por los mismos pasos de ceguera intelectual perdieron los judíos el rumbo de la fe, cuando se indispusieron para reconocer al genuino Mesías, prometido en la Ley y en los Profetas, según que Isaías lo tenía vaticinado, diciendo en nombre de Dios: *Con un milagro grande y espantoso pondré en admiración á ese pueblo; porque perecerá de sus sabios la sabiduría que los ilustraba, y el entendimiento que solía campear en sus doctores y maestros, quedará totalmente ofuscado* (1). La estupenda maravilla vémosla representada en los rabinos modernos, que por haber extrañado de sí la verdadera interpretación de los Profetas, no solamente se hicieron indignos de

(1) Ecce ego addam ut admirationem faciam populo huic miraculo grandi et stupendo; peribit enim sapientia a sapientibus, et intellectus prudentium ejus abscondetur, XXIX.

la fe, mas aun teniéndola por mentira, son traídos de acá para acullá, llevados de cualquier viento sin resistencia, devalados como boyas, no teniendo fijos los ojos en otra brújula sino en la guerra contra el catolicismo, cual pudieran contra el más fiero adversario del Dios Jehová, puesto que son ellos, los rabinos racionalistas, los más encarnizados enemigos de la Iglesia católica, á la cual no cesan de levantar calumnias con desapoderado frenesí.

10. Hagamos más insistencia en lo dicho. La profecía delineó la traza de la religión cristiana mucho tiempo antes de su fundación, la mostró presente en el tiempo de su fundación, la realzó con galas preciosas después de su fundación, y acabará de autorizarla antes que se cierren los siglos, cuando evacuado todo su lleno entre en su lugar la perdurable realidad. ¿Por qué, pues, una demostración tan viva y perentoria de la verdad cristiana, como lo es la profecía, ha de juzgarse contraria á la razón, indigna de hombres razonables, enemiga de sabios y doctos? Beneficiosa fué y siempre lo será á los mortales. Ella los coge de la mano trayéndolos como rogados á que la reciban por prenda de indefectible realidad; ella les introduce por las puertas las seguridades de sus inmarcesibles bienes; ella les da palabra de que no habrán de llorar la muerte de su Autor, porque es inmortal; ella les promete que abroquelados con su coraza andarán sobre las armas enemigas sin lesión ni pesadumbre; ella les persuade á que dejen de fatigarse en busca de sistemas quiméricos, cuyo paradero es la inexcusable muerte; mas ellos, oh desgracia de la mísera razón, anteponen á la vida la muerte, á la gloria la afrenta, á la seguridad la inconstancia, á la solidez la movilidad, á lo positivo lo negativo, á lo eterno lo momentáneo y baladí.

Libres son; quédense ahi con su libertad, hágalos felices su irremediable desventura. Día vendrá en que puestos en el brete pretendan bracear contra la verdad que la profecía les mostró. Entonces la profecía, amoroso destello de la divinidad, se convertirá en rayo vengador que desgarre á los precitos las entrañas por eternidades sin fin, al paso que á los escogidos se les luzca más el inacabable gusto con el golpe de la hermosísima claridad, adonde suavemente los llevó el amor que á la profecía profesaron. Hizo la profecía la salva al descanso del espíritu en el tiempo; ahora, en la eternidad, gózanse en la plena posesión de la prometida gloria. ¡Loor á la profecía que tan magnífico bien les procuró!

A. M. D. G.

LISTA

de los autores cuyas palabras se alegan en este tomo tercero.

ÍNDICE ALFABÉTICO

de las cosas más notables contenidas en este tomo tercero.

ÍNDICE GENERAL

CAPITULO PRIMERO

Astrología judiciaria.

ARTÍCULO PRIMERO

Págs.

ARTÍCULO II

ARTÍCULO III

ARTÍCULO IV

ARTÍCULO V

CAPITULO IV

Pseudoprofetas hebreos.

ARTÍCULO PRIMERO

Págs.

ARTÍCULO II

ARTÍCULO III

CAPITULO V

Pseudoprofetas paganos.

ARTÍCULO PRIMERO

ARTÍCULO II

ARTÍCULO III

CAPÍTULO VI

Pseudoprofetas herejes.

ARTÍCULO PRIMERO

ARTÍCULO II

ARTÍCULO III

CAPITULO VII

Falsas profecías entre católicos.

ARTÍCULO PRIMERO

Págs.

ARTÍCULO II

ARTÍCULO III

CAPITULO XII

La telepatía moderna.

ARTÍCULO PRIMERO

ARTÍCULO II

Págs.

ARTÍCULO II

ARTÍCULO III

CAPÍTULO XIV

Conclusión de toda la obra.

ARTÍCULO PRIMERO

ARTÍCULO II

ARTÍCULO III

FIN DEL LIBRO TERCERO

FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
		Tomo primero.	
321	34	Siglo VII.	Siglo XVII.
309	31	סיר	סיר
419	última.	dies ad eos.	dices ad eos.
499	al pie.	respondem.	respondens.
		Tomo segundo.	
100	34	lucíferes.	luciferes.
192	2	Tibiriades.	Tiberiades.
195	penúltima.	Consolatus et.	consolatus est.
317	42	mirando.	mirado.
495	47	aerea.	aera.
554	30	Marinón.	Marimón.
		Tomo tercero.	
40	32	1454	1414
88	al pie.	τούτνο	τοῦτο.
93	10	conocida.	conocido.
181	20	fueros.	fueron.
192	23	hechó.	echó.
287	9	5	
288	19	6	7
213	al pie.	*De Tato.*	*De Fato.*
219	al pie.	βνλή.	βυλή.
313	19	desenvelvan.	desenvuelvan.
339	41	magnétiseus.	magnétiseur.
442	14	religión.	irreligión.
617	16	mismo.	mismos.



LICENCIA DE LA ORDEN

Cum opus, cui titulus est LA PROFECÍA, a P. Joanne Mir et Noguera nostrae Societatis sacerdote compositum, aliqui ejusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint, et in lucem edi posse probaverint; facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita iis ad quos pertinet, videbitur.

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas et sigillo Societatis nostrae munitas dedimus.

Barcinone, die 3 *Decembris anni* 1902.

Loco ✠ sigilli.

Aloisius Adroer, S. J.
Provincialis Prov. Aragoniæ.

INFORME DEL CENSOR ECLESIÁSTICO

Hay un membrete que dice: Secretaría de Cámara del Obispado de Madrid-Alcala.=En la instancia por usted presentada, pidiendo la aprobación eclesiástica á la obra del Rdo. P. Juan Mir y Noguera, de la Compañía de Jesús, titulada **La Profecía,** el censor teólogo nombrado al efecto ha tenido á bien informar lo siguiente:

«Excmo. Sr.: Con fecha 17 de Enero de 1903 se dignó V. E. confiarme la honrosa misión de censurar la voluminosa obra titulada **La Profecía.** Para facilitar el trabajo y ganar tiempo, se me autorizó á leer la obra en las pruebas impresas, recibiendo el primer pliego el 17 de Febrero de 1903, y el último el 7 de Mayo de 1904.=Forman la obra tres tomos en cuarto mayor: el primero, con cuarenta y dos pliegos; el segundo, con treinta y seis; y el tercero, con cincuenta y tres, que suman ciento y treinta y un pliegos, que he leído y examinado con toda atención y diligencia en estos quince meses, según me eran presentados, poniendo el conforme al pie de cada uno ó las advertencias que procedían, en cumplimiento de mi cargo. =No necesito consignar aquí que acepté y he llevado á cabo este trabajo con particular satisfacción, por ser encargo de V. E.; pero sí diré, conocida la obra, que doy por muy bien empleados los ratos y vigilias en él invertidos, porque me ha proporcionado la ocasión de conocer y saborear el primero las bellezas sin cuento de obra tan excelente. Y no me refiero al estilo, que no debo ni soy yo quién para juzgar; sino á la doctrina que contiene y al modo como la propone. Se titula esta obra **La Profecía,** y es verdadero este nombre, porque trata, y con toda extensión, de la profecía; pero bien podría llamarse «Apología completa del orden sobrenatural» ó «Refutación del moderno racionalismo»; así como tampoco le sentaría mal llamarse «Pequeña biblioteca», necesaria á todo cristiano, y principalmente al cristiano de carrera, al Sacerdote, al filósofo, al historiador, al médico, al abogado.=Y estos nombres que me permito dar á la obra, revelan ya el juicio que me merece. Para mí es una obra monumental, donde se agota la materia de la profecía, donde se encuentra todo género de armas ofensivas y defensivas contra los enemigos de la divina revelación. Es suficiente leer el Índice para persuadirse de esta verdad.= Creo que esta obra, y las intituladas *El Milagro* y *La Religión,* del mismo autor, componen una inmensa biblioteca.=Tal vez algunas opiniones del autor podrán parecer menos fundadas, ó algunas interpretaciones menos usuales, como, por ejemplo, cuando trata de las profecías relativas á los últimos tiempos, ó cuando interpreta el *ecce stella* de San Mateo; pero creo poder afirmar, sin temor á equivocarme, que nada hay en toda la obra que se oponga ni al dogma, ni á la moral, ni á la disciplina general de la Iglesia nuestra madre; y entiendo además que está llamada á producir mucho, pero muchísimo bien en las almas. ¡Ojalá sea leída y estudiada como merece!=Este es mi pobre parecer, que someto con mucho gusto al superior y más ilustrado de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años para bien de la Iglesia.=Madrid 12 de Mayo de 1904.»

Lo que transcribo á usted para su satisfacción, el del autor y efectos oportunos.

Dios guarde á usted muchos años.

Madrid 19 de Mayo de 1904.

Dr. Raimundo Victorero.

Secretario.

Sr. D. Gregorio del Amo.

NOS EL DR. D. VICTORIANO GUISASOLA Y MENÉNDEZ,

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Madrid-Alcalá, Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica, Senador del Reino, Consejero de Instrucción pública, etc., etc., y en su ausencia, Nos el Dr. D. Alejo Izquierdo y Sanz, Deán de la Santa Iglesia Catedral, Gobernador Eclesiástico de la misma Diócesis, etc., etc.

HACEMOS SABER: Que venimos en conceder y concedemos nuestra licencia para que en esta Diócesis pueda imprimirse y publicarse la obra titulada **La Profecía**, escrita por el P. Juan Mir y Noguera, de la Compañía de Jesús, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y, según la censura, nada contiene que se oponga al dogma católico y sana moral; debiendo presentar en esta Secretaría de Cámara y Gobierno dos ejemplares impresos de la citada obra.

En testimonio de lo cual, expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid, á 20 de Mayo de 1904.

Doctor Alejo Izquierdo.

Por mandado de S. I.,

Doctor Raimundo Victorero,

Secretario.

Hay un sello.

El Papa y las logias.—Exposición literal y comentarios interesantes de la Encíclica *Humanum genus*, de Su Santidad León XIII, sobre la Francmasonería, por el Dr. D. Niceto Alonso Perujo, presbítero, canónigo doctoral de la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia. Un tomo en 8.° mayor, 2 pesetas.

El por qué de las ceremonias de la Iglesia y sus misterios.—Cartilla de prelados y sacerdotes, que enseña las ordenanzas eclesiásticas que deben saber todos los ministros de Dios, por D. Antonio Lobera y Abio, presbítero. Un tomo en 4.°, 4 y 5 pesetas.

El Sacrosanto Concilio de Trento, XVIII de los ecuménicos, seguido del *Concilio Vaticano*. Nueva traducción hecha en vista de la última edición de Roma, por el presbítero D. Anastasio Machuca Díez, y añadidas notas históricas muy eruditas acerca de aquella celebérrima asamblea. Un tomo en 4.°, 6 pesetas en pasta.

Enseñanzas de la Iglesia sobre el liberalismo, por el ilustrísimo Sr. D. Fr. Nicolás Casas y Conde, de la Orden de Agustinos Recoletos, Obispo de Adrianópolis y vicario apostólico de Casanare. Un tomo en 4.°, 4 y 5 pesetas, en tela.

Escala del Púlpito, ó sea Colección de sermones para todas las Domínicas y festividades del año, recopilada en tablas ó cuadros sinópticos para facilitar su estudio y su predicación, por el presbítero D. Domingo Díez, autor de la *Clave de Teología Moral*. Un tomo en 4.° mayor, 6 y 7,50.

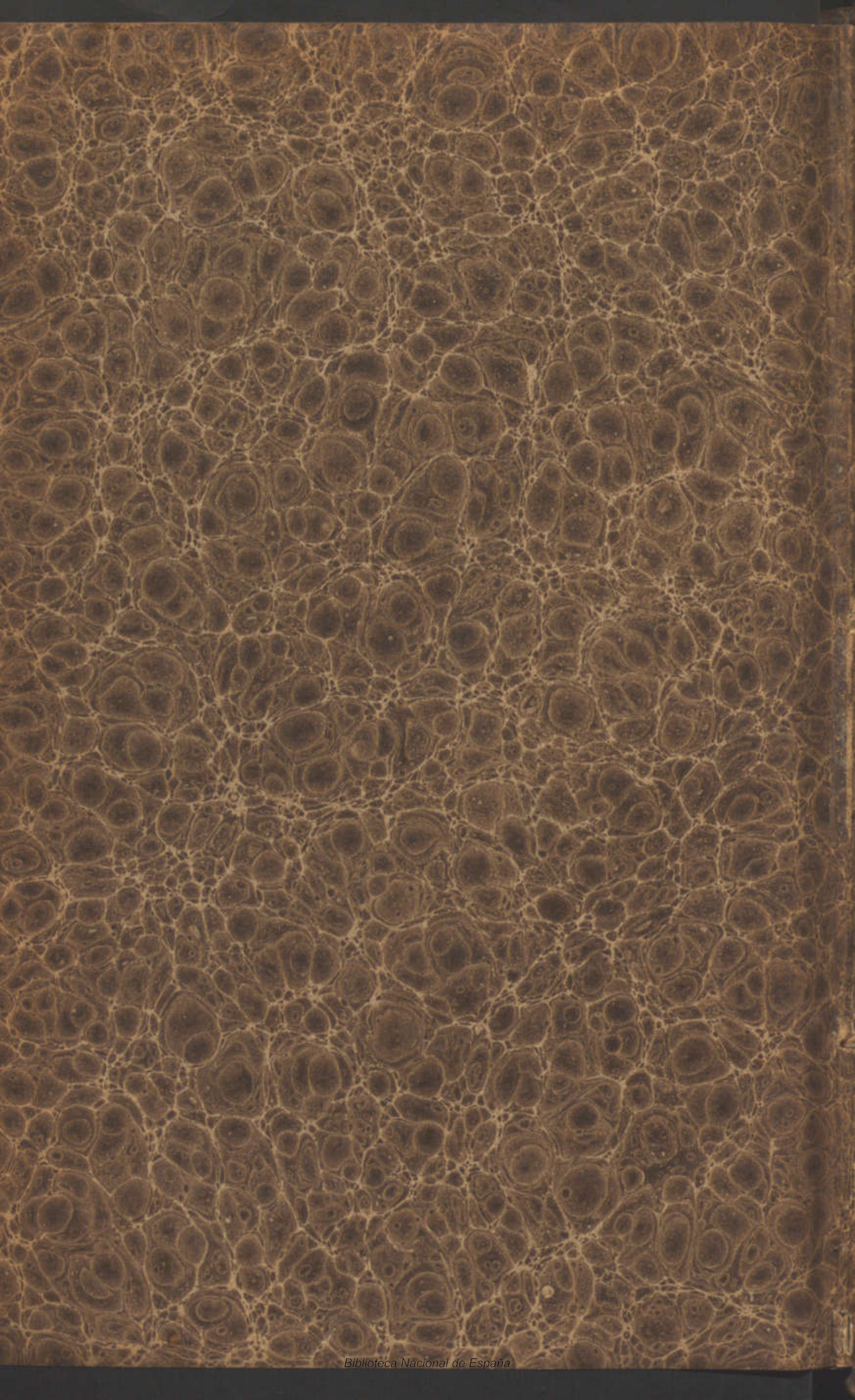
Grandezas del Catolicismo y glorias españolas.—Sermones histórico-apologéticos, panegíricos y oraciones fúnebres, por el Dr. D. Francisco Sánchez Juárez, protonotario apostólico, auditor del Supremo Tribunal de la Rota. Un tomo ed 4.°, 6 y 7,50 pesetas.

Jesucristo en el Evangelio y en la Sagrada Eucaristía, su influencia sobre el individuo y la sociedad. Sermones predicados en las solemnes funciones de la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas en la iglesia de Santo Tomás, de esta corte, en los años 1862, 1864 y 1866; por el Ilmo. Sr. D. Benito Sanz y Forés, Obispo de Oviedo y Arzobispo de Sevilla. Tres tomos en 4.°, 6 y 7,50 pesetas.

Diccionario de antigüedades cristianas.—Comprende desde los principios del Cristianismo hasta la Edad Media exclusive, conteniendo: 1.° El estudio de los usos y costumbres de los primeros cristianos, virtudes, culto, instituciones. 2.° Estudio de los monumentos, arquitectura, iconografía, numismática. 3.° Vestidos y muebles, etc. Obra escrita en francés por M. el abate Martigny, canónigo de Belley (Francia), socio correspondiente de la Sociedad Nacional de Anticuarios de Francia, y traducido de la última edición francesa por D. Rafael Fernández Ramírez, licenciado en Medicina y Cirugía. Obra ilustrada con 675 grabados en el texto, y dedicada al Emmo. Cardenal Fr. Zeferino González. Un tomo en folio, 20 y 23.

La Eucaristía filosófica y teológicamente considerada.—Discursos sagrados pronunciados en las solemnes fiestas del Alumbrado celebradas á expensas de la Real Archicofradía de la Guardia y Oración, en la iglesia del Carmen, de Madrid, el año 1895, por el Rdo. P. Fr. Gabriel Casanova, religioso franciscano de las Misiones de Filipinas. Un tomo en 4.°, 4 y 5 pesetas.

La vida orgánica en sí misma y en sus manifestaciones.—Conferencias del P. Plácido Angel R. Lemos. Carta-prólogo de D. F. Romero Blanco, catedrático de Anatomía descriptiva y Embriología, y rector de la Universidad de Santiago. Un tomo en 8.° mayor, 3 y 4 pesetas en tela.




BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1103222146
8560115385601153 8